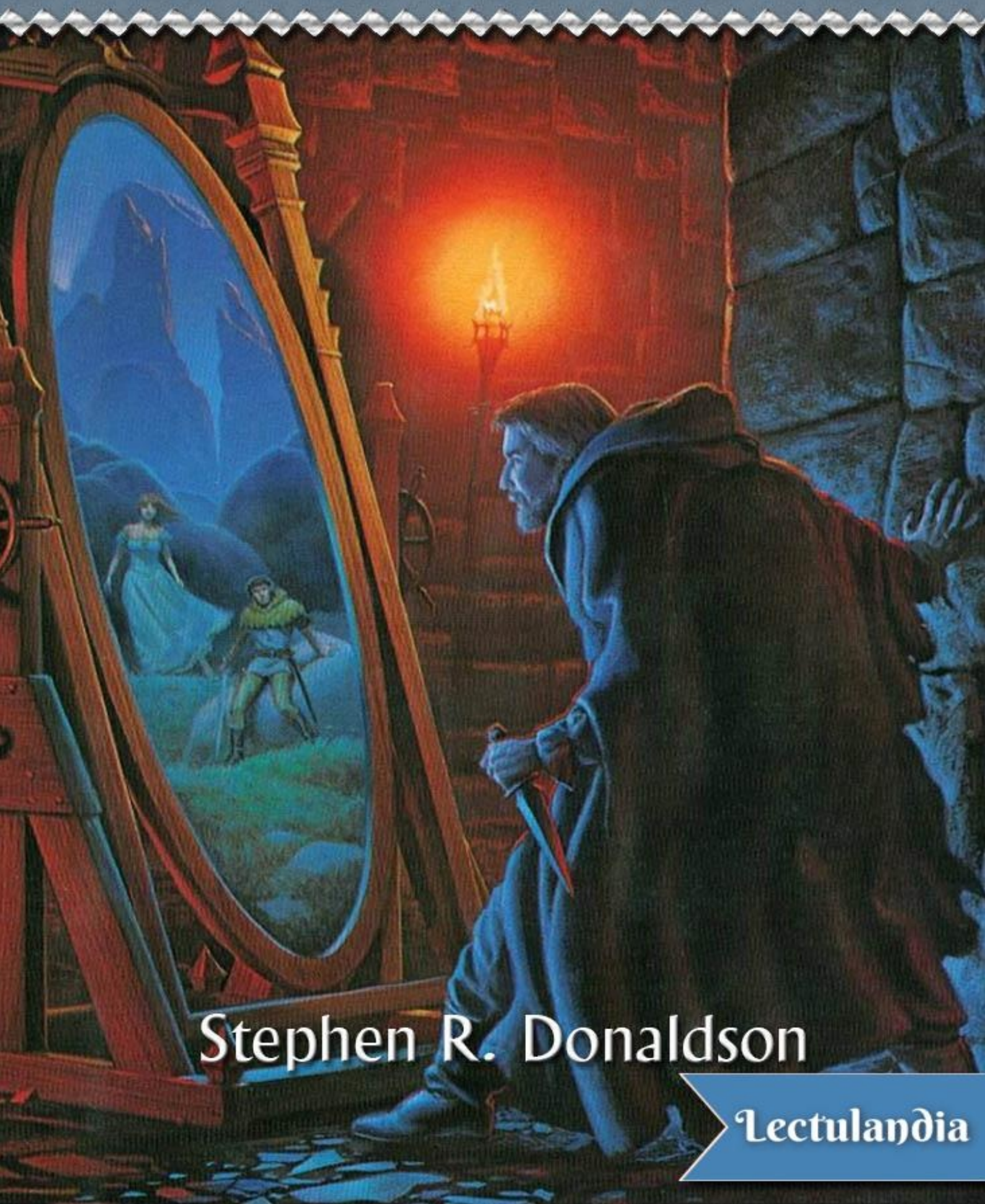


La necesidad de Mordant II

El Jinete a través del Espejo



Stephen R. Donaldson

Lectulandia

Terisa Morgan necesitaba desesperadamente escapar. El maestro Gilbur intentaba matarla. El Castellano Lebbick deseaba violarla y torturarla. Y ella necesitaba encontrar a Geraden, que había desaparecido, nadie sabía donde, al otro lado de un espejo. Orison estaba siendo asediado por el ejército de Alend. Eremis, el traidor, estaba trabajando en contra de Mordant con Gilbur, coaligado con los odiados habitantes de Cadwall y el archi-Imagero Vagel. ¡Y las acciones del Rey Joyse, preocupado solamente por su juego del brinco, no podían ser explicadas de ninguna forma!

En un nuevo tour de force, Stephen R. Donaldson prosigue las aventuras que iniciara en El espejo de sus Sueños, el primer título de esta serie. Emoción, intriga, acción y una compleja trama, que se va desarrollando lentamente ante nuestros ojos, confirmando una vez más la maestría del autor de la saga de la Tierra Enferma como uno de los mejores escritores de fantasía y ciencia ficción de nuestro tiempo.

Lectulandia

Stephen R. Donaldson

El jinete a través del espejo

La necesidad de Mordant

ePUB v1.0

Lightniir 03.04.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *El jinete a través del espejo*
Stephen R. Donaldson, Febrero de 1990.
Traducción: Domingo Santos
Diseño/retoque portada: Lightniir

Editor original: Lightniir (v1.0)
ePub base v2.0

A Perryn Laura Donaldson:
por la luz del sol y las flores
allá donde las necesites
y por el amor
allá donde lo deseas.

El acoso de Mordant

1

El asedio del príncipe

A la mañana siguiente, temprano, se inició el asedio de Orison.

La enorme y rectangular masa del castillo se alzaba en un terreno ligeramente bajo, rodeado por una extensión de tierra desnuda y dispersa hierba..., y rodeado también por el ejército de Alend, con su horda de apoyo de sirvientes y seguidores del campamento. Desde la perspectiva del Príncipe Kragen, Orison parecía demasiado enorme —y el anillo de atacantes a su alrededor demasiado pequeño— para que el asedio tuviera éxito. Sin embargo, comprendía los asedios. Sabía que sus fuerzas eran lo suficientemente poderosas como para tomar el castillo.

Sin embargo, el Príncipe no arriesgó ningún hombre. Sentía la presión del tiempo, por supuesto: casi podía oír al ejército del Gran Rey Festten saliendo de Cadwal contra él, una *sensación tan inquietante como un hedor nacido en los límites* de un fuerte viento. Y ese ejército era grande: el Príncipe lo sabía porque había capturado a un cierto número de los hombres heridos del Perdon en su camino a Orison y les había extraído la información. Compuesto la mitad por mercenarios, la mitad por sus propias tropas, el ejército del Gran Rey contaba al menos con veinte mil hombres. Y los hombres del Monarca de Alend apenas eran diez mil.

Así que Kragen tenía que apresurarse. Necesitaba tomar Orison y fortificarlo antes que aquellos veinte mil hombres de Cadwal cruzaran el Broadwine hacia el interior del Demesne. De otro modo, cuando el Gran Rey llegara, no tendría otra elección que retirarse ignominiosamente. A menos que estuviera dispuesto a perder todas sus fuerzas en un esfuerzo por ayudar a Joyse a mantener la Cofradía fuera de las manos de Cadwal. El plan de dama Elega para paralizar Orison desde el interior había fracasado, y ahora el tiempo no estaba del lado del Pretendiente de Alend.

Sin embargo, no arriesgó ningún hombre. Muy pronto iba a necesitarlos a todos.

En vez de ello, ordenó que sus catapultas fueran situadas en posición para lanzar sus rocas al deficiente muro cortina que protegía el agujero en el costado del castillo.

Había visto esa herida desde un punto ventajoso similar el día después de que el campeón loco de la Cofradía se abriera camino por aquel lugar hacia la libertad, el mismo día que, como embajador del Monarca de Alend, había partido formalmente de Orison: una humeante brecha con el aire de muerte en la pared de lisa piedra. El daño había sido impresionante entonces, visto contra un fondo de frío y nieve, como una herida fatal que humeaba porque el cadáver aún estaba caliente. Aquella visión había alegrado y estremecido a la vez el corazón del Príncipe Kragen, prometiéndole que Orison podía ser tomado..., que un poder que en su tiempo había gobernado Mordant y controlado el antiguo conflicto entre Alend y Cadwal estaba condenado.

En algunos aspectos, sin embargo, la sede del Rey Joyse parecía más vulnerable

ahora. Las imperfecciones del muro cortina eran tan simples que cualquier niño hubiera podido medirlas. Considerando sus circunstancias, el Castellano Lebbick lo había hecho bien..., muy bien, de hecho. Pero las excusas circunstanciales no podían ayudar a que la pared resistiera contra las máquinas de asedio. El capitán de catapultas del Príncipe estaba aceptando privadamente apuestas acerca de si el muro cortina podría sobrevivir o no más de un buen tiro.

No, la obvia cuestión a la que se enfrentaba el Príncipe Kragen no era si podía entrar por la fuerza en Orison, sino más bien cuánto podía resistir el castillo. Dama Elega había fracasado en su intento de envenenar a los guardias de Lebbick..., pero *había* envenenado el depósito de agua, situando el superpoblado castillo en un estado de severo racionamiento. Y en cuanto al Rey Joyse... No era exactamente el líder de su pueblo: era su héroe, el hombre que le había proporcionado identidad además de ideales. Ahora había perdido el juicio. Sin líder y desesperados, ¿hasta qué punto lucharían fieramente los de Mordant?

Podían hacerlo fieramente, si Joyse mantenía su palabra. Ciertamente había perdido el juicio, no cabía duda de ello. Sin embargo, se había enfrentado a la exigencia de Alend de rendirse con una amenaza que podía alentar los corazones de sus seguidores: *¡El Rey Joyse pretende liberar toda la fuerza de la Cofradía contra vosotros y barreros de la faz de la tierra!*

Elega no creía en aquello, pero el Príncipe carecía de su confianza. Si Joyse tenía realmente intención de *liberar la Cofradía*, entonces lo que le ocurriera al ejército de Alend podía ser peor que ser barrido de la faz de la tierra. Podía ser la ruina completa.

Así que el Príncipe Kragen mantuvo sus tropas alejadas de los muros de Orison. Con su casco crestado sobre su rizado pelo negro, con su bigote engominado hasta brillar con un resplandor que hacía juego con el de sus ojos, y su espada larga y su peto al descubierto por la forma negligente en que llevaba su capa de piel blanca, era la imagen de la seguridad y la vitalidad mientras disponía sus fuerzas, advertía a los seguidores del campamento que se retiraban, discutía pesos y trayectorias con su capitán de catapultas. Sin embargo, cada uno de los pensamientos de su cabeza estaba orlado con dudas. No tenía intención de arriesgar ningún hombre hasta que fuera necesario. Temía que pronto iba a necesitarlos a todos.

El terreno era ideal para las catapultas. Por un lado, era despejado. Excepto la confluencia de los tres senderos, el suelo no presentaba obstáculos; virtualmente todos los arbustos habían sido talados, e incluso las manchas de hierba que habían brotado en primavera estaban pasando una mala época a causa del frío y la falta de lluvia. Y los senderos no se hallaban en el camino de Kragen: confluían a una cierta distancia fuera de las puertas de Orison en la parte nordeste del castillo, y la herida en la pared miraba más hacia el noroeste. Por otro lado, las inmediaciones de Orison estaban al mismo nivel o ligeramente más bajas que las posiciones del ejército de

Alend. Como los maestros militares y consejeros del Príncipe Kragen le habían inculcado durante años, era excepcionalmente difícil apuntar las catapultas colina arriba. Aquí, sin embargo, el blanco que se presentaba a sus máquinas de asedio era fácil.

Dama Elegia acudió a su lado mientras era cargada la más poderosa de las catapultas. Su mente estaba preocupada; pero tenía la capacidad de conseguir su atención en cualquier momento, y la saludó con una sonrisa que era más cálida que sus distraídas palabras.

—Mi dama, vamos a empezar.

Apretando su manto en torno a su cuerpo, la mujer miró duramente su hogar.

—¿Qué ocurrirá, mi señor Príncipe? —murmuró, como si no esperara una respuesta—. ¿Resistirá el muro cortina? El Castellano es un viejo y astuto veterano. Seguro que ha hecho lo mejor que ha podido por Orison.

El Príncipe Kragen estudió su rostro al tiempo que el castillo. Puesto que la amaba, e incluso la admiraba —y puesto que se sentía reacio a reconocer que no confiaba enteramente en una mujer que había intentado tan tenazmente traicionar a su propio padre—, le resultaba difícil admitir que ella no lucía su mejor aspecto bajo aquellas condiciones. El frío y el viento le arrebataban la chispa a sus vividos ojos, convirtiéndolos en abotagados; la intensa luz del sol hacía que su aspecto fuera pálido, como sin sangre, como una mujer carente de corazón. Sólo era encantadora cuando se hallaba entre paredes, vista a la luz de las velas y la intriga. Sin embargo, su actual falta de belleza sólo hizo que el Príncipe la quisiera aún más. Sabía que tenía realmente un corazón. Los dedos que sujetaban cerrado su manto eran pálidos y urgentes. Cada palabra que decía, y cada rasgo que exhibía, le decían que estaba afligida.

—Oh, el muro caerá —respondió, en el mismo tono distraído—. Lo habremos derribado antes del anochecer..., quizás antes del mediodía. Fue levantado en invierno. Dejemos que Lebbick sea tan astuto y experimentado como quiera. —A Kragen no le gustaba demasiado el hosco Castellano—. No ha dispuesto de nada que pudiera usar como mortero. Aunque tomara toda la arena de la Cofradía, y luego matara a todos los Imageros para conseguir su sangre, seguiría siendo incapaz de sellar esas piedras contra nosotros.

La dama se estremeció ligeramente.

—¿Y cuando caiga? —preguntó, siguiendo una preocupación no formulada—. ¿Qué, entonces?

—Cuando lancemos este golpe —dijo él, bruscamente duro—, no habrá vuelta atrás. Alend estará en guerra con Mordant. Y no podemos aguardar que la sed y el miedo hagan el trabajo por nosotros. El Perdon es todo lo que se alza entre nosotros y el Gran Rey Festten. Tendremos que hacer la grieta tan grande como nos sea posible.

Y luego nos abriremos camino luchando. —Un momento más tarde, sin embargo, sintió piedad de ella y añadió—: Pero Orison recibirá todas las oportunidades precisas de rendirse. No quiero ninguna matanza. Cada hombre, mujer y niño de ahí dentro serán necesarios contra Cadwal.

Elega le miró, con muda gratitud en su congestionado e hinchado rostro. Pensó unos instantes, luego asintió.

—El Castellano Lebbick nunca se rendirá. Mi padre nunca se ha rendido en su vida.

—Entonces deberá empezar ahora —restalló el Príncipe.

Ella le creyó. Creyó que el muro cortina no resistiría..., aparte la Imagería, por supuesto. Orison no tenía los recursos necesarios para resistir aquel asalto. Sin embargo, dudas que apenas podía nombrar aferraron la boca del estómago del Príncipe cuando ordenó al capitán que arrojara la primera piedra.

Al unísono, dos fornidos hombres golpearon sendos mazos contra otros tantos ganchos a cada lado de la catapulta; el gran brazo saltó hacia delante y golpeó contra sus topes; una piedra tan grande como un hombre partió trazando un arco de la cazoleta. El disparo alzó un grito de anticipación del ejército, pero el Príncipe Kragen lo observó hoscamente. El golpe seco de los mazos, el gruñir de la tensión en las maderas, el sordo sonido de los topes y la protesta de las ruedas: creyó sentirlo en su pecho, como si fueran golpes dados contra él..., como si pudiera decir simplemente por el sonido que la piedra iba a fallar su blanco.

Falló.

No enteramente, por supuesto: Orison era un blanco demasiado grande para eso. Pero la roca golpeó alta y a la izquierda, lejos del muro cortina.

El impacto dejó una cicatriz en la fachada del castillo. Aquello era trivial, sin embargo: el proyectil se hizo pedazos. El trapo púrpura liso de la bandera personal del Rey siguió agitándose en su mástil, intocado, despreocupado.

Kragen maldijo para sí mismo al viento, aunque sabía que no tenía nada que ver con el yerro. De hecho, era normal fallar la primera vez: un acierto a la primera hubiera sido de lo más poco común. El capitán de catapultas necesitaba unos cuantos tiros para ajustar su máquina, calcular el alcance. Sin embargo, el Príncipe Kragen sintió una punzada irracional, como si el fallo fuera una advertencia.

Quizá lo fuera. Antes de que los hombres del capitán pudieran empezar a tirar de las cuerdas que volvían a montar el brazo de la catapulta, toda la fuerza de asedio pudo oír el clamor de una trompeta.

No era una de las fanfarrias familiares, anunciando mensajeros o desafío. Era un agudo y tembloroso gemido de una nota, como si el propio trompetista no supiera lo que estaba haciendo, sino que simplemente hubiera recibido instrucciones de llamar la atención.

Kragen miró a dama Elega, pidiendo implícitamente una explicación. Ella se encogió de hombros y señaló hacia Orison con la cabeza.

Desde su actual posición, el Príncipe no podía ver las puertas del castillo. Debían haberse abierto, sin embargo, puesto que un hombre a caballo rodeó el ángulo de la muralla y cabalgó en dirección a la catapulta.

Era un hombre pequeño..., demasiado pequeño para su montura, evaluó automáticamente el Príncipe Kragen. Y no acostumbrado a los caballos, a juzgar por la forma precaria en que se mantenía en su silla. Si llevaba alguna arma o armadura, estaban ocultas bajo su grueso manto.

Pero sobre los hombros, por encima del manto, llevaba la casulla amarilla de un Maestro. El viento hacía que los extremos de la casulla restallaran, de modo que no podían ser mal interpretados.

El Príncipe arqueó una negra ceja, pero no dejó traslucir nada más. Consciente de que todo lo que dijera sería oído y transmitido por todo el ejército, murmuró calmadamente:

—Interesante. Un Imagero. Un Maestro de la Cofradía. ¿Lo conoces, mi dama?

Ella aguardó hasta que no hubo posibilidad de error. Entonces respondió suavemente:

—Es Quillón, mi señor Príncipe. —Tenía el ceño profundamente fruncido—. ¿Por qué él? Nunca fue importante, ni para la Cofradía ni para mi padre.

El Príncipe Kragen sonrió hacia el Maestro que se aproximaba. De modo que sólo Elega pudiera oírle, comentó:

—Sospecho que dentro de poco conoceremos la respuesta.

El Maestro Quillón avanzó, con el rostro enrojecido y digno de risa sobre su montura demasiado grande. Sus ojos eran acuosos como si estuviera llorando, aunque no había pena en su expresión. Su nariz se fruncía como la de un conejo; sus labios dejaban al descubierto sus sobresalientes dientes. Pero cuando el Maestro detuvo su caballo delante del Príncipe Kragen y dama Elega —mientras Quillón desmontaba casi como si cayera, arrojado fuera de su silla por el viento—, el Pretendiente de Alend no tuvo dificultad en suprimir su regocijo. Independientemente del aspecto de Quillón, era un Imagero. Si hubiera tenido con él un espejo, quizás hubiera sido capaz de efectuar un daño considerable antes de ser tomado prisionero o muerto.

—Mi señor Príncipe —dijo sin ningún preámbulo, sin una mirada a la hija del Rey Joyse o una inclinación de cabeza al hijo del Monarca de Alend—, he venido a advertirte.

Los hombres alrededor del Príncipe se envararon; el capitán de catapultas llevó su mano a la espada. Pero la actitud del Príncipe Kragen no dio indicación de ninguna ofensa.

—¿A advertirme, Maestro Quillón? —Su tono era suave, pese al penetrante brillo

de su mirada—. Eso es una inesperada cortesía. Oigo claramente al Castellano Lebbick amenazar con «liberar toda la fuerza de la Cofradía» contra nosotros. ¿He entendido mal las intenciones de tu Rey? ¿Acaso no he sido ya advertido? ¿O — mantuvo firmemente la mirada de Quillón— es tu advertencia diferente en algún sentido? ¿Implica tu presencia aquí que la Cofradía no se halla ya bajo el gobierno del Rey?

—No, mi señor Príncipe. —El Imagero parecía tan asustado que la firmeza en su voz sonaba innatural, inesperadamente ominosa—. Te precipitas en tus conclusiones. Lo cual es una debilidad peligrosa en un líder de hombres. Si quieres sobrevivir a esta guerra, debes mostrar más cuidado.

—¿Debo? —respondió el Príncipe, aún con voz suave—. Te pido perdón. Me has desconcertado. Tu propia incauta osadía al venir a hablar conmigo ha inspirado mis incautas especulaciones. Si pretendes simplemente repetir las amenazas del Castellano, podías haberte ahorrado una incómoda cabalgada.

—No pretendo nada de eso. Vine a advertirte de que destruiremos esta catapulta. Si permaneces cerca de ella, puedes resultar herido..., quizá muerto. El Rey Joyse no desea verte muerto. Esta guerra no es obra suya, y no tiene interés en tu muerte.

Un frío y poco familiar hormigueo recorrió el cuero cabelludo de Kragen y descendió por su nuca. *Destruiremos...* Como toda la gente a la que había conocido, temía a los Imageros, temía el extraño poder que tenían de producir atrocidades sin nada más que cristal y talento. Una consecuencia de esto era que había distorsionado la configuración de su asedio para evitar el cruce de caminos porque sabía por Elegia que el Perdon había sido atacado una vez por la Imagería en aquel lugar. Y la actitud de Quillón hacía que sus palabras sonaran locas..., impredecibles, y en consecuencia peligrosas. *El Rey Joyse no desea verte muerto.*

Al mismo tiempo, el hijo de Margonal era el Pretendiente de Alend, ocupaba una posición, y llevaba consigo una responsabilidad, a la que nadie le había obligado. En otras tierras, otros príncipes podían convertirse en reyes lo merecieran o no; pero el Trono en Scarab del Monarca de Alend sólo podía ser ganado, nunca heredado. Y Kragen deseaba ese Trono, tanto porque confiaba en su padre como porque confiaba en sí mismo. Más que ningún otro que deseara gobernar Alend, creía en lo que su padre estaba haciendo. Y se sentía seguro de que ninguno de sus competidores estaba mejor cualificado que él.

Así que no había miedo en la forma en que miró a Quillón, o en la forma en que se irguió ante él, o en la forma en que habló. Sólo había cautela..., y un regocijo superficial que no pretendía engañar a nadie.

—Vaya, ¿ningún interés? —preguntó con voz intrascendente—. ¿Pese a que le he arrebatado su hija y he traído todas las fuerzas del Monarca de Alend a las puertas de Orison? Discúlame si parezco escéptico, Quillón. La preocupación de tu Rey por mi

vida parece ser, y no pretendo ofender, un tanto excéntrica. —Inclinó la cabeza, como si hiciera una reverencia; pero sus hombres le comprendieron y cerraron filas en torno a Quillón, bloqueando la retirada del Imagero—. Y corres un gran riesgo haciéndome partícipe de su preocupación por mí.

La mirada del Maestro Quillón fue a uno y otro lado, intentando observarlo todo a la vez.

—No tanto —comentó, como si no hubiera notado su propia ansiedad—. Sólo mi vida. Prefiero vivir, pero no se perderá nada importante si resulto muerto. Esta catapulta será destruida igualmente. Toda catapulta que intentes apuntar contra nosotros será destruida. Como he dicho, el Rey Joyse no tiene interés en tu muerte. Pero, si insistes en morir, él no te lo prohibirá.

»El riesgo de mi vida es tu seguridad de que digo la verdad.

—Fascinante —murmuró el Príncipe, arrastrando las palabras—. ¿Desde esta distancia vais a destruir mis máquinas de asedio? ¿Qué nuevo horror ha diseñado la Cofradía, que sois capaces ahora de proyectar la destrucción hasta tan lejos de vuestros espejos?

El Maestro no respondió a esta pregunta.

—Retírate o no, como elijas —dijo—. Mátame o no. —El fruncir de su nariz era inconfundiblemente conejil—. Pero no cometas el error de creer que se te va a permitir entrar u ocupar Orison. Antes que rendir su Trono a esta fuerza, el Rey Joyse permitirá que seas aplastado entre el martillo de Cadwal y el yunque de la Cofradía.

Dama Elega no pudo contenerse.

—Quillón, esto es una locura. —Su protesta sonó a la vez furiosa y desolada—. Eres un Imagero menor, un miembro inferior de la Cofradía. Admites que tu vida no tiene importancia. Sin embargo, te atreves a amenazar al Monarca de Alend y a su hijo. ¿Cómo has ganado tanta estatura, que afirmas hablar con la voz de mi padre?

El Maestro Quillón la miró por primera vez. De pronto su rostro se contorsionó, y una incongruente nota de ferocidad afiló su tono.

—Mi dama, la orden del Rey me ha dado mi estatura. Soy el mediador de la Cofradía. —Sin moverse, se enfrentó a ella, como si bruscamente se hubiera hecho más alto—. Al contrario que su hija, yo no le he traicionado.

Leales a su Príncipe, los soldados de Alend se tensaron; un cierto número de ellos llevaron las manos a sus espadas.

Pero Elega se enfrentó firmemente a la respuesta del Maestro. Tenía el orgullo de la hija de un Rey, así como la seguridad de la hija de un Rey en lo que estaba haciendo.

—Eso es injusto —restalló—. Él ha traicionado Mordant. No puedes estar ciego a la verdad. No puedes...

Deliberadamente, el Maestro Quillón se dio la vuelta, como si ella hubiera dejado

de existir para él.

Sin ser oída, su protesta se arrastró hasta el silencio. De pronto pareció a punto de echarse a llorar en el helado viento primaveral.

El Príncipe Kragen controló dificultosamente su ira. La actitud del Maestro lo enfurecía porque la comprendía demasiado bien. De todos modos, resistió el impulso de derribar a Quillón. En vez de ello, murmuró entre dientes:

—Arriesgas más de lo que te das cuenta, Maestro Quillón. Quizá consideres que la muerte no tiene gran importancia, pero te aseguro que le concederás un significado mayor al dolor.

Ante aquello la cabeza de Elegia se volvió bruscamente y sus ojos se abrieron mucho, como si se sintiera impresionada. El Príncipe y el Imagero, sin embargo, se miraron el uno al otro, ignorando su reacción.

Los ojos del Maestro Quillón parpadearon; su nariz se frunció. Tal vez estuviera al borde del pánico. Pero su tono contradujo esa impresión. Dijo, sin ningún temor:

—¿Es ésa tu respuesta a lo que no comprendes, mi señor Príncipe? ¿La tortura? ¿O infliges dolor por el simple placer de infligirlo? Déjame advertirte de nuevo, hijo del Monarca de Alend: estás siendo probado aquí, tan seguro como fuiste probado en Orison, en el tablero del brinco..., y en todos los demás lugares. Espero que no demuestres ser indigno.

Sin permiso del Príncipe Kragen, Quillón se marchó. Montó torpemente en su caballo, cogió las riendas. Fue rodeado por los hombres de Alend; sin embargo, cuando orientó la cabeza de su montura hacia Orison, los soldados parecieron abrir involuntariamente un paso para él, sin instrucciones de su capitán o de su Príncipe, como si fueran impulsados por la peculiar dignidad del Imagero.

Con un aspecto ligeramente ridículo —o quizá valiente— en su gran caballo, cabalgó de vuelta por donde había venido. Al cabo de poco tiempo doblaba el ángulo de Orison y desaparecía de su vista.

Kragen se mordió el labio debajo de su bigote mientras se volvía hacia la dama. *Has sido probado aquí...* Le hubiera gustado poder preguntarlo. ¿Cuál era el significado de *aquello*? Pero la sombría oscuridad en los ojos de ella lo detuvo.

—¿Elegia? —inquirió suavemente.

La mandíbula de la mujer se tensó cuando volvió la vista hacia él.

—¿«Dolor», mi señor Príncipe?

Su indignación hizo que Kragen sintiera deseos de gritarle: Estamos en *guerra* aquí, mi dama. ¿Crees que podemos luchar en una *guerra* sin herir a nadie? Sin embargo se contuvo, porque él también se sentía un poco avergonzado de haber amenazado al Maestro Quillón.

Era realmente cierto que, en los viejos días de la constante lucha entre Alend y Cadwal, ningún defensor o partidario del Monarca de Alend hubiera dudado en

arrancar unos cuantos gritos de cualquiera de Mordant o Cadwal. Y los barones de los Feudos tendían aún a ser un tanto sanguinarios. Pero, desde su derrota a manos del Rey Joyse, Margonal no había dejado de observar que su oponente era *capaz* que gobernar Mordant con una considerable relajación, ganándose la lealtad antes que arrancándola. El Monarca de Alend, que nunca había sido un hombre estúpido, había experimentado con técnicas de reinado distintas a las basadas en el miedo, la violencia y el dolor, y se había sentido complacido por los resultados. Incluso los barones empezaban a ser un poco más fáciles de manejar.

Ésa era una de las cosas que había hecho Margonal en las que el Príncipe creía. Él también deseaba hacer más experimentos como aquellos.

De modo que, pese al hecho de que se sentía furioso y alarmado y lleno de dudas, bajó la guardia lo suficiente como para ofrecerle a Elega una muestra de difícil honestidad.

—Dije más de lo que pretendía decir. El Imagero te ofendió, mi dama. No me gusta que te ofendan.

Su explicación pareció proporcionarle a ella lo que necesitaba. Lentamente, su expresión se despejó; la humedad ablandó su mirada hasta que pareció casi como una promesa.

—No debería ser tan fácil ofenderme —respondió—. Seguro que es evidente que cualquiera que aún confíe en mi padre será incapaz de confiar en mí. —Luego, como si estuviera intentando igualar la sinceridad de él, añadió—: Sin embargo, te agradezco tu irritación, mi señor Príncipe. Es un consuelo que consideres que vale la pena defenderme.

El Príncipe Kragen la estudió por un instante, midiendo su ansia hacia ella contra las exigencias de la situación. Luego inclinó la cabeza y dio media vuelta.

El viento parecía hacerse más frío. La primavera había llegado temprano..., en consecuencia era posible que el invierno volviera aún. Eso, pensó amargamente el Príncipe, sería exactamente lo que él y su ejército necesitaban: verse acampados y paralizados por el invierno en las afueras de Orison como perros en las afueras de un poblado, fríos y hambrientos, e incapaces de hacer nada excepto esperar los mendrugos de la mesa. Sí, eso sería perfecto.

Pero mantuvo su bilis para sí mismo. Dijo bruscamente a su capitán de catapultas, como si estuviera seguro de lo que estaba haciendo:

—Creo que haremos caso a la advertencia del Imagero. Haz retroceder a todos los hombres que sean innecesarios, y prepara a los demás para retirarse. Luego reanuda el ataque.

El capitán saludó, empezó a dictar órdenes. Los hombres obedecieron con nerviosa prontitud, artificialmente rápidos en demostrar que no estaban preocupados. Tomando a Elega de la mano, el Príncipe Kragen se dirigió hacia las tiendas de su

padre hasta que hubo puesto un centenar de metros entre ellos y la catapulta. Entonces se volvió para mirar.

No tuvo que esperar mucho tiempo para que la amenaza del Maestro Quillón fuera llevada a término. El mediador de la Cofradía debía haber dado la señal casi tan pronto como entró en el patio del castillo. Momentos después de que el Príncipe empezara a estudiar el recio perfil gris de Orison en busca de algún indicio de lo que se preparaba, vio una forma amarronada, tan imprecisa como una bocanada de humo, alzarse de las almenas del muro noroeste.

Pareció como si fuera a disiparse al igual que el humo; pero se mantuvo. Daba la impresión de no ser más grande que un perro de buen tamaño, no más que dos veces la talla de un milano; sin embargo, el modo en que se alzó como un cohete en el cielo la hizo parecer tan peligrosa como un rayo. Un poco de humo amarronado... Como casi sus diez mil hombres y virtualmente todos los adheridos a su ejército, el Príncipe Kragen dobló el cuello y frunció los ojos para seguir el movimiento de la forma contra el opaco fondo de las nubes.

Tan alta que estaba casi con toda seguridad fuera de alcance de un tiro de flecha, incluso para las ballestas reforzadas con hierro que algunos de los hombres de Alend llevaban consigo, la amarronada forma picó hacia la catapulta y pasó por encima de ella y se alejó en dirección al castillo. El Príncipe creyó oír un débil y agudo grito, como el lamento de un ave marina.

Y de la masa de humo, mientras pasaba por encima de ellos, cayó en picado una piedra tan grande como la que la catapulta había lanzado contra Orison.

Potente con la fuerza de su *caída*, la piedra golpeó la catapulta e hizo pedazos la madera tan fácilmente como si la máquina hubiera sido construida con leña seca. Pernos y astillas volaron sueltos en todas direcciones; trozos de madera *trazaron* arcos alejándose del impacto y golpearon el suelo como cascotes. Dos de los hombres que huían de la catapulta fueron derribados, uno con una enorme astilla clavada en su pierna, el otro con el cráneo aplastado por un trozo del hierro de la máquina. Los demás tuvieron más suerte.

La vaga forma amarronada había desaparecido ya de la vista fuera de los parapetos del castillo.

Un grito brotó del ejército..., furia y miedo exigiendo represalias, pidiendo sangre. Pero el Príncipe Kragen permaneció inmóvil, con el rostro impassible, como si nunca en su vida se hubiera sentido sorprendido. Sólo las líneas blancas de su boca ocultas bajo su bigote traicionaban lo que sentía.

—Mi dama —le dijo a Elegia, en un tono de hosca indiferencia—, has vivido durante años en las proximidades de los Imageros. Seguramente Orison ha estado siempre lleno de rumores relativos a la Cofradía. ¿Has oído hablar alguna vez antes de una cosa como ésta?

Ella negó aturdida con la cabeza y estudió los restos de la catapulta como si no pudiera creer en sus ojos.

—Es posible —murmuró él, sólo para ella— que durante la paz del Rey Joyse hayamos olvidado demasiado la abominación de la Imagería. Evidentemente, los Maestros no han permanecido inactivos bajo su gobierno.

»Mi dama —cerró los ojos sólo por un momento, y se concedió sentirse abrumado—, la Cofradía *no debe* caer en manos del Gran Rey Festten.

Entonces el Príncipe recuperó nuevamente el control de sí mismo y la dejó. Primero ordenó al capitán de catapultas que trajera otra máquina de asedio y lo intentara de nuevo, tomando todas las precauciones que fueran necesarias para proteger a los hombres. Después de eso, fue a hablar con su padre.

Las tiendas del Monarca de Alend eran suntuosas según sus estándares. A Margonal le gustaba viajar cómodo. También sabía que en ocasiones un gran despliegue público era bueno para la moral. Pese a todo, el Gran Rey Festten hubiera considerado los aposentos del Monarca como una choza. Alend carecía de los puertos de mar y en consecuencia del comercio de Cadwal. Comparado con Festten, Margonal no era más rico que uno de sus feudos. Si Mordant no se extendiera entre Cadwal y Alend —y si los Cares de Mordant no hubieran sido tan díscolos, tan difíciles de gobernar, una cualidad que los convertía en un freno efectivo—, el Gran Rey y las fuerzas que sus riquezas podían procurarle hubieran engullido hacía mucho tiempo a su antiguo enemigo.

El Príncipe Kragen era consciente de esto, no porque se sintiera celoso de las riquezas del Gran Rey, sino porque se sentía agudamente vulnerable frente a Cadwal, mientras echaba a un lado la lona que cubría la entrada de la tienda y era admitido a presencia de su padre. Podía sentir el peligro para Alend en el frío viento que se enroscaba en torno a su cuello como un dogal.

El Monarca de Alend estaba sentado en el avance de la tienda, donde mantenía los consejos y las consultas. El Príncipe podía verle bastante bien: los braseros encendidos para proporcionar calor proporcionaban también una parpadeante iluminación que danzaba entre los postes de la tienda y en torno a las sillas reunidas. Pero no había ninguna otra luz. Las costuras de la tienda estaban selladas con faldones, y Margonal no permitía lámparas ni antorchas, ni siquiera velas, en su presencia. Para sí mismo, el Príncipe Kragen consideraba aquella arbitraria prohibición como un vestigio de la tiranía a la que su padre había estado anteriormente acostumbrado. Sin embargo, la aceptaba sin discusión. Como cualquiera que contemplara bajo una buena luz el rostro del Monarca de Alend podría ver, Margonal era completamente ciego.

Era inimaginable que ninguna visión pudiera penetrar la película blanca que cubría sus ojos como cortinas.

Evidentemente, sus batallas con el Rey Joyse no habían sido sus únicas pérdidas en la vida. Y había sido cuando había empezado a perder la vista cuando empezó también a buscar formas más seguras de gobernar, medios más seguros de conservar el reino para él y para su sucesor. Como había repetido una y mil veces hasta que todos a su alrededor empezaron a hastiarse de ello: «Las pérdidas enseñan muchas cosas». De nuevo para sí mismo —y sin que ello significara ninguna falta de respeto—, el Príncipe Kragen sustituía la palabra *pérdidas* por la palabra *miedo*. Un hombre que no podía ver a sus enemigos no podía golpearles. Por esa razón, tenía que hallar nuevas formas de protegerse. Kragen comprendía el miedo de su padre y lo respetaba. Un hombre inferior a Margonal se hubiera retirado sumido en el terror y la violencia.

Viejo y ya no fuerte, el Monarca de Alend estaba repantigado en la más confortable de las sillas, y volvió la cabeza hacia el sonido de la entrada de su hijo. Puesto que era puntilloso, no habló hasta que el Pretendiente de Alend hubo sido anunciado y lo hubo saludado del modo formal prescrito por la costumbre. Luego suspiró como si estuviera especialmente cansado.

—Bien, hijo mío. Mis guardias han estado ya aquí, susurrando espeluznantes informes que fueron incapaces de explicar. Quizá tú puedas decirme algo comprensible.

—Mi señor —respondió el Príncipe Kragen—, me temo que solamente puedo incrementar la amplitud de tu incomprensión. —Sucintamente, describió la visita del Maestro Quillón y la destrucción de la catapulta.

Cuando hubo terminado, le dijo a su padre lo que pensaba al respecto.

—Las acciones de la Imagería son extrañas, incuestionablemente. Pero, a mi parecer, el mayor misterio es que el Rey Joyse se comporta como si no se hubiera debilitado a sí mismo..., como si nosotros no fuéramos más que una molestia para un soberano en una posición invulnerable. Y es capaz de ordenarles a hombres como el Castellano Lebbick y el Maestro Quillón que conserven esa ilusión.

»Sin embargo, sabemos que es una ilusión. Cadwal avanza contra él. Tiene un agujero en su muro, pocos hombres para defenderle, y nada de agua para que beban. Pese a su control sobre la Cofradía, los Imageros que sirven a sus enemigos son más poderosos. Son capaces de golpearle a voluntad en cualquier parte de Mordant u Orison, pasando a través de un espejo plano como si fueran inmunes a la locura. Además, hay Maestros en la Cofradía que abandonarían su causa si pudieran. Hombres tales como Eremis pueden ser leales a Mordant, pero ya no se sienten atados a su Rey.

»Los señores no le ayudarán. El Armigite es un cobarde. El Termigan no valora nada excepto sus propios asuntos. Y el Perdon resiste ante Cadwal no por el Rey Joyse, sino por su propia supervivencia. De los Cares, sólo Domne, Tor y Fayle son realmente leales. Sin embargo, el Domne no lucha. El Tor es viejo, está empapado de

vino..., y está *aquí*, desde donde no puede reunir a su gente. Y el Fayle no puede acudir en ayuda de Orison porque nosotros nos alzamos en su camino.

»Y, sin embargo, el Rey Joyse *sigue* tratándonos como si careciéramos de los medios necesarios para causarle algún daño.

Cuanto más pensaba en ello, más inseguro se sentía el Príncipe. Por un momento se mordisqueó el bigote, mientras sus dudas lo mordisqueaban a él. Luego concluyó:

—En realidad, mi señor, no puedo decidirme a pensar si esta audacia constituye extravío o una profunda política.

El Monarca de Alend suspiró de nuevo. Con una aparente irrelevancia, murmuró:

—He pasado una noche espantosa. La pérdida de la visión ha agudizado mis poderes de recordar. En vez de dormir, vi cada uno de los trucos y subterfugios que han llegado a ser practicados contra mí. Sentí cada uno de los golpes de nuestras batallas. Tales recuerdos encenderían la sangre de un soberano joven con unos ojos claros en su cabeza. Para mí, son fatales.

Mirando a su hijo como si pudiera verle, Margonal preguntó con voz ronca:

—¿Puedes pensar en alguna cosa, cualquier cosa, que un rey como Joyse pueda ganar fingiendo debilidad..., permitiendo que los Imageros lancen atrocidades sobre las cabezas de su gente..., permitiendo que nosotros le atacemos cuando sus defensas son tan pobres?

—No. —El Príncipe Kragen agitó la cabeza en su propio beneficio—. Es una locura. Tiene que ser una locura.

—¿Y dama Elegá? Es su hija. Le conoce mucho mejor que tú..., mucho mejor incluso que yo. ¿Puede pensar en algo que pueda ganar su padre?

—No —dijo de nuevo el Príncipe. Confiaba en ella, ¿no? Creía en lo que ella creía acerca de su padre, ¿no?

Bruscamente, el Monarca de Alend alzó la voz.

—Entonces es un loco, *un loco*. Tiene que ser arrancado de esta fortaleza, y hay que hacerle pagar por esto. ¿Me entiendes? ¡Es insufrible!

Como si no supiera lo que estaba haciendo, sus puños empezaron a golpear contra los brazos de su silla.

—Comprendo su deseo de arrebatarnos Mordant y gobernarlo a su manera. Fue capaz de hacerlo..., y en consecuencia lo hizo. ¿Quién no lo hubiera hecho? Y comprendo sus deseos de reunir todos los recursos de la Imagería para sí mismo. De nuevo fue *capaz* de hacerlo..., y en consecuencia lo hizo. ¿Quién no lo hubiera hecho? Y quizá comprendo también sus recelos cuando creó la Cofradía, su rechazo a utilizar su poder para la conquista. Eso no es lo que Festten hubiera hecho. No es lo que yo hubiera hecho. Pero quizá en eso se mostró más cuerdo que yo.

—¡Pero *esto*...! ¡Crear todo lo que ha creado, y luego abandonarlo a su destrucción! —Ahora el Monarca de Alend estaba gritando—. ¡Forjar un arma como

la Cofradía, y luego hacerse vulnerable a cualquier ataque, olvidar su responsabilidad, volverse de espaldas a aquellos a quienes sirve y que confían en él, de modo que sus enemigos no tengan otra elección excepto intentar arrebatarse su arma para su propia supervivencia! —Margonal se levantó a medias de su asiento, como si tuviera intención de ir a pedirle al Rey Joyse en persona que recuperara sus sentidos—. ¡Digo que es *insufrible*! ¡No debe *continuar*!

Tan rápidamente como había surgido, sin embargo, su pasión le abandonó. Se derrumbó de nuevo en la silla y se pasó las manos por el rostro.

—Hijo mío —susurró roncamente—, cuando recibí tu mensaje pidiendo que emprendiéramos la marcha, mi corazón se heló. No he podido volver a calentarlo. *Conozco* a ese hombre. Me ha derrotado demasiadas veces. Temo que nos haya engañado a que vengamos hasta aquí para destruirnos..., que su debilidad sea una pose para tenernos a nosotros y a Cadwal dentro de su radio de alcance, a fin de que podamos ser aplastados a su antojo, en vez de enfrentarnos en una honesta batalla. Dices que esto es imposible. Dama Elegia dice que no puede ser así. Mi propia razón me indica lo mismo..., aunque sólo sea por el hecho de que en cincuenta años nunca ha mostrado ningún deseo de aplastarnos. Y, sin embargo, eso es lo que temo.

»Me ha embrujado. Hemos venido aquí a nuestra condenación.

El Príncipe Kragen contempló lo que su padre estaba diciendo e intentó no estremecerse. El miedo enseña muchas cosas, pensó. ¿Hemos estado ciegos todos los demás? ¿Por qué nunca hemos creído que Joyse fuera maligno? Lentamente, respondió:

—Mi señor, da la orden, y nos retiraremos. Tú eres el Monarca de Alend. Y yo confío en tu sabiduría. Podemos...

—¡No! —La negativa de Margonal sonó más como dolor que como irritación o protesta—. No —repitió casi de inmediato, con un tono más firme—. He dicho que me ha embrujado. Y sólo estoy seguro de una cosa..., no puedo tomar decisiones en lo que a él se refiere.

»No, hijo mío, este asedio es tuyo. Tú eres el Pretendiente de Alend. He depositado nuestro destino en tus manos. —Un momento después añadió, como una advertencia—: Si decides retirarnos, asegúrate mucho de que puedes defender tu decisión ante los otros que buscan mi Trono.

El Príncipe asintió en silencio. Había notado el frío de Margonal desde mucho antes; mucho antes de aquella conversación, el frío del viento había reptado en sus partes vitales. Pero el Monarca de Alend había puesto nombre a sus dudas por él..., y el nombre parecía hacer que las dudas fueran más palpables, más potentes. *Hemos venido aquí a nuestra condenación*. Su padre preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé —respondió, mordiéndose el labio.

—Elige pronto. —Ahora Margonal le habló secamente, del mismo modo que él había hablado secamente a dama Elega—. Festten no se mostrará paciente con nuestra incertidumbre.

Como respuesta, Kragen envaró su espina dorsal.

—Quizá no, mi señor. De todos modos, nuestra condenación será también la de Cadwal. Hasta que veamos una salida, haré todo lo posible por mostrarle al Gran Rey mejores usos para su impaciencia.

Lentamente, el Monarca de Alend se relajó hasta quedar repantigado de nuevo en su silla. Inesperadamente, sonrió.

—He oído decir que Festten tiene muchos hijos. Yo sólo tengo uno. Me siento inclinado a pensar, sin embargo, que ya me ha superado en muchas cosas.

Puesto que no sabía qué otra cosa hacer, el Príncipe Kragen se limitó a inclinar profundamente la cabeza. Luego se retiró de la presencia de su padre y fue a observar cómo la vaga forma amarronada se alzaba por encima de los muros de Orison y destrozaba otra de sus mejores catapultas.

Afortunadamente, sus hombres escaparon esta vez sin ninguna herida.

Su rostro no mostraba nada excepto confianza cuando fue a consultar con todos sus capitanes.

2

Día de problemas

El Castellano Lebbick permanecía de pie con los tres Imageros en las almenas del muro noroeste y observaba mientras la amarronada forma que el Adepto Havelock había trasladado reducía a astillas y leña seca la segunda catapulta de Alend. Desde aquella elevación, tras el parapeto defensivo construido en la cara externa de Orison, tenía una buena vista pese a la distancia.

A juzgar por el viejo ceño fruncido tallado en los rasgos de su rostro, los anudados músculos de sus mandíbulas, el opaco brillo de sus ojos, no estaba impresionado.

Hubiera debido estar impresionado. No había tenido ni idea de que existiera aquel espejo..., o de que una criatura sin más definición que un denso humo pudiera ser trasladada y *controlada*, se pudiera conseguir que transportara rocas tan pesadas como un hombre a cualquier lugar que el Adepto ordenara. Y eso no era todo. Hablando en plata, no tenía la menor idea de que Havelock estuviera aún lo suficientemente cuerdo como para cooperar en la defensa de Orison..., que pudieran diseñarse planes sobre el supuesto de que el Adepto llevaría a cabo su parte en ellos. De alguna forma, el espíritu guerrero del Castellano estaba probablemente impresionado. Incuestionablemente, tenía que estarlo.

Sin embargo, no era consciente de ello. Y, por supuesto, no lo mostraba. La verdad era que sólo un recio acto de voluntad le permitía mantener su mente fija en lo que estaba haciendo, prestar alguna atención a la situación.

—Bien hecho —jadeó el Maestro Quillón mientras la forma volante regresaba al espejo de Havelock, dejándose arrastrar fácilmente por el viento—. Te sobrepasas a ti mismo, realmente te sobrepasas. —Y palmeó el hombro del Adepto como si fuera un viejo amigo..., lo cual hubiera sorprendido a Lebbick bajo otras circunstancias, puesto que el lunático carácter de Havelock había hecho que la amistad con él fuera algo imposible para cualquiera excepto el Rey Joyse. El cual, pensó lúgubrementemente el Castellano, tampoco estaba particularmente cuerdo.

—Fornicación —respondió negligentemente el Adepto Havelock, como si normalmente realizara aquellas hazañas de Imagería parado sobre su cabeza—. Me meo en la puta. —Pese a su tono, sin embargo, estaba concentrándose tan duramente que sus extraviados ojos sobresalían de sus órbitas.

—Por supuesto —murmuró el Maestro Eremis—. Yo pienso exactamente lo mismo. —Era el único otro hombre cerca del espejo, aunque un cierto número de guardias y varios Adeptos estaban apiñados a corta distancia, observando embobados—. Sin embargo, se me ocurre que has sido un poco tímido con tus talentos, Adepto Havelock.

Nominalmente, Eremis estaba allí sólo porque el Castellano no había acabado con él. Demasiadas preguntas quedaban aún por contestar. Sin embargo, su interés en lo que ocurría era intenso: su cabeza en forma de cuña lo seguía todo, estudiaba cada movimiento; sus ojos brillaban como si se lo estuviera pasando en grande.

—Si la Cofradía hubiera sabido de tus recursos, podríamos haber tomado decisiones completamente distintas.

El Maestro Quillón miró rápidamente hacia el alto Imagero.

—¿De veras? ¿Como cuáles?

Como respuesta, el Maestro Eremis sonrió claramente al Castellano.

—Hubiéramos podido decidir defender nosotros mismos Mordant, antes que aguardar educadamente a que nuestro bienamado Rey cayera de la precaria percha de su razón.

Lebbick hubiera debido responder a aquel sarcasmo. Eremis parecía tener intención de provocarle..., y la provocación era su pan y su sal. Alimentaba los fuegos de la dedicación y el ultraje que lo mantenían en marcha, lo sustentaba a fin de poder seguir sirviendo a su Rey más allá del punto donde su sentido común se rebelaba y su instinto hacia la fidelidad se volvía contra él. Además, tenía trabajo que hacer en lo que al Maestro Eremis se refería..., cosas que resolver, explicaciones que obtener. Pero, esta vez, el sarcasmo del Maestro no le alcanzó. Su corazón estaba en otro lugar, y sin él era incapaz de pensar claramente.

Su corazón estaba en las mazmorras, donde había dejado a aquella mujer.

Maldita fuera, sí, *maldita* fuera. Ella era la fuente de todos los problemas, de ella era la culpa. Incluso estaba empezando a pensar que ella era la razón de la debilidad del Rey Joyse, pese a que el Rey había empezado a seguir aquel camino años antes de que ella apareciera por primera vez. Pero ahora Lebbick conseguiría extraerle la verdad. Le arrancaría los miembros uno a uno si era necesario, pero conseguiría extraerle la verdad. Le arrancaría la piel a tiras con sus propias manos...

Haría con ella todo lo que deseara. Había obtenido el permiso.

Ahora lo has hecho, mujer. Ahora has hecho algo tan odioso que nadie va a protegerte. Eso era cierto. El Tor lo había intentado..., y había fracasado. *Ayudaste a escapar a un asesino.*

Ahora eres mía.

Pese a que había sido advertido.

Mía.

Si sólo pudiera controlar la forma en que temblaba cada vez que pensaba en ella.

Respondió al Maestro Eremis sin ninguna razón excepto para enmascarar lo que le estaba ocurriendo, ocultar los temblores en sus músculos.

Pero no estaba pensando en lo que decía. No podía. Estaba demasiado ocupado recordando el tacto de los brazos de la mujer cuando había engarfiado sus dedos en

ellos.

—No —la oyó susurrar. Su protesta era como el horror en sus suaves ojos castaños, como el temblor en su delicadamente hendida barbilla. Le temía, le temía profundamente. Su furia tocó un punto sensible en ella..., pudo verlo vívidamente, pese a que ella se le había enfrentado en el pasado, le había mentido, le había obligado a tragarse su pasión contra ella una y otra vez. Le temía como si mereciera sentirse aterrorizada, como si supiera ya que cualquier cosa que él pudiera hacerle era justificada—. No —susurró, pero no eran sus acusaciones lo que negaba; era *él*, el propio Castellano, su violencia y autoridad.

—Sí —respondió él entre apretados dientes, sonriéndole ferozmente como si aquello lo hiciera feliz por última vez en su vida.

Apretándola tan duramente como quería, sin tener en cuenta su dolor, sin tener en cuenta la forma como los Maestros y los guardias le miraban pese al caos del asesinato de Nyle y la desaparición de Geraden..., la escoltó personalmente a las mazmorras.

Durante el camino, ella no dejó de balbucear:

—No, no lo comprendes, es un truco. Geraden no mató a Nyle, por favor, escúchame, *escúchame*, fue Eremis quien lo hizo de algún modo, es un *truco*.

Le gustó aquello. Le gustó su miedo. Deseaba verla postrada frente a él. Al mismo tiempo, sin embargo, su reacción lo alteró. Por alguna razón, le recordó a su esposa.

Sin ninguna buena razón, evidentemente, puesto que su esposa nunca había balbuceado. De hecho, nunca había mostrado temor ante nada, no desde que el Rey Joyse los había rescatado del comandante de la guarnición de Alend que tan imaginativamente la había violado. No desde que él, Lebbick, había abierto en canal a aquel perro de Alend con sus dientes.

Pero antes de eso sí había tenido miedo. Sí, recordaba muy bien su miedo. Balbuceaba. Sí. La había oído —la había observado..., se había visto obligado a observarla—, y no había podido hacer nada al respecto, nada en absoluto. La había oído y la había visto hacer cosas terribles y desesperadas en su intento de conseguir que aquellos hombres pararan.

El Castellano Lebbick no iba a pararse. Nunca. Que balbuceara hasta quedarse sin voz, que gritara, que aullara si quería hacerlo. Era *suya*.

Sin embargo, aquello lo inquietaba.

Cuando la arrojó al interior de la celda de modo que casi cayó en el camastro contra la pared del fondo, no tenía intención de detenerse. Pero no empezó de inmediato. En vez de ello, cerró la puerta de hierro tras él sin molestarse en dar vuelta a la llave, cruzó los brazos sobre su pecho para impedir que temblaran, y se enfrentó a ella más allá de la luz de la única lámpara. Había que sacar un poco más el pábilo;

la llama temblaba alocadamente, haciendo que las sombras danzaran medrosamente sobre los pálidos rasgos de la mujer.

Aún sonriendo entre los dientes, preguntó:

—¿Cómo?

—No lo sé. —Balbuceando—. De algún modo. Para librarse de Geraden. Geraden es el único que no confía en él. —Aterrada—. Eremis y Gilbur trabajan juntos. Y Vagel. Mintió a la Cofradía. —Intentando distraerle—. Eremis trajo a Nyle a la reunión de la Cofradía. Dijo que Nyle probaría que Geraden era un traidor, pero eso era mentira. Lo planearon juntos. Ellos lo planearon. —Intentando crear la ilusión de que todo aquello tenía sentido—. Es una farsa. Lo prepararon todo. Tuvieron que hacerlo.

Sorda a lo ilógico de su propia defensa, insistió:

—Nyle aún está vivo.

Observándola, el Castellano sintió deseos de exultar de alegría.

—No, mujer. —Sus mandíbulas temblaron con el esfuerzo de no hundir sus dientes en ella—. Dime cómo. ¿Cómo escapó? ¿Cómo lo ayudaste a escapar?

Finalmente ella se recuperó, cerró la boca a su pánico. Las sombras parpadearon entrando y saliendo de sus ojos; su aspecto era tan deseable como el de una inmolación.

—Él no es Imagero —siguió Lebbick—. Y no hay ninguna forma en que pudiera abandonar esa habitación excepto por Imagería. Así que *tú* lo hiciste. Tú lo trasladaste a alguna parte.

»¿Dónde está, mujer? Lo quiero.

Ella le miró. Su desánimo parecía estarse convirtiendo en una especie de calma; se sentía menos frenética simplemente porque tenía tanto miedo.

—Te has vuelto loco —susurró—. Has perdido la cabeza. Ha sido demasiado para ti.

—No le haré ningún daño. —El rostro del Castellano parecía a punto de hendirse por la tensión—. En realidad, no es culpa suya. Lo sé. Tú lo sedujiste para que lo hiciera. Hasta tu llegada, él no era más que otro hijo del Domne..., demasiado torpe para su propio bien, pero un chico decente. Todo el mundo le quería, aunque no pudiera hacer nada a derechas. Tú cambiaste eso. Tú lo implicaste en traiciones. Cuando ponga mis manos sobre él, ni siquiera lo castigaré. Sólo quiero que me diga la verdad.

De pronto, como una seca ráfaga abrasadora, Lebbick le gritó:

—¿Dónde *ESTÁ*?

Ella retrocedió, se acurrucó. Sólo por un segundo, él tuvo la impresión de que iba a responder. Pero, luego, algo dentro de ella se envaró. Alzó la cabeza y le miró fijamente.

—Vete al infierno.

Se echó a reír ante aquello. No pudo impedirlo: se echó a reír como si se le estuviera rompiendo el corazón.

—Pequeña puta —cloqueó—, no intentes *desafiarme*. No eres lo bastante fuerte.

Inmediatamente empezó a hablar con mayor precisión, con más formalidad, clavando las palabras en su miedo como los clavos de un ataúd.

—Empezaré arrancándote la ropa. Puede que lo haga gentilmente, sólo por diversión. Las mujeres son especialmente vulnerables cuando no tienen ninguna ropa que las cubra.

»Luego empezaré a hacerte daño. —Dio un paso hacia ella, pero no apartó los brazos de su pecho—. Sólo un poco al principio. Un pecho o el otro. O quizás unos cuantos ganchos clavados en tu vientre. Un trozo de áspera madera entre tus piernas. Sólo para llamar tu atención. —Deseó que ella pudiera ver lo que él veía: a su esposa siendo tendida en el suelo por aquellos hombres de Alend, sus miembros extendidos y sujetos de modo que no pudiera moverse, las cosas delicadas que el comandante de la guarnición le había hecho con pequeños cuchillos—. Luego empezaré a hacerte más daño.

»Me suplicarás que pare. Me lo dirás todo por tu propia voluntad, y me suplicarás que pare. Pero será demasiado tarde. Habrás perdido tu oportunidad. Una vez empiece a hacerte daño, ya no pararé. Nunca pararé.

Se mostró tan vívidamente abrumada, el terror en su rostro era tan rígido, que su visión le hizo perder momentáneamente el dominio de sí mismo. Sus brazos se agitaron fuera de control; sus manos aferraron los hombros de ella. La atrajo hacia sí, cubrió su boca con la de él, y la besó tan duramente como si fuera un golpe, ansiando consumirla con su pasión antes de que ésta lo desgarrara. Luego la abrazó, la abrazó con tanta urgencia que los músculos de sus hombros parecieron convertirse en hierro.

—Dime la verdad —tembló su voz, febril por la inquietud—. No me obligues a hacerte daño.

Ella había situado los brazos entre los dos, con las manos contra su pecho. Pero no se debatió: se rindió a su abrazo como si toda resistencia le hubiera sido arrebatada. Si él la hubiera soltado de pronto, hubiera caído.

Sin embargo, cuando habló, todo lo que dijo fue:

—Por favor, no hagas eso. Por favor. —La forma en que él la sujetaba ahogó sus palabras en su hombro, pero pudo oírlas de todos modos—. Te suplicaré, si es eso lo que quieres. Pero, por favor, no me hagas eso.

Por un momento la penumbra de la celda se hizo inesperadamente oscura. Se alzó en torno al Castellano, rodeó su cabeza; emitió un sonido rugiente, como un torrente negro, en sus oídos. Luego se despejó, y le dolió el dorso de la mano. La mujer estaba tendida en el suelo; la pared apenas la sostenía en una posición semisentada. La

sangre resbalaba como medianoche de la comisura de su boca. Sus ojos parecían velados, como si apenas estuviera consciente.

—Dama Terisa es demasiado educada —dijo alguien a sus espaldas—. Yo no hablaré tan cortésmente. Tu próximo golpe será el último. Si vuelves a golpearla, no descansaré hasta que seas enviado a galeras.

Tambaleante, el Castellano Lebbick se volvió y vio al Tor en la entrada de la celda.

—Mi señor Tor —croó el Castellano, como si se estuviera atragantando—. Esto no es asunto tuyo. Los crímenes cometidos en Orison son *mi* responsabilidad.

El viejo señor era tan gordo como un pavo de Navidad y su rostro parecía pasta de pan mal amasada. Sin embargo, sus ojillos relucían a la luz de la lámpara como si fuera *capaz* de matar. Bajo su grasa había una fuerza que le permitía sostener aquel inmenso peso.

—Entonces —respondió—, serás especialmente responsable por los crímenes cometidos por ti. ¿Y si ella es inocente?

—¿*Inocente*?

Lebbick se sintió avergonzado de oírse gritar la palabra como un hombre que está a punto de echarse a llorar. Con un esfuerzo salvaje, recuperó el control de sí mismo.

—¿Inocente? —repitió, con voz más firme—. Tú no estabas aquí, mi señor. Tú no viste a Geraden matar a su hermano. La atrapé ayudándole a escapar..., ayudando a escapar a un *asesino*, mi señor Tor. Tienes extrañas ideas respecto a la inocencia.

—Y tus ideas acerca de la culpabilidad te han costado la *razón*, Castellano. —El ultraje del Tor sonó tan agudo como el de Lebbick—. La acusas de ayudar a un asesino a *escapar*, no de derramar sangre por su propia mano. Cuando oí que la habías traído aquí, apenas fui *capaz*, de creer a mis oídos. No tienes ni derecho ni *razón* de castigarla hasta que el Rey Joyse la haya juzgado y la haya encontrado culpable y te haya dado su consentimiento.

—¿Crees que me lo negará? —respondió el Castellano Lebbick, luchando por recuperar su autodomínio—. ¿*Ahora*, cuando Orison está sitiado y todos sus enemigos conspiran contra él? Mi señor, lo juzgas mal. *Esto* —hizo un gesto restallante en dirección a la mujer— es un problema que me dejará a mí.

—¿Vamos a preguntárselo? —restalló el Tor sin vacilación.

El Castellano no tenía elección; no podía negarse. Pese al dolor en sus huesos y al estremecimiento en sus vísceras, que parecían confabularse para darle la impresión de que se estaba muriendo de pie, se volvió de espaldas a la mujer y fue con el Tor a hablar con el Rey Joyse.

Cuando Lebbick solicitó la audiencia, el Rey respondió vestido con su camisa de noche.

En vez de admitir al Castellano y al Tor en su presencia, abrió la puerta de sus

habitaciones formales y permaneció allí entre los guardias, parpadeando con sus acuosos ojos a la luz de la lámpara como si se hubiera vuelto tímido..., como si temiera no estar seguro en su propio castillo en mitad de la noche. No estaba durmiendo: había acudido demasiado rápido a la puerta para eso. Y olvidó o no le importó cerrarla tras él. El Castellano vio que el Rey Joyse tenía ya compañía.

Dos hombres estaban sentados frente a su chimenea, mirando hacia la puerta por encima del hombro.

El Adepto Havelock. Por supuesto. Y el Maestro Quillón, el recientemente designado mediador de la Cofradía.

El Maestro Quillón, que *accidentalmente* había ayudado a Geraden a escapar haciendo tropezar a Lebbick. El Maestro Quillón, que *erróneamente* le había dado a la mujer tiempo para ayudar a Geraden enviando a los guardias lejos de las estancias donde se guardaban los espejos.

El Castellano trituró maldiciones entre sus dientes.

El Rey Joyse miró con la boca abierta al Castellano Lebbick y luego al Tor, con una expresión estúpida en su rostro. Su barba estaba enmarañada en todas direcciones; su blanco pelo se asomaba alocadamente en torno al borde de su deshilachado y colgante gorro de noche..., un gorro, sabía Lebbick, que la Reina Madin le había regalado hacía casi veinte años. Sus manos estaban hinchadas por la artritis, y su espalda se encorvaba por la misma razón. El resultado era que parecía pequeño y un poco ridículo, demasiado reducido en estatura física y mental como para ser un gobernante creíble para su pueblo.

Y, sin embargo, el Castellano lo quería. Mirándole ahora, Lebbick descubrió que lo que más había echado en falta no era el antiguo liderazgo de Joyse..., o su antigua confianza. Era la Reina: la sincera, hermosa, pragmática Madin. Ella había hecho todo lo que estaba en sus manos para impedir que el Rey Joyse se volviera mucho menos de lo que era. Ella no hubiera permitido que nadie le viera en estas condiciones.

Ese reconocimiento sorprendió al Castellano Lebbick y le hizo perder el pie del apasionado discurso que estaba preparado a lanzar. En vez de escupir sus amargas exigencias al rostro de Joyse, murmuró, casi gentilmente:

—Perdona la intrusión, mi señor Rey. ¿No podías dormir?

—No —asintió el Rey Joyse en tono vago—. Te dije en serio lo que te indiqué que dijeras a Kragen. Quiero utilizar la Cofradía. Pero no sabía cómo. Esto me mantenía despierto. Así que mandé llamar a Quillón. —Como si creyera que ésta era la razón por la que el Castellano Lebbick había acudido a él, preguntó distraídamente—: Si fueras ellos, ¿qué harías tú mañana?

Involuntariamente, Lebbick intercambió una mirada de incompreensión con el Tor.

—¿«Ellos», mi señor Rey? ¿Los Maestros?

—Los de Alend —explicó el Rey Joyse sin impaciencia—. El Príncipe Kragen. ¿Qué hará mañana?

Aquella pregunta no necesitaba pensarse.

—Catapultas. Intentará derribar el muro cortina.

El Rey Joyse asintió.

—Eso es lo que pensé. —Parecía demasiado soñoliento para concentrarse bien—. Quillón y Havelock van a hacer algo al respecto. —Como si se le ocurriera de pronto, añadió—: Necesitarán consejo. Y tú necesitas saber lo que hacen. Reúnete con Quillón al amanecer.

»Buenas noches —se volvió hacia el interior de sus aposentos.

—Mi señor Rey. —Fue el Tor quien habló.

El Rey alzó cansadamente las cejas.

—¿Hay algo más?

—Sí —dijo el Tor secamente, antes de que el Castellano Lebbick pudiera interrumpir—. Sí, mi señor Rey. Lebbick ha llevado a dama Terisa de Morgan a las mazmorras. La ha golpeado. Pretende interrogarla utilizando el dolor. Y puede... —el Tor miró a Lebbick y luchó por contener su furia—, puede que tenga también otras intenciones.

»Hay que detenerle.

El Castellano empezó a protestar, luego se lo pensó mejor. Ante su sorpresa, el Rey Joyse miró al Tor con ojos furiosos, como si de repente el viejo señor hubiera empezado a heder de alguna manera.

—¿Y qué te importa a ti eso, mi señor Tor? —dijo el Rey—. Nyle fue *muerto*. Quizá no te des cuenta de ello. El hijo del *Domne*, mi señor Tor..., el hijo de un *amigo*. —Habló como si hubiera olvidado por qué el viejo señor había venido a Orison—. Lebbick está haciendo simplemente su trabajo.

Como respuesta, la expresión del Tor se convirtió en náusea; su boca se abrió y cerró estúpidamente. Estaba tan asombrado que transcurrió un momento antes de que fuera capaz de respirar de nuevo; entonces dijo, como si estuviera reprimiendo un ataque de apoplejía:

—¿Te he comprendido bien, mi señor Rey? —Sus labios se tensaron en una delgada línea, dejando al descubierto sus dientes manchados de vino—. ¿Tiene el Castellano Lebbick tu permiso para torturar y violar a dama Terisa de Morgan?

Un músculo en la mejilla del Rey Joyse se crispó. De pronto, sus ojos dejaron de ser acuosos: llamearon fuego azul.

—¡Ya basta! —Ecos del hombre que había sido resonaron en las paredes cuando articuló claramente—: Maldito gordo, viejo e inútil estúpido, ya has interferido demasiado conmigo. Estoy harto de tu fariseísmo. Estoy harto de ser juzgado. El Castellano Lebbick tiene mi permiso para *hacer su trabajo*.

Tras su constante ceño fruncido, dentro de su estrujado corazón, Lebbick sintió deseos de echarse a reír.

El rostro del Tor se hinchó y se puso púrpura; sus ojos se desorbitaron. Alzó tembloroso los puños, como si estuviera a punto de sufrir un ataque..., como si al fin hubiera sido provocado lo suficiente como para golpear a su Rey. Cuando los bajó de nuevo, el acto le costó un supremo esfuerzo. Mientras la sangre abandonaba su rostro, su piel se volvió cerúlea.

—No te creo. Tú eres mi Rey. Mi amigo. —Su voz tembló en su garganta; su mirada ya no estaba enfocada en ningún sitio—. Yo también he perdido un hijo. No te creeré.

»Te lo advierto, Castellano. Sufrirás por ello, si le crees.

Su carne parecía colgar de sus huesos cuando se alejó y bajó lentamente las escaleras, arrastrando su cuerpo como si sus años lo hubieran vencido bruscamente y lo hubieran convertido en algo frágil.

En voz muy baja, tomando buen cuidado de no traicionar su júbilo, el Castellano Lebbick murmuró:

—Mi señor Rey.

El Rey Joyse se volvió de inmediato hacia él. Sus azules ojos aún seguían ardiendo, pero ahora estaban inesperadamente orlados de rojo.

—Esa mujer debe ser empujada a hablar —jadeó, como sin aliento—. Debe ser obligada a declarar su participación en todo esto..., o a descubrirse. —Luego avanzó un retorcido dedo hacia el rostro de Lebbick y gruñó—: Pero estate preparado para responder de todo lo que hagas.

Sin darle tiempo a Lebbick a responder, volvió a entrar en sus aposentos y cerró de golpe la puerta.

Puesto que los guardias estaban haciendo todos los esfuerzos posibles por no mirarle, el Castellano Lebbick clavó sus furiosos ojos en ellos para ocultar su satisfacción. No había olvidado el resto de su trabajo: el Maestro Quillón, el Maestro Eremis, Nyle; la organización y defensa de Orison. Pero esas cosas carecían de peso emocional para él ahora; se ocuparía de ellas simplemente para apartarlas de su camino. El Rey Joyse le había dado su permiso. Su Rey confiaba en él para que descubriera los secretos de aquella mujer.

La confianza de su Rey era la única respuesta que necesitaba. La respuesta para todo.

Posponiendo deliberadamente el placer que más deseaba, no regresó a las mazmorras. En vez de ello, fue en busca del Maestro Eremis..., y el cuerpo de Nyle. *Nyle aún está vivo*. Tenía tiempo antes del amanecer de permitirse el lujo de confirmar que la mujer había mentido.

Encontró al Imagero en el corredor que partía de la sección de Orison donde

todos los Maestros tenían sus aposentos. Eremis avanzaba con paso firme en dirección a Lebbick, y saludó al Castellano diciendo sin ningún preámbulo:

—Nyle aún está vivo.

El Castellano Lebbick se detuvo en seco, apretó los puños contra sus costados, miró ferozmente al Imagero. Ahora que Eremis había conseguido su atención, recordó por qué odiaba tanto al alto y delgado Maestro. Odiaba la viva y sardónica superioridad de la mirada de Eremis, la combinación de inteligencia y ridículo en los modales de Eremis. Sobre todo, sin embargo, odiaba el éxito de Eremis con las mujeres. Mujeres cuyos rostros mostraban una burla implícita hacia el Castellano se abrían de piernas ante Eremis cada vez que el Maestro se limitaba a alzar una ceja hacia ellas. Probablemente no fuera extraño que la estúpida doncella Saddith se mostrara ansiosa del prestigio que podía obtener a través de un Maestro. Pero retorció las entrañas del Castellano captar la muda ansia que ocasionalmente había visto en la expresión de su prisionera ante la simple mención del Maestro Eremis.

El propio Lebbick se hubiera sentido tentado de matar a cualquier mujer que se ofreciera a él sin ser su esposa.

Desgraciadamente, no tenía tiempo para odiar a Eremis en aquel momento. Estaban ocurriendo demasiadas cosas; las palabras del Maestro parecieron abrir un abismo bajo sus pies.

—¿Vivo? —restalló—. ¿De qué estás hablando?

—Supuse que eso era posible —respondió el Maestro Eremis, como si el Castellano le hubiera formulado educadamente aquella pregunta—. Por eso me apresuré a llevarlo a mis aposentos. Nunca he visto a Geraden hacer nada bien, así que esperé que le resultara imposible matar con éxito a su hermano. Al parecer, su cuchillo no acertó el corazón de Nyle.

Inmediatamente, el alivio resonó en la cabeza de Lebbick. La mujer *estaba* mintiendo. Todavía le pertenecía. Por un momento, se sintió tan aturdido que no pudo reunir lo suficiente sus pensamientos como para hablar.

—Underwell está con él —siguió Eremis. Underwell era uno de los mejores médicos de Orison. De hecho, era el médico que el propio Castellano Lebbick hubiera elegido para ocuparse de Nyle—. Si puede salvarse, Underwell lo hará.

»Además, me tomé la libertad de hacer algunas peticiones a tus guardias. —Los ojos del Maestro brillaron con regocijo o malicia, como si pudiera leer claramente la confusión de Lebbick—. Si Geraden desea lo bastante la muerte de su hermano, puede intentarlo de nuevo. Parece claro que está coaligado con Gilbur además de con Gart..., y casi seguro que con el archi-Imagero también. Tal vez recuerdes que al parecer son capaces de ir y venir por Orison a su antojo. Así que insistí en ser obedecido por cuatro de tus hombres. Dos de ellos se hallan con Underwell y Nyle. Los otros dos custodian mi puerta.

»¿Apruebas mis disposiciones, buen Castellano? —El Maestro Eremis sonrió amigablemente.

Con una cierta dificultad, el Castellano puso un poco de orden a su tumulto interior. *Aprobaba* las disposiciones de Eremis. Eran correctas. No, más que eso; eran tan correctas que hacían que las acusaciones de la mujer contra el Maestro Eremis parecieran ridículas. Sólo por un segundo, se preguntó si Eremis la habría rechazado, si su comportamiento podía ser explicado por los celos. Pero las especulaciones como aquella sólo reavivaban el torbellino. Lo que necesitaba por el momento era olvidarla durante un tiempo.

—Servirán por ahora —respondió, hablando secamente porque sentía la necesidad de robarle a Eremis incluso aquella satisfacción—. Mientras tanto, quiero que vengas conmigo. Deseo algunas respuestas, pero no tengo tiempo de permanecer aquí hablando.

El Maestro Eremis frunció el ceño, aunque sus ojos siguieron sonriendo. Con un asomo de acidez, dijo:

—Mi tiempo también es valioso, Castellano. Nuestro bravo Rey amenazó al ejército de Alend con las fuerzas de la Cofradía, ¿no? Y sin embargo no hemos hecho todavía planes para respaldar su amenaza. Parece probable que nuestro mediador convoque una segunda reunión de la Cofradía antes de que termine la noche. —El tono del Imagero no dejaba traslucir nada—. Si lo hace, debo asistir.

Lebbick consultó su reloj mental y respondió:

—No lo creo. No hay tiempo para ello. —Su irritación igualo la de Eremis—. He recibido órdenes de reunirme con Quillón al amanecer. Puedes hablar con él entonces.

»Ven conmigo.

Casi esperó que Eremis se negara. El Castellano hubiera disfrutado haciendo que el insolente Imagero fuera atado y arrastrado tras él. Por otra parte, tenía demasiadas otras cosas en su cabeza, y no hubiera podido dedicarle a una experiencia como aquella toda la atención que se merecía. Así que aguardó hasta que el Maestro Eremis accedió; entonces echó a andar.

Sus preguntas fueron las mismas suscitadas durante la desgraciada reunión de la Cofradía aquella tarde. ¿Cómo explicaba Eremis el hecho de que él era el único hombre en Orison que había sido consistentemente *capaz* de saber dónde estaba la mujer cuando el Monomach del Gran Rey la atacó? ¿Y por qué estaba intentando Gart matarla, si él y Geraden estaban complotando juntos y Geraden la amaba? ¿Y qué se habían dicho los señores de los Cares y el Príncipe Kragen cuando se habían reunido traidoramente a instigación de Eremis? ¿Y qué era aquella historia acerca de un ataque de la Imagería contra Geraden..., insectos trasladados intentando matarlo? ¿Con o sin el conocimiento de Eremis?

Por supuesto, el Maestro Eremis había respondido a todas aquellas preguntas durante la reunión. Pero al Castellano Lebbick no le habían gustado sus respuestas. Juntas, todas contenían un fallo fatal: todas presuponían que Geraden era un hábil y experto traidor; que no sólo poseía sino que ocultaba talentos sin precedentes; que se había aliado con Gart y Cadwal mucho antes de la traslación de la mujer a Orison; que toda su torpeza, su apariencia de ser un cachorro confundido, era fingida.

Lebbick consideraba aquella idea increíble.

Creía que Geraden había intentado matar a Nyle: lo había visto con sus propios ojos. Pero, ¿Geraden complotando en secreto la caída de Mordant? ¿El hermano de Artagel coaligado con Gart? ¿El hijo del Domne seduciendo a aquella mujer y arrastrándola a crímenes que de otro modo no hubiera cometido? El Castellano Lebbick no podía creer en aquellas cosas. No, los crímenes y los complots y la seducción eran de ella, no de Geraden.

Y Eremis era un estúpido culpándole a él. O de otro modo el Maestro todavía no había empezado a decir la verdad.

Así que, mientras se dedicaba a preparar Orison para enfrentarse al amanecer, el Castellano Lebbick hizo que el Maestro Eremis diera de nuevo todas sus explicaciones con mayor atención, con más detalle. Tras un día sin agua, el castillo estaba experimentando ya considerables inquietudes. El estricto racionamiento creaba centenares de situaciones tensas; docenas de personas engañaban —o intentaban engañar—, y había que ocuparse de ellas. Por otra parte, las dificultades eran mucho menores ahora de lo que serían pronto. La severidad era la única esperanza de Orison. En consecuencia, Lebbick dispensaba severidad allá donde iba. Y Eremis lo observaba. Respondía a sus preguntas. No traicionaba nada.

Quizá fuera por eso por lo que el Castellano Lebbick no pudo pensar en una contestación adecuada cuando Eremis proclamó su lealtad al Rey, sobre las murallas de Orison, después de que el Adepto Havelock hubiera demostrado la efectividad de su defensa contra las catapultas. El Maestro no había traicionado nada. *Hubiéramos podido decidir defender nosotros mismos Mordant, antes que aguardar educadamente a que nuestro bienamado Rey cayera de la precaria percha de su razón.* Era esencial alguna respuesta: Lebbick lo sabía muy bien. Pero no parecía capaz de extraer su anhelante espíritu tan lejos de las mazmorras. Sin prestar mucha atención a lo que decía, murmuró:

—Pruébalo. Consígueme agua.

No deseó volver a mirar a Eremis. La sonrisa del alto Maestro se había convertido bruscamente en intolerable: parecía demasiado regocijado, demasiado secretamente triunfante. En vez de ello, hizo todo lo posible por concentrarse en lo que estaban haciendo Havelock y Quillón.

A primera vista, el Adepto parecía hallarse en un estado de innatural dominio de

sí mismo, pese a que las obscenidades que murmuraba mientras trabajaba eran tan extravagantes que hubieran podido conseguirle una ronda de aplausos de cualquier pelotón de guardias del Castellano. Lebbick no estaba acostumbrado a verle hacer lo que se le pedía. El loco y viejo chivo estrábico que saltaba y reía en la sala de audiencias —o que incineraba importantes prisioneros antes de que pudieran ser interrogados— era el Havelock que Lebbick conocía: el hombre que trabajaba con el Maestro Quillón era un relativo desconocido. Un retroceso al poderoso y astuto Imagero que había ayudado al Rey Joyse a fundar y asegurar Mordant. Sólo la apariencia del Adepto parecía no haber cambiado. No llevaba nada excepto un viejo y sucio sobretodo; lo que quedaba de su pelo brotaba de su cráneo en locos mechones. Entre la locura de sus imperfectamente enfocados ojos y la temblorosa y sibarítica carne de sus labios asomaba fieramente su nariz.

Pero una mirada más atenta mostraba el coste del autodomínio del Adepto Havelock.

Estaba sudando, pese a lo helado de la brisa. Todo su cuerpo se agitaba como si estuviera poseído por la fiebre..., como si el hecho de permanecer allí donde estaba y elaborar su Imagería requiriera un acto de voluntad tan grande que todo su cuerpo se rebelara contra él. Con una inesperada punzada de dolor, Lebbick observó que la sangre resbalaba por la barbilla de Havelock. El Adepto se había mordido el labio inferior hasta desgarrarlo en pedazos.

A todos los efectos prácticos, él era la única defensa de Orison contra las catapultas. El Maestro Quillón había dejado muy claro que la Cofradía no poseía otros espejos que pudieran ocuparse de aquella necesidad especial. Todo aquello a lo que había servido y le importaba al Castellano dependía ahora de Havelock..., y evidentemente Havelock no iba a durar mucho más tiempo.

—¡Por los meados de un perro! —Bruscamente, el Castellano Lebbick sujetó el brazo de Quillón, exigiendo la atención del Maestro—. ¿Cuánto tiempo podrá seguir resistiendo?

Antes de que Quillón pudiera responder, el Adepto se volvió de su espejo, cloqueando como un demente.

—¡El suficiente! ¡Jejee! ¡El suficiente! —Havelock blandió una boca llena de sangrantes dientes hacia Lebbick, pero ninguno de sus dos ojos consiguió fijarse en el Castellano. Su voz escaló tonos, temblando al borde de la histeria—. ¡Están arrojándole *pedras* a él, PIEDRAS PIEDRAS PIEDRAS PIEDRAS PIEDRAS! ¡Y nosotros somos los únicos amigos que él le ha dejado! ¡Somos los únicos amigos que él le ha dejado!

Avanzando demasiado rápidamente para ser detenido, se secó la sangre de su barbilla con las manos y pasó éstas por las mejillas de Lebbick, manchando de rojo los canosos pelos de las patillas del Castellano—. ¡Y tú te has vuelto loco!

Repentinamente furioso, el Castellano Lebbick apartó los brazos de Havelock de un manotazo. Tiró de su espada, y apenas consiguió contenerse antes de lanzar un tajo y destripar al Adepto allí donde estaba de pie. Temblando tanto como Havelock, volvió a meter la hoja en su funda, luego cruzó apretadamente los brazos contra su pecho.

—Pedazo de idiota —murmuró entre dientes—. Tendrías que llevar años encerrado.

Por un momento, el Adepto Havelock sonrió sangre al Castellano. Luego se volvió hacia el Maestro Quillón. Señaló a Lebbick con un dedo y dijo, como si nadie excepto Quillón pudiera oírle:

—¿Conociste alguna vez a su esposa? —Havelock enfatizó sugerentemente la palabra *conocer*—. Yo sí. —Sin advertencia previa, se puso a cloquear de nuevo—. Ella era mucho mejor hombre de lo que él será nunca.

Aún riendo, regresó a su espejo.

El Maestro Eremis también estaba riendo; sus ojos destellaban regocijo.

—Maestro Quillón —exclamó, ante la apenada consternación de éste—, somos realmente afortunados de que solamente uno de los últimos amigos del Rey haya perdido la cabeza.

Las fuerzas de Alend situaron en posición una tercera catapulta. El Adepto Havelock, el Esbirro del Rey, hizo que fuera destruida también. Después de eso, no fueron llevadas más catapultas ante el castillo durante un tiempo. Al parecer, el Príncipe Kragen había decidido reconsiderar sus opciones.

Pero el Castellano Lebbick no se quedó a verlo. La mención de su esposa lo había puesto tan furioso que apenas podía soportarlo..., y en cualquier caso sus guardias eran perfectamente capaces de informarle de cualquier cosa que ocurriera. Mientras la sangre se secaba en sus mejillas, volvió airadamente al interior de Orison y se encaminó a las mazmorras, llevando consigo al Maestro Eremis.

Al cabo de un momento, por supuesto, se dio cuenta de que lo último que deseaba era tener al burlón Imagero consigo cuando se enfrentara de nuevo con la mujer. Afortunadamente, fue capaz de desviar su camino antes de que Eremis pudiera sospechar a dónde se dirigía. En vez de exponerle su obsesión, condujo a Eremis hacia los aposentos de los Maestros para comprobar el estado de Nyle.

—Una buena idea —comentó el Maestro Eremis cuando resultó claro hacia dónde se encaminaba Lebbick—. Yo también deseo tener noticias del estado de Nyle.

—Por supuesto que sí —gruñó el Castellano—. Él es el único que puede probar tu inocencia. Iba a probar que su propio hermano es el auténtico traidor. ¿No es eso lo que dijiste?

—Por supuesto. —Evidentemente, Eremis no temía en absoluto a Lebbick—. Consideras imposible creer que estoy preocupado por él por su propio bien. Lo

comprendo perfectamente. Teniendo en cuenta tu actitud hacia mí, me siento agradecido de que creas que deseo su restablecimiento por razones personales mías. —El sarcasmo del Maestro parecía contener una corriente subterránea de hilaridad; sonaba como si estuviera intentando ocultar su risa ante un buen chiste—. Como dije, él es mi prueba de que soy inocente de las acusaciones de Geraden.

Lebbick siguió andando. Cuando respondió, apenas le importó si Eremis le oía o no. Sobre todo en su propio beneficio, murmuró en voz baja:

—Ríete ahora, chivo bastardo carroñero. Algún día sabré la verdad acerca de ti. Cuando lo haga, tendré una excusa para hacerte comer tus pelotas.

Se sentía tan tenso interiormente, tan obsesionado con sus propios pensamientos, que no esperó una respuesta. Después de que el Maestro Eremis hablara, el Castellano no estuvo seguro de haber oído correctamente a su acompañante:

—Inténtalo.

Tras su blanda sonrisa, Eremis parecía tan afilado como un hacha.

Rechinando los dientes, el Castellano Lebbick recorrió el pasillo en dirección a los aposentos del Imagero.

Llegaron junto a un corto tramo sin salida, con puertas de servicio a ambos lados y la entrada principal al extremo. La ostentosa puerta de palisandro del Maestro Eremis hizo sonreír a Lebbick; estaba tallada con un bajorrelieve del propio Imagero, representando claramente su sentido de su propia superioridad. Pero la puerta en sí no era importante; no cambiaba nada. No, lo que importaba —el Castellano Lebbick se aferró a lo que importaba con ambos puños— era que la puerta estaba convenientemente cerrada, y que dos guardias de confianza estaban vigilando en el pasillo, controlando el acceso a los aposentos del Maestro Eremis.

Los guardias saludaron, y Lebbick pidió un informe.

—Underwell y dos de nuestros hombres han estado dentro toda la noche, Castellano —dijo el guardia más antiguo—. Nyle debe seguir con vida, o de otro modo Underwell hubiera salido. Pero no hemos oído nada.

—Bien —dijo el Maestro Eremis, pero el Castellano lo ignoró. Pasó junto a los guardias y abrió de golpe la puerta.

Luego, durante un largo momento, se limitó a quedarse allí, contemplando alucinado el interior de la estancia, intentando comprender, como si toda su razón y su sentido común se hubieran evaporado, cómo los guardias no habían oído nada. Una carnicería así tenía que haber hecho algo de ruido.

Tras él, sus hombres lanzaron ahogadas maldiciones. El Maestro Eremis murmuró:

—¡Excrementos de cerdo! —y empezó a silbar suavemente entre sus dientes.

Había tres hombres en la sala de estar de Eremis, los dos guardias y Nyle. Los tres habían sido masacrados.

Bien, no *masacrados* exactamente. El cerebro de Lebbick luchó por funcionar. Los hombres muertos no habían sido en realidad despedazados. El daño no parecía como el que podía conseguirse utilizando cualquier tipo de hoja. No; en vez de ser víctimas de un matarife, un matarife humano, los hombres parecían simples carcasas de las que se hubieran estado alimentando aves carroñeras. Enormes aves carroñeras, con mandíbulas capaces de arrancar trozos de carne del tamaño de cráneos humanos del pecho y las entrañas y los miembros de sus guardias, *sus guardias*. Los cuerpos estaban tendidos en medio de un charco de sangre y entrañas y huesos astillados.

En cuanto a Nyle...

En algunos aspectos, estaba en mejores condiciones; en algunos otros, en peores. No había sido tan concienzudamente devorado como los guardias. Pero sus dos brazos habían desaparecido, uno a la altura del codo, el otro a la del hombro. Y su cabeza había sido abierta hasta el cerebro: todo su rostro había desaparecido. Era reconocible solamente por su altura y constitución general, y por su situación en el suntuoso diván de Eremis.

El Castellano empezó a sonreír. Deseaba echarse a reír. No podía impedirlo: la desesperación era el único chiste que conocía. Casi alegremente, dijo:

—No vas a poder seducir a ninguna mujer aquí por un tiempo, Imagero. No conseguirás eliminar tanta sangre. Tendrás que reemplazarlo todo.

Eremis no pareció oírle. Estaba llamando suavemente:

—¿Underwell? ¿Underwell?

Por supuesto, tendría que haber habido *cuatro* hombres allí: Lebbick sabía eso. Sus dos guardias. Nyle. Y Underwell. Con una sonrisa cruel, envió a un guardia a registrar las otras habitaciones. Todavía retenía el suficiente dominio de sí mismo. Pero estaba seguro de que el médico había desaparecido. ¿Por qué desearía Underwell quedarse y ser atrapado después de cometer semejante traición?

Por alguna razón, el hecho de que lo que había ocurrido debería haber sido imposible no parecía preocupar a Lebbick.

—Castellano —dijo el guardia más antiguo con voz ahogada, como si el aire estuviera escapando de sus pulmones—, nadie entró ni salió. Lo juro.

—Imagería. —El Castellano Lebbick se recreó en la palabra: le dolía tanto que parecía gozar con ella—. Debieron ser atacados demasiado rápido, demasiado violentamente. Quizá fuera ese felino de fuego. O esas cosas redondas con dientes de las que habló el Perdon. —El deseo de al menos reír era casi insoportable—. Ni siquiera tuvieron oportunidad de gritar. Imagería.

—Me temo que sí. —La actitud del Maestro Eremis era anormalmente apagada, pero sus ojos brillaban como cuentas de cristal—. Nuestros enemigos han sido capaces de hacer estas cosas desde que dama Terisa de Morgan fue traída aquí.

—Y en tus aposentos, Imagero. —Lebbick seguía sonriendo—. A tu cuidado.

Protegidos por las disposiciones que tú mismo tomaste.

Ante aquello, los ojos de Eremis se abrieron mucho; miró parpadeante al Castellano.

—¿Estás hablando en serio? ¿Me culpas por esto?

—Fue hecho por la Imagería. Tú eres un Imagero. Son tus aposentos.

—Estaba vivo cuando lo dejé —protestó el Maestro Eremis—. Pregunta a tus guardias. —Por primera vez, Lebbick lo vio preocupado—. Y he pasado todo el resto de mi tiempo contigo.

La argumentación del Maestro era razonable, pero el Castellano Lebbick la ignoró.

—Eres un Imagero —repitió. Mientras hablaba, su voz adquirió un ligero sonsonete, como si, muy profundamente dentro de él, estuviera intentando acunar su dolor como si fuera un niño enfermo—. Crees que eres bueno. ¿Esperas que crea que «nuestros enemigos» poseen un espejo plano que muestra tus aposentos y tú no sabes nada de él? ¿Lo hicieron y nunca lo utilizaron, nunca te dieron ningún indicio de su existencia, nunca hicieron nada que permitiera a un buen Imagero como tú sospechar su existencia? ¿Hablas en *serio*?

Ante su sorpresa, Lebbick descubrió que casi estaba llorando. Sus hombres nunca habían tenido la oportunidad de defenderse, y no había nada que pudiera hacer para ayudarles ahora, ninguna forma en que pudiera devolverles a la vida. Sonriendo tan duramente como pudo, retorció su voz hasta convertirla en un gruñido:

—No me gusta cuando mis hombres son masacrados.

—Un admirable sentimiento. —El rostro del Maestro Eremis estaba tenso; la preocupación en sus ojos se había convertido en ira—. Te acredita. Pero no tiene ninguna relevancia. *Nuestros* enemigos parecen tener espejos planos que los admiten en cualquier parte. Si supiera cómo hacer este truco, podría hacerlo yo mismo. Pero eso tampoco es relevante. Nyle estaba vivo cuando lo dejé. Un ciego vería que estaba contigo cuando fue muerto. No se me puede culpar por ello.

—Pruébalo —respondió el Castellano, como si estuviera recuperando su buen humor—. Sé que no lo hiciste tú mismo. Los traidores con los que estás aliado lo hicieron. Pero *tú* lo preparaste. Y *tú* lo hiciste. —Resistió con dificultad un tremendo impulso de golpear a Eremis unas cuantas veces—. *Todo* lo que hiciste fue traer a Nyle aquí para que Gart y Gilbur y los demás de tus *amigos* pudieran alcanzarle.

Deseaba rugir: *¡Todo lo que hiciste fue conseguir que masacraran a mis hombres!* Pero las palabras se aferraron a su garganta, ahogándole.

—Castellano Lebbick, escúchame. Escúchame. —El Maestro Eremis habló como si estuviera intentando conseguir la atención de Lebbick durante un cierto tiempo..., como si Lebbick estuviera apresado por el delirio—. Esto no tiene sentido.

»Si crees que soy responsable de la muerte de Nyle, entonces es que crees que él

no podía defenderme de las acusaciones de Geraden. En consecuencia, tienes que creer que no tenía ninguna razón para llevarlo a la reunión de la Cofradía. ¿Para qué, para que hablara en contra mía? Digo que esto no tiene sentido.

»Y si crees que soy responsable de su muerte, tienes que creer también que poseo los medios para abandonar Orison en cualquier momento que desee..., a través del mismo espejo que permitió a Geraden escapar. Entonces, ¿por qué sigo aquí? ¿Por qué hice que Geraden se enfrentara a la Cofradía, cuando hubiera podido eludir tan fácilmente sus acusaciones? ¿Por qué me he sometido voluntariamente a este asedio? Castellano, esto *no tiene sentido*.

»No soy un traidor. Sirvo a Mordant y a Orison. No puede culpárseme de la muerte de Nyle.

Incapaz de pensar coherentemente, Lebbick gruñó de nuevo:

—Pruébalo. —Deseaba gritar que la argumentación de Eremis era demasiado persuasiva: no sabía qué era lo que había de malo en ella—. Hablar no conduce a nada. Puedes decir lo que quieras. —Y, sin embargo, tenía que haber algo malo en ella. *Tenía* que haberlo, porque lo necesitaba desesperadamente. Necesitaba hacer algo con su desesperación—. Simplemente pruébalo.

Desgraciadamente, el Maestro Eremis había recuperado su confianza. La expresión del Imagero estaba de nuevo llena de secretos..., hechos o intenciones ocultas, que hacían que Eremis sintiera deseos de echarse a reír, restablecían su actitud de inmaculada superioridad.

Sonriendo amistosamente, odiosamente, observó:

—Ya dijiste eso antes. Allá fuera, en las almenas. ¿No lo recuerdas?

La gentil sugerencia de que tal vez Lebbick no lo recordara —que tal vez no fuera demasiado consciente de lo que estaba haciendo— le enfureció lo suficiente como para restablecer algo de su autocontrol.

—Lo recuerdo —respondió secamente, aliviado al oír de nuevo su voz cortante y familiar—. Y entonces tampoco hiciste nada al respecto.

—No —admitió el Maestro—. Pero se me ocurrió una posibilidad. Iba a discutirla contigo cuando el Adepto nos ofreció otro de sus espectáculos. Eso me distrajo, y la olvidé hasta ahora.

»Mencionaste el agua.

Involuntariamente, el Castellano Lebbick se inmovilizó. ¡El agua! Complejas presiones se apoderaron de su corazón: apenas fue capaz de respirar.

—Puedo proporcionarla.

Orison necesitaba desesperadamente agua. La falta de agua afectaba a gran número de personas. Y era trabajo de Lebbick supervisar eso. A causa de sus deberes se sentía responsable, culpable, como si él fuera el causante del hecho.

Pero hubiera preferido ser destripado por prostitutas que aceptar cualquier ayuda

vital del Maestro Eremis.

—Tengo un espejo —explicó Eremis— que muestra una escena en la que la lluvia es incesante. La Imagen muestra un estado de constante aguacero torrencial. Puedo llevar ese espejo al depósito y trasladar la lluvia para que vuelva a llenar nuestras reservas de agua. —Se encogió ligeramente de hombros—. Puede que el proceso necesite algún tiempo. El volumen de lluvia que puedo proporcionar en un instante preciso es limitado. Pero seguramente podrá aliviar la necesidad de racionamiento. Quizás en algunos días vuelva a llenar el depósito.

Sonrió deliberadamente, como si supiera exactamente las inquietudes que estaba suscitando en Lebbick.

—¿Probará eso mi lealtad, buen Castellano? ¿Demostrará la sinceridad de mis deseos de servir a Orison y a Mordant?

El Castellano Lebbick emitió un ruido resonante en lo más profundo de su garganta. El ofrecimiento de Eremis le resultaba tan amargo que corría el peligro de asfixiarse con él. Pero no podía negarse, y lo sabía. Era exactamente lo que el Rey Joyse había deseado siempre de la Cofradía, de la Imagería: la habilidad de curar heridas, de resolver problemas, de rectificar pérdidas sin cometer ninguna injusticia —real o teórica— a las propias Imágenes. Y era exactamente lo que Orison necesitaba.

Con agua suficiente para resistir, los defensores del castillo podían mostrarse lo bastante fuertes como para rechazar a Alend, aunque aquellas malnacidas catapultas de Kragen consiguieran abrir una brecha en el muro cortina.

El ofrecimiento tenía que ser aceptado. No había ninguna otra solución. El Castellano tuvo que tragarse *de* algún modo el orgullo, tuvo que sacrificarlo en aras de su deber. Pero no podía, *no podía* ahogar la mortificación. En vez de responder al Maestro Eremis, se volvió hacia el guardia más antiguo tan salvajemente que el veterano retrocedió unos pasos.

—Presta atención —restalló innecesariamente—. Se supone que debías proteger a esa gente, y no hiciste un trabajo demasiado brillante. Ésta es tu oportunidad de redimirte.

»Lleva a este Imagero al Rey. Haz que le cuente al Rey todo lo que ha ocurrido aquí. Asegúrate de que le dice al Rey todo lo que acaba de decirme. Sácaselo a golpes si es necesario. Luego llévale en busca de ese espejo suyo. Súbelos a ambos al depósito. Haz que haga lo que ha prometido.

»Utiliza a todos los hombres que necesites. Es tu problema hasta que el depósito esté de nuevo lleno.

»Hazlo ahora mismo.

—Sí, Castellano. —Shock, miedo y furia alentaron el celo del guardia. Feliz de tener algo físico y específico que hacer, cerró una mano en torno al brazo del Maestro

Eremis—. ¿Vienes, o tendré que arrastrarte?

Como respuesta, la expresión del rostro del Maestro Eremis se volvió positivamente dichosa.

Tenía más fuerza de la que Lebbick sospechaba..., y una mejor palanca. Liberó su brazo de un tirón: un empujón hizo perder al guardia el equilibrio; una rodilla estratégicamente situada dobló al hombre sobre sí mismo. Con una sarcástica elegancia, Eremis ajustó su capa, enderezó su casulla. Luego, con un tono excesivamente educado, comentó:

—Buen Castellano, me temo que tus hombres no están lo suficientemente entrenados para este asedio.

Antes de que Lebbick pudiera hallar palabras para su furia, el Maestro se volvió hacia el guardia.

—¿Nos vamos? Creo que el Castellano desea que hable con el Rey Joyse.

Agitando los brazos en un floreo, abandonó el pasillo.

Paralizado por el dolor y la consternación, el guardia permaneció donde estaba. Al cabo de un momento, sin embargo, la mirada asesina del Castellano Lebbick lo envió cojeando tras el Maestro Eremis junto con su camarada.

Lebbick se quedó a solas. No contempló de nuevo el mutilado cadáver de Nyle o los cuerpos de sus hombres. Lenta y firmemente, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, golpeó su frente contra la pared, una y otra vez, hasta que recuperó el suficiente autocontrol como para llamar a más guardias sin aullar. Luego hizo que los muertos fueran sacados de allí y dio órdenes de que los aposentos fueran sellados, en caso de que Geraden o a sus aliados desearan utilizar de nuevo aquel camino para entrar en Orison.

Geraden no sólo era un asesino. Era un carnicero, loco de odio hacia su propio hermano, y nada tenía ya sentido.

Durante el resto del día, el Castellano Lebbick se concentró en mantenerse ocupado, de modo que no tuviera que bajar a las mazmorras. La inocencia de Eremis parecía debilitarle en formas que no podía explicar, minaba su rabia bajo sus mismos pies. Temía que, si veía a aquella mujer ahora, terminaría suplicándola que le perdonara.

Mantenerse ocupado resultó fácil: tenía más trabajo del que podía desear. Mientras escuchaba los informes del estado del asedio, sin embargo, mientras aplacaba las disputas entre la atestada población de Orison o discutía alternativas tácticas en caso de que el Adepto Havelock se volviera ineficaz contra las catapultas de Alend, no dijo nada a nadie acerca del agua. No deseaba despertar ninguna esperanza hasta que el Maestro Eremis hubiera demostrado que podía hacer lo que había prometido. Sin embargo, envió hombres a ajustar todas las válvulas del sistema de agua, e incurrió en las maldiciones de centenares de sedientas personas usando la

poca agua que había acumulado el arroyo del castillo para enjuagar cualquier posible residuo del veneno de dama Elegia de las conducciones.

Y, cuando uno de sus hombres le trajo finalmente la noticia de que el Maestro Eremis estaba trabajando ya en el depósito, fue a observar.

El Imagero estaba haciendo lo que había dicho que podía hacer. En la alta bóveda catedralicia del depósito, de pie en el borde de piedra del vacío contenedor, sujetaba su espejo inclinado hacia su interior. El espejo era casi tan alto como él, con un adornado marco; en consecuencia, era pesado: incluso un hombre con su inesperada fuerza no podría resistir su peso en esa posición durante mucho tiempo. Sin embargo, había resuelto el problema trayendo a dos Aprs para que le ayudaran. Uno sujetaba la parte inferior del espejo para mantenerlo firme; el otro retenía la parte superior mediante una cuerda atada a uno de los maderos que asomaban por entre la red de tuberías y pantallas encima del depósito. La ayuda de los Aprs permitía al Maestro Eremis concentrarse exclusivamente en su traslación.

Mientras acariciaba el marco y murmuraba las invocaciones que fuera que desencadenaban la relación entre su talento y el espejo, la lluvia brotaba en un pequeño torrente de la inclinada superficie del espejo.

Tenía *razón*: el proceso iba a tomar tiempo. Por torrencial que fuera la lluvia, la cantidad que podía ser trasladada a través del espejo era pequeña comparada con el tamaño del depósito y las necesidades de Orison. Sin embargo, el Castellano Lebbick pudo ver que el espejo proporcionaba significativamente más agua que el arroyo. Si el Maestro Eremis conseguía que siguiera fluyendo..., y si el agua era buena.

Lebbick comprobó aquella sospecha pidiéndole al Imagero que bebiera dos tazas del agua de lluvia..., lo cual hizo el Maestro Eremis sin ninguna vacilación apreciable. Pero un atento examen a su persona no hizo más que incrementar la otra preocupación del Castellano.

El Maestro Eremis estaba sudando en el frío aire del depósito. Su respiración era profunda y afanosa, y sus rasgos tenían la tensa palidez de unos nudillos apretados. Su expresión era inusualmente simple: por una vez, lo que estaba haciendo requería que se concentrara de una forma tan aguda, que se esforzara de tal modo, que no le quedaba energía para los secretos.

Llevaba poco tiempo al trabajo, y el agotamiento ya había empezado a apoderarse de él. Para mantener su traslación en funcionamiento, iba a necesitar más que una inesperada energía. Iba a necesitar la reciedumbre de una barra de hierro.

El Castellano Lebbick no se preocupó en maldecir. Podía sentir que algo en su interior estaba fallando; el Imagero le estaba venciendo. Esto era simplemente perfecto. Eremis iba a salvar Orison..., pero eso no era suficiente para él, oh, no, en absoluto. Iba a salvar Orison *heroicamente*, agotándose con una traslación que no dejaría la menor duda en la mente de nadie acerca de dónde se alineaban sus

lealtades.

Una curiosa debilidad se apoderó de los músculos de Lebbick. Tenía problemas en mantenerse erguido. Notaba las mejillas sorprendentemente rígidas; cuando las frotó, sangre seca se desmenuzó entre sus dedos. Quizá Havelock tenía razón respecto a él. Quizá se había vuelto loco. Dos de sus hombres y Nyle habían sido *masacrados*, y era culpa suya, no porque hubiera confiado en Eremis, al que odiaba, sino porque se había negado a creer que aquel brillante, torpe y confiable Geraden estaba poseído por el mal. Geraden había trasladado atrocidades para que se ensañaran con su propio hermano. O había hecho que alguien se ocupara de ello por él.

El Castellano deseó a su esposa. Deseó poder hundir su rostro contra el hombro de ella y sentir sus brazos rodeándole. Pero ella estaba muerta, y nunca iba a ser confortado de nuevo.

El Maestro Eremis no tenía frío ahora, pero se quedaría helado tan pronto como se detuviera para descansar. Mortificándose un poco más, el Castellano Lebbick pidió que le trajeran un catre y comida, ropas más de abrigo, un fuego al borde de la piscina, coñac. Luego, cuando hubo hecho todo aquello en lo que podía pensar en bien del salvador de Orison, volvió a sus deberes.

Durante la tarde, los de Alend trajeron una catapulta ante las puertas de Orison, el único otro lugar del castillo que podía resultar vulnerable sin un asalto prolongado. El Maestro Quillón despertó a Havelock de sus sonoros ronquidos, y los dos Imageros trasladaron el espejo del Adepto hasta la larga cara nordeste de Orison para proteger las puertas. El Castellano Lebbick, sin embargo, permaneció fuera de la vista encima del muro cortina. Cuando varios centenares de hombres de Alend avanzaron de pronto corriendo y llevando consigo escaleras y útiles de escalada hacia el mal tapado orificio, el Castellano estaba preparado para recibirlos. Sus arqueros los obligaron a retirarse.

Ese éxito alivió algo su debilidad. Pero no era suficiente. Nada era ya suficiente. Para alejarse de su zozobra, se sumió de nuevo en la única instrucción clara y comprensible que había recibido de su Rey.

Hacer su trabajo.

Esa mujer debe ser empujada a hablar.

Después del anochecer, cuando la ausencia de luz alivió la amenaza de las catapultas, permitiendo a los guardias concentrarse en defender Orison de formas más simples de ataque, el Castellano Lebbick regresó a las mazmorras para hacer lo que el Rey Joyse le había ordenado.

3

Terisa tiene visitantes

Después de que el Castellano la golpeará y se fuera, Terisa Morgan permaneció apoyada contra la pared durante largo rato, mantenida en posición sentada más por la fría piedra que por ningún deseo de no derrumbarse.

Es un truco. Le había dicho esto, ¿no? *Fue Eremis quien lo hito, de algún modo.* Sí, se lo había dicho. *Para librarse de Geraden.* Le había dicho todo aquello. Incluso había intentado suplicarle..., había intentado apelar a aquella parte de sí misma que había balbuceado y suplicado a sus padres, a su padre. No, no hice eso, no fue culpa mía, no volveré a hacerlo nunca, *por favor no me hagas esto.* No me encierres en el armario. Ahí es donde me desvanecí. Está oscuro, y me sorbe lejos, y dejo de existir. *Nyle aún está vivo.*

Pero el Castellano no la escuchó. La sujetó por los hombros, y la besó, y su beso fue como un golpe. Luego la golpeó realmente; ella trastabilló contra la pared y cayó. Era la segunda vez que la golpeaba. La primera vez, ella había estado llena de audacia. Le había dicho que su esposa se hubiera sentido avergonzada de él. Casi pudo prever que la golpearía. Pero esta vez ella le estaba suplicando. *Por favor no me hagas esto.* Y él la golpeó de todos modos. Como su padre, no se detuvo.

La tercera vez iba a ser su fin. Estaba segura de ello. Le había prometido que le haría daño, e iba a mantener su promesa. *Sólo un poco al principio. Un pecho o el otro. O quizás unos cuantos ganchos clavados en tu vientre. Un trozo de áspera madera entre tus piernas.* Iba a golpearla y a hacerle daño hasta que ella se quebrara.

No comprendía por qué la había besado. No deseaba comprenderlo. *Vete al infierno.* Todo lo que deseaba era desvanecerse de allí. La celda era fría, y la lámpara la afligía con un parpadeo sobrenatural, como una promesa de que se apagaría en cualquier momento, sumiéndola en la oscuridad. Cuando era niña, la perspectiva de desvanecerse siempre la había aterrado. Aún seguía haciéndolo. Pero, pronto, el hallarse encerrada en el armario le había recordado la seguridad de la oscuridad, le había enseñado de nuevo que podía desvanecerse y escapar de estar sola y sin amor, apenas capaz de respirar. Si no existía, nadie podría hacerle daño.

Si no existía, nadie podría hacerle daño.

Vete al infierno.

Pero ahora, cuando más la necesitaba, aquella solución le era arrebatada. No podía desvanecerse: había perdido la habilidad de conseguirlo. El Castellano iba a hacerle daño de una forma que ella nunca antes había experimentado. No era como la relativamente pasiva violencia de ser encerrada en un armario. No era como ser dejada sola para salvarse a sí misma de volverse loca. Era un nuevo tipo de dolor...

Y Geraden...

¡Oh, Geraden!

Necesitaba desvanecerse de allí, *tenía* que escapar, a fin de protegerle en caso de que aún estuviera vivo, en caso de que, de algún modo, hubiera conseguido realizar con éxito alguna otra traslación imposible. Desvanecerse era su única defensa contra la presión de traicionarle. Si ella desaparecía de allí, no podría decirle al Castellano dónde estaba él.

Y, sin embargo, él era la otra razón por la que no podía irse. Temía demasiado por él. No podía olvidar la forma en que lo había visto la última vez, la impresionante mezcla de angustia y férrea decisión en su rostro, la fatal autoridad en su voz y movimientos. El dulce joven de corazón abierto que ella amaba no había desaparecido. No. Eso hubiera sido bastante malo, pero lo que le había ocurrido era peor. Había sido fundido y forjado en hierro sin perder nada de su vulnerabilidad, de modo que la fuerza o la desesperación que lo habían conducido a arrojarse al interior de un espejo no eran una medida de lo mucho que se había endurecido, sino más bien del mucho dolor que sufría.

Ella había exclamado: *¡No soy una Imagera! ¡No puedo ayudarte!* Y él se había alejado de ella porque no tenía ninguna otra elección. Ella no era la respuesta a su necesidad. Se había lanzado al interior del espejo y había desaparecido, inalcanzable, tan lejos de cualquier esperanza o ayuda que ni siquiera había aparecido en la Imagen del espejo. Ni siquiera un Adepto podría hacerle volver.

Ésa era ahora su situación.

Si aún seguía con vida. Y si la traslación no le había costado su cordura.

Hubiera debido ir con él.

Sí. Hubiera debido ir con él. Ésa era otra razón por la que no podía desvanecerse: no podía olvidar que ya le había fallado. Y se había fallado a sí misma al mismo tiempo. Le quería, ¿no? ¿No era eso lo que había aprendido en sus últimos días juntos..., que él era más importante para ella incluso que el extraño poder del Maestro Eremis de extraer de su cuerpo una respuesta..., que creía en él y confiaba en él no importaba cuáles fueran las pruebas en contra..., que se preocupaba tanto por él que era incapaz de tomar partido por nadie excepto por él en las maquinaciones y traiciones que confundían Mordant? Entonces, ¿qué estaba haciendo *allí*? ¿Por qué se había quedado inmóvil y simplemente le había observado arriesgar su vida y su mente, sin hacer el menor esfuerzo por ir con él?

Hubiera debido hacerlo.

Estaba bloqueada de escapar dentro de sí misma por su miedo al Castellano. Por su miedo por Geraden. Y por la vergüenza.

Al cabo de un rato, la espalda empezó a dolerle a causa de la pared. Los imperfectamente cortados bloques de granito se clavaban contra su espina dorsal, contra sus omoplatos. El frío parecía penetrar dentro de ella desde el suelo, pese a las

cálidas ropas de montar que Mindlin había hecho para ella, pese a sus botas. Quizá fuera más juicioso levantarse e ir al camastro. Pero no tenía el valor ni la fuerza necesarios para moverse.

Ahora eres mía.

Geraden, perdóname.

—Mi dama.

No pudo ver a quien hablaba. Sin embargo, su voz no la sobresaltó, de modo que al cabo de un momento fue capaz de alzar la cabeza.

El Tor estaba de pie en la puerta de su celda. Su voz tembló cuando habló de nuevo:

—Mi dama. —Sus gruesos dedos aferraban los barrotes de la puerta como si fuera él quien había sido encerrado..., como si él estuviera prisionero y ella libre. Torpemente, Terisa observó a la luz de la lámpara las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Mi dama, ayúdame.

Su petición la alcanzó. Era su amigo, una de las pocas personas en Orison que parecían quererle bien. La había salvado del Castellano. Más de una vez. Mordiendo el gruñido que pugnaba por escapar de sus labios, se apoyó sobre manos y rodillas. Luego consiguió situar los pies debajo de su cuerpo y levantarse, tambaleante.

Oscilando y temerosa de desvanecerse, avanzó hacia la puerta. Por el momento, era lo mejor que podía hacer.

—Mi dama, tienes que ayudarme. —La voz del viejo señor temblaba, no a causa de la urgencia, sino porque estaba luchando con el dolor—. El Rey Joyse le ha dado a Lebbick permiso para hacer todo lo que quiera contigo.

Ella no comprendió. Como el beso del Castellano, aquello era incomprendible. De alguna forma, se halló sentada de nuevo en el suelo, inclinada hacia delante de tal modo que su enmarañado pelo caía en mechones sobre su rostro. *Permiso para hacer todo lo que quiera contigo*. El Rey Joyse le había sonreído a ella, y su sonrisa había sido maravillosa, un sol naciente que hubiera podido iluminar la oscuridad de su vida. Ella hubiera podido amar aquella sonrisa, como amaba a Geraden. Pero todo era una mentira. *Todo lo que quiera contigo*. Todo era una mentira, y no quedaba ninguna esperanza.

—Por favor —jadeó suplicante el Tor—. Mi dama. Terisa. —Apenas era capaz de contener su inquietud—. En nombre de todo lo que respetas..., de todo lo que puedas hallar de bueno y valioso en él, si no ha caído demasiado bajo. Dinos dónde ha ido Geraden.

Involuntariamente, Terisa alzó la cabeza. Sus ojos estaban llenos de sombras. ¿Tú también? La náusea aferró su estómago. ¿Tú también te has vuelto contra él? No pudo responder: no había palabras. Si intentaba decir algo, se echaría a llorar. O

vomitaría. Tú *también* no.

—No le harás ningún daño, mi dama. —El Tor estaba suplicando. Era un hombre viejo, y llevaba hasta el último gramo de su peso como si fuera una carga insoportable—. No me importa su culpabilidad. Si vive, se halla muy lejos de aquí, a salvo del ultraje de Lebbick. Estamos sitiados. Lebbick no puede perseguirle. Y nadie más puede usar ese espejo. No se verá perjudicado si hablas.

»Pero el Rey Joyse... —La garganta del señor se cerró convulsivamente. Cuando fue capaz de hablar de nuevo, su voz resonó temblorosa en su pecho, con un asomo de mortalidad—. El Rey Joyse ha confiado demasiado en el Castellano. Y ya no es él mismo. No comprende el permiso que ha dado. No sabe que Lebbick está loco.

»Mi dama, él es mi amigo. Le he servido con mi vida, y con las vidas de todo mi Care, durante décadas, Ahora no es lo que era. Reconozco eso. Hubo un tiempo en que fue el héroe de todo Mordant. Ahora es lo mejor que puede hacer para defender inteligentemente Orison.

»Pero sólo se ha vuelto más pequeño, mi dama, no peor. Sus intenciones son buenas. Te juro por mi corazón que sus intenciones son buenas.

»Si desafías a Lebbick, el Castellano te hará lo peor que pueda imaginar. Y, cuando el Rey Joyse comprenda lo que te ha hecho su permiso, perderá lo poco de él que aún le queda.

»Ayúdame, mi dama. Sálvame. Dinos dónde ha ido Geraden, para que Lebbick no tenga ninguna excusa para hacerte daño.

Terisa no conseguía enfocar sus ojos. Todo lo que parecía ver era la luz reflejándose en las mejillas del hombre. Le estaba pidiendo que se rescatara a sí misma. Después de todo, tenía razón: si revelaba dónde estaba Geraden, el Castellano no tendría ninguna excusa para hacerle daño. Y, en el proceso, el Rey Joyse podría ser salvado de cometer algo cruel. Y el propio Tor —el único de los tres a quien ella importaba— conseguiría dejar de llorar.

Con más fuerza de la que creía tener, se puso en pie.

—El Rey Joyse es tu amigo. —Sonó seca y fría a sus propios oídos, vagamente sin corazón—. Geraden lo es mío. —Luego, intentando apaciguar la aflicción del viejo, murmuró—: Lo siento.

—¿Lo sientes? —La voz del hombre se quebró momentáneamente—. ¿Por qué lo sientes? Sufrirás, y quizá mueras..., por lealtad a un hombre que ha matado a su propio hermano, y eso no le hará ningún bien. Quizá ni siquiera sepa lo que has hecho por él. Sufrirás lo peor que Lebbick pueda hacerte y no conseguirás nada. —Sus manos lucharon con los barrotes—. No tienes ningún motivo para sentirlo. En todo Orison, tú serás la única que pagarás por tu lealtad un precio más alto que el propio Rey Joyse.

»No, mi dama. Soy yo quien lo siente. —El temblor en el pecho del Tor hacía que

cada una de sus palabras fuera dolorosa de oír—. Soy yo. Tú te enfrentarás heroicamente a tu agonía, y tal vez hablarás o te mantendrás callada, si eres capaz. Pero yo me quedaré viendo a mi amigo conducir a la ruina todo lo que ama.

»No he venido a ti inmediatamente. No pienses eso. Desde que el Rey Joyse dio sus órdenes he sufrido en silencio mi tormento, intentando buscar los medios de persuadirle, de emocionarle..., de comprenderle. He suplicado a su puerta. He amedrentado a servidores y guardias. No creas que te he traído mi dolor a la ligera.

»Pero no tengo a nadie más a quien dirigirme.

»Mi dama, tu lealtad es demasiado costosa.

»Haya hecho lo que haya hecho, lo he hecho en nombre de mi Rey. Él es todo lo que me queda. Te lo suplico..., no permitas que se destruya a sí mismo.

—No. —Terisa no podía soportar verle durante más tiempo, así que se volvió de espaldas al desánimo del Tor—. Geraden es inocente. Eremis montó todo eso. —Habló como si estuviera recitando una letanía, encajando piezas de fe en un esfuerzo por edificar convicción—. Falseó la muerte de Nyle para hacer aparecer a Geraden como culpable, porque él sabía que Nyle nunca iba a apoyar sus acusaciones contra Geraden. Si el Rey deja que me hagan daño por eso... —un momento de mareo giró a su alrededor, y estuvo a punto de caer—, entonces tendrá que vivir con las consecuencias. Geraden es inocente.

—No, mi dama —repitió el Tor; pero ahora ella oyó algo nuevo en su voz..., un tipo distinto de aflicción, casi una nota de horror—. En esto estás equivocada. No me importa en absoluto la culpabilidad de Geraden. Ya he dicho eso. Sólo el Rey me importa. Pero tú has situado tu confianza en algo maligno.

Ella permaneció inmóvil, notando el fuerte pulsar crecer en sus oídos y la duda acumularse en sus entrañas.

—Nyle está incuestionablemente muerto. —El señor sonaba tan enfermizamente alterado como ella se sentía—. Yo mismo he visto su cuerpo.

Incuestionablemente muerto. Aquello la hizo moverse. Tanteando, halló su camino hasta el camastro. Olía a paja rancia y humedad vieja, pero se sentó agradecida en él. Luego cerró los ojos. Tenía que descansar un poco. Dentro de uno o dos minutos, cuando su corazón hubiera dejado de latir aceleradamente, podría responder al Tor. Seguro que sería capaz de pensar en una respuesta. Seguro que Geraden *era* inocente.

Pero, un momento más tarde, el pensamiento de que Nyle había sido realmente asesinado penetró en su cabeza, y todo dentro de ella pareció girar locamente. Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, se tendió en el camastro y se cubrió el rostro con las manos.

Finalmente, el Tor renunció y se fue; pero ella no le oyó marcharse.

Al mediodía los guardias le trajeron la comida..., pan duro y un poco de guiso

aguado. El pánico se apoderó de ella cuando los vio acercarse porque pensó que podía ser el Castellano; su alivio cuando vio quiénes eran la dejó demasiado débil para abandonar el camastro.

De hecho, se sentía demasiado débil incluso para comer, para ocuparse en ningún sentido de sí misma. Tan pronto como el Castellano Lebbick hablara con ella le diría todo lo que deseaba saber. Pero eso no lo detendría. No desearía detenerse. Ahora que tenía el permiso del Rey Joyse, nada podría detenerlo.

¿Dónde estaba la gente que le había demostrado cortesía o amabilidad, la gente que cabía suponer que tenía un cierto interés en ella? Elegía se había marchado con el Príncipe Kragen. Myste había abandonado Orison en una loca búsqueda para ayudar al perdido y rabioso campeón de la Cofradía. El Adepto Havelock estaba loco. El Maestro Quillón se había convertido en el mediador de la Cofradía porque eso era lo que el Rey Joyse deseaba..., y el Rey Joyse le había dado al Castellano permiso para hacer lo que quisiera con ella. ¿Saddith? Era sólo una doncella, pese a sus ambiciones. Quizás ella *hubiera* traicionado inadvertidamente a Terisa ante Eremis. Eso no significaba que hubiera algo que ella pudiera hacer para corregir la situación. ¿Ribuld, el hosco veterano, que había luchado por Terisa en más de una ocasión? Era sólo un guardia..., ni siquiera un capitán.

No podía apartar de encima suyo el peso de la necesidad de Mordant. Apenas era capaz de alzar la cabeza del jergón lleno de grumos que le servía como colchón. El Tor había visto el cuerpo de Nyle. El hermano de Festten estaba *incuestionablemente muerto*.

¿Por qué debía molestarse en comer? ¿De qué serviría?

Quizá, si se sentía lo bastante hambrienta, pudiera recuperar la habilidad de salirse de su propia existencia.

Intentó dormir —intentó relajarse de modo que la tensión y la realidad fluyeran fuera de sus músculos—, pero otro resonar de botas avanzó hacia su puerta por el corredor. Sólo un par: alguien venía en su dirección, solo. Un paso lento y arrastrante, como vacilante o frágil. Cerró deliberadamente los ojos de nuevo. No deseaba saber quién era. No deseaba ser distraída.

Por primera vez, la llamó por su nombre.

—Terisa.

No era buen presagio.

Sorprendida, alzó la cabeza y vio al hermano de Geraden en la puerta de su celda.

—¿Artagel?

Llevaba una camisa de noche y pantalones..., ropas que parecían incrementar su parecido familiar con Geraden y Nyle porque no eran las más adecuadas para un espadachín. Su atuendo y su forma de permanecer de pie, como si alguien acabara de clavar un cuchillo en su costado, dejaban claro que se suponía que aún debía

permanecer en cama. Había estado demasiado débil ayer —¿había sido realmente ayer?— para apoyar a Geraden frente a la Cofradía, Evidentemente, estaba demasiado débil hoy para recorrer las mazmorras solo.

Sin embargo, estaba aquí.

Definitivamente, no era un buen presagio que la hubiera llamado *Terisa*.

Olvidando su propia falta de fuerzas, se levantó del camastro y fue hacia él.

—Oh, Artagel, me alegra tanto verte, tengo un problema tan grande, te necesito, necesito un amigo, Artagel, creen que Geraden mató a Nyle, creen...

La palidez del hombre la detuvo. El sudor del esfuerzo en su frente y el temblor del dolor en su boca la detuvieron. Sus ojos eran vidriosos, como si estuviera a punto de perder el conocimiento. Gart, el Monomach del Gran Rey, lo había herido seriamente, y sufría recaídas cada vez que saltaba fuera de la cama cuando hubiera debido permanecer descansando en ella. El hecho de que Gart le hubiera vencido; la traidora alianza de Nyle con el Príncipe Kragen y dama Elega; las acusaciones contra Geraden; cosas como éstas atormentaban al más famoso hijo del Domne, impulsándole a luchar contra su debilidad..., y contra su recuperación.

—Artagel —gimió ella—, no deberías estar aquí. Deberías estar en la cama. Vas a caer enfermo de nuevo.

—Ato. —La palabra brotó como un gorgoteo. Con un brazo apretó su otra mano contra su costado—. No. —Puesto que estaba demasiado débil para permanecer de pie sin ayuda, se reclinó en la puerta, apretando su frente contra los barrotes. Sus turbios ojos hacían parecer como si se estuviera volviendo ciego—. Fue cosa tuya.

Ella se sobresaltó; el dolor la atravesó como una quemadura.

—¿Artagel? —Después de todo, había más tipos de dolor en el mundo que ella ni siquiera había imaginado. Excepto Geraden, Artagel era el mejor amigo que tenía. Hubiera confiado en él sin pensar—. No lo dices en serio. —¿Creía que *ella* era la responsable?—. No puedes.

—No quería decir eso. —Tenía problemas con su respiración. Su aliento parecía luchar contra una obstrucción en su pecho—. No es por eso por lo que estoy aquí. Lebbick va a ocuparse de ti. Yo sólo deseo saber dónde está Geraden.

»Voy a perseguirle y arrancarle el corazón.

Repentinamente, ella se sintió inundada por un deseo de gemir o llorar. Le haría bien llorar abiertamente. Pero esto era demasiado importante. De algún modo, consiguió dominarse. Jadeando porque la celda era demasiado pequeña y si no conseguía más aire pronto iba a desvanecerse, protestó:

—No. Eremis lo hizo. Fue un truco. Te lo aseguro, fue un *truco*. El Tor dice que ha visto el cuerpo y que Nyle está realmente muerto, pero no lo creo. Geraden no tuvo nada que ver con esto.

—¡Ah! —jadeó Artagel, como si estuviera dolido y furioso—. No me mientas.

No me mientas más. —Ahora sus ojos eran claros y ardientes, brillantes con pasión o fiebre—. Yo mismo he visto el cadáver.

Y, mientras ella sentía que todo giraba en su interior, prosiguió:

—Después de que Geraden lo apuñalara, aún estaba vivo. Eso es cierto. Eremis lo llevó apresuradamente a sus propios aposentos y consiguió un médico para él. Ésa era su única posibilidad de seguir con vida. Eremis le dio esa posibilidad. Luego Eremis situó guardias junto a él..., dentro de la habitación y fuera en la puerta. Por si acaso Geraden lo intentaba de nuevo.

»No funcionó. —La frente de Artagel parecía hincharse entre los barrotes; parecía como si estuviera intentando romperse el cráneo—. Lebbick los encontró. Los guardias habían sido muertos. Algún tipo de bestia los devoró. Geraden debió trasladar algo al interior de la estancia..., algo contra lo que no pudieron luchar.

»Nyle estaba muerto también. Lo que fuera devoró completamente su rostro.

Sólo por un segundo, aquella imagen golpeó a Terisa tan horriblemente que gimió. ¡Oh, Nyle! Oh, Dios mío. Una revulsión visceral se agitó dentro de ella, y sus manos corrieron a cubrir su boca. ¡Geraden, no!

Hubiera debido ir con él. Para impedir todo aquello.

Pero entonces vio hierro y angustia, y Geraden volvió a ella. Lo conocía. Y lo amaba. *Terisa, yo no maté a mi hermano*. Sin advertencia previa, se puso furiosa. Años de ultraje que había ido almacenando en lugares secretos de su corazón saltaron bruscamente fuera, incendiándola toda.

—Di eso de nuevo —jadeó, casi sin aliento—. Adelante. Dilo.

Artagel estaba más allá de toda sorpresa. Exhibió sus dientes en una mueca y repitió:

—Nyle fue muerto. La bestia devoró completamente su rostro.

—¿Y tú crees que *Geraden* hizo eso? —Lanzó su protesta hacia él como un latigazo—. ¿Estás loco? ¿Se ha vuelto loco todo el mundo en este lugar?

Él parpadeó, desconcertado; por un breve momento pareció mirarla bajo una luz distinta. Casi de inmediato, sin embargo, su propio horror regresó. Sus piernas estaban fallándole. Lentamente, empezó a deslizarse a lo largo de los barrotes.

—Vi su cuerpo. Lo tuve entre mis brazos. Todavía llevo su sangre en mis ropas.

Aquello era cierto. Su lámpara brillaba aún lo suficiente como para revelar las manchas secas en su camisa de dormir.

—No me importa. —Estaba demasiado furiosa para imaginar lo que había sido aquella experiencia para él..., sostener el ultrajado cadáver de su hermano entre sus brazos y no tener ninguna forma de devolver su cuerpo a la vida—. Geraden es tu hermano. Lo conoces de toda la vida. Lo conoces mejor que eso.

Artagel siguió deslizándose. Le dolía demasiado el costado: al parecer, era incapaz de usar sus manos. Tendió las de ella entre los barrotes y sujetó su camisa de

dormir para sostenerlo de algún modo; pero era demasiado pesado para ella. Finalmente dobló las piernas y apoyó su peso en sus rodillas.

—Te digo que vi su cuerpo.

Tiró de ella hacia abajo, con él, hasta que Terisa estuvo también de rodillas. Hirviendo furiosa en su rostro, ella jadeó:

—No me importa. *Geraden* no lo hizo.

—Y yo te digo que vi su cuerpo. —Pese a la debilidad y la fiebre, Artagel se enfrentó a su mirada con la misma pasión inflexible que lo había lanzado dos veces contra el Monomach del Gran Rey—. Tú lo niegas, pero eso no cambia los hechos. Un Imagero lo hizo. La traslación es la única forma en que una bestia pudo entrar en aquellos aposentos y volver a salir de ellos. Pero no fue Eremis. Él estuvo con Lebbick durante todo el tiempo.

»En estos momentos está arriba en el depósito, trasladando una nueva provisión de agua para Orison. El es la única razón de que aún tengamos alguna esperanza. Yo me puse del lado de *Geraden* contra él... —La voz de Artagel parecía estar llena de densa sangre—, y me equivoqué. Él está *salvándonos*.

»*Geraden* mató a Nyle. Voy a seguir su rastro allá donde esté, me lo digas tú o no. La única diferencia es que va a tomar más tiempo.

—Y entonces le arrancarás el corazón. —Terisa no podía soportarlo más. Sentía deseos de gritar. Soltó su camisa de noche con un esfuerzo de voluntad, se alejó de él—. Sal de aquí —murmuró—. No quiero escuchar esto. —La imagen de lo que le había ocurrido a Nyle sorbía toda su concentración. Se apartó de la puerta empujándose con ambas manos—. Simplemente sal de aquí.

Entonces la visión de Artagel —feroz y dolorido, de rodillas contra los barrotes de la celda— la ablandó, y se calmó un poco.

—Deberías estar realmente en la cama. No vas a ir a perseguir a nadie por un tiempo. Si el Castellano no consigue arrancármelo, y si me deja vivir, te prometo que te diré todo lo que pueda cuando estés lo bastante recuperado como para hacer algo al respecto.

Él no alzó la cabeza durante largo rato. Cuando finalmente levantó la vista, la luz había desaparecido de sus ojos.

Tortuosamente, como un hombre viejo cuyas articulaciones han empezado a traicionarle, se izó con ayuda de los barrotes, se puso en pie.

—Siempre confié en él —murmuró, como si estuviera a solas, ciego y sordo a su presencia—. Más que en Nyle o en ningún otro. Era tan torpe y tan decente. Y más listo que yo. No puedo imaginarlo.

»Entonces viniste tú, y pensé que eso era bueno porque le proporcionaba algo por lo que luchar. Me daba una razón para que dejara de permitir que esos Maestros lo humillaran. Pero luego mata a Nyle, lo mata... —Artagel se estremeció, sus ojos se

enfocaron en la nada—, y tú eres la única explicación en la que puedo pensar, de modo que pienso que tienes que ser un elemento maligno, de alguna forma terrible en la que no puedo pensar. Pero tú deseas que siga confiando en él. No puedo imaginarlo.

»Vi su cuerpo. —Como un viejo, se apartó de la puerta y empezó a arrastrar los pies por el corredor—. Lo cogí y lo sostuve entre mis brazos. —Frotándose las secas manchas de sangre de su camisa de dormir, fue más allá del ángulo de visión de Terisa. Sus botas siguieron sonando contra el suelo hasta que ya no pudo oírlas.

Terisa permaneció rígidamente de pie y contempló el vacío corredor por un tiempo, tan envarada como un testigo dando fe de lo que creía. Como el Tor, él había dicho que Nyle estaba muerto. Y no podía estar equivocado. Tenía que ser capaz de identificar el cuerpo de su propio hermano. Y, sin embargo, ella se sentía incapaz de retractarse. Inesperadamente, descubrió que la sostenía una furia que había mantenido durante toda su vida. Una infancia de castigos y olvido le habían enseñado muchas cosas..., y sólo ahora empezaba a darse cuenta de lo que eran algunas de esas cosas.

Sus manos temblaron. Las controló tanto como pudo y empezó a comer el pan y el guiso que le habían traído, paseando arriba y abajo por la celda mientras lo hacía. Necesitaba fuerzas, necesitaba reunir todos sus recursos. El Rey Joyse le había dicho que pensara, que *razonara*. Ahora, más que en ningún otro momento de su vida, necesitaba las fuerzas y la determinación para pensar claramente.

En la medida en que era posible hacerlo, estaba decidida a desafiar al Castellano.

Cuando éste vino finalmente —varias horas y otra comida más tarde—, casi se alegró de verle. Sin duda aguardar era mucho más fácil que soportar la violación o la tortura, pero era más duro que el desafío. La soledad erosionaba el valor. Media docena de veces, durante aquellas horas, vaciló, sintió que la resolución la abandonaba. En una ocasión se sintió tan presa del pánico que después se halló sentada en el suelo en un rincón, con las rodillas apretadas contra su pecho y sin la menor idea de cómo había llegado allí.

Pero consiguió salirse del colapso nervioso gracias al hecho de que sabía cómo sobrevivir aguardando a solas en una fría y mal iluminada celda. Había recobrado la habilidad de eliminar la oscuridad y el miedo. Paradójicamente, la decisión de enfrentarse de cabeza al peligro restableció su capacidad de escapar. Y cuando se rindió al desvanecerse, redescubrió la seguridad oculta en él y se sintió mejor.

Para esto no necesitó ningún espejo. Los espejos la ayudaban a luchar contra la erosión de su existencia; no eran necesarios si deseaba ceder. Y estaba cediendo, no aferrándose desesperadamente, lo cual la había mantenido cuerda cuándo sus padres la encerraban en el armario.

Sin embargo, el tiempo y la espera, el frío y la inadecuada comida, se cobraron su precio. Había límites a lo lejos que podía tender su determinación. Casi la alegró

verle cuando el resonar de sus botas anunció su llegada y el Castellano Lebbick apareció más allá de la esquina de piedra de la celda.

Ahora le haría tanto daño como pudiera. Y ella descubriría hasta dónde era buena.

Pero la vista del hombre la impresionó: no era la que había esperado. Se había preparado para la furia y la violencia, para una intensidad parecida al odio en su mirada y en sus agarrotadas *mandíbulas*, para la *muerte* potencial fuertemente enroscada en todos sus músculos. No estaba preparada para el hombre distraído, notablemente más bajo que ella, que entró en su celda sin ninguna decisión en sus hombros y ninguna autoridad en su rostro.

El Castellano se parecía a alguien que hubiera sufrido una derrota esencial.

Entró apáticamente en la celda. De nuevo no se molestó en cerrar la puerta a sus espaldas. Él era suficiente para impedirle escapar. Y, aunque consiguiera eludirle y salir de la celda, ¿dónde podía ir? Podía correr por los corredores como una rata atrapada, pero no podría salir de las mazmorras sin pasar por la sala de guardia. El Castellano Lebbick no necesitaba cerrar la puerta.

Por un momento no la miró; echó un vistazo por toda la celda, recorrió su cuerpo con los ojos sin mirar en ningún momento su rostro. Luego murmuró, como si estuviera hablando consigo mismo:

—Estás mejor. La última vez que te vi estabas a punto de desmoronarte. Ahora parece como si desearas luchar. —Sin sarcasmo, comentó—: No tenía idea de que ser arrojada a una mazmorra pudiera ser bueno para ti.

Terisa se encogió de hombros, estudiándolo atentamente.

—He tenido tiempo para pensar.

Finalmente, él alzó los ojos hasta los de ella. Las llamas que estaba acostumbrada a ver en ellos se habían extinguido..., o disminuido, en cualquier caso. Parecía casi calmado, casi estable..., casi perdido.

—¿Significa eso —preguntó suavemente— que vas a decirme dónde está?

Ella agitó negativamente la cabeza.

En el mismo tono, el Castellano prosiguió:

—¿Vas a decirme lo que habéis estado planeando? ¿Vas a decirme por qué lo hizo?

Una vez más, ella agitó negativamente la cabeza. Por alguna razón, su garganta estaba seca. El poco característico comportamiento de Lebbick empezaba a asustarla.

—No me sorprende. —No parecía haber sarcasmo en él. Se dio la vuelta, empezó a caminar arriba y abajo frente a los barrotes. Su actitud era casi casual; parecía como si estuviera dando un paseo—. El Rey Joyse me dijo que te sacara todo lo que pudiera. Desea que lo declares todo. ¿Te sorprende eso? —La pregunta era retórica—. Debería. No es propio de él. Siempre fue capaz de conseguir lo que deseaba sin tener que golpear a las mujeres.

»He estado esperando todo el día este momento.

»Pero ahora... —Abrió las manos de una forma que casi daba la impresión de que pedía ayuda—. Todo está del revés. El torpe, decente, *leal* Geraden se ha podrido. El loco Adepto Havelock se ha pasado la mayor parte del día protegiéndonos de las catapultas. El Maestro Eremis está atareado volviendo a llenar el depósito de agua. —Al parecer, no sabía que había sido visitada por el Tor y por Artagel, que ya sabía todo lo que le estaba diciendo—. Y el Rey Joyse desea que te haga daño. Desea que descubra quién eres..., qué eres.

Un asomo de anhelo brotó en la voz de Lebbick, un leve rastro de nostalgia.

—A veces, hace mucho tiempo..., acostumbraba a dejar que me ocupara de sus enemigos. A veces. Hombres como aquel comandante de guarnición... Pero nunca me había dado permiso para hacerle daño a alguien como tú.

Entonces el Castellano se enfrentó a ella..., y siguió pareciendo casi casual, casi perdido.

—Debe temerte. Debe temerte más de lo que nunca ha temido a Margonal o a Festten o a Gart o incluso a Vagel.

»¿Por qué eso? ¿Qué es lo que eres?

Terisa se enfrentó a su extinguida e ilegible mirada y tragó saliva. No comprendía lo que le había ocurrido al hombre, lo que se había llevado el fuego de su interior o había ahogado su odio; pero aquélla era la mejor oportunidad que tendría nunca de distraerle, de desviar sus intenciones contra ella.

—No lo sé —dijo, tan firmemente como pudo—. Estás haciendo las preguntas equivocadas.

—¿Las preguntas equivocadas?

—No puedo decirte por qué el Rey Joyse me teme. *Si* me teme. Y no te diré dónde está Geraden. Porque él no lo hizo. No voy a traicionarle.

»Pero te diré todo lo demás que quieras saber.

—¿Todo lo demás? —El Castellano Lebbick apenas sonó interesado en la idea—. ¿Como qué?

Su actitud creó en ella un momento de pánico. Temía que se hubiera vuelto inalcanzable..., que, fuera lo que fuese lo que le estaba ocurriendo, lo hubiera llevado más allá del punto donde cualquiera podía hablarle, discutir con él, adivinar lo que haría a continuación. Inspirando profundamente para elevar su valor, respondió:

—Como la forma en que sobreviví cuando Gart intentó matarme la primera noche que estuve aquí. Como el motivo por el que utilicé aquel pasadizo secreto en mis aposentos. Como lo que ocurrió realmente la noche que Eremis tuvo su reunión con los señores y el Príncipe Kragen. Como lo que ocurrió la primera vez que Geraden fue atacado. —Su propia pasión ascendió contra la inexpresividad del Castellano—. Como la forma en que estoy segura de que Eremis miente.

Ante aquello, algo parecido a una chispa brilló en los ojos de Lebbick. Su postura no cambió, pero todo su cuerpo pareció ponerse innaturalmente rígido.

—Cuéntame.

—Todo ello encaja entre sí —respondió ella. El Rey Joyse le había dicho que *razonara*, y la *razón* era la única arma de que disponía—. Incluso puedo decirte por qué temen a Geraden..., Vagel y Eremis y Gilbur..., por qué intentan tan obcecadamente apartarlo de su camino.

Lebbick no parpadeó.

—Cuéntame —repitió.

Así que se lo dijo. Tan claramente como pudo, le contó cómo el Adepto Havelock la había salvado del Monomach del Gran Rey. Describió cómo Havelock y el Maestro Quillón habían utilizado el pasadizo oculto detrás de su guardarropa. Relató todos los detalles que pudo recordar de la reunión clandestina de Eremis con los señores de los Cares, incluido el papel de Artagel en salvarla a ella. Y luego le contó al Castellano las conclusiones que extraía de todo ello.

—La primera vez que Gart intentó matarme, evidentemente no conocía el pasadizo secreto. La última vez, sí. ¿Cómo lo descubrió? Tú sabías que estaba allí. Myste y Elegia también. —Lebbick no reaccionó ante aquella revelación—. Quillón y Havelock, por supuesto. Geraden lo sabía igualmente. Y Saddith, mi doncella. Pero Myste y Elegia y Havelock y Quillón sabían de él desde mucho antes de que yo llegara aquí. Podrían habérselo dicho a Gart aquella primera noche. Así que olvidémoslos. ¿Qué hay respecto a Geraden? Él no sabía nada cuando me trasladé por primera vez a aquellos aposentos. Y piensas que está con Gart. Bien, le hablé de él a la mañana siguiente. Después de hablar contigo. ¿Por qué debería aguardar todo ese tiempo antes de dejar que Gart supiera el mejor camino para matarme?

»Por otra parte —estaba decidida a no retener nada que pudiera ayudarla—, Saddith y Eremis son amantes. Ella pudo hablarle del pasadizo..., y puede que transcurriera algún tiempo antes de que lo hiciera.

»Ella pudo decirle a él dónde estaba yo aquella primera noche.

—Sé todo eso —murmuró el Castellano, sin ninguna inflexión—. Cuéntame algo que no sepa. Háblame de por qué Eremis te rescató. Gart apareció a través del pasadizo, y Eremis hubiera podido librarse de los dos al mismo tiempo. ¿Cómo explicas eso?

Puesto que sólo era una suposición, Terisa hizo todo lo posible por sonar convincente.

—Porque había testigos. Si Gart simplemente me mataba, Geraden hubiera visto que Eremis permitía que ocurriera. Y si Gart intentaba acabar con nosotros dos, los guardias de fuera hubieran podido descubrirlo. Todo lo que tenían que hacer era abrir la puerta. De cualquiera de las dos formas, todo el mundo sabría que Eremis era un

traidor.

»Lo que pensó más adecuado —se obligó a sí misma a decir también aquello— fue hacerme el amor. Y luego, mientras yo estaba dormida o distraída, Gart podría deslizarse subrepticamente y matarme. Y nadie sabría nunca que Eremis había estado allí.

»Pero no contó con que Geraden interrumpiera.

El Castellano siguió sin mostrar lo que estaba pensando. Todo lo que dijo fue:

—Adelante.

Hoscamente, Terisa prosiguió:

—Eremis controló todos los detalles de aquella reunión con los señores. Dispuso el lugar, la hora, quiénes iban a estar allí. Arregló dónde iba a estar yo luego. Geraden no podía saber nada de sus planes. Lo único que Eremis no arregló fue Artagel. No arregló las cosas para que yo fuera salvada.

»Cuando Gart atacó, evidentemente entró y salió a través de un espejo. No sé cómo hizo eso sin perder la razón..., pero Artagel y yo supusimos dónde estaba el punto de traslación, el lugar en la Imagen. Él y Geraden y yo fuimos a examinar el lugar de nuevo, y el mismo espejo trasladó aquellos insectos. Artagel te habló de ello. Casi estuvieron a punto de matarnos a los tres.

»Eremis dice que fue una finta, un truco para hacer que Geraden pareciera inocente, pero eso es una tontería. Si Havelock no lo hubiera rescatado, hubiera muerto. Y nadie podía predecir que el Adepto se presentara allí para ayudarnos. Y Eremis lo sabe todo al respecto, pese a que no estaba allí y nadie se lo dijo. Afirma que yo lo hice, pero no es cierto. Debía estar al otro lado del espejo, observando.

Lebbick había empezado a fruncir el ceño. Sus ojos despidieron destellos de fuego oscuro. Para lo mejor o para lo peor, Terisa estaba despertando los rescoldos en él y haciendo brotar las llamas. Si era un error, estaba sellando su propio destino. De todos modos, siguió:

—Quieren a Geraden muerto o desacreditado porque es realmente un Imagero..., un tipo de Imagero que nadie ha visto antes.

Oblicuamente, se le ocurrió que hubiera debido comprender aquello antes. Pero no se había obligado a sí misma a pensar en ello hasta ahora. Y debido a eso Geraden estaba pagando un terrible precio. Por el momento, sin embargo, no tenía tiempo para lamentarse. Estaba demasiado ocupada defendiéndose a sí misma del Castellano.

—Por eso no es capaz de reconocer por sí mismo lo que es. Puede efectuar traslaciones que no tienen nada que ver con la Imagen en su espejo. Me sacó de un espejo que mostraba al campeón que deseaba la Cofradía. Y Eremis sabía que eso iba a pasar. O Gilbur, al menos. Él enseñó a Geraden cómo hacer ese espejo. Hubiera debido ver que Geraden no lo hacía correctamente. Cuando el espejo fue hecho mal y sin embargo mostró la Imagen con el campeón, Gilbur debió darse cuenta de lo que

Geraden podía hacer.

»Si alguna vez llega a darse cuenta de cuál es su poder o de cómo usarlo, será el Maestro más poderoso que jamás haya existido. Y es leal al Rey Joyse. Aunque las acciones de éste destrocen su corazón. Gilbur y Vagel y Eremis tienen que librarse de él antes de que aprenda cómo luchar contra ellos.

»Por eso lo atacaron con insectos, intentaron matarlo. Y por eso prepararon las cosas de modo que pareciera que él *había matado a Nyle. Le temen. Y él está intentando ponerlos al descubierto. Necesitan librarse de él de una forma que haga que ellos aparezcan inocentes.*

»Nyle no está en realidad muerto. No puede estarlo. Eremis no hubiera podido usarlo de esta forma sin su cooperación..., y él no hubiera cooperado si pensara que iban a matarlo.

Claramente, el Castellano dijo:

—Mierda de cerdo. —Los músculos temblaron a lo largo de su mandíbula; sus ojos brillaron ominosamente—. Mis hombres están muertos, y yo vi su cuerpo. Todo su rostro había sido devorado hasta el cerebro. —Consiguió sobreponerse al ultraje—. Eremis está en estos momentos en el depósito de agua, *salvándonos*. Es el héroe de Orison. Nadie creerá una palabra de lo que dices. —Alzó los puños frente al rostro de ella, golpeó el pasivo aire—. Ese hijo de puta de médico nos traicionó, *¡y dos de mis hombres están muertos!*

Ahora fue el turno de Terisa de mirarle, abrumada por la sorpresa.

—¿Médico? Artagel no mencionó ningún médico.

—¡*Underwell*, zorra! El mejor médico de Orison. Eremis lo hizo todo perfectamente. Llevó aprisa a Nyle a sus aposentos. Mandó llamar a Underwell. Apostó guardias. Mientras tú estabas ayudando a Geraden a escapar y ese imbécil de Quillón se metía en mi camino, Eremis estaba intentando *salvar a Nyle*.

Terisa hubiera debido sentir miedo ante su nueva ira, pero no fue así.

—¿Un médico? —En vez de ello, estaba asombrada por la repentina claridad de sus pensamientos—. ¿Qué le ocurrió? ¿No vio lo que atacó a tus hombres y a Nyle?

—¡*Escapó!* —gruñó Lebbick—. ¿Qué piensas? ¿Acaso esperabas que se quedara allí y aguardara a que lo cogiésemos? —La furia hinchó los tendones de su cuello—. Fue trasladado lejos de allí, del mismo modo que la sanguinaria criatura de Geraden fue trasladada dentro de la estancia.

—Pero, ¿por qué?

—¿Cómo quieres que lo *sepa*? Nunca miré dentro de su corazón. Quizá simplemente odiaba a Nyle. Quizá Festten le ofreció riquezas. Quizá Gart tomó a sus familiares como rehenes. No lo sé ni me importa. En lo que a mí se refiere, simplemente *lo hizo*.

—No —dijo Tensa, como si ahora no tuviera nada que temer—. No es eso lo que

quiero decir. ¿Por qué lo hizo de esa forma? ¿Por qué matar a los guardias? ¿Por qué...? —¿Por qué hacerle aquello tan horrible a Nyle?—. Hubieran podido verse interrumpidos. Hubieran podido ser atrapados. ¿Qué hay del ruido? ¿Acaso el ser atacados por algún tipo de bestia como aquélla no produce ruido..., el suficiente como para alertar a los guardias de fuera? ¿Por qué correr el riesgo?

Hirviendo de rabia, el Castellano empezó a escupirle una explicación. Pero ella no deseaba oírle decir nada más contra Geraden. Lo ignoró.

—Él es médico —dijo—. El mejor médico de Orison. No necesitaba ninguna ayuda para librarse de Nyle. Y no necesitaba hacerse identificar como un traidor. ¿Acaso no lo comprendes? —La lentitud de Lebbick en captar las implicaciones la sorprendió casi tanto como su propia seguridad—. Todo lo que tenía que hacer era *fracasar*. Dejar morir a Nyle. Poner algo tóxico en la herida y cubrirla con vendajes. Nadie lo hubiera sabido nunca. Nadie hubiera sospechado nunca.

»¿Por qué correr el riesgo estúpido, *estúpido*, de todo aquel derramamiento de sangre?

El Castellano Lebbick la miró como si estuviera viendo algo nocivo crecer delante de él.

—Así que quizás él no lo hizo —murmuró.

—Entonces, ¿dónde está?

—No hubiera dejado que mataran a Nyle sin intentar detenerles..., sin intentar pedir ayuda. —Lebbick estaba haciendo un visible esfuerzo por comprenderla—. Quizá lo mataron también, y se llevaron el cuerpo con ellos.

—¿Por qué? —repitió ella—. ¿Por qué molestarse? ¿Para crear la ilusión de que tenían un cómplice que no necesitaban? ¿Para hacerte creer que Underwell era culpable cuando en realidad no lo era? ¿Qué conseguirían con ello? ¿Qué buscaban?

—*¡Exacto!* —El Castellano cerró furioso ambos puños—. *¿Qué buscaban?*

Y Terisa seguía sin tener miedo. *Todo su rostro fue devorado...* Calmadamente, preguntó:

—¿Qué aspecto tenía Underwell?

Lebbick emitió un sonido estrangulado.

—¿Aspecto?

—Comparado con Nyle —explicó ella—. ¿Eran aproximadamente de la misma estatura? ¿El mismo peso? ¿El mismo color de piel?

—¡NO! —gritó el Castellano, como si ella hubiera ido demasiado lejos, como si aquella vez lo hubiera empujado finalmente más allá del punto donde no podía retener sus manos. Y entonces, un instante más tarde, lo que ella estaba intentando decir le golpeó, y se detuvo.

Dijo, con un hilo de voz:

—Sí. Más o menos iguales.

Suavemente, como si en ello no hubiera nada personal, ella prosiguió su argumentación:

—Si pusieras a Underwell las ropas de Nyle, ¿serías *capaz* de reconocerle? Si le produjeras heridas como las que se supone que recibió Nyle, y lo desfiguraras lo suficiente, y cubrieras el resto con sangre..., ¿serías *capaz* de reconocerle?

El Castellano Lebbick la miró con asomos de apoplejía en su rostro.

—Creo que Nyle está vivo —terminó ella, no porque creyera que el Castellano seguía sin entenderla, sino simplemente porque tenía que decir algo para controlar el silencio, impedir que él estallara—. Creo que el hombre muerto fue Underwell.

Con un esfuerzo, Lebbick consiguió extraer algo de aliento entre sus apretados dientes.

—Todo esto —masticó casi las palabras—, piensas todo esto, y ni siquiera has puesto un pie fuera de esta celda. ¡Por todas las ovejas en celo! ¿Cómo lo haces? ¿Qué utilizas para razonar así? ¿Qué tienes como prueba?.

Ahora que había llegado a su conclusión, Terisa perdió su invulnerabilidad. Él estaba empezando a asustarla de nuevo.

—Ya te lo he explicado. —Estaba decidida a no permitir que le temblara la voz—. Eremis desea desviar las culpas hacia Geraden. En parte para quitarlo de en medio, de modo que no pueda comprender su talento y empezar a utilizarlo. Y en parte porque Eremis todavía no está preparado para traicionarnos. Quizá sus planes aún no estén ultimados. Si suelta su trampa ahora, el Príncipe Kragen puede apoderarse de Orison. Alend echaría sus manos sobre la Cofradía. ¿No es así? Pero Eremis está con Gart..., con el Gran Rey Festten y Cadwal. Desea mantenernos seguros hasta que Cadwal llegue aquí..., hasta que Alend sea apartado también del camino.

»Si Geraden está trabajando con Gart, si realmente sirve a Cadwal..., no hubiera hecho nada de esto. No se hubiera arriesgado a acusar a Eremis, no hubiera hecho nada para minar Orison. Hasta que Cadwal hubiera llegado aquí. No hubiera arruinado su propia posición matando a su hermano.

Hubiera seguido, intentando edificar un muro de palabras entre ella y el Castellano, pero el hombre la cortó en seco.

—¡Ya basta! —restalló fieramente—. Todo esto no es más que palabrería. No es ningún razonamiento. No es ninguna *prueba*. Has permanecido en esta celda todo el día. ¿Qué te hace creer que sabes lo que está ocurriendo? Dices que él está actuando así porque es culpable..., pero haría exactamente las mismas cosas si fuera inocente. Quiero *pruebas*. Si esperas que arreste al «héroe de Orison», tendrás que proporcionarme *pruebas*.

Sólo por un segundo, Terisa estuvo a punto de hundirse. Pruebas. Su mente se oscureció; una tapa se cerró sobre su valor. ¿Qué tipo de pruebas *había* allí, en un

mundo como aquél? Si tuviera a Underwell tendido desnudo ante ella no sería capaz de señalar la diferencia entre él y Nyle. No conocía a los hombres. Sólo las características físicas más evidentes le hubieran permitido distinguir entre él y, digamos, Eremis. O Barsonage.

Luego, bruscamente, la respuesta llegó a ella. Con un repentino y mareante alivio, dijo:

—Pregúntale a Artagel.

—¿Artagel? —exclamó el Castellano suspicazmente—. ¿El hermano de *Geraden*?

—Y de Nyle —contraatacó ella—. Haz que examine el cuerpo. Quítale las ropas y haz que lo examine. Tendría que ser capaz de reconocer el cadáver de su propio hermano.

Lebbick la miró como si considerara aquella idea ofensiva. Bajo uno de sus ojos, un músculo dio unos tirones, proporcionando a su mirada una cualidad maníaca. Terisa había ido demasiado lejos, había dicho algo equivocado, había convencido accidentalmente al hombre de que sus argumentaciones eran falsas. Iba a hacer con ella lo que había venido a hacer. Iba a hacerle daño.

No lo hizo. Dijo:

—De acuerdo. Probaré esto.

»Es una lástima que Underwell no tenga familia aquí. Hubiera sido mejor examinar la cosa desde ambos lados. Pero probaré con Artagel.

Terisa notó que se desvanecía. Deseó poder sentarse. El fruncido ceño del Castellano, sin embargo, aún estaba clavado en ella. No hizo ningún movimiento para irse. Al cabo de un momento dijo:

—Mientras estoy fuera, recuerda algo. Aunque ése sea el cadáver de Underwell, eso no prueba que Nyle esté vivo. No prueba nada respecto a Geraden o Eremis. Todo lo que prueba es que algún buscamierda está completando aún algo. Si quieres que arreste al mujeriego «héroe de Orison», no me muestres que Underwell está muerto. Muéstrame que Nyle está vivo.

Entonces se fue. La puerta de la celda resonó tras él; la llave chirrió en la cerradura, los pesados tacones de las botas resonaron con mil ecos en las piedras del corredor.

Terisa se sentó en el camastro, apoyó la espalda contra la pared, y se dejó evaporar por un tiempo.

4

Extrañas elecciones

Los barrotes de la celda eran de viejo y áspero hierro, toscamente fundido y forjado. Pequeñas marcas de óxido marcaban el metal como viruela; parecía antiguo y corrupto. Sin embargo, los barrotes seguían intactos, pese a su edad. Contra la mordedura del óxido, el tosco trabajo y el agravante de la húmeda atmósfera, el hierro se había defendido con generaciones de sebo y miedo humanos. Desde que fueran construidas las mazmorras, docenas o centenares de hombres y mujeres y quizá niños habían permanecido en aquella celda, aferrando los barrotes porque no tenían otra cosa que hacer con su necesidad. Y ahora el rezumar del sudor y el polvo dejados atrás por sus doloridas, crispadas y condenadas manos protegía el metal de sus años acumulados. Si Terisa las frotaba con la manga de su nueva blusa, podía hacer que algunas partes del hierro brillaran débilmente.

Sí. Él tenía razón. Aquello no demostraba que Nyle estuviera vivo. No podía discutir aquello.

Así que el Castellano volvería.

Se preguntó si los lugares donde la gente sufría se hacían siempre más fuertes a través de los residuos del dolor. Y —no por primera vez—, se preguntó cuántos tipos distintos de dolor era posible sentir.

Cuando él volviera, todo lo que le hiciera estaría fuera de su control. Había usado todas sus armas. Ella no era Saddith: no podía utilizar su cuerpo para proteger su espíritu, pese a que él, aparentemente, la deseaba. Incluso aunque hubiera estado dispuesta a efectuar el intento —una cuestión puramente retórica—, carecía del conocimiento y la experiencia necesarios. Y en alguna parte entre los polos del amor y la violencia el Castellano Lebbick había extraviado su camino. Tal vez ya no fuera capaz de distinguir entre ellos.

Hubiera debido irse con Geraden.

Hubiera debido llegar a sus propias conclusiones acerca de él antes, mucho antes.

Hubiera debido hundir un cuchillo en el cuerpo del Maestro Eremis cuando había tenido la oportunidad. Si, de hecho, había tenido esa oportunidad.

El Castellano volvería.

¿Qué esperanzas le quedaban a ella ahora? Sólo una: que Artagel pudiera examinar el cuerpo y estuviera seguro que no era el de Nyle. Si ocurría esto —si se demostraba que ella tenía razón en este punto—, el Castellano podía dudar lo suficiente de su propia ira como para tratarla más cautelosamente. Podía. Tenía que esperar *algo*, ahora que no podía esperar ser dejada a solas.

Tenía que esperar que el talento de Geraden fuera lo suficientemente fuerte como para salvarla. De alguna forma, había doblado su espejo fuera de su Imagen a fin de

aparecer en su apartamento y trasladarla a Orison. Eso era una cosa. Pero doblar el mismo espejo de modo que funcionara como si fuera plano..., eso era algo muy distinto. Un intento mucho más arriesgado. Y, sin embargo, tenía razones para creer que estaba dentro de sus habilidades. Con ese mismo espejo, la había llevado a ella a un escenario que no tenía ningún parecido con la Imagen, un escenario que él había llamado «El Puño Cerrado», en el Care de Domne, y ella no se había vuelto loca. Si él podía hacer aquello para ella, seguro que podía hacerlo también para sí mismo.

¿Seguro?

Oh, Geraden.

La verdad era que no estaba segura de nada. No estaba acostumbrada a la confianza que había proyectado frente al Castellano Lebbick: era más fácil olvidar que sostener. Desgraciadamente, no había nada inevitable en la explicación de los acontecimientos que le había presentado. Como su capacidad para el amor, era algo puramente teórico. Sabía lo que se reiría el Maestro Eremis, si alguien le contara lo que había dicho. En el fondo, su defensa de sí misma se apoyaba completa y exclusivamente en la convicción de que Geraden era inocente. Si estaba equivocada acerca de eso...

Las implicaciones eran intolerables, así que intentó cerrar su mente a ellas. Puesto que no sabía si el Castellano volvería pronto o tarde —y en cualquiera de los dos casos podía significar cualquier cosa, buena o mala—, hizo un esfuerzo por distraerse contando los bloques de granito que formaban las paredes de su celda.

Las dos paredes de los lados habían sido construidas del mismo modo. A primera vista, la construcción parecía descuidada: bloques que encajaban mal habían sido simplemente amontonados unos encima de otros. De modo que era posible soltar algunos, especialmente cerca del techo. Pero el tiempo y el uso habían desgastado los ásperos bordes, dejando una superficie que no podía lastimar. Como contraste, la pared del fondo de la celda era de piedra plana y sin uniones..., cortada, no amontonada. Sin duda el trabajo había sido hecho por los esclavos de Alend y Cadwal nacidos en Mordant, durante los largos años de conflicto entre esas potencias.

Y ahora ella estaba prisionera del mismo conflicto. En cierto sentido, las mazmorras nunca soltaban a sus víctimas. Los rostros y los cuerpos cambiaban —morían y eran retirados—, pero la vieja piedra se aferraba a su finalidad, y la angustia de los hombres y mujeres encerrados en ellas jamás cambiaba. El Rey Joyse no había ido lo bastante lejos cuando había alterado Orison para convertirlo en un lugar de paz. Gran parte de las enormes mazmorras había sido entregada a la Cofradía para convertirla en su laborium: eso estaba bien..., pero no era suficiente. Todo el lugar hubiera tenido que ser empleado para otra cosa. Entonces quizás el Castellano no hubiera pasado tantos años pensando en las cosas que podía hacerle a la gente que le ofendía.

No sabía qué decirle cuando volviera.

Nunca había sabido qué decirle tampoco a su padre. Hasta ahora, sin embargo, había tenido más suerte con el Castellano. Pero eso había terminado. Había hecho todo en lo que podía pensar. Ahora se hallaba a merced de acontecimientos y actitudes que no podía controlar. Hombres que se volvían locos, hombres que odiaban, hombres que...

—Veo que estás profundamente sumida en tus pensamientos, mi dama —dijo el Maestro Eremis—. Esto te hace especialmente encantadora.

Se volvió, con el corazón palpitando en su garganta, y lo vio en la puerta de su celda. Con una mano retorcía negligentemente los extremos de su casulla. Su relajado porte sugería que la llevaba observando desde hacía unos minutos.

—Eres absolutamente notable —prosiguió—. Normalmente, las meditaciones en una mujer sólo producen fealdad. ¿Estabas pensando en mí?

Ella abrió la boca para pronunciar su nombre, pero no pudo hacer descender su corazón; latía demasiado fuerte. Mirándole como si hubiera sido cogida por sorpresa, dio involuntariamente un paso atrás.

—Eso explicaría esta increíble belleza..., el que estuvieras pensando en mí. Mi dama —sonrió como si ella estuviera desnuda delante de él—, puedes tener la certeza de que yo sí he estado pensando en ti.

—¿Cómo...? —Luchó por recuperar su voz—. ¿Cómo has entrado aquí?

Él se echó a reír ante aquello.

—Sobre mis piernas, mi dama. Caminando.

—No. —Terisa sacudió la cabeza. Lentamente, su inmediato pánico recedió—. Se supone que debes estar arriba, en el depósito de agua. Salvando Orison. El Castellano Lebbick jamás te dejaría venir caminando hasta aquí.

—Desgraciadamente, no —admitió el Maestro. Su tono se volvió marginalmente más sobrio—. Me vi obligado a utilizar un poco de marrullería. Un poco de ají en mi vino para producir sudor, de modo que se sintiera impresionado por mis esfuerzos. Una suave poción en el coñac que ofrecí a los hombres que él dispuso para protegerme, a fin de que durmieran un poco. Un pasadizo que fue construido secretamente desde mis aposentos de trabajo en el laborium hasta una parte no utilizaba de las mazmorras..., una tremenda previsión por mi parte, ¿no crees?, considerando que nunca me fue posible estar seguro de que Lebbick te arrestara.

Terisa ignoró el ají y la poción; no significaban nada para ella. Pero un pasadizo secreto que conducía fuera de las mazmorras, una forma de escapar... Tuvo que contenerse sujetándose con ambas manos para no temblar incontrolablemente ante la repentina e irracional esperanza.

Luchando por dominar el temblor en su voz, dijo:

—Te tomaste una gran cantidad de molestias. ¿Qué es lo que quieres? ¿Esperas

que te diga dónde está Geraden?

El Maestro Eremis se echó a reír de nuevo.

—Oh, no, mi dama. —Terisa empezaba a odiar aquella risa—. Me lo dijiste hace ya mucho tiempo.

Cuando dijo eso, una punzada de pánico la atravesó..., un miedo distinto de todos sus demás temores y alarmas. Olvidó el pasadizo secreto; era secundario. Sintió deseos de gritar: No, no lo hice, ¡nunca hice eso! Pero tan pronto como él lo dijo supo que era cierto.

Se lo había negado al Tor y a Artagel y al Castellano Lebbick..., pero Eremis ya lo sabía.

—Entonces, ¿qué? —preguntó, como si fuera genuinamente capaz de beligerancia—. ¿Has venido a matarme? ¿Deseas impedir que hable con el Castellano? Has llegado demasiado tarde. Ya se lo he dicho todo.

—¿«Todo»? —La oscura mirada del Imagero destelló como si ya no se sintiera tan divertido como aparentaba—. ¿Qué «todo» es ése, mi dama? ¿Le dijiste que tuve tus suaves pechos entre mis manos? ¿Le dijiste que saboreé tus pezones con mi lengua?

El recuerdo crispó su estómago. Más furiosa, respondió:

—Le dije que fingiste la muerte de Nyle. Tú y Nyle preparasteis ese ataque contra Geraden. Para que nadie creyera las cosas que decía acerca de ti.

»Le dije que Nyle sigue vivo. Emboscaste a Underwell y a esos guardias para que todo el mundo pensara que Geraden había vuelto y lo había matado, pero aún está vivo. Lo mantienes oculto en alguna parte. Conseguiste convencerle de alguna manera que se pusiera de tu lado, quizá odie a Geraden por detenerle cuando intentó ayudar a Eremis y al Príncipe Kragen..., y ahora lo guardas a buen recaudo en algún lado.

»Eso es lo que le dije al Castellano.

A la incierta luz de la lámpara, la sonrisa del Maestro Eremis pareció hacerse más dura, más acusada.

—Entonces me alegro de que nunca fuera mi intención hacerte ningún daño. En caso contrario, todo el mundo supondría que había alguna justicia en tus acusaciones.

»Pero no te guardo ningún rencor por ello. Demostraré —dijo con voz suave— la injusticia de esas acusaciones.

—¿Cómo? —respondió secamente ella, intentando afirmar su valor..., intentando no pensar en el hecho de que ella había traicionado a Geraden *al* Imagero—. ¿Qué nuevas mentiras tienes en mente?

La sonrisa de Eremis llameó como una hoja.

—Ninguna mentira en absoluto, mi dama. No volveré a mentirte de nuevo. ¡Observa! —Hizo un floreo con una mano, y extrajo una larga llave de hierro de la

manga de su capa—. He venido para sacarte de aquí.

Ella se lo quedó mirando; el shock la hizo desear tenderse en su camastro y cerrar los ojos. Él tenía una llave de la celda. Deseaba sacarla de aquí, ayudarla a escapar..., deseaba librarla de las garras del Castellano. Se sintió demasiado confusa, no pudo pensar. Empieza todo de nuevo. Él tenía una llave de la celda. Deseaba... No tenía ningún sentido.

—¿Por qué? —murmuró, formulándose a sí misma la pregunta, sin esperar a que él la contestara.

—Porque —dijo él claramente— tu cuerpo es mío. Lo he reclamado, y tengo intención de conseguirlo. No acepto que mis deseos se vean frustrados o rechazados. Otras mujeres tienen tu misma piel y sus mismas caderas, tus mismos pechos..., pero no prefieren a un larguirucho, estúpido e inepto Apr después de que yo me haya ofrecido a ellas. Cuando concibo un deseo, mi dama, lo satisfago.

—No —dijo ella de nuevo—. No. —No porque quisiera discutir con él, sino porque le había dado algo en que pensar—. Nunca correrías ese riesgo. No querrías arriesgarte a ser descubierto aquí. Deseas utilizarme para algo.

Entonces se le ocurrió.

—¿Realmente te asusta tanto Geraden?

La sonrisa del Maestro Eremis se retorció y se borró de su rostro; sus ojos la miraron ardientes.

—¿Has perdido el sentido, mi dama? ¿Asustarme? ¿Geraden? Disculpa mi franqueza..., pero si crees que Geraden Pietorpe me asusta en algún sentido es que te has vuelto loca. Lebbick y sus mazmorras te han hecho perder la cabeza.

—No lo creo así. —De una forma que se parecía sorprendentemente a la del Castellano, Terisa apretó los puños y los golpeó contra los lados de sus piernas como para remarcar el ritmo de sus pensamientos, su inevitabilidad—. No lo creo así.

»Tú sabes lo que él es capaz de hacer. Finges que no es así, pero sabes que puede hacerlo mejor que cualquiera..., mejor que lo hace ahora. Gilbur lo observó hacer aquel espejo. Tú sabías que iba a ocurrir algo inesperado cuando la Cofradía decidió permitirle seguir adelante e intentar trasladar al campeón. Es por eso por lo que te pusiste en su contra. No estabas intentando protegerle. Deseabas impedirle que descubriera lo que es.

»La razón de que intentaras conseguir que fuera aceptado en la Cofradía era precisamente distraerle, confundirle..., hacer que le resultara más difícil comprender.

»Cuando Gilbur trasladó al campeón —golpeó con sus puños, duro, más duro—, nos dejaste a Geraden y a mí delante del espejo, *directamente* delante del espejo. Probablemente le empujaste. Deseabas que el campeón lo matara. —Que nos matara a los dos. El Maestro había intentado matarla también a ella desde un principio. Pero ése era el único fallo en sus convicciones, la única cosa que no tenía sentido: por qué

alguien podía desear matarla a ella—. No hay ninguna duda al respecto. Definitivamente, le temes.

Esta vez el ladrido de la risa del Maestro Eremis carecía de todo humor, de todo regocijo.

—Me juzgas mal, mi dama. Me juzgas terriblemente mal.

Ella no se detuvo; era demasiado tarde para echarse atrás.

—Es por eso por lo que estás ahora aquí —dijo, golpeando las palabras contra sus muslos—. Por eso quieres sacarme de aquí. Quieres hacerme tu prisionera. Sabes que él se preocupa por mí —se *preocupa* por mí, ¡oh, Geraden!—, y deseas utilizarme contra él. Crees que si lo amenazas con hacerme algún daño él hará todo lo que tú quieras.

—Me juzgas mal, he dicho. No es miedo. ¿Miedo a *ese* cachorro? Antes perdería mi hombría.

Ella le oyó, pero no por ello dejó de hablar.

—Lo único —lo cual era una mentira, pero no tenía intención de decirle la verdad—, la única cosa que no comprendo es por qué simplemente no enviaste a Gart a matar a los señores de los Cares y al Príncipe Kragen. ¿Para qué otra cosa los reuniste? No deseabas ninguna alianza..., sabías que aquella reunión sería un fracaso. Simplemente estabas intentando minar a todos los enemigos de Cadwal al mismo tiempo.

»¿Por qué no terminaste el trabajo? Con los señores y el Príncipe Kragen muertos, Alend y Mordant e incluso Orison se sumirían en el caos. ¿Qué era lo que temías?

Bruscamente, el Maestro Eremis alzó sus puños y golpeó los barrotes tan duramente que la puerta resonó contra su cerradura.

—*No fue miedo. ¿Acaso estás sorda? ¿Tienes la arrogancia de ignorarme? ¡No fue miedo!*

»Fue *política*.

Terisa le miró desde el otro lado de los barrotes, más allá del conflicto de luces y sombras que producía la lámpara en su rostro, y murmuró suavemente, en reconocimiento:

—Oh.

—No envié a Gart contra los señores y Kragen —dijo Eremis roncamente— porque era imposible estar seguro de que tuviera éxito. El Termigan y el Perdon y Kragen son todos buenos luchadores. Kragen tenía guardaespaldas. Y cualquier hombre que mate al Tor puede ahogarse en su sangre derramada. También era demasiado pronto para arriesgarme a revelar mis intenciones. La jugada que elegí era más segura.

»Cuando Gilbur realizó su traslación, el campeón vino a nosotros tomando la

dirección que yo deseaba que tomara..., hacia las partes más pobladas de Orison, las habitaciones y las torres, donde lo más probable era que el desastre que causara llevara a los señores y a Kragen a la ruina. Por eso lo deseaba, ésa fue la única razón por la que permití que se realizara la traslación.

»Por supuesto —dijo el Maestro, como una disgresión—, una vez trasladado, era necesario mantenerlo lejos de Lebbick. No podía permitir que algún extraño giro de los acontecimientos lo pusiera en alianza con Orison y Mordant. Había que dejarlo que vagara a su aire e hiciera tanto daño como pudiera, sin amigos ni comprensión. Eso también me servía. Pero mi objetivo principal era más inmediato.

»Deseaba que reventara Orison, destruyendo a la vez a todos mis principales enemigos. Si hubiera ido en aquella dirección, si tú no le hubieras hecho volverse, mi dama..., mi jugada me hubiera proporcionado grandes compensaciones.

»*Política*, mi dama. Si tiene éxito, yo tengo éxito también. Si fracasa, yo sigo para proseguir mis objetivos por otros medios.

»Y lo que hice respecto a Geraden es también *política*, no *miedo*. Él es mi enemigo..., y parece poseer un extraño talento. En consecuencia, lo destruiré. Pero lo destruiré de una forma que sirva a mis fines antes que ponerlos en peligro. No *temo* —exhibió con vehemencia sus dientes— a ese ignorante e imposible hijo de un cobarde.

Así que lo admitía. Había tenido razón respecto a él..., había razonado correctamente hacia la verdad. Ese descubrimiento la alivió y la aterró simultáneamente. Había tenido razón respecto a él, había tenido *razón*. Geraden era inocente, y ella había alcanzado la verdad sola, sin nadie que la ayudara o rescatara. Era un intenso alivio recordar simplemente que él nunca había conseguido terminar lo que había empezado con ella: que no había conseguido matarla..., ni llevarla a su cama; que no había conseguido confundirla lo suficiente como para que le volviera la espalda a Geraden.

Por otra parte, no había testigos; nadie más excepto ella le había oído. Estaba sola con su conocimiento..., sola con él.

Y él tenía una llave de su celda.

Sin pretenderlo, ella misma se había despojado de su única protección..., la apariencia de incompreensión que le había permitido a él pensar que no constituía ninguna amenaza, que le había permitido creer que podía hacer todo lo que deseara con ella.

Presas de un repentino pánico, intentó montar una defensa.

—Demuéstralo —respondió, gruñendo interiormente por la forma en que tembló su voz—. Déjame aquí. Vuelve al depósito y salva Orison de Alend. Si no le temes, no me necesitas.

Su alarma era demasiado evidente: pareció restablecer su humor, su ecuanimidad.

Empezó a sonreír de nuevo, vorazmente.

—Oh, vamos, mi dama —dijo con tono despectivo—, tú no deseas realmente eso. Te he acariciado en lugares que nunca olvidarás. Ningún hombre atesorará nunca el ardor de tus ingles o la súplica de tus pechos como yo..., y seguramente no ese estúpido de Geraden, cuya torpeza convertirá cada una de sus caricias en una desdicha para ti. Si consultas a tu corazón, me acompañarás voluntariamente.

»Si, además, resultas serme útil, ¿qué mal puede hacerte eso? Seguirás siendo mi dama. Y serás recompensada. Voy a *ganar* esta confrontación. El Rey Joyse lo considera un simple juego, un ejercicio de brinco, y ésa es una de las muchas razones por las que Mordant será derrotado. Alend será derrotado también, y Cadwal se verá consumido. Cuando yo haya terminado, no quedará ninguna potencia en todo este mundo que no sea *mía*. Entonces, la mujer que permanezca a mi lado tendrá riquezas y placeres más allá de su más loca imaginación.

»Lucirás bien en ese lugar, mi dama. Si me acompañas voluntariamente, será tuyo.

Terisa lo estudió duramente. No escuchaba lo que estaba diciendo; su oferta no significaba nada para ella. Pero el hecho de que la hiciera significaba algo. *Significaba* algo. Cuando él calló, ella murmuró:

—Toma a Saddith. Ella desea el trabajo. —Hablando con voz fuerte para que el sonido de sus propias palabras la ayudara a pensar—. Aún estoy intentando imaginar por qué te molestas en fingir seducirme. Tienes una llave. Eres más fuerte que yo. ¿Por qué no simplemente entras, me violas, me golpeas en la cabeza, y dejas que Gilbur o Vagel me trasladen a alguna otra mazmorra donde puedas usarme sin necesidad de ser amable conmigo?

—Porque —se había recuperado de la desagradable sorpresa que ella le había proporcionado; ahora estaba muy seguro de sí mismo— no es eso lo que deseas realmente, mi dama. Tu más profundo deseo no es desafiarme, sino abrirte a mí de modo que yo pueda enseñarte las alegrías de tu cuerpo..., y del mío.

Ella agitó negativamente la cabeza, sin apenas oírle. Cualquier explicación que él ofreciera era automáticamente falsa. De todos modos, para su propio beneficio, prosiguió:

—No sólo tienes miedo de Geraden. También tienes miedo *de mí*. —Sintió una creciente sensación de maravilla y desánimo—. Estás intentando engañarme por la misma razón que has intentado matarme. Tienes *miedo* de mí.

Esta vez, cuando el Maestro Eremis rió, su regocijo fue inconfundible y nada forzado.

—Oh, mi dama —se carcajeó—, eres un manantial de sorpresas. Te alabas a ti misma más allá de todo reconocimiento. Si no te mostraras tan ansiosa, creería que estás ebria de orgullo.

»Sin embargo, respetaré lo que dices. Quizá desees un poco de fuerza. Tal vez eso añada algo de picante a tu rendición final. Puesto que lo sugieres...

Con una risita final, metió la llave en la cerradura y la hizo girar.

Sin un segundo de vacilación, Terisa retrocedió hasta el fondo de la celda y gritó a todo pulmón:

—¡Guardias!

El Maestro Eremis se inmovilizó. Su mirada fue hacia el extremo del corredor, luego volvió de golpe a la repentina furia de ella.

Terisa puso todo su corazón en su grito:

—¡Guardias!

Una puerta resonó en la distancia. Un rumor de botas corrió por el corredor.

El Imagero dejó escapar una maldición.

—Muy bien, mi dama —siseó salvajemente—. Ésa fue tu última oportunidad, y la has perdido. —En un giro de oscuridad, se dio la vuelta para marcharse—. Ahora deberás enfrentarte a las consecuencias de tu estupidez. Cuando Lebbick haya acabado contigo —habló con voz lo bastante fuerte como para crear ecos a sus espaldas, a fin de que ella pudiera oírle mientras se marchaba—, espera cosas peores de mi parte.

Desapareció.

Su partida fue tan brusca —y la aproximación de los guardias sonó tan ominosa— que por un instante pensó que había cometido un error.

Esa preocupación, sin embargo, se evaporó casi inmediatamente: ardió con la rápida y ardiente consciencia de que prefería ser dejada a merced del Castellano. Era impredecible y violento, capaz de casi cualquier atrocidad cuando sus lealtades se veían ultrajadas. Sin embargo, era *fiel...*, de mucha más confianza que la gente en la que había depositado su fe. De hecho, esa discrepancia era lo que lo volvía loco. Prefería enfrentarse a un hombre como él, que era al menos leal a su Rey, que ser seducida por un hombre como el Maestro Eremis, que era falso para todo el mundo.

Los guardias llegaron a su celda y pidieron amenazadoramente una explicación, porque el Castellano Lebbick podía censurarles por cualquier cosa que hicieran respecto a ella. Por un momento Terisa estuvo a punto de decirles lo que había ocurrido. El Maestro Eremis había estado allí. Tenía una entrada secreta a las mazmorras. Era un traidor. Pero su instinto para el subterfugio le hizo tragarse sus palabras. No. Podía necesitarles. El Castellano iba a volver: podía necesitar todo lo que pudiera decirle.

Enfrentándose a los guardias con un repentino valor, respondió:

—Quiero verle.

Los dos hombres se la quedaron mirando con la boca abierta. Uno de ellos preguntó estúpidamente:

—¿A quién? ¿Al Castellano?

Asintió.

El otro se echó a reír.

—Un esfuerzo inútil. La última vez que una mujer deseó *verle*, la hizo desnudar y azotar y arrojar fuera de Orison. —Sonrió ante el recuerdo—. También tenía unas hermosas tetas. Hubiera salido mejor parada si hubiera acudido a mí.

Terisa cerró los ojos para controlar un acceso de repugnancia.

—Decídselo —indicó—. Simplemente decídselo.

Los guardias se miraron entre sí. El primero murmuró:

—No va a gustarle. —Pero el otro se limitó a encogerse de hombros.

Caminando pesadamente, se alejaron.

Terisa se sentó en su camastro e intentó creer que sabía lo que estaba haciendo.

No tuvo mucho tiempo para prepararse. Al cabo de poco rato de irse los guardias, oyó la furia del Castellano Lebbick resonar a lo largo del corredor.

—¡No me importa una bosta de caballo a quién desee ver! ¡Vosotros dos, irresponsables hijos de una oveja, estaréis limpiando letrinas antes de que amanezca! ¡Vais a limpiar letrinas hasta que todo lo que comáis sepa a meados, y vuestras esposas e incluso vuestros hijos apesten igual que vosotros! ¿Quién os ha dado el jodido permiso de permitir que tenga *visitas*?

Entonces la puerta entre la sala de guardia y las mazmorras golpeó fuertemente contra su marco; y el resonar de las botas, duro como el odio, se acercó por el rezumante corredor de piedra.

Impresionada, Terisa se descubrió a sí misma murmurando impotente: Oh, no, oh, no, oh, no, al borde del pánico.

El Castellano se detuvo en seco frente a su celda, como un hombre con la idea fija del asesinato. El brillo de sus ojos era lo bastante feroz como para agostar el poco valor que le quedaba; sus mandíbulas estaban encajadas con violencia. Como un puñetazo, metió la llave en la cerradura, la hizo girar, y abrió de un tirón la puerta. La puerta golpeó tan duramente que los barrotes sonaron como un carillón.

—¡Maldita zorra! —Entró en la celda, avanzó directamente hacia ella—. ¡Me he roto las entrañas contigo todo el día, y tú no dejas de tener *visitas*!

Involuntariamente, Terisa se acurrucó en el camastro, protegiéndose contra la pared.

—¡El Tor! —exclamó, intentando impedir que él la golpeará—. ¡Artagel! Ellos vinieron aquí. Yo no pedí verles.

—¡No *tenías* que hacerlo! —Sus puños agarraron su blusa, la arrastraron tan ferozmente fuera del camastro que la costura de uno de los hombros cedió y la tela se rasgó con un gemido—. Artagel está aún demasiado enfermo para salir de la cama, y el Rey Joyse personalmente le dijo al Tor que me dejara a mí el trabajo contigo. En

cambio, ambos vinieron a *verte*.

»¿Qué estáis completando? ¿Te contaron ellos lo que tenías que decirme? Tuvieron que hacerlo. Medio creí ese meado de perro de historia acerca de Eremis y Gart. No pudiste inventarla por ti misma..., no sabes lo suficiente. No, estáis haciendo esto juntos. Esos jinetes de pelaje rojo vinieron del Care de Tor. Artagel es el hermano de Geraden. —Preso de una convulsiva rabia, retorció la blusa de ella de tal modo que desgarró otra costura—. ¿Qué estáis completando?

—Nada. —Tenía que ser capaz de resistirle, pero sus fuerzas la habían abandonado—. Nada. —La furia del hombre estaba tan cerca de su rostro que Terisa apenas podía enfocar sus ojos en él, apenas podía verle; Lebbick era una oscura mancha rugiente frente a ella, aferrándola..., demasiado odio para soportarlo. No podía hacer más que lloriquear su protesta—. Nada.

—¡Estás *mintiendo*! —Su intensidad parecía ahogarle—. ¡Me estás *mintiendo* a mí! —Su voz era como un aullido encallado en su garganta, demasiado congestionado para brotar—. Tienes amigos, aliados. Incluso mientras estás encerrada en las mazmorras. No puedo impedir que sigas complotando. ¡Pretendes *destruimos*! ¡Pretendes destruirme!

Sintió que acumulaba sus fuerzas como para consumirla; su visión se borró. Un espasmo de su presa casi dislocó sus hombros. Luego él la rodeó con sus brazos y empezó a besarla como si hubiera estado hambriento de ella desde hacía tanto tiempo que la presión de su necesidad hubiera hecho saltar su autocontrol.

Ella se hundió en su abrazo, en la oscuridad. Se dejó caer fláccidamente, de modo que apenas notó la violencia de sus besos, apenas notó el hierro de su peto contra su pecho. La oscuridad la absorbió, fuera de sí misma, fuera de la existencia..., fuera del peligro. La llevó hasta un lugar donde él no podía tocarla y estaba a salvo...

No. Desvanecerse no era la respuesta. Tenía que hacer algo mejor que aquello. No conseguiría nada. Oh, la mantendría segura, mantendría su espíritu oculto entre los secretos de su corazón..., pero su cuerpo sufriría pese a todo el daño. Y no quedaría nadie para ayudar a Geraden. No quedaría nadie para detener al Maestro Eremis. No quedaría nadie para empujar Orison contra su auténtico enemigo, contra el Maestro Eremis y su terrible alianza con el Maestro Gilbur y el archi-Imagero Vagel, con Gart y Cadwal. Finalmente recuperó sus sentidos. Myste había dicho: *Los problemas deben ser resueltos por aquellos que los ven*. No había nadie más.

Estaba aterrada..., pero el hecho de que fuera *capaz* de escapar le dio valor. Permaneció fláccida, inerte, hasta que el Castellano relajó su abrazo y deslizó las manos hacia el cinturón de sus pantalones, reclinándola de espaldas contra el camastro. Entonces abrió los ojos y le miró fijamente.

Ahora podía verle con claridad, la aflicción abultando la línea de su mandíbula, la pálida intensidad a cada lado de su nariz, la oscuridad como una manía en sus ojos.

La asustó hasta lo más profundo de su alma, allá donde su miedo a su padre vivía y ardía aún, distorsionándola. Sin embargo, sujetó sus muñecas y las retuvo tan duramente como le fue posible, intentando detenerle.

Como si sus besos la hubieran vuelto lúcida y loca, inmune al temor, dijo:

—No les preguntaste por qué vinieron a verme. No te molestaste en hacerlo. No le pediste a Artagel que examinara el cuerpo de Nyle. Ni siquiera *intentaste* descubrir la verdad. Simplemente deseabas hacerme daño más que ninguna otra cosa en el mundo, y ellos finalmente te dieron una excusa.

Rugiendo casi silenciosamente tras la constricción de su pecho, él se desprendió de ella y apartó su brazo. Iba a golpearla con la dureza suficiente como para aplastar su cráneo contra la pared.

—Vinieron a verme —dijo ella, lúcida y completamente fuera de contacto con la realidad de su situación— porque deseaban que te dijera dónde está Geraden.

Él se detuvo, con el brazo levantado y los dientes destellando. La sorpresa o la duda o el disgusto hacia sí mismo parecieron apoderarse de él, agarrotar todos sus músculos. Roncamente, jadeó:

—Estás mintiendo. Todavía sigues mintiendo.

—No. —Ella agitó calmadamente la cabeza. Era una locura mostrarse tan calmada—. ¿Es cierto que no le pediste a Artagel que fuera a examinar el cuerpo de Nyle?

El Castellano iba a golpearla. O de otro modo iba a desmoronarse allí mismo, delante de ella. Precariamente equilibrado entre ambos extremos, se atragantó:

—Se lo pedí. Tuvo otra recaída. Está demasiado mal para comprender la cuestión.

Firme y sin ningún temor, ella apartó su decepción como si fuera algo trivial.

—No importa —murmuró. Parecía como si estuviera intentando consolar al Castellano Lebbick—. Tuve otro visitante. Uno del que tú no sabes nada.

»El Maestro Eremis estuvo aquí.

»Ahora puedo probar que es un traidor.

Un destello llameó en la mirada del Castellano. Envaró su espalda y se irguió sobre ella como si su cuerpo se hubiera convertido en piedra; se contuvo con un esfuerzo de voluntad tan salvaje que le hizo jadear en busca de aire.

—¿Cómo?

Con una quietud innatural y un refrenado salvajismo, Terisa y el Castellano se hablaron el uno al otro.

—Puso ají en su vino para hacerse sudar, para que tú creyeras que estaba agotado.

—Nunca probarás eso.

—Administró a tus guardias una poción para hacerles dormir, a fin de poder venir.

—Si están despiertos cuando lo compruebe, nunca probarás eso tampoco.

—Tiene un camino secreto hasta las mazmorras. Parte de su sala de trabajo en el laborium. Deberías ser capaz de descubrirlo sin demasiados problemas.

Cuando dijo eso, el Castellano Lebbick se echó hacia atrás. No liberó el control que mantenía sobre sí mismo, pero sus ojos traicionaron una enorme acumulación de dolor.

—Si vino aquí —preguntó, aún respirando pesadamente—, ¿por qué no te fuiste con él? ¿Por qué no escapaste?

Por alguna razón, aquella pregunta quebró la loca calma de Terisa. Tuvo la sensación de que se rompía como la cascara de un huevo. Sin transición, pasó de la lucidez al borde de la histeria.

—Porque... —su voz se quebró, y su corazón martilleó como si no pudiera seguir soportando la tensión—. Porque deseaba utilizarme contra Geraden. De la misma forma que utilizó a Nyle.

Un músculo empezó a pulsar en la mejilla derecha del Castellano. El tic se extendió hasta que todo aquel lado de su rostro reflejó el espasmo. Estaba perdiendo el control.

—Entonces, si estás diciendo la verdad... —por primera vez desde que lo había conocido, sonó como un hombre *capaz* de llorar—, Geraden ha sido siempre fiel al Rey Joyse. *Fiel*, cuando casi nadie lo es. Y tú eres fiel a Geraden. Y yo he estado causándole daño a mi Rey desconfiando de ti..., intentando protegerlo de ti.

Torpemente, Terisa asintió.

Sin ninguna advertencia, el Castellano giró en redondo.

—Voy a comprobar este «camino secreto» por mí mismo. —Cerró la puerta tan brutalmente que escamas de óxido se esparcieron por la piedra, y echó a andar por el corredor.

Casi inmediatamente su paso se convirtió en una carrera. Su voz resonó junto al sonido de sus botas mientras gritaba, como si le estuviera diciendo adiós a ella, o a sí mismo:

—¡Soy leal a mi Rey!

Absolutamente entumecida y apenas *capaz* de pensar en lo que acababa de ocurrirle hacía un momento, Terisa unió la desgarrada costura de su blusa de la mejor manera que pudo. El pesar amenazaba con abrumarla: el suyo; el del Castellano; el dolor y la tristeza de cualquiera que tuviese que soportar el declive del Rey Joyse. No, *declive* no era la palabra adecuada. Todavía sabía lo que estaba haciendo. Había conducido deliberadamente Mordant y Orison hasta aquel dilema. Embotada-mente, pensó en aquello para impedirle considerar lo cerca que habían estado ella y el Castellano Lebbick de destruirse mutuamente.

Cuando finalmente alzó la vista de su fútil intento de hacer que su blusa tuviera un aspecto decente —o al menos la abrigara—, vio al Maestro Quillón

inexplicablemente de pie fuera de los barrotes de su celda.

—Eso fue muy valiente, mi dama —dijo con tono distante—. Desgraciadamente, fue un error.

Ella lo miró con la boca abierta; y la dejó abierta, sin que fuera capaz de hacer otra cosa.

—El Maestro Eremis te mintió. No hay ningún pasadizo desde su sala de trabajo hasta las mazmorras. Vino hasta ti por traslación.

»Cuando el Castellano descubra que no hay ningún pasadizo, no creará ninguna otra palabra que le digas. Su furia será tan grande que me temo que sea incapaz de contenerse y no matarte.

Aquello era demasiado. El miedo y la soledad llenaron el pecho de Terisa, y se echó a llorar.

5

Brinco

Al cabo de un rato, sintió una mano en su hombro.

Estaba llorando intensamente; pero el contacto fue inesperado, y la sobresaltó. Alzó la vista para descubrir al Maestro Quillón a su lado. Su nariz se fruncía, y sus ojos eran gentiles; evidentemente, intentaba consolarla.

—Mi dama —murmuró—, ha sido doloroso para ti, lo sé. Y debe parecerte injustificado. Tú no pediste nada de esto. Y, aunque nosotros tampoco te elegimos, no hemos dudado en utilizarte. Te proporcionaré toda la ayuda que me sea posible.

Ayuda, pensó ella entre sus lágrimas. Toda la ayuda que me sea posible. Era demasiado tarde. El Castellano era demasiado fuerte. Tenía demasiado poder. Ella no podía probar nada contra el Maestro Eremis. Nadie iba a poder ayudarla.

Pero el Maestro Quillón estaba de pie a su lado. Con una mano sobre su hombro. Dentro de la celda. Cuando consiguió aclarar sus ojos tras varios parpadeos, vio que la puerta estaba abierta.

El Imagero miró en la misma dirección y comentó, con un encogerse de hombros:

—Afortunadamente, el Castellano estaba en un estado tal de excitación que olvidó cerrar con llave. Dudo que ninguno de los guardias estuviera dispuesto a abrirla por nosotros cuando él se halla a ese nivel de ultraje.

Gradualmente, la puerta abierta y la inexplicada presencia del Maestro Quillón centraron su atención. La presión de los sollozos se alivió en su pecho; su respiración se hizo más regular. Sin enfrentarse a los ojos del Maestro, murmuró:

—¿Te ha enviado Havelock esta vez?

—Indirectamente —respondió Quillón—. Estoy aquí en su beneficio..., y por el Rey. Para salvar todo Mordant. Pero primero —la mano sobre su hombro se tensó un poco— tengo que sacarte de esta prisión.

¿*Sacarme...*? Sus ojos se alzaron bruscamente hacia él: le miró con fijeza, incapaz de controlar la forma en que su rostro ardió de pronto con ansia y esperanza. Su boca moduló palabras que no halló voz para expresar: ¿*Vas a liberarme?*

Bruscamente, el Maestro Quillón retiró la mano del hombro de ella y se sentó a su lado en el camastro. Ahora su mirada estudió el suelo en vez de enfrentarse a la de ella.

—Mi dama —dijo a las piedras—, me apena verte tan sorprendida. Me apena más incluso saber que merecemos tu sorpresa. No me gustan algunas de las cosas que te hemos hecho. Y yo carezco del talento del Rey Joyse para los riesgos. Merecemos cualquier recriminación que puedas hacer contra nosotros.

Entonces su tono se volvió más sardónico.

—La verdad es que merecemos ser traicionados..., tanto por ti como por

Geraden, si no por nadie más. Pero un ciego podría ver ahora que eres fiel a él, así que no vas a traicionarnos. En eso somos excepcionalmente afortunados. Quizá nuestra buena suerte sea tan grande como nuestra necesidad.

Terisa estaba demasiado confusa para seguir lo que él decía, de modo que preguntó:

—¿Pretende esto ser otro discurso?

El Maestro retrocedió ligeramente; quizá pensó que ella se estaba mostrando sarcástica. Pero siguió:

—No si tú no lo deseas, mi dama. Si me lo pides, mantendré mi boca cerrada. Simplemente te sacaré de aquí y te llevaré donde tú elijas sin discutir..., y sin ninguna explicación. Pero te diré claramente —la miró, dejando que ella viera el dolor en su rostro— que me herirás profundamente si no me permites explicarme. Y creo que incrementarás la dificultad de tus propias decisiones.

Ella apenas podía creer en lo que oía. Ser ayudada, ofrecerle explicaciones, ofrecerle la *libertad*... En vez de sentir resentimiento hacia él, como él al parecer esperaba, se sentía obligada a reprimirse para no volver a echarse a llorar agradecida.

Pero tenía que tener más autocontrol que *esto*. De otro modo todo en ella se perdería. Actuaría mal. Así que no se precipitó a aceptar su oferta. En vez de ello, se concentró en *pensar* de nuevo, en hacer que su cerebro reanudara su funcionamiento. Tentativamente, buscando lo que deseaba comprender primero, preguntó:

—¿Cómo sabes que el Maestro Eremis no tiene ningún camino secreto hasta aquí? ¿Cómo sabes lo que me dijo?

—Lo oí —respondió el Maestro Quillón, con repentina sequedad. No parecía gustarle lo que había oído—. Llevo oculto aquí abajo desde el mediodía, cuando el Príncipe Kragen dejó de enviar catapultas contra nosotros. Oí tu conversación tanto con el Castellano como con Eremis..., y con el Castellano de nuevo. —Hizo un esfuerzo por hablar más suavemente—. Así es como pude estar seguro de tu lealtad a Geraden.

Como si creyera que ella no estaba formulando las preguntas adecuadas —no estaba siendo lo bastante dura con él—, dijo casi inmediatamente:

—Preguntarás por qué no intervine cuando el Castellano te amenazó. Mi dama, por favor, cree que lo hubiera hecho. Pero tú misma hallaste tu propia respuesta a su violencia. Puesto que él no debe saber mi parte en todo esto, si puede evitarse, dejé que te ocuparas por ti misma de él.

—No —dijo ella reflexivamente, abstraída en su concentración. Él tenía razón: había algo que ella deseaba preguntarle, un tema que deseaba seguir. Pero todavía no—. Ya me hablarás más tarde de eso. —Primero lo primero. Tenía que poner un poco de orden en su mente—. Dijo que había construido un camino secreto desde su sala de trabajo hasta las mazmorras. ¿Cómo puedes estar seguro de que no es cierto?

El Maestro se frotó la nariz para hacer que dejara de fruncirse.

—Sería imposible hacer un trabajo así en secreto, con tantos Aprs por todas partes en el laborium. Independiente de esto, sin embargo, sé que Eremis no utilizó ningún pasadizo para llegar hasta aquí. Yo lo vi llegar y partir. Se trasladó.

—¿Quieres decir...? —¿Quieres decir que *él* también puede pasar a través de un espejo plano y no volverse loco? ¿Que *todo el mundo* puede hacerlo?—. ¿Quieres decir que tiene un espejo con estas mazmorras en su Imagen?

¿Cómo es posible luchar contra gente que puede pasar a través de los espejos planos sin volverse loca?

—Me temo que sí, mi dama. Sospecho que es el mismo espejo que trasladó a esos insectos perseguidores contra Geraden. Los pasadizos de Orison son confusos, lo sé, pero en realidad no nos hallamos lejos del punto de traslación que ellos utilizaron..., y que utilizó Gart cuando os atacó a ti y al Príncipe. Hay una considerable cantidad de piedra entre esta celda y ese corredor, pero por supuesto la piedra no es un obstáculo para una Imagen, si el foco de ese espejo puede ser desviado todo ese trecho.

»Incidentalmente, puede que te preguntes por qué vuestros enemigos no enviaron más de esos insectos contra ti mientras permanecías aquí indefensa. —En realidad, ella no se había preguntado nada al respecto, pero el Maestro Quillón siguió de todos modos—: La opinión del Adepto es que debe dárseles el aroma de su víctima antes de que puedan empezar su persecución. Para cualquiera asociado con la Cofradía sería fácil obtener algo perteneciente a Geraden: un objeto pequeño, un trozo de ropa. Pero las oportunidades de coger algo de tus habitaciones o guardarropa han sido más bien escasas. Sin tu aroma, es imposible enviar a los insectos contra ti.

Involuntariamente, Terisa se *estremeció*. *No deseaba pensar* en aquellas horribles...

El Maestro Quillón la salvó. Siguió hablando: —Teniendo en cuenta que Eremis te desea, quizá como rehén, quizá como amante..., te desea lo suficiente como para arriesgarse a venir hasta aquí, es una pregunta interesante por qué no ha utilizado este espejo para trasladarte fuera de aquí. Entonces estarías enteramente en su poder. Pero sospecho que el foco de ese espejo ha sido desviado ya hasta tan lejos como podía alcanzar.

»Debe hallar terriblemente exasperante que la solución perfecta a su dilema le sea negada por el pequeño hecho de que tú estás *aquí* en vez de ocho celdas más allá. Como he dicho, somos más afortunados de lo que merecemos.

El Maestro lo había hecho de nuevo, se había salido por la tangente, la había distraído. Una repentina frustración creció en ella.

—Entonces, ¿por qué no lo *detienes*? —Se volvió hacia Quillón, exigiendo una respuesta con todo su cuerpo—. Haz que el Castellano lo detenga. Que lo encierre en

algún lugar seguro. Va a traicionar *a todo el mundo*. Es preciso *detenerle*.

—Mi dama —la voz del Maestro Quillón era suave, y sus ojos la estudiaron como si se preguntara cuánta verdad era *capaz* de soportar—, todavía es demasiado pronto.

¿Demasiado *pronto*? ¿Demasiado *pronto*? Le miró con la boca abierta, incapaz de hablar.

—No sabemos dónde se halla localizada su fuerza. No sabemos cómo efectúa su truco de traslación. No sabemos hasta cuán lejos se extienden sus alianzas, o cuántas potencias tiene preparadas para sacar de sus espejos y arrojar contra nosotros. No sabemos cuáles son sus planes..., cómo pretende destruirnos. Hasta que haga saltar el resorte de su trampa, no tenemos ninguna forma efectiva de devolverle el golpe.

Ella siguió mirándole con la boca muy abierta. Le daba vueltas la cabeza. Con un esfuerzo, preguntó débilmente: —¿«Nosotros»?

El maestro sonrió ligeramente, hoscamente. —Sí, mi dama. El Rey Joyse, en su mayor parte. Y el Adepto Havelock, cuando es *capaz* de ello. Sigo sus instrucciones. —Hizo una pausa mientras ella se volvía pálida por la impresión; luego admitió—: No es una cábala muy impresionante, *me temo*. Pero no tenemos a nadie más.

Un momento más tarde —quizá porque Terisa era incapaz de dejar de mirarle—, pareció compadecerse de ella.

—No podemos permitirnos aliados —explicó—. La esencia de la política del Rey es aparecer débil. Confuso en sus prioridades. Incapaz de alcanzar decisiones. Desinteresado de su reino. Y sería imposible crear esa apariencia si sus intenciones no fueran mantenidas secretas. Si la Reina Madin supiera la verdad, ¿le hubiera vuelto la espalda a su esposo en estos momentos de más grave peligro? Si el Tor supiera la verdad, ¿cómo podría representar su papel de amigo desdeñado y bravucón? Si el Castellano Lebbick supiera la verdad... No, sería desastroso. No hay subterfugio en él. Y nadie creería que el Rey Joyse había perdido su voluntad o su ingenio si Lebbick siguiera mostrándose confiado.

Nosotros, murmuró Terisa para sí misma, el Rey Joyse, como si las palabras no tuvieran sentido. No podemos permitirnos aliados. Todo era deliberado.

—El hecho —dijo Quillón— es que todo el mundo que ama al Rey se comportaría de forma diferente si le comprendiera. Y así todo se quedaría en nada. Confía en mí solamente porque por todo Orison me conocen desde siempre tal como soy..., y porque el Rey Joyse necesita tener *un* amigo e Imagero en quien pueda confiar más que en el Adepto.

—Pero, ¿por qué? —Las palabras brotaron violentamente de boca de Terisa—. ¿Por qué? ¡Mordant se está haciendo pedazos! ¡Orison está asediado! ¡Todo el mundo que le ama o es leal a él se siente dolido! —Todo deliberado. Por supuesto. Ella sabía aquello. ¡Pero la razón...!—. Está destruyendo todo su mundo, el mundo que él creó. ¿Por qué debe hacer una cosa tan terrible?

Bruscamente, el Imagero se puso en pie. De pronto se mostró furioso; se estremeció de indignación. Suavemente, pero con tal intensidad que la hizo callar, impresionada, respondió:

—Para que él atacara aquí.

—¿Qué...?

—No sabíamos quién era, mi dama. Recuerda eso. No sabíamos quién era hasta la pasada noche, cuando cometió el error de hacernos creer que Geraden había matado a Nyle. Antes de eso sólo teníamos unas pocas sospechas..., y ninguna prueba. *No sabíamos quién era.* —Puntos rojos llamearon en las mejillas del Maestro—. Sólo sabíamos que era poderoso..., que tenía la habilidad, sin precedentes en la historia de la Imagería, de llevar sus traslaciones allá donde quisiera. No teníamos ninguna forma de encontrarle, ningún medio de combatirlo. No podíamos proteger Mordant de él.

»Pero, peor que el peligro para Mordant, era la amenaza para Alend y Cadwal, que no poseían Imageros que los defendieran. Eso que el Rey Joyse había conseguido con su ideal de la Cofradía y la paz era algo de lo que carecían Cadwal y Alend: estaban más indefensos que Mordant ante su enemigo. De *eso* se sentía responsable. Sus pasadas victorias habían dejado a Alend y Cadwal a merced de sus nuevos enemigos.

»En consecuencia —el Maestro Quillón rechinó los dientes para no gritar—, el Rey Joyse se propuso como misión salvar al mundo.

»Su debilidad es una pantalla. Engaña al enemigo para que golpee *aquí* en vez de en otro lugar..., para que lance sus ataques *aquí* en vez de hacerlo contra la gente a la que él mismo ha hecho vulnerable. Para que acose Mordant y asedie Orison antes que engullir primero Cadwal y Alend y en consecuencia hacerse demasiado fuerte como para ser derrotado. No sabíamos quién era.

Quillón se encogió espasmódicamente de hombros, intentando refrenar su furia.

—Ésa es la razón de todo lo que ha hecho el Rey Joyse. Eso..., y el augurio de la Cofradía, y la extraña traslación de Geraden que te trajo a ti aquí. Cuando apareciste entre nosotros, tu importancia se hizo evidente al momento. Era a todas luces vital conseguir que fueras consciente del mundo al que habías entrado, de modo que pudieras elegir tu propio papel en la necesidad de Mordant. Incluso una buena persona puede causar daño debido a la ignorancia, pero sólo una persona destructiva puede causar daño a sabiendas. El augurio dejaba claro que debíamos confiar en ti o morir.

»Pero Geraden también corría peligro..., y su importancia resultaba igualmente clara en el augurio. Su única protección residía en la debilidad del Rey Joyse. Si a Geraden se le permitía actuar de una forma inteligente y decisiva en nombre de su Rey, el enemigo seguramente lo mataría. Además, la creencia de que tú ignorabas

todo esto era una forma de protección para ti. Así que era vital desdeñar la lealtad de Geraden..., y luego conseguir que tú fueras consciente en secreto de la historia de Mordant.

»Mi dama, discutí esta decisión. Desde un principio hallé difícil confiar en ti..., una mujer de tal pasividad. Es por eso que el Adepto Havelock y yo te abordamos y hablamos contigo, haciéndote copartícipe del secreto del conocimiento cuyo acceso tanto la Cofradía como el Rey te habían negado.

Oh, por supuesto, ahora comprendo. Terisa se dio cuenta de que sonreía ante la ciénaga de su propia estupidez. ¿Había pasado realmente así toda su vida..., impotente, pasiva, incapaz de pensar?

—La traslación del campeón de la Cofradía —jadeó Quillón— presentaba un problema similar desde una óptica distinta. La importancia del campeón en el augurio es también evidente. En consecuencia, el Rey Joyse debía oponerse a esa traslación, a fin de aparecer decidido a su propia derrota. Y, sin embargo, debía mostrarse también lo suficientemente débil como para que su oposición no tuviera efectos. Y yo corrí un riesgo ahí, además de Geraden y tú misma. Mis lealtades tenían que quedar ocultas. Así que el Rey Joyse no tuvo otra elección que negarse a oír las advertencias *del Fayle...*, y *asegurarse de* que el Castellano Lebbick no supiera lo que ocurría hasta que la traslación ya no pudiera ser detenida.

»*Mi dama* —ahora el Maestro Quillón la miró directamente, y Terisa vio que algo de su furia iba dirigida hacia ella—, será más fácil para ti sentirte ultrajada por lo que hemos hecho. Ya has dicho que cualquiera que ame al Rey Joyse o sea leal a él ha resultado herido..., y tienes razón. Su política es peligrosa. En consecuencia, la única forma en que puede salvar a aquellos que le quieren es apartarlos de él..., hacer que se alejen por sí mismos de la sede de peligro que ha elegido para sí mismo. Consiguí eso con la Reina Madin. Pero su fracaso con hombres tales como el Tor y Geraden lo atormenta. Si sufren algún daño, el fracaso recaerá sobre su cabeza, pese a que hayan sido ellos quienes hayan elegido libremente hacer lo que hagan.

»De todos modos, deberías comprender lo que hace antes de que plantees tus protestas. Se pone en peligro a sí mismo para que miles de hombres y mujeres, desde las montañas de Alend hasta las costas de Cadwal, se salven. Permite que su corazón se haga pedazos a fin de que la gente a la que ama sea salvada. Pone en peligro el reino que construyó con sus propias manos a fin de que sus enemigos tradicionales se salven.

»Si no puedes confiar en él o servirle, mi dama, al menos debes respetarle. Creó su propio dilema, y acepta sus consecuencias. Hace lo que es *capaz* de hacer, de modo que el daño que puedan causar sus enemigos sea sufrido por unos pocos en vez de por muchos.

Puesto que el Imagero estaba furioso con ella —y puesto que ella misma estaba

furiosa y no sabía cómo ocultarlo—, se volvió de espaldas. La luz parecía estar muriendo; quizás el aceite de la lámpara se estaba agotando. La oscuridad se acumulaba en todos los rincones: fatales implicaciones se derramaban desde el corredor, más allá de los barrotes, hasta el interior de la celda. *Al menos debes respetarle*. Un hombre cuya idea de una política juiciosa era retorcer un cuchillo en el corazón de sus amigos y dejar a sus enemigos ilesos. Por supuesto que tenía que respetarle. Seguro.

Pudo oír al Castellano Lebbick gritar como un adiós: *¡Soy leal a mi Rey!*

Con más amargura de la que había creído que podía acumular, con más indignación de la que había sido nunca consciente de poseer, preguntó suavemente:

—¿Qué ocurre con el Castellano?

—¿Qué ocurre con él? —contraatacó el Maestro Quillón. Quizás estaba demasiado furioso para darse cuenta de lo que ella quería decir.

—Tal vez el Tor y Geraden hayan hecho sus propias elecciones. Son más estables que él. ¿Qué oportunidad le disteis *a él*? Si hubiera intentado dejar de servirle, el Rey Joyse hubiera tenido que detenerle. Toda su *política* —pronunció la palabra como una burla— depende del Castellano. Si no se mantiene fiel, si no hace todo lo posible por mantener a Orison fuerte mientras el Rey Joyse se preocupa de permanecer débil..., entonces todo el entramado se derrumbará. Cuando el Rey Joyse decida finalmente luchar, no va a tener nada con qué *hacerlo*. A menos que el Castellano le siga siendo fiel.

El Maestro Quillón asintió.

—Eso es cierto. ¿Qué quieres decir con ello?

—No tiene más que una elección, y ésa es *matarle*. —Una repentina piedad brotó a través de su amargura. El hombre que en su tiempo había sido Lebbick probablemente no la hubiera tratado más que con un desprendido sarcasmo o amabilidad. Pero todo el peso de la *política* del Rey Joyse había recaído sobre sus hombros, y ahora apenas podía contenerse de violarla o matarla—. ¿Acaso no ves eso? Lo que estáis haciendo es costoso, y le estáis haciendo a él pagar por todo. —Sin advertencia previa, se echó a llorar de nuevo. Su aflicción y la del Castellano estaban tan íntimamente interconectadas—. Tú y tu precioso Rey lo estáis destruyendo.

Esperaba que el Maestro Quillón se pusiera a gritarle. Estaba preparada para ello: no le importaba lo furioso que se pusiera, lo que le dijera. De alguna forma, había ido más allá del punto en el que el mero ultraje podía amenazarla. Tenía su propia furia, y ya no la ocultaba. Si su padre hubiera aparecido ante ella en aquel momento y hubiera perdido la compostura, ella hubiera sabido cómo responderle.

El Imagero, sin embargo, no le gritó. No alzó la voz. Lentamente, se dirigió hacia la puerta de la celda. Quizá tenía intención de marcharse, renunciar: no lo sabía..., y no le importaba. Pero no hizo eso tampoco. Aguardó hasta que ella alzó la vista hacia

él, levantó desafiante la cabeza y le miró furiosa a través de sus lágrimas. Entonces dijo suavemente:

—No sabíamos que fuera a ocurrir eso. Creímos que era más fuerte.

Sólo por un segundo, ella casi dejó de llorar y sintió deseos de echarse a reír. Era algo digno de imaginar. Un Rey envejecido y un loco y un Imagero menor reunidos para salvar el mundo..., y el mejor plan que podían elaborar exigía que condujeran al único nombre en Orison que sabía cómo luchar por ellos a la locura. Realmente, era divertido. Lo único que no comprendía era: ¿qué les hacía pensar que iba a funcionar? ¿Cómo podían creer...?

El sonido de una puerta resonó al fondo del corredor: el hierro golpeó la piedra de una forma tan salvaje que el eco pareció arrastrar consigo un asomo de restallar de bisagras.

—¡Maldita zorra! —aulló el Castellano—. ¡Voy a *abrirte en canal* por esto!

Sus botas resonaron hacia ella desde la sala de guardia.

Terisa quedó petrificada. El Castellano Lebbick iba a por ella. Iba a por ella, y no había nada que ella pudiera hacer. El Maestro Quillón dijo algo, pero no lo oyó. Mentalmente vio el corredor que conducía hasta allí desde la sala de guardia: una vuelta; otra; luego la larga hilera de celdas. El Castellano avanzaba aprisa, pero no estaba corriendo; quizá corriera cuando estuviese más cerca, pero ahora no estaba corriendo; estaba en la primera vuelta..., camino de la segunda. Alcanzaría su celda en medio minuto. A su vida le quedaban otros tantos segundos. No más.

—¿Estás sorda? —Quillón aferró su muñeca y tiró de ella fuera del camastro—. He dicho: *Ven*.

Ella no tuvo ninguna oportunidad de pensar, de elegir. La arrastró a través de la puerta abierta y por el corredor. Pero lo hacía demasiado violentamente, alejándose de la sala de guardia: se tambaleó contra la pared y cayó; su propio peso hizo que Quillón tuviera que soltar su muñeca.

Mientras ella se ponía de nuevo en pie, vio al Castellano Lebbick aparecer ante su vista pasada la segunda vuelta.

Él también la vio a ella. Por un instante, sus ojos se cruzaron a través de la distancia que los separaba, como si cada uno se sorprendiera de la presencia del otro.

Entonces el hombre dejó escapar un rugido de furia..., y ella echó a correr en dirección opuesta, con sus botas resbalando sobre la podrida paja.

Pudo oírle correr tras ella. Aquello era imposible; sus pies y sus jadeos y los gritos del Maestro Quillón hacían demasiado ruido. Sin embargo, su sensación de una rabia abrumadora, el anhelo de destrucción de él, hicieron que la persecución llenara su mente. Pudo sentir su odio alcanzarla...

Y, delante de ella, el Imagero estaba perdiendo terreno. Frenaba su huida; se tomaba el tiempo de volverse y hacerle frenéticas señas.

Un segundo más tarde, abrió de golpe la puerta a otra celda, se metió dentro.

Ella le siguió sin pensar. No tenía tiempo para ello. Reteniendo su impulso contra los barrotes, se metió en la celda más rápido de lo que se estaba moviendo el Maestro Quillón, y casi estuvo a punto de derribarle cuando éste se detuvo.

Rápidamente, el Imagero abrió una puerta en la pared lateral.

Estaba bien oculta; el muelle que la liberaba estaba tan hábilmente escondido que ella nunca lo hubiera hallado por sí misma; y hasta que él lo golpeó ella no fue capaz de ver la propia puerta. Luego se abrió de par en par, moviéndose silenciosamente, como si estuviera perfectamente equilibrada sobre sus bisagras y controlada por contrapesos. Debía haber sido construida al mismo tiempo que la celda.

Así era como el Maestro Quillón había penetrado en las mazmorras. Como había sido *capaz* de escuchar su conversación con Eremis y Lebbick. Otro pasadizo secreto. Pero no tenía tiempo para sorprenderse. Tan pronto como se abrió la puerta, Quillón tiró de nuevo de su brazo y la empujó hacia delante, hacia el oscuro pasadizo.

La siguió pisándole los talones. Intentando hacerle sitio sin adentrarse demasiado en la oscuridad, halló una pared y apoyó en ella su espalda. El Imagero sólo era una silueta contra el débil reflejo de las lámparas de las mazmorras. Inmediatamente pulsó el mecanismo que accionaba los contrapesos y cerraba y sellaba la puerta...

...y el Castellano Lebbick entró en tromba en la celda.

Demasiado tarde: no conseguiría impedir que la puerta se cerrara. Y, una vez estuviera cerrada, tendría que hallar el muelle que la abría de nuevo.

Sin embargo, fue rápido, y su espada estaba ya en su mano. Se lanzó alocadamente hacia delante con la intención de ensartar a Terisa a través de la puerta que se cerraba, en un movimiento que casi le hizo perder el equilibrio.

El peso de la propia puerta desvió su golpe. La punta de su espada falló el cuerpo de ella por unos centímetros.

Luego la espada fue atrapada por la rendija. El acero resistió, encajando la piedra de tal modo que no pudo acabar de cerrarse.

El cuerpo del Castellano golpeó contra la puerta; retrocedió, tambaleante.

Un instante más tarde su voz llegó, ahogada, a la oscuridad:

—¡Guardias! ¡Guardias!

—¡Vamos! —siseó el Maestro Quillón. Sujetó una vez más a Terisa por la muñeca y tiró de ella, alejándola de la delgada línea de débil luz—. ¡Maldita sea! Tan pronto como lleguen sus hombres, será *capaz* de abrir esa puerta. Tenemos que escapar *ahora*.

Luchando por mantener el equilibrio, Terisa se apresuró por el ciego pasadizo tras su rescatador.

La piedra parecía girar en torno a su cabeza como una bandada de murciélagos, buscando alguna forma de golpearla. No había luz..., de ningún tipo. Excepto por la

mano que la sujetaba, el Maestro Quillón había dejado de existir. Sus hombros golpeaban constantemente las paredes como si estuviera tambaleándose. No podía mantener su paso; no tenía ni idea de adonde conducía el pasadizo, ni de cómo salir de él.

—¡Un poco más despacio! —jadeó—. No puedo ver.

—No necesitas ver —restalló Quillón—. Sólo necesitas apresurarte.

Intentando aún frenar su velocidad, protestó:

—¿Durante cuánto tiempo?

Sin ninguna advertencia, él se detuvo. Al mismo tiempo, la soltó. Chocó contra él, rebotó de nuevo contra la pared, alzó los brazos para proteger su cabeza.

—No demasiado —murmuró el Maestro acerbamente—. Este pasadizo fue construido cuando fueron reconstruidas las mazmorras para proporcionar espacio para el laborium. En otras palabras, es relativamente reciente. Así que no conecta con el sistema más extenso de pasadizos.

Invisible al lado de ellas, accionó otro mecanismo, y la pared contra la que ella acababa de chocar se abrió dejando entrar aire fresco. Su desgarrada blusa no pudo impedir que se estremeciera.

El espacio al que daba paso la puerta estaba oscuro, casi en tinieblas; pero al cabo de un momento sus ojos se adaptaron, y vio frente a ella un corto pasillo truncado que conducía a un corredor más ancho. Linternas invisibles a lo largo del corredor, en una u otra dirección, proporcionaban la suficiente luz reflejada como para amortiguar la oscuridad.

Cuando contuvo el aliento para escuchar, el sonido que llegó hasta ella fue el delicado salpicar de agua goteando.

Frío y húmedo. Y un pasadizo lateral demasiado corto como para que valiera la pena iluminarlo con una linterna propia. Un pasadizo que parecía no conducir a ninguna parte, mientras aquella puerta permaneciera cerrada y oculta.

Pese a la distracción del miedo, el agotamiento y la sorpresa, sus nervios se convirtieron en hielo como si ya hubiera estado allí antes.

—Ahora, mi dama —susurro el maestro Quillon—, debemos actuar rápido y en silencio. Estos son los pasadizos no utilizados debajo de los cimientos de Orison, donde fuiste atacada dos veces. Ahora vuelven a estar en uso, albergando a nuestro incremento de población, pero esa no es nuestra principal preocupación. Esa gente estará dormida..., o demasiado confusa como para obstaculizarnos. No, la dificultad es que estos pasillos están ahora vigilados para mantener la paz..., patrullados con regularidad. Tenemos que evitar a los hombres del Castellano como sea.

No, pensó torpemente ella. Esto no es justo. Su cerebro era como roca, impermeable a la comprensión. Nunca había visto los corredores desde aquel lado, pero su aspecto era el mismo; el vello de sus antebrazos se erizó, como si fueran los

mismos. Cuando el Maestro Quillon echó a andar, consiguió adelantar una mano y detenerle.

—No —susurro, y su voz fue casi un croar— este es el lugar. Estoy segura de ello.

El se detuvo inmóvil, y la estudio atentamente.

—¿Qué lugar? —el aire se hizo más frío en la piel de Terisa mientras el hombre la miraba con fijeza.

—El punto de traslación. — El frío la hacía estremecer. Largos temblores parecían nacer en sus huesos y abrirse camino hacia fuera hasta que su voz tembló—. De donde salieron esos insectos para atacar a Geraden. Y Gart...

Cruzó los brazos sobre su pecho y los apretó fuertemente, en silencio.

—¿Qué, aquí? —preguntó el Imagero, sorprendido—. ¿Exactamente aquí?

Ella asintió tanto como pudo.

—No sabíamos eso —murmuró él; pareció pensar rápidamente—. Conocíamos la zona en general, por supuesto. —Sus rápidos ojos estudiaron el pasadizo—. Pero el Adepto no observó la traslación en sí. Y no podíamos poner en evidencia nuestro interés preguntándote a ti o a Artagel que nos mostrarais específicamente el lugar donde se produjo el ataque.

Terisa ignoró lo que estaba diciendo el hombre; no importaba. Lo que importaba era el espejo que traía a Orison a la gente que deseaba matarla.

—No podemos ir ahí —jadeó, estremecida—. Yo no puedo ir ahí. Nos verán. Vendrán tras nosotros.

—Bien pensado, mi dama. —La nariz del Maestro Quillon se frunció como si estuviera intentando olisquear algún camino de escape—. Si nos vieran en la Imagen..., y si estuvieran preparados esperando...

Un ruido gruñente, un sonido de tensión o protesta, recorrió todo el pasadizo desde la entrada a las mazmorras tras ellos.

El Maestro y Terisa se inmovilizaron.

—¡Apoyad vuestras espaldas en ella, lameculos! —La voz del Castellano Lebbick sonó oscurecida por la piedra y la distancia, pero era inconfundible—. ¡Abrid esa puerta antes de que los perdamos por completo!

Terisa sintió deseos de gemir, pero no pudo detener sus temblores.

—¡Cristales y astillas! —maldijo Quillon para sí mismo—. Esto sí es un apuro.

Un instante más tarde, sin embargo, la sujetó por los hombros y la sacudió para llamar su atención.

—Mi dama, escucha.

»El foco de ese espejo fue desviado. Vi a Eremis trasladado a las mazmorras. Le vi partir. Debió utilizar el mismo espejo que trajo hasta aquí a vuestros atacantes. ¿Por qué otro motivo me hubiera permitido oír todo lo que te dijo..., escucharle

mientras revelaba sus intenciones? Si sus aliados me hubieran visto entrar en el pasadizo por este lugar, no hubieran tenido ninguna dificultad en encargarse de mí. En consecuencia, eso significa que no me vieron. En consecuencia, el punto de traslación de ese espejo ha sido cambiado.

—Pueden haberlo cambiado de vuelta —objetó ella.

—Podrían estarnos observando en este mismo momento —admitió él—. Pero, si eso es cierto, ¿por qué aún no han actuado?

El gruñir de cuerdas tensadas y contrapesos brotó suavemente de la oscuridad. Un hombre jadeó, y el Castellano Lebbick ladró:

—¡Adelante, lo estamos consiguiendo!

—¡Debemos correr el riesgo! —siseó el Maestro Quillón.

Terisa asintió de nuevo. Pero permaneció inmóvil, atrapada entre sus miedos. Gart, el Monomach del Gran Rey, estaba allí en alguna parte. Y desde aquel punto de traslación habían brotado cuatro asaltantes zombis que habían sido devorados vivos interiormente por las más terribles...

—¡Tú primero! —El rostro conejil de Quillón pareció ridículo en su urgencia—. El primero es el que está más seguro. Cualquiera necesitará un momento para reaccionar cuando nos vea.

»*Adelante.*

La empujó, y ella avanzó.

Dos torpes pasos hacia el corredor principal; tres; cuatro. Por alguna *razón*, las fuerzas habían abandonado sus piernas. Se sentía como una mujer sumida en una pesadilla, deseando frenéticamente correr, pero impotente de hacer nada excepto temblar de miedo mientras sus enemigos se lanzaban contra ella.

El Maestro Quillón llegó tras ella y la empujó de nuevo para que siguiera avanzando.

Por segunda vez, Terisa sintió *el roce de un frío tan suave como una pluma y tan agudo como una hoja de acero deslizarse directamente a través del centro de su abdomen.*

Corriendo ahora, pero apenas consciente de ello, apenas consciente de nada de lo que estaba haciendo, alcanzó el corredor principal y la luz, y se dio la vuelta a tiempo para ver al Maestro Quillón seguirla, y una sombra negra, con un rostro lleno de odio y júbilo, alzarse tras él, aferrando una larga daga dispuesta a golpear.

¡No, Quillón! ¡*Quillón!*

La sombra se alzó y se deslizó tras él mientras ella intentaba gritar una advertencia y no podía hacerlo con la suficiente rapidez: unos negros brazos se alzaron y luego descendieron fieramente, hundiendo la daga en la unión de sus hombros con tal furia que la sangre brotó como un torrente de su boca y la hoja asomó por su pecho, y se vio aplastado contra el suelo como si hubiera sido golpeado

por una almádena.

—¡Te *atrapé*, estúpido roedor! —ladró el Maestro Gilbur con un triunfo gutural—. ¡Ésta es la *última vez* que interfieres en lo que queremos hacer!

Luego arrancó la hoja de la espalda de Quillón, mientras la sangre resbalaba por sus manos como agua.

¡Oh, Quillón!

Terisa recordó las manos del Maestro Gilbur. Parecían lo bastante fuertes como para doblar barras de hierro; lo bastante fuertes como para triturar huesos. Sus hombros estaban cubiertos por su pelo negro..., un pelo que contrastaba escandalosamente con su barba blanca. La joroba en su espina dorsal no hacía más que incrementar su fuerza física: su rostro estaba retorcido en una mueca asesina.

Exultando malignamente, alzó los ojos del cadáver de Quillón.

—Mi dama —tosió, como una maldición— esto es fortuito. No había esperado tener el placer de matarte. Se suponía que eso era tarea de Gart, después de que Eremis hubiera terminado contigo. Pero mi vigilancia ha sido recompensada. Ni el perro de Festten ni el gallo de Eremis estaban conmigo cuando os descubrí en la Imagen.

Ella lo contempló como si fuera una serpiente, aguardó el golpe.

—Ha sido una delicia librar finalmente al mundo de Quillón. —Gilbur lamió un poco de saliva de sus gruesos labios y pasó por encima del cuerpo a sus pies—, pero retorcer mi cuchillo en tu suave carne será un auténtico éxtasis.

Adelantó su hoja y sus ensangrentadas manos, y la miró fijamente.

Terisa se dio la vuelta y echó a correr.

Esta vez corrió con todas sus fuerzas, poniendo todas sus energías en sus piernas. Pese a su retorcida espalda, el Maestro Gilbur era rápido. Su primer golpe casi la alcanzó. La distancia que abrió entre ellos mientras seguía corriendo era menos de un paso; luego dos; luego tres y un poco más. Instintivamente, había echado a correr hacia la izquierda; estaba siguiendo la misma dirección que ella y Geraden habían tomado cuando habían huido de los insectos.

Negros brazos se alzaron y luego cayeron... Ahora se hubiera sentido enormemente feliz —delirante de alivio— de encontrar a un guardia. Un viejo excéntrico en busca de los aseos públicos. Un sirviente. Cualquiera que pudiera ser testigo de lo que ocurría, que distrajera a Gilbur. Pero el corredor estaba vacío. El Maestro Gilbur escupía maldiciones mientras la perseguía. Ella era joven y corría para salvar su vida; lentamente, fue aumentando la distancia. Pero el aire se estaba convirtiendo ya en fuego en sus pulmones, y él no parecía cansarse.

Luego cayeron...

Por un lado, no tenía ni idea de adonde estaba yendo. No conocía aquellos corredores, nunca había estado allí sin un guía. El único pensamiento que ocupaba su

mente era encontrar ayuda. Antes de derrumbarse. Podía notar cómo las fuerzas la abandonaban. Por otro lado, sin embargo, su sentido instintivo de la dirección era seguro, y lo estaba siguiendo sin vacilar. Para escapar del feroz Imagero, extrajo de sí misma recursos que no sabía que poseyera.

Tomó el camino hacia los aposentos del Adepto Havelock. Allí: el tercer corredor. Una gruesa puerta de madera, al parecer la entrada de un almacén. Sí, la entrada de un almacén. Un almacén que no había sido considerado apropiado para ayudar a alojar la incrementada población de Orison. Abrió la puerta de golpe, la cerró a sus espaldas. Tenía un cerrojo interior. ¿No tenía un cerrojo? Tenía que tener un cerrojo —*tenía* que tenerlo—, pero no conseguía encontrarlo, no podía ver, no había luz en el almacén, ninguna iluminación excepto las pequeñas rendijas amarillentas en torno a la puerta.

La masa del Maestro Gilbur bloqueó incluso aquella luz...

...y sus dedos hallaron el cerrojo, lo corrieron de un golpe justo en el momento en que el hombre se estrellaba contra la puerta, intentando aplastar a Terisa con el peso de la madera y su propio impulso.

El cerrojo se retorció en sus fijaciones. Pero resistió.

No iba a resistir mucho, sin embargo. Gilbur golpeó de nuevo la puerta, maldiciendo la madera y a ella. Terisa no podía ver el cerrojo, pero podía oír el chillido metálico a medida que el oxidado hierro clavado a la madera era obligado a ceder. Las fijaciones iban a saltar. Era sólo cuestión de tiempo.

Ignorando su frenética necesidad de aire y descanso, tanteó en el almacén hacia la puerta oculta en la parte de atrás..., la entrada a las habitaciones secretas del Adepto Havelock.

Puesto que se movía por instinto antes que por consciencia, no recordó la posibilidad de que la puerta oculta pudiera estar cerrada por dentro hasta que la halló abierta. Probablemente el Maestro Quillón la había dejado así. Probablemente pensaba traerla hasta allí. Debilitada por el alivio y la necesidad, la cruzó y se apresuró por el iluminado pasadizo que conducía a los dominios de Havelock.

La primera habitación a la que llegó estaba atestada de espejos.

Nada había cambiado desde su última visita allí. El desorden estaba compuesto de espejos de cuerpo entero tan irregulares en forma y color que mostraban Imágenes que ni siquiera podía intentar interpretar; fragmentos de espejo plano que hubieran cabido en su bolsillo; espejos del tamaño adecuado para un tocador, pero apilados unos encima de otros y colocados de modo que impidieran a cualquiera ver lo que mostraban. Todos ellos habían sido recogidos por el Rey Joyse durante sus guerras y nunca devueltos a la Cofradía; todos ellos estaban enmarcados en elaborados marcos que reflejaban el olvido de sus actuales circunstancias. Y todos ellos eran inútiles. Los Imageros que los habían hecho estaban muertos.

No tenían nada que ver con ella. Pasó apresuradamente por su lado.

El pasadizo daba dos o tres vueltas, pero no perdió su orientación. Al cabo de un momento llegó a otra puerta. Creyó poder oír al Maestro Gilbur golpeando aún para abrirse paso al almacén —o quizás el sonido era simplemente causado por el pánico que latía en sus oídos—, así que abrió la puerta de golpe y penetró tambaleándose en la amplia estancia cuadrada que el Adepto Havelock usaba como estudio, y que le daba acceso a la red de pasadizos secretos de Orison.

El aire era mohoso, estancado..., algo iba mal con la ventilación. Había demasiada gente en el castillo. El humo de las lámparas con pábilos que necesitaban ser recortados se enroscaba perezosamente en torno a la columna que sostenía el centro del techo.

El Adepto estaba allí, acurrucado como una araña en su locura.

El Maestro Quillón le había pedido a Terisa que creyera que Havelock había ayudado al Rey Joyse a planear la destrucción de Mordant. Quillón había esperado que ella le creyera..., había esperado que ella creyera que la vieja locura del Adepto no era un obstáculo para su sabiduría o astucia. Y quizá su muerto rescatador estaba en lo cierto. Quizá sólo un loco como Havelock podía haber concebido una estrategia que depositaba su única posibilidad de éxito en la estabilidad del Castellano Lebbick.

Sin embargo, Terisa no tenía ningún otro lugar al que dirigirse ahora. Seguramente Quillón la hubiera llevado hasta allí, de estar vivo. El Adepto tenía que ayudarla. La había ayudado en el pasado. Había intentado responder a sus preguntas. Y el Maestro Gilbur podía caer sobre ella en cualquier momento. Podía matar al Adepto también, si tenía la oportunidad. Y el Castellano estaba aún tras ella.

—¡Havelock! —jadeó, forzando sus pulmones para hacer brotar las palabras—. Gilbur ha matado al Maestro Quillón. Va tras de mí. Necesito ayuda. Tienes que ayudarme.

Tenía que seguir. Sabía que, tan pronto como dejara de moverse, no sería capaz de seguir en pie mucho tiempo.

El Adepto estaba de pie al lado de su mesa de brinco, inclinado sobre ella como si estuviera jugando una partida, estudiando intensamente el tablero, aunque no había fichas en él. No alzó la vista hasta que ella habló; entonces, sin embargo, alzó la cabeza y sonrió amistosamente. El humo trazaba volutas a su alrededor. Un ojo la estudió de forma casual; el otro empezó a escrutar la pared tras ella.

—Mi dama Terisa de Morgan —dijo, con un tono de ausente suavidad—. Qué agradable sorpresa. Fornicar entre los ojos. Espero que estés bien.

—*Havelock* —insistió ella—. Escúchame. Necesito ayuda. Gilbur ha matado al Maestro Quillón. Viene inmediatamente detrás de mí.

La sonrisa del Adepto dejó al descubierto sus dientes.

—Me alegra oír eso —respondió, como si ella acabara de decir una galantería—.

Realmente *tienes* buen aspecto. El descanso y la paz hacen maravillas en la complexión de las mujeres.

»Ahora dime lo que quieres saber. Hoy estoy completamente a tu servicio.

El horror creció en ella; fue incapaz de controlarlo. La tensión de defender Orison había acabado con él. Estaba ido, completamente fuera de contacto con la cordura. El aire era demasiado denso para proporcionar a sus pulmones ningún alivio. Habían matado a Quillón, e iban a matarla también a ella, y el propio Adepto iba a resultar probablemente muerto también. No sabía cómo llegar hasta él. Casi llorando, suplicó:

—¿No lo comprendes? ¿No puedes oírme? *Gilbur acaba de matar al Maestro Quillón. Viene hacia aquí.*

Bruscamente el Adepto hizo girar los ojos, la miró con el que había estado contemplando la pared. Su nariz cortó el aire como el pico de un halcón. Por otra parte, su carnosidad no vaciló.

—Mi dama Terisa de Morgan —dijo de nuevo—, sería un gran placer para mí rasgar el resto de tus ropas y fornicarte en una pocilga. Hoy puedo responder preguntas. Pregúntame lo que quieras.

»Pero —comentó, como si aquel detalle en particular fuera trivial—, no puedo ayudarte. Hoy no.

Ella se detuvo y le miró, casi boqueando en busca de aire y ayuda. No puedo ayudarte. Hoy no.

¡Oh, Quillón!

—Casi todo el mundo —siguió él, en el mismo tono de relajado buen humor— desea saber por qué quemé aquella criatura de la Imagería que intentó matar a Geraden. Oportunidad, ésa es la respuesta. Simple oportunidad. No importa cuál sea tu aspecto. Ni siquiera importa cómo huelas. Cualquiera te lamerá el culo si consigues una buena oportunidad. Todavía no estábamos preparados. Si Lebbick descubriera a partir de esa criatura quiénes son nuestros enemigos, todo se derrumbaría. Seríamos demasiado débiles como para defendernos.

—¡*Havelock!* —Terisa deseó golpearle, maldecirle, arrancar su pelo—. ¡El Maestro Quillón era tu amigo! ¡Gilbur acaba de matarlo! ¿Acaso ni siquiera te importa?

Sin transición, el Adepto Havelock pasó de la lunática amabilidad a la loca furia.

—¡Cono miserable! —Blandió su mano derecha con un rugido, juntando los dedos como si sostuviera una pieza del brinco—. ¡Esto es lo que eres! —Se inclinó sobre la mesa, golpeó con la mano varias veces el tablero, haciendo saltar imaginarias piezas; luego hizo como si arrojara salvajemente el tablero al rincón de la estancia—. ¡Se ha ido! ¿Me comprendes? ¡*Se ha ido!*

»¿Crees que no *quiero* estar cuerdo? ¿Crees que no *quiero* ayudar? Él era el único que sabía cómo ayudarme *a mí*. ¡Pero me quemé por completo! ¡Esta mañana...

contra esas catapultas! *¡Me quemé por completo!*

Aturdida por el shock, Terisa se lo quedó mirando. Estaba demasiado lejos. No sabía cómo llegar hasta él.

Un instante más tarde, sin embargo, su furia desapareció tan repentinamente como había venido. Sus ojos parecieron velarse con el dolor, y se volvió lentamente de espaldas a ella.

—Hoy no puedo ayudarte —murmuró al vacío tablero—. Ve a enfrentarte tú misma a Gilbur.

Se dejó caer pesadamente en una silla al lado de la mesa. Sus hombros empezaron a temblar, y un leve y agudo gemir brotó de su estrangulada garganta. Al cabo de un momento Terisa se dio cuenta de que estaba sollozando.

Perdida y desconcertada, lo dejó a solas allí y fue a enfrentarse ella misma a Gilbur.

Se sentía tan aturdida por el temor y el desánimo y el dolor que ni siquiera se sobresaltó cuando oyó al Adepto correr el cerrojo de la puerta a sus espaldas, cerrándole cualquier posibilidad de escapar.

Como una sonámbula —como una mujer intentando localizarse a sí misma, descubrir quién era, en un espejo hecho con la arena pura de los sueños—, volvió a la habitación donde Havelock guardaba sus espejos.

El Maestro Gilbur estaba ya allí.

No la vio. Estaba demasiado maravillado ante lo que había descubierto: espejos que nunca había sabido que existieran, docenas de ellos; un tesoro inapreciable para cualquier Imagero con talento para utilizarlos, para cualquier Adepto. Hubiera podido intentar esconderse. La expresión en su rostro le hizo pensar que incluso tal vez pudiera deslizarse junto a él y escapar. Estaba tan absorto en lo que veía...

Con un desesperanzado encogimiento de hombros, tomó uno de los pequeños espejos apilados sobre una mesa de caballete a su lado y lo arrojó violentamente al suelo, haciendo saltar fragmentos en todas direcciones.

Una nube de polvo se alzó con el impacto, ablandando el sonido. Toda la habitación estaba llena de polvo; al parecer, los espejos no habían sido limpiados desde hacía décadas.

De todos modos, el sonido llamó la atención del Maestro. Giró en redondo para enfrentarse a ella, alzó sus enormes puños. Sus ojos ardieron; la furia pareció humear en su barba.

—¡Te atreves! —tosió—. ¡Te atreves a destruir esta riqueza, este poder! Por eso no solamente te mataré, sino que haré pedazos tu cuerpo.

—No, no lo harás. —Para su propia sorpresa, su voz era firme. Quizá se sentía demasiado aterida para seguir teniendo miedo. Como si hiciera constantemente este tipo de cosas, puso la mesa de caballete entre ellos, de modo que bloqueara su avance

—. Si das un paso hacia mí, romperé otro espejo. Cada vez que hagas algo para amenazarme, romperé otro espejo. Quizá los rompa todos antes de que consigas poner tus manos sobre mí.

El sentirse aterida era un buen comienzo. Conducía al desvanecerse. Podía permanecer allí y enfrentarse al Maestro Gilbur con todo su odio como una mujer llena de valor..., y al mismo tiempo podía desvanecerse, evaporarse de aquel lugar. Renunciar a su existencia y seguir a la bruma y al humo hasta la seguridad. Cuando él consiguiera ponerle las manos encima —sabía que de algún modo iba a ponerle las manos encima—, ella ya se habría ido.

Y, mientras tanto, podía retrasarlo lo suficiente...

—¡No lo harás! —protestó Gilbur, momentáneamente sorprendido en medio de su furia.

Terisa cogió otro espejo y midió la distancia a la cabeza del Maestro.

—Pruébame.

Se sentía aterida. Se desvanecía.

Tiempo.

—No, mi dama. —Los rasgos del hombre se cerraron en su familiar ceño fruncido. Respiraba pesadamente, como si le doliera la espalda—. *Tú pruébame a mí.* Todos estos espejos son inapreciables..., en sentido abstracto. En la práctica, son inútiles. Un espejo sólo puede ser usado por el hombre que lo hizo. Hay nuevos talentos en el mundo, y el mío es uno de ellos. Puedo hacer espejos con una velocidad y exactitud que sorprenderían a la Cofradía, si esos pomposos estúpidos lo supieran. Pero sólo un Adepto tiene el talento de efectuar traslaciones con un espejo que no ha hecho él.

»Si crees que no voy a matarte, eres estúpida además de loca.

Dio un paso hacia ella.

Terisa arrojó el espejo en su dirección y cogió otro.

El delicado ruido tintineante del cristal roto envuelto en polvo llenó la habitación.

El Maestro se detuvo.

—Quizá nadie excepto Havelock tenga en la actualidad el talento —dijo ella; nadie excepto Havelock, para lo que le había servido—, pero tú te crees capaz de aprenderlo. Puede que sea una habilidad, no un talento. Nunca has tenido la oportunidad de descubrir la verdad porque otros Imageros no te han dejado experimentar con sus espejos. Con éstos, puedes experimentar todo lo que quieras. Puedes aprender todo lo que haya que aprender.

Desvanecerse. Tiempo. Con su visión periférica captó el espejo que deseaba..., un cristal plano en un marco de palisandro, casi tan alto como ella. A través de una capa de polvo, su Imagen reflejaba una desnuda duna de arena, nada más. En alguna parte de Cadwal, supuso. Una de las partes menos hospitalarias del país del Gran Rey

Festten. En la Imagen, el viento soplaba lo suficientemente fuerte como para alzar la arena de la duna como un chorro.

Cuidadosamente, se dirigió hacia él.

—Pero no voy a dejar que los tengas —siguió, sin hacer ninguna pausa—. No si intentas cogerme.

El Maestro Gilbur la miraba como si ansiara saltar sobre su garganta. Una mano aferraba su daga, la otra se crispaba en anticipación. Sin embargo, se contuvo.

—Un punto interesante —rió—. Eres más lista de lo que pensé. Pero todo esto es inútil. No puedes abandonar esta habitación sin ponerte a mi alcance. O sin situarte fuera del alcance de los espejos. En cualquier caso, mi cuchillo se hará cargo de ti inmediatamente. ¿Qué esperas conseguir?

Tiempo. Era sorprendente el poco miedo que sentía. Su sustancia estaba cediendo ante sus ojos, y él era ciego a ello. Ahora ella podía relajarse en la oscuridad en cualquier momento que deseara, y entonces no habría nada que él pudiera hacer para dañarla. Nada de lo que hiciera significaría ninguna diferencia. Todo lo que deseaba era tiempo.

Dio otro pequeño paso hacia el espejo que había elegido.

Luego se detuvo en seco porque creyó haber oído botas.

—No soy codiciosa. —Ahora su voz intentó temblar, pero no se lo permitió. En vez de ello empezó a hablar con voz más fuerte, haciendo todo lo posible por retener la atención del Maestro—. No deseo mucho. Simplemente deseo frustrarte.

»Tú y Eremis sois tan arrogantes... Manipuláis, matáis. No tenéis el menor interés en lo que le ocurre a la gente a la que hacéis daño. Estáis *enfermos* de arrogancia. Vale la pena romper unos cuantos espejos sólo para trastornarte.

De pronto, vio movimiento en el pasillo detrás de él.

Intentando ganar todo el tiempo posible —intentando lanzar algún golpe en nombre del Maestro Quillón, y de Geraden, y de ella misma—, arrojó el espejo que sostenía a la cabeza de Gilbur.

Éste eludió sin esfuerzo el golpe.

E incluso eso fue malo para ello. Su vida se había convertido en un desastre tal que no podía ni siquiera arrojarle algo a un hombre al que odiaba sin salvarlo al mismo tiempo. Al eludir el espejo, el Maestro pivotó y saltó hacia la mesa para acercarse a ella. Como resultado de esta acción, el primer guardia que entró a la carga en la habitación falló su golpe.

Antes de que el hombre pudiera recobrase, el Maestro Gilbur lo derribó al suelo con un puñetazo de martillo pilón.

El segundo guardia tuvo el problema opuesto: tuvo que refrenar su espada para evitar herir a su compañero. Eso necesitó sólo un instante..., pero un instante era todo el tiempo que precisaba Gilbur para hundir su daga en la garganta del hombre.

El Castellano Lebbick entró en la habitación detrás de sus hombres, solo.

Llevaba su larga espada dispuesta; la punta de la hoja se agitaba inquieta. Miró a Terisa, luego volvió sus ojos hacia el Maestro. Estaba preparado para la lucha, tenso y peligroso. Terisa pensó que nunca lo había visto tan calmado. Aquello era lo que necesitaba: una posibilidad de luchar por Orison y el Rey Joyse.

—Así que esto es —comentó claramente—. La verdad al fin. La seductora de Geraden y un Imagero renegado, juntos. Y el pobre Quillón muerto en el corredor. ¿Intentó deteneros? Pensé que era él quien la había ayudado a escapar, pero debí equivocarme. La luz no era muy buena.

»Tienes suerte de estar vivo. Si ella no hubiera arrojado ese espejo, mis hombres te hubieran hecho pedazos.

El rostro del Maestro Gilbur se contorsionó en un acceso de risa.

Terisa estaba más allá ya de que le importara lo que el Castellano pensara de ella. Dio otro pequeño paso hacia el espejo que deseaba. Pese a la capa de polvo que lo cubría, la arena en la Imagen parecía real para ella, más sólida de lo que era ella misma.

—Deja caer ese pincho —gruñó Lebbick al Maestro Gilbur—. No va a servirte de nada. Échate en el suelo. Boca abajo. Voy a atarte. Debería mejor matarte, pero el Rey Joyse te querrá vivo. Quizá me deje interrogarte.

»Hazlo *ahora*. Antes de que cambie de opinión.

Como si la provocación hubiera sido demasiado grande para soportarla, Gilbur dejó escapar una risotada.

—Mi dama —dijo, frunciendo terriblemente el ceño—, dile a Lebbick por qué no vamos a dejar que nos coja prisioneros.

Ella fue a responder. Su sugerencia de que ella era realmente un aliado suyo casi quebró su cuidadosa decisión de desvanecerse de allí. Su furia brotó a la superficie, y deseó arrancarle al Maestro la piel a tiras.

Desgraciadamente, el truco del Imagero había cumplido ya con su propósito: había hecho que el Castellano Lebbick la mirara a ella.

Durante esa breve mirada, el Maestro Gilbur arrojó un puñado de polvo al rostro del Castellano.

Maldiciendo, el Castellano retrocedió; agitó defensivamente su hoja. Su equilibrio y sus reflejos eran tan buenos que casi lo salvaron. Sin visión, sin embargo, no podía contrarrestar la rapidez de Gilbur; no pudo impedir que Gilbur cogiera una de las espadas de los guardias caídos y le golpeará con ella, dejándole sin sentido.

Terisa se detuvo delante del espejo que había elegido. Su única esperanza racional había desaparecido. Ahora nada se alzaba entre ella y lo que el Maestro deseara hacer. Debería sentirse aterrada. Sin embargo, no era así. Su capacidad de rendirse a los acontecimientos la protegía. Las esperanzas que había depositado en el Castellano

no habían sido esperanzas hacia ella misma, sino sólo esperanzas contra Gilbur. Ella no había perdido nada crucial. Dentro de sí misma estaba al borde de la extinción, y el Maestro Gilbur no tenía forma de detenerla. Cuando alzó la vista del cuerpo de Lebbick, preguntó:

—¿Por qué no lo has matado?

—Tengo una idea mejor —gruñó él con una sonrisa cruel—. Te llevaré conmigo. Cuando recobre el conocimiento, informará que somos aliados. Joyse y sus estúpidos no tendrán ni idea del auténtico peligro hasta que los destruyamos.

Estaba en lo cierto, por supuesto. El Castellano sería creído. El Maestro Quillón estaba muerto..., su único testigo de la admisión de culpabilidad del Maestro Eremis. Y, evidentemente, Quillón no había tenido tiempo de decirle a nadie lo que había averiguado. Gilbur saltaría hacia ella en cualquier momento. Podía detenerle temporalmente rompiendo algunos espejos más, pero eso lo único que conseguiría sería posponer lo inevitable. El había ganado. Si podía llamarse ganar a aquello.

Deliberadamente, empezó a dejarse ir.

Sin embargo, exteriormente, siguió desafiándole.

—Alguien te detendrá —dijo, como si estuviera acostumbrada al desafío. Un desafío que traía como consecuencia ser encerrada en un armario—. Si Geraden no lo hace, yo lo haré. Serás detenido.

—¿Geraden? —escupió Gilbur—. ¿Tú? —Realmente era muy rápido. En el espacio entre un latido del corazón y el siguiente, se agachó por debajo de la mesa de caballete y volvió a alzarse, con el cuchillo apuntando hacia ella. Cada nudo y pliegue de su expresión prometían carnicería—. ¿Cómo vas tú a detenerme?

¿Cómo?

Así.

No necesitó decirlo en voz alta. Estaba aún avanzando hacia ella, con sus ensangrentadas manos tendidas hacia delante, cuando pareció tropezar con una pared. La sorpresa borró la violencia de su rostro: sus ojos se abrieron enormemente cuando vio lo que estaba ocurriendo en el espejo al lado de ella.

—Por las pelotas de Vagel —murmuró—. ¿Cómo has hecho eso?

Ella no miró. La última vez que había hecho aquello le había hecho enteramente por accidente, sin saber lo que estaba haciendo; ahora no intentó ejercer tampoco coerción. En cualquier caso, por el momento no le importaba si vivía o moría. Sólo le importaba escapar.

Aún asombrado, pero recuperándose rápidamente, el Maestro Gilbur tendió de nuevo las manos hacia ella.

Suavemente, Terisa cerró los ojos y derivó hacia atrás, hacia la oscuridad.

6

El beneficio de los hijos

Permaneció tendida, inmóvil, durante largo tiempo. El hecho era que deseaba dormir. Hacía dos noches, dama Elegia había envenenado el depósito de agua de Orison. La noche pasada, Geraden se había enfrentado al Maestro Eremis delante de la Cofradía, y ella, Terisa, se había convertido en la prisionera del Castellano. Y esta noche... Estaba agotada. El Maestro Gilbur había intentado cogerla, pero había fallado. Aunque tenía los ojos cerrados, sabía que la luz se había desvanecido Y, a medida que la luz se desvanecía, se había notado entrar en la zona de transición, donde el tiempo y la distancia se contra decían entre sí. Funcionaba: estaba siendo trasladada. A alguna parte.

Eso era suficiente. La sensación de que había dado un enorme y eterno salto en un abrir y cerrar de ojos había extraído de ella lo último de sí misma, había completado su autoborrado y durmió.

No fue el frío lo que la despertó. La celda había sido tan fría como esto. No, fue el débil y húmedo olor de la hierba, y la brisa enroscándose suavemente en el desgarrón de su blusa, y la aguda llamada de los pájaros, y la impresión de espacio. Cuando abrió los ojos vio que estaba cubierta de horizonte a horizonte por el amplio cielo. Todavía era púrpura con el amanecer, pero los pájaros ya habían empezado a revolotear de un lado a otro, con un aspecto tan rápido y ansioso como sus propias canciones contra el cielo.

Entonces oyó el intenso rumor de agua corriendo.

Alzó la cabeza y miró por la ladera de la colina hacia un rápido arroyo. La nieve fundida de la primavera llenaba sus orillas y lo hacía apresurarse, ansioso por seguir su camino tierras abajo. En esa dirección, el agua corría hacia un valle aún envuelto por la noche que se alejaba; corriente arriba, descendía de una alta y oscura silueta que se alzaba contra el cielo púrpura y la lejana cadena de montañas.

El aire era tan frío como en la celda, pero no tan húmedo, tan opresivo; la vida no había sido estrujada de él por el gran peso y la sobrecargada ventilación de Orison. Inspiró profundamente, apoyó las manos en la nueva hierba para ponerse en pie, y se alzó.

Casi de inmediato, las montañas en la distancia parecieron cubrirse de luz. El sol estaba saliendo. Por ninguna razón excepto que era por la mañana y el aire era claro y ella estaba viva, su corazón empezó a cantar como los pájaros, y supo lo que iba a ver antes de que el sol alcanzara la maciza sombra de la que emergía el arroyo.

El Puño Cerrado.

Allí.

Empezando desde el oeste, la luz del sol se reflejó en el enorme pilar de piedra

que protegía la aparición del arroyo de las colinas por aquel lado. Luego tocó el pilar oriental, y el desfiladero entre ellos apareció claramente, el estrecho y secreto corte desde el que el río Broadwine avanzaba hacia el corazón del Care de Domne.

El Puño Cerrado. Geraden había jugado allí cuando niño. El amasijo de rocas en el interior del desfiladero debía haber sido algo maravilloso para los niños, una fuente de interminables juegos de trepar y saltar y esconderse.

Y ella se había trasladado por sí misma hasta allí. Contra todas las posibilidades. Pese a su absoluta ignorancia de la Imagería..., y pese a todos los esfuerzos del Maestro Eremis por confundirla. Se había trasladado a la seguridad utilizando un espejo plano. Y no se había vuelto loca.

Bruscamente sus ojos se llenaron de lágrimas, y deseó echarse a llorar de alivio y alegría.

—Terisa.

Oyó el rumor de pies corriendo sobre la hierba. Por entre sus lágrimas vio una sombra, un hombre de silueta confusa por el llanto. Se volvió para enfrentarse a él — para enfrentarse al sol— y, mientras su clara y nueva luz brillaba a través de ella, se halló en brazos de Geraden.

—Terisa.

Oh, Geraden. Oh, amor.

—¡Gracias a las estrellas! Pensé que nunca más volvería a verte.

Estás aquí. Tú lo hiciste. Tú lo hiciste.

Luego se echó hacia atrás.

—Déjame mirarte.

Parpadeó para aclarar su vista, y le vio observándola ansioso a través de sus propias lágrimas.

—He estado esperándote, esperándote, desde casi cuando llegué aquí. Era la única esperanza que tenía. Sólo fui a Houseldon para decirle a mi familia lo que ocurría. No querían que volviera aquí solo, pero no podía hacerlo de ninguna otra forma. No podía soportar tener a nadie observándome esperar. Te dejé allí, con Eremis y Lebbick..., y pensé que nunca más volvería a verte.

Ella sintió deseos de decir: ¿Creíste que podrías mantenerme alejada? La alegría de él brillaba como el sol delante de ella. Era el mismo Geraden que siempre había sido, de corazón abierto, vulnerable, querido. Sus lágrimas lo hacían parecer apenas mayor que un muchacho. Su pelo castaño se rizaba en todas direcciones, lleno de posibilidades encima de su fuerte frente; su brillante mirada y su abierto rostro eran como la canción de los pájaros en el aire primaveral. Luché contra Eremis y el Castellano y el Maestro Gilbur por ti. ¿Crees que podían mantenerme alejada?

Pero entonces él reparó en su desgarrada blusa, su desaliñado aspecto, la tensión en torno a sus ojos; y su rostro cambió.

Los huesos que formaban el armazón de sus rasgos parecieron convertirse en hierro; sus ojos parecieron captar y reflejar la luz como el hierro templado y pulido. Tan completamente como si hubiera sido trasladado, el muchacho había desaparecido, y en su lugar se erguía un hombre que ella apenas conocía, un hombre que se parecía más a Nyle que a Artagel..., Nyle cuando se había decidido a hacer algo que lo humillaría y llenaría de dolor a la gente que le importaba. El metal del carácter de Geraden había sido templado por la amargura, pulido por el desánimo. Cuando habló de nuevo, su voz sonó densa con reprimida fuerza..., y veladas amenazas.

—¿Por qué no te mató Eremis? Parece como si lo hubiera intentado.

Terisa adelantó los brazos hacia él; deseaba abrazarlo de nuevo, apretarlo contra sí, traer de vuelta al Geraden que había aprendido a amar. El Geraden que había aceptado voluntariamente tantos tipos de dolor por ella. Pero él se limitó a sujetar sus manos y mantenerlas inmóviles, exigiendo que permaneciera frente a él con todos sus sufrimientos expuestos.

Así que tenía que intentar ponerse a su altura, situarse en su mismo terreno. Sacudió la cabeza, no contradiciéndole, sino negándose el deseo de ser confortada, y dijo:

—Oh, lo intentó. O el Maestro Gilbur lo intentó por él. Pero fue el Castellano quien hizo esto.

Claramente, como el chasquido de una rama al partirse, él dijo:

—Lebbick. —La piel de su rostro era tensa sobre el hierro de sus huesos. Sus amenazas no iban dirigidas a ella—. Cuéntame.

Involuntariamente, Terisa dudó. Deseaba situarse en igualdad de condiciones que él —ser digna de él—, pero no podía hacerlo. Las lágrimas llenaron de nuevo sus ojos.

—Hay tanto...

—Terisa.

Al menos podía ser alcanzado. La rodeó de nuevo con sus brazos y dejó que ella se aferrara a él tan fuerte como era capaz. Luego murmuró:

—Tienes frío. Y parece que te iría bien un poco de comida. —No se había ablandado: simplemente se estaba reteniendo. La hizo girar con un brazo en su cintura y la empujó suavemente colina arriba, en dirección a los pilares—. Mi campamento está ahí.

Ella asintió, incapaz de hablar..., incapaz de separar la alegría y el dolor de verle.

—Cuando pasé a través del espejo —explicó él con voz distante—, cuando descubrí que aún estaba vivo, planeé ocultarme aquí arriba. Es el mejor lugar en el que pude pensar. Y no deseaba poner en peligro Houseldon, si Eremis intentaba atraparme de nuevo. Y ya te había perdido. Creí que iba a volverme loco si alguien te

hacía daño por haber intentado protegerme.

»Pero finalmente imaginamos lo que está haciendo Nyle.

No hay ninguna forma en que pueda mantener a mi familia fuera de peligro. Así que no servía de nada ocultarse. Simplemente volví aquí porque alguien tenía que hacerlo..., en caso de que tú consiguieras cruzar de alguna forma y luego no pudieras encontrar Houseldon..., y lo mejor era que fuese yo porque de todos modos iba a pasar todo el tiempo aguardándote.

El sol se había alzado más. El valle debajo del Puño Cerrado permanecería aún en sombras un cierto tiempo; pero ahora había suficiente luz como para revelar dos caballos atados cerca de las rocas allá al frente. Uno de ellos alzó los ojos a Terisa y Geraden. El otro siguió comiendo despreocupadamente hierba. Con un esfuerzo, Terisa carraspeó.

—Parece como si hubieras imaginado un montón de cosas.

Él bufó sardónicamente.

—Después de ese último día que pasamos juntos, supe que Eremis era un traidor. Cuando finalmente me di cuenta de que debo de tener un talento para la Imagería, un talento sin precedentes..., no resultó demasiado difícil extraer conclusiones. Entonces todo lo que tenía que hacer era esperar que tú tuvieras ese talento también, y lo descubrieras..., y fueras capaz de usarlo en un espejo.

»En conjunto, parecía más plausible que Eremis cayera muerto y nos salvara de ese modo, pero no me quedaba otra cosa.

Había un par de mochilas en el suelo cerca de los caballos, y un pequeño montón de mantas..., la cama de Geraden. Mientras él y Terisa entraban en las sombras de las rocas, dejó caer su brazo y se apresuró a recoger una de las mantas. La pasó inmediatamente por los hombros de ella.

—No tengo ningún fuego —murmuró—. No deseaba exponerme, en caso de que la gente equivocada fuera tras de mí.

Ella se encogió de hombros; la manta era suficiente. Agradecida por su calor, preguntó:

—¿Qué es lo que imaginaste acerca de Nyle? —Temía cualquier cosa que él pudiera decir sobre su hermano.

Sin cruzar su mirada con la de ella, Geraden se acuclilló junto a sus mochilas y empezó a sacar comida, una jarra, algo de fruta. Su tono era duro cuando respondió:

—Enamorarse de Elega y dejar que ella le convenciera de traicionar Mordant por el Príncipe Kragen..., eso ya fue bastante malo, pero en cierto modo tiene sentido. Quiss, es la esposa de Tholden, ¿sabes?, dice que Nyle lleva años siendo lo *bastante desgraciado como para hacer algo así*. No todo el mundo *está de acuerdo con ella —hizo una mueca—, pero yo sí*. Y el Domne también.

»Pero fingir su propia muerte para arruinarme y ayudar al Maestro Eremis,

inmediatamente después de oírnos demostrar que Eremis era el único hombre en Orison que podía estar trabajando con el Monomach del Gran Rey..., eso no tiene sentido. No suena propio de él. Volvió y salvó mi vida, ¿recuerdas? Inmediatamente después de que se marchara cabalgando para traicionar Mordant. Ayudar a un traidor reconocido no es algo que él haría por su propia voluntad. »Tuvo que ser empujado a ello.

Geraden puso queso, manzana seca y una loncha de carne de cordero sobre una rebanada de pan. Terisa lo aceptó y se sentó sobre la hierba para empezar a comer. Sin embargo, su atención estaba fija en él.

—Empujado, ¿cómo? —siguió Geraden—. ¿Qué tipo de soborno o amenaza podría obligarle a hacer algo así? ¿Qué cosa de valor podía ofrecerle Eremis..., o arrebatarse? —Hizo de nuevo una mueca. Se preparó comida también para él, pero no comió—. Su familia. ¿Qué otra cosa? Eremis tiene que tener un espejo que le da acceso al Care de Domne..., a Houseldon. Puede enviar a esos insectos aquí..., o criaturas de pelo rojo y demasiados brazos..., o incluso a Gart. Debió amenazar a Nyle con hacer algo así.

Una punzada de dolor atravesó el corazón de Terisa, y casi estuvo a punto de dejar caer su comida; le miró a través de la sombra.

—Entonces, aún están en peligro. Tu casa, toda tu familia..., puede atacarla en cualquier momento. Especialmente ahora..., ahora que yo he escapado de él.

»Sabe dónde estás. —Ella misma se lo había dicho a Eremis.

Geraden alzó bruscamente la cabeza.

—Puede sospechar que estás aquí —se apresuró a decir ella—. Vio aquel espejo cambiar..., el día que intentaste hallar una forma de devolverme a casa. El Maestro Gilbur vio lo que yo estaba haciendo. ¿Cómo pueden protegerse? ¿Qué están haciendo para protegerse?

Él se enfrentó directamente a su alarma. El abatimiento veló sus ojos, pero su voz era hierro.

—Todo lo que pueden.

Su tono frenó algo el pánico de ella. Estaba aún asustada, sin embargo, y había tantas cosas que tenía que decir que podían hacerle daño. Intentando tragar su vergüenza, murmuró:

—Sabe realmente dónde estás. Lo siento..., es culpa mía. Nunca te dije... —La mirada de él le hacía difícil hablar, pero se obligó a ello—. Aquel día intentaste devolverme a mi apartamento. Cuando me trasladaste en tu espejo. Nunca me preguntaste dónde fui. No fui al campeón..., pero no fui tampoco a mi apartamento. Vine aquí. —Tuvo la sensación como si estuviera confesando una infidelidad esencial—. Nunca te lo dije, pero sí se lo dije a él.

Manteniéndose firme y neutral, él preguntó:

—¿Por qué?

Pese a su contención, acababa de poner el dedo en la llaga. Ella podía inventar excusas. Me hipnotizó. Fue el primer hombre al que conocí que realmente me deseaba. Pero Geraden se merecía algo mejor que aquello. Y ella era responsable por lo que había ocurrido. Nadie más.

—Me equivoqué —dijo—. Pensé que le deseaba.

Geraden guardó silencio hasta que ella alzó la vista de nuevo hacia él. Aún seguía siendo incapaz de leer su expresión, pero no parecía furioso. Su voz sólo sonó triste cuando murmuró:

—Me hubiera gustado que me dijeras que el espejo no te había llevado al campeón. Lo hubiera pasado mejor de lo que lo he pasado esperándote aquí. Hubiera tenido menos la impresión de que lo estaba estropeando todo.

Ella sintió el dolor de que él no expresara más agudamente lo que había en su interior. En un esfuerzo por justificarse, de algún modo, ofreció:

—Pero Nyle todavía sigue vivo. Estoy segura de ello. Ere-mis lo admitió.

Tan coherentemente como pudo, describió lo que les había ocurrido al médico y a los guardias que habían sido dejados con el supuesto cadáver de Nyle. El pensamiento de sus cuerpos devorados estrujó sus entrañas; se obligó a concentrarse en su razonamiento.

Geraden escuchó sin mostrar ninguna reacción. Estaba demasiado tenso para reaccionar. Cuando ella hubo terminado, dijo con aire ausente:

—Pobre Nyle. En estos momentos probablemente esté deseando hallarse realmente muerto. Ser usado así tiene que ser horrible para él. Mientras Eremis lo tenga en su poder, puede sufrir daño de nuevo. Puede ser usado otra vez contra nosotros.

»Es culpa mía, por supuesto. Si yo no le hubiera impedido ir al Perdon..., si no hubiera intentado tomar decisiones por él, nunca se hubiera visto vulnerable a esto. No hubiera estado en las mazmorras, donde Eremis podía echarle la mano encima. — Geraden suspiró como si culpase a sí mismo fuera uno de los elementos que lo hacían fuerte—. No sé cuánto de todo esto podrá resistir.

Tenía que ser horrible. Eso era cierto. Terisa conocía la sensación. Ella misma había ido tan lejos en ello que no permitiría ser usada de nuevo contra la gente que le importaba.

Suavemente, preguntó:

—¿Qué vas a hacer cuando intentes luchar contra él, y te diga que te rindas o matará a Nyle?

Inesperadamente, Geraden bufó de nuevo. Si no hubiera estado tan furioso, quizá se hubiera echado a reír.

—No voy a luchar contra él.

¿Que no vas a hacer qué? Terisa le miró a través de la sombra como si él la hubiera golpeado. ¿No iba a luchar contra él? El mundo estaba lleno de diferentes tipos de dolor, formas de hacer y recibir daño..., más de las que ella había llegado nunca a imaginar. La desgarradora sensación que sintió ahora era nueva para ella. No voy a luchar contra él. Sólo por un segundo, su propia furia empezó a llamear, y deseó arrojarla sobre él.

Él, sin embargo, no había apartado su vista de ella. La miraba de frente como una dura pared; cualquier cosa que le arrojara simplemente rebotaría en él y caería al suelo. Tan duramente había sido herido; parecía ver las fuentes de su dolor como si la penumbra estuviera llena de ellas. Había sido golpeado por la desesperación que le había obligado a trasladarse fuera de Orison sin claras esperanzas de ser *capaz* de regresar alguna vez..., o de controlar adónde iba. Y por todas las implicaciones de lo que había descubierto acerca del Maestro Eremis. Por el hecho de que nadie en Orison confiaba en él o lo valoraba lo suficiente como para creer en él..., ninguno de los Maestros, ni el Castellano Lebbick, ni siquiera el Rey Joyse.

Por la amenaza a su hogar.

Y todo lo demás que había intentado hacer con su vida había fracasado. Incluso era el responsable del apuro en que se hallaba Nyle. ¿Cómo podía sentirse furiosa contra él ahora? ¿Qué le daba derecho a ello?

Tuvo que tragar la densa sensación de pesar en su garganta antes de ser capaz de hablar.

—¿Qué *vas* a hacer?

La quietud de ella pareció relajarle un poco. Su postura se volvió marginalmente menos rígida; sus rasgos se relajaron un poco. Con un débil eco de su anterior humor, dijo:

—Lo primero escuchar lo que te ha ocurrido a ti. Luego voy a llevarte a Houseldon para que te proporcionen una blusa decente.

Involuntariamente, ella hizo una mueca.

—Ya sabes que no es eso lo que quiero decir.

—De acuerdo. —El hierro volvió a su voz—. Voy a hacer un espejo. Cualquier espejo, no importa, mientras sea lo suficientemente grande..., mientras no sea plano. Ahora soy un Imagero. Sé cómo hacerlo. Siempre lo hice mal antes porque estaba haciendo lo equivocado, intentaba utilizar mal mi talento. Ahora tengo las ideas más claras.

»Voy a hacer un espejo. Y voy a matar a cualquier hijo de puta que aparezca por aquí e intente hacerle daño a mi familia.

Terisa contuvo el aliento para mantenerse completamente inmóvil.

Él se encogió rígidamente de hombros.

—¿Es eso lo que deseabas oír?

Oh, Geraden.

No sabía qué hacer por él..., pero tenía que hacer *algo*. No podía soportar verle así. Necesitaba una forma mejor de enfrentarse a lo que le habían hecho.

Esa realización le dio las fuerzas necesarias para empezar a hablar.

—Me has preguntado qué me ocurrió. Creo que será mejor que te lo cuente.

Fue más fácil de lo que había esperado: fue *capaz* de liberarlo casi todo. A un nivel práctico, ejerció una discreta censura sobre la información de que tanto el Tor como Artagel le habían pedido que lo traicionara. Él no necesitaba más de aquel tipo de dolor. Y, emocionalmente, pudo hablar como si la furia del Castellano y su propio terror no la hubieran alcanzado. En cualquier caso, no tenía un lenguaje para esas cosas..., o para la forma en que esas cosas la habían cambiado. En vez de ello, se concentró en el Maestro Eremis.

—Los tiene a todos engañados, Geraden —dijo, después de describir su permanencia en las mazmorras, las visitas del Castellano y Eremis y el Maestro Quillón, su huida con Quillón..., después de contarle lo de Gilbur y Havelock, y la muerte de Quillón—. Lo que hizo con Nyle es sólo un ejemplo. Ese médico, Underwell, está muerto, y todo el mundo piensa que tú eres un carnicero, y la única persona en Orison que parece inocente es el Maestro Eremis. Se está convirtiendo en un héroe volviendo a llenar el depósito de agua..., pero es sólo una excusa, sólo lo hace para poder ir libremente de un lado para otro mientras todo el mundo piensa que está ocupado allá arriba. Está coaligado con Gart y Cadwal, y sólo espera a que sus planes estén maduros.

Política, mi dama. Si tiene éxito, yo tengo éxito también. Si fracasa, yo sigo para proseguir mis objetivos por otros medios. Pese a su determinación de mostrarse distanciada, el recuerdo la hizo estremecer.

—Va a accionar algún tipo de terrible trampa, y nadie sabe que es él quien está detrás de todo. El Maestro Quillón es mi único testigo, y está muerto. Puesto que el Castellano me vio con el Maestro Gilbur, piensa que yo maté a Quillón.

Su propia furia se acumuló mientras hablaba; estaba llena de ultraje acumulado. No deseaba aplicar ninguna presión sobre Geraden, deseaba persuadirle. Pero, simplemente, no podía pensar en Eremis sin echarse a temblar.

—Geraden, va a destruirlos *a todos*, y ellos ni siquiera saben que es él. Lo que está intentando hacer el Rey Joyse es una locura, pero además es inútil si nadie sabe quién es su enemigo. Todo por lo que ha luchado, todo lo que ha conseguido, Mordant y la Cofradía, todos sus ideales... —todo lo que te hace amarle—, Eremis va a destruirlo todo.

Fuera de la sombra de las montañas, Geraden hizo un gesto cortante, indicando que callara. Su rostro parecía de piedra.

—«Eremis va a destruirlo todo». Por supuesto. Y tú quieres que yo lo detenga.

Crees que puedo hacer algo para detenerlo.

Ella se afirmó en sí misma, se obligó a hablar suavemente.

—Alguien tiene que advertirles —dijo—. De otro modo, no van a tener ninguna oportunidad.

¿Qué había del augurio? ¿Y la necesidad de Mordant?

Bruscamente, él se puso en pie. Por un momento se alejó de ella, como si nunca tuviera intención de volver; luego se giró secamente y regresó a su lado para mirarla fijamente sobre la nueva hierba y la comida olvidada.

—Quieres que les advierta —jadeó—. ¿Crees que no he pensado en ello? Hablar es fácil. ¿Sabes lo *lejos* que está Orison de aquí? ¿Sabes el tiempo que me llevaría llegar hasta allí? El asedio ya ha empezado. Cadwal se halla en camino. Todo lo que él desea destruir estará en ruinas antes de que yo haya recorrido la mitad del camino. Llegaré como un buen chico, jadeante y desesperado, deseando algo que salvar, y él simplemente se me reirá a la cara.

»Él simplemente se me *reirá* a la cara.

»Terisa —se estaba controlando con un visible esfuerzo, refrenando el deseo de gritarle—, estoy muy, muy cansado de que se me rían a la cara.

Todo dentro de ella le dolía mientras le miraba; la hacía sentirse tan triste que su furia se desvaneció, al menos temporalmente. No sabía qué decir. ¿Qué podía haber dicho? Comprendía; por supuesto que comprendía. Había sido derrotado, y estaba intentando aceptarlo. Pero el que ella comprendiera o no comprendiera no cambiaba nada. No le ayudaba en nada..., ni a él ni a Mordant. Sin embargo, tenía que proporcionarle algo. Si no lo hacía, iba a echarse a llorar de nuevo.

Suavemente, reprimiendo su infelicidad, preguntó:

—¿Qué es lo que quieres que haga?

Él había considerado también aquello.

—Eres una archi-Imagera —dijo rápidamente—. Como Vagel. Acabas de demostrarlo. Puedes pasar a través de un espejo sin cambiar de mundos. Y sin perder la razón. Pero eres más que eso también. Puedes cambiar las propias Imágenes. Puedes hacer lo mismo con un espejo plano que lo que yo hago con un espejo normal. Juntos, somos dos de las personas más poderosas de todo Mordant. Todo lo que necesitamos es práctica. Y espejos. Quiero que te quedes aquí y me ayudes a defender la única cosa que me queda por la que vale la pena luchar.

Con el mismo tono, ella preguntó:

—¿Tienes algún espejo?

—No, todavía no. Tenemos algo de equipo y tintes que mi padre confiscó a algún Imagero de poca monta allá en los primeros días de la paz de Mordant, pero nunca lo hemos utilizado.

»Estaba preocupado mientras tú permanecías allá en Orison, donde Eremis podía

atacarte..., o hacer presión sobre ti para atacarme a mí. Pero, después de lo que acabas de decirme, no creo que necesitemos apresurarnos. En estos momentos no somos ninguna amenaza para él. Ha conseguido echarnos de Orison, y sigue pareciendo inocente. No podemos hacerle ningún daño desde aquí donde estamos. Y él tiene un montón de otras cosas en su mente. Tiene que preparar esa trampa suya..., sea la que sea. Creo que nos dejará tranquilos hasta que haya acabado con Orison. No se preocupará en solucionar unos problemas menores como nosotros hasta después.

Terisa suspiró suavemente.

—Somos «dos de las personas más poderosas de todo Mordant», pero únicamente somos un «problema menor».

—Todo lo que necesitamos es práctica —repitió él, como si aquello tuviera que tranquilizarla—. Cuando acuda a nosotros, estaremos preparados para recibirle. Si intenta tocar Domne, le arrancaremos la mano a partir de la muñeca.

Y, tras una pausa, terminó, como un hombre afirmando un artículo de fe:

—No hay ninguna otra cosa que podamos hacer.

Quizá fuera cierto..., ella no lo sabía. Había ido tan lejos como podía hasta el momento. Él suponía que podrían hacer lo que deseaba: eso era suficiente. Le proporcionaría tiempo para pensar. Tiempo para *descansar*. Necesitaba desesperadamente descansar. Con todo aún por resolver, alzó la vista hacia él y dijo:

—Hablando de Domne, creo que deberías llevarme a Houselton. Me gustaría conocer a tu familia.

No pudo estar segura a la suave luz, pero tuvo la impresión de verle casi sonreír.

Por alguna razón, sin embargo, la aquiescencia de ella —y la idea de regresar a casa— no mejoraron su humor. Si sonrió, lo hizo de una forma que negaba la risa. Su amargura podía haberse difuminado un poco, pero el hosco humor que la reemplazó era igualmente duro hierro.

Con una recia precisión completamente contraria a la ansiosa actitud propensa a los accidentes que ella recordaba, empaquetó sus pertrechos, luego hizo beber a los caballos y los ensilló.

—Toma la yegua baya —dijo, señalando una de las monturas—. Quiss la ha entrenado para llevar mujeres embarazadas. La propia Quiss ha estado embarazada un montón de veces. Creo que Tholden quiere que tenga siete hijos también. —Su tono parecía más gentil cuando hablaba de esas cosas, pero esa impresión podía ser creada por lo que decía antes que por la forma en que lo decía—. Pero hasta ahora sólo ha tenido cinco, y dos de ellos son hembras.

El aire era más cálido ahora; sin embargo, Terisa mantuvo la manta por encima de sus hombros mientras subía a la yegua baya. Aquélla era su segunda experiencia con un caballo, y la silla parecía peligrosamente alta. Era difícil mantener la manta cerrada..., pero no tan difícil como mantener cerrada su desgarrada blusa. Lo

último que deseaba en un momento como aquél era entrar cabalgando en Houseldon con el pecho al aire.

Cuando estuvo sentada en la silla, él ajustó sus riendas. Luego subió a su propia montura, un appaloosa con una expresión de inofensiva locura en sus ojos, y abrió camino.

La colina descendía suavemente desde el Puño Cerrado durante un cierto trecho, luego se volvía irregular, como una camisa arrugada. Incluso a la sombra de las montañas, la luz era lo suficientemente intensa ahora como para que pudiera ver las flores silvestres que crecían entre la hierba; pero no se dio cuenta de lo brillantes que eran —mucho más brillantes de como las recordaba— hasta que ella y Geraden penetraron bajo el sol directo. El color parecía estallar de la hierba mirara donde mirara: azul y lavanda; malva; amarillo manchado con naranja; el intenso, intenso rojo de las amapolas. Había árboles en las laderas también, pero la mayoría de ellos crecían en los pliegues del terreno, a lo largo del río. Montañas aún con nieves en ellas se alineaban al norte y al este, así como al sur, de ellos, de modo que ella y Geraden parecían cabalgar por entre sus tendidos brazos. Tan lejos como podía ver hacia el nordeste, sin embargo, hacia el Care de Domne, las colinas estaban principalmente cubiertas por una gran extensión de hierba y flores silvestres.

Geraden tenía razón: la yegua baya era fácil de montar; su paso instilaba confianza. Él y Terisa estuvieron pronto entre las bajas colinas, y ella empezó a sentirse lo bastante segura como para iniciar un trote corto. Todo el conjunto de sensaciones —la yegua, el sol de la mañana, la presencia de Geraden a su lado— era mucho más agradable que la vez en que había cabalgado con él y Argus, y no pudo reprimir una sonrisa.

—Sí —le oyó murmurar a él, como si respondiera a una pregunta—. El Care de Domne es hermoso. Siempre es hermoso, no importa lo que le ocurra..., a él o a Mordant. No importa quién viva o muera, no importa lo que cambie. Algunas cosas... —Miró a su alrededor, en un esfuerzo por abarcarlo todo a la vez—. Algunas cosas permanecen.

Permaneció pensativo unos instantes, luego dijo:

—Quizá sea por eso que el Domne nunca se ha mostrado dispuesto a luchar. Y por lo que el Rey Joyse le sigue queriendo pese a todo.

—No lo entiendo.

Geraden se encogió de hombros.

—En cierto modo, mi padre es el Care de Domne. No necesita luchar por las cosas que más valora, porque no pueden ser dañadas.

Terisa se concentró en su silla mientras los caballos seguían trotando subiendo una ladera algo empinada. Después de aquello, el terreno parecía haber sido alisado por la mano del sol. No era llano, pero las laderas eran largas y cómodas, y la hierba

parecía brotar por todas partes hasta el horizonte.

Ella probablemente debería estar pensando en su extraño talento para la Imagería. Tras todo número de negativas, había descubierto que su talento era real. Seguramente esto cambiaba su situación, sus responsabilidades. Pero no tenía la sensación de que hubiera cambiado nada. Ya había elegido sus lealtades en la lucha por Mordant, se había comprometido. Y, sin espejos, no había nada que ella pudiera hacer para explorar o definir sus habilidades..., fueran las que fuesen realmente.

Por el momento, no estaba interesada en ella misma. Estaba interesada en Geraden.

—Háblame de tu familia —sugirió—. Me has hablado de ella antes, pero parece como si hiciera mucho tiempo. Me gustaría saber a quién voy a conocer.

—Bueno, no vas a conocer a Wester —respondió con aire ausente Geraden, como si su familia no tuviera nada que ver con lo que estaba pensando—. Está fuera, haciendo el circuito de las granjas. Quizá sea mejor así. Es un hombre apuesto. Las mujeres no dejan de enamorarse de él. Pero romperá tu corazón. Lo único que le preocupa es la lana. Si la lana fuera cristal, sería el mejor Imagero del mundo. No estamos seguros de que sepa que existen las mujeres.

»Tholden es el mayor, por supuesto. Es el heredero..., será el Domne cuando nuestro padre muera, y se toma el asunto muy en serio. Desea ser el Care de la misma forma que lo es ahora nuestro padre. Y es bueno en ello. Pero sería mejor si confiara más en sí mismo y se relajara un poco.

»Él y el Domne pueden ser muy divertidos a veces. Es un fertilizador compulsivo..., desea que todo crezca locamente. Así que va arriba y abajo paleando estiércol a cualquier cosa que tenga un sistema de raíces. Y mi padre lo sigue con una sierra de podar, murmurando acerca de desperdicios y cortando todo lo que Tholden acaba de animar a que crezca.

Terisa vio en la distancia un rebaño de ovejas desparramándose suavemente como una mancha de espuma sobre el verde mar de la hierba. Dos perros pequeños y un pastor mantenían unido el rebaño sin demasiada dificultad: el día era tranquilo, y los animales parecían plácidos. Geraden y el pastor se saludaron, pero ninguno de los dos corrió el riesgo de sobresaltar al rebaño con un grito.

—Las ovejas están siempre fuera —comentó Geraden—. Podríamos llevarlas a Houseldon, pero, ¿de qué serviría eso? Probablemente están más seguras cuanto más lejos de allí se hallen.

Cabalgó en silencio durante un rato antes de volver a la pregunta de ella.

—De todos modos, conocerás a la esposa de Tholden, Quiss. Y a sus hijos. Ella intentará que te sientas cómoda en Houseldon, o morirá en el empeño.

»Minick es el segundo hijo. También está casado, pero probablemente no verás a su esposa. Apenas abandona la casa. Es una lástima..., me gusta ella. Pero es tan

tímida que se marcha corriendo apenas le sonrías un poco. Una vez arruinó su mejor vestido haciendo reverencias al Domne en medio de un charco de barro.

»También me gusta Minick, pero es un poco apagado. Es el único hombre que conozco que piensa que esquilar ovejas es divertido. Él y su esposa son perfectos el uno para el otro.

»Eso deja a Stead, el bribón de la familia. En estos momentos está en la cama con una clavícula rota y varias costillas astilladas. No podía quitarle sus manos de encima de la esposa de un hojalatero ambulante, y el hojalatero expresó su desaprobación con el mango de una horca.

»Lo más extraño es que Stead es un buen chico. Trabaja duro. Es generoso. Cada día es un nuevo trabajo. Simplemente adora a las mujeres..., y no puede imaginar por qué todos los hombres no hacen el amor constantemente con todas las mujeres. Las mujeres son demasiado preciosas para pertenecer a nadie en particular. ¿Por qué deberían los hombres estar *celosos* de él?

»Aparte esto, sólo unas trescientas personas viven en Houseldon. Es la sede del Domne. Todo lo que sirve como gobierno en este Care está ahí. En cualquier otro lugar, Houseldon sería simplemente un pueblo más, pero en Domne es el mercado y la contaduría y el tribunal de justicia.

»También es el campamento militar. El Domne mantiene seis arqueros entrenados, principalmente por si algún oso o una manada de lobos baja de las montañas y empieza a atacar a las ovejas. Pero su trabajo es también hacer cosas como rescatar a Stead de ese hojalatero, o calmar a la gente que se muestra beligerante cuando ha bebido demasiada cerveza. En las raras ocasiones en las que el Domne decide que tiene que multar a alguien por algo, ellos se encargan de cobrar la sanción.

»Eso es lo que tenemos para defendernos —concluyó Geraden, como si aquella fuera la pregunta que Terisa le había hecho—. Seis arqueros, más los granjeros con horcas y los pastores con cayados..., tantos como Wester puede reclutar.

»Es por eso que Houseldon nos necesita.

La forma en que derivaba de su tema la inquietó. Siempre le había gustado oírle hablar de su familia. A veces, el contraste con su propia familia la había entristecido; hoy era un placer. Ansiaba ya conocer a su padre y hermanos. No estaba preparada para empezar a pensar de nuevo en los problemas que la habían conducido hasta allí.

Y lo que él sugería no sonaba bien, procedente de él. Renunciar a todo a lo que había aspirado siempre para no hacer más que luchar por su hogar: eso no sonaba propio de él. Como Artagel y Nyle en sus distintos aspectos, él nunca había sido capaz de permanecer en casa. Sentía demasiada inquietud hacia el resto del mundo, demasiada sentido de la posibilidad: no podía contentarse con Domne. Terisa nunca había dudado de su amor hacia Houseldon y el Care, hacia su padre y hermanos. Pero

tenía la intensa sensación de que era el hombre equivocado para el trabajo que había elegido. Lo había elegido tanto por amargura como por amor: no encajaba en él.

Vio otro rebaño de ovejas. Luego el terreno se hizo más nivelado; aparecieron campos, regados por zanjas abiertas desde el río y estriados con los delicados brotes verdes del maíz nuevo; los caballos llegaron a un camino. Ella y Geraden eran las únicas personas en él, pero eso no representó ninguna sorpresa para Terisa. Todo el mundo excepto los pastores estaba probablemente atareado preparando la defensa de Houseldon.

Entonces vio el propio Houseldon allá delante.

Había olvidado que Geraden lo había llamado una empalizada.

El pueblo en sí estaba rodeado por una valla de madera más alta que ella; desde el lomo de su caballo, apenas conseguía ver las techumbres de paja de las casas por encima de la empalizada. Los maderos habían sido clavados al suelo y luego unidos entre sí con lianas de algún tipo. Para ella, la idea de una empalizada no sonaba como algo especialmente impresionante; había crecido en medio del cemento y el acero. Pero cuando vio realmente aquel muro de madera, pensó que parecía notablemente recio. Unos simples hombres a caballo no conseguirían franquearlo. Las criaturas de pelaje rojo armadas con cimitarras y odio no conseguirían franquearlo. Necesitaría una catapulta o un ariete.

O fuego.

Pensando en el fuego, apretó la manta en torno a sus hombros y se estremeció.

La puerta, una enorme plancha de maderos reforzada con tiras de hierro, estaba abierta. Los hombres que la custodiaba] saludaron a Geraden de una forma que sugería que sabían dónde había ido, y por qué. Houseldon no era un lugar para l gente amante de los secretos.

Mientras él y Terisa cruzaban la puerta, Geraden preguntó, a los guardias:

—¿Dónde está el Domne?

Uno de ellos se encogió de hombros.

—En casa, supongo. Con esa pierna, no va por ahí tan fácilmente como acostumbraba a hacerlo.

Terisa sintió deseos de preguntar qué le ocurría al Domne en la pierna, pero estaba demasiado ocupada mirando a su alrededor. La calle de tierra batida era poco más que un sendero; sin embargo, servía como vía pública tanto para los carros y el ganado como para las personas. Si la calle hubiera estado llena de gente, ella y Geraden hubieran tenido problemas en transitar por ella. Esta mañana, sin embargo, ellos eran los causantes de la mayor parte del tráfico existente: gente que había salido a ver a Geraden... y a ella.

En contraste con el sendero, las cuadradas fachadas de los edificios a ambos lados eran sustanciales: sólidamente erigidas, y amplias. Tenían cimientos de piedra,

profundos porches, ventanas cubiertas con aceitadas pieles de oveja. A partir de las bastas maderas y el barro, los habitantes de Houseldon habían construido hogares diseñados para durar; y la paja característica de los techos había sido utilizada al parecer porque era práctica: fresca en verano, cálida en invierno, fácil de reemplazar, antes que porque fuera barata. En ese sentido, las casas eran como la gente, que iba vestida en general con telas resistentes de corte sencillo, pensadas para durar.

Los espectadores miraron a Geraden y estudiaron a Terisa con franca curiosidad. Un espíritu atrevido —no pudo ver quién era— exclamó inesperadamente:

—Parece que has hecho una buena elección, Geraden. —Pero Geraden no reaccionó.

Realmente, no necesitaba defenderse. Varias voces murmuraron imprecaciones dirigidas al espíritu atrevido, y un viejo dijo claramente:

—Contén tu lengua, cachorro. Si tú tuvieras sus problemas, ya te habrías ahogado en el Broadwine.

Sólo por un segundo, la melancolía en el fondo de la expresión de Geraden pareció despejarse y sus ojos brillaron un poco.

Terisa se sintió abrumada al darse cuenta de que sus propias mejillas enrojecían.

Durante varios minutos, condujo su caballo más allá de un cierto número de calles y callejuelas transversales..., más allá de lavaderos públicos, uno o dos graneros, una tienda que vendía comida y utensilios, al menos seis comercios que trataban con lanas y pieles de oveja, y una taberna, indiscutible por el enorme cartelón encima de la puerta que anunciaba sucintamente: TABERNA. Luego, sin advertencia previa, Geraden se detuvo delante de una casa y bajó de su montura.

Aquel edificio era algo más grande que sus vecinos. Aparte su tamaño, sin embargo, el único rasgo que lo distinguía era la lisa bandera marrón y bermeja que se agitaba al extremo de un palo que brotaba de su techo de paja. Geraden ató las riendas de su caballo en la barandilla del porche, luego se volvió hacia Terisa para ayudarla a bajar, murmurando:

—Es aquí.

Había una mujer en el porche. Una cuerda iba de un extremo del porche al otro, y de ella colgaba una gran alfombra, tejida de una forma sencilla con largos mechones de lana. La mujer sujetaba un corto mayal en una mano, y el aire a su alrededor estaba lleno de flotante polvo: al parecer había estado sacudiendo la alfombra. Terisa se sintió inmediatamente impresionada por su sedoso pelo color maíz y sus ojos azul cielo, por el enrojecimiento del ejercicio en sus mejillas y la fuerza de sus manos. Tenía el pecho de una Madre Tierra y los hombros de un picapedrero, y se llevó las manos a las caderas para saludar a Geraden como si aún no estuviera completamente preparada para dejarle entrar en la casa.

Una niña apenas un poco mayor que un bebé gateante miró desde detrás de sus

faldas, luego se ocultó de nuevo.

—Has tardado mucho —dijo la mujer, con una voz que contradecía directamente la severidad de sus modales—. Papá estaba preocupado.

—Quiss —respondió él, como un hombre que ha olvidado como reír y no desea ponerse furioso—, ésta es Terisa. Dama Terisa de Morgan. Es una archi-Imagera. — Parecía temer que Quiss no se tomara a su compañera lo suficientemente en serio—. Después de Vagel, es la más poderosa Imagera de todo el país.

Quiss alzó sus azules ojos al rostro de Terisa. No sonrió, pero su mirada era tan amistosa como la luz del sol. Inmediatamente, Terisa dejó de sentirse tímida.

—También tiene frío y está cansada, y probablemente hambrienta —pronunció Quiss—. Y no está acostumbrada a los caballos. ¿A qué estás esperando? Llévala dentro.

Terisa no pudo evitar sonreír.

Geraden tendió su mano hacia ella. Sus ojos no dejaban traslucir nada: eran demasiado hierro para verse mellados por la actitud de Quiss. Terisa lo incluyó a él en su sonrisa, luego la perdió porque repentinamente empezó a añorar el Geraden que hubiera reído feliz ante la esposa de Tholden. Cuando él no respondió, ni a su sonrisa ni a su tristeza, inspiró profundamente para reunir valor y dejó que le ayudara a bajar de la yegua baya.

Sus piernas empezaron a temblar tan pronto como sus pies se apoyaron en el suelo —una consecuencia de su poca familiaridad a cabalgar—, pero después de dar uno o dos pasos el temblor disminuyó. Geraden tal vez deseara retirar su mano, pero ella no le dio la oportunidad; se aferró a él mientras subía las escaleras al porche.

Aún sin sonreír, Quiss sujetó inesperadamente a Terisa por los hombros y le dio un rápido abrazo y un beso en la mejilla.

—Bienvenida, Terisa de Morgan —dijo—. No sé nada respecto a la Imagería..., pero conozco a Geraden. Eres bienvenida aquí.

Terisa no supo qué responder. Transcurrió un incómodo instante mientras buscaba una forma de explicar lo alegre que se sentía de estar allí. Entonces la niña que se escondía detrás de las faldas de Quiss rompió el silencio.

—Mamá, la señora no huele bien.

Quiss empezó a darse la vuelta.

—No es «la señora», Ruesha. Es «la dama». Y ésa no es forma de hablarle a una dama.

Geraden, sin embargo, fue más rápido.

—¡Maldita mocosa! —ladró—. Ven aquí. Voy a ponerte el trasero tan rojo que no vas a poder sentarte en una semana.

Chillando con una evidente falta de miedo, la niña echó a correr al interior de la casa. Geraden la siguió, haciendo resonar fuertemente sus botas en las tablas del

suelo mientras fingía correr.

Esta vez Quiss sí sonrió, medio disculpándose, medio complacida.

—Ruesha dice lo que piensa, como demasiadas de sus tías —murmuró. Luego frunció humorísticamente la nariz—. Pero tiene razón, ¿sabes? No hueles bien. Deben haberte tratado más bien mal después de que Geraden se fuera.

Terisa estaba sonriendo también; un pequeño cascabeleo recorrió su corazón. Todavía había esperanza para Geraden. Quizá sólo por un segundo, se había visto sorprendido fuera de su derrota. Sonó incongruentemente feliz cuando respondió:

—Me metieron en una mazmorra.

Los ojos de Quiss adquirieron de nuevo su sobriedad azul cielo.

—Una mazmorra que no habían limpiado desde hacía décadas, al parecer. —La misma idea pareció disgustarla—. Ven. Te presentaré al Domne. Luego te acompañaré a que te bañes. Y te proporcionaré algo de ropa limpia. Esto le dará a su padre la oportunidad de intentar hacer entrar un poco en razón a Geraden.

Con un fuerte brazo rodeando amistosamente los hombros de Terisa, Quiss la empujó al interior de la casa.

La habitación en la que entraron era tan oscura que apenas pudo ver. La única luz procedía de las brasas de la chimenea, las apenas translúcidas cortinas de la ventana, y el reflejo de la luz del día a través de la puerta. Mientras sus ojos se adaptaban, sin embargo, empezaron a emerger formas de la penumbra: un ventrudo hornillo de hierro al lado de la chimenea, varias puertas a otras habitaciones, una mesa rectangular de madera lo suficientemente larga como para acomodar a diez o doce personas.

En la cabecera de la mesa estaba sentado un hombre con una pierna apoyada sobre un escabel.

—¿Has visto ya a Geraden, papá? —preguntó Quiss.

—Pasó por aquí —retumbó una cálida voz—. Estaba demasiado atareado intentando atrapar a tu chica pequeña para hablarle a su simple padre. Pero ha vuelto de una sola pieza..., y ha traído con él a una mujer. Supongo que algo bueno ha ocurrido.

—Creo que sí —dijo vivamente Quiss—. Papá, ésta es Terisa..., dama Terisa de Morgan. Tan pronto como le digas lo bienvenida que es aquí, voy a llevarla a que se dé un baño y a proporcionarle algunas ropas y comida. Mientras tanto... —Hizo una pausa significativa antes de añadir—: Ahora que ella está aquí, quizás él se tranquilice lo suficiente como para decirnos lo que está pasando.

»Mi dama Terisa de Morgan, éste es el Domne.

A través de la penumbra, Terisa vio que el Domne era un hombre alto, tan delgado y encorvado como el mango de un hacha. Tenía el rostro de Geraden, y el de Artagel, y el de Nyle, pero más reposado en algunos aspectos, como si todos ellos no

fueran más que copias atractivas pero inexactas de él. El pelo que poblaba su cabeza era denso, pero no llevaba barba. Las franjas plateadas en sus sienes eran el único signo evidente de su edad. Quizá debido a que la luz era débil, no parecía ser ni la mitad de viejo que el Rey Joyse.

La pierna apoyada sobre el escabel estaba envuelta en vendajes. Tenía un par de muletas cerca, pero no hizo ningún intento de levantarse cuando Quiss lo presentó. En vez de ello, dijo:

—Mi dama —con una voz tan cálida como un abrazo—, eres bienvenida a Houseldon... y a mi casa. Si pudiéramos, organizaríamos una fiesta en tu honor, una celebración. Pero me temo que estamos un poco atareados. Geraden parece creer que podemos ser atacados. Eso no ocurre cada día, y tenemos que prepararnos.

»Pero no te preocupes ahora por ello. Llevo deseando que traiga a casa con él a una mujer desde hace mucho tiempo. Ese es el beneficio de los hijos. Cuando se casan, o sólo se enamoran, o simplemente flirtean un poco..., traen a casa con ellos a sus mujeres. Quiss es un buen ejemplo. Si ella fuera mi hija, y Tholden fuera el hijo de algún otro, ella hubiera abandonado esta casa para ir con él, y nosotros nos hubiéramos visto perdidos sin ella.

Ante aquello, Quiss bufó afectuosamente.

—Hijos, ¿eh? ¿Es por eso por lo que tratas a Ruesha como si valiera el peso de sus tres hermanos en fino coñac?

El Domne no se dignó reconocer la ironía. Observando la dirección de la mirada de Terisa, explicó:

—Un accidente de caza. Me temo que finalmente voy a tener que admitir que ya no soy joven. Ocasionalmente, algunos cerdos salvajes penetran en el Domne desde el Care de Termigan. No me importaría dejarlos vagar un poco por aquí, pero desgraciadamente pueden pisotear todo un campo de maíz de la noche a la mañana, así que nos vemos obligados a cazarlos. Esta vez, uno de mis hijos tuvo el mal sentido de sugerir que yo me estaba haciendo ya demasiado viejo para salir a cazar cerdos salvajes. A decir verdad, Quiss, fue Tholden. Naturalmente, insistí en dirigir personalmente la cacería.

»Cuando el cerdo cargó, mi tres veces maldito caballo se asustó y me tiró al suelo. Entonces, finalmente, tuve que admitir que realmente se han acumulado unos cuantos años sobre mis hombros desde mi juventud. Simplemente no fui lo bastante rápido como para impedir que el cerdo clavara sus colmillos en mi pierna.

»Y, por desgracia, tarda en curar —suspiró—. Otro signo de la edad.

Casi de inmediato, Terisa descubrió que le gustaba el Domne. La forma relajada en que hablaba la tranquilizaba, la hacía sentir más bienvenida que cualquier elaborado discurso o festín; la hacía sentir en casa.

—Mi señor —dijo impulsivamente, porque no tenía otras palabras para expresar

su gratitud—, me alegro de estar aquí.

—¿Mi señor? —murmuró el Domne humorísticamente—. Espero que no. La última vez que una mujer insistió en llamarme «mi señor», tuve que casarme con ella para conseguir que dejara de llamarme así.

Sonriendo, Terisa preguntó:

—¿Cómo debo de llamarte entonces?

—Papá —respondió él sin vacilación—. Probablemente sea presuntuoso por mi parte, pero me gusta. Mis hijos se niegan a hacerlo, por supuesto. Otro beneficio de los hijos..., me mantienen humilde. En nombre de mi dignidad. Si es que tengo alguna..., lo cual dudo, sentado aquí medio tullido porque no fui capaz de apartarme del camino de un cerdo. Pero el resto de mi familia no me llama de ningún otro modo.

—Papá —murmuró ella experimentalmente. Sonaba agradable. Nunca había llamado a su propio padre de ninguna otra forma excepto *padre*.

—Gracias —dijo el Domne, como si ella le hubiera hecho un favor.

—Vamos, Terisa. —Quiss apoyó de nuevo un brazo sobre sus hombros—. Si te dejas seguir aquí, te tendrá hablando hasta la hora de comer. Es un «beneficio de los hijos» que no menciona nunca. Cuando eran pequeños, siempre tenía a alguno para escucharle. Le enseñaron malas costumbres. Cualquier hija con un poco de sentido común en su cabeza hubiera actuado de otra forma.

El Domne asintió gravemente.

—Hablares más tarde, Terisa, cuando hayas tenido oportunidad de descansar un poco.

»Si encuentras a Geraden —añadió a Quiss—, dile que quiero verle. Me niego a ser ignorado toda la mañana simplemente porque Ruesha quiere jugar.

—Sí, papá —respondió Quiss, en tono de suave y burlona aquiescencia. Empujó a Terisa fuera de la habitación.

Casi inmediatamente encontraron a una sirvienta en el pasillo. Quiss le dio instrucciones de que trajera agua caliente para un baño, luego fuera a buscar a Geraden para el Domne. La muchacha asintió, y Quiss y Terisa siguieron su camino.

La casa era grande..., más grande de lo que Terisa había imaginado. Tras su amplia fachada delantera parecía extenderse hacia atrás por una distancia considerable. Más allá de la habitación donde se sentaba el Domne, las ventanas estaban abiertas, dejando entrar la luz y el aire primaveral al pasillo, y descubrió que podía ver las vetas de la pulida madera del suelo, las planchas bien encajadas de las paredes. Allí se dio cuenta por sí misma de lo fuerte que era el olor de la mazmorra en ella..., se dio cuenta de ello porque todo a su alrededor olía a jabón, cera y resina. Años de lavar y pulir habían hecho brillar las planchas del suelo a ambos lados del suelo del pasillo, y ese cálido reflejo parecía marcar el camino hacia delante como un

sendero, una forma de asegurar que una no iba a perderse.

Quiss la llevó más allá de una puerta que permanecía ligeramente entornada. Cuando pasaban por delante de ella, una voz quejumbrosa llamó:

—¡Quiss! ¡En nombre de la decencia! —El tono de la súplica era a la vez lúgubre y regocijado—. Me estoy muriendo.

—Y a tiempo, además —murmuró Quiss sin detenerse..., ni dejar que lo hiciera Terisa.

—¿Quién era? —preguntó Terisa, sorprendida.

Luego se sorprendió aún más cuando vio que todo el rostro de Quiss enrojecía.

—Stead. Uno de los hijos que papá parece valorar tanto. No ha tenido a ninguna mujer desde que un hojalatero le partió la clavícula, y desea que me meta en la cama con él. Tan pronto como sepa que estás aquí, tendrá la misma idea contigo.

»Acepta mi consejo —siguió Quiss decorosamente—. No tengas nada que ver con él. Es el único de los hijos del Domne que no tiene ningún sentido. Personalmente, ni siquiera dejo que las sirvientas entren en su habitación. Un mozo y un esquilador se ocupan de él.

Terisa hizo un esfuerzo por no reír.

—¿Qué piensa que puede hacer... con una clavícula rota?

Quiss se detuvo en el pasillo y clavó en Terisa toda la fuerza de sus brillantes ojos azules. Suavemente, dijo:

—No debes de tener mucha experiencia con los hombres. No es lo que piensa que puede hacer. Es lo que piensa que puedes hacer tú.

Su expresión, sin embargo, sugería que no se estaba escuchando a sí misma..., que sus pensamientos habían ido en una dirección distinta. Su actitud se había vuelto grave, casi sombría; la perplejidad anudó sus cejas.

—Anteayer —murmuró—, ninguno de nosotros sabíamos que tú existieras. Entonces llegó Geraden surgido de la nada, jadeando fuego acerca de un posible ataque y al mismo tiempo actuando como si todo valor y esperanza hubieran sido extraídos de su cuerpo. Dijo que había dejado atrás a una mujer que probablemente estuviera siendo torturada porque era amiga suya. Ahora que te veo, parece sorprendente lo poco que nos dijo realmente de ti.

»Nunca mencionó que podías tener a cualquier hombre que desearas.

Terisa mordió en sus labios el impulso de preguntar: ¿Es eso realmente lo que crees? Deseaba creer que era hermosa; y la opinión de Quiss parecía tener un tremendo valor. Pero la esposa de Tholden deseaba evidentemente obtener confirmación, no darla. Deseaba creer que Geraden no sufriría más daño. Deliberadamente, Terisa puso sus preguntas a un lado.

—Me metieron en las mazmorras —dijo— porque no quise decirles dónde estaba él. Él me rescató cuando mi vieja vida no iba a ninguna parte. Se arriesgó por mí un

buen número de veces. Incluso intentó luchar por mí en una ocasión contra el Monomach del Gran Rey. —Quiss se mostró impresionada; pero Terisa no se detuvo—. Él es la única razón de que siga con vida..., la única razón de que esté aquí. Aunque no me gustara tanto como me gusta, no podría sentirme interesada por nadie más.

Ciertamente no Stead, que sonaba sospechosamente como el Maestro Eremis.

Eso era lo que Quiss deseaba oír. No sonrió —al parecer, raras veces sonreía cuando se sentía feliz—, pero la calidez se reflejó en toda ella.

—Entonces dejaré de preocuparme por él y te lo dejaré a ti. Si alguien puede sacarlo del lodazal en el que está metido, eres tú.

Bruscamente, empujó de nuevo a Terisa en dirección al baño.

Tres vueltas, dos puertas y otro largo pasillo las condujeron a un dormitorio con un camastro bajo y plano que contrastaba extrañamente con el resto del mobiliario: los pesados sillones y el recio lavamanos.

—Ésta es la habitación de Artagel —explicó Quiss—. Es relativamente privada, pero puedo proporcionarte una cama más blanda si este camastro te resulta demasiado duro. No sé cómo él puede dormir ahí. A veces pienso que es realmente tan duro como cree que es.

—Lo probaré y ya te diré algo —indicó Terisa. La cama en su antiguo apartamento tenía el colchón más duro que había podido encontrar.

—La ventaja —siguió Quiss— es que dispones de tu propio baño —señaló hacia la otra puerta en la habitación—. ¿Por qué no empiezas? Hay agua..., y el agua caliente tendría que llegar en cualquier momento. Iré a buscarte alguna ropa.

Terisa asintió agradecida. Tan pronto como la esposa de Tholden se hubo marchado, cerró la puerta del dormitorio, se quitó las botas y se dirigió al baño.

No había agua corriente —al parecer el Care de Domne no sabía tanto de cañerías como Orison—, pero había canalizaciones de arcilla en el suelo para llevarse el agua del baño y los residuos. Lo cual explicaba, ahora que pensaba en ello, por qué no había visto agua, sin mencionar aguas fecales, en las cunetas de las calles de Houseldon: cloacas subterráneas. Pensar en aquello le hizo reírse suavemente de sí misma. El tiempo que llevaba en Orison, y el intento de Elegia en el depósito, le habían enseñado algunas extrañas lecciones. La mujer que era antes jamás se hubiera fijado en tuberías o desagües o canalizaciones a menos que no funcionaran.

Como Quiss había dicho, sin embargo, había agua, cantidad de ella, en una gran cuba al lado de la bañera de madera.

En vez de llenar inmediatamente la bañera, sin embargo, Terisa volvió al dormitorio, se sentó en el duro camastro de Artagel, cerró los ojos, e intentó absorber el hecho de que estaba allí y a salvo; que finalmente había conseguido llegar a un lugar donde podía sentir el calor del sol en la madera de la pared al lado de la cama, y

donde la gente a su alrededor era impulsada por cosas sencillas como la familia y la amistad y la lana, en vez de por la traición, la ambición y la venganza.

Permaneció sentada allí, empapándose de la paz de la casa hasta que llegaron dos sirvientas con cuatro cubos de agua caliente entre las dos. Luego se concedió lo que le pareció e baño más lujoso que había tomado en toda su vida.

Algún tiempo más tarde, secó su enérgicamente frotado cuerpo y su ahora lustroso pelo, vació la bañera, y se probó las ropas que Quiss había dejado para ella.

La ropa interior era de lino fino; la blusa y la falda, de piel de oveja no tejida, suave y delicada contra su piel, y sin embargo notablemente resistente. La larga falda era amplia en su dobladillo, y tenía dos aberturas hasta la rodilla delante atrás, de modo que podía ser utilizada para montar; la blusa estaba decorada solamente con sus botones, que parecían pulidas piezas de obsidiana. Tanto la falda como la blusa encajaban perfectamente con sus botas de invierno.

Ahora todo lo que necesitaba eran unos pendientes que hicieran juego con los botones. Y un espejo, para poder hacer algo con su pelo.

Por supuesto, no deseaba en realidad un espejo..., no para algo tan simple como la vanidad. Lo que realmente deseaba era una posibilidad de ver cuál era su aspecto, a fin de poder empezar a creer en sí misma..., a creer que Geraden se daría cuenta suficiente de su existencia, y se preocuparía lo bastante por lo que veía como para permitirle llegar hasta él.

Sacarlo del lodazal.

No confiaba en ninguna de las conclusiones a las que él había llegado. Y no podía soportar el verlo así.

Cuando vino Quiss para llevarla de vuelta con el Domne, la siguió, a la vez vacilante y ansiosa, insegura de sí misma, y sin embargo segura de que valía la pena intentar hacer lo que deseaba hacer.

—A papá le gusta comer temprano —explicó Quiss—, y no quiere admitir que está demasiado impaciente para aguardar mientras comes, así que pide que comas con él. También está allí Tholden, y estoy segura de que desea hacerte algunas preguntas. Si no te importa.

Terisa no pudo pensar en una forma rápida de describir lo importante que el Domne y sus preocupaciones eran para ella, así que respondió simplemente:

—No me importa.

En la habitación delantera, la luz había sido mejorada alzando las cortinas de la ventana y por el alterado ángulo del sol. Dos hombres estaban sentados a la mesa, y mientras Terisa entraba en la habitación no tuvo ninguna dificultad en ver que uno de ellos era el Domne... y que su compañero era tremendamente robusto.

—Ah, Terisa —dijo el Domne con su cálida y confortable voz—, me alegro que te unas a nosotros. Quiero a alguien que comparta mi comida. Y Tholden se siente

impaciente por hablar contigo. —Hizo un gesto hacia el hombre robusto y añadió—: Terisa, éste es Tholden, mi hijo mayor. Otro de los beneficios de los hijos es que uno de ellos está destinado a ser el hombre adecuado para heredar el lugar de su padre. Tholden es el hombre adecuado para eso.

»Lo cual es una suerte, porque —el Domne rió suavemente— él es el único de mis hijos que desea la responsabilidad.

Tholden permanecía de pie junto a su padre como un oso; su hirsuto pelo casi rozaba las vigas del techo; su barba era tan larga y enmarañada que hacía que su pecho pareciera más recio aún..., y su pecho ya era lo suficientemente recio como para crear la ilusión de que sus hombros eran redondos e inclinados. Cuando hizo una leve inclinación de cabeza hacia ella, Terisa vio que sus manos estaban llenas de callos: parecían más herramientas de jardinero que manos normales.

También observó que tenía paja y algunas ramillas enredadas en su barba. Involuntariamente, sonrió. Luego, intentando recuperar sus modales, dijo:

—Me alegro de conocerte. Geraden habla mucho de ti.

Tholden sonrió..., una sonrisa que hizo alzarse su barba pero no suavizó su expresión.

—Estoy seguro de que lo hace. —Su voz era inesperadamente aguda y gentil; sonaba como la de un hombre que es incapaz de gritar—. Quiss y yo tuvimos el dudoso placer de criarle tras la muerte de nuestra madre. Probablemente recuerde con agónicos detalles todas las palizas que se mereció.

Quiss fue al hornillo y empezó a servir la comida. Educadamente, Terisa respondió:

—No, nada de eso, en absoluto. Tiene de ti una opinión más alta de la que crees. —Luego preguntó—: Por cierto, ¿dónde está?

—Estaba por aquí —dijo el Domne—. Estuvimos un rato hablando...

—Luego lo envié a ayudar a Minick. —Tholden dejó caer su sonrisa—. Minick está intentando explicarles a un montón de granjeros, pastores, comerciantes y sirvientes cómo deseamos que defiendan la empalizada. Es el hombre más meticulado de todo Houseldon, y ciertamente concienzudo, pero puede ser un poco lento, y sus explicaciones tienen tendencia a confundir a la gente. Geraden conseguirá más en menos tiempo, aunque haya perdido su sentido del humor.

Terisa miró al Domne, luego alzó la vista de nuevo a Tholden.

—En otras palabras, deseáis hablar conmigo a solas.

El Domne empezó a reír para sí mismo.

Desde el hornillo, Quiss dijo:

—Os advertí que las sutilezas eran tiempo perdido con ella. —Su tono dejó completamente claro que no se estaba riendo de Terisa.

—Cállate, mujer. —Sin siquiera dirigir una mirada a su esposa, Tholden hizo

girar el brazo y consiguió darle una palmada en las posaderas—. No seas impertinente. Las mujeres tienen que verse pero no oírse. Tanto como sea posible.

En vez de responder, Quiss miró a Terisa e hizo girar los ojos en burlona desesperación.

Terisa, sin embargo, no se sentía divertida. Manteniéndose inmóvil, preguntó con voz neutra:

—¿Qué ocurre? ¿No confiáis en mí?

Tholden abrió la boca como si acabara de recibir un golpe; el Domne le hizo gesto de que callara.

—Terisa —dijo el viejo suavemente, y esta vez ella pudo oír los años en su voz—, vendería mi alma a una palabra de cualquiera de mis hijos. Incluso Nyle, que parece haber olvidado quién es. Pero este Geraden que llegó en tromba a Houseldon ayer, advirtiéndonos de una inminente destrucción..., ¿quién es? No es el Geraden que nos abandonó por Orison con más esperanza en su corazón que la que puede contener un cuerpo de carne y hueso. No es sólo que se haya vuelto duro. Le conozco mejor que eso, Terisa. Se ha vuelto cerrado. Habla de defender este lugar como si esa simple idea fuera algo terrible.

»Un cambio así —el Domne abrió las manos— puede significar cualquier cosa.

—Y tú deseas que yo lo explique —dijo rígidamente Terisa.

El señor y Tholden asintieron al unísono. Quiss observó en silencio desde el hornillo.

—Vendería mi alma por él ahora, si fuera necesario —murmuró el Domne—, sin más que palabra de ti..., o de él. Pero preferiría comprender en qué estoy confiando.

Sin ninguna advertencia previa, Terisa halló lo que deseaba decir: No es culpa tuya. No es nada que tú hayas hecho. Simplemente es que ha sido golpeado tan duramente... Te falló, les falló a Artagel y a Nyle, les falló a Orison y al Rey Joyse..., y ahora, cuando ya es demasiado tarde para que sirva de algo, descubre que es realmente un Imagero. Eso hubiera podido significar una diferencia. Pasó a través de todos esos años de humillación, y ahora es demasiado tarde.

Pero las palabras se negaron a ser pronunciadas. No era ella quien tenía que decirlas; era él. Podía notar en la habitación que ella era incapaz de explicarlo sin erigir un muro entre él y su familia..., un muro con la piedad a un lado y la soledad al otro. Cuanto más supieran acerca de este dolor, más difícil sería para ellos enfrentarse a él, desafiarlo. Ella misma estaba casi paralizada por el hecho de saber demasiado. Si él no hablaba por sí mismo, nunca volvería a ser completo de nuevo.

Así que dijo:

—Lo siento. Eso es algo entre tú y él. Tendrá que ser él mismo quien te lo diga.

Luego añadió:

—Pero yo confío en él.

Tholden tenía el ceño fruncido. Quiss se concentraba en sus potes y bandejas, como si temiera lo que podía decir si hablaba. Pero el Domne sonrió a Terisa con sol en sus ojos.

Claramente, Tholden preguntó:

—¿Te consideras amiga suya?

Casi sin interrumpir sus preparativos, Quiss clavó un codo en las costillas de su esposo. Luego, ignorando su ahogado gruñido y su aguda mirada, alzó dos bandejas llenas de comida y las llevó a la mesa.

—Siéntate, Terisa —dijo—. Come. —Colocó una bandeja frente al Domne, la otra delante de la silla junto a Terisa—. Si te he puesto demasiado, no te preocupes por ello. Estoy acostumbrada a cocinar para este gran buey y los granjeros con los que tiene tratos.

Con una expresión blanda en su rostro, Quiss apartó la silla y la sostuvo para Terisa.

En la bandeja, Terisa vio ñames fritos, pan de molde, verduras, algún tipo de carne cubierta con salsa, y lo que parecían manzanas fritas. Si comía toda aquello, sería incapaz de moverse en dos días.

—Lo siento —dijo Tholden. Con una mano como una pala hizo un gesto hacia la silla—. Por favor, siéntate. Come.

Cuando Terisa siguió sin moverse, añadió:

—No pretendo poner en duda tu integridad. Simplemente, estoy asustado. No me gusta la forma en que ha cambiado Geraden. No me gustan las noticias de Orison. No me gusta lo que él dice que significan. Houseldon nunca ha sido muy bueno en defenderse.

—Bastante bueno —contradijo suavemente el Domne.

—Hasta ahora —contraatacó Tholden—. Pero no quiero ver a la gente que he conocido y con la que he trabajado toda mi vida muerta porque algo horrendo le ha ocurrido a Geraden.

El Domne señaló la silla que Quiss seguía sosteniendo.

—Terisa, *siéntate*. No le he oído disculparse así desde hace veinte años. Si pasa otro minuto más, vas a herir sus sentimientos.

Terisa se sentó y dejó que Quiss ajustara la silla.

Ahora era su turno.

—Lo siento —dijo de nuevo—. Yo también estoy asustada. Y voy a tuestas. Quiss dice que Geraden no os ha dicho mucho acerca de mí. No os ha dicho que soy nueva en todo esto. Nunca había estado en un lugar como éste. Nunca he conocido a gente como vosotros. —Nunca he sido *importante* antes—. Y no estoy acostumbrada a tener enemigos.

»Quiero ayudar. Haré todo lo que pueda. Simplemente, no deseo hablar de cosas

que os tendría que decir el propio Geraden.

Tholden la estudió atentamente por un momento. Luego sonrió..., una nueva sonrisa que iluminó todo su rostro. Bruscamente, apartó una silla fuera de su camino y se sentó delante de ella.

—Cuando hayas terminado de comer, pásame la bandeja. Creo que me irá bien picar algo.

Desde el hornillo, Quiss lanzó a Terisa una mirada de grave regocijo azul cielo. Luego, secándose las manos en el delantal, se volvió al Domne.

—Papá, he oído el rumor de que algunas de las mujeres se están dejando llevar por el pánico. No saben dónde ocultar a sus hijas..., u ocultarse ellas mismas. Con tu permiso, iré a intentar meter algo de sentido en sus cabezas.

El Domne asintió.

—Por supuesto.

—Diles que vengan aquí si somos atacados —indicó Tholden—. Esta casa será nuestro último bastión, si todo lo demás va mal. Pondremos a las mujeres y a los niños en el sótano de la cerveza, y el resto de nosotros los protegeremos tanto como podamos.

Con una mano, Quiss situó un breve toque de afecto en el hombro de su esposo. Hizo una inclinación de cabeza hacia Terisa y abandonó la habitación y la casa.

Tranquilamente, como si todo fuera normal, el Domne tomó su cuchillo y su tenedor y empezó a comer.

Terisa estaba moderadamente hambrienta, pero no podía obligarse a comer todo lo que tenía delante. Aquella gente estaba considerando seriamente la necesidad de ocultar a sus mujeres y niños en el sótano de la cerveza mientras Houseldon era destruido. Mirando fijamente a Tholden, dijo:

—Pregúntame algo. Déjame ayudar.

Tholden la miró directamente a los ojos.

—Cuando Geraden vino aquí ayer, creía que íbamos a ser atacados casi inmediatamente. Ahora dice que tenemos tiempo para planear nuestra defensa. Desde que estás aquí, cree que el Maestro Eremis no tiene ninguna *razón para* atacarnos de inmediato. ¿Qué piensas de ello?

Sin vacilar, Terisa dijo:

—Creo que está equivocado.

El Domne enarcó una ceja. Preguntó, con la boca llena de ñames:

—¿Por qué?

—No creo que se dé cuenta de lo peligroso que él es. De lo peligroso que Eremis piensa que él es. Eremis lleva trabajando intensamente desde hace mucho tiempo para impedirle que comprenda su propio talento. Y ha intentado matarle. No creo que Eremis crea que está seguro hasta que Geraden esté muerto.

—Eso es especulación —murmuró Tholden.

—No lo es. —Terisa habló con la confianza de una mujer que ha sido *capaz* de pensar mejor que el Castellano Lebbick—. Eremis no puede saber qué es lo que siente Geraden. No puede saber que no hay espejos aquí. Ahora que Geraden sabe cuál es su talento, Eremis ha de temer ser atacado.

»Y eso no es todo. Geraden piensa que Eremis pospondrá atacar Houseldon hasta que haya acabado con Orison. Pero lo último que estaba haciendo en Orison era volver a llenar su depósito de agua. Eso no suena como un hombre con una trampa lista para saltar. Suena como un hombre que desea ayudar a Orison a luchar contra el Príncipe Kragen hasta que Cadwal se halle en posición.

»Si estoy en lo cierto, Eremis tiene tiempo de atacarnos ahora mismo.

»Y sabe que yo estoy aquí. —Tenía que decir aquello, aunque le resultaba difícil. El Domne y su hijo necesitaban saber la extensión del peligro que corrían—. El Maestro Gilbur vio cambiar el espejo. Sabe que yo también he descubierto mi talento. Sabe que puedo ir a cualquier parte de Mordant, o de Cadwal, o de Alend, si es necesario, si tan sólo sé cuál es su aspecto. Si sólo sé cómo visualizarlo. Puedo aparecer en sus aposentos cualquier noche cuando esté dormido y clavarlo a la cama.

»No sólo le tiene miedo a Geraden. Me tiene miedo a mí también.

Necesita tenerme miedo. Voy a hacer que me tenga miedo. De algún modo.

El Domne siguió comiendo sin ninguna evidente preocupación; pero Tholden observó a Terisa con creciente pesar en su rostro. Cuando ella hubo terminado, murmuró, como si nadie le estuviera escuchando:

—Mierda de oveja. No estoy acostumbrado a estas cosas. No soy Artagel..., nunca deseé ser soldado. ¿Qué se supone que debo hacer?

El Domne dejó a un lado su tenedor y su cuchillo.

—¿Qué vas a hacer?

Tholden hizo un gesto elocuente.

—Tú lo sabes bien. Wester está enviando a los granjeros y a sus familias hacia aquí tan rápido como puede hablar con ellos. Cada cuba y cada barril vacíos que podemos conseguir están siendo llenados con agua y situados en torno a la empalizada, en caso de fuego. Cada horca y cada hoz y cada hacha de Houseldon están siendo afiladas. —Lentamente, una mirada frenética asomó a sus ojos, y sus manos se anudaron sobre la mesa frente a él; pero mantuvo su voz firme—. Todas las banquetas están siendo situadas en el interior de la empalizada, de modo que cualquiera con un arco tenga un lugar desde donde disparar. Minick, y Geraden, espero, están trazando líneas de retirada. Intentan explicar a los hombres con arcos cómo retirarse..., cómo utilizar las casas para cubrirse, cómo preparar emboscadas.

»Pero, ¿de qué sirve todo esto contra la Imagería?

Escuchándole, Terisa comprendió cómo se sentía.

El Domne, sin embargo, no parecía desanimado.

—¿Quién sabe? —dijo calmadamente—. Yo no. No puedo ver el futuro.

»Pero sí puedo ver que tú eres el hombre adecuado para ese trabajo. Ya has pensado en cosas que a mí nunca se me hubieran ocurrido. Y pensarás en más. Si Artagel estuviera aquí, no hubiera podido defender mejor Houseldon.

Tholden no estaba convencido. Preguntó con un bufido:

—¿Es esto lo que llamas vender tu alma a una palabra de uno de tus hijos?

Ante aquello, el Domne se sentó erguido en su silla; sus ojos llamearon.

—Tholden, sé que te crees un hombre adulto, pero aún no eres lo bastante viejo como para no ser castigado por tu falta de respeto. Quizá yo sólo sea tu padre, y medio impedido además, pero aún soy lo suficientemente hombre como para podar tus albaricoqueros a menos de un centímetro de sus vidas. Ten en cuenta *eso* antes de arriesgarte a hacerte el gracioso conmigo.

Involuntariamente, Tholden sonrió. Su barba murmuró contra su pecho. Pese a todo, sus ojos siguieron llenos de turbación, y su sonrisa no duró mucho tiempo. Demasiado preocupado para seguir sentado donde estaba, se levantó de la mesa.

—Discúlpame, Terisa —murmuró—. Me temo que tendrás que acabarte tu comida sin mi ayuda. He perdido el apetito.

Con el paso elástico de un hombre que está acostumbrado a agacharse al cruzar las puertas y con los techos bajos, abandonó la casa.

El Domne lo contempló marcharse y suspiró.

—Tú no lo sabes, Terisa —comentó, una vez Tholden hubo desaparecido—, pero ésas son las palabras más tristes que nadie haya dicho en mi casa desde hace mucho tiempo. «He perdido el apetito». Espero que no tengas intención de decirme lo mismo.

Terisa estuvo tentada de decir: Sí. El montón de comida en su bandeja la atormentaba. El tamaño y las consecuencias del peligro que ella y Geraden habían traído a Houseldon la atormentaba. Sin embargo, la forma en que la miraba el Domne parecía tan cálida y amistosa, tan dispuesta a aceptar lo que fuera que ella representaba, que cuando abrió la boca la palabra que brotó fue:

—No.

Él sonrió aprobadoramente mientras ella alzaba el tenedor para probar el pan de molde y la salsa de Quiss.

Durante varios minutos, mientras ella comía un poco de todo de lo que había en la bandeja, él permaneció sentado en silencio, contemplando la luz del sol a través de la ventana más próxima. Terisa tenía la impresión de que estaba aguardando a que ella terminara; pero no parecía impaciente. De hecho, parecía completamente satisfecho con contemplar la calle y saludar amistosamente con la cabeza a cualquiera que captara su mirada. Si la guerra avanzaba contra Houseldon, no se reflejaba en el

rostro del Domne. Geraden había dicho de él: *No necesita luchar por las cosas que más valora, porque no pueden ser dañadas*. Sin embargo, Terisa no estaba segura de que esto fuera cierto. Pese a su expresión satisfecha, creía que se preocupaba profundamente de muchas cosas que podían ser dañadas muy fácilmente.

Cuando dejó a un lado sus cubiertos para indicar que había terminado, él la miró unos instantes, luego volvió de nuevo sus ojos a la ventana. De una forma relajada, como si estuviera continuando una conversación anterior, preguntó:

—¿Cuál fue tu impresión de Nyle?

Su estómago se contrajo en torno a la comida que acababa de tragar. Cautelosamente, respondió con otra pregunta:

—¿Qué te dijo Geraden?

La actitud del Domne desarmó su ansiedad.

—Que tú crees que Nyle aún está vivo. Que ese Maestro Eremis desea utilizarlo todavía contra nosotros. No es eso lo que deseo saber. ¿Qué piensas de él? ¿Cómo es?

Puesto que la respuesta era dolorosa, Terisa dijo sucintamente:

—Se siente miserable.

—Ah —suspiró el Domne, como si hubiera esperado y temido a la vez su respuesta.

Esta vez, Terisa se permitió decir:

—No le culpo. Todo lo que creía que lo había metido en problemas: todo lo relativo al Rey Joyse y Orison y Elega y el Príncipe Kragen, era plausible. El Rey Joyse lo ha estado trabajando durante años, preparando las cosas para ser traicionado. Nyle, simplemente, fue lo bastante desgraciado como para caer en la trampa..., la misma trampa en que cayó Elega. Él creía lo que su Rey deseaba que creyera.

Ignorando la reputación del Domne como uno de los amigos más queridos del Rey, prosiguió:

—En realidad, no es más que una víctima. Probablemente Eremis nunca hubiera conseguido echar sus manos sobre Nyle si Nyle no hubiera sido arrojado a las mazmorras sin nada hacia lo que dirigirse en busca de esperanza.

Si algo de lo que decía ofendió al Domne, éste no lo demostró.

—Familias —murmuró en voz muy baja—. Son interminablemente interesantes. Elega y su padre. Geraden y Nyle. A veces pienso que el destino del mundo depende de cómo se siente la gente respecto a sus familias.

»¿De qué tipo de familia procedes, Terisa? ¿Tienes hermanas? ¿No seis hermanas, por casualidad?

La idea era tan absurda que casi se echó a reír.

—No, papá. Fui hija única.

La miró de nuevo, más agudamente esta vez.

—¿Quieres decir que después de ti tus padres fueron capaces de contener su

entusiasmo hacia los hijos? ¿Tan mala fuiste? ¿O fuiste tan buena que cualquier otro hijo hubiera sido una decepción?

—No —respondió ella, tan sinceramente como le fue posible—. Yo fui un accidente. Estoy segura de que mi padre no tenía tiempo para los hijos. Y no deseaba que mi madre tuviera tiempo tampoco.

—¿No tener tiempo? —Bruscamente, el Domne apartó su pierna mala del escabel. Hizo una mueca, cambió la posición del escabel de modo que pudiera mirar a Terisa más directamente, luego volvió a colocar la pierna encima. Erguido, con los codos sobre la mesa, preguntó:

»¿Qué trabajo vital y exigente hacía tu padre, que no tenía tiempo para los hijos?

Insegura del camino que había tomado la conversación —e incómoda porque siempre se sentía incómoda cuando hablaba de sus padres—, Terisa respondió brevemente:

—Hacía dinero.

Era extraño cómo ella y el Domne estaban hablando de su padre en pasado. Pero ella pensaba en él en pasado, como parte de algo que ya no era cierto.

—¿Con qué finalidad? —quiso saber el Domne.

Ella se encogió de hombros.

—Para hacer más dinero. No creo que tuviera ninguna otra *razón* para ello. Lo hacía porque era lo que sabía hacer mejor. —Pensó en conversaciones que había oído en el comedor mientras ella permanecía sentada oculta en las escaleras, escuchando cuando sus padres creían que había ido a la cama—. El dinero era la mejor forma de conseguir cosas que aún no había conseguido. Posición social. Influencia política. —Entonces recordó algunos criados que su padre había contratado. Músculo—. Hacía dinero porque creía que si podías conseguir eso podían comprar todo lo demás.

—Muy extraño —pronunció el Domne—. Hubiera tenido éxito en Cadwal.

»¿Y a qué se dedicaba tu madre mientras tu padre hacía dinero?

Con una repentina vehemencia que la sobresaltó, Terisa dijo:

—Creo que practicaba.

—¿Practicaba?

—Ser ornamental. Para que mi padre pudiera exhibirla siempre que estuviera de humor.

—¿Las mujeres tienen que verse pero no oírse? —El Domne no pudo reprimir un estallido de risa—. Eso explica de dónde obtuviste tu belleza. Terisa, no sé cómo decirte esto..., pero creo que ya has conocido al Gran Rey Festten. Aunque no lo reconocieras si lo vieras ante ti.

Terisa intentó sonreír, pero no lo consiguió.

El Domne la estudió; la luz del sol de las ventanas se reflejó en sus ojos.

—De todos modos, eso plantea una fascinante pregunta. ¿Cómo llegaste aquí

desde allí? ¿Cómo la hija de padres como éstos se convirtió en el tipo de mujer por la que mi hijo pequeño, quizá mi mejor hijo, estaría dispuesto a matar?

Ella deseó responderle. Al mismo tiempo, deseó dejar de hablar de sus padres. Bruscamente, le dijo algo que nunca le había dicho a nadie en Mordant, ni siquiera a Geraden:

—Cuando yo hacía algo que a mi padre no le gustaba, acostumbraba a encerrarme en un armario hasta que me asustaba lo suficiente como para dejar de llorar.

El Domne se la quedó mirando durante largo rato, sin expresión, como si la energía de la vida hubiera sido borrada de su rostro. Luego, lentamente, cuidadosamente, se volvió. Retiró su pierna del escabel a fin de volver a colocar éste en su posición anterior, hacia la ventana. Se acomodó de nuevo, con su pierna alzada y su espina dorsal apretada contra el respaldo de la silla; parecía como si se estuviera poniendo cómodo para dar una cabezada.

Después de esto, una después de otra, cogió sus muletas y las lanzó fuera por la ventana. La primera la atravesó limpiamente; la segunda chocó contra el marco y cayó junto a ella, fuera también.

Tan ferozmente que Terisa se echó hacia atrás, susurró:

—¿Qué me estás haciendo, Joyse? Todo el mundo que vale algo en tu reino está sufriendo, y yo estoy sentado aquí, impedido. ¿Qué estás *haciendo*?

No había nada que ella pudiera decir. Seguro que Geraden le había contado a su padre todo lo que ella sabía de las intenciones del Rey. No había nada más.

Brevemente, el Domne se cubrió el rostro con las manos, y sus hombros se envararon. Casi de inmediato, sin embargo, se frotó enérgicamente las mejillas, como si estuviera arrancando la pasión de sus rasgos; con un largo y lento suspiro, dejó que su furia se disipara.

—Es notable, ¿no crees? —murmuró—, que seamos tan buenos amigos, el Rey Joyse y yo.

»Por supuesto, ésa no es la razón de que nuestra amistad sea famosa. Es famosa porque me negué a luchar en ninguna de sus guerras. Me negué a dejar que me convirtiera en uno de sus soldados. La gente considera eso extraño. ¿Acaso creo que Mordant no merece que se luche por él? Por supuesto que sí. ¿Acaso no comulgo con su ideal de una Cofradía que convierta la Imagería en algo beneficioso por lo que valga la pena luchar? Por supuesto que sí. Entonces, ¿por qué no lucho? ¿Qué es lo que ocurre conmigo?

»Pero creo que nuestra amistad es más notable que cualquier cosa que yo haya o no haya rechazado hacer en mi vida.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Terisa, deseosa de que siguiera.

—Bueno... —el Domne abrió las manos—. Casi no tenemos nada en común. Por un lado, él tiene poco sentido del humor. Es incapaz de ver el lado alegre de las cosas.

Simplemente piensa a escala heroica. Todo es serio..., todo es un asunto de vida o muerte. No tienes mucho tiempo para las bromas cuando estás atareado salvando al mundo.

»Terisa, *a mí* nunca se me ocurriría salvar al mundo. No pongo objeciones a que el mundo sea salvado. De hecho, deseo que sea salvado. Simplemente, no puedo imaginar que sea algo que tenga que ver conmigo.

»Hay un chopo río abajo. Perdió una rama en una fuerte nevada este invierno, y ahora la savia está empezando a rezumar por la herida. Si alguien no acude allí pronto, poda el tocón y lo cubre con brea, el árbol morirá. La enfermedad o los parásitos penetrarán en él por la herida.

»Eso tiene algo que ver conmigo.

»Uno de nuestros pastores posee una oveja hembra que no deja de abortar todas sus crías. *Eso* tiene algo que ver conmigo. Hay una mujer en una granja a unos cuantos kilómetros que sufre de una extraña fiebre, y la única cosa que la ayuda es un brebaje hecho con la corteza de un árbol que no crece en Domne. Crece en el Care de Armigite. *Eso* tiene algo que ver conmigo.

»Si me pidieras que salvara al mundo, no sabría cómo hacerlo.

»El Rey Joyse sí lo sabe. O cree que lo sabe, al menos.

Terisa pensó que quizás el Rey Joyse y su viejo amigo tenían más en común de lo que el Domne parecía darse cuenta. *Los problemas deben ser resueltos por aquellos que los ven*. Pero ella prefería la forma de hacerlo del Domne. Controlando su tendencia de ponerse furiosa cada vez que pensaba en el Rey, inquirió:

—Entonces, ¿por qué *sois* amigos?

—No estoy seguro de poder explicarlo —dijo el Domne, meditabundo—. Nos necesitamos el uno al otro.

»Cuando lo conocí, cuando echó al príncipe menor de Cadwal que había estado utilizando el Care de Domne como su vasallaje particular durante la mayor parte de una década y nos liberó..., no me creí capaz de negarle nada. Tenía tanto fuego en mi sangre como cualquier joven que acaba de ser liberado de un servilismo que odia, y creo recordar que me mostré perfectamente dispuesto a empezar a aprender cómo utilizar una espada.

»Pero cuando realmente le conocí...

»Terisa, esa sonrisa suya penetró directamente en mi corazón. Como si bajara directamente desde el cielo sobre mí, supe que le quería. Y supe que él necesitaba algo de mí..., algo que no iba a poder conseguir de nadie más.

—¿Como qué?

—*Equilibrio* —respondió claramente el Domne—. Necesitaba *equilibrio*. Deseaba salvar al mundo. ¿Tienes alguna idea de lo peligroso que es eso? Los hombres que desean salvar al mundo y cometen unos cuantos errores se convierten en

tiranos. Las cosas que realmente desean y aman se les escapan de entre los dedos, y terminan aferrándose al poder porque es todo lo que les queda. La posibilidad estaba escrita en todo él. Era el hombre más brillante y listo que yo jamás hubiera conocido, el tipo de hombre que de una forma natural te hace sentir deseos de echarle al suelo ante él..., y yo simplemente no podía soportar la idea de que pudiera ir demasiado lejos y convertir en podredumbre todo lo bueno que había en él.

»Todo eso me vino en un estallido, como el sol apareciendo al amanecer. Y me aterró, porque si lo rechazaba él simplemente se alejaría y dejaría al Care de Domne que siguiera por sí mismo. Pero era necesario. Nos necesitábamos el uno al otro.

»Entró cabalgando en Houseldon, tan resplandeciente como un nuevo día, pero yo mantuve mi terreno como si tuviera derecho a él. "Bien, mi señor Domne", me dijo con esa sonrisa suya, retorciendo mi corazón porque hasta que él llegó yo nunca había creído que pudiera ser el señor de mi propia tierra, "eres libre. Al menos por un tiempo. ¿Cuántos hombres puedes proporcionarme?"

»"Ninguno, mi señor Rey", le dije.

»"¿Qué, ninguno?" Dejó de reír. Me parece recordar que llevó la mano a su espada.

»Me sentía aterrorizado, pero dije: "Ésta es la estación de la cría del ganado. Necesito a todos los hombres de que dispongo".

»Se irritó, se puso furioso. Pero también estaba perplejo. "Déjame entenderte", dijo. "Domne ha sido esquilado entre Alend y Cadwal desde hace generaciones. Tú mismo has sido vasallo toda tu vida hasta hoy. ¿Y de todo lo que te preocupas es de tus *ovejas*?"

»Te juro, Terisa, que su furia casi me cegó. E iba a coger tortícolis mirándole. "No he dicho eso, mi señor Rey", respondí. "Tú me has preguntado cuántos hombres puedo enviar para que sean muertos en tus guerras. La respuesta es: ninguno. Necesito ayuda con mis *ovejas*."

»Realmente tiene muy poco sentido del humor. Pero tiene un maravilloso sentido de la alegría. O tenía. En vez de hendirme la cabeza con su espada, se echó a reír.

»Aquella noche tuvimos una de las mejores fiestas a las que nunca haya asistido. Pensé que él iba a estar riendo durante días. No dejaba de decir: "*Ovejas. Ovejas*", y de caerse de su silla.

»Desde entonces hemos sido amigos.

Terisa se sorprendió de descubrir que sentía deseos de llorar. Sabía lo que era la sonrisa del Rey Joyse. Desde el principio había deseado gustarle, complacerle; había deseado servirle. El Domne le recordaba eso..., y el hecho de que era imposible. El propio Rey Joyse lo hacía imposible.

En voz muy baja, preguntó:

—¿Y ahora? ¿Seguís siendo amigos todavía? ¿Después de lo que les hizo a Nyle

y a Geraden y a sus propias hijas? ¿Después de lo que le está haciendo a la Cofradía y a Mordant?

Lentamente, el Domne volvió la cabeza, desvió la vista de la ventana para mirarla a ella. Sus ojos parecían parcialmente ciegos..., ajustados al brillo exterior e incapaces de distinguirla con claridad.

—Él no es responsable de las elecciones de Nyle. Ni siquiera es responsable de la cordura del Castellano Lebbick. Los dos hubieran podido confiar en él. Al mismo tiempo, se tomó muchas molestias en manteneros a ti y a Geraden tan seguros como pudo.

»Sigue siendo mi amigo, Terisa. Nos necesitamos el uno al otro. ¿Deseas realmente que le vuelva la espalda?

Al cabo de un rato, ella descubrió qué era capaz de decir:

—No. —Pese a su furia, ella tampoco tenía intención de volverle la espalda al Rey.

Paz en Houseldon

Estaba decidida a hacer algo por Geraden.

Desgraciadamente, no sabía qué.

De una forma extraña, su conversación con el Domne hizo cristalizar su resolución. Al mismo tiempo, las cosas que él le había revelado acerca de su familia y del Rey Joyse no habían arrojado ninguna luz útil. Así que deseaba ayudar a Geraden. Bien, ¿y qué? Cuando pensaba atentamente en ello, ¿qué podía decirle? ¿No te sientas tan dolido, no vale la pena? Tonterías. ¿Arráncalo de ti, sólo sientes lástima hacia ti mismo? Ridículo. ¿Estoy segura de que puedes vencer al Maestro Eremis si pones toda tu mente en ello? Perfecto.

Pensar en él le retorció el corazón, pero no sabía qué hacer.

Pronto el Domne empezó a ser cada vez de menor ayuda. Mirando por la ventana, con los brazos cruzados sobre su delgado pecho, se quedó bruscamente dormido. Después de todo, era más viejo de lo que parecía. Terisa estudió su postura por un momento para asegurarse de que no iba a caer de su silla. Luego se puso en pie; deseaba salir fuera y ver más de Houseldon.

Antes de que alcanzara la puerta, ésta se abrió y un hombre entró desde el porche.

Era moreno: ésa fue su primera impresión. Años de trabajo al aire libre habían dado a su piel el mismo color profundo que su chaqueta de piel y sus pantalones. Su pelo era del color del barro fresco que cubría sus viejas botas. Y sus ojos tenían casi el mismo tono que su piel y su ropa; parecían perderse en el color general. De hecho, la mayor parte de los detalles de su rostro y expresión estaban como nublados. Detrás del moreno, parecía como un cruce entre un nabo y el poste de una cerca.

Pero entonces sonrió —tímidamente, casi deferentemente—, y su sonrisa definió todos sus rasgos. Inmediatamente quedó claro que era uno de los hermanos de Geraden.

Miró al Domne, vio que su padre estaba dormido. Hizo un gesto reclamando silencio, apoyó una mano sobre el brazo de Terisa y la llevó fuera. Tan pronto como alcanzaron el porche, sin embargo, la soltó como si tuviera la impresión de que su contacto era presuntuoso y sólo se había arriesgado a él para evitar molestar al Domne. Incluso retrocedió uno o dos pasos de ella.

—Hola, Terisa —dijo muy serio, sin mirarla directamente a los ojos—. Soy Minick. Geraden me envió a buscarte.

—Hola, Minick —respondió ella—. Me alegra conocerte.

Como si aquello le sorprendiera, preguntó:

—¿De veras?

Ella asintió.

—Me alegra conocer a la familia de Geraden. Me alegra estar en Houseldon..., en el Care de Domne. —Aquello era tan cierto que no sabía cómo explicarlo—. Hace mucho tiempo que deseaba conoceros.

Minick pareció reconocer la insuficiencia detrás de aquellas palabras.

—Bueno, a mí también me alegra conocerte. Antes no estaba seguro. No me gusta cuando Geraden es infeliz. Pero ahora sí.

Aquello la desconcertó un poco.

—¿Qué te hace sentirte seguro?

Él señaló la casa encogiendo un hombro.

—Estabas en la habitación con el Domne —explicó—, y ahora él está durmiendo. Confía en ti. Así que no hay nada malo en tu persona. No eres la razón de la infelicidad de Geraden.

La confianza de Minick era tan injustificada que Terisa se sintió impulsada a decir:

—Probablemente es más complicado que eso. A veces creo que soy la razón de su infelicidad..., más o menos. Tengo mucho que ver con gran parte de las cosas que le duelen.

—No. —Minick agitó suavemente la cabeza—. No es complicado. Eres como él. Él siempre piensa que las cosas son complicadas. Pero no lo son. Las cosas importantes son sencillas. Él necesita a alguien que le quiera. Es así de simple. El Domne confía en ti. Es así de simple. Así que ahora puedo sentirme contento de conocerte, cuando antes no estaba seguro.

Inesperadamente, Terisa se sintió relajada.

—Supongo que tienes razón. —Un mundo de dificultades pareció evaporarse cuando Minick las tocó—. No lo había pensado de este modo.

»Vayamos a ver a Geraden.

—Oh, no. —Minick se puso repentinamente serio—. No es eso lo que él quiere. Está demasiado ocupado. —Por un segundo, el moreno hombre casi se estremeció—. Cuando se pone así, le chilla mucho a la gente. Cree que todo el mundo es rápido. Él es rápido, y piensa que todos los demás también lo son. Pero no son rápidos. Sólo son granjeros y pastores. Son como yo. Les gusta que les expliquen las cosas.

El pensamiento de Geraden hirviendo de impaciencia era tan incongruente que Terisa casi se echó a reír. Al mismo tiempo, sintió una punzada. Pobre hombre, debía estar a punto de perder la razón. Se controló deliberadamente.

—No lo entiendo. Pensé que habías dicho que él te había enviado a buscarme. Minick asintió.

—Lo hizo. Creí que sólo era una excusa para enviarme lejos. Pero, puesto que tú estás contenta de estar aquí, supongo que estaba en un error.

»Me envió para que te enseñara todo esto. El Domne no puede caminar, no puede

ir muy lejos, y Tholden está demasiado ocupado, y Quiss prefiere quedarse en casa con Ruesha. Geraden dijo: "A ella le gusta ver las cosas. Le gustará ver Houseldon". Así que vine a buscarte.

Terisa aceptó la sugerencia, pese al espíritu vejado con que probablemente debía haberlo hecho Geraden. Comprendía cómo se sentía. Y deseaba ver más cosas de Houseldon. Sospechaba —de una forma enteramente no crítica— que no había demasiadas cosas que ver. Por otra parte, si el Maestro Eremis lanzaba pronto un ataque, quizá necesitara saber todo lo que pudiera averiguar acerca de la sede del Domne.

Ofreciéndole a Minick una sonrisa que hubiera asombrado al Reverendo Thatcher —o a su padre—, fue con él a explorar Houseldon.

De hecho, había más cosas que ver en Houseldon de las que había esperado.

En cualquier caso, Minick creía que había muchas cosas que ver. Y a ella le gustó verlas concienzudamente, con una atención al detalle que era a la vez cariñosa y analítica. Por ejemplo, Houseldon contenía nada menos que tres grandes establos, donde acomodar al gran número de personas que acudían allí desde todo el Care, así como desde otras regiones de Mordant. Cada uno de ellos era exactamente lo que proclamaba ser: un lugar donde se guardaban y cuidaban los caballos mientras sus dueños efectuaban sus negocios, visitaban a sus parientes, pedían justicia, aprendían oficios. Sin embargo, para Minick, cada uno era merecedor de un atento examen; cada uno tenía virtudes e inconvenientes propios que requerían evaluación; cada uno prosperaba o declinaba de acuerdo con factores que a él le costaba comprender.

Y era un auténtico filón de información. Sabía exactamente por dónde habían sido tendidas todas las conducciones de drenaje, y cuándo, y cuántos metros cuadrados se requerían para su lixiviación. Sabía quién había concebido la idea de entramar la paja de los techos de *aquella* forma en particular, y por qué era superior a la forma en que solía ser entramada. Sabía de dónde procedían las provisiones de sebo de Houseldon, y cuánto tiempo durarían en una emergencia. Y conocía a cada niño que veía por su nombre, padres y predilección para las travesuras.

Al cabo de poco tiempo, Terisa se dio cuenta de que sólo tenía dos elecciones. Podía interrumpir la visita ahora, antes de que él acabara de distraerla por completo, o podía relajarse y dejar que él hiciera lo que deseara. Con él, no había término medio.

Bueno, eso encaja, pensó. En sus distintas formas, Geraden, Artagel y Nyle eran todos intolerantes ante las medias tintas. Se decía que Wester era un fanático de la lana. Stead no podía apartar las manos de las mujeres. Geraden había llamado a Tholden *un fertilizador compulsivo*. El propio Domne había dejado de lado las medias tintas en su primer encuentro con el Rey Joyse. ¿Por qué debería ser Minick diferente?

Sólo por un minuto consideró la posibilidad de detenerle..., de decirle que ya

tenía suficiente, de seguir por su propio lado. Pero entonces observó que en su compañía había hecho muy poca cosa excepto sonreír; la llenaba alternativamente de regocijo y afecto. Era perfectamente capaz de distinguir exactamente entre la buena y la mala artesanía, entre un marido sensible y otro descuidado, entre la previsión y su ausencia; pero le gustaba todo a su alrededor; le encantaban los detalles que le iba desgranando. Cuanto más hablaba, más gentil y amistoso parecía. Y cuanto más escuchaba ella, más podía sentir el adormecimiento de sus tensiones y miedos.

En vez de detenerlo, se relajó y le dejó que siguiera mostrándose todo.

Como resultado de ello, el día pareció evaporarse del mismo modo que lo hacían las complejidades cuando él las analizaba. Empezó a mostrarle cosas un poco antes del mediodía..., y cuando se dio cuenta las sombras se estaban alargando hacia el final de la tarde, y sus piernas le dolían suavemente de tanto andar y pararse, y sus botas le habían hecho una pequeña llaga en uno de los dedos, y su corazón estaba lleno de descanso por primera vez desde que podía recordar. Minick no era sólo divertido, de confianza y meticoloso: era un sanador. Sabía que en alguna parte de Houseldon se estaban haciendo preparativos para la batalla..., pero no se acercaron allí; parecía llevar consigo la paz allá donde iba. Ahora, pensó Terisa, todo lo que necesitaba era una realmente buena noche de sueño, y luego estaría preparada para empezar a pensar de nuevo.

Así que, cuando él la llevó de vuelta a la casa del Domne y empezó a decirle adiós, ella no quiso que se fuera.

—¿Adónde vas? —le preguntó para anticipársele.

Esta vez su sonrisa fue tímida de una nueva manera, en relación a cosas que no habían surgido antes a la superficie.

—Me gusta ir a casa antes de cenar —murmuró—, y jugar un poco con los niños. Esto proporciona a su madre la oportunidad de cocinar algo. Y consume algo de sus energías, de modo que luego se van más fácilmente a la cama.

El pensamiento de aquel serio hombre moreno jugando con sus hijos la deleitó..., y le hizo recordar que durante toda la tarde no había dicho nada personal acerca de sí mismo o de su vida. Quizás había considerado presuntuoso hablar de sí mismo. Impulsivamente, porque le había hecho tanto bien y no había pedido nada a cambio, se inclinó hacia delante y le dio las gracias con un rápido beso.

Los ojos de él se abrieron mucho; se la quedó mirando por unos instantes. Luego agachó la cabeza como si estuviera ruborizándose.

—Creo que no le diré a mi esposa que has hecho esto —murmuró suavemente—. Podría no sentirse contenta. —Era evidente que estaba muy complacido—. Me gusta que se sienta contenta. Es la única otra mujer que siempre ha sido paciente conmigo.

»Adiós, Terisa.

Después que se fuera, ella subió los escalones, cruzó el porche y penetró en el

ajetreo de los cacharos de Quiss. Le dolían las mejillas de tanto sonreír. Evidentemente, aquellos músculos necesitaban ejercicio.

La escena en la habitación delantera la detuvo en seco tan pronto como cruzó el umbral.

Quiss estaba removiendo lo que parecía ser un guiso suficiente para alimentar medio Houseldon. Tenía las mejillas enrojecidas por el calor y el ejercicio; el sudor apelmazaba su pelo en mechones a ambos lados de su rostro. Tras ella, las sirvientas iban de un lado para otro, colocando platos, utensilios y jarras sobre la mesa, trayendo potes y soperas de una cocina en la parte de atrás que Terisa no había visto..., y hablando unas a otras con voz fuerte a través del ruido general. El Domne y Tholden estaban sentados juntos al extremo de la mesa, discutiendo intensamente algo, alzando sus voces para hacerse oír. En una esquina de la habitación, un muchacho de quizá quince años y una muchacha algo más joven discutían acaloradamente; pero la única parte de su discusión que Terisa pudo captar fue la que decía: Lo hiciste. No lo hice. ¡Lo hiciste! ¡No lo hice! Otro muchacho, éste no mayor de los ocho o nueve años, estaba sentado cerca de Tholden, intentando afilar una espada de madera con un trozo de teja como piedra de afilar. Un tercer muchacho, más joven aún, utilizaba un palo del tamaño de una maza para experimentar las cualidades resonantes de un barreño de hojalata.

Por un segundo, el clamor pareció tan intimidante, tan distinto de la paz que reinaba dentro de ella, que Terisa estuvo a punto de darse la vuelta. Nada en su vida con sus padres, o en su vida sola, la había preparado para un hogar donde la gente actuaba de aquel modo.

Pero entonces Quiss alzó la vista, vio a Terisa y sonrió.

El placer de Quiss cambió por completo el significado del estrépito. O cambió la forma en que Terisa lo veía. Todo aquel ruido y actividad no era furioso, tenso o alarmado, no representaba dolor: era simplemente fuerte. Tan pronto como Quiss sonrió, Terisa supo que la esposa de Tholden estaba en su elemento, se sentía realizada precisamente porque su familia y su casa eran tan ajetreadas, tan ruidosas; tan llenas de cada uno y de todos. Y entonces Terisa comprendió que el tumulto era simplemente otra forma de paz..., estrepitosa y turbulenta, por supuesto; no particularmente relajante para una novicia como ella; pero completamente sin miedo.

Le devolvió la sonrisa a Quiss y avanzó al encuentro del ruido.

—Tengo entendido que pasaste la tarde con Minick. —Quiss casi gritaba, pero Terisa apenas podía oírla—. ¿Toda la tarde? ¿Dejándole que te lo enseñara todo?

Terisa asintió.

—Estupendo. Sabía que le gustarías apenas te vi. Tienes un amigo para toda la vida. Muy poca gente está dispuesta a escucharle tanto tiempo.

—Tendrían que intentarlo. —Terisa probó de hablar lo bastante fuerte como para

ser audible—. Es encantador.

Ahora fue el turno de Quiss de asentir.

—Afortunadamente, sus sobrinos y sobrinas opinan también así. —Señaló hacia los niños al otro extremo de la habitación—. Quiero decir, afortunadamente para ellos.

»Si su esposa no fuera tan tímida, él estaría aquí esta noche. Sé que a veces le entristece no poder pasar más tiempo con nosotros. Pero creo que a esa pobre mujer le entra el pánico cada vez que pone el pie fuera de su casa. —Quiss se echó a reír, pero Terisa no pudo oír el sonido de su risa a través del ruido—. Tienen que haber tenido un noviazgo de lo más conmovedor.

Terisa sonrió de nuevo, luego alzó las manos para frotarse los músculos de las mejillas.

Una sirvienta apareció frente a ella, con una gran jarra rebosando espuma sobre una bandeja.

—¿Te apetece un poco de cerveza? Mi marido la elabora para el Domne. No encontrarás una cerveza mejor en todo el Care.

—Gracias. —Terisa no sabía nada de cervezas, pero sí sabía que estaba sedienta; aceptó la jarra y la probó. La sirvienta la observó mientras Terisa descubría que la cerveza tenía un punto que no era ni ácido ni amargo, pero que parecía ser ambas cosas. Tras probarla una segunda vez, sin embargo, el sabor había mejorado espectacularmente. Pronto se volvió maravilloso. Radió su aprobación, y la sirvienta se alejó, complacida.

—¡Terisa! —Tholden hizo un gesto en dirección a ella. Se dirigió hacia allá, y él retiró una silla para ella—. Siéntate. Quiero contarte lo que estamos haciendo para prepararnos. Quizá tú puedas pensar en algo que hayamos olvidado.

El Domne parecía un poco escéptico; tal vez fuera sensible a su asombro general. Sin embargo, asintió como si él también deseara lo que ella tenía que decir. Inmediatamente, Tholden empezó a describir los arreglos específicos tomados ante la posibilidad de la batalla.

Ella fue incapaz de absorberlos. De hecho, sólo pudo oír una de cada tres palabras; el resto de su explicación se perdió en un coro dirigido al Domne: Ha sido culpa de ella. No, ha sido culpa de él. Ella lo hizo primero. ¡Él lo hizo primero! Y no pudo dejar de notar que incluso el Domne parecía más interesado en las peleas de los niños que en los preparativos de Tholden. Sintióse vagamente irresponsable — pero no lo bastante como para preocuparse por ello—, dijo en un momento determinado:

—Quizá las cosas estén más tranquilas después de cenar. —Y bebió un poco más de cerveza y dejó de intentar escuchar.

El caos de preparar la cena pareció acercarse a su clímax cuando una puerta

interior se abrió de golpe y una bandada de chiquillos entró en la habitación. Todos eran más o menos del tamaño y la edad de Ruesha..., demasiados y demasiado próximos en edad para pertenecer a una sola familia. O a tres familias. Todos iban completamente desnudos, llenos de alegría y relucientes de agua. E iban seguidos por Geraden, que chorreaba también copiosamente. Llevaba un par de toallas en las manos, pero estaban demasiado mojadas para ser de ninguna utilidad.

—¡Volved aquí, pequeños monstruos! —rugió—. ¡Voy a restregaros con la toalla hasta que se os caigan las cabezas!

Chillando con deleite, los pequeños y desnudos cuerpos se dispersaron en todas direcciones.

Terisa no había visto a Geraden durante la mayor parte del día. Lo miró ansiosa, y vio de inmediato que aún estaba tenso y hosco, retorcido por dentro. Quizás en bien de los niños, sin embargo, había empujado toda su dureza hacia atrás. O quizás eran ellos quienes despertaban involuntariamente en él esta respuesta: quizás era algo que ellos hacían por él, en vez de él por ellos.

Era suficiente. Podía aguardar a por más hasta que tuvieran una mejor oportunidad juntos. Ofreciéndole su mejor sonrisa, la viera él o no, se relajó y dejó que el clamor siguiera creciendo en ella, como una hormigueante y vociferante forma de satisfacción.

Quiss, Tholden y las sirvientas agarraron indiscriminadamente a los mojados niños; pronto todas las víctimas de Geraden estuvieron atrapadas en brazos adultos. Reprimiendo la risa, Quiss dijo a una de las sirvientas:

—Vuestros chicos con los responsables de esto.

—Te pido perdón —protestó la mujer, sin poder ocultar su regocijo—. Estoy seguro de que Ruesha es la causa. Es la tunanta más célebre de todo Houseldon. Pregúntale a cualquiera.

—¡Son todos monstruos! —gruñó Geraden—. ¡Van a sufrir horriblemente cuando consiga echarles la mano encima! —Haciendo su mejor imitación de un gorila, empezó a perseguir niños.

Con la ayuda de tres o cuatro sirvientas, consiguió dirigir a sus fugitivos de la tortura de la limpieza fuera de la habitación.

Si no hubiese estado tan atareado —y si ella no estuviera tan cómodamente sentada delante de su jarra de cerveza—, Terisa hubiera ido tras él. Sintió un irreprimible deseo de besarle mucho más seriamente de lo que había besado a Minick.

Geraden volvió al cabo de un rato para reunirse con su familia —y media docena de hombres que llegaron mientras tanto— para cenar. Aquellos hombres eran los jefes de los equipos que se habían organizado para realizar las distintas funciones durante la defensa de Houseldon. Tan pronto como terminaron de cenar y fue

despejada la mesa, la charla volvió al tema que parecía ocupar el lugar principal en la mente de todos, excepto la de Terisa: qué tipo de ataque se estaba preparando, y cuándo, y cómo enfrentarse a él.

Geraden describió alguno de los usos de la Imagería que el Maestro Eremis había practicado ya contra Mordant; y los hombres perdieron rápidamente la poca confianza en sí mismos que podían haber traído consigo a casa del Domne. Finalmente, uno de ellos preguntó, casi tímidamente:

—¿Hay alguna cosa que podamos hacer?

Geraden agitó la cabeza.

—No hasta con que tenga la posibilidad de hacer un espejo.

—Pero, ¿cómo puede lucharse contra esas cosas? —preguntó otro hombre—. ¿Qué podemos hacer?

—Ya lo estamos haciendo —dijo llanamente el Domne, como si estuviera seguro de ello—. Todo lo que puede hacerse. Ya lo estamos haciendo.

Sin mirarla a ella, Geraden añadió:

—Simplemente esperemos que dama Terisa esté equivocada. Simplemente esperemos que él nos conceda algo de tiempo. Hoy nos hemos preparado. Mañana encenderé un horno y empezaré a mezclar arena.

Para su propia sorpresa, tanto como la de los demás, Terisa se puso en pie y abandonó la habitación.

No deseaba escucharlo, eso era todo: simplemente, no deseaba escucharlo. Había venido demasiado recientemente de Orison..., de la desconfianza del Castellano y de los ardides de Eremis y de la violencia de Gilbur. No había dormido nada excepto el corto descanso tras su inesperada traslación en el espejo, debajo del Puño Cerrado. Y la sensación de paz dentro de ella era frágil; podía desmoronarse en cualquier momento si se dejaba atrapar por la ansiedad de los defensores de Houseldon, si se dejaba atrapar por su propia preocupación hacia Geraden. Dormir, eso era lo que necesitaba, no toda aquella charla. Por la mañana estaría más dispuesta..., quizá más valiente.

Saludando con la *cabeza a* las sirvientas que encontró por el camino, se retiró a la habitación de Artagel.

Estaba a oscuras. Por un momento pensó en pedirle ayuda a alguien; luego recordó donde estaba una de las lámparas de la habitación: sobre una pequeña mesa junto a la cabecera de la cama. Fue hasta allá a la luz de la abierta puerta, la tomó y la llevó hasta el umbral. Había otra lámpara colgada fuera en la pared; la utilizó para encender la que tenía en las manos. Cuando ardió brillantemente, entró de nuevo en la habitación y cerró la puerta.

Una segunda lámpara encendida con la primera ayudó a llenar la habitación de un confortable resplandor amarillo. Era sorprendente lo agradable que parecía el

camastro de Artagel a aquella luz. Visitó el baño, luego se quitó las ropas y apagó la lámpara que había dejado al otro lado de la habitación. El frío de principios de primavera que flotaba en el aire la animó a meterse inmediatamente en la cama y cubrirse con las sábanas limpias y las suaves mantas.

Inmediatamente supo que había estado en lo cierto: aquello era lo que necesitaba. Tan pronto como su cabeza alcanzó la almohada, la paz dentro de ella pareció crecer e hincharse hacia fuera. Creció a través de toda la casa a su alrededor; alcanzó a Geraden y a los hombres que intentaban planear la supervivencia de Houseldon; alcanzó los profundos cielos y las llanuras del Care hasta llegar a las montañas de Domne.

El silencio y la quietud se extendieron hasta tan lejos en todas direcciones que la arrastraron consigo.

Se quedó dormida con una tan repentina satisfacción que olvidó apagar la lámpara de la mesilla en la cabecera de la cama.

Aquello fue lo que la salvó de poner en pie toda la casa y sentirse innecesariamente avergonzada, aquella lámpara olvidada. En la oscuridad hubiera perdido la cabeza; hubiera gritado.

Por segunda vez en su vida, después de llevar un tiempo dormida, se sintió besada.

Una fuerte boca empezó a mordisquear sus labios; una lengua se deslizó entre ellos, buscando la suya. Una mano lo suficientemente fría como para despertar la atención halló su cadera debajo de las mantas, luego se alzó en una larga caricia a través de su vientre hasta sus pechos. Mientras la lengua sondeaba más profundamente su boca, la mano empezó a jugar con sus pezones.

Abrió bruscamente los ojos. En un rápido atisbo, vio el rizado pelo y los intensos ojos castaños del nombre arrodillado junto al camastro para abrazarla; vio que no era el Maestro Eremis ni el Castellano Lebbick, no era Gilbur ni ningún otro de los que la aterrorizaban. Así que no gritó. En vez de ello, lanzó sus brazos con todas sus fuerzas en un intento de apartarlo de sí.

Uno de sus codos le golpeó de lleno en la clavícula.

Con un gemido ahogado, cayó lejos de ella, despatarrado en el suelo. Sus brazos intentaron proteger los vendajes que cubrían sus costillas y rodeaban su hombro, pero la caída lanzó una fuerte sacudida a través de sus huesos fracturados. Por un momento, su espalda se curvó en auténtico dolor. Luego quedó inerte sobre las planchas del suelo.

Mirándola y jadeando cautelosamente mientras el dolor recedía, murmuró:

—Terisa, ¿qué haces? —Su tono era dolido—. Sólo quería hacer el amor contigo. No necesitas hacerme daño.

Ahora que ella podía ver su rostro, no pudo dejar de observar su parecido con el

resto de los hijos del Domne. A juzgar por sus vendajes, sus astilladas o rotas costillas y clavícula y su crispado rostro, tenía que ser Stead.

Mirándole furiosa, dijo lo primero que pasó por su cabeza:

—Creí que tenías demasiados huesos rotos para levantarte de la cama.

Abandonó los sonidos lastimeros y experimentó en cambio con una sonrisa.

—Así era. Pero eso fue antes de que te viera en el pasillo..., al otro lado de mi puerta. Así que aguardé hasta que todo el mundo estuvo dormido. Entonces lo intenté. Supongo que un hombre puede soportar casi cualquier cosa si desea algo con la fuerza suficiente.

Cuando ella no respondió, preguntó:

—¿Por qué no me ayudas a levantarme? Me duele de veras, y el suelo es duro.

Afortunadamente, llevaba unos ligeros pantalones de dormir debajo de sus vendajes. Si hubiera estado desnudo, quizá Terisa hubiera tenido problemas en mantener su compostura. Bajo las circunstancias, sin embargo, fue *capaz* de mirarle directamente y decir:

—Si intentas ponerte en pie, voy a patearte de tal modo que preferirás no haberlo hecho.

Pero, tan pronto como lo hubo dicho, casi se echó a reír. En una ocasión había amenazado con patear a Geraden. De hecho, lo *había* pateado. Para obligarle a dejar de disculparse.

—Eso no es amable de tu parte —protestó Stead. Su expresión fue lúgubre por un momento. Pero luego se le ocurrió otro pensamiento, y sonrió—. Por otra parte, puede que valga la pena. No podrás salir de esta cama para patearme sin dejarme ver cuál es tu aspecto. Por tu forma de caminar, apostarí a que debe ser glorioso. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Nunca he sido rechazado por una mujer que me haya permitido ver aunque sea sólo un atisbo de sus pechos.

—En ese caso —su deseo de reír se estaba haciendo más fuerte—, no te patearé. No voy a salir de la cama. —Stead se parecía sorprendentemente a Geraden cuando intentaba hacer una imitación del Maestro Eremis..., con un éxito limitado. Manteniéndose cuidadosamente cubierta con sus mantas, se sentó y señaló la lámpara—. Me limitaré a arrojar aceite encendido sobre ti.

Stead no pareció tomarse muy en serio su amenaza.

—No, no lo harás.

Con un esfuerzo por dominar su regocijo, ella le miró con ojos llameantes.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Realmente no deseas hacerme daño. —Sin ninguna arrogancia en absoluto, explicó—: Lo que realmente deseas es un hombre.

Ella le observó fijamente.

—¿De veras?

Él asintió.

—Todas las mujeres lo desean. Para eso están los hombres y las mujeres. Primero se desean unos a otros. Luego se meten en la cama y disfrutan unos de otros.

Aquello sonaba peligrosamente plausible. Contraatacó preguntando:

—¿Qué hay con Geraden? Después de todo, es tu hermano. Y yo vine aquí con él. ¿No lo consideras un hombre?

—Ah, Geraden. —La sonrisa de Stead pareció genuinamente llena de afecto—. Por supuesto que lo considero un hombre. Si deseas mi opinión, es el mejor de todos nosotros. Oh, no es ni la mitad de granjero que Tholden. No es ni la mitad de pastor que Wester. No es ni la mitad de espadachín que Artagel. Y, por supuesto, no sabe nada de mujeres. Pero sigue siendo el mejor.

»Pero no es ése el asunto, ¿verdad? —prosiguió retóricamente. Era notable la poca arrogancia que había en él, su poca presunción de superioridad. No disminuía a nadie—. El asunto es: *tú* no lo consideras un hombre.

Terisa abrió mucho la boca. La cerró con un esfuerzo. Bruscamente, la situación había dejado de ser divertida.

—¿Yo no lo considero un hombre?

—Viniste aquí con él. Adora cada centímetro de ti. Si creyeras que es un hombre, en estos momentos estarías en su habitación. —Nada en el tono de Stead sugería la más ligera crítica hacia Geraden..., o hacia ella. Su visión de la situación era esencialmente impersonal—. Tiene que haber alguien más a quien desees.

Reteniendo su mirada, empezó a levantarse con lentitud del suelo. Cada movimiento era evidentemente doloroso para él, pero el dolor no hacía más que acentuar la atracción en sus ojos.

—Creo que me desees a mí —murmuró—. *Yo* ciertamente *te* deseo.

Había algo del Maestro Eremis en la forma en que la miraba, una intensidad de interés que hipnotizaba. Y tenía distintas ventajas sobre el Maestro. No la disminuía. No haría nada cruel.

—Empecé a desearte tan pronto como te vi —dijo, asentando los pies bajo su cuerpo—. Tus labios gritan pidiendo besos. Pechos como los tuyos deben ser acariciados hasta que cedan todas sus bendiciones. El lugar de pasión entre tus piernas arde por ser penetrado. Terisa, te deseo. Quiero gozar en ti hasta que tu goce sea tan grande como el mío.

De pie pese a la forma en que le dolían sus costillas y clavícula, avanzó suavemente hacia ella.

Tenía algo del magnetismo del Maestro Eremis. Y su deseo era menos amenazador que el del Maestro.

Al mismo tiempo, la obligaba a pensar en Geraden.

Si pensaras en él como un hombre...

Dejó caer las mantas. Los ojos de Stead se iluminaron y tendió la mano hacia ella, pero ella lo ignoró. Apartando su brazo, abandonó la cama y cruzó la habitación hacia sus ropas.

—¿Terisa?

La falda y la blusa que Quiss le había dado no eran lo bastante cálidas para alejar el frío. Pero servirían por ahora; no quería perder tiempo buscando una alternativa. Y las botas ayudaban.

Stead avanzó tras ella, apoyó las manos en sus hombros.

—¿Terisa?

Ella se volvió para mirarle de frente.

—Llévame a la habitación de Geraden.

Él frunció el ceño, desconcertado.

—¿La habitación de Geraden? ¿Por qué quieres ir allí? Él no te desea. Cree que sí, pero en realidad no es cierto. Si te deseara, ahora estaría aquí.

Terisa sacudió la cabeza; conocía a Geraden mejor que eso.

—Stead —dijo suavemente—, no voy a amenazarte. No voy a patearte..., o a arrojarte fuego por encima. Simplemente, no te deseo.

»Llévame a la habitación de Geraden.

Stead la miró parpadeante.

—No lo dices en serio.

Procurando no hacerle daño, ella le rodeó y se dirigió hacia la puerta. Fuera, las lámparas habían sido apagadas. Regresó a la mesa junto a la cabecera de la cama y tomó la suya.

—Ponte cómodo —dijo—. Si quieres, puedes dormir aquí. No volveré.

Estaba fuera y había empezado a cerrar la puerta a sus espaldas antes de oírle jadear:

—Terisa, espera. —Acudió tras ella, arrastrando los pies.

Sus heridas le impedían caminar rápido; necesitó unos instantes para alcanzarla. Se apoyó en la puerta e hizo una pausa para descansar. Su expresión no tenía sentido para ella. Tras la tensión del movimiento, parecía más triste de lo que ella había esperado..., y más feliz.

—Quiss siempre me rechaza —dijo, respirando cuidadosamente—. No lo comprendo. He intentado decirle lo mucho que la deseo. Eso es todo lo que importa. Pero ella siempre me rechaza.

»Tengo que admitir, sin embargo —gradualmente, la felicidad fue apoderándose de sus rasgos— que realmente me hace pensar bien en Tholden.

»La habitación de Geraden está por este lado. —Sonriendo, señaló pasillo abajo.

Ahora ella halló fácil devolverle la sonrisa. Para ayudarle a caminar, deslizó su brazo por su cintura. Esto pareció confundirle..., pero por supuesto no tenía ninguna

forma de saber lo mucho que había mejorado en comparación con el Maestro Eremis. En cualquier caso, dejó que ella le ayudara, y recorrieron el pasillo como viejos amigos.

Pasados dos recodos y un largo pasillo, Stead se detuvo frente a otra puerta.

—Aquí —murmuró suavemente. Luego pasó su brazo por la cintura de ella y la abrazó suavemente. Rozando su oreja con la boca, susurró—: ¿Estás segura de que no preferirías venir conmigo? No importa lo mucho que te adore, no puede desearte más de lo que te deseo yo.

Suavemente, ella se soltó.

—Vete —respondió, tan amablemente como le fue posible—. Esto es demasiado importante.

Él suspiró; asintió; agitó desconcertado la cabeza. Pero no discutió. Un poco reluciente, se dio la vuelta y echó a andar con lentitud por el pasillo, sujetándose protectoramente las costillas con los brazos.

Ella aguardó hasta que hubo desaparecido de su vista tras un recodo. Luego, antes de que tuviera oportunidad de perder su valor, alzó la aldaba y se introdujo en la habitación.

A la luz de la lámpara vio que Stead la había conducido al lugar correcto. En la amplia cama contra la pared del fondo, Geraden dormía despatarrado entre las mantas. A juzgar por las apariencias, había perdido la feroz lucha contra ellas; ahora yacía derrotado, roncando ligeramente sobre el campo de batalla.

Dormido, su rostro había perdido su amarga dureza, el hierro de la desesperación. Parecía joven y vulnerable, e inexpresablemente digno de amor. Deseó acudir inmediatamente a su lado y rodearlo con sus brazos, apretarlo contra su corazón, apartar de él todo lo que le hacía daño. Al mismo tiempo, deseaba dejarle dormir..., permitir que descansara y soñara hasta que todas sus aflicciones estuvieran curadas. Cerró la puerta suavemente tras ella para no molestarle.

Pero la lámpara lo despertó. No se sobresaltó ni saltó fuera de la cama; simplemente abrió los ojos, y la luz amarilla se reflejó en ellos. Sin transición, ya no pareció joven o vulnerable. Pareció seguro de sí mismo y mortífero, como un predador herido.

El Maestro Eremis había comprendido desde un principio lo peligroso que era Geraden. Inmediatamente, la *política* del Maestro con respecto a él quedó clara a sus ojos.

—Geraden —murmuró, con una repentina confusión—. Lo siento, no quería despertarte. O supongo que sí. No sé por qué vine. No podía permanecer lejos.

Entonces, compasivamente, él se sentó, y el cambio de su posición cambió la forma en que sus ojos reflejaban la luz. Volvió a ser el Geraden que ella conocía: duro y dolido, cerrado como un puño en torno a las fuentes de su dolor; pero pese a todo

humano, precioso para ella.

Inspiró profundamente para reafirmarse.

—Hay tantas cosas de las que necesitamos hablar.

Como Stead, iba vestido tan sólo con unos pantalones de dormir; al parecer, no sentía el frío tanto como ella. No saltó de la cama ni tendió la mano hacia ella. Sin embargo, cuando habló, su voz sonó como la voz que ella recordaba: capaz de ternura; accesible al dolor o a la esperanza.

—Después de cenar..., después de que te marcharas, fui a ver a Minick. Deseaba disculparme por haberle gritado. La gente no debería gritarle, aunque él nunca se enfada por ello.

»¿Sabes lo que me dijo? Dijo: "He pasado la tarde con tu Terisa. Es agradable. Si la haces infeliz, no volverás a ser bienvenido en mi casa". Minick ha dicho eso, mi pacífico hermano que nunca se pone furioso.

Geraden se encogió de hombros.

—No le dije que ya te he hecho infeliz.

—No —respondió ella de inmediato—, eso no es cierto. —Reaccionando demasiado rápidamente—. ¿Cómo puedes decir eso?

Él la miró impassible.

—Te miro, Terisa. Veo la forma en que tú me miras.

—¿Y qué es lo que ves?

Él sostuvo sus ojos, pero no respondió.

—Me gusta tu familia —protestó ella—. Me siendo confortable en Houseldon. Desde que me propusiste abandonar mi antigua vida, has hecho más por hacerme feliz que ninguna otra persona que jamás haya conocido. ¿Cómo puedes...?

Se detuvo. Hubiera sido agradable si hubiera un fuego en aquella habitación: necesitaba una fuente externa de calor. La oscuridad más allá de la luz de la lámpara parecía llena de pesar. Haciendo un esfuerzo especial por hablar calmadamente, prosiguió:

—Geraden, creo que probablemente hubiera podido hacer que ese espejo me trasladara a cualquier lugar. A cualquier lugar que pudiera visualizar..., cualquier sitio lo suficientemente vivido en mi mente. —Y acabo de venir de Stead. Él tocó mis pechos. Deseaba hacer el amor conmigo—. ¿Por qué crees que estoy aquí?

Los ojos de él no vacilaron.

—Estás aquí porque piensas que estoy equivocado. Piensas que debería haberme quedado en Orison para luchar. Piensas que todavía hay cosas que puedo hacer contra Eremis.

Mientras él decía eso, ella supo repentinamente que tenía que ser muy cautelosa con él. Quizás era cierto que se había convertido en hierro. Pero el hierro era quebradizo; podía partirse. Se estaba culpando a sí mismo... Sintió deseos de

exclamar: Oh, Geraden, ¿te *culpas* a ti mismo? ¿Por Eremis y Gilbur? ¿Por el Castellano? ¿Por Nyle y Quiss? ¿Te estás *culpando* a ti mismo porque algunas de las mejores mentes a tu alrededor trabajaron tan duramente para impedirte comprender tu talento? Pero no podía decirle nada de esto. Él simplemente se alejaría. Más que nunca, no podía soportar la idea de que él se alejara.

Suavemente, preguntó:

—¿Por qué crees que pienso que estás equivocado?

—Te lo dije. —La gentileza había desaparecido de su voz—. Puedo verlo en tus ojos.

—¿Qué ves? —insistió ella—. ¿Qué es lo que ves en mis ojos?

Por un largo momento, él vaciló. Luego dijo con brusquedad:

—Dolor.

Ella pensó que tal vez se sintiera mejor si le golpeaba. Tal vez se sintiera mejor si lo rodeaba con sus brazos. Sin embargo, permaneció donde estaba, con la espalda contra la puerta, sujetando la única luz en la habitación.

—Así es como sé que soy real. El Maestro Eremis dice que fui creada por tu espejo, pero eso no puede ser cierto. Si no existiera, no podría sentir dolor.

—Terisa. —Geraden tragó dificultosamente saliva. Ella le había alcanzado: creyó poder ver el dolor agitarse tras las rígidas líneas de su rostro—. Nadie dice que tú no existas. Ni siquiera el Maestro Eremis. Estás aquí. Eres real. Todo lo que haces tiene consecuencias. La cuestión es: ¿Eras real antes de que yo te trasladara?

Automáticamente, ella deseó preguntar: ¿Has cambiado de opinión? ¿Sigues pensando que era real..., allá donde me encontraste? Pero sumergió esas preguntas en lo más hondo de ella misma.

—Tengo que haberlo sido —dijo. El Rey Joyse le había dicho que *razonara*—. Si el lugar del que vine sólo fue creado por el espejo en el que me viste, entonces eso tiene que ser cierto para todos los espejos, para cualquier Imagen. Así que, cuando miras a un espejo plano, realmente no ves un auténtico lugar. Ves una copia creada de un lugar auténtico. Así que, cuando me trasladé yo misma a la Imagen del Puño Cerrado, no hubiera debido llegar a un auténtico lugar. Hubiera debido llegar a la copia..., una copia distinta de la que llegaste tú. Hubiera debido dejar de ser real hasta que alguien me trasladara de nuevo fuera.

»¿No es eso correcto?

La luz de la lámpara era imprecisa, pero creyó ver el asomo de una sonrisa en las comisuras de su boca. Las sombras allá se fueron haciendo más profundas a medida que la escuchaba. La visión hizo que su corazón se acelerara un poco.

—Eso es cierto —admitió él—. Me hubiera gustado elaborar yo mismo esa argumentación. Pero no creo que sea suficiente. Eremis se limitaría a decir: Es por eso por lo que las traslaciones a través de un espejo plano producen locura. La única

traslación que puede hacerse con seguridad es una entre el mundo real y una Imagen creada. La realidad es demasiado poderosa para tolerar las manipulaciones de la Imagería. —Pese a su tensa condición, empezaba a sonar más como su antiguo yo mientras hablaba..., más como si estuviera interesado en la discusión por su propio bien—. Así que, cuanto más cerca está una Imagen creada de la realidad, más peligrosa se vuelve. Y cuando la Imagen copia la realidad, la realidad toma precedencia. Rasga la traslación de la Imagen, y la fuerza de esa distorsión es lo que causa la locura.

Ella se aferró al cambio en el tono de su voz, esperó a que continuara. Casi inmediatamente, sin embargo, él se cerró de nuevo.

—Terisa, no puedes acudir aquí en medio de la noche para debatir la ética de la Imagería.

—¿Es eso cierto? —Apenada al notar que el lado de él que deseaba alimentar se deslizaba hacia un lado, cometió un error—. Para ti es sólo un debate. Para mí es mi vida. No puedo extraer sentido de quién soy a menos que sepa la verdad.

Inmediatamente supo que se había equivocado: su mirada se desvió de la de ella; sus ojos se llenaron de sombras. No necesitaba que le recordaran que había otra gente que sufría: ya era demasiado sensible a ello; ya creía que la había hecho a ella infeliz. Pero Terisa se negó a retroceder. Había ido demasiado lejos para retirarse. En vez de ello, cambió de táctica.

—Si yo no era real hasta que tú me sacaste de ese espejo tuyo, ¿cómo me he convertido en una archi-Imagera?

Él no alzó la cabeza. Con voz ahogada, dijo:

—Sabes que yo no creo en eso. Es Eremis, no yo.

Inesperadamente furiosa, ella atacó:

—Despierta. ¿De qué crees que estamos hablando aquí? —Depositó la lámpara en una mesita cercana para tener las manos libres, como si se estuviera preparando para pelearse con él—. ¿Por qué crees que quién soy y de dónde vengo importa? Lo que él cree va a afectar todo lo que nos haga a los dos.

»Dime cómo me convertí en una archi-Imagera.

Ahora Geraden alzó los ojos. Estudiándola atentamente —y manteniéndose completamente inmóvil, como si temiera lo que ella podía hacer si se movía—, respondió:

—Yo te creé. Cuando modelé mi cristal, te hice. —Casi silenciosamente, contuvo el aliento ante la sorpresa y el reconocimiento; las implicaciones lo cogieron por sorpresa—. Tengo la capacidad de crear archi-Imageros.

—No sólo archi-Imageros —corrigió ella por él—. Archi-Imageros que pueden desviar espejos de la misma forma que tú lo haces, archi-Imageros que pueden efectuar traslaciones que no tienen nada que ver con lo que ves en la Imagen.

—Podría crear todo un ejército de ellos. Todo un ejército de Imageros tan poderoso como Vagel. Él no tendría ninguna oportunidad. —La miró..., a ella, y a las ideas que proponía, y murmuró—: No me sorprende que me quiera muerto.

—Y eso no es todo. —Aferrándose a todo su valor, Terisa corrió el riesgo—. ¿Cómo sabe él que no tienes ningún espejo aquí?

Geraden echó la cabeza bruscamente hacia atrás, la miró con sorpresa o desánimo.

—¿Qué...?

—¿Cómo sabe él... —se obligó a sí misma a completar el pensamiento, pese a que la expresión de Geraden la hacía sentir que estaba consiguiendo precisamente lo opuesto de lo que deseaba— que no estás atareado creando un ejército de archi-Imageros en estos momentos?

Aquellas palabras lo horrorizaron. Vaya placer. Todo lo que ella deseaba era ayudarle —consolar o animar al Geraden que se había perdido y se había convertido en hierro— y, ¿qué había conseguido? Horror. Por un momento, se sintió tan impresionado que la luz de la lámpara lo hizo parecer tan pálido como huesos. Luego saltó fuera de la cama, corrió hacia ella y la sujetó por los hombros, gruñó entre dientes como si estuviera reprimiendo un gemido.

—Tengo que salir de aquí.

Ella le miró torpemente.

—Él enviará todo lo que pueda conseguir tras de mí. Si me atrapa aquí, reducirá Houseldon a escombros para atraparme.

Tenía que decirlo. Había ido demasiado lejos para echarse ahora atrás. Y éste era el punto fundamental, ¿no? La razón de que ella hubiera suscitado el tema. Claramente, observó:

—Lo intentará igual, no importa lo que tú hagas.

Él la miró, abrumado.

—Sabe que estás aquí —dijo ella—. Pero no lo sabrá cuando te marches. A menos que tenga un espejo que le permita verte aquí. Si huyes, él no lo sabrá hasta que haya destruido Houseldon buscándote.

»Yo hice eso. —Por un momento, sus ojos se llenaron de lágrimas. Parpadeó ferozmente para apartarlas—. Es culpa *mía*. Cuando le dije haber visto el Puño Cerrado en tu espejo, te delaté.

»Tú no sabías que venías aquí. Se lo dije a él, pero no te lo dije a ti. Tú simplemente intentabas escapar..., y esperabas no terminar en algún lugar desde el que no pudieras volver. Él tiene que destruir Houseldon para detenerte, y yo lo puse sobre tu pista.

Geraden, no es *culpa* tuya. Nada de esto es *culpa* tuya.

El rostro de él estaba muy cerca del de ella, sus dedos estaban clavados en sus

brazos; pero Terisa no podía leer su rostro. Su pasión formaba parte de su cráneo, se hallaba definitivamente debajo de sus rasgos; sin embargo, la carne que lo cubría estaba tan tensa que no podía distinguirlos.

Cuando habló, sin embargo, su voz la sacudió tan duramente como si la hubiera arrojado contra la pared. Era fuerte, compulsiva; tenía el poder de ordenarle.

—Terisa, gente a la que he conocido y amado toda mi vida van a morir porque yo vine aquí.

Juro que nunca dejaré que nadie a quien he amado muera de nuevo.

Pero no había nada que él pudiera hacer. Houseldon estaba ya tan bien preparado para defenderse como le era posible. Era impotente para salvarlo todo o a todos. Porque necesitaba tanto de ella, Terisa no lloró ni se disculpó ni se defendió ni se puso furiosa. Se enfrentó directamente a él y dijo:

—Creo que probablemente te sentirías mejor si me golpearas.

Él parecía como a punto de hacerlo: estaba lo suficientemente furioso o desesperado como para golpear algo.

—¿Por qué no me lo *dijiste*?

Ella agitó lentamente la cabeza. Al menos él ya no estaba cerrado. Al menos había conseguido esto. E incluso la furia era preferible a aquel rígido aislamiento, aquel mudo dolor.

—No es eso lo que importa —contraatacó—. No, no es eso. Cometí un error, eso es todo. No sabía lo importante que es todo esto. —Y más tarde se había sentido tan avergonzada por su sumisión al Maestro Eremis que había hallado imposible hablar—. Lo importante es que *tuve* una posibilidad. —Parecía absurdo hablar tan calmadamente cuando él se hallaba presa de una tal aflicción. Parecía absurdo preferir la furia de alguien—. Hubiera podido ir a cualquier parte. —Al mismo tiempo, su propia miseria empezó inexplicablemente a convertirse en otra cosa, en algo que tenía un loco y sorprendente parecido a la alegría. Podía alcanzarle..., podía ponerle furioso. Gracias a eso, todo lo demás era posible—. *Elegí* venir aquí.

»Geraden, escúchame. ¿Por qué te opones a que yo *eligiera* venir aquí?

Estaba tan furioso, tan asustado por su hogar y su familia y sus amigos, que apenas podía contenerse. Involuntariamente, mostró los dientes. Sin embargo, seguía siendo Geraden, seguía siendo el hombre que siempre había hecho por ella todo lo que había podido imaginar. Jadeando ante el esfuerzo que hizo por contenerse, dijo:

—Dímelo tú. ¿Por qué?

—No. —Agitó de nuevo la cabeza—. Vamos, piensa en ello. ¿Por qué vine aquí? A través de su pasión, él jadeó:

—No sabías ningún otro sitio donde ir. Para escapar.

—*No*. Oh, vamos, *piensa*. Hubiera podido ir a cualquier parte. El Príncipe Kragen se hubiera alegrado de tenerme. Todo lo que tenía que hacer era trasladarme fuera de

los muros de Orison. A cualquier lugar fuera de sus puertas.

Ahora lo había atrapado. Era extraño todo el poder que tenía sobre él. Sus errores podían dar como resultado la completa destrucción de aquel hogar y aquella familia: las razones de Geraden para sentirse ultrajado eran así de fuertes. Y, sin embargo, se sentía impulsado a intentar comprenderla.

No la soltó, pero sus dedos dejaron de clavarse en sus brazos. Con menos furia, dijo:

—Deseabas advertirme.

—Sí. —No sonrió; sin embargo, la inexplicable alegría en ella empezó a cantar—. Deseaba advertirte.

»¿Por qué crees que me molesté? ¿Por qué supones que me importa lo que ocurra aquí? No conocía a tu familia. Nunca había estado aquí antes. ¿Por qué supones que estaba dispuesta a venir aquí y enfrentarme a ti cuando sabía que era culpa mía el que todos estuvierais en peligro..., cuando sabía que tú tenías todas las razones del mundo para sentirte furioso conmigo o incluso odiarme y no había nada que yo pudiera hacer para cambiar eso?

Oh, lo había atrapado. Lo tenía. Deseaba gritarlo en voz alta: lo *tenía*. Ahora ya no era hierro, cerrado y amargo. Su furia había recedido. La escrutaba intensamente: perplejo, casi atónito; fundamentalmente desconcertado por ella; alcanzado por la esperanza.

—*Piensa* en ello —murmuró ella, para impedirle exultar.

Él abrió la boca, pero no brotó ninguna palabra.

—Idiota. Lo hice porque te quiero.

Entonces alzó los brazos y rodeó su cuello y se izó de puntillas para besarle.

Él necesitó unos momentos para recuperarse del shock. Afortunadamente, no le tomó mucho. Antes de que ella pudiera liberar la excitación que cantaba en su interior, él la atrajo hacia sí y le devolvió su beso, como si su respuesta llegara desde lo más profundo de su alma.

La tela de sus pantalones de dormir era tan delgada que ella no pudo llamarse a engaño acerca de lo que él sentía por ella, pese a su inexperiencia. Le besó durante largo tiempo mientras los brazos de él se apretaban en torno a ella. Luego se apartó de su abrazo y empezó a desabrocharse la blusa.

Los ojos de él se oscurecieron, como si ardieran con sombras. Un poco torpemente, ella se sacó las botas de sendas patadas. Cuando deslizó la blusa de sus hombros y dejó caer su falda, él contuvo el aliento. Incluso el pelo de su cabeza parecía arder con deseo.

Bruscamente, dejó caer sus pantalones y la llevó a su cama.

Fue casi devoto en la forma en que la besó y acarició, desgarrado entre la maravilla y la alarma, como si la deseara tanto que no pudiera creer en sí mismo.

Como resultado de ello, fue tentativo, cuando ella lo que más deseaba era que fuese seguro. El Maestro Eremis tenía razón. Durante la breve estancia del Maestro en las mazmorras, después de que la Cofradía llamara al campeón, le había dicho: *Cada vez que piensen en otro hombre, recordarás mis labios sobre sus pechos*. Eso era cierto: el contacto de Geraden le recordó el del Imagero..., su seguridad, su voluntad de tomar completa posesión de ella.

Y, sin embargo, Geraden transmitía una intensidad que la emocionó profundamente. Tuvo la sensación de que había pasado la mayor parte de su vida aguardando aquel momento en la cama con él. Podía hacerlo con seguridad. Aprenderían juntos todo lo que necesitaban saber.

Pero las cosas fueron mal, de la forma que todo iba mal con él. Había descubierto su talento para la Imagería demasiado tarde, cuando ya no era *capaz* de hacer nada con él. Ahora descubrió el amor de ella por él demasiado tarde, la retuvo entre sus brazos demasiado tarde: había perdido la habilidad de hacer nada con ella. Quizá su propia inexperiencia lo hizo demasiado ansioso. Quizá no podía dejar de preocuparse acerca de Houseldon y su familia. Ella no estuvo segura de cuál era la razón..., y en cierto sentido no le importó. Le importó solamente que él maldijera para sí y rodó alejándose de ella, y se quedó tendido de espaldas con los puños apretados a sus costados y los músculos agarrotados, intentando convertirse de nuevo en hierro.

Ella lo observó encerrarse de aquel modo fuera de ella, y su alegría empezó a desmoronarse. Por un momento sintió deseos de echarse a llorar.

Luego tuvo una idea.

Con la yema de un dedo acarició la dura línea de su mandíbula.

—¿Sabes una cosa? —dijo, como si estuvieran prosiguiendo una conversación casual, incluso banal—. Acabo de pensar en una razón para creer que soy auténticamente real.

—Yo ya lo creo —murmuró él, desde el lado opuesto del mundo—. Lo sabes bien.

—Pero no sabes por qué —contestó ella alegremente—. Ése es el problema contigo. No tienes suficientes razones. Sólo tienes «intensos sentimientos»..., lo haces todo por la fe.

»Te daré una razón.

»La gente como Eremis dice que fui creada por la Imagería. Salí de ti y de tu talento cuando hiciste aquel espejo. Pero, si eso fuera cierto, ¿no crees que habrías creado a una mujer con la que pudieras hacer más fácilmente el amor?

Le cogió tan por sorpresa que no pudo impedirlo. Tan inesperadamente como un grito, estalló en una carcajada.

Inmediatamente después de echarse a reír, perdió el control.

—Eso es perfecto —jadeó, entre accesos de risa—. Me siento tan confuso que no

puedo imaginar ni mi propio talento. No puedo ayudar a mi familia. O a mi Rey. O a la mujer a la que amo. Pero eso no es suficiente para mí. No me siento satisfecho sólo con eso.

Brevemente, ella oyó una nota de histeria en la risa de él, y casi se sumió en el pánico. Pero el simple acto de reír parecía eliminar el pesar y la autocompasión de él; cuanto más reía, más se relajaba.

—No. Me siento tan confundido, que cuando creé a una mujer a la que amar la hice tan perversa que ella accidentalmente traiciona toda mi vida. Entonces desea irse a la cama conmigo cuando estoy tan asustado que apenas puedo pensar.

»No necesito enemigos. Tan pronto como deje de reír, voy a matarme.

»Oh, Terisa.

Pronunció su nombre como si le doliera en lo más profundo. Rodó de nuevo hacia ella, apoyó las manos en sus mejillas para sujetar su rostro y empezó a besarla de nuevo.

Incuestionablemente, sus besos carecían de la firme pasión de los del Maestro Eremis. Pero eran dulces y apremiantes, como la recordada llamada de los cuernos. Y, cuando ella recordó los cuernos, la música volvió a su interior.

Esta vez, todo fue bien.

Fue bien hasta casi el amanecer. Cuando finalmente se durmió, siguió aferrada a él como una promesa de que nunca iba a dejarle marchar.

Al amanecer, la casa empezó a agitarse a su alrededor; pero ella y Geraden siguieron durmiendo.

Afortunadamente, Houseldon no confiaba en Terisa y Geraden para la vigilancia. Cuando se produjo el ataque, los hombres de guardia lo divisaron de inmediato y dieron la alarma.

Los gritos resonaron como gemidos entre las casas y las tabernas, los establos y los graneros. Tan pronto como pudieron saltar de sus camas, los hombres abandonaron sus casas, aferrando horcas y guadañas, almadenas, cuchillos y sierras, simples mazas, alguna espada ocasional, y más de un arco de caza. Los seis arqueros entrenados del Domne ocuparon casi inmediatamente sus posiciones de mando en torno a la empalizada. Pidiendo a gritos sus muletas, el propio Domne se arrastró fuera de sus revueltas ropas de cama.

Tholden iba por delante de su padre. La verdad era que había estado demasiado preocupado como para dormir. Después de intentar descansar inútilmente hasta después de medianoche, se había levantado y se había vestido. Si Quiss no lo hubiera contenido, hubiera salido a recorrer la empalizada sin ninguna finalidad. Pero ella le había obligado —casi por la fuerza— a sentarse y beber de un frasco de vino; le había masajeados los agarrotados músculos de su cuello y hombros y espalda hasta que le dolieron las manos; había hecho el amor con él. Después de eso, él fingió

dormir hasta que ella abandonó su guardia. Entonces saltó de nuevo de la cama.

Estaba en la habitación delantera, removiendo el fuego, cuando oyó la alarma. Rugiendo con una voz que no estaba hecha para arrastrar furia o violencia, salió de la casa. Por un segundo giró sobre sí mismo, intentando localizar de qué dirección venía la alarma. Luego echó a correr, con su barba agitándose en la brisa del amanecer.

Terisa despertó de golpe, sobresaltada más por la forma en que Geraden estalló fuera de la cama que por los gritos. Pareció vestirse en un parpadeo mientras ella luchaba por seguirle, por atraparle; tenía abierta ya la puerta antes de que ella empezara a abrocharse su blusa.

No obstante, lo alcanzó. Fuera en el pasillo, Geraden tropezó con Stead y tuvo que detenerse para alzar a su herido hermano del suelo. Stead se aferró a él por un momento.

—Dame un cuchillo —jadeó—. No puedo correr a ninguna parte. Pero puedo luchar aquí si hay que hacerlo.

—Se lo diré a Quiss —respondió Geraden mientras se alejaba.

Con Terisa a su lado ahora, alcanzó la habitación delantera, le gritó el mensaje de Stead a Quiss, luego salió corriendo de la casa.

—¿Dónde? —preguntó al primer hombre que encontró.

El hombre parecía demasiado asustado como para tener ninguna idea de lo que estaba haciendo.

—Al oeste.

—Al oeste —murmuró Geraden, pensando intensamente—. Así que no son soldados. Los soldados vendrían del norte. Del nordeste.

Terisa vio lo que quería decir con aquello; pero su corazón latía demasiado fuerte en su garganta, no podía hablar.

—Eremis está enviando Imagería contra nosotros.

Ella asintió. Corrieron hacia el oeste por entre los edificios.

Todo el mundo corría hacia el oeste. Las instrucciones de Tholden a Houseldon habían sido explícitas: mujeres y niños en casa; todo el mundo que fuera demasiado joven o demasiado frágil o estuviera demasiado enfermo para luchar, que se quedara en casa. Desgraciadamente, la gente de Domne había perdido la costumbre de recibir órdenes. Las calles estaban atestadas con gente que no debería estar allí. Algunos de los hombres que estaban preparados o equipados o al menos decididos a luchar tenían dificultades en abrirse camino por entre la multitud.

Pero Tholden había respondido a la alarma tan rápidamente que estaba ya a la cabeza de la gente; no sabía que estaba siendo imperfectamente obedecido. Alcanzó el puesto de guardia y trepó a la plataforma donde estaba de guardia el hombre que había lanzado la alarma a tiempo para ver claramente el conjunto del ataque.

Acudieron sin un sonido, excepto el rumor de sus patas y el seco murmullo de su

respiración: extraños lobos con enhiestas espinas en sus curvados lomos, una doble hilera de colmillos en cada babeante mandíbula, y algo parecido a la inteligencia en sus alocados ojos. Sólo unas cuantas docenas de ellos, pensó Tholden cuando los divisó. Los suficientes para diezmar una manada de ovejas. O aterrorizar una granja. Pero no los suficientes para amenazar Houseldon. No iban a conseguir pasar la empalizada.

Entonces el líder de la manada saltó a la pared.

El lobo pareció dirigirse directamente contra él. Saltando al menos dos metros y medio en el aire, pasó sus patas delanteras por encima de la empalizada. Mientras sus patas traseras se agitaban para hallar el apoyo de la madera, sus mandíbulas se tendieron hacia su rostro.

Por un instante más horrible que cualquier cosa que hubiera imaginado nunca, Tholden fue incapaz de moverse. Era un granjero, no un soldado: no sabía nada de lucha. En lo más profundo de su corazón, siempre había creído que había algo secretamente loco en la gente como Artagel, que iba a la batalla con feroz alegría. Los hombres de pie en la plataforma con él retrocedieron. Uno de los arqueros se apresuró a alzar su arco. Pero Tholden simplemente fue incapaz de moverse.

Entonces, una ardiente baba salpicó su rostro mientras los colmillos se le acercaban, y algo dentro de él se disparó. Aunque nunca pensaba en ello, era prodigiosamente fuerte, y su fuerza vino a su rescate. Adelantó bruscamente las manos, agarró al lobo por la garganta, y lo empujó con todas sus fuerzas hacia atrás.

Cayó entre el resto de la manada, rompiendo la carga, impidiendo que los lobos que venían tras él reunieran el impulso suficiente para saltar. La manada estalló en gruñidos..., un sonido ronco y rojo, ávido de sangre. Las mandíbulas chasquearon. Luego los lobos giraron en redondo para recobrar impulso y saltar.

—¡Arqueros! —gritó desesperadamente el hijo del Domne—. ¡Arrojad algunos dardos contra esas cosas! ¡Si saltan por encima de la empalizada...!

No fue lo bastante rápido. Tres lobos estaban saltando ya, cuatro, seis. Y, en vez de atacar directamente el puesto de guardia, se lanzaron hacia una parte de la empalizada donde no había defensores inmediatos.

Se sintió abrumado al darse cuenta de que aquellas bestias sabían lo que estaban haciendo. El momento en que eran más vulnerables era cuando intentaban cruzar por encima de la empalizada..., así que para hacerlo se situaban fuera del alcance de los defensores.

Pero una flecha se enterró con un ruido sordo en el pecho del lobo más cercano. Cayó, escupiendo sangre. Mientras el arquero cogía otra flecha, alguien debajo de la plataforma arrojó una hachuela que se hundió profundamente en medio de un par de brillantes y alocados ojos. Alguien más intentó usar una horca como si fuera una jabalina; sus aguzadas púas fallaron, pero el lobo se vio obligado a retroceder.

Tres abatidos.

Los otros tres cruzaron la empalizada.

Tholden vio a un granjero arrojar un hacha y fallar..., lo vio caer con la garganta destrozada tras una dentellada aparentemente sin esfuerzo del lobo. Afortunadamente, el hombre que estaba a su lado dejó caer un fuerte golpe con una maza, y el lobo se tambaleó. Mientras la bestia estaba aún vacilando sobre sus patas, un largo arco de una hoz lo abrió en canal.

Los defensores llegaban tan rápidamente como se lo permitían las estrechas calles y la multitud. El segundo lobo que consiguió cruzar la empalizada se acurrucó entre dos mozos de cuadra —que casi se descerebraron mutuamente intentando golpearle—, destripó al mejor panadero de Houseldon antes de que éste pudiera alzar las manos, luego se arrojó hacia un grupo de muchachitos que habían escapado de sus madres. Pero cayó al suelo cuando una antigua espada en manos de un viejo que recordaba las viejas guerras se clavó profundamente entre las espinas que protegían su lomo.

El tercer lobo recibió una flecha en sus cuartos traseros de un joven y aterrorizado aprendiz de arquero. Mientras se estremecía de dolor, mató al joven, mordió la mano de otro hombre a la altura de la muñeca cuando éste intentó apuñalarlo con un cuchillo, luego echó a correr por entre los callejones hacia el corazón de Houseldon.

Al mismo tiempo, más lobos saltaron al ataque.

Sólo unas pocas docenas de ellos, pensó Tholden. Sintió deseos de arrancarse los pelos.

Un segundo arquero corrió hacia arriba desde el puesto de guardia donde había permanecido hasta entonces. Como su camarada, empezó a ensartar lobos tan rápido como podía encajar sus flechas en la cuerda del arco. Pero sólo eran dos. Cada vez que uno de ellos iba en busca de una nueva flecha, tres o cuatro bestias penetraban en Houseldon.

Reclamando frenéticamente ayuda, Tholden saltó de la plataforma.

Los otros arqueros estaban en camino, pero se veían impedidos por la multitud. Y los defensores en el lugar del ataque no sabían cómo luchar contra un enemigo como aquél; se obstaculizaban entre sí. En un sentido, los lobos estaban perdiendo. Finalmente todos resultarían muertos. Pero si los suficientes de ellos corrían sueltos por las calles, podían organizar una auténtica carnicería antes de ser abatidos.

Y, si mataban a los arqueros...

Quizá entonces no perdieran.

Tholden arrancó un hacha de manos de un hombre que evidentemente no sabía cómo utilizarla con eficacia. Se plantó en el camino de los lobos, empezó a hachearlos como si no fueran más que troncos. No tenía ni idea de qué otra cosa podía hacer.

Así que no vio lo que les ocurrió a las bestias que consiguieron pasar más allá de él. No vio la llegada de los restantes arqueros, ni los esfuerzos que hicieron por detener el ataque; no vio el muro de defensores desmoronarse y abrirse tras él cuando la gente fue presa del pánico y huyó en desbandada, e incluso hombres que sabían cómo manejar las armas caían bajo el ataque.

Por otra parte, fue una de las pocas personas que se hallaba en posición de ver que los lobos eran sólo la vanguardia del auténtico ataque.

Nadie más sospechó aquello. Nadie más pensó en ello. Los lobos ya eran suficiente problema. Maldiciendo la estupidez que las había llevado fuera, las mujeres regresaron corriendo a sus casas, tirando de sus hijos tras ellas. Los hombres se apresuraron a esconderse. Bandadas de pollos revolotearon en una confusión de plumas y terror, corriendo alocadamente en todas direcciones o aleteando pesadamente su camino hasta las techumbres. Toda la parte oeste de Houseldon era una auténtica confusión, ignoradas instrucciones y defensas.

De pronto, la calle frente a Terisa y Geraden se despejó, y éstos se hallaron frente a un enloquecido animal con las mandíbulas llenas de sangre y una flecha asomando de sus cuartos traseros.

Las espinas a lo largo de su lomo le daban el aspecto de un puerco espín de monstruoso tamaño. La doble hilera de sus colmillos hacían que pareciera un enorme tiburón.

Terisa recordó los jinetes de pelaje rojo y demasiados brazos.

El lobo se detuvo, olisqueó el aire. Sus ojos parecieron arder con la posibilidad de inteligencia.

—Está persiguiéndonos —dijo ella. En cualquier caso, creyó haberlo dicho; no podía asegurar que lo hubiera pronunciado en voz alta.

—Cuando te dé un empujón —susurró Geraden—, ve hacia esa casa. —La empujó suavemente hacia el edificio más cercano—. Entra dentro. Cierra la puerta. Intenta correr el cerrojo, si lo hay.

El lobo empezó a gruñir, un gruñido que llegaba desde lo más profundo de su pecho..., un sonido como el distante retumbar de un trueno.

—¿Qué vas a hacer tú?

Debió preguntarlo en voz alta. De otro modo, él no hubiera respondido.

—Lo mismo, en dirección opuesta.

Ella asintió automáticamente, demasiado asustada para hacer alguna otra cosa.

Como si su asentimiento fuera una señal, el lobo saltó hacia ellos, babeando homicidamente.

Geraden empujó su hombro tan fuerte que Terisa tropezó y cayó.

Al menos cayó fuera del camino de la *carga* de la bestia. Intentando frenéticamente levantarse del suelo, agitó las piernas, saltó hacia el porche de la

casa...

...se volvió para ver lo que ocurría con Geraden.

No había efectuado ningún intento de hacer lo que estaba haciendo ella. Después de empujarla a un lado, simplemente se había agachado. En el momento en que el lobo controló su salto, se apoyó en el suelo y dio la vuelta hacia él, y ahora estaba de pie enfrentado de nuevo a la criatura, preparado como si tuviera intención de partirle la cabeza.

—¡Geraden!

—¡*Métete en la casa!*

Tan rápido que Terisa apenas lo vio ocurrir, saltó de lado. El lobo pasó como un relámpago junto a él. Oyó el salvaje cliquetear de unas mandíbulas lo bastante fuertes como para destrozar el hueso sobre el que se cerraran. La manga de la chaqueta de Geraden estalló en jirones.

Pero no hubo sangre. Todavía.

Más rápido esta vez, porque su segunda carga había sido menos larga, el lobo se dio la vuelta y se lanzó de nuevo contra él.

Si hubiera tropezado, si hubiera perdido pie o calculado mal el asalto, hubiera podido morir en aquel momento. Nadie podía hacer lo que estaba haciendo, no por mucho tiempo. La flecha en los cuartos traseros del lobo no era suficiente para frenarlo. Sin embargo, lo esquivó por tercera vez..., se apartó del camino, se agachó y rodó sobre sí mismo, se puso de nuevo en pie para enfrentarse otra vez al lobo justo antes de que éste saltara.

Ciegamente, estúpidamente, Terisa volvió a la calle para ayudarlo.

En aquel instante, una mujer salió de la casa, presa de mortal terror. Tan asustada que apenas podía controlar sus miembros, metió una horca entre las manos de Terisa. Luego cerró de un portazo tras ella e hizo resonar una barra contra la parte interior de la puerta.

Terisa tomó la horca sin pensar. Gimiendo como una loca para distraer al lobo, saltó fuera del porche e hizo todo lo posible por ensartar a la bestia entre las púas.

Falló. El lobo era demasiado rápido, demasiado listo para su inexperto ataque. Cuando giró contra ella, sin embargo, consiguió pincharle, casi por accidente; el animal retrocedió para evitar ser empalado por la horca.

Como surgida de la nada, la parte superior de una muleta silbó en el aire y fue a estrellarse en la base del cráneo del lobo.

Lanzando entre una tos y un aullido, la bestia giró y se lanzó contra el Domne.

Geraden aulló una impotente advertencia. Terisa se inmovilizó, sujetando su arma como si hubiera olvidado su existencia.

El Domne no podía ni correr ni esquivar el ataque. Con su pierna mala, apenas podía cojear. Pero tenía otra muleta en su otra mano, y cuando la bestia saltó contra él

la alzó, apuntándola directamente a su garganta.

Al mismo tiempo, Geraden pasó junto a Terisa, le arrancó la horca de sus manos en un solo movimiento, y la hundió en el lomo del lobo con todas sus fuerzas.

Clavada al suelo, la bestia se estremeció por unos instantes, gruñendo horriblemente y escupiendo sangre sobre las botas del Domne. Luego quedó inmóvil.

—Gracias, padre —jadeó Geraden—. ¡Cristales y astillas!, eso estuvo cerca. No deberías correr riesgos como éste.

El Domne se tambaleó inseguro sobre su pie bueno. Su rostro estaba blanco. Sin embargo, consiguió hablar calmadamente:

—Algún día —observó— me llamarás «papá». Estoy seguro de que te gustará.

Geraden sacudió la cabeza como si hubiera perdido la voz.

Con una muleta, el Domne movió el cuerpo a sus pies.

—¿Cuántos de ellos hay?

—Los suficientes para superar a Tholden, supongo —gruñó Geraden.

Terisa tuvo la vivida impresión de que estaba a punto de desvanecerse. Afortunadamente, Geraden se volvió y la sujetó antes de que sus rodillas se doblaran.

Cuando el último lobo cruzó por encima de la empalizada con una flecha en su corazón, el arquero en la plataforma del puesto de guardia chilló, casi aulló:

—¡Tholden! —Y Tholden jadeó una maldición, porque no había otra cosa que pudiera decir mientras intentaba recobrar el aliento.

La mitad de la manada había sido muerta delante de él. Los cuerpos yacían en un desordenado montón a los pies de la empalizada, a ambos lados de él, entre los cuerpos de los hombres muertos a sus espaldas. Su hacha estaba cubierta de sangre; sus manos y brazos chorreaban rojo; la sangre goteaba de su barba y empapaba su camisa. Sus ojos exhibían un salvajismo que no tenía ningún parecido con la feral inteligencia de los lobos. ¿Cuántos de ellos habían conseguido rebasarlo? No lo sabía. No sabía lo que estaba haciendo la gente de Houseldon para defenderse. Sólo sabía que el arquero en la plataforma sonaba frenético.

Había más. Los lobos eran sólo la vanguardia.

Obligándose a ponerse en movimiento, se tambaleó hacia el puesto de guardia, apoyó su peso en la escalerilla que conducía a la plataforma.

Cuando miró por encima de la empalizada y vio lo que señalaba el arquero, su primera reacción fue de hundimiento, casi de decepción.

Oh, ¿eso es todo?

Estaba contemplando, a través de una extensión desnuda de un centenar de metros, a un felino.

Simplemente un felino. Un solo felino. Nada más.

Sin embargo, lentamente, en su cabeza penetró la idea de que aquel felino era más voluminoso que él. Era al menos tan grande como un caballo. Al menos...

Entonces observó que, allá donde el felino apoyaba sus patas, la hierba nueva y las hojas secas se incendiaban. Había dejado ya tras él un rastro de llamas y humo hasta la distancia, siguiendo el mismo camino del que habían venido los lobos. Y se estaba acercando —no rápidamente, pero sin ninguna vacilación—, avanzando tan firme e inevitablemente como el frente de una tormenta.

—Tholden —murmuró el arquero, como una plegaria—, ¿qué es eso?

Evidentemente, era una locura. ¿Quién era él para pretender que podía llenar las botas de su padre, que podía tener éxito en ser el siguiente Domne? No sabía nada de Imagería. La única auténtica realización de su vida, desde su punto de vista, era calcular la mejor época del año y las mejores condiciones para fertilizar los albaricoqueros. A menos que contara el haberse casado con Quiss, o el haber tenido cinco hijos: su familia era también un logro que le llenaba de orgullo.

—¿Cuántas flechas te quedan? —preguntó al arquero.

—Ninguna. —Era una pregunta que el hombre sí entendía—. Tendré que ir a sacarlas de los lobos.

—No te preocupes. Ve. —Empujó suavemente al hombre—. Busca a hombres para que se sitúen junto a los barriles de agua. Si esa cosa no rompe la empalizada, la incendiará.

El arquero se apresuró a bajar la escalerilla y se alejó a toda prisa. Tholden se volvió hacia los otros arqueros, de espaldas al felino de fuego que avanzaba.

—Si habéis agotado vuestras flechas —dijo, como si le estuviera hablando a un pequeño círculo de amigos sobre un asunto de no demasiada importancia—, recorred Houseldon. Necesitamos ayuda.

»Si aún os queda alguna flecha, subid aquí.

A no más de cincuenta metros de distancia, el felino de fuego rozó un montón de mazorcas secas de maíz. Inmediatamente, el montón estalló en llamas y se consumió en arrugadas cenizas.

La plataforma se tambaleó cuando dos arqueros subieron precipitadamente a ella para reunirse con Tholden. Señalando con la cabeza al felino de fuego, les dijo:

—Apuntad a los ojos.

—¿Eso lo matará? —preguntó roncamente uno de los hombres.

—¿Quién sabe? ¿Tenéis alguna idea mejor?

El hombre sacudió la cabeza. Su rostro estaba tenso por el miedo, pero no retrocedió.

Los arqueros prepararon sus flechas, tensaron sus arcos. Casi simultáneamente, dispararon.

El felino de fuego echó negligentemente la cabeza a un lado. Las flechas se incendiaron y se convirtieron en negras masas antes de que sus puntas pudieran atravesar la piel del animal.

—Creo que necesitaremos alguna idea mejor —murmuró el segundo arquero, mientras él y su camarada preparaban otras flechas.

Como si estuviera perdiendo la cabeza, Tholden se volvió de nuevo y gritó:

—¡Geraden! ¿Dónde está *Geraden*?

Los primeros refuerzos habían empezado a llegar: hombres que no se habían encontrado con los lobos; otros que comprendían que se acercaba un gran peligro; algunos que estaban tan asustados que los arqueros tenían casi que empujarles. Nadie había visto a Geraden. Algunos de los defensores miraron a Tholden como si les estuviera hablando en una lengua extranjera.

—De acuerdo —gruñó éste—. Lo haremos por nosotros mismos. —El salvajismo de sus ojos se estaba haciendo peor. Repentinamente furioso, rugió—: ¡No os quedéis aquí! ¡Subid estos barriles de agua a las banquetas!

Galvanizados por la incongruente desesperación en su aguda voz, los hombres debajo de él empezaron a apresurarse.

Los arqueros agotaron sus flechas —sin resultado— y saltaron fuera del camino de los barriles de agua. El felino de fuego estaba tan cerca ahora que Tholden creyó poder sentir su calor. O quizás era sólo el sol. El cielo estaba claro y despejado hasta el horizonte, y el aire se estaba haciendo por momentos más cálido. Con la sangre chorreando por su rostro como sudor, ayudó a varios hombres a colocar en posición un barril de agua.

Justo a tiempo..., apenas a tiempo. El felino alcanzó la empalizada, se detuvo, probó la madera con su hocico. Unas instantáneas llamas brotaron hacia arriba, convirtiéndose rápidamente de una pequeña chispa en un salvaje rugir. Las manos y brazos que sostenían los barriles de agua fueron abrasados. Tholden perdió su barba y sus cejas; estuvo a punto de perder sus ojos.

Luego, dos medios barriles fueron arrojados por encima de la empalizada casi simultáneamente, y el agua chocó contra las llamas y el calor con un rugir como una explosión.

El fuego en los maderos se apagó. Pero la concusión cuando tanta agua estalló en un chorro arrojó a los hombres fuera de la plataforma, fuera de la banqueta.

Tholden aterrizó sobre un hombro, medio de espaldas, medio de costado, y desperdició un atontado e inútil momento contemplando paralizado el cielo mientras todos sus músculos encajaban el golpe. Era posible que se hubiera roto el hombro. Parecía probable que jamás fuera capaz de volver a respirar. El intenso y ardiente vapor desapareció en el aire casi de inmediato, dejando el cielo azul y perfecto, sin tocar.

Tras un momentáneo retraso, la empapada madera de la empalizada empezó a ceder.

Tholden consiguió hacer entrar aire en sus pulmones y rodó de lado, se puso en

pie.

Su hombro estaba entumecido. No podía mover aquel brazo.

Algunas llamas lamían aún la madera entre los troncos. Las correas que los mantenían unidos empezaron a restallar y a partirse.

Con un aullido de calor, la empalizada se incendió de nuevo y llameó como el estallar de un horno.

Tholden y sus hombres retrocedieron tambaleantes, contemplaron los troncos en llamas..., y al felino de fuego abrirse camino entre ellos como si no fueran más que trozos de carbón.

—¡*Tholden!* —aulló la gente.

—¡Ayuda!

—¡Dinos qué debemos hacer!

—¡No sabemos qué hacer!

—Correr —tosió débilmente Tholden. Nunca había presenciado un fuego tan intenso en su vida, nunca había visto nada que lo aterrara tanto como aquel felino de fuego—. Correr. —El calor hacía brotar lágrimas de sus ojos, como si estuviera llorando. Houseldon era todo de madera. El lugar entero iba a arder—. Apartaos del camino.

Automáticamente, sin pensar, se retiró para mantener el calor a distancia. El felino de fuego avanzó tras él con un paso elástico, casi casual, como si estuviera siguiendo a un indefenso y especialmente sabroso ratón.

Moviéndose como un loco, Tholden condujo al felino de fuego por entre los edificios.

El felino avanzaba por un lado de la calle mientras le seguía. El fuego prendió en la pared de un granero; luego, con una detonación como un trueno, el propio grano se incendió. Fuego y humo y chisporroteante grano giraron una veintena de metros en el aire.

El propietario del grano vivía en la casa al lado. Era un hombre viejo con una enorme cantidad de grasa y ninguna reputación en cuanto a valor; sin embargo, salió furiosamente al porche y arrojó un cubo lleno de agua contra el felino.

El felino no pareció notar el ataque.

Casi instantáneamente, el fuego consumió al hombre.

Tholden se retiraba tan lentamente como le era posible, trayendo con él la destrucción de Houseldon.

Casi no notó lo que ocurría cuando el felino de fuego dejó escapar bruscamente un rugido de irritación —quizás incluso de dolor— y se echó hacia un lado. Una punta de llama se aferró a las almohadillas de una de sus patas delanteras. El animal inclinó la cabeza y se lamió la pata; su cola se agitó malignamente. Cuando avanzó de nuevo, parecía más furioso, más decidido; parecía como si tuviera intención de

saltar sobre él sin más dilación.

Tholden abrió torpemente la boca, alucinado ante el incomprensible hecho de que la criatura se había hecho daño a sí mismo pisando un pequeño montón de excrementos de oveja.

Como si aquella información fuera demasiado para él, sus ojos giraron en su cabeza; su desnudo y abrasado rostro se tensó en un gemido; su brazo inútil golpeó contra su costado.

Torpemente, se dio la vuelta y echó a correr fuera del camino del felino de fuego, huyó entre las casas más cercanas como si los buitres aletearan en torno a él. La gente que lo vio huir así creyó que había perdido definitivamente la cabeza.

El felino no le persiguió. Iba detrás de otra presa.

Incendiando casas y tiendas de una forma casi casual mientras avanzaba, siguió su maligna andadura hacia el corazón de Houseldon.

Hacia Terisa y Geraden.

Terisa y Geraden y el Domne oyeron los gritos; vieron el humo y el fuego estallar en el aire.

—¡Cristales y astillas! —siseó Geraden entre sus apretados dientes—. ¿Qué es eso?

—Me temo que no son lobos —murmuró el Domne. Empujó el cadáver con el pie—. Incluso ese tipo de lobos no provocan incendios.

La alarma despejó el mareo en la cabeza de Terisa. Apoyó su peso sobre sus piernas e intentó pensar.

—¿Dónde está Tholden?

Geraden la miró. Él y el Domne no se miraron entre sí.

Uno de los arqueros apareció corriendo por la calle. Apartando a la gente ante él, se detuvo frente al Domne.

—Mi señor —jadeó, buscando urgentemente el aliento—, la empalizada ha cedido. Las casas están ardiendo.

—Puedo ver eso —respondió el Domne con poco característica aspereza—. ¿Cómo ocurrió?

—Una criatura de la Imagería. Un felino tan grande como una res. Prende fuego a todo.

»Viene hacia aquí.

Terisa sintió que una fría mano se cerraba en torno a su corazón. Prende ruego a todo.

—El Castellano Lebbick me habló de un felino así. Mató a sus guardias. —Envió fuera a quince hombres, y los mató a todos—. Cuando intentaban capturar al campeón de la Cofradía.

Geraden asintió hoscamente.

—Eremis no tiene suficientes hombres. O suficientes hombres que malgastar. O no puede trasladar el número suficiente de ellos aquí sin volverlos locos. Así que está utilizando la Imagería para atacarnos. Intentando matarnos en masa en vez de hacerlo individualmente.

Los fuegos se acercaban. Un almacén arrojó llamas en todas direcciones a medida que estallaban los barriles de aceite. La destrucción de Houseldon parecía hallarse ya fuera de control.

El Domne contempló a su gente huir por su lado como si aquella visión le hiciera sentir deseos de vomitar. Sin embargo, mantuvo su voz tranquila.

—Tú eres el único Imagero en la familia, Geraden. ¿Cómo podemos defendernos?

—Con espejos —gruñó Geraden. Terisa pensó que en aquel momento tenía exactamente el mismo aspecto que su padre..., tan tenso y horrorizado que parecía sentir deseos de vomitar—. Cosa que no tenemos.

Entonces Terisa captó el primer atisbo del felino de fuego. Involuntariamente, dio un paso atrás.

—¿Dónde está Tholden? —preguntó de nuevo. Repentinamente, temió que ya estuviera muerto.

Tholden corría para salvar su vida.

Su hombro no estaba roto. Si estuviera roto, hubiera empezado a dolerle antes que esto. Sin embargo, seguía aterido; todavía no podía usarlo. Dificultaba su equilibrio, su avance. A causa de ello, corría como un jorobado.

Corrió por entre las casas y a lo largo de las calles de Houseldon como si estuviera aterrado.

Había olvidado los lobos..., los había olvidado por completo. Su desesperación no dejaba sitio para ningún otro peligro. Una de las casas junto a las que pasó tenía su puerta destrozada, colgando precariamente de sus bisagras, pero no se dio cuenta de ello. No oyó los agónicos lloriqueos de su interior, no vio la bestia masticando carne en el umbral. No tuvo ni idea de lo que estaba ocurriendo cuando el lobo abandonó al niño que estaba devorando y saltó hacia su cabeza.

Debido a su vacilante andar, la bestia falló su objetivo. Sin embargo, sus garras surcaron profundamente su espalda cuando cayó sobre él.

El dolor atrajo toda su atención. Él y el lobo giraron para enfrentarse; tan feroz como la bestia, Tholden miró a su atacante.

Babeando sangre, el lobo saltó de nuevo.

Tholden no tenía tiempo para el miedo y la previsión. De hecho, no tenía tiempo para el lobo. Dando un paso adelante en el momento en que la bestia saltaba, le lanzó una patada tan violenta contra la caja torácica que reventó su corazón.

Luego echó a correr.

Su espalda sangraba y le dolía como si estuviera en llamas. Tosiendo en busca de ayuda, corrió hacia el pozo de desechos más cercano, donde Houseldon acumulaba los fertilizantes para los campos y los huertos.

No quedaba mucho tiempo. La gente que huía a lo largo de la calle se había dispersado; Terisa, Geraden y el Domne podían ver ahora claramente al felino.

Y éste podía verles a ellos: eso era obvio. Sus ojos estaban clavados en ellos como si al final hubiera reconocido su auténtica presa.

Sí, por supuesto. Abrumada por el temor y la impotencia, Terisa se había visto reducida a hablar consigo misma. Eremis no confiaría en la violencia al azar para terminar con ellos. Y debía ser *capaz* de hablarle a esa cosa. De otro modo, ¿cómo podía llevarle a hacer lo que él deseaba? Hubiera podido atacar al campeón en vez de a los guardias del Castellano. Probablemente le había dado una descripción de la gente a la que se suponía que tenía que matar.

Inútilmente, se preguntó qué tipo de descripción podía comprender el felino de fuego. ¿Era posible que Eremis hablara con él?

—Terisa. —Geraden apoyó una mano en su brazo; la sacudió—. Terisa, escúchame. Si esa criatura va tras de mí, tú puedes escapar. Tienes que escapar. Sal de aquí..., sal de Houseldon. Ve al norte. Al Termigan. Quizá él tenga algún espejo que puedas utilizar. Al menos puedes advertirle. Él te protegerá.

»Yo intentaré proporcionarte tanto tiempo como sea posible.

—Gracias. —¿De qué estaba hablando? No tenía la menor idea—. Aprecio eso. —Las palabras parecían salir de su boca sin pasar primero a través de su consciencia—. ¿Y si va tras de mí? ¿Cómo vas *tú a* escapar?

—Una cuestión interesante —intervino secamente el Domne—. Ya la discutiremos más adelante, ¿queréis? Ahora echad a correr, los dos. Si está ocupado destruyendo Houseldon, los dos podéis escapar. —Bruscamente empezó a gritar, haciendo restallar su orden como si fuera un látigo—: ¡He dicho que *echéis a correr!*

Tanto Terisa como Geraden asintieron.

Ninguno de los dos se movió.

Ella empezó a sentir el calor del fuego en su rostro. El felino de fuego estaba tan cerca ahora que hubiera podido alcanzarle con una piedra. No se apresuraba..., pero definitivamente avanzaba en línea recta hacia ellos. Sus ojos brillaban con malicia; su cola azotaba el polvo.

Ella y Geraden y el Domne se mantuvieron firmes en su lugar como si hubieran perdido la cabeza.

Y el felino de fuego se detuvo. Les miró cautelosamente. Actuaban como si no le tuvieran miedo. ¿Por qué? Terisa tuvo la extraña impresión de que sabía exactamente lo que estaba pensando el animal. ¿Por qué permanecían de pie allí, como si el fuego y los colmillos no pudieran hacerles daño? ¿Qué tipo de peligro representaban?

Incuestionablemente había perdido la cabeza, aunque los hombres que estaban con ella siguieran cuerdos. Mientras el felino de fuego los estudiaba, Terisa agitó una mano y dijo:

—Fuera de aquí. Vete. —Podía notar cómo su pelo se encrespaba ante el calor—. No te haremos daño. Si te marchas.

Bien. Brillante. En vez de retirarse, la criatura se agazapó para saltar.

Inesperadamente, Minick llegó corriendo al lado del Domne. Pese a su evidente prisa, no parecía respirar pesadamente..., de hecho, no parecía respirar en absoluto.

Cada una de sus fuertes y morenas manos sostenía un enorme cubo de madera.

Agua, pensó Terisa. Buena idea. Lástima que no funcionará. Seguro que el felino de fuego había caminado por la nieve cuando había atacado a los hombres del Castellano Lebbick.

Con toda precisión, como si estuviera siguiendo una elaborada lista de instrucciones, Minick depositó los cubos en el suelo a su lado.

Jadeando y resollando como si su pecho estuviera a punto de estallar, Tholden apareció en la calle. Casi chocó contra el costado del felino de fuego; el calor debía de ser tremendo.

Sujetaba uno de los barriles de agua fuertemente apretado entre sus brazos.

Lleno de agua, tenía que ser demasiado pesado para que un solo hombre lo alzara. Sin embargo, lo sostenía solo; se tambaleó hasta el centro de la calle con él, sin ninguna ayuda; allá, lo dejó caer pesadamente al suelo.

El sordo y seco sonido distrajo por unos instantes a la criatura. Giró de medio lado con la misma curiosidad que un cachorro, para ver lo que ocurría.

—¡Ahora! —croó roncamente Tholden.

Metió ambas manos en el barril de agua, extrajo un enorme puñado de excrementos de oveja, y los arrojó al rostro del felino de fuego.

Las duras pellas golpearon los bigotes del felino, sus mejillas, sus mandíbulas, sus ojos.

Golpearon, e hirieron.

Eran combustible; ardieron con una brillante llama. Pero no cayeron, como el agua y la madera e incluso el fuego caían. Se pegaron al pelaje y a la carne de la criatura.

Con un grito, el felino de fuego dio una vuelta en redondo sobre sí mismo. Inmediatamente empezó a frotarse el rostro con las patas delanteras, intentando desprenderse las ardientes masas.

En un instante, sus patas delanteras estuvieron recubiertas de fuego.

Minick era un poco más lento; incluso en una emergencia, no podía actuar sin sus habituales precauciones. En esta ocasión, sin embargo, fue lo bastante rápido. Antes de que el felino pudiera volverse de nuevo, avanzó un paso y arrojó contra él el

contenido de su primer cubo.

Más excrementos de oveja.

Esta vez, el aullido de la criatura pareció surgir de la médula de sus huesos. Empezó a dar vueltas en círculo sobre sí misma, y se revolcó por el suelo en un intento de extinguir en el polvo el fuego de las pellas que ardían en sus costados.

Bruscamente, cinco o seis hombres más aparecieron en la calle, llevando cubos y cestos y potes de excrementos de oveja: arrojaron más combustible a las llamas del felino. Inclinandose sobre su cubo, Tholden siguió arrojando grandes puñados de pellas. Minick vació su segundo cubo en la creciente conflagración.

Luego todos los hombres tuvieron que detenerse, tuvieron que retirarse. La criatura había empezado a arder tan violentamente que no podían acercarse a ella. Terisa alzó las manos para proteger su rostro.

Con un sonido siseante como el de la carne en una parrilla, el del hierro al rojo en aceite, el felino de fuego murió horriblemente, consumido por su propio llamear.

Tholden se tambaleó, cayó de rodillas; su abrasado rostro sin barba contempló con la boca abierta la carbonizada carcasa.

Lentamente, el Domne cojeó en torno al círculo de calor hasta su hijo mayor. Minick, Geraden y Terisa le siguieron; estaban allí cuando el Domne apoyó sus brazos en la ensangrentada espalda de Tholden.

—Como he dicho siempre —murmuró el Domne, con una voz congestionada por el orgullo y el dolor—. El mejor hombre para el trabajo.

Antes de que Terisa pudiera pensar en ello, Geraden fue en busca de Quiss.

Quiss se ocupó sombríamente de su esposo. Como el Domne, sus emociones eran demasiado intensas —y demasiado confusas— para permitirle permanecer tranquila acerca de la condición de Tholden.

De pie en medio de la calle, con sus muletas sujetas bajo sus manos, el Domne reunió a sus arqueros y los puso a cargo de la caza de los lobos que quedaban.

Gentilmente, Minick ayudó a Stead a salir de la casa del Domne. Juntos, los hermanos se dispusieron a organizar la evacuación de Houseldon.

Los incendios provocados por el felino de fuego se habían asentado lo suficiente como para ser imposible combatirlos. Incluso sin la distracción y el daño de los lobos, sin nada que pensar excepto la seguridad de sus hogares, la gente del Domne tal vez hubiera sido incapaz de apagar aquel fuego. Pero, además, se hallaban seriamente distraídos por otras cosas, y terriblemente apaleados. Y podían producirse más ataques... Cuando Minick sugirió combatir las llamas, el Domne se lo prohibió tajantemente.

En vez de intentar salvar inútilmente Houseldon, todo hombre, mujer y niño que podía moverse por sí mismo, alzar un peso o aceptar una responsabilidad, fue puesto a trabajar reuniendo provisiones y posesiones, caballos y ganado, niños e inválidos, y

sacándolos fuera de la empalizada.

Geraden ignoró toda esta actividad. Tomó a Terisa consigo y preparó un desayuno para ambos, luego encontró un rincón tranquilo en la casa de su padre donde pudieran comer en paz.

Desconcertada, ella le preguntó qué creía que estaba haciendo.

—Ahorrar tiempo —murmuró él mientras masticaba un bocadillo de pollo frío—. Tenemos que comer algo. Mejor ahora que luego.

Aquello no arrojaba ninguna luz. Lo intentó de nuevo:

—¿Qué va a pasar ahora?

—Irán al Puño Cerrado y se ocultarán allí. Con todo lo que tienen que cargar, no van a llegar hasta dentro de dos o tres días. Pero no creo que importe. Si Eremis tuviera alguna otra cosa preparada para atacar, a esas alturas ya la hubiera empleado. Creo que el primer peligro ha pasado. Y, una vez se hayan atrincherado en aquellas cuevas y rocas, va a necesitar todo un ejército para sacarlos de allí.

Terisa no le comprendía en absoluto. Se le ocurrió vagamente que el Puño Cerrado tenía que ser un lugar imposible para hacer un espejo.

—No dejas de decir «ellos». ¿No piensas ir tú también?

Él negó con la cabeza e intentó ocultar el brillo en sus ojos.

Ella lo estudió como si se hubiera vuelto estúpida. El hogar de Geraden estaba en llamas a su alrededor. Pronto Houseldon estaría reducido a cenizas. Los supervivientes se veían obligados a ocultarse. Uno de sus hermanos había resultado seriamente herido. Gente a la que había conocido de toda su vida estaba muerta. Realmente, era sorprendente lo mucho que había mejorado su humor.

Era duro y fuerte, podía ver eso; pero el lúgubre hierro, la amargura, habían desaparecido. La última noche, él había recordado cómo reír. El brillo en sus ojos prometía que sería capaz de reír de nuevo.

Mirándole, el aterrimiento que demasiado miedo y destrucción habían depositado sobre su corazón empezó a desvanecerse. Casi sonriendo, como si ya supiera la respuesta, preguntó:

—¿Por qué no?

Él se encogió alegremente de hombros.

—He estado pensando en retrospectiva en todo esto. Mi instinto habitual para hacer mal las cosas. En un cierto sentido, lo que ha ocurrido hoy es una buena noticia. Lo que Eremis hizo hoy es una buena noticia. Significa que nos tiene miedo..., demasiado miedo para aguardar hasta que pueda golpear inteligentemente y estar seguro de poder matarnos. Piensa que podemos hacer algo que le haga daño.

»Si piensa eso, entonces probablemente tiene razón. Es demasiado listo para asustarse por nada. Todo lo que tenemos que hacer es descubrir de qué se trata.

Incongruentemente, mientras Houseldon ardía, Terisa sintió regresar a ella algo

de la alegría de la pasada noche.

—Quizá sus planes aún no estén dispuestos —dijo—. Tal vez aún tengamos tiempo de advertir a Orison.

—Exacto. Y, por el camino, podemos intentar advertir también a algunos de los señores. Cuando sepan lo que ocurre, quizás el Fayle o incluso el Termigan puedan ser persuadidos de hacer algo contra él.

No pudo impedirlo; saltó en pie y lo besó, lo abrazó contra ella tan fuertemente que pensó que sus brazos iban a partirse.

—Vamos, bobalicones —bufó Stead desde la puerta—. El fuego ya está al otro lado de la calle. Esta casa es la siguiente.

Como respuesta, Terisa y Geraden se echaron a reír.

Abandonaron Houseldon cogidos de la mano.

A media mañana, la sede del Domne era poco más que un cascarón ennegrecido.

Desde sus parihuelas, Tholden contempló las ruinas y lloró como si hubiera fracasado; pero su padre no se lo permitió.

—No seas estúpido, muchacho. Salvaste todas nuestras vidas. Las casas pueden ser construidas de nuevo. Serviste a tu *gente*. Yo lo llamaría una gran victoria. Nadie más hubiera podido hacerlo.

—Eso es cierto, papá —dijo Quiss, porque su esposo estaba demasiado emocionado para responder—. Estará de acuerdo contigo cuando haya descansado un poco. Si sabe lo que es bueno para él.

Ignorando todo azaramiento, Geraden besó a los tres. Quiss y el Domne besaron a Terisa. Luego Terisa y Geraden fueron a sus caballos, la yegua baya y el appaloosa que los habían traído desde el Puño Cerrado.

—Ahora es tu turno, Geraden —anunció el Domne frente a todos los habitantes de Houseldon—. Haz que nos sintamos orgullosos de ti. Consigue que lo que hemos hecho haya valido la pena. —Luego añadió—: Y, en nombre de la cordura, recuerda llamarme «papá».

Incapaz de otra cosa, Geraden enrojeció.

Terisa sintió deseos de echarse a reír de nuevo.

—No te preocupes, papá. No permitiré que lo olvide.

Cuando la gente del Domne empezó a vitorearles, ella y Geraden partieron para enfrentarse a la necesidad de Mordant.

8

Estados frustrados

Hacia el final del primer día de asedio —el día que finalmente condujo al asesinato del Maestro Quillón y la huida de Terisa—, el Príncipe Kragen señaló sus arruinadas catapultas y preguntó a dama Elega qué creía que debían hacer.

—Atacar —respondió ella inmediatamente—. Atacar y atacar.

Alzando una ceja, él aguardó una explicación.

—No soy una Imagera..., pero todo el mundo sabe que la Imagería requiere fuerza y concentración. Las traslaciones son agotadoras. Y en esto —hizo un gesto hacia las catapultas— sólo tienes un oponente. Sólo un Maestro puede utilizar el espejo que te está frustrando. A estas alturas debe estar debilitado. Quizás incluso ya haya agotado toda su resistencia.

»Si aplicas la suficiente presión, cederá. Entonces podrás derribar ese muro cortina. Orison quedará abierto para ti.

Pese a su actitud confiada, su aire de seguridad, el Príncipe Kragen no pudo evitar fruncir el ceño.

—Mi dama —preguntó suavemente, roncamente—, ¿de cuántas máquinas de asedio crees que dispongo? Son difíciles de mover. Si las hubiéramos traído de Alend aún estaríamos por el camino..., y la victoria de Cadwal no hubiera tenido competidor. Nos vimos obligados a confiar en lo que podíamos confiscarle al Armigite. —Pensar en el Armigite siempre hacía que Kragen sintiera deseos de escupir—. Me parece que podemos agotar todas nuestras catapultas antes de que ese maldito Imagero se halle realmente exhausto.

»Entonces, mi dama —casi involuntariamente, rodeó el brazo de la mujer con sus dedos y apretó para reclamar su atención, hacerle comprender las cosas que no decía —, nuestra primera, más rápida y mejor esperanza se habrá perdido.

—Entonces, ¿qué es lo que piensas hacer, mi señor Príncipe? —preguntó Elega. Al parecer, no le había oído. Quizá no podía—. ¿Estás preparado a simplemente *esperar* aquí hasta que llegue el Gran Rey para aplastarte?

El Príncipe Kragen alzó la cabeza. Demasiados de los suyos estaban observando. Con un acto de pura voluntad, alisó su fruncido ceño, compuso una seca sonrisa.

—Estoy preparado para hacer lo que deba.

Hizo una reverencia para ocultar lo furibundo de sus ojos y se alejó.

Aquella noche, envuelto en la oscuridad, envió un pelotón de zapadores para intentar cavar las piedras maestras del muro cortina.

Otro fracaso. Pocos momentos después de que sus hombres iniciaran el trabajo, los defensores de Orison derramaron aceite por el muro y le prendieron fuego. Las llamas obligaron a los zapadores a retroceder..., y proporcionaron suficiente luz para

los arqueros de Lebbick, Menos de la mitad del pelotón consiguió escapar.

A la mañana siguiente, cuando tuvo tiempo de asimilar las últimas noticias, el Príncipe Kragen anunció que no iba a correr más riesgos.

No se retiró de su posición. Pasó todo su tiempo proyectando confianza a sus fuerzas, o diseñando planes de contingencia con sus capitanes, o consultando con el Monarca de Alend. Pero no corrió más riesgos, no incurrió en más pérdidas. Parecía como si estuviera aguardando la llegada del Gran Rey Festten para unirse a él en algún elaborado e inofensivo juego de guerra.

Elega comprendió por qué hacía esto. Él se lo dijo, pública y privadamente. Y sus explicaciones tenían sentido. Sin embargo, su pasividad la llenaba de confusión. A veces no podía enfrentarse a él bajo los ojos de sus tropas; a veces, apenas podía conseguir mostrarse amable con él en la cama. Deseaba *acción*: deseaba que el muro fuera derribado, unirse a la batalla; deseaba al Rey Joyse depuesto y al Príncipe Kragen en su lugar.

Deseaba que el hecho de haber traicionado a su propio padre significara algo. Mientras las fuerzas de Alend pasaran su tiempo entrenándose o descansando —gozando de la repentina y hermosa primavera— en vez de poner Orison de rodillas, todo lo que ella había hecho no servía para nada.

Mantecía el control de la sucesión de los días; casi mantenía el control de la sucesión de las horas, mordisqueándolas como si fueran un hueso seco. Era a última hora de la tarde del quinto día de inactividad de Kragen, el sexto del asedio, mientras aguardaba en su tienda a que el Príncipe terminara de discutir las actividades del día y sus planes con Margonal, cuando un soldado de uno de los puestos de centinela le trajo un visitante.

—Disculpa la intrusión, mi dama. —El soldado era un viejo y circunspecto veterano, y parecía inseguro de estar haciendo lo correcto—. No te hubiera molestado con ella, pero no intentó deslizarse furtivamente en el campamento. Se dirigió directamente al centinela y pidió verte. No lleva ninguna arma..., ni siquiera un cuchillo. Dije que la llevaría al Príncipe. O al menos al capitán de centinelas. Respondió que no creía que eso fuera una buena idea. Dijo que si la llevaba aquí tú podrías decidir qué hacer con ella.

Elega hizo un esfuerzo por ser paciente con todas aquellas explicaciones.

—¿De quién se trata?

El soldado se agitó incómodo.

—Dice que es tu hermana.

Elega le miró parpadeante mientras la sangre parecía huir de su rostro.

Cuidadosamente, de modo que su voz no la traicionara, respondió:

—Hiciste bien. Puedes dejarla conmigo. Ya decidiré qué hacer con ella cuando haya oído lo que tiene que decir.

El soldado se encogió ligeramente de hombros. Echó a un lado el faldón de la entrada de la tienda y dejó entrar a Myste en presencia de Elega.

Las dos hermanas se detuvieron una frente a la otra como si estuvieran sorprendidas y se miraron fijamente. El soldado las dejó a solas, cerrando tras él el faldón. Permanecieron inmóviles, mirándose.

Físicamente, Elega estaba en su elemento. Iba envuelta en una ropa diáfana que al Príncipe le encantaba. Las lámparas y la luz de las velas reflejaban el lustre de su corto pelo rubio, la belleza de su pálida piel, la intensidad de sus ojos violetas. Como contraste, Myste necesitaba la luz del sol para lucir mejor. En un interior, a la luz de los fuegos, tendía a aparecer melancólica o soñadora, y su mirada tenía una cualidad lejana que daba la impresión de que estaba inmersa en sus propios pensamientos..., menos interesada en los acontecimientos que la rodeaban de lo que se sentía Elega, y en consecuencia menos importante. Su gruesa capa estaba muy usada.

Sin embargo, Myste había cambiado..., Elega pudo comprobarlo de inmediato. Su actitud era más envarada; la posición de sus hombros y el ángulo de su barbilla la hacían parecer como una mujer que ha perdido sus dudas. Una cicatriz que parecía una quemadura curada iba desde su pómulos hasta su oreja derechos; en vez de estropear su belleza, sin embargo, tenía el efecto de incrementar su aire de convicción. Se había ganado por sí misma toda la certidumbre que sentía. Por primera vez en sus vidas, la simple presencia de Myste hizo que Elega se sintiera de algún modo empequeñecida, menos segura de sí misma.

Una rápida intuición le dijo que Myste había hecho algo que haría que sus propios esfuerzos por modelar el destino de Mordant parecieran triviales en comparación.

Myste se enfrentó a la mirada de Elega durante un largo momento. Luego, lentamente, empezó a sonreír.

Aquella sonrisa era demasiado; era la forma en que su padre acostumbraba a sonreír, allá en los días cuando aún era él mismo; una sonrisa como un amanecer. No podía soportarla; sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, Myste —jadeó—. Me asustaste mortalmente, desapareciendo de aquella forma. Pensé que llevabas ya mucho tiempo muerta.

Inconteniblemente, abrió los brazos y apretó a su hermana en un fuerte abrazo.

—Lo siento —murmuró Myste mientras respondía al abrazo—. Sé que te asustaste. No tenía intención de hacerlo de ese modo. Pero no tenía otra elección.

Torpemente, Elega retrocedió unos pasos, se secó los ojos, halló un pañuelo y se sonó la nariz.

—Chiquilla malvada —murmuró, sonriendo animosamente.

Myste le devolvió la sonrisa y tomó el pañuelo una vez Elega hubo terminado con él.

—¿Lo recuerdas? —murmuró Elega—. Acostumbraba a llamarte así. Cuando

éramos pequeñas. Cuando hacíamos algo prohibido y nos metíamos en problemas, acostumbraba a intentar echarle a ti la culpa. Incluso cuando aún eras tan pequeña que apenas sabías hablar, acostumbraba a intentar convencer a mamá de que tú me habías empujado a... lo que fuera. Le decía que eras una chiquilla malvada.

Myste se rió alegremente.

—No, no lo recuerdo. Era demasiado pequeña. De todos modos, no puedo recordar que nunca intentaras pasarle a nadie más la responsabilidad de lo que tú hacías. —Suspiró, como si la visión de su hermana le proporcionara un gran placer—. Y ahora, después de todos estos años, he demostrado que tenías razón.

—Sí, lo has hecho. —Elega sentía deseos de bromear, y de reír, y de gritarle a Myste, todo al mismo tiempo—. Completamente despreciable. —Intentó poner algo de organización a su cabeza, impedir que sus pensamientos giraran fuera de control—. Siéntate. Tomemos un poco de vino. —Señaló hacia un par de sillas de campaña de lona junto a una pequeña mesa de cobre—. En realidad, me siento encantada de verte. He estado tan sola... —Pero no pudo hacerlo; la inesperada aparición de Myste había hecho que su cerebro diera vueltas—. Oh, Myste, *¿dónde has estado?*

Un asomo de timidez rozó la mirada de Myste. No, se dio cuenta casi de inmediato Elega, era más que timidez. Era cautela. Lentamente, la sonrisa de Myste se desvaneció.

—Es una larga historia —respondió suavemente—. He venido hasta ti porque debo tomar un cierto número de decisiones. Entre ellas está si debo contarte dónde he estado y lo que he estado haciendo.

Más que timidez. Más que cautela.

Desconfianza.

Elega sintió deseos de llorar de nuevo.

Al mismo tiempo, sin embargo, su propio instinto hacia la precaución despertó. El campamento de Alend era un lugar peligroso en más de un sentido; era especialmente peligroso para una hija del Rey Joyse que no había demostrado su lealtad al Príncipe Kragen.

—¿Cuál es la dificultad? —preguntó cuidadosamente—. Soy tu hermana. ¿Por qué no deberías decírmelo?

¿De qué lado estás?

—Gracias. —La actitud de Myste era firme, sin dudas—. Tomaré un poco de vino. Como sabes... —dejó caer su capa, revelando una desgastada chaquetilla de piel y unos pantalones que aparentemente no tenían nada que ver en el mundo con amantes y dormitorios—, las amenidades han sido pocas en mi vida durante algún tiempo.

Pero Elega no pudo responder. Estaba demasiado ocupada luchando contra el impulso de preguntar: *¿De qué lado estás?*

—Elega —suspiró Myste—, no puedo contarte mi historia porque no sé por qué estás aquí. No sé cómo un ejército de Alend ha llegado a sitiar Orison. No sé —por un instante parpadeó para retener las lágrimas— si nuestro padre sigue aún vivo, o si todavía conserva su trono. O si aún parece loco.

»No puedo decidir nada juiciosamente sin obtener antes las respuestas a esas preguntas.

»Sabía que tú estabas aquí —explicó—. Te vi cabalgar con el Príncipe Kragen para acudir al encuentro del Castellano Lebbick el día que Orison fue sitiado. La distancia era considerable —admitió—, pero estuve segura de haberte visto. Necesité todo este tiempo, sin embargo, para persuadirme —sorprendentemente, dudó—, para persuadirme de abordarte.

Intentando a todas luces aliviar la tensión de Elega, pidió, suplicante:

—¿Puedo tomar un poco de vino?

—Por supuesto. Claro. —Elega se extrajo de su parálisis y fue hacia la mesa de cobre. Contenía una jarra y dos vasos. Pese a la posibilidad de que finalmente tuviera que explicarle al Príncipe cómo había sido usado su vaso en su ausencia, sirvió vino para ella misma y para Myste, luego se sentó y animó a su hermana a hacer lo mismo.

Myste aceptó la silla y el vino. Por encima del borde del vaso, mientras bebía, otro sol amaneció en sus ojos. Cuando bajó el vaso, sonrió melancólicamente más allá del hombro de Elega.

—Es bueno. Me encantaría poder llevarme un barrilito de él conmigo.

Unos cuantos sorbos de vino ayudaron a restablecer la compostura de Elega. Con mayor aplomo, preguntó:

—¿Por qué hablas de irte? Apenas acabas de llegar. Y —intentó su mejor sonrisa — todavía no has dicho nada siquiera que yo pueda comprender acerca de por qué has venido.

Myste bebió de nuevo, luego sujetó el vaso entre las dos palmas y contempló sus profundidades.

—Vine a buscar respuestas a una serie de preguntas, a fin de que pueda tomar mis decisiones con una cierta esperanza de que conduzcan a algo bueno en vez de a algo malo.

—En otras palabras —Elega mantuvo su voz firme—, deseas que yo confíe en ti lo suficiente como para ayudarte a decidir si puedes confiar en mí. —Su pregunta se negó a ser rechazada—. Myste, ¿cuáles son tus alianzas ahora? ¿A quién sirves?

Los ojos de Myste se oscurecieron. De inmediato, la distancia que se reflejó en ellos abrumó a Elega. Myste era la pequeña de las hijas del Rey, y en algunos aspectos la menos respetada; sola en sus sueños románticos, con su extraña noción de que no había auténticos límites para las vidas de los hombres y mujeres ordinarios. Sólo su padre la había escuchado siempre con algo más que un amable desdén o una

franca burla..., y ahora su reino estaba en ruinas, y la culpa era únicamente de él mismo.

Sin embargo, allí estaba ella, vestida más completamente con su propio valor que con el desgastado cuero que cubría su cuerpo. Era completamente posible que no estuviera bien de la cabeza. ¿De qué otra forma explicar el hecho de que estuviera aquí, de que considerara razonable simplemente penetrar en el campamento de Alend y pedir respuestas? Y, aunque estuviera cuerda, se había convertido en algo que Elega no sabía cómo evaluar o tocar.

Por otra parte, ¿qué daño podía hacer, una valerosa y estúpida hija de un Rey en desgracia? ¿Era concebible que de alguna forma se hubiera pasado a Cadwal? No. El ejército del Gran Rey estaba demasiado lejos..., y las fuerzas del Perdon todavía se hallaban en su camino. Entonces, ¿qué daño podía hacer?

Bien, ninguno.

No hizo ningún intento de responder a la pregunta de Elega. Tras un largo momento, Elega lo dejó correr. Sintiendo una inesperada simpatía —y un asomo de innombrable admiración— hacia su solitaria hermana, de pronto decidió, irracionalmente, seguir el juego.

—Muy bien —dijo. Después de todo, los riesgos eran algo más natural para ella que la cautela. La inactividad del Príncipe Kragen la tenía al borde de un ataque de nervios—. Pregúntame algo específico.

Sus palabras prendieron una chispa en los ojos de Myste.

Myste se llevó una semiinconsciente mano a su mejilla.

—De nuevo, gracias —murmuró—. Me será de gran servicio.

Casi inmediatamente, inquirió:

—¿Está bien nuestro padre? ¿Está —tragó rápidamente saliva— todavía vivo?

—Por todo lo que sé, sí. —Tan pronto como oyó la pregunta, Elega sintió que se le secaba la garganta—. Hace algunos días desde que hablé por última vez con él. — Ahora que había decidido seguir el juego, se dio cuenta de que su propia historia iba a resultar difícil de contar. Las premisas fundamentales de Myste eran tan diferentes—. De todos modos, emisarios y mensajeros como el Castellano y el Maestro Quillón se refieren a él sin ninguna vacilación. Sigue siendo el Rey en su propio castillo, aunque su gobierno sobre Mordant se ha colapsado.

Myste dejó escapar entre sus labios un suspiro de alivio.

—Me alegro —dijo, asintiendo para sí misma—. ¿Y Terisa? ¿Cómo está?

Elega ahogó ásperamente su inquietud.

—Me temo que dama Terisa ha caído víctima del instinto del error de Geraden.

—¿Cómo? —El tono de Myste sugería un asomo de alarma.

Recordando el depósito de agua, Elega dijo con voz lenta:

—Ha aprendido a cometer los mismos errores que él.

Myste asintió de nuevo; evidentemente, no comprendió lo que Elega quería decir..., y ésta no deseaba proseguir el tema. Pensó por un momento, luego preguntó lentamente, como si buscara palabras más precisas:

—Elega, ¿por qué estás aquí? Si nuestro padre sigue gobernando Orison, ¿cómo te has pasado al bando de sus enemigos?

Ahí estaba: el lugar donde todo lo que tenían en común se desmoronaba, el punto en el que nunca llegarían a comprenderse la una a la otra. Si la verdad golpeaba demasiado duramente a Myste, Elega podía verse forzada a llamar a los guardias y hacer que su hermana fuera entregada al Príncipe Kragen.

Sin embargo, siguió fiel al riesgo que había decidido correr. Secamente, respondió:

—Has planteado mal la pregunta, Myste. Deberías preguntar por qué el Príncipe y sus fuerzas están aquí. Mis razones dependen de las tuyas.

Myste la estudió intensamente.

—Eso sospeché. Por eso temía por nuestro padre. Pensé que los de Alend podían haber venido porque estaba muerto. Pero no deseaba ofenderte saltando a conclusiones erróneas.

»Cuando abandoné Orison, el Príncipe Kragen había sido insultado en la sala de audiencias. Sin embargo, el hecho de que se quedara me hizo pensar que no se le habían dado esperanzas de paz.

»¿Por qué está él aquí, intentando sacar al Rey de su trono?

—Porque —respondió Elega, preparándose para la reacción de Myste— yo le persuadí de que lo hiciera.

En cierto sentido, Myste no reaccionó en absoluto; simplemente permaneció inmóvil, como un animal oculto. El cambio fue tan poco propio de ella, sin embargo, que pareció tan vehemente como un grito. ¿Dónde había aprendido tanto autocontrol..., y tanta cautela?

—Entré en contacto con él después de su audiencia con el Rey. —Elega luchó por impedir que su voz adoptara un tono defensivo—. Me enseñó a creer en él cuando dijo que el deseo de paz de Margonal era sincero. Sin embargo, Alend se enfrentaba a un dilema que debía resolver. Cadwal no siente deseos de paz..., y las fuerzas del Rey se han vuelto claramente inadecuadas para impedir que la Cofradía caiga en manos de Festten. Alend debía tomar alguna acción, a fin de que el Gran Rey no tuviera toda la Imagería en sus manos.

»Primero le exigí al Príncipe alguna prueba de su buena fe. Respondió con la promesa de que si Orison caía en sus manos haría al Perdon Rey de Mordant..., que Alend no retendría nada para sí si la Cofradía quedaba a salvo de Cadwal.

»Entonces le persuadí de que este asedio era su mejor esperanza.

—Pero, Elega —protestó Myste—, eso no es cierto. Nuestro padre es el único

hombre que ha tomado alguna vez Orison por la fuerza. Un asedio puede durar muy bien varias estaciones. Y seguro que el Gran Rey Festten no permitirá que pase ninguna estación antes de que llegue para impedir que el Monarca de Alend reclame la Cofradía para sí.

—*Es* cierto —insistió Elega. Honestamente, sin embargo, se obligó a admitir—: O, mejor dicho, *era*. Dos cosas lo hicieron así. En primer lugar, el muro cortina es frágil en el mejor de los casos..., y nadie podía prever que uno de los Maestros pudiera concebir una forma de defenderlo.

»Y en segundo...

Involuntariamente, se estremeció. Aquello constituía el núcleo de su deseo de acción, su deseo de ver que el asedio tuviera éxito. Era cosa suya: ella había convencido a Kragen que lo intentara.

Si él la consideraba responsable de su fracaso, no había dado ningún signo de ello. Quizás había aceptado los azares de lo que había hecho, y por eso no había recriminaciones. O quizás había hallado una nueva esperanza en las razones para su actual inactividad. En cualquier caso, ella se culpaba a sí misma lo suficiente por los dos. Segura de sí misma, decidida a salvar su mundo, había tomado el asedio no de Orison, sino de todo Mordant, en sus propias manos.

Y luego lo había dejado caer.

—¿En segundo? —animó Myste.

—En segundo lugar —dijo Elega, más secamente de lo que pretendía—, yo le propuse entregarle Orison con muy poco o ningún derramamiento de sangre.

Myste permaneció sentada completamente inmóvil; ni un músculo de su rostro se movió. Sin embargo, sus ojos parecieron arder con el ultraje.

—¿Cómo?

Los nudillos de Elega se crisparon sobre su vaso.

—Envenenando el depósito de agua. No de una forma fatal. Pero sí lo suficiente como para indisponer a los defensores hasta que el castillo hubiera sido tomado.

Sin variar en absoluto su expresión, casi sin mover la boca, Myste dijo:

—Eso hubiera debido ser suficiente. ¿Qué fue mal?

Deliberadamente, Elega se permitió una obscenidad que sabía que desagradaba particularmente a Myste. Luego dijo:

—Geraden y Terisa me descubrieron. Fueron incapaces de detenerme..., y por supuesto de capturarme. Pero advirtieron al Castellano. Nadie resultó indispuerto porque nadie bebió de aquel agua. La defensa se mantuvo..., y yo me vi obligada a huir.

Incapaz de contener su disgusto hacia sí misma, concluyó:

—¿Responde eso a tus preguntas? ¿Puedes tomar ahora juiciosamente tus decisiones?

Gradualmente, Myste se permitió moverse. Su mirada abandonó el rostro de Elega; alzó su vaso y lo vació. De forma automática, muy sumida en sus pensamientos, se sirvió más vino y bebió de nuevo.

—Ah, Elega. Qué terrible tiene que haber sido para ti..., intentar la traición a tu propia casa y familia, y fracasar.

—Es peor —respondió ferozmente Elega— no hacer *nada*..., dejar que todas las cosas buenas del mundo vayan a la ruina porque el hombre que las creó no puede ser impulsado a defenderlas.

Aún lentamente, aún mirando a la distancia, Myste asintió.

—Quizás. Ésa es una de las decisiones que debo tomar.

»Por favor, cuéntame. ¿Por qué no hace nada el Príncipe? Desde el primer día del asedio, no ha tomado ninguna acción que yo haya podido apreciar. Según todas las apariencias, simplemente está aguardando a que llegue el Gran Rey Festten y le destruya.

Bruscamente, como si una parte embotada de su mente acabara de ser despertada de un golpe, Elega se dio cuenta de que el Príncipe Kragen se estaba retrasando. Normalmente terminaba de discutir los asuntos del día con su padre y acudía a su tienda antes de aquella hora.

Si descubría a Myste aquí, no tendría ninguna otra elección más que hacerla prisionera. Su valor potencial como hija del Rey Joyse era demasiado grande para ser ignorado. Pero Myste era también la hermana de Elega..., y Elega todavía no estaba segura de cuál sería su propia decisión. La única cosa de la que estaba segura era de que Myste no iba a revelar ninguno de sus secretos como prisionera del Príncipe Kragen.

—Aguarda aquí —murmuró, y se puso en pie y se apresuró más allá de las cortinas de la parte de atrás de la tienda.

Allá, despertó a la muchacha de Alend que le servía como doncella.

—Apresúrate, muchacha —siseó—. Encuentra al Príncipe. Puede que aún esté con su padre, o de camino hacia aquí. Suplícale que me disculpe. Dile que no me encuentro bien. Dile que estoy medio ciega a causa de un dolor de cabeza..., pero que se me pasará si se me deja dormir.

»Ve rápido.

Empujó a la muchacha a la noche del exterior, hizo una pausa para acallar el martilleo de su corazón, luego regresó junto a Myste.

Myste la miró interrogativamente. Elega le explicó lo que había hecho..., y se sintió más aliviada de lo que consideró razonable cuando vio que Myste la creía. Así que la nueva cautela de Myste, su desconfianza, tenían sus límites. Pese a las cosas que Elega había hecho ya, Myste no esperaba que su hermana la traicionara.

En la parte de atrás de su mente, Elega empezó a preguntarse de qué lado estaba

ella misma.

Se sentó de nuevo, sirvió más vino. Myste todavía estaba aguardando una explicación de la inactividad del Príncipe Kragen. Elega inspiró profundamente porque, por primera vez, lo que iba a decir podía ser interpretado como prueba de deslealtad. Luego preguntó:

—¿Recuerdas el día que conocimos a Terisa? ¿El día que el Perdon entró en tromba en Orison, pidiendo ayuda, y el Rey Joyse se la negó?

—Sí. —De nuevo la sobria mirada de Myste se clavó en el rostro de Elega.

—Creo que ya te hablé de ello. —Elega recordó vívidamente la furia del Perdon. *Dile esto, mi dama*, le había rugido. *Cada uno de mis hombres que caiga o muera defendiéndole en su ciega inactividad, lo enviaré aquí*—. Bien, está haciendo lo que dijo que haría. En pequeños grupos y pelotones, los hombres heridos o muertos y sus familias llegan casi diariamente del Care de Perdon, enviados a la supuesta seguridad de Orison..., y como un reproche para el Rey Joyse.

»Ahora son prisioneros de Alend..., aunque sería más justo decir que se hallan bajo los cuidados de los médicos del ejército, y no se les permite marcharse. Hallándose heridos, agotados o desolados, pocos de ellos tienen la voluntad de negarse cuando son interrogados.

Myste observó atentamente el rostro de Elega y no dijo nada.

—Por ellos —suspiró Elega— hemos sabido que el ejército del Gran Rey no viene hacia aquí.

Los ojos de Myste se abrieron enormemente ante aquello.

—¿No? —susurró, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo—. ¿No?

Elega asintió.

—No directamente, en cualquier caso. Eso al menos es cierto. Las fuerzas de Festten avanzan a toda la velocidad que pueden a través de las colinas de Perdon..., a través de la resistencia de Perdon. Pero todos los informes recientes concuerdan en que los movimientos del Gran Rey no lo llevan más cerca de Orí son.

»Es por eso por lo que el Príncipe Kragen cree que puede permitirse esperar.

Finalmente, Myste sonó como si su autocontrol pudiera flaquear.

—Entonces, ¿adónde está yendo el Gran Rey Festten?

—Al sur y al oeste —respondió Elega—. Al Care de Tor.

»Los supervivientes del Perdon dicen que el ejército de Cadwal avanza por la mejor ruta que puede hallar hacia Marshalt, la sede del Tor.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Myste—. ¿Por qué ir *allí*? La Cofradía está *aquí*.

Elega no tenía la menor idea.

—He oído rumores —explicó, esperando ver cómo iba a responder Myste— de que el Castellano considera al Tor un traidor.

La cabeza de Myste se agitó.

—¿El Tor? Tonterías. —Pensó un momento, luego continuó—: Y, si es un traidor, eso sería aún menos razón para que el Gran Rey invadiera Tor. No tiene sentido.

»¿Qué está haciendo el Perdon?

Para conservar su compostura, Elega adoptó un frente duro.

—Al parecer, está más dedicado al servicio de Mordant de lo que su Rey merece. —La verdad era que cada vez que pensaba en el Perdon le dolía el pecho..., sentía deseos de gritar porque no había nada que pudiera hacer al respecto—. Festten no parece interesado en Orison. Pero, antes que aprovechar la oportunidad de huir, quizás aquí, quizás hacia una dudosa alianza con el Armigite, o una algo más fuerte con el Fayle, el Perdon desvía sus fuerzas de modo que siempre se hallen en el camino de Cadwal. Empezó con escasamente tres mil hombres contra los al menos veinte mil de su enemigo. Si los informes son ciertos, ahora tiene menos de dos mil hombres, y su número se ve reducido cada día. Y, sin embargo, sigue luchando. Sacrifica cada vida a su mando simplemente para obstaculizar a Festten el acercarse hacia cuál sea el lugar al que desea ir el Gran Rey.

»Evidentemente, se halla empeñado en una lucha personal contra Cadwal. Si el Rey Joyse no le hubiera abandonado hace tanto tiempo, se hubiera podido salvar él mismo, y ayudado a Orison, viniendo aquí.

»¿Responde eso a tus preguntas?

Mientras Elega hablaba, la expresión de Myste cambió. Su mirada se volvió hacia Orison; sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, padre —murmuró con voz densa—. ¿Cómo has llegado a esto? ¿Cómo puedes soportarlo?

El deseo de Elega de gritar se intensificó.

—Si lo hace —restalló—, quizás ahora consientas en responder las mías. Te he dicho lo suficiente como hacer que me decapitaran si no tuviera el favor del Príncipe. Me gustaría algo a cambio de este riesgo.

—Sí. —Repentinamente, Myste se puso en pie, mirando a través de la pared de la tienda hacia Orison, como si Elega no estuviera presente—. Ahora puedo tomar mis decisiones. Gracias.

»Tengo que irme.

Sin una mirada a su hermana, echó a andar hacia el faldón que cubría la entrada de la tienda.

Por un instante, Elega no se movió, atrapada entre reacciones contradictorias. Se sentía llena de ultraje; deseaba hacer preguntas mordaces que rasgaran a un lado la reticencia de Myste. Al mismo tiempo, el pensamiento de que su hermana iba a marcharse —sin confiar en ella, sin *confiar* en ella— se clavó en su corazón como una estaca.

Estaba a punto de gritar llamando a un soldado cuando un nuevo pensamiento

destelló a su través como un rayo de iluminación.

Antes de que su hermana alcanzara el faldón de la tienda, dijo:

—Nuestro padre me envió un mensaje, Myste.

Myste se detuvo de inmediato; se volvió, regresó hacia Elega. Casi involuntariamente, preguntó:

—¿Cuál?

Demasiado absorta en la importancia de Myste para ser consciente de sí misma, Elega respondió:

—Lo traje el Castellano Lebbick. Según él, nuestro padre dijo: «Estoy seguro de que mi hija Elega ha actuado por las mejores razones. Lleva mi orgullo con ella allá donde vaya. Por su bien, así como por el mío propio, espero que esas mejores razones produzcan también los mejores resultados».

Inesperadamente, Myste cerró los ojos. Las lágrimas brotaron debajo de los párpados y resbalaron por sus mejillas, pero por un largo momento no se movió ni habló. Luego miró radiante a su hermana, sonriendo como un nuevo día.

—Por supuesto —jadeó—. ¿Cómo no lo vi por mí misma?

Regresó inmediatamente a su silla. Sonriendo tan radiantemente que hizo saltar el corazón de Elega, dijo:

—Muy bien. Pregúntame algo específico.

Elega la miró con la boca abierta..., como un pez, hasta que Myste se echó a reír.

Elega no pudo impedirlo; se sintió repentinamente tan llena de alegría y alivio y confusión que ella también rió.

Al cabo de un momento, Myste se calmó un poco.

—Ah, Elega, no hemos hecho esto juntas desde que éramos niñas.

Imitando su propia dignidad, Elega respondió puntillosamente:

—No seas arrogante, muchacha. Ni siquiera eres lo bastante vieja como para ser llamada una mujer.

Myste rió alegremente. Por un momento, la única cosa que impidió que se pareciera a la Myste que Elega recordaba —romántica y adorable, vagamente loca, a la que no había que tomar en serio— fue la cicatriz en su mejilla.

Pero aquella cicatriz lo cambiaba todo. Hacía a la nueva Myste incapaz de ser ignorada u olvidada. Inspiró una oleada de confusión en Elega.

—Myste, ¿dónde *estuviste*? ¿Adónde fuiste? ¿Por qué te fuiste? Y estas *ropas*. ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

—Elega —protestó Myste humorísticamente—, te dije: «Pregúntame algo *específico*». —Pero luego suspiró y, lentamente, la risa se desvaneció de su rostro—. Bueno, te lo contaré. —Su expresión se convirtió en algo que Elega no supo cómo interpretar: sobria y contemplativa; un poco triste; un poco excitada—. Si no te lo tomas bien, sin embargo, habrá problemas para todos.

»Abandoné Orison para ir en busca del campeón de la Cofradía.

Elega se sintió tan sorprendida que exclamó:

—¿Hiciste *eso*? —antes de poder contenerse.

La Myste que Elega conocía de siempre se hubiera encogido sobre sí misma o hubiera enrojecido; hubiera hundido la cabeza entre sus hombros o hubiera sonado defensiva. La nueva Myste no hizo ninguna de esas cosas. Se limitó a alzar ligeramente la cabeza, encajó un poco la mandíbula y repitió:

—Abandoné Orison para ir en busca el campeón de la Cofradía.

Un momento más tarde, añadió:

—Terisa me ayudó.

Tranquila. Elega no deseaba mostrarse como una estúpida, así que miró a su hermana y no dijo nada.

—Fui desde sus aposentos a través de los pasadizos secretos hasta la brecha que él hizo en el muro. Por aquel entonces no estaba muy bien custodiada, así que conseguí escapar sin ser vista. Desde allí, seguí su rastro en la nieve.

Elega siguió mirando, aguardando a que Myste dijera o hiciera algo que tuviera sentido.

—Finalmente —continuó Myste— lo alcancé. Estaba herido, no era capaz de avanzar rápido. De hecho, estaba tendido en la nieve, con su vida escapándose en sangre por dentro de su armadura.

»Lo sobresalté..., pensó que estaba siendo atacado de nuevo. —El tono de Myste siguió siendo suave y firme—. Me disparó. —Se tocó la mejilla—. Afortunadamente, el daño fue escaso. Luego vio que era una mujer, y dejó caer su arma. Conseguí acercarme a él.

Elega se obligó a parpadear, carraspear, sacudirse de la cabeza algo del asombro. Cuidadosamente, dijo:

—Vuelve al principio. Dime por qué.

—¿Por qué? —La mirada de Myste derivó de nuevo a la distancia—. ¿Por qué no? Había tantas razones. Estaba el extraño declive de nuestro padre, su impulso hacia la destrucción..., y nuestra impotencia, que no me gustaba más que a ti. Estaba Terisa, que se enfrentaba a un mundo que no conocía ni comprendía con más valor y recursos de los que yo podía encontrar en mí misma. Y estaba la deshonestidad de la acción de la Cofradía.

—¿Deshonestidad? —objetó Elega—. Los Maestros estaban intentando defender Mordant. La traslación de su campeón era la única acción que podían tomar capaz de ayudarnos.

—No. —Myste estaba segura de ello—. No hablaré de la cuestión ética..., si es o no permisible imponer una traslación involuntaria a cualquier cosa viva. Pero los Maestros no fueron honestos consigo mismos. Afirman que trasladaron a su campeón

en respuesta a la necesidad de Mordant, intentando hallar la esperanza de sus augurios..., pero, ¿cómo esperaban que reaccionara a lo que hicieron? Estaba herido, él y sus hombres estaban enzarzados en una batalla por salvar sus vidas..., y de repente se encontró en otro mundo. —Su voz adquirió un asomo de pasión—. ¿Qué podía pensar? Seguro que no podía pensar nada excepto que aquel cambio no era más que otro ataque de sus enemigos.

»Si los Maestros hubieran sido honestos, hubieran admitido que la única forma en que un campeón así podía llegar a convertirse alguna vez en aliado suyo era acercándose a él pacíficamente, no amenazadoramente, antes que jugando sobre su instinto para la violencia.

En algunos aspectos, Elega halló la argumentación de Myste tan sorprendente como sus anteriores revelaciones. Lo que decía parecía perfectamente claro, eminentemente lógico. Elega no estaba acostumbrada a oír a su hermana razonar en tales términos.

—Nunca pensé en ello de esa forma —admitió. Luego añadió, casi acusadoramente—. Pero tú sí. Y decidiste hacer algo al respecto.

Myste se encogió de hombros como desechando la sugerencia de que había demostrado valor o iniciativa.

—El Fayle intentó advertir a nuestro padre de la intención de los Maestros. Cuando nuestro padre permitió que la traslación tuviera lugar, me di cuenta de que si permanecía donde estaba y no hacía nada empezaría a odiarle. Y, cuando concebí la idea de intentar ayudar al campeón, mi corazón se elevó.

Hablando secamente para controlarse, Elega dijo:

—Así que te pusiste tus ropas más cálidas y saliste a un duro invierno en bien de un guerrero que podía matarte tan pronto como te viera. Por ninguna razón en realidad, excepto que sentías pena por él.

Una pequeña sonrisa rozó los labios de Myste.

—Y lo encontraste y le ayudaste. ¿Cómo fue posible eso? ¿Había un hombre dentro de su armadura?

—Oh, sí. Diferente en algunos pequeños aspectos..., pero muy parecido a nosotros. Como nosotros en todo lo que importa.

Ante la renovada sorpresa de Elega, Myste enrojeció. Se apresuró a continuar:

—Como Terisa, habla nuestro idioma..., quizá debido a la traslación. Se llama Darsint —comentó, como incidentalmente—. Sus instrucciones me permitieron sacarlo de su armadura y cuidar de su herida. Su arma encendió fácilmente un fuego para nosotros, y yo llevaba comida.

»Desde entonces hemos estado juntos, ocultándonos cuando podíamos, huyendo cuando debíamos. Hallar refugio e incluso comida ha sido muy fácil en los pueblos y granjas abandonados...

—Y, desde la llegada del ejército —interrumpió Elega, hablando precipitadamente para atrapar las implicaciones de lo que su hermana revelaba—, nos habéis estado observando. *Juntos...*, tú y el campeón de la Cofradía. Dijiste que te tomó varios días persuadirte a ti misma de acudir a mí. No fue *a ti a* quien hubo que persuadir, sino *a él*. Tú eres su conocimiento, su guía.

Inspirada por el fuego de las ideas en su cabeza, hizo una pausa para decir:

—Su amante. —La mente que apunta el arma. Luego se apresuró de nuevo:

»Ésa es la decisión que tenías que tomar. Eres la compañera del hombre más poderoso en todo el reino. Él te ama..., depende de ti. Y tú debes decidir cómo utilizar su poder.

Ahora fue el turno de Myste de mirarla fijamente. Incapaz de contener su repentina, su urgente esperanza, Elega se levantó de su silla para enfrentarse a su hermana.

—Myste, tienes que ayudarnos.

»Toda esa fuerza, todo ese poder, sólo aguardando a ser utilizado. Oh, hermana, ¿por qué te has retrasado tanto? Puedes poner fin a este asedio casi sin ningún esfuerzo. ¿No comprendes lo que hay que hacer? Debemos tomar Orison. Debemos poner fin a la estúpida resistencia del Rey, a fin de que la batalla contra los auténticos enemigos de Mordant pueda empezar mientras el reino y la Cofradía permanecen intactos.

—No, Elega. —Myste se puso rápidamente en pie, se enfrentó cara a cara a la pasión de su hermana—. Eso es lo que tú no entiendes. —Su cicatriz la hizo parecer feroz e indiscutible—. La cuestión que necesito resolver no es si debo ayudaros, sino si debo ayudar a Orison contra vosotros.

»Las fuerzas de Alend son demasiado numerosas para que incluso un hombre con las armas de Darsint pueda combatir las solo. Además, su fuerza escapa de él con cada uso. La palabra que él usa es «recargada». Sus armas no pueden ser «recargadas» en este mundo. Por esa razón, debemos ser cautelosos. De todos modos, he estado pensando mucho e intensamente acerca del daño que puede causarle al ejército del Monarca de Alend. La verdad es que sólo me he retenido a causa de tu presencia..., y a causa de la inactividad del Príncipe Kragen.

Elega empezó a protestar, pero Myste la cortó en seco.

—Debo advertirte, Elega, ahora estoy más segura que nunca de que debo luchar por nuestro padre y por Mordant. Si tú quieres que las armas de Darsint sean usadas, lo serán contra vosotros.

—Myste —jadeó Elega con desánimo—, ¿estás *loca*?

—Sólo si es una locura confiar en nuestro padre.

—¡Sí, es una locura! Lo viste por ti misma..., has hablado de su «extraño declive, su impulso hacia la destrucción». ¿Acaso no te escuchabas a ti misma? No hubieras

abandonado Orison e ido a ayudar a ese Darsint si *confiaras* en nuestro padre.

—Sí. —Sin ninguna advertencia, la intensidad de Myste se quebró en una sonrisa. Pareció a la vez avergonzada y segura—. Y no. He pasado días en medio de la densa nieve. He atendido las heridas de un guerrero alienígena y lo he tenido en mis brazos. Y he oído el mensaje que nuestro padre te transmitió. El miedo y el agotamiento enseñan muchas cosas. También el amor. He aprendido a pensar de una forma diferente.

»Resulta difícil decir que confío en su declive. Pero he llegado a confiar en el hecho de que permitió que la Cofradía efectuara su traslación. Incluso he llegado a pensar que lo hizo por mí..., del mismo modo que insultó al Príncipe Kragen por ti. ¿No ves cómo nos ha hecho poderosas? Yo puedo guiar las elecciones de Darsint. Puedo pedir su ayuda. Y tú estás en situación de afectar las acciones de todo el ejército de Alend.

Estoy seguro de que mi hila Elega ha actuado por las mejores razones. Lleva mi orgullo con ella allá donde vaya. Por su bien, así como por el mío propio, espero que esas mejores razones produzcan también los mejores resultados.

—Elega, estamos haciendo lo que él pretendía que hiciéramos. Tiene planes para nosotras. Quizá su propio declive sea sólo un acicate para obligarnos a hacer lo que podamos.

Elega forcejeó en la sonrisa de su hermana. Su optimista interpretación del comportamiento del rey era una locura.

—Myste, eres una estúpida —murmuró, como si estuviera hablando consigo misma—. Una estúpida. —El Rey Joyse había echado de su lado a su propia esposa antes que hacer el esfuerzo de defender su reino. O de explicarse. Pieza a pieza, había ido haciendo pedazos las esperanzas y la confianza del corazón de Elega—. ¿Acaso no te sientes herida? Las cosas que ha hecho, ¿no te causan ningún dolor?

—Por supuesto que sí. —La sonrisa de Myste se hizo afectuosa y triste al mismo tiempo—. Sólo digo que hay otra forma de contemplar lo que ha hecho. Nos preguntamos a nosotras mismas si merece nuestra fe. Pero no llevamos su carga. *Él* es el Rey. Creo que más bien deberíamos preguntar si nosotras merecemos su fe.

»Me parece que él ha elegido dejar que sepamos que él confía en nosotras.

»Elega, ¿nunca te has preguntado qué tipo de hombre debe ser, para depositar su confianza en la gente a la que más ha herido? Entre nosotras tenemos el poder suficiente como para destruirlo. Las armas de Darsint y el ejército del Príncipe podrían realizar eso. Y nuestro padre nos ha empujado a esta posición.

»O bien su locura es completa, o su necesidad de nosotras es tan desesperada que no puede explicar lo que desea sin hacer lo que desea imposible.

Inquisitiva, Elega preguntó:

—¿Qué quieres decir? ¿Qué puedes querer decir?

Myste se encogió de hombros.

—Oh, no quiero decir nada. Sólo especulo. Pero supón —su mirada se enfocó en su hermana— que de alguna forma resulta vital para la defensa de Mordant por parte de nuestro padre que tú te ganes la confianza del Príncipe. ¿Cómo puede conseguirse una confianza así entre dos enemigos tan antiguos y mortales? Cualquier intento de engañar o confundir al Príncipe fallaría con toda seguridad. Tú, y perdóname por decirte esto, no eres muy buena mentirosa. No podrías persuadir al Príncipe de que creyera cualquier cosa en la que tú no creyeras.

—No. —Elega sacudió la cabeza, no como una negativa, sino exasperada—. Supones demasiado y demasiado rápidamente. ¿Cómo es posible que sea «vital» para nuestro padre que el Príncipe Kragen confíe en mí?

—Elega, *piensa*. Has llegado ya tan cerca de tu propia respuesta. ¿Qué consiguió nuestro padre negándose a reforzar al Perdon, cuando el Perdon acudió a Orison en demanda de ayuda?

—¿Qué *consiguió*?

—O, dicho de otro modo, ¿qué hubiera ocurrido cuando Cadwal hubiera avanzado si el Perdon se hubiera visto apoyado por varios miles de guardias? Como has observado, el Perdon se hubiera retirado *aquí*, para reservar sus fuerzas y defender a su Rey. Y el Gran Rey Festten no hubiera permitido que un enemigo tan fuerte se alejara, maniobrara libremente. Se hubiera visto obligado a seguirle.

»Negándose a reforzar al Perdon, nuestro padre hizo posible que los de Cadwal no acudieran aquí directamente.

»¿Sigues sin comprender, Elega?

—Tiempo —jadeó Elega. Finalmente parecía estar captándolo—. Puesto que Cadwal no está aquí, Alend puede permitirse esperar. Negándose a apoyar al Perdon, ganó tiempo.

—¡Sí! —exclamó Myste en un susurro.

—Y, empujándonos a nosotras a donde estamos ahora, también ganó tiempo. Hizo posible que yo usara mi influencia con el Príncipe para animarlo a la inactividad. Pero primordialmente —Elega se sintió sorprendida de lo convincente que le parecía aquello—, y puesto que tú y yo somos hermanas, podíamos hallar una forma de mantener la violencia entre nuestras fuerzas al mínimo.

—Sí —repitió Myste. Su actitud empezó a relajarse.

—Pero, ¿*por qué*? —Elega no sabía si echarse a reír o a gritar—. ¿*Por qué* necesita tiempo? ¿Qué está *haciendo*? ¿Cuál es su plan? ¿Cómo puede creer que puede salvarse Mordant mediante las cosas que ha hecho para destruirlo?

Al parecer, Myste no sentía la necesidad de gritar. Riendo suavemente, dijo:

—Si yo supiera *eso...*, si pudiera tan sólo hacer una suposición inteligente..., yo misma se lo diría al Príncipe Kragen.

Inesperadamente, Elega estuvo riendo también.

—¿Así que todo esto es pura charla? ¿No puedes pensar en ninguna razón por la que nuestro padre puede necesitar tiempo..., en consecuencia en ninguna razón para creer que realmente necesita tiempo..., en consecuencia ninguna razón para confiar en ninguna de tus especulaciones?

Myste agitó alegremente la cabeza.

—En ninguna.

—Excepto —murmuró Elega al cabo de un momento— por el hecho de que todo parece demasiado bien montado como para ser un accidente.

La sonrisa de Myste era tan completa que hizo que incluso la quemadura en su mejilla pareciera una marca de belleza.

Elega suspiró. Lentamente, su inexplicable humor se desvaneció.

—Debo decir, Myste —comentó— que siento un poderoso deseo de hacer que le cuentes todo esto al Príncipe Kragen. Desgraciadamente, él te haría prisionera. Desearía utilizarte como una palanca contra nuestro padre..., o contra tu campeón.

—En ese caso —respondió Myste—, Darsint vendría a por mí. Dudo que se sintiera inclinado a dejar que me usaran como palanca.

—Y los de Alend resultarían muertos —añadió Elega—. Y la fuerza en sus armas podría agotarse. Y no se conseguiría nada.

—Ése —Myste sonrió bruscamente, como una mujer que ha aprendido a gozar de los riesgos— es el razonamiento que utilicé para persuadirle de que me dejara acudir a ti.

Como una sorpresa final en una velada llena de sorpresas, Elega se dio cuenta de que nunca había querido tanto a su hermana como la quería en estos momentos.

—En este caso —dijo lentamente—, me corresponde a mí, creo, ayudarte a abandonar el campamento antes de que cualquier noticia de tu visita llegue a oídos del Príncipe Kragen. Ven, coge tu capa. Llevaremos unos cuantos pellejos de este vino con nosotras y saldremos por atrás.

Antes de marcharse, ella y Myste compartieron un fuerte abrazo, como si se hubieran reconocido por primera vez la una a la otra.

A la mañana siguiente, después de haber recibido los informes nocturnos de sus capitanes, el Príncipe Kragen llamó a Elega fuera de su tienda.

Aproximadamente a la misma hora, Artagel obtuvo permiso para abandonar su cama por primera vez. Su costado se estaba curando bien, y no había tenido fiebre durante el tiempo suficiente como para tranquilizar a su médico. Además, desde su delirante visita a las mazmorras, había sido un paciente modelo. Así que le fue aconsejado que se levantara de la casa para un pequeño y suave, repito, *suave* ejercicio.

Sonrió ante la severa actitud de su médico. Sonrió ante la desdentada doncella de

la cocina que le trajo su comida. Sonrió al mozo que limpió sus aposentos. Pero no intentó levantarse y vestirse por sí mismo y caminar hasta que estuvo seguro de que no iba a ser interrumpido.

No deseaba ningún testigo mientras se probaba a sí mismo para ver lo débil que estaba.

El esfuerzo de ponerse una camisa suelta y unos pantalones le hizo sudar. Inclinar para meter los pies en sus botas le hizo sentir mareo. Simplemente alzar el peso de su espada le hizo temblar. Con cada movimiento, su herida tiraba como si estuviera a punto de volver a abrirse.

Sonriendo un inseguro desafío, abandonó sus aposentos —suave ejercicio, *suave*— y fue a ver al Castellano Lebbick.

Tenía un cierto número de razones para desear hablar con el Castellano. Una era que Lebbick había intentado verle *a él* hacía unos días, y había sido echado de sus aposentos a causa de su fiebre. Otra era que —si podía ser persuadido de hablar— el Castellano era la mejor fuente disponible de información acerca de varios temas que interesaban enormemente a Artagel: el asedio; los planes del Rey Joyse; los preparativos de la Cofradía; la búsqueda de Geraden.

Gracias al hecho de que la mayoría de sus amigos eran guardias, un cierto número de los cuales habían acudido a verle mientras estaba enfermo, sabía que el asedio había sido pasivo desde el primer día. Pero eso podía significar casi cualquier cosa; deseaba saber *qué* significaba. Por supuesto, la solución del Maestro Eremis al problema del agua era del conocimiento común. Además, Artagel había oído que el Maestro Quillón estaba muerto, y que el Maestro Barsonage había reasumido su lugar como mediador de la Cofradía. Había oído que Terisa había desaparecido. Incluso había oído que había una conexión entre la muerte de Quillón y la desaparición de Terisa. Y, en una ocasión, alguien —probablemente el propio médico de Artagel— había mencionado que aún había preguntas en el aire acerca de Underwell.

La curiosidad acerca de tales cosas hubiera sido suficiente para hacer que Artagel visitara al Castellano. Él y Lebbick eran viejos amigos, después de todo..., hasta el punto que podía decirse que el Castellano tenía amigos. De hecho, él había sido el maestro y comandante de Artagel hasta que Artagel había alcanzado el punto en el que ya no era razonable para nadie decirle lo que tenía que hacer. Debido a ello, se creía ampliamente —al menos entre los defensores activos del castillo— que él era el único hombre en Orison que podía acudir al Castellano y formularle preguntas y recibir realmente respuestas.

Sin embargo, Artagel tenía dos razones adicionales para desear una conversación con el Castellano, dos razones más apremiantes que cualquiera de las otras.

En primer lugar, había pensado mucho e inquisitivamente —no su forma favorita de ejercicio— en su última conversación con dama Terisa, y no le gustaba ninguna de

las conclusiones a las que había llegado.

En segundo lugar, había oído de no menos que de seis amigos de confianza que a primera hora de la mañana, después de la desaparición de Terisa, el Castellano Lebbick había regresado a sus aposentos y había hallado a una mujer en su cama.

La antigua doncella de Terisa, Saddith.

La había golpeado hasta casi matarla.

Incluso ahora —¿qué era, cinco días después?—, su médico no estaba seguro de que la muchacha pudiera volver a usar sus manos. Y en cuanto a su rostro... Bien, nadie deseaba describir sus desfiguraciones.

Desde entonces, el Castellano no había salido de sus aposentos. Dirigía la defensa de Orison enteramente a través de un intermediario..., había elegido a un hombre para que le trajera toda la información necesaria y transmitiera sus instrucciones.

Por una coincidencia tan extraña que hacía que las tripas se le anudaran a Artagel, el hombre que había elegido el Castellano Lebbick era Ribuld, el veterano lleno de cicatrices que ocasionalmente había ayudado a proteger a Terisa como un favor a Geraden, y que había perdido a su mejor amigo, Argus, en un intenso fracasado de atrapar al Príncipe Kragen.

¿Por qué *Ribuld*, de entre toda la gente? Lebbick nunca lo había puesto en una posición de responsabilidad antes. De hecho, Ribuld podía decir que el Castellano nunca se había fijado en él excepto cuando había hecho algo mal.

Pese a que el esfuerzo de andar hacía que su corazón trabajara más aprisa y le dolieran todos los huesos, Artagel estaba decidido a enfrentarse al Castellano Lebbick y obtener algunas respuestas.

No le gustaba recordar la forma en que Terisa le había gritado: *¿Estás loco? Geraden es tu hermano*. En aquel momento, no la había comprendido. Bien, había estado delirante, emocional y moralmente enfermo por lo que le habían hecho a Nyle. Pero ahora sus palabras le golpeaban como una acusación.

Cuando llegó a los aposentos de Lebbick, se sorprendió ligeramente al descubrir la puerta custodiada. El Castellano nunca había sentido la necesidad de proteger sus propios aposentos antes. Sin embargo, Artagel no vaciló. Se dirigió al guardia de servicio, un hombre al que conocía desde hacía años, y preguntó:

—¿Sigue negándose a ver a nadie?

El hombre asintió. Pese a su evidente placer de comprobar que Artagel había podido levantarse finalmente de la cama, comentó:

—Y no va a hacer una excepción en tu caso tampoco.

Artagel sonrió. Probablemente era una buena cosa que no hubiera intentado traer su espada. Hubiera quedado como un estúpido desenvainándola..., y luego dejando que su peso lo arrojara de bruces al suelo. Como si nunca hubiera estado enfermo, sin embargo, dijo:

—Quiero entrar ahí. Estoy seguro de que no vas a cruzarte en mi camino.

—¿Vas a pasar por encima de mí? —bufó el guardia—. ¿En *tus* condiciones? — Pero luego alzó las manos—. Está bien, puesto que me obligas... Alguien tiene que meterle un poco de sentido común en la cabeza. Mejor que seas tú. Después de lo que le hizo a esa mujer... Si no reacciona pronto, vamos a tener un problema entre las manos. Demasiada gente que no tiene nada mejor que hacer está hablando ya al respecto.

»Si te golpea, gime, y te arrastraré de vuelta a tus aposentos.

Artagel amagó un golpe con una mano.

—Muchas gracias. Siempre reconforta saber que uno tiene un hombre como tú a sus espaldas.

—Lo sé —respondió el guardia—. Tan lejos a tus espaldas como sea posible.

Riendo, le abrió la puerta.

Convencido de que realmente no iba a ser capaz de seguir en pie mucho más tiempo, Artagel entró en los aposentos del Castellano.

La habitación delantera estaba mal iluminada, sin limpiar y sin decorar..., lo cual no había sido el caso cuando Artagel estuvo allí la última vez, algún tiempo antes de que la esposa de Lebbick muriera. Aunque no era dado a los lujos, el Castellano había reclamado una suite amplia para él y para su esposa; había insistido durante décadas en que tenían intención de tener hijos, independientemente de los daños que ella había sufrido como prisionera de Alend. Y ella le había seguido la corriente manteniendo sus aposentos como un hogar donde los hijos serían bienvenidos. Pero, desde su muerte, había despojado las paredes y los suelos de todo hasta dejarlos en piedra desnuda; había trasladado un duro camastro a la habitación delantera y había sellado el resto de las puertas: incluso en las atestadas condiciones actuales de Orison, aquellas habitaciones permanecían vacías. Y, desde la desaparición de Terisa, había prescindido evidentemente de cualquier pretensión de limpieza. La única lámpara en la mesa al lado de su camastro daba apenas la luz suficiente para mostrar que la habitación estaba tremendamente sucia.

Igual que él: no se había afeitado, ni lavado, ni cambiado de ropa desde hacía días. Sus ojos estaban enrojecidos por el agotamiento y la malicia —o el dolor—, y sus manos crispadas ante él como si necesitaran terriblemente una espada.

Mirando a Artagel desde el borde de su camastro, gruñó distintamente:

—Destriparé al hombre que te *ha dejado* entrar.

El aire hedía a polvo, sudor rancio, comida agusanada. Artagel dominó una arcada. Fingiendo que su expresión de náusea era una sonrisa, respondió:

—No, no lo harás. —Deliberadamente, buscó una silla y se sentó en ella—. Si piensas hacerle algo, primero me lo tendrás que hacer a mí. Y no vas a hacer eso. No te atreverás. Soy el hombre más popular en Orison.

—Vómitos de cerdo. —El Castellano parpadeó malignamente—. Eremis es el hombre más popular en Orison. —Pese a su tono, sin embargo, no abandonó el camastro—. Tú no eres más que un inválido que todavía vive porque tuvo suerte la última vez que se enfrentó con Gart.

»Por eso probablemente te han enviado ellos. Creen que no voy a hacerle daño a un hombre tan débil que una mujer podría derribarlo con un simple golpe.

Fingiendo indiferencia, Artagel preguntó:

—¿«Ellos»?

—*Ellos*. El Tor. El Rey Joyse. La mitad de los perros en celo de este hediondo agujero. El bastardo que te dejó entrar. Los que creen que Eremis es lo mejor que ha ocurrido nunca desde que el Rey Joyse inventó la luz del sol. Los que creen que deberían castrarme porque abofeteé a un par de veces a esa jodida puta. *Ellos*.

»Quieren que salga de aquí para poder saltar sobre mí. Quieren que tú me hagas salir.

—Lo siento. —Artagel odiaba tener que tratar con Lebbick de aquel modo; hubiera preferido encontrarse con el Monomach del Gran Rey sin una espada en la mano. Como resultado de ello, sonó incongruentemente alegre, como si se lo estuviera pasando en grande—. Lamento contradecirte cuando estás de tan buen humor. Pero la verdad es que no tengo la menor idea de lo que estás hablando. Simplemente vine para decirte que Geraden no mató a Nyle.

—Yo ya lo sé —restalló Lebbick—. No me lo digas *a mí*. Díselo *a ellos*.

—Espera un minuto. —Artagel se hubiera sorprendido menos si el Castellano hubiera empezado a echar espuma por la boca—. Espera. ¿Qué quieres decir con que ya sabes eso? ¿*Cómo* lo sabes?

—Lo sé —el Castellano Lebbick miró a su visitante como si Artagel fuera un ser de apariencia horrible— porque esa furcia bebemeados estaba en mi cama. *En mi cama*.

Ahora fue el turno de Artagel de parpadear.

—Espera un minuto —repitió—. Espera.

Lebbick no esperó.

—Crucé esa puerta —señaló ferozmente hacia la puerta—, y ella estaba en mi *cama*. —Golpeó el camastro con un puño—. Desnuda como la mierda. *Sonriéndome*. Agitando las tetas. *Por supuesto* que Geraden no mató a Nyle.

Entonces su ferocidad disminuyó.

—Hubiera creído a cualquiera menos a esa mujer.

Artagel contuvo el aliento y no dijo nada.

—Ella me hizo pensar en ello una y otra vez. Me hizo volver una y otra vez al principio. Pero, cuando se equivocó respecto a aquel pasadizo secreto..., estuve *seguro*. Y la vi escapar, la vi. Con Quillón. El amigo del Rey Joyse. Luego encontré el

cuerpo de él. Y vi al otro con ella. Estaba con Gilbur. Por supuesto que estaba *seguro*. Por supuesto que Geraden mató a Nyle. Ella tuvo que escapar con Gilbur, no con Quillón. Ella era una traidora, una asesina. Eso probaba que Geraden era culpable.

»¿No es eso lo que *ellos* te dijeron?

—No —murmuró Artagel—. No me han dicho absolutamente nada.

—Bueno, pues lo harán —gruñó Lebbick—. Dales una oportunidad. Todos hablan de mí. Susurran a mis espaldas. —Una sonrisa salvaje tensó su boca—. Eremis es un héroe. Todo lo que esa mujer dijo de él es una mentira. Geraden mató a Nyle. Ella lo empujó. Ella lo ayudó a escapar. Luego Gilbur la ayudó a escapar a ella. Ellos mataron a Quillón. Soy un monstruo. Nadie comprende por qué el Rey Joyse todavía no me ha hecho abrir en canal.

»Eremis es un héroe.

Buscando alguna medida de cordura en la conversación, Artagel dijo lentamente:

—Lo dudo. Terisa debió decirte que Nyle todavía está vivo. Intentó decírmelo a mí.

»No la creí —admitió—, pero desde entonces me he estado pateando a mí mismo por ello. —Generalmente, no se sentía tan inclinado a lamentarse; sin embargo, lamentaba intensamente las cosas que le había dicho a Terisa. Hubiera tenido que examinar más de cerca aquel cuerpo—. Finalmente imaginé lo que pudo haber ocurrido. —*Geraden es tu hermano. Lo conoces de toda la vida*—. Debieron cambiar los cuerpos. El de Underwell y el de Nyle. Por eso utilizaron la Imagería..., por eso permitieron que alguna criatura devorara los cuerpos. Para desfigurarlos. Para que pensáramos que Underwell era Nyle.

»Geraden no hubiera hecho una cosa así. Es imposible. Le conozco mejor que eso.

Como si estuviera hablando del tiempo, Artagel añadió:

—Si *él* no lo hizo, entonces eso sólo deja a Eremis. No tenemos a nadie más a quien poder culpar.

—*Sé eso*. —El dolor crispó los rasgos del Castellano Lebbick. Suavemente, repitió—: *Sé eso*. ¿Por qué crees que le pegué tan fuerte a esa mujer? ¿Por qué crees que seguí pegándola? Estaba intentando conseguir que me dijera la verdad.

»*Fue Quillón* quien ayudó a escapar a esa mujer. Ésa es la verdad. Lo hizo porque el Rey Joyse le dijo que lo hiciera. Para apartarla de mí. Me ordenó que hiciera mi trabajo, y luego intentó apartarla de mí. Es por eso por lo que me deja solo ahora. No ha enviado a llamarme desde hace días. Sabe que yo sólo estaba siguiendo órdenes.

»Quiere quebrarme. Quiere que me oculte aquí abajo hasta que me pudra. Porque no confía en mí.

Artagel tuvo la frenética sensación de que no estaba yendo a ninguna parte. Se sintió tentado a salir de la habitación, poner alguna distancia entre él y la locura del

Castellano. Pero su pesar era más fuerte que su alarma. Ya había abandonado a Terisa y a Geraden.

En vez de retirarse, intentó un enfoque distinto.

—Bueno, todavía debe confiar algo en ti. —Artagel hizo un esfuerzo por sonar confiado, sin demasiado éxito—. Todavía sigues al mando, ¿no? Aún sigues siendo el Castellano.

Lebbick asintió como si no hubiera oído la pregunta.

—Hablando de cosas de las que estás al mando, ¿cómo va la defensa? —prosiguió Artagel—. He oído el rumor de que Kragen no ha hecho más que arrojarnos un par de piedras desde el primer día. ¿Es eso cierto?

El Castellano asintió de nuevo.

—Ese hijo de puta de cachorro de Margonal —gruñó— se limita a permanecer sentado ahí fuera, mirándonos.

—¿Por qué? ¿Qué le hace pensar que puede salirse con bien de este modo? ¿Acaso no teme a Cadwal?

—Sólo puedo pensar en dos explicaciones. —Como por accidente, algo de la tensión en el rostro de Lebbick se aflojó. A algún nivel, Artagel lo había distraído—. Sabe que Festten no viene hacia aquí, por alguna razón..., y nosotros no porque no permite que las noticias lleguen hasta nosotros. O Alend y Cadwal han sellado una alianza.

Bien: eso era una mejora. Al Castellano Lebbick todavía le quedaba algo de lucidez. Cuidadosamente, Artagel dijo:

—Entonces supongo que Cadwal no viene hacia aquí. Si Festten y Margonal hubieran sellado alguna alianza, el Príncipe no hubiera intentado atacarnos solo.

—Probablemente eso sea cierto —admitió morosamente el Castellano—. Festten no hubiera sellado una alianza a menos que estuviera seguro de que Margonal no echaría la mano sobre la Cofradía antes que él.

Artagel asintió. Al cabo de un momento, siguió:

—Hablando de la Cofradía...

Lebbick le interrumpió ominosamente:

—¿Lo estábamos?

Artagel frunció el ceño.

—¿Lo estábamos qué?

—Hablando de la Cofradía. ¿O simplemente me estabas sonsacando?

—Te estaba sonsacando —sonrió Artagel—. Y voy a seguir sonsacándote hasta que digas tres frases seguidas que tengan algo de sentido. Si no te recuperas, te *pu*drirás.

»Hablando de la Cofradía, ¿qué están haciendo acerca del pobre Maestro Quillón?

El Castellano Lebbick estudió a su visitante como si al final hubiera empezado a preguntarse por qué estaba Artagel allí.

—Nada —articuló—. Por todo lo que puedo decir, lo único que hacen durante todo el día es permanecer sentados zurrándose las posaderas los unos a los otros. Con lo cual quiero decir, por supuesto —empezó a sonar como si estuviera citando burlonamente las palabras de alguien— que están dedicando todos sus esfuerzos, día y noche, a descubrir cómo Gilbur y Geraden y esa mujer son capaces de utilizar espejos planos sin volverse locos.

»Ese ciego trozo de carne de Barsonage —el tono de Lebbick era salvaje— ha imaginado de pronto que el Rey Joyse tiene razón. Y se ha vuelto todo virtud y nobleza al respecto. Los espejos no crean sus propias Imágenes. Los lugares que muestran son reales. Así que no tenemos derecho a tomar nada que pueda notar la diferencia. Lo cual es una jodida forma de decir que no van a hacer nada para ayudarnos a defendernos. Se niegan a tocar la única cosa que podría hacernos algún bien.

El Castellano ladró sin ningún humor:

—En realidad es divertido. Descubren la pureza justo cuando el Rey Joyse la abandona. La única auténtica razón de que aún no hayamos sido invadidos es que Kragen no puede usar sus catapultas. Cada vez que lo intenta, Havelock las destruye con alguna especie de pájaro de humo de uno de sus espejos.

Artagel empezó a confiar en que iba por el buen camino. El Castellano Lebbick parecía estar recuperando su autocontrol. Quizá ya fuera tiempo de arriesgarse a...

Puesto que era el tipo de hombre que corre riesgos, dijo, en tono conversacional:

—Eso está mejor. Lo estás haciendo mucho mejor. En cualquier minuto a partir de ahora volverás a ser el de siempre. Sólo hay una cosa más que desearía saber.

»Castellano... —inspiró profundamente—, ¿cuál, en nombre de toda santidad, es la conexión entre Saddith y Nyle? ¿Por qué el hecho de que ella apareciera en tu cama demuestra que Geraden no lo mató?

Por un largo momento, el Castellano pareció como si fuera a estallar. Un músculo se crispó en su mejilla. Su mirada ardía roja, atrayendo la oscuridad de la habitación a su alrededor; su expresión estaba llena de condenación.

Como un hombre masticando perdigones, dijo:

—No Saddith y Nyle. Saddith y Eremis. Ella es su puta.

Artagel aguardó.

—Él la envió. Eso es lo que intenté hacerle admitir. Por eso seguí golpeándola. Por eso no me detuve.

Artagel siguió aguardando.

—Eso es lo que él me hizo. —Sin advertencia previa, los ojos de Lebbick empezaron a derramar lágrimas. Resbalaron por su sucia barba, dejando claros rastros

en la mugre de sus mejillas—. Yo estaba casi al límite. Esa mujer intentaba decirme la verdad, y yo no sabía cómo creerla. Y él me hizo eso a mí. Envió a su puta para darme el último empujón. Porque yo soy el único que le queda al Rey Joyse. Aunque él no confíe en mí.

»El Maestro fornicador Eremis —dijo el Castellano en medio de su pérdida— no me hubiera enviado su puta a mi cama si todo lo que esa mujer dijo de él no fuera cierto. Estaba intentando distraerme.

Artagel resistió con dificultad la tentación de silbar entre dientes. Esta vez hallaba comprensible el razonamiento del Castellano. Siempre había apreciado la franca sexualidad de Saddith; pero en estos momentos no estaba pensando en ella. Estaba pensando en que su aparición en la cama de Lebbick era lo peor que Eremis podía nacerle al Castellano.

Era casi como si Eremis y el Rey Joyse estuvieran conspirando juntos para destruirle.

Ásperamente, dijo:

—Eso tiene sentido. —Las palabras parecieron pegarse a su garganta; tuvo que esforzarse para hacerlas salir—. ¿Qué te dijo realmente Terisa acerca de nuestro héroe, Eremis?

El Castellano se restregó el rostro con las manos, embarrando lágrimas y suciedad.

—Lo mismo que te dijo a ti. —Halló en el camastro a su lado un trapo, con el que se sonó la nariz—. Debieron cambiar los cuerpos. Si Underwell quería realmente a Nyle muerto, hubiera podido conseguirlo sin correr el estúpido riesgo de todo aquel derramamiento de sangre. Pero si Geraden era inocente, Underwell debió descubrir de inmediato que Nyle no estaba herido. Así que hubo que matar a Underwell. Para proteger a Eremis.

»Probablemente Nyle aún está vivo. A menos que Eremis ya no lo necesite más.

»Eremis está atareado actuando como el héroe de Orison porque sus planes aún no están listos. Cadwal todavía no está preparado para atacar. Eso es evidente..., Cadwal ni siquiera está *aquí*. O está aguardando a que ocurra alguna otra cosa. No desea que Kragen se apodere de la Cofradía.

Artagel estuvo a punto de preguntar: ¿Por qué no le detienes? ¿Por qué no le arrancas el corazón, en vez de esconderte en este agujero como un perro apaleado? Afortunadamente, se contuvo a tiempo. Tan pronto como se le ocurrió la pregunta, captó un atisbo de cómo reaccionaría el Castellano Lebbick a ella. *Desean que salga de aquí a fin de que puedan saltar sobre mí. Él desea destrozarme. No confía en mí.*

A Artagel le gustaba vivir peligrosamente, pero no estaba dispuesto a arriesgarse a empujar a Lebbick de vuelta al torbellino.

No podía captar lo que estaba haciendo el Rey Joyse. Pero no era problema suyo:

alguien tendría que desentrañarlo. Eremis, sin embargo, era otro asunto. Artagel estaba muy seguro de que deseaba oponerse u obstaculizar al Maestro de cualquier forma posible.

Mirando en torno a la estancia en busca de inspiración, aferró la primera idea que se le ocurrió.

—¿Sabes, Castellano? Si tu esposa hubiera visto esta pocilga, hubiera escupido granito.

Artagel era probablemente el único hombre en Orison capaz de mencionarle a Lebbick su esposa en su cara.

Por suerte o intuición, sin embargo, Artagel descubrió el enfoque adecuado. En vez de entrar en erupción, el Castellano pareció apenado.

—Lo sé —murmuró—. Voy a limpiarla un poco. Me ocuparé de ello ahora mismo.

El dolor en su rostro estrujó el corazón de Artagel. Sin premeditación, sin pensarlo siquiera, dijo suavemente:

—No te preocupes. Déjalo así. Yo tengo una habitación extra. Incluso tengo una cama extra. Ven e instálate conmigo.

El Castellano Lebbick le miró torpemente. Su boca se agitó como si Artagel acabara de pedirle que rompiera sus ataduras con la única cosa que aún lo mantenía de una sola pieza.

—Ella está muerta —dijo Artagel, tan suavemente como le fue posible—. Eso no puede remediarse. Ya no te necesita.

»Nosotros somos quienes te necesitamos.

Roncamente, luchando contra el colapso, el Castellano jadeó:

—¿«Nosotros»? ¿Quiénes son «nosotros»?

—Yo. —Artagel no dudó—. Geraden. Terisa. Cualquiera que piense que todavía vale la pena intentar salvar al Rey Joyse, aunque él actúe como si se hubiera metido la cabeza en el culo.

Lebbick pensó durante largo rato, con los ojos fijos en la semioscuridad que le rodeaba. Parecía un hombre perdido en sus recuerdos..., perdido en su amor, en antiguos instantes de violencia; un hombre que tal vez nunca fuera capaz de hallar su camino de vuelta. Pero luego sus hombros se hundieron y suspiró.

—De acuerdo.

—Bien. —Artagel suspiró también, dejó que la incertidumbre saliera tan bruscamente de él que el alivio le hizo estremecer—. Creo que es el momento.

Sin incertidumbre o dolor que lo mantuvieran firme, sin embargo, sus músculos se aflojaron y sus miembros se convirtieron en caucho. Reluctante, añadió:

—Puedes empezar ayudándome a volver allí. Me temo que me pasé un poco viniendo hasta aquí.

—Idiota —gruñó Lebbick. Lentamente, se puso en pie—. Se supone que tendrías que estar descansando. He visto maleza con más sentido común que tú.

—Eso es fácil. —Artagel hizo un decidido esfuerzo por no caerse de la silla—. Yo he visto maleza con más sentido común que cualquiera de nosotros.

»Sólo dime otra cosa. —Hizo una pausa para reunir sus dispersos pensamientos—. ¿Por qué Ribuld? No sabía que tuvieras tan buena opinión de él.

Casi gentilmente, el Castellano Lebbick ayudó a Artagel a ponerse en pie. Sosteniéndolo con su hombro, echó a andar hacia la puerta.

—Necesitaba a alguien en quien pudiera confiar. Quiere a Geraden. Eso es todo lo que puede exigírsele para trabajar conmigo.

Artagel no pudo impedirlo; tenía que preguntarlo:

—¿Son tan graves realmente tus problemas? ¿Sólo a causa de Eremis y Saddith?

Los músculos a lo largo de la mandíbula de Lebbick se endurecieron. Sus ojos estaban llenos de tinieblas.

—Espera y verás.

En su camino de vuelta a sus aposentos, Artagel se dio cuenta de que estaba positivamente ansioso por ver a Geraden de nuevo. Deseaba tener a alguien que le dijera qué estaba ocurriendo.

Un viejo aliado del Rey

Aquel mismo día, Terisa y Geraden cabalgaron alejándose de las colinas sudoccidentales del Care de Termigan y empezaron a acercarse a Sternwall, la sede del Termigan y la principal ciudad de su Care.

El camino relativamente directo desde Houseldon, y la falta de lluvia, atípica en aquella época del año, habían hecho que el viaje fuera fácil, al menos para Geraden. Estaba acostumbrado a los caballos, habituado a buscar acomodo al lado del camino, experimentado en las acampadas. Y parecía seguro de sí mismo. Por primera vez en su vida, sabía exactamente lo que estaba haciendo. La única cosa que reducía su ansia por llegar hacia donde estaban yendo era el placer de tener a Terisa consigo.

La ansiedad de Terisa por alcanzar Sternwall era completamente distinta. Había perdido de una forma visceral su interés en Orison..., en el Maestro Eremis y en el Rey Joyse. Sus preocupaciones eran más inmediatas. Le dolían todas las articulaciones, el cansancio se infiltraba en sus huesos, estaba harta de caballos. Deseaba un baño caliente y sábanas limpias. Gracias a la por otro lado muy deseada forma en que Geraden utilizaba su peso por las noches, el duro suelo le había producido hematomas desde los omoplatos hasta la rabadilla. A veces, tenía la sensación de que hubiera sido capaz de matar para conseguir una almohada para sus riñones. Tras uno o dos días en la silla, cada movimiento de la yegua baya parecía triturar sus huesos unos contra otros. Un par de días después, apenas era capaz de impedir gruñir cada vez que Geraden la abrazaba.

Sin embargo, se aferraba a él tan fuertemente y tan a menudo como le era posible; cruzaba sus piernas contra el cuerpo de él y lo retenía encima de ella pese al dolor. Se sentía tan llena de amor que apenas podía apartar los ojos de él, apenas era *capaz* de mantener su piel fuera de contacto con la suya. Si era necesario, podía soportar unos cuantos hematomas más.

Tenía que admitir, sin embargo, que había aprendido a odiar los caballos. Cualquier cultura incapaz de diseñar un modo de transporte mejor que *ése* merecía realmente morir. Cuando Geraden anunció que estaban llegando a Sternwall, exclamó:

—¡Gracias a Dios! —con tanta sinceridad que él estalló en una carcajada.

Se sintió ofendida.

—Tú pensarás que es divertido —gruñó—. Nunca me he sentido tan miserable en toda mi vida, y tú crees que es algo para reírse. Juro que no sé lo que he visto en ti.

»Por supuesto —añadió consideradamente—, si lo *supiera* probablemente desearía arrancarme los ojos.

—Ve con cuidado, mi dama —respondió él con tono agraviado—. Poseo una

naturaleza sensible. Si me ofreces alguna excusa, *cualquier excusa*, empezaré a disculparme de inmediato.

—Oh, estupendo —gruñó ella, intentando sonar amargada aunque estaba sonriendo con todo su cuerpo—. La última vez que hiciste eso, no nos dormimos hasta después de medianoche.

Aquello le hizo reír de nuevo. Luego se inclinó en su silla y la besó espectacularmente.

—Ah, Terisa —suspiró, después de apartarse—, me haces tanto bien. Jamás hubiera creído que fuera posible. Después de todos esos años sirviendo a la Cofradía y fracasando, después de equivocarme deteniendo a Nyle en vez de concentrarme en el Príncipe Kragen, después de estropear nuestras posibilidades de detener a Elegia, después de conseguir que pareciera que era el asesino de mi propio hermano y luego tener que arrojarme a un espejo sin la menor idea de lo que iba a ocurrir... —la lista de desastres era realmente impresionante cuando la enumeraba de aquel modo—, nunca hubiera creído posible sentirme así de bien.

—¿Tenemos que ir mucho más lejos todavía? —preguntó ella, porque no tenía ninguna otra cosa mejor que decir—. Deseo una cama.

Geraden sonrió y le ofreció la mejor respuesta que tenía.

Era su cuarto día en el camino, y desde que habían dejado atrás las humeantes ruinas de Houseldon no habían visto ni la más ligera indicación de que Mordant estaba en guerra. Yendo casi directamente en dirección nordeste, habían cruzado el Broadwine en su camino este-nordeste hacia el Demesne, y habían seguido la ruta que conducía al Care de Termigan.

—El Termigan nos ayudará —había dicho confiadamente Geraden—. Es un viejo aliado del Rey. Corre la historia de que salvó la vida del Rey Joyse en la última de las grandes batallas contra Alend..., hará unos treinta años.

Terisa había asentido sin apartar los ojos del paisaje que les rodeaba. Había conocido al Termigan: tenía la impresión de que era un hombre en el que podía confiarse absolutamente..., pero sólo en sus propios términos.

Al norte y al este de Houseldon, el Care de Domne parecía estar compuesto casi enteramente por el tipo de fértiles colinas que hacían el cultivo difícil, pero que proporcionaban abundante y rica hierba para las ovejas. Hacia el sur y el oeste seguían siendo visibles las montañas, pero se hacían cada vez más difíciles de vislumbrar a medida que el camino serpenteaba fuera del Care. Geraden explicó que la frontera de Domne se extendía desde el punto más oriental de la estribación de montañas al norte —un punto llamado la Boca del Pestil, porque era allí donde el río Pestil brotaba de las estribaciones— y a lo largo de una línea relativamente recta hacia un claramente divisable pico de la cordillera meridional, una enorme e inconfundible prominencia rocosa llamada, sin que se supiera la razón, Kelendumble.

Esa línea separaba Domne del Care de Termigan al norte del Broadwine y del Care de Tor al sur.

Aunque la frontera era puramente teórica, el paisaje pareció cambiar después de que Terisa y Geraden entraran en Termigan. El paisaje se volvió más rocoso; la hierba y la maleza, las flores silvestres y los bosquecillos tenían un aspecto más resistente, como si estuvieran arraigados a una tierra menos fértil y tuvieran que soportar un clima menos benigno.

—El suelo es bueno para las viñas —explicó Geraden—, y no es malo para el lúpulo. Pero no sirve de mucho para el maíz, o el trigo, o el worren. —El worren era uno de los pocos cereales, de hecho, uno de los pocos alimentos, que Terisa había descubierto que eran propios de aquel mundo—. En Domne, es un chiste común el que todo el mundo que vive aquí desarrolla un caso permanente de dispepsia debido a la comida que come..., y que intenta mejorar su salud bebiendo demasiado.

»Por otra parte, he oído decir que el Gran Rey Festten no bebe nada excepto vino de Termigan.

A medida que cambiaba el suelo, lo mismo hacían las colinas: empezaron a parecer menos suaves, más accidentadas, como si hubieran sido cortadas por la erosión en vez de ser elevadas por los huesos subterráneos de la tierra. El camino serpenteaba por entre barrancas y desfiladeros en vez de suaves y poco profundos valles y hondonadas. Como contraste, sin embargo, el tiempo era más primaveral..., cálido al sol pese a las frías noches y a las sombras; lleno de aromas verdes y de flores; oliendo a humedad.

Terisa deseaba tan desesperadamente un baño que la simple idea hacía que le picara el cuero cabelludo.

Obligándose a sí misma a pensar en otras cosas, reflexionó ocasionalmente que los desfiladeros y barrancas eran lugares ideales para una emboscada. Tales cosas, sin embargo, parecían completamente irreales. Después de todo, Alend había enviado todas sus fuerzas al asedio de Orison. Y las fuerzas de Cadwal estaban en el extremo más alejado de Mordant, hacia el este. Así que el único peligro real podía proceder de la Imagería. Y cualquier ataque que cayera sobre ellos a través de la Imagería no necesitaría confiar en desfiladeros y barrancas para tener éxito.

Razonó que probablemente el Maestro Eremis no sabría dónde estaban. No podía saberlo, a menos que diera la casualidad de que pasaran junto a un lugar que se mostrara en uno de sus espejos..., y él estuviera mirándolo durante el breve tiempo en que fueran visibles en él.

Pero no podía dejar de preocuparse por la posibilidad.

De hecho, ni siquiera recordaba lo que había dicho el Termigan acerca de los problemas en su Care hasta que Geraden la llevó a la vista de Sternwall, a última hora *de la tarde* de su cuarto día de camino.

La vista le hizo preguntarse cómo podía haberlo olvidado.

Pozos de fuego en el suelo, había dicho el Termigan.

Sternwall era una ciudad de piedra fortificada. Poseía una muralla almenada construida de granito; y, dentro de la muralla, todas las casas y demás edificaciones eran de piedra. Desde aquella distancia, el estilo básico de construcción parecía ser la argamasa de barro reforzada con cemento. La gente del Termigan podría haberse reído del ataque que había destruido Houseldon.

Sin embargo, Terisa estaba segura de que no se estaban riendo.

Incluso desde varios centenares de metros de distancia podía sentir el calor de la resplandeciente roca líquida que se agitaba y burbujeaba en largas charcas fuera de las murallas. Había media docena de ellas, todas instaladas en terreno alto que descendía hacia la ciudad, todas dispuestas como si fueran fluyendo lentamente, inexorablemente, hacia las murallas. Eremis había dicho: *Pozos de fuego aparecen en el suelo de Termigan..., casi dentro de las fortificaciones de Sternwall*. Debió de costarle refrenar su regocijo. Alimentados por la traslación, los pozos fundían el suelo entre ellos y la ciudad. Terisa no sabía cuánto tiempo llevaba produciéndose aquello, pero sospechaba que no continuaría mucho más. Las murallas de granito habían empezado ya a desmoronarse como cera caliente en cuatro puntos distintos; amplias secciones de la cara externa de la ciudad reflejaban rojizas el magma, como si estuvieran empapadas de sudor. La gente de Sternwall iba a terminar ardiendo en sus hogares. Una tonalidad rojo anaranjada brillaba en el cielo como un presagio de atardecer.

Geraden frunció amargamente el ceño ante aquella vista.

—¡Cristales y astillas! —murmuró—. Oh, Eremis. No me sorprende que el Termigan no confíe en los Imageros.

—No lo entiendo. —Terisa tuvo que tragar duramente saliva para conseguir emitir sus palabras—. ¿Por qué? Quiero decir, ¿por qué hacerlo de esta forma? ¿Por qué no poner esta..., esta lava..., por qué no trasladarla directamente al interior de la ciudad y terminar de una vez con ello?

—Es más divertido de este modo —chirrió Geraden. Luego sacudió la cabeza—. No, no es eso. Probablemente el propio Sternwall no se halla en la Imagen. El espejo que están utilizando muestra probablemente un lugar en alguna parte arriba en la colina. Esto es todo lo lejos que pueden ajustar el foco.

Había guardias recorriendo la muralla, sin acercarse demasiado a la fuente de calor. Terisa vio a dos hombres detenerse, señalar hacia ella y Geraden; uno de ellos abandonó la muralla. Supuso que, bajo las circunstancias, Sternwall no recibía muchos visitantes. Intentó hacer bajar el sabor a hiel que había subido a su garganta y puso de nuevo su montura en movimiento.

Hoscamente, ella y Geraden cabalgaron más allá de los pozos hacia la puerta en el

extremo más alejado de la ciudad.

Cerca de la lava, Terisa pudo oír el líquido agitarse, un profundo y casi inaudible rumor que pareció crear ecos en la médula de sus huesos; el sonido de la tierra al ser devorada.

Pese a lo suave que era el ruido, sin embargo, pareció ensordecirla. Apenas pudo oír el solitario grito de una corneta alzándose de las murallas de la ciudad. Apenas pudo oír a Geraden decir:

—Parece que el Termigan envía algunos hombres a nuestro encuentro. Quizá no quiera correr el riesgo de dejarnos entrar hasta saber quiénes somos.

Hubiera debido estar preparada para ella. Estaban cerca de una Imagen: hubiera debido comprender que ella y Geraden corrían el peligro de ser descubiertos. Desgraciadamente, no pensaba con claridad. Estaba demasiado llena con el apuro de Sternwall como para pensar claramente.

Fue cogida completamente por sorpresa cuando *sintió el roce de un frío tan suave como una pluma y tan agudo como una hoja de acero deslizarse directamente a través del centro de su abdomen.*

Sin embargo, quizá fue la propia sorpresa lo que la salvó. No tuvo tiempo de sentirse asustada, paralizada. En vez de ello, aulló una advertencia y se dejó caer hacia un lado, fuera de la silla, fuera del camino.

Los afilados colmillos fallaron su presa. Estuvieron tan cerca, sin embargo, que desgarraron su blusa a la altura del hombro, casi arrancaron un trozo de su carne.

Golpeó torpemente el suelo, su rodilla se dobló dolorosamente, cayó de bruces. Desesperada, intentó ponerse en pie...

...justo a tiempo para ver una flecosa mancha negra del tamaño de un cachorro alzarse sobre sus patas y avanzar velozmente hacia ella. Sus salvajes mandíbulas ocupaban más de la mitad de su cuerpo; estaban tendidas hacia ella, ansiosas.

Ante su grito, Geraden había hecho girar su montura. Saltando de una invisible percha al otro lado de su traslación, una forma negra y redonda pasó volando junto a él. Se aferró con todas sus cuatro patas a la cabeza del appaloosa.

Sus mandíbulas abrieron con toda facilidad el cráneo del caballo. Derramando sangre como una fuente, el appaloosa se derrumbó como si hubiera chocado contra una pared. Geraden aterrizó duramente contra el suelo: quedó momentáneamente aturdido. Antes de poder recobrase, las convulsiones de su montura arrojaron la masa del caballo sobre sus piernas.

Devorando hueso y sesos, la criatura negra empezó a abrirse camino a través del caballo hacia él.

Otra feroz forma apareció de la nada..., y otra..., golpearon el suelo..., rodaron y se detuvieron...

Una de ellas se dirigió hacia Geraden. La otra se lanzó hacia Terisa.

Ésta no tenía elección, no tenía tiempo: cuando la criatura más cercana saltó hacia ella, se agachó y se echó a un lado. Geraden le había dado un cuchillo —para cocinar, le había dicho, burlándose de ella porque era él quien se encargaba de toda la cocina—, y lo agarró mientras se agachaba; lo sacó de un tirón de su funda, tajó alocadamente en dirección a su asaltante.

Sus golpes sólo encontraron aire. Desequilibrada, casi incapaz de sostener su peso con su rodilla doblada, se puso directamente en el camino de la segunda forma atacante.

Sus colmillos eran curvos y dentados, hechos para desgarrar. En un espejo, había visto a una criatura como aquélla arrancarle a dentelladas el corazón a un hombre. Iba a hacerla pedazos. Y había otra dando la vuelta para atacarla por detrás.

Geraden tendría unos pocos segundos más de vida que ella. La roja carne de su caballo había distraído a sus dos atacantes: estaban alimentándose vorazmente. Estaba seguro hasta que alcanzaran sus atrapadas piernas.

En aquellos momentos luchaba alocadamente por abrir las bolsas de la silla de su caballo.

La hoja que le había dado a Terisa era poco más que un simple cuchillo: un cazador hubiera podido usarlo para desollar un conejo. Pero era la única cosa que tenía para luchar; no le puso objeciones. Puesto que ya casi había perdido el equilibrio, dejó caer su peso en la dirección en la que estaba cayendo, al tiempo que su brazo y el cuchillo trazaban un amplio arco.

De alguna forma, su golpe alcanzó a la criatura antes de que la criatura alcanzara su rostro. La forma negra rebotó contra un lado, salpicando sangre verde por todas partes.

Intentó contener su caída, pero su rodilla le falló. Se derrumbó con un grito justo en el momento en que el segundo atacante saltaba hacia su espalda.

Los asaltantes de Geraden estaban acabando con los hombros del appaloosa.

De la bolsa más cercana, Geraden extrajo un saco lleno de harina de maíz y lo arrojó contra ellos.

El saco reventó contra los dientes de la primera criatura.

Con un sonido semejante al de una tela al ser rasgada, la forma estornudó.

Como sus mandíbulas y su apetito, su estornudo fue demasiado grande para su cuerpo. El estallido la arrojó hacia atrás, fuera del muerto caballo; ocultando sus patas contra su cuerpo, rodó sobre sí misma.

Otro estornudo; otro rodar.

Geraden buscó frenéticamente alguna otra cosa que arrojar.

Terisa había caído. No conseguía volver a ponerse en pie. Agitaba las piernas contra el suelo como si tuviera la espalda rota, pero no conseguía hallar el apoyo necesario para alzarse.

Una de las formas negras avanzaba hacia ella.

Como si captara su impotencia, la cosa dejó de apresurarse: sus pasos fueron casi cautelosos a medida que se aproximaba. Sus enormes mandíbulas se abrieron delicadamente. Cada uno de sus dientes parecía afilado exclusivamente para su carne.

Entonces, la saeta de una ballesta golpeó tan violentamente contra la criatura que la arrancó del suelo y la lanzó por el aire como si hubiera sido pateada por un gigante. Unas cuantas gotas de su verde sangre salpicaron el pelo de Terisa cuando pasó volando por su lado.

Como un clavo golpeado con una almádena, otra saeta clavó la devorante bestia a la carcasa del appaloosa. Sin un sonido, la criatura abrió enormemente la boca y murió, chorreando abundantes fluidos por entre sus colmillos.

Uno de los hombres del Termigan-redujo a pulpa la última forma negra bajo los cascos de su montura.

Un momento más tarde, los tres hombres se detuvieron ante Terisa y Geraden. Les miraron desde sus altas sillas. Mostrando los dientes, uno de ellos preguntó:

—En nombre de toda la mierda de chivo y fornicación, ¿qué *eran* esas cosas?

Geraden no parecía darse cuenta de que había sido rescatado. Siguió trasteando en la bolsa de su silla, buscando inútilmente un arma.

—Ese bastardo —jadeaba entre dientes—. Ese bastardo. Si tuviera un espejo... —Su rostro estaba empapado de sudor o lágrimas—. Si tan sólo tuviera un espejo...

Terisa no conseguía levantarse. Notaba su rodilla entumecida, como muerta. Deseaba decir, insistir: Ayudadme, ¿está él bien, los habéis matado a todos? La única cosa que su garganta y su estómago conseguían hacer, sin embargo, era revolverse alocadamente. Tenía sangre verde en el pelo, y *hedía...*, olía como cadáveres pudriéndose en aguas fecales. La cabeza y la mayor parte de los hombros del caballo de Geraden habían desaparecido, devorados..., como los dos guardias del Castellano y Underwell. Las náuseas eran irreprimibles, pero no conseguía hacer aflorar nada por su boca.

Quizá Mordant no estuviera en guerra. Pero ella y Geraden sí lo estaban.

Oh, sí.

Los hombres del Termigan desmontaron. Dos de ellos alzaron la carcasa del appaloosa para liberar a Geraden; el tercero alzó en pie a Terisa. Eran hombres duros con bocas hoscas y ojos enrojecidos; habían pasado demasiado tiempo contemplando la destrucción de Sternwall, viendo acercarse su ardiente final.

—Está bien —dijo roncamente uno de ellos—, ya estáis a salvo. Nosotros os hemos salvado. ¿Quiénes sois? ¿Qué eran esas cosas?

—Imagería —jadeó Geraden—. Puede que haya más. Puede trasladarlos hasta aquí en este mismo momento. Tenemos que salir fuera de su alcance.

Los hombres deseaban respuestas..., pero también comprendieron a Geraden. Se

miraron entre sí sólo por un segundo, vacilantes. Luego, el hombre que había ayudado a Terisa a ponerse en pie la tomó por la cintura y la alzó hasta su caballo.

Los otros dos montaron instantáneamente; uno de ellos tiró de Geraden para que montara tras él. Los caballos emprendieron un galope hacia las puertas de la ciudad, poniendo tanta distancia como era posible entre los jinetes y el punto de traslación.

Terisa tenía aún su cuchillo aferrado en la mano. Su mano y el *cuchillo estaban cubiertos por una horrible sangre verde*.

—¡Relájate! —rechinó a su oído el hombre que la sujetaba ante él en su montura—. Podemos mantener mejor tu equilibrio si te relajas.

No podía relajarse. No podía impedir los repetidos e infructuosos intentos de vomitar.

—¿Hasta dónde? —preguntó uno de los otros hombres a Geraden—. ¿Hasta dónde debemos ir para estar seguros?

Finalmente, Geraden empezó a reaccionar.

—No podemos estar seguros. —El golpeteo de los cascos ahogaba su voz—. Depende del tamaño del espejo. Y de lo lejos que esté ajustado el foco para alcanzarnos. —Un momento más tarde añadió—: Un centenar de metros deberían ser suficientes.

—¡Correcto!

Los de Termigan llevaron sus monturas hasta las puertas de Sternwall. Allí se arriesgaron a detenerse.

Terisa no sintió nada afilado o frío en el estómago. No sentía nada excepto náuseas. Ninguna otra forma flecosa, negra, saltó al aire desde la nada.

Ahora, en vez de desear vomitar, empezó a pensar que sería terriblemente agradable desvanecerse.

No tuvo oportunidad de ello. El hombre que la sujetaba la dejó deslizar al suelo, luego bajó de su silla a su lado. La presión de su mano hizo comprender claramente a Terisa que no tenía intención de soltarla. Uno de los otros hombres sujetó a Geraden mientras desmontaba.

El aire estaba lleno ya con el atardecer, además de con el resplandor de la lava. Los pesados maderos de la puerta estaban teñidos de carmesí; el rojo formaba estrías a lo largo de los bordes de los edificios. Los rostros de los hombres tenían una rojez de sangre.

—Está bien —repitió uno de los hombres—. Ahora decidnos quiénes sois. Antes de que decidamos cerrar la puerta y dejaros fuera.

Terisa aún podía oír el profundo y visceral hervir de la lava. Aquel ruido parecía minarlo todo a su alrededor; hacía que los hombres de Termigan sonaran malignos, llenos de retorcida malicia.

Pero Geraden asintió hacia ellos.

—Venimos de Domne —jadeó—. Soy Geraden, el hijo del *Domne*, Uno de sus hijos, al menos. Houseldon ha sido incendiado hasta sus cimientos.

Los hombres permanecieron inmóviles, atrapados entre lo que era y lo que decía. Una multitud empezó a reunirse junto a la puerta: más hombres de Termigan, mozos para hacerse cargo de los caballos, comerciantes, transeúntes. Todos tenían la misma luz roja en sus ojos.

Al cabo de un momento, uno de los hombres dijo evasivamente:

—Será mejor que nos cuentes quién es esa mujer. Y por qué fuisteis atacados.

Instintivamente, Terisa apoyó una mano en el brazo de Geraden, buscando protección contra una amenaza que no podía identificar.

Él también pareció sentir la amenaza. Su brazo estaba tenso; se mantuvo firme. Su mirada escrutó los rostros a su alrededor. Cuidadosamente, dijo:

—Muy padre ha sido un buen y leal vecino del Termigan toda su vida. La última vez que estuve aquí, dormí en la casa del Termigan como un huésped bien recibido.

Nadie se movió; ninguna mirada bajó. El hombre que parecía ser el jefe de los guardias apoyó deliberadamente una mano en su espada.

—Estoy seguro de que eso es cierto —gruñó—. Probablemente serás de nuevo un huésped bienvenido aquí esta noche. Pero no hasta que me digas quién es ella y por qué fuisteis atacados.

El tono del hombre irritó a Geraden. Enderezó los hombros; su voz tuvo asomos de autoridad, como si estuviera acostumbrado a reclamar respeto.

—Ella es dama Terisa de Morgan, archi-Imagera y campeona augurada. Por esa razón, los enemigos de Mordant desean destruir...

No fue más allá. O, si lo hizo, ella no lo oyó. Alguien la golpeó en la nuca tan fuerte que el suelo pareció desaparecer bajo sus pies.

Mientras perdía el conocimiento, se dio cuenta de que el Termigan también estaba en guerra.

Más tarde, la guerra pareció asentarse en algún lugar entre su nuca y la parte frontal de su cráneo. Había una confrontación de dolor en pleno desarrollo. Su frente le dolía como si alguien en su interior estuviera martilleándola con un garrote; la nuca estaba dolorosamente rígida. Pero, ¿quién ganaba? No deseaba pensar en ello.

Entonces recordó a Geraden.

Gruñó e intentó levantarse de la cama.

De inmediato, los dos bandos en guerra unieron sus fuerzas contra ella. Cada movimiento de cualquier parte de su cuerpo adquiriría una dimensión agónica.

Se sentó de todos modos y sacó los pies por el borde de la cama.

Su rodilla conmemoró la ocasión con un latigazo tan seco como un aullido. Dejó escapar un jadeo inarticulado. Por un momento tuvo que permanecer sentada sin moverse, permanecer sin hacer nada mientras intentaba recuperar algo de control.

El olor de la sangre verde aún se aferraba a su pelo. Seguía sintiendo náuseas.

Geraden, pensó.

¿Quién me golpeó?

Pese al dolor, obligó a sus ojos a enfocarse.

Estaba sentada en el borde de la cama en un dormitorio amplio pero más bien austero. Un cierto número de velas iluminaban las paredes de piedra y el techo de madera, las esteras de caña entretejida en el suelo; las enormes sillas, tan pesadas que podían haber sido diseñadas para acomodar al Tor; las oscuras planchas de madera de la puerta. Comparada con los lugares donde había dormido recientemente, la cama era lujosa.

No estaba sola.

Un hombre permanecía sentado al otro lado de la habitación, en una silla al lado de la puerta. Iba vestido con una camisa marrón lisa, pantalones y botas sencillas; no llevaba ningún arma que ella pudiera ver. Sus ojos eran planos; su pelo parecía no tener color. Las líneas de su rostro y los bordes de sus rasgos eran angulosos, crudamente tallados. Tenía los brazos cruzados encima del pecho, como si estuviera preparado para aguardarla indefinidamente.

Lo reconoció.

El Termigan. El señor del Care.

—Así que has aparecido inesperadamente, mi dama —dijo el hombre, tras escrutarla por un tiempo.

Ella le devolvió la mirada, intentando luchar contra el dolor para poder pensar.

—La última vez que te vi —siguió el Termigan—, no estabas allí por ninguna buena razón excepto para demostrar que las cosas habían ido mal cuando la Cofradía intentó obedecer al Rey Joyse. Se suponía que nosotros debíamos creer que simplemente eras un accidente, una nulidad..., sólo una mujer. Ahora estás aquí, y Geraden dice que eres una archi-Imagera.

»Quiero una explicación.

Su postura sugería que nunca permitiría que ella abandonara aquella habitación hasta que le hubiera satisfecho.

Terisa hizo un esfuerzo por aclarar su garganta.

—¿Dónde está Geraden?

El Termigan se encogió ligeramente de hombros.

—En la puerta de al lado. Mis hombres no tuvieron el valor de golpear a un hijo del Domne, así que ha estado forcejeando y chillando desde que hice que te retiraran de su lado. Pero está encerrado, y no saldrá hasta que yo decida permitirle que te vea.

—¿Cuándo será eso?

El señor se encogió de nuevo de hombros. Su plana mirada no se apartó del rostro de Terisa.

—Lo decidiré cuando haya oído lo que tengas que decirme.

Ella no pudo impedir que su voz temblara.

—Tus hombres no golpearon a Geraden. ¿Por qué me golpearon *a mí*? ¿Golpeas a las mujeres como un asunto de política general, o he hecho personalmente algo que te haya ofendido?

El sarcasmo no tuvo ningún efecto en el Termigan.

—Mis hombres —explicó con voz llana— no sabían que yo te conocía. Simplemente oyeron a Geraden decir que eras una Imagera. No me gustan los Imageros, mi dama. Cuando mi padre resultó muerto en las guerras, y yo me convertí en el Termigan, luché al lado del Rey Joyse durante años porque no me gustan los Imageros. Durante toda mi vida, la mayor parte de la gente a la que valoro ha resultado muerta por Imageros. O gente de Alend. Nunca he permitido que Havelock penetrara dentro de estas murallas. Ni siquiera cuando no estaba loco.

»Ahora estamos siendo atacados por la Imagería. Sternwall caerá pronto, y no hay nada que podamos hacer para defendernos. Mis hombres tienen órdenes estrictas de reducir a la impotencia a cualquier Imagero que llegue hasta aquí y formular luego las preguntas.

»Mi dama, ¿cómo te convertiste en una Imagera? O, ¿cómo convenciste a Eremis y Gilbur de que eras una Imagera? O... —su tono se hizo más afilado—, ¿por qué ellos nos mintieron acerca de ti?

El Termigan estaba definitivamente en guerra.

Terisa apartó la vista. Buscando los medios de controlar su furia y su dolor —y sus náuseas, y el hedor de su pelo—, escrutó la habitación. No me gustan los Imageros. Casi inmediatamente, descubrió un frasco de vino y un par de vasos en una mesa cercana a la cama, al lado de una bandeja que contenía lo que parecía ser una colación fría. Cuidadosamente, moviendo su cabeza y cuello tan poco como le fue posible, se puso en pie, cojeó hasta la mesa, se sirvió un poco de vino. Reducirlos primero y hacer las preguntas después. Por otra parte, el Termigan no tenía intención de dejarla morir de hambre. Los temblores recorrieron sus brazos a partir de los hombros, pero fue *capaz* de conservar la mayor parte del vino dentro del vaso. Lo alzó con las dos manos y lo vació.

Sólo por un segundo, su estómago se agitó locamente y su cabeza resonó como un tambor; pensó que acababa de cometer un estúpido error. Luego, sin embargo, empezó a sentirse un poco mejor.

Deliberadamente, se enfrentó al Termigan. En efecto, había tomado prisionero a Geraden. Geraden probablemente estaba enfermo de preocupación por ella. Y él también era un Imagero. ¿Qué haría el Termigan si supiera que el hijo del Domne era también un Imagero? Era capaz de mantenerlo encerrado durante todo el resto de la guerra..., hasta que Sternwall cayera, y Mordant fuera destruido, y el Maestro Eremis

hubiera matado a todo el mundo que se interpusiera en su camino. La furia le dio las fuerzas que necesitaba.

—Mi señor, nos mintieron a ambos. Prácticamente todo lo que nos dijeron fue una mentira.

El Termigan no se movió; apenas parpadeó.

—¿Por qué deberían mentirte a *ti*? Tú eres uno de *ellos*.

Ella le miró unos instantes con la boca abierta. Su cerebro era lento en reaccionar; transcurrió un momento antes de que fuera capaz de decir:

—No, no lo soy.

»Ni siquiera descubrí que tenía el talento hasta —contó rápidamente hacia atrás— hace cinco días. ¿Cómo podía ser uno de *ellos*? Ellos no querían que yo supiera que tenía ningún talento. Por eso me mintieron. Por eso siguen intentando matarme. Por eso ardió Houseldon. Estaban intentando matarnos. Piensan que soy alguna especie de amenaza para ellos.

—¿Qué tipo de amenaza?

—No lo sé —admitió amargamente. Deseaba a Geraden con ella. No le gustaba el riesgo de hablar por ella misma al Termigan—. Pero estamos intentando descubrirlo. Mientras tanto, deseamos crearles tantos problemas a Eremis y Gilbur como podamos. Por eso estamos aquí.

Bruscamente, el señor asintió.

—Ahora empiezo a creerte. Quieren matarte. Tú quieres crearles problemas. Todo esto —su actitud se refería a algo más que sólo los pozos de fuego en las afueras de Sternwall— es sólo otra confrontación entre Imageros. Nosotros somos las víctimas —ahora se refería a la gente de su Care—, pero realmente no somos lo más importante.

»Lo más importante es el *poder*.

La había entendido mal. Terisa hizo un esfuerzo por explicarse.

—No es eso lo que quiero decir. Estamos intentando defender Mordant. Es al Rey Joyse a quien Eremis y Gilbur desean destruir. Nosotros somos secundarios..., Geraden y yo nos hemos interpuesto en su camino, eso es todo. Es el Rey Joyse quien necesita nuestra ayuda.

Sin ningún cambio en su expresión o inflexión, el Termigan respondió:

—Mierda de cerdo.

Terisa se detuvo y lo estudió, intentando ver más allá de su rostro, a lo más profundo de su mente. Pero estaba tan cerrado como un trozo de pedernal. En un esfuerzo por centrarse, se sirvió un poco más de vino, luego regresó a la cama y se sentó en ella de nuevo.

Lentamente, dijo:

—No te gustan los Imageros, ¿no?

—Joyse necesita mi ayuda, estoy seguro de ello —respondió él—, pero no porque tú lo pidas. A ti él no te importa. Deseas que yo haga algo que te ayudará contra Eremis y Gilbur. Si eso ayuda hoy al Rey, ayudará a destruirlo mañana.

—¿Dices esto porque soy una Imagera? —preguntó Terisa, hablando casi para sí misma—. Tiene que ser así. Todo el mundo que conoce al Domne confía en sus hijos.

—Lo único que tú deseas es librarte de él. Sólo hay un motivo por el que estéis unidos. Él es el único hombre que ha conseguido nunca *controlarte*.

—Entiendo. —Terisa había aprendido mucho del Castellano Lebbick: había aprendido cómo hablarles duramente a los hombres irritados—. Crees que un Imagero no puede ser honesto. Crees que el talento, un accidente de nacimiento, excluye la lealtad. O la compasión. O incluso la ética.

El Termigan siguió sin moverse de su silla; no alzó ni la cabeza ni la voz.

—En resumidas cuentas —articuló llanamente—, ningún Imagero es leal a nadie excepto a sí mismo. Ésta es la naturaleza del poder. Seduce..., exige. Un Imagero puede parecer leal sólo en tanto que su poder y su lealtad no entren en conflicto. La única cosa, mi dama —ahora, sólo por un momento, alzó la voz—, la *única* cosa que nos ha salvado durante los últimos diez años, ha sido la locura de Havelock. Si Vagel no le hubiera arrebatado su mente, se hubiera librado del Rey Joyse tan pronto como la Cofradía hubiera estado completa. Hubiera establecido una tiranía en Mordant que hubiera hecho que las atrocidades de Margonal y Festten parecieran como niños arrancándoles las alas a las mariposas.

La virulencia, no de su tono, sino de sus creencias, impresionó a Terisa.

—¿Crees realmente eso? ¿Pese a que Havelock fue el amigo y el consejero del Rey durante..., cuánto fue..., durante más de cuarenta años? Pese a que renunció a su *cordura* por su Rey? —El dolor y los efectos residuales de haber estado a punto de morir hicieron que su voz adquiriera una nota de salvajismo—. ¿Qué hubiera tenido que hacer para que tú confiaras en él? ¿Acabar con todos los Imageros apenas nacer? ¿Exterminar todo el talento del mundo?

El señor echó a un lado su protesta con un ligero movimiento de su cabeza.

—Ni siquiera eso hubiera sido suficiente. El Imagero en el que confío es aquel que simplemente se suicida.

»Si me dices la verdad, lo cual siempre es posible, supongo..., no hace mucho que conoces tu talento. Sólo has tenido unos cuantos días para descubrir lo que es *capaz* de hacerte. Mi dama, te diré lo que hace.

»Te enseña..., no, te *obliga*, a creer que eres más importante que los demás. Porque puedes hacer *más*. Si eres lo bastante listo, y lo bastante fuerte, y nadie se interpone en tu camino, puedes cambiar el devenir del mundo. Puedes remodelar Mordant a tu propia imagen. Así que, ¿cómo puedes permitir que nadie se interponga en tu camino? ¿Cómo puedes permitir que nadie te diga lo que debes hacer? ¿Cómo

puedes someterte a ningún tipo de control?

»No puedes, mi dama. Descubrirás que no puedes.

»Y, cuando descubras eso, descubrirás que Joyse es tu enemigo. Yo soy tu enemigo. Aunque pienses que eres honesta, y leal, y de confianza, aprenderás que nos deseas a todos muertos. Aprenderás que es mejor trasladar pozos de fuego para asarnos a todos a menos que huyamos de nuestras casas que correr el riesgo de que nos interpongamos en tu camino.

Terisa se sentía algo más que impresionada: se sentía abrumada. *¿Cómo puedes permitir que nadie se interponga en tu camino?* El Termigan tenía razón: ella conocía a Imageros que encajaban con aquella descripción. Y más que eso: conocía a personas que hubieran encajado con aquella descripción si hubieran sido Imageros. Su padre era una de ellas.

Si él fuera la hija de su padre, podría ser también uno de ellos.

—Ahora, mi dama —dijo el Termigan como una piedra afilada—, dime lo que crees que puedo hacer para ayudar a mi Rey.

Afortunadamente, no tuvo posibilidad de responder. Una llamada en la puerta la salvó de balbucear incoherentemente. El Termigan volvió la cabeza, gruñó:

—Entre —y uno de sus soldados penetró en la habitación.

—Mi señor —dijo el hombre, con voz pálida. Su rostro era ceniciento, pero sus ojos aún conservaban el resplandor rojo de la lava—. Las cosas se están poniendo peor.

—¿Peor? —preguntó el señor, sin moverse.

El soldado asintió con una sacudida de su cabeza.

—Están trasladando más lava. Podemos verla derramarse desde el aire. Está avanzando más rápido hacia nosotros. Dos de los pozos se han unido. —Vaciló, luego dijo—: Parte de la muralla acaba de ceder.

Una punzada de alarma atravesó a Terisa. Medio involuntariamente, dijo:

—Eso es porque nosotros estamos aquí. Somos demasiado peligrosos.

Y porque se estaban acercando a la crisis..., el punto en el que el Maestro Quillón había dicho que Eremis sería más vulnerable. *A fin de atacar aquí.* El punto en el que el Rey Joyse pretendía devolver el golpe. Si de hecho había tenido alguna vez la *política* que Quillón le atribuía..., o seguía siendo lo suficientemente Rey como para llevarla adelante. Eremis necesitaba matar o paralizar a los aliados del Rey antes de ese momento, a fin de que el Rey Joyse no tuviera ninguna fuerza con la que golpear.

Probablemente era cierto —aunque el pensamiento la ponía enferma— que Eremis no intentaría matarles tan obcecadamente a ella y a Geraden si ella no hubiera convencido al Maestro de que el Rey Joyse sabía lo que estaba haciendo, que las elecciones del Rey eran deliberadas, tenían una finalidad concreta, antes que ser pasivas o accidentales.

—¿«Nosotros»? —preguntó el Termigan. Sonaba fatalista..., demasiado tranquilo para el extremismo de su ultraje y su desánimo—. ¿Una nueva Imagera y un Apr fracasado? No lo creo.

—Deberías. —Terisa no podía soportarlo. Sternwall iba a ser destruido. Como Houseldon. A causa de ella y de Geraden—. Él también es un Imagero. Incluso es más poderoso que yo. Déjale hacer un espejo, y te libraré de toda esa lava.

»Eremis nos desea muertos. No puede correr el riesgo de que consigamos convencerte de que nos ayudes.

Entonces cerró los ojos, intentando descansar su cabeza de aquella prolongada lucha contra el dolor; intentando creer que no había condenado a Geraden y a ella misma a pasar el resto de sus cortas vidas en las mazmorras del Termigan.

Esperó que el señor hiciera algo vehemente; saltara en pie, se lanzara a pasear arriba y abajo por la habitación, quizá ordenara que la aherrojaran. Sin embargo, no hizo ninguna de esas cosas. Murmuró algo a su soldado, y el hombre abandonó la habitación. Luego siguió sentado, inmóvil, estudiando llanamente a Terisa; su mirada era tan inescrutable que cuando ella cruzó finalmente sus ojos con los de él sintió deseos de gritar.

Unos momentos más tarde el soldado regresó, trayendo a Geraden a presencia del Termigan.

Después de eso, el hombre se fue.

Geraden miró a Terisa, luego al señor. Dijo:

—Mi señor Termigan. —Secamente, su única concesión a las formas. Se dirigía ya apresuradamente hacia Terisa—. ¿Estás bien? —preguntó en voz baja—. Te golpearon tan fuerte que creí que te habían partido el cuello.

Ella consiguió esbozar una torcida sonrisa, un rígido asentimiento con la cabeza. Apoyó su mano sobre la de él y se puso en pie.

—La lava es cada vez peor —dijo, hablando cuidadosamente para no empezar a gritar—. Creo que es otra forma de atacarnos. —Se enfrentó al Termigan, aunque siguió hablándole a Geraden, sosteniendo su mano; deseaba con todas sus fuerzas que el señor no le hiciera ningún daño a Geraden—. Y creo que Eremis teme al Termigan. Tiene que haber algo que podamos hacer para luchar contra él. —Porque deseaba que el señor comprendiera que le estaba amenazando, concluyó para Geraden—: Le he dicho que eres un Imagero.

Y Geraden —sin ninguna vacilación, casi sin estremecerse— la apoyó, aunque probablemente no tenía la menor idea de lo que ella pretendía hacer.

—Es cierto —dijo—. Si tienes algo de arena aquí, algún tipo de horno de cualquier clase, puedo ser capaz de hacer un espejo. Y trasladar lejos ese fuego.

Terisa apretó fuertemente su mano y contuvo el aliento.

Por primera vez, vio que el Termigan reaccionaba claramente. Un músculo se

contrajo en su mejilla; sus cejas se anudaron en un dolido fruncimiento. La emoción que notó que lo bañaba de pies a cabeza no era de furia o siquiera de disgusto; era de dolor.

Con voz quebrada, dijo:

—No. Aunque estés diciendo la verdad, no tengo nada de eso. No permito la Imagería aquí.

Su propia severidad le costó su esperanza, Geraden dejó escapar un suspiro; pero, pese a todo, no vaciló.

—Entonces, mi señor —dijo claramente—, sólo hay una cosa que puedas hacer por tu gente. —Terisa se maravilló ante él..., ante la fuerza de su voz, ante la seguridad con la que se enfrentaba a un dilema que a ella la había confundido—. Evacúa Sternwall. Reúne a tus hombres. Ve a luchar por el Rey Joyse. Antes de que sea demasiado tarde.

No funcionó.

—¿Evacuar Sternwall? —escupió el Termigan, como si acabara de descubrir un trozo de espejo en su comida—. ¿Abandonar a mi gente? ¿Abandonar mi Care? —Suavemente, pero con tanta intensidad que sonó como un grito brotado de lo más profundo de su corazón, preguntó—: ¿Por qué?

—Por Mordant —respondió Geraden—. Por la paz.

El Termigan no respondió, así que Geraden prosiguió:

—Orison está bajo asedio. El Príncipe Kragen trajo el ejército de Alend contra nosotros..., al menos diez mil hombres. Y Cadwal avanza también. El ejército del Gran Rey es aún mayor..., no sé cuánto tiempo podrá resistírsele el Perdon. En estos momentos, el Monarca de Alend puede hallarse en la extraña posición de tener que defender Orison contra Cadwal.

»No creo que puedas hacer nada respecto a eso. No creo que dispongas de los hombres suficientes.

»Pero puedes atacar directamente a Eremis. —Soltó la mano de Terisa para poder acercarse al Termigan, enfrentarse más directamente al señor—. Se halla confabulado con el Gran Rey Festten. Pero Cadwal tiene que luchar contra Alend y Orison. Así que el lugar donde Eremis mantiene sus espejos es vulnerable..., el lugar desde donde hace las traslaciones como ésta, la que está destruyendo Sternwall. El lugar donde él y Gilbur y Vagel se ocultan para complotar y modelar sus espejos.

»Puedes atacarles allí. En el Care de Tor. En su hogar. Esmerel.

¿Esmerel? Terisa se sorprendió. Aquello no tenía sentido.

—¿Qué hay de sus padres..., de sus hermanos? —preguntó estúpidamente. Le hubieran traicionado desde hacía mucho—. No puede utilizar Esmerel.

Geraden se volvió hacia ella. Frunciendo el ceño ante la distracción, dijo:

—Eremis no tiene ninguna familia. Toda ella murió en un incendio hace años.

Algunos de sus sirvientes en Orison son gente que había servido a su padre. Les he oído hablar de ello.

Así que eso también era una mentira, simplemente otro de los intentos de Eremis de manipularla. Rechinó los dientes.

Repentinamente, sintió un feroz deseo de hacer lo que Geraden estaba proponiendo: cabalgar hacia el Care de Tor, cabalgar hasta Esmerel, atacar... Acabar de una vez con aquel bastardo.

Pero el Termigan no pareció conmovido.

—¿Salvará eso Sternwall? —preguntó a Geraden con una voz como un viento invernal.

—Probablemente no —admitió Geraden—. Tomará demasiado tiempo. Sternwall está probablemente condenado..., a menos que ocurra algo bueno que haga cambiar las cosas. A menos que ocurra algo que distraiga a Eremis o Gilbur y les impida seguir trasladando esa lava.

—Entonces, repito —rechinó el señor—, ¿para qué?

Esta vez, Geraden dijo simplemente:

—Tal vez consiguieras salvar al Rey Joyse.

El Termigan masticó aquello por un tiempo. Luego dijo secamente:

—¿Crees que hay algo que valga la pena salvar? ¿No crees que el Rey Joyse simplemente se ha vuelto pasivo o senil? —Había sido empujado demasiado lejos; estaba perdiendo la calma, su inhumana contención—. ¿Crees que existe alguna razón por la que deba permitir que esos comemierda de Imageros le hagan esto a mi Care?

—Sí —dijo inmediatamente Terisa, antes de que el dolor y la aflicción del señor se hicieran demasiado para ella—. No me gusta mucho. No creo que sea lo bastante buena. Pero *hay* una razón.

En unas pocas y rígidas frases, mientras el Termigan la miraba como si ella estuviera librándose de todos sus parásitos, le explicó lo que el Maestro Quillón le había contado acerca de las razones del Rey Joyse.

El señor saltó en pie; casi antes de que ella hubiera terminado, restalló:

—¿Es eso *todo*? Se volvió de espaldas a nosotros, dejó que su reino se pudriera, permitió que los Imageros hicieran lo que quisieran con su gente..., ¿sólo para que fuera atacado Mordant, en vez de Alend o Cadwal?

Su pasión detuvo la voz de Terisa. Asintió torpemente.

Sin advertencia previa, el Termigan dejó escapar una estruendosa carcajada. La luz de las velas se reflejó en sus ojos como un eco de la lava.

—Brillante. Destruir a tus amigos para salvar a tus enemigos. Completamente brillante.

—De todos modos, necesita la ayuda, mi señor —murmuró Geraden—. No

importa lo artero que parezca, la posibilidad de que sepa lo que está haciendo es la única esperanza que nos queda. Podrías hacerle algún bien golpeando Esmerel.

Por un momento, el señor permaneció inmóvil, reprimiéndose como si una tempestad estuviera agitándose dentro de él. Luego, bruscamente, alzó los puños y rugió:

—¡No!

»¡Decidió sacrificar Sternwall sin consultarme! ¡Que pague en carne propia el resto de sus razonamientos!

Cuando abandonó la habitación, cerró la puerta tras él con tal violencia que saltaron astillas de la parte del cerrojo, y uno de los travesaños crujió. Geraden miró a Terisa con ojos turbios.

—Bien —dijo finalmente—, al menos no he perdido mi talento para estropear las cosas.

Ella se acercó a él y lo abrazó.

—Espera y veamos —murmuró secamente—. Si no nos ata y nos arroja a la lava, habrás conseguido de él más de lo que conseguí yo.

Eso hizo que Geraden riera quedamente.

—¿Quieres decir —preguntó— que, si simplemente sobrevivimos a esta experiencia, se supone que debo considerarla un éxito?

—Espera y veamos —repitió ella. No sabía qué otra cosa ofrecerle.

Esperaron.

Finalmente, un sirviente les trajo agua caliente, tras lo cual Geraden colocó una silla apuntalada contra la puerta y se bañaron el uno al otro. Bebieron el vino y comieron la comida; aprovecharon la cama. Incluso durmieron un poco.

A la mañana siguiente respondieron a una llamada a su puerta, y otro sirviente entró en la habitación trayendo su desayuno.

Un soldado los visitó también. Bruscamente, como si no tuviera tiempo para ello, preguntó a Terisa y Geraden qué necesitaban para el viaje.

Se mostraron sorprendidos..., pero no tan sorprendidos que Geraden no pudiera pensar en una lista. Después de todo, el Termigan tenía una reputación de fidelidad. Podía odiar a los Imageros y haber perdido la confianza en su Rey, pero aparentemente no podía olvidar sus lealtades de toda una vida. Al Domne, por ejemplo. Y Geraden y Terisa habían perdido sus caballos y provisiones delante de las puertas de Sternwall; necesitaban todo lo que el señor pudiera proporcionarles. Así que Geraden habló con el soldado durante varios minutos; y cuando él y Terisa hubieron terminado con su desayuno, el hombre regresó para informarles que sus nuevos caballos y sus provisiones de reserva estaban ya dispuestos.

De hecho, el Termigan los envió a seguir su camino mejor pertrechados de lo que lo estaban cuando llegaron a su Care. Además de los caballos, les proporcionó

abundante comida, pellejos de vino, utensilios para cocinar, una espada corta para cada uno de ellos, y útiles de dormir que parecían lujosos en comparación con las delgadas mantas con las que habían abandonado Houseldon. Incluso les proporcionó un tosco mapa que mostraba una ruta directa a través de la región hacia el Care de Fayle y Romish.

Pero no hizo nada para ayudar al Rey Joyse.

10

Consiguiendo apoyo

Según el mapa, Romish estaba situado cerca de la punta sudoriental del Care de Fayle, donde la frontera entre Fayle y Armigite se unía con la frontera entre Termigan y Fayle.

Terisa y Geraden deseaban apresurarse. Desde una cierta perspectiva, el ataque a Sternwall era una buena señal: implicaba que el Maestro Eremis aún aguardaba a que sus planes maduraran, aún era vulnerable. Desde todas las demás perspectivas, sin embargo, el apuro del Termigan era causa de alarma. Hasta ahora, Houseldon había sido incendiado hasta sus cimientos; Sternwall estaba cayendo en un pozo de fuego. El Armigite había llegado a un acuerdo con el Príncipe Kragen. El Perdon estaba solo contra todo el poder del Gran Rey Festten. ¿Quién venía a continuación? Si este proceso seguía mucho tiempo, era posible que pronto no le quedara a Mordant nada que salvar.

Terisa y Geraden tenían razones para apresurarse.

Desgraciadamente, el terreno no se lo permitía.

Hicieron un buen progreso durante un día después de que abandonaran Sternwall, pero eso fue solamente porque consiguieron mantenerse en el camino que conducía finalmente al Demesne y Orison. El segundo día, su ruta exigía que se apartaran de la carretera, encaminándose más hacia el norte mientras la carretera giraba hacia el este. Y esta parte de Termigan era el terreno más abrupto que hubieran visto en Mordant.

—Bien, si esto fuera Armigite... —jadeó Geraden mientras tiraba de su caballo, un larguirucho animal de color gris con una cabeza como un mazo, por una interminable ladera demasiado pedregosa para subirla cabalgando—. Armigite en primavera es algo digno de ver. El suelo es tan fértil que dicen que sólo tienes que agitar unas cuantas semillas aplastadas sobre él para que las plantas trepen al momento hasta tus caderas. En estos momentos ya debe estar brotando el primer heno..., huele tan fresco que desearías ponerte a bailar sobre él. Y las mujeres... —Miró a Terisa y sonrió—. Una tierra tan rica y un paisaje tan agradable hacen su trabajo tan fácil que en realidad no tienen nada mejor que hacer que sentarse y ponerse espléndidas.

Terisa bufó suavemente. En aquellos momentos le hubiera encantado estar en Armigite. Que las mujeres allí se pusieran tan espléndidas como quisieran. En lo que a ella se refería, la única cosa peor que montar a caballo era tirar de él intentando por pura fuerza hacerle subir una colina que el animal no deseaba subir, cuando su rodilla aún le dolía. Generalmente, se sentía contenta con la montura que le había proporcionado el Termigan, un capón ruano con un paso decente y nada de malicia. En las actuales circunstancias, sin embargo, hubiera dejado caer alegremente al

maldito animal en uno de los pozos de fuego de Eremis.

Sin embargo, no sugirió que ella y Geraden olvidaran al Fayle; que regresaran al camino y se dirigieran directamente hacia Orison. El Fayle era el único señor que quedaba del que podían obtener apoyo para el Rey.

Y la Reina Madin vivía en Fayle, en Romish. Myste había mencionado una propiedad justo en las afueras de Romish.

Tenía la intensa aunque irracional convicción de que la Reina Madin tenía derecho a saber lo que estaba haciendo realmente su esposo. De otro modo, la Reina podía irse a la tumba creyendo que el Rey Joyse había perdido su interés por la vida, su compromiso hacia Mordant; su amor por ella.

Era típico del estado de ánimo de Terisa —su alma impresionada por el peligro de Sternwall, sus turbados pensamientos por las ramificaciones de lo que estaba haciendo el Maestro Eremis, y pese a todo ello su corazón lleno de Geraden— que considerara los sentimientos de la Reina Madin al menos tan importantes como la necesidad de ayuda del Rey Joyse.

Así que tiró de su ruano colinas arriba, lo cabalgó precariamente bajando las hondonadas, y trotó inexpertamente en él por las llanuras, no precisamente sin quejarse, pero sí sin sentir demasiada lástima de sí misma.

El Care de Termigan, como explicó Geraden, no estaba muy poblado. Y la mayor parte de ciudades y pueblos estaban dispersos a lo largo del río Broadwine, lejos del Pestil y Alend. Después del segundo día, los dos jinetes parecieron estar solos en un desolado paisaje. Terisa empezó a pensar que Termigan había perdido ya todo lo que había llegado a contener y por lo que valía la pena luchar.

Durante tres días nubes oscuras cerraron el cielo, amenazando con lluvia. Agua y barro hubieran perfeccionado el placer de su viaje; sin embargo, deseaba un poco de lluvia. Orison siempre podría usar un poco más de agua. Y el barro haría más difíciles los movimientos de los ejércitos.

Pese a la feroz forma en que miraban al suelo, sin embargo, las nubes sólo fueron capaces de escupir unas cuantas gotas antes de alejarse. El propio clima parecía estar a favor de los intereses del Maestro Eremis.

Por otra parte, mientras las nubes se alejaban, el terreno empezó a mejorar, como si la luz del sol tuviera un efecto realzador en las laderas y el suelo. Los árboles se hicieron más comunes: pronto los aislados ejemplares de Termigan empezaron a acumularse en largos bosquecillos de saúcos y sicómoros, fresnos y acacias.

—Nos estamos acercando —comentó Geraden—. Fayle es conocido por su madera.

»En realidad, ésa es una de las razones de que Alend ataque tradicionalmente a través de Termigan o Armigite antes que de Fayle. Y es por eso por lo que el Fayle es el segundo aliado del Rey Joyse, después del Tor. Puedes hacerte viejo intentando

llevar una campaña militar a través de los bosques de Fayle. El Care tiene más historia de resistencia, o quizá debería decir de éxitos en la resistencia, que la mayor parte del resto de Mordant.

»Eso probablemente explica —concluyó humorísticamente— de dónde obtuvo el Fayle su lealtad..., y la Reina Madin su testarudez.

Terisa tuvo la sensación de que, aunque nunca volviera a ver otra colina cubierta de tojos y ortigas, podía morir feliz.

—¿Falta mucho todavía?

Geraden consultó su mapa.

—Dos días, si tenemos suerte. Es fácil perderse entre los bosques. Y nunca antes había estado en Fayle. En realidad, Batten, en Armigite, es lo más cerca que he estado nunca de Romish.

»Pero la buena noticia —miró a su alrededor— es que deberíamos empezar a volver a ver gente pronto. Según el mapa, tenemos que pasar por varios pueblos. Técnicamente, algunos de ellos aún son Termigan. Pero, a todos los efectos prácticos, en estos momentos estamos entrando en el Care de Fayle.

Simplemente porque él acababa de decir aquellas palabras, Terisa miró más atentamente hacia delante..., y divisó lo que parecía ser una mancha contra el horizonte.

Con el ceño fruncido, intentó forzar su vista para obtener un mejor enfoque.

Geraden observó la dirección de su mirada.

—¿Qué es lo que ves?

—No lo sé. ¿Humo?

Él frunció también los ojos, luego agitó la cabeza.

—No puedo decirlo. —Terisa no necesitaba decir nada; los dos tenían los mismos recuerdos. Tras examinar de nuevo el mapa, él añadió—: En realidad eso tendría que ser el primer pueblo. Un lugar llamado Aperyte. A menos que esté equivocado respecto a dónde estamos. Si hay una herrería, la fragua debería echar humo.

—Vayamos a averiguarlo —dijo ella con voz contenida.

Casi sin darse cuenta, él aflojó la espada en su funda. Luego dio un tirón a las riendas y animó al trote a su caballo.

El capón de ella le siguió. Estaba mejorando en conseguir decirle lo que debía hacer.

Entre los árboles, el terreno estaba cubierto por extensiones de hierba y helechos. Los primeros asomos del atardecer estaban en el aire, pero ella no los notó; estaba concentrada al frente, intentando ver más allá de un cierto número de bosquecillos de acacias. Las acacias tenían brillantes flores amarillas que crecían en racimos como las de las mimosas. El terreno se elevaba; si se hubiera vuelto en su silla, hubiera visto el panorama desenrollarse tras ella. Pero había visto arder Houseldon; no tenía intención

de apartar su atención de delante.

La distancia era mayor de lo que había esperado. Empezó a pensar que la mancha que había visto era un truco de la luz.

Luego, bruscamente, un conjunto de matorrales dejó paso a un claro.

Un corral con una cerca de troncos partidos longitudinalmente por la mitad llenaba la mayor parte del claro. No era tan grande como parecía al principio; pero evidentemente era lo suficientemente grande como para albergar a diez o quince caballos. Terisa —que tenía la sensación de que se estaba convirtiendo en una experta en excrementos de caballo— estuvo segura de que el corral había estado lleno de caballos.

Recientemente.

Pero no ahora.

Geraden se detuvo. Estudió el claro.

—Es extraño —murmuró.

—¿Qué es extraño?

—La puerta del corral está cerrada.

Aquello era cierto: la puerta no sólo estaba cerrada; estaba fuertemente atada.

—¿Por qué? —murmuró Geraden suavemente—. ¿Por qué sacar todos tus caballos y luego cerrar así la puerta?

Ella bajó la voz.

—¿Por qué no?

—¿A quién se le ocurriría hacerlo? —murmuró él.

Terisa no tenía la menor idea.

Al cabo de un momento, él dijo en voz baja:

—Vamos —y se deslizó de su silla al suelo—. Echemos un vistazo.

Cuando ella hubo desmontado, él llevó los dos caballos hacia un lado hasta que quedaron ocultos entre los matorrales, fuera de la vista del claro. Ató los caballos a un árbol; pero no aflojó las cinchas ni soltó las bolsas de las sillas.

Tomando a Terisa de la mano, avanzó silenciosamente hacia el pueblo.

Terisa, con la atención centrada en ver lo que tenía delante, en mirar por entre los árboles, tenía dificultades en ver donde ponía los pies. Geraden, por su parte, no tropezó ni se tambaleó ni una sola vez. Por un momento ella no pudo imaginar cómo sabía él hacia donde iban. Luego se dio cuenta de que estaba siguiendo una serie de huellas marcadas en el suelo..., una especie de sendero abierto por el paso de gente y animales desde sus casas hacia sus distintos destinos o a la inversa.

La llevó a la parte de atrás de un cobertizo de madera y barro. En realidad, era poco más que un refugio destinado a proteger la paja para los caballos de la intemperie.

Más allá se extendía el pueblo.

A primera vista Terisa pudo ver quizá una docena de cabañas, todas construidas con madera y barro, todas con techumbres hechas con lo que parecían ser puñados de hojas de plátano. Entre ellas se alzaba una estructura de lados abiertos que podía servir como lugar de reuniones. El tamaño del espacio despejado daba la impresión de que había más casas y edificios fuera de la vista detrás de los más cercanos.

De alguna parte entre ellos brotaba una columna de delgado y sucio humo.

El pueblo estaba inquietantemente tranquilo. Nadie se gritaba cosas. No se veía a nadie, Ni perros. Ni pollos arañando el polvo. Ni niños lloriqueando o jugando en la distancia. La brisa *alzaba* un pequeño remolino de polvo a lo largo del apelmazado suelo entre las casas, pero no producía ningún ruido.

—Oh, mierda —gruñó suavemente Geraden.

—Quizás estén trabajando —murmuró ella—. En los campos o algo así.

Él sacudió negativamente la *cabeza*.

—Un pueblo así nunca está vacío. No de este modo.

—¿Una evacuación? ¿Quizás el Fayle se los llevó a todos lejos?

Él pensó por unos instantes.

—Esa idea me gusta más. —Luego dijo—: Mientras estamos hablando, vayamos a ver si realmente se han ido.

Penetraron juntos en el pueblo.

Los habitantes, realmente, se habían ido.

Lo mismo que todo el ganado y aves de corral; los animales de carga; los domésticos. Terisa tuvo la impresión de que incluso los insectos habían desaparecido.

Las sombras se alargaban en el desnudo suelo. El ocaso parecía acumularse en las cabañas y asomarse a sus abiertos portales, a sus ventanas como ojos sin pupilas. La brisa tenía el sabor de algo frío, un asomo de algo podrido.

Tuvo miedo de preguntarle a Geraden si lo reconocía.

El pueblo contenía efectivamente una herrería, pero su fragua estaba fría. El humo procedía de alguna otra parte.

Tardaron poco tiempo en descubrir su fuente. En el extremo norte del pueblo, tres cabañas situadas muy juntas estaban ardiendo.

Llevaban ya algún tiempo ardiendo..., casi se habían consumido por completo. Sólo sus ennegrecidos armazones se mantenían aún en pie. Pequeñas llamas brotaban lamiendo los caídos restos de las techumbres; el humo que derivaba hacia arriba tenía un olor amargo.

Las tres estaban llenas de cadáveres.

Terisa apenas pudo dominar las arcadas cuando vio los muñones de los carbonizados brazos y piernas, las cabezas asomando por entre las cenizas.

—¿Son todos ellos? —se atragantó—. ¿*Todos* ellos?

—No. —Geraden tenía problemas para respirar—. Probablemente sólo unas

cuantas familias. Todo el pueblo no cabría aquí. Ésos son los que no se fueron.

Inspirada por la náusea —y por el extraño aroma de la brisa, que no tenía nada que ver con la madera quemada y los cuerpos carbonizados—, Terisa murmuró:

—O los que lo hicieron.

Él le lanzó una mirada como un latigazo.

Ella oyó un débil ruido susurrante..., pies desnudos deslizándose sobre el suelo. Miró a su alrededor; su visión periférica creyó captar un atisbo de algo que se deslizaba entre las sombras del atardecer. Luego desapareció. No pudo estar segura de haber visto realmente algo.

Sin embargo, un estremecimiento recorrió su espina dorsal cuando recordó lo que el Maestro Eremis había dicho de los señores de los Cares. *Todo Mordant está siendo asaltado. Extraños lobos han destrozado al hijo del Tor. Lagartos devoradores hormigean por los almacenes del Demesne. Pozos de fuego aparecen en el suelo de Termigan.*

Pero eso no era todo. Ahora recordaba exactamente.

Los devoracadáveres merodean por los pueblos de Fayle.

—Geraden... —carraspeó a duras penas—. Salgamos de aquí.

Él seguía contemplando las cabañas; no oyó lo que ella dijo. Pero asintió ausentemente.

Sin ninguna razón aparente, extrajo su espada mientras echaban a andar de vuelta hacia los caballos.

Ella esperó que no tuviera ninguna razón para ello. Sin embargo, se alegró de que fuera armado..., y de que se mostrara decidido, si no hábil. Permaneció cerca de él durante todo el camino a través del pueblo y más allá del corral.

Sus botas hacían demasiado ruido contra el apisonado suelo: no podía oír ningún ruido suave que se produjera a su alrededor. Pero dos veces creyó ver movimiento en el corazón de las sombras, en las profundidades de una cabaña, como si la oscuridad estuviera naciendo a la vida.

Se sintió irracionalmente aliviada al encontrar los caballos allá donde ella y Geraden los habían dejado..., y encontrarlos vivos. Ambos estaban inquietos; el gris de Geraden sacudía temeroso la cabeza; el ruano no dejaba de hacer girar los ojos. Quizás olían el mismo aroma que la ponía a ella tan nerviosa. Resultaron difíciles de manejar al principio, hasta que se dieron cuenta de que ya no estaban atados al árbol.

Respetando la intranquilidad de los caballos —y su propia inquietud—, Geraden condujo a Terisa en un amplio círculo más allá del pueblo vacío antes de regresar a la ruta marcada en el mapa del Termigan.

Hasta que la caída de la noche les obligó a detenerse, pusieron tanta distancia como les fue posible entre ellos y Aperyte. Terisa no deseaba detenerse; pero, por supuesto, no podían hallar su camino con seguridad en medio de la oscuridad. Una

linterna hubiera sido útil. Una *gran* linterna. Seguro, murmuró hoscamente para sí misma. Y, ya que estaba en ello, ¿por qué no un tanque para viajar en él? ¿O incluso un avión para dejar caer unas cuantas bombas estratégicas sobre Esmerel? ¿Sobre el ejército del Gran Rey Festten?

Todo lo que Geraden necesitaba era un espejo.

Podía hacerlo, si conseguía llegar hasta su cristal..., el que la había traído a ella hasta aquí.

Seguro.

Cuando establecieron el campamento, ella le ayudó a encender el fuego más grande que pudieron. Se alejó tanto como se atrevió recogiendo leña para alimentarlo. Luego, mientras cenaban, comentó morosamente:

—No sé qué me hizo decir eso.

Geraden la miró a través del pote del que estaba comiendo su guiso.

—Tú dijiste que eran los que no se habían ido —explicó ella—. Yo dije que eran los que sí lo habían hecho. No sé por qué lo dije.

Él intentó sonreír, sin demasiado éxito.

—Esperemos que fuera tan sólo tu imaginación morbosa. —La luz del fuego reflejada en su rostro la hacía recordar al Termigan.

Ella tampoco pudo sonreír.

—¿Por qué —prosiguió, intentando exorcizar las imágenes que la atormentaban — todas las cosas que llegan aquí por traslación son tan destructivas? ¿Por qué es tan fácil hallar cosas terribles en los espejos? ¿Es realmente tan maligno el universo?

—Realmente espero que no. —En un claro esfuerzo por tranquilizarla, Geraden hizo una mueca más bien lúgubre. Luego se dedicó a ofrecerle una respuesta.

»Probablemente sea cierto que todo mundo tiene sus predadores. Pero, aunque un mundo no contuviera ninguna violencia en absoluto, sus criaturas o poderes seguirían siendo destructivas si fueran trasladadas..., si fueran arrancadas de su lugar natural. No hay nada inmoral acerca de un pozo de fuego..., siempre que lo dejes allá donde pertenece. Lo que es realmente destructivo es el nombre que lo traslada a algún otro lugar.

»¿Llamarías a un zorro destructivo? Después de todo, caza gallinas. Y la gente necesita esas gallinas. Aun así, no hay nada malo en el zorro.

»Por todo lo que sabemos, el felino de fuego que incendió Houseldon podía ser algo parecido a un zorro en su propio mundo. Podía ser cualquier cosa. Podía ser incluso un administrador de caridad.

Un administrador de caridad. Sólo por un momento, Terisa se tomó en serio la idea. Alguien que dirigía una misión, por ejemplo. Luego, sin embargo, se vio asaltada por el pensamiento del Reverendo Thatcher yendo por aquel mundo incendiando ciudades. Bajo sus propios términos, eso le complacería. Pero incendiar

literalmente ciudades...

Involuntariamente, sonrió. Cuando Geraden volvió sus ojos a ella, empezó a reír.

Se sintió como una estúpida..., como si estuviera perdiendo la cabeza. Pero siguió riendo, y después de un rato se sintió un poco mejor.

Sin embargo, no durmió muy bien aquella noche. No dejó de esperar que los caballos bufaran y relincharan..., no dejó de esperar oler algo frío y ligeramente podrido en la oscuridad. Y, por alguna razón, Geraden pasó la mayor parte de la noche roncando como una sierra mecánica. Cuando lo despertó con un ligero codazo en las costillas al primer gris del amanecer, a fin de poder seguir su camino, se sintió fría y vagamente estúpida, como si la materia dentro de su cráneo hubiera empezado a volverse rancia.

El día empezó bien. El aire era limpio y diáfano, y los caballos avanzaban fácilmente a lo largo de caminos cada vez más marcados. Y, antes del mediodía, ella y Geraden llegaron a un pueblo que no tenía nada de malo en él.

Es decir, nada excepto la ansiedad. Cuando la gente del pueblo oyó lo que Terisa y Geraden habían encontrado en Aperyte, murmuraron nerviosamente y escrutaron los bosques alrededor de sus casas y empezaron a hablar acerca de marcharse.

—Devoracadáveres —pronunció una mujer, confirmando la suposición de Terisa—. No sé qué otra cosa llamarlos. Nunca hemos visto ninguno..., pero el señor envió hombres a advertirnos. Atacan al anochecer o al amanecer. Son criaturas pequeñas, casi como niños. Verdes y malolientes.

»Devoran cualquier tipo de carne. Ni siquiera dejan la grasa y los huesos. Eso es lo que dijeron los hombres del señor.

Geraden frunció el ceño como si le doliera algo.

—Por eso la puerta de la cerca estaba cerrada —murmuró—. Los caballos no llegaron a salir nunca. Fueron devorados allí mismo, en el corral.

Terisa estaba pensando: *Ellos son quienes lo hicieron*. Escaparon al interior de sus cabañas y de algún modo sellaron sus puertas. Y luego fueron incinerados en sus propios hogares.

Eremis.

Estaba empezando a comprender por qué el Rey Joyse había luchado durante veinte años para despojar Alend y Cadwal de Imageros y crear la Cofradía. Deseaba impedir que criaturas como los devoracadáveres fueran trasladadas al mundo.

A través de una bruma de ira y náusea, preguntó a uno de los del pueblo:

—¿Qué vais a hacer?

—Lo que los hombres del señor nos dijeron —le llegó la respuesta—. Si oímos cualquier rumor de devoracadáveres por los alrededores, si vemos alguna señal, partiremos hacia Romish tan rápido como podamos.

—*Bien* —dijo Geraden ferozmente.

Él y Terisa siguieron cabalgando.

Ella todavía tenía la sensación de que la sustancia de su cerebro se estaba descomponiendo. Aunque aquellos aldeanos estuvieran a salvo, no podía librarse de la impresión de que el día estaba empeorando. ¿Cuántos devoracadáveres había trasladado ya Eremis al Care de Fayle? ¿Cuántas de las fuerzas del Fayle habían sido devoradas ya?

¿Cómo podía ayudar al Rey Joyse y defender a su propia gente al mismo tiempo?

Practicó diciéndose a sí misma *oh, mierda* hasta que empezó a parecerle más natural.

—Aquí hay más buenas noticias —observó Geraden la siguiente vez que estudió el mapa—. Al ritmo que estamos yendo, se supone que llegaremos a otro pueblo justo al atardecer. Un lugar llamado Naybel.

Oh, mierda.

Hoscamente, hizo un esfuerzo por pensar.

—Quizá debiéramos permanecer alejados de él. Tal vez esas cosas nos estén siguiendo.

Él la miró fijamente.

—*Tienes* una imaginación morbosa —dijo. Al cabo de un momento, añadió—: Si estamos siendo seguidos, debemos advertir al pueblo. No podemos conducir a los devoracadáveres más allá de Naybel y esperar que lo dejen tranquilo.

El día, definitivamente, estaba empeorando.

La tarde fue avanzando, tan miserable y prolongada como un dolor de muelas. Finalmente, Terisa llegó a la conclusión de que después de todo había cosas peores que pasar tanta parte del día a caballo. No podía apartar aquel *olor* de su mente...

Sin ninguna decisión explícita de apresurarse, ella y Geraden empezaron a animar a sus caballos a ir más aprisa. Deseaban alcanzar Naybel antes del anochecer.

La mala suerte siguió persiguiéndoles. Debido a que se apresuraron, entraron en el pueblo precisamente en el momento en que el sol empezaba a hundirse tras el horizonte. A un paso más lento, no hubieran llegado hasta que fuera totalmente oscuro.

La decisión de cruzar el pueblo también fue una que no tomaron de forma explícita; lo hicieron simplemente porque la necesidad de advertir a la gente de Naybel cubrió todas las demás consideraciones. Como resultado de ello, estaban ya entre las casas, en su camino hacia el centro del pueblo, cuando se dieron cuenta de que Naybel estaba tan vacío como Aperyte.

Geraden retuvo el paso de su caballo. La cabeza del animal se alzó y bajó como un martillo, luchando contra las riendas. El capón de Terisa tenía las orejas pegadas hacia atrás. Donde la luz del sol penetraba por entre los árboles, las sombras de las casas eran tan afiladas como hojas.

—Geraden —murmuró Terisa—, hemos llegado demasiado tarde. *Salgamos* de aquí.

Geraden dudó, volvió la cabeza para mirar a su alrededor..., y perdió el control de su montura. El caballo apretó el bocado entre sus dientes y saltó.

Terisa no pudo impedir que su ruano lo siguiera.

Casi inmediatamente, oyó el chillido de un cerdo. Geraden casi cayó de la silla cuando su gris saltó bruscamente a un lado para evitar la colisión con el gordo animal. Inmediatamente el caballo se metió en medio de un chillar y revolotear de pollos. Terisa lo siguió a través de plumas y sombras.

Hacia el centro del pueblo.

Como Aperyte, Naybel tenía un lugar de reunión abierto por los lados en medio de sus casas.

Había allí un grupo de hombres..., seis u ocho. Llevaban botas pesadas y correajes de batalla; iban armados con espadas, picas y arcos largos.

Tan pronto como vieron a Geraden y Terisa empezaron a chillar, agitando locamente los brazos.

—¡Estúpidos!

—¡Fornicación!

—¡Marchaos!

—¡Alto!

Al parecer, varios de ellos deseaban alejar los caballos. Afortunadamente, un hombre tuvo una idea distinta. O se dio cuenta de que el animal de Geraden iba desbocado. Con la facilidad de alguien que ha trabajado con caballos toda su vida, saltó a la cabeza del gris y agarró las riendas. El animal giró y se detuvo tan en seco que Geraden estuvo a punto de saltar de su silla.

Más por evitar chocar contra el otro caballo que por cualquier cosa que hubiera hecho Terisa, el capón se detuvo también en seco.

—¡Estúpidos! —exclamó un hombre—. ¡Os van a matar!

Terisa intentó mantenerse inmóvil, pero todo el pueblo parecía girar a su alrededor. Una sombra tan nítida como un cuchillo cruzaba la cabeza del ruano. Los hombres del lugar de reunión entraban y salían de las sombras, sus armas desaparecían, captaban un rayo de sol, desaparecían de nuevo. Geraden casi había atropellado a un cerdo. Y pollos. Naybel no estaba vacío, no como Aperyte.

Entonces, ¿qué...?

Era cierto: podía oler algo frío, algo que había empezado a pudrirse; algo como la exhalación de una tumba olvidada.

De una casa más allá del lugar de reunión salió un niño pequeño. *Pensó* que era un niño pequeño, extrañamente desnudo. Una sonrisa hendía su rostro, dejando un hueco enorme, vacío. No abandonó las sombras; debido a la escasa iluminación,

transcurrió un momento antes de que Terisa se diera cuenta de que llevaba un pollo en sus manos.

El pollo se estaba fundiendo. Se deshacía entre sus dedos como cera caliente. Pero nada de él goteaba al suelo. En vez de ello, a medida que rezumaba era absorbido por su carne.

Entonces se dio cuenta de que todo el cuerpo del niño estaba cubierto de una especie de lodo. Quizá las sombras estaban jugándole malas pasadas a sus ojos. El niño parecía *verde*...

Un ronco grito brotó de los hombres. Dos de ellos habían alzado ya sus arcos, con las flechas preparadas. Arcos como aquéllos podían atravesar fácilmente con sus flechas las paredes de aquellas casas. Las dos flechas que atravesaron al niño lo clavaron al suelo.

Terisa oyó claramente un sonido como un pop, un ruido de ruptura; escuchó un breve quejido arañar el aire.

Al instante, otros tres niños verdes aparecieron en las sombras al lado del primero. Sonrieron mientras empezaban a alimentarse.

En alguna parte, fuera de su vista, el cerdo chilló..., un chillido de agonía porcina. El capón eligió aquel momento para arrojar a Terisa fuera de su lomo. Con un relincho como un lamento, galopó a toda velocidad fuera del pueblo.

Terisa aterrizó pesadamente, y el golpe vació su pecho de aire. En la distancia, Geraden gritó su nombre, pero no pudo reaccionar a él. El impacto la había aturdido. Una lanza de luz solar cayó sobre su rostro: alzó la vista y vio a uno de los devoracadáveres de pie en las sombras, a no más de uno o dos metros de distancia. Pudo *olería*. Era una niña...

De hecho, el olor no era particularmente fuerte. Sin embargo, era insidioso, y su sutilidad parecía hacerlo más nauseabundo, más corrosivo, que cualquier hedor más intenso. Oliéndolo, contemplando a la niña pequeña que le sonreía como si fuera un bocado apetitoso, Terisa decidió que el lodo que cubría la piel de los devoracadáveres era ácido. Reducía la carne a una especie de sebo que podía ser absorbido a través de sus poros. Y cuando alguien intentaba escapar atrancando la puerta de una casa, el ácido probablemente incendiaba la madera.

La devoracadáveres estaba tan hambrienta que salió de las sombras hacia la luz que cubría el rostro de Terisa.

Geraden saltó sobre ella y decapitó a la niña con un largo arco de su espada.

El sonido como un pop, el ruido de ruptura; un fino y agudo grito.

Dos, tres, no, al menos otros seis devoracadáveres aparecieron a la vez para alimentarse de su caída hermana.

En torno al lugar de reunión se estaba librando una extraña batalla. Superficialmente, era una lucha desigual: los hombres terminaban con los

devoracadáveres con relativa facilidad. Espadas, picas, flechas, incluso piedras arrojadas con la fuerza suficiente..., todo funcionaba. Jadeando, maldiciendo, los hombres hendían, cortaban, tajaban, decapitaban a los devoracadáveres tan rápido como era posible. Sólo eran niños, tan fáciles de matar como cualquier niño.

Pero eran tantos...

No, no eran tantos como eso. La verdad era más compleja. Tan pronto como uno de ellos conseguía la comida suficiente, la criatura se escindía, se convertía en dos. Y cada vez que uno de ellos moría, su cuerpo proporcionaba alimento suficiente para que tres o cuatro de otros devoracadáveres se multiplicaran.

Y, con cada gemido de muerte, más criaturas hormigueaban fuera de las sombras.

Además, las armas de los hombres no duraban mucho. Cada flecha que alcanzaba su destino se incendiaba; cada hoja que cortaba se mellaba y debilitaba; cada pica que atravesaba un devoracadáveres perdía su punta.

Geraden intentó arrastrar a Terisa hacia el lugar de reunión, hacia el centro relativo de la batalla, donde los hombres se vigilaban mutuamente las espaldas. Ella creía que debía ayudarle, pero no conseguía ponerse en pie; la caída del caballo parecía haber roto la conexión entre lo que su cerebro sugería y lo que sus músculos hacían. Deseaba decir: Agua. Probad con agua. Quizás el ácido pueda ser lavado de esa forma. O diluido. Desgraciadamente, todo lo que brotaba de entre sus labios era un ronco jadeo en busca de aire.

Y el aire estaba lleno de gemidos y de muerte; hedor de podredumbre; hombres maldiciendo por sus vidas; anochecer.

Luego, tan repentinamente que su sonido casi relajó lo suficiente su pecho como para permitirle respirar, oyó una trompeta.

Aquella alta y penetrante llamada pareció cambiarlo todo.

A su señal, veinte o treinta hombres cargaron a través del pueblo a lomos de sus caballos.

Sabían lo que estaban haciendo: no arriesgaron ninguna de sus monturas en un intento de pisotear a los devoracadáveres. En vez de ello, llevaban luces de todo tipo: antorchas, linternas, gavillas llameantes, incluso lámparas de aceite. Brillando como una hueste gloriosa, los jinetes entraron en tromba en la noche de Naybel.

Oblicuamente, Terisa observó que uno de ellos era el propio Fayle. Lo reconoció por su edad, su delgadez, su larga y pesada mandíbula.

No tuvo las fuerzas de preguntarse qué estaba haciendo allí. Se hallaba demasiado ocupada observando.

La luz parecía herir a los devoracadáveres más que la propia muerte: los paralizaba. Perdían sus sonrisas, su hambre, su capacidad de movimiento. Y, cuando no podían moverse, no podían alimentarse unos de otros; no podían multiplicarse.

Evidentemente, los hombres del Fayle sabían que eso iba a pasar.

Inmediatamente, lo aprovecharon.

Con hosca concentración, como si nunca hubieran sido capaces de reconciliarse a matar criaturas que parecían niños, empezaron a hacer pedazos a los devoracadáveres y a arrojar los trozos a una fogata que prepararon rápidamente.

Utilizaron tenazas de hierro y palas para amontonar los desmembrados cadáveres de modo que las llamas se alimentaran de ellos. Al poco rato, la fogata al lado del lugar de reunión de Naybel se hizo tan grande que sus llamas parecieron alcanzar el oscurecido cielo. Después que los últimos rayos del sol desaparecieron, no quedó otra luz en el poblado excepto aquel fuego.

El ardiente fuego y el humo acre se llevaron lentamente el frío y podrido olor del aire. Un soplo de viento arrastró el humo a los ojos de Terisa; las lágrimas resbalaron por sus mejillas como si estuviera llorando. Pero fue capaz de respirar de nuevo, *capaz*, de llevar de nuevo el aire hasta el fondo de sus pulmones, *capaz* de mover su hombro. Así que era por eso, pensó deliberadamente, distrayéndose de la carnicería que acababa de presenciar para no sentirse abrumada por ella; así que era por eso que los cuerpos en aquellas cabañas incendiadas en Aperyte no se habían consumido, cuando todas las demás formas de carne en el pueblo habían desaparecido. Una vez el ácido había prendido la madera, las llamas habían arrojado la luz suficiente como para mantener alejados a los devoracadáveres.

Al cabo de uno o dos minutos, se dio cuenta de que Geraden aún la rodeaba con sus brazos. Como ella, había recibido el humo en su rostro; como ella, parecía estar llorando. La luz de los niños ardiendo se reflejaba en sus ojos.

Se abrazó a él, se apretó fuertemente contra él. No sabía cuánto más podría soportar.

Intentando recobrar la compostura, Geraden murmuró:

—Nunca le hablaré a Quiss de esto. Nunca, mientras viva.

Terisa tosió en el humo, se aclaró la garganta. Recordando la forma en que él la había mantenido cuerda cuando el campeón de la Cofradía había desplomado el techo de la gran sala sobre ella, hizo un esfuerzo por devolverle el favor:

—Probablemente sea una buena idea. Si no lo hubiera visto yo misma, no desearía que nadie me lo contara.

En el mismo tono, como si estuviera hablando de lo mismo, él dijo:

—Si alguna vez pongo mis manos encima del Maestro Ere-mis, te juro que lo mataré.

Claramente, para que no pudiera haber ninguna duda al respecto, ella respondió:

—Para eso tendrás que atraparlo antes que yo.

Geraden la estudió a través del anochecer y la luz de la fogata. Entonces, sólo por un momento, sonrió.

—Si supiera que estamos tan furiosos contra él, empezaría a sudar.

Consiguió que ella sonriera también.

—¿Sabes? —murmuró Terisa, muy cerca de su oído—, hasta que te conocí, nunca se me ocurrió que algún día pudiera ser capaz de hacer sudar a mis enemigos.

—¿Tus enemigos, mi dama? —Geraden le dio un abrazo extra—. Me haces sudar a mí.

Cuando Terisa vio que el Fayle cabalgaba hacia ella, se dio cuenta de que ahora era capaz de enfrentarse a él.

El hombre desmontó cuidadosamente y le ofreció la leve y quebradiza inclinación de cabeza de un viejo.

—Mi dama Terisa —dijo, con una voz como hojas secas—, me sorprendes. Cuando nos vimos por última vez, creí que el Maestro Eremis era la fuente de mi sorpresa, pero ahora puedo ver que estaba equivocado. La sorpresa venía de ti.

»Esta trampa fue preparada para los devoracadáveres, mi dama. Nunca fue mi intención mezclarte en ella..., poner en peligro tu vida.

—Por supuesto que no, mi señor Fayle. —No sabía qué tipo de reverencia hacerle. Afortunadamente, él no parecía esperar ninguna—. Simplemente ocurrió... —Se recompuso, hizo un esfuerzo por hacer las cosas una a una—. Mi señor, éste es Geraden.

El Fayle miró a Geraden.

—El hijo del Domne —murmuró—. El trasladador de dama Terisa de Morgan. Una figura prominente en el augurio de la Cofradía sobre la necesidad de Mordant. —Hizo una nueva inclinación—. Eres bienvenido al Care de Fayle.

Geraden devolvió la inclinación. Terisa se preguntó si él —si ella misma— serían aún bienvenidos si el señor supiera de sus talentos; pero no tuvo oportunidad de explorar aquella posibilidad. Sin ninguna pausa, el Fayle prosiguió:

—Debemos salir de este humo. Nuestro campamento está a poco más de un kilómetro de aquí. Allá podré ofreceros comida caliente y un lecho seguro. Si aceptáis acompañarme, oiremos vuestra historia en un ambiente más confortable.

»Por la mañana, los del pueblo regresarán a limpiar sus casas, y cabalgaremos para intentar de nuevo esta táctica en algún otro lugar. Seréis bienvenidos si deseáis acompañarnos.

—Gracias, mi señor —respondió inmediatamente Geraden—. Nos encantará acompañarte..., al menos por esta noche. Tenemos muchas cosas que contarte.

—Estoy seguro de que sí —dijo el Fayle—. Quizá podáis decirme si el Maestro Eremis es honesto..., si me equivoqué traicionando sus intenciones con respecto al Castellano Lebbick.

»Venid.

Como si le dolieran todas las articulaciones, volvió a montar en su caballo.

Probablemente le dolían todas las articulaciones. Terisa no hubiera dudado en

pensar que era demasiado viejo para emboscadas y batallas. Para sí misma, se preguntó qué lo impulsaba a ello.

También se preguntó cuánto sería seguro decirle. Ella y Geraden habían llegado muy cerca del desastre contándole demasiado al Termigan.

Antes de que tuviera tiempo de preguntarse qué había sido de su ruano, uno de los hombres del Fayle se lo devolvió; lo había hallado entre los árboles. Pronto ella y Geraden cabalgaban entre los compañeros del Fayle hacia su campamento.

Tras el tumulto y la agitación de la batalla, la cabalgada pareció relajante y pacífica, demasiado breve. Al cabo de poco tiempo desmontaban delante de un brillante fuego cerca del centro de un claro. Alrededor de Terisa había sirvientes y carros de provisiones, sacos de dormir instalados en el suelo, más hombres, caballos de repuesto; algunos de los habitantes de Naybel habían acudido a oír lo que había ocurrido en su pueblo. Un camarero trajo un frasco de vino caliente para el Fayle, luego se apresuró a alejarse en busca de más para los inesperados huéspedes del señor. La forma en que la miraban los hombres le recordó a Terisa que no se había dado un baño decente desde hacía días. Su pelo parecía probablemente un nido de ratas, y sus ropas estaban sucias. Desgraciadamente, no había nada que ella pudiera hacer al respecto por el momento. En vez de ello, intentó ignorar las miradas de los hombres del Fayle.

Fue traída una silla plegable para el señor, y éste se sentó cerca del fuego, como si estuviera helado. Casi inmediatamente, aparecieron más sillas plegables para Terisa y Geraden. Se sentaron, aceptaron sendos vasos de vino caliente. Terisa dio un sorbo, luego olvidó toda timidez —olvidó que al menos treinta personas la estaban observando— el tiempo suficiente como para lanzar un largo suspiro de agradecimiento. El vino estaba aromatizado con canela y naranja, un bendito antídoto para el olor de los devoracadáveres. Si hubiera tenido el suficiente para beber, quizás hubiera conseguido sacarse completamente el hedor de su mente.

Deseó poder pasar un tiempo saboreando la sensación de que se hallaba segura.

Pero Geraden estaba ansioso por hablar.

—Mi señor Fayle —dijo, antes de que ella estuviera preparada—, hemos recorrido un largo camino para decirte que el Maestro Eremis no es honesto. Es él quien traslada esos devoracadáveres a tu Care..., él y el Maestro Gilbur, y probablemente el archi-Imagero Vagel.

»Hemos venido a decirte que el Rey Joyse necesita ayuda. Si no la consigue, el Maestro Eremis puede destruirle.

Por fuerza o por costumbre, el Fayle se sentaba erguido en su silla. Sus ojos eran profundamente azules; su mirada precisa. Observándole, Terisa se sorprendió ante el extraño pensamiento de que él no había sido nunca capaz de hacer lo que el Rey Joyse había hecho..., parecer débil y estúpido durante años. Nadie que se enfrentara a

la mirada del Fayle podía dudar de que éste sabía lo que estaba haciendo.

—Es reconfortante saber —murmuró secamente el Fayle— que el Maestro Eremis merecía ser bloqueado. Discutiremos esto con mayor extensión. De todos modos, esta deshonestidad hace poco para explicar cómo llegasteis a caer en una trampa que yo había preparado para los devoracadáveres.

—En realidad lo explica mucho, mi señor —respondió Geraden—. El resto son sólo detalles. —Por razones que Terisa comprendía perfectamente, estaba siendo cauteloso—. Cabalgamos hasta aquí desde Sternwall. El Termigan no se mostró especialmente alegre de vernos.

»Como el tuyo, su Care está siendo duramente golpeado por una de las traslaciones de Eremis. Le dijimos lo mismo que acabamos de decirte. El Rey Joyse necesita ayuda. No pareció importarle. Creo que fuimos afortunados de que nos dejara marchar.

»Mi señor, no deseo que eso ocurra de nuevo. Dama Terisa y yo vamos a luchar por el Rey. Aunque tengamos que hacerlo solos, vamos a hacerlo. Si tú te interpones en nuestro camino, tendremos que luchar también contra ti.

—Antes me cortarían las manos.

Todos los hombres en torno al campamento estaban escuchando. Algunos de ellos fingían atarearse con sus armas o sus sacos de dormir, pero todos estaban escuchando. Un denso silencio lo cubría todo excepto los bufidos y el agitar de los caballos.

El Fayle miró fijamente a Geraden.

—Tenéis que haberle dicho al Termigan algo que él especialmente no deseaba oír. Geraden asintió.

—¿Qué fue? —preguntó el Fayle—. ¿Qué pudisteis decirle que hiciera que un leal aliado de confianza del Rey sospechara de vosotros?

Geraden interrogó a Terisa con la mirada.

Simplemente porque los ojos del señor eran tan azules, tan precisos, ella asintió a correr el riesgo.

—Le dijimos la verdad —respondió Geraden al Fayle—. Los dos nos hemos convertido en Imageros. Terisa es una archi-Imagera. Los devoracadáveres han empezado a mostrarse peores que nunca, ¿verdad? Sólo recientemente.

Ahora fue el turno del Fayle de asentir.

—Eso se debe a nosotros. Eremis sabía que veníamos aquí. O lo imaginaba. Estuvimos primero en Houseldon. Luego estuvimos en Sternwall. ¿A qué otro sitio podíamos ir?

»Desea matarnos antes de que hallemos una forma de hacerle daño.

—¿Y habéis encontrado esa forma? —preguntó fríamente el Fayle.

—Lo hemos estado intentando. Por eso fuimos a Sternwall..., por eso hemos

venido aquí. Hemos estado intentando conseguir apoyo para el Rey. —Geraden inspiró profundamente—. Y, si no podemos conseguir eso, deseamos encontrar a alguien que pueda ayudarme a hacer un espejo.

—¿No tienes ningún espejo? —La mirada del Fayle era aguda.

Geraden envaró los hombros, y Terisa creyó oír un distante eco de fuerza en su voz, una extraña amenaza.

—Mi señor —dijo—, un cierto número de cosas serían diferentes si tuviéramos tanto como un espejo pequeño entre nosotros. Por una parte, hubiéramos podido ayudarte a luchar contra esos devoracadáveres. —Estaba hablando con los dientes apretados—. Para eso sirven nuestros talentos.

Al cabo de un momento, sin embargo, la amenaza se desvaneció de su tono.

—Desgraciadamente, somos impotentes. Hasta ahora.

El Fayle estudió a Geraden y Terisa por un tiempo. Se volvió para pedir comida y más vino. Luego comentó:

—Quizá debierais contarme ahora vuestra historia. Mientras comemos.

Geraden miró de nuevo a Terisa. Ella asintió sin vacilar. Recordaba la forma en que el viejo señor había abandonado la reunión que el Maestro Eremis había dispuesto entre los señores y el Príncipe Kragen. *La Reina Madin es una mujer formidable*, había explicado en un tono de disculpa e incluso vagamente tonto. *Cualquier elección que haga aquí, deberé justificarla ante ella*. Sus picudos hombros y su alargada cabeza debieran haberle hecho parecer estúpido mientras se alejaba del complot de Eremis. Y, sin embargo, no fue así. Su clara lealtad lo había hecho admirable.

Bajo las circunstancias, ella no sabía qué esperar del Fayle. De todos modos, estaba dispuesta a confiar en él.

Al parecer, Geraden sentía lo mismo. Tan pronto como fue tomada la decisión de hablar libremente, empezó a relajarse.

Sin embargo, no intentó incluirlo todo. Aún deseaba una respuesta del Fayle. Así que solamente describió las líneas generales de lo que él y Terisa habían averiguado, de lo que habían hecho. El Fayle se estremeció ante la noticia de lo que le había ocurrido a Houseldon, de lo que le estaba ocurriendo a Sternwall; pero Geraden siguió hablando. Cada vez que el señor le interrumpía con una pregunta, sin embargo, respondía dando más detalles.

La mayoría de los hombres escuchaban abiertamente ahora. Unos cuantos de ellos acariciaron sus armas con furia o miedo. Pero, debido a que su atención no estaba centrada en Terisa, ésta podía ignorarles.

Mientras Geraden y el señor hablaban, ella siguió bebiendo su vino, comió la comida situada frente a ella, e hizo unos cuantos cálculos retrospectivos. Aquello la llevó a la inesperada conclusión de que habían pasado trece días, *trece*, desde su

traslación desde Orison. En trece días podía haber ocurrido cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa. El Príncipe Kragen podía haber tomado el castillo..., y la Cofradía. El Gran Rey Festten podía haber tomado el castillo y la Cofradía y al Príncipe Kragen. Por otra parte, el Castellano Lebbick podía haber clavado un silencioso cuchillo en la espalda del Maestro Eremis.

—El problema —intervino cuando Geraden hizo una pausa— es que llevamos demasiado tiempo lejos de Orison. —Bruscamente, se convirtió en el foco de la atención. Tragando una oleada de timidez, se obligó a sí misma a decir—: Trece días en lo que a mí respecta. Catorce para él.

»No tenemos ninguna forma de saber lo que ha ocurrido mientras tanto.

—Así que quizá —murmuró lentamente el Fayle— esta extraña *política* del Rey haya llegado realmente a su crisis. Quizá ya haya salido victorioso. O quizá ya haya sido derrotado y muerto.

—No podemos saberlo —admitió ella—. Todo lo que podemos decir es que, cuando abandonamos Orison, Eremis aún seguía afanándose en aparecer inocente. Y, desde entonces, ha estado trabajando duro para matarnos. Aún teme que podamos hacerle daño de algún modo. —Se encogió de hombros—. No es mucho. Pero, mientras siga temiéndonos, nos queda algo en lo que confiar.

—Hay algo más que podríamos conseguir si dispusiéramos de un espejo —añadió Geraden—. Obtener una Imagen de Orison. Ver lo que está ocurriendo.

El Fayle miró agudamente a Geraden. Luego miró a Terisa, la escrutó. Al cabo de un momento, abrió las manos. El gesto era pequeño, pero parecía lleno de resignación.

—No tengo ningún espejo, ni ninguna forma de fabricarlo. No poseo Imageros..., ¿de qué me servirían los espejos? Cada producto o herramienta de la Imagería que ha sido hallado en el Care de Fayle ha sido enviado inmediatamente al Rey Joyse y al Adepto Havelock.

Gradualmente, su mirada derivó hacia el fuego.

—Sin Imageros, mi Care es impotente contra esos devoracadáveres. Vosotros lleváis lejos de Orison trece o catorce días. Yo no he visto Romish desde el día en que volví de la reunión con el Maestro Eremis. He estado en mi silla, en los pueblos de mi Care..., luchando...

Terisa nunca lo había oído sonar tan viejo.

—No puedo ganar esta lucha. Al final, fracasaré. —No miraba a sus hombres. Sus hombres no lo miraban a él. Ninguno le contradijo—. Visteis que fracasé en Aperyte. Es sólo uno entre los muchos pueblos muertos, desiertos...

»Esos devoracadáveres son demasiados. Apenas poseo los suficientes hombres entrenados para cuatro grupos como éste. Debo fracasar.

—Entonces, mi señor —dijo Geraden suavemente, formalmente, apuntando una

cierta autoridad—, lucha de otra forma. Reúne a tus hombres. Golpea a Eremis en Esmerel. Mientras todavía queda alguna esperanza.

El viejo señor estudió el corazón del fuego. Su postura erguida no varió, no se hundió, pero sus manos colgaron entre sus rodillas como si fueran inútiles. Al cabo de un momento susurró:

—No.

—Mi señor... —empezó a decir Geraden.

—No —susurró de nuevo el Fayle—. Joyse es mi Rey..., y el esposo de mi hija. Le quiero. No comprendo su *política*. No me gusta. Sin embargo, le quiero.

»Pero él *nunca*... —Una mano se convirtió en un puño, cayó de nuevo—. En todos sus años de guerra contra Cadwal y Alend y la Imagería, *nunca* ha pedido ayuda a un señor cuando el Care de ese señor estaba bajo ataque. Él vino *a mí*, liberó *a mi gente*. No me pidió ninguna ayuda hasta que mi Care estuvo a salvo.

»No me la pedirá ahora. No siente deseos de romper mi corazón.

Geraden lo intentó de nuevo:

—Mi señor...

—No. —El Fayle no sonaba furioso: sonaba triste—. Hoy salvamos Naybel. Vosotros fuisteis testigos. Mañana, o dentro de cinco días, o dentro de *cincuenta* días... —ahora sus dos manos eran puños, golpeando uno contra otro al ritmo de sus palabras—. Soltaremos otra trampa, y ésta tendrá éxito. Gente que moriría si la dejo a merced de esos devoracadáveres vivirá.

»¿Me oyes, Geraden? ¿Cabalgó tu padre fuera de su Care? ¿Lo hizo el Termigan?

»No abandonaré a mi gente para que muera sin ser defendida.

—Comprendo, mi señor. —La voz de Geraden era tan suave y triste como la del señor, pero no había amargura en ella—. No importa lo desesperado que esté el Rey Joyse, él no querría que tú abandonaras tu propio Care. Él no creó Mordant o la Cofradía porque estuviera desesperado. Los creó porque cree en las mismas cosas que tú.

El Fayle miró al fuego, asintió varias veces. Con una voz como una brisa de invierno, suspiró:

—Gracias.

Geraden dudó unos momentos, luego se aventuró a decir:

—Desgraciadamente, eso no cambia nuestro problema. ¿Hay algo que puedas hacer para ayudarnos a Terisa y a mí?

El señor giró la cabeza y su mirada azul se clavó en el rostro de Geraden. Por un instante, Terisa creyó que estaba furioso. Luego, sin embargo, vio el asomo de una sonrisa *rozar* su vieja boca.

—Eso es cierto, Geraden —dijo—. Mi testarudez no cambia en nada vuestro problema. Tú y dama Terisa sois Imageros, y el mal de la Imagería debe ser

confrontado y respondido por Imageros. Ése es vuestro «Care», por decirlo de algún modo.

»Os daré provisiones. Si lo necesitáis, os facilitaré un mapa. Y os proporcionaré dos hombres para que cabalguen con vosotros hasta tan lejos como decidáis..., hasta Orison, incluso hasta Esmerel. No os servirán de nada contra los Imageros, pero sabrán cómo usar sus espadas para proteger vuestras espaldas y despejar vuestro camino.

Antes de que Geraden pudiera responder, Terisa preguntó:

—¿Pueden llevarnos hasta la Reina?

Geraden se mostró sorprendido: al parecer, no había pensado mucho en la Reina Madin. El Fayle alzó una ceja; pero esta vez su sonrisa fue amplia.

—Un buen pensamiento, mi dama —murmuró—. Se me hubiera ocurrido en un momento. Ciertamente, mis hombres pueden llevaros hasta la Reina. Tiene todo el derecho a saber lo que su esposo ha estado haciendo. —Su sonrisa se desvaneció ante el recuerdo—. Después de todo, ella se ha sentido profundamente herida por su *política*. Y es posible que desee hacer alguna cosa al respecto.

Como respuesta, Terisa tragó saliva y dijo:

—Gracias. Aprecio esto. —La fuerza de su alivio la abrumó. Había sabido que deseaba conocer a la Reina, pero no se había dado cuenta antes de lo terriblemente que se hubiera sentido si ella y Geraden hubieran recorrido todo aquel camino y luego se hubieran marchado sin tomarse el tiempo de compartir lo que sabían con la esposa del Rey Joyse.

Geraden la miró, pero no discutió; no dijo: Eso es un retraso que no necesitamos, un día que podemos emplear mejor en el camino a Orison. Afortunadamente, su instinto de confiar en ella estaba aún intacto. Al cabo de un momento, abandonó el asunto y se concentró en su cena.

Sin embargo, más tarde, aquella misma noche, mientras ella y Geraden estaban en la cama juntos, a corta distancia de los hombres del Fayle, él dijo en voz muy baja:

—No sabía que desearas conocer a la Reina Madin. ¿O es en Torrent en quien estás interesada?

Terisa no respondió directamente. Tras meditar unos instantes, murmuró:

—¿Recuerdas lo que le dijo el Castellano a Elega..., el mensaje que dijo que el Rey Joyse envió para ella? —En caso de que él no lo recordara, le refrescó la memoria—: «Estoy seguro de que mi hija Elega ha actuado por las mejores razones. Lleva mi orgullo con ella allá donde vaya. Por su bien, así como por el mío, espero que esas mejores razones produzcan también los mejores resultados».

—Sí —respondió Geraden—. Sigue sin tener sentido. Sigue sin encajar con lo que te dijo el Maestro Quillón.

—Espera un momento —dijo ella, para mantenerlo tranquilo—. ¿Recuerdas la

charla que tuve con el Adepto Havelock, mientras tú y Artagel estabais al otro lado de la columna..., después de que él nos rescatara de aquellos insectos?

Obedientemente, Geraden asintió.

—Habló acerca de Myste —susurró ella— y del campeón de la Cofradía. Dijo que él había hecho un augurio sobre el Rey Joyse, y que una de las Imágenes mostraba a Myste y al campeón juntos.

Obedientemente, Geraden no interrumpió.

—Siempre me he preguntado por qué nos dijo eso. Si no era simplemente porque está loco. Y siempre me he preguntado por qué el Rey Joyse se trastornó tanto cuando le mentí acerca de Myste..., cuando le dije que volvía con su madre. Por qué se mostró aliviado cuando le dije que la ayudé a ir tras el campeón.

Geraden aguardó pacientemente en silencio. Finalmente, sugirió:

—¿Por qué no me dices lo que piensas?

—Pienso... —Terisa contuvo la respiración, luego siguió adelante—. Pienso que hay más en los planes del Rey Joyse de lo que nos dijo el Maestro Quillón. Pienso que sus hijas son importantes..., pienso que toda su familia es importante, de algún modo. Pienso que deseaba unir a Elega y al Príncipe Kragen. Pienso que deseaba que Myste fuera tras el campeón.

—¿Piensas que deseaba que nosotros habláramos con la Reina Madin y Torrent? ¿No es eso un poco cogido por los pelos? Después de todo, él no sabía que ninguno de nosotros tuviera ningún talento. No hay ninguna forma en la que pudiera haber predicho que nosotros llegaríamos a estar en algún momento aquí.

Aquello era cierto. Y lo hacía todo mucho más peligroso. Sin embargo, Terisa insistió:

—Pienso —dijo— que yo deseo ir a hablar con la Reina Madin y Torrent. Sólo por si acaso. —Al cabo de un momento, añadió—: Él tenía razones para pensar que nosotros *podíamos* tener algún talento.

Pudo sentir a Geraden sonreír en la oscuridad.

—Mi dama, tienes una mente notablemente sutil. O una indigestión... No puedo imaginarme cuál de las dos cosas.

Ella metió una mano bajo su chaquetilla y le puñeó las costillas hasta que él se disculpó.

Luego le puñeó por disculparse.

Con tantos espectadores potenciales cerca, ella y Geraden durmieron más de lo habitual. Y, al día siguiente, dos de los hombres del Fayle los condujeron a Romish.

La sede del Fayle estaba situada en una fértil llanura sorprendentemente —para aquel Care— desprovista de árboles. A lo largo de dos o tres kilómetros en todas direcciones, la tierra había sido despejada para dejar sitio a los campos que alimentaban la ciudad. Pero Terisa no vio más del propio Romish que la muralla en

terraplén que la rodeaba. Como Myste había dicho, la Reina Madin y Torrent vivían en una propiedad fuera de la ciudad.

La Propiedad, la Casa del Valle, que un antiguo príncipe de Cadwal se había hecho construir para proteger sus pobres *relaciones* mientras gobernaba Fayle, estaba encajada en un pliegue entre pequeñas colinas quizá a un kilómetro corriente arriba del pequeño río Kolted que proporcionaba la mayor parte del agua para Romish y los campos. Como posición defensiva —Terisa se sorprendió pensando en esas cosas—, la localización de la Casa del Valle dejaba mucho que desear: a plena luz del día, un jinete podía probablemente llegar a menos de veinte metros del edificio sin ser observado. Por otra parte, la Casa era fácilmente alcanzable desde Romish, y estaba tan reciamente construida que probablemente no corría el menor peligro la mayor parte del tiempo. Sus paredes eran de piedra —fuerte contra los devoracadáveres—, y las maderas de sus puertas estaban reforzadas con hierro.

A través del largo crepúsculo de la llanura, los hombres del Fayle guiaron a Terisa y Geraden por entre las colinas hasta la Casa del Valle. Desmontaron delante de las altas puertas. Los hombres del Fayle dijeron a los sirvientes que salieron que trajeran antorchas para iluminar y mozos para los caballos; también que avisaran a dama Reina Madin. Las ventanas de la Casa se iluminaron brillantemente cuando dentro fueron encendidas lámparas y linternas. Al cabo de poco tiempo, una mujer cruzó el porche hasta los escalones con una intensa iluminación a sus espaldas, tan regia como si gobernara el mundo.

Los hombres del Fayle inclinaron respetuosos la cabeza y se retiraron.

—Mi dama Reina —Geraden se inclinó también, tanto que estuvo a punto de caer de bruces. Había un asomo de lágrimas en su voz. Madin era una soberana para él, después de todo..., y la esposa del Rey al que amaba—. Hace bien a mi corazón verte de nuevo.

—Geraden. —El tono de la Reina Madin daba la inmediata impresión de que sabía cómo decidirse—. Es una auténtica sorpresa. Pero buena..., por ahora. —No sonaba dura, y ciertamente no fría; sólo sonaba rápida en sus elecciones. La decisión era un poder que ejercía sin apenas darse cuenta de ello—. Me alegra ver un rostro amigo de casa. Y me alegrará oír tus noticias, sean cuales sean. —Un momento más tarde, añadió—: Pero si ese viejo estúpido de Joyse te ha enviado aquí para defender su caso, puedes olvidarlo ahora mismo y regresar. No te escucharé.

—Mi dama Reina —repitió Geraden. Se inclinó de nuevo, esta vez para cubrir una sonrisa—. Ésta es dama Terisa de Morgan.

—Ah. —La reina Madin se volvió hacia Terisa, pero Terisa seguía sin poder ver su rostro; oscuro contra el resplandor de la casa, sus rasgos eran indescifrables—. Dama Terisa. Mi padre te mencionó, tras su regreso de Orison.

»Mi dama, Geraden..., sois bienvenidos a la Casa del Valle. Por favor, entrad.

Se volvió y caminó de vuelta a la luz.

Geraden cogió a Terisa del hombro, la empujó hacia los escalones y el porche. La luz brilló en su rostro, y por un momento ella se vio llena con la inesperada convicción de que habían hecho lo correcto viniendo allí. Él nunca había parecido más alto; su mirada nunca había parecido más firme. Aquella era la forma en que debería haber aparecido cuando se detenía delante del Rey Joyse..., si el Rey no se hubiera dedicado tan concienzudamente a quebrar su lealtad.

Deslizó su brazo en el de él y lo apretó, de modo que subieron al porche y penetraron por la alta puerta de la Casa del Valle unidos.

Siguieron a la Reina y a un obsequioso sirviente a lo largo de un vestíbulo con tapices y retratos en las paredes, varias puertas a cada lado, y una amplia escalinata al final. La Reina Madin eligió una puerta a su izquierda; el sirviente la mantuvo abierta para Terisa y Geraden, y ambos se hallaron en lo que parecía una amplia sala de estar. Una llameante chimenea dominaba la pared exterior, y dos profundos sofás y cuatro o cinco mullidos sillones formaban un semicírculo delante del hogar, con sus respaldos vueltos al panelado del resto de la habitación. La Reina Madin envió al sirviente a por algo de vino, luego hizo un gesto a sus huéspedes hacia las sillas; pero ella permaneció de pie al lado de la chimenea.

Ni Terisa ni Geraden se sentaron. Hubieran podido permanecer de pie por pura cortesía, pero los pensamientos de Terisa estaban en otra parte. Al fin podía ver claramente a la Reina Madin, y lo que vio la mantuvo en pie.

Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo mucho que esperaba que la Reina se pareciera a Elega. Desde el punto de vista de Terisa, Myste se parecía a su padre: la risa de Myste era tan parecida a la sonrisa del Rey Joyse que la semejanza parecía más importante que cualquier otra diferencia. Simplemente sobre esta base, y porque el contraste entre Myste y Elega era tan pronunciado, Terisa había supuesto que la Reina Madin demostraría ser el progenitor al que Elega se parecía.

Resultaba claro ahora, sin embargo, a la luz del fuego y el brillante candelabro y las lámparas que les rodeaban, que las suposiciones de Terisa estaban equivocadas. Una buena mirada a la Reina dejaba claro que tanto Elega como Myste se parecían de hecho a su padre. Madin era aún una mujer luminosa, pese a sus años; su mirada era fuerte, y los años no le habían costado a su porte ninguna pérdida discernible de firmeza. Pero sus rasgos eran a la vez demasiado firmes y demasiado directos para ser el modelo para los rostros de Myste y Elega.

Lo que mantenía a Terisa de pie, sin embargo, no era el aspecto de la Reina, sino más bien su porte: permanecía de pie de la forma en que debería hacerlo una reina, como si no sólo su autoridad sino también su juicioso uso de ella acudieran de una forma tan natural que ambas cosas se hallaran más allá de toda cuestión. Era la hija del Fayle en más de un sentido; incluso reflejaba un asomo del mismo pesar que

atormentaba al viejo señor. Sin embargo, quizá porque la estructura de su cuerpo estaba más sólidamente construida que la de él, proyectaba más fuerza de personalidad, más habilidad y deseo de conseguir que las demás personas hicieran lo que ella deseaba.

Su fracaso en conseguir que el Rey Joyse abandonara su pasividad y se convirtiera en un gobernante decente para Mordant debió haber sido más abrumador que cualquier otra herida que hubiera sufrido en toda su vida.

Pero, evidentemente, no era una mujer que se compadeciera mucho a sí misma, y no se compadecía de sí misma en estos momentos. Estaba estudiando tanto a Terisa como a Geraden con intenso interés. Y parecía encontrarle a él especialmente intrigante, pese a que era Terisa la que había llegado a Mordant desde un mundo alienígena. Al cabo de un momento, explicó su atención diciendo:

—Geraden, has cambiado.

La reacción inmediata de Terisa fue: No, no lo ha hecho. Desde su perspectiva, había vuelto a su yo esencial de hierro y desesperación. La observación de la Reina Madin le hizo pensar de nuevo, sin embargo. De hecho, sí había cambiado. No había perdido simplemente su torpeza: había perdido su expresión de cachorro, su apariencia de ser un muchacho oculto dentro de un hombre. Su espalda era recta y fuerte, y a Terisa le costó imaginarlo cometiendo ahora un error.

Como para demostrar el cambio, Geraden sonrió casi sin embarazo.

—Es la influencia de Terisa, mi dama Reina. Ella me hizo dejar de disculparme.

—No —respondió firmemente la Reina Madin—. La diferencia es que estás más en paz contigo mismo. —Estaba segura de su propio juicio—. Te has convertido en un Imagero.

Como respuesta, él se encogió modestamente de hombros; pero sostuvo la mirada de la Reina.

—No sabía que se notara.

—Oh, se nota, Geraden —afirmó la Reina—, se nota. Nadie podría confundirte ahora con el viejo Apr fracasado dispuesto siempre a servir a la Cofradía.

»En cuanto a ti, mi dama —continuó, volviéndose hacia Terisa—, me resultas menos clara. Tus sorpresas están mejor ocultas, creo. Ambos tenéis mucho que contarme.

—Eso es cierto, mi dama Reina —dijo de inmediato Geraden. Su comprensión de lo difícil que iba a resultar el trabajo se reflejó en la forma en que preguntó—: Pero, ¿y tú? ¿No nos contarás primero cómo estás? ¿Y Torrent?

La Reina agitó la cabeza.

—Lo que te cuente de mí dependerá enteramente de si habéis sido enviados aquí por ese viejo chocho del Rey. Os he preguntado eso ya una vez, pero no me habéis respondido claramente.

Por un momento, Geraden midió su respuesta. Luego dijo llanamente:

—El Rey Joyse no nos ha enviado. Creo que se mostraría *sorprendido* si supiera que estamos aquí.

La Reina Madin pareció recibir aquella información como si le infligiera un profundo daño que no tenía intención de mostrar. Mientras hablaba, sin embargo, no pudo ahogar la aspereza en su voz:

—En ese caso, Geraden..., Torrent y yo estamos bien. Pero no tan bien como lo estaríamos si nuestra familia se hallara completa de nuevo. Las aberraciones del Rey ejercen un precio sobre todos nosotros.

»¿No queréis sentaros? —prosiguió, extrayéndose de sus pensamientos—. Aquí llega el vino. —El sirviente había vuelto a entrar en la habitación con una bandeja de plata—. Y estoy segura de que Torrent estará pronto con nosotros.

»Ah —concluyó, cuando la puerta se abrió de nuevo—, aquí la tenemos.

Terisa se volvió a tiempo para ver a la segunda hija del Rey Joyse y la Reina Madin cerrar la puerta a sus espaldas y acercarse al fuego.

La actitud de Torrent y su mirada baja y sus modestas ropas proporcionaban dos impresiones casi simultáneas: primera, era tan tímida que hacía que Myste y Elega parecieran tan extrovertidas como un charlatán de feria; y segunda, pese a su timidez, era casi la imagen de su madre. Podría haber sido la sombra de la Reina Madin; eran tan parecidas como un reflejo la una de la otra. Sólo que le faltaban la decisión de su madre, la seguridad de su madre.

—Torrent —dijo la Reina—, aquí están Geraden y dama Terisa de Morgan. Tienen muchas cosas que contarnos. Ella ha conseguido algo que todos los Maestros juntos de la Cofradía no lograron hacer. Lo ha convertido en un Imagero.

Torrent se detuvo entre las sillas. La mirada que alzó por debajo de sus pestañas era a la vez tan vacilante y tan llena de maravilla que Terisa enrojeció involuntariamente.

—Bajo las circunstancias —murmuró humorísticamente Geraden..., quizá en beneficio de Torrent, quizá de Terisa—, no creo que esto sea exactamente un cumplido. El único beneficio que he conseguido con el cambio ha sido que ahora hay gente que desea matarme.

»Mi dama Torrent —prosiguió—, me alegra verte. Cuando tú y la Reina abandonasteis Orison, no creí poder volver a tener este privilegio.

—Oh, «privilegio», Geraden —murmuró Torrent, como si ella también estuviera enrojeciendo; sin embargo, sus mejillas siguieron pálidas—. Te estás burlando de mí.

Antes de que él pudiera responder —quizá para que no tuviera la oportunidad de responder—, Torrent se volvió bruscamente hacia Terisa. Mirando a Terisa como si el hecho de mantener alzada la barbilla fuera un acto de valor, dijo:

—Estoy segura de que mi madre te ha dado la bienvenida, mi dama, pero

permíteme que te la dé yo también. Mi abuelo, el Fayle, nos contó todo lo que sabía acerca de ti, pero sólo nos hizo sentir más curiosas. Me temo que te agotaremos con nuestras preguntas.

—Por favor —Terisa no tenía ni idea de que estaba enrojeciendo. Hizo un esfuerzo especial para hablar tranquilamente, confortablemente, para relajar a Torrent—. Llámame Terisa. Tanto Myste como Elegia lo hacen así.

Eso trajo una sonrisa al rostro de Torrent, una ligera disminución de su timidez.

—¿Conoces a Myste y Elegia? Supongo que sí, puesto que has estado en Orison. ¿Sois amigas? ¿Cómo están? —Al cabo de un instante de vacilación y una rápida mirada a la Reina Madin, preguntó—: ¿Y mi padre? ¿Cómo se encuentra?

—Torrent —dijo la Reina, amable pero firmemente—, debemos sentarnos. Si no lo hacemos, Geraden y dama Terisa permanecerán de pie toda la noche.

Con una convincente imitación de una mujer sin voluntad propia, Torrent se sentó inmediatamente en la silla más cercana.

La Reina Madin tomó un sillón cerca del fuego. Geraden y Terisa se acomodaron juntos en un sofá entre la Reina y su hija. Inmediatamente, el sirviente trajo vasos de vino en una bandeja, luego depositó la jarra cerca de Torrent y se retiró.

—Estaréis cansados de vuestro viaje —dijo la Reina Madin después de probar el vino—. Dentro de poco podréis bañaros y comer. Se os proporcionará todo el descanso que necesitéis. Pero debéis comprender que estamos hambrientas de noticias. A la Casa del Valle no nos llegan ni siquiera los rumores de Romish, sin mencionar los de Orison. ¿Cómo *están* Elegia y Myste? —Sólo por un momento, su garganta se cerró—. ¿Cómo se encuentra el Rey?

Ahora Geraden vaciló; el cambio que la Reina Madin había observado pareció abandonarle momentáneamente. Lo cual tenía perfecto sentido para Terisa. Sintió encogerse su corazón, y una punzada de dolor la envolvió. Era posible que la Reina y Terisa aceptaran de buen grado las noticias del Rey Joyse: posible, pero muy improbable.

—Es difícil —murmuró torpemente Geraden—. Realmente, no puedo decirte nada sin contártelo todo..., y no sé por dónde empezar. No puedo pensar en ninguna forma de decir esto sin que duela.

Torrent estudió sus manos, pero Terisa pudo ver que estaba respirando profundamente para tranquilizarse. La Reina Madin, por su parte, se enfrentó a la inseguridad de Geraden sin parpadear.

—Dinos la verdad —indicó llanamente—. Las especulaciones serán más dolorosas para nosotros que cualquier noticia.

De todos modos, Geraden siguió dudando.

Hoscamente, porque lo único peor que el conocimiento era la ignorancia, Terisa dijo:

—El Rey sabe lo que está haciendo. Lo hace a propósito.

Torrent no alzó los ojos; pareció quedarse helada en su silla.

—A propósito —hizo eco lentamente la Reina Madin—. Mi dama, debes explicar esta observación.

—Desgraciadamente, es cierta —intervino rápidamente Geraden—. Terisa sabe más que nadie acerca de las razones e intenciones del Rey Joyse. Ha tenido varias charlas con él..., él le ha respondido preguntas. Se ha salido de su camino para darle explicaciones. Creo que es debido a la forma en que ella llegó a Orison. Una traslación imposible..., o que todos pensamos que era imposible hasta que me di cuenta de que puedo hacerla todas las veces que quiera. Ella era tan obviamente importante. Se halla implicada en el augurio de la Cofradía. No sabíamos cuál era su talento, pero resultaba evidente que tenía que poseer algún tipo de poder sin precedentes.

Bruscamente, se obligó a detenerse. Hablando con voz muy clara, dijo:

—Por lo último que he oído, Elega está bien. No sabemos nada de Myste.

—Es una trampa, mi dama Reina —intentó explicar Terisa—. El Rey está preparando una trampa para sus enemigos, para los enemigos de Mordant. Eran demasiado poderosos..., y él no sabía quiénes eran. Y temía que se fueran haciendo más y más fuertes..., que pudieran devorar Alend o Cadwal, o ambos a la vez, y dejarlo a él solo mientras se hacían más y más fuertes, hasta que fueran demasiado fuertes para él, demasiado fuertes para cualquiera. Temía que, si no descubría quiénes eran sus enemigos y los detenía, lo perdería todo.

—Eso era cierto —intervino crispadamente la Reina—. Cualquier tonto puede verlo.

—Así pues —siguió Terisa, con un gruñido para sí misma—, se hizo débil.

La Reina Madin la miró.

—No te creo. ¡Qué tontería! ¿Para qué sirve la debilidad? ¿Cómo puede usarse contra Imageros y ejércitos?

Hubiera podido decir más, pero Geraden intervino. La inesperada autoridad en la forma en que alzó la cabeza la detuvo.

—Escúchanos, mi dama Reina —jadeó suavemente—. Por favor, escúchanos.

—Lo siento —murmuró Terisa—. Es la verdad. Es todo lo que tenemos.

»Paralizó su propia fuerza. Hizo imposible que la Cofradía hiciera nada efectivo. Minó al Castellano. Abandonó al Perdon sin refuerzos. Insultó al Príncipe Kragen..., probablemente el Fayle te lo contó. Se hizo aparecer como un estúpido. Hizo —su voz se detuvo un instante— todo lo posible por alejar de su lado a su familia. —Pensó que debía mencionar al hijo del Tor, pero no tuvo valor para ello—. Prácticamente castigó a la gente como Geraden por ser leal.

La Reina Madin permaneció sentada sin mover ni un músculo, escuchó sin

ninguna reacción excepto un lento enrojecimiento de sus mejillas. Torrent respiraba tan pesadamente que casi estaba jadeando.

—Mi dama Reina, se convirtió a sí mismo en un *blanco*. Para que sus enemigos lo atacaran *a él*, en vez de devorar lentamente Alend y Cadwal y Mordant hasta hacerse demasiado fuertes para ser vencidos. Todo fue un ardid, un truco para hacer que sus enemigos intentaran destruirle a él antes de hacerse lo bastante fuertes como para sentirse seguros.

El Domne había puesto su dedo en la llaga. El Rey Joyse deseaba salvar al mundo. Había hecho daño a toda la gente a la que más amaba porque salvar al mundo era más importante para él que cualquier otra cosa.

Aquel era un terrible peso que soportar.

Por otra parte, tampoco era exactamente sencillo para la gente a la que amaba.

Sin advertencia previa —y casi sin transición, como si hubiera estado secretamente de pie todo el rato—, la Reina Madin se levantó.

—¿Por qué? —preguntó, con una voz que hizo que Terisa sintiera deseos de esconderse debajo del sofá—. Si eso es cierto, ¿por qué no me lo dijo? —No gritó, pero su tono tuvo el impacto de un grito—. ¿Acaso no confiaba en mí? ¿Acaso creía que yo no lo comprendería..., que no lo *aprobaría*?

Geraden se puso también en pie para enfrentarse a ella.

—Mi dama Reina —preguntó suavemente, intensamente—, ¿qué hubieras hecho tú si él te lo hubiera dicho?

—No hubiera *venido aquí*. —La Reina hubiera podido estar muy bien gritando—. Hubiera permanecido a su lado, en vez de permitir que todo el mundo pensara que había perdido mi amor por él y sus ideales y el reino.

Geraden lanzó a Terisa una mirada llena de dolor y de pena, una mirada que la hizo levantarse y situarse a su lado, pero no retrocedió.

—Ése es el problema, mi dama Reina. Hubieras seguido a su lado. Y mientras hubieras permanecido allí, nadie hubiera creído que se estaba derrumbando. No realmente. O, aunque lo hubieran creído, hubieran sabido que tú seguías allí para tomar decisiones por él. La Reina Madin, la hija del Fayle, la mujer más formidable de Orison. Su trampa hubiera fracasado. Nadie hubiera caído en ella.

»¿Y si él te hubiera pedido que te fueras? —siguió Geraden—. ¿Si te hubiera explicado su trampa y te hubiera pedido que cooperaras abandonándole? ¿Hubieras cedido? ¿Hubieras podido permanecer así con los brazos cruzados durante..., cuánto hace ya, dos años..., mientras él arriesgaba su vida y todo aquello en lo que ambos creéis?

Tenía razón: aquello era doloroso en extremo. Sin embargo, Terisa estaba segura de que aquellas cosas debían de ser dichas. Se sintió agradecida de no ser ella quien las estuviera diciendo.

Y la Reina Madin estaba dolida: eso era inconfundible. Había recibido un golpe que la había agitado hasta los huesos.

—Mi dama Reina —concluyó Geraden, con voz densa por el pesar—, si esa política tiene éxito, si hay alguna posibilidad de salvar Mordant..., ¿qué otra cosa podía haber hecho?

—Oh, padre. —Torrent estaba tan afligida que observó abiertamente el rostro de Geraden, sin timidez, sin vergüenza—. ¿Qué he hecho? Hubiera debido quedarme contigo. Como Myste y Elega.

—No, Torrent. —La Reina Madin intentó hablar como si las lágrimas no resbalaran por sus mejillas, como si no hubiera ningún dolor en su pecho—. Hubiéramos roto su corazón. Ya fue bastante difícil para él echarnos de su lado. Hubiera sido terrible intentar echarnos de su lado y fracasar..., y perder así la posibilidad de salvar su reino.

—Pero ha causado todo este dolor, y nosotros lo abandonamos para que lo soportara solo. —Sentada, Torrent parecía pequeña e indefensa, demasiado niña para comprender o ser consolada—. Yo lo abandoné. Él no quería causar ningún dolor. Su corazón ya está roto, o de otro modo no hubiera hecho algo tan desesperado...

Pese a su propio dolor, la Reina ofreció a su hija una respuesta consoladora:

—Tranquila, niña. No nos precipitemos en llamarle desesperado. Tu padre siempre ha sabido calcular bien los riesgos. No debemos creer en lo peor hasta que haya sido demostrado.

Entonces se secó los ojos y se enfrentó directamente a Geraden y Terisa.

—Ahora —dijo, con un tono de apenas oculta ferocidad—, tenéis que decirnos cuáles han sido los resultados de la debilidad del Rey.

Geraden asintió. Terisa murmuró:

—Sí.

A retazos, yendo hacia delante y hacia atrás a medida que se les ocurrían los detalles y desarrollos, contaron su historia de una forma tan coherente como les fue posible.

Y, mientras la contaban, la Reina Madin se convirtió en otra mujer ante sus ojos. Pareció hallar sostén en los acontecimientos que describían, las implicaciones que examinaban. Ella conocía, por ejemplo, lo del desastre del campeón de la Cofradía, así como el extraño intento del Maestro Eremis de conseguir una alianza de los señores de los Cares, el Príncipe Kragen y la Cofradía: el reavivar de esa información no tuvo ningún efecto sobre ella ahora. Pero la presencia —y la libertad de movimientos— del Monomach del Gran Rey en Orison hizo que sus hombros se enderezaran. La forma en que el Rey Joyse trató al Perdon y al Príncipe Kragen pareció fortalecer sus huesos. La loca y galante persecución por parte de Myste del campeón hizo brillar sus ojos. Y el complot de Elega con Nyle y el Príncipe Kragen

para traicionar Orison —que Geraden explicó con considerable dificultad porque él también se sentía herido por ello— pareció traer un fluir de juventud a las mejillas de la Reina.

—Valiente Elega —murmuró, como si ella hubiera hecho lo mismo en el lugar de su hija. Pero, cuando oyó que Orison estaba sitiado, restalló como un soldado:

—Entonces, ¿qué estáis haciendo vosotros *aquí*? ¿Por qué no estáis *allí*, luchando por el Rey Joyse y Mordant?

—Mi dama Reina —respondió Geraden—, aún tenemos mucho que explicarte.

Sólo por un segundo, la Reina hizo una pausa..., no dudando, sino simplemente dando tiempo a las fuerzas dentro de ella para que se recuperaran. Luego, sorprendentemente, dijo:

—Eso tendrá que esperar. Hasta la cena, quizá. No tengo tiempo para ello ahora.

Inmediatamente dio dos palmadas, llamando a un sirviente.

Casi de inmediato, el sirviente que había traído el vino entró en la habitación. Sin dirigir una mirada a sus huéspedes, la Reina ordenó:

—Por favor, conduce a Geraden y a dama Terisa a sus habitaciones. Proporcionales agua caliente para bañarse y ropas limpias. Anuncia la cena para ellos para dentro de una hora. Luego tráeme a los hombres del Fayle.

»Ven, Torrent. Tenemos que prepararnos.

Mientras el sirviente hacía una inclinación de cabeza, la Reina Madin se dirigió hacia la puerta tan regiamente como si llevara tras ella toda una procesión.

Con expresión enrojecida, Torrent saltó en pie y se apresuró detrás de su madre.

Las miradas de Geraden y Terisa se cruzaron en rápida aprensión; luego él reunió toda su temeridad para preguntar:

—Mi dama Reina, ¿qué piensas hacer?

La Reina Madin se detuvo en la puerta.

—¿«Hacer», Geraden? Mi esposo y mi hogar se hallan sitiados. Una de mis hijas se ha aliado con los de Alend. Otra, si aún vive, se ha embarcado en una loca búsqueda tras un campeón de otro mundo. No voy a permanecer alejada de todo esto. Regreso a Orison.

»Tengo intención de llegar allí en tres días.

Abandonó la habitación con Torrent casi jadeando a sus talones.

Durante un largo momento, Terisa y Geraden permanecieron allí donde estaban, inmóviles, como si esperaran que el techo se derrumbara sobre ellos. Luego, ella se recuperó, hizo un esfuerzo por sacudirse la sorpresa de su cabeza. Para romper el shock, murmuró:

—Bueno, al menos nos va a dar tiempo para tomar un baño y comer algo.

Él bufó.

—Hubiera debido sospechar que ocurriría algo así. Hace mucho tiempo que la

conozco.

»La verdad —se encogió impotente de hombros— es que siempre me ha gustado.

Terisa se sintió levemente inquieta al descubrirse pensando en su propia madre, que no se había parecido a la Reina Madin en ninguna forma significativa. Y ella, Terisa, hubiera podido convertirse tan fácilmente en la imagen de su padre: pasiva y vana, con toda su pasión mantenida secreta. Si Geraden no hubiera acudido a por ella...

Deslizando su brazo como una promesa bajo el de él, lo acompañó fuera de la sala de estar.

Cenar en la larga mesa del comedor formal de la Casa del Valle fue una extraña experiencia.

Una abundancia de velas hacía resplandecer los pandeados y los ornamentos. Había una gruesa alfombra bajo sus pies, abultados almohadones en las sillas. La comida era buena, mejor que cualquier cosa que Terisa y Geraden hubieran comido últimamente; el vino era casi igual a la comida. Y la sensación de sentirse limpios de nuevo de pies a cabeza, de hallarse envueltos en ropas limpias, de poder pensar en una buena cama, era un lujo tan grande que parecía prácticamente indecente.

Además, Torrent se sentía fascinada por el lado personal de la historia de Terisa y Geraden. Antes de que terminaran la sopa, estaba tan prendida en lo que oía que olvidó toda su timidez. Se mostró indignada ante las manipulaciones del Maestro Eremis, horrorizada por el asesinato del Maestro Quillón. Los repetidos rescates de Terisa de los intentos de asesinato de Gart la emocionaron. Mostró su pena por el Castellano Lebbick, y sin embargo no pudo contener un estremecimiento ante las cosas que el Castellano le había hecho a Terisa. Las heridas de Artagel y la infelicidad de Nyle abrumaron su corazón. El descubrimiento del talento en sus huéspedes la llenó de maravilla. Escuchó la destrucción de Houseldon y el peligro de Sternwall con labios entreabiertos y mejillas encendidas.

Sin pretenderlo, sin darse cuenta de ello, ayudó a hacer la cena tan agradable como era posible para sus huéspedes.

Fue la Reina Madin quien proporcionó la nota con su extraña conducta. No pareció oír ni una palabra de lo que Terisa y Geraden dijeron.

No se mostró vaga o desconcertada: simplemente estuvo ausente. Su atención estaba tan intensamente centrada en otra parte que no le quedaba nada para perderla en detalles tan comparativos como la mendacidad del Maestro Eremis o las acumuladas aflicciones del Castellano Lebbick.

Como resultado de ello, ni Geraden ni Terisa fueron capaces de relajarse. Inesperadamente, Terisa se halló pensando que la Reina era una mujer más bien vieja para intentar algo tan arduo como un viaje a toda prisa hasta Orison. Así que decidió hablar en privado con Torrent después de la cena, para preguntarle si había alguna

cosa que Torrent pudiera hacer para disuadir a la Reina.

Desgraciadamente, cuando la Reina Madin anunció el final de la cena, se llevó de inmediato a Torrent con ella. En vez de decir buenas noches, informó a sus huéspedes que los hombres que los habían traído hasta allí irían en busca de un grupo de caballos a Romish.

—A fin de que no tengamos que detenernos tan a menudo por el camino. Partiremos tan pronto como las monturas sean capaces de ver donde pisan. —Luego se llevó con ella a Torrent.

Terisa regresó con Geraden a su habitación, turbado por la sensación de que aquella visita a la Reina no estaba produciendo los resultados que había esperado. Hubieran sido ésos cuales hubieran sido.

Cuando estuvieron a solas, le preguntó a Geraden:

—¿Es esto una buena idea?

—¿Qué? —respondió él distraídamente—. ¿Esa prisa por alcanzar Orison en sólo tres días?

Ella le dio un golpe en el hombro para llamar su atención.

—Por supuesto, idiota. ¿De qué otra cosa crees que estaba hablando? ¿No es un poco extraño intentar algo así?

Él dejó escapar una risita.

—Dile *tú* que es demasiado vieja..., si te atreves. —Antes de que Terisa pudiera golpearle de nuevo, sin embargo, intentó darle una respuesta seria—. No es el camino lo que me preocupa. O bien puede hacerlo, o bien no. En cualquier caso, es algo que no está en nuestras manos. Lo que me preocupa es el asedio. El Príncipe Kragen y sus diez mil hombres. O, peor aún, el Gran Rey Festten y su número doble de hombres de Cadwal.

»¿Cómo se propone entrar en Orison a través de ellos? Suponiendo que el castillo aún no haya sido tomado. Cuando descubran quién es, no van a echarse exactamente a un lado para dejarla pasar. Es el rehén perfecto. El Rey Joyse puede haber sido capaz de volver sus espaldas al Perdon. Puede incluso haber conseguido tragarse lo que le ocurrió al hijo del Tor. Hasta puede haber dejado marchar a Myste y Elegia. Pero no será *capaz* —Geraden pronunció claramente las palabras, como redobles de tambor— de permanecer sentado mientras alguien como el Gran Rey amenaza a su esposa.

»Ella es la única arma que Alend o Cadwal necesitan para vencerle.

Terisa sintió que se le revolvía el estómago ante el pensamiento.

—Oh, estupendo —murmuró—. Me alegra tanto que me lo hayas dicho.

—Duerme bien —respondió él con una sonrisa maliciosa, y se volvió del otro lado.

Ella tuvo que puñearle varias veces para conseguir que se volviera del lado que le

correspondía.

Por una variedad de razones, ninguno de los dos durmió mucho. Bastante antes del amanecer se levantaron, se vistieron, y acudieron a ayudar a los preparativos para el camino.

Fuera de las protectoras piedras de la casa, el aire parecía más frío que en los últimos días. Incluso a la grisácea luz de antes de la salida del sol, el día tenía una claridad casi presciente, una dimensión de precisión visual que hizo estremecer a Terisa. Apretó en torno a sus hombros la media capa que le había dado el Termigan, e intentó no pensar en lo cansada que estaba.

Las tablas del porche crujieron bajo sus pies.

Desde el porche de la Casa del Valle, las colinas que rodeaban el río Kolted parecían alzarse más grandes de lo que habían parecido la tarde anterior. Eran oscuras al penumbroso preaviso del amanecer, llenas de potencial: todo un mundo se extendía tras ellas, completamente oculto. Le recordaban que la Casa del Valle podía ser fácil de emboscar.

Por otra parte, una emboscada no parecía muy probable en aquellos momentos. Incluso los villanos y traidores que se respetaban estaban aún en la cama a aquellas horas. Y los dos hombres del Fayle se hallaban ya allí, junto con el mozo que habían traído de Romish para ocuparse de los caballos y un sirviente para atender a las necesidades de las damas Reina Madin y Torrent. En cuanto a los caballos...

Debía haber dieciséis o diecisiete de ellos, llenando la hondonada entre la casa y el río. Las monturas de Terisa y Geraden. Caballos para los cuatro hombres y las dos damas. Varios animales para cargar con las provisiones. Y una segunda montura para cada uno, a fin de que los caballos permanecieran descansados mientras la Reina seguía avanzando.

Golpeteaban sus cascos contra el suelo, agitaban sus crines; dos o tres de ellos resoplaron desconsoladamente. Los adornos de las guarniciones tintineaban suavemente, ahogados por el cuero. El mozo se movía entre ellos, colocando las sillas a aquellos que iban a ser montados primero, apretando las cinchas. El sirviente de la Reina Madin estaba atareado contemplando de nuevo el contenido de sus provisiones.

Puesto que hacía frío y tenía que hacer algo, Terisa preguntó a Geraden:

—¿No crees que deberíamos intentar detenerla?

Él se encogió de hombros; la penumbra ocultó su expresión.

—Lo intentaré. Pero no confíes demasiado en ello.

El cielo que se extendía por encima de las colinas empezó a adquirir un color perlino, pero sin su cualidad nacarada: era a la vez profundo e impenetrable. Si acaso, la proximidad del amanecer hacía las colinas más oscuras; se cerraban en torno al río y la Casa del Valle, como si meditaran. Sin embargo, un tramo de agua cerca de la curva junto a las colinas captó el reflejo del aire y brilló plateado.

Terisa deseó poder dejar de temblar.

Al cabo de un momento, la Reina Madin salió al porche, con Torrent a sus talones. La luz iba mejorando: Terisa vio que ambas damas iban envueltas en cálidas capas; botas de montar protegían sus pies y tobillos; llevaban pañuelos atados en torno a sus cabezas para mantener el aire fuera de sus rostros.

—¿Estamos listos? —preguntó la Reina a quienquiera capaz de contestarle—. ¿Podemos irnos?

—Dentro de un momento, mi dama —respondió el mozo. Estaba inspeccionando los cascos de los caballos.

Geraden carraspeó.

—Mi dama Reina, ¿estás segura de que es prudente esto? Tengo recelos al respecto.

—Geraden... —la Reina Madin no le miró, sus ojos estaban fijos en la nítida silueta de las colinas—, me subestimas si piensas que cualquier «recelo» tuyo se interpondrá entre yo y mi esposo.

Geraden dejó que su voz adquiriera una cierta dureza:

—Quizá *tú* me subestimes *a mí*, mi dama Reina. No sabes cuáles son mis recelos.

—¿De veras? —Seguía sin mirarle—. Estás preocupado de que pueda convertirme en un rehén a manos de las fuerzas que asedian Orison.

—Sí —admitió él. Su tono le dijo a Terisa que se sentía un tanto estúpido.

—Ésa es una importante preocupación. No tengo intención de permitir que Alend o Cadwal me utilicen contra el Rey. —Hizo una pausa, luego dijo—: Será tu deber ayudarme a asegurarnos de que esta dificultad no se produzca.

—Sí, mi dama Reina —murmuró hoscamente Geraden.

Terisa apoyó una mano en el brazo de él y le dio un pequeño apretón de consuelo.

—Ya está, mi dama Reina —anunció el mozo por encima del ruido de los cascos de los caballos—. Puedes montar cuando desees.

Torrent dejó escapar un jadeo ahogado.

—Un momento —dijo rápidamente—. He olvidado algo. —Antes de que nadie pudiera reaccionar, se apresuró de nuevo al interior de la casa.

En voz muy baja, de modo que nadie excepto Terisa y Geraden pudiera oírla, la Reina murmuró:

—Probablemente una de sus muñecas. No le gusta dormir sin sus muñecas. —Su tono era afectuoso, pero sugería que no comprendía cómo había llegado a producir una hija como Torrent.

Era sorprendente lo nítido que resultaba todo para Terisa. Cada una de las colinas al otro lado del río tenía una forma particular, un carácter individual. Cada una de las monturas miraba en una dirección distinta, testarudamente decidida a ver la vida desde su propio ángulo. Geraden mantenía la cabeza alzada como si hubiera atrapado

algo de la actitud y el estado de ánimo de la Reina. La propia Reina Madin era un nudo de controlada impaciencia. El mozo y el sirviente aguardaban. Los hombres del Fayle habían empezado a moverse hacia el porche a fin de ayudar a montar a las damas.

Y sintió el roce de un frío tan suave como una pluma y tan agudo como una hoja de acero deslizarse directamente a través del centro de su abdomen.

—¡Geraden! —gritó, casi gimió, porque su desesperación fue tan repentina—. ¡Viene una traslación!

Como si ella y Geraden compartieran una misma mente, una misma voluntad, aferraron a la Reina Madin por los brazos, uno a cada lado, y prácticamente la arrojaron fuera del porche, escalones abajo, por entre los bruscamente alocados caballos.

Terisa tuvo tiempo de oír a uno de los hombres maldecir como si hubiera sido pateado por uno de los caballos. Registró el rápido jadeo de sorpresa de la Reina, su rápido autocontrol. Sintió, antes que ver, las aún atadas monturas retorcer sus grandes cuerpos a su alrededor, chocar entre sí, tropezar, iniciar un pánico.

Luego se volvió a tiempo para ver una lluvia de rocas aparecer de la nada en medio del vacío cielo y caer pesadamente contra el techo de la Casa del Valle.

Una lluvia de rocas tan enorme como una avalancha. Seguida de un resonar como de truenos, el desprendimiento de toda una ladera de una montaña.

Las tejas y las vigas no podían resistir aquello, ni siquiera podían soñarlo. Casi sin transición, todo el piso superior de la casa se combó y se hundió, sumergiéndose hasta el nivel donde se hallaban los dormitorios.

—¡Torrent! —gritó la Reina Madin. Sin pensar, se retorció entre los brazos de Terisa y Geraden, intentó correr hacia la casa—. ¡Torrent!

Terisa ayudó a Geraden a arrastrar a la Reina hacia atrás.

Un caballo enloquecido les golpeó con sus cuartos traseros y les hizo perder el equilibrio. Cayeron.

La caída de rocas siguió con un sonido como si las propias colinas hubieran empezado a retumbar y a desmoronarse. El nivel de los dormitorios de la casa resistió hasta que demasiadas toneladas de cascotes se acumularon sobre él; entonces, una habitación tras otra, fueron cediendo hacia el piso bajo.

Rebotando como pelotas, enormes piedras cayeron del montón a la hondonada. Un caballo chilló horriblemente; otros relincharon, agitándose en alocados círculos. Estaban atados, no tenían forma de escapar. Detrás de Terisa, el mozo fue mortalmente pisoteado. No supo cómo ninguna de las piedras la alcanzó a ella. La caída, el derrumbe y los caballos hacían tanto ruido que no pudo oír ninguna de las piedras que chapotearon en el río; no pudo oír ningún grito, ninguna orden, ninguna advertencia.

Lentamente, la avalancha fue disminuyendo. La caída de rocas se convirtió en grava, luego en polvo.

Terisa miró alucinada mientras el tronar recedía y enormes nubes de polvo se alzaban en el amanecer.

El hecho de que no se estaba moviendo casi la mató.

Había hombres a caballo en medio del caos, al menos media docena de ellos. Agitaban sus animales en medio de las monturas atadas.

Uno de ellos derribó a Geraden al suelo de un golpe; éste nunca llegó a verlos venir. Otro derribó a Terisa en medio de un torbellino de cascos agitados por el pánico.

Y, sin embargo, de alguna forma, antes de que se protegiera la cabeza y se hiciera un ovillo para protegerse de ser pisoteada, tuvo tiempo de ver a tres hombres saltar de sus monturas y agarrar a la Reina.

Tuvo tiempo de ver que iban armados y vestidos como los hombres del ejército del Príncipe Kragen.

Eran hombres de Alend.

Luego, los cascos danzaron a todo su alrededor, golpeando el suelo, martilleando contra su vida, y ella no podía hacer nada excepto aferrarse a sí misma y mantener los ojos fuertemente cerrados hasta que los caballos la mataran o retrocedieran.

Retrocedieron. Geraden estaba de pie: gritaba a los caballos, los palmeaba desesperadamente hasta que se retiraron. Inmediatamente, se inclinó y la puso en pie.

—¡La Reina! —jadeó, como si algo se hubiera roto dentro de su pecho—. ¿Qué le ha pasado a la Reina?

Al mismo tiempo, otra mujer gritó desde lo más profundo de su corazón:

—¿Madre? ¡Madre!

Tambaleante, Terisa se volvió; arrastró a Geraden con ella.

Torrent estaba de pie en medio de las ruinas del porche, como si nunca hubiera sido tocada. Sus brazos estaban tensos y rígidos a sus costados; una de sus manos aferraba un cuchillo. No miraba a la hondonada, a los caballos, a Terisa y a Geraden; su rostro estaba alzado al cielo.

—¡Madre!

Terisa avanzó en aquella dirección, saliendo de la confusión de los caballos, intentando alcanzar a la hija de la Reina antes de que Torrent se volviera loca. Con Geraden tras ella, trepó entre las astillas de lo que quedaba del porche.

—¡No ha resultado muerta! —respondió al gemido de Torrent, gritando para hacerse oír por encima del recuerdo del trueno—. ¡Se la llevaron! ¡Ha sido secuestrada!

El Maestro Eremis había soltado otra de sus imponderables trampas. Pero ésta lo cambiaba todo. ¡Hombres de Alend! ¿Estaba coaligado con Alend? ¿Además de con

Gart y el Gran Rey? En nombre de los cielos, ¿qué estaba *pasando*?

El grito de Terisa hizo que Torrent bajara la cabeza, trasladó su frenética mirada del cielo al rostro de ella.

—¿Qué?

Y Geraden preguntó ferozmente:

—¿Qué? ¿Secuestrada?

—Vinieron soldados. —Terisa era casi incapaz de distinguir entre su propia voz y el largo y profundo retumbar que aún resonaba dentro de su cabeza—. Soldados de Alend. Se la llevaron. Por eso ocurrió todo esto. Para que tuvieran la oportunidad de llevársela.

—¿Soldados de *Alend*? —Geraden empezó a gruñir obscenidades muy poco características de él, que Terisa nunca le había oído emplear.

—¿Por qué? —preguntó suavemente Torrent, como si se estuviera hendiendo en dos.

—¡Porque es tan importante! —jadeó de inmediato Geraden—. El Rey Joyse hará cualquier cosa para salvarla. Rendirá Orison y la Cofradía y a cada uno de nosotros para salvarla.

Lentamente, Terisa alzó su cuchillo, lo miró.

—Es culpa mía. —Terisa se sorprendió de que Torrent no estuviera llorando. La hija de la Reina sonaba como si estuviera llorando—. Deseaba coger un cuchillo. Para así ayudar a defendernos. Elegía lo hubiera hecho. Myste lo hubiera hecho. Pero yo lo olvidé. Así que corrí a la cocina. —Volvió la hoja a un lado, luego al otro, como si acariciara la idea de apuñalarse a sí misma—. Si yo hubiera estado con ella..., si no lo hubiera olvidado..., hubiera podido salvarla. Hubiera podido intentar salvarla.

No había duda en la mente de Terisa: Torrent se estaba volviendo loca.

Si hubiera ido a su dormitorio, como creía su madre, en vez de a la cocina, hubiera muerto casi instantáneamente.

—¡No! —respondió Terisa, tan fuerte como pudo, intentando poner convicción en su voz en medio del creciente sentimiento de horror—. Ninguno de nosotros hubiera podido salvarla. Nos cogieron por sorpresa. Los caballos crearon demasiada confusión. Los hombres...

Bruscamente, dio media vuelta para ver lo que les había ocurrido al mozo, al sirviente, a los hombres del Fayle.

El amanecer era más brillante ahora: no creaba mucho color, pero permitía verlo todo claramente.

Un casco había aplastado la cabeza del mozo: yacía en el suelo como si se estuviera humillando. Uno de los hombres del Fayle se aferraba una enorme herida incapacitadora en el hombro izquierdo; el otro había sido acuchillado también y yacía muerto. Caballos muertos y moribundos se extendían por todas partes, algunos aún

estremeciéndose. Quizá diez de los animales permanecían aún vivos, pero de ellos la mitad al menos mostraban heridas de uno u otro tipo.

En medio de aquella carnicería, el sirviente de la Reina Madin estaba arrodillado al lado de su montura, gimoteando por su vida.

Tragándose la náusea, Terisa giró de nuevo bruscamente para enfrentarse a Terisa.

—Ninguno de nosotros hubiera podido salvarla —repitió roncamente.

—Entonces —la voz de Torrent tembló alocadamente, pero consiguió dominarse como si de repente se hubiera convertido en una mujer distinta—, debemos rescatarla.

Terisa la miró, sorprendida por la extraña sensación de que podía ver al Rey Joyse en los ojos de Torrent.

—¿Cómo? —Con un visible esfuerzo, Geraden se obligó a hablar de forma suave y razonable—. No tenemos ningún tipo de armas..., y no somos suficientes. Cuando consigamos ayuda de Romish, ellos ya estarán muy lejos. Tendrán todo el tiempo que quieran para borrar su rastro.

Torrent sacudió la cabeza.

—No Romish. —Inspiró profundamente varias veces, como si estuviera hiperventilando, con el resultado de que luego fue capaz de dominar el temblor en su voz—. Debéis conseguir ayuda de Orison.

Tanto Geraden como Terisa se la quedaron mirando con la boca abierta.

—No ocultarán su rastro de mí. Yo los seguiré y dejaré uno nuevo tras ellos. No puedo ayudar en nada más, pero eso sí puedo hacerlo. Él —señaló al hombre con la enorme herida en el hombro— irá a buscar apoyo para mí en Romish. Pero vosotros debéis cabalgar a Orison. Debéis advertir a mi padre.

Había perdido la cabeza. No había duda acerca de ello.

Torrent no dominó por completo su creciente histeria.

—¿No lo entendéis? ¡Es nuestra única esperanza!

Terisa y Geraden la miraron, abrieron la boca, contuvieron el aliento..., y de pronto él jadeó:

—¡Tiene razón! —Aferró el brazo de Terisa, haciéndola girar hacia los caballos—. ¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí!

Terisa se inmovilizó; se sentía incapaz de dar un paso. Salir de allí. Por supuesto. ¿Por qué no había pensado en ello? Cabalgar como locos atravesando medio Mordant hasta Orison, mientras ella va detrás de esos hombres de Alend y su madre, *sola*. Has hecho esto mismo una vez antes. ¿Acaso no lo recuerdas? Enviaste a Argus detrás del Príncipe Kragen, y lo mataron. Y detener a Nyle no nos sirvió de nada.

—Terisa —dijo él—. Te lo repito, ella tiene *razón*. Es nuestra única esperanza.

—¿Qué...? —No podía hacer funcionar su garganta. Una avalancha había estado *tan cerca* de caer sobre ella. Como el derrumbarse de la sala de reuniones de la

Cofradía—. ¿De qué estás hablando?

Como respuesta, Geraden hizo uno de sus supremos y generosos esfuerzos de controlarse en bien de ella. Intensamente, dijo:

—Su única esperanza es saber lo que le ha ocurrido a ella antes de que la gente que la ha secuestrado sepa que él lo sabe. Antes de que puedan decírselo. Antes de que empiecen a intentar usarla contra él. Durante este lapso, si podemos concederle un lapso, entre el momento en que él lo sepa y ellos sepan que él lo sabe..., todavía podrá actuar. Podrá hacer algo para salvarla. O salvarse a sí mismo.

—Sí —jadeó Torrent—. Esto es lo único que yo puedo hacer.

Bruscamente, saltó de las ruinas del porche y se encaminó hacia los caballos. Mantenía todavía el cuchillo firmemente sujeto en su puño.

Como si fuera su madre, ordenó al hombre herido:

—Toma un caballo, cabalga hasta Romish. Serás atendido allí. Explícales lo que ha ocurrido. Diles que necesito ayuda. Dejaré un rastro para ellos. —Luego su tono se ablandó—. Sé que estás gravemente herido. Pero no puedo hacer nada por ayudarte. Debo intentar salvar a la Reina..., y el reino de mi padre.

Como si estuviera acostumbrada a decisiones extremas —sin mencionar los caballos—, eligió uno de los animales, lo soltó y saltó a la silla.

Terisa hubiera intentado detenerla, pero la aquiescencia de Geraden la detuvo.

—Geraden —murmuró, suplicándole—. Geraden...

—Terisa —respondió él, tan lleno de certidumbre que ella no pudo discutir con él —, tiene razón. Tengo la más intensa sensación de que tiene razón.

—Adiós, Geraden —interrumpió Torrent—. Adiós, mi dama Terisa. Salvad al Rey.

»Hacedlo, y juntos rescataremos a la Reina Madin.

Geraden se volvió para ofrecerle a la hija del Rey una reverencia formal.

—Adiós a ti también, mi dama Torrent. Esta historia llenará al Rey Joyse de orgullo, le llegue como le llegue. —Un momento más tarde añadió—: Y tanto Myste como Elega van a sentirse *impresionadas*.

Eso casi hizo sonreír a Torrent.

A solas, cabalgó fuera de la hondonada en dirección al sendero tomado por los secuestradores de la Reina Madin.

Terisa aplicó el mejor torniquete que pudo en el hombro del hombre herido. Rechinando los dientes, Geraden abofeteó un poco de sentido común en el tembloroso sirviente de la Reina, luego le dio instrucciones de que se asegurara de que el hombre del Fayle llegaba a Romish.

Después de esto, seleccionaron los dos mejores caballos, cargaron un tercero con provisiones, y emprendieron la marcha hacia el Demesne y Orison.

11

Equilibrados para la victoria

El ejército de Alend no se movía.

No se había movido desde hacía días.

Oh, el Príncipe Kragen mantenía a sus hombres bastante ocupados: estaba decidido a hallarse preparado para cualquier cosa. Pero no malgastó otra catapulta; no arriesgó ningún tipo de incursión, y mucho menos un ataque masivo; no hizo nada más que esfuerzos encubiertos de espiar dentro del castillo. De hecho, lo único que al parecer hizo para adelantar el asedio fue impedir completamente que nadie entrara o saliera de Orison: aisló al Rey Joyse de cualquier fuente concebible de noticias. Aparte esto, él y sus fuerzas pudieran estar muy bien de maniobras.

En otros sentidos estaba atareado, por supuesto. Por ejemplo, tenía un abundante número de hombres fuera todo el tiempo, buscando furtivamente algún signo del campeón de la Cofradía. Sabiendo lo que el campeón le había hecho a Orison, el Príncipe Kragen sentía una positiva aversión hacia la perspectiva de ser atacado por detrás por aquel luchador solitario. Además, pasaba bastante tiempo, tanto a solas como con su padre, intentando comprender a las hijas del Rey Joyse.

Pero las advertencias del Rey Joyse le atormentaban..., y las del Maestro Quillón. No tomó ninguna acción directa para apresurar la caída de Orison.

Eso cambió durante la noche que Terisa y Geraden pasaron con la Reina Madin.

Naturalmente, el Príncipe Kragen no tenía ninguna forma de saber dónde estaban Terisa y Geraden. Ni siquiera podía saber que habían abandonado Orison..., o que la necesidad de Mordant estaba llegando a una crisis a su alrededor.

Por otra parte, estaba alerta a cualquier signo externo de lo que estaba ocurriendo en el castillo.

Cuando los hombres que tenían el deber de vigilar las murallas más atentamente después del anochecer le informaron de que habían oído gritos y agitación, y visto luces al otro lado del muro cortina, no dudó: envió media docena de exploradores elegidos para que se arrastraran lo más cerca que pudieran del muro, treparan a él si era necesario, y descubrieran qué estaba ocurriendo.

Las noticias que trajeron de vuelta tensaron la excitación o el temor en torno a su corazón.

Se estaban produciendo disturbios al otro lado del muro cortina.

Al parecer, la superpoblada y excesivamente nerviosa población de Orison estaba iniciando una rebelión activa contra el Castellano Lebbick.

Al cabo de un tiempo el ruido menguó, como si los disturbios estuvieran trasladándose hacia la parte principal del castillo. Pero siguió viéndose luz en los bordes del muro, llameando intermitentemente, como un fuego fuera de control. Y,

cuando llegó el amanecer, el Príncipe vio sucias nubéculas de humo enroscarse hacia arriba desde la herida en el costado de Orison, proporcionando al castillo una apariencia de muerte que no había tenido desde el día en que el campeón le causó aquella primera herida.

De nuevo, el Príncipe Kragen no vaciló: había pasado la noche preparando su respuesta. A su señal, cincuenta hombres cargando un ariete y protegidos por un armazón corrieron a probar las puertas. Las paredes y el techo del armazón, tras recibir la lluvia de flechas de los defensores, hizo que el ariete pareciera tan erizado como un puerco espín; pero el uso del armazón podía ser una táctica efectiva, siempre que la puerta cediera antes de que los defensores tuvieran tiempo de preparar un contraataque..., o siempre que se vieran distraídos por problemas en algún otro lugar.

Como distracción, el Príncipe Kragen envió varios cientos de soldados con escalerillas de cuerda y garfios al asalto del muro cortina.

Desgraciadamente, los guardias de Orison demostraron estar a la altura de las circunstancias. Un barril de aceite para lámparas y una gavilla encendida convirtieron el armazón protector del ariete en un infierno. Y el Castellano —o quien fuera que había tomado el mando después del disturbio— había esperado obviamente el ataque contra el muro cortina; así que las defensas allí habían sido reforzadas.

Cuando el Príncipe Kragen supo que sus hombres estaban recibiendo más bajas de las se podía aceptar sin conseguir nada, se mordisqueó el bigote, maldijo, agitó sus puños al cielo..., todo ello interiormente, en la intimidad de sus pensamientos, para que nadie fuera testigo de su frustración. Luego ordenó la retirada.

Más bien tentativamente, como si deseara comprobar el estado de ánimo del Príncipe, uno de sus capitanes comentó:

—Bueno, en *algún* momento se les acabará el aceite.

El Príncipe Kragen maldijo de nuevo..., esta vez en voz alta. Luego dio instrucciones al capitán de que efectuara incursiones por los pueblos y bosques de los alrededores en busca de madera: deseaba más arietes, más armazones protectores. Y, mientras se realizaban esas incursiones, se preparó a usar todos los arietes y armazones de que ya disponía.

Si los defensores hubieran dejado que cualquiera de los arietes que envió ahora contra ellos alcanzara las puertas, pronto hubieran sabido que ninguno de ellos llevaba hombres suficientes como para ponerlas ni siquiera en peligro. Esta vez, sin embargo —¡por una sola vez!—, su táctica funcionó. Los defensores hicieron arder concienzudamente todos los arietes y sus armazones hasta convertirlos en carbón.

El Príncipe sonrió hoscamente bajo su bigote. Al parecer, el Castellano Lebbick —o quienquiera que lo hubiera reemplazado después de los disturbios— era aún lo suficientemente humano como para ser engañado de tanto en tanto.

Los disturbios que se produjeron aquella noche en Orison fueron graves.

Había un cierto número de excusas. Realmente, el castillo estaba superpoblado, terriblemente superpoblado..., un detalle que empezaba a ser cada vez más oneroso para todo el mundo a medida que se prolongaba el asedio. Y, por supuesto, el asedio se había iniciado a finales de un duro invierno, antes de que la primavera pudiera haberle sido de ningún bien a nadie; así que las provisiones eran relativamente escasas, y todo, desde la comida y el agua hasta las mantas y el espacio, estaba estrictamente —un número creciente de personas decían *duramente*— racionado. Por el Castellano Lebbick, naturalmente. Pese al heroico relleno del depósito por parte del Maestro Eremis.

Y el excedente de población de Orison no tenía nada que hacer. Nadie en realidad tenía nada que hacer. Mientras el ejército de Alend se limitara a sentarse con todas las cabezas clavadas en el culo del Príncipe —como apuntó un viejo y cansado guardia—, nadie tenía ninguna salida para aliviar su creciente miedo.

¿Por qué el Príncipe Kragen no *hacía* algo?

¿Dónde estaba el Gran Rey Festten?

E, incidentalmente, ¿dónde estaba el Perdon?

¿Cuánto tiempo más iba a durar aquello?

Los temperamentos empezaban a deteriorarse; la hostilidad era alimentada por la frustración y la inutilidad; los agravios se multiplicaban en todas direcciones. Las cloacas de Orison no dejaban de cegarse porque los campos de drenaje no eran adecuados para la población actual. Y los líderes de Orison, los hombres al mando —el Rey Joyse, el Castellano Lebbick, el Maestro Barsonage— no hacían nada para aliviar la presión. Todos ellos proseguían sus vidas en el más absoluto aislamiento, como si la creciente miseria sellada dentro de aquellos muros fuera algo inmaterial para ellos. Incluso los habitantes del castillo que estaban en situación más cómoda —los hombres de posición, las mujeres de privilegio— estaban de un terrible humor; y el descontento iba extendiéndose.

Pero ni siquiera ese descontento podía funcionar en el vacío: necesitaba un foco, un blanco.

Necesitaba al Castellano.

Hubiera sido un candidato probable en cualquier caso. Después de todo, la responsabilidad de decidir y distribuir las aflicciones de Orison descansaba sobre sus hombros. Los comerciantes y granjeros habían tenido tiempo de amargarse sobre la confiscación de sus artículos. Las madres con niños enfermos tenían causa de queja sobre el racionamiento de las medicinas. La gente con una necesidad normal de actividad —e intimidad— no tenía a nadie más a quien culpar de la falta de esas necesidades.

Los guardias, sin embargo, eran leales a su comandante. La mayoría de ellos habían tenido años para familiarizarse con sus lealtades..., hacia ellos tanto como

hacia el Rey Joyse. Y estaban acostumbrados a recibir sus órdenes. De una u otra forma, trabajaban para controlar la creciente presión contra el Castellano.

Como resultado de ello, no hubo ningún disturbio —ningún brote serio de resentimiento— hasta que alguien arrojó una chispa sobre la leña del sombrío humor de Orison.

Ese alguien fue Saddith.

Ahora ya estaba en pie, capaz de ir de un lado para otro. Pese a la pérdida de unos cuantos dientes, y al más bien espectacular daño sufrido en el resto de su rostro, era capaz de hablar. Y eso fue lo que estuvo haciendo desde que se sintió lo bastante fuerte como para levantarse de la cama: ir de un lado para otro, hablando.

Había empezado con todos los hombres de Orison que la habían visitado alguna vez entre sus piernas..., o le habían dejado saber que les gustaría visitarla. Les había contado a esos hombres lo que el Castellano le había hecho, y por qué: ella se había metido en su cama por simple lástima de su soledad, por simple compasión ante las presiones a las que estaba sometido; y él la había golpeado espantosamente *aquí*, y *aquí*, y *aquí*. Pero, a medida que sus fuerzas regresaban, fue ampliando su campo. Mostraba sus heridas en público en cualquier parte: su mano izquierda rota e inútil, la derecha casi; su rostro tan magullado que nunca recobraría su forma anterior, un pómulos aplastado, un ojo incapaz de cerrarse correctamente, cicatrices en todas direcciones. Llevaba sus blusas desabrochadas hasta mucho más abajo que antes, permitiendo al mundo ver lo que Lebbick le había hecho allí.

Y, a cualquier parte donde iba, su mensaje era siempre el mismo.

Vosotros, desagradecidos, que fuisteis rápidos en fornicarme cuando tenía toda mi belleza. Si fuerais realmente hombres, ahora las pelotas del Castellano Lebbick colgarían al extremo de un palo.

Su violencia no había tenido ni razón ni justificación: había sido tan insensata como brutal. Tan insensata como todas las demás pequeñas brutalidades que había cometido por todo el castillo.

¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que alguna otra mujer indefensa recibiera el mismo tratamiento? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la brutalidad se convirtiera en el principio que gobernara Orison?

¿Cuánto tiempo vosotros, estúpidos jodeovejás, permitiréis que esto continúe?

Por supuesto, cuando hablaba a las mujeres —cosa que hacía a menudo, más cada día—, sus palabras eran diferentes. Su mensaje, sin embargo, seguía siendo el mismo.

Sus desfiguraciones, tanto como su intensidad, hacían imposible que los ojos se apartaran de ella. Atraía las miradas y la piedad; la náusea y la indignación. Era imposible mirarla y no sentir miedo.

Debido a la forma como hablaba, y a la forma que los hombres que se habían recreado alguna vez con ella hablaban, y a la forma en que las mujeres que se sentían

aterrorizadas por el mismo destino hablaban, su miedo tomó la forma de una llamada a la justicia, una apenas oculta demanda de retribución. Con Alend justo al otro lado de las murallas, la violación y el asesinato estaban en las mentes de todo el mundo.

Por aquel entonces, poca gente tenía ninguna noción de cómo podía traducirse aquella demanda en acción. Un día, la gente se gruñían los unos a los otros, murmurando vagas amenazas que no tenían auténticas intenciones de llevar a la práctica: al día siguiente, parecían filtrarse por todas partes rumores acerca de que había que alzar la voz, exigir justicia; tomar acción. Se celebraría una reunión aquella tarde en la sala de baile no utilizada, el gran salón donde el Rey Joyse y la Reina Madin se habían casado, y donde se había celebrado la paz de Mordant.

Oh, ¿sí? ¿Qué idea era aquélla?

Nadie lo sabía.

Estamos sitiados. ¿Es realmente una buena idea desafiar al Castellano en unos momentos como éstos?

Quizá no. Pero la cosa ha ido demasiado lejos para detenerla. Mejor apoyarla, asegurarnos de que tiene éxito, que correr el riesgo de que él sea capaz de aplastarla..., el riesgo de que sea dejado libre para hacer alguna cosa peor la próxima vez.

Sí. De acuerdo.

Así que aquella tarde la multitud empezó a reunirse en el alto, enorme y polvoriento salón. Al principio fue claramente una multitud antes que una turba, pese al hecho de que su número se incrementó rápidamente a varios cientos: el miedo que amenazaba con convertirse en violencia fue equilibrado por la incertidumbre; por los hábitos mentales aprendidos durante los muchos años del gobierno pacífico del Rey Joyse; por la perfectamente razonable idea de que era peligroso debilitar Orison durante un asedio; por la manifiesta presencia de los guardias del Castellano Lebbick a todo alrededor de la sala. Sin embargo, a medida que la oscuridad aumentaba a través de las ventanas, la única luz procedió de las antorchas que alguien había traído previsoramente, y la errática iluminación de las llamas tuvo un efecto inquietante sobre los rostros y la racionalidad. La gente empezó a parecer extravagante los unos a los otros, loca y extraña; el aire estaba lleno de sombras grotescas; la atmósfera parecía parpadear. Y, a través de las sombras y de la luz amarillo-anaranjada, apareció Saddith, girando y girando en torno a la sala de baile, mostrando sus heridas, hablando de ultraje. El hirviente murmullo de varios cientos de voces tomó forma en puños y estallidos cuando más y más gente halló ocasión de pronunciar un nombre: *Lebbick*.

Lebbick.

Y el capitán de los guardias al que se le había encargado mantener el orden cometió un error.

Era un viejo y duro luchador, con una insondable determinación y no mucha inteligencia; y, durante una de las batallas del Rey Joyse, el Castellano había salvado a toda su familia de ser despedazada cuando fue atrapada en el camino de una incursión de Alend. Oyó a todos aquellos gimoteantes culos de mierda —prácticamente estaban lloriqueando de autocompasión— empezar a murmurar: *Lebbick, Lebbick*, como si tuvieran razón, y decidió que la multitud tenía que ser dispersada.

Aunque las posibilidades estaban contra él, hubiera podido tener éxito si hubiera sido capaz de empujar a la gente fuera de la sala de baile y de vuelta a los salones y pasillos públicos. Desgraciadamente, fracasó en conseguir esto. Alguien con más presencia de ánimo —o quizá solamente con un sentido del humor más perverso— que el resto de la turba fue a la entrada que conducía al laborium y pidió que todos le siguieran.

El miedo al Castellano y el miedo a los Imageros formó una poderosa combinación. Varios centenares de personas se lanzaron en aquella dirección como si hubieran perdido la capacidad de pensar.

De alguna forma, forzaron a los guardias a retroceder. De alguna forma, penetraron en el laborium, donde *la* gran mayoría de ellos nunca habían puesto el pie en sus vidas. De alguna forma, se hallaron apretujados en el arruinado espacio donde la Cofradía había celebrado sus reuniones hasta que el campeón había abierto una brecha al mundo.

Los hombres cerraron las puertas contra los guardias, corrieron los cerrojos. Las antorchas rodearon los muñones de los pilares que antes habían sostenido el techo. Debido a que el muro cortina no sellaba completamente el agujero hecho en el costado de Orison, la sala se hallaba teóricamente expuesta a los guardias que defendían la muralla. La muralla, sin embargo, había sido construida para proteger contra un asedio antes que contra un tumulto: sus posiciones defensivas miraban hacia fuera en vez de hacia abajo, al interior de la sala de abajo. Sólo los arqueros hubieran podido tomar alguna acción. E incluso los más acérrimos defensores de *Lebbick* tenían mejor juicio que empezar a matar habitantes de Orison.

Lebbick. Hombres y mujeres gritaban de un lado para otro, lanzaban amenazas. *Lebbick*. Su actitud se hacía más violenta por momentos. Empezaban a exigir sangre.

Lebbick ¡Lebbick!

Apoyado contra la pared, cerca de una de las puertas, permanecía de pie un hombre alto que no gritaba, que no hacía ninguna exigencia. Envuelto en su capa color azabache, era casi invisible entre las sombras. Pero la capucha de su capa no podía ocultar la forma en que sus ojos captaban los reflejos de las antorchas, y la forma en que sus dientes brillaban cuando sonreía.

—Muy bien hasta ahora —dijo en tono conversacional, porque absolutamente

nadie podía oírle—. Ha llegado el momento. Haz lo que te dije.

A su alrededor, la confusión empezó a cambiar. Algo atrajo la atención de la turba, la enfocó.

Entre las antorchas, Saddith se subió a la tarima de los Maestros.

Era justo lo suficientemente alta como para ser vista por encima de las cabezas de la gente agrupada a su alrededor.

—¡Escuchadme! —No quedaba nada de su belleza: era toda desfiguración y rabia. Su voz resonó contra las piedras, resonó contra la turba—. ¡Miradme!

Alzó las manos a la luz.

—¡Miradme!

La turba gruñó.

Apartó el pelo de su rostro.

—¡Miradme!

La turba siseó.

Desgarró su blusa, dejó al descubierto sus lisiados pechos.

—¡Miradme!

La turba gritó.

—¡Lebbick hizo esto! ¡Él me hizo todo esto a mí!

La turba rugió.

—Sí, mi pequeña y querida puta —comentó el hombre de la capa azabache—. Y tú te lo mereciste. Quizás eso te enseñará la locura de traicionar mis secretos.

—Ahora él os ha amenazado a vosotros —siguió Saddith, tan feroz como su desnudez—, ¡sin ninguna otra razón excepto que pensáis que no hubiera debido hacerme esto!

¡Lebbick! ¡Lebbick!

—¡Fui a él porque sentí piedad! —gritó—. ¡Fui a ofrecerle mi amor cuando era hermosa y todos los hombres me deseaban! ¡Éste es el resultado!

—No —dijo el hombre de la capa azabache, sin que nadie le oyera—. Fuiste a él porque eras ambiciosa. Y fuiste cuando yo te dije que fueras. Yo comprendí su necesidad mucho mejor que tú.

La voz de Saddith pareció convertir la luz de las antorchas al color de la sangre.

—*¡Debe pagar por esto!*

¡Lebbick! ¡Debe pagar! ¡Lebbick!

—Piensa en este gambito, Joyse. —El hombre de la capa azabache ya no sonreía—. Sálvalo si puedes. Detenme si puedes. Pensaste en jugar este juego contra mí, pero te he ganado.

Entonces frunció sorprendido una ceja y miró por encima de las cabezas de la multitud, mientras una figura envuelta en una capa azul saltaba inesperadamente a la tarima al lado de Saddith.

Iluminada por las antorchas, y con el aspecto de una imagen surgida de un sueño, la figura se volvió bruscamente; la capa pareció girar en el aire y flotar, alejándose, arrojada mientras el hombre al que cubría se revelaba.

El Castellano Lebbick.

Llevaba la banda púrpura de su autoridad sobre su cota de malla, la banda de su posición anudada en torno a su corto pelo gris. Llevaba una espada larga en una vaina en su cadera, pero no la tocó; no parecía necesitarla. Su familiar ceño fruncido respondió tenebrosamente a las antorchas. Alzó la cabeza, echó hacia delante su mandíbula, los movimientos de sus brazos y hombros estaban tensos con pasión y mando. No era alto, pero hacía creer que era el más alto de todos los reunidos allí.

Nunca había parecido más un hombre que pega a las mujeres.

—De acuerdo —resonó su voz; prometía violencia, como un martillo arrancando esquirlas de piedra—. Esto ha durado ya demasiado. Salid de aquí. Volved a vuestras habitaciones. A los Maestros no les gusta que se invada su precioso laborium. Si deciden defenderlo ellos mismos, pueden trasladaros a todos vosotros, sabandijas, a la no existencia.

Una interesante amenaza, pensó el hombre de la capa azabache..., completamente hueca, pero interesante. Sin embargo, todo el mundo tenía los ojos fijos en el Castellano. Había hecho callar a la turba. La sorpresa y el antiguo respeto y una alarma innata habían hecho más que cincuenta guardias.

Saddith ignoró aquellas amenazas. Ignoró su aparición, su probada capacidad para hacer daño. Después de lo que le había costado, ya no le quedaba nada que perder, ninguna razón más para tener miedo. Y le odiaba..., oh, cómo le odiaba. Su rostro era un amasijo de costras e hinchazones retorcido por el odio cuando escupió su nombre:

—*Lebbick*.

Pese a su autoridad y su furia, el hombre se volvió para mirarla como si ella tuviera el poder de arrastrarle.

—¿Qué quieres aquí? —preguntó con voz espesa—. ¿Has venido a regocijarte? ¿Has venido a comprobar lo bien que hiciste tu trabajo? ¿Estás orgulloso de él?

—No. —Su voz era tranquila, pero pudo oírse a través de toda la sala—. Me equivoqué.

—¿Te equivocaste? —exclamó ella.

—No fue culpa tuya. Probablemente ni siquiera fue idea tuya. No hubiera debido emprenderla contigo.

En un momento más calmado, la multitud quizá se hubiera mostrado absolutamente asombrada de oír al Castellano Lebbick decir algo que sonaba tan parecido a una disculpa, casi a una humillación. Pero la gente allí no pensaba como individuos: sentía como una turba, a un nivel destructivo y extremo. *Lebbick*,

murmuró alguien; y otro: *Lebbick*... Se inició una especie de canto, muy en lo profundo de las gargantas, a través de los dientes, un gruñir rítmico: *Lebbick, Lebbick*.

—¿Te equivocaste? —repitió Saddith. Respiraba pesadamente, intentando acumular el aire suficiente para sus vituperaciones—. ¿Admites que te *equivocaste*? —Sus dañados pechos brillaban con el sudor—. ¿Crees que eso me *curará*? ¿Piensas que un pequeño fragmento de mi dolor se verá reducido, que una pequeña cicatriz será eliminada? —Sus brazos se agitaban al ritmo de su respiración, marcando el compás de la turba, *Lebbick, Lebbick*—. ¡Te lo digo, pagarás con *sangre*!

»¡Sangre! —aulló, siguiendo el ritmo de la sala—. ¡*Sangre*!

Y la turba respondió:

—¡*Lebbick! ¡Lebbick!*

El hombre de la capa azabache sonrió con no disimulado regocijo.

Sin embargo, el Castellano *Lebbick* no parecía preocupado. Quizá ni siquiera se sentía temeroso.

—¡Oh, callaos! —restalló por encima del violento grito, como si la gente que le rodeaba no fuera nada más que niños malos y él no tuviera tiempo para sus travesuras—. ¿Pensáis que todo esto me sorprende? Sabía que iba a ocurrir. Llevo preparado para ello desde hace *días*.

Su voz tenía las suficientes características de un látigo como para restallar por entre el batir de su nombre, el ultraje. Hombres y mujeres dudaron, empezaron a escuchar.

—Os he conducido hasta aquí para poder hacer lo que deseaba hacer con vosotros. No sabíais que yo estaba aquí. No sabéis cuántos de mis hombres están aquí con vosotros. Bien, os lo diré. Noventa y cuatro. Todos disfrazados. Todos fingiendo ser uno de vosotros. La persona de pie junto a vosotros, gritando *Lebbick, Lebbick* como un perro con sarna, es probablemente uno de mis hombres. Si alguno de vosotros alza una mano contra mí, será degollado allí mismo donde se encuentre. ¡Y el resto de vosotros lo *recordaréis*!

Era un notable farol. El hombre de la capa azabache estaba virtualmente seguro de que era un farol, de que el Castellano no estaba realmente protegido, que era tan vulnerable como siempre; pero eso no cambiaba nada. Funcionaba. Como el agua sobre unos carbones encendidos, transformaba la furia de la turba de nuevo en miedo.

Todos los gritos cesaron. Hombres y mujeres se miraron unos a otros, intentaron apartarse unos de otros. Cuando el Castellano ladró:

—Ahora salid de aquí. Abrid las puertas y salid de aquí. Ya habéis cometido demasiadas estupideces para una sola noche —la gente que estaba al lado de las puertas descorrió los cerrojos, y la multitud empezó a moverse.

Aquello era demasiado para Saddith..., como sabía que lo sería el hombre de la

capa color azabache. Por supuesto, se había sorprendido como todos ante la aparición del Castellano Lebbick en la sala; y se había sentido más vejado que la mayoría, aunque no lo mostró. Desde un principio, sin embargo, había estado preparado para la posibilidad de que ella pudiera fallar..., de que la multitud se negara a reunirse, de que no se convirtiera en una turba, de que la turba no sintiera sed de sangre. Entonces ella acabaría de romperse. Y el odio dentro de ella se negaría a seguir siendo contenido.

Por eso le había dado el cuchillo.

Lo tenía en la mano ahora, y gimió en una aguda y estridente voz mientras se lanzaba contra Lebbick.

Quizás él no estaba tan preparado como pretendía estar. O quizás algo lo había distraído. O quizás aquello era lo que había tenido en mente todo el tiempo. Fuera cual fuese la razón, fue lento en volverse, lento con sus manos; demasiado lento para impedir que Saddith lanzara su hoja contra su garganta.

Sin embargo, apenas hizo más que rozarla.

Mientras se lanzaba contra él, Ribuld saltó al estrado en una carga frontal que la ensartó de parte a parte con su espada, al tiempo que los arrojaba a los dos contra la multitud al fondo de la sala mientras caían al suelo.

Sólo por un segundo, los rasgos del Castellano parecieron desmoronarse, como si se sintiera decepcionado. Casi inmediatamente, sin embargo, extrajo su propia espada y se situó junto a Ribuld para evitar que nadie intentara atacar al guardia que le había salvado la vida.

El hombre con la capa azabache se sintió ligeramente divertido al oír al Castellano Lebbick gruñir a Ribuld:

—La próxima vez, procura no apresurarte tanto.

El tiempo empezaba a precipitarse junto con la multitud. Si el hombre de la capa azabache se entretenía, podía verse empujado cuando la partida de la turba se convirtiera en huida, gente apresurándose y luego corriendo para alejarse del Castellano y de los problemas. Con un encogimiento de hombros, salió de la sala.

A la mañana siguiente, sin embargo, se sintió recompensado al oír que algunos de los partidarios de Saddith habían sido lo suficientemente sinceros en su ultraje como para quemar todo lo inflamable que pudieron encontrar antes de que llegaran los guardias suficientes para echarlos del laborium. La muchacha se merecía al menos este reconocimiento. Se había vuelto demasiado horrible para seguir viviendo, por supuesto; pero, mientras había durado, había valido la pena correr el riesgo de conocerla. Aunque no se sentía exactamente apenado por su pérdida, admiraba el juicio estético del hombre u hombres que habían intentado conmemorar su muerte causando un poco de daño trivial al laborium.

Por otra parte, se sintió sorprendido y más bien divertido cuando transcurrió la

mayor parte del día antes de que alguien descubriera que, durante el disturbio, alguien había forzado su entrada a la madriguera de estancias donde se guardaban los espejos de la Cofradía y había destrozado varios de ellos.

La traición estaba en todas partes, parecía. Qué vergüenza.

Mastica eso, Joyse, viejo chivo. Espero que te atragantes con ello.

A la mañana siguiente, con Orison lleno de noticias de las que se suponía que se había enterado honestamente, el Maestro Eremis fue a visitar al mediador de la Cofradía.

Tenía un cierto número de asuntos que deseaba tratar con el Maestro Barsonage. Había estado retrasándolos durante días, en parte porque no había deseado llamar la atención sobre sí mismo, en parte porque había estado ocupado con otras cosas. Pero había llegado el momento de efectuar un poco de sondeo. Quizá consiguiera averiguar algo útil..., y mostrar un asomo o dos de incertidumbre en el proceso.

Retorciendo los extremos de su casulla, cruzó la torre que albergaba los aposentos privados del Rey Joyse. De hecho, había convertido en una costumbre pasar por allí a menudo, fuera cual fuese su destino. Si alguien le hubiera preguntado por qué ocasionalmente caminaba una distancia considerable e innecesaria a fin de cruzar la sala de espera frente a las escaleras que subían a los aposentos del Rey, hubiera respondido que siempre esperaba oír algo..., cualquier chismorreo o rumor que pudiera revelar dónde se hallaba él en relación a su soberano.

Después de todo, el Rey Joyse no le había dicho absolutamente nada, ni en persona ni por mensajero, después de su solución al problema del abastecimiento de agua de Orison. Puesto que lo que había hecho era a todas luces el tipo de cosa que el Rey Joyse había pedido siempre a sus Imageros, él, el Maestro Eremis, podía ser perdonado por interferir de forma ruidosa con el silencio del Rey. ¿Acaso éste no confiaba en Eremis? ¿Estaban sus enemigos hablando contra él? ¿Había ofendido el aparente deseo del Rey Joyse de traer el colapso al reino? ¿O era cierto que la insistencia del Rey acerca de un uso ético de la Imagería nunca había sido sincera?

Seguro que el interés del Maestro Eremis en cualquier noticia que de algún modo pudiera emanar del Rey era comprensible. Bajo las circunstancias, ¿cómo podía confiar en que su vida no estaba en peligro, pese a que había salvado a Orison de un terrible sufrimiento y una inevitable derrota?

Esta explicación —aunque el Maestro Eremis la hubiera proporcionado con una perfecta seguridad— no era más que un retorcimiento de la verdad.

La verdad era que había pasado por allí por accidente hacía varios días, y había visto por casualidad al Tor aguardando en la sala de espera.

El viejo señor estaba solo, por supuesto. La sala de espera estaba casi siempre vacía, ahora que el Rey Joyse había dejado clara su escasa inclinación a responder inteligentemente —si respondía— a las peticiones de sus súbditos. Era posible que el

Tor llevara allí horas solo..., y seguiría solo muchas horas más.

Estaba dormido en el suelo, con el rostro apretado contra la esquina entre el suelo y la pared; su grasa formaba una temblorosa montaña, y roncaba como una sierra mecánica; estaba tan borracho que el Maestro Eremis hubiera sido incapaz de despertarlo con una trompeta. El hedor que exhalaba de él era tan fuerte que simplemente respirarlo hacía que el Maestro Eremis se sintiera achispado.

Mientras la gruesa carne del viejo señor se agitaba al compás de su áspero roncar, el Maestro Eremis hizo una pausa para pensar. Consideró aprovechar aquella oportunidad para deslizar un discreto cuchillo entre las costillas del Tor. Eso hubiera sido una ventaja..., no en aquel momento, por supuesto, pero sí más tarde. Vagel lo hubiera hecho sin vacilar; Gilbur, con deleite. Por otra parte, no hubiera sido en absoluto divertido. Eremis deseaba humillar al Tor antes de matarle.

Además, sólo había un señor al que el Maestro Eremis temiera menos, y ése era el Armigite, que ya había vendido su Care al Príncipe Kragen para comprarse una seguridad temporal para sí mismo y sus mujeres y sus nuevos muchachos. Reflexionando sobre esto, Eremis abandonó la posibilidad del asesinato.

Pero no lo olvidó.

Si el Tor podía hallarse ocasionalmente en la sala de espera a solas y borracho y dormido, entonces era posible que pudiera ser hallado también allí a solas y borracho y despierto. Lo bastante despierto como para hablar..., y demasiado borracho como para ser cauteloso.

El Maestro Eremis creía que las oportunidades eran como las mujeres: se presentaban a los hombres que sabían cómo cortejarlas.

Como regla, se sentía más inclinado a los destellos de inspiración que al trabajo duro. Era por eso por lo que necesitaba —y también Vagel— al Maestro Gilbur. Sin embargo, empezó a cortejar asiduamente su oportunidad. Se aseguró de pasar junto a la sala de espera más a menudo que cualquier otro hombre en Orison.

Hoy, en su camino para hablar con el Maestro Barsonage, su diligencia halló su justa recompensa. El Tor estaba sentado en uno de los vacíos bancos, tan borracho que apenas podía hallar su cabeza con ambas manos. Sus ojos estaban enrojecidos y miserables, y exhalaba un olor acre a sudor y vómitos ácidos. Lo que quedaba de su pelo colgaba en mechones sobre su rostro.

Claramente, la larga y extraña espera mientras el Príncipe Kragen aguardaba fuera de Orison y no hacía nada había empezado a dar sus frutos. Disturbios contra el Castellano Lebbick, qué vergüenza. Espejos rotos en el laborium. Y el más viejo amigo del Rey reducido a esto, bebiendo hasta matarse a plena vista de cualquiera que quisiese darse cuenta de ello.

Era extraño y sorprendente que el hombre que se molestaba en observar esto no fuera en absoluto el Rey, no fuera a quien iba dirigido todo aquel despliegue. En vez

de ello, era el Maestro Eremis.

—Mi señor Tor —dijo amablemente el Maestro—, esto es fortuito.

Lentamente, como si estuviera poniendo de nuevo en servicio músculos largo tiempo olvidados, el Tor alzó la cabeza; miró a Eremis a través de una bruma de alcohol. Sin parecer darse cuenta de ello, eructó.

Luego dijo, con una voz sorprendentemente clara:

—¿Tienes algo de vino?

El Maestro Eremis sonrió por entre sus dientes.

—Deseaba hablar contigo, mi señor. Grandes acontecimientos transpiran en Orison.

El viejo señor consideró fláccidamente esa afirmación. Tras un momento, dejó caer la cabeza: osciló pesada sobre su cuello. Sin embargo, cuando habló de nuevo, cada palabra era tan clara como un trozo de cristal: roto y exacto como un augurio.

—Demasiado lejos para ir. Demasiadas escaleras.

Eructó de nuevo, sin objetivo preciso.

—Hemos tenido disturbios contra el buen Castellano —explicó el Maestro Eremis—. Y puede que hayan sido premeditados. Mientras los guardias estaban distraídos con el tumulto, varios de los espejos de la Cofradía han sido destruidos.

La cabeza del Tor siguió balanceándose hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, como si estuviera acunándose para dormir.

—Y ahora, como un hombre que sabe lo que ocurre dentro de nuestros muros, el Príncipe Kragen nos ataca al fin..., aunque debo confesar que estoy menos impresionado por la audacia de su asalto que por su circunspección.

Y ojalá prosigan los ataques, deseó el Maestro, desafiando al destino a contradecirle. Son una admirable distracción.

Simplemente porque estaba tan decidido a perseguir sus metas aunque todo fuera contra él, se sentía confiado de que el destino respaldaría de hecho sus deseos.

El Tor respondió a las observaciones del Maestro Eremis con un bufido; podía ser incluso el inicio de un ronquido. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, sin embargo, y parpadeó con sus enrojecidos ojos.

—Vino —pronunció, como si esperara que ante él apareciera mágicamente una garrafa.

El Maestro Eremis tuvo dificultades en reprimir una carcajada. Ciertamente, algunos de los partidarios del Rey Joyse estaban demostrando tener más recursos de lo que Eremis hubiera pre-dicho. Otros, en cambio, sólo se salvaban de aparecer patéticos siendo ridículos.

—¿Qué es lo que haces con todo eso, mi señor Tor? —preguntó con amable buen humor—. ¿Dónde están las fuerzas de Cadwal? ¿Dónde está el Perdon? ¿Cómo se ha atrevido el Príncipe Kragen a dejarnos resistirle tanto?

Sin alzar la vista, el Tor contestó con aire ausente:

—¿Te dije que mi hijo fue muerto?

—Parece claro, ¿no crees? —en aquel momento, Eremis estaba encantado de no haber acuchillado al viejo señor—, que el Príncipe y su ilustre padre saben algo que nosotros no. —Aquella conversación era demasiado divertida para perdersela—. No hubieran malgastado ni un día en vacilaciones, a menos que tuvieran alguna razón para creer que el Gran Rey Festten no llegará contra ellos. ¿Qué conclusiones extraes, mi señor?

El Tor parecía sufrir la ilusión de que estaba participando realmente en la conversación.

—¿Te dije —replicó— que le dio a Lebbick permiso para torturarla?

Aquello era una interesante revelación; pero el Maestro Eremis podía adivinar demasiado fácilmente el resto como para proseguirla. En vez de ello, inquirió:

—¿Qué conclusiones puedes extraer? Sólo hay dos. La primera es que Festten y Margonal se hallan aliados..., y que Festten confía lo suficiente en Margonal como para concederle tiempo para que capture por sí mismo la Cofradía. Y, si tú eres capaz de creer eso, me temo que no tenemos nada más que decirnos.

—*Torturarla* —repitió el Tor—, pese a su obvia decencia..., y a su probado deseo de ayudarle.

—La segunda —continuó el Maestro Eremis, sonriendo— es que el Príncipe nos ha cortado el acceso a una información que él sí posee..., y según cuyo conocimiento no nos hallamos en absoluto amenazados por Cadwal. El Gran Rey Festten tiene otras intenciones. Ha reunido su ejército, no contra nosotros y Alend, sino para emprender otra guerra completamente distinta. Y, si tú eres capaz de creer *eso*, me temo que no tienes nada más que decir a nadie.

—Se lo supliqué a ella. —Gruesas lágrimas rodaron por las agraviadas mejillas del viejo señor—. Hubiera debido suplicárselo a él, por supuesto, pero él se halla ya más allá de oírme. Así que se lo supliqué a ella. Traiciona a Geraden. Para que así él no sea responsable de lo que haga Lebbick. Para que así no la tenga a ella sobre su conciencia. —Parecía no darse cuenta de que estaba llorando. Su habilidad de hablar con tanta exactitud cuando apenas estaba lo suficientemente sobrio como para evitar que sus ojos se cruzaran era deliciosa, incluso entretenida, como un truco hecho por un charlatán—. Pero ella sólo tiene su leal corazón puesto en Mordant. No traicionará a Geraden, ni siquiera para salvarse de Lebbick.

El Maestro Eremis estaba tan complacido que apenas podía contener su satisfacción. Puesto que su exuberancia necesitaba absolutamente tener alguna salida, hizo girar los extremos de su casulla como molinetes.

—Mi señor Tor —preguntó intrascendentemente, llegando al fin a lo que le interesaba—, ¿qué ha estado haciendo todo este tiempo, mientras su pueblo se

alborota, y los espejos son destrozados, y las mujeres son mutiladas y asesinadas? ¿Qué ha estado haciendo el buen Rey Joyse?

Como si la palabra brotara de su boca por sorpresa, el Tor respondió:

—Practicando.

—¿Practicando? —Una breve risita estalló en la boca del Maestro; no pudo reprimirla—. ¿Qué, el brinco? ¿Todavía? ¿Aún no ha abandonado esta locura?

El viejo señor sacudió la cabeza, tan adusto como un plato con las patatas frías y la salsa congelada.

—Esgrima.

Aquello cortó en seco la risa del Maestro Eremis: le hizo mirar involuntariamente, como si el Tor, de alguna forma, milagrosamente, hubiera abierto un pozo de víboras a sus pies..., o le hubiera contado un chiste tan divertido que no pudiera creerlo, no pudiera reírse de él hasta haber pensado en él por unos minutos. ¿*Esgrima*? ¿A su edad? ¿Le quedaban todavía las fuerzas suficientes como para *alzar* una espada?

—Mi señor Tor —dijo casualmente, para ocultar la intensidad de su atención—, estás bromeando conmigo. Nuestro bravo Rey no puede agitar una espada. Ni siquiera puede *permanecer en pie* sin ayuda.

Bruscamente, con un esfuerzo que parecía hacer que todo su cuerpo gorgoteara, el Tor se levantó. No había mirado al Maestro Eremis desde el inicio de la conversación. Apagadamente, como si estuviera perdiendo su sentido de la pronunciación, anunció:

—Voy a buscar vino.

Agitando vacilante las gruesas piernas bajo él, se alejó.

El Maestro Eremis estuvo a punto de saltar tras él, de hacerle retroceder, extraerle una explicación, cuando el auténtico sentido del chiste le golpeó. El Rey Joyse pretendía luchar..., y habían pasado años o incluso décadas desde el tiempo en que era lo bastante fuerte como para hacerlo. Aquello arrojaba una nueva luz sobre todo..., sobre cada signo de que el Rey sabía lo que estaba haciendo, que había hecho lo que había hecho con una política deliberada en vez de con una locura petulante. Pretendía luchar porque no sabía o no podía admitir que ya no poseía la fuerza necesaria. No era autodestructivo o apático: simplemente era ciego a la edad y al tiempo. Arriesgaba su reino en un esfuerzo por demostrarse a sí mismo que aún era *capaz* de salvarlo.

Eso era un auténtico chiste, demasiado auténtico para un burdo despliegue de carcajadas. En vez de reírse en voz alta, Eremis silbó alegremente a través de sus dientes mientras seguía su camino para ver al Maestro Barsonage.

El mediador respondió a su llamada a su puerta con sólo una toalla anudada en torno a su cintura..., un estilo de vestir que enfatizaba sus dimensiones a costa de su dignidad. El agua brillaba en su piel color pino, su calvo cráneo: al parecer, el

Maestro Eremis lo había sorprendido bañándose, y sus sirvientes estaban fuera. Su piel no colgaba sobre él como lo hacía la del Tor, sin embargo; su masa era sólida, firmemente apretada sobre músculos y huesos. No pareció especialmente azarado de recibir al Maestro Eremis en aquella húmeda y medio desnuda condición.

De hecho, sonó casi amistoso cuando dijo:

—Maestro Eremis, buenos días tengas. Entra, entra. —Se apartó de la puerta, agitó un goteante brazo—. Es un honor ser visitado por el hombre que ha salvado Orison. Esperemos que nos hayas salvado permanentemente. ¿Te has recobrado de tu dura prueba? Tienes buen aspecto.

El Maestro Eremis rió suavemente ante la poco característica efusión de Barsonage.

—Buenos días a ti también, Maestro Barsonage. Veo que he venido en un momento inoportuno. Puedo volver más tarde.

—Tonterías. —El mediador cogió a Eremis por la manga de su capa, lo animó a entrar en la habitación—. Orison está bajo asedio. En un sentido, todos los momentos son inoportunos. En otro, el momento actual es siempre mejor que cualquier otro. ¿Un poco de vino?

Pensando en el Tor, el Maestro Eremis dijo deliberadamente:

—Con placer.

Aceptó un vaso de una cosecha del Armigite francamente mediocre, luego se sentó en la silla que el Maestro Barsonage le indicó. Había visitado los aposentos del mediador un buen número de ocasiones —disputas privadamente arbitradas en un extremo, fiestas formales de bienvenida de nuevos Maestros en el otro—, pero siempre que venía allí se tomaba unos momentos para admirar el mobiliario.

Todo había sido fabricado por el propio Maestro Barsonage.

Eremis tenía que hacer la justicia de admitir que el mediador era un competente Imagero. En particular, la preparación y la ejecución del más importante augurio de la Cofradía había sido efectuada diestramente por él. Por otra parte, era mucho más que competente con la madera. Era universalmente reconocido en torno a la Cofradía que sus marcos eran mejores que los de cualquier otro: más bien hechos, más adaptados; completamente precisos. Y sus muebles hubieran podido realzar el salón más elegante de Orison..., o de Carmag, por citar otro sitio. El sobre de su mesa había sido tan bien modelado y pulido que parecía brillar desde dentro; los brazos de sus sillones fluían de una forma tan natural con las vetas de la madera que era sorprendente hallarlos además confortables.

Secretamente, Eremis se reía del Maestro Barsonage por dedicarse a esos talentos menores..., por malgastar su tiempo con la Imagería cuando hubiera podido contribuir con algunas auténticas bellezas para el mundo en otro sentido.

Y deseaba reírse aún más ahora. En vez de abandonar la habitación para ponerse

al menos una bata, Barsonage se sentó tal como iba, bebió de un trago su vino, se secó el agua de sus rígidas cejas y empezó a charlar.

—Eres muy admirado en estos momentos, Maestro Eremis. Por supuesto, siempre has sido admirado. Pero no te sorprenderá oír que no siempre has sido querido. Eres demasiado capaz, demasiado rápido. Y te burlas de la gente. No te has hecho fácil de querer.

»Ah, pero ahora... El volver a llenar el depósito de agua fue una hábil acción, además de valerosa. No, no lo niegues —dijo, aunque Eremis no había movido un músculo—. El agotamiento de una traslación tan prolongada. Si yo hubiera hecho ese intento, mi corazón me hubiera fallado. Sin embargo, tú no vacilaste en correr el riesgo de una completa postración. Y, como he dicho, fue hábil. Tu reputación no ha sido la única beneficiaria de tu acción. Tu heroísmo y la horrible muerte del Maestro Quillón se han combinado para elevar la estima en que es tenida toda la Cofradía.

»¿Debo darte un ejemplo? Mis sirvientes ya no se ríen de mí cuando los pongo a trabajar.

Sonriendo, el Maestro Eremis alzó las manos para detener el aluvi6n de palabras.

—Maestro Barsonage, por favor. No he venido aquí para ser halagado. Soy muy consciente de mis propias virtudes, y no merecen esta alabanza.

—¿De veras? —volvió a la carga el mediador—. Creo que eres demasiado modesto. —Sus ojos eran tan blandos como cuentas de cristal—. Pero si las alabanzas te resultan ofensivas, las olvidaré. Por supuesto que no has venido para ser halagado. ¿En qué puedo servirte?

—Como ves, en estos momentos estoy bien descansado —respondió Eremis—. Y otro asunto que requería mi atención ha llegado a su fin. No es ningún secreto que la doncella Saddith era mi amante. —Habló con una admirable sinceridad—. Después que recobré mis fuerzas, pasé mucho de mi tiempo con ella. Necesitaba amigos...

Hizo una mueca.

—Desgraciadamente, no quiso ceder en su odio hacia nuestro buen Castellano. No hubo nada que yo pudiera hacer al respecto. —El dolor no era su mejor pose, pero proyectó tanto como le fue posible. Como si pusiera a Saddith y su muerte tras él con un esfuerzo de voluntad, dijo—: Maestro Barsonage, estoy preparado.

El mediador alzó una ceja. A medida que su piel se secaba, parecía más y más como pino recién cortado.

—¿Preparado?

—He oído decir que los Maestros están atareados..., que desde la muerte de Quillón habéis redescubierto vuestro sentido de la finalidad. Estoy preparado para reanudar nuestro trabajo dentro de la Cofradía.

—¿Nuestro trabajo? —Los rasgos del Maestro Barsonage no reflejaron nada—. ¿A qué trabajo te refieres?

El Maestro Eremis tuvo dificultades en reprimir una sonrisa. El mediador era casi ridículamente transparente. Clavando en él una chispeante mirada que pretendía expresar indignación tanto como penetración, Eremis respondió lentamente:

—Así que es cierto. Sigue sin confiarse en mí. Ésa es la razón de que no haya sido convocado a ninguna de vuestras reuniones..., a ninguno de vuestros trabajos. He salvado Orison de una rápida caída en manos de Alend. Hice todo lo que haría cualquier hombre por mantener a Nyle con vida..., y fui el único hombre aquí que hizo tanto como intentarlo. He estado luchando con diligencia para hallar algún medio de eludir el destino de Mordant. No fui *yo* quien desbandó la Cofradía. Y *sigue* sin confiarse en mí. Ese cachorro asesino, Geraden, arroja unas cuantas aspersiones sin base sobre mi buen nombre, y de pronto nada de lo que hago es suficiente para redimirme.

—Oh, no, Maestro Eremis. —Barsonage alzó una gruesa mano como protesta—. Me has entendido mal. Nos has entendido mal a todos. —Con un tono tan blando como su expresión, explicó—. Creo que no has conseguido captar lo alto que ha llegado a situarse tu posición. El hombre que volvió a llenar el depósito de agua..., el hombre que hizo tanto para salvar a Nyle..., no es alguien que deba ser «convocado» a las reuniones como un Apr. No puede ser puesto a trabajar como un caballo de carga. Has estado muy metido en tus propias preocupaciones..., y te has ganado el derecho de estarlo. La Cofradía no desconfía de ti. Simplemente respetamos tu alto status actual..., y tu intimidad.

Firmemente, Eremis resistió una irreprimible tentación de soltar un bufido. ¿Durante un *asedio*? ¿Con la caída de Orison atada como un nudo corredizo en torno a tu cuello, y ninguna esperanza en ninguna parte? ¿Me crees realmente tan estúpido como para tragarme esa mentira? El mediador, sin embargo, no parecía un hombre que tuviera una opinión formada acerca de la estupidez del Maestro Eremis, en uno u otro sentido. Parecía —su propia blandura lo traicionaba— como un hombre que ha pasado un cierto tiempo preparándose para este encuentro.

El Maestro Eremis se sentó hacia delante en su silla; su placer en aquella conversación se agudizó.

—Quizá —dijo, tan escéptica como lentamente—. Me disculparás si me reservo mi juicio sobre este punto.

»¿Resulta cierto, sin embargo, que ha habido reuniones a las que no he sido invitado? ¿Que hay trabajos en progreso que no se me ha pedido que comparta? ¿Que la Cofradía ha redescubierto su finalidad?

El Maestro Barsonage asintió.

—Por supuesto. —Algo en él, quizá la forma en que se agitaban sus cejas, sugería una intensificación que su suave mirada contradecía—. Me alegra decir que ése es el caso.

—¿Se me permite preguntar cómo se llegó a ello?

—Evidentemente. Al fin fuimos capaces de ver claramente que dama Terisa es una Imagera.

Eremis frunció el ceño para ocultar el hecho de que no le gustaba lo que oía.

—Maestro Barsonage, ésta es una respuesta que no explica nada.

—Bueno, quizá no. —Al parecer, el mediador se había preparado a conciencia para aquel encuentro—. Un hombre de tu reputación y habilidad puede que tenga dificultades en comprender a unos hombres cuyo principal talento reside en su capacidad para la duda.

»Sin embargo, en la práctica, tan distinta de la teoría, la gran piedra que se ha interpuesto en el camino de la Cofradía y nos ha hecho tropezar a todos ha sido la cuestión de dama Terisa. ¿Qué significa? ¿Qué indica su presencia entre nosotros? ¿Existe una *razón* para su inesperada aparición, o Geraden fue simplemente el agente de un accidente monumental?

»Si fue un accidente, entonces toda la Imagería es accidental en último extremo, y nuestras investigaciones, como nuestra mortalidad, son mera estupidez. El papel de Geraden en el augurio no tiene significado.

El Maestro Eremis asintió como si la verdad le resultara obvia.

—Pero si —prosiguió el mediador— hay una *razón*, entonces son ineludibles dos conclusiones. Tan ineludibles —comentó, sin discernible sarcasmo o humor— que incluso nuestros miembros más disputadores las han aceptado. Primero, la responsabilidad que ella representa cae sobre nosotros. La Imagería es nuestra heredad. Segundo, puesto que el problema que ella representa existe, tiene que tener una solución. Lo que un Imagero puede hacer, otro puede comprenderlo y combatirlo.

»Ha sido demostrado —concluyó— que *hay* una razón. Ella es una Imagera. Podemos lamentar que haya decidido aliarse con el Maestro Gilbur y el archi-Imagero Vogel, pero no podemos rehuir ni la responsabilidad ni la esperanza que implica ese conocimiento.

—Sí, muy bien. —El Maestro Eremis hizo un gesto impaciente—. Todo eso es razonable por lo que es, pero aún no lo has explicado. ¿Cómo sabes que ella es una Imagera? ¿Qué pruebas os ha dado? Lebbick informa que Gilbur la liberó de su celda. Mató a Quillón. Él la llevó a la habitación donde se guardan los espejos de Havelock. Lebbick los encontró allí. Después de que Gilbur derribara a Lebbick, ella y él desaparecieron de Orison. ¿Qué demuestra eso? La habilidad de Gilbur de ir y venir ha quedado tan bien establecida como la de Gart..., y es igual de inexplicable. No hay ninguna razón para atribuirle a ella Imagería.

El Maestro Barsonage se encogió de hombros, se rascó el pecho. Como para compensar su calvicie, su pecho estaba cubierto de un denso vello amarillento. El agua se aferraba a él como cuentas de savia.

—Eso es cierto —respondió, sin apresuramiento ni vacilación—. Por otra parte, puede argumentarse que el Maestro Gilbur y el archi-Imagero no tendrían razón alguna para liberarla, del mismo modo que *el Monomach* del Gran Rey no tendría razón alguna para matarla, *si no* fuera una Imagera. Hablando sólo por mí mismo, he examinado esta argumentación y la considero persuasiva. De hecho, me persuadió a aceptar de nuevo la posición de mediador de la Cofradía.

»Desde entonces, sin embargo, hemos obtenido pruebas en vez de argumentaciones, el tipo de pruebas que tú y algunos otros Maestros requerís.

Enloquecedoramente, hizo una pausa y miró a Eremis como si ya hubiera dicho lo suficiente.

El Maestro Eremis se obligó a inspirar profundamente, relajarse, dejar de rechinar los dientes. Cuando hubo recuperado la compostura dijo:

—Afirmas que no desconfiáis de mí. ¿Confías en mí lo suficiente como para decirme cuáles son esas pruebas?

—Por supuesto —respondió de nuevo el Maestro Barsonage.

»El Castellano es un hombre duro, difícil de derrotar. Había recuperado ya la consciencia cuando dama Terisa y el Maestro Gilbur abandonaron el almacén de los espejos del Adepto Havelock. Vio que no se marchaban juntos.

»Dama Terisa se desvaneció en un espejo. El Maestro Gilbur estaba demasiado lejos de ella para haberla trasladado él. Él abandonó la habitación por el mismo lugar por el que había entrado, el corredor.

El mediador dedicó al Maestro Eremis una sonrisa tan blanda como la leche.

Eremis tiró de las riendas de su contención. Sin embargo, traicionó una cierta sorpresa cuando protestó:

—Ésta no es la historia que cuenta Lebbick.

Estaba sorprendido porque no había esperado que Barsonage supiera tanto. Y un hombre que sabía más de lo que se esperaba que supiera también podía *hacer* más de lo que se esperaba que hiciera.

Y, si realmente no confiaba en Eremis, como dejaba claro su actitud, ¿por qué le estaba revelando lo que sabía?

—No —corrigió amablemente el mediador a su visitante—, ésa no es la historia que el Castellano Lebbick ha contado en público. Supongo, por lo que he oído, que al principio estaba demasiado lleno de furia y desesperación por captar el significado de lo que había visto. Y desde entonces ha decidido guardarse sus pensamientos para sí mismo. Pero habló con Artagel. Y Artagel me contó la historia a mí. Creía, con mucha razón, que esta información era vital para la Cofradía.

En un tono que le hacía sonar como un simple, el Maestro Barsonage añadió:

—Me ha permitido unir a los Maestros por primera vez desde que fue creada la Cofradía.

El Maestro Eremis bebió más vino para ocultar el hecho de que todas aquellas sorpresas estaban empezando a afectarle. Lebbick se lo había dicho a Artagel. Artagel se lo había dicho a Barsonage. Pero Gilbur había jurado que Lebbick estaba aún sin sentido cuando él se fue. ¿Estaba simplemente intentando encubrir un error? ¿O estaba mintiendo Barsonage..., *Barsonage*, de entre toda la gente? ¿Estaba jugando a alguna especie de juego?

Eremis sonrió en torno al borde de su vaso. Aquello era mejor de lo que había anticipado, más divertido. Le gustaban los oponentes que eran capaces de sorpresas. Casi había llegado a sentir afecto por el Rey Joyse. Incluso Lebbick tenía su lado bueno. Geraden era casi digno de ser querido. Y en cuanto a aquello hacía su destrucción particularmente excitante. *Unid a los Maestros*, ¿no era eso? Entonces, habría que unirlos.

Hizo girar su vaso entre sus largos dedos.

—Gracias, Maestro Barsonage —dijo alegremente—. Ahora te comprendo.

»¿Qué trabajo está realizando la Cofradía con su redescubierta finalidad?

El mediador se encogió de nuevo de hombros. Un hilillo de agua descendió por entre el pelo de su pecho hacia su barriga.

—No te sorprenderá. Trabajamos para averiguar cómo es posible que hombres como el Monomach del Gran Rey, que no es un Imagero, y el Maestro Gilbur, cuyos talentos nos son conocidos, puedan ser trasladados dentro y fuera de Orison sin ningún coste para su cordura. La traslación a través de un espejo plano vuelve locos a los hombres. Eso ha sido cierto desde el amanecer de la Imagería. ¿Por qué, entonces, no resultan destruidos nuestros enemigos por las mismas armas que utilizan contra nosotros?

Ah. Ése era un tema que el Maestro Eremis había venido preparado a discutir. Con un pequeño suspiro hacia dentro —alivio, quizás, o decepción—, dijo:

—Aquí tal vez pueda ayudaros. Tengo una idea que puede arrojar algo de luz.

Por primera vez desde que se inició la conversación, el Maestro Barsonage pareció interesado.

—Por favor, explícate —dijo de inmediato—. Sabes que el asunto es urgente.

—Por supuesto. —Poniéndose al nivel de la blandura del Maestro Barsonage, Eremis explicó—: Por todo lo que entendemos, como tú sabes muy bien, el peligro del espejo plano surge de la propia traslación, no del simple movimiento de lugar a lugar dentro de nuestro mundo. Dicho crudamente, la traslación es demasiado fuerte para el simple movimiento. La energía que hace posible el paso entre Imágenes enteramente separadas se vuelve contra el hombre trasladado porque no es necesaria.

Barsonage asintió.

—Apoyándonos en la suposición de que nuestra comprensión del hecho es exacta —siguió el Maestro Eremis—, mi idea es ésta. *Supongamos que se hacen dos*

espejos; uno plano, mostrando, digamos, una habitación no utilizada en Orison, el otro normal, mostrando una llanura árida y desierta. Supongamos entonces que el espejo plano es trasladado al interior del otro, de modo que queda instalado en la llanura de la Imagen, y el foco de la Imagen es ajustado de modo que el espejo plano llene el cristal. ¿No es concebible que el Imagero que modeló esos espejos pueda ahora pasar directamente a través de ellos, realizando en realidad dos traslaciones seguras en vez de una que podría volverle loco?

El mediador estaba escuchando intensamente; parecía empaparse de las palabras de Eremis a través de todos sus poros. Suavemente, como si estuviera asombrado, jadeó:

—Es concebible.

—Por supuesto —prosiguió el Maestro Eremis, simplemente ganando tiempo mientras observaba la reacción del mediador—, la dificultad es que el Imagero que pasara a través de sí mismo no sería capaz de efectuar el movimiento a la inversa..., de volver. Y para enviar y luego recuperar a alguien por este método, necesitaría ser capaz de realizar ambas traslaciones simultáneamente. No tenemos forma de saber si una cosa así es posible. —Como la mayor parte de sus mentiras, ésta llevaba consigo un insidioso parecido a la verdad—. Aquí, Vogel está por delante de nosotros. Puede haber pasado quince años perfeccionando las traslaciones simultáneas.

»Pero, ¿seguro que no podemos intentarlas? ¿No podemos averiguar por nosotros mismos si esta idea es de hecho posible además de concebible?

—Sí. —El Maestro Barsonage había perdido su aire de estudiada suavidad, de deliberada simplicidad. Sus ojos brillaban—. Podemos.

Se puso bruscamente en pie, como un nadador surgiendo de las olas.

—Podemos, y lo haremos. Hoy. Concédeme una hora para reunir a los Maestros. Ven al laborium. Empezaremos a experimentar. —Casi con la misma voz jadeante, añadió—: Es una brillante idea. Dos espejos..., traslaciones simultáneas. Aunque fracase, sigue siendo brillante. Brillante.

Tras haber lanzado el anzuelo, el Maestro Eremis procedió como si estuviera dejando al mediador actuar por su cuenta. Se mostró de acuerdo con todo, se puso en pie, empezó a marcharse, luego se detuvo junto a la puerta. Como si fuera inocente de toda malicia, dijo:

—Oh, Maestro Barsonage, otro asunto..., en caso de que lo olvidara más tarde. Hay el rumor de que algunos de nuestros espejos se han roto. ¿Puede ser eso cierto?

La actitud del Maestro Barsonage se volvió instantáneamente hosca: al parecer, estaba impresionado por lo que había ocurrido.

—Durante los disturbios contra el Castellano Lebbick —admitió—. Cinco espejos. —Agitó la cabeza—. Es evidente que alguien nos odia. Pero, ¿por qué sólo cinco? ¿Y por qué esos cinco? Si uno estuviera lo bastante loco como para privarnos

de los medios de defender Orison y defendernos nosotros mismos, ¿no hubiera roto todos los espejos que encontrara?

—Ciertamente. —El Maestro Eremis hizo un sincero esfuerzo por parecer también impresionado—. Desgraciadamente, las acciones insanas son por naturaleza propia insanas. ¿Cuáles espejos fueron rotos?

El mediador respondió de inmediato: de nuevo estaba preparado.

—El espejo con el que tú volviste a llenar el depósito de agua. Eso fue un ataque contra Orison. Y el espejo de Geraden, el que trajo a dama Terisa aquí. O él o ella se hallan definitivamente extraviados ahora, estén donde estén..., como lo está nuestro campeón perdido. Eso fue un ataque contra uno de ellos tres. Pero el tercero fue un espejo plano de Quillón, que muestra unos viñedos de Termigan. El cuarto fue uno con la Imagen de un cielo sin estrellas. El quinto, ése en el que puede verse esa gigantesca bestia como una babosa..., uno de los espejos que el Rey Joyse capturó en sus guerras. ¿Un ataque contra el vino? ¿Contra los cielos? ¿Contra los monstruos? No tiene sentido.

»Geraden y dama Terisa y nuestro campeón, si aún sigue con vida, pueden estar ahora eternamente perdidos al azar, a causa de alguien que no tenía la menor idea de lo que hacía.

Intentando sonar inquieto, quizá incluso preocupado, Eremis dijo:

—Mi espejo. Entonces debemos depender del tiempo para el agua. No puedo volver a salvarnos.

—Eso es cierto —respondió Barsonage—. La posición del Príncipe Kragen es ahora mucho más fuerte. Esperemos que no lo sepa.

El Maestro Eremis tragó una sonrisa final y salió de los aposentos del mediador. Deseaba alcanzar rápidamente sus propios aposentos, donde podría permitirse reír a carcajadas.

Se daba cuenta, por supuesto, de que se hallaba en una situación delicada. Pero era una situación que él mismo había diseñado. Gracias a las semillas que acababa de plantar, Barsonage y los demás Maestros podían pasar el resto de su tiempo hasta que murieran intentando hacer funcionar una traslación simultánea porque no sabían que era algo imposible. O, más bien, era algo trivial. El truco no residía en la traslación, sino en el cristal.

Para todos los efectos prácticos, había neutralizado a la Cofradía..., la única fuerza en Orison capaz aún de enfrentársele.

Por otra parte, tendría que ser muy cauteloso. Lebbick le había dicho algo a Artagel, el cual se lo había dicho a Barsonage. No algo acerca de Terisa: algo acerca del propio Eremis. El mediador le había mentado.

Para él, el truco consistiría de determinar exactamente cuál era esa mentira.

Pensar en cosas como ésta le hacía adoptar la apariencia de que iba a estallar en

carcajadas de un momento a otro.

Conflicto en las puertas

—El asunto —dijo Geraden la primera vez que dejaron descansar los caballos— es no ser detenidos.

Habían cabalgado duramente durante la mayor parte de la mañana: el camino desde Romish era fácil, y él tenía prisa. Pero los caballos no podían mantener aquel paso indefinidamente.

—Oh, ¿de veras? —Terisa no se dio cuenta de lo lúgubre de su forma de hablar. Aún seguía pensando en Torrent: la idea de la tímida hija del Rey cabalgando sola en un loco y peligroso esfuerzo por rescatar a la Reina Madin se aferraba a su mente como una salpicadura de ácido—. Volvemos a Orison. Donde el Maestro Eremis desea echarnos la mano encima. ¿Por qué debería querer detenernos nadie?

Geraden la miró agudamente; por un momento, pareció inseguro de cómo responder. Como si no hubiera entendido, dijo:

—Hemos cabalgado durante tanto rato..., y me siento tan bien estando contigo... No dejo de pensar que conoces Mordant mejor de lo que lo conoces en realidad. ¿Te importaría mirar de nuevo el mapa?

Ella negó con la cabeza. No le importaba el mapa. No le importaba el ser detenidos. En aquel momento, ni siquiera le importaba el tener que enfrentarse a Eremis de nuevo.

Geraden, así es como fue muerto Argus.

—Bien —explicó él, aún sin entender—, realmente, sólo hay un camino rápido para llegar de Romish a Orison, y ése es siguiendo esta ruta..., el camino principal que cruza Armigite. Que resulta ser precisamente la ruta que utilizó el Príncipe Kragen. Es su enlace con Alend..., su línea de provisiones, su línea de retirada. Tiene que estar atestada con sus hombres.

»Además de eso, ni siquiera el Armigite puede ser tan estúpido como piensa la gente. Tiene que tener exploradores y espías por todas partes, especialmente a lo largo del camino. Necesita saber lo que está ocurriendo. Y en estos momentos probablemente desea uno o dos Imageros más que cualquier otra cosa en el mundo. Si sus hombres nos echan la mano encima, no van a dejarnos ir simplemente porque les sonriamos y digamos por favor.

Terisa miró a los árboles sin decir nada.

—Y encima de todo eso —el tono de Geraden se volvió ligeramente más duro—, supongo que Orison se halla aún bajo asedio. *Supongo* que no ha caído todavía, o no habría ninguna razón para secuestrar a la Reina Madin. Si tenemos que entrar allí para ver al Rey Joyse, deberemos cruzar todo el ejército de Alend.

»Los hombres que se llevaron a la Reina eran de Alend. Parece como si todo eso

fuera algún plan del Príncipe Kragen. Así que es de él de quien tenemos que preocuparnos. Y no va a permitirnos entrar en Orison hasta que él esté preparado..., hasta que su trampa esté preparada.

Eso sorprendió a Terisa, que retrocedió unos pasos.

—¿Crees realmente que eso es cierto? ¿Crees de veras que el Príncipe Kragen es el responsable de haber secuestrado a la Reina?

—¿Tú no? Fuiste tú quien dijo que eran hombres de Alend. Y se la llevaron hacia Alend.

El ácido en su mente se estaba convirtiendo en náusea.

—Pero si él es el responsable... —Hasta aquel momento no había considerado detenidamente la cuestión—. Eso significa que está trabajando con el Maestro Eremis. ¿De qué *otra forma* hubiera podido conseguir a un Imagero que pudiera trasladar una avalancha?

Geraden la observó y aguardó.

—Pero, si eso es cierto, ¿por qué volvió a llenar Eremis el depósito de agua? ¿Por qué simplemente no dejó que el Príncipe Kragen entrara en Orison?

—Una pregunta interesante —murmuró Geraden entre dientes.

Ella intentó imaginar una explicación; pero casi de inmediato otro aspecto de la cuestión la golpeó.

—Si lo hizo el Príncipe, entonces tuvo que hacerlo a espaldas de Elegia. Ella nunca aprobaría algo así.

Geraden asintió una sola vez, secamente.

Las implicaciones hicieron detenerse a Terisa.

—Elegia está siendo también traicionada. —Se enfrentó directamente a Geraden, le mostró su inquietud—. ¿Qué vamos a hacer?

La forma en que él le devolvió la mirada dio la impresión de que había conseguido su objetivo: había desviado la dirección de los pensamientos de Terisa.

—Seguiremos en el camino hasta que nos acerquemos a Batten —respondió—. Allí es donde lo toman los de Alend. Y allí gira hacia el sur para unirse con el camino que viene desde Sternwall. Podemos ir directamente hacia el sudeste en dirección a Orison. Ahorraremos algunos kilómetros..., y quizá no perdamos mucho tiempo.

»Cuando alcancemos el asedio, intentaremos llegar hasta Elegia antes de que el Príncipe se dé cuenta de lo que estamos haciendo. —Bruscamente sonrió..., una aguda sonrisa sin nada de humor en ella—. Si ella sabe lo que le ha ocurrido a su madre..., si ha permitido que ocurriera, si lo aprueba..., entonces voy a sentirme muy *decepcionado* con ella.

—Y si no lo sabe —completó Terisa por él, intentando tranquilizarse a sí misma—, tal vez esté dispuesta a ayudarnos.

Él asintió de nuevo.

Al cabo de un tiempo, montaron en sus caballos y siguieron adelante.

Cabalgaron fuera de las últimas colinas de Fayle para *penetrar en una de las muchas y fértiles llanuras de Armigite* a lo que parecía un paso vertiginoso. Dejar los bosques detrás incrementaba la ansiedad de Terisa: Armigite parecía casi innaturalmente abierto, como si todo lo que lo cruzaba estuviera de alguna forma expuesto. Quizás era por eso por lo que el Armigite se había convertido en lo que era: tal vez su personalidad se había visto distorsionada por las presiones de hallarse tan expuesto. Pero en realidad había bastantes árboles por los alrededores, incluso en las tierras bajas, que evidentemente llevaban siendo cultivadas desde mucho antes de que el Príncipe Kragen y su ejército cruzaran el Pestil. Los lugares donde ocultarse eran escasos, pero había sombra disponible. Parcialmente por esa razón, y parcialmente a causa de la riqueza del suelo, las llanuras de Armigite no se parecían en nada a los áridos espacios de Termigan.

Terisa y Geraden hicieron buenos progresos, pese a la falta de monturas frescas. Geraden estudió repetidamente el mapa —estaban cruzando todavía una parte de Mordant donde él no había estado nunca antes—, y le aseguró a Terisa que su avance era bueno. Tal vez estuviera tan sólo intentando elevar su espíritu. Por alguna razón, el de él no parecía necesitar ningún apoyo: su entusiasmo sugería que le gustaba aquel avance veloz a través del paisaje, aquella clara y urgente sensación de finalidad; que estaba ansioso por regresar a Orison. Cuando la caída de la noche les obligó a detenerse y acampar, estaban cumpliendo las previsiones del viaje hasta Orison tal como lo había proyectado la Reina Madin, en tres días.

Cuanto más miraba él hacia delante, sin embargo, más volvía hacia atrás la atención de ella. Torrent la había emocionado inesperadamente, le había hecho darse cuenta de sus propias insuficiencias. A sus distintos modos, cada una de las hijas del Rey la había cautivado. Habían heredado más valor del que ella parecía poseer. Su determinación de oponerse al Maestro Eremis era poco más de un fingimiento, después de todo..., un fingimiento de que, de algún modo, podía trascender a su pasado.

Mientras miraba a través de la fogata a la abierta oscuridad de Armigite, murmuró:

—Geraden, hay algo que no comprendo.

—¿Sólo «algo»? —respondió él, haciendo un transparente esfuerzo por sacarla de su estado de ánimo—. Entonces eres maravillosa para mí, mi dama. *Mi* falta de comprensión no se detiene en «algo». Es tan enorme como el mundo.

Ella le miró. Su rostro era tan encantador como siempre. Y si algo podía decirse de él era que se había vuelto más atractivo; la excitación que había sentido desde que Torrent se fuera había sacado al exterior lo mejor de él a través de sus ojos, de las líneas de sus rasgos. No merecía su melancólico estado de ánimo. Por su bien, hizo

un esfuerzo por sonreír.

—Eso es probablemente cierto. Pero apostarí a que conoces la respuesta a esto. Él la miró fijamente y sonrió.

—Pruébame. —La danzante luz del fuego creaba la impresión de que su sonrisa iba todo el camino hasta los huesos.

Casi inmediatamente, ella descubrió que el peso que empujaba su espíritu hacia abajo no era en absoluto tan pesado como había creído.

—Creo que lo haré —dijo—. Pero primero deseo que me expliques algo.

El destellar en los ojos de Geraden se hizo más brillante mientras aguardaba a que ella continuara.

—Esa avalancha —dijo ella—. Tuvieron que usar dos espejos. ¿No es así? Uno para trasladarla de allá donde fuera que la hallaran. Y uno para trasladarla a la Casa del Valle.

—Sí —respondió de inmediato Geraden—. Pero eso es cierto también respecto a todo lo que hemos visto. Esos pozos de fuego en las afueras de Sternwall. Los devoracadáveres en Fayle. Incluso las criaturas que atacaron Houseldon. —Una sombra que muy bien pudiera ser pesar o rabia oscureció brevemente su mirada—. Todo ello ha necesitado dos espejos. Ése debe ser el secreto de Eremis. Así debe ser como es capaz de atacar tantos lugares distintos en Mordant sin tener que ir realmente a ellos. Y así debe ser como es *capaz* de trasladar a la gente dentro y fuera de Orison sin que eso les cueste su cordura.

»Ya hemos hablado de eso antes —añadió.

—Lo recuerdo. Es la única explicación que he oído que parece tener sentido. Dos espejos. Uno muestra una escena con un montón de deslizamientos de tierras. El otro es un espejo plano con la Casa del Valle en la Imagen. Eso significa —su corazón se contrajo al llegar a ese punto— que Eremis puede habernos visto en la Imagen. *Debe* habernos visto. Sé que yo estaba en la imagen. De otro modo no hubiera sentido la traslación.

»Eso significa que sabe dónde estamos.

»Y significa que somos responsables de lo que le ocurrió a la Reina Madin. Fue secuestrada a causa de nosotros.

—No. —Geraden rechazó la idea sin ninguna vacilación—. Eso no puede ser cierto. No fue a causa de nosotros.

—¿Por qué no?

—Es demasiado complicado. Tenía hombres preparados para ese ataque. Debían estar ya en camino mucho antes de que nosotros llegáramos siquiera a Fayle. Si tuviéramos algo que ver con ello, él hubiera tenido que saber que nosotros íbamos a ir ahí, y no a Romich, mucho antes de que lo supiéramos nosotros mismos. Y sus hombres no nos hubieran ignorado. Se hubiera sentido feliz ante la posibilidad de

capturarnos.

»Ese ataque fue dirigido contra la propia Reina. La ocasión fue una pura coincidencia. Eremis no puede controlar las avalanchas en su espejo. Tenía que estar preparado para actuar en el momento en que se presentara la oportunidad.

Involuntariamente, Terisa sacudió la cabeza. No le gustaba lo que estaba pensando.

—No. Probablemente *puede* controlar las avalanchas. Quiero decir que puede causar una en el momento que desee. Todo lo que tiene que hacer es enfocar su espejo al tipo adecuado de ladera. Entonces, cuando desea un corrimiento de tierras, todo lo que tiene que hacer es trasladar a otro lado la roca que retiene toda la ladera.

Geraden la miró, con sus ojos despidiendo llamas.

—Tienes razón. Nunca había pensado en eso.

—El ataque no fue dirigido contra nosotros —asintió ella—. Pero él sabe que nosotros *estábamos* ahí. Pudo haber visto que sobrevivimos. Pudo habernos visto alejarnos a caballo. Pudo suponer dónde íbamos.

»Eso significa que no podemos advertir al Rey Joyse. No servirá de nada. No habrá ningún lapso entre el momento en que él sepa lo que le ha ocurrido a la Reina y el momento en que Eremis sepa que él lo sabe. No tendrá ninguna posibilidad de actuar. Lo que estamos intentando hacer no tiene ningún sentido.

Se detuvo y escrutó el rostro de Geraden, conteniendo el aliento como si temiera su reacción.

Se sintió aliviada al ver que él no se descorazonaba. Su expresión se volvió intensamente pensativa, pero no pareció especialmente alarmado; y, ciertamente, no horrorizado. Suavemente, comentó:

—Ya lo he dicho antes. Tienes una imaginación morbosa. No me extraña que hayas estado tan deprimida todo el día.

»Esta vez —añadió al cabo de un momento— creo que estás equivocada.

Suavemente, ella dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Si Eremis nos vio —preguntó él, a guisa de explicación—, ¿dónde está Gart?

Terisa abrió mucho la boca. No era ella la única con una imaginación morbosa.

—Mientras estábamos hablando con Torrent —prosiguió Geraden—, mientras estábamos intentando ayudar al hombre del Fayle, mientras estábamos preparando nuestros caballos..., era la mejor oportunidad que tuvo nunca Gart de matarnos a ambos. Estábamos indefensos. ¿Por qué no se libró Eremis de nosotros mientras tenía la posibilidad?

»No creo que nos viera.

»*Pudo* habernos visto, por supuesto. Descubrimos eso en las afueras de Sternwall. Pero esta vez no creo que lo hiciera.

»Estoy seguro de que no lo hizo antes de la avalancha. Estábamos en el porche,

debajo del tejado, y su espejo estaba enfocado en el aire encima de la casa. Después de todo, no deseaba matar a la Reina Madin. No le hubiera servido de nada muerta. Pero no es ése realmente el asunto. El asunto es que, si estás trasladando varios cientos de toneladas de roca fuera de un espejo y dentro de otro, ¿qué haces entre traslaciones? Si cometes incluso el más pequeño error, todas esas rocas destrozarán el segundo espejo, y te encontrarás con toda la avalancha sobre tus rodillas.

Pese a sí misma, Terisa dejó escapar una pequeña risa histérica. Hubiera sido de perfecta justicia si la avalancha que Eremis había planeado para la Casa del Valle hubiera caído sobre su propia cabeza.

Geraden le dedicó una rápida sonrisa.

—La solución —dijo— es aquella de la que hablamos en una ocasión..., hace un centenar de años o así, en Orison, cuando no sabíamos que éramos dos de las personas vivas más poderosas. Trasladar el segundo espejo dentro del primero. En efecto, las rocas van a parar directamente al interior del espejo plano.

»Pero —alzó una mano para impedir cualquier interrupción—. Esto es lo que nos salvó. Cuando haces una traslación así, cuando pones el segundo espejo dentro del primero antes de empezar..., ¿qué es lo que puedes ver? Puedes ver la ladera de la montaña. Puedes ver las rocas. Pero no puedes ver la Imagen del segundo espejo. El *dorso* del espejo plano es el que mira hacia ti, a fin de que la parte frontal pueda trasladar las rocas.

»Y una vez inicias un proceso así, tienes que mantenerlo en marcha hasta que se aclare el polvo y estés seguro de que estás a salvo. Si lo detienes mientras aún hay *cualquier* posibilidad de que uno o dos peñascos caigan de la ladera de la montaña, el cristal plano puede verse hecho pedazos, y las rocas pueden terminar en tu cara. Así que no puedes apresurarte en trasladar el segundo espejo de vuelta fuera del primero y darle la vuelta a éste y reenfocarlo.

»Por eso tuvimos tiempo de alejarnos.

Escuchándole, Terisa sintió que un nudo en su interior se aflojaba al fin. Geraden tenía razón. Era posible que Eremis no les hubiera visto. De haberlo hecho, seguramente hubiera enviado un ataque tras ellos..., lobos o un felino de fuego, si no el propio Gart. Aún había esperanzas para el loco plan que Torrent y Geraden habían concebido.

Aquella noche, experimentó algunos de los beneficios del entusiasmo de Geraden. Ella empezó a sentirse también un poco entusiasmada.

Casi al mismo tiempo, cuando las ascuas se habían apagado ya y las nubes cubrían la luna, el Príncipe Kragen envió algunos hombres a limpiar los carbonizados restos de sus arietes y sus armazones protectores de las puertas de Orison. Deseaba que los nuevos arietes y armazones que estaban siendo terminados se lanzaran a un ataque que no encontrara obstáculos en su camino.

Y, a la mañana siguiente, preparó ese ataque.

Bueno, en algún momento se les acabará el aceite.

Parecía una táctica más bien endeble sobre la que gravitar las esperanzas de supervivencia de Alend, sin hablar de la victoria. Sin embargo, insistió. Simplemente, no tenía ninguna idea mejor. Con tiempo suficiente, hubiera podido permanecer sentado tranquilamente allá donde estaba, en plena seguridad, discutiendo asuntos de gobierno con su padre, o con dama Elega, entrenando a sus fuerzas..., y aguardando a que Orison se sometiera o muriera de hambre. Así era como se suponía que funcionaban los asedios. Pero nada que tuviera algo que ver con el Rey Joyse se desarrollaba nunca de la forma en que se suponía que tenía que hacerlo. Y en cuanto al Gran Rey Festten...

Si el Príncipe podía agotar las reservas de aceite para lámparas, aceite de cocinar, grasa inflamable, de Orison, quizá fuera capaz de lanzar con eficiencia sus arietes contra las puertas. Todo lo que necesitaba era conseguir abrir aquellas puertas.

Sabía que disponía de hombres suficientes para tomar el castillo, si sólo conseguía abrir sus puertas.

Hacia media tarde de aquel día, mientras el quinto de los arietes de fabricación casera del Príncipe Kragen ardía como una tea, Terisa y Geraden avistaron Batten y abandonaron el camino para rodear la ciudad por el este.

Aquél era uno de los momentos difíciles, explicó Geraden. Tenían que cruzar la ruta de aprovisionamiento de Alend. El peligro de tropezar con soldados de Alend era ahora grave. Y los exploradores o espías del Armigite estarían seguramente concentrados a lo largo de las líneas donde eran esperadas las fuerzas de Alend. Geraden y Terisa disminuyeron su paso hasta casi andar; y Geraden se pasaba largos momentos en las crestas de cada nueva altura, tensando sus ojos hacia el horizonte. De tanto en tanto, hallaba un árbol y trepaba a él para estudiar el terreno desde aquella ventaja.

Sin ninguna buena razón excepto que no veía nada —ni siquiera las murallas de la ciudad, una vez ella y Geraden abandonaron el camino—, Terisa empezó a pensar que aquellas pausas cautelares eran innecesarias. Cruzaron la inconfundible porción de terreno que había llevado al ejército de Alend hasta el camino —inconfundible porque el suelo aún ofrecía las marcas de las ruedas, las huellas de los cascos, la presión de las botas—, pero no vieron ningún signo de los carromatos de provisiones de Alend o de los hombres del Armigite. Hubiera preferido el riesgo de la rapidez que la frustración de la espera.

Cambió de opinión, sin embargo, cuando él bajó de uno de los árboles tan rápido que casi estuvo a punto de caer como el torpe que había sido antes. Siseando rápidamente instrucciones, arrastró sus monturas hasta un bosquecillo cercano; con su ayuda, obligó a los animales a echarse al suelo, luego hizo todo lo posible por cubrir

sus hocicos e impedir que se agitaran mientras los otros caballos llegaban cerca.

Un pequeño grupo de jinetes con ropas sucias y ojos malignos pasaron tan cerca que Terisa hubiera podido alcanzarles de una pedrada.

—Mercenarios —chirrió Geraden en voz muy baja, después de que los jinetes hubieran desaparecido—. Ese tipo de hombres..., si van con prisa, pueden degollarte *antes* de violarte.

»Pensé que todos los mercenarios del mundo trabajaban para Cadwal.

Terisa tenía problemas con su pulso. —Entonces, ¿qué están haciendo aquí? Él se encogió rígidamente de hombros, como si todos sus músculos estuvieran anudados.

—Trabajando para alguien distinto. O espiando para el Gran Rey. Si los Feudos envían refuerzos al Príncipe Kragen, Festten deseará saberlo. Puede que a estas alturas tenga hombres por toda esta parte de Mordant.

Oh, estupendo, murmuró Terisa para sí misma. Justo lo que necesitamos.

Ella y Geraden tuvieron que ocultarse dos veces más antes de terminar el día, pero en ambas ocasiones pudieron evitar el ser descubiertos con relativa facilidad. Los grupos de mercenarios esperaban muchas cosas, pero claramente no esperaban encontrarse a un hombre y una mujer con tres caballos avanzando por terreno abierto en torno a Batten.

Aquella noche, en un campamento sin fuego en una pequeña hondonada, ella observó:

—No puedo vivir de este modo.

—¿Cómo, escabulléndonos así? ¿Rodeados de gente que nos abriría en canal a menos que tuviera el buen sentido de hacernos prisioneros si sólo supiera quiénes somos? ¿No bromeas? —Geraden bufó suavemente—. Terisa, me sorprendes.

En realidad, ella también estaba sorprendida de sí misma. Sin ninguna advertencia previa, de pronto se había visto inundada por la sensación de lo extrañas que eran sus circunstancias. ¿No era ella Terisa Morgan, la muchacha pasiva que había estado escribiendo cartas tristes para el Reverendo Thatcher hasta perder la fe en él y su misión? ¿No era ella la solitaria mujer que había decorado su apartamento con espejos porque no sabía ninguna otra forma de demostrar que existía?

Así que, ¿qué estaba haciendo *allí*..., rodeada, como había observado Geraden, de enemigos; afanándose por campo abierto a lomos de un caballo en un casi loco esfuerzo para advertir al Rey Joyse de que su esposa había sido secuestrada; tan furiosa contra el Maestro Eremis que no podía pensar en él sin echarse a temblar? ¿Qué estaba *haciendo*?

—Yo también me sorprendo —murmuró; pero Geraden había hablado bromeando, y ella lo decía en serio. Por todos lados, la noche parecía a la vez enorme y sutil, demasiado grande para enfrentarse a ella, demasiado hábil para escapar a ella. Y las estrellas... Sabía en sus huesos que la ciudad donde estaba su apartamento no

tenía nada parecido a aquel número de estrellas contemplándola—. En este preciso momento, parece como si no hubiera ningún otro lugar en el universo más alejado de donde acostumbraba a vivir que éste.

—¿Tienes miedo? —preguntó él gentilmente—. Todavía nos queda un largo camino por recorrer.

No estaba hablando de la distancia a Orison.

—Eso es lo divertido —murmuró ella—. Cuando me detengo y me tomo el pulso, tengo la impresión de que nunca he estado tan asustada en toda mi vida. Pero cuando pienso acerca de dónde vine: mi apartamento, mi trabajo, mis padres..., creo que nunca he sido tan valiente.

Al cabo de un rato, él dijo:

—Constituye una sorprendente diferencia cuando tienes unas razones buenas y claras para lo que estás haciendo. Creo que yo sufría tantos accidentes porque estaba confuso. En conflicto conmigo mismo.

Ella estaba de acuerdo, pero no lo dijo. En vez de ello, murmuró:

—No seas presumido. Te vi estar a punto de caer de ese árbol.

Eso le hizo reír. Y su risa siempre hacía que ella se sintiera mejor.

El Príncipe Kragen también tenía razones para sus acciones.

Lo que estaba haciendo carecía de precedentes. Pese a la oscuridad, pese al hecho de que sus hombres no podían ver los contraataques de Orison a tiempo para defenderse muy bien..., estaba atacando las puertas con el ariete más poderoso de que disponía.

Tenía dos razones para arriesgar tan derrochadoramente la sangre de su ejército: la una inmediata, la otra alarmante.

Su razón inmediata era que justo antes del anochecer los defensores habían dejado de derramar aceite sobre las protecciones de sus arietes. El ariete en particular así perdonado no había sido especialmente impresionante: su armazón protegía solamente a los hombres suficientes para moverlo, no a los suficientes para amenazar seriamente las puertas. Sin embargo, el hecho de haber sido perdonado sí era significativo. Sin vacilar, el Príncipe llamó de vuelta aquel ariete y envió otro mucho mayor, con toda su dotación de hombres.

A éste también se le permitió hacer su trabajo sin ser incendiado desde arriba.

Dos interpretaciones se sugerían por sí mismas de inmediato. Orison había agotado su aceite. U Orison estaba intentando conservar el aceite que le quedaba..., confiaba en la oscuridad para protección.

Bajo otras circunstancias, esta posibilidad de atacar las puertas hubiera valido el riesgo. Por la noche, protegidos por la oscuridad de los arqueros, los defensores del castillo podían descender de los muros con cuerdas y atacar el ariete en cuestión de minutos. Pero el Príncipe estaba demasiado preocupado para perderse aquella

oportunidad, por costosa que pudiera resultar.

Estaba alarmado porque durante aquella tarde sus exploradores habían interceptado a dos hombres heridos, casi agonizantes, que al parecer eran los últimos supervivientes que el Perdon enviaría ya a Orison.

Ni siquiera estaban seguros de cuál había sido el destino de su señor. Cuando éste los envió a Orison, todavía tenía varios cientos de hombres a su alrededor, aún seguía luchando. Pero sabía que estaba acabado. Envío a esos dos soldados para advertir al Rey Joyse.

Estaban demasiado malheridos para sobrevivir a aquella noche; pero el Príncipe Kragen consiguió hilvanar su historia a partir de sus confusos y febriles balbuceos. Lo que al parecer había ocurrido era que el Gran Rey Festten había cambiado repentinamente de táctica. Había detenido su inexplicable marcha hacia el Care de Tor: por un tiempo, incluso había dejado de atacar al Perdon. En vez de ello, había acampado su enorme ejército como si hubiera conseguido su objetivo, como si el único auténtico propósito de su marcha hubiera sido capturar el terreno donde se hallaba ahora..., una región relativamente deshabitada de complejas colinas y pequeños ríos no más cerca de Marshalt que de Orison.

Y entonces, mientras el Perdon estaba aún intentando imaginar lo que Festten estaba haciendo, el Gran Rey envió a casi cinco mil soldados a rodear y atrapar al señor. Al final, sólo el terreno había permitido a aquellos dos hombres heridos escapar. Se habían ocultado en un boscoso barranco hasta que la oscuridad les permitió alejarse arrastrándose hacia el norte.

¿Cuántos días hacía de esto?, deseaba saber el Príncipe Kragen. ¿Cuál era la distancia exacta? De hecho, deseaba tanto saberlo que su misma frustración lo tentó a recurrir a algunas formas más duras de interrogatorio. Pero era evidente que los hombres del Perdon habían sido torturados ya más allá del punto en que eran capaces de pensar o hablar coherentemente. El Príncipe Kragen se quedó con muy poca idea de cuándo habían abandonado a su señor, o dónde estaba Festten.

Así que atacó las puertas de Orison por la noche, pese a las pérdidas que sabía que iba a sufrir. Tenía miedo: podía sentir una especie de hado adverso avanzar a largas zancadas hacia él en la oscuridad. Un enemigo que podía hacer avanzar al menos a veinte mil hombres hasta tan lejos como en medio de la nada —en este caso, en medio del Care de Tor—, sin ninguna finalidad razonable excepto *acampar*, era capaz de cualquier cosa.

Durante las horas de oscuridad, Kragen escuchó el sordo y plano retumbar del ariete contra las puertas, los gritos de los defensores y los gritos de sus propias fuerzas..., escuchó, y rechinó los dientes para refrenar su rabia ante una guerra que no podía ni evitar ni comprender.

El Castellano Lebbick parecía estar de un talante completamente distinto. Si

sentía algún deseo de ponerse furioso, no lo demostraba. Desde las almenas encima de la puerta, contemplaba el enorme ariete de Alend trabajar contra la puerta con una retorcida expresión en su rostro, como si algo dentro de él estuviera siendo desgarrado; sin embargo, no alzaba la voz ni maldecía. Ni siquiera sonreía. Por alguna razón no muy clara, murmuraba con disgusto palabras que sonaban a los guardias de su alrededor algo así como «estúpida mujer». Luego pidió cuerdas y empezó a disponer a sus hombres para defender las puertas.

Sin embargo, no se quedó para contemplar la lucha. Un buen número de sus capitanes sabían lo que había que hacer en una situación como aquélla. Se alejó como una sombra del hombre que acostumbraba a ser, dispuesto a pasar tanta parte de la noche como fuera posible bebiendo con Artagel.

Desgraciadamente, la cerveza —ni siquiera en aquella cantidad— servía para aliviar la ardiente y seca sensación en su mente. Estaba lleno de presentimientos; su cerebro masticaba anticipaciones de desastre. Así que se sintió hoscamente sorprendido cuando a la mañana siguiente despertó y supo que algo bueno estaba ocurriendo.

Llovía.

Una lluvia intensa, tan densa que cegaba el castillo y convertía el polvo del patio en una sopa instantánea; lo que la gente allá donde Lebbick había crecido llamaba una auténtica limpiabarrancas. Y muy esperada; Mordant estaba acostumbrado a lluvias así en primavera.

Por supuesto, hacía que Orison fuera imposible de defender. Los guardias encima de las puertas no podrían saberlo ni aunque todo el ejército de Alend se acercara a un tiro de piedra de sus narices.

Por otra parte, la lluvia también hacía imposible el ataque.

Los de Alend no disponían de pie firme. Podían traer sus arietes más grandes y golpear con ellos hasta que se les partiera el corazón; pero no podían coger el impulso suficiente para conseguir algo efectivo. Las puertas resistirían eternamente contra cualquier golpeteo que pudieran recibir en aquella lluvia. Y las demás máquinas de asedio eran igualmente inútiles.

La lluvia no alegró al Castellano Lebbick. Había rebasado el punto en el que algo podía alegrarle aún. Pero le proporcionaba un respiro, un poco de tiempo en el que poder aferrarse un poco más a sí mismo.

También ayudó a Terisa y Geraden.

Eso sorprendió a Terisa. Se empapó y cogió tanto frío tan rápidamente que se sintió derrotada antes de que el día hubiera despuntado por completo. Pronto se dio cuenta, sin embargo, de que ella y Geraden no corrían tanto peligro de ser descubiertos o capturados en medio de aquel aguacero. Si hubiera dejado que Geraden se adelantara tres metros con respecto a ella, no hubiera sido capaz de

divisarle.

Ahora el problema no tenía nada que ver con ser detenidos. Ahora el problema era hacia dónde estaban yendo.

—¿Cómo sabes que no nos hemos perdido? —le gritó a Geraden en medio del diluvio.

—¡La lluvia! —Pese al agua que corría en arroyos por su rostro, sonrió—. ¡En esta época del año, siempre procede del oeste! ¡Estamos yendo hacia el sur, así que lo único que tenemos que hacer es ir cortando el viento!

Se hubiera sentido realmente impresionada si todo su cuerpo no se sintiera tan miserable.

Sin embargo, siguió avanzando; ella y Geraden siguieron avanzando. Mientras sus enemigos estaban cegados era el mejor momento para ganar el máximo terreno posible. La lluvia podía hacer imposible que Torrent siguiera a su madre; pero Terisa se sentía demasiado fría y empapada como para preocuparse por algo tan fuera de su control. Se concentró principalmente en Geraden y en su avance hasta que finalmente la tormenta disminuyó, una o dos horas antes del anochecer, y él tuvo la oportunidad de orientarse.

—Mañana. —Había alivio en su voz; sin embargo, ella nunca lo había oído sonar tan cansado—. Estaremos en el Demesne mañana por la mañana. Mañana por la tarde o por la noche alcanzaremos Orison.

Sólo por decir algo, ella murmuró:

—Si el Príncipe Kragen no me ofrece ropa seca, le escupiré a la cara.

Geraden asintió su aprobación.

—Simplemente no le des una patada en las partes. He oído decir que los príncipes tienden a ponerse furiosos si los patean en las partes.

—No me importa —respondió ella—. Llevo tanto tiempo a lomos de un caballo que ya no puedo recordarlo, y me duele todo el cuerpo. Voy a patear a quien quiera y en el lugar que quiera.

Él asintió de nuevo.

—Puede que tengas que hacerlo. —Era evidente que sus pensamientos estaban en otra parte—. Llevamos con nosotros un montón de preguntas desde hace un montón de tiempo. Mañana empezaremos a conseguir respuestas. Puede que tengas que patear a todo el mundo con quien nos encontremos.

Terisa se negó a preocuparse por aquello. Todo lo que deseaba en aquellos momentos era sentirse caliente y seca.

Los habitantes de Orison tuvieron una reacción opuesta: rezaron para que la lluvia siguiera.

Desgraciadamente, no lo consiguieron. A la mañana siguiente, el suelo estaba lo suficientemente seco como para que el Príncipe Kragen reanudara su ataque.

El barro era aún denso: un mar de él rodeaba Orison. Pero décadas o siglos de uso habían compactado lo suficiente el camino de entrada al castillo; proporcionaba suficiente pie a los de Alend como para poner un poco de fuerza a los embates de su ariete.

Protegidos por el armazón y sus escudos, casi un millar de hombres se agruparon cerca de los muros para apoyar el ariete mientras martilleaba las puertas. Cada golpe parecía transmitirse a través de la piedra y ascender hasta la parte superior de las torres y descender hasta las más profundas mazmorras.

Como respuesta, los guardias del Castellano Lebbick instalaron mandrones lo suficientemente poderosos como para mellar el hierro y astillar la madera. Los mandrones destrozaban los escudos de Alend casi sin ningún esfuerzo, reducían a pulpa la carne bajo los escudos y aplastaban los huesos. Lebbick, sin embargo, no disponía de muchas ballestas lo bastante potentes. Y sus hombres tenían que disparar docenas de flechas a fin de dañar el armazón que protegía el ariete.

Lentamente, inevitablemente, golpe tras golpe, las puertas empezaron a ceder.

La madera empezó a comprimirse y a cuartearse; aparecieron las tensiones a lo largo de los refuerzos de hierro; el mortero empezó a saltar de entre las piedras que sujetaban las puertas al muro; los cerrojos empezaron a aflojarse.

En aquel momento, el Príncipe Kragen estaba pagando ya por su éxito con docenas y luego con centenares de sus hombres. Dentro del castillo, los defensores de Orison no sufrían pérdidas. Pero aquel desequilibrio cambiaría de sentido tan pronto como cedieran las puertas.

—Mañana —murmuró Lebbick, inspeccionando las maderas con ojo experto—. Esos lamemierda estarán dentro mañana. Nos queda eso de vida.

No parecía preocupado. Ni siquiera sonaba furioso.

Sonaba satisfecho.

Como correspondía, envió un informe al Rey Joyse. Luego redujo los defensores de Orison al mínimo. Cada guardia que podía ser retirado recibió la orden de alejarse para pasar todo el tiempo que pudiera con los amigos o familia que tuviera.

Su esposa hubiera aprobado aquello.

Amistosamente, Artagel le preguntó:

—¿Qué supones que hará el Rey Joyse para salvarnos?

Sin la menor advertencia, el Castellano Lebbick recuperó su ira.

—Por la forma en que está yendo nuestra suerte —tenía los dientes tan fuertemente apretados que parecía como si su frente fuera a cuartearse—, desafiará al fornicador Príncipe Kragen a un *duelo*.

Con la furia crujiendo en cada músculo, abandonó las puertas y el patio. Mientras estaba furioso, al menos, no podía soportar ver lo que estaba ocurriendo.

Como el Príncipe, no tenía ninguna forma de saber que Terisa y Geraden estaban

ya en el Demesne.

Más tarde, aquella tarde, cabalgaron como si no tuvieran miedo directamente hacia la primera patrulla de Alend que encontraron, y pidieron ser llevados ante dama Elega.

Las espadas y la desconfianza les rodearon de inmediato. La montura de Terisa mostraba una inquietante inclinación a girarse en todas direcciones; tenía que luchar con ella para mantenerla bajo control. Era consciente de que el clima se había vuelto frío desde la lluvia del día anterior. ¿Hombres de Alend?, se preguntó. ¿No de Cadwal? ¿Significa eso que Orison aún sigue resistiendo? Pero no tenía intención de formular aquellas preguntas en voz alta. Después de todo, estos soldados iban vestidos como los hombres que habían secuestrado a la Reina Madin.

El jefe de la patrulla restalló:

—¿Qué mierda de cerdo os hace pensar que tenéis alguna razón para ver a la dama del Príncipe?

La boca de Geraden sonrió, pero sus ojos eran duros.

—Somos sirvientes —respondió, con un asomo de riesgo en su voz—. Nuestros padres han servido a su familia desde antes de que nosotros nacióramos. Hemos crecido junto con ella.

»Venimos de Romish. La Reina nos envió a verla.

El jefe de los hombres de Alend gruñó una maldición.

—¿La Reina? ¿Madin, esa jodida esposa de Joyse?

El esfuerzo de controlar su caballo cubrió el rostro de Terisa tan efectivamente como una máscara. La expresión de Geraden era positivamente serena: sólo sus ojos amenazaban con traicionarle.

—Así que has oído hablar de ella —dijo blandamente—. Bien. Entonces comprenderás que a dama Elega no va a gustarle nada si nos impides entregarle nuestros mensajes.

—¿La Reina Madin? —repitió el de Alend, con la voz congestionada por la hostilidad—. ¿Traéis mensajes de la Reina Madin?

La boca de Geraden sonrió de nuevo.

—Vaya, *eres* rápido. —Luego, suavemente, añadió—: Llévanos a presencia de dama Elega.

Un pequeño estremecimiento recorrió el corazón de Terisa cuando oyó la autoridad en su tono.

El jefe de la patrulla dudó; había sido cogido por sorpresa..., un hecho que pareció desconcertarle. Para compensarlo, gruñó una obscenidad. Luego dijo:

—Creo que el Príncipe deseará oír vuestros mensajes.

—Siempre que podamos hablar con ella —respondió Geraden—, no me importa quién más nos escuche. Llévanos a verlos a los dos.

»Simplemente hazlo.

Ante su propia y evidente sorpresa, el jefe de la patrulla de Alend se dio la vuelta y organizó a sus hombres para que escoltaran a Geraden y Terisa hacia el campamento. Un par de sus hombres galoparon delante; el resto formó un nudo en torno a los viajeros.

Repentinamente aturdida por el alivio —quizás a causa de que su caballo había dejado de querer actuar por cuenta propia—, Terisa se permitió el riesgo de guiñarle un ojo a Geraden. Éste fingió no darse cuenta.

Estaban más cerca del asedio de lo que habían supuesto. Al cabo de poco tiempo llegaron a la vista del ejército de Alend y de Orison.

Terisa se sorprendió de lo pequeño que parecía el castillo bajo aquellas circunstancias, rodeado por diez mil soldados, medio centenar de máquinas de guerra y un número incontable de sirvientes y seguidores del campamento. La masa de piedra gris de Orison, que hubiera debido parecer impenetrable, mostraba un inesperado parecido al cartón; las pequeñas banderas que ondeaban en las torres daban al lugar el aspecto de un juguete de niño.

Al mismo tiempo, la brecha parcialmente cubierta por el muro cortina parecía bostezar innaturalmente amplia, como si fuera más grande de lo que había sido antes, y más oscura: una herida mortal.

Los hombres que cabalgaban delante habían causado ya una conmoción: Terisa pudo ver al ejército y sus acompañantes moverse para recibirles a ella y a Geraden. La gente corrió hacia delante para mirar; se formularon preguntas que el jefe de la patrulla ignoró o respondió con un grito. El ataque a las puertas empleaba tan sólo una fracción de las fuerzas del Príncipe Kragen; el resto no tenía nada que hacer por el momento excepto aguardar y preocuparse. Algunos de los soldados sólo deseaban noticias. Pero otros ofrecían chistes e insultos que hicieron que los ojos de Geraden se volvieran tan duros como cristales. Sin embargo, mantuvo su expresión de serenidad, y siguió a la patrulla a través del campamento.

Pasaron junto a una zona de sucias y descuidadas tiendas donde vivían los más pobres de los seguidores del campamento, hundidos hasta los tobillos en la acumulación de sus propios desechos. Luego el orden y la limpieza del campamento empezó a mejorar, de acuerdo con el creciente estatus de sus ocupantes. Al cabo de unos minutos, la patrulla llevó a Terisa y Geraden a una zona abierta como la imitación de un patio, rodeada por varias tiendas tan grandes y lujosas que Terisa estuvo segura de que ella y Geraden habían alcanzado su meta.

Su meta inmediata, en cualquier caso. Para poder entrar en Orison, primero tenían que pasar más allá del Príncipe Kragen.

Salió de una de las tiendas a las sombras del atardecer antes de que nadie hubiera tenido oportunidad de desmontar. Avanzó como si tuviera intención de dirigirse

directamente a los jinetes; pero tan pronto como los vio se detuvo en seco.

Clavó los puños en sus caderas cuando Terisa cruzó su mirada con la de él; sus negros ojos llamearon como si ella le hubiera dado un bofetón. Por un momento, obligándose a ser meticuloso, volvió la cabeza y estudió a Geraden; luego miró de nuevo fijamente a Terisa.

—¿Sirvientes de la Reina? —preguntó a su hombre, en un tono que podía ser burlón o amargo—. ¿Te dijeron eso, y tú les creíste? ¿A ninguno de vosotros, estúpidos, se os ocurrió preguntarles sus *nombres*?

Sin embargo, no dio al jefe de la patrulla la oportunidad de responder.

—Oh, olvídalo. Te hubieran mentido también con sus nombres, y entonces hubieras quedado como un estúpido mayor aún que ahora.

»Al menos ten el sentido común de desarmarlos. Luego puedes irte.

Herido en su amor propio, el jefe de la patrulla se apoderó de las armas de Terisa y Geraden, las espadas que les había dado el Termigan. Luego sus hombres se retiraron.

El Príncipe Kragen dio la impresión de que la patrulla había dejado ya de existir en lo que a él se refería. Estaba concentrado exclusivamente en Terisa.

—Mi dama Terisa de Morgan —dijo lentamente, arrastrando las palabras de una forma que sugería humor o burla—. Me sorprendes por completo. Y tu compañero debe ser el infame Apr Geraden, el blanco a la vez del augurio y de las burlas. No puedo pensar en otra posibilidad.

»Sin embargo, me sorprendes también en eso. Puesto que estás *aquí fuera* —apartó un puño de su cadera para hacer un gesto hacia el terreno entre las tiendas—, cuando es obvio que deberías estar *ahí dentro* —señaló hacia Orison—, llego a la conclusión de que tenéis una notable historia que contarme.

»Me la contaréis —gradualmente, su tono convenció a Terisa de que no estaba de buen humor— ahora.

—Mi señor Príncipe —intervino firmemente Geraden, como si no estuviera interrumpiendo al Pretendiente de Alend—, ¿dónde está dama Elega?

—Estoy aquí, Geraden.

Terisa se volvió en su silla y vio a la hija del Rey.

Elega estaba de pie entre los faldones de la entrada de una de las tiendas. Un rayo de sol incidía sobre su rostro, de modo que su palidez habitual quedaba cubierta por un rubor naranja dorado, y la luz ahogaba la vividez de sus ojos. Vista de aquel modo, parecía como si se hubiera convertido en una mujer completamente distinta desde que Terisa la había visto por última vez.

—Así que es cierto, mi dama Terisa —dijo claramente, alzando su voz como si se tratara de una ocasión formal—. Siempre fue cierto. Eres una Imagera.

La boca del Príncipe Kragen se agitó bajo su bigote en una maldición. Cuando

habló, sin embargo, su tono permaneció neutro:

—¿Cómo has llegado a esta conclusión, mi dama Elega?

La mirada de Elega no se apartó de Terisa; la estudió a través de los rayos del sol.

—Como tú has dicho, mi señor Príncipe, no están en Orison. Es dudoso que hayan podido arrastrarse fuera cruzando su asedio. En consecuencia, tienen que haber utilizado la Imagería.

—Que puede habernos proporcionado otra persona —señaló ásperamente Geraden—. No olvides esa posibilidad. No creerás que Gart efectúa sus propias traslaciones, ¿verdad?

Un inesperado silencio cayó sobre las tiendas. Elega se llevó a medias una mano a la boca, luego la dejó caer. Un destello de blancos dientes apareció entre los labios del Príncipe Kragen. Desde algún lugar en la distancia, Terisa podía oír un metódico golpeteo, un profundo resonar a la vez tan duro y tan lejano que parecía llegar a través del suelo antes que del aire. Unos hombres gritaban rítmica y débilmente. Su presencia allí, y la de Geraden, debía haber constituido una completa sorpresa para Elega y el Príncipe. Ahora la idea que sugería Geraden parecía impresionarlos aún más, como si hiciera que toda la situación fuese incomprensible.

Bien, pensó Terisa, esto era mejor que verse atados... o degollados. Sintió un excéntrico, casi alocado deseo de aplaudir a Geraden. Los hombres que se habían llevado a la Reina Madin eran de Alend. Y Terisa y Geraden tenían tantas preguntas... Y deseaban entrar en Orison. Si Kragen había ordenado realmente el secuestro de la Reina, su única esperanza era mantenerlo desequilibrado y rezar para que ocurriera algo inesperado.

Intentando hacer su contribución, preguntó:

—Mi señor Príncipe, ¿puedo desmontar? Llevo en este caballo desde mucho antes de lo que puedo recordar.

Un leve estremecimiento pareció recorrer el cuerpo del Príncipe Kragen, una breve convulsión de su voluntad. Inmediatamente se tranquilizó, como si su seguridad en sí mismo hubiera sido tensada una muesca.

—Por supuesto, mi dama Terisa. —Avanzó hacia ella—. En lo que a otros asuntos se refiere, ya he dicho que las deudas entre nosotros han sido saldadas. Pero eres una amiga de dama Elega, y así eres bienvenida entre nosotros. Permíteme ofrecerte la hospitalidad del Monarca de Alend.

Alzó las manos para ayudarla a desmontar.

Aquella era una cortesía a la que Terisa no estaba acostumbrada, pero hizo todo lo que pudo por dejar que la ayudara. Geraden desmontó también y acudió a su lado; inmediatamente, hizo una formal inclinación de cabeza al Príncipe Kragen.

—Mi señor Príncipe, no he sido propiamente presentado, aunque tú me has nombrado. Soy Geraden, el séptimo hijo del Domne, un Apr de la Cofradía de

Imageros.

»Como has dicho, tenemos una notable historia que contar. —De alguna forma, consiguió sonar como si no pudiera pensar en una sola razón para desconfiar del Príncipe—. Y tiene que haber un montón de cosas que tú puedas contarnos a nosotros, si podemos persuadirte de que lo hagas.

—Geraden. —Elega había avanzado hacia ellos mientras Terisa tenía la mirada clavada en el Príncipe Kragen. Su rostro y su silueta estaban en sombras ahora, con el paradójico resultado de que parecía más brillante, más aguda; más *capaz*—. ¿Qué significa esto? —preguntó—. ¿Por qué estáis aquí? ¿Y cómo? Seguramente no nos pedirás que creamos que esto no es más que el resultado de otra de tus colosales equivocaciones.

—No —respondió Geraden—. Por otra parte, espero que creas que me resulta difícil confiar en ti lo suficiente como para decírtelo todo.

Bien: acababa de dar el primer indicio de cuáles eran sus lealtades; en consecuencia, de sus intenciones. Terisa contuvo el aliento, temeroso de que estuviera arriesgando demasiado, demasiado pronto.

Afortunadamente, Kragen no estaba lo bastante sorprendido como para reaccionar de forma errónea. Sabía lo que le había ocurrido a Nyle en su intento de alcanzar al Perdon: probablemente era capaz de dar por sentadas las lealtades de Geraden. Antes de que Elega pudiera responder al sarcasmo de Geraden, el Príncipe Kragen se situó entre ellos y cogió a Terisa del brazo.

—Discutiremos concienzudamente estas cosas, os lo aseguro —observó—, pero no veo ninguna razón por la que no debamos hacerlo en un lugar más confortable..., y en privado. —Con su mano en el brazo de Terisa, la animó a avanzar, conduciéndola hacia la mayor de las tiendas que rodeaban el espacio—. Además, os he ofrecido la hospitalidad del Monarca de Alend, y eso no debe rechazarse. —Como si ya no se estuvieran moviendo, como si ella tuviera alguna posibilidad, preguntó—: ¿Vendrás conmigo?

Terisa asintió. Pero no dejó escapar el aliento hasta que vio que tanto Geraden como Elega les seguían.

El príncipe la introdujo en lo que al cabo de un momento se dio cuenta de que era el avance de la tienda. Estaba iluminado tan sólo por los braseros que lo calentaban, con el resultado de que su mobiliario era oscuro, vagamente ominoso; las sillas parecían agazaparse en las tinieblas, tan impredecibles como bestias. El Príncipe Kragen, sin embargo, dio unas palmadas, y pidió lámparas y vino. Los sirvientes respondieron casi instantáneamente; pronto una cálida luz amarilla llenó el avance, y el peligro se arrastró hacia atrás, ocultándose en la oscuridad de la parte superior de los postes o en las sombras detrás de las sillas.

—El Monarca de Alend se ha retirado a su cama —dijo casualmente el Príncipe

Kragen—. De otro modo os hubiera dado personalmente la bienvenida. Esta tienda sirve como su sala de consejos, y dudo —sonrió— que haya ningún hombre en todo el campamento que se atreva a escuchar lo que se dice aquí. Podemos hablar libremente.

Hizo que Terisa, Geraden y Elega se sentaran. Cuando estuvo servido el vino, él tomó también una silla. Terisa bebió un sorbo de la espléndida cosecha, intentando controlar su nerviosismo; pero Elega los observaba a ella y a Geraden, mientras que Geraden observaba al Príncipe.

El Príncipe Kragen jugueteó con su vaso.

—Mi dama Terisa, Geraden, éstos son tiempos complejos. Sospecho que todas las historias son notables. Sin *embargo*, vuestra llegada aquí sugiere preguntas a las que me gustaría obtener respuestas.

—Perdoname, mi señor Príncipe —intervino Geraden, como si no hubiera oído a Kragen—. Han ocurrido tantas cosas... Lo último que sabemos es que Cadwal avanzaba hacia aquí. Un ejército enorme. ¿Dónde *está*? ¿Qué le ha ocurrido al Perdon? ¿Cómo ha sido *capaz* Orison de retenerte durante tanto tiempo?

—Geraden, yo estoy al mando de este asedio. —La voz del príncipe se convirtió en un suave ronroneo, una amenaza—. Este ejército es mío. Deseo comprender cómo habéis llegado hasta aquí.

—Por supuesto, mi señor Príncipe. —Geraden se permitió una ligera y sugerente pausa—. Por otra parte, desearía ser capaz de medir las consecuencias de lo que te diga. Estoy hablando con un honorable enemigo y una poco honorable amiga. —Ignoró la forma en que Elega se envaró, el violento llamear de su mirada—. El conocimiento es poder. No deseo colocar un arma en las manos equivocadas.

—No lo harás. —El Príncipe Kragen podría ser muy bien un gato fingiendo que no estaba a punto de saltar—. La pondrás en *mis* manos.

Geraden no parpadeó.

—¿O de lo contrario?

El Príncipe se encogió delicadamente de hombros.

—No hay ningún «o de lo contrario». Simplemente afirmo un hecho. Me *contarás* tu notable historia.

Su tono dejó el estómago de Terisa convertido en un puro nudo. Cuando miró su vaso, descubrió que estaba casi vacío.

—Geraden —intervino Elega—, ¿por qué habéis venido aquí? Nunca habéis sido estúpidos. Sabíais que se produciría esta situación. Sabíais que tanto el Príncipe como yo deseamos la derrota de Orison. Y sabíais —pareció dudar, pero sólo por un instante— que no podemos permitirnos el lujo que mantengáis en secreto vuestros conocimientos. Nosotros también arriesgamos mucho. Mi vida quizá sea una cosa pequeña, pero el Príncipe es responsable de todo el ejército de Alend. En resumen, es

responsable de la supervivencia de todo el reino de su padre.

»Y por ello —añadió firmemente— tengo mi propia responsabilidad. Como el Rey, yo he traído a todos nosotros a este lugar.

»¿Por qué os habéis puesto tú y dama Terisa en nuestras manos, si no tenéis intención de decirnos lo que sabéis?

Geraden no se lo pensó.

—Porque somos incapaces de entrar de nuevo en Orison sin vuestro consentimiento.

—¿Es eso lo que deseáis? —preguntó suavemente el Príncipe Kragen—. ¿Queréis que os permitamos entrar en Orison, para que podáis contarle al Rey Joyse la historia que pretendéis ocultarme a mí?

Geraden contempló aquel aspecto de la situación.

—Eso es esencialmente cierto, mi señor Príncipe.

—Sospechaba algo parecido. —El Príncipe juntó las manos sobre sus muslos, con las puntas de los dedos tocándose ligeramente, como si su autocontrol fuera perfecto—. Mi mente no es como la de mi dama Elegá. Cuando entrasteis en mi campamento, no dije: Son Imageros. Dije: Son exploradores que desean informar a su señor.

»Si creéis que voy a permitir os cruzar mi asedio para que podáis prestar ayuda o información de cualquier tipo al Rey Joyse, estáis seriamente equivocados.

Geraden se encogió de hombros. A juzgar por la blandura de su expresión, no tenía ni idea de lo seriamente que acababa de ser amenazado.

Terisa estaba demasiado llena de ansiedad para permanecer quieta en su silla. Sin pedir permiso, se levantó y fue hacia la jarra de vino.

—¿Por qué no llegamos a un acuerdo? —dijo impulsivamente. El cansancio y los primeros efectos del vino podían estar hablando por ella. Había jugado al juego de intercambiar información con el Rey Joyse: sabía que era peligroso. Pero era lo mejor que podía ofrecer. Con su vaso lleno de nuevo, regresó a su asiento—. Vosotros nos decís algo. Nosotros os decimos algo. Un intercambio justo. De esa forma no tendremos que confiar los unos en los otros.

—¿Quién hablará primero? —preguntó Elegá, con un tono cuidadosamente neutral.

—Vosotros —dijo Terisa sin vacilar—. Estamos en vuestro poder. Podéis hacernos cualquier cosa que deseéis en cualquier momento que deseéis. ¿Qué tenéis que perder?

Se sentó.

Geraden mantuvo oculta su reacción. Dama Elegá miró al Príncipe Kragen.

El Príncipe pensó por unos instantes; no parecía ser consciente de que estaba mordisqueándose el bigote. Dos de sus dedos tamborileaban silenciosamente el uno contra el otro, midiendo la amenaza en el avance de la tienda. Luego dijo con firme

tranquilidad:

—Creo que no.

»Mi dama Elega —prosiguió, antes de que Terisa estuviera seguro de que había oído bien—, tú no has escuchado los detalles de la llegada de nuestros huéspedes. Estoy seguro de que te interesará conocerlos.

»Geraden y dama Terisa no hicieron ningún intento de ocultarse. Fueron abiertamente al encuentro de una de mis patrullas —hizo una pausa ominosa—, pero no solicitaron una audiencia conmigo. No pidieron permiso para acercarse a Orison. No, mi dama, exigieron el derecho de hablar contigo.

Involuntariamente, Elega contuvo la respiración.

Sin dejar de mirar a Geraden y Terisa, el Príncipe Kragen añadió:

—Resulta claro que cualquier subterfugio o plan que hayan preparado para que les conduzca a Orison va dirigido a ti. Creen que poseen los medios necesarios para persuadirte. —De nuevo hizo una pausa; luego observó críticamente—: Incluso es concebible que sean conscientes de la existencia de un precedente.

Como respuesta, los ojos de Elega se abrieron con furia y dolor.

—Eso es injusto, mi señor. —Casi instantáneamente, sin embargo, pareció captar las implicaciones de lo que él había dicho. Precipitadamente, preguntó—: Geraden, ¿has visto...?

Tan repentinamente, tan fuertemente que el sonido hizo dar un vuelco al corazón de Terisa, el Príncipe Kragen dio una palmada, interrumpiendo a Elega; deteniéndola.

—Mi dama —articuló cuidadosamente—, he dicho que no deseo intercambiar historias con ellos. Cuando nos hayan contado todo lo que saben, decidiré qué pueden oír.

Elega contuvo su lengua; sin embargo, su rostro mostró la dificultad de su contención. Bruscamente, Terisa se dio cuenta de que deseaba oír la historia de Elega: la Elega que ella recordaba no hubiera tolerado tan sumisamente una orden de *cállate*. ¿Qué había ocurrido para cambiar a la dama, para volverla tan aquiescente? ¿Qué tipo de confrontación se estaba produciendo entre ella y el Príncipe? ¿Era sólo una cuestión de culpa porque su ataque contra el depósito de agua había fracasado? ¿O había hecho algo más para merecer la desconfianza de Kragen?

Puesto que su corazón latía aún desbocadamente y deseaba calmarlo, Terisa fue en busca de algo más de vino.

Como si desearan mostrarse educados, los demás ocupantes del avance aguardaron hasta que se hubo sentado de nuevo. Tuvo la impresión de que todos la observaban.

—Sirves un vino muy embriagador, mi señor Príncipe —murmuró suavemente Geraden—. No había probado nada así desde hace mucho tiempo.

En opinión de Terisa, aquello era algo extraño de decir en unos momentos como

aquéllos.

Al parecer, el Príncipe Kragen estuvo de acuerdo con ella. Ignoró el comentario de Geraden. Hablando aún a Elega, como si fuera ella el auténtico objetivo de su escrutinio, dijo:

—En cualquier caso, mi dama, todavía no te he dicho todo lo que debes oír. Cuando Geraden y dama Terisa pidieron hablar contigo, dieron una explicación de lo más interesante. Dijeron que traían mensajes para ti de la Reina Madin, tu madre.

Elega estuvo inmediatamente en pie.

—¿La Reina? —No pareció darse cuenta de que se había levantado—. ¿Habéis hablado con la Reina? ¿Envió mensajes para mí? —Sus ojos brillaron con excitación y angustia; su voz contenía un temblor visceral—. Indudablemente le hablasteis de mi participación en el asedio. ¿Qué es lo que quiere decirme mi madre ahora?

Terisa se sintió absorta al descubrir que se había deslizado de nuevo en su silla. El vino parecía hacer su cabeza pesada.

Poniéndose en pie, dijo:

—Podemos deciros quiénes son los traidores dentro de Ori-son. Quiénes son los Imageros renegados. Podemos deciros cómo planearon todo esto con Cadwal. Juntos, podemos ser capaces de adivinar qué tipo de trampa planean desencadenar.

La mirada del Príncipe Kragen ardió sombría hacia ella. Sin ninguna razón en particular, Terisa añadió:

—Si deseáis intercambiar información, podemos deciros incluso lo que Domne y Termigan y Fayle van a hacer al respecto.

Por todo lo que pudo decir, Geraden y Elega y Kragen se pusieron a hablar al mismo tiempo. Geraden preguntó:

—¿Sabes lo que estás haciendo? Parece que has bebido demasiado vino. —Sonaba como un hombre que ha perdido su sentido del humor.

Al mismo tiempo, Elega protestó:

—¡No! ¡Quiero oír los mensajes de mi madre!

El Príncipe Kragen estaba diciendo:

—Sigue, mi dama Terisa. —Pese a su autocontrol, parecía ansioso—. Estoy seguro de que podemos llegar al acuerdo de un intercambio equitativo cuando hayas terminado.

Sonriendo, Terisa agitó un dedo hacia él.

—Oh, no, mi señor Príncipe. —Realmente estaba agitando un dedo hacia él—. Seamos justos. Así no es como se juega a este juego.

Geraden estaba de pie frente a Elega; su voz había adquirido un timbre agudo para cubrir la de Terisa. Su tono, sin embargo, carecía de autoridad. Ni siquiera reflejaba confianza. En vez de ello, rozaba la histeria.

—El hecho —dijo— es que no tenemos ningún mensaje de la Reina. No tuvo

tiempo de darnos ninguno. Planeaba venir aquí ella misma. Deseaba estar al lado del Rey. Pero no tuvo la oportunidad.

Pese a la presión de hablar, dudó. La mirada de Elega estaba clavada en su rostro; todo su cuerpo se concentraba hacia él.

—Sigue —dijo, con la garganta agarrotada.

—¡Continúa, mi dama! —restalló el Príncipe Kragen, aparentemente intentando arrancarle a Terisa más palabras.

Justo a tiempo, Terisa se llevó un dedo a los labios e hizo un ruido siseante.

—Elega, lo siento —dijo miserablemente Geraden—. Mientras estábamos allí, la Reina nos fue arrebatada. Emboscada. Imagería y soldados. Fue secuestrada.

Lentamente, como si apenas pudiera alzarlas, Elega se llevó las manos a la boca.

—Sabemos quién fue el Imagero.

Su respiración se hizo afanosa, siseando entre sus dientes.

—Los soldados eran de Alend.

El Príncipe Kragen se sobresaltó de tal modo que se puso en pie y ladró:

—¡Mientes! —antes de poder contenerse.

Terisa estudió a los tres.

—No. —Era maravilloso lo claro que podía hablar, a pesar del peso en su cabeza—. No está mintiendo. Estábamos allí. Por eso deseamos entrar en Orison. Eso es lo que queremos decirle al Rey Joyse. Tus hombres secuestraron a la Reina Madin.

Desde la perspectiva de Terisa, dama Elega se prendió como la llama de una vela. Sin moverse, pareció estallar en pasión; barrió a través de ella hasta el techo, lo bastante ardiente como para carbonizar. Enfrentándose al Príncipe, como si Terisa y Geraden hubieran quedado olvidados, susurró como un grito:

—¿Qué es lo que has hecho?

El rostro de Kragen se crispó; sus dientes relucieron bajo su bigote.

—Están mintiendo. Te lo digo, es una mentira.

Ella no se inmutó.

—Geraden nunca ha dicho una mentira en toda su vida..., nunca una que doliera tanto. *¿Qué es lo que has hecho?*

—¡Nada! —gritó en respuesta, intentando apartar su furia—. ¿Geraden no miente? Quizá no. ¡Yo no alzaría mi mano contra una mujer solitaria e indefensa! Nunca en mi vida.

Quizás ella no lo oyó; tal vez no podía. Sus manos estaban cerradas en puños contra sus mejillas; ardiendo, alzó su voz en un gemido.

—*¿Dónde está mi madre? ¿Qué le has hecho a mi madre?*

Con aquel grito, ardió demasiado brillantemente como para sostenerse. Era demasiado vulnerable: sus fuerzas fallaron, y se desvaneció. Delicadamente, como cera caliente, se derrumbó hacia el suelo.

Geraden la sostuvo.

Sujetándola en sus brazos, se enfrentó al Príncipe. Ahora era él quien jadeaba pesadamente, en busca de aire, como si hubiera respirado el fuego emanado de ella. Su aflicción lo había vuelto salvaje, imprudente. El Príncipe Kragen avanzó hacia él, intentó cogerla. Él la apartó de un tirón, como si no le importara el hecho de que el Príncipe podía matarle.

—Sólo hay dos posibilidades, mi señor Príncipe, ¿no es así? O bien lo hiciste tú, así que vas a tener que atarnos a mí y a Terisa y empezar a torturarnos, o bien te lo hizo alguien, en cuyo caso vas a tener que dejarnos ir a ver al Rey.

»¿Cuál de las dos cosas vas a hacer?

Pero el Príncipe Kragen no estaba escuchando.

—Suéltala, Geraden —murmuró, casi suplicando—. Ella es sólo tu amiga. Yo la quiero. Si todo Cadwal y el ancho mar se interponen entre nosotros, me casaré con ella antes de morir. Dámela.

Tendió los brazos.

Terisa vio a Geraden arder de la misma forma que había ardido Elega; lo vio al borde de gritarle algo de lo que no podría retractarse luego a los dientes del pesar del Príncipe. Afortunadamente, ella ya estaba en pie, erguida en su furia. De otro modo no hubiera podido alcanzarle a tiempo. Apoyó una mano en su hombro, luego deslizó su brazo en torno a su cuello y lo abrazó.

—Le creo —dijo suavemente—. Tú mismo dijiste que era un honorable enemigo. No haría algo así. Y, de ser capaz de hacerlo, lo hubiera hecho hace mucho tiempo.

»Va a dejarnos entrar en Orison.

Notó que los músculos de Geraden se tensaban, tan rígidos como el grito de Elega.

Al cabo de un momento, los notó relajarse.

Suavemente, entregó a Elega al abrazo del Príncipe Kragen.

Inmediatamente, Kragen se sentó en el suelo, sujetando a Elega muy cerca de él mientras comprobaba su pulso y su respiración, la instalaba cómodamente. Incluyó la cabeza sobre ella, ignorando a Terisa y Geraden.

Permanecieron de pie a su lado y aguardaron. Los lados del avance de la tienda estaban flanqueados por sirvientes y soldados, atraídos por el grito de Elega. No tenían instrucciones, sin embargo, de modo que no se movieron.

Entonces los ojos de Elega parpadearon y se abrieron. Cuando vio dónde estaba, una ligera sonrisa curvó su boca. Gentilmente, como si no deseara herirle, alzó una mano para acariciar la mejilla del Príncipe.

Él dejó escapar un tenso suspiro y alzó la cabeza.

Su voz tuvo que luchar para salir de su pecho.

—¿Por qué debo dejaros entrar en Orison?

Geraden carraspeó. Con la voz constreñida por la emoción, jadeó:

—Porque si los hombres que secuestraron a la Reina Madin eran de Cadwal o mercenarios disfrazados como hombres de Alend, el ataque apunta hacia ti además de hacia el Rey Joyse. Parte de su finalidad es impedir que nadie crea en ti. Y parte de ella es impedir que tú y el Rey Joyse confiéis el uno en *él* otro, impedir que forméis una alianza.

»Estás siendo manipulado. Por el Gran Rey Festten. Y los traidores. Y la única forma en que puedes salvarte es permitir que hablemos con el Rey.

—Y si yo no les dejo entrar en Orison —el Príncipe se dirigía a Elega—, tú creerás que soy el responsable del secuestro de tu madre.

Elega no asintió ni agitó la cabeza. La leve sonrisa permaneció en sus labios; su mano se cerró formando copa en la mejilla de Kragen.

—Tú deseas una alianza, mi señor. Siempre has deseado una alianza, no este mal concebido e inútil asedio. Quizás eso sea posible ahora. Tal vez valga la pena intentarlo.

El Príncipe Kragen dejó escapar un sonido seco, como el intento de una risa.

—La última vez que propuse eso, él me humilló. Se tomó un considerable esfuerzo en humillarme.

—Él no... —empezó a decir Terisa. Pero sus piernas se tambaleaban, y tuvo que apoyarse en el hombro de Geraden. Por un momento olvidó lo que estaba diciendo.

Luego recordó.

—Te estaba probando. Pensaba que eras su enemigo. No sabía quién era el traidor. No sabía qué alianzas se habían establecido ya. Ahora podemos decírselo.

La cabeza del Príncipe Kragen se volvió; sus ojos tenían un brillo de obsidiana que la hubiera aterrorizado si hubiera sido capaz de concentrarse en ello. Suavemente, ordenó:

—Cuéntamelo.

Geraden inspiró profundamente y se envaró.

—Yo te lo contaré, mi señor. El traidor es el Maestro Eremis. Podemos suponer cómo efectúa las traslaciones que le permiten atacar cualquier parte de Mordant..., que le permiten a él y a Gart y al Maestro Gilbur moverse a través de los espejos planos sin perder la razón. Y sabemos dónde se halla localizado su poder, dónde tiene sus espejos.

Con una intensidad que Terisa no comprendió en absoluto, el Príncipe Kragen quiso saber:

—¿Dónde?

Cuando Geraden hubo descrito Esmerel y su localización, el Príncipe bajó la cabeza.

—Mi dama —preguntó a Elega—, ¿puedes ponerte en pie?

Ella asintió.

Un gesto de sus dedos trajo corriendo a dos sirvientes. Tomaron a la dama entre sus brazos, la ayudaron a levantarse. Inmediatamente, el Príncipe Kragen estuvo en pie. Mantenía el rostro vuelto hacia un lado, de modo que ni Terisa ni Geraden pudieran ver su expresión. Casi para sí mismo, murmuró:

—Tengo que hablar con el Monarca de Alend.

Sin ofrecer ninguna explicación o esperar una respuesta, entró en la oscuridad de la tienda principal y cerró el faldón tras él.

Mientras Geraden y Elega se estudiaban el uno al otro con inseguridad y un cierto embarazo, Terisa fue a llenar de nuevo su vaso.

Estaba tendida en el suelo, profundamente dormida y roncando suavemente, cuando regresó el Pretendiente de Alend.

Su actitud había cambiado de una forma sutil. Parecía menos furioso, menos alterado por la frustración; la perspectiva de una batalla o un peligro inmediato brotaba de él como un palpable alivio. Pese a sus esfuerzos por sonar neutro, su voz era varios tonos más aguda cuando anunció:

—El Monarca de Alend ha decidido que se os permita entrar en Orison mañana por la mañana.

Cuando dijo eso, el rostro de Elega brilló radiante hacia él.

Geraden dejó escapar el aire de su congestionado pecho con un estallido que era casi una risa.

—Gracias, mi señor Príncipe. Me alegra que no estuviéramos equivocados contigo. Y me alegra que no guardes rencor hacia mí por detener a Nyle. —Miró afectuosamente a Terisa—. Ella también se alegrará..., cuando despierte.

El Príncipe asintió bruscamente y continuó:

—Yo os acompañaré, tanto para demostrar mi buena fe como para proseguir con el deseo del Monarca de Alend de una alianza.

—Buena idea —observó Geraden.

—Dama Elega permanecerá aquí para asegurarnos de que el Rey Joyse no abuse de mi buena fe.

Elega bajó los ojos, pero no intentó discutir.

—Mientras tanto —concluyó el Príncipe Kragen, llamando la atención de sus soldados con un gesto—, puede que sea aconsejable detener nuestro asalto contra las puertas. —Miró a uno de sus hombres—. Da la orden.

El hombre saludó y se fue. El resto de sirvientes y soldado; salieron también del avance de la tienda.

Para su propia sorpresa, Geraden se dio cuenta de que se sentía repentinamente mareado, con un deseo irreprimible de contar chistes y hacer tonterías.

—Con tu permiso, mi señor —dijo—, tomaré un poco más de este fuerte vino.

Luego, si estás interesado en el trato que mencionó Terisa, te contaré una historia que erizará todos tus pelos.

Sonriendo como un predador, el Príncipe volvió a llenar personalmente el vaso de Geraden.

13

El cebo final

A medianoche, el Príncipe Kragen y dama Elega sabían la mayor parte de los secretos de Geraden.

El Pretendiente de Alend era un hombre honorable, sin embargo, y mantuvo su palabra.

Mientras Terisa y Geraden dormían el pesado sueño de demasiado vino, los sirvientes los llevaron a otra tienda y los metieron en la cama. Al amanecer, más sirvientes los despertaron, les ofrecieron baños y comida y ropas limpias. Según los sirvientes, el Príncipe Kragen deseaba que sus huéspedes sacaran el máximo provecho de su hospitalidad. Cuando estuvieran completamente preparados, se dirigiría al castillo con ellos.

Terisa se sentía algo aturdida y soñolienta, con la cabeza espesa por la resaca del vino. Deseaba tan urgentemente un baño que no pudo contenerse.

También se sentía considerablemente *azarada*.

Cuando se dio cuenta de que era incapaz de cruzar la mirada con la de Geraden, preguntó torpemente:

—¿Todavía me hablas?

—Por supuesto. —Había un aire vigilante tras su sonrisa, pero no una discernible irritación—. Si deseas que deje de hablarte, vas a tener que hacer algo peor que eso.

Al menos no fingió que no sabía a qué se refería ella. Terisa se cubrió el rostro con las manos.

—¿Me porté como una completa idiota?

Él rió suavemente.

—Eso es lo más sorprendente. Me asustaste, de acuerdo. Pensé que ibas a meternos en un terrible problema. Pero todo lo que hiciste resultó estupendo. Incluso beber tanto como bebiste debió ayudar. Te hizo creíble. No creo que hubiera podido manejar ni a Elega ni al Príncipe sin ti.

Ella bajó las manos. Deliberadamente, le miró con ojos furiosos.

—Deja de intentar ser amable conmigo. Fui una irresponsable. Deberías estar furioso.

Geraden la miró con la boca abierta como un payaso.

—Tienes razón. Lo siento. Oh, lo siento, lo siento. Por favor, perdóname. Me siento tan avergonzado.

Ella hizo un hosco pero semirregocijado esfuerzo por patearle las espinillas.

Riendo, él la abrazó, la apretó fuertemente contra sí, la besó. Al cabo de un rato, un extraño deseo de llorar la invadió, y se dio cuenta de que se aferraba desesperadamente a él. Afortunadamente, el deseo sólo duró un instante. Tan pronto

como se desvaneció, se sintió mejor.

Tuvo que soltarse de él para sonarse la nariz.

—Gracias —dijo suavemente—. Algún día haré algo bonito por ti.

La sorprendió ver que estaba mirándola de reojo.

—Si tuviéramos tiempo, te obligaría a que lo hicieras ahora mismo.

Aquello hizo sonreír a Terisa.

—No, no lo harías. —Definitivamente, empezaba a sentirse mejor—. Apesto como una cerda. Creo que debo tener cucarachas en el pelo.

Él sacó la lengua en burlona náusea.

Terisa fue a tomar un baño.

Cuando estuvieron limpios y vestidos con las nuevas ropas proporcionadas por el Príncipe Kragen —cómodas ropas de viaje, de una piel tan suave como cabritilla—, desayunaron. La impresión de que estaban haciendo esperar al Pretendiente de Alend remordía a Terisa en el fondo de su mente; sin embargo, dejó que esperara a fin de tener una última oportunidad de hablar con Geraden. Tenía que prepararse para Orison.

—No creo que vayamos a ser muy bien recibidos, ya lo sabes —dijo entre mordisco y mordisco de pan con miel y huevos pasados por agua..., un inesperadamente sabroso ejemplo de la hospitalidad del Monarca de Alend—. Intenté conseguir que el Castellano pensara que era inocente, pero el Maestro Gilbur hizo un buen trabajo en echarlo todo abajo. —No mencionó a Artagel—. Todo el mundo allí se ha pasado todo el tiempo pensando que tú mataste a Nyle y que yo estoy confabulada con el archi-Imagero.

Geraden asintió.

—No va a ser muy divertido. Pero no estoy demasiado preocupado. Tenemos con nosotros al Príncipe Kragen. Bajo una bandera de tregua. No importa lo que Lebbick y todos los demás piensen de nosotros, nos dejarán tranquilos.

Masticó unos instantes en silencio, luego añadió:

—Lo que me *preocupa* es ese espejo..., el que atacó al Perdon cuando llegó aquí en busca de la ayuda del Rey Joyse.

De pronto, Terisa sintió un gusto amargo en la boca.

—¿Acaso Eremis no cambió todo eso? Utilizó a esas mismas criaturas para intentar matarnos en las afueras de Sternwall. Debió usarlas también para matar a Underwell. ¿Qué puede hacer aún?

»Bien, debe haber metido espejos planos en la Imagen del mundo de donde proceden esas criaturas. De otro modo no hubiera podido atacarnos. Pero ha tenido mucho tiempo desde entonces. Puede haber vuelto a cambiar los espejos.

»En cualquier caso, lo más importante es que tiene un espejo que muestra todo lo que se acerca a Orison, el camino de acceso. Será capaz de vernos venir. Estará

advertido.

Ella pensó en aquello mientras el sabor en su boca cambiaba a una vieja y bien asentada furia. Entonces murmuró:

—Al menos se sorprenderá. No tendrá ni idea de cómo hemos conseguido meter al Príncipe Kragen en esto.

No le hizo bien ponerse furiosa. Enfrentarse al Castellano Lebbick —o al Tor y Artagel, que se habían vuelto contra ella— podía ser ya bastante duro. Pero enfrentarse al Maestro Eremis podía ser peor. Cuanto más quería a Geraden, más se erizaba su piel ante el recuerdo de las cosas que el Maestro Eremis le había hecho.

Pudo ver el ansia de Geraden en sus ojos, en la forma en que se movía: estaba empezando a apresurarse. Ella nunca había sido tan confiada o tan decidida como él; pero ahora también sentía la necesidad de apresurarse. Con un acuerdo tácito, abandonaron los restos de su comida. No tenían nada que cargar, nada que empaquetar. Se besaron una sola vez, como una promesa; luego salieron de la tienda.

El Príncipe Kragen les estaba aguardando. Lo encontraron paseando arriba y abajo en una zona despejada entre las lujosas tiendas.

Iba vestido con sus galas ceremoniales: una casaca de seda negra y pantalones, con un peto de cobre relucientemente pulido; una espada en una resplandeciente vaina de cobre a la cadera; un crestado casco de cobre sobre su rizado pelo. El brillo del metal realzaba su morena piel; hacía resplandecer sus negros ojos y relucir su bigote. Y su impaciencia sólo incrementaba su porte, realizando su hábito de mando.

Tres caballos estaban atados, dispuestos ya, más allá de las tiendas. También habían sido adornados con todas sus galas, con satén y seda colgando de sus sillas y jaeces, y cordones dorados atados a sus crines y colas. En torno a ellos había ya montada una guardia de honor: diez hombres con el estandarte y el rango del Príncipe.

Terisa no vio a Elega por ninguna parte.

El Príncipe Kragen hizo una seña con la cabeza a Geraden, una inclinación a Terisa, Con voz contenida explicó:

—Dama Elega os envía sus mejores deseos a vosotros y a su padre, pero no puede acudir a decirlos adiós. Ha sido puesta ya bajo guardia. El Monarca de Alend tiene intención de que no se cometa ningún error con nosotros, y dama Elega es su único medio para ese fin. Ni siquiera yo sé dónde está confinada. En consecuencia, no puedo hacer que los hombres del Rey, o sus Imageros, consigan hallarla.

Terisa tragó dificultosamente saliva. El sol estaba ya alto, pero no parecía gozar con su trabajo. La luz sobre el campamento y contra los muros de Orison era débil, poco convincente; el aire tenía un sabor frío, más como un residuo del invierno que como parte de la primavera. Las almenas del castillo parecían sombrías, como si hubieran sido abandonadas. Si algo les ocurría a ella y a Geraden allí, pero

especialmente si algo le ocurría al Príncipe Kragen, Elega iba a verse en serios problemas.

—Mi señor Príncipe —cambió torpemente de tema Geraden—, seguro que debes haber oído hablar del espejo que atacó al Perdon. Si él mismo no te contó nada al respecto, seguro que Elega sí lo hizo.

—Sí. —Un sutil cambio en su expresión sugirió que el Príncipe Kragen se alegraba de poder hablar de otra cosa distinta a Elega—. Pero debo confesar que me siento desconcertado. Nuestras máquinas de guerra solamente pueden acercarse a la puertas a través del camino. Nuestros arietes deben pasar través de la Imagen que golpeó al Perdon. Sin embargo, nada ha sido trasladado contra nosotros.

»Me habéis dicho que el Maestro Eremis se halla confabulado con Cadwal para destruir Mordant..., y también Alend. Por esa razón, su poder ha sido usado para defender Orison contra nosotros. Sin embargo, ahora nos hallamos a pocas horas, a un día como máximo, de abatir sus puertas, y no ha hecho nada para impedirnoslo.

Abatir las puertas. El estómago de Terisa se retorció. As que era ahora o nunca. Si ella y Geraden no conseguían que el Rey Joyse aceptara una alianza, Orison caería casi inmediata mente.

Los músculos a lo largo de la mandíbula de Geraden se tensaron; pero, si estaba preocupado por la vulnerabilidad de Orison al Príncipe Kragen, no lo admitió.

—Probablemente no os ha creado problemas —dijo— porque no habéis estado atacando muy duramente. Si estáis a punto de derribar las puertas y aún no ha usado la Imagería, supongo que eso quiere decir que su trampa está justo a punto de ser disparada.

El Príncipe Kragen asintió sombríamente. Sin una palabra, hizo un gesto hacia los caballos y su guardia de honor.

Al cabo de un momento, a Terisa le fue ofrecido un coree tan grande que no podía ver por encima de su lomo. Oh, mierda, murmuró para sí misma. Aquella era una de las cosas que había aprendido en Mordant; tras un poco de práctica, ahora era capaz de decir *oh, mierda* sin esperar que nadie le lavara la boca con jabón. Si caía de aquel animal, podían pasar días antes de que golpeará el suelo.

Desgraciadamente, el Príncipe Kragen había montado ya; Geraden estaba subiendo a la silla de su caballo. Aquél probablemente no era un buen momento para pedir algo *más* pequeño.

De algún modo, no supo cómo, consiguió trepar a lomos de su animal.

Las riendas llevaban tantas cintas que parecían como los flecos de un poste de mayo. Temía moverlas; podían asustar ; su caballo. Pero el Príncipe Kragen y Geraden no tenían ningún problema. Al parecer, aquellos animales estaban entrenados para las ocasiones ceremoniales. No ocurrió nada embarazoso mientras guiaba a su montura hasta situarla al lado de la de Geraden.

—Simplemente como precaución —anunció el Príncipe—, evitaremos el camino. Cabalgaremos directamente hacia el muro y seguiremos su línea hasta las puertas.

Geraden pareció pensar que aquello era una buena idea.

El Príncipe Kragen hizo una seña con la cabeza a su guardia de honor. Su portaestandarte alzó la bandera verde y roja de Alend, luego ató una bandera de tregua debajo de ella. Los soldados ocuparon sus posiciones formales en torno al Príncipe y sus compañeros.

En formación, los jinetes abandonaron el campamento.

Los pasos del caballo de Terisa hacían las distancias más cortas de lo que correspondía. Antes de que tuviera tiempo de acostumbrarse a los movimientos del animal, Terisa descubrió que estaban avanzando ya a lo que parecía ser un tiro de flecha del castillo. Ahora podía ver hombres sobre los muros, observando, señalando; algunos de ellos se apresuraban de un lado para otro. Intentó refrenar el temor de que ignoraran la bandera de tregua y empezaran a disparar, pero se negó a seguir aquel pensamiento.

Afortunadamente, todavía quedaba algo de buen sentido en Orison. Ninguno de los hombres en las almenas tensó su arco. Ninguno de ellos hizo ningún gesto amenazador.

En vez de ello, el trompeta del castillo hizo sonar su instrumento, enviando una desolada nota como un lamento de desafío a la escéptica luz del sol. Mientras los jinetes doblaban la esquina de Orison y se acercaban a la entrada, oyeron los grandes manubrios chirriar contra la tensión de alzar las golpeadas y deformadas puertas arquitecónicas arriba.

Terisa no sintió nada que indicara que se producía ninguna traslación cerca de allí.

En formación, el Príncipe Kragen y su compañía cruzaron el terreno despejado hasta el camino frente a las puertas.

El Castellano Lebbick y diez de sus hombres salieron a caballo a su encuentro.

Ver al Castellano llenó el estómago de Terisa con un acuoso pánico. Sus hombres estaban nerviosos; los caballos se agitaban porque les faltaba ejercicio. Como contraste, él parecía demasiado obsesionado y obcecado para el nerviosismo. Sus ojos estaban rojos y abotagados, peligrosamente agraviados; se movía como si la violencia enroscada en sus músculos pudiera estallar en cualquier momento. Sus rasgos eran duros con anticipación..., casi con ansia.

—Mi señor Príncipe. —Exhibió sus dientes; quizás estaba intentando sonreír—. Traes contigo extraños amigos. Un fratricida y una traidora. Nunca pensé que iba a volver a ver de nuevo a ninguno de *ellos*.

—Castellano Lebbick —el Príncipe Kragen carecía del aire de locura de Lebbick, pero igualó el tono del Castellano—, Geraden y dama Terisa me acompañan bajo

bandera de tregua. No tengo ningún interés en tu opinión sobre ellos. Respetarás la bandera.

—Oh, por supuesto. Aquí están tan seguros como bebés. Especialmente puesto que están *contigo*. Tú eres el hombre que pretende derribar mis puertas. No levantaré un dedo contra ninguno de vosotros.

El Príncipe Kragen encajó las mandíbulas. Antes de que pudiera hablar, sin embargo, Geraden dijo acaloradamente:

—Castellano, yo no maté a mi hermano. —Su rostro estaba enrojecido; la furia brillaba en sus ojos. Asomos de autoridad hicieron eco en su voz—. Terisa no es ninguna traidora. Ya es hora de que empieces a creer en nosotros. Estás condenado si no lo haces.

El Castellano se echó a reír..., un sonido áspero, como un trozo de piedra siendo triturado.

—¿Crear en vosotros? Yo creo en vosotros. No necesito que me digáis que estoy condenado. No es ése el problema.

El Príncipe Kragen se contuvo.

—¿Cuál es el problema, Castellano?

—El problema, mi señor Príncipe —respondió ferozmente Lebbick— es que yo soy el único. A nadie más le importa lo suficiente. Nadie más está lo suficientemente *desesperado*.

Terisa se echó atrás ante su vehemencia. No deseaba saber de lo que estaba hablando; deseaba alejarse de él. Geraden, sin embargo, se inclinó hacia delante en su silla; casi jadeaba.

—¿He oído bien, Castellano? —preguntó—. ¿Acabo de oír que admites que Terisa y yo somos inocentes?

—No. —El Castellano exhibió sus dientes de nuevo—. Me has oído decir que os creo. Todos ellos piensan que estoy loco.

Si dijera que el sol brilla hoy en el cielo, la gente de ahí dentro —señaló Orison con un gesto de su cabeza— correría fuera para ver la lluvia.

»A nadie le importa lo que un loco cree. Además —se encogió maliciosamente de hombros—, puedo estar equivocado.

—Castellano Lebbick —dijo secamente el Príncipe Kragen, intentando controlar la situación—, discutiremos la cuestión de tu cordura en otro momento. Como puedes suponer, Geraden y dama Terisa han viajado mucho desde que abandonaron Orison. Traen noticias. Debo celebrar una audiencia con el Rey Joyse.

—¿Una audiencia? —restalló inmediatamente Lebbick—. ¿Tú? ¿El Pretendiente de Alend? Cualquier noticia que desees que escuche el Rey Joyse es o falsa o peligrosa. Van a empezar a gritar pidiendo la sangre de tu corazón apenas entres ahí dentro. Por supuesto que puedes celebrar una audiencia.

Hizo girar su caballo como si el asunto quedara zanjado y miró a sus hombres. Contó a cuatro de ellos y ordenó:

—Decídselo al Rey Joyse. Voy a llevar a Kragen y a esos dos a la sala de audiencias. Decidle que va a haber disturbios a menos que me respalde. Tendremos que matar a gente para mantener al Príncipe y a sus amigos vivos si el Rey Joyse no acude a la sala.

Inmediatamente, el Príncipe Kragen añadió con voz hosca:

—Y dile también que dama Elega es mantenida como rehén. Hasta ahora ha sido una respetada huésped y amiga del Monarca de Alend. Para garantizar mi seguridad, sin embargo, ha sido privada de su libertad. —Habló como si tuviera intención de hacer que alguien pagara por la necesidad que le obligaba a utilizar a Elega de aquella forma—. Si yo o alguno de mis amigos sufre algún daño, ella sufrirá daño también.

»Dile al Rey Joyse *eso*.

—Oh, por supuesto, mi señor Kragen —chirrió el Castellano sin mirar al Príncipe—. Ardo en deseos de hacer todo lo que ordenes. Mis hombres te mantendrán con vida. De algún modo.

Sus cuatro hombres regresaron al patio. Terisa los vio desmontar, los vio encaminarse a la carrera hacia una de las puertas interiores.

—Entra —añadió el Castellano. Muy bien podía estarle hablando al muro que se extendía hasta mucho más arriba de su cabeza por encima de las puertas—. O cabalga de vuelta a Margonal y admite que no has tenido el suficiente valor como para hacer lo que tienes en la cabeza.

Volvió a entrar en Orison con sus restantes hombres.

El Príncipe Kragen contempló las espaldas del Castellano. No hizo ningún esfuerzo por bajar la voz.

—Este hombre ha perdido la cabeza.

Aún sintiendo un fuerte dolor interno, Terisa murmuró:

—El Rey Joyse minó el suelo bajo sus pies. Su esposa murió, y no ha tenido ninguna otra cosa por la que vivir excepto su lealtad, y el Rey lo ha hecho aparecer como un estúpido por ser leal.

—Una historia lamentable —gruñó el Príncipe. Evidentemente, no tenía paciencia para los problemas de Lebbick—. Desgraciadamente, no nos dice si podemos confiar en él o no. ¿Quién nos asegura que no nos hará matar apenas crucemos ese umbral?

—Decide tú mismo. —Bruscamente, Geraden dio un tirón a las riendas de su caballo—. Yo confío en él. Voy a entrar.

Rompiendo la formación, se encaminó hacia las puertas.

El Príncipe Kragen le lanzó una maldición, le ordenó que regresara. Terisa, sin embargo, ya le estaba siguiendo, animando a su montura a que casi pisara los cascos al caballo de Geraden. El Príncipe y su guardia no tuvieron otra elección que entrar

en Orison detrás de Geraden y Terisa.

Mientras cruzaba el grueso muro de piedra y penetraba en el rectángulo protegido del patio, el pulso de Terisa aumentó su latir. Pese a sus numerosas ansiedades —o quizás a causa de ellas—, tenía la extraña sensación de que estaba volviendo a casa.

Las fachadas interiores del castillo se irguieron ante ella, atestadas de espectadores, puntuadas con ropa tendida. El Castellano Lebbick había desmontado en el barro. Cuando el grupo de Alend se acercó a él, saludó con fulminante sarcasmo. Inmediatamente, sus guardias sujetaron las cabezas de los caballos para que el Príncipe Kragen y los suyos pudieran desmontar de una forma ordenada.

Pasando vacilante su pierna por encima del lomo de su corcel, Terisa se halló sujeta y bajada por las fuertes manos de Artagel.

El hombre la abrazó como si fuera su ser más querido.

—¡Artagel! —Una vez él le había hecho daño, mucho daño.

Por otra parte, era el hermano de Geraden; ella conocía a toda su familia. Y su abrazo era tan elocuente como una disculpa. Instintivamente, le echó los brazos al cuello.

Al cabo de un momento, él la apartó y le dirigió una mirada de reojo, casi *azarada*.

—Ve con cuidado, mi dama. —Volvió sus ojos a Geraden—. No queremos que se ponga celoso.

—*Artagel*. —Geraden saltó prácticamente sobre su hermano; lo aferró, lo sacudió, lo abrazó, palmeó su espalda—. ¿Cómo estás, cómo está tu costado, te sientes bien, qué está pasando aquí, qué ocurre con Lebbick? —El rostro de Geraden irradiaba alegría—. ¿Te das cuenta del tiempo que ha pasado desde que te vi *bien*? Puedo adelantártelo, el *Domne* tiene algunas cosas severas que decirte acerca de dejarte herir de esta manera.

—Papá —intervino alegremente Terisa—. Prometiste que lo llamarías «papá». —La sonrisa de Artagel le dijo todo lo que necesitaba saber. Se alegró de no haberle hablado nunca a Geraden de las desconfianzas de Artagel.

Sin embargo, las siguientes palabras de Artagel la tranquilizaron aún más. En vez de responder a las preguntas de Geraden, comentó casualmente:

—He oído lo que él dijo. —Señaló con la cabeza hacia el Castellano—. Todos lo hemos oído. En realidad, él no es el *único* que cree en vosotros. Pero tengo que admitir que aún estamos en minoría.

Terisa irradió placer y alivio.

—No te preocupes por él —dijo Geraden—. Arreglaremos esto tan pronto como veamos al Rey Joyse. Dime algo importante. ¿*Cómo está tu costado?*

Artagel rió francamente.

—Terrible. Todo este descanso me está dando hormigueos por todas partes. —

Humorísticamente, susurró—: Si no consigo luchar contra alguien pronto, voy a terminar como Lebbick.

—Mi dama Terisa. Geraden. —El Príncipe Kragen se dirigió a ellos fríamente, pero su expresión era de sorpresa más que de irritación—. Tal vez fuera prudente dejar esta reunión para más adelante. Las actuales circunstancias son menos que cordiales. Debemos reunirnos con el Rey Joyse lo antes posible.

Artagel rió de nuevo.

—Tiene razón. Primero lo primero. Os seguiré a la sala. Cuando hayáis terminado, hablaremos.

Agitando alegremente la mano, se retiró entre los caballos y los guardias.

Cuando Terisa miró a Geraden, vio que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Era feliz: sabía que era feliz. Quería a Artagel. Por esa razón, le sorprendió el dolor en su rostro.

Hasta que vio el dolor de Geraden no se dio cuenta del hecho de que Artagel se movía con una ligera cojera, como si hubiera una rigidez aún no curada en su costado.

Y no llevaba espada.

¡Oh, Artagel!

¿Tan seriamente lo había herido Gart? ¿O era su larga secuencia de esfuerzos y recaídas lo que había agravado el daño lo suficiente como para causarle aquel impedimento? Un espadachín con las proezas de Artagel no podía verse mutilado o tullido de aquella forma. Unos músculos que no sanaran adecuadamente en su costado podían conducir a aquello.

—Es demasiado, Terisa —rechinó entre dientes Geraden—. Demasiada gente ha resultado dañada. Se ha ocasionado demasiado daño. Esto tiene que detenerse. Tenemos que detenerlo.

Ella lo rodeó con sus brazos y lo apretó contra sí: sabía de quién estaba hablando.

Desgraciadamente, no podía extraer de su estómago la sensación de que mucha más gente iba a resultar dañada pronto.

—Vamos —murmuró, para que el Príncipe Kragen no tuviera que llamarles de nuevo—. Si debemos detenerle, ésta es la forma de hacerlo.

Geraden asintió; borró la expresión de pesar de su rostro.

Juntos, él y Terisa se reunieron con el Príncipe y el Castellano Lebbick.

Lebbick los estudió ominosamente. No parecía un hombre que creyera en ellos. Tampoco sonaba como un hombre que creyera en ellos. Sin preámbulos, indicó:

—Dejarás a tus hombres aquí, mi señor Príncipe.

El Príncipe Kragen se envaró.

—Ésa es una idea extraña, Castellano. ¿Por qué debería hacerlo?

La boca del Castellano se crispó.

—Comprendo tu problema. No crees estar seguro aquí. Bien, yo también tengo un problema. Puede que me equivoque con ello. Pero puedes estar planeando una traición.

»Si eres honesto, puedo decirte segura una cosa. Moriré antes de que tú lo hagas. Pero si no lo eres... —Se encogió de hombros—. Dejarás a tus hombres en el patio.

Los dedos del Príncipe Kragen acariciaron ligeramente la empuñadura de su espada. Su actitud era serena, pero Terisa pudo captar su ira. Suavemente, preguntó:

—¿Tan despreocupado te sientes de la posición de dama Eremis, Castellano?

El Castellano Lebbick respondió con un bufido.

—Ella no es *mi* hija. No me importa lo que le ocurra. Estoy al mando de Orison. Si me haces cortarte en pedazos, el Castellano nunca sabrá la diferencia. Yo le informaré de lo que quiera.

Se enfrentó al Príncipe, desafiando al Pretendiente de Alend a que dudara de él.

La ofuscación en los ojos del Príncipe Kragen asustó a Terisa. Pensó que debía hacer algo, intervenir de alguna forma. Pero Geraden sujetó su brazo; la mantuvo inmóvil.

Al cabo de un momento, el Príncipe dijo:

—Si tú hubieras venido a mí, Castellano, hubieras recibido un mejor trato.

—Meados de cerdo —observó Lebbick sucintamente.

Las mandíbulas del Príncipe Kragen se encajaron; la sangre oscureció el tono de su piel. Al cabo de un momento, sin embargo, asintió.

—Mi guardia esperará fuera de las puertas. Si no regresamos en el término de una hora, cabalgarán de vuelta al Monarca de Alend. Dama Elega será muerta. Dile al Rey Joyse lo que quieras.

El Castellano Lebbick le ofreció otra de sus risas como el triturar de una piedra.

—Que los de Alend aguarden fuera de las puertas —le dijo a uno de sus hombres—. Sed considerados con ellos. Mantened las puertas abiertas.

Sin aguardar una respuesta, se encaminó hacia la puerta más cercana.

El Príncipe Kragen miró a Terisa, luego a Geraden. Terisa se mordisqueó el labio; pero Geraden asintió rápidamente.

—Es la mejor oportunidad que hemos tenido. Nunca ha apuñalado a nadie por la espalda.

—Sois una mala influencia —murmuró el Príncipe Kragen—. Los dos. Me animáis a aceptar horribles riesgos como si fueran enteramente plausibles. Si alguna vez soy coronado Monarca de Alend, tendré que ser más cauteloso.

Sonriendo ominosamente, condujo a Terisa y Geraden tras el Castellano.

Dentro del castillo, más allá de los guardias en la puerta, los salones estaban desiertos. Los espectadores que se habían apiñado en las ventanas y balcones interiores no se veían por ninguna parte; cualquier indicación de que Orison estaba

superpoblado había desaparecido.

—Toque de queda —explicó el Castellano Lebbick mientras avanzaba a largas zancadas por un pasillo lleno de ecos—. Pensé que ibais a derribar hoy las puertas. Ordené que todo el mundo se saliera del camino. Nadie tiene permitido utilizar los pasillos excepto los guardias del Rey.

Era posible que su explicación pretendiera ser tranquilizadora. No obstante, el silencio innatural del lugar crispaba los nervios de Terisa. Parecía sentir como si hubiera un gran número de gente acurrucada fuera de su vista, en las sombras, aguardando...

Los rumores viajaban rápido en un castillo sitiado. Cuando la suficiente gente supiera que el asesino de Nyle y la asesina del Maestro Quillón y el Pretendiente de Alend estaban en Orison, el toque de queda podía no servir para nada. Ningún toque de queda serviría para nada.

Y cuando todo estallara, ¿qué haría Lebbick?

El Rey Joyse tenía que escucharles. A eso se limitaba todo. Tenía que escucharles. Tenía que creerles.

De otro modo, ella y Geraden e incluso el Príncipe Kragen podían no vivir lo suficiente como para averiguar cuál era realmente la trampa del Maestro Eremis.

Evidentemente, estaban siendo vigilados. No veía a nadie, pero podía oír voces. Sólo un murmullo al principio, una impresión de susurros que llenaba los pasillos con asomos de amenaza. Luego las voces se hicieron más fuertes, más atrevidas. Una de ellas dijo:

—Asesino.

Otra exclamó claramente:

—¡Carnicero!

El Castellano Lebbick no miró hacia ningún lado. No parecía oír las voces. O quizá las aprobaba. Aguardó hasta que se desvanecieron a sus espaldas. Luego, a nadie en particular, comentó:

—No se refieren a vosotros. Se refieren a mí.

Su forma de caminar era tan tensamente controlada que hacía parecer como si todo su cuerpo fuera quebradizo.

Llevó a Terisa, Geraden y el Príncipe Kragen directamente a la sala de audiencias.

A través de un alto y formal espacio marcado con ventanas y estandartes, se acercaron a un conjunto de puertas con la parte superior en punta. Como las del patio, esas puertas estaban custodiadas. Terisa tomó aquello como una buena señal. Sujetó el brazo de Geraden e intentó mantener su respiración regular mientras los guardias abrían las puertas que daban a la sala de audiencias.

La recordaba vívidamente..., su altura y su longitud como de catedral; las paredes cubiertas por paneles de madera tallada, sus florones que alcanzaban los seis u otro

metros hacia el abovedado techo; las dos estrechas ventanas muy arriba en la pared del fondo. Apenas avisado a tiempo, un viejo y enrojecido sirviente se apresuraba a lo largo de las hileras de velas, más allá de las baterías de lámparas, intentando encenderlas tan rápido como le era posible. Aún le quedaba un largo trecho; sin embargo, él —y las ventanas— proporcionaban ya la suficiente iluminación como para mostrar el adornado trono de caoba del Rey Joyse sobre su estrado. Una larga tira de gruesa alfombra iba desde las puertas hasta el estrado; el resto de la amplia zona frente al trono estaba despejada, rodeada por bancos como de iglesia. A cada lado del estrado, una hilera de sillas avanzaba hacia los bancos.

Debido a la poca intensidad de la luz, los balcones que rodeaban la sala por encima de los paneles estaban sumidos en la penumbra. Terisa podía ver lo suficientemente bien, sin embargo, como para observar que el Castellano tenía ya guardias apostados allí: arqueros alineados a lo largo de las paredes de la sala, cuatro en cada lado.

Dos piqueros cerraron las puertas y se situaron a sus lados. Otros cuatro estaban firmes al lado del trono del Rey. Los contó de nuevo: catorce guardias en total. Lúgubrementemente, supuso que la negativa de Lebbick de permitir que la guardia de honor del Príncipe Kragen asistiera a la audiencia tenía sentido. Si el Castellano solamente podía llevar allí catorce guardias, los diez soldados de Kragen hubieran sido suficientes para protegerle de las consecuencias de cualquier traición.

Luego, mientras el viejo sirviente seguía con su trabajo y la luz mejoraba, se dio cuenta de que los bancos y sillas no estaban vacíos.

La congregación era pequeña, comparada con la que había recibido al Príncipe Kragen en su primera visita. Terisa sospechaba, sin embargo, que la gente reunida allí era la que importaba. No había cortesanos presentes, ningún señor o dama cuya única pretensión de importancia fuera su nacimiento o su riqueza. En los bancos había varios guardias más, cada uno con la insignia de capitán: los lugartenientes de Lebbick. Artagel estaba sentado entre ellos, sonriendo animosamente. Vio algunos de los consejeros del Rey Joyse, hombres a los que sólo había conocido una vez antes: el Señor del Comercio, por ejemplo; el Embajador Local; el Señor de los Fondos Reales. Y en las sillas...

A la derecha del trono se sentaba el Tor, con su masa arrellanada sobre al menos dos sillas. Según todas las apariencias, no había cambiado sus ropas desde que Terisa lo había visto por última vez: estaban arrugadas y sucias, tan terriblemente manchadas que parecía como si nunca pudieran volver a quedar limpias de nuevo. El rojo apagado de sus ojos y la forma en que colgaba la carne de los huesos de su cara daban la impresión de que estaba borracho. Si reconoció a Terisa o a Geraden, no lo demostró.

Como para evitarlo —como si apestara o hubiera perdido la continencia—, todos

los demás se sentaban a la izquierda.

Los hombres que había allí eran Maestros. Terisa reconoció a Barsonage, por supuesto: el mediador la miraba con el ceño fruncido, como si hubiera traicionado algo valioso para él. Y había visto también a la mayor parte de los Imageros que había junto a él. Pero al menos uno de ellos parecía tan poco familiar —y tan joven— que pensó que debía ser un Apr que recientemente se había ganado su casulla.

Dos o tres de ellos respiraban agitadamente. Debían haber venido corriendo. Después de todo, los hombres del Castellano no habían tenido mucho tiempo para convocar a la gente a aquella audiencia.

La razón de la asistencia de los Maestros era evidente. El Rey Joyse había amenazado con defender Orison con la Imagería. Para hacer eso, necesitaba el apoyo de la Cofradía.

Los Imageros hicieron a Terisa pensar en el Maestro Quillón, y su corazón se encogió.

Luego se dio cuenta de que faltaba el Adepto Havelock. El Esbirro del Rey no se veía por ninguna parte en la sala.

Tampoco estaba el Maestro Eremis, sin embargo. Eso era un alivio.

Sin producir ningún ruido sobre la alfombra, el Castellano Lebbick avanzó hacia las sillas de la derecha y se sentó a unos cuantos lugares de distancia del Tor, dejando al Príncipe Kragen, a Geraden y a Terisa en el espacio despejado delante del trono. Inconsecuentemente, Terisa observó la quemadura en la alfombra, allá donde Havelock había dejado caer en una ocasión su incensario. Nadie se había molestado en reparar el daño. El Rey Joyse no había utilizado mucho su sala de audiencias en los últimos años.

Al parecer, tampoco parecía tener mucho deseo de utilizarla ahora. No estaba presente.

El Príncipe Kragen examinó la sala; escrutó los balcones. Una esquina de su bigote se alzó como si estuviera sonriendo para sí mismo. Cuando hubo completado su estudio de las defensas del Rey, dijo claramente:

—Notable. ¿Es ésta la mejor audiencia que puede conseguir el Rey? Si un embajador acudiera al Monarca de Alend, al menos un centenar de nobles conmemorarían la ocasión, independientemente de la hora..., o de la urgencia. —Un momento más tarde, sin embargo, observó educadamente—: De lo más impresionante, Castellano. Por primera vez creo realmente que no pretendes hacernos ningún daño. No necesitarías tantos hombres, y tantos testigos, para procurarnos la muerte.

»¿Qué es lo que *pretendes*? ¿Dónde está el Rey Joyse?

El Castellano Lebbick siguió sentado. Con una voz que se parecía a su risa, ladró:

—¡Norge!

Lentamente, casi casualmente, uno de los capitanes se levantó y se puso firmes. Saludó calmadamente al Castellano. De hecho, todo en él parecía calmado. Sonó como si estuviera hablando en sueños:

—¿Mi señor Castellano?

—Norge, ¿dónde está el Rey Joyse? —preguntó Lebbick.

Norge se encogió confortablemente de hombros.

—Yo mismo hablé con él, mi señor Castellano. Le dije lo que tú me comunicaste. Incluso le dije lo que me transmitió el Príncipe. Respondió: «Entonces será mejor que prepares la sala de audiencias».

Al parecer, el capitán pensaba que no era necesario ningún otro comentario. Se sentó.

Terisa oyó abrirse y cerrarse una puerta cuando el sirviente se marchó, una vez terminado su trabajo.

El Castellano Lebbick miró al príncipe.

—Ahora —dijo— sabes tanto como yo. ¿Estás satisfecho?

—No, Castellano —intervino el Rey Joyse—. Dudo que sepa tanto como tú. Y estoy seguro de que no está satisfecho.

De alguna forma, Terisa se había perdido la llegada del Rey. Debió entrar por alguna puerta oculta detrás de su trono: llegó a esta conclusión porque ahora estaba a un lado del estrado, con una mano apoyada en la base del trono, como si se preparara para subir los cuatro o cinco escalones y sentarse. Sin embargo, no le había visto llegar. Por todo lo que sabía, podía haber aparecido por Imagería.

Llevaba lo que consideró como su atuendo formal: un manto de terciopelo púrpura, no especialmente limpio; una corona de oro mantenía su pelo blanco fuera de su frente. Y de un cinto de brocado colgado de su hombro derecho pendía una funda fileteada que contenía una espada larga con una empuñadura enjorada. Sus azules ojos eran tan vagos y acuosos como los recordaba; sus manos parecían artríticas, hinchadas e inflexibles. La forma en que se movía daba la impresión de fragilidad bajo sus ropas, como si apenas fuera capaz de soportar su propio peso; demasiado frágil para dignidad o decisión.

Sólo su barba había cambiado. Había sido recortada y cuidadosamente peinada. Bajo sus blancas patillas, sus mejillas mostraban el enrojecimiento del ejercicio o del vino.

Inmediatamente, todo el mundo se puso en pie. Un poco demasiado lentamente para el decoro, Lebbick también se puso en pie e inclinó la cabeza.

—Atención —dijo con voz lenta, anunciando el acontecimiento—. Esta audiencia es concedida al Príncipe Kragen, Pretendiente de Alend, por Joyse, Señor del Demesne y Rey de Mordant. Es una audiencia privada. Todo el mundo aquí deberá hablar libremente..., y no decir nada cuando haya abandonado la sala. Hablar fuera

de estas paredes de lo que se diga aquí constituye traición.

Amargamente, como si no sirviera de nada aguardar el permiso del Rey, se sentó.

Nadie más se sentó. Incluso los capitanes de Lebbick permanecieron de pie mientras el Rey Joyse examinaba la sala de arriba abajo como si estuviera tomando nota mental de todos los presentes. Al cruzar su mirada con las de Terisa y Geraden, frunció el ceño tan espectacularmente que Terisa estuvo tentada a pensar que no era real; tentada a pensar que fruncía el ceño para ocultar un arrebató de alegría. Sin embargo, no tenía ninguna forma de saber la verdad. En vez de dirigirse a ella o a Geraden —o a la audiencia en general—, se volvió bruscamente y subió a su trono, tirando de su espada hacia arriba como si fuera una piedra de molino. Cuando alcanzó el trono, se derrumbó en él; tuvo que hacer una pausa y respirar profundamente por un momento antes de ser capaz de decir a la concurrencia que se sentara.

Los capitanes, consejeros e Imageros reunidos obedecieron.

Por supuesto, el Príncipe Kragen, Terisa y Geraden tuvieron que seguir de pie.

La reacción de Terisa ante el Rey Joyse fue más compleja de lo que había esperado: se sintió a la vez más contenta y más afligida. El Rey tenía un extraño poder que siempre la sorprendía, una atracción de su personalidad que la hacía desear creer que aún era tan fuerte e idealista y dedicado y, sí, heroico como siempre había sido. Era por eso por lo que su apariencia la inquietaba. Simplemente era demasiado débil. Allá en su trono, con Mordant hecho jirones, y Eremis preparándose para dar el último y aplastante golpe, estaba demasiado cerca de su tumba..., el panteón tanto de su espíritu como de su decrepito cuerpo. Comprendía por qué Geraden lo amaba. Oh, sí, lo *comprendía*. Todo en su pecho le dolía porque él ya no correspondía al amor que le ofrecía la gente.

Alguien distinto tendría que salvar Orison y Mordant.

Él parecía compartir su opinión. Con un tono seco y quejumbroso que le hizo sonar casi decrepito, dijo sin preámbulo:

—Tú primero, Kragen. Y sé rápido. No tengo mucha paciencia para los hombres que amenazan a mis hijas.

Los puños del Príncipe Kragen se crisparon furiosos; retuvo su voz firme.

—Entonces tampoco debes tener paciencia para ti mismo, mi señor Rey. He venido porque tengo noticias que debes oír. Gracias en parte al Apr Geraden y a dama Terisa, y en parte a otras fuentes de conocimiento propias, tengo una sorprendente colección de amenazas que extender ante ti. Pero todas ellas son obra tuya, no mía. Incluso dama Elega está completamente a salvo..., a menos que tú hayas perdido incluso la más pequeña honestidad necesaria para respetar una bandera de tregua.

Inesperadamente, el Tor dejó escapar un sonido bufante como un ronquido. Sus ojos parecieron cerrarse lentamente; su cabeza empezó a oscilar sobre su grueso cuello.

—Por todas las putas —comentó el Castellano Lebbick sin ninguna ceremonia—. Supongo que te habrás dado cuenta de que estamos asediados. Quizás incluso hayas observado que eres tú el que nos asedia.

Cuando el Rey Joyse no intervino para hacer callar al Castellano, el corazón de Terisa se hundió. El Rey tenía que escuchar, *tenía* que hacerlo. Tenía que comprender. Sin embargo, no parecía capaz de comprender..., y no parecía estar escuchando. Se limitaba a mirar al Príncipe Kragen como si la presencia del Pretendiente de Alend no fuera más agradable —ni más interesante— que un mal olor.

—No, mi señor Rey. —El Príncipe Kragen hizo lo que pudo, dadas las circunstancias: trató las palabras de Lebbick como si hubieran procedido del propio Rey—. Incluso esa amenaza la has traído tú sobre ti mismo. Cuando vine aquí por primera vez en busca de una alianza, me humillaste deliberadamente. Y desde entonces tu única ambición ha sido destruir tu reino antes de morir. Has olvidado que también Alend se halla atado a la necesidad de Mordant. Tú creaste la Cofradía, mi señor Rey, y ahora tienes que enfrentarte a las consecuencias. Si el poder de toda la Imagería cae en manos del Gran Rey Festten, nuestra ruina es segura. Debemos luchar por nuestra supervivencia. Incluso los perros lo hacen. Si estás decidido a dejar que la Cofradía caiga en manos de Cadwal, entonces no tenemos más elección que impedirte de la mejor manera que podamos.

El Príncipe había avanzado un paso hacia el Rey Joyse. Terisa y Geraden estaban cada uno a un lado de él, un poco más atrás. Por la espalda *del* Príncipe, Terisa susurró a Geraden:

—Esto no va a funcionar. Tenemos que hacer algo.

Un brillo tenso llenó los ojos de Geraden.

—Mi señor Rey... —murmuró, como si las palabras se encallaran en su garganta—. Mi señor Rey, por favor. Danos una oportunidad.

El Rey Joyse no le prestó la menor atención.

—No, mi señor Príncipe. —El Maestro Barsonage le miró furiosamente desde debajo *de* sus gruesas y densas cejas. No se puso en pie. Por otra parte, sin embargo, habló cortésmente—. Tu visión de la situación es persuasiva, pero no enteramente justa. Olvidas que la Cofradía está compuesta por Imageros..., y los Imageros también son hombres. Como tú, debemos luchar por nuestra supervivencia. Al contrario que tú, sin embargo, somos hombres que hemos aceptado los ideales del Rey, los objetivos del Rey. Oh, hay algunos entre nosotros que sirven a la Cofradía solamente porque no les gustan las otras alternativas disponibles ante ellos. Pero son pocos, mi señor Príncipe..., sólo una minoría. El resto de nosotros valora lo que somos.

»¿Crees que nos someteremos tranquilamente al Gran Rey Festten cuando Mordant se derrumbe?

»Dices que debes impedir que la Cofradía caiga en manos de Cadwal, y ése es un buen propósito, estoy seguro de ello. Pero la suposición sobre la que se basan tus acciones es que la Cofradía es una cosa, no un conjunto de hombres..., que no podemos elegir, o creer, o tener el valor de hombres.

»¿Por qué piensas que tienes derecho a decidir nuestra supervivencia, y nuestras lealtades, por nosotros?

El Príncipe Kragen recibió esta argumentación con un rostro cerrado. Una vez más, trató lo que acababa de decirse como si procediera del Rey Joyse. Sólo el sudor en sus sienes traicionaba la presión que sentía.

—Un debate fascinante, mi señor rey —dijo con voz hosca—, pero irrelevante. No podemos dejar el futuro de Alend en manos de unos hombres que se hallan tan confundidos, ya sea por la propia Imagería o por la necesidad de llegar a decisiones a través del debate, que creen que la traslación de un campeón de batalla incontrolable es una acción sensata.

»No, mi señor Rey. Tu gente te defenderá, como debe hacerlo. Sin embargo, la responsabilidad de este asedio es tuya.

El Rey Joyse se encogió de hombros. Al menos estaba escuchando lo suficiente como para saber que el Príncipe Kragen había hecho una pausa. Dio al Príncipe la posibilidad de seguir, luego dijo bruscamente:

—Ya sé todo esto. Cuéntame algo que no sepa. Háblame de tu «sorprendente colección de amenazas».

El Tor bufó de nuevo, suavemente, y abrió un ojo.

—Así que Terisa y Geraden son unos traidores después de todo —retumbó. Estaba perdido en un mundo de vino—. Qué pena. —Volvió a cerrar el ojo inmediatamente, desentendiéndose de todo lo que ocurría a su alrededor.

—En cualquier caso, mi señor Príncipe —gruñó el Castellano, como si el Rey Joyse no hubiera hablado—, tienes otras elecciones. Ya te hemos dicho cuáles eran. Retírate a una posición segura. Aguarda y observa lo que ocurre. Si haces eso, el Rey Joyse está dispuesto a encontrarse con Margonal bajo una bandera de tregua y discutir una alianza.

Cuando oyó aquello, una pequeña llama de esperanza prendió en Terisa.

Y fue apagada inmediatamente. Antes de que el Príncipe Kragen pudiera responder, el Rey Joyse murmuró temblorosamente:

—No, Castellano. Es demasiado tarde para eso. Es demasiado tarde para cualquier cosa.

»Es el momento de la verdad.

Sus hinchadas manos aferraron los brazos de su trono; tuvo problemas para ponerse en pie. Casi gimiendo, le dijo al Príncipe:

—Háblame de tus amenazas. Cuéntame lo que saben Terisa y Geraden. Dime por

qué has dejado de golpear nuestras puertas. —Bajo su gimoteo, sin embargo, había una hoja de acero, demasiado bien afilada para ser olvidada. Toda la luz de la sala parecía reflejarse en él—. Cuéntamelo ahora.

Un denso silencio se cerró sobre todos los espectadores. Terisa no podía soportar seguir mirando al Rey Joyse. Desvió la vista hacia Geraden, vio que estaba mordisqueándose la parte interna de la mejilla; sus ojos estaban muy abiertos y blancos, como si estuviera pensando desesperadamente. Puesto que el Príncipe Kragen estaba más cerca del trono que ella, Terisa no podía ver la mayor parte de su rostro; pero sí pudo observar que un estremecimiento recorría el largo músculo de su mandíbula, una cuenta de sudor resbalaba de su sien y descendía por su mejilla. Ignorando los cánones sociales de una audiencia real, volvió la cabeza y captó la mirada de Artagel; buscaba inspiración. Pero el hermano de Geraden no le ofreció ninguna. Parecía tenso y pálido, como si estuviera reprimiendo una náusea.

Aún evitando al Rey, miró al Maestro Barsonage. Estás equivocado respecto a nosotros. Eso es lo que debería decirle. Todas las suposiciones aquí están equivocadas. Geraden no mató a Nyle. Yo no maté al Maestro Quillón.

Pero no dijo nada. El silencio la envolvió.

¿Por qué sudaban Geraden y el Príncipe Kragen? Seguro que el aire era más frío que eso.

El puño del Príncipe Kragen saltó involuntariamente de su costado; lo forzó de nuevo a su sitio.

—No —dijo, apretando los dientes—. No lo haré.

Una sonrisa hendió el rostro del Castellano Lebbick. Iba a echarse a reír. O a gemir.

—¿Por qué no, Príncipe? ¿Para qué otra cosa viniste?

Kragen ignoró al Castellano.

—No soportaré este trato insensato. No canjearé mis únicas esperanzas con un Rey tan despreciativo que no respeta a nadie. —Pese a sus esfuerzos por hablar calmadamente, su voz creció con la pasión hasta casi el grito—. Dama Elega me persuadió de que viniera. El Apr Geraden y dama Terisa me persuadieron. Todos ellos están engañados por la idea de que su señor es todavía poseedor de algún vestigio de buen juicio, o de valor..., o de simple decencia.

Cada palabra era para Terisa como un clavo martilleando la tapa del ataúd de Mordant.

—¿Me oyes, Joyse? —rugió el Príncipe Kragen—. Eres sordo a todo lo demás. Eres sordo a la miseria de tu gente, encerrado en un asedio inútil, atrapado en el sendero de Cadwal..., atacado por Imageros renegados. Eres sordo a las más simples exigencias del reino, al buen juicio y a la *necesidad* de tratar honestamente con otros monarcas. Eres sordo al amor, sordo a la lealtad que destruye a tus amigos y familia.

—Ya basta, mi señor Príncipe. —El Rey Joyse alzó una mano—. Ya te he oído. —Ahora no sonaba quejumbroso. Y tampoco sonaba irritado. Sonaba extrañamente como un hombre que está experimentando una vindicación personal—. Ya has dicho lo suficiente.

Pero el Príncipe Kragen había ido demasiado lejos para detenerse. Por un segundo, dejó que sus puños azotaran el aire.

—Por las estrellas, Joyse, no es suficiente. No arrastrarás Alend a la ruina de Mordant. No lo permitiré.

»¡No te diré *nada*!

Bruscamente, giró en redondo y se alejó del trono.

Sujetó por el brazo a Terisa y Geraden y tiró de ellos hacia las puertas.

Instintivamente, Terisa se desprendió de su presa.

No había tomado ninguna decisión consciente, ni contra él ni hacia el Rey Joyse. Simplemente se sentía tan desgarrada, tan dolida por la diferencia entre lo que era necesario y lo que estaba ocurriendo, sentía una tal urgencia de otro resultado a todo aquello, que no podía soportar el abandonar.

Geraden tenía las ideas más claras. Él también se soltó del Príncipe Kragen. Se volvió hacia el trono y exclamó, como un clarín:

—¡Mi señor Rey...! Houseldon ha sido destruido. Sternwall está cayendo. La gente del Fayle es muerta por los devoracadáveres. Es *tu* gente, mi señor Rey. ¡Por todas partes!

El Rey Joyse estaba de pie. Terisa no lo había visto ponerse de pie: sólo lo vio de pie ahora, dominándola desde el estrado, con su barba echada hacia delante y su pelo lleno de luz.

—¿Y? —preguntó—. ¿Y?

Como si no le quedara otra elección, ella respondió:

—Y la Reina ya no está. Ha sido secuestrada.

Entonces el estómago de Terisa se anudó como si estuviera a punto de vomitar.

La idea de que Joyse podía derrumbarse ahora, de que ella había golpeado al Rey lo bastante fuerte como para quebrantarlo, fue demasiado para ella. El Príncipe Kragen estaba gritando:

—¡Estúpidos! ¡Ahora me hará matar! —Demasiado tarde. Ella se volvió de espaldas al Rey Joyse, se aferró el vientre con ambas manos.

Un movimiento en los balcones atrajo su atención. Lanzó una mirada hacia arriba, a tiempo para ver a uno de los arqueros doblarse sobre sí mismo y caer al suelo.

Unas manos la aferraron, la hicieron girar en redondo. El Rey Joyse había bajado de su trono tan rápido que ella no tuvo tiempo de pensar, de reaccionar; clavó sus dedos en sus brazos.

Gritando el nombre del Rey, Geraden intentó intervenir. El Rey Joyse lo apartó.

—¿Quién la secuestró? —El Rey pareció crecer delante de Terisa. Sus ojos eran fuego azul; sus dientes destellaron; la sacudió como si su corazón fuera un saco vacío —. ¡Tendré la cabeza de ese hombre! ¿Quién la secuestró?

Terisa luchó por volver la cabeza, para volver a mirar hacia el balcón. Pero el Rey Joyse la sacudía demasiado fuertemente; no conseguía enfocar su mirada.

—¡Los de Alend! —gritó Geraden—. ¡Fue secuestrada por soldados de Alend!

Tan repentinamente que Terisa estuvo a punto de caer, el Rey Joyse la soltó. Su espada apareció bruscamente en su mano, captando la luz como un látigo de fuego.

Terisa giró en redondo para mirar hacia los balcones.

Tres de los arqueros habían caído.

El resto estaban tan atentos a lo que ocurría abajo que no se habían dado cuenta de lo que estaba sucediendo a su altura.

El Rey Joyse y el Príncipe Kragen se enfrentaron. El Príncipe había extraído su propia hoja: las puntas de sus espadas danzaron una frente a la otra al resplandor de las lámparas y velas.

—¿Dónde está ella? —preguntó el Rey.

Alocadamente, Geraden se situó entre las dos hojas.

—¡Iban vestidos como los de Alend! —jadeó—. ¡Creemos que era un truco! ¡El Príncipe Kragen vino aquí para demostrar su buena fe! —Antes de que el Rey pudiera ensartarle con su espada, añadió—: Torrent fue tras ella. Está dejando un rastro para ayudarnos a seguirla.

—Los balcones —dijo Terisa. Apenas fue capaz de oírse a sí misma.

Escudado por Geraden, el Príncipe Kragen bajó su espada. Mirando regiamente al Rey Joyse por encima del hombro de Geraden, declaró:

—Mi señor Rey, escupo sobre los hombres que te hicieron esto. Y escupo sobre el burdo plan que los hizo aparecer como si fueran de Alend. Antes moriría que convertirme en un hombre que sólo puede conseguir sus fines usando la violencia contra las mujeres.

Era demasiado tarde: el golpe que le hizo caer ya estaba en movimiento. Demasiado rápido para cualquier reacción —ni siquiera por parte del Rey Joyse—, Artagel avanzó por detrás del Príncipe y le golpeó tan fuertemente en la nuca que éste cayó como si hubiera recibido un hachazo.

Al mismo tiempo, el Castellano Lebbick exclamó con un aullido de alegría:

—¡Gart!

Terisa pudo ver ahora al Monomach del Gran Rey. En el momento en que caía el cuarto arquero, Gart rodeó los balcones para atacar a los del otro lado. Era negro y rápido, una cuchillada de medianoche, y su espada parecía salpicar sangre en todas direcciones.

Los restantes arqueros tenían sus arcos preparados para proteger al Rey Joyse del

Príncipe Kragen. Instantáneamente, desviaron su puntería hacia Gart y soltaron sus flechas.

Desgraciadamente, Gart no estaba solo. Tenía un cierto número de sus Aprs con él. Deslizándose como sombras, atraparon a los arqueros desde atrás, derribándolos, haciendo fallar su puntería. Sólo una de las flechas partió hacia su objetivo.

Gart la desvió golpeándola con el plano de su espada.

Su próximo golpe decapitó al arquero más cercano. La cabeza rodó de lado sobre la barandilla y cayó entre los bancos con un ruido sordo.

Los hombres gritaban por todas partes. El Castellano Lebbick rugió:

—¡Ahora vengo, bastardo! ¡Ahora vengo! —y saltó hacia una puerta oculta detrás de uno de los paneles. La mayor parte de los Imageros empezaron a huir. El Maestro Barsonage los hizo volver a su lado entre maldiciones.

Geraden exclamó a Artagel, inútilmente:

—¡Idiota!

—¡No lo sabía! —respondió Artagel. Con expresión frenética y disgustada consigo mismo, alzó la mirada hacia el balcón, hacia Gart, luego escrutó la sala; no podía decidir qué hacer. Pese a su inseguridad, sin embargo, no vaciló en coger la espada del Príncipe Kragen.

Lacónico en medio del tumulto, Norge pidió refuerzos. Dos de los capitanes salieron de la sala para cumplir la orden; el resto de los hombres de Lebbick le siguieron hacia la escalera que conducía a los balcones.

El ruido despertó al Tor. Abrió los ojos con un bufido y paseó una mirada turbia a su alrededor.

Tensa no pudo apartar los ojos de la cercenada cabeza cuando rodó por la barandilla del balcón y cayó. El sonido que hizo cuando golpeó el banco era inconfundible: lo recordaría durante todo el resto de su vida. Tenía que apartarse de en medio, pero por alguna razón era incapaz de moverse. Geraden se volvió hacia los Maestros: creyó oír que les preguntaba:

—¿Podéis luchar? ¿Habéis traído espejos con vosotros?

La tensión en torno a los ojos de Artagel era clara cuando alzó la espada del Príncipe; se movía rígidamente. Supo, como si él mismo se lo explicara, su dilema, su anhelo de ir tras Gart y su temor de hacerlo porque sabía que no estaba a la altura del Monomach del Gran Rey. Claramente, oyó a un Maestro decir:

—No trajimos ninguno. ¿Cómo podíamos saber que iban a necesitarse espejos en la sala de audiencias?

Realmente tenía que apartarse de allí. Antes de que Gart o sus Aprs tuvieran una posibilidad de ir tras ella.

En vez de moverse, aguardó hasta que sintió *el roce de un frío tan suave como una pluma y tan agudo como una hoja de acero deslizarse directamente a través del*

centro de su abdomen.

Entonces se lanzó hacia delante, se dejó caer al suelo, rodó sobre sí misma. Cuando se puso en pie de nuevo, corrió hacia Geraden y los Maestros.

Surgidos del aire donde ella había estado de pie unos momentos antes aparecieron el Maestro Gilbur y el Maestro Ere-mis.

El Maestro Gilbur aferraba su daga en un puño. Su joroba y el grosor de sus brazos hacían que sus manos parecieran tan poderosas como arietes.

El Maestro Eremis llevaba una espada en una funda atada a su capa azabache. Sin embargo, su principal arma estaba ya en sus manos.

Un espejo del tamaño y la forma de una teja.

Con una precisión que parecía casi lunática, Terisa observó que ambos hombres llevaban todavía sus casullas.

Inmediatamente, el Maestro Gilbur saltó para atacar al Príncipe Kragen.

Sonriendo alegremente, el Maestro Eremis avanzó hacia Terisa y Geraden.

No había guardias que pudieran oponérseles. Los refuerzos de Norge aún no habían llegado. Y el resto de los hombres habían seguido al Castellano Lebbick.

Lebbick apareció bruscamente en el balcón con su espada en ambas manos, pidiendo sangre. Y casi atrapó a Gart. Poco familiarizado con *la* escalera, Gart no podía saber dónde se abría; además, por simple ignorancia, se había situado en una mala posición. Sin embargo, paró el primer ataque de Lebbick, lo bloqueó contra la barandilla con tanta fuerza que saltaron astillas. Retirándose ágilmente, respondió al golpe.

Eso le dio todo el tiempo que necesitaba para recuperar el equilibrio.

Detrás del Castellano, seis guardias y otros tantos capitanes, conducidos por Norge, brotaron de la escalera de uno en uno para ocuparse de los Aprs del Monomach.

Gart sólo tenía a cuatro hombres consigo: fueron abrumadoramente vencidos por el número. Pero el balcón era demasiado estrecho para que grupos de dos hombres pudieran luchar lado a lado. Gart bloqueó a Lebbick en un lado; en el otro, un Apr se enfrentaba al primer piquero que había llegado a él. El resto de los defensores fueron atrapados en medio, impotentes.

Gart golpeaba furiosamente, intentando arrojar a sus oponentes unos contra otros; casi consiguió empujar al Castellano hacia atrás. Lebbick hizo deslizarse un golpe, bloqueó un segundo que llevaba la fuerza suficiente como para descoyuntar sus articulaciones y dejar una muesca en su hoja. Pero se sentía feliz al fin, casi extático ante la posibilidad de luchar sin contención. Una salvaje alegría iluminó su rostro mientras contenía el ataque de Gart.

—¡Bastardo! —jadeó—. ¡Te enseñaré a creer que puedes hacer lo que quieras en mi castillo!

Detrás de él, desgraciadamente, el primer piquero no se desenvolvía tan bien. El guardia probablemente no había recibido ni una fracción del entrenamiento dado a los Aprs de Gart. Tropezó; y su oponente de negra armadura le clavó su arma en el vientre casi sin ningún esfuerzo, luego aprovechó el momento de sorpresa mientras caía para cortar horizontalmente el pecho del capitán más cercano.

Norge se inclinó, recogió uno de los arcos. Tan plácidamente que parecía no estarse apresurando, clavó una flecha en la garganta del Apr.

Al otro lado del pasillo, uno de los hombres de Gart lanzó frenéticamente una daga. Desde aquella distancia hubiera debido fallar: su blanco hubiera debido verla venir. Desgraciadamente, no fue así. El guardia se derrumbó con la hoja enterrada en su ojo izquierdo.

Norge acertó limpiamente al Apr en el pecho.

La mirada de Gart barrió el balcón. Captó las posiciones de la gente debajo de él. En vez de seguir atacando al Castellano Lebbick, el Monomach del Gran Rey empezó a ceder terreno.

Artagel observó lo que ocurría encima de él por un momento más, luego volvió su atención al Maestro Gilbur.

Evidentemente, Gilbur tenía intención de matar al Pretendiente de Alend.

También era evidente que no iba a conseguirlo. El costado de Artagel estaba rígido y dolorido; en cierto sentido, era un inválido. Pero era capaz de enfrentarse incluso dormido a un solitario Imagero armado solamente con una daga.

—¡Proteged al Príncipe! —gritó el Tor sin ninguna razón discernible. Estaba de pie, las piernas separadas, oscilando bajo la influencia de demasiado vino.

Sonriendo plazeramente, Artagel apuntó la espada del Príncipe Kragen..., y apenas se salvó cuando el Maestro Gilbur se volvió bruscamente, agarró uno de los bancos y se lo arrojó a la cabeza.

Una esquina del banco chocó contra su hombro, y cayó de espaldas; golpeó duramente el suelo, perdió la orientación. La fuerza del Maestro era prodigiosa. ¿Cómo era posible luchar contra alguien que podía arrojar bancos a su alrededor con una sola mano? El golpe había entumecido el hombro de Artagel, pero lo ignoró. Ignoró su costado. Suprimiendo todo tipo de dolor, se puso de nuevo en pie tan suavemente como pudo...

En dirección en equivocada.

Giró rápidamente hacia el cuerpo tendido del Príncipe justo a tiempo para bloquear la daga del Maestro Gilbur.

Rugiendo, Gilbur golpeó la hoja de Artagel con tanta fuerza que casi se la arrancó de la mano.

Casi: no completamente.

Recuperando su equilibrio, su seguridad, su vieja habilidad, Artagel apuntó su

espada en la base de la garganta del Maestro Gilbur y desafió al Imagero a que se moviera de nuevo.

La lucha sobre el Príncipe Kragen no tenía al parecer interés para el Maestro Eremis. Se acercó a Geraden y Terisa y el grupo de Maestros como si se hallara al borde de una epifanía. Su sonrisa era tan afilada que parecía cortar el aire. Cuando Geraden gritó, frustrado:

—¿Tiene alguien un espejo? —Eremis se echó a reír.

Tensó los dedos, murmuró algo que Terisa no pudo oír.

Instantáneamente, una criatura del tamaño y la forma de un murciélago brotó del espejo, aleteó hacia delante, y se lanzó contra la mejilla del Imagero más cercano.

El hombre cayó hacia atrás, chillando.

—¡Eremis! —aulló Geraden, como si fuera la peor obscenidad que conociera. Extrajo de debajo de su chaquetilla un cuchillo, un cubierto de mesa del que debió apropiarse durante el desayuno, y lo arrojó con todas sus fuerzas.

Por una vez en su vida, hizo algo acertado. Nunca había tenido entrenamiento con los cuchillos; pero por casualidad su hoja hizo añicos el espejo en manos de Eremis tan limpiamente como si aquello fuera lo que había pretendido desde un principio. Las astillas de cristal escaparon de manos de Eremis, brillando como joyas a la luz.

La risa del Maestro se convirtió en un gruñido.

Mientras sacaba violentamente su espada, las puertas de la sala se abrieron de golpe y veinte guardias entraron a la carga.

Los refuerzos de Noruega.

Los guardias llegaban demasiado tarde para salvar a Geraden o Terisa. Sus espaldas estaban contra los paneles de la pared: no tenían escape de la rápida acción de la hoja de Eremis. Evidentemente, éste sabía cómo manejar una espada. Parecía flexionarse como una cosa viva en su mano.

Como contraste, Artagel no necesitaba ninguna ayuda,. Aquél era el trabajo para el que había nacido. Primero hizo saltar la daga de manos del Maestro Gilbur. Luego empezó a efectuar pequeños y delicados cortes en el grueso cuello del Imagero, como si estuviera señalando el lugar por el que Gilbur debería ser decapitado. Todos sus movimientos eran tensos y precisos.

Arriba en el balcón, Gart perdió otro Apr. El propio Gart no había matado a nadie: Lebbick lo mantenía a raya. La furia de Lebbick parecía casi igual a la habilidad de Gart. Los Aprs se habían hecho cargo de cinco de los defensores. Examinando la situación, Gart juzgó que otro piquero moriría antes de que su último estudiante cayera. Se preparó para despachar a Lebbick, quizá abrirle el vientre de un tajo; luego miró hacia abajo, vio la llegada de los refuerzos, y cambió de opinión.

Antes de que nadie pudiera captar sus intenciones, se apartó bruscamente del Castellano Lebbick y saltó por encima de la barandilla.

Una caída como aquella hubiera podido matarle; hubiera debido romperle las piernas. Pero había estado saltando de lugares altos desde que iniciara su entrenamiento bajo el Monomach anterior: sabía cómo hacerlo.

Cuando golpeó la alfombra, se encogió sobre sí mismo y rodó para absorber el impacto. Luego, pese al hecho de que sus pies y piernas habían quedado entumecidos como si se hubiera roto la espina dorsal, se lanzó contra la espalda de Artagel.

La única advertencia que recibió Artagel fue el sonido del golpe cuando Gart aterrizó. Se volvió justo a tiempo para apartar la espada del Monomach de sus costillas.

Rápidamente, efectuó una segunda parada, un contragolpe. Sabía que no podía vencer a Gart, pero en la excitación de la acción, el mareante fluir de la batalla, no le importaba.

Desgraciadamente, nunca terminó su respuesta. La rapidez de Gilbur era como su fuerza: prodigiosa. En un instante, saltó detrás de Artagel y lo derribó al suelo con un golpe de sus dos puños.

El Príncipe Kragen seguía aún inconsciente. Hubiera podido ser muerto casi sin ningún esfuerzo.

Ahora, sin embargo, el Maestro Gilbur y el Monomach del Gran Rey tenían otras prioridades. Los guardias a la carga habían cubierto ya la mitad de la distancia desde las puertas: a los aliados del Maestro Eremis sólo les quedaban unos pocos segundos.

Tras ellos, el Castellano Lebbick cayó sobre la alfombra con un terrible impacto. Había intentado el salto de Gart, aterrizó mal. El dolor le arrancó un jadeo; ahogó el sonido de los huesos al romperse.

Juntos, Gilbur y Gart corrieron a ayudar a Eremis.

Estaba luchando por su vida.

Nadie se había opuesto a su avance hacia los Maestros, hacia Terisa y Geraden. Los Maestros eran tan inútiles y cobardes como siempre había creído que lo eran; no valía la pena molestarse en matarlos. Ni siquiera valía la pena matar al Maestro Barsonage.

Geraden, en cambio...

Pero, en el último momento, el Maestro Eremis hizo una pausa. Vio algo en los ojos de Geraden..., una amenaza inesperada; alguna especie de promesa fatal.

Hizo que el Maestro frenara su impulso.

Terisa no parecía peligrosa. Ni siquiera parecía deseable. Se había vuelto hacia su interior, con la espalda contra la pared, como si intentara desvanecerse.

Eremis alzó su espada para ensartar a Geraden y agarrarla al mismo tiempo a ella.

De pronto, una montaña de carne le golpeó con tal fuerza que casi lo arrojó de bruces al suelo.

¡El Tor...! Eremis alzó su espada justo a tiempo para impedir que la del gordo y

viejo señor le partiera en dos la cabeza.

Considerando las habilidades y la edad y la embriaguez del Tor, su espada hubiera podido ser muy bien una maza. Sin embargo, había *peso* tras ella, y una loca y burbujeante furia. El Maestro Eremis paró el golpe de la mejor manera que pudo, y de nuevo, y *de nuevo*; sin embargo, estaba siendo obligado a retroceder. Tendría que abrir en canal a aquella vieja masa de grasa para detenerla.

—¡Mi señor! —gritó Geraden—. ¡Cuidado!

El Tor no pareció oír la advertencia. Estaba aún haciendo girar su espada como una maza cuando Gart le lanzó una patada al estómago lo bastante fuerte como para reventar sus entrañas.

Eructando, se desplomó de rodillas y presentó su expuesto cuello a la hoja de Gart.

Geraden saltó contra Eremis.

Gilbur lo interceptó, sin embargo, y lo arrojó a un lado como un puñado de trapos. Como el Príncipe Kragen, Geraden no era lo bastante importante como para arriesgar la muerte. Terisa era la que importaba. Eremis cerró una mano en torno a su brazo. Gart se preparó para la rápida satisfacción de decapitar al Tor.

Humeando maldiciones y agonía, con una rodilla aplastada, un tobillo roto, el Castellano Lebbick apareció detrás del Monomach del Gran Rey. Apenas era capaz de sostenerse en pie; cada movimiento trituraba astillas de hueso unas contra otras. Su espada colgaba en sus manos, demasiado pesada para alzarla a través del dolor.

Sin embargo, impidió que Gart matara al Tor.

Para salvarse, Gart giró y lanzó su espada en un furioso golpe directamente a través del corazón del Castellano.

Los ojos de Lebbick se abrieron enormes, como si acabara de ver algo sorprendente. La sangre brotó de su boca, resbaló por la parte frontal de su cota de malla. Dejó caer su arma. Por un momento, sus manos aferraron la hoja de Gart como si deseara arrancársela de su pecho. Luego, como un hombre que ha decidido dejarlo correr todo, soltó el acero.

—Bastardo —jadeó entre bocanadas de sangre, como si estuviera hablando con alguien distinto, en absoluto con Gart—. Ahora soy libre. Ya no puedes hacerme más daño.

Lentamente, como si estuviera realizando al fin la única acción considerada de su vida, se deslizó hacia atrás, liberando la espada de Gart.

De aquella forma terminó Lebbick de llorar por su esposa.

Llena de horror, Terisa intentó soltarse de la presa del Maestro Eremis; pero no lo consiguió. Nunca había sido lo bastante fuerte con él. Geraden yacía en el suelo, sin moverse. Impotente, contempló cómo Eremis hacía un gesto extraño y familiar, una señal que había visto otra vez antes.

Sólo a un latido de corazón de distancia de los guardias que avanzaban a la carga, ella y Eremis, Gilbur y Gart, fueron trasladados fuera de la sala de audiencias.

En la confusión resultante, pasó largo tiempo antes de que nadie se diera cuenta de que el Rey Joyse había desaparecido también.

El jinete a través del espejo

El señor del último recurso

Norge ordenó que todo el mundo permaneciera en la sala de audiencias; pero ya era demasiado tarde. La mayor parte de los consejeros del Rey Joyse se habían desperdigado, habían huido como su señor. Y los Imageros no habían hecho mucho mejor. Incluso el Maestro Barsonage, que en un mundo razonable cabría esperar que diera buen ejemplo..., incluso el mediador de la Cofradía había desaparecido. Al parecer, se había llevado a Geraden consigo. El único Maestro que quedaba era el hombre al que Eremis había matado; la criatura que había acabado con él aún seguía devorando su cabeza, indiferente a todo lo que ocurría a su alrededor excepto la comida.

—Perfecto —murmuró Norge, sin dirigirse a nadie en concreto. Aquello era lo más cerca que llegaba nunca de la desesperación. Todos aquellos Imageros y viejos que apenas podían contener su vejiga de miedo, perdidos por todo Orison; difundiendo el pánico. Se lo dirían a sus amigos, a sus esposas, a sus hijos, a sus sirvientes; algunos de ellos se lo dirían incluso a completos desconocidos. Y, cuando la historia se difundiera..., cuando la gente oyera que el Rey Joyse había desaparecido, y Lebbick estaba muerto, y el «héroe de Orison», Eremis, estaba confabulado con Cadwal... Norge suspiró al pensar en todo aquello. Orison iba a hacerse pedazos.

El asedio iba a tener éxito al final.

Decidido a hacer lo que pudiera, envió a uno de los capitanes a hacerse cargo de las puertas, controlar el patio; asegurarse de que nadie hiciera ninguna locura. Aquél era el lugar crucial, el punto donde el pánico podía derramarse hacia fuera..., el punto por el que Alend podía darse cuenta de que Orison estaba sumido en el caos.

Ordenó a otros dos hombres que acabaran con el maligno murciélago devorador de Eremis. Envió guardias a localizar a los consejeros y Maestros, a fin de poder tomar decisiones. Sin ninguna razón en particular excepto la meticulosidad, organizó una búsqueda del Rey. Se aseguró de que el Príncipe Kragen y Artagel aún estaban vivos.

Luego fue a ayudar al Tor a ponerse de nuevo en pie.

El viejo señor estaba sobre manos y rodillas, contemplando el rostro del Castellano Lebbick.

El Tor sufría un terrible dolor. No, eso no era cierto: *iba* a sufrir un terrible dolor; sabía que iba a sufrirlo tan pronto como el shock de la patada de Gart menguara un poco. Por el momento, sin embargo, aún estaba medio atontado, protegido de la agonía por la sorpresa y el vino.

Deseó alzar una mano, pero el esfuerzo fue demasiado para él. No podía hacer

nada excepto contemplar el crispado y feliz rostro de Lebbick.

La gente tenía este aspecto, pensó, cuando sus reyes les traicionaban. Cuando permitían que algo tan simple y falible como un ordinario monarca humano cortara los hilos que mantenían unida su vida, las cuerdas de la finalidad. Cuando bebían demasiado..., y cuando eran lo bastante afortunados como para morir sin tener que contemplar cómo todo lo demás se hacía pedazos a su alrededor.

Mejor morir. Mejor pensar que la bota de Gart había desgarrado algo vital dentro de él y rendirse por anticipado a la tortura. Mejor dejar que el vino y la pérdida se lo llevaran. Las alternativas...

Las alternativas eran claramente desagradables.

Desgraciadamente, la expresión en el rostro de Lebbick no le permitía irse. La sangre de Lebbick no le permitía irse. El primer retortijón del dolor retumbó en sus entrañas, y casi gruñó en voz alta: Oh, Castellano. Mordant y Orison y tú, os ha traicionado a todos, os ha abandonado a todos..., y tú luchaste por él hasta el final. ¿Qué hizo alguna vez para merecer tal servicio?

Tan pronto como el Tor formuló la pregunta, sin embargo descubrió que conocía la respuesta. Pese a sus lágrimas, pudo verla en el retorcido rostro de Lebbick, en sus heridas y en su sangre. Lo que el Rey Joyse había hecho había sido crear algo más grande que cualquier hombre, algo que merecía lealtad y servicio no importaba lo falible e incluso traidor que el propio Rey demostrara ser.

Mordant. Un amortiguador entre el constante y sangriento guerrear de Cadwal y Alend.

La Cofradía. Un final a los estragos de la Imagería cuando los espejos no eran utilizados más que para el poder.

El dolor empujó de nuevo en la parte de atrás de la garganta del Tor, y su estómago se anudó; pero se aferró a la fría piedra con manos y rodillas, mantuvo su equilibrio. Cuando aquel capitán, ¿cómo se llamaba?, Norge, cuando Norge acudió a su lado e intentó ayudarlo a levantarse, consiguió de alguna manera crisar su gordo puño sobre la cota de malla del capitán y tirar de él hacia abajo, de modo que Norge tuviera que mirarle cara a cara.

—El Rey... —jadeó. Su voz era un alterado susurro, perdido en el dolor que se aferraba a su abdomen.

—Ha desaparecido, mi señor Tor. He enviado hombres a buscarle, pero no espero ningún resultado.

—¿Por qué no?

Norge se encogió de hombros.

—Los hombres que se desvanecen así normalmente no desean ser hallados.

Su inmunidad a la aflicción era notable. Observando atentamente el rostro del capitán, el Tor empezó a recordarlo mejor. Era posible que el Castellano Lebbick

hubiera promocionado a Norge simplemente porque Norge era el único hombre por debajo de él que jamás titubeaba.

Era difícil hablar con un hombre así. ¿Qué era lo que le importaba? ¿Cuáles eran sus convicciones, sus compromisos?

—Ayúdame a levantarme. —El Tor no hizo ningún esfuerzo por moverse. El dolor estrujó su voz hasta un ronco susurro—. Ocuparé su lugar.

El Tor no intentaba ponerse en pie, y Norge no intentó levantarlo. En vez de ello, el capitán preguntó calmadamente:

—¿Tú, mi señor?

—Yo. —Pese a toda la fuerza que el Tor podía reunir, tal vez estuviera susurrando deliberadamente. Aunque quizá Gart había roto realmente algo vital en él—. ¿Quién si no? Soy el más viejo amigo del Rey. Aparte el Adepto Havelock..., y no le ofrecerás a él el gobierno de Orison y Mordant.

Era incuestionable: el dolor en sus entrañas iba a ser prodigioso. Parecía estarle cortando el aire. El sudor o las lágrimas resbalaban por su rostro como si fuera una toalla empapada siendo retorcida. Había demasiadas velas brillando en sus ojos. Sin embargo, mantuvo su presa sobre el capitán.

—Y soy el único señor aquí. El Rey Joyse toleró que me quedase cuando los demás se fueron. He actuado como canciller y consejero suyo. Hay que hacer algo con el pánico. El poder tiene que ser asumido por alguien que pueda aliviarlo. ¿A quién otro propones?

»¿Quién más hay aquí?

Norge parpadeó ante aquella pregunta, como si no creyera que valía la pena contestarla.

—No tengo derecho hereditario, ningún puesto oficial. —El Tor deseaba gemir o llorar, pero no podía permitir que su dolor se expresara hasta aquel punto—. Pero si me apoyas en esto, como segundo del Castellano Lebbick, un hombre con la guardia del Rey a sus espaldas... —Un jadeo ascendió desde sus rodillas, casi cegándole—. Si me apoyas, seré aceptado.

—Mi señor Tor —observó desapasionadamente el capitán—; aunque te apoye, apenas serás *capaz* de ponerte en pie. —Al cabo de un momento, añadió—: Si puedo decírtelo sin ofenderte, mi señor, no eres el rey que yo hubiera elegido.

—Un hombre viejo y gordo empapado de vino e incapaz de sostenerse en pie. —Era embarazoso lagrimear en unos momentos como aquéllos, pero el dolor del Tor tenía que hallar alguna salida—. Lo comprendo. ¿Y tú?

—Mi señor —la calma de Norge era realmente enloquecedora—, necesitas un médico. Deja que alguien en mejores condiciones se preocupe por Orison.

—Estúpido —gimió el señor—. No lo comprendes. —Tirando de la cota de malla de Norge, luchando con el dolor, colocó una pierna debajo de su cuerpo; eso le

permitió apartar la otra mano del suelo y apoyarla en el hombro de Norge. Parecía como si tuviera el murciélago de Eremis mordisqueando sus entrañas. Sin embargo, jadeó a través de sus lágrimas y su sudor—: Alguien tiene que tomar el mando. Orison debe ser gobernado. Y yo estoy *aquí*. El Príncipe Kragen está *aquí*. Por primera vez, conocemos a nuestros enemigos. No debemos perder esta oportunidad.

—¿Oportunidad? —preguntó Norge evasivamente.

¡Oh, las fuerzas necesarias para gritar! El estómago y la garganta del Tor parecían estarse llenando de sangre.

—Una alianza con Alend —croó—. Contra Cadwal. Una posibilidad de terminar con este asedio y esta lucha.

El capitán no dijo nada; su reacción era ilegible.

—Norge. —Mirando a través de una bruma de dolor, el señor se acercó más a él para susurrar directamente al rostro del capitán—. Si puedo formar una alianza con el Príncipe Kragen, ¿me apoyarás?

Norge empleó una sorprendente cantidad de tiempo perdido en sus pensamientos. Necesitó una eternidad para llegar a una decisión. O quizá simplemente lo pareció.

Luego dijo:

—De acuerdo, mi señor Tor —como si nunca hubiera vacilado en su vida.

El Tor gruñó turbiamente..., alivio y angustia. Un deseo de tenderse y aferrarse el vientre con las dos manos casi lo abrumó. De alguna forma, sin embargo, se obligó a preguntar:

—¿Cómo está el Príncipe?

Norge miró hacia allá, luego respondió:

—Recupera el sentido.

Con la voz ronca por el esfuerzo, el Tor jadeó:

—Informes. Necesito informes. Necesito saber qué está ocurriendo.

Pesadamente, como si Norge no estuviera soportando casi todo el esfuerzo, el viejo señor consiguió ponerse en pie.

Por un momento, el dolor ascendió como un vómito hasta su boca. No podía ver, no podía respirar; si Norge no le hubiera sostenido, hubiera caído. Pero aquello era intolerable. Tanta debilidad era intolerable. Si se dejaba vencer ahora, probablemente el Castellano Lebbick se levantaría de entre los muertos para hacer su trabajo por él.

Con un jadeo que atravesó todo su cuerpo como una navaja, consiguió hacer entrar aire en su pecho.

Casi inmediatamente, su visión se aclaró.

El Príncipe Kragen estaba recuperando el sentido, no había duda al respecto. Artagel seguía tendido en el suelo, como si el Maestro Gilbur le hubiera roto el cuello; pero el Príncipe estaba arrastrándose estúpidamente hacia su espada.

Un guardia, incapaz de pensar más sensatamente y que con toda seguridad odiaba

a los de Alend, avanzó unos pasos para darle una patada a la espada y ponerla fuera del alcance de Kragen.

—Alto —tosió el Tor.

Norge ordenó al guardia que se detuviera.

Aún no del todo consciente, el Príncipe Kragen consiguió aferrar su espada e inmediatamente empezó a ponerse en pie.

Cada movimiento le ayudaba a recuperarse; el peso de su arma parecía hacerle más fuerte. Gradualmente, se alzó, plantó sus piernas en el suelo, crispó ambas manos en la empuñadura. Sus ojos perdieron su cualidad vidriosa y empezaron a latir con rabia asesina.

Instintivamente, adoptó la posición agazapada del luchador. La punta de su espada buscó al enemigo más cercano. Estaba dispuesto a atacar... El Tor casi se echó a llorar ante el pensamiento de que el Príncipe Kragen pudiera hacer algo que obligara a los guardias a matarlo.

Pero el Príncipe no atacó. Lentamente, se volvió hacia las puertas; vio que un grupo de hombres bloqueaba su camino.

—¡Esbirros! —escupió, mientras giraba de nuevo.

»¿Quién me golpeó? —preguntó suavemente—. ¿Dónde está el Rey Joyse?

—Mi señor Príncipe. —Tembloroso, el Tor soltó una de sus manos de Norge, luego la otra. Solo, dio dos tambaleantes pasos hacia el Príncipe Kragen, como si presentara su vientre a la hoja del Príncipe. El fuego parecía derramarse como agua de sus entrañas y descender por los nervios de sus piernas; sin embargo, mantuvo la cabeza alzada—. Disculpa mi debilidad. No me siento bien.

»Fuiste golpeado por Artagel. —Señaló hacia la forma caída de Artagel—. Esto que ves es el resultado.

»El Rey Joyse no está. Desapareció poco después de que tú cayeras..., cuando atacó Gart.

—¿Gart? —Los ojos del Príncipe Kragen se abrieron mucho; su furia cedió ligeramente. Su mente empezaba a funcionar. Pasó su espada a una sola mano—. ¿El Monomach del Gran Rey estuvo aquí?

El Tor asintió, reservando sus fuerzas.

El Príncipe Kragen escrutó inmediatamente el salón, buscando a todas luces una confirmación. Observó los arqueros y los piqueros muertos en el balcón, los Aprs abatidos; captó la ausencia de los consejeros del Rey, la ausencia de los Maestros. Vio al Castellano Lebbick tendido en el suelo al lado del Tor, su boca crispada bajo su bigote, como si repentinamente se hubiera puesto enfermo.

—Mi señor Tor —dijo, en un amargo gruñido—, ¿dónde están mis compañeros, Geraden y dama Terisa? Ellos también estaban *protegidos* bajo bandera de tregua.

Aún susurrando porque no le quedaba otro remedio, el viejo señor respondió:

—Gart tenía aliados. El Maestro Eremis y el Maestro Gilbur. —Vio por el rostro de Kragen que el Príncipe no se sentía particularmente sorprendido ante los nombres que mencionaba.

—Se llevaron a dama Terisa, mi señor Príncipe —intervino Norge, con aire casual—. En cuanto a Geraden, se fue con el Maestro Barsonage. O quizá sería más adecuado decir que el mediador lo arrastró fuera de aquí.

Se llevaron a dama Terisa. El Tor parpadeó estúpidamente. No la había visto irse, no sabía... Pero no podía permitirse pensar ahora en aquello. Tenía que ocuparse de Kragen.

—Así que, como puedes ver —dijo, de la mejor forma que pudo—, no tenemos ningún lugar al que mirar en busca de respuestas. Mi señor Príncipe, creo que deberías decirnos las cosas que viniste a decirle al Rey Joyse.

—¿Por qué? —La pregunta del Príncipe Kragen cortó el aire como una navaja—. Tu Rey me acusó de una atrocidad. Pese a estar protegido bajo bandera de tregua, fui golpeado y abatido por sorpresa antes de que pudiera defenderme. —Mordió las palabras para controlar su pasión—. Al parecer, es sorprendente que aún siga con vida. Ni siquiera las *audiencias* de tu Rey son seguras. Y ahora él ha "desaparecido".

»¿Por qué debería decirte nada a ti, mi señor Tor?

El Tor tuvo que reprimir un abrumador deseo de echarse a dormir.

—*Porque* el Rey Joyse ha desaparecido, mi señor Príncipe. —El dolor en su estómago tiraba de él. Si estuviera en posición horizontal, quizá le doliera menos. Y, si estuviera dormido, quizá dejara de dolerle por completo.

Por otra parte, Orison *había* sido pateado también en el vientre. Era necesario allí. Tenía que hacer todo lo que fuera capaz de hacer.

—Ha desaparecido. Y el Castellano está muerto. Murió salvando mi vida cuando Gart iba a matarme. No queda ningún poder en Orison.

»Ninguno excepto el capitán Norge, el segundo de Lebbick. Y el Maestro Barsonage, el mediador de la Cofradía. Y yo.

»El Maestro Barsonage no está presente, pero hablaré por él. Si tratas abiertamente con nosotros, estamos preparados para ofrecerte una alianza. La fuerza de Orison, y la de la Cofradía, contra Cadwal.

Eso prendió de golpe la furia del Príncipe Kragen. Miró por unos momentos, con la boca abierta. Luego, en un tono de feroz cautela, preguntó:

—¿Te he comprendido bien, mi señor Tor? ¿Acabas de proclamarte Rey de Mordant? ¿Has matado a Joyse? ¿Habéis estado planeando tú y Norge una revuelta?

—Por supuesto que no —gruñó el Tor—. Reclamo solamente la posición de canciller. —En realidad, aquello era demasiado. ¿Cómo podía esperarse que estuviera de pie allí y discutiera cuando probablemente estaba desangrándose interiormente?—. Si fuera más joven, te enseñaría a lamentar esta acusación. —Si Lebbick no hubiera

salvado su vida, hubiera abandonado todo el asunto y simplemente se hubiera dejado caer al suelo—. El Rey sólo ha desaparecido, no ha sido depuesto. Tampoco ha sido asesinado. En su ausencia, y en su nombre..., y con el apoyo del capitán Norge —añadió, esperando que Norge no le contradijera—, tomaré decisiones.

»Estamos preparados para ofrecerte una alianza —repitió—. Si tratas abiertamente con nosotros.

El Príncipe Kragen siguió dudando, atrapado —supuso el Tor— entre la suspicacia, la curiosidad y la necesidad. Y probablemente no confiaba en el viejo señor empapado en vino que tenía delante. ¿Quién lo haría? Un guardia entró en la sala y la cruzó en dirección a Norge, pero el Tor lo ignoró. Además, Artagel empezó a removerse, recuperando el conocimiento. El Tor lo ignoró también. Se concentró en el silencio del Príncipe Kragen.

—Vamos, mi señor Príncipe —siseó—. No me siento bien. No podré mantenerme mucho tiempo más en pie. Has dicho que deseas una alianza. Y tu deseo es demostrablemente sincero. Con la ruptura —una palabra mal escogida— de las puertas de Orison casi conseguida, desististe cuando Terisa y Geraden cayeron en tus manos. Pero no los retuviste a ellos y lo que sabían para ti mismo. Los trajiste aquí, poniéndolos en riesgo a ellos y también a ti mismo, en bien de lo que esperabas conseguir.

»El golpe que te derribó al suelo bajo bandera de tregua fue un error. Artagel lo admitirá. —El Tor no vio ninguna razón para no formular extravagantes promesas—. ¿Sacrificarás tus propias necesidades y deseos simplemente para castigarnos por un error?

»Mi señor Príncipe, cuéntanos las cosas que viniste a decirle al Rey Joyse.

Artagel se alzó del suelo, vaciló sobre sus pies; se llevó una mano a la nuca, intentando, demasiado tarde, protegerse del ataque de Gilbur. Cuando vio frente a él al Príncipe Kragen, con la espada en la mano, dio un paso atrás y miró con urgencia a su alrededor, intentando comprender lo que había ocurrido.

—Un informe, mi señor Tor —anunció tranquilamente Norge—. Pediste un informe.

»Hay pánico en Orison y se está extendiendo, pero hemos conseguido mantenerlo lejos del patio..., lejos de las puertas. La guardia de honor del Príncipe está aguardando tan pacientemente como le es posible. No hay ninguna señal del Rey Joyse. Geraden está definitivamente con el Maestro Barsonage. En los aposentos del mediador.

»Dos de los guardias de servicio dicen que vieron la nube marrón del Adepto Havelock alzarse por encima de la torre del Rey. —Imperturbablemente, Norge eludió la aguda mirada de Kragen—. Si están en lo cierto, no atacó el campamento. Simplemente flotó hasta perderse de vista.

El Tor sufrió aquella interrupción del mejor modo que pudo, pero apenas oyó lo que Norge estaba diciendo. Por el momento, todo lo que realmente deseaba en la vida era la habilidad de gritar; gritarle su dolor al techo. Y no sólo el dolor de su brutalizado abdomen. También tenía otros dolores. La muerte de Lebbick. El abandono del Rey Joyse, cuando él, el Tor, había puesto su corazón en la creencia de que Joyse aún merecía algo de confianza. Y la humillación de que se desconfiara de él porque llevaba demasiado vino encima.

Sus ojos fluyeron de nuevo. Estúpido, estúpido. A través de la bruma, croó:

—Artagel.

—¿Es todo esto cierto? —restalló el Príncipe Kragen a Norge—. ¿Se puede confiar en el informe? ¿El Esbirro del Rey no nos ha atacado?

—¿Lebbick? —preguntó Artagel, como un hombre que aún no ha recobrado por completo la consciencia—. ¿Lebbick?

—Golpeaste al Príncipe Kragen bajo bandera de tregua. Esto fue un error. Dile que reconoces que fue un error.

Tanto el Príncipe Kragen como Norge miraron al Tor, como si el viejo señor hubiera perdido la cabeza.

—¡Lebbick! —gritó Artagel, con la garganta hecha un nudo—. ¿Qué te han hecho?

El Tor lo intentó de nuevo:

—Artagel.

—¿Terisa? ¿Geraden? —Artagel volvió bruscamente la cabeza hacia un lado, luego hacia el otro, registrando la sala, los guardias, los cuerpos—. ¿Dónde están? —Una oleada de sangre y dolor llenó su rostro—. ¿Consiguió sus propósitos Gart? ¡Que alguien me dé una espada! ¿Dónde están?

—¡Artagel! —Norge puso una inflexión de mando en su relajado tono—. Eremis y Gart se llevaron a la dama. Geraden está bien. Presta atención. El Tor te dio una orden.

—¿Que me dio una *qué*? —jadeó Artagel, como si estuviera a punto de aullar. Pero luego, bruscamente, se inmovilizó; sus ojos se abrieron enormemente. Casi igualando la inexpresividad de Norge, preguntó—: ¿Dónde está el Rey Joyse?

—Ésa —dijo el Príncipe Kragen con evidente sarcasmo— es una pregunta cuya respuesta nos gustaría saber a todos.

Lentamente, la mandíbula de Artagel colgó.

El Tor hizo un esfuerzo más.

—Artagel, golpeaste al Príncipe Kragen bajo bandera de tregua. Quiero que te disculpes.

Entonces, deliberadamente, el viejo señor cerró los ojos y contuvo el aliento.

No volvió a mirar o respirar de nuevo hasta que oyó a Artagel decir:

—Mi señor Príncipe, me equivoqué.

Artagel sonreía como un hacha afilada. Su voz tenía un filo cortante que hubiera podido usar en aquel mismo momento contra Gart. Y, sin embargo...

Y, sin embargo, hizo lo que el Tor necesitaba.

—Es inexcusable violar una bandera de tregua. Y tú salvaste mi vida en una ocasión..., tú y el Perdon. Simplemente, no tuve tiempo de pensar. Temía lo que el Rey Joyse pudiera hacer. Todo el mundo en Orison sabe que ha estado practicando su esgrima. El Castellano dijo que probablemente iba a desafiarte a un duelo. Pensé que estaba lo suficientemente loco como para intentarlo.

El Príncipe Kragen no pudo ocultar su sorpresa ante aquella información, pero el Tor se aferró a su dolor y dejó que todo lo demás pasara por encima de su cabeza. Inesperadamente, su espíritu se alzó un poco. Había buenas razones por las que todo el mundo en Orison quería a Artagel.

—Te he visto luchar —concluyó Artagel—. El Rey Joyse no tenía ninguna posibilidad. Simplemente, intenté salvarle.

Artagel había conseguido la atención del Príncipe ahora. Kragen pensó intensamente por unos instantes, luego dijo:

—Artagel, tienes reputación de luchador. Comprendes el arte de la guerra. ¿Cuál es tu opinión? ¿Quién tiene más a ganar en una alianza, Orison o Alend?

Sin vacilar, Artagel respondió:

—Tú, mi señor Príncipe. Nosotros tenemos la Cofradía.

El Tor ya no podía estar seguro de lo que veía. Sus ojos seguían lagrimeando, y el daño en su estómago parecía pulsar *hacia arriba en dirección a su cabeza; su cerebro daba la impresión de ser un globo a punto de estallar*. Sin embargo, tuvo la impresión de que el Príncipe estaba tranquilizándose, dejando escapar su furia.

—Mi señor Tor —la voz del Príncipe Kragen le llegó desde algún lugar al otro lado de un velo de presión—, Geraden y dama Terisa vinieron a mí desde el Care de Fayle, donde fueron testigos del secuestro de la Reina Madin. Pero ésas no eran en absoluto sus únicas noticias. Entre un cierto número de otras cosas, me informaron de la traición del Maestro Eremis.

»Simplemente por eso, para advertir al Rey Joyse de sus enemigos, estuve dispuesto a arriesgarme viniendo aquí. Pero tengo otra información también, un conocimiento que a la vez confirma y empeora las cosas que Geraden y dama Terisa re-velaron.

»Sé dónde está el ejército del Gran Rey Festten.

El Tor tuvo la impresión de que iba a caer. Realmente, alguien tenía que enseñarle a Gar a tratar a los viejos con más respeto. De todos modos, estaba decidido a hacer lo que pudiera.

—Norge, anuncia en Orison que he tomado el mando de la plaza durante la

ausencia del Rey. Eres nombrado Castellano. Haz que se sepa. Es nuestra única defensa contra el pánico. La gente debe creer que aún seguimos firmes, pese a la traición.

Norge saludó formalmente, pero el Tor lo ignoró.

—Mi señor Príncipe —siseó, como si sus heridas estuvieran matándole—, debemos abandonar esta sala antes de que el Maestro Eremis pueda considerar conveniente atacar de nuevo. Ven conmigo a los aposentos del Rey Joyse. Tenemos mucho de lo que hablar.

»Pero debo hacerlo sentado.

Los usos del talento

Cuando Geraden recobró realmente la consciencia, estaba sentado en una de las sillas hechas a mano por el propio Maestro Barsonage.

Había abierto los ojos antes de que el mediador lo sacara de la sala de audiencias; lo había obligado a ponerse en pie, pese a su torpe tendencia de caer en todas direcciones, y había arrastrado casi todo su peso durante la larga caminata hasta los aposentos privados del Maestro Barsonage; había recibido la noticia de la captura de Terisa como si la comprendiera. Sin embargo, no tenía ninguna idea efectiva de dónde estaba o de lo que estaba haciendo hasta que Barsonage cerró la puerta sobre los problemas de Orison, lo depositó en una recia silla, y le tendió una jarra de cerveza.

Aquella habitación era familiar. Y casi confortable, como el restablecimiento de antiguas relaciones, de viejas verdades. El Maestro Barsonage era el mediador de la Cofradía. Geraden era un Apr..., medio sirviente, medio estudiante. Eso lo hacía todo más sencillo. No tenía preocupaciones, ni responsabilidades, a menos que el mediador se las asignara. A menos que el mediador se las explicara.

Simple.

Moviéndose lentamente debido a la forma en que le pulsaba la cabeza, aceptó un trago automático de la jarra; luego bebió ávidamente.

Entonces recordó tan brutalmente que casi jadeó.

Terisa. Eremis tenía a Terisa.

—Tenemos que ayudarla.

Quizá, después de todo, no había recuperado totalmente los sentidos. Era consciente de que había hablado en voz alta; ciertamente no se daba cuenta de que había dejado caer su jarra al suelo. Lo único que sabía era que estaba intentando levantarse de la silla, intentándolo con todas sus fuerzas, y el Maestro Barsonage lo retenía. Apretada contra él, la masa del mediador era implacable: no pudo moverse.

¡Terisa!

—Suéltame. Tenemos que ayudarla.

—¿Cómo? —preguntó llanamente el Maestro—. ¿Cómo vas a ayudarla?

—El espejo que hice. —Geraden deseaba soltarse como un niño, palmear las manos de Barsonage, gemir; de alguna forma, consiguió dominarse—. El que es idéntico al de Gilbur..., el que utilicé para traerla aquí. Puedo cambiarlo. Puedo hacer que me lleve a Domne.

—¿Y qué conseguirá eso? —El mediador siguió bloqueando el camino de Geraden fuera de la silla—. Seguro que ella no ha sido llevada a Domne.

—No. —Geraden halló casi imposible no gritar o llorar—. La ha llevado a

Esmerel. Es allí donde ha estado trabajando todo este tiempo. He visto Esmerel. Puedo hacer que mi espejo muestre esa Imagen. Puedo usarlo para buscarla. Si la encuentro, puedo trasladarla de vuelta.

»¡Suéltame!

—No. Perdoname. —De pronto, el mediador no sonó firme o implacable. Sonó agraviado, casi herido—. Eso será imposible.

Tal vez el Maestro Barsonage retrocedió unos pasos. O tal vez Geraden sintió que la autoridad crecía en él como fuego, proporcionándole unas fuerzas a las que nadie podía oponerse. Él no era un Apr, ya no. El tener a Eremis como enemigo lo había transformado.

¿No lo entiendes? Va a violarla. Ella es una archi-Imagera. Él va a hallar alguna forma de violar su talento.

Casi sin ningún esfuerzo, Geraden se puso en pie, empujó hacia atrás al viejo, se abrió camino hacia la puerta.

Sin embargo, el cambio en el tono del mediador lo detuvo; tuvo más efecto sobre él que un grito de rabia o protesta. Ahora que hubiera podido irse, se detuvo donde estaba, atrapado.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué es imposible?

—Geraden, perdóname —repitió Barsonage. Su dolor estaba claro en su rostro—. En esto, te he fallado terriblemente.

Sólo por un instante, Geraden se contuvo al borde de la explosión: sentía deseos de escupir su ultraje, golpear al mediador hasta que recobrara su buen sentido, hacer algo violento. Casi inmediatamente, sin embargo, retrocedió de ese borde.

—Discúlpate más tarde —dijo con los dientes apretados—. Simplemente dime qué es lo que va mal.

—La verdad era obvia. —El Maestro Barsonage fue incapaz de mirarle a los ardientes ojos—. Un niño hubiera podido verla. Por supuesto que eras capaz de hacer maravillas con ese espejo. Trajiste a dama Eremis entre nosotros. Escapaste dentro de él, sin dejar ninguna huella. Todos supimos finalmente tu talento...

»Pero no pensé en tu talento. Pensé solamente en tu culpabilidad..., o en tu inocencia. Y, así, me perdí las obvias implicaciones de la obvia verdad. Ahí te fallé.

Geraden golpeó los puños contra sus muslos para impedirse gritar: ¡Ve al grano!

—No vi —explicó tristemente el mediador— que tu espejo requería una protección especial, ya fuera para mantenerlo lejos de ti si eras culpable, o para protegerlo para ti si eras inocente. —Por fin, se obligó a mirar al rostro de Geraden—. Hace algunos días, se produjeron disturbios. Parecía ser un tumulto contra el Castellano..., pero por una sorprendente serie de coincidencias su peor violencia ocurrió en el laborium. Durante el tumulto, fueron destrozados varios espejos.

»E1 único de importancia fue el tuyo.

Claramente, como si la admisión fuera un acto de valor, el Maestro Barsonage concluyó:

—Te he costado el medio de ayudar a dama Terisa. No tienes ningún espejo con el que buscarla.

Geraden se dio cuenta de que estaba mirando a la nada. Por alguna razón, el mediador ya no parecía estar presente en la habitación. Lo cual era absurdo, por supuesto; estaba allí mismo, con su casulla colgando sobre su enorme pecho, con su rostro crispado en una difícil honestidad. Sin embargo, el viejo, de alguna forma, se había ido, había sido borrado de la atención de Geraden.

Se habían producido disturbios. En el laborium. Contra el Castellano Lebbick. Y se habían destruido espejos. El único espejo completo, perfecto, que él, Geraden, había hecho nunca...

Necesitaría al menos un día para hacer otro espejo. Eremis tenía a Terisa. Al menos un día.

¿Disturbios contra el Castellano Lebbick?

—Tienes que entender lo confusas que eran las cosas para nosotros en tu ausencia. —El Maestro Barsonage hablaba ansiosamente, intentando explicarse. Quizá pensaba que una explicación podría ayudar—. Primero fuiste acusado de la muerte de Nyle. Luego el cuerpo de Nyle fue mutilado por medios de la Imagería, y el médico Underwell desapareció. Luego el Maestro Quillón fue asesinado. Eso era una clara evidencia de la culpabilidad de dama Terisa..., una evidencia que demostraba por asociación tu propia culpabilidad. El propio Castellano presenció su poder, así como su alianza con el Maestro Gilbur.

No, aquello no funcionaba. Geraden no necesitaba una explicación. O no necesitaba *esta* explicación. Al menos un día. Eremis tenía a Terisa. Si de algún modo pudiera haber enfocado su atención en el mediador, le hubiera preguntado: ¿Disturbios contra el *Castellano Lebbick*?

—Y luego —siguió diciendo Barsonage—, el propio Castellano empezó a insistir en tu inocencia..., en la inocencia de dama Terisa. Evidentemente, había perdido la razón. La locura del Rey había conducido finalmente a Lebbick a la locura también. Y sin embargo siguió insistiendo, cuando todo Orison excepto los guardias se habían vuelto contra él. Insistió, pero privadamente, tan privadamente que pocos pudieron oírle, en acusar al Maestro Eremis, que nos había salvado con sus propias manos de una victoria de Alend por la sed.

»¿Qué podíamos pensar? De acuerdo, el talento de dama Terisa y el tuyo propio nos devolvieron nuestra finalidad. El significado de la Cofradía fue restablecido. Pero, ¿qué podíamos hacer? ¿Había venido ella a salvarnos o a destruirnos? ¿Habías asesinado tú realmente a tu hermano o eras inocente? Tales preguntas nos consumían. No estábamos preocupados por la seguridad de nuestros espejos. Los hombres que

ansían el poder de la Imagería no destruyen espejos.

Geraden tenía la sensación de que si se movía —si hacía tanto como abrir la boca o respirar—, caería inmediatamente en un pozo de oscuridad. La sensación llenaba toda la estancia a su alrededor, acechando detrás de las imágenes ilusorias del Maestro Barsonage y el mobiliario. Todo lo que había hecho hasta entonces había ido mal. ¿No era así? Para todas las finalidades prácticas, había traído a Terisa allí simplemente para que el Maestro Eremis pudiera tenerla en la cúspide de su poder, en el momento de la mayor vulnerabilidad de ella. Qué triunfo. El clímax de una brillante vida. Todo había ido mal desde el día en que muriera su madre, y él había jurado, *jurado*, que nunca iba a volver a dejar que eso ocurriera a nadie a quien él amara.

Sin embargo, no podía dejar de intentarlo. La sola idea de rendirse ante Eremis lo ponía enfermo. Tenía que haber algo que pudiera hacer...

¿Disturbios contra el *Castellano Lebbick*?

Abrió deliberadamente la boca. Rechinando los dientes, se obligó a sí mismo a inspirar profundamente, a enfocar sus ojos en el mediador.

—¿Por qué Lebbick? —Aquella no era exactamente la pregunta que deseaba hacer, pero estaba bastante cerca—. ¿Por qué se volvieron contra Lebbick?

El Maestro Barsonage encogió sus masivos hombros.

—La doncella Saddith. —Aquel tema era considerablemente menos personal para él—. La golpeó..., la golpeó hasta casi matarla. Quedó mutilada a causa de la paliza.

»Ella incitó los disturbios para buscar venganza.

Repentinamente, como si Barsonage hubiera murmurado las palabras y hecho los gestos para realizar una traslación, la debilidad de Geraden desapareció. Ya no había un pozo de negrura a su alrededor: solamente había una estancia que conocía bastante bien; una estancia que en esta ocasión no tenía suficientes lámparas encendidas, con el resultado de que los rincones eran oscuros, como escondites.

—Maestro Barsonage —Geraden se sintió levemente sorprendido por su propia calma—, ¿por qué la golpeó? Ahí es donde empezaron... la «serie de coincidencias». ¿Qué fue lo que hizo ella?

El interés de Geraden tomó evidentemente por sorpresa al mediador. Vaciló unos instantes, como si pensara que debía dirigir la conversación hacia direcciones más útiles. Fuera lo que fuese lo que vio en el rostro de Geraden, sin embargo, le persuadió de que debía contestar.

—La historia es que ella se metió en su cama, la noche antes de la desaparición de dama Terisa. Dijo que sentía pena por él en su aflicción y que deseaba consolarle. Aquellos dispuestos a dudar de sus palabras, y fueron cada vez menos a medida que la extensión de sus heridas se hizo público, decían que se ofreció a él para poder elevarse por encima de su posición de sirvienta.

Geraden sintió de nuevo deseos de estallar.

—¿Y eso no te advirtió? —restalló—. ¿No te hizo sospechar nada? ¿Acaso no recordaste que era la amante de Eremis? Yo mismo te lo dije. Te dije que él la había estado usando. ¿No se te ocurrió que él podía haberla enviado a Lebbick? ¿Qué has hecho con tu *cabeza*?

—Geraden. —El rostro del Maestro Barsonage se puso duro; sus ojos brillaron—. Ya no eres un Apr. Nadie puede negar que te has convertido en un Imagero. Sin embargo, sigo siendo el mediador de la Cofradía. Espero tu respeto.

»He admitido mi falta. No preví el peligro para tu espejo. En otros asuntos, sin embargo, no merezco tu furia.

Con dificultad, Geraden se contuvo.

—Lo siento —rechinó, incapaz de desencajar sus mandíbulas—. No pretendía ofenderte. Simplemente estoy aterrorizado por Terisa. —Inmediatamente, añadió—: ¿Quieres decir que *sospechabas* de Eremis? ¿Qué fue lo que hiciste?

El mediador estudió por un momento a Geraden; luego, aparentemente, decidió ablandarse. Se encogió de hombros y respondió:

—Las relaciones entre el Maestro Eremis y la doncella me resultaron de interés, por supuesto. Pero sólo se trataba de un asunto de deducción..., en absoluto una demostración de traición. Y su despliegue público de lealtad fue impresionante. Tuve —admitió irónicamente— que echar a un lado mis sospechas, por inevitables que fueran.

»Sin embargo, tu hermano Artagel vino a hablar conmigo...

Geraden se mantuvo inmóvil, aguardando.

—Después de la exhibición de talento de dama Terisa —explicó el Maestro Barsonage—, la Cofradía se dedicó al fin plenamente al trabajo, mostrando el tipo de dedicación que el Rey Joyse siempre había deseado. Respetando las limitaciones que nos había impuesto desde un principio, empezamos a buscar herramientas de defensa, formas en las que pudiéramos conservar Orison, o incluso Mordant..., métodos de enfrentarnos o ayudaros a ti y a dama Terisa cuando averiguáramos la verdad acerca de vosotros.

Medio sonriendo, el mediador hizo una ligera digresión:

—El Príncipe Kragen parecía estar a punto de derribar las puertas de Orison cuando tú le distrajiste. Puedo asegurarte, sin embargo, que no hubiera sido capaz de entrar en este castillo sin mi consentimiento.

Luego reanudó:

—El Maestro Eremis no tomó al principio parte en este trabajo. Se suponía que estaba descansando después del agotamiento de volver a llenar el depósito de agua.

Geraden contuvo el aliento.

—El día después de los disturbios, sin embargo, vino a mí para anunciarme que

estaba preparado para reanudar sus deberes entre la Cofradía.

»No podía saber que yo había sostenido una larga conversación con Artagel algunos días antes.

»Artagel me informó de que, pese a su propia evidencia, el Castellano Lebbick estaba convencido ahora de tu inocencia. Estaba convencido de la culpabilidad del Maestro Eremis. Y su razonamiento era persuasivo. Según Artagel, era muy persuasivo.

El Maestro Barsonage suspiró.

—Desgraciadamente, Geraden, no había ninguna prueba. No había bases sobre las cuales acusar al Maestro Eremis, ninguna forma de demostrar que el hombre que nos había salvado de Alend lo había hecho en beneficio de Cadwal antes que en el nuestro.

»En consecuencia, no podía volverme contra él. No podía negarle su lugar en la Cofradía, por temor a que fuera alertado por mi desconfianza. Y, sin embargo, no podía exponer de nuevo la Cofradía a su traición.

»Geraden, no te he servido bien..., pero he servido mejor al Rey. Oculté el auténtico trabajo de la Cofradía al Maestro Eremis. Le mentí al respecto. No le permití que viera ningún signo de él, que tomara parte en él. No sabe lo bien preparados que estamos para ayudar en la defensa de Orison.

Geraden expelió lentamente el aire de sus pulmones. Su cabeza estaba clara, y un cierto número de cosas parecían hacerse cada vez más nítidas a su alrededor. Después de todo, no había realmente ninguna forma en que el Maestro Barsonage hubiera podido prever que Eremis utilizara a Saddith para iniciar unos disturbios a fin de encubrir un ataque contra su espejo. Pero mantener en secreto el trabajo de la Cofradía, efectuar una labor práctica en beneficio de Orison sin permitir que el conocimiento cayera en manos de Eremis..., esto estaba bien hecho.

Y Artagel confiaba en él, confiaba en Terisa. Incluso el Castellano Lebbick había confiado en ambos, pese a las manipulaciones del Maestro Eremis.

Todavía había esperanza. Todavía no sabía lo que era, pero tenía la intensa sensación...

—¿Qué le dijiste? —preguntó suavemente al mediador—. ¿Qué clase de mentira creyó?

Inesperadamente, el Maestro Barsonage sonrió..., una sonrisa tan incisiva que casi pareció sedienta de sangre.

—Le dije que habíamos dedicado todos nuestros recursos a descubrir cómo nuestros enemigos son capaces de utilizar los espejos planos sin volverse locos.

Un músculo se crispó en la mejilla de Geraden. Sí, aquella era una mentira que sería creída por cualquiera que estuviera convencido de la ineficacia fundamental de la Cofradía.

—¿No era cierto? —preguntó.

El encogimiento de los hombros del mediador fue como su sonrisa.

—Había verdad en ello. He pedido a dos de los Maestros que se concentren en esa cuestión. El resto de nosotros, sin embargo, hemos estado trabajando hacia resultados más inmediatos.

Geraden sintió que su valor regresaba a él, sus esperanzas se hacían más fuertes.

—Bien —pronunció—. ¿Cómo reaccionó Eremis?

—Ofreció su ayuda. —Mientras hablaba, Barsonage perdió su expresión de ferocidad; se desvaneció hacia un desconcierto más familiar—. De hecho, propuso la teoría más plausible que jamás haya oído. Sugirió que las traslaciones se hacen no con un espejo, sino con dos. Un espejo plano es situado en la Imagen de otro espejo, y luego ambas traslaciones son realizadas simultáneamente, de modo que el espejo plano funciona como uno curvo y en consecuencia no se cobra el precio habitual.

—¿Él te dijo eso? —Geraden estaba sorprendido; su aún frágil autoconfianza se estremeció—. Entonces debe ser errónea. —Su propia teoría tenía que ser errónea.

—Lo es —suspiró el Maestro Barsonage—. ¿Sabías que esa traslación pulveriza el espejo? Yo no. Pero así es. Hemos intentado tres veces la sugerencia del Maestro Eremis, y cada vez el espejo plano se vio reducido a polvo cuando pasó a la Imagen del espejo curvo.

—¡Cristales y astillas! —gruñó Geraden. Aquello era demasiado: estaba equivocado de nuevo; todo lo que había creído comprender estaba equivocado; Eremis estaba demasiado por delante de él. La esperanza era una estupidez. No pudo alzar la cabeza, enfrentarse a la mirada del viejo Imagero. No había nada que pudiera hacer para salvar a Terisa.

—Esto te sorprende —observó pensativo el mediador—. No la sugerencia del Maestro Eremis, sino más bien su fracaso. Geraden, me desconciertas. Habías pensado ya por ti mismo en esta idea, cuando ningún otro miembro de la Cofradía ni siquiera la había imaginado.

Eremis estaba jugando con él, jugando con todos ellos, utilizándolos en un elaborado e insidioso juego en el que ellos no podían vencer, un juego del que ni siquiera podían escapar porque desconocían las reglas. Como el Príncipe Kragen en su audiencia con el Rey Joyse, obligado a jugar al brinco. A merced de su oponente.

Pero el Maestro Barsonage seguía hablando:

—Te has ocultado durante años detrás de Geraden el Pie torpe —dijo con tono de admiración—, y ahora al fin descubro que tu talento es prodigioso. Eres capaz de efectuar traslaciones que divergen de la Imagen en tu espejo. Ideas que nos asombran te resultan familiares.

»¿Hay más, Geraden? ¿Abarca tu talento otras maravillas también?

Geraden apenas oía al mediador. Estaba pensando: Oh, prodigioso.

Absolutamente. Tiemblan cuando entro en la habitación.

Estaba pensando: Disturbios contra el Castellano Lebbick.

Eremis deseaba conservar Orison para Cadwal. Y ningún hombre podía defender el castillo mejor que Lebbick. Y, sin embargo, Eremis había enviado a su propia amante para que fuera golpeada hasta casi la muerte simplemente a fin de generar irritación contra Lebbick, simplemente para hacer posible un tumulto, simplemente para conseguir que alguien presumiblemente de la multitud entrara en el laborium y destruyera el espejo de Geraden. Todo ese riesgo para nada más que para eliminar la única arma de Geraden.

¿Realmente estaban Eremis y Gilbur y Vagel tan terriblemente asustados de él?

Sonaba ridículo. Pero...

Se reafirmó, hizo todo lo posible por regularizar su corazón.

Pero ellos conocían su talento mucho mejor que él. ¿Por qué otro motivo habían ido hasta tan lejos para distraerle, confundirle, degradarle, matarle? El Maestro Gilbur había guiado —y estudiado— cada momento de su elaboración del espejo.

Conocían su talento mucho mejor que él.

Le temían por razones que él todavía no podía comprender.

El mismo tipo de argumentación le había ayudado a ponerse en acción mientras Houseldon ardía..., y sin embargo no había hecho ningún progreso hacia entenderlo. ¿Por qué había necesitado Eremis atacar Houseldon? ¿O Sternwall? ¿Por qué no había bastado la destrucción del único espejo de Geraden?

De pronto —tan repentinamente que no pudo fingir que había estado escuchando al mediador—, Geraden dijo:

—Havelock.

El Maestro Barsonage parpadeó.

—¿Havelock?

—El tiene todos esos espejos. —Geraden estaba ya de camino hacia la puerta—. Vamos.

Espejos que habían ayudado a Terisa a escapar de Gilbur. Espejos que no pertenecían a ningún Imagero excepto al Adepto..., espejos con los que Geraden podía correr el riesgo.

Fuera de los aposentos del mediador, empezó a apresurarse; al cabo de un momento estaba casi corriendo. Sin embargo, el Maestro Barsonage lo alcanzó, apoyó una pesada mano en su brazo y lo retuvo a un andar rápido.

—¿Qué esperas conseguir con los espejos del Adepto? ¿Te va a permitir que los toques?

Geraden estalló en una risa maníaca.

—Oh, me permitirá tocarlos. Seguro que me permitirá tocarlos.

Avanzando tan rápidamente como podía, con el Maestro Barsonage aferrado a su

brazo, y negándose a responder a la primera pregunta del mediador, negándose incluso a pensar en ella por miedo de que las posibilidades se evaporaran si lo hacía, se encaminó hacia los niveles inferiores de Orison, hacia la única entrada que conocía a los dominios personales del Adepto Havelock.

Durante su anterior visita allí, las circunstancias habían sido muy diferentes. Por una parte, los habitantes extras de Orison no habían llegado todavía; las profundidades del castillo estaban desiertas. Y por otra, no había prestado demasiada atención: la mayor parte de su mente había estado enfocada en Artagel, sufriendo con los pulmones llenos de un corrosivo vapor negro. Como resultado de ello, se halló momentáneamente desconcertado al darse cuenta de que no sabía cómo dirigirse a su destino.

Afortunadamente, el Maestro Barsonage sí lo sabía.

Al menos algunos de los secretos del Adepto habían quedado expuestos cuando el Castellano Lebbick había seguido al Maestro Gilbur y a Terisa hasta la habitación donde Havelock conservaba sus espejos. Como un asunto de rutina, el descubrimiento del Castellano había sido comunicado finalmente al mediador de la Cofradía. Y el Maestro Barsonage había llegado incluso a visitar personalmente aquella habitación llena de espejos, en parte para verla con sus propios ojos, en parte para hacer un más doloroso y definitivamente fútil esfuerzo de comunicarse con el Adepto..., específicamente, para persuadir a Havelock de que tenía que permitirle a la Cofradía, como un conjunto, el acceso a aquellos espejos.

El recuerdo hacía que el Maestro Barsonage se estremeciera cada vez que pensaba en ello. El Adepto Havelock había respondido con una graciosa inclinación de cabeza, había tomado su mano como para felicitarle, había besado cada uno de sus dedos como un amante..., y, mientras Barsonage estaba distraído con aquella extraña actuación, Havelock se había orinado sobre sus pies.

Ocasionalmente, el Maestro Barsonage soñaba con extraerle algo de sentido a golpes al Adepto. Aunque nunca había admitido tenerlos, gozaba con esos sueños.

Sin embargo, no dudó en llevar a Geraden a los aposentos del Adepto.

Él y Geraden se acercaron allá a través del almacén lleno de cajas vacías..., cajas en las que, aparentemente, habían sido traídos a Orison los espejos de Havelock. Una puerta en un nicho al fondo de la estancia les condujo a un corto pasadizo. Inesperadamente, Geraden se detuvo.

Señalando a la impresionante colección de cerrojos y barras en la parte de atrás de la puerta, preguntó:

—¿Nunca cierra este lugar? ¿Deja simplemente que todo el mundo entre siempre que quiera?

El Maestro Barsonage bufó con desagrado.

—Quién sabe. Yo he venido aquí tres veces. Dos de ellas la puerta estaba cerrada,

y no me abrió. Quizá no me oyó. La tercera vez, la puerta estaba abierta. Lo encontré roncando en su cama. Y, cuando lo desperté, se mostró —Barsonage hizo una mueca — desagradable.

Al cabo de un momento añadió:

—Por mi propia paz mental, sin embargo, insistí en situar guardias en el pasillo exterior. Hombres vestidos como comerciantes ordinarios y como granjeros nos detectaron antes de que entráramos en el almacén. Si no hubieras estado en mi compañía, o si no hubieras sido reconocido..., te hubieran dado el alto.

Geraden tenía el ceño fruncido.

—¿Sabe Havelock algo de esto?

—Quizá. ¿Quién puede decir lo que sabe el Adepto? Quizá ni lo sepa ni le importe.

Geraden pensaba en Terisa. Quizá hubiera podido ser salvada —quizá todo hubiera sido diferente— si se hubieran situado antes aquellos guardias fuera del almacén. Si el Adepto Havelock hubiera tenido alguna idea de lo que estaba haciendo.

Gruñendo para sí mismo, Geraden echó a andar por el pasadizo.

Casi inmediatamente, él y Barsonage llegaron a la habitación donde eran guardados los espejos de Havelock.

Estaba espectacularmente cambiada.

La diferencia era inconfundible: estaba limpia. Alguien había quitado el polvo de las mesas y del suelo, de los espejos; había barrido los cristales rotos de las piedras; había colocado los espejos de cuerpo entero junto a las paredes, distribuyéndolos de la mejor manera posible en el relativamente congestionado espacio. Alguien había colocado los espejos pequeños y de tamaño mediano sobre las mesas y los había ajustado de modo que captaran la luz de las pocas lámparas y resplandecieran como promesas.

Ese alguien tenía que haber sido el Adepto Havelock. Geraden y el mediador lo vieron tan pronto como entraron en la habitación: estaba en una esquina con un plumero, canturreando sobre un cristal que había sido restablecido a una prístina claridad después de décadas de negligencia.

Había convertido la sala en un santuario. O un mausoleo.

Por un momento, mientras Geraden y el Maestro Barsonage le miraban, pareció no darse cuenta de su llegada. Luego, sin embargo, giró para ofrecerles una reverencia, haciendo un floreo con su plumero como si fuera un cetro. Sus ojos miraron cada uno en distinta dirección; sus gordos labios sonrieron.

—¡Barsonage! —croó—. Me honras. Qué emoción. ¿Quién es ese cachorro que te acompaña?

Simplemente porque no podía resistirse a mirar, Geraden observó un detalle que

de otro modo quizá se le hubiera escapado: el sobretodo de Havelock estaba también limpio. De hecho, había sido escrupulosamente despojado de todas sus manchas. Havelock lo llevaba como si fuera vestido para una celebración.

El Maestro Barsonage mantuvo su distancia.

—Adepto Havelock —dijo con desagrado formal—, estoy seguro de que puedes recordar al Apr Geraden. Ahora es un Imagero, y tiene un urgente interés en tus espejos.

Como para incordiar al mediador, Havelock avanzó hacia él, sonriendo maliciosamente.

—¿Qué, «el Apr Geraden»? —exclamó en burlona protesta—. ¿Este muchacho? ¿Cómo ha podido verse reducida esa figura de augurio y poder a algo tan arisco? No, estás equivocado, es imposible.

Apartándose bruscamente de Barsonage, saltó sobre Geraden. Con sus manos sujetando las mejillas de Geraden, movió la cabeza de éste a uno y otro lado.

—Imposible, te digo. Mira, Barsonage. Está vivo. Ha vuelto vivo. Sin ella. Ella lo arriesgó todo por él, y él ha vuelto sin ella. —Amargamente, el Adepto se echó a reír—. Oh, no, Barsonage, no puedes engañarme. Geraden nunca hubiera hecho algo así.

Geraden pareció oír al Adepto a través de un brusco rugir en sus oídos, un tumulto de furia y aflicción. La sugerencia de que podía haber vuelto sin Terisa por elección propia, que de alguna manera le había vuelto a ella la espalda, era más de lo que podía soportar.

Roncamente, luchando por controlar su pasión, exigió:

—Suéltame, Havelock. Necesito tus espejos.

Como si hubiera sido pinchado, el Adepto emitió un gemido.

Soltó sus manos, se dejó caer al suelo; antes de que Geraden pudiera reaccionar, le besó las puntas de las botas. Luego se echó hacia atrás. Cuando su cuerpo golpeó la pata de una mesa, saltó de nuevo en pie.

Agazapado en la intensa postura de un hombre dispuesto a presentar batalla, comentó casualmente, casi juguetonamente:

—Si alguna vez le hablas así a Joyse, te arrancará el corazón. O te obligará a casarte con todas sus hijas. Con él es difícil decir la diferencia.

Impresionado y desconcertado, Geraden se volvió suplicante hacia el Maestro Barsonage.

Hoscamente, el mediador asintió. Tragando fuerte para contener su alterado estómago, avanzó unos pasos, situó su cuerpo entre el Adepto y Geraden.

Geraden aprovechó la oportunidad para volverse de espaldas a ambos.

Deliberadamente, se situó delante del primer espejo plano de cuerpo entero que pudo encontrar.

Era una obra de arte especialmente elegante: observó su belleza pese a su

concentración en otras cosas, porque amaba los espejos. Su marco de palisandro era casi tan alto como él, y la madera tenía un profundo y reluciente tono que sólo largas horas de cuidado y pulido podían producir. La superficie del cristal era meticulosa, tanto en su plana uniformidad como en su pureza. El cristal en sí tenía un evanescente tono rosado..., un color que ahora parecía complementar el marco, aunque por supuesto el marco había sido elegido para que encajara con el cristal.

Y la Imagen...

Arena desnuda. Nada más.

El viento había soplado sobre la arena formando una duna con un afilado y curvado borde, como el rompiente de una ola detenido en pleno movimiento; pero no había viento ahora. El color del cielo era de un seco y polvoriento azul que asoció casi automáticamente con Cadwal.

En algunos aspectos, aquel paisaje era el más puro que hubiera visto nunca, demasiado limpio incluso para huesos blanqueados. Nadie ni nada vivo había puesto nunca el pie en aquella duna.

Sólo la urgencia lo mantuvo estudiando cada centímetro del espejo, simplemente para comprender la Imagen..., y para apreciar el artesano trabajo.

No tenía ni idea de cómo trabajaba Terisa con los espejos planos. Y él no tenía ninguna razón en particular para creer que él pudiera hacer lo mismo. De hecho, apenas sabía cómo había conseguido trasladarse del laborium al Puño Cerrado. Ciertamente, no había hecho nada para probarse a sí mismo como archi-Imagero.

Sin embargo, no dudó.

Ha vuelto vivo. Sin ella. Geraden nunca hubiera hecho algo así.

Frente al espejo, cerró los ojos; barrió todos sus pensamientos. El Maestro Barsonage y el Adepto Havelock lo observaban, y Terisa estaba perdida, y él nunca había intentado nada como aquello antes. Sin embargo, tenía la más intensa sensación... Reunió toda su concentración, barrió firmemente pánico y confusión y angustia de su corazón.

En el espejo de su mente, empezó a construir una Imagen de Esmerel.

Aún intentando intervenir entre Geraden y Havelock, el mediador preguntó cuidadosamente al Adepto:

—Has mencionado al Rey Joyse. ¿Sabes dónde está?

—Ha volado —escupió Havelock, con la boca llena de vitriolo—. Como un pájaro, ja ja. Creéis que os ha abandonado, pero es una mentira, una mentira, una mentira. Cuando todo lo demás está perdido, él rompe mi corazón y no me da nada.

Geraden los ignoró a ambos.

Descubrió que era fácil ignorar ahora las distracciones. Algo luminoso estaba teniendo lugar. No tenía entrenamiento en la construcción de Imágenes; ningún Imagero practicaba esa habilidad. Estaba trabajando con un concepto completamente

nuevo: que la Imagen de un espejo podía ser elegida; que podían efectuarse traslaciones que ignoraban la Imagen aparente de un espejo. Tan nuevo para aquel mundo como la propia Terisa. Y, sin embargo, el proceso de crear la Imagen que deseaba en su mente lo excitaba; le permitía cerrar su atención a cualquier cosa que interfiriera.

Línea a línea, rasgo a rasgo, compuso una imagen de la «sede ancestral» de Eremis.

Sólo la había visto una vez, por supuesto..., y sólo desde el exterior. No tenía ninguna noción de cómo era por dentro. Pero eso no le preocupó. Creía que las escenas y los paisajes en los espejos eran reales, que las Imágenes eran reflexiones antes que invenciones. Así que, si podía inducir al espejo a que mostrara Esmerel desde fuera, el auténtico interior del lugar quedaría incluido automáticamente.

—¿Qué quieres decir con «volado»? —preguntó el Maestro Barsonage. Sin embargo, no parecía esperar ninguna respuesta. Puede que ni siquiera se hubiera estado escuchando.

Esmerel era un edificio relativamente bajo en un profundo valle en forma de cuña, con un arroyo que burbujeaba pintorescamente sobre sus piedras y salientes rocosos como murallas a todo lo largo de las paredes..., no bajo debido a cualquier forma de envergadura o gracia en su diseño, sino debido a que estaba construido tan sólo a un nivel irregular sobre el suelo. Según los rumores, algunos de los mejores rasgos de la casa se hallaban debajo del suelo, profundamente enterrados en la roca del valle: una envidiable bodega de vinos; una galería de tapices, pinturas y pequeñas esculturas; una enorme biblioteca; varias salas de investigación. Pero, naturalmente, Geraden no sabía nada acerca de todas esas cosas. Sabía, sin embargo, que un pórtico definía la entrada..., un pórtico con enormes pilares de palisandro como columnas. La entrada, tal como la recordaba, era simple, sólo una lámpara con un marco de cristal emplomado en un lado, ninguna talla en los paneles de las puertas. Las paredes de la casa estaban formadas por planchas de madera —encerada antes que pintada contra el clima de Tor—, pero todas las esquinas e intersecciones eran de piedra, con el resultado de que la fachada de Esmerel poseía una agradable textura variada.

A menos que hubiera ocurrido algo desde que él la había visto —o a menos que sus recuerdos o su imaginación estuvieran equivocados—, el hogar del Maestro Eremis tenía exactamente *ese* aspecto.

El Maestro Barsonage dejó escapar un ahogado jadeo. Su respiración era entrecortada, como si se hubiera metido un puño en la boca y estuviera intentando respirar en torno a él.

Para conmemorar la ocasión, el Adepto Havelock empezó a silbar suavemente por entre los dientes.

Geraden abrió los ojos.

El espejo frente a él mostraba una duna de arena bajo un tranquilo cielo, casi seguramente en alguna parte de Cadwal.

La punzada de su decepción fue tan aguda que casi gruñó en voz alta.

—Jamás lo hubiera creído —jadeó Barsonage—. Cuando me dijeron por primera vez que estas cosas podían ocurrir, no lo creí.

—¿Has perdido la cabeza? —inquirió educadamente el Adepto—. Es por eso por lo que sé que éste no es el Apr Geraden. Aunque me hablara de esa manera. Un hombre que puede hacer esto no volvería sin ella.

Geraden parpadeó intensamente, sacudió la cabeza. No, no estaba ciego. La Imagen a la que estaba mirando no había cambiado en absoluto.

Decepcionado y desconcertado, se volvió hacia el Maestro Barsonage...

...y vio Esmerel, tan claro como la luz del sol, exactamente como lo había imaginado, en el espejo curvo de pie al lado del espejo plano con el que había decidido trabajar.

—Por la pura arena de los sueños —murmuró—, eso es increíble. —Un espejo curvo, un espejo curvo. La excitación saltó en su interior; apenas pudo reprimir un grito—. Jamás lo hubiera creído. —¡Un espejo curvo, *por supuesto!* Los espejos planos eran el talento de Terisa, no el suyo. Si él hubiera intentado trasladarse a través de un espejo plano, se hubiera vuelto loco. Como Havelock.

—No te halagues a ti mismo —aconsejó sentenciosamente Havelock—. Si crees que voy a besarte de nuevo las botas sólo porque puedes hacer un pequeño truco así, estás lleno de mierda.

¡Pero un cristal *curvo*...! Como el único espejo que había sido capaz de hacer nunca por sí mismo, el cristal con el que había alcanzado a Terisa detrás de la Imagen del campeón. Podía cambiar las Imágenes en los espejos curvos.

Rápidamente, antes de que tuviera tiempo de verse abrumado por su descubrimiento, se acercó al cristal y empezó a ajustar el foco.

—Ahora la descubriré. —La presión de la esperanza y la necesidad atenazaba sus pulmones—. La arrancaré de tus manos, bastardo. Si te encuentro, me encargaré también *de ti*. Simplemente intenta detenerme. Simplemente inténtalo.

Luchando con los temblores de sus manos, los largos estremecimientos que hacían hormigear sus dedos, inclinó el marco del espejo para acercar la Imagen de Esmerel.

La distancia era el problema, la distancia. Sabía eso..., e intentó mantenerlo fuera de su mente, intentó no dejar que le aterrorizara. Si el foco de la Imagen estaba demasiado lejos del lugar donde tenían a Terisa, no conseguiría ajustar el espejo lo suficiente como para alcanzarla. Todos los espejos tenían un alcance limitado: no podían ser enfocados más allá de una cierta distancia de su Imagen natural. Si no podía alcanzar a Terisa, tendría que empezar de nuevo desde el principio: basándose

en lo que había averiguado ahora, tendría que construir de nuevo la Imagen de Esmerel, recrearla en su mente..., pero más cerca esta vez, más cerca.

En el actual torbellino de sus pensamientos, aquel tipo de concentración podía ser imposible.

No, no me falles, exhortó al espejo, no me falles ahora, nunca has hecho nada correcto en tu vida excepto amarla a ella, ella lo es todo para ti y Orison y Mordant e incluso Alend, *no me falles ahora*.

Con una sacudida porque su mano temblaba, la Imagen se movió hacia una visión más cercana de la entrada bajo el pórtico.

Otra sacudida.

La Imagen se movió hacia el vestíbulo de la casa.

Geraden dejó de respirar.

Como las paredes exteriores, el suelo estaba formado por planchas de madera encajadas ancladas con piedra. Años de cera y uso habían hecho que las planchas relucieran, pero no podían ocultar el hecho de que hombres a los que no les importaba el daño que pudieran causar habían pasado por allí con botas claveteadas..., habían pasado recientemente por allí. Barro, huellas de pisadas, melladuras, astillas: todo se reflejó claramente en la Imagen.

Sin embargo, el vestíbulo estaba vacío.

El sudor chorreaba por los ojos de Geraden. Se lo limpió con el dorso de la mano. De una forma imprecisa, fue consciente de que tanto el Maestro Barsonage como el Adepto Havelock estaban de pie junto a él, contemplando su búsqueda; pero no tenía atención que dedicarles.

Movió la Imagen más suavemente hacia la primera habitación que se abría al vestíbulo.

Un amplio salón: el tipo de estancia donde los invitados formales bebían un poco de vino dulce antes de cenar. Señalado con barro y marcas de botas.

Manchas de sangre.

Desierto.

—¿Por qué no hay nadie? —preguntó suavemente el mediador—. ¿Dónde está el Maestro Eremis? ¿Dónde están sus espejos..., su poder?

El corazón de Geraden se contrajo. La náusea ascendió en su garganta a medida que paseaba la Imagen por la casa.

Un cavernoso comedor. Más barro y marcas de botas, más manchas de sangre. Los bordes de la mesa estaban señalados con cortes producidos por espadas.

Desierto.

Oh, Terisa, por favor, ¿dónde estás?

Geraden registró otras dos revueltas habitaciones, ambas vacías, luego localizó una amplia escalera descendente.

—Los sótanos —murmuró el Maestro Barsonage—. Ahí es donde la tienen prisionera.

Por supuesto. Los sótanos. El equivalente en Esmerel de las mazmorras. Eremis no guardaría sus espejos o sus aparatos o ninguno de sus secretos allá donde cualquiera que pasase pudiera verlos. Todo debía estar bajo tierra.

¿Quién era el responsable de todo aquel barro, todas aquellas marcas de botas?

Geraden empujó la Imagen hacia abajo.

Durante los primeros escalones permaneció absorto en lo que estaba haciendo —tan centrado en el enfoque del cristal, la búsqueda de Terisa, la necesidad de tener éxito— que no comprendió lo que iba a ocurrirle, no se dio cuenta en absoluto de la verdad, pese a que estaba completamente clara ante él, tan obvia que cualquier granjero o albañil, cualquier hombre o mujer ordinarios, lo hubieran captado automáticamente.

Pero entonces la Imagen empezó a oscurecerse, empezó a hacerse más palpablemente incierta en el espejo, y el Maestro Barsonage gruñó:

—Luz. Luz.

Las manos de Geraden se inmovilizaron en el marco. Todo su cuerpo perdió su movimiento, como si el aliento y la sangre hubieran sido extraídos de él. Las escaleras se abrían hacia la oscuridad, un camino descendente a la negrura.

No había ningún tipo de luz. Ni lámparas ni linternas ni *antorchas ni velas*. Se *habían* extinguido.

La Imagen aún existía, por supuesto; pero, sin luz, no *había* nada que ver.

No tenía ninguna respuesta ante aquella defensa. Gracias a ella, cualquier intento de rescatar a Terisa se veía inmediata y efectivamente impedido. No podía ayudarla si no podía encontrarla, y... ¿cómo podía encontrarla si no podía verla?

—Tal vez... —El aire parecía espesarse en sus pulmones; tenía la impresión de estarse sofocando—. Tal vez haya luz un poco más abajo. Tal vez sólo las escaleras estén a oscuras.

Inmediatamente, el Maestro Barsonage apoyó como advertencia una mano sobre su hombro.

—Geraden —siseó, como si el antiguo Apr estuviera muy lejos, perdido en su urgencia, casi fuera de la realidad—, ¿cómo vas a encontrarla? Si *no hay* luz, ¿cómo la encontrarás? No puedes enfocar una Imagen que no puedes *ver*. Puedes meterte en los cimientos de la casa, donde ninguna luz te alcanzará nunca.

—Tengo que intentarlo. —Geraden se estaba ahogando. La mano del mediador en su hombro lo estaba ahogando—. ¿No lo entiendes? Tengo que encontrarla.

—¡No! —insistió el Maestro Barsonage. La pasión de Geraden parecía afectarle como angustia—. *Ato puedes enfocar una Imagen que no puedes ver*.

Aquello era cierto. Por supuesto. Cualquier idiota podía decírselo. Incluso un Apr

fracasado que nunca ha hecho nada a derechas en su vida podría reconocer aquella verdad. La oscuridad ciega los espejos..., y a todos los Imageros.

De alguna forma, Geraden retrocedió contra la presión de la mano de Barsonage. Mirando fijamente la Imagen mientras se sumía en las oscuras profundidades, dijo roncamemente:

—Entonces tendré que ir yo.

Con una expresión de hierro en su rostro y ninguna esperanza en su corazón, hizo los ajustes mentales necesarios de traslación y penetró en el espejo.

Mientras su rostro cruzaba a la Imagen, gritó: —¡Terisa!

El Maestro Barsonage tiró de él hacia atrás tan bruscamente que Geraden cayó de espaldas entre las mesas.

Antes de que pudiera volver a ponerse en pie —o maldecir, o luchar—, el Adepto Havelock se sentó sobre su pecho, a *horcajadas junto a su cuello*.

—Escúchame —gruñó el Adepto, tensamente salvaje—. No puedo hacer esto mucho tiempo. —Sus ojos giraban como si estuviera a punto de sumirse en un ataque—. Puedes hacer que te dejemos ir. Simplemente utiliza esa voz. Obedeceremos. Pero no podremos hacerte volver.

Geraden se retorció contra el Adepto, intentó derribar a Havelock de encima suyo. Havelock afirmó sus pies a ambos lados, aferró la chaqueta de Geraden con ambas manos, tiró de él.

—¡*Escúchame*, estúpido! ¡Tu poder mantiene el cambio! Cuando te traslades, ese espejo volverá a su Imagen natural. ¡Quedarás aislado de aquí..., tú y dama Terisa, los dos! ¡*Ambos* estaréis perdidos!

Era demasiado. Geraden arrojó al Adepto Havelock a un lado. Saltó en pie. Con toda su fuerza, empujó al Maestro Barsonage en el pecho..., un golpe que casi hizo que el enorme Imagero diera un paso atrás.

Luego se enfrentó al espejo y empezó a gritar: —¡*Eremis! ¡No la toques!*

Traslaciones inesperadas

Eremis la estaba tocando. Por supuesto que la estaba tocando.

Nunca había sido lo bastante fuerte contra él. Su concentración nunca había sido lo bastante fuerte. Mientras se acercaba a ella en la sala de audiencias, mientras amenazaba a Geraden, mientras luchaba con el Tor, ella había intentado algo que no sabía cómo hacer, algo de lo que nunca antes había oído hablar: loca por la rabia y la desesperación, había intentando tenderse hacia el espejo que lo había traído a él hasta allí y cambiarlo.

A algún nivel, sabía que aquello era imposible. Estaba en el lado equivocado del espejo, el lado de la Imagen, no el lado del Imagero. Pero ese conocimiento no significaba nada para ella. Si podía sentir cuando tenía lugar una traslación, seguro que eso le proporcionaba un vínculo, un canal. Y no tenía ninguna otra forma de luchar. Su necesidad era así de extrema: no le importaba que lo que estaba intentando fuera probablemente una locura. Su extraño y no medido talento era su única arma. Si podía desvanecerse, si podía ir lo suficientemente lejos como para alcanzar aquel espejo...

Las manos de él hicieron aquello imposible. La obligaron a salir a la superficie de sí misma cuando ella lo que más necesitaba era hundirse lejos de allí.

Primero fue la presa sobre su mano. La hizo girar hacia el punto de traslación como si fuera una pared contra la que pretendía romper todos sus huesos. Pero no la soltó.

Luego fue el instante sin fondo de la traslación, la eterna disolución.

Luego fue un tipo completamente distinto de luz.

Era naranja y caliente, en parte horno, en parte antorchas..., lleno de humo y de un olor acre. Había otro hombre allí, alguien que ella no había visto antes, una figura imprecisa mientras Eremis la empujaba más allá de él, la mantenía girando. Gilbur y Gart iban inmediatamente detrás de ello, tan imprecisos como todo lo demás.

Y Eremis estaba gritando:

—¡Las luces! ¡Apagad las luces!

Antes de que pudiera enfocar los ojos, ver nada con claridad, las antorchas fueron hundidas en cubos de arena; un clang cerró la puerta del horno. La oscuridad la abofeteó como una oleada de calor.

—¿Qué fue mal? —preguntó alguien con voz resonante.

—Geraden —restalló el Maestro Eremis—. Sigue vivo. No debemos permitir que vea este lugar.

—Yo intenté matarle —gruñó Gilbur—. Le golpeé duramente. Pero ese cachorro es más fuerte de lo que parece.

—*Ella* no debe verlo —siguió Eremis—. Ella es la creación de él. ¿Quién sabe los lazos que existen entre ellos? Quizá sean capaces de compartir Imágenes en sus mentes.

La primera voz, el hombre al que no conocía, hizo un ruido de asentimiento.

—Entonces será mejor que nos preparemos para esa eventualidad. Si estuviéramos en la sala de las Imágenes... —Un momento más tarde, añadió—: Sería interesante averiguar lo que hace cuando recobre el conocimiento.

—Siempre que no pueda encontrarnos —murmuró el Maestro Gilbur.

—¿En la oscuridad? —rió el Maestro Eremis—. No tengas miedo de eso. —Sonaba exultante, casi feliz. Su presa sobre Terisa cambió; con una mano, sujetó sus dos brazos a su espalda—. Ella es mía ahora..., y ellos son nuestros. No importa que Geraden siga con vida, y Kragen. Eso no hace más que añadir especia a la salsa. Harán exactamente lo que queremos.

—¿Y Joyse? —preguntó la voz resonante.

—Tú lo viste —raspó Gilbur—. Huyó cuando aparecimos. Sin duda está escondido en algún agujero, esperando a que el loco Havelock acuda a salvarlo.

El tono de la risa de Eremis sugirió que dudaba de la afirmación de Gilbur. No discutió, sin embargo. En vez de ello, dijo:

—Será seguro renovar las luces cuando la puerta esté cerrada.

Firmemente, irresistiblemente, empujó a Terisa ante él hacia la oscuridad.

Y durante todo aquel tiempo, ella seguía intentando concentrarse, intentando desvanecerse.

Ahora, por supuesto, no se tendía hacia el espejo que Eremis había usado; estaba luchando por hallar la provisión de espejos del Adepto Havelock, esforzándose por sentir el potencial para la traslación a través de la distancia. Podía sentir las traslaciones cuando se producían. Era sensible a la abertura del abismo entre lugares. Eso tenía que significar *algo*. Debía de haber alguna forma en que pudiera usarlo.

Pero la presa de Eremis lo hacía todo imposible.

La sujetaba demasiado rudamente, de tal modo que le dolían los brazos; la empujó demasiado lejos delante de él, a la ciega oscuridad. A través de una puerta, a lo largo de un pasadizo sin luz, a través de otra puerta: el miedo visceral a chocar contra algo impedía a Terisa apartar de allí su mente y su corazón. La forma en que el Maestro reía entre dientes la llenaba de ira y desesperación.

No soy tuya. Nunca. Encontraré alguna forma de matarte. No importa lo que ocurra. Lo juro.

Era imposible desvanecerse mientras estaba tan llena de furia.

Y, entonces, la forma en que él la sujetaba cambió.

A través de la segunda puerta y por un suelo irregular, la empujó bruscamente. No pudo parar el golpe porque no soltó sus brazos: cayó pesadamente sobre algo blando,

una cama. Diestramente, él le dio la vuelta de modo que quedó tendida de espaldas, con sus muñecas unidas ahora por encima de su cabeza, sujetas por una de las manos de él. Entonces cerró algo de hierro en torno a su muñeca izquierda; oyó un clic, un débil tintinear de cadenas. Pese al grillete, sin embargo, siguió manteniendo sus brazos sujetos juntos.

Siguió riendo quedamente mientras su otra mano soltaba los cierres de su suave blusa de piel, dejando expuestos sus pechos, su vulnerable vientre.

—Debo encadenarte —murmuró él placenteramente—, una pequeña precaución contra tus extraños talentos..., y los de Geraden. Pero eso no impedirá que satisfaga mi derecho a ti. Descubrirás que no resulta fácil satisfacerme. Por otra parte, tenemos todo el tiempo del mundo.

»Si eres dócil, mantendré sus ataduras tan poco como sea posible.

Ella se debatió en la oscuridad; deseaba aplastar su rostro, deseaba sentir su sangre en sus manos. Él, sin embargo, la retuvo sujeta fácilmente; sabía cómo impedir que las mujeres escaparan de él. Cuando ella hizo una pausa para reunir sus fuerzas e impedir llorar, él retorció su lengua como húmedo y culebreante fuego en torno a cada uno de sus pezones, y su mano abrió y deslizó a los lados el cinturón de sus pantalones.

Jadeando al borde de las lágrimas, ella intentó retorcerse fuera de su presa, fracasó.

Bruscamente, se envaró, dejó que su resistencia desapareciera de sus músculos. No estaba consiguiendo nada; no hacía más que contribuir a su propia derrota con aquel comportamiento alocado. No podía concentrarse... Era mejor dejar que él pensara que su inmovilidad era una forma de rendición. Si era tan arrogante como eso.

—Aceptarás completamente mi masculinidad —murmuró él—. Tomaré posesión de ti en todas las formas. Y no me sentiré satisfecho hasta que me supliques que entre en ti de la forma y cuando lo desee.

Su boca se aferró a sus pezones, poniéndolos involuntariamente rígidos, acariciándolos y probándolos. Al mismo tiempo, su mano descendió en sus abiertos pantalones hasta el lugar entre sus piernas que sólo Geraden conocía. Sus dedos la acariciaron allí como si creyera que ella estaba siendo seducida.

Muy profundo en su mente, ella imaginaba la muerte de él.

Cuando él empezó a tirar de sus pantalones muslos abajo, sin embargo, volvió a defenderse. Sus ojos empezaban a ajustarse..., y aquella habitación no estaba completamente a oscuras. Asomos de iluminación se filtraban en el aire de lo que podía ser muy bien una imperfectamente sellada ventana en la pared encima de ella. La cabeza de Eremis era una silueta de oscuridad más profunda inclinada sobre sus pechos, haciendo que le dolieran. No podía luchar contra él físicamente. Pero aún

podía luchar.

Aprovechando el hecho de que su boca estaba libre, dijo:

—Gilbur cree que el Rey Joyse es un cobarde, pero tú no estás de acuerdo con él. —Su tono hubiera debido advertirle: no estaba lo suficientemente alterada, lo suficientemente asustada, como para señalar rendición—. ¿Por qué?

—Porque, mi dulce dama —estaba demasiado lleno de victoria para negarse a contestarle— tú lo traicionaste a mí.

Pudo notar que sonreía encima de ella en la oscuridad.

—Hubiera podido creer que era un estúpido, o un cobarde, o un loco. Pero tú viniste a mí mientras Lebbick me tenía en aquella mazmorra, y me abriste los ojos. En un momento en que hubiera podido seguir inocente de todo conocimiento, tú me mostraste que el Rey Joyse comprendía sus propias acciones..., que hacía lo que hacía de una forma deliberada.

El espíritu de Terisa se encogió ante aquel pensamiento; pero mantuvo su cuerpo pasivo.

—Esta revelación me permitió ajustar mis planes para acomodar la posibilidad de que él hubiera estado preparando trampas propias. Si me hubiera visto obligado a esperar hasta que Quillón se descubrió finalmente, a él mismo y al Rey, rescatándote, hubiera podido verme en dificultades. Pero tú —Eremis la penetró maliciosamente con los dedos, haciéndola estremecer— me diste tiempo para preparar un señuelo más personal..., tiempo para disponer el secuestro de la Reina Madin, para minar el suelo bajo los pies de Joyse exactamente en el momento en que yo podía estar más expuesto para contraatacar.

»Tú hiciste eso posible, mi dama. —Su cabeza estaba vuelta hacia ella ahora, dejando momentáneamente sus pechos. Irradiaba, apenas era capaz de contener su triunfo. En aquel momento, hubiera podido estar dispuesto a decírselo todo—. Tú me permitiste perfeccionar mis planes contra un oponente que hubiera podido resultar más fuerte de lo que parecía.

Mientras él hablaba, la mente de Terisa se volvió fría y enferma. Era cierto: ella había entregado al Rey Joyse a sus enemigos.

—Mereces el destino de Saddith por intentar engañarme. Pero, puesto que me siento agradecido, usaré contigo sólo tanta fuerza como exijas.

Rió de nuevo..., una carcajada de placer y desdén. Los sentidos de Terisa estaban llenos de él. Eremis olía a sudor y confianza.

—Gart deseaba matarte cuando abandonasteis la Casa del Valle, pero yo no se lo permití. Indudablemente, tu muerte y la de Geraden hubiera repercutido en beneficio nuestro. Pero, entonces, ¿quién hubiera llevado la noticia del secuestro de la Reina al Rey Joyse? ¿De qué otro modo hubiera podido arreglar las cosas para dominaros tanto a ti como a Joyse al mismo tiempo, excepto dejándote vivir?

»Me has servido perfectamente, pese a tu oposición. —Sus dedos siguieron trabajando entre sus piernas—. Lo único que lamento es no tener todavía a Geraden en mi poder. Pero eso llegará. Ya he dicho que debo pensar en algo realmente especial para recompensarle por su interferencia, su obcecada enemistad, y lo haré.

»Si tú eres dócil y obediente, mi dama, vivirás una vida que muchas mujeres envidiarían. Pero a *él*—los dedos de Ere-mis le hicieron daño, casi la obligaron a jadear—, a él lo destruiré.

—Lo dudo —dijo ella, respirando pesadamente para contrarrestar el dolor. Lo mataría. Todo lo que tenía que hacer era permanecer con vida el tiempo suficiente—. Puede efectuar traslaciones que tú no comprendes. Traslaciones que ni siquiera sabías que fueran posibles hasta que él me trajo a Orison.

Por un momento, la risa de Eremis sonó casi como un gruñido.

—Eso es cierto. Y me ofende. Pero de nuevo he sido abundantemente advertido con anticipación. El augurio de la Cofradía me hizo sospechar de Geraden. Y Gilbur averiguó mucho mientras le enseñaba a modelar su espejo. Eso me permitió poner en marcha todos los peligros y distracciones que os han impedido tanto a él como a ti explorar vuestros talentos, averiguar cuáles eran. Y me ha permitido conservar la desconfianza que los Maestros sentían hacia él, de modo que la Cofradía no intentara ayudarte.

»En ese sentido, ganamos una gran cantidad de valioso tiempo.

»Y ahora, por supuesto, él se halla impotente. Tú no puedes amenazarme con su poder. Él no puede trasladar nada que no pueda ver.

—Sé eso —respondió secamente Terisa..., demasiado secamente. No tenía intención de dejar traslucir tanta de su furia—. Pero tú tampoco puedes ver. Necesitarás luz en algún momento..., a menos que planees renunciar a Orison y Mordant y Alend y pasar el resto de tu vida simplemente violándome. —Lo notó sonreír encima de ella—. Y, cuando salgas a la luz —hizo todo lo posible por clavar cada una de sus palabras como un cuchillo en sus partes vitales—, descubrirás que sabe demasiado acerca de ti. Sabe cómo utilizas los espejos planos sin volverte loco.

La reacción de Eremis fue más fuerte de lo que ella esperaba. Se envaró; su aliento siseó entre sus dientes; su mano ascendió por su vientre como para golpear sus pechos o abofetear su rostro.

—¿Cómo es eso, mi dama?

Tendida inmóvil, expresando su desafío sólo con su voz, respondió:

—Pones el espejo plano dentro de uno curvado y efectúas ambas traslaciones al mismo tiempo.

Tan rápidamente como la había conseguido, perdió su ventaja. El Maestro se relajó tangiblemente; sus dedos acariciaron sus pezones mientras la tensión huía de él.

—Completamente cierto —comentó—. Y debo decir que me siento impresionado por la habilidad de Geraden de razonar de esta forma tan cerca de la verdad. Pero en estos momentos, sin embargo, Barsonage ha descubierto que la técnica que describes es imposible. El espejo trasladado a través de otro espejo simplemente se hace añicos.

»El auténtico secreto, mi dama, reside en el óxido que prepara el espejo curvo. Ése es *mi* descubrimiento, el resultado de *mi* sudor y mis estudios. Yo aprendí cómo hacer un espejo dentro del cual puedan ser trasladados otros espejos.

En aquel momento, la determinación de matarle era todo lo que la impedía sumirse en la desesperación. Simplemente no quedaba sitio en ella para tanta furia y el horror de ver derrumbarse su última esperanza.

—La mayor parte de mis colegas Imageros —prosiguió Eremis— se hubieran echado a reír hasta morir si hubieran sabido cómo he pasado mis años como Imagero. Y, sin embargo, todo el mundo gravita sobre mi pequeño descubrimiento. Cuando haya terminado con ellos, todo Mordant y Alend y Cadwal estarán a mi servicio, e incluso el Gran Rey Festten reconocerá mi supremacía.

La perspectiva lo llenaba de pasión. Empezó a besar de nuevo a Terisa, y esta vez ella pudo sentir su hambre en la forma en que su boca rodeaba y chupaba sus pezones, la forma en que su lengua los sacudía. Su mano libre estaba de vuelta a sus pantalones, tirando de ellos hacia abajo, preparándola para él.

Si hubiera soltado sus brazos —aunque sólo fuera por un segundo—, Terisa hubiera hecho todo lo posible por sacarle los ojos. Pese a su triunfo, sin embargo, él no soltó la presa que la mantenía bajo control.

Terisa no tenía ninguna forma de detenerle.

No necesitó detenerle. La desconocida y resonante voz dijo hoscamente desde la oscuridad:

—Festten quiere verte.

Casi atragantándose de furia, el Maestro Eremis saltó en pie y se apartó bruscamente de Terisa.

—¿Tengo que ser interrumpido siempre que estoy con ella? Es *mía*, te lo he dicho siempre; me la he ganado. ¡Festten no me da *órdenes*!

La otra voz dio la impresión de alguien que se encogía de hombros.

—Tiene veinte mil hombres que creen otra cosa. Y desea un informe.

Sus brazos estaban libres ahora. Los bajó, saco las piernas de la cama, se sentó; probó la cadena. No era lo bastante larga como para permitirle alcanzar a Eremis. La fría argolla en su muñeca no cedió.

—Infórmale tú mismo —respondió Eremis—. Envía a Gilbur a informar. Envía a *Gart*. Yo no voy de un lado a otro siguiendo los deseos del Gran Rey.

—Eremis —advirtió la resonante voz—, piensa. El Gran Rey confía en mí. Siempre ha confiado en mí. Pero no confía en ti. Acepta tu liderazgo, hace lo que tú

quieres, sólo porque consigues resultados que le complacen. Lo has llevado más cerca de la victoria de lo que nunca ha estado.

»Pero ahora has arriesgado una incursión en el corazón mismo de Orison, y no has conseguido nada excepto la muerte de Lebbick y la captura de ella. El Gran Rey Festten considera que hasta ahora todas sus acciones bajo tu guía no han dado ningún resultado. Su única satisfacción ha sido la aniquilación del Perdon.

»Quiere un informe.

—Ese jodeovejas —gruñó disgustado Eremis—. Un hombre que ha perdido su interés en las mujeres, un hombre que sólo puede hallar placer con los animales..., no es apto para ser rey.

Sin embargo, su tono expresaba aquiescencia. Pese a su furia y su frustración, el Maestro dejó a Terisa a solas. Murmurando obscenidades para sí misma, se alejó a grandes zancadas en la oscuridad.

Porque ella aún no había terminado —porque nunca se había sentido más lejos de rendirse y deseaba conocer a su enemigo—, Terisa preguntó secamente tras él:

—¿Por qué haces esto?

Él debió hacer una pausa. Su tono fue a la vez duro y alegre; maligno; jubiloso.

—Porque puedo.

Casi inmediatamente, ella supo que se había ido.

Durante lo que pareció un largo momento no se movió. Había entregado al Rey Joyse a sus enemigos. El secuestro de la Reina Madin era culpa suya. Había ido a Eremis en las mazmorras, y le había dicho lo que él necesitaba saber, y le había permitido que la hiciera traicionar a Geraden, y *¿cómo podía haber sido tan estúpida?* Y Geraden no conocía el secreto de la oxidación. No podía luchar contra el Maestro. No podía hallarla a ella en la oscuridad.

Realmente, tenía que olvidar toda esperanza.

No importaba aquello. Probablemente tampoco quedaba lugar para la esperanza. Su anhelo de la sangre de Eremis era demasiado grande: arrojaba fuera todo lo demás. Hacía imposible el tipo de concentración que necesitaba. Estaba indefensa precisamente porque su ansia de poder era tan intensa.

La cadena le dejaba espacio suficiente para moverse en torno a la cama. Hoscamente, volvió a subirse los pantalones, apretó fuertemente el cinturón, y empezó a abrocharse de nuevo la blusa.

—Una lástima —murmuró la resonante voz.

Se inmovilizó.

¿Cuánta gente la estaba observando..., gente a la que no podía ver?

—Veo bien sin luz. La oscuridad no guarda ningún secreto para mí. Pero las oportunidades de ser testigo de una tal desnudez han sido raras en los últimos años. —La voz sonaba como guijarros arrojados contra un cristal—. Una mujer con unos

pechos tan orgullosos, y sin embargo tan llena de miedo. Una provocadora combinación. Y hay tiempo. Eremis estará un buen rato fuera. Festten lo interrogará detalladamente antes de dejarle seguir adelante con sus planes.

Terisa deseó acabar de abrocharse la blusa, pero no podía mover los dedos. ¿Cuánta gente...? Hasta ahora, sólo había sentido miedo de Eremis, no de la propia oscuridad, no del lugar donde él la había dejado.

—Desgraciadamente, sin embargo, a Eremis no le gusta la carne usada. Y a mí tampoco me gusta lo suficiente la carne como para arriesgar por ella mi alianza con él. Oculta tus pechos o alardea de ellos..., como gustes. —Oyó deleite al mismo tiempo que burla en la voz—. No me inducirán.

Como si hubiera estado aguardando su permiso, Terisa terminó de abrocharse la blusa.

Finalmente, sus ojos estaban ajustándose a la oscuridad. Cuando miró atentamente, fue capaz de discernir la silueta de una figura cerca de donde supuso que estaba la puerta. La voz procedía de aquella dirección.

Apretando los dientes para reunir su valor, se puso en pie y probó la cadena.

Podía agitar los brazos antes de llegar a sus límites. Siguiéndola hasta el otro lado, descubrió que estaba atada a la pared a la cabecera de la cama..., unos tres metros de ella, lo suficiente como para permitirle realizar casi cualquier gimnasia concebible en la cama, pero no lo suficiente como para permitirle eludir a la imprecisa figura en la puerta. Sin embargo, se sintió reconfortada de tener tanto radio de movimiento. Si todo lo demás fallaba, al menos tenía una oportunidad de golpear al Maestro Eremis antes de que volviera a tocarla.

Deliberadamente, enrolló algo de la cadena en torno a su puño para darle peso. Apoyó la espalda contra la pared. Luego se enfrentó a la figura de la voz resonante.

—Tú eres Vagel. —No necesitó confirmación: estaba segura de ello—. El famoso archi-Imagero. El hombre que volvió loco a Havelock. ¿Por qué lo haces?.

—¿Hacer qué?.

—Unirte a él. Tú lo llamas una alianza, pero probablemente él te trata como un sirviente. Tú eres *el* archi-Imagero. El hombre más poderoso del que nadie haya oído hablar nunca. ¿Por qué le sirves? ¿Por qué no es al revés?.

La silueta de la figura sugirió un encogerse de hombros.

—El poder —dijo, como piedras golpeteando contra un espejo— es a menudo un asunto de posición más que de talento. En cierto modo, él te dijo la verdad. Todo el mundo gravita sobre el pequeño descubrimiento que le permite trasladar espejos a través de espejos. Pero ése no es su auténtico poder.

—¿De veras? —No pudo resistir el impulso de incitar a Vagel. Estaba demasiado asustada y furiosa para cualquier otro enfoque. Al parecer, Vagel había estado escuchando, *observando*, mientras Eremis la tenía desnuda—. ¿Cuál es?

—Su auténtico poder —resonó el archi-Imagero— es que él es irremplazable para todos sus aliados..., debido a sus talentos, por supuesto, pero también debido a su posición, en la Cofradía, en Orison. ¿Qué acceso tengo yo a sus recursos, a su libertad de movimientos? Gilbur, te lo garantizo, también se halla favorablemente situado. Pero en él es su talento lo que es reemplazable. Es simplemente rápido, sorprendentemente rápido, antes que brillante. Y odia demasiado a todo el mundo para formar alianzas..., a todo el mundo excepto a Eremis.

»No, el auténtico poder de Eremis es que puede conseguir lo que desea con cualquiera.

»Lo ha conseguido conmigo, pese a que mi Imagería sobrepasa con mucho a la suya..., y pese a que yo soy el vínculo que le ha permitido iniciar sus tratos con Festten, hace años, cuando me rescató de la renegada destitución entre los Feudos de Alend. Conseguirá lo que quiere con Festten, pese al gusto del Gran Rey por la absoluta autoridad. Conseguirá lo que quiere contigo —Vagel dejó escapar una risita maligna— hasta que la única cosa que te impida suplicar la muerte sea que él no te deje hablar.

»Incluso conseguirá lo que quiere con el Rey Joyse al final. —Ahora el tono de Vagel sugería cosas duras..., cosas rotas con bordes afilados—. Por esa razón no me preocupa lo absolutamente que le sirvo.

Inesperadamente, Terisa había dejado de escuchar. Los Feudos de Alend. La forma en que él dijo aquellas palabras desencadenó un pequeño salto de intuición, hizo encajar en su lugar un detalle pequeño y extraño. Sorprendida, dijo:

—Palomas mensajeras.

Vagel guardó silencio, como si ella le hubiera sorprendido.

—Tú eres el que trajo aquí las palomas mensajeras. Tú las llevaste a los Feudos de Alend.

—Esos sucios barones —gruñó el archi-Imagero—. Su escualidez y sus mezquinas ambiciones casi me volvieron loco. Exigían, *exigían*, Poder. Imagería. Tuve que satisfacerles para mantenerme con vida, *yo*, el mayor Imagero que jamás se haya conocido. Y, sin embargo, se sintieron *satisfechos* con unos pájaros que podían llevar mensajes. Los hubiera destruido hace mucho tiempo, le hubiera *exigido* eso a Eremis, si no fueran unos hombrecillos tan *pequeños*.

»Por eso también, por la humillación que me causaron, Joyce sufrirá.

—Venganza —murmuró Terisa. Su atención volvió a Vagel—. Él y Havelock te hicieron retroceder cuando pensabas que ibas a convertirte en el dueño del mundo, y no puedes vivir con ello. Ahora no te importa quién tenga el poder. No te importa cuánto te humille *Eremis*. Todo lo que te importa es hacerle daño a la gente que te mostró que estabas equivocado respecto a ti mismo.

»Lo que te está haciendo Eremis es mucho peor que cualquier cosa que te haya

hecho nunca el Rey Joyse.

—¿De veras? —La voz de Vagel ronroneó como una lluvia de piedrecillas—. Piensas de una forma muy extraña. Tu derrota se vuelve cada vez menos sorprendente, pese a las casi inimaginables implicaciones de tu talento.

»La actitud de Eremis es degradante, pero las recompensas que ofrece no. ¿Crees que tanto Joyse como Havelock demostraron ser mejores hombres que yo..., más meritorios, más poderosos? No. Solamente demostraron ser más traidores. Y tú has visto en el declive de Mordant y el colapso de Orison que no existe *nada* tan deseable, valioso o poderoso que no pueda ser traicionado. Fui vencido, no por un buen Imagero o un buen rey, sino por un buen *espía*.

Terisa esperó que el archi-Imagero se adelantara, pero no lo hizo.

—No desprecio la venganza. A menos que esté muy equivocado —se estaba riendo de ella—, tú misma no tienes otra pasión.

»En tu caso, sin embargo, la venganza fracasará. Tú no *sirves* a ningún hombre capaz de hacer un espejo de la arena empapada en la sangre de tus deseos. Eremis conseguirá lo que quiere contigo, y entonces la verdad de ti quedará absolutamente demostrada.

—Lo mismo puede decirse de ti —respondió ella, contraatacando para que lo que él decía no la aplastara—. Te está utilizando..., está consiguiendo lo que quiere contigo. Y, cuando haya acabado, simplemente te echará a un lado. Después de todo, no conseguirás tu venganza. Él desea toda la diversión para sí.

Vagel emitió un sonido seco y sibilante. Después de eso hubo un largo silencio. Terisa tensó su presa sobre la cadena, aunque la vaga figura no se había movido.

—No —dijo al fin, como si ella hubiera provocado su sinceridad—. Todos sus aliados deben temer lo mismo..., pero él no me echará a un lado *a mí*. Festten confía en mí. Los complots de Eremis puede que no hubieran conducido a nada, si yo no lo hubiera respaldado ante el Gran Rey. Necesita demasiado a Cadwal como para arriesgarse a perder esa alianza echándome a un lado.

»Y, sin mí, toda la fuerza de la Imagería a su disposición se convertiría en un instrumento sin filo..., capaz de golpear duro, pero incapaz de golpear a voluntad. Inútil. Yo soy el archi-Imagero, como habrás observado. El procedimiento mediante el cual modelamos los espejos que muestran las Imágenes que deseamos son míos. ¿Crees que nuestros éxitos hubieran podido ser conseguidos al azar? Ese Gilbur, con toda su rapidez, ¿hubiera podido hacer los espejos que necesitamos mezclando simplemente combinaciones accidentales de tintes y óxidos, arena y superficie? Te lo digo, hubiera podido sudar y sudar hasta que se le reventara el corazón sin llegar a producir nunca un espejo que nos diera acceso a la Casa del Valle..., o uno que mostrara la sala de audiencias de Orison. Esa victoria es *mía*.

»Yo solo he derribado los dogmas de la Imagería, y nadie de la estúpida Cofradía

de Joyse puede compararse conmigo.

La voz de Vagel se intensificó.

—Eremis no puede seguir sin mí. Su necesidad de espejos que sólo yo puedo proporcionar no terminará nunca. Y, debido a eso —pareció controlar su impulso de gritar—, *antes de que yo haya terminado, asaré las entrañas de Joyse a fuego lento*. Le oiré *aullar* hasta que pierda la razón, y conseguiré mi satisfacción a través del propio Eremis.

Un temblor visceral agitó a Terisa en lo más hondo, tan intenso que fue incapaz de hablar.

Bruscamente, el archi-Imagero se volvió para marcharse.

—Recuerda eso —restalló, mientras su voz se alejaba—. Quizá yo te inspire a rendirte a él prematuramente, y entonces su placer en ti se verá considerablemente disminuido.

La dejó con la cadena enrollada en torno a su puño y a nadie a quien golpear.

No confió en su partida. Sus sentidos se tensaron en la oscuridad, buscando alguna evidencia de que no estaba sola. Pero no oyó nada, no sintió nada. En cuanto a su visión..., podía discernir un asomo de la puerta, pero los rincones de la habitación eran tan oscuros como pozos. Cuando volvió los ojos a la pared detrás de la cama, sin embargo, consiguió delimitar la fuente de la escasa iluminación. Sus primeras suposiciones habían sido acertadas: la luz procedía de una ventana no perfectamente sellada.

Dejando caer la cadena para incrementar su radio de movimiento, se subió a la cama y tendió los brazos hacia la ventana. Desde aquella posición, podía apoyar las manos sobre los tableros clavados al marco. Desgraciadamente, sus dedos no hallaron ningún punto de apoyo, ni en los bordes ni en las rendijas. Lo intentó hasta que sus yemas empezaron a sangrar y su autocontrol amenazó con desmoronarse; luego, para no empezar a sollozar, bajó de la cama.

Calma. Lo más esencial era mantenerse calmada. Conservar algo parecido a la calma hasta que se convirtiera en auténtica calma. A fin de poder concentrarse, *aunque por supuesto era imposible trasladarse fuera de allí con una cadena en su muñeca*, no, no pienses en cosas como ésta, no lo hagas. Permanece calmada. Concéntrate.

Desvanécete.

Apretó las manos contra su rostro, se sentó en el borde de la cama e intentó desvanecerse.

No podía hacerlo: estaba demasiado furiosa y asustada, privada de esperanza. Se estremecía tan violentamente que su corazón saltaba alocado. Había traicionado al Rey Joyse, y Vagel iba a hacerle *aullar*..., y Geraden no tenía ninguna forma de hallarla, de rescatarla. Demasiada gente podía estar aún observándola, oculta tras

agujeros espía, escondida en los rincones...

Eremis volvería tan pronto como hubiera terminado con el Gran Rey Festten.

Necesitaba tiempo para controlarse.

En busca de calma, decidió explorar la habitación hasta tanto como le permitía la cadena. ¿Qué otra cosa podía hacer? Quizá, si fracasaba en hallar nada, recobrar algo de su autodomínio.

Temblando violentamente, demasiado furiosa para preocuparle el hecho de que pareciera actuar estúpidamente ante cualquier espectador, se situó junto a la argolla que sujetaba su cadena a la pared y, desde allí, empezó a tantear su camino hacia la esquina, comprobando la fría y basta piedra con los dedos.

Cuando su mano encontró hierro en la pared, casi retrocedió.

Hierro: otra argolla.

Una corta cadena fijada a la argolla. Un grillete.

Una muñeca en el grillete.

Aquello la hizo retroceder. Regresó hasta la cama, se sentó, miró hacia la oscuridad. Su respiración era entrecortada.

Había tocado una muñeca. Piel. Una mano que se retiró rápidamente ante su contacto.

Otro prisionero. Había alguien más encadenado en el rincón.

Eremis había intentado violarla ante testigos.

¿Quién eres?, jadeó. Por un momento, las palabras se negaron a brotar de su garganta. Casi como un vómito, las obligó a salir:

—¿Quién eres?

Ninguna respuesta. Quizá, debido a que respiraba tan afanosamente, no podía oír ninguna señal de vida a su alrededor.

—¿Estás herido? —Eso era otra posibilidad. ¿Quién podía decir lo que Eremis o Vagel o Gilbur, o Gart, podían hacerles a sus enemigos? Si ella no hubiera sentido el calor de la piel y el movimiento, se hubiera sentido tentada a imaginar un esqueleto. O un cadáver.

»¿Puedes oírme? —Se levantó de la cama y recorrió de nuevo la pared, lentamente, *lentamente*, intentando controlar su alarma con la cautela—. ¿Estás bien?

Encontró la argolla, la corta cadena. La mano en el grillete intentó evitar su contacto. Sin embargo, ella prosiguió, tanteando más allá de la encadenada muñeca, a lo largo de un brazo. Estaba envuelto con una tela suelta..., ¿la manga de una capa? La tela era áspera y cálida; estambre, quizá.

Halló un hombro cubierto, un cuello desnudo. El hombro y el cuello se retorcieron violentamente, pero no podían alejarse; el otro brazo debía estar encadenado también. Maldita fuera aquella oscuridad. El prisionero era sólo un poco más alto que ella. Aunque Terisa estaba casi al límite de su propia cadena, no tuvo

dificultad en palpar un rostro sin afeitado, que se tensó, intentando alejarse de ella; aterrado de ella.

—¿Estás herido? —susurró—. ¿Quién eres?

Ásperamente, él alzó la cabeza e inspiró de forma estrangulada.

—Está bien. Me has hallado. Me dijeron que no hiciera ningún ruido, que no te dejara saber que estaba aquí, pero no es culpa mía.

Su voz le era familiar. Su amargura le era familiar.

Nyle. El hermano «asesinado» de Geraden.

Por un momento, se alegró tanto de hallarlo vivo que apenas pudo soportarlo. Así que *era* Underwell quien había sido muerto, desfigurado. El complot de Eremis era tan vil como ella había imaginado que debía serlo.

Y Nyle estaba *allí*; prisionero desde hacía, ¿cuánto tiempo ya? Retenido en caso de que fuera necesario de nuevo contra su hermano.

—Oh, Nyle —susurró, aliviada y presa de una repentina náusea—. Lo lamento tanto. ¿Qué te han hecho?

—Lo mismo que van a hacerte a ti. —Su amargura era peor que la furia; había ido demasiado más allá de toda esperanza—. Una especie de violación. Simplemente soy afortunado de que Eremis aún me desee con vida. A Gilbur le gusta lo que ellos llaman «carne masculina», pero tiene tendencia a matar a sus juguetes, así que Eremis hace que me deje tranquilo. La mayor parte del tiempo.

»Me necesitan para asegurarse de que Geraden no haga nada impredecible. O el Rey Joyse.

Oh, Nyle.

No podía seguir de pie. La náusea extirpaba de ella todo alivio. Sin pensar, se retiró a su cama, se sentó de nuevo. Por alguna razón, ya no estaba temblando. Pero iba a ponerse enferma... Si no se dominaba, iba a vomitar hasta el corazón.

—Es la misma razón por la que te han cogido a ti. —Ahora que Nyle había empezado a hablar, parecía decidido a continuar—. Sólo los detalles son distintos. Somos rehenes. Y cebo. Estamos aquí para asegurar que Geraden y el Rey Joyse harán lo que Eremis desea.

»Creí realmente que alguien intentaría rescatarme. —Su tono hizo que Terisa sintiera deseos de vomitar. A Gilbur le gustaba la *carne masculina*—. Pero me equivoqué. Quizá también te olviden a ti. Ésa es tu única esperanza ahora..., que Eremis haya cometido un error trayéndote aquí.

Luchando contra la bilis, Terisa se obligó a decir:

—Nadie en Orison sabía que necesitaras ser rescatado. ¿No sabes lo que hicieron? Mataron a ese médico, Underwell. Dejaron que unos monstruos devoraran su rostro —no pienses en ello, no *pienses* en ello—, y lo vistieron con tus ropas para que todo el mundo creyera que eras tú. Todo el mundo pensó que estabas muerto. —Porque

tenía que decirlo, concluyó—: Pensaron que Geraden te había matado. Al menos conseguiste eso.

—Sé todo esto. —Nyle tosió suavemente, como si estuviera demasiado débil y maltratado como para maldecir—. Enviaron a Gart y a un par de sus Aprs a la habitación para dejar sin sentido a los guardias y a Underwell. Para que no hubiera ningún ruido. Luego me trasladaron aquí. Luego enviaron a algunas de sus criaturas para que se ocuparan de los cuerpos. Me lo contaron todo.

»¿Crees que es eso lo que yo deseaba? ¿Crees que tuve alguna elección?

No, era cruel acusarle, cruel, llevaba ya un tiempo prisionero de Eremis y Gilbur ahora, y las decisiones que había tomado que le habían puesto en esta situación estaban basadas todas en la política de absurda pasividad del Rey Joyse, no era justo incluirle en su furia. Sin embargo, dijo:

—Todo el mundo tiene una elección.

Ella había tenido una elección, ¿no? Ella estaba encadenada a la pared en la oscuridad, y Eremis tenía intención de usarla para su placer hasta que su espíritu se rompiera, y no había ninguna forma en que pudiera ser rescatada, y pese a todo había tenido una elección. Sólo los muertos no tienen elecciones.

Nyle tosió de nuevo, como un hombre cuyos pulmones estuvieran llenos de seca podredumbre. Pudo imaginarlo en sus grilletes, con la boca colgando abierta en su sucia barba y ninguna fuerza en su cuerpo.

—Estás equivocada —murmuró cuando dejó de toser—. Eres como Elega. No sabéis. No he tenido ninguna elección respecto a nada desde que Geraden me golpeó con aquel palo.

Oh, estupendo. Terisa apenas pudo contener la risa. Ahora iba a empezar a culpar a Geraden. Su estómago intentó trepar por su garganta; tuvo que impedírselo con toda su voluntad. Ya había sido más dura de lo que deseaba ser. En vez de seguir con lo que Nyle había dicho, preguntó con voz densa:

—¿Sabes dónde estamos? ¿Conoces este lugar?

—Todo lo que yo deseaba era salvar Orison y Mordant. —Quizá no la había oído—. No puedes decir que me merezca esto. Puedes pensar que me equivoqué, pero no puedes decir que fui malicioso. No iba a conseguir nada para mí mismo. Ni siquiera para Elega... Aunque no estuviera equivocado, mi familia iba a odiarme igualmente. Nunca hubiera podido volver a mi casa. Todos ellos creían personalmente en el Rey Joyse, no en las ideas que hacían de él un buen rey..., no en la Cofradía y Orison y Mordant. Nunca iban a perdonarme el traicionar a su *héroe*, aunque todo hubiera ido bien.

»No lo hice por mí mismo.

—Oh, Nyle —jadeó suavemente ella—. No lo entiendes. Por supuesto que te perdonarán. Ya te han perdonado.

Pero quizás él era incapaz de oírla. Tal vez había pasado demasiado tiempo impotente, atrapado en una perenne reiteración de lo que había hecho y por qué —y lo que había costado—, sin ninguna forma de romper el círculo. En vez de reaccionar a lo que ella acababa de decir, siguió explicándose.

Intentando justificarse en la oscuridad.

—Pero Geraden me destruyó. Sé que no es eso lo que él deseaba, pero él me arrojó a todo esto. Cuando fue tras de mí, en vez de concentrarse en el Príncipe Kragen... Si no estuviera tan decidido a sufrir accidentes...

»Me hizo encerrar. Como un asesino. Como si fuera alguien peligroso para todas las personas decentes que hubiera a mi alrededor. Si hubiera sido un granjero que se volvió loco y empezó a matar a todos sus amigos y familia con un hacha, me hubieran encerrado, pero no se hubieran reído de mí. No hubiera sido despreciado.

»¿No me comprendes? Yo también amaba al Rey Joyse. Siempre lo amé, pese a que no me dejó que le sirviera..., pese a que no me quiso a su alrededor. Pero algunos amores son más importantes que otros. Él no estaba interesado en mi lealtad..., y eso duele, porque estaba tan obviamente interesado en mis hermanos. Artagel. Geraden. Pero yo aún podía seguir amando sus victorias, sus ideales, sus creencias.

»¿Qué piensas que hubiera debido hacer? —Por un momento, la voz de Nyle tuvo un toque de pasión en la oscuridad—. ¿Abandonar todo lo que hacía valioso Mordant en bien de un viejo decadente al que no le importaba si yo vivía o moría?

»Entonces Geraden me detuvo, y me arrojaron a las mazmorras. ¿Sabes lo que significa eso? —Lo dominó un acceso de tos, que se llevó consigo toda su intensidad—. Deberías.

»Significa que no podía escapar.

»Artagel vino y alardeó de sus heridas ante mí. Y yo no podía escapar. El Castellano Lebbick practicó sus obscenidades conmigo durante un tiempo. Y yo no podía escapar.

»Y luego vino el Maestro Eremis...

—Nyle, espera. —Terisa no deseaba oírle. Sabía lo que venía a continuación, y no deseaba oírlo—. Eso no sirve de nada. No haces más que atormentarte a ti mismo. —Todo lo que deseaba era alguna forma de contener el horror que brotaba de la parte de atrás de su garganta a fin de poder concentrarse, enfocar su furia y sus temores y su ansia de sangre—. ¿Sabes dónde estamos?

—Simplemente así —prosiguió Nyle, como si ella no hubiera dicho nada—. Simplemente entró en la celda. Abrió la cerradura y me sacó. Y yo no podía escapar. —Su tono era deshilachado, rasgado por la amargura y la fatiga y la tos, por una furia que no tenía ningún otro lugar donde ir—. Me llevó un corto trecho por el pasillo. Luego hizo alguna especie de gesto, y fuimos trasladados aquí. A su laborium personal. Y yo no pude escapar de él.

»¿Sabes lo que me hizo?

—¡Sí! —Luchando por defenderse contra el dolor, Terisa saltó en pie—. Lo sé. — Cuando se movió, su cadena resonó ligeramente contra la pared. La sujetó rápidamente en su puño y la agitó más duramente, hizo resonar la piedra—. Sé lo que te *hizo*.

Por supuesto, en realidad no lo *sabía*: no había sufrido la misma experiencia. Pero sabía lo suficiente..., más de lo que su estómago podía soportar. Ferozmente, siguió hablando:

—Te mostró un espejo con Houseldon en la Imagen. —Agitó la cadena—. Y te mostró otros espejos. —Los eslabones de hierro tintinearón contra la pared—. Espejos con felinos de fuego. Espejos con lobos corruptos. Espejos con avalanchas..., espejos con devoracadáveres. —Cada vez, agitó más duramente la cabeza—. Y te hizo creer que podía arrojárselo todo contra tu hogar y tu familia sin ninguna advertencia previa si tú no hacías lo que él quería. Si no le ayudabas a volver la Cofradía contra Geraden.

Jadeando, atragantándose, se detuvo.

El silencio de Nyle fue todo el asentimiento que necesitaba.

—Así que aceptaste, porque pensaste que así salvabas a la gente a la que más amabas. E imaginaste que alguien iba a darse cuenta *finalmente* de que en realidad no estabas muerto..., lo cual salvaría a Geraden y volvería las cosas contra Eremis. Y, de alguna forma, conseguiste evitar la simple deducción de que Eremis sabía lo bastante acerca de los fallos de sus planes como tú.

»Nyle, hiciste una *elección*. Geraden no te hizo nada de esto. Tú mismo te lo hiciste.

Ya estaba dicho. Ahora había empezado a atacar a la gente que estaba encadenada a las paredes, a acusarla de una mala lógica además de una débil fibra moral. Como si ellos mismos hubieran causado las cosas que sus enemigos les habían hecho. ¿Qué iba a hacer a continuación? ¿Empezar a golpear a los tullidos?

Y, sin embargo, en su propio caso, no podía culpar a nadie excepto a ella misma por el hecho de que hubiera sido tan lenta en desconfiar del Maestro Eremis, tan apagada en oponérsele.

Desde la oscuridad, Nyle preguntó, con un viejo dolor:

—¿Qué otra elección tenía? ¿Qué podía haber hecho?

Oh, mierda. Obligó a sus dedos a soltar la cadena.

—Hubieras podido negarte.

—¿No te has escuchado a ti misma? —Después de todo, aún quedaba algo de ira en él—. Si hubiera hecho esto, él hubiera destruido Houseldon. Hubiera matado a toda mi familia, a todo el mundo con quien crecí..., mi hogar, todo ello.

—No, Nyle —suspiró ella. Gradualmente, consiguió dominar su náusea, su

acelerado pulso, su deseo de herir algo. Ya le estaba hiriendo lo suficiente. No necesitaba incrementar la fuerza del golpe—. Tú eres el que no está escuchando. *Destruyó Houseldon pese a todo*. Lo quemó hasta sus cimientos mientras Geraden y yo estábamos allí, intentando matarnos. Tu cooperación no significó ninguna diferencia. Cediste por nada.

Bien. Ya lo había dicho.

Muy lejos de ella, Nyle gruñó suavemente, como si ella acabara de deslizar un cuchillo entre sus costillas..., como si acabara de cortar las defensas, las autojustificaciones, que aún lo mantenían vivo entre sus grilletes.

Avanzó hacia él, sintiéndose a la vez tan brutal como un niño incordiador y tan vulnerable como un niño incordiado.

—Nyle, lo siento. —Intentando consolarle, acarició su rostro. Su mano regresó húmeda de lágrimas—. Saldremos de algún modo de aquí. En algún momento. He hablado con toda tu familia. Sé que ellos te comprenden. Te *conocen*. Saben que no traicionarías a Geraden a menos que estuvieras intentando protegerles a ellos. Y hubiera funcionado, si él no hubiera escapado..., si él y yo no hubiéramos ido a Houseldon.

Luego, susurrando como una plegaria de modo que nadie pudiera oírla, nadie pudiera utilizar lo que iba a decir contra ella, acercó su boca al oído de él y murmuró:

—Están a salvo. Todos escaparon. Fueron al Puño Cerrado y se ocultaron allí. Para defenderse.

»Eremis no sabe eso.

Temblando ante el riesgo que había corrido, retrocedió de nuevo hasta la cama y aguardó.

Nyle no reaccionó. Ella no tenía forma de saber si la había oído o no. Pero había hecho todo lo que había podido por él. Tenía sus propias necesidades que considerar. Al cabo de un rato, regresó a su primera pregunta..., la única de sus preguntas que él podía estar en condiciones de contestar.

—Nyle, ¿sabes dónde estamos?

Al cabo de un momento, él inspiró temblorosamente; pareció alzar la cabeza.

—En Esmerel, supongo. No lo sé. Nunca había visto este lugar hasta que él me trajo aquí..., me trasladó hasta aquí. Pero dijo que era Esmerel.

—Nyle —la casual amenaza en la voz del Maestro Eremis era inconfundible—, te dije que no hablaras con ella.

Con una sacudida, casi presa del pánico, Terisa se volvió para enfrentarse al Maestro.

Pero no era pánico: estaba demasiado furiosa y dolida y enfocada para el pánico.

—¿Por qué? —preguntó, antes incluso de tener tiempo de pensar, tiempo de dudar. La forma del Imagero, tan vaga como la de Vagel, se acercó a ella desde la

oscuridad más profunda de la puerta—. Ya has conseguido todo lo que querías. ¿Por qué le haces esto a él? No puede hacerte ningún daño.

—¿Qué, mi dama? —dijo Eremis con voz lenta—. ¿Preguntas? ¿Desafíos? Es un mal comienzo para iniciar nuestro amor. —Sonaba confiado, inmaculadamente seguro de sí mismo..., y más afilado que antes, como si hubiera pasado su ausencia soportando mezquinas vejaciones—. Me sorprende que no exijas saber lo que el Gran Rey y yo nos hemos dicho. Terisa echó a un lado aquellas palabras. —No *me importa el Gran Rey*. Estoy hablando de Nyle. ¿Para qué lo necesitas? ¿Por qué no lo dejas ir?

¿Por qué nos has encadenado juntos? ¿Por qué quieres que él sepa todo lo que me haces? Enfoque. Concentración.

Un espacio vacío en la oscuridad, un abismo de existencia. Furia y sangre.

—Por la misma razón que te necesito a ti, mi dama. —El tono del Maestro estaba lleno de regocijo y burla—. Para perfeccionar mi triunfo. Tu captura exigirá que mis enemigos avancen contra mí. Deberán intentar rescatar a dama Terisa de Morgan y sus extraños talentos. Formarán una alianza, o no lo harán. Se destruirán entre sí, o no lo harán. Ocurra lo que ocurra, terminarán teniendo que acudir a Esmerel.

»Entonces soltaré a Nyle. No soy tan duro como me consideras..., no lo atormento gratuitamente. Será testigo de lo que te ocurre mientras aguardamos a tus rescatadores. —El rudo placer en su voz la atravesó como un estremecimiento—. Y, cuando esté preparado, lo enviaré para que les diga todo lo que te he hecho.

»Entonces Geraden empezará a comprender el peso que ha arrojado sobre sus hombros oponiéndose a mí. No. Nunca. Nunca. Concentración. Enfoque. —Eres un bastardo.

Ahora estaba ya lo suficientemente cerca como para tocarla. Hubiera podido golpearla. Terisa sintió su presencia, la presión que emanaba de él; creyó poder oler su lujuria. Pero no la golpeó.

—Oh, vamos, mi dama —dijo, como si estuviera seguro de ella—. ¿Es así como le hablas al hombre que te dominará? —Su mano se tendió; un dedo acarició la línea de su mejilla. Cuando ella no retrocedió, cerró la mano en torno a su nuca, dentro de su blusa. Lentamente, su presa se hizo más fuerte—. ¿Debo emplear la fuerza para enseñarte humildad?

Un espacio vacío; un abismo entre ellos. Terisa se estaba desvaneciendo en la oscuridad, tanteando más y más lejos de él; tanteando... Su mente estaba llena de Imágenes, todas ellas insustanciales; pensamientos ansiosos.

—No —dijo, desde tan lejos que él nunca sería capaz de poseerla—. Suelta mi cadena. Déjame mostrarte lo que he aprendido de Geraden.

No hizo ningún esfuerzo por sonar seductora o indefensa, por ocultar la distancia que la separaba de él.

La trampa que tendió para él era como la que él había preparado para sus enemigos. Obvia. E irresistible. ¿Cómo podía él dudar de que era demasiado para ella, que podía controlarla, dominarla, derrotarla siempre que quisiera? La resistencia no haría más que convertir su sumisión final en algo más abrumador para ella.

Riendo, sujetó su brazo y liberó el grillete con un clic. Puesto que estaba tan lejos, ella no hizo nada para traicionarse. Y puesto que estaba tan llena de ira, no vaciló.

Antes de que él pudiera asegurar su presa, alzó su pierna con todas sus fuerzas y le pateó en las ingles.

Eremis jadeó tanto por la sorpresa como por el dolor; retrocedió violentamente de ella.

Casi de inmediato recobró el equilibrio, se recuperó de la sorpresa y el dolor. Ella deseó oírle maldecir en su agonía, espumear por la boca; pero no le dio ese placer. La maldición que escupió hacia ella fue simplemente vindicativa, una promesa de que había ido demasiado lejos y de que iba a sufrir terriblemente por ello.

Rápidamente, saltó hacia delante para sujetarla, para castigarla.

Pero no lo bastante rápido. Mientras estaba aún de camino hacia ella, Terisa tocó un momento de eternidad.

Apenas era más largo que el espacio entre un asustado latido de su corazón y el siguiente..., pero bastaba. Las imágenes cuajaron, adquirieron luz y forma: docenas de ellas; caos y fragmentos por todas partes. Sin embargo, ella sólo necesitaba una, la Imagen más nítida, aquella con los detalles tan precisos e inalienables que podían haber sido grabados con ácido en su mente.

Una duna de arena encajada en el abismo sin tiempo entre los altos vientos y la no existencia.

No tenía la menor idea de dónde podía haber visto antes aquella Imagen. No le importaba. Tan pronto como la vio, supo que era suya...

...y sintió el roce de un frío tan suave como una pluma y tan agudo como una hoja de acero deslizarse directamente a través del centro de su abdomen.

Eremis tendía las manos hacia ella, intentando aferrarla por los hombros y golpearla al mismo tiempo. Sólo el reflejo de un salto intuitivo le permitió apartarse del peligro cuando ella se desvaneció ante él y cayó de espaldas contra la pared.

A la luz de las lámparas; tan pesadamente contra el suelo que se quedó sin aliento.

Durante un largo momento fue incapaz de hablar. No pudo hacer nada excepto mirar con la boca abierta al Adepto Havelock, al Maestro Barsonage y a Geraden, que estaban contemplándola como si acabara de salir de un ataúd.

Lo único razonable que se puede hacer

La luz era extraordinaria, tan vital como la luz del sol. Mientras aguardaba a recuperar el aliento, Terisa se sintió satisfecha con permanecer simplemente tendida allí y dejar que el resplandor de su escapatoria la inundara.

Entonces Geraden dejó escapar un hurra y pareció saltar sobre ella. Prescindiendo del hecho de que ella era incapaz de respirar, la alzó en sus brazos y empezó a dar vueltas con ella, llorando y riendo a la vez, «¡Terisa! ¡Terisa!», girando en una danza de loca alegría. Su felicidad ardía tan brillante que ella se aferró a su cuello y no le importó si era capaz de respirar o no. Si el Maestro Barsonage no los hubiera abrazado a los dos con su enorme masa, obligando a Geraden a detenerse, la hubiera llevado a chocar contra los espejos, esparciendo cristales por todas direcciones.

—Alto —jadeó el mediador—. ¿Estáis locos? Alto. —Incluso él sonaba medio delirante de alegría.

Por un momento, su alivio y su exaltación se convirtieron en una convulsiva búsqueda de aire.

Inmediatamente, Geraden se detuvo, la depositó en el suelo, la mantuvo firmemente abrazada.

—¿Estás bien? Terisa, ¿estás realmente bien? No pude encontrarte. No pude alcanzarte. Cambié un espejo para ir en tu busca, pero no pude encontrarte. Temía haberte perdido definitivamente. Oh, amor, ¿estás *bien*?

Terisa hizo todo lo posible por asentir mientras el nudo en su pecho se aflojaba lo suficiente como para dejar pasar el aire. Luego le devolvió su abrazo, jadeando en su oído, aferrándose casi salvajemente a él porque aún estaba llena de traslaciones imposibles y promesas de asesinato. Tras su encuentro con el Maestro Eremis, Geraden era algo tan querido para ella que lo retuvo como si su corazón dependiera de ello.

Geraden. Ayúdame.

Iba a violarme. Sólo por diversión. Y para hacerte daño.

Geraden.

Voy a matarle.

—Mi dama —dijo juiciosamente el Adepto Havelock, como si se hubiera convertido en una persona completamente distinta—, eso fue un truco estupendo. Si puedes hacer realmente estas cosas, entonces cualquier acción que él haya tomado contra ti está plenamente justificada. Yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo.

—La prueba —murmuró el Maestro Barsonage, ahora que ya no tenía que proteger los espejos del Adepto—. Jamás lo hubiera creído. *La prueba*. —Parecía perdido en maravillados pensamientos—. Las Imágenes son reales,

independientemente de sus espejos..., independientemente de la propia Imagería. El Rey Joyse tuvo razón desde un principio.

—Que fornicuen a ese bastardo amante de su esposa —respondió Havelock, volviendo a la normalidad—. Un espléndido momento para echar a volar. Tendría que haber visto esto.

Voy a...

¡Nyle!

—Geraden. —Terisa se echó hacia atrás, se apartó lo suficiente como para mirar directamente a los ojos de Geraden. Éste avanzó para besarla; la expresión del rostro de ella lo detuvo. Rápidamente, de modo que él pudiera entender, dijo—: Tiene a Nyle.

Él frunció el ceño, atrapado inmediatamente en su urgencia.

—Sabíamos eso —murmuró—. O lo sospechábamos...

—Lo he visto. —Bueno, no *visto* exactamente; pero sentía tanta prisa por explicarse—. He hablado con él. Eremis lo mantiene prisionero. En el mismo lugar donde me condujo a mí. En Esmerel. —Eremis deseaba que fuera testigo de lo que él me hacía. Para que tú sufrieras tanto como fuera posible—. Tenemos que sacarlo de allí. Él...

Casi dijo: Está siendo destruido. Eremis está quebrantando su espíritu.

—Ella cambió la Imagen —siguió hablando el Maestro Barsonage, atrapado en sus propios y extáticos pensamientos—. A través de toda esa distancia, tomó el espejo con una Imagen que no la contenía, y lo cambió hasta que la Imagen la *contuvo*. Geraden no hubiera podido hacerlo. Los espejos planos no tienen este talento. Y ella no hubiera podido hacer una cosa así si no fuera independientemente real. Es inconcebible que una mujer creada en un espejo pueda tener un poder más grande que el espejo, y la Imagen, que la creó.

—¿Y a quién le importa? —gruñó alegremente el Adepto—. Es una mujer. Ahí está el detalle. No podemos confiar en ella. No podemos confiar en *él*. —Sonaba como un viejo chocho—. Mírale. Es tan malo como Joyse. Está dispuesto a morir por ella. Si las cosas se ponen peligrosas, la salvará a ella en vez de a nosotros.

Ella y Geraden no estaban escuchando. Mientras Terisa se recuperaba, ambos se volvieron automáticamente para contemplar el espejo que la había devuelto a las habitaciones del Adepto Havelock.

Su Imagen era oscura, casi impenetrablemente negra. Quizá Terisa hubiera podido discernir una o dos sombras: ¿la cama?, ¿la puerta?, si hubiera dispuesto del tiempo necesario; pero, antes de que pudiera estudiar la Imagen, ésta empezó a fundirse. La luz se asomó a la oscuridad; el potencial para las formas oscuras se convirtió en arena apilada. Al cabo de un momento, el espejo había vuelto a su escena natural, el paisaje desierto para el que había sido formado. Estaba empezando a

levantarse brisa, que alzaba delicados torbellinos de arena del borde de la duna.

—¡Nyle! —Un nuevo dolor estalló en ella, una pérdida que no había anticipado—. Estaba allí. En esa habitación. Hubiéramos podido alcanzarlo..., rescatarlo...

Manteniéndose firme, Geraden murmuró:

—Se necesita esfuerzo para efectuar este cambio. Tan pronto como te relajaste, tan pronto como lo dejaste, la Imagen fundamental volvió.

»Eso debió ser lo que ocurrió el segundo día que estuviste aquí, cuando viste el Puño Cerrado en un cristal plano. —Era evidente ahora que estaba pensando simplemente para ayudarla, para darle algo en que pensar hasta que se calmara—. Te sorprendiste tanto al descubrir el Puño Cerrado en mi espejo que instintivamente recreaste la Imagen en el espejo plano más cercano. Pero tan pronto como Eremis y yo te distrajimos, lo dejaste, y la Imagen fundamental volvió.

Volvió. Terisa recordó, pese a su aflicción. Aquella Imagen había vuelto *a tiempo* para dejarle ver a los hombres del Perdon ser atacados por unas rapaces manchas negras que arrancaron sus corazones a dentelladas.

Y Vagel había dicho que hasta ahora *la única satisfacción del Gran Rey Festten había sido la aniquilación del Perdon*.

Malditos fueran todos. Malditos hasta el último de ellos.

—Un asunto simple —comentó Havelock. Sonaba tan lunático como siempre, pero de alguna forma se aferró a un detalle pragmático de la situación—. Restablece el cambio. Tú has estado en esa habitación. Trae de vuelta la Imagen, y rescataremos a Nyle.

Está encadenado, protestó interiormente Terisa. Sencillamente no van a echarse a un lado y dejar que lo liberemos.

Sin embargo, se enfrentó de inmediato al cristal plano, intentó arrojar de su mente el pánico y la duda y la urgencia, intentó recapturar la oscuridad particular donde Eremis la había mantenido prisionera...

No pudo hacerlo. Se sentía demasiado frenética; su concentración estaba demasiado agitada. Ni siquiera podía recordar cómo era la cama, a qué distancia se hallaba la puerta, dónde estaban situadas una con relación a otra las argollas que habían sujetado su cadena y la de Nyle. Y, sin una Imagen precisa en su mente...

Geraden la rodeó con un brazo.

—No es culpa tuya. Simplemente es imposible. —Su tono era suave, apaciguador; tenía una subcorriente de miseria y anhelo, apenas reprimida. Debí pasar por un auténtico horror *mientras ella estaba lejos, debía sentirse frenético ahora por rescatar a Nyle...*, pero puso todo aquello a un lado en bien de ella—. Es por eso por lo que mantiene a oscuras las partes importantes de Esmerel. Es por eso por lo que no pude ir tras de ti. Si cambias el espejo ahora, no sabrás si has conseguido exactamente la misma zona de oscuridad. Y, si te equivocas, todos

podemos resultar muertos. Puedes producir una Imagen que en realidad sea el interior de una montaña en alguna parte, y tan pronto como efectúes cualquier tipo de traslación tendremos unos cuantos millones de toneladas de roca a las que enfrentarnos. Necesitas luz.

Abrazándola fuertemente, repitió:

—No es culpa tuya. Lo liberaremos de alguna otra forma.

No había autoridad en su voz, ninguna fuerza inesperada. Todo lo que estaba intentando hacer por el momento era confortarla. Y, sin embargo, Terisa descubrió que le creía. *Lo liberaremos de alguna otra forma*. Lo decía en serio, de la misma forma que ella decía: Lo mataré.

Lentamente, el pánico en sus músculos disminuyó, y se derrumbó contra él, pidiéndole mudamente que la sostuviera hasta que tuviera tiempo de recuperarse.

—Creo que Geraden tiene razón. —Al parecer, el Maestro Barsonage había regresado de su exaltación—. El Maestro Eremis es astuto. La oscuridad es algo contra lo que ningún Imagero ha hallado nunca una respuesta. Incluso las más toscas traslaciones requieren luz. No te culpes, mi dama. Tus logros parecen ya completamente milagrosos.

De acuerdo. De acuerdo. Nunca podría luchar si se dejaba colapsar de aquel momento. No podía alcanzar a Nyle: de acuerdo. Pero aún podía pensar. Eremis la había violado con sus manos. *Piensa*. Había estado cerca de hacer cosas mucho peores..., pero ella había escapado. Era posible pensar; elige; actúa. Simplemente empieza en algún lugar. Geraden aún seguía sosteniéndola. La forma en que sus brazos la sujetaban era más milagrosa que cualquier traslación. Él no tenía más intenciones que ella de abandonar a Nyle. De acuerdo.

Empieza en algún lugar.

Inspiró temblorosamente.

—No lo comprendo. ¿Cómo lo hice? Estaba en el lado equivocado del espejo. No creía que fuera posible que algo en una Imagen se trasladara fuera por sí mismo.

Geraden apretó su abrazo. Sin embargo, fue el mediador quien respondió:

—El Adepto lo hizo, mi dama. La idea fue de Geraden, pero él no puede hacer nada con los espejos planos.

»Tienes razón. Sabemos que no hay ninguna forma por la que una Imagen pueda trasladarse por sí misma fuera. Incluso para nosotros, los Imageros de talento que hemos modelado los espejos, entrar en un espejo no requiere ningún esfuerzo, pero traer fuera lo que hay en la Imagen requiere gestos, invocaciones..., una forma particular de concentrar el talento del Imagero. Después de todo, el espejo en sí está *aquí*, no donde tú te encontrabas.

»Sin embargo, cuando la Imagen en este espejo cambió de arena a oscuridad, no pudimos pasar por alto el hecho. Y Geraden supuso que el cambio era obra tuya. Y

Havelock es un Adepto. Tenemos suerte —Barsonage sonrió hoscamente— de que en estos momentos se halle de un humor que le permite reaccionar razonablemente a los acontecimientos. Después de que Geraden se hubiera hecho comprender, el Adepto realizó la traslación que te rescató.

Con sorprendente claridad, Terisa sintió al Maestro Eremis lanzarse hacia ella en la oscuridad, recordó su ataque. Como presa del pánico, se soltó de Geraden. Pero el pánico no se había apoderado de ella; tal vez había perdido para siempre la capacidad de sumirse en el pánico.

Antes de que Havelock pudiera intentar evitarla, le echó las manos al cuello y le besó.

Sólo por un segundo, los ojos del viejo Imagero loco se enfocaron al unísono; sonrió a Terisa como un muchacho en éxtasis. Era sorprendente, en realidad, lo fácil que le resultaba a ella perdonarle por no haberla ayudado contra el Maestro Gilbur.

Casi inmediatamente, sin embargo, su mirada se hendió de nuevo; su nariz se adelantó ferozmente, como una promesa de violencia. Por fortuna, no intentó decir nada.

No intentó detenerla tampoco cuando Terisa se volvió de nuevo hacia Geraden.

Geraden la miraba con expresión hambrienta. Por primera vez, ella se dio cuenta de que las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Aquella visión la hizo detenerse. Geraden había sabido el peligro en que se hallaba. Mientras ella permanecía prisionera de Eremis, él había estado allí, completamente aislado. Pudo imaginarlo intentando desesperadamente tender un puente sobre el abismo...

Bruscamente, lo abrazó con fuerza.

—Oh, mi amor —murmuró, sintiendo anhelo por él—. Cambiaste un espejo. Debiste volverte loco intentando alcanzarme.

Geraden la mantuvo firmemente sujeta; pero de nuevo fue el Maestro Barsonage quien respondió:

—Nuestro Geraden ha demostrado ser una fuente de maravillas casi tan grande como tú, mi dama. —Su voz sonó firme, pero detrás de su autocontrol Terisa pudo oír un temblor de orgullo y vindicación—. Por supuesto, conocíamos su habilidad para realizar cosas sorprendentes con sus propios espejos. Por esa razón, en cierto sentido no nos sorprendimos cuando los enemigos de Orison maquinaron la destrucción de su espejo.

Impresionada, Terisa se envaró. *¿La destrucción...?* Lo único que la unía con su mundo había desaparecido.

Entonces, ¿cómo...?

—Sin su espejo —prosiguió el mediador—, pensamos que sería impotente. Pero ha demostrado ser un Adepto por derecho propio, al menos en lo que a espejos

normales se refiere. —Barsonage señaló un espejo curvo al lado del plano paisaje desértico—. Impuso una imagen de Esmerel ahí y la utilizó para buscarte. Sólo el truco de la oscuridad impidió que te encontrara.

Mientras absorbía las palabras del mediador, el desánimo de Terisa menguó.

—¿Puedes hacer eso? —Se sentía tan complacida que se echó de nuevo hacia atrás para contemplar la angustia de Geraden—. ¿Eres un Adepto además de un Imagero? ¡Eso es maravilloso! —De pronto, se puso tan furiosa que pareció como un éxtasis—. El cielo ayude a ese bastardo. *Vamos a hacerle pedazos.*

Su pasión pareció darle a él lo que necesitaba. Terisa pudo oírle echar a un lado su fracaso en rescatarla, su impotencia en rescatar a Nyle. Las líneas de su rostro se hicieron más firmes; sus ojos arrojaron asomos de fuego.

—No va a ser fácil. Esmerel se halla a dos días de camino en un buen caballo. El Príncipe Kragen piensa que el Gran Rey Festten tiene al menos veinte mil hombres. Sin mencionar todas las abominaciones que Eremis puede trasladar. Pueden seguir usando cristales planos allá donde deseen..., y nosotros no sabemos cómo hacerlos. —No estaba intentando desmoralizarla. Simplemente planteaba los problemas a fin de resolverlos.

—No me importa nada de todo eso —respondió ella con el mismo espíritu—. Tienen a Nyle. Tienen a la Reina. El Gran Rey Festten está aquí. Eremis habló con él esta mañana. Han destruido al Perdon. *Aniquilado*, es la palabra que usó Vagel. Están destruyendo Sternwall y Fayle. Y eso va a ir de mal en peor. —Tensamente, explicó lo que el archi-Imagero y el Maestro Eremis habían revelado acerca de la velocidad, precisión y flexibilidad que habían conseguido con los espejos. Mientras Geraden fruncía el ceño ante la información, y el Maestro Barsonage parpadeaba consternado, concluyó:

—Tenemos que detenerle antes de que vaya más lejos.

El mediador empezó a formular una pregunta, luego lo dejó correr. Pero Geraden aceptó su explicación sin un parpadeo. Cuando ella hubo terminado, dijo:

—Hay una cosa más. El Rey Joyse ha desaparecido.

—¿Desaparecido... ?

—Quiero decir realmente desaparecido. El Adepto Havelock dice que ha volado. —Geraden miró dubitativo al viejo Imagero loco—. No sé lo que significa eso. Pero, por lo último que hemos oído, nadie es capaz de encontrarle.

—Entonces, ¿quién está a cargo de las cosas? —Orison sin el Rey Joyse: el concepto era extrañamente abrumador. Su ausencia era un pozo abriendo su boca a sus pies—. Todo esto fue idea suya. *Él* deseaba luchar de esta forma con Eremis. ¿Quién da las órdenes ahora?

Geraden se mantuvo firme; había recobrado su compostura; se sentía tan combativo como ella.

—No lo sabemos. Hemos estado aquí abajo la mayor parte del tiempo. Probablemente nadie sepa dónde encontrarnos. —Dudó, luego dijo—: Con el Rey Joyse desaparecido y el Castellano Lebbick muerto, todo el lugar debe estar colapsándose. —Otro asomo de vacilación—. Puede que hayan recurrido al Príncipe.

Aquello era cierto. Terisa imaginó los disturbios extendiéndose por los niveles superiores del castillo; pánico y derramamiento de sangre. Era concebible que Orison acabara destruyéndose a sí mismo.

Se volvió hacia el Adepto Havelock.

—¿Dónde está? Esto fue idea *suya*. Idea *tuya*. Maldito sea ese viejo, lo necesitamos.

Una sensación mareante se alzó desde su estómago cuando vio a Havelock inclinarse hacia delante con una risita conspiradora; sus ojos casi giraron en direcciones opuestas, rapaces y alocados. Curvó un dedo hacia ella, pidiendo que se acercara, como si quisiera decirle un secreto.

Ella no se movió; sin embargo, él reaccionó como si se hubiera aproximado para escucharle.

—He visto una Imagen —susurró—, una Imagen, una Imagen. En la que las mujeres son peculiares. Tienen las tetas en la espalda. Debido a ello, su aspecto es muy extraño. Pero debe ser delicioso abrazarlas.

Sonriendo, concluyó:

—Vino a mí y me ordenó. *Me ordenó*. ¿Qué podía hacer yo? No sé cómo suplicar. —Su actitud no cambió; sin embargo, sin transición, su tono se volvió feroz—. Lo he dicho y lo he dicho. Las piezas del brinco son *hombres*. Las mujeres lo hacen todo imposible.

Terisa deseó maldecirle..., y darle un abrazo como si necesitara ser reconfortado. Desgarrada entre la furia y la piedad, se volvió de nuevo hacia Geraden y el Maestro Barsonage. Incluyó al mediador en lo que dijo, pero toda su atención e intensidad estaban enfocadas en Geraden.

—Tenemos que averiguar qué está pasando.

Los dos hombres asintieron, Barsonage voluntariosamente, Geraden todo pasión y aprobación.

—Alguien tiene que averiguar lo que pretendía hacer ahora el Rey Joyse, y asegurarse de que se hace.

El Maestro Barsonage dudó. Geraden asintió de nuevo.

Dirigiéndose al Maestro, Terisa dijo:

—Lo explicaremos tan pronto como tengamos la oportunidad. El Rey Joyse lo preparó todo. Todo es deliberado. —Luego sujetó a Geraden por el brazo.

Echaron a andar juntos hacia el pasadizo que conducía al almacén, fuera de los aposentos del Adepto Havelock.

El Maestro Barsonage les siguió rápidamente. Los movimientos de sus cejas y el profundo ceño de su concentración le daban un aspecto de sorprendente seguridad.

Tras ellos, Havelock recogió su plumero y siguió limpiando sus ya immaculados espejos. El que decidió hacer objeto ahora de su atención resultó ser el que mostraba la Imagen en la que había hallado la nube amarronada volante que había utilizado contra las catapultas del Príncipe Kragen.

Como el Castellano Lebbick, él también había sido abandonado.

No pareció darse cuenta de que estaba llorando como un niño.

Terisa, Geraden y el Maestro Barsonage oyeron llantos, especialmente en los niveles inferiores del castillo, donde habían sido apiñados la mayor parte de los más nuevos ocupantes de Orison: niños pequeños, mujeres asustadas, viejos e inválidos. Oyeron gritos de alarma y miedo, exclamaciones de protesta y desconfianza. Oyeron golpes. En una ocasión vieron varios guardias alzar el mango de sus picas para golpear a los hombres que deseaban lanzarse hacia un corredor cerrado. Los hombres maldecían y suplicaban mientras eran obligados a retroceder; el rumor del ataque de Gart había llegado hasta ellos, y deseaban abrir un camino para que sus familias pudieran salir de Orison antes de que el ejército de Cadwal llegara desde la nada para matarlos a todos.

Pero no había signos de disturbios.

En vez de disturbios, el castillo estaba lleno de guardias. Estaban por todas partes, bloqueando los movimientos de la gente y el pánico, controlando el acceso a los pasillos, escaleras o puertas cruciales, enfrentándose a los granjeros y comerciantes y sirvientes y albañiles que deseaban atacar o huir con sus seres queridos porque Orison había sido penetrado.

—¿Quién está al mando? —preguntó el Maestro Barsonage a los guardias—. ¿Dónde está el Rey Joyse?

La respuesta fue: Que me aspen si lo sé. O su equivalente.

—¿Quién os dio las órdenes? —preguntó Geraden.

Eso era más fácil de responder. Norge. El segundo del Castellano Lebbick.

Por el momento, el hecho de que Norge fuera en realidad sólo uno de los lugartenientes del Castellano parecía poco importante. Lo importante era que aún existía mando en Orison. Estaba siendo mantenido por alguien de quien los guardias estaban dispuestos a aceptar órdenes. Alguien con la suficiente credibilidad como para ser obedecido durante una emergencia.

Pero, ¿Norge? ¿Qué le daba prioridad sobre los demás capitanes? ¿Quién le daba prioridad?

¿Un Maestro de la Cofradía? Imposible. Nunca en ausencia del mediador.

¿Uno de los consejeros del Rey Joyse? ¿Uno de los señores de Orison? Improbable.

¿El propio Príncipe Kragen? Inconcebible.

¿Artagel?

¿Tan mala era la situación que no podía hallarse a nadie que se hiciera cargo de las cosas excepto el independiente y en aquellos momentos medio tullido hermano de Geraden?

Terisa sintió deseos de echar a correr. Lo hubiera hecho si Geraden no la hubiera retenido.

Mientras ella y sus compañeros abandonaban los niveles inferiores del castillo, sin embargo, la situación de Orison mejoró. Allí los salones estaban bajo mejor control; había menos temor hacia la posibilidad de un ataque por artes de Imagería. Pronto apareció un guardia que saludó al mediador.

—Maestro Barsonage —jadeó. Al parecer, venía corriendo de los aposentos del Imagero—. Geraden. Dama Terisa. —Sabía lo suficiente acerca de los acontecimientos del día como para mostrarse sorprendido—. Se os requiere en los aposentos del Rey.

¿Los aposentos del Rey? Terisa y Geraden y el Maestro Barsonage se detuvieron en seco.

—La sala de audiencias ya no es segura —explicó el guardia.

—¿Quién nos requiere? —preguntó al instante Barsonage.

Jadeando fuertemente, el guardia respondió:

—Mi señor Tor. Dice que se ha hecho cargo del mando. En ausencia del Rey. Él y Norge. Norge es el nuevo Castellano.

El *Tor*. Terisa sintió una oleada de energía. ¡Bendito fuera el viejo gordo!

—¿Qué hay acerca del Príncipe Kragen? —preguntó.

El guardia dudó, como si no estuviera seguro de cuánto debía decir. Al cabo de un momento, sin embargo, respondió:

—Es sólo un rumor. Se dice que mi señor Tor le ofreció una alianza.

Geraden dejó escapar un fiero hurra.

Juntos, él y Terisa echaron a correr.

El Maestro Barsonage se tomó el tiempo necesario para completar la pregunta:

—¿Cuál fue la respuesta del Príncipe?

—No lo sé —respondió el guardia.

Barsonage hizo todo lo posible por alcanzar a Terisa y Geraden.

En la torre del Rey se les unieron más guardias, los escoltaron hacia arriba. Otros guardias abrieron de par en par las puertas del Rey; Terisa, Geraden y el mediador entraron. Por pura dignidad —sin mencionar la cautela—, refrenaron su paso al hacerlo.

El apartamento formal del Rey estaba exactamente igual a como Terisa lo recordaba: ricamente amueblado, panelado con maderas claras, alfombrado en azul y

rojo. Sin embargo, apenas se fijó en el mobiliario. Aunque sólo había ocho o diez hombres —la mayoría de ellos capitanes— en la habitación, parecía atestada; demasiado llena de ansiedad y pasión, de conflicto.

Antes de que se cerrara la puerta, oyó la voz del Príncipe Kragen resonar como una trompeta:

—¡No lo haré!

Sintió una opresión en el pecho. De pronto se dio cuenta de que estaba respirando más pesadamente de lo que se había dado cuenta. El grito del Príncipe pareció pulsar a su alrededor, y la esperanza que había sentido ante la idea de una alianza empezó a helarse en su sangre.

A un lado del Príncipe Kragen estaba de pie Artagel, lo bastante cerca como para reaccionar a lo que hacía el Príncipe, lo bastante lejos como para disociarse del Pretendiente de Alend. Al otro lado había un capitán al que Terisa no conocía. ¿Norge?

Los tres estaban de espaldas a la puerta. Cada uno a su distinta manera, se enfrentaban al sillón donde acostumbraba a sentarse el Rey Joyse cuando jugaba al brinco.

Allá estaba sentado el Tor, desmoronado sobre su enorme barriga, como si apenas fuera capaz de alzarse de la posición que había adoptado.

—Las alternativas que propones —estaba diciendo el viejo señor, como si estuviera sufriendo algún tipo de dolor que no tenía nada que ver con el Príncipe Kragen— son intolerables. —Mantén una mano sobre su rostro—. No permitiré que ocupes Orison, convirtiéndonos en poco más que en una población rehén. Yo no llamaría a eso una *alianza*.

—Y yo no llamo una *alianza* a aguardar fuera en peligro mientras tú permaneces sentado aquí dentro, seguro —respondió acaloradamente el Príncipe—. Si..., no, cuando el Gran Rey Festten avance contra nosotros, nos hallaremos indefensos mientras que vosotros permanecéis seguros, aguardando el resultado. *Debe permitírse nos entrar en Orison*. No permaneceré donde estoy ahora, aguardando el regreso del Rey Joyse, si alguna vez regresa, y me diga lo que le interesa..., si es que lo que le interesa implica algo más productivo que una partida de brinco.

El Tor no parecía tener las fuerzas suficientes como para alzar la cabeza.

—Comprendo tu dilema, mi señor Príncipe. Por supuesto que lo comprendo. Pero tú no puedes creer que la gente de Orison, o los defensores de Orison, permanezcan tranquilamente sentados sobre sus posaderas mientras *Alend* se hace cargo del poder por encima de ellos. Ya he dicho que abriré las puertas para ti si tú...

—¡No! —ladró el Príncipe Kragen—. ¿Me tomas por idiota? No tengo ninguna intención de convertir a la gente de Orison en rehenes. Les garantizaré exactamente tanta libertad y respeto como permita la necesaria acumulación de tantos cuerpos.

Pero *no* someteré mis fuerzas a tu autoridad.

Los capitanes de Orison murmuraban inquietos. Algunos de ellos estaban visceralmente alterados ante la idea de una alianza con Alend. Y algunos de ellos habían observado a Geraden y al Maestro Barsonage..., habían observado a Terisa.

—¡Mis señores! —cortó secamente Geraden. Su voz arrastró un potencial de autoridad por toda la estancia; y un estremecimiento recorrió de pronto la espina dorsal de Terisa—. No hay necesidad de discutir acerca de *esperar*. Ya hemos terminado de *esperar*. ¡Es tiempo de ponernos en marcha!

El Tor retiró la mano de su rostro, miró con nublado dolor y deseo a Terisa y Geraden. Artagel giró en redondo, con la alegría prendiendo ya todos sus rasgos. Norge se volvió más cautelosamente; pero el Príncipe Kragen se volvió como Artagel, su moreno rostro congestionado por conflictivas necesidades.

—¡Terisa! ¡Mi dama! —exultó Artagel—. ¡Geraden! ¡Por las estrellas, lo hiciste! —Como si nunca hubiera sido herido en su vida, aferró a Geraden en un exuberante abrazo de oso, lo alzó del suelo, luego lo dejó caer para estrechar la mano de Terisa y besarla intensamente—. ¡Cada vez que te veo, eres más maravillosa!

Ella deseó abrazarle, pero estaba distraída; estaban sucediendo demasiadas otras cosas. Los capitanes se estaban gritando ánimos unos a otros o reclamando silencio. Y el Tor se había puesto en pie. Con voz incierta, casi inaudible, murmuró su nombre, el de Geraden.

—Sois realmente maravillosos —dijo roncamente, como si estuviera arrastrando su voz desde lo más profundo de una cueva—. Tiene que haber esperanza para nosotros después de todo, cuando pueden darse estos golpes contra nuestros enemigos.

El Príncipe Kragen estaba inmediatamente detrás de Artagel; sujetó a Geraden por los hombros apenas Artagel lo soltó.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó el Príncipe—. ¿Cómo la rescataste? ¿Qué ha cambiado? ¿Dónde está el Rey Joyse? ¿Has dicho *ponernos en marcha*?

De alguna forma, Norge consiguió hacerse oír por encima del tumulto. Su lacónico tono sonó tan incongruente que tuvo que ser escuchado.

—Conseguiste escapar, mi dama. ¿Qué averiguaste de él?

»¿Qué le hiciste?

En el absoluto silencio que siguió, transcurrió un momento antes de que ella comprendiera la naturaleza de la pregunta.

Alzó inconscientemente la barbilla, se enfrentó a las ardientes y ansiosas y preocupadas miradas de los hombres que la rodeaban.

—No le hice nada. —No lo maté. Ni siquiera le hice daño—. Pero averigüé lo suficiente.

Demasiado rápido para que nadie pudiera interrumpirla, añadió:

—Antes de que Gilbur lo matara, tuve una larga charla con el Maestro Quillón. Él me contó lo que el Rey Joyse ha estado haciendo todo este tiempo. Por qué ha estado actuando como un estúpido pasivo. Lo que deseaba conseguir. Geraden tiene razón. Es tiempo de ponernos en marcha.

Como respuesta, la estancia estalló en un tumulto. Sólo el Príncipe Kragen tenía algún indicio de las cosas que ella sabía; y sólo había oído fragmentos de la historia de Geraden bajo la influencia de demasiado vino, no de ella. Para un hombre como el Tor, que había pasado demasiados días miserables rezando para que su embrutecida y testaruda lealtad demostrara ser valiosa al final, aquellas palabras hubieran debido golpearle tan pesadamente como un puñetazo. Norge y el Príncipe Kragen y Artagel estaban sorprendidos; el Maestro Barsonage y los capitanes, asombrados. Pero las mejillas del Tor se volvieron del color de la harina mojada, y se dejó caer en el sillón del Rey Joyse como si su corazón estuviera siendo desgarrado.

Urgentemente, Terisa se abrió paso entre Artagel y el Príncipe Kragen, se apresuró hacia el señor.

—¡Dadle un poco de vino! —pidió—. Va a sufrir un ataque al corazón.

»Mi señor Tor. ¿Te sientes bien?

Las manos del hombre aletearon contra los brazos del sillón. Por un momento, jadeó como si se estuviera asfixiando; bajo sus entrecerrados párpados, sus ojos giraban alocados. Luego, sin embargo, dio un suspiro que hizo estremecer todas sus grasas. Alzó una mano a su pecho, la anudó en sus ropas; y su cabeza se alzó como si estuviera levantándola por pura fuerza de voluntad.

—No te alarmes, mi dama —siseó con un hilo de voz—. La dificultad es sólo que he empeñado todo lo que soy por él. Me he hecho despreciable en la creencia de que mi Rey demostraría al fin que era digno de servirle. —Con una notable celeridad, uno de los capitanes trajo un gran vaso de vino. El Tor lo aceptó y lo apuró de un trago. Luego, la tortura crispó sus rasgos—. ¿Has querido decir realmente que ha estado actuando de acuerdo con un plan..., que las cosas que ha estado haciendo tenían un propósito?

—Sí —admitió ella de inmediato, pese al hecho de que en aquel momento hubiera retorcido alegremente el cuello del Rey Joyse—. No sabía que tú vendrías aquí. Le oíste decir que tú desafías toda predicción. —La explicación que le había dado el Maestro Quillón no era lo bastante buena como para justificar el precio que el Rey Joyse había reclamado de hombres como el Castellano Lebbick y el Tor, de sus hijas, de Geraden y de todos los demás que le amaban—. Sus planes no te incluían a ti. No pretendía herirte. —Por el momento apoyaba al Rey, no porque aprobara lo que había hecho, sino porque no le había dejado otra alternativa.

»Durante todo este tiempo, ha estado trabajando para salvar Mordant.

Hasta ahora. Aquel pensamiento era suficiente como para ennegrecer con

amargura los ángulos de su visión. El Rey Joyse había hecho pasar a su gente por la hiel de la condenación. Y, justo cuando los acontecimientos llegaban al punto en que hubiera podido explicar con seguridad su política, ofrecer sin problemas al menos su significado o justificación a la gente a la que había herido, había decidido desaparecer. *Volado*, como lo había expresado el Adepto Havelock.

Sin embargo, se puso de su lado como si nunca hubiera dudado de él.

—Él no sabía quiénes eran los renegados..., los Imageros que trasladaban voluntariamente abominaciones contra gente que no podía defenderse. No sabía dónde elaboraban sus espejos, dónde edificaban su poder.

Cuando empezó, hablaba solamente para el Tor; no había tenido intención de dirigirse a toda la reunión. Pero las intenciones del Rey Joyse la empujaban. A medida que iba hablando, su voz se alzó, y se volvió parcialmente para incluir a todos los presentes en la estancia.

—Sabía que necesitaban soldados para respaldar su Imagería. La Imagería puede destruir, pero *gobernar* requiere el poder de un hombre. Sin embargo, no sabía qué alianzas podían haber hecho, con Cadwal o Alend. Sólo había una cosa de la que podía estar seguro. Mientras fuera el gobernante más poderoso aquí, mientras Mordant fuera lo bastante fuerte como para enfrentarse a Cadwal y Alend, los renegados lo dejarían solo. Se encargarían de hacer pedazos los Feudos de Alend, o hallarían una forma de engullir Cadwal..., pero lo dejarían a él solo. Hasta que fueran demasiado fuertes como para poder detenerles.

Había seguido alzando la voz, hasta que ahora estaba casi gritando. Ésa era la única forma en que podía controlar su frustración y su dolor. El Rey Joyse le había sonreído tan gloriosamente que ella hubiera hecho cualquier cosa por él. Y había causado tanto dolor...

—La única forma en que podía descubrir quiénes eran, cómo trabajaban, dónde estaba su poder, antes de que crecieran hasta hacerse demasiado fuertes, la única forma en que podía hacer que se descubrieran..., era convertirse él en débil. Tenía que convencer a todo el mundo, *a todo el mundo*, de que había perdido su voluntad, su buen sentido, su determinación. Tenía que convertirse en el único blanco razonable.

»*Para que atacaran aquí.*

»Para tener así la oportunidad de detenerles. Una oportunidad de sorprenderles volviendo sus propias trampas contra ellos.

Ella había arruinado aquello, por supuesto. Había advertido a Eremis. Su amargura la incluía también a ella; no se había ganado el derecho a ser farisaica. Sin embargo, su culpabilidad sólo la hizo más decidida.

—Eso es lo que tenemos que hacer. No sé por qué no está ahora aquí. Ha estado trabajando para este momento desde hace años. No sé por qué nos ha abandonado

ahora. —Si había ido al rescate de la Reina Madin... Aquello era comprensible, pero no ayudaba. A aquella distancia, no sería capaz de regresar hasta mucho después de que la batalla estuviera decidida. Terisa hizo un esfuerzo por afirmarse, por calmar su furia—. No importa. Nosotros aún seguimos aquí. Todavía tenemos que salvar Orison y Mordant.

»No tenemos otra elección. No nos ha dejado ninguna otra elección. Lo único que podemos hacer es lo que él hubiera hecho si estuviera aquí. Tenemos que ponernos en marcha.

La estancia guardaba un silencio absoluto; los hombres a su alrededor escuchaban con todos sus sentidos, ávidamente. El rostro de Geraden brillaba como si nada pudiera detenerle ya ahora. Artagel asentía feliz para sí mismo. Los ojos del Príncipe Kragen eran oscuros por el desánimo y el cálculo..., y por algo más, que podía ser muy bien ansia. El Maestro Barsonage permanecía con la boca flácidamente abierta; daba la impresión de estar tambaleándose por dentro.

—Ponernos en marcha —murmuró el Tor, luchando por enderezar su espina dorsal contra el respaldo de su asiento—. «Para que atacaran aquí.» Mi viejo amigo. Cuánto daño debí hacerte.

Finalmente, sin embargo, fue Norge quien hizo la pregunta obvia.

—¿Ponernos en marcha adonde, mi dama?

Terisa estaba tan llena de presión que apenas pudo articular las palabras:

—A Esmerel.

Inmediatamente, Geraden la apoyó.

—Ésa es la sede familiar de Eremis. Al parecer, es ahí donde tiene su laborium. Es ahí donde él y Gilbur llevaron a Terisa. Y Vagel está ahí también. Gart está ahí. *Cadwal* está ahí. Eremis consultó con el Gran Rey ahí está mañana.

»Ahí es donde necesitamos golpear.

Terisa estaba pensando: En el Care de Tor. Donde esos jinetes de pelaje rojo y ojos llenos de odio surgieron para atacarla a ella y a Geraden. No era extraño que montaran caballos con los jaeces del Care de Tor.

La mente del viejo señor, sin embargo, estaba yendo en otra dirección completamente distinta.

—Entonces, eso lo explica —retumbó.

Se alzó, apoyando un brazo a un lado de su asiento, un codo al otro. Inclinado en esta postura, como si su peso estuviera a punto de volcar el sillón, murmuró:

—Es por eso entonces por lo que le dije a Lebbick que hiciera con ella todo lo que quisiese. Tenía que aparecer débil..., tenía que dar la impresión de que había perdido la cordura. Tenía que persuadirme *a mí*. Si yo no le hubiera creído, hubiera podido traicionarle a Eremis.

»Al mismo tiempo, envió al Maestro Quillón a sacarla de las mazmorras, para

que no tuviera que sufrir a causa de su fingida debilidad..., a fin de que Lebbick no tuviera aquel crimen sobre su conciencia..., a fin de que ella no sufriera ningún daño.

»Ahora comprendo.

El Tor parecía un hombre cuyas manos acaban de ser liberadas de las empulgueras.

—Y ahora tenemos otra razón para ponernos en marcha —siguió Geraden, en un tono que Terisa hubiera hallado imposible rechazar—. En Esmerel, dama Terisa descubrió a Nyle vivo.

Aquel anuncio clavó en él la mayoría de los ojos de la estancia. Algo en Artagel saltó: su expresión fue tan intensa como una hoja afilada.

—Yo no lo maté —siguió Geraden entre dientes, reprimiendo el ultraje. Ahora no necesitaba la extraña autoridad que a veces brotaba en él: su pasión, nacida de la médula de sus huesos, era suficiente—. Nunca alcé una mano contra él. Eremis le obligó a ayudarlo amenazando a mi familia. A *nuestra* familia —dijo, ante la intensidad en el rostro de Artagel—. Nyle fingió que yo lo apuñalaba. Entonces Eremis se lo llevó fuera. Llamó al médico Underwell, que era casi exactamente de la misma constitución física y color de piel que Nyle. Hizo matar a Underwell por criaturas de la Imagería. Luego vistió a Underwell con las ropas de Nyle para hacer parecer como si yo hubiera vuelto a terminar lo que había empezado.

Aquello era nuevo para el Tor, al igual que para los capitanes. Miraron a Geraden con no disimulado asombro.

—Pero Nyle aún está vivo. Eremis lo mantiene encadenado a una pared en Esmerel. Para utilizarlo contra mí si alguna vez intento atacarle.

»Soy un hijo del Domne. —Geraden se mantuvo poderosamente inmóvil—. Mi familia ha sido un querido y leal amigo del Rey Joyse desde un principio, ¡y deseo que mi hermano sea rescatado!

¡Sí!, dijo Terisa en la forma en que alzó la cabeza, la forma en que irguió su cuerpo. Sí.

—En realidad, se trata de una cuestión sencilla —dijo lentamente Artagel, en el silencio que siguió una vez Geraden hubo terminado. Su actitud imperturbable contrastaba espectacularmente con la llama del combate en sus ojos—. Como dice mi dama Terisa, no tenemos otra elección. Ya hemos dejado que el Perdon fuera destruido. —Su actitud era casual, pero sus manos estaban crispadas, como si desearan empuñar una espada—. Si no volvemos a la política del Rey Joyse de apoyar a sus señores, y si no lo hacemos pronto, perderemos todo lo que mantiene unido Mordant, nos venzan o no Eremis y Festten. Todo lo que ha hecho valioso Mordant será destruido.

Terisa le sonrió. Estaba intentando expresarle su gratitud; pero la tensión en sus músculos hizo que su sonrisa fuera demasiado feroz para eso.

El Tor inspiró profundamente, luego jadeó. El vaso cayó de su mano, derramando sobre la alfombra el poco vino que quedaba en él; pero no se dio cuenta de ello. Miró a Norge, casi frunciendo los ojos para mantenerlos enfocados; miró al Príncipe Kragen.

—Estoy contento. —Su voz era llana, curiosamente no resonante. Al parecer, la patada de Gart aún le dolía—. Digamos que el asunto queda zanjado. Mañana marcharemos contra el Maestro Eremis en Esmerel.

Terisa sintió deseos de aplaudir hasta que oyó al Príncipe Kragen decir con voz áspera:

—No.

—¿Mi señor Príncipe? —Una fina capa de sudor cubrió la frente del Tor.

—Yo no estoy *contento*. —Kragen masticó las palabras bajo su bigote como si fueran cartílago y hiel—. Yo no digo que el asunto quede zanjado. Tú has propuesto una *alianza*..., sobre la cual nos ha sido absolutamente imposible llegar a un acuerdo. Ahora anuncias tu intención de emprender la marcha hacia una misión estúpida. ¿Es tu intención que Alend marche contigo? —Su tono sonaba extrañamente conflictivo a Terisa, a la vez furioso y lleno de ansia, como si su pasión tuviera otro nombre que el que había decidido darle—. ¿Es eso lo que significa una *alianza* para ti ahora? ¿Crees que el Monarca de Alend estará *contento* dejando que todas sus fuerzas cometan suicidio contigo, sin otra razón que el que tú hayas decidido morir alocadamente?

Artagel empezó a responder; Geraden lo detuvo. —¿Tienes alguna idea mejor, mi señor Príncipe? —preguntó. Su voz hizo estremecer a Terisa: era densa, y apuntaba promesas de amenazas.

—¡Por supuesto! —restalló el Príncipe—. Una alianza *aquí*. En Orison. Dejemos que el Gran Rey acuda contra nosotros *aquí* y *haga* todo lo que pueda. Juntos, le venceremos.

—¿Qué hay de Nyle? —preguntó Artagel, incapaz de contenerse.

Geraden ignoró a su hermano.

—Yo no lo pienso así —respondió al Príncipe Kragen—. Eremis no necesita venir hasta aquí. Puede atacarnos en cualquier parte con la Imagería. Mientras nosotros permanecemos en un lugar, en *cualquier* lugar, estamos indefensos, somos vulnerables. Sin arriesgar un solo hombre de Cadwal, puede llenar Orison con los horrores suficientes como para dejarte chillando incluso a ti, mi señor Príncipe. La única razón de que no lo haya hecho hasta ahora es que no está preparado. No *estaba* preparado. Todo lo que necesitaba era tiempo. Ahora ya está preparado. Si no acudimos a luchar contra él *ahora*, el Gran Rey Festten y sus veinte mil hombres no tendrán que hacer nada excepto venir tranquilamente hasta aquí y limpiar las ruinas. Todos estaremos muertos o habremos huido.

Terisa controló tanto como pudo su frustración ante el Príncipe Kragen, su miedo

a las cosas que recordaba.

—Eremis... —dijo, y tragó saliva para afianzar su voz—. Eremis sabe cómo usar con seguridad los espejos planos. Ha descubierto un óxido que le permite trasladar un espejo plano dentro de uno curvo, de tal modo que es en la Imagen curva donde traslada lo que desea directamente a través de la Imagen plana.

El Maestro Barsonage y Geraden tuvieron tiempo de absorber aquella información. No se sobresaltaron. Y no la interrumpieron.

—¿No te lo dijo Geraden? —preguntó Terisa al Príncipe—. Eremis dejó caer una *avalancha* surgida de la nada sobre la Casa del Valle. Así es como pudo secuestrar a la Reina Madin. Y tiene un espejo plano con *la sala de audiencias* en la Imagen. Podría provocar una avalancha aquí dentro en este mismo instante si lo deseara. Y sabemos que tiene al menos otros dos espejos que muestran distintas partes de Orison. Sus aposentos. Ese lugar en los niveles inferiores..., cerca de las mazmorras. Quizá tenga más.

»Pero eso no es todo. Vagel, el *archi-Imagero* Vagel, ha ideado un sistema que le permite crear deliberadamente Imágenes específicas, en vez de por el método de tanteo.

Pese al hecho de que ya le había dicho esto al Maestro Barsonage, el mediador parecía al borde de la apoplejía.

—Y Gilbur tiene el talento de hacer espejos con mucha rapidez —siguió Terisa—. Juntos, pueden modelar las suficientes Imágenes como para atacar Orison en cualquier momento que deseen.

»Eremis ya está preparado. No es un suicidio ponernos en marcha. Es un suicidio quedarnos aquí.

Un murmullo brotó entre los capitanes..., asentimiento, preocupación, cautela.

—Quizá. —Por un momento, el ansia del Príncipe Kragen pareció abrumar su ultraje—. Tal vez en esto tengas razón. —Como por un acto de voluntad, sin embargo, trajo de nuevo a la superficie su indignación—. Sin embargo, aunque sea una locura quedarnos aquí, no es más cuerdo ponernos en marcha contra Esmerel.

Miró al Tor. Brevemente, pareció considerar dirigir su desafío a Terisa. Pero finalmente se volvió hacia Geraden y Artagel, atraído hacia ellos por la pasión de la sangre hacia el cautiverio de Nyle..., y por la nueva estatura de Geraden. Peligrosamente calmado, preguntó:

—Estaréis más o menos familiarizados con Esmerel, supongo.

Artagel asintió sin ninguna vacilación. Geraden dijo claramente:

—Algo.

—He oído informes acerca del terreno. ¿Quién tendrá ventaja en una batalla allí?

—Una buena pregunta —observó equitativamente Norge.

Artagel sonrió.

—Quien llegue primero. Las fuerzas atrincheradas pueden mantener sus posiciones. Es una trampa para quien llegue en segundo lugar.

Geraden sacudió la cabeza, desechando aquello.

—¿Por qué piensas que Eremis eligió ese lugar, mi señor Príncipe? No creerás que fue por accidente. No supondrás que el Gran Rey Festten condujo a veinte mil hombres hasta allí simplemente por el placer de *aniquilar* al Perdon.

—No, Geraden. —El Príncipe Kragen se permitió una mueca sarcástica—. No pienso que fuera un accidente. Es lo que *tú* piensas lo que pregunto, no lo que pienso yo. ¿No has oído a Artagel utilizar la palabra *trampa*? Has dicho que se supone que Nyle es un rehén contra ti. ¿No se supone que es también un *cebo*? Una marcha contra Esmerel es precisamente la acción que Eremis desea que emprendamos.

—Por supuesto —gruñó Geraden.

—Ésa es una de las razones por las que fui capturada —comentó Terisa—. Un cebo más. Eremis deseaba tenerme allí donde no pudiera hacerle daño. —Deseaba violarme. Deseaba quebrar a Geraden—. Pero también deseaba asegurarse de que fuerais a Esmerel. Todos vosotros.

—Todo lo que nos ha hecho hasta ahora ha sido una trampa —continuó Geraden—. Ésa es su gran fuerza..., y su gran debilidad.

—¿Y aún sigues creyendo que debemos ir? —La protesta del Príncipe Kragen era una inextricable mezcla de excitación y furia—. *Sabiendo* que ha preparado esta trampa para destruirnos, ¿crees que debemos acomodarnos a él..., que debemos correr a poner nuestros cuellos en el nudo corredizo tendido por él? Geraden, *estás loco*. —Se volvió hacia el Tor y dejó escapar un grito—: ¡Mi señor, *esto es una locura!*

El Tor se sentó en su sillón como una informe masa, cruda y rancia, de pasta de pan, y aguardó la respuesta de Geraden.

Ante la sorpresa de Terisa, Geraden se echó a reír.

Su risa era como la sonrisa de Artagel: sangrienta, preparada para la batalla.

—Ése es precisamente el método del Rey Joyse. Su política. ¿No lo entiendes? Instala sus trampas dentro de las de Eremis. Si estuviera aquí para ponerlas en marcha personalmente, haría que te diera vueltas la cabeza. Pero no está aquí, de modo que tenemos que hacerlo sin él. Tenemos que meter nuestros cuellos en el nudo corredizo de Eremis..., y luego quitarle la cuerda de las manos. Tenemos que meternos en su trampa y luego volverla contra él.

El Príncipe Kragen le miró como si Geraden estuviera desvariando. Tan desconcertado que su sarcasmo lo abandonó, preguntó:

—¿Cómo...? ¿Cómo crees que podemos hacer eso? Dispone al menos de veinte mil hombres. Tiene Imagería. Tiene el terreno. Tiene al menos un rehén. ¿Cómo podemos volver su trampa contra él?

Ya sin reír, Geraden respondió:

—Siendo más fuertes de lo que él espera.

Cuando Geraden dijo eso, Terisa se permitió un suspiro de alivio. El Maestro Barsonage alzó la cabeza, escuchando intensamente. El Tor se pasó una mano por el sudor de su frente, luego se secó los dedos en su ropa.

—¿Cómo? —siguió el Príncipe Kragen, casi susurrando—. ¿En qué forma podemos ser más fuertes de lo que él espera?

Geraden se encogió de hombros.

—Por un lado, no hay ninguna forma en que él haya podido planear algo acerca del talento de Terisa..., ni tampoco del mío. Por eso se esforzó tanto en distraernos, confundirnos, mantenernos haciéndonos preguntas. No sabía contra qué se enfrentaba..., y no desea que nosotros descubramos lo que podemos hacer. Es imposible que sepa que yo soy un Adepto, de un cierto tipo al menos. Puedo cambiar las Imágenes en los espejos normales, los haya hecho yo o no.

—Eso es cierto —confirmó el Maestro Barsonage—. He sido testigo de ello.

—Y Terisa es aún más poderosa —siguió Geraden—. Lo que yo hago con los espejos curvos, ella puede hacerlo con los planos. Y ella es una archi-Imagera. Puede pasar a través de un espejo plano sin volverse loca. Y puede utilizar su talento a través de distancias increíbles. Así es como escapó. Desde un lugar tan lejos como Esmerel, cambió un espejo *aquí* hasta que ella estuvo en la Imagen. Luego el Adepto Havelock la trasladó fuera del peligro.

—Eso también es cierto. —El mediador de la Cofradía parecía estar creciéndose a cada momento que pasaba, haciéndose más sustancial a medida que los dogmas de la Imagería eran alterados—. Lo he presenciado también.

»Y hay otro aspecto en el que yo soy igualmente más fuerte de lo que el Maestro Eremis espera.

El Príncipe Kragen se volvió hacia el Maestro Barsonage. Geraden y Artagel se giraron también. Terisa estudió al Tor para asegurarse de que estaba resistiendo bien todo aquello, luego dirigió su atención al mediador.

—Quiero decir que la Cofradía es más fuerte —rectificó Barsonage, como si su propia seguridad le sorprendiera—. No hemos sido tenidos en mucha estima. ¿Por qué debería ser lo contrario? Generalmente, no somos más que un cuerpo de nerviosos descontentos. Y todas nuestras acciones en defensa de Mordant, y de nosotros mismos, salieron mal. Oh, el augurio que arrojamos respecto al futuro de Mordant estuvo bien hecho. Por otra parte, en cambio, la llamada de nuestro campeón fue un desastre. ¿Por qué debería nadie estimarnos? Ni nosotros mismos nos estimamos lo suficiente como para conservar nuestra propia utilidad, después de que viéramos lo mal que habían ido las cosas con nuestro campeón.

»Pero, luego, supimos del talento de Geraden..., y del de dama Terisa. Eso nos

reconfortó inconmensurablemente. No sabíamos si esos nuevos talentos serían usados en nuestro beneficio o en contra nuestra. No, Artagel —apuntó, como una disgresión—, incluso después de tus explicaciones, aún quedaba lugar en nosotros para la duda. Pero ahora sabíamos que nuestro trabajo era vital..., que habíamos desatado fuerzas que sólo nosotros podíamos apoyar o contra las que podíamos oponernos..., que la Cofradía había adquirido al menos su propio significado.

»En consecuencia, nos pusimos a trabajar como nunca antes lo habíamos hecho.

»Y ahora hemos sido reivindicados. —Aquella era la pieza clave de la nueva seguridad del Maestro Barsonage—. Se nos han dado pruebas de que el Rey Joyse siempre estuvo en lo cierto..., de que la Imagería posee su propia realidad completamente independiente, que las cosas que vemos en los espejos no son creadas por la Imagería. El establecimiento de la Cofradía ha quedado justificado. —Se veía elevado por la claridad; su rostro resplandeció—. Las traslaciones del Maestro Eremis y del Maestro Gilbur y del archi-Imagero Vagel no son simplemente malignas en sus *consecuencias*, sino también en su *significado*.

—Al grano —gruñó el Príncipe Kragen—. Ve al grano.

—Mi señor Príncipe —anunció el mediador—, mi señor Tor, el Maestro Eremis está preparado para actuar. Eso es evidente. Pero la Cofradía también lo está. En nombre del Rey Joyse, y de la necesidad de Mordant, estamos dispuestos a presentar batalla a tu lado contra Esmerel.

—¿Cómo? —El Príncipe puso un interés claro en aquella pregunta—. ¿Qué podéis hacer?

La sonrisa del Maestro Barsonage tenía un poco familiar parecido a una mueca.

—Mi señor Príncipe, no has aceptado una alianza. Por esa razón, no discutiré nuestras armas contigo. Pero dos cosas sí puedo decirte. En primer lugar, nuestras armas no violan ninguna de las condiciones restrictivas que el Rey Joyse impuso a la Cofradía. Y, en segundo lugar —hizo una pausa para un momento de franca autocongratulación—, hasta que sean necesarias las armas, nosotros podemos *aprovisionar* la marcha contra Esmerel.

La boca del Príncipe Kragen formuló la palabra *aprovisionar* sin que ningún sonido surgiera de ella.

—No podemos trasladar hombres, por supuesto —explicó el mediador—, pero estamos preparados para mover comida, espadas, camas o tiendas en cualquier cantidad que requieras. Podrás viajar sin carromatos de suministros, sin el enorme entorno de seguidores del campamento y porteadores que frenan la marcha de un ejército. Podrás alcanzar Esmerel más rápidamente de lo que el Maestro Eremis puede llegar a sospechar.

»Mi señor Príncipe, ¿no nos hace eso más fuertes?

—Y luego está el asunto de la alianza —señaló Geraden, antes de que el Príncipe

Kragen pudiera recobrase de su sorpresa—. Eremis debe saber que es una posibilidad, pero no puede *esperarla*. ¿De qué dispones, mi señor Príncipe? ¿Aproximadamente de diez mil hombres?

El Príncipe asintió desconcertadamente.

—¿Y nosotros, Castellano Norge?

Norge consultó el techo.

—Aproximadamente cerca de ocho mil. Podemos poner seis mil en la carretera y pese a todo dejar aquí dentro los suficientes como para mantener las defensas durante un tiempo.

—Mi señor Príncipe —Geraden habló cuidadosamente, controlando sus emociones—, Eremis no espera enfrentarse a un ejército de dieciséis mil hombres. El Gran Rey Festten no lo espera tampoco. No desean luchar contra nosotros. Desean abrumarnos. —No necesitó utilizar la palabra *aniquilarnos*: estaba implícita en su tono—. Y no tienen las fuerzas necesarias para abrumar a dieciséis mil hombres.

Durante unos pocos momentos, el Príncipe Kragen no respondió; masticó su bigote y dio vueltas a sus pensamientos. Geraden se mantuvo inmóvil. Terisa contuvo el aliento. Norge parecía estar pensando en si aquél no sería un momento apropiado para echar una cabezada. En contraste, Artagel apenas era *capaz* de refrenarse y saltaba de uno a otro pie como un muchacho excitado. El Tor apretó los dos brazos sobre su vientre como si temiera que algo dentro de él fuera a estallar.

Bruscamente, el Príncipe se volvió para enfrentarse al viejo señor.

Clavó los puños en sus caderas. Terisa no pudo decir qué tomó precedencia en él, si su ansia o su furia; pero no prolongó el suspenso.

—Mi señor Tor —dijo claramente—, pides demasiado.

El Tor alzó una mano interrogativa, alzó una ceja. El esfuerzo hizo que el sudor resbalara por el puente de su nariz.

—Si esta alianza que propones fracasa —articuló Kragen—, tú puedes retirarte a Orison. Te quedan dos mil hombres para una defensa final. Yo no tengo nada. *Todas* las fuerzas del Monarca de Alend pueden resultar destruidas, y mi gente se quedará sin defensas entre el río Pestil y las montañas. *No* puedo arriesgar toda la monarquía de mi padre en este asunto de cuellos y nudos corredizos.

»No iré. Y te aconsejo que tú tampoco vayas.

Terisa deseó gritarle; deseó golpearle con sus puños. ¿Acaso no lo entiendes? *Debemos intentarlo*. Se contuvo, sin embargo, porque Geraden permanecía completamente inmóvil, envarado, sin protestar, y Artagel estaba ominosamente quieto.

Con un sordo retumbar, el Tor preguntó:

—¿Qué es lo que *aconsejas*, mi señor Príncipe?

—Luchar por Orison durante tanto como puedas —respondió el Príncipe—.

Luego, unirte conmigo al otro lado del Pestil. Traer contigo al Fayle y al Termigan, traer también al Armigite, si puedes convencerle..., y añadir vuestras fuerzas a las mías. Con los Feudos de Alend a nuestras espaldas, podemos hacer pagar caro a Eremis y Festten cualquier metro de terreno que consigan.

El Tor emitió un sonido murmurante para sí mismo, como si estuviera considerando la idea. Pero, antes de que Terisa pudiera sumirse en el pánico —antes de que Geraden pudiera intervenir—, se puso en pie.

Se tambaleó. Temerosa de que pudiera caer, Terisa se adelantó para sostenerle. Lo que quedaba de su pelo chorreaba sudor; su piel tenía una tonalidad grisácea, como si su corazón estuviera bombeando cenizas en vez de sangre; sus ojos estaban velados, casi opacos.

Sin embargo, habló como si nadie pudiera dudar de que debía ser obedecido.

—Castellano Norge, ¿me escuchas?

—Te escucho, mi señor Tor. —Norge sonó vagamente soñoliento: desprendido; ajeno a toda discusión.

—Escolta a mi señor Príncipe fuera de Orison. Quiero que regrese sano y salvo junto a su padre. Y hazlo consideradamente. ¿Me has entendido?

—Te he entendido, mi señor Tor.

—Partiremos contra Esmerel al amanecer. Prepáralo todo. Conferencia con la Cofradía acerca de los pertrechos.

El Maestro Barsonage asintió su conformidad.

—Sí, mi señor Tor. —Esta vez había algo en el tono de Norge, un ligero toque de hosca felicidad.

El Príncipe Kragen alzó desesperado las manos.

—Espera un minuto. —Artagel exhibía su sonrisa de batalla. Iba desarmado, pero en aquel momento no parecía necesitar ningún arma—. Hablas de emprender la marcha en mitad de un asedio. ¿Es eso juicioso, mi señor Tor? ¿No deberíamos retener al Príncipe Kragen con nosotros? ¿Como rehén? Si le dejamos marchar, puede caer sobre nosotros tan pronto como salgamos de aquí.

—No —dijo de inmediato el Tor. Lo llano de su tono se estaba convirtiendo en náusea—. El Pretendiente de Alend no hará eso. Sabe dónde vamos, y por qué. Puede reanudar si lo desea su ataque contra Orison cuando nos hayamos ido. Por esa razón, dejaremos a dos mil hombres detrás, y alguien de confianza para dirigirlos. Pero no nos atacará ni impedirá nuestra marcha.

Terisa deseó preguntar: ¿Estás seguro de eso? La mezcla de emociones en el rostro del Príncipe Kragen era demasiado compleja para proporcionarle ninguna confianza. Quizás eso fuera lo que planeaba: un ataque asesino tan pronto como los hombres abandonaran Orison. Inesperadamente, sin embargo, la excitación del Príncipe pareció imponerse por unos instantes a todo lo demás.

—Gracias, mi señor Tor. —Habló suavemente; pero su voz tenía un asomo de trompetas—. Confía en mí al respecto. Si los amigos de mi padre fueran tan honorables como el Rey Joyse, Alend no necesitaría Pretendientes que tuvieran que ganarse el Trono.

Kragen se volvió para irse. Norge envió dos capitanes a acompañarle hasta que pudieran ser reunidos más guardias. Sin embargo, Terisa no vio su partida. Estaba ocupada intentando sostener el enorme peso del Tor antes de que cayera al suelo.

El viejo señor había perdido el conocimiento.

Salen los hombres

Terisa y Geraden deseaban hablar con Artagel —deseaban saber en detalle lo que había ocurrido en Orison durante su ausencia—, pero durante la mayor parte del día éste no tuvo tiempo. Estaba ocupado con Norge, apoyando la autoridad del nuevo Castellano, y la del Tor, contra cualquiera que dudase de ella, que desconfiara de ella. Por supuesto, no tenía ningún cargo oficial, ninguna autoridad propia. Eso, sin embargo, no hacía más que incrementar su credibilidad. Era Artagel, el mejor espadachín de Mordant..., y un hijo del Domne. Desde el declive del Rey Joyse, era lo más cercano que había tenido Orison de un héroe popular. Y no era en realidad un miembro de la guardia..., no estaba bajo las órdenes de Norge. Su palabra, su simple presencia al lado de Norge, tenía más peso que media docena de catapultas.

A falta de Artagel, Terisa y Geraden se hubieran conformado con el Maestro Barsonage. Pero el mediador también estaba ocupado. Tenía que preparar la Cofradía para la batalla. Y tenía que hacer todos los arreglos para aprovisionar a la guardia. En la práctica, esto significaba determinar con los lugartenientes de Norge qué pertrechos eran necesarios, en qué cantidades, y luego dictar las instrucciones explícitas para el emplazamiento de esos pertrechos en montones manejables en la enorme y no empleada sala de baile fuera del laborium.

Desde que la Cofradía había redescubierto su sentido de una finalidad, los Maestros habían estado muy ocupados. Trabajando a partir de la fórmula que había empleado Barsonage para crear el espejo de su augurio, uno de ellos había conseguido modelar un espejo plano que mostraba la sala de baile. Con tanta rapidez como era posible, otros dos Maestros habían conseguido duplicar aquel nuevo espejo; uno solo hubiera sido demasiado lento..., y hubiera puesto excesiva tensión en el Maestro que lo había hecho. Junto con sus demás armas, la Cofradía tenía intención de llevar esos espejos en su marcha. Luego, las provisiones que habían sido apiladas en la sala de baile podrían ser trasladadas al ejército de Orison en el momento en que fueran necesarias.

Puesto que el mediador tenía que ultimar todos esos planes, Terisa y Geraden se quedaron sin ninguna fuente de información confortable.

Ribuld se mostró enormemente contento de verles. Especialmente después de la muerte de Lebbick —que había sido incapaz de impedir—, el veterano lleno de cicatrices se mostró ansioso por asignarse a sí mismo el trabajo de protegerles. Y se sintió feliz de hablar. Por él supieron el destino de Saddith. Por otra parte, no pudo responder a otras preguntas pertinentes: no pudo explicar, por ejemplo, cómo la doncella había llegado a servir como diversión para la destrucción del espejo de Geraden. No sabía las cosas que Terisa y Geraden más deseaban saber.

Durante la mayor parte del día —lo que quedaba de él, al menos—, tuvieron que confiar en su compañía mutua.

Aquello no les desagradó particularmente.

Habían dejado al Tor al cuidado de un médico, que les aseguró que el viejo señor poseía la constitución de una comadreja, y que casi con toda seguridad se recuperaría tan pronto como empezara a consumir una dieta más alimenticia que exclusivamente vino..., en el bien entendido, por supuesto, de que la patada de Gart no hubiera producido ninguna hemorragia interna. Después de que el médico los tranquilizara, Terisa y Geraden fueron a los antiguos aposentos de ella en la torre, los aposentos pavo real.

Le explicaron a Ribuld que aguardaban poder hablar con Artagel o con el Maestro Barsonage; y Ribuld les prometió recordárselo constantemente a ambos. Luego cerraron la puerta y la aseguraron por dentro.

Repentinamente aturridos por el alivio y la reprimida histeria, calzaron una silla en el guardarropa —donde aún colgaban las ropas de Terisa— para bloquear la entrada desde el pasadizo dentro de la pared.

—Cualquiera que intente meterse aquí dentro —dijo él—, se partirá antes los tobillos.

Riendo para no echarse a llorar, se dieron la bienvenida el uno al otro como si se hubieran visto separados durante meses.

—Ah, amor —murmuró él algo más tarde, cuando ya se hubo tranquilizado un poco—. Estuve tan cerca de alcanzarte. Eso fue peor que sentirme impotente, creo. Allí estaba yo, haciendo algo tan sorprendente que vuelve del revés todo lo que sabemos acerca de la Imagería, y Eremis lo convertía en algo inútil simplemente apagando las luces. —Hizo una pausa, luego admitió—: Havelock tuvo que sentarse encima mío para impedirme que fuera tras de ti de todos modos.

—Pero en realidad no estabas impotente. —Aquello era muy importante para ella.

Como siempre, lo que ella decía era más interesante para él que su propio dolor.

—¿Qué quieres decir?

—No podías alcanzarme —explicó ella—, no podías rescatarme directamente. Pero, con ese poder ahí, tenía que haber docenas de cosas que podrías haber hecho. Podrías haber trasladado guardias a Esmerel para que me buscaran. Centenares de ellos.

Él la miró de una forma que a Terisa le hizo desear abrazarlo de nuevo porque evidentemente no estaba dolido por ello, no lo interpretaba como una crítica. Todo lo que Geraden dijo fue:

—No tuve tiempo.

—Sé eso, idiota. —En vez de abrazarle, le dio un cariñoso golpe en las costillas—. No es a eso a lo que me refiero.

Él agarró su mano por la muñeca y castigó su ataque mordisqueando gentilmente las puntas de sus dedos. Entre mordisco y mordisco, preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Me refiero —era sorprendente lo difícil que resultaba concentrarse mientras él chupaba sus dedos— a que no estabas impotente. Si yo no hubiera hecho aquel cambio, hubieras podido hallar una forma de devolver el golpe. Hubieras hallado una forma. —Decidida a ser seria, repitió—: No estabas impotente.

—Por supuesto que estaba impotente —replicó él en torno a sus dedos—. Estoy completamente a tu merced.

—Idiota —dijo ella de nuevo.

Pero no tuvo ningún problema el pensar en algo que podía hacer por él mientras él se hallaba a su merced.

Más tarde aún, cuando su propia sensación de pospuesto temor hubo cedido, Terisa murmuró suavemente sobre el hombro de él:

—¿Qué habiéramos hecho?

Él analizó aquello por un tiempo antes de observar:

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Si el Tor no se hubiera mostrado de acuerdo con nosotros —explicó ella—. Si Noruega no se hubiera mostrado de acuerdo con él. Si los dos no se hubieran puesto a cargo de Orison. ¿Qué habiéramos hecho?

Él alzó la vista hacia una de las decoraciones de plumas de pavo real en la pared.

—Bueno, *alguien* tenía que tomar el mando. Hubiéramos podido *persuadirle*.

—¿Y si nos hubiera rechazado?

Geraden consideró la cuestión.

—Supongo que nos habiéramos dirigido al Príncipe Kragen. Hubiéramos podido intentar persuadirle a él..., o a Elega, o quizá incluso al propio Margonal, de que nos respaldara.

»Ya sé —añadió cuando ella empezó a objetar — que el Príncipe Kragen es el que desea permanecer aquí. Pero eso es sólo porque el Tor desea ir. Si no hubiera visto ninguna esperanza de una alianza con Orison, si supiera que no podía entrar aquí sin sacrificar todas las vidas que le pudiéramos arrebatarse, haciéndole así mucho más débil..., quizás hubiera podido ser persuadido de emprender la marcha. Si Elega se ponía de nuestro lado. Si él creía que no tenía ninguna otra cosa que intentar.

—¿Y si no pudiéramos persuadirle? —prosiguió ella.

Él se encogió de hombros debajo de la cabeza de Terisa.

—Entonces probablemente habiéramos tenido que volver a Orison. Hubiéramos tenido que reunir a todos los que estuvieran de acuerdo con nosotros: Artagel, quizás algunos de los Maestros, quizás algunos amigos de Ribuld, y usar uno de los espejos del Adepto Havelock para trasladarnos a Esmerel. Intentar una incursión sorpresa.

Ella se abrazó a él.

—Así que no hubiéramos abandonado.

Él la apretó fuertemente contra sí. Murmuró, entre dientes:

—Tú no sé. Pero yo no hubiera abandonado ni aunque tuviera de ir allí solo y hacer pedazos Esmerel con mis uñas.

Aquello era lo que ella deseaba oír. Sintiéndose a la vez más relajada y dispuesta a la batalla, preguntó de forma casual:

—¿Se te ha ocurrido que somos más afortunados de lo que parecemos?

—¿«Más afortunados»? —inquirió él.

—O de lo que es el Rey Joyse. De no ser por Elega, probablemente no hubiéramos conseguido entrar aquí. De no ser por el Castellano —sintió una punzada, como cada vez que recordaba a Lebbick—, probablemente Gart te hubiera matado a ti y a Artagel y al Príncipe Kragen y al Tor, y Orison podría estar convertido en un caos en estos momentos. Eremis aún no ha vencido. Todavía somos capaces de permanecer tendidos aquí y hacer el amor y hablar de luchar. —Geraden la besó, pero ella no se detuvo—. Hemos sido *afortunados*.

Con un tono inesperadamente sombrío, él respondió:

—O el Rey Joyse es mejor en este juego de lo que nadie se da cuenta.

Ella asintió. Al cabo de un momento, dijo:

—Me pregunto por qué no puede ganar a Havelock al brinco.

Geraden la miró sorprendido.

—Ésa es una pregunta interesante. ¿Supones que es simplemente porque Havelock está loco perdido la mayor parte del tiempo?

Aquello sonaba plausible. Terisa empezó a decir: Supongo que sí. Pero luego, inesperadamente, recordó la ocasión en que el Adepto Havelock había acudido a sus aposentos..., se había deslizado en ellos a través del pasadizo secreto y la había llevado hasta el Maestro Quillón, para que Quillón pudiera proporcionarle toda la materia prima necesaria sobre la cual pensar en la necesidad de Mordant. No había estado exactamente en una de sus fases lúcidas. Y, sin embargo, había dicho...

Rebuscó unos momentos en su memoria; entonces lo recordó, tan claro como la límpida nota de un carillón.

Nadie comprende el brinco. El Rey intenta proteger sus piezas.

El Rey Joyse la había protegido a ella, había protegido a Geraden. Había intentado proteger al Tor. A un precio personal, había hecho lo que había podido para proteger a su esposa e hijas. Incluso era concebible que hubiera intentado proteger al Castellano Lebbick.

Individuos. ¿Para qué sirven? Son inútiles. Todo es estrategia. Sacrifica a los hombres adecuados para atrapar a tu oponente.

Quizás ésa fuera la verdad. Quizás el Rey Joyse no pudiera superar en el juego al

Adepto porque no podía igualar la insensibilidad de Havelock.

Quizás era por eso por lo que ahora había desaparecido. Quizás estaba fuera en una loca persecución tras Torrent y la Reina Madin, empujado por la necesidad de proteger a los individuos sin importarle su estrategia general.

¿Iba ese fallo fundamental a estropearlo todo? ¿Estaba su política fatalmente lastrada por su incapacidad de sacrificar a los individuos en bien de algo más grande?

Geraden debió de notar que se estremecía: apretó bruscamente sus brazos en torno a ella.

—Terisa —murmuró—, amor. ¿Qué te ocurre?

Ella no pudo explicarlo, no directamente; la idea que la asustaba era demasiado elusiva, casi metafísica. En vez de ello, dijo:

—¿Recuerdas la vez en que el Rey Joyse me pidió que hallara una forma de salir de unas tablas? Fue el día después de que el Maestro Gilbur trasladara a su campeón.

—Aquel recuerdo hizo poco por mejorar su moral—. Tú me rescataste del Castellano persuadiendo al Tor de que mandara a buscarme en nombre del Rey Joyse.

Geraden asintió.

—Lo recuerdo.

—Después de que me llevaras a los aposentos del Rey —prosiguió ella, más por sí misma que por él, aferrándose a su significado— me mostró un problema de brinco. Unas tablas. Me dijo que Havelock se lo había planteado. Dijo que había una forma de salirse del punto muerto, pero que él no podía hallarla.

Sus estremecimientos se hicieron más intensos.

—Así que yo arrojé a todos los hombres fuera del tablero. Ya no había tablas.

—Lo recuerdo —repitió Geraden, intentando calmarla.

—Creo que casi lo volví loco. Estuvo a punto de echarse a llorar.

Él le había dicho: *Para ti, sólo es un juego. Para mí, es la diferencia entre la vida y la ruina.*

Y le había dicho: *Sugiero que concedes al asunto un poco más de atención antes de que intentes de nuevo terminar unas tablas agitando el tablero.*

—Geraden, ¿qué es lo que estamos haciendo? ¿Agitar el tablero?

En vez de hacer lo que desea el Rey Joyse. Proteger sus piezas. O lo que Havelock desea. Sacrificar a los hombres adecuados.

—¿Crees que deberíamos ir solos? —respondió Geraden—. ¿Contra Eremis y Gilbur y Vagel y la terrible Imagería y veinte mil hombres?

Bruscamente, sus temblores se detuvieron; se alejaron de ella como un viejo pánico desvaneciéndose en la oscuridad.

—No —dijo claramente. Eso sería sacrificar hombres sin ninguna razón—. No podemos correr ese riesgo. Aunque pudiéramos luchar contra toda esa Imagería, no conseguiríamos detener al Gran Rey Festten.

»Es sólo que estoy de acuerdo con el Rey Joyse. De alguna forma, él me persuadió de que ha hecho lo correcto abandonándonos en el peor momento. Al principio, me puse furiosa. Pero ahora pienso que estoy empezando a comprender.

Geraden estudió su rostro.

—Terisa, lo que dices no tiene ningún sentido.

—Lo sé. —Reunió otro esfuerzo indirecto para explicarse—. ¿Te he hablado alguna vez del Reverendo Thatcher?

—El hombre que dirigía la «misión» donde servías antes de que yo viniera a ti.

Ella le dio un rápido beso en la nariz.

—Probablemente te dije que era un hombre fútil. Triste..., desesperanzado. Así es como debía sentirse. Pero me enseñó algo..., algo que no comprendí durante largo tiempo.

»Intentaba ayudar a la gente más miserable de la ciudad. Indigentes. Gente de la calle. Locos. Borrachos. Intentaba proporcionarles comida y ropa y quizá un techo. Y eso resultaba difícil, porque nadie quería pagar por ello. Si los alimentas y los vistes y les das un techo hoy, ¿qué consigues? Todo lo que has hecho ha sido salvar sus vidas, de modo que mañana necesitarán más comida y más ropa y otro techo. Así que, si tienes dinero y deseas hacer algún bien, dárselo a esa misión es como tirarlo al agua. Tiene que haber centenares de cosas en las que puedes utilizar tu dinero que le harán más bien a la ciudad como conjunto.

—Sí, pero... —empezó Geraden.

—Sí, pero —admitió ella—. Hacer el bien a la ciudad como conjunto no hará que esos pobres desaparezcan. No hará que su miseria desaparezca. Y el Reverendo Thatcher no podía dejar de preocuparse por ellos. Si le dieras una elección entre —buscó un ejemplo—, no sé, entre una educación gratuita para toda la ciudad y ayudar a un borracho a pasar otro día con una comida caliente, él elegiría ayudar al borracho. No porque no creyera que la educación es importante, sino porque no podía dejar de preocuparse por el borracho.

»Quizá sea algo triste. Quizá sea estúpido. Ciertamente, es inútil.

»Pero también es maravilloso.

Se detuvo, como si hubiera dejado claro su punto de vista.

Geraden tuvo que luchar con ello un par de minutos, pero finalmente llegó a la conclusión que ella no había sido capaz de expresar.

—El Rey Joyse —dijo lentamente— te persuadió de que hacía lo correcto abandonándonos. Crees que fue tras Torrent..., tras la Reina Madin. Cuando alguien a quien quiere está en peligro, lo olvida todo acerca de Mordant..., todo acerca de sus planes de salvar su reino. Nos lo deja a nosotros. No porque no piense que Mordant es importante, sino porque no puede dejar de preocuparse por la gente.

El espíritu de Terisa se elevó.

—No es un idealista..., no realmente. Si alguien aquí es un idealista, ése es Havelock. El Rey Joyse no creó Mordant y la Cofradía a partir de un conjunto abstracto de ideas. Lo hizo porque la gente a la que conocía y por la que se preocupaba resultaba herida en las guerras..., herida por la Imagería. Deseaba salvar al mundo, un mundo hecho de individuos, de granjeros y comerciantes y niños que no podían defenderse por sí mismos.

»No olvides que arriesgó mucho para protegernos *a nosotros*. Tratándonos de la forma en que lo hizo, nos confundió..., incluso nos hirió. Pero eso le dio a Eremis una razón para no matarnos. Y fuimos libres de efectuar nuestras propias elecciones. Sólo para mantenernos con vida, el Rey Joyse corrió el riesgo de que pudiéramos ponernos completamente contra él. Sólo para proteger nuestras vidas y nuestras elecciones.

»Y —concluyó— confía en que nosotros hagamos lo mismo por él. Confía en que nosotros defendamos Mordant por él mientras él esta fuera intentando rescatar a su esposa.

Como si un nudo de tensión se hubiera desatado en él, Geraden se dejó caer hacia atrás en la cama. Alegremente, dijo:

—Sabía que tenía que haber *alguna* buena razón por la que yo amaba a ese viejo.

—Además —siguió ella, ahora que estaba segura de sí misma—, nosotros no somos quienes deseamos agitar el tablero. Eso es lo que está haciendo Eremis. Lo que nosotros hacemos puede que no sea lo correcto, pero no estamos cometiendo ese error.

—No —asintió él. El ansia iluminó sus ojos y animó sus rasgos, convirtiéndolo en algo inexpresablemente precioso para ella—. No hemos cometido ese error.

Por el momento, ella se sintió contenta.

Justo cuando parecía, sin embargo, que ella había alcanzado el punto donde ya no le preocupaba lo que cualquier otra persona en Orison hiciera, el Maestro Barsonage llegó en respuesta a los mensajes de Ribuld. Ella y Geraden mantuvieron esperando al mediador sólo el tiempo suficiente para vestirse; luego lo admitieron en su salita.

—Durmiendo todo el día mientras Orison trabaja con ahínco, por lo que veo —comentó placenteramente el Imagero mientras cerraba la puerta. Parecía más feliz de lo que Terisa lo había visto nunca: la actividad y un claro sentido de finalidad le sentaban bien—. Bueno, indudablemente necesitabais el descanso. Sólo puedo imaginar las tensiones y peligros que habéis soportado.

»Puesto que mi imaginación no ha sido todo lo que debería ser, como muy bien sabéis —se sentó, frunció el ceño a la jarra vacía de vino, luego encogió sus masivos hombros—, me siento ansioso por oír lo que ha ocurrido en el resto de Mordant. El asedio nos ha aislado por completo —explicó—. No sabemos nada excepto lo que hemos oído de vosotros y del Príncipe Kragen.

Terisa dejó escapar un suspiro.

—Eso va a tomar un cierto tiempo —dijo, y Geraden fue a la puerta, riendo quedamente. Fuera, le pidió a Ribuld que trajera vino y comida.

Ribuld hizo alguna observación que Terisa no pudo captar; luego Geraden regresó.

—Ribuld dice que podemos conseguir todo lo que deseemos, si no nos importa esperar. Al parecer, hay los bastantes sirvientes disponibles, pero las cocinas están hechas un caos, intentando preparar las provisiones para mañana. —Miró humorísticamente al Maestro Barsonage.

—Eso es cierto —respondió el mediador con un asentimiento de cabeza—. De hecho, una situación consternadora. Nadie sabe qué hacer. Norge o uno de sus capitanes tiene que tomar todas las decisiones. Parece que el Castellano Lebbick estableció planes y procedimientos para toda eventualidad concebible..., excepto para una marcha.

»Y, por supuesto, cada hombre que transporta un saco de comida o un pellejo de agua o una bala de heno a la sala de baile se siente aterrorizado por su vida, esperando ser trasladado a la locura en cualquier momento. —El Maestro Barsonage se permitió un gruñido de disgusto—. Si Norge no fuera tan flemático, y si Artagel no lo apoyara tanto, nos veríamos hoy en más peligro de disturbios que en cualquier otro momento.

Terisa y Geraden se miraron entre sí.

—Como Terisa dice —observó Geraden al mediador—, nuestra historia va a tomar un cierto tiempo. ¿Por qué no aguardamos a la cena? —Situó dos sillas delante del Maestro Barsonage y se sentó en una de ellas; siguiendo su ejemplo, Terisa ocupó la otra—. Quizá por aquel entonces Artagel pueda unirse a nosotros, y no tengamos que repetir lo mismo dos veces.

»Mientras tanto, podrías contarnos cómo van los preparativos.

Sólo por un momento, el Imagero estudió dubitativo la proposición de Geraden; parecía pensar que Geraden pretendía evitar responderle. Casi de inmediato, sin embargo, inhaló profundamente, sacudió la cabeza como para reacondicionar sus pensamientos y sonrió su aceptación.

Mientras Terisa y Geraden escuchaban intensamente, almacenando la información que podían necesitar, el Maestro Barsonage describió cómo planeaba la Cofradía transportar sus espejos..., lo cual no era un problema sencillo, teniendo en cuenta que los espejos deberían ser transportados en carretas tiradas por caballos sobre duros caminos y terrenos irregulares. Con una deliberada franqueza —quizá reprochando la evasiva de Geraden—, planteó el arma principal que habían diseñado los Maestros, así como las acciones secundarias que estaban preparados para tomar. Eso hizo brillar los ojos de Geraden, hizo que Terisa se controlara para mantener su excitación en

perspectiva; pero ninguno de ellos interrumpió mientras el mediador seguía explicando los arreglos que había dispuesto para los pertrechos en la sala de baile, a fin de que la gente de Orison pudiera volver a llenar los montones de provisiones sin riesgo de ser tomados inadvertidamente por una traslación.

Cuando hubo terminado con sus responsabilidades particulares, les ofreció el mejor informe que pudo acerca del estado del castillo. Hasta entonces, la autoridad del Tor y de Norge había sido aceptada sin mucha resistencia; ansiosamente por la mayor parte de los guardias, hombres que estaban a favor de casi cualquier cambio que prometiera acción; y ansiosamente también por los sirvientes, para quienes la partida de seis mil guardias significaba mucho menos trabajo; más estoicamente por la población de visitantes de Orison, gente que en teoría resentía agudamente la ausencia del Rey Joyse, pero que en la práctica hallaba persuasivas las seguridades de Artagel; con gesto hosco y no pocas suspicacias por la mayoría de los señores menores y funcionarios del Rey Joyse: los asesores y recaudadores de impuestos, por ejemplo, o los contables reales, o los secretarios del Embajador Local..., hombres cuya misma existencia dependía del Rey, de su estilo de gobernar. Y, sin ninguna oposición activa al Tor o a Norge, la mayor parte de la maquinaria social de Orison seguía funcionando. Se seguían preparando comidas, pese al caos de Ribuld había descrito. Las salas eran patrulladas, vigiladas contra cualquier disturbio..., y contra los ataques de la Imagería. El orden del día y los turnos de guardia eran mantenidos, los muros y puertas vigilados.

En pocas palabras, gracias a la rápida toma de autoridad por parte del Tor, y a la demostrada aceptación de Norge, y al sonriente apoyo de Artagel, Orison permanecía casi milagrosamente intacto después de la desaparición del Rey Joyse.

—Gracias a las estrellas —jadeó Geraden cuando el Maestro Barsonage hubo terminado—. Tienes razón, Terisa. Somos más afortunados de lo que parecemos. —Luego sus ojos se entrecerraron y sus labios se apretaron entre sus dientes—. Me pregunto cuántas veces ha pensado Eremis que podía salirse riéndose del Tor. Si puede vernos ahora, ya no se estará riendo.

—Y tampoco se estará riendo de la Cofradía —señaló Terisa, en parte para complacer al Maestro Barsonage, en parte porque el mediador la había impresionado—. O no lo hará cuando descubra a lo que se enfrenta.

—Gracias, mi dama —respondió suavemente Barsonage—. Hemos sido inútiles durante largo tiempo, mientras desconfiábamos tanto de nuestro Rey como de nosotros mismos. Es un placer pensar que volveremos a ser efectivos al fin.

—Si tan sólo el Príncipe Kragen nos hubiera escuchado —murmuró Geraden.

—O si cambiara de opinión... —añadió Terisa, recordando el extraño conflicto que había visto en el rostro del Príncipe.

El Maestro Barsonage los miró alternativamente al uno y al otro. Geraden cerró

sus puños como para controlar una esperanza irracional.

Terisa empezó a decir algo acerca de Elegia y Margonal, luego se detuvo porque oyó voces en la puerta.

Alguien —¿Ribuld?— se reía a carcajadas como ante algún chiste inesperado.

Sin llamar, Artagel abrió la puerta y entró en la salita.

Estaba sonriendo; sus ojos llameaban un fuego acerado. Si no hubiera habido una delgada capa de sudor en su frente, o una ligera palidez de viejo dolor en sus mejillas, o una apenas discernible cojera en su paso, hubiera parecido dispuesto a cargar sobre sus hombros con todo el castillo para lanzarse a la batalla. Estaba preparado para la acción, lleno de necesidad por los largos días de recuperación, por la tensión emocional que no podía aliviar, por las traiciones y las dudas y el pesar. Tan pronto como lo vio, Terisa supo que no vacilaría en enfrentarse a todo un pelotón de los Aprs de Gart.

Su simple visión la hizo sentirse bien.

Y la asustó. Le recordó que si el ansia iba demasiado lejos podía convertirse en una forma de suicidio.

Por alguna razón, observó que la luz del sol que entraba oblicuamente por las ventanas estaba teñida de rojo, señalando la proximidad del crepúsculo.

Dejando la puerta para que la cerrara Ribuld, Artagel se acercó a Geraden. Geraden se puso en pie de un salto, y Artagel lo aferró en un abrazo que no ofrecía ninguna indicación de debilidad o herida. Luego, Artagel se volvió a Terisa y se dejó caer de rodillas, realmente se dejó caer de rodillas, a fin de coger sus dos manos y besarlas. Antes de que ella pudiera protestar o responder, sin embargo, estaba de nuevo de pie; miró con ojos llameantes la vacía jarra de vino, murmuró una sarcástica obscenidad de soldado, luego se dejó caer medio despatarrado en la silla más próxima.

—Los espejos nos protejan —dijo en tono humorístico—. Veros a los dos me hace sentir mareos. No creo que pueda seguir mucho tiempo esta danza entre esperanza y desesperación. Primero desaparecéis. Luego os dejáis ver de nuevo..., con el Príncipe Kragen, ojalá le duela la cabeza durante todo el resto de su vida. Luego él provoca una pelea con el Rey Joyse, y aparece Gart, y el Rey desaparece, y tú eres secuestrada —señaló a Terisa—, y tú —a Geraden— echas a correr con el mediador. Luego el Tor intenta hacer una alianza con el Príncipe Kragen, y parece como si la única razón de que esto vaya a funcionar sea porque yo lo golpeé. Y de pronto regresáis los dos, y todo empieza a ir bien, y *no me importa* lo que ese cerebro de cerdo de Alend decida hacer al respecto. Ni siquiera me importa dónde esté el Rey Joyse. Estoy seguro de que finalmente todo tendrá sentido.

»Incidentalmente, no he sido lo que se puede decir exactamente cuidadoso en las cosas que les he dicho a la gente para impedir que se preocuparan. —Por *preocuparse*

quería dar a entender evidentemente *cuestionar a Norge y al Tor*—. Lo que más les preocupa es la idea de las traslaciones al interior de Orison. Terrible Imagería, monstruos, fuego, unos cuantos cientos de miles de hombres de Cadwal..., ya sabéis, ese tipo de cosas. —Se enfrentó francamente a Terisa—. He estado diciéndole a todo el mundo que tú puedes resolver ese problema. He estado diciéndoles que tú puedes cambiar los espejos de Eremis de modo que no puedan trasladar nada aquí. Si eso no es cierto, tal vez quieras guardarlo para ti misma.

Cambiar los espejos de Eremis, pensó Terisa, mientras su estómago se retorció. Oh, mierda.

—Sólo dime una cosa. —Artagel se puso erguido en su silla, casi riendo—. En nombre de la cordura, ¿qué *está* ocurriendo aquí?

—Me gustaría explicártelo —respondió Geraden, sonriendo como un reflejo de su hermano—. Para ello, todo lo que tienes que hacer es *callarte*.

Con un brillo de alegría en sus ojos, Artagel se echó hacia atrás y se acomodó en su silla.

Inmediatamente, sin embargo, se enderezó tensamente, cuadró sus hombros.

—No —dijo, y toda su alegría se borró de su rostro. Su expresión volvió a la palidez y el sudor—. Cuéntame qué ocurrió en casa. Dijiste que Houseldon había sido destruido.

Geraden hizo un gesto defensivo, advirtiendo a su hermano que se guardara de estallar.

Como atraída por su gesto, hubo una llamada en la puerta.

Ribuld abrió y entraron dos sirvientes, con bandejas llenas de comida y vino.

Artagel se contuvo; pero sus ojos ardían intensamente mientras los hombres depositaban la comida, servían el vino, pasaban vasos para todos ellos. El Maestro Barsonage aceptó el suyo agradecidamente, lo vació de un largo trago y lo tendió para ser llenado de nuevo. Geraden y Artagel sujetaron sus vasos sin beber, sin mirar a ninguna parte excepto el uno al otro.

Hasta que uno de los sirvientes no se arrodilló para encender el fuego en la chimenea, Terisa no se dio cuenta de que el aire se estaba volviendo frío.

—Nada de lámparas esta noche —comentó Ribuld en general—. No hay aceite. Usamos todo el que teníamos para proteger las puertas. Nos queda justo el suficiente para iluminar los aposentos del Rey y los salones públicos unos cuantos días más. No dejéis que se os apague el fuego.

Sacó a los sirvientes de la habitación, e hizo una pausa para añadir:

—El Tor desea hablar con vosotros. Antes de iniciar la marcha. El Castellano enviará a alguien a buscaros por la mañana. A primera hora.

Con aquella alegre nota, cerró la puerta tras él.

Inmediatamente, el Maestro Barsonage articuló:

—Dijisteis: «Houseldon ha sido destruido» —hablando con voz firme y clara para que Artagel no tuviera que gritar—.

»Sternwall está cayendo. La gente del Fayle es masacrada por los devoracadáveres». Todo el mundo que os oyó desea una explicación, Geraden.

Geraden no dudó; no tenía tiempo de elaborar una respuesta.

—El Domne está bien —dijo rápidamente—. Al menos, lo estaba cuando lo dejamos. Nuestra familia está a salvo. La mayor parte de la gente a la que conocemos ha sobrevivido. Bajo las circunstancias, nuestras pérdidas fueron pequeñas.

»Pero Houseldon ardió hasta los cimientos.

Manteniendo las manos juntas porque no tenía ninguna espada, Artagel escuchó cada palabra como si estuviera estudiando a sus enemigos para averiguar cómo luchar contra ellos.

Hoscamente, Geraden describió en líneas generales su llegada al Puño Cerrado, y la de Terisa; describió las consecuencias para Houseldon. Luego explicó:

—Eso es lo que obligó a Nyle a hacer lo que hizo. Por eso cooperó con Eremis. La amenaza de un ataque como ése.

»Pero, cuando nos fuimos, el Domne y toda su gente iba a ocultarse al Puño Cerrado. Si Eremis intenta de nuevo la misma amenaza, nuestro padre quiere que la ignoremos.

En aquel momento, a Terisa no le importó que Geraden hubiera prometido llamar al Domne *papá*.

Lentamente, Artagel suspiró, dejando salir la violencia de sus pulmones.

—Tholden tiene que ser mucho más duro de lo que él mismo piensa.

—También lo es el Tor —murmuró Geraden.

—Pero vosotros no regresasteis a Orison por traslación —señaló el Maestro Barsonage—. Supongo que dama Terisa no sabía entonces cómo su talento podía abarcar tales distancias.

Terisa asintió; y Geraden dijo:

—Pero eso tampoco nos hubiera servido, aunque ella lo *hubiera* sabido. Ella puede trasladarse a sí misma a través de un espejo plano. Pero, si me traslada a mí, me volveré igualmente loco.

—Comprendo —dijo el mediador—. Por esa razón, os visteis obligados a cruzar Mordant a caballo. Y elegisteis un camino que os llevara a Sternwall y a Romish.

—Sí —respondió Geraden—. Así resultó que estábamos en la Casa del Valle cuando la Reina Madin fue secuestrada. Estábamos intentando hallar apoyo para el Rey Joyse..., intentando conseguir que el Termigan y el Fayle se lanzaran contra Eremis. Tan brevemente como le fue posible, relató la historia del viaje de regreso a Orison, controlado su ultraje ante las tácticas de Eremis tanto como le fue posible. Terisa le escuchó unos momentos; gradualmente, sin embargo, su atención derivó. La

habitación se iba haciendo más y más oscura a medida que se ponía el sol. Unos cuantos asomos de carmesí se aferraban aún a los plumajes en las paredes, pero la mayor parte de la luz había desaparecido. La oscuridad se acumulaba en torno a Orison. Terisa no deseaba recordar pozos de fuego en el suelo ni devoracadáveres. Deseaba recordar al Fayle.

La noche después de la batalla para salvar Naybel, sentado con ella y con Geraden en su campamento, el padre de la Reina Madin había hablado del Rey Joyse. Con una mano cerrada en un apretado puño que no podía sostener, había dicho: *En todos sus años de guerra contra Cadwal y Alend y la Imagería, nunca ha pedido ayuda a un señor cuando el Care de ese señor estaba bajo ataque. Él vino a mí, liberó a mi gente. No me pidió ninguna ayuda hasta que mi Care estuvo a salvo.*

No me la pedirá ahora. No siente deseos de romper mi corazón. Terisa comprendía mejor al Fayle ahora. Sentía pesar por él —por sus pérdidas, por su poca efectividad frente a los devoracadáveres—, pero le comprendía. Y deseaba creer que él y el Termigan estaban haciendo lo correcto no ofreciendo su apoyo al Rey Joyse. Protegiendo sus piezas.

No abandonaré a mi gente para que muera sin ser defendida. Terisa deseaba creer también que el Rey Joyse no estaba cometiendo un terrible error.

Entonces Geraden terminó. Bebió un poco de vino y empezó a picotear su comida, como si su historia le hubiera dejado un mal sabor de boca.

—Bien —murmuró malhumoradamente el Maestro Barsonage—. Bien. Habéis realizado maravillas para traernos estas noticias, Geraden..., mi dama. Pero supongo que soy como otros hombres en Orison. Debo admitir que había esperado oír un relato más alentador. Todos hemos soñado con el Perdon en vano. *Aniquilado*, dijiste. —El mediador frunció el ceño—. Y ahora sabemos que cualquier sueño que hayamos podido tener respecto al Termigan o al Fayle son también en vano.

»El Rey Joyse ha escogido un mal momento para desaparecer.

—Él no lo escogió —respondió Artagel—. No existen buenos momentos para que tu esposa sea secuestrada.

—¿Crees que es ahí donde ha ido el Rey? —preguntó cautelosamente el Maestro Barsonage—. ¿A rescatar a la Reina Madin?

La confianza de Artagel era superior a la de Terisa o Geraden. Dijo:

—Por supuesto.

El mediador consideró aquello durante largo rato. Luego dijo:

—Espero que tengas razón. Espero que no esté simplemente encubriendo algo, abrumado por las consecuencias de sus acciones. Ir tras la Reina en estas circunstancias puede parecer estúpido, pero ciertamente es comprensible.

Sin aguardar a discutir el asunto, Barsonage se puso en pie.

—Os dejo para que cenéis. No tengo urgente necesidad de comida —se dio una

palmada en la barriga—, y sí muchas otras cosas que hacer. Con tu permiso, Geraden, le contaré tu historia a la Cofradía. —Geraden asintió—. Y al Castellano Norge. —Geraden asintió de nuevo—. Y al Tor. No nos servirá de nada iniciar la marcha con falsas expectativas de ayuda.

Geraden asintió con un encogimiento de hombros.

—Otro asunto de importancia menor —añadió el Maestro antes de alcanzar la puerta—. ¿Deseas una casulla, Geraden? ¿Tú también, mi dama? Estoy dispuesto para iniciaros en la Cofradía en el momento en que lo deseéis.

La proposición le pareció a Terisa curiosamente irrelevante. Cuando Geraden la oyó, sin embargo, su rostro se volvió tan carmesí como el atardecer. El Maestro Barsonage acababa de ofrecerle el sueño de su vida. El hecho de que tuviera lágrimas en los ojos lo *azaró* agudamente.

—Más tarde —murmuró—. Quizá más tarde. —Se frotó bruscamente los ojos; luego se enfrentó a la mirada del mediador—. Todo lo que deseo en estos momentos es detener a Ere-mis.

El Maestro Barsonage aceptó aquella respuesta.

—¿Mi dama?

Terisa negó con la cabeza. No sentía el menor deseo de convertirse en miembro de la Cofradía.

De todos modos, le alegró ver que el mediador no tomaba su rechazo como un reproche. Tenía demasiadas otras cosas en la cabeza. Dijo simplemente:

—Como queráis. Nos veremos por la mañana —y abandonó la salita.

Terisa y Geraden y Artagel se miraron.

Ella empezaba a sentirse hambrienta, pero eso podía aguardar un poco más. Los reflejos de la chimenea seguían arrojando tonalidades rojizas al rostro de Geraden. Terisa se puso en pie, se situó detrás de la silla de él y apoyó sus manos sobre sus hombros. Los músculos de Geraden eran duros, anudados como hierro. Una casulla: el sueño de su vida. Y ahora no significaba ninguna diferencia. No la necesitaba. Deliberadamente, Terisa hundió los dedos en los nudos, intentando relajarlos con un masaje.

Artagel abrió la boca como alguien que va a decir algo chistoso, quizás a expensas del mediador; pero su hermano se le adelantó.

—Ahora es tu turno —dijo Geraden, luchando aún por recuperar su compostura—. Quiero que nos cuentes *todo* lo que ocurrió mientras estuvimos fuera.

—¿«Todo»?

Terisa notó un temblor bajo sus dedos que no fue audible en la voz de Geraden. Acerbamente, éste dijo:

—Deja fuera la parte en que te negaste a comer todas tus verduras y bebiste demasiado vino. Y aterrorizaste a las sirvientas. Cuéntanos el resto.

Por un momento Artagel se echó a reír, pero no había alegría en él ahora. Arrastrando las palabras para suavizar su tono, advirtió:

—No va a gustaros.

—Eso ya lo sé. —Lentamente, el temblor de Geraden cesó—. Si creyera que va a gustarme, primero comería. Pero no creo que pueda soportarlo con el estómago lleno.

Terisa revolvió su pelo, le besó la parte superior del cráneo. Luego volvió a su silla.

—El Castellano Lebbick —indicó, como si tuviera las fuerzas suficientes para mencionar su nombre sin pánico o ultraje; sin dolor—. Cuéntenos lo que le ocurrió.

Artagel asintió rígidamente en la creciente penumbra. Volvió a llenarse el vaso, como si necesitara valor; sin embargo, no bebió.

Del mejor modo que pudo, contó la historia de Lebbick.

A lo largo del camino, por supuesto, mencionó a Saddith. Se extendió en sus propios esfuerzos por persuadir al Maestro Barsonage de que Eremis era un traidor. Esbozó la extensión de la popularidad de Eremis después de que volviera a llenar el depósito. Describió la larga embriaguez del Tor, así como el repentino interés del Rey Joyse en la esgrima. Detalló los avances del asedio..., y de la defensa de Orison, tanto por parte del Adepto Havelock como de los guardias.

Pero, principalmente, habló del Castellano Lebbick. Desde su perspectiva, la historia de Orison se había convertido en el relato de la loca y predestinada lucha de Lebbick contra la desintegración. El Castellano había sido conducido hasta tal desesperación, y finalmente hasta tal desamparado heroísmo —el heroísmo no de luchar contra Gart, sino de mantener al menos una presa sobre su cordura—, por el hecho de ser dejado prácticamente solo, por parte del castillo y de su gente, contra las traiciones del Maestro Eremis. Y contra la abdicación de responsabilidad del Rey Joyse.

Y Artagel, que valoraba el heroísmo, había contemplado desarrollarse la historia de Lebbick, y había intentado influir en su resultado. Ahora no sabía si había conseguido algo o había fracasado estrepitosamente.

Escuchándole, Terisa sintió que su rabia contra el Rey Joyse regresaba. Minar de aquel modo a un hombre como Lebbick, simplemente en bien de una estratagema..., simplemente porque el Castellano no tenía duplicidad en él y no podía confiarse en que dijera mentiras...

Quizás el Rey no se sentía particularmente interesado en conservar sus piezas después de todo. Quizás el relato de sus acciones por parte del Maestro Quillón era falso. Quizá su desaparición —y todo lo demás que había hecho— tenía un significado completamente distinto.

Terisa se preguntó cómo había sido capaz Artagel de mantener su fe en el Rey Joyse.

Los pensamientos de Geraden, sin embargo, habían tomado un rumbo diferente. Cuando Artagel hubo terminado, Geraden murmuró a la inadecuada luz de las llamas:

—Resulta difícil sentir lástima por él. Después de todo lo que le hizo a Saddith. De lo que quería hacerle a Terisa.

—No —dijo inmediatamente Terisa—, resulta fácil. Su esposa murió. Ella y Orison y el Rey Joyse eran sus razones para vivir. —Maldito fuera de nuevo aquel viejo, *maldito* fuera—. El Rey Joyse hubiera sido más considerado con él si le hubiera cortado las piernas a la altura de las rodillas.

—Sé lo que quieres decir —murmuró Artagel, mientras Geraden estudiaba desolado a Terisa—. Era difícil de soportar. Nunca pude hacerle ver las cosas de la misma forma que yo las veía.

—¿Y cómo las veías tú? —preguntó Geraden.

Artagel se agitó en su silla, un poco azarado.

—Bien, tomad vosotros dos, por ejemplo. —Terisa supuso que estaba pensando en los malos días durante los cuales había creído lo peor de su hermano—. Todas las pruebas estaban contra vosotros. Eremis hizo un buen trabajo haciéndoos parecer terribles. Nosotros sólo teníamos dos cosas sobre las que apoyarnos. Lebbick te vio —miró a Terisa— desaparecer en un espejo *sin* el Maestro Gilbur. Fuera lo que fuese lo que hubierais hecho juntos, escapasteis separadamente. Y era fácil adivinar que Saddith recogió de Eremis la idea de meterse en la cama de Lebbick. Pero eso era suficiente. Porque os *conocíamos*. Sabíamos que no erais el tipo de personas que Eremis quería que creyéramos que erais. No necesitábamos demasiado para interrogarnos respecto a toda la situación.

»Así que intenté decirle —Artagel tragó saliva, intentando ablandar un poco la emoción en su garganta— que viera al Rey Joyse del mismo modo. Nosotros *conocíamos* al Rey. *Sabíamos* que no era lo que parecía. Todo lo que necesitábamos era alguna razón para creer en él.

—¿Qué razón? —preguntó Geraden. Sonaba ansioso.

—Vosotros dos —repitió Geraden—. ¿Por qué tenía miedo Eremis de tu talento, mi dama? ¿Por qué tenía miedo del tuyo, Geraden? Bien, ¿por qué podía ser? Sabía que erais sus enemigos. Sabía que erais leales al Rey Joyse.

»¿*Por qué* erais leales? *Nosotros* no lo sabíamos. Pero teníais que tener alguna razón. Estaba seguro de ello. Y eso era suficiente. Vosotros me conocéis. Sabéis que no tengo lo que se dice una mente sobresaliente. Hay probablemente montones de cosas que no llegaré a comprender nunca. Pero *vosotros* teníais una razón. —Hizo un gesto amplio, a la vez vago y vehemente a la débil luz—. Eso era suficiente para mí.

»Pero Lebbick no podía hacerlo así. Creo que se lo tomaba todo demasiado personalmente. El dolor —Artagel se encalló con la palabra— estaba demasiado dentro. Sé que lo intentó. Le ayudó a mantenerse entero porque no tenía ninguna otra

cosa que esperar. Pero al final... —Bruscamente, Artagel se encogió de hombros; alzó su vaso y lo apuró hasta el fondo—. Al final supongo que se alegró de descubrir una forma de que lo mataran.

Al cabo de un momento, Terisa dijo en voz muy baja a Geraden:

—¿Lo ves? Es fácil.

Geraden asintió una sola vez, secamente. Su mirada reflejaba el fuego de las brasas en la chimenea.

El inesperado frío en el aire hizo que Terisa acercara más su silla a las llamas.

Artagel se quedó y hablaron un rato después de la cena. Deseaba noticias detalladas de Domne: deseaba saber acerca de la salud del Domne, y de cómo estaba Ruesha, y de si Tholden y Quiss pensaban tener más niños; deseaba saber si algún marido airado había conseguido meter a golpes algo de buen sentido en la cabeza de Stead, o si la esposa de Minick había perdido algo de su timidez. Y hablar de cosas así hizo bien a Geraden. Relajó a Terisa traer de vuelta a su memoria recuerdos que atesoraba, recuerdos que le señalaban que había *alguien* por quien luchar las batallas que se abrían ante ellos, al tiempo que contra *qué* debían luchar. Sin embargo, el día había sido largo, sin mencionar difícil. Al final, se sintió demasiado cansada para reprimir los bostezos.

Artagel captó la insinuación por lo que era. Prometiéndole verles a primera hora de la mañana siguiente, los dejó a ella y a Geraden solos.

No tuvieron ningún problema en persuadirse mutuamente de que necesitaban ir a la cama.

Se sentía segura en los aposentos pavo real. Si Eremis tenía los medios de atacarla allí, vacilaría antes de hacerlo, preocupado por la imposibilidad de estimar lo que ella o Geraden podían hacer como represalia. Y ella parecía haber dejado el pánico a mucha distancia a sus espaldas.

Tan pronto como estuvo segura de que Geraden estaba lo suficientemente dormido —que no iba a levantarse de la cama para sentarse y meditar durante toda la noche—, se dejó deslizar en sus sueños.

Al principio fueron sueños sencillos, llenos de relajación: en ellos, se observaba a sí misma dormir profundamente. Pero, gradualmente, adquirieron ritmo..., el lento trabajo de golpe y rebote, repetido una y otra vez. El ritmo se hizo más rápido. Terisa salió de la oscuridad y pateó a Eremis tan fuerte como pudo, sintió su pie alcanzar su objetivo; luego retrocedió, se hundió hacia atrás para escapar de su furia, atrás contra la pared, a través del espejo. Pero esta vez no había espejo, no hubo traslación. Su corazón estaba demasiado lleno de rabia para desvanecerse, y la pared no admitió nada, no dejó pasar nada; simplemente la retuvo allí donde él podía alcanzarla. Así que pateó de nuevo, retrocedió otra vez; y él saltó contra ella una y otra vez, violento, definitivamente irresistible, un hombre que sabía cómo conseguir lo que quería de

cualquiera; y el horror ascendió en su garganta como sollozos porque no había nada que ella pudiera hacer para luchar contra él, ninguna forma de ganarle...

...hasta que Geraden sacudió su hombro y siseó:

—¡Terisa! ¡Sólo es una pesadilla! —y ella oyó el sordo ruido que hacía pateando entre las sábanas, el golpeteo que parecía clavarla contra el colchón.

El golpeteo...

Se inmovilizó, sudando copiosamente; y el ruido siguió, un golpeteo contra madera, no el de sus pies contra las sábanas.

Alguien estaba golpeando la puerta oculta en el guardarropa. Pudo sentir su pulso martillar contra los huesos de su cráneo.

Se irguió de un salto.

Inmediatamente, el sudor pareció congelarse en su piel.

El débil resplandor de las brasas en la chimenea iluminó a Geraden cuando saltó por su lado de la cama. Agarró su ropa interior y sus pantalones, se los puso; arrojó un par de troncos al fuego. Luego fue al saloncito, descorrió los cerrojos de la puerta, alertó al guardia de fuera.

El golpeteo era ahora más firme que el ritmo de su corazón.

Un pequeño chisporrotear de nuevas llamas prendió en los troncos recién echados. Como si aquel pequeño sonido, aquel pequeño saltar de luz, la liberara, Terisa extrajo los pies de la cama.

Afortunadamente, su bata estaba en el otro guardarropa, el seguro. Temblando como si sus miembros estuvieran encostrados con hielo, tomó la prenda, metió los brazos en las mangas, se envolvió con el terciopelo, ató el cinturón.

El golpeteo siguió. Fuera quien fuese el que estaba en el pasadizo secreto, al parecer estaba decidido a seguir llamando toda la noche si era necesario.

—¿Estás bien? —susurró Geraden.

Ella asintió.

—Sólo un mal sueño. —Miró al guardarropa—. Abramos.

La puerta del guardarropa estaba ya ligeramente entreabierta. Geraden la acabó de abrir y retiró la silla que bloqueaba la entrada oculta.

Cuando la puerta secreta se abrió, la luz se filtró a través de la ropa colgada como la luz del sol a través de un bosque.

El Adepto Havelock.

La luz procedía de su espejo del tamaño de una mano, aquella pieza de sol trasladado..., el mismo espejo que había utilizado para incinerar la criatura de pelaje rojo que había atacado a Geraden.

Al ver al Adepto, Geraden dejó escapar un lento suspiro. Inmediatamente se volvió, abandonó el dormitorio. Terisa le oyó decir al guardia que no ocurría nada, le oyó volver a correr los cerrojos.

Havelock sujetaba su luz con mano temblorosa. Aquella oscilante iluminación, y la danza de las llamas en la chimenea, arrojaba locas sombras sobre su rostro: guiños y risas; máscaras mortuorias; contorsiones de pesar. Su locura parecía irreparable.

—Quítate la ropa —ordenó a Terisa, sonriendo como un perro—. Hace mucho tiempo que no he visto un par de buenas tetas. No me hagas preguntas.

No me hagas... Gruñó amargamente para sí misma.

Simplemente para mantenerse tranquila, sujetó con una mano el escote en forma de uve de su bata, manteniéndolo cerrado.

Entonces Geraden se reunió con ella.

—Has oído —dijo ella, temerosa de que formularlo como una pregunta pudiera trastornar más al Adepto.

—He oído —murmuró Geraden—. Nada de preguntas. Esto va a ser muy divertido.

—¿Habéis estado fornicando? —preguntó Havelock. Por un momento pareció encenderse, lleno de farisaica indignación—. ¿Desnudos como animales? ¿Ávidos como machos cabríos? —Sin transición, su fariseísmo se convirtió en autocompasión—. ¿Por qué no me invitasteis?

Terisa apenas se dio cuenta de sus palabras. Estaba observando la forma en que su luz se entretejía y oscilaba..., la forma en que se movía a través de la iluminación de la chimenea; la oscuridad en el dorso de la mano del Adepto. Hasta que vio las gotas oscuras en el suelo no comprendió que la mano del hombre sangraba.

Golpeando la puerta interior del guardarropa, el Adepto se había hecho daño en los nudillos.

—Havelock... —Dudó momentáneamente, luego se recompuso, enderezó los hombros—. Tenías una razón para venir aquí. Era una buena razón. Te hiciste daño en la mano para que nosotros te oyéramos. Dinos de qué se trata.

—¿Una *razón*? —cacareó él, riendo al instante—. ¿Un loco como yo? —Y, casi con la misma rapidez, su humor se desvaneció. Extinguió su luz, guardó su espejo en un bolsillo en algún lugar, luego se llevó la mano a la boca para lamer la sangre. Sus labios, su barbilla, se mancharon de rojo; un punto de sangre apareció en su fiera nariz.

Entre lamida y lamida, dijo casualmente:

—Confiad en mí.

Terisa le miró, deseando que se explicara. Cuando él no dijo nada más, agitó la cabeza. El aire era *frío*..., demasiado frío para la época del año. Incluso las piedras bajo sus desnudos pies eran más cálidas. Y estaba furiosa.

—Vine a ti en busca de ayuda. El Maestro Gilbur iba tras de mí, y yo no tenía ningún otro lugar donde ir. Y tú me la negaste.

»Dime cómo puedo confiar en ti.

Ante su pesar, los ojos del Adepto se llenaron repentinamente de lágrimas, y su rostro se crispó hasta que pareció un escolar herido en lo más profundo. Su voz crujió, dolida:

—Sé que es duro. Estoy loco, ¿no? Vagel se me llevó mi mente. Me mostró cómo comprenderlo todo. La mayor parte del tiempo, no puedo distinguir la mierda de la cebolla.

»Pero Joyse sí. —Intentó secarse las lágrimas de los ojos, y esparció sangre por todo su rostro—. Joyse sí.

—Dinos... —intervino suavemente, cuidadosamente, Geraden—, dinos dónde está.

Uno de los ojos de Havelock se volvió hacia Geraden; el otro pareció suplicarle a Terisa.

—Me dijo que no lo revelara.

—Havelock... —Terisa nunca fue capaz de mantener su irritación contra él. Su dilema la emocionó. Por lo que a ella se refería, no había ninguna auténtica razón por la que ella no hubiera emergido alguna vez en una condición semejante a aquella del armario donde sus padres la habían encerrado. Y quizá se requería una cierta clase de locura para jugar con éxito al brinco con seres humanos como piezas—. Havelock, tú mataste aquella criatura en las mazmorras. —Tras unos barrotes, indefensa; quemada hasta verse convertida en un montón de cenizas malolientes—. La que atacó a Geraden. Con tu espejo. Pero, cuando Gart intentó matarme, le dejaste vivir. Ni siquiera le hiciste daño. Tan sólo lo cegaste temporalmente.

»Quiero confiar en ti. Intentaba matarme. Dime por qué ni siquiera le hiciste daño.

Geraden inspiró profundamente con los dientes apretados, contuvo el aliento.

—Oh, eso. —De alguna forma, el Adepto pasó de la aflicción a la burla sin ningún esfuerzo discernible—. Me decepcionas. Hubieras debido imaginarlo hace mucho tiempo. ¿Cuántas veces te ha dicho Joyse que *pienses*?

Terisa cerró fuertemente la boca y aguardó.

—Es obvio. —Havelock agitó las manos como si quisiera ponerse a bailar—. Si le hubiera hecho daño, si realmente le hubiera cegado..., hubiera sido apresado. Hubiéramos perdido la oportunidad de que nos condujera a sus aliados. Si lo hubiera matado, hubiéramos tenido el mismo problema, sólo que peor. —Secamente, el Adepto rió—. Si piensas que las cosas son malas *ahora*, intenta imaginar los problemas en que te hubieras encontrado si Gart no hubiera traicionado accidentalmente a Eremis cargando aquí dentro.

»Y —prosiguió—, si yo lo hubiera matado, todo el mundo hubiera pensado que lo habías hecho *tú*. Intenta adivinar cuánto tiempo te hubieran permitido vivir si hubieran pensado —rió de nuevo— que eras una Imagera lo suficientemente buena

como para reducir a cenizas al Monomach del Gran Rey.

»No, estás siendo estúpida. —De la burla y el humor saltó al disgusto—. Me estás haciendo perder mi tiempo. Si no vas a permitirme que acaricie tus bellezas femeninas, al menos aprende algo *útil*.

Geraden preguntó con voz seca:

—Dinos qué es lo que quieres que sepamos.

Por un momento, el Adepto Havelock miró a Geraden como si no consiguiera enfocar ninguno de sus ojos en el joven; luego murmuró:

—Idiota. No es tan simple. —Y se encaminó de vuelta al guardarropa.

Desesperadamente, puesto que no tenía ninguna idea mejor, Terisa exclamó tras él:

—Dijiste que viste a las hijas del Rey en un augurio. Cuéntanos qué estaba haciendo Elega.

Apartando ropa colgada, con una bata envuelta sobre su cabeza y ambos puños llenos de tela, respondió:

—Abriéndose de piernas para el Príncipe Kragen.

Aquello impresionó a Terisa; por un momento paralizó su cerebro. Sin saber qué otra cosa decir, hizo eco a Geraden:

—Dinos qué es lo que quieres.

El Adepto consiguió quitarse la bata de la cabeza. Arrojó con ambos brazos un puñado de ropa al suelo.

—*¡Quiero que confiéis en mí!*

Dando un portazo tras él, desapareció en la oscuridad del pasadizo.

Ella se quedó contemplando su marcha, desconcertada.

Abriéndose de piernas. Para el Príncipe Kragen.

Así que el Rey Joyse lo había sabido. Antes incluso de que el Príncipe llegara a Orison como el embajador del Monarca de Alend, el Rey Joyse había sabido que el Pretendiente y su hija mayor serían amantes. Y había dejado que ocurriera. Prácticamente había arrojado a Elega en brazos de Kragen.

Repentinamente, la prueba que el Rey Joyse preparó para el Príncipe Kragen, el extraño juego de damas en la sala de audiencias, se convirtió en algo punzante para ella..., punzante y horrible. Con aquella prueba, el Rey Joyse había averiguado que su hija lo traicionaría.

Con aquella prueba, la había obligado a que lo traicionara.

Ahora, su último mensaje a ella tenía sentido. *Lleva mi orgullo con ella allá donde vaya*. Él había decidido ponerla donde estaba. Y la remordiente sensación que tenía Terisa de que Elega tenía un papel vital que jugar en aquellos planes quedaba confirmado.

Y, sin embargo, pese a lo que acababa de averiguar, supo que se había perdido el

objetivo principal de la visita de Havelock.

Debilitada por lo que había ocurrido, por lo que estaba pensando, murmuró:

—¿Qué fue todo *eso*?

Con la mirada hoscamente perdida, Geraden pensó por unos instantes. Luego, para su sorpresa, su expresión se iluminó, y sonrió como un hijo del Domne.

—Creo que desea que confiemos en él.

Confiar en él. El hombre que aboga por sacrificar piezas a fin de ganar el juego.

Oh, mierda.

Realmente, necesitaba incrementar su abanico de imprecaciones. Pensar *oh, mierda* una y otra vez no era una forma adecuada de expresarse a sí misma.

Finalmente, ella y Geraden volvieron a la cama.

Las llamadas del guardia llegaron demasiado temprano.

Cuando Geraden fue tambaleándose a la salita para responder a la puerta, el guardia le tendió una bandeja con el desayuno y dijo:

—El Tor desea veros en una hora. En los aposentos del Rey.

Fuera, el cielo todavía estaba oscuro, demasiado lleno de noche para ofrecer ningún asomo de amanecer.

Hoy empezaría la marcha.

El aire era inconsecuentemente frío.

Terisa preguntó con voz cansada:

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos obtener algo de agua para bañarnos?

—Usa toda el agua que desees, mi dama. —No reconoció la voz del guardia: debía haber venido durante la noche para relevar a Ribuld—. No hay racionamiento esta mañana. Pero tendrás que calentártela tú misma. Nadia ha tenido tiempo de hacerlo por ti.

—Gracias —murmuró Geraden.

Después de cerrar la puerta y depositar la bandeja, se dirigió al dormitorio.

—Pondré un cubo en la chimenea —ofreció—. No tendremos tiempo de que se caliente lo suficiente, pero al menos no moriremos congelados.

Terisa se envolvió con una manta y obligó a sus cansados miembros a salir de la cama. Fuera de las alfombras, las piedras del suelo todavía estaban más cálidas que el aire. En su camino hacia la chimenea, para echar algunos troncos más al fuego, preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido al clima?

El tono de Geraden dejaba implícito un encogimiento de hombros.

—Tuvimos un deshielo prematuro. Ahora parece que vamos a tener alguna helada tardía.

Estupendo. Perfecto. Me encanta tener frío.

Tras poner otros tres troncos sobre las brasas de la chimenea, casi se subió a ella

en un esfuerzo por absorber algo del nuevo calor.

Una vez los troncos empezaron a arder cálidamente, sin embargo, fue en busca de algo de ropa.

Al parecer no preocupado por el frío —o quizá simplemente para dejar tanta agua caliente para ella como pudiera—, Geraden se afanó en el cuarto de baño por un tiempo, luego salió secándose vigorosamente con la toalla. Aún envuelta en su manta, con un montón de la ropa que Mindlin había hecho para ella entre las manos, se sentó ante la mesa del desayuno y empezó a beber el caliente té y a comer las aún tibias gachas. Luego, cuando ella y Geraden hubieron terminado, tomó el cubo de la chimenea y se retiró al cuarto de baño.

No se dio cuenta hasta que se hubo frotado concienzudamente con la mejor esponja de baño que pudo encontrar, y empezaba ya a vestirse, del hecho de que toda la ropa tenía un débil olor a sangre.

Cada una de las prendas que había cogido —todo lo que podía llevar a lomos de un caballo, en una marcha— estaba manchada con unas cuantas gotas o una pequeña embarradura de la sangre de Havelock.

Por un momento, deseó dejarse caer al suelo y llorar. La noche parecía haberse llevado con ella todo su valor, le había costado su inmunidad al pánico. Pero la visita del Adepto significaba *algo*. Deseaba que confiaran en él. O había prometido que podría confiarse en él. Y el Rey Joyse había sabido desde un principio que Elega y el Príncipe Kragen serían amantes.

Bruscamente, Terisa se lavó el temor de su rostro con el agua más fría disponible. Luego se puso un recio traje de montar de sarga sobre la ropa interior de seda de Myste.

La vehemencia de Havelock había dejado en la tela una mancha en forma de creciente de luna sobre la curva de su pecho izquierdo; pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Tan pronto como dejó de pensar en ello, el olor a sangre pareció desaparecer.

Geraden sonrió cuando ella salió del cuarto de baño. Había hallado su chaquetón de piel de oveja y sus botas.

—¿Qué vas a llevar tú? —preguntó Terisa.

Él no estaba preocupado.

—Conseguiré algo de los guardias.

Más pronto de lo que ella había esperado, alguien llamó de nuevo a la puerta. Esta vez era Ribuld. Traía consigo una cota de malla y una espada larga en una funda de hombro para Geraden, además de una capa de invierno. Algo en la forma en que evitó mirar a Terisa hizo que ésta se preguntara por qué no había traído ninguna protección o arma para ella; pero el guardia empezó a hablar acerca de la marcha, y ella olvidó la pregunta.

—Seis mil hombres —dijo Ribuld mientras pasaba la malla por encima de la cabeza de Geraden—. Dos mil a caballo. Cuatro mil a pie. El Castellano dice que podemos llegar a Esmerel en tres días. Sólo cien kilómetros al otro lado del Broadwine, y el terreno no es malo. Pero no podríamos hacerlo llevando con nosotros los pertrechos. Si este asunto de la traslación funciona, será la cosa más sorprendente en el arte de la guerra desde la ballesta. Viajar ligero y rápido.

—¿Están preparados ya los guardias? —preguntó Geraden.

Ribuld asintió.

—Pero eso no es lo más complicado. Los ejércitos dependen de la comida. Si tuviéramos que aguardar a que estuviera dispuesta, no podríamos salir hasta dentro de dos o tres días más. Ésa es otra forma de ahorrar tiempo trasladando nuestras provisiones. Orison puede seguir cocinando para nosotros mucho tiempo después de que nos hayamos ido.

Buscando tanta información como fuera posible, Geraden preguntó:

—¿Cómo está el Tor?

—Su médico dice que debería quedarse en cama. Pero tiene más redaños que el resto de nosotros puestos juntos. —Ribuld rió quedamente—. Ya está en pie, chutándole a todo el mundo.

Un pensamiento repentino alarmó a Terisa.

—Se queda aquí, ¿verdad? Alguien tiene que defender Orison. Y él no está en condiciones de montar a caballo.

Deliberadamente, Ribuld siguió sin mirarla directamente.

—Dile *tú* esto, mi dama. Desde que Lebbick me despellejó por salvarte de Gart sin órdenes tuyas, he renunciado a discutir con señores y Castellanos.

Los rasgos de Geraden parecieron hacerse más afilados.

—¿A quién dejará al mando?

Ribuld se encogió de hombros.

—Mejor preguntádselo vosotros mismos. De esa forma, terminará chillándoos a vosotros en vez de a mí.

Geraden miró duramente a Terisa.

—No creo que me guste la forma en que está empezando a sonar esto.

—Oh, vamos. —Ella se dirigió hacia la puerta—. Acudamos a verle.

Geraden la siguió con su espada colgando de su hombro contra su costado, como si no tuviera la menor idea de para que servía.

Ribuld cerró la marcha, blandiendo alegremente su cicatriz.

Fuera de los aposentos pavo real, otros cuatro guardias se les unieron, una escolta para protegerles de los impredecibles recursos del Maestro Eremis: criaturas de Imagería, el Monomach del Gran Rey, espejos planos. Terisa descubrió, sin embargo, que no se sentía particularmente preocupada acerca de un posible ataque sorpresa allí.

Si eso era lo que deseaba Eremis, hubiera podido hacerlo en cualquier momento antes. Tenía la seguridad de que sus auténticas intenciones eran considerablemente más desagradables.

Y estaba preocupada por el Tor...

Cuando alcanzaron el apartamento formal del Rey, observó que el fuego llameaba en la chimenea. Al parecer, el señor de Tor sentía el frío tanto como ella.

Había ya cuatro hombres en la habitación: el propio Tor, el Castellano Norge, el Maestro Barsonage y Artagel. Norge estaba de pie de espaldas a una de las paredes, casualmente en posición de firmes: parecía como un hombre que nunca necesitara dormir porque siempre estaba descabezando un sueño. Como contraste, el Maestro Barsonage parecía estarse retorciendo las manos; miraba alternativamente al Tor y a Artagel con expresión turbada, como si deseara intervenir pero no supiera qué decir.

El Tor y Artagel se enfrentaban el uno al otro como combatientes. El viejo señor echaba hacia fuera asertivamente su barriga; sus mejillas estaban enrojecidas por el vino o el esfuerzo. Artagel permanecía de pie en una equilibrada postura de luchador, las manos preparadas para ir en busca de su espada larga o su daga.

Cuando Terisa y Geraden entraron en la habitación, Artagel se volvió hacia ellos. Su sonrisa crispó el estómago de la mujer. Parecía dispuesto a la batalla, tan fatal como sus armas..., y, sin embargo, de alguna forma perdido, como un hombre que necesitaba una ayuda que no le iba a ser posible conseguir.

—Justo a tiempo —dijo, negándole al Tor la cortesía de hablar primero—. Mi señor Tor está un poco confuso esta mañana. No se da cuenta de que soy vuestro guardaespaldas. Será mejor que se lo digáis vosotros. Soy vuestro guardaespaldas *personal*.

El Maestro Barsonage lanzó una mirada de infelicidad a Terisa y Geraden, luego se retiró para dejarles sitio delante del Tor y Artagel.

—Artagel —retumbó el Tor hacia ellos, como si estuviera al borde de un estallido— se niega a aceptar una orden directa. Se niega a obedecerme.

Terisa miró a Geraden, desconcertada por la hostilidad en la habitación y el nudo en su estómago. La mirada de Geraden se desvió hacia Artagel, luego volvió a fijarse en el Tor.

—No me lo digas, mi señor Tor —dijo, con una amargura propia—. Déjame adivinar. Tú deseas que él se quede aquí.

—Deseo —el Tor se contuvo con dificultad— que gobierne Orison en mi ausencia.

¿Gobernar Orison...?

Artagel gruñó una obscenidad.

—Todo se reduce a lo mismo. Cree que soy un inválido.

Terisa le miró, luego miró al Tor; se sintió simultáneamente sorprendida, aliviada

y abrumada. La idea de poner a Artagel a cargo de Orison no se le hubiera ocurrido nunca.

—¡No! —contestó el Tor, casi eructando—. No es lo mismo. No te pido que te quedes detrás porque no seas apto para venir. ¡Te ordeno que te quedes porque eres necesario aquí!

»Debo dejar Orison con menos de dos mil hombres para defenderlo. Y no tengo una alianza con el Monarca de Alend. Nos dejará partir, de esto estoy seguro. Pero, cuando ya no estemos, no vacilará en reanudar el asedio. El Príncipe Kragen considera que este castillo es el lugar más seguro posible.

»Si Orison no es defendido, *bien* defendido..., se perderá.

Artagel no estaba en condiciones para luchar. Y, sin embargo, el coste de quedarse atrás —el precio que debería pagar por permanecer en Orison mientras el destino de Mordant era decidido sin él— podía ser severo.

—Según el Rey Joyse —concluyó el Tor—, tú eres el único hombre que cabe esperar que mantenga esos muros unidos contra el ejército de Alend.

—¿Cómo? —restalló Artagel—. No tengo ninguna autoridad. Ni siquiera pertenezco a la guardia. Nunca he sido capaz de aceptar órdenes. ¿Cómo esperas que las dé?

—Siendo quien eres —respondió pesadamente el Tor—. El hombre más querido en Orison.

El viejo señor tenía razón, pensó Terisa. Los guardias lucharían a muerte por Artagel, por supuesto. Pero lo mismo haría la mitad de la población del castillo. Era el mejor espadachín de Mordant; sus hazañas eran legendarias. Y era uno de los hijos del Domne. Simplemente por todo ello, podía ser capaz de gobernar Orison más efectivamente aún que el Castellano Lebbick.

Maldiciendo, Artagel se volvió hacia su hermano.

—Díselo —pidió—. Dile que vengo con vosotros. Me necesitáis. Cuando os enfrentéis a Eremis, necesitaréis a alguien que guarde vuestras espaldas. Quiero...

La expresión en el rostro de Geraden lo detuvo.

—Quieres enfrentarte de nuevo a Gart, ¿es eso? —dijo suavemente Geraden.

Furia y aflicción tiraron de la expresión de Artagel en varias direcciones a la vez.

—¿Con los músculos de tu costado que aún no han terminado de sanar? —siguió Geraden: suave; inflexible—. ¿Quieres enfrentarte a un hombre que ya te ha batido dos veces, cuando ni siquiera puedes alzar esa espada sin hacer una mueca?

Artagel se encogió en impotente furia o frustración; dio un paso atrás.

—Vendré contigo como sea —dijo, con los dientes apretados—. No me quedaré aquí.

—Sí, lo harás —gruñó el Tor—. Puedes conseguir negarte a obedecerme, pero te aseguro que te quedarás aquí.

Artagel clavó una mirada como un desafío en el viejo señor.

—¿Vas a obligarme, mi señor Tor?

—No, Artagel. Yo no voy a «obligarte». Lo hará Norge. Él me respalda en esto.

Desde su lugar contra la pared, el nuevo Castellano asintió amistosamente. Su blanda calma era más convincente que un grito.

—Tus elecciones —terminó el Tor— son permanecer al mando de Orison..., o permanecer en las mazmorras.

Artagel estudió al Tor y a Norge; dirigió una última súplica a Geraden.

Como respuesta, Geraden murmuró en tono miserable:

—¿Acaso no lo entiendes, tonto? Eres demasiado valioso para malgastarte en una insensata confrontación con Gart. El Tor desea que hagas el trabajo más duro allá donde está. El Rey Joyse necesita algún lugar donde poder volver. Si todo lo demás falla, necesita un castillo y algunos hombres para la última defensa de Mordant. Necesita a alguien que le proporcione eso. No puede hacerlo por sí mismo. Necesita a alguien como tú, que pueda hacer que los viejos y las sirvientas y los niños luchen por él como si él mismo les sonriera.

Por un momento, Terisa temió que Artagel siguiera con su protesta, hiciera algo alocado. Era un luchador, no preparado ni por temperamento ni por entrenamiento a permanecer quieto durante un asedio. Pero entonces su rostro se abrió en una sonrisa que ella nunca antes había visto..., una mueca más sanguinaria y más amarga que su sonrisa de luchador; una expresión que heló su corazón.

Dirigiéndose a Norge, dijo:

—Quiero la malla de Lebbick..., quiero todas las cosas que llevaba cuando Gart lo mató. Quiero su insignia..., su banda de pecho y de cabeza. Cuanta más sangre haya en todo ello, mejor.

Cualquiera que me mire va a saber, *por las estrellas*, qué represento.

Norge miró al Tor. El Tor asintió; sus ojos estaban velados por el dolor. Flemáticamente, Norge dijo:

—Ven —y se apartó de la pared.

Artagel no miró ni a Geraden ni a Terisa cuando siguió al nuevo Castellano fuera de la habitación.

Simplemente porque odiaba ver a Artagel herido de aquel modo, Terisa gruñó para sí misma. Pero, ¿de qué servía sentirse alterada? El Tor había hallado una respuesta mejor al problema de Orison —y al de Artagel— de la que ella misma hubiera sido capaz de imaginar. Geraden había dicho a su hermano la verdad. Podía comprender cómo se sentía Artagel..., pero, ¿y qué? Él...

—Tú también, mi dama —dijo el Tor, como si tuviera piedras dando vueltas en sus entrañas—, te quedarás aquí.

¿Qué...?

Terisa miró a su alrededor. Geraden estaba contemplando al viejo señor con la boca abierta, francamente desconcertado. La expresión del Maestro Barsonage era blanca por la consternación.

Había oído bien. El Tor tenía intención de dejarla en Orison.

Era por eso por lo que Ribuld no había traído ninguna ropa protectora o armas para ella. Y por qué había eludido sus ojos, sus preguntas. Por supuesto.

Inesperadamente tranquila, se enfrentó al señor. Su mirada era firme; ni siquiera su pulso se alteró. Geraden empezó a decir algo por ella; pero, cuando observó su actitud, calló inmediatamente.

—Mi señor Tor —dijo ella gentilmente, como si estuviera tan loca como Havelock, incapaz de ser interrogada—, no deseas que vaya contigo.

El tono de su reacción pareció debilitar la resolución del Tor. Hablando con voz fuerte, en un esfuerzo aparente de anclar su posición, el viejo señor observó:

—Eres una mujer.

Puesto que él había alzado la voz, ella bajó la suya.

—Y eso constituye una diferencia para ti.

—Soy el señor del Care de Tor. —Su rostro enrojeció, empujado hacia la pasión por el hecho de que ella no le estaba gritando—. Y soy el canciller del Rey en Orison. Su honor está en mis manos, como el mío propio. Eres una *mujer*.

Rechazando deliberadamente el sarcasmo, ella respondió con mucha suavidad:

—Por favor, sé claro, mi señor Tor. Deseo comprenderte.

Como sí ella le estuviera empujando hacia la distracción, el Tor gritó:

—¡Por los cielos, mi dama, *no llevo mujeres a la batalla!*

Pese a su determinación de ser amable, Terisa sonrió.

—Entonces, no pienses en mí como en una mujer, mi señor. Piensa en mí como en un Imagero. Pregúntale al Maestro Barsonage. Él me ofreció hacerme Maestra. No voy a ir contigo. Voy a ir con la Cofradía.

El Tor inspiró profundamente, preparado para gritar.

Inmediatamente, el Maestro Barsonage intervino:

—Mi dama Terisa tiene razón, mi señor Tor. —Habló con el tono de voz más apaciguador que pudo conseguir—. No habrás olvidado que es una Imagera..., en realidad, un miembro de la Cofradía. Es posible que sea la más poderosa Imagera que jamás hayamos conocido. No creo que podamos enfrentarnos al Maestro Eremis y al Maestro Gilbur y al archi-Imagero Vagel sin ella.

Lívido por la ira —o quizá por el dolor de mantener erguido su dañado vientre—, el Tor preguntó:

—¿*Me desafías, mediador?*

El Maestro Barsonage abrió las manos.

—Por supuesto que no, mi señor Tor. Simplemente hago la observación de que

dama Terisa es un asunto que pertenece a la Cofradía. Independientemente del papel que le asignemos en apoyo de Orison y Mordant, no arroja ninguna salpicadura a tu honor..., o al del Rey.

Cuidadosamente, Geraden comentó:

—Y el Rey Joyse no vacila en utilizar mujeres cuando las necesita. El Adepto Havelock nos dijo la otra noche que el Rey Joyse supo hace tiempo que dama Elega y el Príncipe Kragen serían amantes. Consintió ser traicionado..., prácticamente empujó a su hija en brazos del Príncipe. No creo que el Príncipe hubiera permitido jamás que Terisa y yo entráramos en Orison si ella no hubiera estado allí. Y todavía puede hacer otras cosas por nosotros.

»Mi señor Tor, necesitamos a Terisa con nosotros.

El Tor miró a uno y otro lado, al Maestro Barsonage y a Geraden, con los ojos tan hinchados y ominosos como los de un cerdo. Su rostro estaba carmesí por la tensión.

Sin embargo, asintió.

Lentamente, se dejó caer en una silla; sus manos hicieron débiles gestos de despedida. Terisa tuvo que recordarse a sí misma que ella no era su única —o ni siquiera su primaria— razón para parecer tan derrotado.

—Dejadme —murmuró—. Partiremos cuando haya amanecido. Necesito un momento de paz.

Terisa tuvo la impresión de que alguien debería quedarse con él. Parecía necesitar desesperadamente ánimos. Había sufrido durante tanto tiempo, y con tan poca finalidad. Desde el día de su llegada a Orison con su hijo mayor muerto en brazos hasta ahora, había estado tanteando como un hombre condenado, luchando contra su propio corazón y las maquinaciones del Rey Joyse en busca de alguna forma de curar su dolor. Seguro que había cosas que necesitaba más que «un momento de paz».

Pero el Maestro Barsonage se dirigió hacia la puerta, y Geraden apoyó una mano en el brazo de ella, animándola a seguirle.

—Ven —dijo en voz baja—, antes de que cambie de opinión.

Torpemente, acompañó a Geraden y al mediador.

Fuera, intentando articular su propio pesar, dijo:

—Gart debió hacerle bastante daño. No parece capaz de resistir mucho tiempo más en pie.

Lejos del Tor, la expresión de Geraden se volvió pálida, inconsolada.

—Eso no importa. El Rey Joyse le hizo más daño que Gart. —Al Maestro Barsonage, explicó—: Artagel nos dijo que el Tor pasó la mayor parte del tiempo que estuvimos fuera completamente borracho.

El mediador asintió lúgubrementemente.

—Lo que lo mantiene de una pieza —siguió Geraden— es sentirse necesitado. Mientras sepa que es necesario, podrá soportar que lo pateen. Por eso le duele tanto

que discutamos con él..., aunque esté equivocado. No tiene la fuerza o la resolución o la *esperanza* necesarias para sobrevivir dudando de sí mismo.

Terisa apretó la mano de Geraden que sujetaba su brazo; se sintió agradecida de que él comprendiera.

El Maestro Barsonage pensó por unos instantes mientras descendían de la torre del Rey. Luego, hablando irónicamente, como para distanciarse de lo que sentía, dijo:

—Yo, por otra parte, siento pasión por la duda. No puedo resistirla. Por eso intento rodearme siempre de tanta solidez. —Hizo una burlona referencia a su talla—. Tiene razón, ¿verdad? ¿Estáis seguros de lo que hacemos? ¿Seguimos el sendero que hubiera elegido el Rey Joyse para nosotros, si estuviera aquí?

—Y, si lo estamos —gruñó Geraden, al menos parcialmente serio—, ¿sabía el Rey Joyse lo que estaba haciendo? ¿Llegó a saber alguna vez lo que estaba haciendo? ¿Tiene alguno de nosotros la más vaga idea siquiera de las consecuencias de nuestras acciones?

»No, lo siento, Maestro Barsonage. No tengo ninguna sabiduría para ti. Estamos haciendo lo único que para mí tiene sentido.

Terisa asintió una sola vez, hoscamente.

El mediador suspiró.

—Supongo que debemos contentarnos con eso.

Más rápidamente de lo que requerían las circunstancias, fueron hacia abajo. El aire adquirió una cualidad más cortante a medida que se acercaban a una de las salidas públicas principales al patio. No había duda al respecto, Mordant estaba sufriendo una helada tardía. El aliento de Terisa empezó a formar nubecillas delante de su boca mucho antes de que alcanzaran el alto portal. Pudo sentir el frío hormigear por su cuero cabelludo como un presentimiento de algún tipo.

Las salas y pasillos de Orison estaban casi desiertos; pero no había nada de desierto en el patio. Pudo oír gritos y movimientos, centenares —no, miles— de botas apresurándose en distintas direcciones. Y, desde el portal, vio una oscura aglomeración de hombres y caballos iluminada por antorchas, tan agitada a los primeros resplandores del amanecer como el contenido del caldero de una bruja, preparado para la destrucción y el derramamiento de sangre. De los cavernosos establos debajo de Orison habían sido subidos al patio y preparados para la monta docenas de caballos. Y más antorchas iluminaban el pasadizo que conducía hacia abajo como una garganta hasta los establos; en el pasadizo se apiñaban más caballos, con más aún detrás. La mayor parte de las monturas eran ya atendidas por los hombres que las cabalgarían, los hombres cuyas vidas podían depender de ellas.

Y, en torno a los muros interiores del castillo, en torno a la oscura fachada interna, los guardias que viajarían a pie se estaban reuniendo en pelotones; individuos normales, desarraigados de sus vidas a fin de lanzarse a una forzada marcha de tres

días para poder ser arrojados contra un ejército que los superaba en número casi a razón de cuatro a uno. ¿Y para qué? Bien, Terisa sabía la respuesta a eso. Para que hombres como el Maestro Eremis y el Gran Rey Festten no consiguieran salirse con la suya con la inocencia de Mordant. Para decir tales cosas, sin embargo, tenía que creer que lo que la Cofradía y los guardias, ella y Geraden, iban a hacer, funcionaría.

El fracaso significaba *aniquilación*. Para toda aquella gente.

Apretándose la capa contra el cuerpo para protegerse del frío, siguió al Maestro Barsonage y a Geraden, con Ribuld tras ella, a través del barro encostrado con hielo, por entre los caballos, hasta el lugar cerca de las puertas de Orison donde estaba reunida la Cofradía con sus animales y carros.

Los Maestros asintieron y murmuraron al mediador. Algunos de ellos saludaron a Geraden con sonrisas o voces que parecían sinceras a la errática luz de las antorchas; otros parecían demasiado azarados por sus viejas burlas como para decir nada; uno o dos de ellos dejaron bien claro que aún seguían sin creer lo que habían oído acerca de sus demostraciones de poder. Todos ellos, sin embargo, recibieron a Terisa con tanta cortesía como permitían las circunstancias. Luego volvieron a sus trabajos de asegurar su carga en los carros.

Terisa contó nueve enormes fardos tan grandes como cajas: los espejos de la Cofradía. Cada espejo había sido envuelto en mantas, luego metido en un marco protector de madera, luego envuelto en más mantas y atado fuertemente antes de ser sujetado a los costados del carro. Y los propios carros eran poco usuales: se había construido en ellos un nuevo fondo encajado a una especie de asas acolchadas dentro de cada uno de los fondos originales, de modo que sobre terrenos particularmente irregulares el nuevo piso que albergaba los espejos pudiera ser alzado y conducido por hombres a pie.

Agitando los dedos de los pies contra el frío que se infiltraba en sus botas, Terisa alzó la vista hacia el cielo.

Empezaba a adquirir las tonalidades grises del amanecer, y estaba despejado, sin una nube, a la vez translúcido y oscuro. Como un espejo sobre el que se hubieran ido acumulando durante años el polvo y las telarañas.

La marcha empezaría pronto.

Maldijo aquella helada. Ayer estaba dispuesta a salir a la primera orden. Pero hoy, con ese frío... Se preguntó si había alguien que estuviera realmente dispuesto.

Más nombres. Más caballos. Los gritos resonaron roncós en las paredes: preguntas; órdenes; mensajes. El bazar estaba atestado con guardias y sus monturas. Gart la había atacado allí una vez; el Príncipe Kragen había utilizado el *bazar* para ca-muflar sus reuniones con Nyle. Ahora, al menos temporalmente, el lugar no servía para los intercambios comerciales. Pero probablemente no había servido para ello desde hacía días, aislado por el asedio de cualquier forma de renovar sus existencias.

Unos mozos trajeron caballos para Terisa y Geraden. Ella observó suspicazmente el viejo penco descolorido asignado a ella, un animal a todas luces demasiado decrepito para cualquier jinete excepto alguien que no supiera lo que estaba haciendo. La montura de Geraden, como contraste, era un animado capón con una extraña mancha blanca como una diana a cada lado de sus ancas.

Al ver su expresión, Geraden preguntó tentadoramente:

—¿Quieres cambiar?

—Esta cosa ya está medio muerta de todos modos —bufó ella—. Después de todo lo que hemos pasado, creo que podría montar un felino de fuego.

Ribuld sonrió en torno a su cicatriz.

Pero Terisa no deseaba cambiar. Tenía una instintiva sensación de que corría el peligro de sobreestimar sus habilidades.

A medida que iba amaneciendo, y el nivel de ruido en el patio se incrementaba, empezaron a encenderse luces en las ventanas en torno a la fachada interior de Orison: niños arrastrando a sus padres fuera de la cama para ver lo que estaba ocurriendo; señores o damas levantándose para ser testigos del acontecimiento; esposas e hijos y amantes deseando de alguna manera decir adiós a los guardias.

Por estadios que Terisa no pudo medir, el torbellino de hombres y caballos pareció cuajar. Más y más guardias subieron a sus animales. Los Maestros empezaron a montar también..., excepto aquellos que debían conducir los carros o ir montados en ellos para vigilar los espejos. Las nubecillas de vapor en los ollares de los caballos eran grises ahora, tan perlinas como bruma, iluminadas por el amanecer antes que por las antorchas. Geraden sujetó a Terisa por el brazo, señaló los caballos; pero ella no se movió hasta que vio al Tor emerger de una de las puertas principales y avanzar hacia su corcel.

Montó cuando él lo hizo.

Lentamente, acompañado por su guardia personal —los hombres que habían venido con él desde su Care—, así como por el Castellano Norge y Artagel, se dirigió hacia las puertas a fin de que, cuando fueran alzadas, él fuera el primero en enfrentarse al ejército de Alend, el primero en emprender la marcha. Por alguna razón, su capa negra y su capucha —el atuendo de luto que había llevado para traer a su hijo a Orison— lo hacían parecer más pequeño. O quizá la perspectiva a lomos de su caballo restaba énfasis a su masa. No parecía lo suficientemente grande como para ocupar el lugar del Rey Joyse, lo suficientemente imponente como para amenazar a los enemigos del Rey Joyse.

Sin embargo, cuando alzó la voz, alzó también el corazón de Terisa, como el recuerdo de la llamada *de los cuernos*.

—Vamos a hacer algo peligroso. —De alguna forma, el viejo señor hizo que sus palabras resonaran por todo el patio, hizo que sus ecos se oyeran en todas las

fachadas interiores de Orison—. Apenas seis mil de nosotros vamos al encuentro de Cadwal y la vil Imagería en el terreno que ellos han elegido para la batalla. Y tendremos el ejército de Alend a nuestras espaldas..., si no puedo persuadir al Monarca de Alend a ser finalmente razonable. Puede efectuarse un intento de tomar Orison en nuestra ausencia. El Rey Joyse no está con nosotros, y el poder al que nos enfrentamos es abrumador.

»Lo que vamos a hacer es *peligroso*.

»Pero es lo mejor que podemos hacer.

»La Cofradía cabalga con nosotros. Disponemos de poderes que nuestros enemigos no pueden sospechar. Artagel defenderá Orison en nuestro nombre..., y el Gran Rey Festten es más débil de lo que cree, imposibilitado de pertrechar a sus fuerzas por ningún medio que no pueda ser bloqueado. El Rey Joyse ha estado planeando y elaborando durante años para llegar a este momento. No fracasará.

»Lo que vamos a hacer es peligroso y *deseable*. Me siento orgulloso de tomar parte en ello.

El Tor hizo una señal con una mano. Inmediatamente, el trompeta del castillo dejó oír una fanfarria que resonó vibrante en las paredes, ascendió hacia el cielo. Gruñendo, los grandes tornos empezaron a alzar la puerta.

Mientras la puerta se alzaba, el Tor hizo dar media vuelta a su montura para enfrentarse a la abertura y al futuro, como si nunca en su vida hubiera sentido miedo.

Artagel retrocedió. El Castellano Norge llamó a formar a la guardia.

Cuando la puerta estuvo arriba, el trompeta hizo sonar otra fanfarria.

Con la Cofradía y seis mil hombres a sus espaldas, el Tor cabalgó fuera de Orison.

La apuesta del Monarca de Alend

Fuera, en el amanecer, aguardaba el ejército de Alend.

El Príncipe Kragen había retirado todas sus fuerzas —sus patrullas y exploradores, sus máquinas de asedio, sus arietes— hasta el gran círculo de su campamento. Más allá de las puertas, ninguno de sus hombres estaba más cerca que la confluencia del triple camino procedente de Tor y Perdon y Armigite. Pero sus soldados de a pie estaban preparados, sujetando sus armas. Sus tropas montadas estaban a lomos de sus caballos. Más allá de los guardias interpuestos, más allá del Tor y Norge, Terisa pudo ver las fuerzas de Alend entre los árboles como un muro negro envolviendo el castillo.

Uno de los jinetes que custodiaban los caminos era un portaestandarte con el emblema verde y rojo del Monarca de Alend.

Un frío viento soplaba del sur, de Tor, haciendo que el estandarte se agitara y restallara en el aire como un desafío.

El portaestandarte no llevaba bandera de tregua.

Como siempre, sin embargo, los hombres del Príncipe Kragen evitaban la intersección donde se unían los tres caminos. Aquello creaba un hueco en las líneas de Alend, como si Kragen tuviera intención de dejar pasar a los guardias de Orison por allí.

El Tor le dijo algo a Norge; Norge murmuró una orden que Terisa no pudo oír. A la cabeza de los guardias fue alzada la lisa insignia púrpura del Rey Joyse.

Quizás el Príncipe Kragen pensara que el Rey había regresado.

Tal vez reconsiderara su posición.

Terisa aferró las riendas con heladas manos y se preparó para poner en movimiento su penco con un golpe de los talones. Geraden mantenía la cabeza alzada, como si estuviera esperando la salida del sol. Ribuld se rascó su cicatriz como si le picara en el frío, una vieja herida que recordaba dolor.

Bufando vapor, agitando las cabezas, haciendo resonar los adornos metálicos de sus jaeces, pisoteando el encostrado barro, los caballos empezaron a seguir al Tor y al Castellano Norge.

Artagel aún estaba de espaldas a los de Alend. Reteniendo su montura, se deslizó por entre la vanguardia hasta que estuvo directamente delante de Terisa y Geraden..., hasta que se situó entre ellos, obligándoles a detenerse. Como ella había temido, llevaba la vieja y ensangrentada cota de malla de Lebbick sobre su camisa y sus pantalones, la banda púrpura de Lebbick al pecho y la otra rodeando su frente. La espada envainada en su cinto parecía tan oscura y temible que tenía que haber pertenecido al difunto Castellano.

Cuando iba vestido así, Terisa tenía miedo de lo que pudiera hacer.

Por el momento, sin embargo, no hizo nada que temer. Aferró el hombro de su hermano; sin esbozar una sonrisa, dijo:

—Cuídate. Y cuida de ella. Rescatad a Nyle. Esta familia ya ha sufrido suficiente.

Geraden respondió con una sonrisa que parecía como si perteneciera a Artagel.

Artagel se volvió hacia Terisa. Luchando por parecer firme y preparado, quizás en beneficio de ella, tal vez en el suyo propio, dijo rígidamente:

—No me hagas quedar como un mentiroso, mi dama.

—Un mentiroso... —repitió ella, como si el frío hubiera aterido su boca. No tenía ni idea de lo que él quería decir.

—He dicho a la mitad de los hombres y mujeres de Orison que puedes hacer cambiar los espejos de Eremis de modo que no puedan trasladar ahí dentro. —La miró escrutadoramente, estudiándola, como un hombre que no desea ser atrapado suplicando—. El Tor se encamina directamente al lugar donde el Perdon y sus hombres fueron atacados.

Terisa creyó que iba a parársele el corazón.

El espejo que había traído de la nada aquellas ansiosas cosas negras que se lanzaron sobre el Perdon y sus hombres...

Formas no más grandes que cachorros, y sin embargo tan fatales como lobos...

Lo había olvidado. Olvidado, olvidado.

Geraden se sobresaltó.

—Terisa —empezó a decir—. Terisa...

—Detenle —dijo ella, jadeando bocanadas de vapor—. *Detenle*. Necesito tiempo para pensar.

Instantáneamente, Artagel hizo dar media vuelta a su montura y se lanzó a través de los caballos en dirección al Tor.

...formas redondas y flecosas con cuatro patas extendidas como garfios y terribles mandíbulas que ocupaban más de la mitad del cuerpo...

La idea la estremeció hasta la médula, revolucionó su estómago. Las mismas criaturas les habían atacado a ella y a Geraden en las afueras de Sternwall..., pero eso era diferente; entonces habían atacado completamente por sorpresa, sin tiempo para el pánico o la náusea. Esta vez..., el Tor y el Castellano Norge estaban completamente indefensos. Si se encontraban con el Príncipe Kragen en la intersección, todos los líderes de los ejércitos podían ser golpeados a la vez. ¿Cómo había podido *olvidarlo*?

Artagel había dicho a todo el mundo que ella podía *hacer cambiar los espejos de Eremis*.

Fuera de las puertas, Artagel alcanzó al Tor y a Norge, habló urgentemente con ellos. El Maestro Barsonage trajo su caballo junto a los de Terisa y Geraden.

—¿Qué hemos olvidado? —preguntó—. No pude oír.

Geraden no hizo caso al mediador.

—¿Por qué no lo ha utilizado ya? Si todavía tiene dispuesto ese espejo, si aún lo tiene preparado..., ¿por qué no lo ha utilizado antes? Hubiera podido traer cualquier cosa a su través. Aunque no nos hubiera hecho ningún daño a nosotros, hubiera podido diezmar a los de Alend, quizás incluso matar al Príncipe Kragen..., o al Monarca de Alend.

—Porque entonces no lo necesitaba. —Terisa no estaba pensando en lo que decía; las palabras parecían salir por sí mismas, razonadas hasta la claridad por una parte separada de su mente—. Necesitaba tiempo para preparar sus trampas, tiempo para dispararlas. Necesitaba tiempo para tener al ejército de Festten en posición, tiempo para desembarazarse del Perdon, tiempo para hacer todos sus espejos. —El resto de su cerebro giraba impotente en torno a la promesa que Artagel había hecho en su nombre—. Pero le dejamos hacer todo esto con tranquilidad. El Príncipe Kragen le ahorró, *le ahorró*, el trabajo de tener que tomar Orison. Nadie interfirió con lo que Eremis estaba haciendo. Así que no necesitó utilizar este espejo. Pudo permitirse dejar Alend tranquilo.

Geraden asintió secamente.

—Comprendo. *Ahora* es el momento. *Ahora* lo necesita. Iniciamos la marcha. Sus trampas están listas. Tiene todo lo que deseaba excepto a ti. No puede vencernos sólo con un espejo. Ni siquiera unos cuantos cientos de esas formas negras pueden ocuparse de un ejército de este tamaño. Una avalancha no puede tampoco. Ni un felino de fuego. Pero, si puede herirnos a nosotros ahora, si puede matar al Tor, o a Norge, o al Príncipe Kragen..., entonces puede hacernos un terrible daño.

—Entonces, simplemente lo frustraremos —intervino el Maestro Barsonage—. Nos apartaremos del camino. Pasaremos fuera del alcance del foco de sus espejos.

Geraden asintió de nuevo, se alzó en su silla para llamar a Artagel. Pero Terisa dijo de inmediato:

—¡No!

El Maestro Barsonage y Geraden se la quedaron mirando.

No. Oh, maldita sea. ¿Qué era lo que estaba *pensando*? Era una locura.

—Artagel le dijo a todo el mundo que yo puedo hacer cambiar los espejos de Eremis. —Pero no era eso lo que quería decir, no era eso lo importante. Lo intentó de nuevo—. Esto es una trampa. Necesitamos meter nuestras cabezas en ella. Necesitamos hacerla saltar desde el otro lado. ¿No es por eso por lo que emprendemos la marcha? ¿No es eso lo que decidimos?

A la cabeza de los guardias, el Tor y Norge se habían detenido. Artagel había terminado de explicarles lo que había en su mente. Al gris amanecer, el Tor parecía extrañamente hundido, irresoluto, como si se viera desgarrado entre el deseo de huir y

la necesidad de continuar la marcha. Aguijoneando su montura, Artagel empezó a volver hacia Terisa y Geraden.

—Eremis quiere asustarnos —dijo Terisa, mientras sus pensamientos pulsaban al mismo ritmo que su corazón—. Quiere que dudemos de nosotros mismos.

»Deberíamos intentar hacerle lo mismo a él.

—¿Qué quieres decir, mi dama? —preguntó el Maestro Barsonage, casi susurrando.

—Quiere decir —gruñó Geraden, como si ella lo asombrara— que piensa que debería hacerlo. Meter la cabeza en la trampa. —Tuvo que tragar ferozmente saliva para aclarar su garganta—. Cambiar el espejo de Eremis de modo que no pueda utilizarlo.

—Imposible —protestó el mediador—. ¿No es cierto que ella no ha visto nunca el espejo que muestra el lugar donde se hallan esas fatales criaturas? Y, ¿cómo podemos estar seguros de que el Maestro Eremis no pretende trasladar alguna otra obscenidad contra nosotros? Y...

—No ese espejo —restalló Geraden, controlando su alarma con la furia—. El plano. El que muestra la intersección.

»No. —Ahora le estaba hablando a Terisa, habiéndole tan intensamente que sus palabras parecían arder—. Lo que lo hace imposible es la ventaja, la dirección. Sabemos cuál es la Imagen, pero no sabemos desde qué lado es vista, cuál es la perspectiva. No puedes cambiar una Imagen si primero no puedes identificarla, verla con exactitud en tu mente.

Estaba diciendo: No lo hagas, *no lo hagas*.

—Tengo que intentarlo. —Como si fuera una explicación, añadió—: Artagel lo prometió. —Pero la impresionada mirada en el rostro de Geraden pedía algo mejor. Hizo otro esfuerzo—: Realmente no sé hasta dónde llega mi talento. No he tenido muchas oportunidades de explorarlo. Estamos contando con la idea de que poseo un poder que podemos utilizar, pero realmente no sabemos con lo que contamos. Y cuanto más nos acerquemos a Esmerel, más peligroso será todo. Tengo que intentarlo.

Era evidente que Geraden deseaba discutir, gritar. Deliberadamente, ella siguió:

—Estamos basándolo todo en la esperanza de que el Rey Joyse no nos abandonó. Él *confiaba* en nosotros..., *confía* en nosotros para que hagamos que sus planes funcionen mientras él está fuera. —Tuvo la clara impresión de que había perdido completamente la cabeza—. Si no vamos a efectuar ni siquiera un intento, entonces mejor que nos quedemos aquí.

Por un doloroso momento, la expresión de Geraden se convirtió en amargo y desolado hierro. Pero luego sus labios se curvaron en una sonrisa de lucha.

—Voy contigo.

—No, no lo harás —respondió Terisa, antes de que el Maestro Barsonage pudiera

objetar nada—. No podemos arriesgarnos los dos.

—Si crees que voy a dejar que hagas esto sola... —empezó a decir Geraden.

Ella no le estaba escuchando: había tirado ya de sus riendas, clavado sus tacones en los costados del penco. Como si no fuera consciente de su propia rapidez y nunca hubiera considerado la posibilidad de que no fuera obedecida, ordenó:

—Detenlo, Ribuld. Mantenlo aquí. —Y empezó a abrirse paso entre los jinetes hacia Artagel, el Tor y el Castellano Norge.

Ribuld sujetó a Geraden por el cinto de su espada y lo arrojó limpiamente fuera de su caballo. Mientras Geraden escupía su ultraje, Ribuld forcejeó con él. Geraden era más fuerte de lo que parecía, y estaba casi frenético: consiguió derribar a Ribuld de su silla. Cayeron juntos al barro. Pero Geraden no pudo soltarse.

Terisa alcanzó a Artagel.

—Necesito protección —jadeó; su propia y extraña audacia la había dejado sin aliento—. Eremis no se perderá una oportunidad de atacarnos cuando me vea en ese espejo. Alguien tiene que mantenerme con vida a fin de que pueda trabajar.

La excitación de Artagel resplandeció tanto como el frenesí de Geraden. Llamó con él a sus nombres, hizo girar su montura y empezó a abrir camino para ella.

Llegaron junto al Tor y Norge, y pasaron junto a ellos con otros seis guardias a sus talones, apresurándose ahora para no tener tiempo de perder los nervios..., para no verse infectada por la flácida irresolución del Tor.

Mientras avanzaban hacia la intersección, intentó aclarar su mente, prepararse.

Su decisiva urgencia era diferente de la rabia que a veces la había bloqueado. Estaba llena de miedo, y el miedo conducía a desvanecerse, y el desvanecerse conducía a la traslación. Lo primero que necesitaba era una Imagen alternativa, un lugar *al que* pudiera desviar el espejo de Eremis. Tan pronto como reconoció esta necesidad, sin embargo, su mente se llenó con escenas que no podían ser atacadas: el Puño Cerrado; las estancias y pasillos de Orison; Sternwall; la Casa del Valle. Tenía que alejar todo aquello de su mente, sacarlo de sus pensamientos antes de que hiciera inintencionadamente algo terrible. Si sólo hubiera visto con exactitud alguna parte de Esmerel, hubiera podido usarla, o intentado usarla..., para arrojar el ataque de Eremis de vuelta contra él.

Él había sabido evitar hábilmente ese peligro.

¿Era tan buena realmente su previsión? ¿Estaba preparado ahora para ella?

Un pelotón de jinetes de Alend avanzaron hacia la intersección, con la intención de reunirse con ella o de detenerla. Artagel hizo avanzar su montura unos cuantos pasos más adelante y empezó a gritar a los de Alend, advirtiéndoles que se alejaran. Captó un atisbo del Príncipe Kragen, lo vio reaccionar sin ninguna vacilación y gritar a sus hombres que retrocedieran.

En torno a ella, los árboles parecían enfocarse más allá del terreno despejado que

rodeaba Orison. Sólo había estado allí en una ocasión anterior: el día que Geraden apresó a Nyle, poniéndolo en manos del Maestro Eremis. Y el terreno, entonces, había estado cubierto de nieve, y los árboles negros y sin hojas. Y, más allá de la intersección, había habido una fría y helada nieve, no el ejército de Alend.

Tirando inexpertamente de las riendas, hizo que su caballo se detuviera. Inmediatamente, Artagel y sus compañeros formaron un cordón defensivo a su alrededor; instintivamente, se enfrentaron a los de Alend con las espadas desnudas, como si el peligro procediera de los soldados del Príncipe Kragen.

El pulso de Terisa estaba tenso y la cabeza le daba vueltas, pero hizo todo lo posible por ignorar los hombres, los caballos, las espadas. Un cierto número de los soldados de Alend permanecían sentados en sus monturas con sus lanzas horizontales al suelo..., *ignóralos*. Necesitaba *tiempo*, tiempo para ver el lugar vívidamente tal como era ahora, tiempo para considerarlo desde tantos ángulos distintos como fuera posible; tiempo para prepararse para la Imagen que debía ser cambiada.

Desgraciadamente, sus enemigos no eran estúpidos. Y su desaparición de la celda de Eremis les había dado al menos un atisbo de sus auténticos talentos. O bien había escapado por sí misma, o poseía alguna especie de lazo con Geraden que le permitía a éste localizarla y trasladarla en la oscuridad. En cualquier caso, era un oponente peligroso.

Antes de que tuviera una posibilidad de calmarse, sin embargo, antes de que terminara de girar alocadamente a uno y otro lado, intentando ver la intersección desde todos lados a la vez, antes de que supiera lo que iba a hacer, sintió *el roce de un frío tan suave como una pluma y tan agudo como una hoja de acero deslizarse directamente a través del centro de su abdomen...*

...y una forma negra llena de dientes cayó sobre los hombros de uno de los guardias.

Con un solo mordisco desgarrador, le arrancó la base de la nuca.

En el momento en que su cuerpo golpeó el suelo, la criatura se había abierto ya paso hasta su pecho.

Más formas: cinco, diez, quince. Los gritos golpearon los árboles. Las espadas llamearon en el frío amanecer. El Príncipe Kragen y una docena de hombres de Alend cargaron hacia la batalla. Artagel parecía estar danzando a lomos de su montura, pirueteando, mientras ensartaba a un atacante brotado del aire encima de la cabeza de Terisa. Luego se inclinó hacia ella, la bajó de su caballo al suelo, donde podía controlar sus movimientos, mantener su espada entre ella y las criaturas.

Y, sin embargo, a través del caos de la torbellineante visión, de las girantes hojas de las espadas, de los caballos y los dientes y la sangre, sintió aquel *roce de un frío* mientras el espejo permanecía abierto y la traslación proseguía, arrojando contra ella horrores negros tan rápido como podían brotar.

Intentó utilizar la sensación, aferrarse a ella, hacer que la condujera a su Imagen; tenía que ver aquella Imagen en su mente antes de poder cambiarla. Pero la eludía.

Geraden tenía razón. Era imposible.

Otro guardia cayó. Todos los guardias parecían haber caído, con flecosas formas no mayores que cachorros de perro aferradas a ellos. Pero algunos de ellos tenían que ser de Alend, puesto que aún tenía guardias a su alrededor, protegiéndola como Artagel, agitando locamente sus espadas hacia el aire.

Artagel tuvo que empujarla hacia un lado, tuvo que utilizar sus dos manos con la espada para acabar con tres bestias a la vez. El dolor en su costado lo frenaba algo, casi estuvo a punto de costarle la vida. Con un arranque de esfuerzo y dolor, siguió haciendo girar su espada.

Terisa cayó de bruces hacia los cascos de un caballo enloquecido por el pánico. Aquel *roce de un frío* se había clavado en el centro de su abdomen como una pica, ensartándola al suelo. Tenía tanto miedo que lo olvidó todo —olvidó eludir el caballo, las criaturas, olvidó protegerse—, lo olvidó todo excepto la sensación de pluma y acero del espejo de Eremis.

Allá lo encontró: al borde del desvanecimiento, al borde de la ciega oscuridad. *Encima* de ella..., más alto que su propia altura montada en su caballo. Así era como la había eludido: no había tenido en cuenta el modo en que las formas negras *caían* sobre sus defensores.

Como si estuviera saltando hacia arriba dentro de sí misma, arrastrando con ella el frío de la traslación, miró hacia un momento de temporal eternidad, a su plano abismo, y vio la Imagen.

Vio el ensangrentado suelo desde casi cinco metros en el aire, vio los frenéticos y relinchantes caballos, vio sus defensores, los cadáveres, las criaturas muertas o devorando a sus víctimas...

Rápida y dura, desesperadamente, como si cerrara una puerta, convirtió en opaco lo que veía, lo transformó en una Imagen tan vacía como un cristal escarchado.

Dentro de ella, el *roce de un frío* restalló y se desvaneció como si se hubiera roto algo.

Al mismo tiempo, la lluvia de cuerpos flecosos y dientes se interrumpió en seco. De hecho, se interrumpió a mitad de algunas criaturas. Dos de las bestias cayeron al suelo sin el resto de sus cuerpos: habían sido rebanadas por la mitad tan limpiamente como por una guillotina.

El ataque había terminado.

—Terisa —jadeó Artagel—, mi dama. —La sujetó por los brazos, la alzó en pie—. ¿Te encuentras bien?

—Creo que lo rompí. —No podía hallar ningún punto de equilibrio en ninguna parte en la intersección. El suelo oscilaba; los hombres se tambaleaban de lado a lado,

el rostro de Artagel nadaba dentro y fuera de su visión. No tenía ni idea de cómo era aún capaz de hablar, cuando resultaba obvio que había perdido la habilidad de respirar o de pensar o de mantener alzada la cabeza—. El espejo. Creo que estamos seguros.

El Príncipe Kragen apareció: parecía flotar sobre el horizonte, procedente de algún lugar muy lejano.

—Te gustan los riesgos, mi dama —dijo, con los dientes apretados—. He perdido siete hombres.

—Y Eremis ha perdido un espejo —respondió Artagel por encima del hombro, jadeante y furioso—. Quizás a *ti* no le guste el cambio, pero *él* va a pensárselo mucho antes de intentarlo de nuevo. Mi señor Príncipe.

Terisa no tenía ninguna atención que dedicar a Kragen. Sujetó a Artagel por un brazo y preguntó:

—¿Cuántos hemos perdido nosotros?

Él miró a su alrededor.

—Tres.

Tres. Diez hombres en total. Diez hombres muertos porque ella corrió un riesgo que no sabía cómo manejar. *Diez*. Y si finalmente no hubiera conseguido cambiar el espejo como lo hizo, la carnicería hubiera sido peor. Quizá mucho peor. Porque ella corrió el riesgo...

Temblando como un niño, se dejó caer al suelo y se cubrió el rostro con las manos para eludir la visión de la muerte.

Artagel se situó de pie a su lado y miró con ojos llameantes al Príncipe Kragen, como desafiándole a culparla de algo. Cuando Kragen se encogió de hombros y se retiró, Artagel envió a sus guardias de vuelta a Orison.

—Decidle a mi señor Tor que la intersección es segura ahora. Y decidle a Geraden que ella está bien. Rompió el espejo.

Terisa no oyó alejarse a los hombres.

—Mi dama —dijo Artagel con voz espesa—, hiciste lo correcto. Si sólo perdiéramos diez hombres por cada espejo que tiene Eremis, él no tendría ninguna oportunidad.

Terisa no podía alzar la cabeza, ni siquiera por Artagel.

¿Y el Gran Rey Festten y sus veinte mil hombres de Cadwal?

El Tor y Norge y su escolta fueron los primeros jinetes en llegar desde Orison. El Tor no desmontó; quizá no podía hacerlo sin perder la seguridad de que conseguiría volver a subir a su caballo. Pero se dirigió a ella con una voz que Terisa recordó, una voz con astucia y resolución ocultas en su subterráneo retumbar.

—Mi dama Terisa de Morgan, hubiera sido un grave error si hubiera exigido que te quedaras atrás.

Ella intentó asentir sin alzar la vista. Al parecer, el Tor había recuperado una cierta seguridad. Ella había conseguido aquello; ella le había dado al viejo señor un asomo de esperanza demostrándole que era posible luchar contra la Imagería de Eremis.

Luego, Geraden llegó junto a ella. Empapado y lleno de barro, casi delirante de furia y alivio, saltó de su montura frente a ella como si pretendiera arrancarla del suelo. En vez de levantarla, sin embargo, se agachó a su lado, aferró duramente sus hombros, la agitó con suavidad.

—No vuelvas a hacerme esto nunca más —exigió—. No te *atrevas*. ¿No puedes meterte en tu dura cabeza que te quiero? Estamos *juntos* en esto. Antes caminaría sobre el fuego hasta caerme que ser un espectador mientras tú vives o mueres.

Oh, Geraden.

Alzó los brazos hacia él, y él la aferró con un fuerte abrazo.

—Juntos —murmuró ella, a fin de que él no la soltara—. Te lo prometo.

Al cabo de un momento, él la ayudó a ponerse en pie.

Hasta que no se hubo secado las lágrimas y mirado a su alrededor no se dio cuenta Terisa de que todas las fuerzas de Orison y Alend la estaban aguardando.

El Príncipe Kragen estaba allí, montado delante del Tor, con un nuevo pelotón de hombres tras él. Artagel había regresado a sus deberes en Orison; pero el Castellano Norge y su escolta respaldaban al Tor, con un camino lleno de guardias que salían del castillo a sus espaldas. El viejo señor miraba fijamente al Príncipe Kragen; sin embargo, el Príncipe no habló hasta que Terisa lo miró también.

Para su sorpresa, vio inconfundiblemente que algún conflicto dentro de él había sido resuelto. La crispada amargura, la sugerencia de salvajismo, habían desaparecido de su expresión; sus negros ojos brillaban excitados. Terisa no tenía idea de cuál era la decisión que había alcanzado..., pero podía ver más allá de toda duda que le gustaba.

Tras sostener su mirada por unos instantes, el Príncipe se volvió hacia el Tor.

—¿Debo concluir por este despliegue de fuerzas, mi señor Tor —preguntó acerbamente—, que tus intenciones de marchar contra el Gran Rey Festten y el Maestro Eremis en Esmerel no han cambiado?

—Puedes asegurarlo, mi señor Príncipe —respondió el Tor, en un tono en consonancia—. Si hubiera tenido el menor deseo de luchar contigo, no hubiera salido de esta forma de Orison.

Kragen indicó el estandarte púrpura.

—¿Ha vuelto el Rey Joyse?

—No.

—En ese caso —el Príncipe Kragen enderezó los hombros—, el Monarca de Alend desea hablar contigo. Te pide que aceptes la hospitalidad de su tienda, con

Geraden, dama Terisa y el Maestro Barsonage..., y el Castellano Norge, por supuesto.

Terisa y Geraden le miraron fijamente. Norge encajó las mandíbulas como si estuviera reprimiendo un bostezo. Los ojos del Tor mostraron un no disimulado brillo de esperanza. Sin embargo, no preguntó de qué deseaba hablar Margonal. En vez de ello, inquirió firmemente:

—¿Qué garantías de seguridad nos ofrece el Monarca de Alend? Como sus huéspedes, seremos profundamente honrados..., y completamente vulnerables.

El Príncipe Kragen se encogió ligeramente de hombros.

—Mi señor Tor, el Monarca de Alend es un hombre de honor. Ni insulta ni traiciona a sus huéspedes. En esta ocasión, sin embargo, está dispuesto a equiparar tu vulnerabilidad con la suya. Puedes traer contigo a un centenar de jinetes, a los que se les permitirá rodear su tienda. Seguro que ninguna traición por nuestra parte es capaz de matar a cien hombres antes de que ellos puedan amenazar o matar al propio Monarca de Alend.

—Un notable gesto —susurró el Maestro Barsonage a Terisa y Geraden—. El Monarca de Alend es famoso por no correr riesgos con su persona. Quizás aún haya esperanzas para una alianza.

Terisa y Geraden no respondieron. Estaban aguardando a oír lo que diría el Tor.

—Mi señor Príncipe —dijo lentamente el viejo señor, como si nada le sorprendiera—, el Monarca de Alend es inesperadamente considerado. Estoy dispuesto a confiar enteramente en su honor. Te acompañaré de inmediato, con el Maestro Geraden y dama Terisa de Morgan.

Alzó una mano para detener todo movimiento.

—El Castellano Norge permanecerá entre sus hombres..., lo mismo que el mediador de la Cofradía. Mantendrán sus fuerzas preparadas para reanudar la marcha tan pronto como sea posible.

Norge asintió afablemente. El Maestro Barsonage empezó a objetar algo, pero lo dejó correr de inmediato. La idea tras la decisión del Tor era obvia: si el viejo señor era traicionado, la mayor parte de las fuerzas de Orison capaces de luchar permanecerían intactas.

El Príncipe Kragen se permitió una irónica sonrisa.

—Como quieras, mi señor Tor. —Con una mirada hacia Terisa y Geraden, preguntó—: ¿Montáis y os unís a nosotros?

Intentando no apresurarse —intentando no parecer gente que desea desesperadamente una alianza—, Terisa y Geraden fueron a sus caballos, subieron a ellos, y cabalgaron hasta situarse al lado del Tor.

Sin una discernible ansiedad, el Castellano Norge apartó su escolta; se retiró a una corta distancia camino abajo e inmediatamente dispuso a sus hombres formando

un escudo defensivo en torno a la Cofradía y sus carros. A sus órdenes, lo que quedaba de los guardias a caballo salió de Orison y se abrió en abanico en una formación preparada tanto para empezar a luchar como para reanudar la marcha. Luego Norge siguió a los hombres de a pie, mientras el Maestro Barsonage les contaba a los demás Maestros lo que había ocurrido y les preparaba para la posibilidad de que tuvieran que defenderse.

Al mismo tiempo, Terisa y Geraden —con Ribuld tras ellos como si creyera que nadie se daba cuenta de él— avanzaron al lado del Tor y el Príncipe Kragen hacia la tienda donde habían hablado con el Príncipe y Elegia hacía menos de dos días.

Mientras avanzaban, Geraden intentó limpiarse discretamente algo del barro que cubría sus ropas.

Terisa se mostró distantemente sorprendida de descubrir que sus propias ropas no estaban particularmente sucias. El barro en la intersección se había helado hasta formar una capa dura en su superficie. Y, de alguna forma, había escapado a toda aquella sangre... Incluso las criaturas flecosas habían muerto sin marcarla.

Los jinetes desmontaron en la zona abierta que rodeaba las lujosas tiendas centrales. Negándose a la oferta de ayuda del Príncipe, el Tor bajó por sí mismo; pero para conseguirlo tuvo que contener el aliento y aferrarse el vientre hasta que su rostro se volvió negro. Jadeando casi inaudiblemente, con las piernas formando cuña para mantenerse erguido, murmuró como explicación:

—Mi señor Príncipe, espero que el Monarca de Alend no exija que sus huéspedes estén en buena salud. El golpe que recibí recientemente del Monomach del Gran Rey aún me causa... —su rostro se crispó— considerables molestias.

—Mi señor Tor —respondió llanamente el Príncipe—, el Monarca de Alend exigirá solamente que te sientes confortablemente, que disfrutes de un buen frasco de vino —Kragen hizo un gesto a sus huéspedes hacia la más suntuosa de las tiendas— y consientas en verle sin luz.

Sin dejar a Terisa, Geraden y el Tor ninguna oportunidad de hacer preguntas, el Príncipe Kragen se acercó a los faldones de la tienda y dijo a los soldados de guardia que le anunciaran.

Terisa y Geraden se miraron; pero el Tor los ignoró a ambos. Luchando como si estuviera metido hasta las caderas en un lodazal, siguió a Kragen al interior de la tienda.

—Oh, bueno —murmuró Geraden. Había recobrado su sentido del humor—. Si no se nos permite ninguna luz, al menos no tendremos que preocuparnos por aparecer delante del Monarca de Alend con el aspecto de haber salido de una porqueriza.

Terisa sintió deseos de sonreírle, pero estaba demasiado atareada intentando controlar su sensación de que los defensores de Mordant necesitaban urgentemente que saliera algo bueno de aquella reunión con el Monarca de Alend.

Entraron en la tienda detrás del Tor.

Ribuld intentó entrar con ellos. Los soldados de Kragen se lo impidieron.

Como en su anterior visita, el avance de la tienda estaba iluminado tan sólo por los braseros encendidos para dar un poco de calor; al parecer, Margonal sufría la sensibilidad al frío de los viejos. Ahora, sin embargo, el Príncipe Kragen no pidió lámparas para aumentar el resplandor de las brasas. En la profunda penumbra ligeramente teñida de rojo, las sillas y el resto del mobiliario eran difíciles de ver..., cosas imprecisas, vagamente sugestivas. Los postes de la tienda brotaban de la oscuridad como obstáculos.

Transcurrió un momento antes de que Terisa se diera cuenta de que ella y Geraden, el Tor y el Príncipe Kragen, no estaban solos. Dos soldados mantenían los faldones apretadamente cerrados. Los sirvientes aguardaban en torno a las paredes.

Y la forma oscura de un hombre se sentaba en una silla al fondo del avance.

—Mi señor Tor. —La voz que brotó de la forma oscura era vieja y tenue—. Me gusta la cortesía, pero la dispensaré por hoy, a fin de que tu marcha no se vea retrasada. Sin embargo, debo tomarme el tiempo de darte las gracias por no traer a los cien hombres que ofrecí permitir. Aunque te quisiera mal, cosa que no es así, tu decisión te haría seguro conmigo. Un hombre de Mordant tiene que ser valeroso para confiar en el honor de uno de Alend.

—Mi señor Monarca —respondió el Tor—, también a mí me gusta la cortesía. Me complacería ofrecerte los saludos formales y la gratitud que la costumbre y la humildad sugieren. Desgraciadamente, me encuentro herido. Confieso que apenas soy capaz de sostenerme en pie. Discúlpame, mi señor..., debo sentarme.

El Príncipe Kragen se había movido para situarse al lado de su padre. Desde aquella posición, hizo un seco gesto. Al instante un sirviente se apresuró hacia delante con una amplia silla para el Tor.

Gruñendo involuntariamente, el Tor dejó caer su peso sobre el asiento.

—Estás herido, mi señor Tor —dijo el Monarca de Alend—, y sin embargo te propones efectuar una dura marcha de tres días a fin de enfrentarte con el Gran Rey Festten y su nueva cábala de Imageros. ¿Es esto juicioso?

Tras la edad en la voz de Margonal, Terisa creyó oír otra cualidad. Quizá debido a que la casi oscuridad de la tienda hacía que cada forma y tono adquiriera un aspecto ominoso, creyó que el Monarca de Alend sonaba preocupado: acosado por las dudas.

Los había invitado —no, *llamado*— a ella y a Geraden y al Tor allí a fin de probarlos de alguna manera. Porque tenía miedo.

—Mi señor Monarca —el Tor pareció alzar su voz a base de pura fuerza desde el fondo de su vientre—, sinceramente, no estoy seguro de que sea juicioso. El Rey Joyse nunca me hubiera permitido hacer algo así en su lugar, si hubiera estado aquí para prohibirlo. Pero no está aquí, de modo que yo determino la naturaleza de mi

propio servicio a mi Rey.

»La cuestión no se refiere a sabiduría o buen juicio. Se refiere a necesidad. Tengo que ir a luchar contra el Gran Rey y sus Imageros simplemente porque hay que oponerse a ellos.

Por un momento, nadie habló. Bruscamente, el Príncipe Kragen hizo otro gesto. Como si se hubiera completado correctamente un ritual, otros sirvientes avanzaron ahora con sillas para Terisa y Geraden. Silenciosamente, se les indicó que se sentaran.

Luego fue pasada una bandeja; contenía cuatro vasos de vino, tres para Terisa, Geraden y el Tor, y uno para el propio Monarca de Alend. Margonal bebió brevemente antes de invitar a sus huéspedes a hacer lo mismo.

El Príncipe Kragen se abstuvo, como si sólo fuera un sirviente en presencia de su padre.

Terisa observó al Monarca de Alend hasta que le pulsaron las sienes, pero no pudo extraer ningún detalle de su rostro o postura o ropas. Quizá los braseros no estaban allí para calentar después de todo. El hombre permanecía sentado tan lejos de ellos como era posible.

¿Por qué insistía en la oscuridad? ¿Qué ocultaba..., fuerza o fragilidad?

—Bien —dijo, sin ningún preámbulo—, he oído rumores de violencia e Imagería en la intersección. —Sorprendentemente, su tono brusco no reflejaba decisión. Hablar rápidamente sólo hacía más obvia la nota de ansiedad en su voz—. ¿Qué ha transpirado aquí esta mañana, mi señor Tor?

—Una cosa inesperada y esperanzadora, mi señor Monarca. —Por razones propias, el Tor no hizo ningún esfuerzo por proyectar optimismo—. El Maestro Eremis trasladó sus vilezas contra nosotros..., y dama Terisa de Morgan las derrotó. Perdimos algunos hombres defendiéndola —añadió el viejo señor—. El Príncipe Kragen la ayudó galantemente, y así algunos de los hombres que se perdieron fueron suyos, mi señor. Sin embargo, este ataque fue vuelto contra nuestros enemigos. A través de los kilómetros, el espejo del Maestro Eremis fue hecho añicos.

Al Monarca de Alend parecían gustarle los largos silencios. Finalmente, preguntó a Terisa:

—¿Cómo fue eso posible, mi dama?

Ella se obligó con dificultad a sonar firme:

—Supongo que tengo un talento para los cristales planos, mi señor. Si puedo ver la Imagen del espejo, verla en mi mente..., puedo hacer que cambie. —Abrió las manos como para mostrar la sangre en ellas—. Cuando vi la Imagen que estaba utilizando Eremis, hice que quedara vacía.

»Algunas de sus criaturas fueron atrapadas en la traslación. Creo que la tensión rompió el espejo.

—Un despliegue de poder sin precedentes —observó el Monarca, esta vez sin

hacer ninguna pausa—. ¿Y tú, Maestro Geraden? ¿Posees también un talento que ese Eremis no pueda igualar?

El Príncipe Kragen permanecía al lado de su padre sin moverse, sin ofrecer a Terisa o Geraden o el Tor ninguna ayuda.

Lentamente, Geraden respondió:

—Mi señor Monarca, puedo hacer aproximadamente lo mismo con espejos normales..., hacer que cambien sus Imágenes. Pero no lo he probado a través de la distancia. Sospecho que mi talento no llega tan lejos. Creo que tengo que tener el cristal frente a mí para poder actuar sobre él.

De nuevo el Monarca de Alend guardó silencio.

Para aliviar la tensión sobre su visión, Terisa volvió la cabeza, miró en torno suyo. Excepto en la inmediata proximidad de los braseros, la luz era sólo la suficiente como para dejarle ver los sirvientes y soldados como concentraciones de la misma penumbra. Como el Príncipe Kragen, permanecían todos contra las paredes, aguardando las órdenes de su soberano...

No. Casi directamente detrás de ella, en una esquina que no podía escrutar sin doblar ostentosamente el cuello, una esquina tan oscura como el lugar donde se sentaba Margonal..., divisó otra figura sentada. Aquella audiencia tenía al menos un espectador al que se le permitía estar sentado en presencia del Monarca de Alend.

—Mi señor Tor —Margonal pareció hacer un esfuerzo por mantener su voz en un tono firme—, somos viejos enemigos..., aunque, por todo lo que recuerdo, la mayor parte de tus batallas han estado dirigidas contra Cadwal antes que contra Alend. Conoces lo suficiente mi historia como para comprender mi cautela en lo que al Rey Joyse se refiere.

»¿Dónde está?

—¿Mi señor Monarca? —preguntó el Tor, como si no hubiera comprendido la pregunta..., o no hubiera esperado que fuera formulada tan abiertamente.

—El Rey Joyse. —Las palabras del Monarca apuntaron ahora furia y miedo—. ¿Dónde está?

El Tor alzó su vaso, bebió lo que para él era un modesto sorbo.

—Mi señor, no lo sé.

La inmovilidad se difundió a su alrededor. Nadie se movió..., y sin embargo Terisa tuvo la impresión de que todos los de Alend en la tienda se habían puesto rígidos. La postura de Margonal llenó el oscuro aire con advertencias.

Como si la presión del silencio se hubiera convertido en demasiado para él, el Tor dijo roncamente:

—Por favor créeme, mi señor Monarca. Desapareció sin consultar, sin ninguna explicación. Si supiera dónde está, o por qué ha ido allí, es poco probable que estuviera ante ti ahora. Preferiría aguardar su regreso, a fin de que él pudiera presidir

nuestra salvación o destrucción, según considerara adecuado. Esta guerra es cosa suya, y es su deber, mi señor, no el mío.

—Sin embargo, seguramente especulas —restalló inmediatamente el Monarca de Alend—. Debes de tener alguna noción de sus acciones, alguna suposición sobre sus objetivos.

Cuidadosamente, el Tor replicó:

—¿Importa esto, mi señor Monarca? Debemos hacer lo que debemos hacer, independientemente de su paradero..., o de sus razones.

—Me importa a mí. —La voz de Margonal reflejó la impresión de que estaba sudando copiosamente—. Mientras he ocupado mi Trono en Scarab, dos veces ha vuelto del revés el orden del mundo, una para la paz y la prosperidad, para poner un fin al derramamiento de sangre y a las depredaciones de la Imagería, y otra para arruinar todo lo que había creado. Tiene *poder* ese nombre, el poder de hundir todas nuestras vidas en el caos con tanta seguridad como las alzó una vez hacia la paz.

»¿Dónde está?

Terisa miró a Geraden. Podía verle un poco mejor que a los demás; el tinte rojo de sus rasgos lo hacía aparecer febril, un poco loco..., y un poco desesperanzado.

El Tor suspiró dolorosamente.

—Mi señor, mi única *suposición* es que ha ido a alguna parte en busca de la Reina Madin.

Terisa pensó que el Monarca de Alend iba a caer de nuevo en el silencio. Casi de inmediato, sin embargo, respondió:

—Y la Reina Madin ha sido secuestrada por hombres de Alend..., o por hombres que fingían ser de Alend. ¿Qué piensa hacer, mi señor Tor, cuando la haya rescatado? —Pese a su tono suave y quebradizo, su voz contenía pasión—. No dudo que la rescatará. Ese hombre no fracasa en nada. Y, cuando la haya devuelto a la seguridad, ¿qué hará?

Como si se hallara en presencia de una emboscada, el Tor respondió:

—Mi señor Monarca, sólo *supongo* dónde ha ido el Rey Joyse. Han pasado años desde que me sentía capaz de predecir sus acciones.

El Monarca de Alend se agitó repentinamente, se enderezó en su silla.

—No lo has estudiado como lo he hecho yo, mi señor Tor. Yo sé lo que hará. ¡Caerá sobre mí como el martillo del destino!

Impresionada, Terisa escrutó la penumbra, intentó penetrarla para leer el rostro de Margonal. Pero no pudo ver nada útil.

—Mi señor Monarca —aventuró cautelosamente Geraden—, esos hombres no eran de Alend. El Maestro Eremis lo admitió a dama Terisa. El Rey Joyse desapareció antes de que pudiéramos contarle todo lo que sabíamos. Eso es un problema. Pero seguramente descubrirá por sí mismo la verdad. Seguramente cuando

haya interrogado, ¿torturado?, a esos hombres, se dará cuenta de por qué fue secuestrada. Para desbaratar sus planes de la defensa de Mordant. Y para clavar una cuña entre nosotros, a fin de que no pudiéramos unir nuestras fuerzas.

»Cuando regrese..., seguramente no será inevitable que te ataque.

—Maestro Geraden. —Lentamente, la voz de Margonal perdió su vehemencia—. Soy el Monarca de Alend, responsable de todas mis tierras y de toda mi gente..., además de una más bien díscola unión con los Feudos de Alend. En mi lugar, ¿estarías preparado para arriesgar todo tu reino sobre la desnuda esperanza de que un hombre aparentemente loco reconozca la verdad..., y la respete?

El Monarca parecía estar agitando la cabeza. Se dirigió al Tor y dijo:

—Tú deseas una alianza. Pero si uno mis fuerzas con las vuestras, perderé la mayor parte de mi habilidad para defenderme a mí mismo y mi reino. Contra el Rey Joyse. Y contra la posibilidad de que el Gran Rey Festten golpee detrás de vosotros cuando hayáis abandonado Orison.

»Lo que deseas es imposible.

Ahora fue el turno del Tor de permanecer largo tiempo en silencio. Cuando habló, sonó decepcionado, casi triste..., pero también inmovido, como si nada de lo que pudiera hacer el Monarca de Alend fuera capaz de debilitar su determinación.

—Entonces no hay nada más que decir, mi señor. Te doy las gracias por la cortesía de esta audiencia. Con tu permiso, reanudaremos nuestra marcha.

El Tor hizo intención de levantarse de su asiento. —¿Por qué?—preguntó bruscamente, casi desesperadamente, el Monarca de Alend—. ¿Puedes negar que el Rey Joyse parece haberse vuelto loco? ¿Puedes negar que sus propósitos y su política te han llevado al borde de la destrucción? ¿Por qué aún le sirves?

Por un momento, Terisa creyó captar una respuesta feroz trepar por la garganta del viejo señor, un estallido subterráneo. Cuando llegó la respuesta, la sorprendió su gentileza. Muy bien podría estar hablando con un viejo y querido amigo.

—Mi señor, el Maestro Eremis y su Imagería me han costado mi hijo mayor. A su debido tiempo, el Gran Rey me costará toda mi familia. Hay que oponerse a esos hombres.

El Príncipe Kragen no cambió en absoluto su postura. Ninguno de los sirvientes o soldados se movió. La figura sentada detrás de Terisa no emitió ningún sonido. Geraden parecía estar conteniendo el aliento.

Con un roce de finas telas, el Monarca de Alend se echó hacia atrás en su asiento.

Con voz apenas audible, murmuró:

—Has sido bendecido con varios hijos, mi señor Tor. Yo sólo tengo uno. Y ninguno de mis actos puede asegurarle su ascensión a mi trono. Debo ser muy cuidadoso con mis riesgos. Luego su tono se hizo más afilado.

—Mi señor, estaremos seguros en Orison. En el peor de los casos, estaremos más

seguros de lo que lo estamos ahora. Tu intención fija es avanzar hacia Esmerel. ¿Qué queda para impedirnos tomar posesión de Orison tan pronto como te hayas alejado?

Al parecer, el Tor había venido preparado para esta pregunta.

—El Adepto Havelock —respondió sin vacilar..., un bluff mayor del que Terisa hubiera esperado de él—. Artagel y dos mil guardias. Y varios miles de hombres y mujeres que perderían sus vidas antes que ser capturados por Alend.

—Entiendo —jadeó el Monarca de Alend, como si se estuviera hundiendo en el suelo.

A través de la penumbra, Terisa apenas le vio adelantar una mano y tocar el brazo del Príncipe Kragen.

El Príncipe hizo un gesto que era una orden. De inmediato, los sirvientes avanzaron apresuradamente para retirar las sillas de modo que el Tor, Terisa y Geraden pudieran levantarse.

La audiencia había terminado.

El Tor apoyó una pesada mano en el hombro de Geraden y echó a andar hacia los faldones del avance.

Terisa se volvió hacia el otro lado a fin de poder examinar más detenidamente a la persona sentada detrás de ella.

El destello de luz cuando fueron abiertos los faldones confundió momentáneamente su visión, la hizo fruncir los ojos, llenó los rincones de la tienda de oscuridad. Antes de que el soldado junto a la salida la acompañara fuera, sin embargo, vio la muda figura en la silla con la suficiente claridad como para reconocerla.

Dama Elegia.

En el último momento, Elegia miró deliberadamente a Terisa y sonrió.

Luego Terisa se halló parpadeando a la fría luz del sol fuera de la tienda. El Tor y Geraden se dirigían ya hacia los caballos.

El Príncipe Kragen no se apartó de su padre para acompañarles.

Ribuld trajo el penco de Terisa y la ayudó a montar. Al parecer, nadie le había molestado mientras aguardaba junto a los caballos. Por ninguna *razón* en particular, el hecho de que él también estuviera sonriendo la inquietó. ¿Cuándo había aprendido el veterano lleno de cicatrices a disfrutar de estar solo y sin protección en un campamento enemigo?

Deseaba hablarles a Geraden y al Tor de Elegia..., en especial a Geraden, que tal vez pudiera imaginar qué significaba la silenciosa presencia de la dama en la tienda del Monarca de Alend. Evidentemente, sin embargo, tuvo que contenerse hasta que ella y sus compañeros se hubieron reunido con el ejército de Orison.

Las fuerzas bajo el mando del Castellano Norge se prepararon para avanzar de nuevo. Los jinetes corrigieron sus formaciones; los guardias a pie salieron tercamente

del castillo a docenas, a cientos. La noticia de Terisa dejó perplejo y fascinado a Geraden; pero el Tor y Norge e incluso el Maestro Barsonage no parecieron particularmente interesados en ella. No cambiaba nada: habían perdido de todos modos su última oportunidad de una alianza con Alend. Al lado del Tor, el Castellano Norge dio la orden que ponía en movimiento el ejército, luego lo encaminó hacia la intersección..., hacia el camino que se desviaba al sur en dirección al Care de Tor.

Antes de que el Tor y Norge, con Terisa y Geraden, el Maestro Barsonage y la Cofradía tras ellos, alcanzaran la intersección, empezaron a recibir informes que les hicieron dudar.

En el lado más alejado de Orison, los de Alend habían empezado a hacer retroceder el perímetro de su asedio. Los soldados a caballo subieron a sus monturas; los soldados de a pie formaron pelotones.

Como los guardias del Rey Joyse, las tropas de Alend se estaban moviendo.

Los hombres escupieron obscenidades y maldiciones al frío viento. Intentando igualar la calma del Castellano, el Tor preguntó:

—¿Qué supones que significa esto, Norge?

Impenetrablemente flemático, Norge se encogió de hombros.

—El Príncipe no desea seguir manteniendo aislado Orison. Ya no. ¿Para qué?

»Tan pronto como nos hayamos ido, va a golpear directamente las puertas hasta derribarlas y lanzará todas sus fuerzas al interior tan rápido como pueda.

El Tor asintió una sola vez, rígidamente. Sus labios tenían un color azul en el frío reinante; Terisa los vio temblar. Para sí mismo, murmuró:

—Así que el Monarca de Alend dominará finalmente Orison. Y nosotros deberemos permitir que ocurra. Mi Rey, perdóname.

Parecía como si Geraden estuviera masticando un puñado de cristales, pero no dijo nada. La expresión del Maestro Barsonage era pálida y hosca. Sólo Ribuld seguía sonriendo, como un hombre con fuentes secretas de gratificación. Terisa no tenía tiempo de dedicarle ninguna atención, sin embargo. Estaba demasiado ocupada intentando evaluar la nueva claridad que había visto en el rostro del Príncipe Kragen.

¿Iba a hacerle feliz tomar Orison?

¿Iba a dejar Elega que fuera feliz haciéndolo?

En un estado de ánimo muy parecido a la derrota, pese a la reciente victoria de Terisa, la vanguardia del ejército de Orison cruzó la intersección y se encaminó hacia el sur, hacia el vado del Broadwine y el Care de Tor.

No abrumados por los pertrechos o el equipo y armas innecesarios, establecieron un buen ritmo. Pronto los últimos jinetes estuvieron en la intersección; los últimos guardias a pie emergieron de Orison. Hacia el sur, el terreno se elevaba ligeramente..., no lo suficiente como para bloquear la vista del Broadwine desde las altas torres del castillo, pero sí para proporcionar a la vanguardia una buena vista a

todo lo largo del ejército. Ahora Terisa y todos los demás con ella podían ver lo que estaban haciendo los hombres del Príncipe Kragen.

Alejándose de Orison por ambos lados, formaron en dos masas: una más grande, que tomó posición en el camino al noroeste de la intersección, y otra considerablemente más pequeña, que pareció tomar posición para aproximarse a las puertas.

El enorme número de sirvientes y acompañantes del campamento de Alend habían empezado ya a desmontar las tiendas, levantando el campamento.

El Príncipe debía estar muy seguro de que estaría aposentado dentro de Orison antes del anochecer.

Escrutando la náusea en los rostros de sus compañeros, Ribuld rió maliciosamente.

En la cresta de la suave elevación meridional, el Tor dejó que el Castellano Norge condujera el ejército. Con Terisa, Geraden, el Maestro Barsonage y un puñado de guardias, se dirigió a un punto ventajoso de observación fuera del camino desde donde podía observar el avance de sus fuerzas..., y la caída del castillo.

—¿Cuánto tiempo puede resistir Artagel? —preguntó suavemente Terisa a Geraden.

—Mucho más de lo que el Príncipe Kragen piensa —respondió él, masticando cada palabra antes de soltarla—. Sabe lo importante que es esto. Si fracasa, el Príncipe puede cortar nuestros pertrechos.

Oh, estupendo, gruñó Terisa. Maravilloso.

Podía darse cuenta de que tenía el rostro enrojecido por el frío. Deseó que el Tor tuviera el mismo aspecto, pero no era así. Sus mejillas estaban demasiado pálidas; sus boca y ojos demasiado azules. No parecía quedarle suficiente sangre como para soportar lo que iba a ver.

O quizá sí.

—Ahora, Príncipe Kragen —murmuró cuando el último de los guardias alcanzó la intersección y dobló hacia el sur—, haz lo que quieras. Consérvate tú mismo y a tu padre si puedes, y recuerda que fuiste advertido de que esto nunca os salvaría.

Mientras el señor y sus compañeros observaban, la masa más pequeña del ejército de Alend se situó al otro lado del camino frente a las puertas de Orison, justo más allá del alcance de las flechas de los muros.

A la cabeza del cuerpo más grande, el Príncipe Kragen cabalgó hacia la intersección.

Con su portaestandarte llevando ante él la bandera del Monarca de Alend, el Príncipe Kragen condujo al menos seis y quizá siete mil de sus soldados hacia el sur, siguiendo el mismo camino que había tomado el ejército de Orison.

—Tú sabías esto —dijo severamente Geraden a Ribuld.

Ribuld sonrió.

—Gritaron una gran cantidad de órdenes mientras yo estaba aguardándoos. No tuve mucho problema en imaginar lo que significaban.

—¿Y no pensaste que valía la pena que nos lo dijeras? —preguntó Terisa. Deseaba golpear al veterano lleno de cicatrices. También deseaba gritar de alegría.

Disfrutando con su propio chiste, Ribuld respondió piadosamente:

—Hubiera podido equivocarme, mi dama. No deseaba confundiros.

—Empezaron a preparar todo esto mientras nosotros hablábamos con el Monarca de Alend —murmuró Geraden, con fuego ardiendo en sus ojos—. La decisión ya había sido tomada. —Lo cual explicaba la excitación que Terisa había visto en el Príncipe Kragen—. Simplemente estaban aguardando la última palabra de Margonal.

—Entonces, ¿por qué no nos lo dijo? —preguntó Terisa.

—No desean una alianza. —Geraden sonaba maravillosamente seguro—. Desean estar preparados para ayudar si creen que tenemos razón. El Príncipe Kragen *cree* que tenemos razón. Pero también quieren sentirse seguros de abandonarnos, o incluso volverse contra nosotros, si estamos equivocados.

»Te dije que el Príncipe es un enemigo honorable.

El Tor no dijo nada. Mientras el Príncipe Kragen conducía sus fuerzas ladera arriba tras el ejército de Orison, el viejo señor permaneció sentado en su montura, con lágrimas en los ojos y una expresión como una promesa en su amplio rostro.

Un lugar de muerte

El viento seguía soplando del sur..., no fuerte ahora, pero sí constante, y lleno de frío, resonando entre los árboles y a lo largo del suelo como un rumor de carámbanos..., y el ejército de Orison avanzaba hacia sus fauces. Los hombres lo hicieron casi arrogantemente al principio, cuando fue corrida la voz de que el Príncipe Kragen y sus tropas avanzaban hacia Esmerel en vez de atacar el castillo; luego, el talante de los guardias empezó a ensombrecerse, a hacerse más dolorido, como si el viento arrebatara las esperanzas, empujara tanto a hombres como a caballos a inclinar sus cabezas y abrirse camino hacia delante con la parte superior de sus cráneos. El intempestivo frío picaba los ojos, rozaba los lugares donde los correajes o las cotas de malla estaban en contacto directo con la piel; buscaba las aberturas en las capas de invierno y hacía que el aire doliera en los pulmones delicados y causara dolor de oídos. Cuando el Tor y sus fuerzas hubieron cruzado el Vado del Broadwine y se detuvieron para montar el primer campamento, habían perdido cualquier optimismo que se hubieran llevado consigo del Demesne. Desanimado y preocupado, el ejército se volvió de espaldas al viento, se acurrucó sobre sí mismo y maldijo el frío.

Los hombres parecían ya derrotados.

Según los cálculos del Castellano Norge, sin embargo, habían sacado seis kilómetros de ventaja a los de Alend.

—Eso me preocupa —murmuró el Tor, mientras el Maestro Barsonage y los demás Imageros elegían un lugar despejado y empezaban a desempaquetar sus espejos—. No me gusta verme separado del Príncipe..., y no me gusta tener que esperarle.

Norge se encogió de hombros como si el movimiento fuera una agitación de su sueño.

—Llevan consigo todas sus provisiones y equipo y camas y tiendas..., todo lo que necesitan. Tendrán suerte si pueden mantener ese mismo paso con respecto a nosotros. Si el Príncipe Kragen intenta hacerles ir más aprisa mañana, algunos empezarán a caer.

—Y eso no beneficiará a nadie —se preocupó el Tor. Bruscamente, llamó—: Maestro Barsonage.

—¿Mi señor Tor? —respondió el mediador.

—¿Lo he entendido correctamente? ¿Esta noche trasladarás todas nuestras necesidades desde Orison..., y mañana, antes de emprender de nuevo la marcha, lo devolverás todo al castillo para que permanezca allí todo el día?

El Maestro Barsonage asintió. Estaba impaciente por ponerse a trabajar. Uno de

los tres espejos proveedores de pertrechos era suyo.

El Tor lo retuvo junto a él unos instantes, luego dijo:

—Supongo que los de Alend llevan agua y comida suficiente para ocho o diez días. Si sus provisiones fueran añadidas a las nuestras, ¿podrías manejar una traslación así?

Aquello obtuvo la atención inmediata del mediador.

—Mi señor, propones trasladar una enorme cantidad de material. Toda Imagería se cobra su precio. Y solamente tenemos tres espejos.

—Entiendo —respondió más bien secamente el Tor—. ¿Puedes hacerlo?

Él Maestro Barsonage fijó la vista en el suelo.

—Podemos intentarlo.

—Bien. —El viejo señor se dio la vuelta—. Castellano Norge.

—¿Mi señor Tor?

—Envía un mensajero a mi señor Príncipe. Dile que deseo consultar con él..., que deseo consultar con él *urgentemente*..., sobre el asunto de sus provisiones.

—Sí, mi señor. —Si Norge tenía alguna reserva acerca de la idea del Tor, no la reveló. En vez de ello, dio las órdenes necesarias a uno de sus capitanes.

Murmurando para sí mismo, Barsonage volvió a su trabajo.

—Tiene razón, ¿sabes? —comentó Geraden a Terisa mientras se apretaban el cuello de sus chaquetones y observaban los preparativos de los Maestros—. Es mucha traslación para sólo tres espejos..., tres Imageros. Va a ser duro.

Terisa no quería pensar en ello. De hecho, no quería pensar. Habían muerto algunos hombres para mantenerla a ella con vida. Eso era lo que significaba la guerra: algunos hombres morían para que otros siguieran viviendo. El derramamiento de sangre apenas había empezado. Ateridamente, preguntó:

—¿Qué sugieres?

Él la estudió.

—Podríamos ayudar.

Ella le miró con un parpadeo. Podía ver que tenía frío, pero no parecía sentirlo tanto como ella. Aún era *capaz* de preocuparse por ella.

—Puede que la práctica nos haga bien —dijo él casualmente—. Y tú parece como si necesitaras que te recordaran que la Imagería tiene unos cuantos usos —buscó una descripción— menos sanguinarios.

Ella hizo una mueca.

—No creo que tenga las fuerzas necesarias.

—Terisa —dijo él de inmediato—, escúchame. Tú no mataste a nadie. Tú estabas intentando detener las muertes.

Aquello tocó un punto sensible en ella, el dolor de la responsabilidad. Rígidamente, dijo:

—Murieron protegiéndome.

—Pero tú no los *mataste*. Su sangre está sobre la cabeza de Eremis, no sobre la tuya.

—No —contestó ella—. ¿No lo comprendes? Yo no tenía que haberles dado la posibilidad de atacarme. Hubiéramos podido rodear la intersección. Nadie hubiera tenido que morir. Yo tomé esa decisión.

Como Lebbick, los hombres que la protegían habían muerto simplemente por una estratagema, una jugada..., un movimiento en el tablero.

—Eso es cierto. —Geraden le dirigió prácticamente una sonrisa—. Devolviste el golpe. Corriste el riesgo de devolver el golpe..., y todos los riesgos son peligrosos. La próxima vez quizá desees elegir más cuidadosamente tus riesgos, a fin de que nadie tenga que enfrentarse a ellos excepto tú. Nosotros.

»Pero acertaste. Es para eso para lo que estamos aquí, *nosotros*, todos nosotros. Incluidos esos hombres que resultaron muertos. Para devolver el golpe. Si no fuéramos a devolver el golpe, nos habiéramos quedado en Orison.

Elegir más cuidadosamente tus riesgos.

—Mientras tanto —dijo Geraden, como si supiera cuál iba a ser su respuesta—, podemos ser de alguna utilidad. La Cofradía tiene espejos curvos que no van a ser necesarios esta noche. Puedo tomar uno de ellos. Y probablemente haya algún espejo plano de repuesto. Si no lo hay, puedes probar tu buena mano en una traslación regular, donde no tengas que cambiar la imagen.

Se enfrentó a su mirada del mejor modo que pudo. A veces olvidaba lo apuesto que era. Tenía unos ojos de muchacho, una boca de amante, una frente de rey; las líneas de su rostro eran capaces de mostrarse férreas o bienhumoradas casi simultáneamente. Le faltaba el magnetismo de Eremis —era demasiado vulnerable para ese tipo de atractivo—, pero su vulnerabilidad sólo hacía que su fuerza fuese más preciosa para ella, del mismo modo que su fuerza hacía que su vulnerabilidad le fuera más querida. Y era tan bueno en dirigir su atención hacia ella cuando ella la necesitaba...

Acarició su mejilla con una fría mano, hizo descender la yema de un dedo a lo largo de su nariz.

—Espero que el Maestro Barsonage esté de un humor tolerante —murmuró—. Creo que puedo cometer algunos errores más bien espectaculares.

—Tonterías —se burló alegremente Geraden—. Después de los errores que ya hemos cometido, cualquier cosa que puedas hacer mal será algo sin importancia en comparación.

Riendo quedamente, la condujo hacia el terreno despejado donde los Maestros estaban desempaquetando sus espejos.

Cuando le explicó al mediador su idea, la preocupada mirada del Maestro

Barsonage se relajó apreciablemente.

—Eso es demasiado bueno para ser cierto —dijo, como si sopesara las posibilidades—. Algo *tiene* que ir mal. Si ninguno de vosotros rompe un espejo..., y me siento obligado a recordaros que nada de lo que tenemos puede ser reemplazado, quizá los hombres del Príncipe Kragen se vean abrumados por el resentimiento contra la Imagería, y se sientan impulsados a arrojar unas cuantas piedras vengativas.

»Maestro Vixix —era un Imagero de mediana edad, con el pelo como la paja de una techumbre y un rostro tan blando como una piedra de molino—. Necesitamos tu espejo. —A Terisa, el mediador explicó—: El Maestro Vixix ha modelado un espejo plano que muestra una escena perdida en alguna parte en los pantanos de Cadwal. Lo trajimos porque un pantano puede ser un lugar útil para echar en él la basura y los cadáveres. Como arma, sin embargo, tiene muy poco valor. ¿Quizá pueda servirte?

Sin aguardar una respuesta, dio instrucciones a otro Maestro para que desempaquetara uno de los espejos normales de la Cofradía para Geraden.

Pronto el terreno fue despejado, los espejos instalados, y los guardias se prepararon para retirar todo el equipo y provisiones a medida que eran trasladados. Asintiendo satisfecho, el Maestro Barsonage se acercó a su propio espejo y dijo:

—Muy bien. Empecemos.

De pie, más hacia un lado del espejo que frente a él, dio un último toque a su enfoque, luego empezó a frotar el borde del marco con una mano mientras murmuraba palabras que Terisa no pudo distinguir.

Desde la Imagen de la sala de baile de Orison, dos sacos de harina y media ternera curada cayeron al suelo a los pies del Maestro Barsonage.

Otro Imagero produjo un barril de vino, que fue recibido con vítores por los guardias más cercanos. El tercero empezó a vomitar un firme flujo de sacos de dormir a través del cristal.

—¿Te das cuenta —dijo Terisa a Geraden en voz baja— de que no tengo la menor idea de cómo hacer esto? No sé qué palabras decir, o cómo mover mis manos, o nada.

Los ojos de Geraden chispearon cuando se enfrentó al espejo que los Maestros habían desempaquetado para él. Mostraba un árido paisaje bajo un ardiente sol, tan seco que parecía incapaz de sustentar ningún tipo de vida, tan quemado que el suelo estaba hendido por una grieta tan profunda como un precipicio y lo suficientemente ancha como para engullir hombres y caballos. Pese a su pasado, la Cofradía —o al menos el Maestro Barsonage— le confiaba aquel espejo. Acarició delicadamente con las yemas de los dedos los retorcidos adornos del marco de madera de mimosa, sonrió y dijo:

—Puede que suene extraño, pero eso no es exactamente un secreto. Es una de las primeras cosas que aprenden los Aprs..., tan pronto como la Cofradía los conoce lo suficientemente bien como para estar segura de que son serios. La Imagería no

depende de agitar tus manos de la manera correcta, o de efectuar los sonidos correctos. Depende del talento. El resto...

Se interrumpió, miró con ella el espejo del Maestro Vixix. A la escasa luz del anochecer, el pantano de Cadwal parecía un lugar ominoso; oscuro y húmedo; impredecible.

—Mira —dijo—. Mueve tu mano izquierda sobre el marco..., así. —Se lo mostró—. Luego haz un gesto con tu mano derecha..., así. —Se lo mostró también. Después, sin darle ninguna oportunidad para practicar, dijo—: Mientras haces eso, murmura estos sonidos. —Desgranó en su oído una compleja retahíla de sílabas sin sentido.

»La mayoría de los Aprs —comentó— trabajan con cosas así durante un año, de forma intermitente. Tú deberías poder captarlo —la miró con inocencia— casi de inmediato.

Ella le devolvió la mirada, dispuesta a no creer que se estaba burlando de ella..., e incapaz de pensar en otra interpretación.

—Inténtalo —animó él, como si medio centenar de guardias y la mayor parte de la Cofradía no la estuvieran observando—. Adelante.

Su sonrisa parecía prometer que nada podía hacerla daño.

Rápidamente, para no sentirse paralizada por su timidez, Terisa se acercó al espejo plano.

Mueve tu mano izquierda sobre el marco..., así. No, más así. Haz un gesto con tu mano derecha..., eso estuvo mal, inténtalo de nuevo..., con tu mano derecha..., así. Al mismo tiempo. Y murmura.

Trabajando intensamente para recordar las sílabas que Geraden le había transmitido, olvidó por un momento lo que estaba intentando conseguir.

Con un rugir como una catarata, la hedionda agua del pantano empezó a derramarse por encima del borde del marco sobre sus pies.

Sorprendida, saltó hacia atrás.

Instantáneamente, la traslación se detuvo.

Los Maestros y la mayor parte de los guardias estaban riendo; pero la sonrisa de Geraden estaba demasiado llena de aprobación como para hacerle daño.

—Lo siento. —Geraden dejó escapar una sonora risita—. No pretendía azararte. Simplemente, ésta es una de esas situaciones en las que si sabes lo que estás intentando hacer Las cosas se vuelven más difíciles.

Terisa bajó la vista hacia el barro que cubría sus botas. Croando con ronca sorpresa, un sapo se alejó saltando sobre la dura tierra. Pese al frío, sus mejillas y orejas ardían a causa de las risas de los espectadores. Equilibrada entre la indignación y el regocijo, jadeó:

—Espero que puedas darme alguna otra explicación mejor que ésta.

Su tono hizo que él se pusiera inmediatamente serio.

—Las palabras y gestos no tienen nada que ver con la traslación. Son para tu propio beneficio..., para ayudar a concentrarte de una forma particular. Cuando empiezas a aprender, te ayudan obligándote a pensar en ellos en vez de en la traslación. Y, cuando has aprendido, te ayudan como una especie de hábito. Después de las suficientes repeticiones, te ponen casi automáticamente en el estado mental necesario.

»Pero, si te hubiera dicho todo esto al principio, hubieras pensado en *cómo* te estabas concentrando, en vez de concentrarte realmente. Hubiera sido más difícil. Ahora que ya sabes cuál es el estado mental adecuado, hallarás mucho más fácil hacerlo.

Aquello tenía sentido. Terisa lo conocía lo suficientemente bien como para saber que no estaba intentando burlarse de ella. Sintió deseos de echarse a reír...

Pero hoy había visto morir a varios hombres. Y tenía intención, sobre todas las cosas, de matar al Maestro Eremis. No estaba de humor para reírse de nada.

Deliberadamente, regresó al espejo y empezó a despejar su mente a fin de poder cambiar la Imagen, transformar el pantano de Cadwal en la sala de baile de Orison.

Al cabo de poco tiempo, el Príncipe Kragen llegó en persona para discutir la cuestión de sus pertrechos con el Tor. Por aquel entonces Terisa había conseguido ya traer toda una provisión de lonas impermeabilizadas para el suelo desde la sala de baile..., y nadie se estaba riendo. Los guardias y los Maestros se afanaban todos en el trabajo, preparándose para alimentar y alojar a seis mil hombres para la noche.

El Príncipe Kragen hizo notar que no tenía ninguna alianza con Mordant. Y que, sin una alianza, ciertamente no podía confiar las provisiones de su ejército —en realidad la posibilidad de que su ejército siguiera siendo funcional— a un grupo de hombres que históricamente eran sus enemigos, además de estar notablemente locos.

El Tor observó que si el ejército de Alend seguía transportando sus propias provisiones, y seguía intentando mantener el ritmo de marcha de las fuerzas de Orison, alcanzaría Esmerel en un estado no mucho más funcional que si hubiera perdido todos sus pertrechos.

El Príncipe Kragen observó que no haría ningún daño a Alend dejar que Orison se enfrentara primero a Cadwal y probara las fuerzas del Gran Rey.

El Tor observó que dos ejércitos separados de seis mil hombres cada uno podían significar un problema trivial para los veinte mil del Gran Rey Festten, comparado con una fuerza unida de doce mil.

El Príncipe Kragen aceptó aquello. También aceptó la invitación del Tor a cenar. Tras su tono de duda y su taciturna mirada, parecía positivamente feliz.

Aquella noche, envueltos en sus mantas sobre una amplia lona impermeabilizada, Terisa permitió que Geraden se disculpara de nuevo.

—Sé que tenías razón —dijo finalmente Terisa—. Sólo que parece que no soy demasiado adaptable. Todos esos hombres riendo... Ésa es una de las cosas que tienen en común el Maestro Eremis y mi padre. Les gusta reírse de los demás.

—Pero les demostraste a todos que estaban equivocados —observó Geraden—. Ninguno de ellos había visto antes a una mujer con talento. La mayoría de ellos nunca se habían tomado a una mujer en serio. Hasta esta noche, había aún la posibilidad de que no te respaldaran, si alguna vez los necesitabas.

»Pero ahora has atraído su atención. Todo el campamento habla de ti. Lo que hiciste en la intersección fue bueno. El único problema que tuvo es que fue algo demasiado abstracto como para tener mucho impacto. Nadie pudo *ver* lo que conseguiste. Aquí, en cambio... —La abrazó—. Aquí tuviste cientos de testigos. Eres una Maestra. Y los Maestros están haciendo algo útil, algo vital. Para variar.

»Terisa —en la oscuridad, sonó como Artagel, ansioso ante la batalla—, vamos a derrotar a ese bastardo.

Ella esperó que estuviera en lo cierto. Pero parecía haber perdido la habilidad de reír. Por esa *razón*, no estuvo segura.

A la mañana siguiente, ella y Geraden, con el Maestro Barsonage y los otros dos Imageros, trabajaron como esclavos para devolver el equipo de Orison y virtualmente todo lo que los soldados de Alend llevaban consigo a la sala de baile. Luego, protegidos por un destacamento de cincuenta jinetes, tuvieron que llevar furiosamente los carros de la Cofradía hacia delante para alcanzar los dos ejércitos.

En algunos sentidos, aquella carrera fue más dura que la traslación. Tanta traslación obligaba a una tensión que embotaba la mente: minaba las fuerzas hasta que uno se sentía demasiado débil para seguir en pie; hundía el espíritu. Pero no era peligrosa. Todo lo que tenía que hacer era mantener el cambio en la Imagen, y asegurarse de que ninguno de los habitantes de Orison pasaba cerca del punto focal en un mal momento, y mantener el espejo abierto mientras los guardias arrojaban sacos de dormir y comida y utensilios de cocina a su través.

Por otra parte, en cambio, la precipitada carrera para alcanzar los ejércitos era claramente peligrosa.

El peligro más obvio estaba en los propios carros, en los espejos que transportaban. A partir del Vado del Broadwine, los ejércitos habían abandonado el relativamente llano camino de Marshalt para girar hacia el oeste-sudoeste hacia Esmerel, y el camino a Esmerel no estaba particularmente bien cuidado debido a que no era particularmente utilizado. Tan pronto como los carros hubieron cruzado el pequeño y apiñado pueblo en torno a la posada que servía al Vado (desde una distancia sensata, para evitar el peligro de las crecidas), el lecho del camino empezó a ser mucho peor.

Además, el terreno empezó a hacerse rápidamente más desafiante. Según

Geraden, lo que en realidad era la única zona llana del Care de Tor se extendía a lo largo del camino hacia Marshalt. El resto del Care de Tor era como máximo montuoso, con colinas más bien ásperas que no, y en algunos lugares francamente montañoso. Pese a todos los esfuerzos de los conductores, los carros tenían que traquetear sobre protuberantes rocas expuestas, a lo largo de gargantas pedregosas capaces de descoyuntar todas las articulaciones, subiendo colinas apenas cubiertas de tierra firme como para que los caballos pudieran hallar asidero para sus cascos. Y cada bote, salto o bamboleo contra un obstáculo, cada sacudida sobre una piedra, cada sordo golpeteo contra un agujero, amenazaba los preciosos espejos de la Cofradía.

Cuando iniciaron la marcha, Terisa pensó que iba a poder descansar —y evitar el rígido andar de su penco— subida por un tiempo a uno de los carros. Pronto descubrió, sin embargo, que los botes del carro hacían que la silla de su montura pareciera una litera en comparación.

El tiempo se estaba haciendo cada vez más frío. En las gargantas y barrancos, el viento soplaba desde todos lados, helando piel y huesos como hielo invisible; en las alturas y crestas, barría directamente descendiendo de las montañas meridionales, duro e implacable. Por cansada que estuviera, por vacío que sintiera su corazón, no parecía haber nada que Terisa pudiera hacer para mantenerse caliente.

—¿Qué supones que están haciendo en estos momentos esos veinte mil hombres de Cadwal? —preguntó a Geraden, en un esfuerzo por mantener ocupada su mente.

—*Descansar* —restalló Geraden, con poco característica amargura—. Construir fortificaciones. Preparar trampas. Aprender a coordinar sus movimientos con lo que sea que Norge y Gilbur y Vagel planean hacer. Descansar.

—Parece como si tuviéramos todas las ventajas —murmuró ella—. Cuando lleguemos allí, estaremos agotados.

El asintió; luego añadió:

—Lo cual me recuerda algo. Hemos tenido tantas otras cosas en las que pensar que olvidé mencionártelo. Tengo la muy intensa sensación de que esto no es lo que se suponía que debíamos hacer.

Terisa halló aquella idea tan abrumadora que lo miró pese a su fatiga y el intenso frío.

—Dilo de nuevo.

—Tengo la muy intensa sensación...

El camino era poco más que un sucio sendero pisoteado por varios miles de hombres. Se curvaba sobre un risco y empezaba a descender en ángulo hacia una cañada de erosión.

—¿Quieres decir —interrumpió Terisa— que no deberíamos ir así a Esmerel? ¿Que no deberíamos meter de esta forma nuestros cuellos en el nudo corredizo? ¿Que

todo está equivocado?

¿Por qué no lo dijiste antes de que emprendiéramos la marcha?

—No —respondió inmediatamente él—. Lo siento. No me he expresado claramente. No me refiero al Tor, o al ejército, o a la Cofradía..., ni siquiera al Príncipe Kragen. Me refiero a ti y a mí. Personalmente. Deberíamos estar haciendo algo distinto.

La ventaja de una cañada de erosión era que las rocas estaban recubiertas de arena. La desventaja era que las ruedas tendían a cortar esta arena como cuchillos, hundiéndose en ella y haciendo más difícil el tirar de los carros. Los caballos de tiro empezaron a bufar y a luchar en las roderas.

Casi incapaz de contenerse, Terisa preguntó:

—¿Como qué?

Geraden hizo una mueca avergonzada.

—No tengo ni la más vaga idea. Es por eso por lo que no lo estamos haciendo. Ya me conoces. Siempre me tomo en serio esas sensaciones, incluso cuando no tienen sentido. Si esta vez la comprendiera, podría dejar de preocuparme por ella.

El lecho de la cañada era lo suficientemente amplio como para carros y jinetes. Las paredes, sin embargo, se hicieron pronto más empinadas; la cañada se convirtió al poco tiempo en un barranco que se retorció entre altas colinas. Con un esfuerzo, Terisa resistió un vehemente deseo de discutir con él. Hoscamente, murmuró:

—Tú y tus «intensas sensaciones».

Él abrió las manos.

—Lo siento. No hubiera debido traerlo a colación. Es sólo que pensé que debías saberlo.

Ella hubiera debido tranquilizarle de que no hacía ningún daño con aquello..., que tenía derecho a decirle todo lo que sentía. Además, hubiera debido patearle por disculparse tan a menudo. Desgraciadamente, estaba demasiado asustada.

Como la voz de su miedo, un grito se alzó de uno de los guardias en la parte delantera del grupo.

El grito encajaba tanto con su propio estado de ánimo que no pareció necesitar ninguna explicación. Por un momento, ni siquiera alzó la cabeza para ver lo que estaba ocurriendo.

Luego hubo más gritos. Las paredes del barranco atraparon esos gritos y los lanzaron en un caos con el viento. Delante de los carros, los hombres sacaron sus espadas, blandieron sus picas. Los guardias pasaron junto a los carros por ambos lados, gritando a Terisa y a Geraden y a la Cofradía que permanecieran atrás.

Ribuld espumeó furiosamente tras ellos.

Por ninguna razón excepto el instinto, Terisa clavó los talones en los costados de su penco.

—¡No! —Geraden sujetó sus riendas.

Recobrando el equilibrio, Terisa oyó una risa gutural entre los gritos, como si el propio barranco estuviera gruñendo en busca de sangre.

Pudo ver, en medio del tumulto de los jinetes, cómo uno de los guardias caía de su montura, derribado por un lobo lo bastante fuerte como para saltar hasta su pecho, lo bastante grande como para arrojarle del caballo.

Al mismo tiempo, más lobos brotaron del borde del barranco: docenas de ellos; saltando sobre los hombres y caballos que tenían debajo como si no corrieran ningún peligro de romperse sus propias patas y lomos, o no les importara; lobos con espinas brotando de sus espaldas y dobles hileras de colmillos en sus mandíbulas, y unos ojos malignos.

Aquellos que estaban más cerca saltaron directamente a los carros. Hacia Terisa y los Maestros.

Y-Geraden.

El mismo tipo de lobos que habían atacado Houseldon. Predadores capaces de seguir cualquier rastro por el olfato y ningún miedo en absoluto.

Uno de los caballos en las varas relinchó agudamente y se derrumbó al suelo, con los hombros espantosamente abiertos. Su peso arrastró a su compañero encima de él, estuvo a punto de hacer volcar el carro.

Un lobo se estrelló como un martillo dentro del carro, golpeó tan fuerte que el fondo se curvó como si sus ejes fueran muelles. Pese al tumulto de gritos y el dolor y los lobos, Terisa oyó claramente el cristal hacerse añicos.

El conductor del carro saltó de su banco, se escurrió debajo de éste en busca de refugio.

Ignorando a un Maestro que chillaba frenéticamente, agitando sus brazos hacia él como si no fuera más que un gatito, el lobo saltó fuera del carro, en dirección a Geraden.

Al parecer, Geraden había olvidado su espada. En vez de intentar luchar, apartó su montura del camino, condujo su caballo retrocediendo de lado contra el penco de Terisa hasta que ambos caballos chocaron entre sí y con la pared del barranco, lejos del ataque.

Un guardia enterró la punta de su pica en el cráneo del lobo..., luego no pudo extraerla a tiempo para defenderse de otra bestia que pareció saltar en el aire por encima de todos los carros hacia él. Cayó con los puños agarrotados contra el pelaje del lobo, luchando por mantener los colmillos lejos de su rostro.

La caída partió su espalda antes de que el lobo tuviera oportunidad de matarle.

Desde la silla de su caballo, el Maestro Barsonage saltó como pudo hacia el fondo de otro carro. Tirando frenéticamente de las riendas, el conductor obligó a sus caballos a dirigirse hacia la pared directamente debajo de los lobos. En aquella

posición, los lobos que saltaban pasaban por su propio impulso por encima de la cabeza del mediador hacia el carro con el espejo roto.

Mientras el Maestro Vixix y el conductor se protegían como podían en el banco, el mediador bloqueó los costados con su masa, agitando los puños como martillos pilones contra cualquier lobo que se pusiera a su alcance, usando su fuerza de constructor de muebles para mantener a las bestias alejadas de sus espejos.

Los guardias eran un confuso montón en el barranco, obstruyéndose los unos a los otros, golpeando ineffectivamente; las paredes los encajonaban, los bloqueaban. Y un cierto número de ellos habían ido a toda prisa más allá de los carros para enfrentarse el ataque, con el resultado de que ahora la mayoría de los lobos estaban detrás de ellos. Casi chillando aterrorizada, Terisa gritó:

—¡*Proteged a Geraden!* ¡Van detrás de *Geraden!*

Los hombres gritaban, maldecían; las hojas llameaban; los caballos chocaban unos contra otros, se derribaban al suelo. Sin embargo, el grito de Terisa atravesó la confusión. El capitán de la compañía rugió órdenes que ella no pudo entender en medio de la confusión.

Los jinetes más cercanos regresaron a toda prisa a los carros.

Un lobo saltó como un proyectil más allá de los caballos, echando espuma como un perro rabioso. Al mismo tiempo, otros dos se alzaron del suelo detrás de los carros, preparados para el ataque. Y otro saltó del borde del barranco, en dirección al carro entre él y Geraden.

Con un gemido demente, el Maestro que había intentado alejar al primer lobo saltó fuera del banco del carro e intentó atrapar a la bestia en mitad de su salto.

Su peso y su impulso los arrojaron a ambos por encima del borde del carro y entre los caballos.

Entonces Geraden recordó su espada. Forzando aún a su montura a mantenerse entre Terisa y los lobos, empujando su penco contra la pared, trasteó tras él, agarró la empuñadura, luchó por arrancar la hoja de su funda sobre su hombro.

La espada parecía estar encallada. Terisa pudo ver a un lobo alzándose ya del suelo como preparándose para volar. Alocadamente, casi a punto de caer de su propia silla, tendió la mano hacia la espalda de Geraden y sujetó la funda.

La hoja quedó libre con un siseo, hendió la cabeza de la bestia desde los ojos a la garganta. El movimiento de Geraden fue tan violento que sólo la sacudida del impacto impidió ser arrojado fuera de su montura por su propio golpe.

Surgida del caos, la pica de Ribuld ensartó a otro lobo en el pecho y lo abrió en canal. Eso dio a Geraden tiempo para recuperar su equilibrio..., pero no tiempo suficiente para que su falta de experiencia lo engañara. Incapaz de echar la pesada hoja hacia atrás y lanzarla de nuevo antes de que el siguiente lobo saltara contra él, simplemente adelantó la punta de la espada en línea recta hacia la garganta de la

bestia.

Por si acaso el lobo aún no estaba muerto, Ribuld rebanó su cabeza.

Sin ninguna advertencia, el ataque cesó.

Los hombres blandieron sus espadas, aullando por entre los gritos de los heridos: los caballos cabrioleaban y golpeaban asustados el suelo con los cascos; el capitán gritaba advertencias, instrucciones. Pero no aparecieron más lobos, ni en el barranco ni a lo largo de su borde.

Terisa tuvo la sensación de que estaba a punto de derrumbarse por haber contenido demasiado tiempo el aliento. ¿Por qué no había sentido la traslación?

—¡Cuidado! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Quizá se había producido demasiado lejos—. Eremis todavía tiene el espejo. —Tuvo la impresión de que su voz apenas era audible. Quizás Eremis no tuviera exactamente el espejo que necesitaba, de modo que simplemente había tenido que soltar a sus lobos entre aquellas colinas y dejar que persiguieran a su modo a Geraden. La traslación en sí podía haber ocurrido a kilómetros de distancia o hacía horas—. Puede trasladar más siempre que lo desee.

—Lo dudo —murmuró Geraden, al parecer hablando consigo mismo. Mantuvo su espada erguida frente a él y la miró como si le sorprendiera—. Los lobos viajan en manadas. —La sangre se deslizaba por la hoja hasta sus manos, sus antebrazos; la parte frontal de su capa estaba salpicada de rojo—. Y los espejos tienen un radio de acción relativamente pequeño. No es probable que haya otra manada viviendo tan cerca de ésta. —Mientras seguía sujetando la empuñadura, sus brazos empezaron a temblar—. Después de su ataque a Houseldon, Eremis probablemente tuvo que aguardar todo ese tiempo sólo para conseguir estos lobos.

Bruscamente, como si cada movimiento le doliera, Geraden limpió la hoja con su capa y volvió a meterla en su funda.

—Eremis puede dejar caer una avalancha sobre nosotros en el momento en que lleguemos cerca de uno de sus espejos planos. Pero no puede forzar a una manada de lobos a ponerse a su alcance en otro mundo.

El capitán asintió hoscamente, luego anunció:

—De todos modos, vamos a tomar precauciones. —Envió a cinco hombres hacia delante para *alcanzar* al Tor e informarle de lo que había ocurrido. Luego, más hombres fueron asignados a tareas de exploración.

De alguna forma, Terisa había conseguido salir incólume del ataque. Ni una gota de sangre la había manchado. La única mancha de ella que llevaba era la que el Adepto Havelock había dejado sobre su blusa.

Esta vez, sólo seis personas a su alrededor habían resultado muertas. Dos caballos habían muerto también. Hubo que acabar con los sufrimientos de otros dos. Un Maestro había resultado muerto: Cuebard. Hasta que vio su cadáver no supo Terisa

cómo se llamaba: jamás había oído pronunciar su nombre. El capitán contó diecinueve lobos muertos.

—Maldito sea este terreno —gruñó—. En un sitio abierto, hubiéramos podido convertirlos en carne de perro muerta sin sufrir más que algunos arañazos.

Intentando no apresurarse, Barsonage y el resto de los Maestros desempaquetaron todos los espejos.

Afortunadamente, sólo uno se había roto: el espejo plano del Maestro Vixix, con su imagen del pantano de Cadwal.

—Gracias a las estrellas. —Pese al frío, el Maestro Barsonage estaba sudando abundantemente—. Somos más afortunados de lo que nos merecemos.

—Es culpa mía —dijo el capitán, gruñendo obscenidades contra sí mismo—. El Castellano Norge va a colgar mis pelotas de un palo. Hubiera debido enviar exploradores desde un principio.

—No te preocupes por ello, capitán —murmuró sardónicamente Ribuld—. Te necesita demasiado. No va a arrebatarle tu hombría a menos que ganemos esta guerra y terminemos de vuelta a la seguridad de Orison.

»Pero, si ocurre eso, vigila tu entrepierna.

Varios de los guardias rieron, más como reacción a la lucha que porque consideraran divertido lo que acababa de decir Ribuld.

—¿Estás bien? —preguntó Terisa a Geraden en privado.

Él sacudió negativamente la cabeza; se contradijo a sí mismo con un asentimiento; se encogió de hombros. Al frío viento y a la pared del barranco, dijo:

—He tenido otra muy intensa sensación.

—Oh, bien. —Ella intentó ayudarle sonando irónica más que preocupada—. De alguna forma, sé que me va a gustar ésta.

—He tenido la muy intensa sensación... —Los músculos de su mandíbula se crisparon, se relajaron—. Cuando empiece realmente la lucha, será más prudente que nos aseguremos de tener con nosotros a alguien que maneje mejor que yo una espada.

Terisa asintió desanimadamente. Y mejor que Ribuld también, se dijo para sí misma, recordando a Gart, que había vencido a Ribuld y a su muerto amigo Argus simultáneamente.

Elegir más cuidadosamente tus riesgos. Pensaba hacerlo. Lo único que necesitaba era imaginar cómo.

Mucho antes del mediodía ella y Geraden, con el Maestro Barsonage, la Cofradía y los guardias, se reunieron con el ejército de Orison. Cuando el Tor se hubo asegurado personalmente de que sus noticias no eran peores que el informe que había recibido, retumbó:

—Mañana tendréis quinientos hombres con vosotros. El Maestro Eremis puede golpearos de nuevo. Y mañana habrá un claro peligro de encontrarnos con los

exploradores y las avanzadillas del Gran Rey Festten.

Aquello no hizo sentirse a Terisa ni mejor ni peor. La precaución era algo sensato. Por otra parte, estaba segura de que el destino de Mordant no podía decidirse por un encuentro al azar con exploradores o avanzadillas. Y tenía una clara sensación de que Eremis no iba a atacar de nuevo. Con sus enemigos tan cerca de él ahora, aguardaría hasta que recorrieran todo el camino hasta su trampa, se pusieran completamente a su merced. No estaba interesado en nada tan relativamente directo como la victoria. Deseaba aplastar y humillar, *aniquilar* a cualquiera que se opusiera a él. Hiciera lo que hiciese cuando sus enemigos alcanzaran Esmerel, intentaría hacerles daño tanto espiritual como físicamente.

Cuando pensó en Nyle, sus entrañas se contrajeron hasta que apenas pudo respirar.

Durante la tarde, a través del complejo y peligroso terreno, el ejército de Orison y el del Príncipe Kragen avanzaron en el poco primaveral frío. Los jóvenes impacientes y aprensivos pedían el regreso de la primavera; los canosos veteranos con juanetes o artritis predecían nieve. Los caballos pateaban inquietos, tiraban de sus riendas, se encabritaban sin motivo. Orison y los ánimos parecían dolorosamente lejanos, pese a la magia de los espejos. Kilómetro tras kilómetro, los defensores de Mordant iban acortando la distancia a Esmerel.

Al anoecer, los hombres se detuvieron para acampar en las alturas de un conjunto de colinas, donde el viento podía azotarles con todo su hielo y donde sus luces y fuegos de campaña eran visibles en todas direcciones..., y donde sería casi imposible que ninguna tropa enemiga les sorprendiera. Los comandantes del Príncipe Kragen desplegaron a sus soldados; el Castellano Lebbick organizó la guardia. El Maestro Barsonage y la Cofradía desempaquetaron los espejos.

Cuando el mediador descubrió su espejo, lo primero que él y todos los demás vieron en la Imagen fue a Artagel sentado encima de un montón particularmente alto de sacos de dormir y lonas impermeabilizadas para el suelo.

Llevaba todavía las ropas de Lebbick, la sangre de Lebbick. Su expresión era una extraña combinación de excitación y aburrimiento.

—¿Qué está haciendo ese idiota? —preguntó el Príncipe—. ¿No corre el riesgo de una traslación?

Luego, con voz ominosa:

—¿Qué ha hecho con nuestros pertrechos?

Kragen tenía razón: ninguno de los pertrechos de Alend que habían sido trasladados a Orison aquella mañana eran visibles en la Imagen.

Antes de que nadie pudiera decir nada, sin embargo, Artagel dejó clara su intención. Con el aire de un hombre que repite una acción que ha ensayado tantas veces que ha llegado a hastiarle, alzó una gran hoja de pergamino y la volvió

lentamente a fin de que pudiera ser vista en todas direcciones a su alrededor.

Había algo escrito en el pergamino. Al otro lado de la colina donde se alzaba el espejo, el sol se estaba poniendo, y la luz no era especialmente buena. Pero Artagel estaba preparado para esa dificultad. A su alrededor, la sala de baile resplandecía con antorchas.

Era fácil leer su mensaje.

¿Qué deseáis que haga con los pertrechos de Kragen?

El Príncipe se envaró; su mano fue a la empuñadura de su espada. Observó atentamente mientras el Tor pedía un trozo de pergamino y un estilo de carbón.

El viejo señor escribió:

El Príncipe Kragen nos trata honorablemente. Devuelve sus pertrechos.

Mostró el mensaje al Príncipe Kragen, luego le tendió el pergamino al Maestro Barsonage.

Diestramente, Barsonage depositó el mensaje sobre las rodillas de Artagel.

Artagel lo leyó, miró a su alrededor, se encogió de hombros. Parecía decepcionado; sin embargo, no protestó. Agitó los brazos, gritó algo; y de inmediato una nutrida serie de hombres y mujeres —al parecer aldeanos reclutados— empezaron a traer montones de las posesiones de Alend de vuelta al centro de la sala de baile.

Notando la congestionada expresión en el rostro del Príncipe Kragen, Terisa dejó escapar un suave y silencioso suspiro de alivio. Le hubiera costado muy poco o nada creer que había sido traicionado..., y entonces no hubiera tenido más elección que atacar a las fuerzas de Orison.

Al cabo de poco tiempo todo estaba preparado. Saludando de forma casual al vacío aire, Artagel abandonó la imagen para que pudiera empezar el proceso de traslación.

Mientras guardias de Orison y soldados de Alend se preparaban para distribuir utensilios y comida y bebida y artículos de cama por todo el campamento, el Maestro Barsonage y sus compañeros Imageros se pusieron a trabajar.

Geraden se unió a ellos, utilizando el espejo curvo al que ya se había acostumbrado. Terisa, por su parte, no tuvo ninguna contribución que hacer. El del Maestro Vixix era el único espejo plano de cualquier tamaño que la Cofradía había traído como repuesto de los otros tres espejos titulares. De modo que, tras contemplar el trabajo durante unos instantes, se dirigió hacia el obviamente más débil de los tres Maestros —un frágil hombrecillo llamado Harpool, que no había soportado el ataque de los lobos especialmente bien—, y le ofreció sustituirle para que pudiera descansar un poco.

El hombrecillo aceptó agradecido y se alejó inmediatamente, con paso tambaleante, hacia una copa de vino y una cabezada antes de cenar. Cuando se

enfrentó al espejo, sin embargo, Terisa descubrió con aflicción que no podía hacer nada con él. Hizo gestos y murmuró como Geraden le había enseñado; se tendió hacia aquel estado mental especial, aquella concentración particular, que se había convertido en algo familiar para ella la noche antes y aquella mañana. Pero ahora no ocurrió nada.

Geraden, el Maestro Barsonage y el otro Imagero no se dieron cuenta del problema —estaban tensándose como bueyes tirando del carro de sus propias traslaciones—, pero todos los demás en las inmediaciones observaron su dificultad y se detuvieron para mirar.

—Lo ha perdido —murmuró un guardia—. Se asustó tanto que lo ha perdido.

—Dale tiempo —restalló lealmente Ribuld.

Aquello era demasiado..., *realmente* demasiado. Dos duros días en el camino. Dos sangrientos ataques contra su vida, o la de Geraden. Horas de trabajo vaciando su mente en el espejo del Maestro Vixix. Y, ahora, su talento desaparecía como si hubiera sido desconectado en su interior.

Si el Rey Joyse creía que ella podía soportar *aquello*, encima de todo lo demás, estaba realmente loco.

Sin ninguna razón especial excepto que no podía absolutamente soportar la vergüenza de apartarse del espejo, de mostrar su fracaso frente a todos aquellos hombres, intentó cambiar la Imagen.

Casi sin esfuerzo, la sala de baile de Orison se convirtió en el pantano de Cadwal..., no porque ella lo hubiera elegido conscientemente, sino porque resultó que estaba presente en sus pensamientos.

Oh. Lo miró. El pantano de Cadwal. Su talento no había desaparecido.

Entonces, ¿por qué...?

Tocó el marco del cristal; hizo gestos; murmuró. Como una estúpida, consiguió un segundo chorro de hedionda agua del pantano sobre sus botas. Esta vez no hubo ninguna rana.

Oh.

Entonces comprendió. No podía usar un espejo a menos que cambiara la Imagen. Su poder sólo funcionaba con Imágenes que ella misma había situado en el espejo.

No, eso no tenía ningún sentido. ¿Por qué había sido capaz de usar ayer el espejo del Maestro Vixix sin cambiarlo?

Concentrándose fieramente ahora, ignorando a los hombres que retiraban pertrechos, a los hombres que la observaban, dejó que el espejo del Maestro Harpool recobrara su Imagen natural. Luego, con la brillantemente iluminada sala de baile enfocada, intentó de nuevo trasladar un pellejo de agua.

Esta vez, cruzó el espejo tan rápidamente que tuvo que saltar a un lado para evitar ser aplastada.

Perfecto. Me encanta esto. ¿Quién dice que la Imagería es dura?

Rechinando los dientes para ahogar un grito, Terisa siguió trasladando provisiones fuera de la sala de baile hasta que el Castellano Norge anunció a los de Alend y los guardias que ya tenían todo lo necesario para la noche. Inmediatamente se apartó del espejo, le pidió vino a Ribuld, y bebió dos vasos tan rápidamente que hicieron que le diera vueltas la cabeza.

Casi tambaleándose por el cansancio, Geraden se acercó a ella. Al momento ella consideró una bendición que él estuviera demasiado cansado como para notar su crispado estado; demasiado cansado incluso para preguntarle cómo habían ido sus traslaciones. Pero más tarde, después de que una cena caliente lo hubiera restablecido algo, y fueran juntos a la cama, ella se obligó a sí misma a contarle lo que había ocurrido. Necesitaba una explicación, si él tenía alguna que proporcionarle.

Su tono hizo que Geraden abriera bruscamente los ojos para mirarla. Escuchó atentamente hasta que ella hubo terminado; entonces se dejó caer hacia atrás y contempló las frías estrellas.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó ella.

Él se tomó un largo momento para pensar antes de murmurar:

—No estoy seguro.

»Todo esto es un territorio sin cartografiar. Havelock es el único Adepto que ha tenido nunca la Cofradía..., y no ha contribuido mucho a nuestro conocimiento general de la Imagería en los últimos años. En realidad no comprendemos a la gente que puede usar espejos que no ha hecho. Para la mayoría de nosotros, la forma en que funciona normalmente, tú lo sabes bien, es que existe algún tipo de interacción entre el talento de un Imagero y su espejo mientras lo está modelando. De modo que nadie puede usar ese espejo excepto el hombre que lo ha hecho.

»Como un experimento, hace años, la Cofradía tomó a varios hombres que deseaban ser Aprs, pero que evidentemente no tenían ningún tipo de talento, y les dejó intentar hacer espejos. No funcionó. Algo iba siempre mal. Tienes que ser un Imagero para poder modelar un espejo. Y tienes que ser ese Imagero en particular para poder modelar ese espejo en particular.

»No estoy seguro de por qué al principio no pudiste usar el espejo del Maestro Harpool, y luego sí. Pero sabemos que él tiene una relación especial con él. Ningún Imagero normal puede utilizarlo, excepto él. Mi suposición es que aún hacía demasiado poco tiempo que lo había modelado. Tuviste que reemplazar su talento por el tuyo, imponer tu poder sobre él, y no pudiste hacerlo sin cambiarlo antes.

»Si estoy en lo cierto, la razón por la que no tuviste ningún problema con el espejo del Maestro Vixix fue porque él no lo había usado recientemente. De hecho, puede que ni siquiera haya hecho nunca ninguna traslación con él. Sus interacciones con él no eran lo suficientemente frescas como para interponerse en tu camino.

Terisa no tenía ninguna forma de saber si aquella explicación tenía algún sentido o no. Suavemente, dijo:

—Haces que suene como si el espejo estuviera realmente vivo.

Geraden besó su frente.

—No sé nada al respecto. Pero el talento está ciertamente vivo. La relación entre un Imagero y su espejo tiene que estar viva de algún modo.

Ella pensó en ello durante largo rato antes de que él se durmiera. *Elegir más cuidadosamente tus riesgos*. Si deseaba ayudar a luchar contra el Maestro Eremis — si realmente tenía intención de matarle—, necesitaba comprender sus propias limitaciones.

A la mañana siguiente, antes de que ella y los Maestros hubieran terminado de devolver los pertrechos a Orison, el viento trajo nubes desde el sur.

La lluvia fue suave al principio, opaca y gris antes que opresiva; cortó la luz del sol sin hacer el aire apreciablemente más frío. Pero, a medida que avanzaban la mañana y la marcha, las nubes se hicieron más densas, el cielo se volvió plomizo y retiró todos los colores del paisaje. Una sólida masa cubrió el Care de horizonte a horizonte, poniendo un peso sobre la moral de los dos ejércitos, estrujando expectación en preocupación, preocupación en temor.

Al mismo tiempo, el viento se volvió unos cuantos y significativos grados más cálido.

Aprensivamente, Terisa preguntó a Geraden:

—¿Crees que Eremis puede tener el poder de trasladar el *tiempo* contra nosotros?

Geraden bufó.

—Si pudiera hacer traslaciones a esa escala, no necesitaría luchar contra nosotros. Simplemente podría enviarnos tornados hasta diezmarnos.

Aquello era un alivio..., en cierto modo. Eremis también tenía sus límites.

—En otras palabras, simplemente tiene suerte de que este cambio de tiempo se produzca en el momento en que más lo necesita.

—O la tenemos nosotros. —Geraden la miró, sonriendo con todos sus dientes—. Cuanto peores sean las cosas, tanto más sabremos que estamos haciendo las cosas que el Rey Joyse desea. En el momento en que Eremis parece más imbatible, entonces es cuando es más vulnerable.

Ahora fue el turno de ella de bufar.

—¿No eras tú el que me acusabas *a mí* de tener una imaginación morbosa?

Geraden se echó a reír, pero no sonó especialmente divertido.

Poco después del mediodía, los ejércitos de Orison y Alend empezaron a encontrar sangre en el suelo.

Viejas manchas: medio borradas por el tiempo, negras; algunas cruzando amplias extensiones de duro suelo; algunas en hendiduras protegidas; algunas aferrándose

como líquenes a las ásperas rocas. Salpicaban piedras y tierra como las señales de una enfermedad..., infrecuentes al principio; pero pronto más comunes, mostrándose en barrancas abiertas o laderas accesibles de colinas por todo el complejo terreno, en lugares donde los hombres podían haber luchado por sus vidas.

—El Perdon —pronunció hoscamente el Príncipe Kragen—. Sus hombres lucharon solos aquí contra el Gran Rey Festten. Fueron atrapados aquí, perseguidos y cazados aquí. —Tragó una obscenidad—. En este laberinto. Y masacrados.

»Hubieran podido salvarse. Hubieran podido huir a Orison. Si hubiéramos comprendido correctamente al Gran Rey, nunca hubiera intentado traer sus fuerzas a ninguna parte excepto aquí. Pero el Perdon no lo sabía. Sólo sabía que debía luchar por Mordant..., y que no podía confiar en su Rey. Así que condujo a Cadwal aquí, donde el Gran Rey Festten más deseaba ir.

»Fue un hombre valiente —gruñó el Príncipe—, que fue terriblemente traicionado. Espero que no llegara a saber la verdad antes de morir. Hubiera sido algo insoportablemente amargo.

Pero no había cadáveres.

No había restos de armamento o de equipo.

Ni huesos.

Toda la región había sido limpiada.

Los animales carroñeros podrían haber vaciado las cotas de malla, limpiado el hierro; algunos de ellos podrían haberse llevado los huesos para roerlos en sus madrigueras. Sin embargo, los muertos hubieran debido dejar algo más tras ellos que sólo su sangre.

Los exploradores no trajeron ninguna noticia de Cadwal. Allá donde cabalgaban, sólo encontraban sangre vieja. En las gargantas protegidas del viento o la lluvia encontraron huellas de botas y cascos, yendo en todas direcciones, marcándolo todo. Pero ninguno de ellos halló ninguna prueba de la presencia del ejército del Gran Rey Festten en ninguna parte.

El Tor expresó su opinión de que aquello era imposible. El Castellano Norge y el Príncipe Kragen enviaron más exploradores, doblaron y triplicaron el número de los hombres que rastreaban las laderas de las colinas, los lechos secos de los ríos, los grupos de resistente y testaruda maleza. Sin embargo, nadie descubrió nada, nadie averiguó nada.

Y, una o dos horas antes del anochecer, la vanguardia del ejército de Orison llegó a la vista de Esmerel.

La «sede ancestral» del Maestro Eremis se erguía a la entrada de un valle en forma de cuña, casi directamente contra el desfiladero casi vertical que dejaba caer un riachuelo hasta el fondo del valle. Un arquero en el tejado de la casa hubiera podido alcanzar con sus flechas los costados del valle en tres direcciones. Desde el

desfiladero, sin embargo, el valle se abría amplio hasta que era más que ancho para acomodar a los ejércitos que se aproximaban. Su riachuelo, y la extensión de su suelo, daban la impresión de que tenía que ser uno de los lugares más agradables en el Care de Tor.

Sus paredes, por otra parte, eran ásperas y escabrosas; casi impracticables. Recios salientes de roca las sostenían como murallas. Y no se hacían menores a medida que la cuña se ampliaba. En vez de ello, alzaban sus negras piedras contra el cielo hasta terminar bruscamente, curvándose hacia dentro antes de detenerse como para estrangular el amplio suelo del valle.

No había sangre allí. A poco más de un kilómetro fuera del valle, toda evidencia de la vida y la muerte del Perdon desaparecían.

El valle en sí estaba vacío.

Esmerel era un edificio bajo, por razones que resultaban obvias a simple vista: incluso a aquella apagada luz cerrada por las nubes, el plano techo del edificio, su irregular perfil, encajaba con los alrededores, le proporcionaba contraste suficiente como para ser distintivo, camuflaje suficiente como para ser armonioso. Terisa había oído de labios de Geraden que gran parte de la casa estaba por debajo del nivel del suelo, anclada en la roca del valle. Instintivamente, lo creía..., aunque no podía olvidar la sellada ventana y la débil luz en la habitación donde Eremis la había encadenado. Quizá la celda de Nyle estuviera a un nivel por encima del suelo. Ciertamente, la ventana sí lo estaba, No tendría que ser demasiado difícil de localizar.

Con el Príncipe Kragen y sus capitanes, el Tor y el Castellano Norge, Geraden y el Maestro Barsonage, estudió la parte delantera de Esmerel siguiendo la longitud del valle. Desde aquella distancia no podía discernir lo que proporcionaba su textura a las paredes; pero podía ver claramente el pórtico, sostenido sobre la entrada principal por recios pilares.

La puerta estaba cerrada. Todas las ventanas tenían las contraventanas echadas y estaban a oscuras. Nadie se movía alrededor del edificio, o en el cercano corral para los caballos a un lado de la casa, o a lo largo del arroyo. Bajo las oscuras nubes, todo el lugar daba la sensación de estar desierto, como si llevara largo tiempo olvidado.

El suelo, sin embargo, aún mostraba las cicatrices de centenares de caballos, centenares de hombres.

Al cabo de un tiempo, el Príncipe Kragen preguntó:

—¿Qué piensas de esto, mi señor Tor?

—Pienso —murmuró el Tor, como si su confianza estuviera menguando— que debemos mirar dentro.

—Es una trampa, mi señor —comentó Norge.

—Por supuesto —suspiró el Tor—. ¿No es para eso para lo que vinimos, Geraden, mi dama Terisa? —Les miró malhumoradamente—. ¿Para meter nuestras

cabezas en la trampa?

Por alguna razón, la montura de Geraden desconfiaba del valle e intentó alejarse de él. Refrenando incómodo el caballo con las riendas, dijo:

—La única forma en que podemos averiguar a lo que nos enfrentamos es ir a mirar, mi señor.

Terisa no podía apartar los ojos de Esmerel. La atraía como el propio Maestro Eremis, lleno de promesas y destrucción. Había estado prisionera allí. Había conocido a Vagel; había visto a Nyle. Eremis casi había conseguido lo que quería de ella...

—Vamos —dijo, sin intención de hablar en voz alta—. Vamos a mirar.

El Castellano Norge se encogió de hombros. El Tor se sonó la nariz con el dobladillo de su capa.

El Príncipe Kragen dirigió a Terisa una inclinación de cabeza que no sugería ni burla ni respeto.

Como si nadie hubiera dado realmente ninguna orden, las órdenes empezaron a derivar hasta el cuerpo principal de los dos ejércitos. Mientras la vanguardia avanzaba sobre Esmerel, los soldados de Alend y los guardias siguieron hasta que estuvieron muy adentro del relativo refugio del valle, casi a mitad de camino del desfiladero; luego, con una compañía de quinientos jinetes, la vanguardia avanzó, y los dos ejércitos —Alend a un lado del arroyo, Orison al otro— empezaron a prepararse para acampar o presentar batalla. Los hombres más cercanos al pie del valle empezaron a levantar como precaución un parapeto de tierra de pared a pared.

En silencio, la vanguardia se aproximó a Esmerel.

—¿Sabéis? —dijo el Maestro Barsonage a nadie en particular, hablando simplemente para tranquilizarse a sí mismo—. Nunca había visto este lugar hasta que Geraden creó una Imagen de él en el espejo del Adepto Havelock. Me sorprende observar lo exactamente que fue *capaz* de verlo.

Nadie en particular escuchó al mediador.

Los jinetes siguieron avanzando. Ahora Terisa podía discernir que los pilares del pórtico eran de secoya; que los lados del edificio estaban contruidos con tablas enceradas sostenidas por costillares y columnas de piedra. Un hermoso diseño..., pero el lugar seguía vacío. El aire de abandono de Esmerel se hacía más profundo a medida que los jinetes avanzaban más y más en la penumbra provocada por las paredes del valle.

Todos los caballos estaban nerviosos: se agitaban; pateaban; mordían sus riendas.

El portaestandarte del Príncipe Kragen lanzó una llamada de su cuerno de batalla, una fiera sucesión de notas que, pese a todo, sonó desolada y quizá predestinada cuando resonó en las murallas de piedra. Nada se agitó en Esmerel. Ninguna de las ventanas parpadeó o se abrió. Bajo su pórtico, la puerta parecía lo bastante pesada

como para resistir cualquier cosa.

Bruscamente, Geraden retrocedió; el Príncipe Kragen escupió una maldición; y, casi al instante, Terisa pudo oler lo que inquietaba a los caballos.

El dulce, acre, nauseabundo hedor a sangre y podredumbre vieja, muerte olvidada, carne dejada convertir en carroña.

—¿Qué hay ahí *dentro*? —preguntó uno de los capitanes, como si hubiera olvidado que todos podían oírle.

—Afortunado de ti —murmuró Ribuld como respuesta—. Afortunados de nosotros. Vamos a descubrirlo.

Tan pronto como reconoció el hedor, sin embargo, Terisa perdió su miedo. Había estado esperando algo así. Un ataque espiritual al mismo tiempo que físico. La adrenalina corrió por sus venas; la energía llenó sus músculos. Aquél era el dominio del Maestro Eremis: allí estaba en su elemento. Todo lo que ocurriera ahora ocurriría porque él lo deseaba.

Primero dijo:

—No era así hace cuatro días. No pude oler nada de esto. —Luego dijo—: Aquí es donde vi a Nyle. Dentro.

Con el rostro crispado, Geraden se lanzó hacia la puerta.

—¡Geraden!

El grito del Tor restalló como un látigo, arrojó a Geraden hacia atrás. Feroz y pálido, dio media vuelta para enfrentarse al viejo señor.

—Vayamos —susurró—. Tenemos que encontrarle.

El Tor no apartó su mirada de Geraden.

—Castellano Norge —tosió—, abre esa puerta. Haz seguras las habitaciones dentro. Entraremos cuando nos hagas la señal.

Norge saludó. Al menos trescientos guardias se apartaron para formar un perímetro protector en torno al edificio y la vanguardia. Algunos hombres desmontaron para sujetar sus caballos. El resto siguieron al Castellano Norge a pie.

En formación de combate, las espadas dispuestas, se acercaron a la puerta.

No estaba asegurada por dentro. Cuando Norge alzó la aldaba la puerta giró hacia dentro, abriéndose a la oscuridad.

Él y sus hombres entraron en la casa.

Terisa escrutó los nítidos bordes del valle. Sin ninguna razón determinada, esperaba ver hombres allí: hombres de Cadwal aferrando sus armas; un ejército avanzando para rodear las fuerzas de Orison y Alend. Esmerel era una trampa. Pero eso no tenía ningún sentido. Había estado prisionera allí hacía sólo unos días. El Maestro Eremis tenía allí su propio laborium, sus hornos y sus equipos para hacer espejos. Había hablado con el Gran Rey Festten allí. Era inconcebible que rindiera la sede de su poder a sus enemigos.

Sí. Por supuesto. Así que, ¿dónde *estaba*?

¿En qué se había equivocado ella?

Bruscamente, el Castellano reapareció.

La poca luz —y el hecho de que estaba a unas docenas de metros de distancia— confundieron la visión de Terisa. Tuvo la clara impresión de que se había vuelto blanco. Mantenía los brazos rígidamente a sus costados; se movía como si llevara algo insoportable en su pecho.

—Mi señor Tor... —Su voz se cortó.

Observando el pórtico y la puerta y a Norge, el Tor preguntó:

—¿Es seguro?

Norge sacudió la cabeza, asintió. Su garganta se agitó antes de que pudiera decir nada.

—Tienes que ver esto. Están todos aquí.

No, pensó ciegamente Terisa, no entres aquí dentro, no entres, es demasiado peligroso. Pero Geraden había saltado ya de su montura, ya estaba corriendo...

El Castellano lo detuvo, le hizo esperar.

El Tor miró cansadamente al cielo.

—La verdad —retumbó— es que tres días en la silla han hecho muy poco para curar mi barriga. —La testaruda resolución que lo había traído hasta allí parecía estar erosionándose—. Me temo que, apenas desmonte, nunca volveré a ser capaz de volver a subir a mi caballo.

El rostro del Príncipe Kragen brilló sombríamente.

—Yo iré, mi señor Tor.

El Tor se pasó una mano por el rostro. La piel de sus mejillas pareció desprenderse de sus huesos, dándole por un momento el aspecto de una calavera, pese a su grasa.

—Todos iremos, mi señor Príncipe —suspiró.

No, pensó Terisa, como si se estuviera hundiendo en el pánico, es una trampa, Eremis está ahí dentro, ya ha matado a todos los hombres de Norge. Sin embargo, lo que sentía no era pánico. En vez de gritar contra la palidez de Norge, contra la inquietud de Norge, saltó de su penco y fue tras Geraden.

—Nyle —murmuró él con urgencia, cuando ella llegó a su lado..., la única explicación que Terisa necesitaba.

Apoyándose en su peso mortal, el Tor pasó su pierna por encima de la silla, bajó tambaleante al suelo. Por un momento, vaciló como si la capacidad de sostenerse a sí mismo se estuviera derrumbando. Pero luego apeló a todas sus fuerzas y se puso en marcha.

Con el Príncipe Kragen, media docena de soldados de Alend, el Maestro Barsonage y Ribuld, el Tor se acercó a Esmerel a pie.

Terisa estaba justo al lado de Norge; su rostro se había vuelto del color de la ceniza vieja. No dijo nada, no intentó relatar nada de lo que había visto. Cuando el Tor y el Príncipe Kragen se le acercaron, giró bruscamente sobre sí mismo y echó a andar hacia el interior del edificio.

Están todos ahí.

Sujetando la mano de Geraden para darse fuerzas —y para impedir que él hiciera ninguna locura—, Terisa entró en Esmerel detrás del viejo señor y el Príncipe.

Dentro, el olor a sangre y podredumbre se hizo peor. Mucho peor.

En vez de desvanecerse, Terisa tensó su control sobre sí misma y siguió adelante.

El vestíbulo estaba vacío excepto el Castellano Norge y sus hombres. Permanecían alineados junto a las paredes, pálidos y hoscos, un espejo de la inquietud de su jefe. No había nadie más allí..., nadie para explicar el daño que botas claveteadas y barro habían causado en el antes fino suelo. Algunas marcas en la madera parecían cortes producidos por espadas.

Lleno de aflicción, el Tor se dirigió hacia la más cercana puerta al otro lado del vestíbulo.

—Vacía —croó Norge para detenerle—. Daños como éstos. —Hizo un gesto hacia el suelo—. Y sangre. Hubo lucha allí. Pero no hay nadie.

—Era exactamente así —jadeó Geraden— en la Imagen que formé.

El Maestro Barsonage asintió.

—Yo lo vi —confirmó.

—¿Qué es lo que quieres que vea? —preguntó el Tor a Norge.

El Castellano señaló hacia una amplia escalera que descendía en curva hacia abajo. Su brazo se estremeció hasta que consiguió volver a llevarlo rígido a su costado.

—¡Los sótanos! —escupió Geraden.

Norge y el Tor, el Príncipe Kragen y el Maestro Barsonage, Terisa y Geraden, siguieron una línea de guardias hasta la escalera.

La escalera estaba llena de luz: los hombres del Castellano habían encendido lámparas a lo largo de las paredes. Desde el arranque de las escaleras, todo su descenso era visible hasta que alcanzaba el fondo y se abría a los complejos niveles inferiores de Esmerel.

La escalera mostraba el mismo aspecto que el suelo de arriba: llena de marcas, manchada, arañada. De abajo ascendía el hedor de la muerte, tan palpable como un puño.

A ambos lados del pasillo, a los pies del tramo de escaleras, había cadáveres apilados como troncos.

Bajo la sangre seca, entre las ya rígidas y abiertas heridas, los cuerpos llevaban las armaduras y las insignias de los hombres del Perdon.

Olvidando toda precaución —olvidando toda cordura—, Geraden bajó las escaleras de tres en tres. Directamente hacia aquel almacén de muertos, en busca de su hermano.

Terisa y Ribuld fueron tras él, con el Príncipe Kragen casi a sus talones.

Había ya hombres de Norge en los sótanos, encendiendo más lámparas, abriendo nuevas estancias en busca de signos de vida. La mayoría de ellos luchaban hoscamente contra las náuseas; unos cuantos habían sucumbido ya, añadiendo una pátina de bilis al hedor general. Había ratas por todas partes, tan atareadas festejando su banquete que apenas se dieron cuenta de la intrusión de luces y botas. Tan pronto como alcanzó el pie de la escalera, Terisa observó un montón de cuerpos que evidentemente no habían sido soldados. Parecían más bien sirvientes..., los hombres, mujeres y niños pertenecientes a Esmerel.

Intentando mantenerse a la altura de Geraden, se apresuró.

Los cadáveres estaban amontonados por todas partes, limpiamente, deliberadamente. El Gran Rey Festten había *aniquilado* al Perdon. Y había traído la muerte del Perdon allí. La había apilado allí, la había dejado para que se pudriera. Donde los defensores de Mordant pudieran encontrarla.

—¡Nyle!

El grito de Geraden murió sin eco en las paredes, absorbido por la carne y los gusanos.

Las habitaciones subterráneas eran mucho más grandes de lo que Terisa hubiera sospechado. Una había sido evidentemente una biblioteca..., pero todos los libros habían desaparecido. Otra podía haber sido una sala de arte..., pero todas las pinturas o esculturas habían desaparecido también. Había talleres sin herramientas, cocinas despojadas de todo equipo. La gente que había entrado en Esmerel y masacrado a los conservadores del lugar había despojado éste de todo lo valioso.

Delante de ella, Geraden se enfrentó a una puerta cerrada.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Una bodega —respondió un guardia, como si acabara de echar un vistazo—. No hay lámparas, así que la dejamos. Parece vacía.

No hay lámparas, pensó Terisa. Eso tenía sentido. El vino necesitaba mantenerse fresco. Las lámparas producían calor.

Geraden abrió la pesada puerta de un tirón.

Avanzando rápidamente detrás de Terisa, el Príncipe Kragen restalló:

—¡Traed luz!

Con ella y Ribuld, siguió a Geraden a la bodega.

El aire era más frío allí —mucho más frío—, y en consecuencia el hedor era menos intenso. En aquel inesperado frío tan poco propio de la estación, sin nadie que se preocupara de lo que ocurría, la temperatura había descendido por debajo del

punto de congelación. Terisa estuvo amargamente segura de que Eremis no había dejado ningún vino atrás para que se estropeará.

Utilizando la iluminación reflejada desde la puerta, Geraden se movió por entre las estanterías.

Llegaron guardias trayendo lámparas; entraron en la bodega.

Cuando vio lo que Eremis *había* dejado allí, Terisa se detuvo para considerar las ventajas de desvanecerse.

Conservados por el frío, más cuerpos habían sido apilados en las estanterías. A juzgar por los distintivos de sus mallas, eran los capitanes del Perdon. Allí, sin embargo, no habían sido simplemente apilados como troncos. En vez de ello, los cuerpos habían sido colocados en posturas grotescas y degradantes, como si la muerte los hubiera sorprendido en medio de una danza diabólica, abusando unos de otros, copulando entre sí, realizando intrincadas atrocidades. Las sombras arrojadas por el movimiento de las lámparas daba al conjunto la impresión de que los hombres aún estaban vivos, ansiosos por una última cata de dolor o placer.

Sobre la mesa de descorche, en medio de la bodega, se hallaba el Perdon.

Terisa reconoció su cráneo calvo, sus rojas y densas cejas, su manchado y colgante bigote, sus peludas orejas; reconoció la pasión en sus velados y abiertos ojos. Hubiera sido imposible para ella confundir al hombre que en una ocasión había ayudado al Príncipe Kragen y a Artagel a salvarla de Gart.

La forma en que había muerto la enfermó hasta lo más profundo de su corazón.

Sus miembros y su torso habían sido hachados en cortes entrecruzados, pero ninguno de ellos le había causado la muerte. No, al parecer un honesto fin en la batalla no era satisfactorio para un enemigo de Cadwal, un hombre que había luchado durante toda su vida contra el Gran Rey Festten. El Perdon había sido muerto por un sacacorchos clavado entre sus dientes y a través de su paladar a la mesa de madera, sujetándolo allí hasta que se ahogó en su propia sangre.

Desvanecerse tenía sus ventajas, no había duda al respecto. El olvido le hubiera proporcionado a Terisa el consuelo que ansiaba, si hubiera podido desvanecerse en él y nunca volver.

Al mismo tiempo, estaba tan furiosa que cuando se mordió el labio para reprimirse notó el sabor de la sangre.

Blanco por la tensión y el horror, Geraden se giró hacia el guardia más cercano.

—¿Dónde está Nyle?

—No está aquí —respondió con voz espesa el guardia—. A menos que sea uno de los cadáveres. No hay nadie aquí. —Un momento más tarde, añadió—: Ninguna de las habitaciones aquí abajo fue usada como celda.

Entonces alguien empujó a Terisa tan fuertemente que se tambaleó y estuvo a punto de caer. El Tor pasó junto a ella como si no se diera cuenta de su presencia,

empujó con el hombro al Príncipe Kragen a un lado, y se acercó a la mesa de descorche.

Por un largo momento, mientras todos los demás le miraban, se apoyó fláccidamente contra el borde de la mesa; el valor y la determinación parecían fluir fuera de él, como si se estuviera hundiendo sobre sí mismo como una vejiga deshinchada.

—Oh, mi viejo amigo. Mi viejo amigo.

Con voz estrangulada, Geraden murmuró:

—Él nunca estuvo aquí. Tú nunca estuviste aquí. —Al parecer, le estaba hablando a Terisa—. Todos hicimos las mismas suposiciones, pero estábamos equivocados. Cuando el Gran Rey Festten vino aquí, tuvo que matar a los sirvientes de Esmerel y quizás incluso a los familiares de Eremis para entrar en la casa. Eremis no ha usado este lugar desde hace años.

Bruscamente, el Tor alzó la *cabeza* y dejó escapar un lamento como el grito de sus dañadas entrañas. Terisa estaba detrás de él: no pudo ver lo que estaba haciendo. No se dio cuenta de lo que había hecho hasta que una terrible convulsión lo sacudió de pies a cabeza y luego su puño derecho se alzó en el aire, blandiendo el sacacorchos que había matado al Perdon.

Como si no se diera cuenta de nada de lo que ocurría a su alrededor, Geraden murmuró:

—Hemos venido al lugar equivocado. Esto es sólo una trampa. Ni siquiera nos ha dado una posibilidad de golpearle.

Con un gruñido desgarrador, el Tor alzó el rígido cadáver del Perdon. Cuando se volvió, Terisa vio que su rostro estaba estriado de lágrimas. A la luz de las lámparas, parecía tan pálido como los muertos.

—Y tú deseabas hacer una alianza con ese monstruo —exclamó al cuerpo de su amigo. Pero no esperaba ninguna respuesta. Alzando la cabeza al techo, gritó bruscamente—: ¿Te estás riendo de él ahora, Eremis? ¿Te divierte hacerle esto a un hombre que creyó en ti?

Oh, Eremis estaba riendo, seguro. Terisa estaba convencida de ello.

Torpemente, se dirigió al lado del Tor y le ayudó a sostener sus temblorosos brazos hasta que Ribuld y algunos de los otros guardias fueron a llevarse al Perdon.

Cuando ella y Geraden salieron de nuevo fuera, descubrieron que había empezado a nevar.

El aire estaba tan oscuro como si fuera el anochecer, prematuramente oscuro: la nieve caía tan densa que engullía la luz. Torbellineando entre las paredes del valle, cubría la atmósfera con un manto hasta que era imposible ver a dos metros de distancia del borde del pórtico..., una nevada tan intensa como un torrente, y sin embargo compuesta por secos y delicados copos, fragmentos de polvo tan finos que

se pegaban a la piel. Los guardias en la puerta habían encendido antorchas, que la nieve cubrió tan pronto como abandonaron el refugio del pórtico. Todo lo demás en el valle, doce mil luchadores, habían sido borrados de la vista. El frío blanco que se estaba acumulando sobre el suelo tenía ya seis u ocho centímetros de grueso.

Terisa se estremeció con un frío que parecía casi metafísico. Había soñado con la nieve en una ocasión; y debido a ese sueño había aceptado la invitación de Geraden de dejar atrás su antigua vida.

Con el Castellano Norge y el Maestro Barsonage, el Príncipe Kragen salió de la casa, escupiendo maldiciones.

—Por las estrellas —gruñó—, si esta nieve no ciega a nuestros enemigos como nos ciega a nosotros, somos hombres muertos. Tal como están las cosas, nos va a costar localizar nuestro propio campamento.

Norge luchó por recobrar su ecuanimidad habitual.

—Creo que deberíamos hacerlo de inmediato, mi señor Príncipe. Si no lo hacemos, podemos encontrarnos encallados aquí durante toda la noche. Los ejércitos nos necesitan. Y no puedo pedir a mis guardias que se queden con tantos cadáveres.

El Príncipe asintió.

—Daré instrucciones a los hombres que tiendan cuerdas para mantener unidos los caballos. —Seguido por sus soldados, se adentró en la nevada y desapareció como si los copos borrarán su realidad.

Sin dirigirse a nadie en particular, Norge comentó:

—El Tor está reposando. Iré a buscarle. Pero no creo que sea *capaz* de montar.

Nadie respondió. Frunciendo el ceño de una forma muy poco característica suya, el Castellano regresó al edificio.

El Maestro Barsonage carraspeó.

—Fue un error natural, Geraden. Todos los cometemos. ¿Qué sabemos del Maestro Eremis, excepto que Esmerel es su hogar ancestral? ¿Qué es más razonable que suponer que edificó sus poderes aquí..., mantuvo a sus prisioneros aquí?

—Sí, fue razonable —dijo Geraden en tono neutro.

—No, no lo fue. —Terisa no había tenido intención de hablar; no sabía qué iba a decir hasta que lo dijo—: El Rey Joyse me dijo que pensara. —Su mente estaba llena del Perdon y del Tor, y de las implicaciones de la nieve—. Esmerel era demasiado obvio.

»Teníamos que venir aquí. No sabíamos a qué otro lugar acudir. Pero hubiéramos debido saber que él no estaría aquí.

—Y ahora estamos atrapados en este lugar —terminó Geraden.

Nadie se lo discutió.

Los guardias trajeron los caballos al pórtico. Las monturas tenían ya sus crines, sus cruces, cubiertas de nieve; los copos eran tan densos y fríos que el calor de los

caballos los convertía en hielo apenas fundirlos. Pero el viento mantenía las capuchas y los hombros de los guardias limpios.

Los hombres empezaron a salir de la casa. Al cabo de un rato, el Castellano Norge y Ribuld trajeron al Tor al pórtico. Físicamente, el viejo señor nunca había tenido peor aspecto. Sus miembros eran tan frágiles como los de un niño; sus manos temblaban como si el frío hubiera alcanzado ya sus huesos; su piel era del color de las patatas pasadas.

Sin embargo, el brillo de sus ojos era inextinguible. Su ultraje ante lo que le había sido hecho al Perdon le sostuvo cuando su cuerpo y su valor habitual fallaron.

Mientras ignorara el resto de él y mirara solamente sus ojos, Terisa era *capaz* de mantener aferrada su esperanza.

Norge tenía razón: el Tor no sería *capaz* de montar de nuevo. Pero Ribuld permaneció con él, y el Castellano asignó otros guardias a su lado; arrastrando pesadamente los pies, se alejó en la nieve. Como el Príncipe Kragen, pareció desvanecerse casi inmediatamente del mundo.

A una palabra de Norge. Terisa, Geraden y el Maestro Barsonage subieron a sus animales. Conducidos por guardias conectados entre sí por cuerdas a otros guardias, invisibles en la impenetrable nevada, se alejaron de Esmerel en busca de su campamento.

Los girantes copos ardían en los ojos de Terisa. Hormigueaban en sus mejillas como fragmentos de premonición; leves indicios lo bastante afilados como para cortar, lo bastante fríos como para entumecer el daño que hacían.

Pese a la cautela de los jinetes, alcanzaron su parte del campamento más pronto de lo que hubieran creído posible. Los nombres de Orison y los soldados de Alend habían dispuesto un lugar protegido para sus comandantes cerca de Esmerel y la cabeza del valle, lejos del expuesto pie de la cuña; así pues, Terisa y Geraden, el Maestro Barsonage y el Castellano Norge no tuvieron que recorrer tanto trecho como el resto de los guardias, Y las tiendas para ellos ya habían sido instaladas: el Maestro Harpool y su compañero llevaban ya al parecer cierto tiempo trabajando con sus espejos, trasladando equipo y provisiones de Orison.

El Maestro Barsonage y Geraden se apresuraron a unirse a ellos.

Desde el lomo de su caballo, Terisa vio los fuegos y las antorchas a su alrededor, algunos de ellos tanto como a ocho o diez metros de distancia. Quizá la nevada estuviera disminuyendo. Aun así, tenía al menos diez o doce centímetros de profundidad. Y —a menos que su sentido del tiempo hubiera fallado por completo— faltaba aún como mínimo una hora para el anochecer. Aunque la nevada *estuviera* disminuyendo, habría veinte o treinta centímetros en el suelo antes de la noche.

Un guardia la animó a desmontar y entrar en una amplia tienda que había sido erigida para el Tor y el Castellano Norge; pero ella se quedó donde estaba, intentando

leer las sugerencias en la nieve, hasta que el propio Tor alcanzó el campamento. Entonces se inclinó y entró con él en el refugio.

Un sirviente tomó su capa, luego trajo comida y vino, que el viejo señor rechazó con una mueca. Sostenido por Ribuld y otro guardia, se dejó caer en una silla de campaña. Sus cejas estaban llenas de nieve, su cabeza también. Sus mejillas tenían el color del hielo viejo. Ribuld se arrodilló frente a él, se ofreció a quitarle las botas; rechazó también ese confort.

—Debo salir de nuevo pronto —murmuró—. No hay forma de escapar a eso.

—Mi señor Tor —dijo Ribuld en un tono que Terisa no le había oído desde la muerte de Argus—, no necesitas salir. El Príncipe Kragen y el Castellano Norge vendrán a ti.

—Ah, cierto —suspiró el Tor—. Pero si sigo así, ¿quién dará a los guardias del Rey mi bendición? Debo visitar todos los fuegos de campaña esta noche, cada escuadrón, a fin de que cada hombre sepa que su valor es apreciado y su lealtad preciosa.

»No, Ribuld, conservaré mis botas. No pienso quitármelas de nuevo.

Ribuld hizo una inclinación de cabeza y se retiró hasta situarse junto a Terisa. El rostro del veterano estaba tenso con un inesperado dolor en torno a su cicatriz.

—¿Ribuld...? —intentó preguntar ella; pero no pudo hallar las palabras que deseaba. Todo lo que sabía de él era que había sido el amigo de Argus; que amaba y servía a Artagel; que parecía disfrutar con la conversación sugerente. Y que había matado a Saddith para salvar a Lebbick. Y hubiera salvado a Lebbick de Gart, si hubiera podido.

—Mi dama —dijo, haciendo casi una mueca para controlarse—, mi hogar está en el Care de Tor. No lejos de Marshalt. Luché por el Tor, así es como sabe él mi nombre, y por el Perdon también, porque me uní a la guardia del Rey. —La miró como si, al igual que ella, no pudiera hallar las palabras adecuadas.

Quizás ella comprendió.

—Cuida de él —respondió suavemente—. Te necesita más que Geraden y yo.

La contracción en la expresión de Ribuld hubiera podido significar cualquier cosa.

Terisa abandonó la tienda para ir a ver si el Maestro Harpool necesitaba ayuda.

Mientras ella y los Maestros terminaban de trasladar las últimas tiendas y sacos de dormir, la nevada disminuyó bruscamente. Terisa sentía el frío hasta la médula de los huesos; su rostro estaba mojado y aterido; las puntas de sus dedos dejaban rastros de humedad en el marco del espejo del Maestro Harpool. Sin embargo, la disminución de la nevada atrajo su atención como la llamada de cuernos...

...la llamada que su corazón había estado esperando siempre.

Enderezó su espalda, alzó la cabeza, giró en redondo antes de que nadie observara

el cambio.

Sí. Soplando desde la cabecera del valle, el viento partía la nieve como si fuera una cortina, dejaba que la luz gris del atardecer penetrara a través de las nubes. Como sin transición, Esmerel y el valle se convirtieron en un paisaje invernal antes del anochecer, una escena que sólo necesitaba la luz del sol para revelar su sorprendente belleza.

Quizá los cuernos... y los que los tocaban... estaban en el lado más alejado: el lado más alejado del edificio, allá donde el desfiladero arrojaba el arroyo al valle por encima de su hielo.

Ahora Geraden se unió a ella, miró a su alrededor. Varios de los Maestros estaban murmurando su agradecimiento de que la nieve estuviera cesando. Los guardias expresaron el mismo sentimiento menos delicadamente. Ninguno de ellos pudo oír la premonición en el aire *punzante por el frío*, la implicación *tan penetrante como astillas*.

—Avisa al Tor —dijo Terisa, como si los cuernos la hubieran alzado fuera de sí misma, pese al hecho de que no podía oírlos, apenas podía recordarlos; quizá nunca los había oído—. Avisa al Príncipe Kragen. Diles que se apresuren.

—¿Terisa? —preguntó Geraden—. ¿Terisa?

Ella le ignoró. No necesitaba ninguna razón: la intuición era suficiente. Tenía los ojos clavados en Esmerel y no podía apartarlos de allí.

El Maestro Barsonage puso en movimiento a los Imageros. Alguien gritó llamando al Castellano. Infectados por una urgencia que no podían explicar, los guardias empezaron a obedecer, empezaron a correr. Al menos tenía entre ellos tanta credibilidad como eso.

Luego, del lado cegado por la nieve de la casa, *aparecieron unos jinetes a la carga. Mientras los caballos luchaban por conseguir velocidad, sus ollares arrojaban nubes de vapor, y sus patas golpeaban la nieve hasta que los secos y ligeros copos parecían hervir.* Los lados del valle y la nieve ahogaban todo sonido, pero cada movimiento era claro, *tan afilado como un trozo de cristal*.

Tres jinetes con espadas largas en sus puños alzados y un profundo odio en el paso de sus feroces monturas. Los jinetes que ella había visto en el augurio de la Cofradía. Los jinetes de su sueño.

—¡Arqueros! —restalló Norge desde algún lugar cerca—. ¡Preparados! Los derribaremos tan pronto estén a nuestro alcance.

—¡No! —tosió el Tor. Había salido de su tienda; permanecía de pie con las piernas separadas sobre la nieve, apoyado en Ribuld—. Eso es una maniobra de traidor. Dejemos que se acerquen. ¡No los mataremos a menos que no quede otro remedio!

—¡Bien dicho, mi señor Tor! —El Príncipe Kragen llegó a la carrera, con la

espada sujeta en ambas manos. Usando la hoja como puntero, señaló—: ¡Mirad más atentamente!

La luz no era buena: al principio, Terisa no pudo ver lo que el Príncipe señalaba. Pero al cabo de un momento se dio cuenta de que cada uno de los jinetes llevaba un trozo de tela blanca atada a la punta de su espada.

Banderas de tregua.

¿Una *tregua*, Eremis? ¿*Contigo*?

Uno de los jinetes era ciertamente el Maestro Eremis: eso era inconfundible. Avanzaba en su montura con un aire de gallardo peligro, como si estuviera disfrutando de un exquisito e inenarrable placer.

A su lado cabalgaba el Maestro Gilbur, jorobado y con aire asesino.

No conocía de vista al tercer hombre. Sin embargo, estaba segura de quién era. El archi-Imagero Vagel. Un hombre relativamente bajo, al menos comparado con Eremis y Gilbur; empuñecido por su montura. Un lacio pelo gris se agitaba en su cráneo. Cabalgaba con su boca sin dientes abierta como la entrada de un pozo.

Los jinetes de su sueño.

—La osadía de esos bastardos —susurró alguien. ¿Ribuld?—. La *osadía*.

Bruscamente, Gilbur y Vagel tiraron de sus riendas, detuvieron sus caballos. Justo antes de llegar al alcance de los arcos, sus caballos giraron sobre sí mismos y corvetearon, aguardando.

El Maestro Eremis siguió hacia delante como si no temiera nada. Intensamente despreocupado, se acercó a sus enemigos.

Se detuvo ante ellos.

—Mi señor Príncipe. —Su tono estaba lleno de una secreta alegría—. Mi señor Tor. Maestro Barsonage. Terisa y Geraden. Qué fortuito que estéis todos juntos aquí.

El Tor se reclinaba en Ribuld como si hubiera perdido la facultad de hablar. Geraden fruncía intensamente el ceño, concentrado no en la furia sino en las ramificaciones de la presencia del Maestro Eremis. Terisa miraba fijamente al alto Imagero y sentía que la sangre se congelaba en su pecho.

—No somos pacientes con los traidores —restalló el Príncipe Kragen: era el Pretendiente de Alend, acostumbrado a la autoridad—. Dinos qué deseas y acabemos con esto.

El Maestro Eremis no prestó atención a aquella demanda.

—Mis compañeros os temen —dijo—. Creen que los mataréis si se acercan más, pese a nuestras banderas de tregua.

El Príncipe Kragen bufó.

—Eso sería una acción propia de ti, Eremis. Nosotros no somos ese tipo de hombres.

Como respuesta, el Maestro Eremis rió al viento, envió su burla y su regocijo por

entre la nieve.

—¿Habéis oído? —dijo por encima del hombro—. El Pretendiente de Alend piensa que no es un hombre como nosotros.

—Eres afortunado de que Lebbick no esté aquí —murmuró Norge—. Él te castraría primero y luego se preocuparía acerca del honor. —Pero nadie le escuchó.

Espoleando sus caballos, el Maestro Gilbur y el archi-Imagero avanzaron hasta reunirse con el Maestro Eremis.

—Dinos lo que deseas —repitió secamente el Príncipe Kragen.

—Como he dicho —se regocijó el Maestro Eremis—, es fortuito que estéis todos juntos aquí. Pero, puesto que *estáis* aquí, podréis darme lo que deseo. Tengo una petición para cada uno de vosotros. Cada uno de vosotros excepto la Cofradía —sonrió burlonamente al Maestro Barsonage—, que tiene mi permiso para ir a que la sodomicen en pleno, a su comodidad.

En vez de responder con amenazas, el mediador cruzó los brazos sobre su grueso pecho y produjo una hosca sonrisa.

—Ve con cuidado con lo que dices, Maestro Eremis —articuló—. Tus insultos no hacen más que traicionar tu miedo.

—¡Miedo! —el Maestro Gilbur agitó burlonamente su espada—. El día que me enseñes a temerte, Barsonage, entraré en este campamento desnudo y dejaré que me utilices de la manera que te apetezca.

El Tor hizo un débil gesto, requiriendo silencio. Dijo, con un hilo de voz:

—Mencionaste peticiones, Maestro Eremis.

—Por supuesto —respondió Eremis con una sonrisa—. Y, si me satisfacéis, estoy dispuesto a dejaros a todos con vida.

Norge pronunció una obscenidad. Nadie más dijo nada.

—A estas alturas —explicó el alto Imagero—, incluso los más lerdos de entre vosotros os habréis dado cuenta de que estoy aliado con el Gran Rey Festten. Por la fuerza de la Imagería y las armas, estamos preparados para aplastaros completamente. Lavaremos el suelo con vuestra sangre hasta que supliquéis compartir el destino del Perdon.

—Inténtalo —raspó Ribuld. De nuevo, nadie más dijo nada.

—Ocurre, sin embargo —siguió divertido el Maestro Eremis—, que el Gran Rey no es un aliado cómodo. Desea gobernar el mundo..., y yo tengo intención de reservarlo para mí. Nuestras ambiciones no encajan.

—Indudablemente —suspiró el Tor—. ¿Cuáles son tus peticiones?

El Maestro Eremis estiró las piernas, se alzó por encima de su silla.

—Mi señor Tor, mi señor Príncipe, os pido que os rindáis.

Esta vez fue el Príncipe Kragen quien se echó a reír, una carcajada sangrienta y sin ninguna alegría.

—Si lo hacéis así —prosiguió suavemente Eremis—, si me entregáis vuestro precioso honor y vuestras vidas, nos volveremos contra Festten. Nuestra Imagería y vuestras armas lo derrotarán aquí, lejos de sus fuentes de suministros y refuerzos. Entonces será Mordant quien gobierne el mundo, no Cadwal.

»Desde el principio —comentó, mientras todo el mundo le miraba fijamente—, mis planes han ido en dos direcciones. Nos hemos preparado para *aniquilaros*, mis señores. Sois demasiado insignificantes..., no tenéis ninguna esperanza contra nosotros. Al mismo tiempo, sin embargo, he maniobrado a Festten y sus fuerzas hasta situarlos en una posición de vulnerabilidad, aquí, mis señores, *aquí...*, de modo que ellos también puedan ser aniquilados.

»Vuestra elección es simple. Servidme, y viviréis. Negaos, y moriréis.

Geraden se mantenía completamente inmóvil. Terisa lo observó y vio que no estaba mirando al Maestro Eremis. Estaba estudiando al Tor con un brillo peligroso en sus ojos.

Gruñendo maldiciones a través de su bigote, el Príncipe Kragen se volvió también hacia el Tor.

Por un largo momento, el Tor no dijo nada. De hecho, la forma en que permanecía en pie, su medio derrumbada y dependiente postura, sugería que no sabía lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, antes de que el Príncipe pudiera perder la paciencia con él, el viejo señor halló su voz.

—Has mencionado peticiones para cada uno de nosotros.

Excepto la Cofradía. ¿Qué es lo que deseas del Maestro Geraden y dama Terisa?

Terisa contuvo el aliento mientras el nudo de furia y miedo dentro de ella se hacía más tenso.

El Maestro Eremis se encogió de hombros, sonriendo como si sólo su voluntad le impidiera reír a carcajadas.

—Un pequeño sacrificio, mi señor. Os costará poco. Los quiero para mí.

El Maestro Gilbur rió lascivamente.

No, gimió Terisa para sí misma. No.

Geraden observó al Tor como si esperara algo maravilloso o terrible del viejo señor.

—Como una de las condiciones de vuestra rendición —explicó Eremis—. Cuando me hayáis sometido vuestro honor, y cuando Terisa y Geraden hayan sido puestos en mis manos..., en ese momento, la derrota del Gran Rey Festten estará asegurada.

No.

El Príncipe Kragen empezó a decir algo; pero el Tor lo detuvo con otro cansado gesto.

—Una interesante sugerencia, Maestro Eremis. —La fragilidad del viejo señor

hacía que sonara suave—. Desgraciadamente, has demostrado ser un traidor reconocido. ¿Qué seguridad existe de que puede creerse ahora en ti?

—No necesitáis ninguna —respondió acalorado, feliz, el Maestro Eremis—. Vuestra elección es demasiado simple para necesitar seguridades. Si no me satisfacéis, seréis destruidos.

—Mi señor Tor —intervino ferozmente el Príncipe Kragen—, desea a dama Terisa y a Geraden porque les teme. Su poder es nuestra seguridad de que no puede destruirnos.

El Tor hizo de nuevo un gesto pidiendo silencio.

—Maestro Eremis, confías demasiado en ti mismo —dijo suavemente—. Estás tan seguro de tu fuerza y de tu *superioridad* que nos insultas. Insultas nuestro honor..., pero eso no nos sorprende. —Su voz se hundió a medida que hablaba..., y sin embargo reunió fuerzas al mismo tiempo, de modo que su suavidad arrastraba a la vez fuerza, como un grito—. Nadie espera que un hombre de tu pobreza moral respete el honor.

»Te has equivocado, sin embargo, insultando nuestra inteligencia.

»No tienes interés en nuestra rendición. No tienes intención de volverte contra el Gran Rey Festten. Dudo que el archi-Imagero permitiera una traición así. —Por alguna razón, Vagel agitó la cabeza—. Ciertamente, Gart no lo haría. Tu único interés aquí, tu única finalidad en venir, es arrebatarnos a dama Terisa y al Maestro Geraden.

Eremis había oído suficiente.

—Mi señor Tor —restalló—, todavía no he empezado a insultar tu inteligencia..., pero ahora acabas de demostrar que estás loco. No temo a nadie. Deseo la carne femenina de Terisa. Y tengo unos asuntos que arreglar con Geraden. Mis razones para venir aquí son exactamente las que os he explicado.

¡No!, protestó, insistió, Terisa; ¡no!

Y el Tor dijo:

—No.

»Eres un estúpido, Maestro Eremis. Y, al final, morirás la muerte de los estúpidos. Si tuvieras el más ligero deseo de nuestros servicios, si tuvieras la más ligera intención de volverte contra el Gran Rey —su pasión era demasiado fundamental para gritarla—, *hubieras tratado al Perdon con más respeto*.

Despidiendo a Eremis con un gesto de su mano, se dirigió, con el apoyo de Ribuld, hacia su tienda.

—Mi señor Tor. —El rostro de Geraden brillaba intensamente; parecía dispuesto a encargarse del Maestro Eremis y del Gran Rey Festten con una sola mano. Se dirigió al viejo señor formalmente, y su voz pareció desafiar la nieve y el viento, como si tuviera el poder de ordenarles—. El Rey Joyse ha sido afortunado con sus amigos..., pero nunca tan afortunado como cuando se ganó tu lealtad.

El Tor tropezó, pero Ribuld lo sostuvo.

El Príncipe Kragen se volvió también de espaldas. Irradiando sed de sangre, ladró al Castellano Norge:

—Dales a esos traidores la cuenta de cinco. Luego da instrucciones a tus arqueros de que los maten.

No se quedó para observar a los jinetes mientras espoleaban a sus monturas, alejándolas de las ansiosas órdenes de Norge y emprendiendo el camino de vuelta hacia la casa y el desfiladero, exigiéndolas toda la velocidad que podían desarrollar. Haciendo una inclinación de cabeza primero a Geraden, luego a Terisa, el Príncipe se alejó a largas zancadas hacia su propio campamento.

Terisa oyó el vibrar de algunas cuerdas, el silbar de unas cuantas flechas en el aire. Desgraciadamente, ninguno de los jinetes cayó.

Como obedeciendo a una señal, la nieve volvió a caer con intensidad sobre el valle. La nevada apagó la luz, torbellineó sobre las tiendas, se acumuló en la cabeza y hombros de Terisa. Los jinetes de su sueño..., y del augurio de la Cofradía. Geraden tenía razón: ella pertenecía allí. Y el Rey Joyse era afortunado con sus amigos.

Rodeó a Geraden con sus brazos, apretó fuertemente. Manteniéndose juntos el uno al otro, siguieron al Tor hacia el refugio de su tienda.

Antes de que la nevada fuera lo bastante densa como para cegar completamente el cielo, dos o tres de los guardias en servicio de centinela a los pies del valle creyeron ver una imprecisa mancha de humo sobre sus cabezas, moviéndose en contra del viento. Luego desapareció, y la nieve empezó a caer tan densa que hizo que todo se volviera oscuro.

21

En el borde

La tienda del Tor era lo suficientemente amplia como para albergar a ocho o diez personas con toda comodidad, pero estaba ascéticamente amueblada: un saco de dormir para el señor, uno para el guardia junto a los faldones de la entrada, un brasero para calentarla, tres linternas colgadas en torno al poste de sustentación, la silla de campa del Tor, unos cuantos taburetes. Quizás él lo deseaba de este modo: quizá temiera que si alguna vez se sentía lo suficientemente cómodo no sería *capaz* de volver a moverse. O quizá no quería exigir demasiado a los Maestros y sus traslaciones.

Cuando Terisa y Geraden entraron en la tienda, hallaron al Tor en su silla, echado tan hacia atrás como le era posible. Tenía los ojos turbios y jadeaba suavemente, como si de alguna forma necesitara conseguir a cada inhalación que el aire superara un doloroso obstáculo. Ribuld y uno de los médicos de los guardias le habían quitado la capa, la cota de malla, la camisa. Ribuld parecía terriblemente afligido.

Por primera vez, Terisa vio el lugar debajo de las costillas del señor donde Gart le había dado la patada.

Involuntariamente, sus dedos se crisparon en el brazo de Geraden.

La herida del Tor estaba hinchada como un tumor, y era de un color negro púrpura rabioso; surgía protuberante de su barriga como si la piel fuera a estallar de un momento a otro.

—Oh, mi señor —jadeó Geraden, casi un gruñido—. ¿Qué te estás haciendo a ti mismo?

El Tor llevaba días sangrando por dentro, matándose con el esfuerzo de llenar el lugar de su Rey.

Hizo un gesto de despedida; *quizá* deseaba que Terisa y Geraden se marcharan. Sin embargo, permanecieron donde estaban. Al cabo de un momento, Geraden preguntó al médico:

—¿Cómo está?

—Ya podéis verlo —murmuró el hombre—. Le dije que iba a ocurrir esto. Todos se lo dijimos. —Mezcló algunas hierbas en un vaso y se las tendió al Tor—. Es demasiado viejo. Bebe demasiado vino. No debería estar vivo.

Por alguna razón, Ribuld adelantó bruscamente el brazo, cerró su puño en la capa del médico, lo hizo callar de una sacudida. Casi de inmediato, sin embargo, pareció darse cuenta de lo inútil de su furia. Soltó al médico, murmuró una disculpa, luego fue en busca de un taburete para las piernas del Tor.

Con las piernas apoyadas, el señor fue *capaz* de echarse hacia atrás en su silla hasta que pudo descansar la cabeza en el respaldo. Ahora tenía los ojos cerrados, y un

poco de la tensión pareció relajarse; al parecer, las hierbas del médico habían hecho su efecto. Parecía a punto de dormirse.

No lo hizo, sin embargo. Sin abrir los ojos, murmuró:

—¿Dónde?

El médico se detuvo para escuchar.

—¿«Dónde», mi señor? —preguntó Ribuld.

Los gruesos labios del Tor se tensaron en torno a un espasmo de dolor. Por un momento no pudo respirar. Luego, tensamente, preguntó:

—¿Dónde está Nyle?

Dónde está Nyle. Dónde están Eremis y Gilbur y Vagel. Dónde está su laborium. Dónde está el Gran Rey. Terisa resistió un impulso de maldecirse a sí misma.

Geraden le dio un apretón, luego la soltó para acercarse al viejo señor. Controlándose hoscamente, dijo:

—Nos equivocamos, mi señor. Terisa y yo. Nunca estuvo aquí. Simplemente supusimos que utilizaría Esmerel. —Geraden miró a Terisa—. Supongo que Nyle hizo la misma suposición. Le dijo a Terisa que Eremis estaba aquí. Pero no era cierto.

Aferrándose a su valor, Geraden concluyó:

—Te hemos traído a una trampa de la que no podemos salir.

El Tor inhaló débilmente en torno a su hemorragia.

—¿Dónde? —repitió.

—En algún lugar cerca. —Geraden parecía estar hablando tanto a Terisa como al señor—. Lo bastante cerca como para que el Gran Rey Festten nos ataque. Lo bastante cerca como para que Eremis y Vagel y Gilbur encuentren su camino hasta aquí por entre la nieve. Si tengo que hacer suposiciones, diría que lo primero que hizo Eremis después de decidir que deseaba gobernar el mundo, quizás antes incluso de encontrarse con Vagel, fue construir una fortaleza secreta para sí mismo. En algún lugar en estas colinas. —En algún lugar en este laberinto—. Pero puede ser en cualquier parte. Aunque sólo sea al otro lado del borde del valle, no podremos alcanzarle.

El Tor exhaló aire suavemente, un tenso suspiro.

—¿Qué harás?

—¿Sobre qué?

—¿Qué harás —el Tor hizo un esfuerzo por hablar claramente— cuando el Maestro Eremis decida utilizar a Nyle contra ti?

Terisa se alegró de que el viejo señor no pudiera ver el enrojecimiento de aflicción en el rostro de Geraden, la crispación en torno a sus ojos.

—No lo sé —murmuró Geraden.

—Quizá —dijo ella sin pensar—, quizá podamos hallarles. La nieve nos cubrirá. Es casi de noche. Quizá podamos deslizarnos a través de ese barranco y encontrarles.

Geraden agitó la cabeza.

—La nieve y la noche los cubrirán a ellos también. Cubrirán a sus guardias. Si no nos perdemos y morimos congelados, probablemente seremos capturados.

De acuerdo. De acuerdo. No ha sido una buena idea. Pero tenemos que hacer *algo*. No podemos simplemente quedarnos sentados aquí y esperar..., esperar...

Ver la lucha del señor por respirar hacía que Terisa se sintiera enferma y furiosa.

En aquel momento oyó voces fuera de la tienda: el ladrido de una orden, un ahogado y rígido saludo.

Los faldones fueron echados a un lado, y el Rey Joyse entró.

Terisa se sorprendió tanto que casi cayó de rodillas.

Iba sucio. Manchas de lodo se pegaban a su atuendo de batalla: su peto y sus polainas de cota de malla, los goces protectores de hierro en sus hombros, los guardabrazos. Su cota de malla estaba cortada por varios sitios, como a golpes de espada. Otros golpes abollaban su peto. La sangre manchaba su gruesa capa y el cuero debajo de su armadura; negras estrías marcaban la labrada funda de su espada. La suciedad llenaba su barba, pegaba el pelo a su cráneo.

Sin embargo, entró en la tienda como un hombre mucho más joven. Avanzó con fuerza en sus piernas, autoridad en sus brazos; y sus ojos llameaban con un azul tan profundo que parecía casi púrpura.

Cuando vio a Terisa y Geraden, sonrió como un muchacho.

—Un buen encuentro. Mejor llegar tarde que no llegar, he dicho siempre.

—Mi señor Rey —jadeó Geraden, con la boca abierta. Estaba demasiado sorprendido para inclinar la cabeza, casi demasiado sorprendido para hablar—. ¿Estás herido?

—Unos cuantos arañazos. —La leve sonrisa del Rey se amplió a la sonrisa que Terisa recordaba, la sonrisa de inocencia y placer, el amanecer que iluminaba todos sus rasgos y lo convertía en el tipo de hombre por el que la gente estaba dispuesta a morir—. Nada de lo que mis enemigos puedan enorgullecerse.

Hubiera seguido hablando, pero el Tor lo detuvo.

Al oír la voz del Rey Joyse, el viejo señor alzó bruscamente la cabeza, abrió de golpe los ojos. Urgentemente, casi frenéticamente, apartó sus piernas del taburete y se puso en pie como una orea saliendo a la superficie. En torno al vivido bulto de su hemorragia, su piel desnuda parecía tan pálida como malsana, teñida de fragilidad y necesidad.

Tambaleándose, apoyó una mano en el hombro de Ribuld.

—El Príncipe Kragen —jadeó—. Avisa al Príncipe.

Luego se dejó caer de rodillas, como si de repente le hubiera sido retirado el suelo bajo sus pies.

Ribuld empezó a ayudar al señor, pero la presencia del Rey Joyse lo alucinaba.

Señalando la lona con la cabeza, buscando aliento desesperadamente, el Tor jadeó:

—Mi señor Rey, te lo suplico.

La sonrisa del Rey Joyse se convirtió en cenizas en su rostro.

—Te lo suplico. He traído a tus guardias y a tu Cofradía y a todos tus amigos a la destrucción. Dime que no te he traicionado.

—*¿Traicionarme?* —La pasión en el rostro del Rey era maravillosa y terrible. Como si no tuviera ni artritis ni años, ninguna debilidad de ningún tipo, sujetó al Tor por los brazos y lo alzó en pie casi a pulso—. ¡Mi viejo amigo! Si hubieras puesto todo lo que amo y todas mis fuerzas en el sendero de la ruina, no me hubieras traicionado. Si hubieras vendido mi reino al Pretendiente de Alend, de tal modo que no me quedara nada que gobernar, no me hubieras traicionado. Estás *aquí...*, *aquí*, donde se articula el destino del mundo. —Las lágrimas resbalaron por la suciedad de sus mejillas—. Mi señor Tor, te he utilizado abominablemente. Te consideré un obstáculo, tu lealtad una piedra en el camino. Y tú me has servido mejor de lo que jamás hubiera podido esperar.

Casi incapaz de soportar lo que oía, el Tor se cubrió el rostro con las manos y se estremeció como si estuviera sollozando.

El Rey Joyse examinó al Tor de pies a cabeza; de inmediato, su expresión se oscureció. Restalló al asombrado médico:

—¿Cómo fue herido? ¿Hasta qué punto es grave su herida?

—Una patada, mi señor Rey —tartamudeó rápidamente el médico—. El Monomach del Gran Rey. Sangra por dentro. —El hombre dudó, luego se obligó a decir—: Si no descansa, morirá. Y, aunque descanse, no puedo hacer ninguna promesa sobre su vida. Se ha utilizado —el médico no pareció darse cuenta de que estaba repitiendo las palabras del Rey— abominablemente.

—Entonces descansará —respondió el Rey, en un tono que nadie podía ignorar—. Le ofrecerás tus mejores cuidados. Si muere, tendrás que justificarte *ante mí*.

Sin aguardar una respuesta, hizo que el Tor se sentara de nuevo en su silla de campaña. El Tor se derrumbó pesadamente.

Geraden apoyó una mano en el brazo de Ribuld.

—El Príncipe Kragen. —Habló en un susurro; pero su tono era como el del Rey, irrefutable—. Y el Maestro Barsonage.

Ribuld salió de la tienda como en sueños.

—Ahora —el Rey Joyse se volvió hacia Terisa y Geraden; permanecía ligeramente encogido, como si estuviera preparado para saltar, y sus ojos brillaban azules—, vosotros tenéis muchas cosas que contarme. Antes de que venga el Príncipe Kragen. Empezad por el ataque de Gart en la sala de audiencias.

»¿Dónde está el Castellano Lebbick?

Su intensidad era tan urgente que Terisa casi empezó a responder. Geraden, sin embargo, tenía otras ideas. Se apartó ligeramente de ella y avanzó un poco con respecto a ella, situándose entre ella y el peligro. Cruzó los brazos sobre su pecho y dijo firmemente, tan firmemente que Terisa se sintió a la vez sorprendida y orgullosa y asustada:

—Has estado luchando contra tus enemigos, mi señor Rey. Podré decidir mejor qué decirte si antes me cuentas quién te produjo estos «rasguños».

Los ojos del Rey se entrecerraron.

—Geraden —dijo secamente—, ¿recuerdas quién soy?

Geraden no se inmutó.

—Sí, mi señor Rey. Eres el hombre que abandonó el trono de Mordant cuando más te necesitábamos. Eres el hombre que nos ha traído a todos al borde de la ruina sin *siquiera* —su ira hizo vibrar el aire— tener la decencia de contarnos la verdad.

En vez de responder, el Rey Joyse estudió a Geraden como si el joven se hubiera convertido en alguien a quien no conocía, una persona completamente distinta. Un momento más tarde, se encogió de hombros y el peligro en su mirada se apaciguó.

—Tu padre, el Domne —dijo con voz llana—, me ha proporcionado muchos regalos, tanto en amistad como en servicio. Su mayor regalo hacia mí, sin embargo, ha sido siempre la lealtad de sus hijos. Confío en ti, Geraden. He confiado en ti desde hace mucho tiempo. Y te he dado muy pocas razones para que tú confiaras en mí. Me responderás cuando estés dispuesto a ello.

»He estado luchando, como puedes ver —señaló su atuendo de batalla—, para rescatar a la Reina Madin.

Rescatar a la Reina Madin. Rescatar a la Reina. Terisa no comprendió cómo era posible aquello —las distancias eran demasiado grandes, el tiempo demasiado corto—, pero aquella simple afirmación la llenó con tanto alivio que sus piernas apenas la sostuvieron.

—Indudablemente —explicó el Rey Joyse— te han hablado de la extraña nube sin forma de la Imagería con la que Havelock rompió las catapultas del Príncipe Kragen. Esa forma es una criatura, un ser..., un ser con el que Havelock ha conseguido establecer una improbable amistad.

»Debo confesarte que, cuando me hablaste del secuestro de la Reina, me volví —frunció irónicamente los labios— un poco irrazonable. Siempre fue mi intención conducir por mí mismo todas las fuerzas que Orison pudiera reunir. Pensaba suplicar o intimidar una alianza con Margonal. De alguna forma, podía ejercer coerción sobre la Cofradía. Por esa razón, mi viejo amigo —señaló hacia el derrumbado Tor— no tenía lugar en mis planes. No sabía hasta qué punto iba a necesitarle.

—Fue culpa mía —dijo bruscamente, inesperadamente, Te-risa. Geraden se había situado entre ella y el Rey por una razón, una razón que ella debía respetar. Sin

embargo, no podía permanecer pasiva—. Tú estabas haciendo lo que tenías que hacer. Heriste al Tor y al Castellano Lebbick y a Elega y a todos los demás para que no se dieran cuenta de que tu debilidad era sólo un plan. Para que no pudieran traicionarte. Pero yo ya te había traicionado. Le dije a Eremis —el pensamiento de su propia locura estranguló sus palabras—, le dije a Eremis que sabías lo que estabas haciendo. Por eso se apoderó de la Reina.

El Rey Joyse la miró duramente, tan duramente que ella enrojeció hasta la raíz de sus cabellos. Sin embargo, en su mirada no había recriminación. Tras una breve pausa, dijo:

—Mi dama, fuiste provocada —y volvió su atención a Geraden.

»Como he dicho —prosiguió—, me volví un poco irrazonable. Os abandoné. Aunque él me suplicó que reconsiderara mis acciones, obligué a Havelock a trasladar a su extraño amigo por mí, y esa forma me llevó al Care de Fayle tan rápidamente como sobre alas. En las ruinas de la Casa del Valle, hallé el rastro de una variopinta colección de viejos sirvientes del Fayle y soldados que intentaban seguir a Torrent y la Reina. Su rastro me condujo finalmente al de Torrent..., finalmente, digo, o de otro modo hubiera regresado a vosotros uno o más días antes..., y con ello a la propia Torrent y a la Reina.

»A costa de muchas penalidades y privaciones y peligros —sus ojos brillaron orgullosos—, mi tímida y reservada hija salvó a su madre. Me permitió encontrar a la Reina y rescatarla.

»Sus secuestradores se defendieron tan bien como pudieron..., lo suficientemente bien como para impedir que los hombres del Fayle y yo los capturáramos o interrogáramos..., pero al final cayeron. —El estado de su atuendo de batalla atestiguaba que la lucha no había sido fácil—. Cuando hube llevado a la Reina Madin y a Torrent a la seguridad de Romish, el amigo de Havelock me llevó hasta aquí tan rápido como fue posible.

Geraden absorbió aquel relato sin sorpresa ni apreciación evidentes. Cuando el Rey Joyse hubo terminado, preguntó evasivamente:

—¿Y no te detuviste en Orison? ¿No tienes ninguna noticia de allí?

El Rey estaba perdiendo la paciencia.

—¿Tengo el aspecto de un hombre que ha perdido el tiempo en conversación y amenidades sociales? Sabía que si no os encontraba aquí podría volver tranquilamente a Orison. Pero, si me detenía allí primero y no os encontraba, el retraso podía hacer que llegara demasiado tarde para unirme a vosotros. No he averiguado nada, no he oído nada, desde el momento que abandoné la sala de audiencias.

»Geraden —terminó en tono de advertencia—, debo saber lo que ha ocurrido en mi ausencia. Debo oír el relato que os trajo a Orison con el Príncipe Kragen. No

puedo ir a la batalla sin ese conocimiento.

—Mi señor Rey —respondió Geraden, como si fuera inmune a la impaciencia de Joyse—, Eremis mantiene a mi hermano Nyle como rehén en algún lugar cerca de aquí..., probablemente una fortaleza de algún tipo. Eremis va a usarlo contra nosotros. Contra mí. Y es culpa mía. Si yo no me hubiera mostrado tan decidido a impedirle que te traicionara por Elega y el Príncipe Kragen, él nunca hubiera sido vulnerable a Eremis. No hubiera sido encerrado allá donde Eremis pudiera alcanzarle.

»Pero es culpa tuya también. Siempre has sido un amigo tan grande del Domne. Diste la bienvenida a Artagel. Me atrajiste a mí hacia ti. Y, sin embargo, siempre ignoraste a Nyle.

»Su anhelo era superior al mío. Estaba lleno de habilidad. Y creció desde un principio con las historias de Artagel sobre ti, las historias del Domne sobre ti. Hubiera estado dispuesto a matar por ti desde la edad de seis años.

—Geraden —gruñó el Rey Joyse.

Sin embargo, Geraden prosiguió:

—¿Por qué no lo valoraste en absoluto? ¿Por qué no le diste algo que lo salvara mientras aún era lo bastante joven como para poder ser salvado?

—Te estás excediendo —restalló el Rey—. No he venido aquí para responder a estas preguntas.

—Pero vas a responder a ésta —respondió Geraden, como si estuviera seguro..., como si tuviera la capacidad de conseguir que el Rey Joyse hiciera lo que él deseaba. El asomo de autoridad en su voz era tan sutil que Terisa apenas lo oyó. Quería arrancarle alguna especie de verdad a su Rey.

Y el Rey respondió. Para su sorpresa, se echó visiblemente hacia atrás, con aire cabizbajo y una expresión de embarazo; Geraden había tocado un viejo punto sensible.

—Sí —murmuró—, de acuerdo. Tienes razón. Siempre lo ignoré. Siempre hubo una cualidad en su torpe necesidad que no me gustó. Se compadecía a sí mismo antes de que yo pudiera compadecerle..., así que nunca deseé compadecerme de él.

»Pero no es ésa la razón.

»Artagel era otro asunto completamente distinto. Su talento con la espada era obvio. Cualquiera lo hubiera recibido con los brazos abiertos. Pero tú, Geraden... — La mirada del Rey era a la vez furiosa y dolida, como si su propio sentido de la culpabilidad lo abrumara—. No te elegí con el deseo de darte precedencia por encima de Nyle. No le hubiera hecho esto al hijo de un amigo. No, te atraje junto a mí porque ya había visto tu importancia en el augurio de Havelock.

Geraden dejó escapar el aliento en un suave silbido; pero el Rey Joyse no se detuvo.

—El espejo que rompió él cuando yo era un niño te mostraba a ti exactamente tal

como apareces en el augurio de la Cofradía —por un momento, la voz del Rey sonó tan áspera como madera astillada—, rodeado enteramente de espejos en los que las Imágenes de violencia se reflejaban contra ti. ¿Cómo podía permitir eso? Tenía que salvarte, si era posible. Y, si no lo era, tenía que ofrecerte la oportunidad de salvarme a mí.

»Geraden —admitió el Rey Joyse con franco dolor—, por el amor hacia tu padre te juro que dejé a un lado los anhelos de Nyle solamente porque no fui lo bastante hábil como para ver dónde le conducirían. El Domne no me había ofrecido más que amor y lealtad. En el asunto de su hijo Nyle, le fallé.

Geraden no habló durante un largo momento. Cuando lo hizo, su garganta estaba congestionada por la emoción.

—Todos fallamos, mi señor Rey. Por mi parte..., te juro por el amor de mi padre que te salvaré si puedo. No importa a cuánta gente tenga que hacer daño. No has sido honesto con nosotros durante mucho tiempo, y *odio* eso. Pero sigues siendo mi Rey. Nadie puede llenar ese lugar excepto tú.

Terisa no podía guardar más tiempo silencio.

—El Castellano Lebbick está muerto —dijo cruelmente, para llamar la atención del Rey. Ella también necesitaba respuestas—. Gart lo mató. Todo lo que consiguió antes de morir fue salvar al Tor.

Aquello hizo que Geraden se volviera hacia ella, hizo que el Rey Joyse la mirara de nuevo.

Los dos hombres parecieron inesperadamente idénticos, preparados para satisfacer las demandas del otro.

—Yo te defendí —dijo Terisa, con el cuerpo de Lebbick vivido en su mente, y el del Perdon; con el dolor del Tor desplegado ante ella a la luz de las linternas—. Me erguí ante todo el mundo y les dije lo que el Maestro Quillón me había dicho. Tú mismo te habías convertido en el único blanco razonable. A fin de que los enemigos que no habías conseguido identificar te atacaran a ti en vez de a los demás. Eso fue lo que les dije. Por eso estamos aquí. Decidimos confiar en ti incluso después de que nos abandonaras.

»Pero el Maestro Quillón está muerto. El Castellano Lebbick está muerto. El *Perdon* está muerto. El Tor se está muriendo. —La angustia se fue acumulando en ella a medida que hablaba. Pensó que nunca podría reconciliarse con todos los tipos de dolor que el Rey Joyse había exigido de sus amigos—. Nyle es un rehén, y Houseldon ha ardido hasta sus cimientos, y Sternwall se está hundiendo en lava, y el Fayle ni siquiera tiene hombres suficientes para rescatar a su propia hija, y ahora probablemente todos nosotros vamos a ser masacrados porque no sabemos dónde se halla la fortaleza de Eremis —oh, maldito seas, maldito seas, viejo loco—, y yo quiero saber cómo te enfrentas a todo eso. Cómo puedes vivir contigo mismo. Cómo

esperas que confiemos en ti.

»¡Ahora no puedes ayudarnos! —Abrumada por una impremeditada amargura, Terisa exclamó—: ¡Ni siquiera puedes ganarle a Havelock al *brinco*!

Pese a su estallido, sin embargo, el Rey Joyse la miró gentilmente. Su acusación le dolió menos que la de Geraden: quizás estaba más preparado para ella. Su rostro se ablandó mientras ella protestaba contra él; su mirada era borrosa por la compasión. Aguardó hasta que ella hubo terminado. Entonces, incongruentemente, extrajo un viejo pañuelo de la juntura de su peto y se lo tendió para que Terisa pudiera secarse los ojos.

Geraden estaba ahora al lado del Rey, como si hubiera sido ganado por él.

—Terisa... —empezó a decir; pero el Rey Joyse tocó su brazo, le hizo callar.

—No, Geraden. Tengo que contestarle.

»Mi dama, ya me he probado ante ti, en cierto modo. Has visto atrocidades en Mordant. Sin embargo, no fui yo quien las perpetró. Si, como tú misma has dicho, no me hubiera convertido en un blanco, si no hubiera arriesgado a aquellos a quienes más amo en nombre de mi debilidad, esas atrocidades hubieran estado por todas partes. Sin el señuelo de mi debilidad, Eremis hubiera tenido grandes dificultades en forjar una alianza con el Gran Rey Festten..., y así no hubiera tenido más elección que afligir a Cadwal y Mordant y Alend con lo más vil de la Imagería hasta que todo hubiera quedado destruido. Al coste de la vida de Quillón, y la de Lebbick, y la del Perdon..., al coste, sí, de la indignación de mi propia esposa, la traición de mi propia hija, he conseguido el nombre de mi enemigo así como su atención, de tal modo que para Cadwal y Mordant y Alend aún hay esperanza. He conseguido para todos nosotros la oportunidad de luchar por nuestro mundo.

»Pero no es eso lo que quieres saber, ¿verdad?

Su voz la escrutó, y sus ojos parecieron sondear su amargura. Cuando la miraba así, Terisa sentía un incontenible deseo de hablarle de haber sido encerrada en el armario, como si de alguna forma fuera culpa de él, como si de alguna forma hubiera algo que él hubiese podido hacer. Hasta aquel momento, él había permanecido aislado de ella..., del mismo modo que lo había permanecido su padre. ¿Qué hacía al Rey Joyse un hombre mejor que su padre?

—No te gusta lo que he hecho —dijo el Rey—, pero eres capaz de captar su necesidad. De otro modo no me hubieras apoyado. No, mi dama, lo que quieres de mí es una esperanza más inmediata. Deseas que sea más grande de lo que puedes imaginar. Deseas que me justifique a mí mismo con el poder. Deseas que te diga que poseo los medios de salvarte.

Involuntariamente, ella bajó la cabeza, incapaz de enfrentarse a su firme y azul escrutinio.

—Terisa —dijo suavemente el Rey—, mi dama, yo no puedo salvarte. No poseo

los medios.

»Tú ya lo sabes —siguió inmediatamente—. Como has observado, ni siquiera puedo derrotar al Adepto al brinco. Es sólo un juego, por supuesto, un mero ejercicio..., pero no puedo olvidar que las piezas viven y respiran, con nombres y esposas, hijos y bravatas y miedo. Soy un hombre *irrazonable*. Cuando Quillón me dijo que Myste acudió a ti antes de su desaparición, me arriesgué yo mismo y todos mis planes a fin de desafiarte, pese a que el augurio de Havelock me había proporcionado razones para creer que sabía dónde había ido. Cuando mi esposa es amenazada, no pregunto si alguna necesidad más amplia debería pasar en mi mente por encima de su peligro. Carezco de la cordura particular de Havelock.

»Y la misma sinrazón me debilita por todas partes. ¿Debo decirte una cosa que me avergüenza? Cuando supe que habías huido a Havelock tras la muerte de Quillón, que habías acudido a él en petición de ayuda con el Maestro Gilbur pisándote los talones, y que él te la había negado... Mi dama, Havelock es mi más viejo amigo. Fue él quien me puso en el sendero que me ha convertido en lo que soy. Pero, cuando supe que te había negado su ayuda, le golpeé...

Los ojos de Geraden se abrieron enormemente ante aquella revelación; pero no dijo nada.

—Sin embargo —siguió el Rey, como si la mera vergüenza no pudiera contenerle—, estoy aquí. Cuando Quillón fue muerto..., Quillón, que me había servido desde hacía tanto tiempo con valor y astucia..., supe que esta batalla debía librarla yo, no sólo conducirla. La sangre debe estar en mis manos. No permitiré que las piezas sean usadas tan desdeñosamente. No toleraré que el Maestro Eremis agite el tablero, para rehacer el mundo a su propia imagen. —Terisa hubiera podido jurar que se estaba haciendo más alto, alzándose en poder delante de ella—. ¿Crees que no me importan nada los sufri-mientos de Lebbick, o del Tor? ¿Crees que no he sentido tu aflicción, o la de Geraden..., o la de Elegia?

»Mi dama, tú no me has visto luchar.

Maldito seas, oh, maldito seas por completo. Haré todo lo que quieras. Simplemente dime qué.

—Sin embargo, yo te *he* visto luchar —intervino el Príncipe Kragen mientras cruzaba los faldones de la entrada—. Aunque me molesta decirlo, mi señor Rey, me alegra que hayas venido.

El Príncipe llevaba con él a Ribuld y al Castellano Norge. El Maestro Barsonage entró en la tienda tras los talones del Castellano. Y con ellos entró una delgada figura embozada de pies a cabeza en oscuro satén, rostro y forma e incluso manos ocultos. Mientras el Príncipe Kragen avanzaba para situarse delante del rey, mientras el Maestro Barsonage y Norge se detenían y miraban como si no pudieran creer en sus ojos, la figura embozada se deslizó a lo largo de la pared de la tienda, intentando

mantenerse tan discreta como fuera posible.

—Mi señor Príncipe —el Rey Joyse apartó la vista de Terisa y Geraden, con la intensidad de su porte aumentada—. Maestro Barsonage. —Parecía dispuesto a saltar en cualquier dirección, extraer su espada en cualquier momento—. Capitán Norge.

»Lo he dicho antes, pero me alegra repetirlo de nuevo. Ésta es una buena reunión.

—Mi señor Rey. —El Tor intentó ponerse de nuevo en pie contra las manos del médico. Su voz sonaba tan tenue como una ligera brisa entre las hojas del maíz—. Debo hablar.

El Rey Joyse se volvió de inmediato hacia el Tor; pero mantuvo su espalda girada hacia la pared de la tienda, lejos del Príncipe Kragen.

—Habla sentado, mi señor —ordenó—. Y habla tan poco como sea posible. Tu vida es preciosa para mí.

Ahogando un gruñido, el Tor se derrumbó hacia atrás.

—Si estamos aquí equivocadamente, la culpa es sólo mía —dijo, con el susurro de un moribundo—. El Maestro Geraden y dama Terisa han descubierto sus talentos. Han realizado ya milagros de Imagería. Norge se ha convertido en tu Castellano, a mis órdenes. Él conduce las fuerzas de Orison.

Con un estremecimiento visceral, Terisa se dio cuenta de que el Tor estaba intentando preparar al Rey Joyse para su encuentro con el Príncipe.

—El Maestro Barsonage y la Cofradía han ideado medios de aprovisionamiento y defensa, sin salirse de tus limitaciones. No hubiéramos podido llegar hasta tan lejos sin ellos.

»El Príncipe Kragen está aquí con seis mil soldados de Alend porque es un hombre honorable.

El Rey Joyse apoyó una mano en el desnudo hombro del Tor, animando mudamente al viejo señor a conservar sus fuerzas.

—Un hombre honorable —hizo claramente eco, como si hubiera tenido dudas sobre aquel punto. Casi sin transición, pareció convertirse en alguien distinto..., una persona de apenas reprimida ira, en busca de conflicto. Enfrentándose de nuevo al Príncipe, y hablando suavemente, pero con una clara amenaza en sus ojos, preguntó —: ¿Quiere dar a entender mi viejo amigo que él y el Monarca de Alend han formado una alianza?

—No. —El Príncipe Kragen estudió cautelosamente al Rey. La excitación que lo había traído hasta allí estaba mezclada con una vieja desconfianza; pero su postura dejaba bien claro que no iba a retroceder de sus propios deseos—. Quiere dar a entender que él le explicó al Monarca de Alend su intención de colocar su cabeza sobre la madera de Eremis y morir antes que someterse a una guerra de desgaste que no puede vencer. Y el Monarca de Alend me envió a acompañarle con el grueso de nuestras fuerzas porque no tenemos otra forma de determinar si las intenciones del

Tor son locas o brillantes. Mis instrucciones de mi soberano son unirme al Tor o huir, según las cosas que averigüe aquí.

—Margonal es hábil —comentó el Rey Joyse con engañosa indiferencia—, y al parecer ha crecido en valor. Bien, ahora estás aquí, mi señor Príncipe. ¿Qué has averiguado?

El Príncipe Kragen se permitió un encogimiento de hombros que no comprometía a nada.

—He averiguado que nos hallamos todos realmente atrapados. Todas nuestras cabezas están sobre la madera de Eremis, y Alend deberá resistir o caer con Mordant, independientemente de mis instrucciones.

—Creo que no —respondió el Rey Joyse, con el aire de un hombre dispuesto a saltar—. Creo que en el último momento te volverás contra nosotros y te unirás a Cadwal, para conservar la auténtica cobardía de tu padre.

La cabeza de Kragen saltó hacia atrás ante aquello; un enrojecimiento de furia oscureció sus mejillas; cerró los puños sobre su espada.

Como respuesta, tanto Ribuld como Norge llevaron sus manos a sus armas. La figura embozada contra la pared de la tienda dio un paso hacia delante, luego retrocedió de nuevo. Geraden se acercó más a Terisa, para protegerla del peligro de las espadas.

No, pensó ella urgentemente, no lo comprendes, el Príncipe Kragen está aquí *con* nosotros, *con* nosotros.

El Tor repitió roncamente:

—Es honorable. Honorable.

—Mi señor Rey —dijo el Príncipe con los dientes apretados—, puesto que *eres* el Rey, y puesto que se me ha sido dicho tantas veces que debo confiar en ti, supondré que tienes alguna *razón para* acusarme de esa traición.

—Tengo una *razón* —restalló el Rey Joyse—. Durante mi ausencia, salvé a la Reina Madin de sus secuestradores. No te sorprenderá oír que cuando la encontré al fin estaba al otro lado del Pestil. En Alend, mi señor Príncipe. Sus secuestradores eran de Alend, y ella estaba siendo llevada por el camino más directo hacia Scarab.

La boca del Príncipe Kragen se tensó bajo su bigote. Sus oscuros ojos ardieron con vieja enemistad, con décadas de violencia, generaciones de derramamiento de sangre. Parecía dispuesto a abrir en canal allí mismo al Rey Joyse.

Sin embargo, contuvo su ultraje. Y no extrajo su espada.

—¿Y persistes —preguntó— en la loca creencia de que soy *capaz* de un acto tan vil?

—¡No! —protestó Terisa—. Eremis lo hizo. Él mismo me lo dijo. —¿Qué le ocurría al Rey Joyse? ¿Cómo podía mostrarse de pronto tan equivocado?—. Es sólo un truco para impedir que tú y el Príncipe unáis vuestras fuerzas.

Antes de que pudiera seguir, el Rey Joyse la señaló con un ominoso dedo.

—Eso no prueba nada. —La orden que emanaba de su actitud obligó a Terisa a guardar silencio—. El Maestro Eremis tiene un pacto con Cadwal. ¿Por qué no con Alend?

—¡Porque —exclamó la figura embozada— *es honorable!*

»Tú no confías en él. —Elega echó hacia atrás la capucha que cubría su cabeza y avanzó, y sus vividos ojos llamearon a la luz de las linternas—. ¿Está equivocado el Tor? ¿Lo están Terisa y Geraden? —Había atraído todas las miradas hacia ella, un blanco de indignación y pasión. Brillante como una llama, desafió a su padre—. Mantuvo a Orison en la palma de su asedio durante días y *días*. Hubiera podido haceros pedazos piedra a piedra. Sin embargo, se contuvo. ¿No significa eso nada para ti? Te concedió *tiempo para* probarte a ti mismo. ¿Y tú te *atreves* a acusarle de deshonor? ¿*Te atreves a hacerlo en mi cara?*

El Rey Joyse la miró como si hubiera recibido un mazazo en la cabeza.

—¡No, padre! —siguió ella, furiosa—. ¡El único deshonor en esta tienda es el *tuyo!* Fuiste *tú* quien se negó a apoyar al Perdon, *tú* quien rehusó escuchar al Fayle. Fuiste *tú* quien humilló al Príncipe Kragen en la sala de audiencias, *tú* quien permitiste que el atacante de Terisa merodeara libremente por Orison, *tú* quien arrojaste a Myste de tu lado. No tienes *derecho* a dudar del Príncipe. ¡No hay ninguna alianza entre Alend y Mordant porque nadie es capaz de confiar *en tí!*

Diversas emociones pulsaron bajo la vieja piel del Rey: ultraje; alarma; incredulidad. ¿Y orgullo? *Lleva mi orgullo con ella allá donde vaya.* Por un momento, nadie se movió; él no se movió. Elega sostuvo su mirada como si estuviera preparada para enfrentarse al mundo.

Inmediatamente, el Rey Joyse estalló en una carcajada.

—Oh, muy bien, mi señor Príncipe —rió, mientras todos a su alrededor le miraban—. Eres honesto, y tu padre es honesto, y debo disculparme. Si no lo hago, ella me arrancará la piel tira a tira.

La boca de Geraden colgó abierta. El Príncipe Kragen encajó las mandíbulas como si no se atreviera a hablar.

—No fue sensato traerla contigo —siguió el Rey Joyse—. Una mujer en la batalla, un rehén útil si Eremis consiguiera capturarla. Pero fue *honesto*. Si hubieras pretendido traicionarnos, la hubieras dejado con Margonal. Y ella no te amaría si hubiera esa traición en ti. La conozco lo suficiente.

»Mi señor Príncipe, por favor acepta mis disculpas..., y también mi agradecimiento. Si podemos salvarnos, será gracias a tu valor tanto como a tu honor.

Mientras el Rey Joyse hablaba, la excitación volvió al Príncipe Kragen, la extraña y nueva ansia que lo había conducido a riesgos a los que nunca antes se había atrevido Alend. Su boca retorció hacia arriba las puntas de su bigote. Lentamente,

produjo una sonrisa que se emparejó con el humor de Joyse.

—¿Por qué piensas que la decisión fue mía? ¿Acaso has sido capaz *tú* alguna vez de decirle lo que debía hacer?

Como respuesta, el Rey Joyse rió de nuevo; amistosamente, alegremente. Irradió como un nuevo día.

—¿Decirle *a ella* lo que debe hacer? ¿Yo? —Elega le miró furiosa en su confusión, pero no le detuvo—. Sólo soy su padre. ¿Decirle lo que debe *hacer*? La mayor parte de las veces apenas me permite hacer sugerencias.

Luego adoptó una actitud más seria.

—Una cosa, sin embargo, sí debo decirle, mi señor Príncipe. Escúchame bien. Mientras dure esta guerra, obedecerás mis órdenes. —Su tono no admitía discusión; su orden era tan clara como un grito—. Si no trabajamos juntos, estamos perdidos.

El Príncipe Kragen sólo vaciló un momento; luego, aún sonriendo, asintió brevemente, una sola vez.

Ignorando aún la sorpresa y la consternación y la esperanza a su alrededor, el Rey Joyse se volvió hacia Elega.

—En cuanto a ti, hija mía —dijo, contento—, eres un orgullo y una alegría para mí. —Tomó sus manos, las llevó hasta su boca y las besó—. Nadie hubiera podido hacerlo mejor. Ni la propia Reina hubiera podido hacerlo mejor. Sola y sin poder ni posición, has hecho una alianza allá donde no existía.

»¡Oh, me complaces! —Bruscamente, paseó su mirada por la tienda, agitando expansivamente los brazos—. ¡Todos me complacéis! Si no podemos salvar nuestro mundo ahora, será porque yo os he fallado, no porque ninguno de vosotros haya fallado a Mordant. Todos me habéis dado mucho más de lo que merezco.

Sumido en una clara alegría, siguió riendo; y al cabo de un momento Geraden se le unió. Luego, sorprendiéndose incluso a sí mismo, el Príncipe Kragen empezó a reír quedamente. La sonrisa de Elega se hizo más suave y fácil a medida que se extendía.

El Maestro Barsonage agitó la cabeza, riendo también. Tensa entrecerró fuertemente los ojos para evitar llorar estúpidamente; pero no empezó a reír hasta que se dio cuenta de que el Tor estaba roncando como si nada hubiera ocurrido.

Hablaron durante largo rato, el Rey Joyse y el Príncipe Kragen, Terisa y Elega, Geraden y el Maestro Barsonage, con el Castellano Norge con la expresión de que hubiera encontrado más interesante una buena noche de sueño. Los guardias trajeron la cena, retiraron los platos cuando hubieron terminado. Ribuld ayudó al médico a meter al roncante Tor en la cama. La mayor parte del tiempo, el Rey Joyse y el Príncipe Kragen y Elega escucharon, haciendo alguna que otra pregunta ocasional, mientras Terisa y Geraden y el mediador contaban y explicaban de nuevo todo lo sucedido. Poco de lo que dijeron era nuevo para el Príncipe o Elega, pero el Rey Joyse escuchó atentamente, emitiendo preocupación y curiosidad y aprobación como

bendiciones.

Sus amigos y aquellos que le habían apoyado habían actuado bien: dijo eso repetidamente. Sus aliados involuntarios habían actuado bien. Su sonrisa brilló sobre todos hasta que la tienda estuvo llena de calor; pareció tomar cada cosa triste o dolorosa sobre sí mismo, de modo que nadie a su alrededor se sintiera culpable o criticado por confusión o desconfianza o fracaso. El tiempo pasó rápidamente, y Terisa comprendió al fin por qué tanta gente le había amado y servido durante tanto tiempo. Ya no se preguntaba por qué el Perdon se había sacrificado a sí mismo y a todos sus hombres por un Rey que lo había abandonado, o por qué el Tor había acudido a ella en las mazmorras para suplicarle que se salvara a sí misma en bien del Rey, o por qué el Domne era capaz de enfrentarse a la destrucción de Houseldon sin recriminaciones hacia su viejo amigo, o por qué la primera reacción de la Reina Madin al oír el peligro que corría su esposo había sido reunirse con él. Terisa se sentía de aquel mismo modo ahora, hubiera hecho ella misma todas aquellas cosas.

Tenía la sensación de que había llegado a través del odio y la derrota a algo más, a una especie de compromiso, un estado de ánimo en el que todas las cosas eran posibles. No se sentía exactamente ansiosa de enfrentarse al día siguiente..., pero tampoco lo temía.

Por su parte, Geraden se sentía ansioso. Sus ojos brillaban cada vez que se posaban en su Rey, y aprovechaba todas las ocasiones posibles que podía hallar para mirar a Terisa y sonreír, como si deseara decirle: ¿Lo ves?, te dije que valía la pena servirle.

No descendió de la felicidad hasta que la conversación giró hacia los planes de batalla.

El Maestro Barsonage describió los recursos de la Cofradía, y el Rey Joyse le dio instrucciones para los Maestros. El Rey y el Príncipe Kragen diseñaron cadenas de mando, formas de enviar mensajes; hicieron los mejores arreglos posibles para tratar a los heridos y alimentar a todos; desplegaron mentalmente las fuerzas de hombres a caballo y a pie. Y, gradualmente, la expresión de Geraden se fue haciendo sombría.

—¿Qué te preocupa, Geraden? —preguntó finalmente el Príncipe Kragen.

Geraden sacudió la cabeza, sin mirar a nada en concreto.

—Dilo, Geraden —animó suavemente el Rey Joyse—. Las palabras no nos harán daño.

—Lo siento, mi señor Rey, mi señor Príncipe. —Geraden intentó formar una expresión más alegre en su rostro, sin mucho éxito—. No ocurre nada. Simplemente, no puedo librarme de la sensación de que Terisa y yo no pertenecemos aquí.

Oh, bueno, pensó confusamente Terisa. De nuevo eso.

—¿Por qué? —inquirió el Rey—. ¿En qué otro lugar deberíais estar?

Geraden hizo una mueca exasperada.

—No tengo ni idea. —Casi de inmediato, sin embargo, añadió—: Pero es obvio que somos inútiles donde estamos. La Cofradía no tiene espejos de reserva para nosotros. Y, aunque tuviéramos espejos, ¿qué podríamos hacer? No conocemos dónde se halla la fortaleza de Eremis. No sabemos —un punto más crucial— cuál es su aspecto. Tenemos todo este talento, y presumiblemente Eremis piensa que podemos hacerle daño, o si no se explica por qué intenta matarnos tan obcecadamente, pero no parece haber nada que nosotros podamos *hacer*.

El Príncipe Kragen frunció el ceño solícitamente; Elega asintió como si comprendiera el problema. Pero, por alguna razón, el Rey Joyse parecía incapaz de tomarse en serio la preocupación de Geraden.

—Bueno, Geraden —dijo, en tono confiado—, supongo que no desearás consejo de *nosotros*. Esos talentos son vuestros, no nuestros. Vosotros sois los únicos jueces de lo que podéis hacer y lo que no.

—Cierto —intervino el Maestro Barsonage. Parecía alegre de no ser él el responsable de lo que Geraden y Terisa hicieran.

—Pensaréis en algo a su debido tiempo —concluyó confortablemente el Rey.

Antes de que nadie pudiera objetar, empezó a despedir a sus compañeros a fin de que todos pudieran gozar al menos de algunas horas de sueño.

Terisa se aseguró de que Geraden fuera con ella cuando abandonó la tienda del Tor. En realidad, él no se sentía reacio a acompañarla: simplemente se hallaba tan absorto por el Rey Joyse que tenía problemas en desprenderse de él. El Rey insistió, sin embargo; y ella y Geraden salieron a la nieve en busca de su saco de dormir.

Terisa no tenía intención de dormir. De hecho, no podía imaginarse durmiendo, bajo las circunstancias. Simplemente deseaba tener a Geraden para ella por un tiempo.

Hallaron su saco de dormir al extremo de la luz arrojada por las linternas de los guardias fuera de la tienda del Tor. La nieve seguía cayendo, aunque menos intensamente; pero el saco estaba envuelto en una lona impermeable, con uno de sus extremos alzado mediante palos de modo que formaba una especie de tienda en miniatura, dejando el aire penetrar en el saco mientras mantenía alejada la nieve. El único truco, descubrió pronto Terisa, era *meterse* en el saco sin arrastrar consigo demasiada nieve...

Temblando, ella y Geraden se deslizaron dentro y se abrazaron para mantener el calor.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó él; su mente estaba todavía con el Rey Joyse y la batalla.

—Sí —dijo ella—, pero no tiene nada que ver con la Imagería.

Le persuadió, con sus manos y sus labios, de que pensara en ella. Deseaba que todo su cuerpo y su corazón se llenaran de él, como si él fuera el antídoto al Maestro

Eremis y la violencia.

Después de eso, encontraron más fácil relajarse.

Sin embargo, estaban en pie unas pocas horas más tarde —mucho antes del amanecer—, cuando el Rey Joyse salió para empezar a disponer sus fuerzas.

La nevada había cesado. Cubría profundamente el suelo, envolviendo con su sudario las tiendas y los sacos de dormir de los doce mil hombres; se fundía en los lomos de los caballos; ahogaba todos los sonidos, absorbía incluso las voces, y hacía que los fuegos a todo lo largo del valle parecieran pequeños. El propio Rey Joyse parecía pequeño frente a tanta nieve y oscuridad. La forma en que se frotaba las manos sugería que el frío le había devuelto su artritis. Sin embargo, sus ojos brillaban azules. Arrojando bocanadas de vapor a cada aliento a la luz de la linterna, preguntó el Castellano Eremis con fingida irritación:

—¿Dónde está ese dormilón de Príncipe?

Norge se encogió de hombros con tan pocas muestras de entusiasmo que el Rey dejó escapar una risita.

—Haz un esfuerzo y permanece despierto hoy, Castellano —bromeó—. Nuestras vidas pueden convertirse en algo muy estimulante.

El Castellano se permitió una difusa sonrisa.

El Príncipe Kragen apareció en la luz con varios de sus capitanes y dama Elega.

Juntos, él y el Rey Joyse partieron para inspeccionar tanto de su ejército combinado como era posible, ostensiblemente para explicar sus planes y tranquilizar a sus hombres, pero primariamente para hacer que la presencia del Rey Joyse —y su alianza con Alend— fuera lo más ampliamente conocida posible; para proporcionar a cada soldado y guardia tantas razones para la esperanza como fueran posibles.

Al mismo tiempo, el Maestro Barsonage y la Cofradía empezaron a desempaquetar sus espejos. Los Imageros necesitaban tiempo para situarlos en posición..., y para ocultarse ellos mismos. Varios cientos de hombres fueron con ellos para defenderlos junto con sus espejos.

Junto a los faldones de su tienda, Terisa y Geraden supieron por Ribuld que el Tor seguía durmiendo. Dejaron tranquilo al viejo señor.

Observaron con Myste cómo se preparaba el ejército.

El mediador y sus camaradas trasladaron más comida de Orison. Un grupo de jinetes distribuyó las provisiones por todo el campamento y trajo los sacos de dormir y tiendas a los Maestros. Aparecieron enormes balas de forraje y fueron llevadas para las monturas. Todo el valle se agitaba con movimiento —apenas entrevisto a la luz de las fogatas desde el terreno algo más elevado donde había sido clavada la tienda del Tor—, mientras miles de hombres visitaban el arroyo y las letrinas y los fuegos donde se cocinaba la comida.

—¿Cuáles crees que son nuestras posibilidades? —preguntó Terisa, para aliviar la

fría ansiedad que la remordía por dentro.

—Estamos bien embotellados en este valle —murmuró Geraden—. Eso es malo. Por otro lado, parece como si sólo pudiéramos ser atacados desde una dirección. El desfiladero es demasiado estrecho. No pueden enviar por él los hombres suficientes con la suficiente rapidez como para dañarnos seriamente. Eso es bueno. Así que lo que intentarán hacer es empujarnos hacia las paredes. Si nos acercamos demasiado a ellas, pueden dejar caer todo tipo de cosas sobre nosotros.

—Si Eremis tiene un espejo con Esmerel en la imagen —indicó Terisa—, o cualquier parte de este valle...

—Entonces —terminó Geraden por ella— puede atacarnos de cualquier forma que desee. —Bruscamente, se volvió y la miró con fijeza—. Pero no lo hará. No correrá el riesgo. Tendrá miedo de ti. Si destrozaras su cristal, no podría ver lo que está ocurriendo. Lo que hiciste allá en el cruce de caminos va a salvarnos. Si no lo hubieras hecho, posiblemente a estas alturas ya estaríamos muertos.

Ella seguía sin saber hasta qué punto era cierto aquello. Sin embargo, el hecho de que él lo dijera alivió un nudo en su interior.

—Gracias —murmuró privadamente a él.

—Y hay otras esperanzas —comentó dama Elega. Mientras la oscuridad aún llenaba el valle, su belleza de interiores se aferraba a ella, y a la luz de la linterna sus ojos parecían luminosos por el conocimiento—. El mundo está lleno de extrañas cosas, que nuestros enemigos no comprenden. El Maestro Eremis comprende sólo el miedo y el poder. Está cegado por su desprecio. No capta todo lo que el valor puede hacer contra él.

Terisa apenas oía a la hija del Rey. Estaba pensando: *Elegir más cuidadosamente tus riesgos*. Y estaba pensando: *Somos inútiles donde estamos*. Geraden tenía la muy intensa sensación...

Desgraciadamente, ningún destello de inspiración acudía a ella.

El cielo empezó a palidecer. Trabajando urgentemente, el Maestro Barsonage y sus compañeros trasladaron toda la comida innecesaria y las cosas de dormir y los pertrechos que molestaban de vuelta a Orison. Fueron enviados exploradores a examinar el pie del valle. Moviéndose en la naciente claridad, el ejército avanzó en formación de batalla: en forma de cuña, como el valle, pero a la inversa, de modo que un ataque desde el pie del valle se encontrara con la punta de la cuña y se escindiera, se viera forzado contra las paredes; una cuña con tropas a caballo en los bordes para movilidad y un núcleo de soldados a pie para fuerza.

Cuando el cielo fue lo suficientemente claro como para poner en relieve el borde del valle, todos pudieron ver que durante la noche habían sido montadas allí máquinas de guerra.

Catapultas: negras contra el perlino cielo: seis, siete..., no, nueve de ellas en

torno al valle, preparadas para arrojar rocas o peñascos a las cabezas de los defensores de Mordant.

Terisa gruñó fútilmente.

Un murmullo se alzó del ejército. Al principio, Terisa pensó que era una reacción a las catapultas. Pero entonces vio al Rey Joyse avanzar hacia ella a largas zancadas por entre las tropas, sujetando su estandarte muy alto entre sus puños. En la ladera de la colina que conducía a la tienda del Tor, clavó la bandera púrpura lisa, enterró el extremo del palo en la nieve y el suelo.

La bandera se alzó y se agitó como si acabara de sacarla directamente del augurio de los Maestros.

—*Aquí nos mantendremos.*

Terisa tuvo la impresión de que el Rey Joyse no estaba gritando. Sin embargo, su voz resonó como si pudiera alcanzar hasta el último rincón del valle.

—*Que caigan sobre nosotros si se atreven.*

Nadie vitoreó. Nadie corrió el riesgo.

Sin advertencia previa, el resonar de un tambor de guerra pulsó en el aire. El sonido vino desde muy lejos, desde mucho más allá del pie del valle; sin embargo, como la voz del Rey, trajo consigo un llano y fatal pulso, tan visceral que Terisa creyó oírlo con su garganta y su pecho antes que con sus oídos.

Y, desde más allá del pie del valle, la oscuridad se puso en movimiento.

La Cofradía al trabajo

El batir de los tambores no disminuyó. Siguió resonando valle arriba como la marcha del destino.

El cielo se había aclarado durante la noche. Ahora, al salir el sol, se moduló de perlino a un inefable azul púrpura, transformando en una enormidad el mero retazo del estandarte del Rey Joyse. Aunque el valle siguió sumido en una apretada penumbra, ensombrecido por sus paredes, el efecto de la clara luz del día en torno a éstas hizo que las catapultas parecieran más pequeñas, menos imponentes. Según los rayos del sol, aquellas máquinas de guerra eran meros palos *de* madera atados juntos, no más capaces que meros juguetes de arrojar unas cuantas piedras a intervalos irregulares. Y la nieve daba a las propias paredes un aspecto de encantamiento y juego.

Terisa no lo creía. Los hombres del Rey Joyse eran vulnerables a aquellos juguetes que arrojaban piedras.

Evidentemente, el Rey Joyse no lo creía tampoco. Una vez clavado su estandarte y lanzado su desafío, convocó al Castellano Norge, a sus capitanes y al Príncipe Kragen, así como a todos los Maestros que aún no se habían desplegado. Terisa, Geraden y dama Elega se unieron a ellos a tiempo para oírle decir:

—Nos hallamos mejor dispuestos a enfrentarnos al Gran Rey de lo que él piensa..., gracias a las fuerzas del Monarca de Alend y a la dedicación de la Cofradía. Sin embargo, ha montado bien su trampa. Debemos hallar una respuesta a esas catapultas. Los hombres que deben eludir los peligros que llueven del cielo no lucharán bien en el suelo...

—Lo mejor que podríamos hacer —observó Norge— sería trazar un círculo por detrás de ellas. Pero no podemos hacer eso. Apostaría a que Festten ha cerrado el desfiladero.

—Averígualo —ordenó el Rey.

Con un asentimiento, el Castellano Norge envió a uno de sus capitanes a encabezar un grupo de exploración.

—¿Tienes alguna idea, mi señor Príncipe? —preguntó el Rey Joyse.

El Príncipe Kragen alzó la vista hacia las paredes del valle con el ceño fruncido. Lentamente, dijo:

—Hay regiones de Alend, en especial entre los Feudos, donde la gente no puede ir al mercado sin escalar paredes tan malas como éstas. Tengo hombres que son buenos con las cuerdas y las rocas.

—Mi señor Príncipe —objetó uno de los capitanes—, Cadwal no va a dejar esas catapultas sin protección. Cualquiera que trepe esas paredes va a hallarse indefenso

todo el camino..., y abrumado por el número cuando llegue arriba.

—Debemos intentarlo de todos modos —pronunció el Rey Joyse. No miraba ni al Príncipe Kragen ni a los capitanes. Su mirada estaba fija en los Maestros reunidos—. Cualquier daño que podamos hacer a esas catapultas valdrá todo lo que nos cueste.

Varios de los Maestros agitaron los pies. Algunos estudiaban el suelo. Con sus túnicas y sus casullas, parecían decididamente poco aventureros. Sin el mediador para dirigirles —o empujarles—, tenían el aire de hombres que hubieran preferido estar en casa, dedicados a sus investigaciones.

Al cabo de un momento, sin embargo, el Maestro Vixix carraspeó.

—Mi señor Rey. —Se frotó una nerviosa mano por su hirsuto pelo—. Tengo un cristal pequeño que modelé cuando era un Apr. Apenas muestra un poco más que un charco de agua sucia. Pero cuando trasladé una pequeña cantidad de esa agua, sólo como experimento..., hizo un agujero en mi mesa de trabajo.

»Lo llevo siempre conmigo para defenderme.

El Rey Joyse asintió secamente.

—Muy bien, Maestro Vixix. ¿Puedes trepar?

El Maestro se encogió de hombros, mostrando tanta inquietud como permitían sus blandos rasgos.

—Me temo que no, mi señor Rey.

—Puede ser llevado —dijo el Príncipe Kragen.

Vixix dudó por un momento. Luego inspiró profundamente. Después de todo, era lo suficientemente viejo como para recordar los días de gloria de Joyse.

—Haré todo lo que pueda, mi señor Rey.

—Muy bien —repitió el Rey Joyse, y dirigió su atención a los otros Maestros.

Finalmente, otros tres Imageros admitieron llevar espejos personales que podían ser útiles contra una catapulta..., o los defensores de una catapulta. Se alejaron junto con el Maestro Vixix en compañía de uno de los capitanes del Príncipe Kragen.

Geraden cruzó su mirada con la de Terisa y se encogió desconsoladamente de hombros.

Elega estudió el extremo inferior del valle como si esperara que se produjera algún tipo de alteración cuando el sol se alzara lo suficiente, cambiando la pisoteada y amazotada nieve hasta que se convirtiera en un nido de maravillas.

La masa del ejército de Cadwal valle abajo era claramente visible ahora: la luz del sol bloqueada del propio valle se posaba sobre los estandartes y las armaduras de las fuerzas del Gran Rey Festten y los hacía brillar. ¿Veinte mil hombres?, se preguntó Terisa. Parecían más..., los suficientes como para aplastar a los simples doce mil del Rey Joyse. Por supuesto, el Gran Rey había tenido todo el tiempo que había querido para traer a su lado refuerzos durante el asedio a Orison...

¿Cuándo iban a empezar las catapultas?

¿Iba a pasar toda la batalla intentando huir de las rocas que caían?

Bruscamente, los tambores de guerra cesaron.

La ausencia del retumbar llamó la atención de todo el mundo.

Tras el silencio llegó la ronca llamada, como un berrear, de un sacabuche.

Un jinete abandonó el apretado frente del ejército de Cadwal. Su armadura ardía con la luz del sol, como si fuera vestido de oro.

Al extremo de su lanza desplegaba una bandera de tregua.

—Un emisario —observó el Rey Joyse—. El Gran Rey deseaba parlamentar con nosotros. Supongo que quiere ofrecernos una oportunidad de rendirnos.

Gruñendo por debajo de su bigote, el Príncipe Kragen preguntó:

—¿Por qué se molesta?

—Espera ver alguna prueba de que estarnos asustados.

—¿Lo recibirás?

—Lo *recibiremos*, mi señor Príncipe —dijo el Rey; su tono no alentaba la discusión—. Puede que te sorprenda oír esto, pero, en todos mis años de guerras y confrontaciones, nunca he tenido la oportunidad de reírme del Gran Rey Festten en su cara.

Los ojos de Elega brillaron cuando miró a su padre, como si se sintiera terriblemente regocijada.

El emisario de Cadwal fue detenido y retenido en la línea delantera de Mordant, y un jinete trajo al Rey el mensaje de que efectivamente el Gran Rey Festten deseaba hablar con él y el Príncipe Kragen. Como respuesta, Joyse envió el mensaje de que él y Kragen estaban dispuestos a reunirse con Festten a medio camino entre los dos ejércitos tan pronto como el Gran Rey lo deseara.

Montados sobre recios caballos que habían sido entrenados para el combate, el Rey Joyse y el Príncipe Kragen cabalaron valle abajo, acompañados solamente por el Castellano Norge. Ante ellos se extendía el ejército de Cadwal, tan infranqueable como un acantilado. Y encima de ellos, sobre las paredes, las catapultas observaban y aguardaban, al parecer despreocupadas de los varios cientos de hombres con cuerdas y los cuatro Maestros que estaban intentando ya escalar las paredes en un cierto número de puntos distintos.

Al frente de su ejército, el Rey y el Príncipe aguardaron hasta que vieron al Gran Rey Festten emerger de entre sus propias fuerzas.

—Vigilad cualquier traición —advirtió Norge, reprimiendo un bostezo.

—¿Traición? —rió hoscamente el Rey Joyse—. El Gran Rey sólo traiciona a aquellos a quienes teme. Por el momento, estoy completamente seguro de que no nos teme a nosotros. Ésa es su debilidad. —Inmediatamente, rectificó—: *Una* de sus debilidades.

—Mi señor Rey —dijo el Príncipe Kragen como un saludo—, admiro tu

confianza.

El Rey Joyse lanzó a su aliado una feroz mirada.

—Tú la justificas, mi señor Príncipe.

Cuando vieron al Gran Rey dejar a sus guardias detrás, siguieron avanzando solos a su encuentro, cruzando la limpia y blanca nieve no marcada por ninguna huella excepto las del emisario.

En el punto convenido —a un largo tiro de arco de ambos ejércitos—, los tres hombres se encontraron. Ninguno ofreció desmontar; y el Gran Rey Festten mantuvo una cierta distancia entre él y sus enemigos, como si esperara que éstos hicieran algo desesperado. El patear de los caballos *alzaba* surtidores de seca nieve en torno a los jinetes.

Era un hombre bajo..., demasiado bajo, en realidad, para el poder que retenía. Compensaba su corta estatura, sin embargo, llevando un casco dorado rematado con una larga púa y una elaborada pluma. Entre los protectores de las mejillas de su casco, sus ojos eran duros, como si los hubiera silueteado con kohl para darles fuerza. Su barba, *rizada* sobre el peto dorado de su armadura, era oscura y lustrosa, probablemente teñida; sólo las líneas y las arrugas ocultas bajo sus patillas traicionaban que era más viejo que el Rey Joyse..., y dedicado a sus placeres.

Ignorando al Príncipe Kragen, dijo:

—Bien, Joyse —como si él y el Rey fueran íntimos, pese al hecho de que nunca se habían conocido personalmente—, tras todos esos años de éxitos, has llegado a un lamentable final.

—¿Eso crees? —El Rey Joyse sonrió con una sonrisa que no tenía ninguna inocencia—. Yo me siento bastante complacido conmigo mismo. Al fin tengo la posibilidad de enfrentarme a todos mis enemigos a la vez. Sólo con gran relucencia he dejado que el Pretendiente de Alend me convenciera de ofrecerte esta última posibilidad de que te rindieras.

Si su observación sorprendió al Príncipe Kragen, éste no lo demostró.

—¿Rendirme? —escupió el Gran Rey. Evidentemente, el Rey Joyse lo había pillado desprevenido—. ¿Deseas que *me* rinda?

El Rey Joyse se encogió de hombros como si sólo su sentido del humor le impidiera perder totalmente el interés en la conversación.

—¿Por qué no? No puedes ganar esta guerra. Lo mejor que puedes esperar es la posibilidad de salvar tu vida entregándote a mi merced.

»Puede que no estés enterado —siguió, antes de que el Gran Rey Festten pudiera escupir una respuesta— de que tu Maestro Eremis me ha ofrecido una alianza contra ti..., que he aceptado.

—¡Eso es una mentira! —gritó el Gran Rey, momentáneamente fuera de sí. Rápidamente, sin embargo, recuperó el control. Con una voz más fría, un tono

ignorante de toda piedad, dijo—: El Maestro Eremis es mendaz, por supuesto. Pero no he confiado en él ciegamente. Gart está con él. Y sabe que he ordenado a Gart que lo abra en canal al menor asomo de traición. También sabe que ya no le necesito. Ahora puedo *aplastarte* —cerró su puño en el aire— sin la Imagería.

»No tienes ninguna alianza con él. Y la fuerza de Alend es tan insignificante como la tuya propia.

»No, Joyse, eres *tú* quien debes rendirte. Y debes rendirte *ahora*, o perderás la oportunidad. Me has frustrado durante años, me has negado durante décadas. Has despedazado y disipado y limitado el reino al que tengo *derecho*. Te has opuesto a mi voluntad, has matado mi fuerza..., *me has negado la Imagería*. No hay ningún día de mi vida que no hayas convertido en algo inferior. ¡Si no capitulas ante mí *ahora*, te exterminaré, a ti y a todos los que has querido, tan fácilmente como extermino a las raías!

Ante eso, el Rey Joyse miró al Príncipe Kragen. Entre serio y burlón, dijo:

—Vámonos, mi señor Príncipe. Esta conversación es inútil. El Gran Rey insiste en tomarse el asunto a broma. En todo el mundo, nadie ha conseguido nunca exterminar a las ratas.

Con un movimiento casual, hizo dar media vuelta a su caballo.

Con sus oscuros ojos destellando, el Príncipe Kragen hizo lo mismo.

Juntos, cabalgaron de vuelta hasta sus tropas. El Gran Rey quedó detrás, tan furioso que parecía echar espuma por la boca.

Ésa era la forma de Joyse de reírsele a la cara.

Tras ellos, el sacabuche trompeteó de nuevo..., y de nuevo. Con un palpable estruendo, los tambores de guerra reanudaron su batir.

En torno al borde del valle, todas las catapultas empezaron a tensar sus brazos.

—Bien —dijo el Rey Joyse al Príncipe y al Castellano Norge—, si el Maestro Barsonage está preparado, nosotros estamos preparados. No dudo de que el Gran Rey Festten y el Maestro Eremis tienen un cierto número de sorpresas desagradables en reserva para nosotros. Por el momento, sin embargo, resistiremos o caeremos según nuestro éxito contra esas máquinas.

El Príncipe Kragen estudió lo que podía verse de los hombres que trepaban por las paredes. Bastantes de ellos estaban fuera de su vista, ocultos entre las complejas rocas. Aquélla era buena señal: quizá los hombres también fueran difíciles de detectar desde arriba.

Lúgubrementemente, el Príncipe informó:

—Cada catapulta será capaz de disparar como mínimo un par de veces antes de verse amenazada.

El Rey Joyse asintió.

—Castellano, sólo se requieren las líneas frontales para la batalla..., digamos tres

mil hombres. A menos que el Maestro Barsonage haya calculado mal. Da instrucciones al resto de los hombres que vigilen las catapultas y se protejan del mejor modo que puedan.

»Oh, y alerta a los médicos —añadió, antes de que Norge pudiera alejarse cabalgando—. Prepara caballos para camillas. Diles que utilizaremos Esmerel como enfermería. Es desagradable, pero no tenemos otro refugio que ofrecer a los heridos.

—Sí, mi señor Rey. —El Castellano se alejó rápidamente.

El Rey y el Príncipe Kragen regresaron junto al estandarte, donde aguardaban Terisa, Geraden y Elegia, inquietos.

El enorme frente del ejército de Cadwal estaba en movimiento, avanzando al insistente ritmo de los tambores de guerra.

A medida que ese ejército se acercaba al pie del valle, tomó su formación de ataque: un núcleo de jinetes como el astil y la punta de una flecha; flancos con soldados de a pie a ambos lados para proporcionar filos cortantes a la punta de flecha.

El ritmo de los tambores se incrementó ligeramente. El ejército aceleró su paso. Todas las catapultas estaban preparadas; ahora recibieron sus cargas. Al parecer, el Gran Rey Festten deseaba sincronizar su ataque de modo que coincidiera con el primer lanzamiento de las máquinas.

El Rey Joyse permaneció en su montura para conseguir una mejor vista del valle. A lomos de su caballo, parecía alto y seguro de sí mismo, *capaz* de cualquier cosa.

—Haz sonar mi llamada —dijo a su portaestandarte, que permanecía de pie firmes junto a la bandera.

El portaestandarte se llevó la trompeta a los labios e hizo sonar una nota como un grito en la mañana.

El sacabuche berreó en respuesta: tres roncós estallidos.

Con sus lanzas preparadas, los jinetes de Cadwal espolearon sus monturas en un medio galope controlado, un paso de ataque.

Las fuerzas del Rey se prepararon para recibir el asalto. El Castellano Norge había acudido a reunirse con ellas, a fin de que sus órdenes no tuvieran que ser retransmitidas a lo largo del valle.

—Ahora —comentó el Rey Joyse, a nadie en particular— veremos si el Maestro Barsonage es tan bueno como dice.

A Terisa le dolía el pecho como si estuviera conteniendo la respiración. Involuntariamente, aferró la mano de Geraden, apretó fuerte. Él intentó murmurar algo tranquilizador, pero ella no le oyó; su atención estaba enfocada en los tambores y los caballos, en el cada vez más próximo tronar de los cascos.

Por encima de las cabezas de los defensores de Mordant, vio la caballería de Cadwal entrar a la carga en el valle.

En aquel momento fueron liberadas todas las catapultas.

El brutal sonido que hicieron sus brazos cuando golpearon los topes la hizo estremecer, la obligó a alzar la cabeza.

Peñascos esta vez: nueve de ellos, imponderablemente graciosos mientras trazaban su arco contra el cielo azul; piedras tan grandes como ponis, sólo para mostrar lo que las máquinas podían hacer.

Un caótico griterío brotó del ejército..., exclamaciones de advertencia, gritos de terror, órdenes urgentes. Cadwal respondió con un aullido de batalla. El choque cuando las dos fuerzas se unieron resonó en las paredes, se quebró en derramamiento de sangre. Sólo los peñascos no hicieron ningún ruido cuando golpearon la nieve, dispersando hombres en todas direcciones, levantando surtidores blancos en el aire..., blanco estriado de rojo allá donde los soldados de Alend y los guardias de Orison no consiguieron escapar a tiempo.

Inmediatamente, el remonte de las catapultas empezó.

Las líneas del Rey se curvaron bajo el peso de la carga de Cadwal. Hombres y caballos se agitaron, retrocedieron, como si pudieran ver toda la fuerza de Festten avanzar contra ellos y supieran que no tenían ninguna esperanza. Las lanzas avanzaron, y golpearon o fallaron. Las espadas chocaron entre sí, contra los escudos, contra las armaduras; un clamor metálico entre los gritos y los relinchos de los animales. Las monturas retrocedieron, saltaron, pisotearon. Los cuerpos fueron enterrados en la nieve, marcando sus propias tumbas con su sangre. El aullido de batalla de Cadwal adquirió una nota de triunfo.

Entonces la Cofradía golpeó.

Ocultándose lo mejor que podían entre los montones de rocas a los extremos de las paredes del valle, los Maestros habían instalado dos altos espejos mirándose el uno al otro..., mirándose exactamente el uno al otro a través del pie del valle. El situar los espejos de modo que se miraran exactamente había sido un problema con el que la Cofradía había luchado durante días; pero había sido resuelto por el simple — aunque impreciso— sistema de memorizar las Imágenes a medida que aparecían de cada lado, de modo que los espejos pudieran ser mantenidos en ángulos que se complementaban. Su alineación a través del terreno intermedio fue conseguida más fácilmente: desde sus escondites, protegidos por la oscuridad, los Maestros habían utilizado lámparas para orientarse.

Cuando los jinetes de Cadwal irrumpieron en el valle pasaron entre dos espejos que mostraban la misma Imagen..., pero la misma Imagen vista desde lados opuestos, y desde posiciones distanciadas unos cien metros aproximadamente.

La Imagen de un árido paisaje bajo un ardiente sol, tan seco que parecía incapaz de sustentar ningún tipo de vida, tan quemado que el suelo estaba hendido por una grieta tan profunda como un precipicio y lo suficientemente ancha como para engullir hombres y caballos.

El Maestro Barsonage hizo su señal, un trozo de seda azul que agitó desde un lugar alto entre las rocas de modo que pudiera ser visto por encima de las cabezas de las tropas a la carga. De inmediato, los dos Maestros que habían modelado los espejos empezaron su traslación.

Con un ruido como de cataclismo y una violenta sacudida que pareció cuartear el lecho de roca del valle, una enorme grieta apareció bajo los cascos de los caballos. El suelo se agitó; los temblores avanzaron hacia la distancia, liberando piedras de las paredes, derribando hombres y caballos. El sonido hizo retemblar todo el valle, hizo vibrar el aire. El polvo se alzó de la grieta como si el propio cielo se hubiera resquebrajado.

Los jinetes cayeron de cabeza en la agitada nieve y polvo, saltaron por el borde de la hendidura; los caballos cayeron relinchando, con sus patas rotas. Y más y más hombres a la carga cayeron por la fisura hasta que los soldados de Cadwal tuvieron tiempo de detenerse, retroceder. Incluso entonces, docenas de soldados fueron empujados por encima del borde por la incontrolada presión a sus espaldas. Algunos jinetes trataron de saltar la repentina abertura: unos pocos lo consiguieron. El resto fueron tragados por el agitado suelo.

Los soldados de Cadwal que ya habían penetrado en el valle se vieron aislados del apoyo de su ejército.

Al instante, el Castellano Norge pareció retirarse y reagrupar sus fuerzas. Sus jinetes se abrieron para dejar avanzar a los soldados de a pie contra sus enemigos. Tres mil hombres del Rey Joyse se enfrentaron a apenas un tercio de soldados de Cadwal.

Abrumados por el número, atrapados por la confusión, sin ninguna escapatoria posible excepto un loco e improbable salto sobre el recién abierto abismo, los soldados del Gran Rey Festten cayeron sin causar demasiado daño.

Como si nada extraño hubiera ocurrido, las catapultas dispararon de nuevo.

Metrala esta vez, para variar; centenares de piedras del tamaño de puños cayeron sobre el valle con la fuerza de proyectiles lanzados por ballestas.

Las piedras más pequeñas eran más efectivas que los grandes peñascos. Eran más difíciles de ver venir, más difíciles de eludir. Y la mayor parte de los hombres del Rey se habían vuelto involuntariamente para contemplar la lucha —y la Imagería— al pie del valle. Muchos hombres de Alend y Mordant murieron por no estar vigilando el cielo.

El Maestro Barsonage vio una repentina bolsa de carnicería aparecer entre las tropas mientras bajaba de las rocas. Otra..., y otra..., no pudo seguir mirando. Llegó junto al joven Maestro que sostenía el espejo y jadeó:

—Mantén la traslación. Como acordamos. Si tú la detienes y él —el Imagero en el otro espejo— no, nuestra propia grieta nos engullirá.

El joven Maestro asintió sin alzar la *cabeza* de su atenta concentración.

Gracias a las estrellas, era joven. Tenía nervio. El hombre en el otro espejo, sin embargo...

Urgentemente, el Maestro Barsonage se secó el frío sudor de encima de sus ojos.

Estaban en un hueco como una habitación de tamaño medio entre las rocas, un hueco en el que tres o cuatro hombres hubieran podido despedazarse entre sí si no agitaban demasiado sus espadas..., con nieve apelotonada bajo sus pies e irregulares peñascos negros para ocultarles. El espejo estaba situado entre dos rocas que miraban a la pared opuesta; otra abertura permitía al mediador ver a través del valle. Él y sus compañeros estaban a unos buenos tres metros por encima del suelo del valle, sin embargo, y tenían más rocas curvándose hacia fuera para protegerlos de arriba.

—Ahora empieza el auténtico peligro, como fuisteis advertidos —murmuró, más para sí mismo que para sus compañeros..., el joven Imagero y el Maestro Harpool—. El Gran Rey volverá su ataque contra nosotros. Y no podremos liberar la fisura, o los suficientes hombres de Cadwal caerán sobre nosotros para masacrarnos, independientemente de cómo seamos defendidos. Mientras las cosas sigan así, sólo podemos ser atacados desde encima de las rocas. —Acariciando su cristal, el espejo plano con la Imagen de la sala de baile de Orison, añadió—: Espero que Artagel haya recibido el mensaje del Rey.

—Le vi recoger el pergamino —murmuró el Maestro Harpool, no por primera vez.

El Maestro Barsonage ignoró a Harpool. No hablaba porque deseara respuestas..., o siquiera seguridad. Hablaba para no flaquear.

No le gustaba el peligro. Filosóficamente, no lo aprobaba. La Imagería era para la investigación y la experimentación, para la comprensión y el conocimiento, no para el derramamiento de sangre. Por esa misma razón, sin embargo, había aprobado apasionadamente la creación de la Cofradía. Y los conflictos inherentes a su propia posición lo habían convertido en un mediador indeciso..., un nombre, como alguien había observado en una ocasión, que no podía mantener los pies fuera de la mierda en ninguno de los dos lados porque no podía sacarse del culo el palo de la cerca.

Bien, finalmente había tomado decisiones. Había traído a la Cofradía hasta allí, hasta aquella masacre, porque creía que era lo que debía hacer. Pero aún necesitaba seguir hablando.

—Lo que más me gustaría hacer en este momento —prosiguió, para nadie excepto para sí mismo— es diseñar una nueva cama. No estoy en absoluto satisfecho con el armazón del piso de la última que hice.

—Oh, cállate, Barsonage —dijo el Maestro Harpool; pero evidentemente no esperaba que el mediador le hiciera caso.

El valle se había vuelto extrañamente tranquilo. El sacabuche había llamado a

retirada a las tropas de Cadwal; los tambores de guerra habían callado. Indudablemente, el Gran Rey Festten estaba conferenciando con sus capitanes. Mientras tanto, el Castellano Norge había enviado a medio centenar de soldados de a pie a arrojar los muertos del Gran Rey al abismo; quitar los cadáveres del camino. Fueron recogidas las armas; los caballos no heridos cambiaron de propiedad; los hombres heridos fueron anestesiados a golpes sin ninguna ceremonia y llevados a la enfermería. Todo lo demás faltaba por ver.

—Si tú fueras el Gran Rey, Maestro Harpool —preguntó inútilmente el Maestro Barsonage—, ¿cuánto tiempo necesitarías para llevar a quinientos hombres hasta las rocas encima de nosotros?

Los dos Imageros eran viejos amigos.

—Oh, cállate, Barsonage —repitió Harpool.

La mayoría de las catapultas estaban preparadas para disparar de nuevo.

El Maestro Barsonage tuvo una visión dolorosamente clara de la máquina más cercana a él al otro lado del valle..., una visión dolorosamente clara de los hombres del Príncipe Kragen mientras eran arrancados de la pared por una lluvia de rocas. Por todo lo que podía ver, ninguno sobrevivió a la caída.

Como contraste, la siguiente catapulta —tensa, a punto de disparar— se retorció bruscamente sobre sí misma y se derrumbó, como si algunas de sus cruciales ataduras hubieran sido cortadas o quemadas hasta el punto de ser destruida por sus propias tensiones.

Consumidos por el agravio, los hombres de Cadwal que servían la máquina arrojaron un cierto número de cuerpos por el borde de la pared. El Maestro Barsonage distinguió claramente una casulla aletear hasta el suelo del valle.

—Vixix —murmuró—. Que las estrellas tengan piedad de ti, Maestro Eremis, porque yo no voy a tenerla..., si alguna vez me llega la oportunidad.

Hizo todo lo posible por ver el nuevo lanzamiento, pero no estuvo seguro de los resultados: creyó ver siete peñascos golpear en medio del ejército. Uno de ellos aplastó a un grupo de hombres de Cadwal heridos que eran llevados a la enfermería (no era una gran pérdida), matando al menos a un médico (un serio golpe).

Siete. ¿Había tenido éxito algún otro grupo de los escaladores del Príncipe Kragen? Tenía que ser así.

—La dificultad de los armazones del piso de las camas —dijo entre dientes— es que tienen que encajar con una gran variedad de espaldas.

El joven Maestro en el espejo estaba empezando a respirar como un corredor deficientemente entrenado. El sudor resbalaba por su lampiña barbilla hasta el suelo a sus pies, donde se convertía lentamente en hielo. Protegido del sol, el aire en el hueco era frío. Una de sus manos estaba apretada demasiado tensamente contra el marco; la otra frotaba la madera de mimosa con demasiada dureza, amenazando el enfoque de

la Imagen.

El Maestro Barsonage estaba absolutamente seguro de haber oído ruido de botas y armaduras entre las rocas sobre sus cabezas.

La fisura en el suelo era vital ahora, vital. Los Maestros estaban preparados para soltarla si era necesario, para cerrarla. Si, por ejemplo, los de Cadwal tendían un puente sobre ella, el abismo podía ser cerrado y luego reemplazado, destruyendo así el puente. Sin embargo, en bien de los propios espejos, la traslación tenía que ser mantenida firme. Si la hendidura oscilaba o fallaba, nada podría impedir que los de Cadwal destrozaran los espejos..., o mataran a los Imageros.

En teoría, al menos, los hombres del Rey Joyse —y los Maestros— estaban preparados para cualquier ataque que cayera sobre ellos desde las rocas.

—Tranquilo —susurró el mediador al oído del joven Imagero—, tranquilo. Eres un Maestro, un *Maestro*. La traslación se ha convertido en un asunto simple para ti, un asunto simple. No necesitas tanto esfuerzo. Simplemente relájate. Mantén la traslación en tu mente. Deja descansar tus brazos.

El joven Maestro no asintió ni habló. Sus ojos estaban cerrados por el esfuerzo. Sin embargo, consiguió suavizar su presa, moderar su frotar; algo de la tensión abandonó sus hombros.

—Bien —murmuró el Maestro Barsonage—. Lo estás haciendo bien. De hecho, muy bien.

Estaba *seguro* de haber oído botas y armaduras en las rocas...

Tenía razón. Desde un lugar oculto a veinte metros de distancia, uno de los arqueros de Norge soltó una flecha, y un hombre de Cadwal con una flecha en la garganta cayó de cabeza pared abajo, gorgoteando audiblemente mientras caía.

Por encima del hombro del joven Maestro, Barsonage vio soldados de todos tipos trepar hacia el espejo del otro lado.

—Estate preparado, Harpool —jadeó—. Cúbrete con tu espejo. Recuerda que un espejo abierto para traslación no puede ser roto desde delante.

Por alguna razón, el Maestro Harpool escogió aquel momento para decir:

—¿Sabes, Barsonage? Mi esposa me suplicó que me quedara en casa. Dijo que ya era demasiado viejo para estas cosas. Si no regresaba, prometió que me maldeciría...

—Sin advertencia previa, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Cuidado! —gritó un guardia. Volaron flechas. Los hombres de Cadwal se tambalearon sobre las rocas, escupiendo sangre hacia todos lados.

—¡Cúbrete, viejo tonto! —gritó desesperado el Maestro Barsonage.

El mismo se había colocado allí para proteger la abertura a través de la cual veía el valle. El espacio detrás del espejo, el espacio a través del cual él y sus compañeros habían entrado en el hueco, era responsabilidad del Maestro Harpool. Harpool se volvió hacia allá con la torpe lentitud de un hombre viejo, la lacrimosa confusión de

un esposo.

Como surgido de la nada, apareció un musculoso hombre de Cadwal. Llevaba un casco con una púa, como una versión menos asertiva del Gran Rey, un peto de cobre pulido para que pareciera oro; la espada larga en su mano parecía lo bastante pesada como para decapitar ganado.

—¡Aquí! —rugió cuando vio a los Maestros—. ¡Los encontré!

Tan rápidamente que el Maestro Barsonage no tuvo ninguna posibilidad de hacer nada excepto retroceder, el hombre de Cadwal lanzó su espada directamente contra el espejo del Maestro Harpool.

El Maestro Harpool podía ser viejo y afligido, pero comprendía las traslaciones: las había estado haciendo durante décadas. De alguna manera, pareció situarse sin transición en el estado mental correspondiente, conseguir el tipo correcto de concentración tan simplemente como si golpeará un pedernal.

La espada pasó al interior del cristal.

Empujado hacia delante por su propio impulso, el hombre de Cadwal cayó en la Imagen y desapareció...

...al interior de la sala de baile de Orison, donde (esperaba devotamente el mediador), Artagel estaba preparado para recibir aquellos regalos.

Otro hombre de Cadwal apareció detrás del primero. Cayó al interior del espejo con una flecha en la espalda; muerto ya.

El Maestro Barsonage estaba demasiado atareado observando a Harpool; no se dio cuenta de la cuerda cuando ésta se desenrolló a través de la abertura que se suponía debía guardar. Pero oyó un gruñido de esfuerzo del hombre que estaba bajando por ella, se volvió a tiempo.

El oscilar del descenso del hombre lo situó a su alcance. El mediador aferró su espejo, murmuró su ritual de concentración tan bien como pudo. Desgraciadamente, no pudo pensar mientras el otro soltaba una mano de la cuerda, sacaba un cuchillo. No tuvo el nervio necesario para enfrentarse al peligro. Durante un estúpido y *necesario instante, cerró los ojos.*

Otro presente para Artagel.

Allí casi cometió un error, casi dejó que el cristal se cerrara. Afortunadamente, la repentina presión en la cuerda le advirtió. Artagel debía estar preparado, debía haber recibido el mensaje que le había enviado el Maestro Harpool. Alguien en la sala de baile había sujetado la cuerda, estaba tirando ferozmente de ella.

Si el Maestro Barsonage hubiera interrumpido la traslación, la cuerda simplemente se habría cortado. O el espejo se hubiera roto. Pero mantuvo el cristal abierto...

Bruscamente, los tres hombres que sujetaban la cuerda en las rocas de arriba fueron arrastrados fuera de su percha. Cayeron chillando más allá del radio de acción

del mediador.

Más flechas; más gritos. De alguna parte fuera de su vista le llegó el resonar de espadas.

Luego silencio.

El ataque había terminado. Temporalmente. Algunos de los hombres de Cadwal estaban probablemente ocultos entre las rocas, señalando la posición del espejo mientras aguardaban refuerzos; otros debían haber vuelto para informar. Barsonage se arriesgó a echar una mirada por encima del hombro del joven Maestro y vio algunos hombres luchando todavía al otro lado de la grieta. Las fuerzas de Orison y Alend, de todos modos, parecían estar ganando.

—Harpool —jadeó el Maestro Barsonage—, te dije que te *cubrieras*. Te quedaste al lado de tu espejo *suplicándoles* que te cortaran en rodajas.

El Maestro Harpool no dijo nada. Tenía los ojos cerrados. Quizás estaba durmiendo. Lo más probable era que no deseara ser testigo de su propio peligro.

Desde la distancia del estandarte, por supuesto, Terisa y Geraden, Elega, el Rey Joyse y el Príncipe Kragen no podían ver los detalles; pero sí vieron acercarse la amenaza a los espejos, la vieron ser rechazada. Terisa dejó escapar un suspiro para aliviar sus tensos pulmones.

—¿Cuánto tiempo podrán seguir manteniendo eso?

—Una buena pregunta —respondió calmadamente el Rey Joyse—. Toda traslación es ardua. Los Maestros se hallan ya debilitados. Y, a medida que aumente su frustración, el Gran Rey Festten redoblará sus ataques.

»Como defensa, sin embargo, esta grieta ha agotado ya la mayor parte de su utilidad. Su principal finalidad ahora es proteger a los propios Maestros..., y proporcionarnos un período de tiempo durante el cual podamos intentar contraatacar las catapultas. Cuando estemos preparados, deberemos lanzar una carga nosotros. Los Maestros cerrarán la grieta y, mientras nosotros avanzamos para empujar a los de Cadwal fuera del valle, ellos se retirarán para preparar otra grieta inesperada en alguna otra parte.

»Por el momento, estamos sitiados tan efectivamente como lo estábamos en Orison. Si el Gran Rey creyera esto y se mantuviera en sus posiciones, finalmente seríamos derrotados. Pero no lo hará. Quiere nuestra sangre..., y la quiere hoy. Ésa es otra de sus debilidades.

»En cuanto a las catapultas...

Uno de los grupos de asalto del Príncipe Kragen en las paredes trajo de vuelta a un Maestro con una flecha en el hombro. No habían conseguido hallar ningún camino hasta arriba que no quedara expuesto a los defensores y *les* convirtiera en un blanco fácil; y, después de que el Maestro que iba con ellos fuera herido, se vieron obligados a retirarse. Así que todavía quedaban siete máquinas.

Las siete estaban ya preparadas para disparar de nuevo.

Otra serie de secos golpes de madera contra madera, como el sonido de huesos al romperse: otra lluvia de pedruscos. Ese diluvio causó menos daños que el anterior porque los soldados y guardias fueron más cautelosos. No obstante, Terisa creyó ver que al menos un centenar de hombres caían derribados.

De inmediato, los médicos avanzaron con caballos y camillas para hacer lo que pudieran por los heridos. La procesión hacia Esmerel y la enfermería parecía un flujo continuo. Los muertos eran dejados allá donde habían caído.

Si aquellos ataques proseguían, el ejército se vería obligado a protegerse abandonando el centro del valle y situándose más cerca de las paredes..., lo suficientemente cerca como para que las catapultas no pudieran alcanzarles. Y entonces los hombres del Rey serían vulnerables a las caídas de rocas, a las avalanchas...

—El siguiente movimiento será de Eremis —dijo suavemente Elega a Terisa y Geraden—. Hemos introducido la Imagería en el conflicto. Él intentará contrarrestarla.

—¿Cómo? —preguntó ansiosamente Geraden.

La dama le miró, con una débil sonrisa en sus labios. La luz del sol le arrebatava mucho de su belleza, pero no podía debilitar el color de sus ojos.

—Tú le conoces mejor que yo. Tú comprendes mejor la Imagería. *¿Qué puede hacer?*

—No lo sé —murmuró Geraden—. Estoy dispuesto a apostar a que tiene un espejo que puede usar contra nosotros. De hecho, si yo fuera él, y si Gilbur y Vagel son tan buenos como creen, tendría dos. Uno para observar, el otro para usar. Pero tiene que ir con cuidado. Terisa le ha hecho añicos ya uno de sus espejos. Si le da la oportunidad, puede volver a hacerlo.

Terisa no tenía la menor idea de si aquello era o no cierto. Parecía irrelevante.

La mirada que el Rey Joyse lanzó hacia ella y Geraden fue curiosamente blanda, como una máscara.

El aire era más cálido de lo que había sido los últimos días, pero no la calentaba. Arrebujada en sus ropas, se estremecía y temblaba. No importaba lo a menudo que se volviera a Geraden, no importaba cómo se aferrara a él, no podía evitarlo. El mirar impotente la ponía frenética. Tenía la muy intensa sensación de que estaban en el lugar equivocado. Pero, ¿qué otra elección tenían? ¿Adónde podían ir?

Por alguna razón, los hombres de Cadwal se estaban reagrupando fuera del valle. El sacabuche berreó irritadamente: los tambores de guerra comenzaron a sonar: los jinetes despejaron el camino. Los soldados de a pie avanzaron, como si el Gran Rey Festten hubiera decidido arrojarlos al abismo por su fracaso.

El Rey Joyse los estudió intensamente, con sus azules ojos tensos para atravesar

sus intenciones. Bruscamente, tendió una mano hacia el Príncipe.

—Refuerzos —restalló—. ¿Dónde demonios está Norge? Los Maestros tienen que ser reforzados.

Al parecer, el Príncipe Kragen había ido más allá del punto donde necesitaba —o incluso esperaba— explicaciones del Rey. Dio media vuelta y se dirigió a su caballo, gritándoles a sus capitanes mientras corría.

Cuando Terisa oyó el distante y ronco retumbar, como si el suelo se estuviera moviendo, no tuvo ni idea de lo que iba a ocurrir.

Cuando el Tor despertó —jadeando, como hacía siempre esos días, ante el intenso y ardiente dolor en su costado—, el retumbar aún no se había iniciado. Fuera de su tienda, el valle permanecía extrañamente tranquilo. Aquello lo desconcertó: esperaba combate. El relativo silencio sonaba como un presagio de desastre, una indicación de que la muerte y el derramamiento de sangre habían perdido su significado.

Abrió los ojos y vio, por la tonalidad de la lona encima de su *cabeza*, que ya había amanecido. Estaba solo en la tienda, excepto Ribuld, que dormitaba apoyado contra el poste, con la *cabeza* colgando sobre sus rodillas. Como experimentado veterano que era, Ribuld podía con toda seguridad dormir en medio del campo de batalla, si era dejado tranquilo.

Silencio fuera: sólo algunos gritos de tanto en tanto; el mortal sonido de los brazos de las catapultas contra sus topes y unos cuantos pájaros atrevidos o insensatos, siguiendo sus llamadas por entre las rocas. El Tor conocía todos los pájaros de su Care. Era *capaz* de identificar cada llamada, si escuchaba con la suficiente atención. Por sus hijos, que había crecido en una época más pacífica que la suya, se había convertido en un ávido observador de pájaros.

Pero hubiera debido estarse desarrollando una batalla. Es extraño...

La Cofradía. Por supuesto. El Maestro Barsonage había prometido trasladar aquella grieta en el suelo en alguna parte.

Debía haber sido todo un espectáculo..., la tierra abrí ende se a los pies de los hombres de Cadwal, el abismo surgiendo o la nada; el destino de Mordant dependiendo de la Imagen además de las espadas.

—Ribuld —dijo el viejo señor—, ayúdame.

No lo bastante fuerte; Ribuld no se movió.

—Ribuld, ayúdame a levantarme. Quiero ver lo que está ocurriendo.

Quiero asestar un golpe por mi hijo y mi Care y mi Rey en esta guerra.

Ribuld alzó bruscamente la cabeza, despejó el sueño de sus ojos con un parpadeo. Alerta casi de inmediato, se puso en pie y fue al camastro donde estaba tendido el Tor.

—Mi señor —murmuró—, el Rey dice que debes descansar! Te *ordena* que descanses.

Hablando suavemente en torno a su dolor, el Tor respondió:

—Ribuld, tú me conoces. ¿Crees que voy a obedecer es; orden?

El guardia agitó incómodo los pies.

—Se supone que yo debo asegurarme de que lo hagas.

El Tor consiguió emitir una risita.

—Entonces deja que nos ejecuten a los dos cuando haya terminado esta guerra. Compartiremos las mazmorras con *tu* Maestro Eremis por nuestros terribles crímenes. Ayúdame levantarme.

Lentamente, una sonrisa tensó la cicatriz de Ribuld.

—Como tú digas, mi señor. Desobedecer al Rey es siempre un terrible crimen. Cualquiera lo suficientemente estúpido como para hacerlo merece lo que le ocurra.

Apoyándose en los lados del camastro, Ribuld ayudó al señor a sentarse.

La agonía amenazó con hacer estallar el costado del Tor. Necesitó un momento para absorber el dolor; luego, esperando que su aspecto no fuera tan pálido como se sentía, dijo:

—Creo que primero tomaré un poco de vino. Después, la cota de malla y la espada.

Y, por las estrellas, que sea *capaz* de asestar un golpe por mi hijo y mi Care y mi Rey.

Ribuld extrajo un frasco de alguna parte. El sonido de las catapultas les llegó de nuevo, seguido por gritos y maldiciones, peticiones de médicos. Por las estrellas, sí... Transcurrió algún tiempo antes de que el Tor se diera cuenta de que estaba contemplando el frasco de vino sin servirse ni beber.

Rechinando su valor, apuró todo el contenido. Antes de que pudiera sumirse en otro estupor, hizo un gesto hacia su ropa interior y su cota de malla.

Con hosco cuidado, Ribuld lo ayudó a ponerse en pie, lo ayudó a vestirse con todo su atuendo de batalla, lo ayudó a ceñirse la poderosa e inutilizable espada en torno a su cintura, por debajo de la hinchazón en su costado. Varias veces temió el señor que iba a perder el conocimiento y caer; pero cada vez Ribuld lo sostuvo hasta que la debilidad desapareció, luego siguió vistiéndole como si nada hubiera ocurrido.

—Si tuviera una hija —murmuró el Tor— que me obedeciera mejor que dama Elegia obedece a su padre, le ordenaría que se casara contigo, Ribuld.

Ribuld rió secamente.

—Sé serio, mi señor. ¿Qué haría un viejo borrachín y mujeriego como yo con la hija de un señor?

—Dilapidar su herencia, por supuesto —respondió el Tor—. Ésa sería precisamente la finalidad del matrimonio. Darte esa oportunidad.

Esta vez, la risa de Ribuld fue más larga; sonó más alegre.

—Ahora —gruñó el señor, cuando Ribuld hubo terminado con su cinto—,

salgamos y echemos una mirada al campo del valor.

Consiguió dar dos pasos hacia los faldones de la tienda antes de que le fallaran las rodillas.

—Mi señor —murmuró repetidamente Ribuld—, mi señor —mientras la cabeza del Tor se llenaba de agua negra y perdía su visión en la oscuridad—, abandona esto. Necesitas descansar. El Rey te dijo que descansarás. Vas a matarte.

Eso es precisamente lo que quiero, amigo Ribuld.

—Tonterías. —De algún modo, el Tor halló su voz y la utilizó para alzar su mente por encima del agua—. Sólo deseo observar al Rey Joyse justificar la confianza que he puesto en él. Quiero verle llevar al Gran Rey Festten y al Maestro Eremis a la ruina que merecen.

»Un caballo donde sentarme. Para poder ver mejor. Nada más.

Los ojos de Ribuld estaban enrojecidos, y su rostro parecía congestionado de alguna forma, como si comprendiera..., y no pudiera demostrarlo.

—Sí, mi señor —dijo, con los dientes apretados—. A mí también me gustaría verlo.

Cuidadosamente, ayudó al Tor a ponerse de nuevo en pie.

Juntos llegaron a los faldones de la tienda y salieron a la penumbrosa mañana.

Desde la tienda podían ver la mayor parte del valle, incluida la ladera donde el Rey Joyse había plantado su estandarte. Aquel trozo de tela púrpura parecía especialmente frágil en contraste con la brillante luz del sol más allá del valle, la masiva fuerza de las paredes, la activa violencia de las máquinas de guerra. En torno al estandarte se hallaban el Rey Joyse y su hija, el Príncipe Kragen y Terisa y Geraden. Todos observaban el pie del valle, contemplando las tropas de a pie congregarse como si el abismo de la Cofradía pudiera ser derrotado con espadas y lanzas; no vieron al Tor y a Ribuld. Y ni el Tor ni Ribuld llamaron su atención sobre ellos.

Ribuld ayudó al Tor a trasladarse hacia un lado, un poco fuera de la vista. Luego el guardia fue en busca de caballos.

El Tor hizo lo posible por estimar el daño que habían hecho las catapultas. Cuando era más joven, había luchado en bastantes batallas. Estaba acostumbrado a las carnicerías. Pero el Rey Joyse poseía una cualidad que a él siempre le había faltado. Quizá fuera un instinto por el riesgo. En sus huesos, contaba las pérdidas antes que las ganancias. Por eso realmente sólo le había dado a Joyse doscientos hombres, hacía tantos años, cuando Joyse apenas era algo más que un muchacho y Mordant tan sólo un campo de batalla. No por cobardía. Y ciertamente no por sordera a las brillantes y esperanzadas promesas de Joyse. No, simplemente le había dado a su futuro Rey tantos hombres como podía permitirse perder.

El Tor se sumió en su ensoñación, pensando en pérdidas. Amigos de hacía tantos

años, valientes luchadores, preciosos granjeros y pueblerinos y comerciantes que no merecían ser muertos. El viejo Armigite, que no se había merecido un hijo tan alechuguinado. Y ahora el propio hijo mayor del Tor. El duro y buen camarada, el Perdon. El atormentado Castellano, el enfermo y honorable Lebbick. Demasiados, todos ellos; el coste había sido demasiado alto.

Sacudió la cabeza. Como si su dolor fuera un ancla, un regalo del Monomach del Gran Rey, lo utilizó para afirmarse y poder observar lo que ocurría en el valle.

¿Por qué estaba reuniendo el Gran Rey a sus hombres? Una interesante pregunta. Bien, evidentemente pensaba atacar algo. A alguien.

Necesitaba una montura.

El Tor miró a su alrededor en busca de Ribuld.

Ah, ahí estaba. Llevaba dos caballos, su propio ruano y el familiar bayo del Tor. Ahora todo lo que necesitaba el señor era superar su daño una última vez...

Claramente, oyó hablar al Rey.

Con aquella voz dominante que requería obediencia, el Rey estaba diciendo:

—Refuerzos. ¿Dónde demonios está Norge? Los Maestros tienen que ser reforzados.

Frenético por el dolor, el Tor se aferró al bayo y luchó por subir a su silla.

Hubiera podido desvanecerse entonces; pero estaba desesperado, y su desesperación mantuvo alejada la oscuridad. Ya se estaba moviendo, ya estaba espoleando al bayo a un galope, cuando empezó el retumbar.

El sonido era un distante y ronco gruñir, como si por el hecho de trasladar su abismo los Maestros le hubieran proporcionado al suelo una boca por la que emitir su aflicción.

Pero esto no era el suelo protestando, oh, no; el Tor se dio cuenta casi inmediatamente, mientras seguía espoleando su caballo, eludiendo a la gente que pretendía detenerle; fuera del centro del valle, hacia el terreno menos ocupado más cerca de la pared. Este retumbar tenía un significado completamente distinto.

Como si alguien hubiera abierto una ventana en el vacío aire, las rocas empezaron a caer. A través del abismo entre los mundos, una avalancha se precipitó rugiendo sobre la grieta.

Toneladas de rocas rotas; centenares y centenares de toneladas; rocas suficientes para construir un castillo, una montaña; todas ellas brotando del cielo directamente encima del abismo, todas aullando torrencialmente mientras se precipitaban al interior de la grieta de los Maestros.

Rocas suficientes para llenar la hendidura. Para cegarla. Para hacerla transitable.

Y, detrás de la trasladada caída de la ladera de la montaña, vinieron los hombres del Gran Rey Festten, lanzados a toda velocidad para irrumpir en el valle tan pronto como la avalancha hubiera terminado.

La avalancha se movió a lo largo de la fisura, distribuyendo su contenido tan uniformemente como le fue posible.

Luego, mientras todo el valle observaba impresionado, la caída de piedras empezó a disminuir. Rápidamente, demasiado rápidamente, las toneladas de rocas se convirtieron en guijarros; los guijarros se transformaron en polvo; el polvo remolineó por todas partes, tan ligero como la nieve.

Lanzando su aullido de batalla, los hombres del Gran Rey Festten cargaron.

La grieta no había quedado perfectamente llena: en algunos lugares, las rocas se amontaban demasiado altas; en otros, el polvo se hundía demasiado bajo. De todos modos, al menos una tercera parte de la grieta podía ser cruzada ahora. Las tropas de Cadwal avanzaron a la carrera mientras el Castellano Norge y el Príncipe Kragen intentaban todavía reagrupar sus fuerzas.

Dentro del valle, los hombres de Festten se escindieron en dos grupos, curvándose hacia los lados para atacar a los Maestros ocultos en los extremos de las paredes.

El Tor vio *avanzar a* los de Cadwal mientras cabalgaba, fustigando a su caballo para conseguir más velocidad de la que podía proporcionarle el animal. Había olvidado su dolor; había olvidado las pérdidas. Únicamente sabía que era demasiado tarde para ayudar a romper la primera oleada del asalto. Norge tenía centenares de arqueros ocultos en torno a los Maestros. Y los Maestros tenían espejos. Eso hubiera debido ser suficiente, hasta que llegara ayuda.

No era suficiente; nunca iba a ser suficiente. Ya había mil hombres de Cadwal en el valle, dos mil. Y estaban llegando más, tan rápido como podían cruzar el relleno abismo.

Olvidando todas las cosas que no podía hacer, el Tor desenvainó su espada.

En las rocas, allá delante, vio al Maestro Barsonage. El mediador había trepado a su lugar de señales encima de los espejos. Parecía pequeño y condenado allí, con su casulla aleteando. Como si hubiera perdido la cabeza, gritó a través del aullido de batalla de Cadwal, agitó alocadamente un trozo de tela azul hacia la pared opuesta.

El Tor no comprendió lo que ocurrió a continuación hasta que hubo terminado; pero de alguna forma, por suerte o inspiración, el Maestro Barsonage consiguió su objetivo.

Ambos Maestros cesaron su traslación en el mismo momento.

El abismo parpadeó y desapareció de la existencia.

Ahora había sólida tierra allá donde había caído la avalancha. Piedra y suelo cubrían el espacio que había llenado la caída de las rocas. En la convulsión, el caballo del Tor tropezó, casi perdió su paso. Con un espasmo como una erupción, la cerrada tierra escupió toda la avalancha directamente al aire.

Sin transición, el aullido de batalla se convirtió en gritos y caos. Centenares de

hombres de Cadwal murieron en el estallido mientras intentaban cruzar el desaparecido abismo; centenares más fueron aplastados por las escupidas rocas cuando volvieron a caer al suelo, bloqueando el valle de pared a pared. El retumbar y gruñir del granito engulló el sonido de los tambores de guerra.

Desgraciadamente, el Gran Rey aún tenía tantos como dos mil hombres dentro del valle..., hombres que seguían cargando con la intención de matar a los Maestros, destrozar los espejos. Y los refuerzos del Rey Joyse aún estaban demasiado lejos.

Los arqueros del Castellano recuperaron lo suficiente sus sentidos como para empezar a disparar. Pero sus flechas eran demasiado pocas-, y los de Cadwal estaban bien protegidos con sus armaduras. Hombres con espadas empezaron a subir hormigueando por las rocas, luchando por alcanzar a los Maestros.

El Maestro Barsonage se había escurrido hacia abajo, desapareciendo por alguna hendidura que el Tor no podía ver. Aquel movimiento les dijo a los de Cadwal dónde estaba exactamente su blanco. Ahorrada la necesidad de buscar, se lanzaron hacia delante.

Con Ribuld a su lado, el Tor se estrelló como un ariete contra la retaguardia de las fuerzas de Cadwal.

Su espada era pesada; todo su cuerpo era pesado, lastrado por el dolor y la aflicción. Golpeó a los de Cadwal de lado a lado, una vez hacia la izquierda, otra vez hacia la derecha, adelante y atrás; y cada golpe parecía hendir cascos y cabezas, petos y cuero. Su caballo empujó, tropezó, empujó de nuevo..., de alguna forma, mantuvo su equilibrio. Su espada era su equilibrio, su vida: arriba y abajo, a un lado y a otro, golpeando con todas sus fuerzas, mientras su vientre se llenaba de sangre.

Por encima de él, los hombres de Cadwal que alcanzaban la posición de los Maestros parecían desaparecer.

En su hueco entre las rocas, los Imageros estaban hoscamente concentrados, elaborando sus traslaciones contra imposibles posibilidades.

Es decir, el Maestro Barsonage se concentraba hoscamente, enfocando su valor con tanta urgencia que el sudor chorreaba por su piel y un peligroso enrojecimiento oscurecía su rostro. Por toda la angustia que el Maestro Harpool mostraba, muy bien hubiera podido estar realizando traslaciones en sueños. De pie casi detrás de su espejo, con los ojos cerrados y un murmullo de viejo en sus labios, mantenía su espejo abierto y simplemente dejaba que todo lo que se acercaba a él cayera en la Imagen..., confiando, sin duda, en que el apresuramiento y el frenesí de los hombres de Cadwal le ahorrara un ataque directo contra su persona.

El joven Maestro no hacía nada en absoluto. Se había derrumbado sobre el nevado suelo; su espejo se inclinaba sobre él, inútil. Algo en él, alguna fortaleza o voluntad esencial, se había roto. Había mantenido su traslación abierta para el abismo hasta que el Maestro Barsonage le había indicado que la dejara; entonces, sus ojos

habían girado hacia la parte interior de su cabeza y se había derrumbado.

Los espejos eran vitales; la Cofradía no tenía ninguna otra cosa con la que contribuir a la defensa de Mordant. Ignorando al joven Imagero, el Maestro Barsonage se forzó a trasladar y trasladar, una y otra vez, cuando todos los nervios de su cuerpo gemían intentando alejarse de las espadas y los golpes y las maldiciones que avanzaban hacia él.

Desgraciadamente, desde donde estaba podía ver claramente que los refuerzos estaban aún demasiado lejos. Podía ver que el Tor y Ribuld no tenían ninguna posibilidad.

El Tor siguió luchando de todos modos, mucho después de haber perdido sus fuerzas y su equilibrio e incluso su razón. Un golpe por su hijo. Un golpe por su Care. Y ahora un golpe por el Rey Joyse. Luego, de nuevo al principio. Un golpe por cada cosa que había amado alguna vez, por cada persona que había muerto.

Por alguna razón, tenía un cuchillo profundamente clavado en su pierna. Era un cuchillo grande; realmente, un cuchillo enorme. No podía decir si le dolía o no, pero parecía atrapar su pierna de una forma que no podía escapar, de modo que no tenía otra elección excepto caer del caballo.

Temía esa caída. Era un largo camino hasta el suelo, y su hinchado costado no soportaría un impacto así. Afortunadamente, sin embargo, consiguió caer sobre el hombre que le había herido; eso significó otro Cadwal menos de quien preocuparse. Ahora todo lo que tenía que hacer era rodar para situarse de espaldas. Sabía que no tendría las fuerzas suficientes para volver a levantarse; pero desde el suelo podía cortar las piernas de los hombres que tenía a su alrededor.

Rodó hasta situarse de espaldas.

Desgraciadamente, había perdido su espada. No le quedaba nada con lo que luchar.

Ribuld estaba de pie junto a él.

Sujetando su propia hoja con ambas manos, el guardia luchó por los dos: golpes contra todos lados; chorros y salpicaduras de sangre; fragmentos de armadura y esquirlas de espada. La cicatriz de Ribuld ardía como si su vida fuera fuego en su rostro, y sus dientes chasqueaban al aire.

Alguien gritó:

—*¡Mi señor Tor! ¡Cuidado!*

La voz era familiar, pero el viejo señor no pudo situarla. Era demasiado reciente: pertenecía a alguien al que no conocía desde hacía el tiempo suficiente como para recordar.

Entonces la punta de una espada brotó directamente por el centro del pecho de Ribuld, empujada como una lanza desde atrás.

Oh, bien. Las estrellas le habían concedido al Tor su último deseo. Y el Rey Joyse

había dicho: *No me has traicionado*. Es era suficiente.

Un momento más tarde, alguien estrelló una roca contra su cabeza y puso fin a todas sus pérdidas.

Pero cuando el Maestro Barsonage gritó: *¡Mi señor Tor! ¡Cuidado!*, el joven Imagero saltó en pie como si hubiera sido galvanizado.

Como Ribuld, el hogar del joven Maestro se hallaba en el Care de Tor, en Marshalt. De hecho, estaba distantemente relacionado, por su matrimonio, con el propio Tor. Ese nombre familiar —y la alarma del mediador— lo arrancaron de su estupor, lo hicieron ponerse en pie y gritar alocadamente:

—¿El Tor? ¿El Tor? *¡Oh, mi señor!*

No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo: sus ojos no contenían nada excepto agotamiento y aflicción. La parte rota de él sólo proporcionaba urgencia; no proporcionaba cordura. Sollozando: «¡Salvad al Tor!», aferró su espejo.

El Maestro Barsonage fue demasiado lento. Estaba observando el Tor, observando los refuerzos; no reaccionó a tiempo.

El joven Imagero era apenas algo más que un muchacho, empujado más allá de sus límites. Enfocando su espejo en la dirección general del espejo del lado opuesto, empezó a trasladar directamente su abismo al enorme parapeto de piedra dejado por la avalancha; las rocas que sellaban el valle.

Pero, por supuesto, el Maestro que se ocupaba del otro espejo no sabía lo que estaba pasando. Y, en cualquier caso, los dos espejos ya no estaban correctamente alineados. No hubo nada que detuviera el tremendo y convulsivo temblor que hendió el parapeto y el suelo y siguió avanzando hasta golpear el extremo de la otra pared y desgarrar toda aquella vieja piedra reduciendo a fragmentos el espejo del otro lado y a todos lo que estaban cerca de él.

Bajo las circunstancias, fue probablemente una buena cosa que el joven Maestro no viviera mucho más. No había forma alguna de decir cuánto daño hubiera podido seguir provocando su fisura, si la traslación hubiera seguido de forma descontrolada. Y no había forma alguna de decir cómo hubiera soportado las consecuencias de su acción.

Tal como fueron las cosas, de todos modos, fue salvado por un hombre de Cadwal particularmente testarudo, que ya tenía alzada su espada para abrirle la cabeza de un tajo al Maestro Harpool cuando una flecha de un arquero de Alend se enterró entre sus omoplatos. Al caer hacia delante, sus alzados brazos golpearon la parte superior del espejo de Harpool. Aquel impacto hizo que sus dedos soltaran la espada.

Como si hubiera sido arrojada deliberadamente, la empuñadura de la espada partió el cuello del joven Maestro. Éste, a su vez, cayó hacia delante sobre su espejo, destrozándolo por completo.

Lleno de una terrible derrota, el Maestro Barsonage apenas se dio cuenta de que

el Maestro Harpool había conseguido de algún modo evitar que su propio espejo resultara destruido. Y el mediador no había sufrido ningún daño. Eso era menos que un consuelo; era casi un insulto, frente a la ruina general. Todos los demás espejos que la Cofradía había preparado para aquella batalla estaban destruidos.

Medio esperó otra violenta sacudida cuando la fisura dejó de existir por segunda vez; pero eso no ocurrió. La anterior convulsión había sido ocasionada por la inversión de la traslación. Esta traslación, por su parte, sólo se había detenido, no invertido. Enormes porciones del amontonado parapeto fueron tragadas por el suelo; la mayor parte de las rocas de la pared opuesta desaparecieron en la nueva hendidura. Luego las convulsiones del suelo cesaron.

Como resultado de todo ello, las fuerzas del Gran Rey tuvieron de nuevo acceso al valle..., un acceso difícil y angosto, traicionero de cruzar, como los espacios entre unos dientes podridos, pero un acceso pese a todo.

Cuando vio que ya había hombres cabalgando a toda velocidad a través de una de las aberturas más alejadas, se cubrió el rostro con las manos.

Las últimas esperanzas del Rey

De pie cerca del estandarte del Rey, con Terisa, Geraden y su padre, dama Elega no sabía dónde mirar o qué sentir.

Podía contemplar la lucha allá al extremo de la pared del valle, a su derecha, donde había caído el Tor, y donde el Castellano Norge y sus hombres se esforzaban en salvar lo que pudieran de los Maestros y sus espejos. O podía observar la brecha donde habían estado los otros Maestros, la enorme abertura que se había producido en el amontonamiento de rocas de la avalancha por el hecho de haber trasladado la fisura de la Cofradía desde sólo un lado.

Estaban penetrando jinetes por aquella abertura, conduciendo alocadamente sus monturas. Y el Príncipe Kragen estaba allí. Desde aquella distancia, parecía estarlo haciendo todo a la vez: reagrupar a sus hombres; cortar la incursión de los de Cadwal; buscar supervivientes por entre el nuevo amontonamiento de rocas. A sus ojos, cada una de sus acciones parecía tan rápida como un empujón, tan decisiva como una espada; la precisión con la que usaba a sus hombres hacía que Norge pareciera, en comparación, un mero aficionado torpe.

Era valioso..., ¡oh, sí, era valioso! Seguro que el Rey Joyse podía darse cuenta de ello. Seguro que su padre, en su nueva manifestación, podía ver y apreciar las cualidades que hacían al Pretendiente de Alend algo precioso para ella. El Príncipe Kragen merecía...

Merecía tener razón.

Casi como un acto de automortificación, demasiado humilde para no esperar demasiado, para temer tanto, Elega obligó a sus ojos a permanecer clavados en el lado derecho del pie del valle, no el izquierdo.

La cuestión de qué sentir era más difícil. No podía ser resuelta por un acto de voluntad.

Orgullo y pánico: vindicación y alarma. De pronto, tan «surgido de la nada» como si en ello hubiera implicada una traslación, el Rey se había probado a sí mismo. Había hecho real las interpretaciones de sí mismo que hasta ahora habían sido sólo ideas..., conceptos planteados por gente como Terisa y Geraden por razones propias. Había demostrado que merecía los riesgos que ella había corrido en su nombre, defendiéndole contra toda razón y sentido común; había justificado la adhesión que había conseguido del Príncipe Kragen y del Monarca de Alend. En la intimidad de sus propios pensamientos, Elega comprendía por qué él había considerado necesario utilizarla como una pieza de brinco en sus planes, antes que correr el riesgo de contarle la verdad. Se sentía *orgullosa* de él, allá junto a su estandarte, con sus azules ojos llameando; tan preparada como un halcón para golpear o defender.

Estaba orgullosa de él..., y temerosa de haberle fallado.

En cierto sentido, estaba jugando su propio juego contra él. Ante la insistencia de ella, el Príncipe Kragen y el Monarca de Alend habían tomado decisiones relativas a aquella guerra sobre la base del conocimiento y las especulaciones que no habían compartido con ningún representante de Orison.

Su finalidad —tan distinta de la de Kragen o Margonal— había sido doble: hacer que las fuerzas de Alend *esperaran*, contuvieran su asedio, el tiempo suficiente para que los planes del Rey Joyse maduraran; y ejercer presión sobre el Rey, una presión que le obligara a aceptar una alianza con Alend. Manteniendo secretos con su padre, reforzaba la posición del Príncipe Kragen.

Ahora, hoy, aquí, lo que había hecho iba a ponerse a prueba. Podía tener razón, como merecía el Príncipe..., aunque no fuera por otra razón que el haber confiado en ella. O podía estar equivocada.

El propio Mordant podía permanecer o caer, según cual fuera el resultado.

Podía elegir mantener los ojos apartados del Príncipe Kragen, lejos de los jinetes que hervían en el valle a su izquierda; pero no podía ignorar sus temores. Cuanto más orgullo sentía hacia el Rey Joyse y el Príncipe, más temía la posibilidad de que hubiera ayudado a llevarlos a ambos a la ruina.

Quizá fuera por eso por lo que su aspecto era peor que nunca a la luz del sol. El sol no podía poner al descubierto sus secretos, por supuesto; pero parecía desnudar el hecho de que los tenía.

Bajo las circunstancias, consideró afortunado que nadie prestara demasiada atención a ella.

Casi sin darse cuenta de ello, Geraden murmuró:

—Levántate. Levántate. —Todo el mundo había visto caer al Tor; nadie había visto al viejo señor volver a ponerse en pie. Del mismo modo, nadie había visto a ninguno de los Maestros salir de entre las rocas—. Levantare. Te necesitamos.

Terisa apretó su brazo con ambas manos, se aferró a él. Pero mantuvo los ojos apartados hacia un lado, como si no pudiera soportar lo que estaba viendo. Mirando hacia la parte izquierda del pie del valle, exclamó suavemente:

—¿Qué es *eso*?

Al parecer, Geraden no tenía la menor idea de a qué se refería. Y Elega estaba decidida a no mirar. Necesitaba una forma de vivir con su miedo, una forma de soportar su fracaso cuando llegara.

Bruscamente, resultó obvio que el Castellano Norge había conseguido dominar a los hombres de Cadwal que atacaban a los Maestros. Se alzaron gritos, y algunos de los hombres se relajaron. Los arqueros se apresuraron fuera de las rocas para recuperar sus flechas; los jinetes se alejaron al galope, algunos para entregar mensajes, otros para ayudar al Príncipe. El Maestro Barsonage apareció, sujetando un

crystal casi tan alto como él mismo. Detrás de él apareció el Maestro Harpool, tambaleándose dolorosamente. Dos guardias llevaban el espejo del viejo Imagero por él.

Entre cinco o seis hombres alzaron el cuerpo del Tor; tan suavemente como les fue posible, lo instalaron en unas toscas parihuelas. Tras alzar éstas hasta otros hombres a caballo, hicieron lo mismo con el cuerpo de Ribuld para que acompañara al del Tor. El Castellano Norge montó en su caballo, se situó a la cabeza de sus jinetes.

En procesión, como un cortejo, el Castellano y sus hombres ascendieron por el valle hacia el Rey Joyse.

—Mi señor —suspiró Geraden..., una exhalación entre unos dientes tan apretados que parecían hacer huir la sangre de sus mandíbulas—. Mi pobre señor.

Terisa sacudió su brazo; quizás estaba intentando distraer su atención.

—Geraden, mira. ¿Qué es eso?

Involuntariamente, dama Elega se volvió.

Inmediatamente vio que los jinetes que intentaban entrar en el valle estaban luchando a vida o muerte...

...luchando a vida o muerte contra las fuerzas de Cadwal al otro lado. Había supuesto que ellos también eran de Cadwal; pero estaba equivocada. El Gran Rey Festten se oponía fieramente a ellos; vistos a través de la brecha en el montón de rocas apiladas, parecía como si hubiera enviado todas sus fuerzas a caballo para destruirlos.

Vio al Príncipe Kragen poner su montura al galope, conduciendo a varios centenares de soldados de Alend a la defensa de los jinetes; directamente contra miles de hombres de Cadwal.

Al mismo tiempo, el Rey Joyse gritó al capitán más cercano:

—¡Envía arqueros allá! ¡Quiero arqueros sobre todas esas rocas! ¡Quiero una emboscada en cada una de esas aberturas! No podemos mantener a Cadwal fuera, pero podemos hacer que el Gran Rey se muestre cauteloso. ¡No debemos permitir que sus hombres entren en masa por esas brechas!

Situando las manos a ambos lados de su boca para formar bocina y hacer resonar su voz, añadió:

—¡Apoyad al Príncipe!

Con la mandíbula colgando flácida, Elega vio que uno de los jinetes que el Príncipe Kragen estaba arriesgándose por ayudar llevaba los apagados colores vino sobre trigo del Termigan.

¿El Termigan?

¿Qué estaba *haciendo* allí, en nombre de toda la cordura?

—El Termigan —jadeó Geraden a Terisa—. No puedo creerlo. Vino, después de

todo.

Elega estaba demasiado sorprendida para darse cuenta de que las catapultas estaban listas para disparar de nuevo. Y, ciertamente, no había observado que una de ellas, a sus espaldas, había sido reorientada hacia el estandarte del Rey Joyse. Apenas oyó el sordo resonar de los brazos, o el agudo silbido de la metralla de piedra cruzando el aire. Por el momento, su única preocupación era que ninguna de las máquinas pudiera alcanzar al Príncipe Kragen o al Termigan.

No llegó a saber lo afortunada que fue cuando la catapulta a sus espaldas no llegó a disparar.

En vez de ello, se inclinó pesadamente hacia adelante y cayó, retorcida, por la pared, haciéndose pedazos con las rocas mientras caía. Desde el borde del valle, un grupo de trepadores del Príncipe Kragen prorrumpió en inaudibles vítores, luego se volvió para defenderse de los hombres de Cadwal llegados demasiado tarde para salvar la máquina.

El Rey Joyse, sin embargo, pareció observar esto como observaba todo lo demás. Con una mirada hacia arriba, dijo para sí mismo:

—Quedan seis. Vamos haciendo progresos, amigo Festten. Ve con cuidado.

Desgraciadamente, las máquinas de guerra ya le habían costado centenares de hombres, muertos o heridos.

Elega contuvo el aliento mientras observaba al Príncipe Kragen lanzarse contra los jinetes del Gran Rey Festten. ¿No había dicho Geraden que el Termigan se había negado a venir? Se mordisqueó la parte interior de la mejilla. Sí, eso era lo que había dicho Geraden. Sin embargo, estaba allí. Sintió un estremecimiento, pese a lo relativamente cálido del aire. ¿De qué nuevo desastre había venido a informar?

¿Quiénes eran aquella gente en el centro de su formación, aquellas dos figuras embozadas que no luchaban, que no hacían nada excepto cabalgar hacia donde las llevaban los hombres del Termigan? Una de ellas parecía bastante normal. La otra era enorme...

Los ecos trajeron hasta ella los sonidos de la batalla, el golpear de las espadas y los escudos. Los montones de rocas *ocultaban la mayor parte de la lucha*: el Príncipe Kragen se había aventurado a través de la abertura y estaba fuera de su vista tras los restos de la avalancha. No tenía bastantes hombres para oponerse a tantos de Cadwal, en absoluto. Sólo la rapidez y lo inesperado de su carga podía salvarle. Pero un mezclado grupo de guardias y soldados estaba casi en posición para ayudarle, doscientos jinetes a la cabeza, medio millar de a pie avanzando furiosamente detrás. Y, cuando el Termigan hubo hecho entrar a todos sus hombres al interior del valle, hizo girar su montura, llamó a la mayor parte de sus fuerzas tras él, y regresó en ayuda del Príncipe.

Juntos, casi codo con codo, el Príncipe Kragen y el hombre que había declarado

llanamente: *No confío en Alend* se abrieron camino luchando de vuelta hacia el grueso del ejército del Rey Joyse.

Los enormes montones a ambos lados los salvaron: todas aquellas piedras rotas frenaron la contracarga de Cadwal; una abundancia de guijarros dispuestos allá donde había estado la grieta impedía a los jinetes avanzar en apretadas filas. Y, cuando las fuerzas del Gran Rey intentaron entrar de nuevo en el valle, los arqueros empezaron a soltar sus flechas desde las alturas entre las rocas.

El Príncipe Kragen y el Termigan se pusieron a salvo uno al lado del otro como si nunca hubieran sido nada excepto camaradas.

—¿Quiénes son esa gente que va con él? —preguntó Terisa—. ¿Ésos envueltos en capas..., los que no han luchado?

El corazón de Elegia empezó a flotar. ¿Quién se atrevía a hablar de fracaso, cuando el Rey Joyse y sus hijas estaban manos a la obra?

Los hombres que llevaban los cuerpos del Tor y de Ribuld llegaron junto al estandarte del Rey Joyse antes que el Termigan; y el Rey Joyse los recibió como si no se hallara en medio de una guerra, con catapultas e inexplicables llegadas de las que preocuparse; los recibió como si, en aquel momento al menos, nada fuera más importante para él que la carga que llevaban, el cadáver de su viejo amigo.

—Él nos salvó —dijo el Maestro Barsonage. El Imagero parecía demasiado débil para desmontar; parecía demasiado extraviado para decir *mi señor Rey*—. Él y Ribuld... —La voz del mediador se ahogó en pesar.

—Es cierto, mi señor Rey —informó el Castellano Norge sin su habitual imperturbabilidad—. Sólo eran dos, pero atacaron en el momento preciso. Causaron el daño necesario, ocasionaron la confusión necesaria... —Como Barsonage, Norge parecía estar perdiendo la voz—. Sin ellos, no hubiéramos salvado al mediador. Ni tampoco al Maestro Harpool.

Con voz átona, como si hubiera dicho lo mismo una docena de veces, el Maestro Harpool murmuró:

—Mi esposa prometió maldecirme si no regresaba. Estaba tan furiosa... —Su nariz chorreaba; pero no tenía nada con que secársela, así que resopló fuertemente.

El Rey Joyse contempló el cuerpo del Tor; quiso hablar. Sin embargo, no pudo; su respiración era demasiado intensa. Como si la visión de la aplastada cabeza de su amigo le afectara más duramente de lo que había esperado, le lanzara un golpe contra el que había creído que estaba preparado y ahora descubría que no, no lo estaba en absoluto pese al hecho de que debía haber visto llegar aquel momento, su pecho empezó a subir y bajar mientras luchaba por inspirar aire urgentemente, en grandes jadeos. Para amortiguar el sonido apretó las manos sobre su boca, contra los lados de su nariz; pero no pudo contener su ronca respiración, su lucha contra el dolor.

Después de todo, ya no era joven. Había estado solo durante largo tiempo;

confortado —o al menos comprendido— sólo por el loco Havelock y el perdido Quillón. Y el coste de sus esfuerzos por salvar Mordant seguía creciendo. Sin el Tor, no hubiera habido Mordant, ningún reino que defender; ningún Rey para ser tan derrochador con la sangre de aquellos que lo amaban.

Bajó fieramente las manos de su rostro, aferró el lado de las parihuelas del Tor. Pareció desear alzar a su viejo amigo en brazos, arrancar el cuerpo del Tor de la muerte. Pero, por supuesto, el cadáver era demasiado pesado. Habían sido necesarios cuatro hombres simplemente para sostener su flácida masa.

Involuntariamente, el Rey Joyse cayó de rodillas en la pisoteada nieve.

Terisa y Geraden avanzaron sin pensar hacia él; su deseo de consolarle de algún modo era evidente en sus rostros. Dama Elegia los detuvo, sin embargo. Se llevó un dedo a los labios. Luego, sonriendo pese a la muerte del Tor y el dolor de su padre, señaló hacia los jinetes que se acercaban al estandarte.

El Príncipe Kragen. El Termigan. Y las dos figuras embozadas, con todo excepto su estatura y su corpulencia envuelto y oculto, mantenido secreto.

El Príncipe Kragen llevaba en él algunas huellas de la batalla: algo de sangre, evidentemente no suya; líneas como rozaduras en su cota de malla. Parecía merecedor de Elegia, *merecedor* más allá de toda duda, como un hombre que se ha enfrentado a las consecuencias de sus más arriesgadas decisiones y ha merecido su victoria. El Termigan estaba en peores condiciones, enflaquecido por el duro viaje, con el cansancio y la amargura orlando sus ojos. Sin embargo, él también tenía un aire como de triunfo, como si supiera ahora que había hecho lo correcto. Su duro y pétreo rostro no exhibía ningún reproche.

—Mi señor Rey —dijo—, he venido en tu ayuda. Sólo he traído doscientos hombres..., todos aquellos de los que pude disponer. Pero son suficientes.

—Suficientes y más —intervino el Príncipe Kragen, condescendiente hacia el dolor del Rey—. ¿No es cierto que el propio Mordant empezó sólo con doscientos hombres?

—Padre. —Myste echó hacia atrás su capucha, alzó su fuerte mirada y la cicatriz de su mejilla a la luz del sol que llegaba desde más allá del borde del valle.

—*Myste.*

Terisa se sintió a la vez tan sorprendida y tan emocionada que casi gritó; todo su cuerpo pareció estremecerse de placer.

—*Estás sana y salva.*

Geraden casi estalló en carcajadas. Todos los hombres alrededor del Rey susurraron el nombre de Myste, como si fuera algo poderoso y peligroso.

—Con la ayuda del Termigan —dijo—, te he traído a tu campeón.

Mientras la reacción a su aparición se extendía, la enorme figura a su lado dejó caer también su capa, revelando una brillante y lisa armadura ennegrecida en algunos

lugares, con dos aberturas quemadas en ella, y un plano e impenetrable visor sobre su rostro. Llevaba extrañas armas sujetas a sus caderas; el rifle con el que se había abierto camino fuera de Orison colgaba en bandolera de su espalda.

El círculo de guardias y soldados miró. Un cierto número de ellos llevaron sus manos a sus espadas; unos cuantos tomaron sus arcos.

Pero el campeón no hizo ningún movimiento amenazador. Lentamente, alzó una mano hasta su cabeza, tocó una protuberancia a un lado de su casco. Sin un sonido, su visor se alzó, dejando al descubierto su rostro.

Era el rostro de un hombre, normal en todos sus detalles: ojos pálidos; una nariz larga, torcida, como si hubiera sido rota más de una vez; tensos labios encima de una firme mandíbula.

Sólo la extraña forma en que movió su boca cuando habló traicionó su origen.

—Mi señor Rey —dijo con una voz alienígena, un tono que tenía un parecido incongruente al canto de un pájaro—. Estoy perdido en este planeta podrido de Dios. Myste dice que no es culpa tuya que yo esté aquí. Dice que las únicas personas que pueden ayudarme son tus Imageros. Pero que no puedes ayudarme mientras sigas metido en este lío.

»Estoy dispuesto a hacer lo que pueda. Por ella. En el sobreentendido de que tus Imageros puedan ayudarme también.

—Así que eso es lo que quiere —jadeó Terisa, con su tono oscurecido por el alivio y la maravilla. Pero, por el momento, ni siquiera Geraden tenía ninguna atención que dedicarle.

Arrodillado al lado del Tor, el Rey Joyse había alzado bruscamente la cabeza al sonido de la voz de Myste, la había mirado a ella y al campeón con la alegría asomando a sus azules ojos. Ahora se puso en pie, como si todo su valor hubiera vuelto a él. Al principio, sin embargo, no se dirigió a ella, ni al Príncipe Kragen o al Termigan, ni siquiera al campeón. En vez de ello, se volvió secamente hacia Norge.

—Varias cosas, Castellano. Ocúpate de los hombres de mi señor Termigan. Lleva a aquellos que necesiten cuidados a los médicos. Asigna a aquellos que no los necesiten entre nuestros jinetes. Si juzgo correctamente —miró hacia el pie del valle —, el Gran Rey Festten se está reagrupando. Atacará de nuevo dentro de poco. Necesitamos desesperadamente jinetes.

»A mi querido amigo el Tor —siguió, sin ninguna pausa— debe proporcionársele una tumba honorable fuera de Esmerel. Toma todos los hombres que sean necesarios, entiérralo bien. Y al Perdon a su lado..., dos fieles y valerosos señores que ofrecieron sus vidas para que tuviéramos una posibilidad de salvar nuestro mundo. Si tenemos éxito, sus nombres serán alabados antes que cualquier otro.

Luego, bruscamente, se apartó de las parihuelas del Tor, hizo bajar a Myste de su montura y la *abrazó* fuertemente.

De inmediato, el campeón, Darsint, desmontó; al parecer creyó por unos instantes que Myste podía necesitar su protección. Cuando hubo apartado los caballos fuera de su camino, sin embargo, se detuvo, al parecer satisfecho de dejar a Myste y al Rey solos.

Contemplando a su hermana y a su padre, el único pesar de *Elega fue que ella nunca hubiera sido capaz de sonreír de la forma en que ellos lo hacían ahora*, con aquella claridad, como si fueran capaces de ir por la vida con su inocencia intacta.

—Querida niña —murmuró con voz espesa el Rey Joyse—, mi Myste. Me alegra tanto..., Havelock me dijo que confiara en ti, pero no podía dejar de tener miedo. Mi pequeña niña, en un peligro tan grande... Deseaba que estuvieras a salvo. Y, sin embargo, necesitaba que hicieras lo que hiciste. —Apretó momentáneamente su abrazo, luego la soltó y se echó hacia atrás—. Tu madre me patearía los sesos si supiera cómo te he puesto en peligro.

—Padre —respondió Myste como el sol—, todos los hijos deben correr riesgos. Mi madre sabe esto. ¿De qué otro modo podemos descubrirnos a nosotros mismos?

Su sonrisa no hizo más que volverse más cálida, más limpia, cuando se volvió hacia Elega.

Elega sintió deseos de decir: Nos has salvado... Oh, Myste, nos has salvado a todos..., pero su garganta se cerró bruscamente y su visión se enturbió con las lágrimas. La sonrisa de Myste aún tenía el poder de hacer que todo valiera la pena.

Myste se acercó a ella. No la abrazó; lo que sentía era demasiado íntimo para aquellos momentos. Sin embargo, dijo suavemente:

—Lo hiciste. Todo lo que yo deseaba..., todo lo que no pude decirte. Me siento tan orgullosa de ti.

Elega alzó la vista hacia el Príncipe Kragen, aún sobre su caballo, y sostuvo alegremente su mirada mientras Myste iba a abrazar a Terisa y Geraden, luego volvía junto al Rey Joyse.

—Ahora que la verdad ha sido revelada, mi señor Rey —dijo el Príncipe, hablando secamente para encubrir su placer—, supongo que debo admitir que los motivos del Monarca de Alend, y los míos propios, no han sido por completo desinteresados últimamente. Retuvimos el asedio de Orison para darte tiempo de madurar tus planes. Mantuvimos abierta la posibilidad de una alianza, aun cuando la rechazamos, a fin de que pudiéramos ayudarte en tus momentos de necesidad. Pero también hicimos esas cosas —sonrió por debajo de su bigote— porque dama Myste nos amenazó con traer el fuego del campeón contra nosotros en caso contrario.

Bien: quedaba reconocido delante de todo el mundo que él y Elega sabían que Myste estaba viva, sabían que estaba con Darsint. La información suscitó un especulativo fruncimiento de ceño en el rostro de Geraden mientras extraía consecuencias; volvió las mejillas de Terisa alternativamente en pálidas y

encendidas..., alivio de que Myste estuviera sana y salva, furia de que el hecho hubiera sido mantenido oculto.

El Rey Joyse, sin embargo, no se mostró ofendido. —En otras palabras, mi señor Príncipe —respondió, reprimiendo el deseo de echarse a reír—, decidiste respetar mi posición porque se te dieron razones para creer que yo podía ser más fuerte de lo que aparentaba. —Alejado de Myste, había recobrado su forma de hablar más formal—. Eso fue juicioso..., además de valeroso. Puesto que se están haciendo admisiones sinceras, admitiré yo a mi vez que a menudo he sospechado que tu padre era un hombre juicioso. —Sus ojos brillaron con una momentánea malicia—. Su valor, sin embargo, me ha llegado como una agradable sorpresa.

»Desgraciadamente —se apresuró a añadir, hablando ahora a todo el grupo en torno a su estandarte—, estaremos de nuevo metidos en la batalla dentro de cualquier momento, y antes de que llegue ese momento debo decir que mi posición es también más débil de lo que parece.

Enfrentándose al campeón, preguntó: —¿Cómo debo dirigirme a ti? El campeón frunció el ceño.

—¿Te refieres a nombre o rango? Me llamo Darsint, Primer Oficial de Batalla del crucero *Azote* de las Fuerzas Expedicionarias Unificadas.

—Darsint —pronunció el Rey Joyse—. Tu oferta de ayuda es muy bienvenida. La necesito enormemente. Dudo, sin embargo, que sea capaz de ayudarte a cambio. El ceño de Darsint se hizo más profundo. Instintivamente, Elega contuvo el aliento. ¿Qué estaba haciendo ahora su padre? Sin embargo, una mirada a Myste la tranquilizó: Myste parecía grave, pero no preocupada. Geraden estaba asintiendo lentamente, como confirmando lo que decía el Rey Joyse. Terisa parecía estar observando distraídamente el pie del valle, esperando acontecimientos.

—Estoy seguro —explicó el Rey Joyse— de que mi hija te ha dicho que fuiste traído hasta aquí por traslación..., mediante un espejo. Pero el espejo responsable de tu presencia resultó roto. —Quizá por tacto, no mencionó que había sido el propio Darsint el que lo había roto—. Además, el único espejo que teníamos que se parecía a ese espejo también resultó roto, por los enemigos a los que ahora nos enfrentamos. Como resultado de todo ello, no tengo ninguna ayuda inmediata que ofrecerte.

»Dudo que el Maestro Gilbur pueda ser persuadido de revelar cómo fue hecho tu espejo. En consecuencia, Geraden es nuestra única esperanza. —El Rey Joyse no miró a Geraden—. Y no dudo que será capaz de remodelar exactamente su espejo, si salimos victoriosos..., si disponemos de tiempo y paz.

Geraden siguió asintiendo.

—Pero eso sólo plantea otra dificultad —siguió el Rey—, que es el propio tiempo. Nuestros espejos muestran Imágenes de lugares, no de personas. Y las Imágenes pueden ser ajustadas sólo sobre distancias relativamente pequeñas. Una vez

Geraden haya remodelado su espejo, tendremos la posibilidad de devolvete, no con tu gente o a tu hogar, sino sólo al lugar donde fuiste hallado.

»¿Cuántos días han transcurrido desde que fuiste forzado a venir entre nosotros? ¿Y cuántos más pasarán antes de que Geraden tenga el tiempo y la paz necesarios para reconstruir su espejo? ¿Permanecerá todavía tu crucero, el *Azote*, allá donde estaba, aguardándote?

—Pythas —murmuró sombríamente Darsint—. Un lugar podrido de Dios. Hubiéramos debido dejarlo tranquilo mientras aún teníamos la oportunidad. Las FEU necesitan una zona de estacionamiento en ese sector..., pero nadie necesita una zona de estacionamiento tan mala.

El Rey Joyse siguió con su argumentación:

—¿No es más probable que tu *Azote* se haya ido? ¿Que te consideren muerto entre tus enemigos, si te devolvemos después de tantos días?

—Mierda, sí. —El campeón pareció morderse el labio debajo del borde de la abertura de su visor—. Los pythianos nos habían tendido una emboscada cuando fui arrancado de allí. Rayos de plasma como nunca había visto. —Señaló su dañada armadura—. La *Azote* debe haberse marchado hace mucho.

—Así que no puedo prometerte nada —concluyó el Rey Joyse—, excepto que te usaré tanto como pueda..., y te serviré tan fielmente como sea capaz.

»¿Nos ayudarás?

El pecho de Elega le dolía por la falta de aire, pero seguía reteniendo cada aliento tanto como podía, esperando que la sinceridad de su padre no alejara a Darsint.

El campeón no tardó mucho en decidirse.

—Oh, bueno —suspiró, como un rui señor desanimado—. Myste ya me advirtió. Ella sigue siendo la única amiga que he conseguido. Y tú eres su padre. Ella cree que vale la pena salvarte.

»Es una lástima que no pueda hacerlo. —La crispación de su rostro se pareció a una sonrisa; puede que estuviera recreándose en algún chiste propio de las FEU. Elega no estuvo segura: sus rasgos eran tan difíciles de leer como la piedra—. Soy más débil de lo que parezco. Como tú. Las armas de mano no tienen el alcance que necesitas..., ni la capacidad. Hay un límite al número de personas que puedo estrangular personalmente. No puedo detener lo que viene hacia ti. —Dentro de su casco, señaló hacia el ejército del Gran Rey Festten—. Y mi rifle está casi descargado...

El berrear del sacabuche lo interrumpió.

De inmediato, seis catapultas empezaron a tensar sus brazos.

Simultáneamente, los tambores de guerra iniciaron el batir de su ritmo en el valle.

Con una aguda mirada en aquella dirección, Elega vio el frente del ejército de Cadwal avanzar, preparándose para penetrar por las aberturas del terraplén.

Demasiado pronto: el Rey y su campeón no estaban preparados. Y ella no había tenido la oportunidad de averiguar cómo Myste y Darsint y el Termigan habían llegado hasta allí..., cómo se habían unido.

—Pero no estoy indefenso. —Gradualmente, se hizo más obvio que la expresión de Darsint pretendía ser una sonrisa—. Puede que aún me quede la suficiente carga como para ocuparme de esos juguetes por ti. —Hizo un gesto hacia las máquinas de guerra—. Incluso puedo poner un poco de miedo podrido de Dios a esos enemigos podridos de Dios tuyos.

Se detuvo, como si esperara que alguien captara el chiste y riera.

Al cabo de un momento, el Rey Joyse rió..., una corta y seca carcajada, no de humor, sino de reconocimiento.

—«Un poco de miedo podrido de Dios». Me gusta como suena. Algún día tendrás que explicarme eso de «podrido de Dios». Supongo que es una frase que le hubiera gustado al Castellano Lebbick, si la hubiera oído.

Volvió a ponerse serio.

—Por favor, «ocúpate» de las catapultas. —Consideró la posición de los hombres de Cadwal, el grado de preparación de las máquinas—. Tan pronto como te sea posible.

Aún sonriendo con aquel retorcido y picudo gesto, Darsint tomó el rifle de su espalda.

Involuntariamente, un cierto número de guardias y soldados retrocedieron un paso.

Elega deseó que el Príncipe Kragen hubiera desmontado, que estuviera a su lado. Como el Termigan, sin embargo, permanecía a lomos de su caballo, a fin de poder partir hacia la batalla en el momento en que fuera preciso.

El campeón comprobó una lucecita roja parpadeante en su extraña arma, pulsó un botón con el pulgar.

—La distancia no es problema. —Cuando hablaba, su voz sonaba más que nunca como el canto de un pájaro—. No contra madera. Pero quizá fuera excesiva..., si yo no fuera tan buen tirador.

Elega vio claramente que le hacía un guiño a Myste.

Por alguna razón, ese guiño le recordó que él era el responsable de la quemadura en la mejilla de Myste, la marca que parecía transformar a su hermana de una romántica soñadora en una mujer decidida.

Los tambores de guerra aceleraron su ritmo.

Bruscamente, Darsint alzó el rifle hasta su hombro, apuntó.

Durante el espacio entre un latido de corazón y el siguiente, su arma dejó escapar un estallido rectilíneo de fuego.

Eremis y Terisa y Geraden y todos los demás que estaban cerca del estandarte se

volvieron a tiempo para ver una de las catapultas recibir el estallido y volar en pedazos. Trozos de madera y de cuerda cayeron sin sonido alguno por la pared, arrojando llamas.

Elega creyó oír que el martilleo de los tambores de guerra se desacompañaba brevemente. Quizá lo había imaginado.

—Una —anunció llanamente Darsint.

Apuntó de nuevo, disparó.

Con las patas rotas, su segundo blanco se inclinó hacia delante, empezó a caer; entonces su brazo restalló bajo la tensión.

—Dos.

Con alguna dificultad, Elega contuvo el impulso de vitorea] Todos los demás guardaban silencio, presas de la maravilla el suspenso.

Frunciendo el ceño, Darsint comprobó de nuevo su rifle disparó otra vez. Una línea llameante partió tan recta como el destino hacia la siguiente catapulta.

Al parecer, el equipo de hombres de Cadwal de aquella máquina se sumió en el pánico. Intentaron accionar la catapulta antes de que estuviera preparada. Una carga de pétreo mí tralla se esparció inofensivamente a lo largo de la pared mientras el fuego reducía la máquina a una ruina.

—Tres.

Esta vez *no* hubo dudas *al respecto*: los tambores de guerra; perdieron su ritmo. Un momento más tarde entraban en un; cacofónica confusión. En vez de reorganizarse, reanudando si insistente batir, terminaron deteniéndose.

Varios de los guardias carraspearon y empezaron a vitorea: roncamente. Un áspero grito de aprobación, vibrante con urgencia y alivio, se difundió por todo el valle.

¡Bien hecho, Darsint!, coreó Elega para sí misma. ¡Por las estrellas, le enseñaremos al Gran Rey Festten lo que significa oponerse a nosotros!

El campeón disparó de nuevo; otra catapulta se derrumbó.

—Cuatro.

Frunciendo más intensamente el ceño, Darsint miró su rifle, apretó botones, golpeó la culata con el talón de la mano.

Por entre los crecientes vítores, el Príncipe Kragen dijo:

—Darsint, ¿es juicioso vaciar ahora tu arma? Esta batalla apenas acaba de empezar. Necesitarás toda tu fuerza.

El campeón le dedicó otra retorcida sonrisa.

—Nunca es juicioso ocupar un terreno bajo y dejar que tus enemigos te lancen piedras a la cabeza.

Alzó su rifle; de su boca brotó otro haz de llamas.

—Cinco.

Por encima del tumulto les llegó el berrear del sacabuche, llamando a retirada. El frente de Cadwal empezó a retroceder Como si ya hubieran alcanzado la victoria, los guardias del Rey y los soldados del Príncipe Kragen vitorearon más fuertemente.

Sin embargo, todo el mundo en torno al estandarte había visto cómo el quinto disparo de Darsint había siseado y chisporroteado. Cuando éste se encogió de hombros, apuntó a la última catapulta, e intentó disparar, el arma sólo produjo un pequeño chorro de chispas, que se apagó rápidamente.

Se encogió nuevamente de hombros, lo intentó otra vez: nada. Automáticamente, volvió a colgarse el rifle a la espalda. A nadie en particular, preguntó:

—¿Alguien tiene por ahí un ciclotrón portátil que pueda adaptar para cargar esta cosa?

Sonriendo, Myste se acercó a él y apoyó una mano en su armadura, como para felicitarle o consolarle.

Poco a poco, los vítores fueron muriendo a medida que todos se dieron cuenta de que la última catapulta no iba a caer.

Si el Rey Joyse sintió alguna decepción, sin embargo, no la exhibió.

—Esto estuvo muy bien, Darsint —afirmó—. Muy bien, de veras. Dejemos que el Gran Rey se ponga en guardia. Su fortuna ha empezado a dar la vuelta. Ahora él y sus aliados sabrán que tú estás aquí, y que estás de nuestro lado.

—También sabrán —apuntó el Príncipe— que su arma ya no tiene fuerza.

—Pero no pueden saber de cuántas armas dispone —respondió confiadamente Joyse—, ni de cuáles son sus capacidades. Ahora aguardarán. Tienen que hacerlo. El Gran Rey Festten y el Maestro Eremis consultarán entre sí. Cuando golpeen de nuevo, intentarán algo extravagante..., un signo de su creciente desesperación.

Su padre era realmente sorprendente, pensó Elega. Atrapado en aquel valle, enormemente superado en número, con los recursos de Darsint efectivamente agotados, y los de la Cofradía también, conseguía de algún modo hacer que todo el que le oyera creyera que no podía ser batido.

—Mientras tanto, mi señor Príncipe —prosiguió—, tenemos una buena oportunidad de fortalecer nuestras defensas. Debemos sacarle el mejor partido a cualquier obstáculo que podamos ponerle al avance del Gran Rey.

El Príncipe Kragen asintió, lúgubramente dispuesto.

—Como tú digas, mi señor Rey. —Su actitud era severa; sólo el brillo particular de sus ojos traicionaba su placer en las cosas que él y Elega habían planeado para ambos, en la validación de los riesgos que él había persuadido al Monarca de Alend que aceptara—. Me ocuparé del asunto.

Tomó las riendas e hizo dar la vuelta a su caballo.

—Voy contigo —dijo el Termigan, antes de que nadie más pudiera hablar. Sus planos ojos y su austera expresión no ofrecían ningún indicio de que alguna vez

hubiera considerado al Príncipe como un enemigo—. No he cabalgado hasta aquí para sentarme a ver como los demás trabajan.

—Mi señor Termigan. —El tono del Rey Joyse hizo que tanto el señor como el Príncipe Kragen se detuvieran—. Todavía no nos has dicho cómo es que estás aquí, o por qué. Y todavía no he tenido la oportunidad de darte las gracias. Por traer a doscientos de tus hombres a mi lado me siento profundamente agradecido. Por traer sanos y salvos hasta aquí a Darsint y a mi hija estoy para siempre en deuda contigo.

El Termigan dio un tirón a las riendas de su caballo.

—Sternwall se ha perdido —restalló. Por primera vez, Elega observó la espuma en la boca del animal, el agotamiento en sus ojos—. No tenía intención de venir. Geraden te lo dijo. Resistí durante tanto tiempo como pude. Pero, cuando perdí Sternwall, no tenía ningún otro lugar donde ir.

»Tú eres la única esperanza que le queda a mi Care..., tú, y tus Imageros —pareció como si deseara escupir—, y tu alianza con Alend. —Dio la impresión de que tenía que esforzarse para recordar que le estaba hablando a su Rey—. Mi padre construyó prácticamente esa ciudad con sus manos desnudas. Lamento no tener mejores modales.

Su montura tropezó cuando le hizo dar la vuelta. Sin embargo, por pura fuerza de voluntad, lanzó al animal al trote mientras se alejaba hacia el pie del valle.

El Rey Joyse y el Príncipe Kragen cruzaron sus miradas.

—Utilízalo con cuidado —murmuró el Rey—. Ya he perdido dos buenos señores, y no deseo perder otro.

—En Alend —respondió el Príncipe con una desolada sonrisa—, los viejos soldados aún hablan de lo terrible que fue luchar contra el señor del Care de Termigan. Lo utilizaré con cuidado.

Hizo una inclinación de cabeza al Rey, otra a Elega, y se alejó en pos del Termigan.

Elega deseó que volviera. El conocimiento de que no estaba en un peligro inmediato no la consoló. Al mismo tiempo, sin embargo, sintió un pequeño estremecimiento de ansiedad, porque sabía que ahora podría oír la historia de Myste.

Mientras las fuerzas de Cadwal aguardaban, y el Príncipe Kragen hacía todo lo posible por erigir las defensas del Rey, Elega y Myste se retiraron a la tienda del Tor, en busca de un lugar tranquilo donde hablar. Terisa y Geraden fueron con ellas..., y el Rey Joyse también, lo cual sorprendió a Elega, porque esperaba que estuviera atareado con los asuntos de la batalla, y la complació, porque demostraba que confiaba en el Pretendiente de Alend, el hijo de un viejo enemigo.

Darsint los acompañó también. De una forma que hizo que la mera idea de rechazarlo pareciera inimaginable, insistió en permanecer junto a Myste.

Fuera, la catapulta que quedaba siguió con sus periódicos ataques: un asaltante

testarudo y completamente inútil; los hombres del Rey eran capaces de permanecer en su mayor parte fuera del alcance de la máquina. Finalmente, resultó claro que el único objetivo real de la catapulta era recordar a los guardias y soldados que el Gran Rey Festten tenía intención de destruirles.

Pero Elega no pensaba en destrucción en aquellos momentos. Se maravillaba ante su hermana, que de alguna forma se había convertido en una fuerza a tener en cuenta dentro de la lucha entre reinos. Como Torrent, había hallado una forma de señalar su diferencia.

Elega se sentía absolutamente orgullosa de ella.

—¿Realmente amenazaste a tu hermana? —preguntó el Rey Joyse, tan pronto como todo el mundo se hubo acomodado—. ¿Realmente amenazaste con desencadenar a Darsint contra todo el ejército de Alend?

La luz de las linternas oscurecía la belleza de Myste. Dentro de la tienda parecía menos segura de sí misma, más fácilmente azarada. Un poco avergonzada, respondió:

—Me temo que sí. Hice un esfuerzo por ser cautelosa..., por decir menos de lo que pretendía, antes que más. Pero estoy segura de que Elega me comprendió.

Feliz, Elega asintió.

—Sin embargo, me alegró escucharlo..., cuando me recuperé de la impresión. Necesitaba tantos argumentos como fueran posibles para plantear delante del Monarca de Alend.

No había duda al respecto: Myste estaba definitivamente enrojeciendo.

—De todos modos, sigo sintiéndome aliviada de que no me pusieras a prueba. Mis amenazas se volvieron huecas casi de inmediato. Tan pronto como nos separamos, tan pronto como tú me ayudaste a salir del campamento de Alend..., Darsint y yo nos fuimos. No estábamos allí para poder tomar ninguna acción contra ti.

—¿No? —se sorprendió Elega—. Hubiera jurado que durante los días siguientes estabas observando todo lo que yo hacía. —¿Adonde fuisteis? —intervino Geraden. Como Terisa, parecía tener alguna razón especial para sentirse complacido por la presencia de Myste. Quizá fuera porque amaba las familias. No por primera vez, Elega observó que había cambiado enormemente. La sensación de *habilidad* en él era inconfundible. En retrospectiva, se sentía avergonzada de haberlo tratado alguna vez con desdén.

Myste miró un poco insegura a su padre. —Elega me dijo lo que necesitaba saber —dijo lentamente—. Cuando supe que el Gran Rey avanzaba, no hacia Orison, sino hacia el Care de Tor, tuve la sensación de que mi camino estaba claro. Darsint y yo partimos para ayudar al Perdon, si podíamos.

El Perdon, que luchó en una batalla suicida contra las fuerzas de Cadwal porque su Rey lo había abandonado.

—«Siempre he creído que los problemas tienen que ser resueltos por aquellos que los ven» —dijo Terisa, citando suavemente. Sus ojos brillaron como si ella, también, estuviera orgullosa de Myste.

El Rey Joyse, sin embargo, no reaccionó a las implicaciones de lo que Myste y Terisa decían. Se limitó a sonreírles, y a Elegia, bañándose de su compañía.

—Eso estuvo bien hecho, Myste —murmuró—. Sigue. Su actitud alivió a Myste.

—En realidad, hay poco que contar —dijo, más fácilmente—. Viajamos lo más aprisa que pudimos, pero el ejército del Gran Rey estaba entre nosotros y el Perdon. Estábamos ahorrando el fuego de Darsint, puesto que sabíamos que pronto se agotaría, así que en vez de atacar al Gran Rey por la retaguardia intentamos pasar rodeándolo. Cuando lo conseguimos, el Perdon ya había sido atrapado y muerto.

»Ése fue un momento difícil para nosotros. Viendo mi aflicción —sus ojos estaban llenos de cariño—, Darsint deseó asaltar a los hombres de Cadwal, hacerles tanto daño como pudiera él solo. —Darsint asintió—. Pero yo estaba segura de que no debía malgastar sus fuerzas, así que le pedí que se contuviera. Juntos, aguardamos y observamos, reuniendo tanta información como nos fue posible de los movimientos del Gran Rey sin traicionar nuestra presencia.

»Cuando llegó vuestro ejército, nos sorprendió de nuevo en el lado equivocado, incapaces de alcanzarte directamente. Esta vez, sin embargo, nuestra posición fue fortuita. Mientras rodeábamos las fuerzas del Gran Rey, primero hacia el sur, luego hacia el oeste, nos encontramos con el Termigan y sus hombres.

»Sin él, no habiéramos conseguido alcanzaros, excepto con un ruinoso desperdicio del fuego de Darsint.

Geraden interrumpió de nuevo:

—¿Os explicó algo? Cuando Terisa y yo le pedimos que acudiera, se negó. —Miró a Terisa como en busca de confirmación—. Fue más bien convincente al respecto.

Myste agitó la cabeza.

—Sólo nos dijo lo que ya os ha sugerido a vosotros. Resistió en Sternwall durante tanto como pudo, pero al final los pozos de fuego en el suelo no dejaron nada de la sede de su padre. Con todos los luchadores que pudo retirar del cuidado de su gente, emprendió el camino a Esmerel, con la intención —dudó momentáneamente, luego reanudó, con un tono triste y tranquilo—: con la intención, pienso, de utilizar y terminar a la vez su odio con un rápido golpe contra el Maestro Eremis.

»No puedo garantizar realmente su estado mental —añadió—. Sólo puedo decir que no fue fácil persuadirle de que se uniera a nosotros, de que se uniera a nuestros objetivos.

—He visto esa mirada antes —murmuró Darsint—. Tenía su muerte completamente planeada..., hasta que se encontró con nosotros. Ahora, ¿quién sabe?

—Era posible que el campeón se hubiera encogido de hombros dentro de su armadura.

—No fue la presencia de Darsint lo que le persuadió —continuó Myste—. Está salvajemente en contra de toda Imagería. Y no creo que se sintiera conmovido de saber que tú estabas aquí —miró francamente a su padre—. Es otro señor que cree que ha sido abandonado por su Rey. Pero, por alguna razón, tu alianza con Alend lo cambió. Descubrió..., padre, debo decir esto: Me temo que descubrió que era más fácil confiar en sus viejos enemigos.

Una sombra cruzó el rostro del Rey.

—¿Quién puede culparle?

Torpemente, Myste terminó su historia.

—No obstante, una vez conseguimos persuadirle, no se echó atrás. Desde entonces hemos pasado nuestro tiempo buscando una forma de cruzar las líneas de Cadwal que ahorrara el fuego de Darsint. Sin la ayuda del Termigan, no habiéramos podido alcanzaros como lo hicimos.

Mientras ella hablaba, la expresión del Rey Joyse se aclaró.

—Eso está bien —dijo, cuando ella hubo terminado—. Si somos derrotados, mi señor Termigan podrá hacer lo que quiera con su odio. Y si salimos victoriosos, sabrá que no habiéramos podido ganar sin él. Eso puede hacer mucho por curarle.

»Mientras tanto, hija, nos has traído nuevas esperanzas. ¿Sabes que tu encuentro con Darsint fue augurado?

Elega miró bruscamente al Rey Joyse. *¿Augurado?*

Tanto Terisa como Geraden estaban sonriendo.

—Havelock preparó un augurio —explicó Joyse— en el que aparecías tú, de rodillas delante de Darsint, como si le estuvieras suplicando que no te matara.

Darsint se agitó, incómodo.

—Se arrodilló, es cierto. Yo estaba herido..., había perdido la cabeza. No podía enfocar mis ojos. Todo estaba cambiado, había enemigos por todas partes. Vino alguien, disparé. Casi la maté, podrido de Dios.

»Entonces oí su voz. Una mujer. De rodillas. Sentí deseos de pegarme un tiro cuando vi lo que le había hecho.

Claramente, como si deseara que no hubiera ningún error sobre aquel punto, dijo:

—Ella me salvó la vida. —Había amenaza en su voz. No tenía intención de dejar que Myste sufriera daño de nuevo.

Por un momento, los azules ojos del Rey se enturbiaron.

—Cuando desapareciste de Orison —continuó, dirigiéndose a Myste—, supe en lo más profundo de mi corazón dónde habías ido..., y tuve miedo. Es por eso —explicó a Terisa— por lo que fui duro contigo, cuando te pedí que me explicaras su ausencia. Quería saber la verdad a toda costa, por puro miedo.

»De hecho —se dirigió de nuevo a Myste—, cuando me di cuenta de que el campeón en el espejo del Maestro Gilbur era el mismo que la figura en el augurio de Havelock, casi decidí hacer añicos aquel espejo. Para ahorrarte todo eso. Para que Darsint no fuera trasladado. Havelock tuvo muchas dificultades en disuadirme. Permitir que se realizara la traslación..., aceptar los riesgos inherentes... —Su sonrisa era triste y aliviada y fuerte al mismo tiempo—. No fue fácil. Si hubiera dejado que el Fayle me animara a detener a la Cofradía, mi decisión hubiera vacilado. Geraden carraspeó.

—El Adepto Havelock intentó hablarnos de ese augurio..., intentó decírselo a Terisa. Aún no estoy seguro de por qué. Todo lo que consiguió hacer por aquel entonces fue asustarnos. Pero quizá estaba intentando que te comprendiéramos mejor. De la mejor manera que podía, dada su condición...

Secamente, el Rey Joyse respondió:

—Quizá. No lo subestimes. En sus peores momentos, sigue siendo el mejor jugador de brinco que conozco.

Sin preámbulos, Terisa dijo:

—Tiene que haber algo que podamos hacer.

El Rey trasladó de inmediato su atención a ella.

—¿Mi dama?

—Están todos aquí. —No parecía estarle hablando a él, ni a nadie. Sus ojos estudiaban el aire; su atención estaba vuelta hacia dentro—. Todas las piezas en su lugar. Myste y el campeón. Elega y el Príncipe Kragen. Los Maestros. El ejército de Lebbick. El y el Perdon y el Tor hicieron lo que se suponía que tenían que hacer antes de ser sacrificados..., a fin de que el resto de nosotros pudiéramos llegar a esta posición. Incluso Torrent representó su papel. Todo el mundo está haciendo lo que deseas que haga, lo que le diste la oportunidad de hacer.

»Excepto Geraden y yo.

De nuevo, el Rey Joyse preguntó suavemente:

—¿Mi dama?

Nadie más habló. Geraden estudió intensamente a Terisa; Myste la observó con ojos brillantes.

—Hemos hecho lo que hemos podido —dijo Terisa—. Ayudamos a llegar a esta posición. Pero ahora somos inútiles. Podríamos ser empujados muy bien fuera del tablero.

Entonces se enfrentó a la mirada del Rey Joyse.

—¿Qué es lo que quieres de nosotros?

Él le sonrió como si ella fuera maravillosa.

—Mi dama, yo puedo derrotar al Gran Rey. Quiero que tú derrotes al Maestro Eremis.

Antes de que ella pudiera reaccionar —antes de que Geraden o Elega o cualquier otro pudiera decir nada—, el Castellano Norge entró en tromba en la tienda, sin anunciarse.

—Mi señor Rey —dijo, con tanta urgencia como se lo permitía su flemática actitud—, querrás ver esto. Va a ocurrir algo. Tan rápidamente que parecía como si quisiera escapar de las preguntas que Terisa y Geraden deseaban formular, el Rey Joyse abandonó su silla y siguió al Castellano fuera de la tienda. Elega dudó unos instantes; pensó que tenía que decirles algo a Terisa y Geraden..., o incluso a Myste y Darsint. Pero su corazón estaba con su padre, con la batalla y el Príncipe Kragen; no podía quedarse detrás.

Fuera, apenas se dio cuenta de que el resto de los ocupantes de la tienda se reunían con ella unos segundos más tarde.

El valle estaba cubierto por el sol de media mañana. Sólo media mañana, después de todo lo que había ocurrido... Sobre las paredes, el cielo era inconmensurablemente azul, tan limpio y completo como en lo mejor de la primavera. El aire se estaba volviendo sutil pero incuestionablemente más cálido, y bajo la luz del sol la densa nevada de la noche se estaba volviendo fangosa. Allá donde el ejército había pisoteado la nieve estaban empezando a aparecer unas pocas manchas de oscuro y mojado suelo. El arroyo en el centro del valle llevaba más caudal, arrastrando el agua de la nieve fundida.

Como el Rey Joyse y sus compañeros en torno al estandarte, todos los hombres de Mordant y Alend desde el pie del valle a Esmerel observaban lo que podía verse del ejército del Gran Rey Festten.

Las fuerzas de Cadwal parecían estar retirándose.

No, no retirándose: dividiéndose. El Gran Rey separaba a sus hombres en una nueva formación, la mitad a cada lado, con un espacio de terreno despejado entre ellas tan amplio como el propio valle.

—¿Cree que puede engañarnos y atraernos a que salgamos de aquí? —inquirió Norge—. ¿Piensa que somos tan locos como para dejar que nos golpee desde ambos lados?

—No —restalló el Rey Joyse, inintencionadamente brusco—. Está haciendo sitio.

—Eremis va a trasladar algo —jadeó Terisa a Geraden—. Si bajo ahí, si me acerco lo suficiente..., si puedo captar la Imagen, de la misma forma que lo hice en el cruce de caminos, quizá pueda romper su espejo.

No estaba hablándole al Rey, pero éste la oyó de todos modos.

—No lo harás, mi dama —dijo de inmediato—. Si fracasas, tú serás la primera víctima. Ese riesgo es demasiado grande, incluso para mí.

Geraden la rodeó con su brazo. Tal vez intentaba tranquilizarla. O quizá deseaba asegurarse de que no se alejara por su cuenta.

La anticipación y el temor anudaron la atmósfera. El Rey Joyse había dicho: *Intentarán algo extravagante...* Todo el mundo que había oído alguna vez historias de las viejas guerras sabía que los Imageros eran capaces de atrocidades que helaban la sangre en los corazones.

Sin embargo, cuando se produjo el siguiente ataque, nadie estaba preparado para él.

Porque estaba esperando algo, concentrándose intensamente, Terisa captó un asomo del frío visceral de la traslación. El espejo de Eremis estaba enfocado demasiado lejos para rozarla con demasiada fuerza. Se apretó más contra Geraden.

En el espacio despejado entre las dos alas del ejército de Cadwal apareció un monstruo.

Terisa lo había visto antes. Todos los miembros de la Cofradía estaban familiarizados con él.

Enormes ojos, insaciables y furiosos. Dientes que goteaban veneno en unas mandíbulas lo bastante grandes como para engullir casas. Un enorme cuerpo como de babosa. Costados que chorreaban lodo.

En una ocasión, durante las viejas guerras, aquella bestia había destruido todo un poblado, devorándolo casa tras casa. El gusano era demasiado grande para matarlo, demasiado grande incluso para hacerle daño. Si se le hubiera dado tiempo, lo hubiera consumido todo. Pero el Rey Joyse había capturado el espejo del que había brotado el monstruo, y el Adepto Havelock trasladó la bestia de vuelta a su cueva en la Imagen.

Ahora el Maestro Eremis tenía el espejo, y la bestia estaba furiosa.

La criatura lanzó un rugido de horrible ultraje, aullando tan fieramente que las paredes del valle resonaron. Luego resbaló hacia delante y empezó a devorar las piedras que bloqueaban el avance del Gran Rey Festten, atacando los montones como si las rocas apiladas le ofendieran.

Pese a su entrenamiento y experiencia, su determinación y su valor, el ejército del Rey se dejó llevar por el pánico.

Los dientes del monstruo entre las piedras eran tan ruidosos como detonaciones, inescapablemente destructivos. Los arqueros ocultos entre las rocas habían tenido ya que saltar y huir, con el riesgo de partirse las piernas o la espalda para alejarse. Y, cuando las rocas hubieran desaparecido, la criatura entraría en el valle...

Ella sola se ocuparía de todo el ejército. O empujaría a guardias y soldados contra las paredes, donde los hombres del Gran Rey Festten podrían aplastarlos desde arriba a placer. O los forzaría a salir del valle, donde el ejército de Cadwal caería sobre ellos desde ambos lados. *Algo extravagante...* Aquello era extravagante, cierto. Pero no era desesperado. Era un toque maestro, al que eran completamente incapaces de responder; una derrota tan cierta y terrible como los dientes de la criatura.

Sin saber cómo salvarse, los rangos de Alend y Mordant se dispersaron como

agua y empezaron a correr en todas direcciones. Sus gritos resonaron por todas partes; roncós y frenéticos; condenados.

La visión encendió al Rey Joyse.

—¡Por el hachero de la muerte, Eremis —rugió con una voz que parecía querer igualar a la del monstruo—, esto es *sucio*!

Pero no perdió el tiempo en indignaciones. Se volvió hacia Norge y ladró como una trompeta:

—¡Encuentra a Kragen! ¡Reúne a los hombres! ¡Retiraos! ¡Esa bestia todavía no constituye ningún peligro! ¡Debemos detener este pánico!

»¡*Traed mi caballo!*

Galvanizado por el grito del Rey, Norge echó a correr hacia su propia montura mientras dos atontados guardias hacían avanzar el repentinamente asustado corcel de Joyce.

En un momento ambos hombres habían desaparecido, espoleando sus caballos para enfrentarse a un ejército transformado en tumulto y caos. El Rey Joyse no maldijo a sus enemigos; no gritó a sus hombres. Simplemente cabalgó reciamente, cabalgó *llamativamente*, en línea recta hacia el pie del valle, con la espada destellando en su mano, de modo que tantos soldados y guardias como fuera posible le vieran y pensarán que no estaba vencido.

—Tiene que haber *algo* que nosotros podamos hacer —repitió Geraden, nervioso e impotente como un muchachito.

Terisa se mordió el labio.

—Eso ya lo dije yo. —Apenas le había oído, sin embargo. Estaba escuchando el sonido de los dientes del monstruo en las piedras: un salvaje ruido triturante que parecía de alguna forma más fuerte que el pánico del ejército..., e intentando pensar en varias cosas distintas al mismo tiempo.

Elegir más cuidadosamente tus riesgos.

Quiero que tú derrotes al Maestro Eremis.

Los problemas tienen que ser resueltos por aquellos que los ven.

Tengo la muy intensa sensación...

Y algo más; algo que se negaba a mostrarse claramente. Había demasiado ruido, demasiada gente gritando en torno a ella; demasiadas personas iban a morir...

Algo tan estúpidamente obvio que iba a sentir deseos de patearse a sí misma cuando se diera cuenta de ello.

El Maestro Barsonage estaba al lado de Geraden. Sus ojos miraban alocadamente a todo y a nada en particular; parecía un hombre que hubiera llegado hasta allí después de asarse los sesos en el desierto.

—Ahora lo entiendo —dijo, no al parecer porque alguien le estuviera escuchando, sino porque tenía que decir algo, necesitaba oír una voz razonable—. Cuando os

rescatamos de las ruinas de la sala de reuniones, Eremis utilizó ese cristal para ayudar a retirar las piedras. Pensé que su elección había sido extraña, pero ahora lo entiendo. Estaba volviendo loca a su bestia, enseñándole a odiar las piedras.

Algo...

—¿Por qué ninguno de nosotros nos dimos cuenta de que él debía ser el que había hecho ese espejo? ¿O que era un Adepto?

Pese a sí misma, Terisa se detuvo para absorber lo que decía el Maestro. Tenía razón: Eremis tenía que ser un Adepto. O había estado trabajando contra el Rey Joyse mucho más tiempo del que nadie se había dado cuenta; había concebido sus ambiciones a una edad mucho más joven. Inesperadas habilidades...

—Pero, ¿cómo entró en posesión del espejo? —preguntó el mediador—. Pensé que estaba entre aquellos que resultaron rotos cuando destrozó el espejo de Geraden. Debí capturarlo entonces. Ésa debió ser una de las razones de su ataque al laborium.

»¿Por qué ninguno de nosotros pensó en comprobar si todos los espejos que perdimos estaban entre los rotos?

Porque fue inesperado; por eso. Lo que Eremis había hecho había sido inesperado. Sus habilidades eran inesperadas. Nadie podía esperar lo inesperado. Por definición.

Entonces lo tuvo, lo tuvo tan repentinamente que pareció alcanzar su conclusión sin dar ninguno de los pasos que conducían hasta ella.

Sí.

Oh, sí.

—Geraden. —Sujetó su brazo, tiró de él para que se volviera hacia ella—. Tenemos que volver a Orison.

Geraden la miró, asombrado; su mandíbula colgó. Por un momento que pareció mareante, como una caída desde una terrible altura, ella pensó que iba a protestar. ¿Deseas huir corriendo? Entonces aquel peligro pasó, y tan rápidamente como desapareció otro ocupó su lugar; pudo verlo en su rostro: ¿De qué estás *hablando*?

¡Oh, Geraden, no preguntes, no tenemos *tiempo*!

Pero él era Geraden, el hombre que la quería; instintivamente, siempre había puesto las necesidades de ella por delante de la confusión de él. En vez de protestar o pedir explicaciones, dijo:

—No tenemos ningún espejo.

—El Maestro Barsonage tiene uno. —Con la sala de baile de Orison en la imagen.

—Es un cristal plano. Tú puedes usarlo. Yo me volveré loco.

Aquello era cierto. Oh, mierda.

—¿Estás seguro de que no hay ningún otro? ¿No trajo la Cofradía *ningún* otro espejo normal?

Apresúrate. Por favor. La criatura iba a llegar por entre las rocas en cualquier momento. Y tanto el Rey Joyse como el Príncipe Kragen estaban allá abajo, en el pie del valle, vulnerables ante aquellos dientes...

Como si el hecho de que no supiera lo que estaba ocurriendo no hiciera más que aumentar su resolución, Geraden se volvió hacia el mediador.

—Maestro Barsonage. ¿Tienes otro espejo? ¿Trajo la Cofradía algún otro espejo?

Barsonage parpadeó como si quisiera apartar algo de toda aquella locura de sus ojos.

—¿Por qué?

—¿Tienes alguno?

—¿Para qué lo quieres?

Terisa empujó al lado de Geraden, intentó hacer que el mediador se diera cuenta de su presencia.

—Tenemos que volver a Orison.

Estaba presionando demasiado sobre él; su demanda parecía incrementar su aire de hallarse perdido. Con un tono seco y ronco, preguntó:

—¿Abandonaréis al Rey Joyse a su destino?

Geraden crispó los puños, jadeó:

—No —como si la estuviera defendiendo.

Desgraciadamente, aquello no hizo otra cosa excepto presionar aún más al Maestro Barsonage. Terisa se agitó, reprimió sus temores, intentó ofrecer al mediador una mejor respuesta.

—Necesito utilizar los espejos de Havelock.

También tenía otras razones, pero no podía perder el tiempo en pensar en ellas, y mucho menos en explicarlas.

Al menos ahora había conseguido la atención del Maestro. El esfuerzo de pensar clarificó su expresión, la hizo a la vez más aguda y más humana.

—¿Qué harás?

Apresurándose más allá de la falta de lógica, la imposibilidad, la inutilidad, replicó:

—Localizar la fortaleza del Maestro Eremis. Detenerle.

Ahora Geraden la miró del mismo modo que la miraba el Maestro Barsonage. Al mismo tiempo, ambos preguntaron:

—¿Cómo?

—Habilidades inesperadas... —empezó a decir ella, buscando las palabras adecuadas—, acciones inesperadas... No podemos esperar lo inesperado. Tú mismo lo has dicho.

Estrictamente literal, el Maestro Barsonage respondió:

—Yo no he dicho nunca nada así.

No. Escucha. Déjame pensar.

—Quiero decir yo. —¿Por qué no podía pensar? El monstruo devorarrocas podía estar devorando también su mente. Yo he hecho algo inesperado. Dos veces.

Bruscamente, con la bestia ya a mitad de camino entre los montones de rocas, y el valle presa del pánico, y Geraden y el Maestro Barsonage mirándola como si ella se hubiera vuelto loca, su sentido de la urgencia y el horror se convirtió en algo demasiado grande para la confusión. Sabía cómo pensar; sabía cómo sobrevivir. Sabía cómo luchar.

Como si estuviera completamente tranquila, dijo:

—Cuando huí del Maestro Gilbur, aquello no fue algo realmente inesperado. Por aquel entonces sabíamos ya que yo tenía algún tipo de habilidad. Pero cuando cambié la Imagen en el cristal plano en el laborium, el primer día después de mi llegada a Orison..., eso fue inesperado. Y cuando cambié otra Imagen para escapar del Maestro Eremis, la cambié a través de todos esos kilómetros..., eso fue inesperado. Nunca hemos intentado siquiera explicarlo.

—Talento... —sugirió el Maestro Barsonage con un hilo de voz.

Ella agitó la cabeza.

—No me refiero a eso. Estoy hablando de alguna otra cosa. —Miró directamente a Geraden—. Cuando intentaste trasladarme a casa, terminé cerca del Puño Cerrado. Eso fue cosa tuya. Tú eres el que funciona con los cristales curvos. Pero era el Puño Cerrado en primavera. Era un augurio. Cambiaste la Imagen a través del tiempo además de la distancia.

»Pero cuando yo cambié el espejo plano —movida por el shock, por reflejo antes que por elección consciente—, mi Imagen mostró el Puño Cerrado de la forma en que estaba realmente en esta época. En invierno. ¿Cómo lo hice? ¿Cómo supe que ése era su aspecto en invierno?

Geraden la observó como si ella le hubiera hecho tambalearse y estuviera luchando por recuperar el equilibrio.

—Nunca pensé en eso.

—Y, cuando escapé de Eremis... —Ahora se dirigió también al Maestro Barsonage—. Utilicé el mismo espejo que me llevó lejos de Gilbur. Eso tiene sentido. Estaba familiarizada con la Imagen. Pero, mientras tanto, la Imagen en sí había cambiado. La única vez que lo vi realmente, cuando lo utilicé para escapar de Gilbur, estaba lleno de viento. Pero cuando lo usé para escapar de Eremis no había viento. La Imagen era distinta. ¿Cómo pude cambiar la Imagen en ese espejo cuando ni siquiera sabía qué aspecto tenía esa Imagen..., cuando la Imagen que recordaba había desaparecido?

El Maestro Barsonage la miró con la boca abierta. Hubiera parecido estúpido si la situación no fuera tan desesperada.

—Quieres decir —murmuró Geraden suavemente, ansiosamente, al borde de la revelación— que eso forma parte de tu talento. No necesitas un conocimiento exacto para cambiar de una forma exacta las Imágenes. Algo en ti compensa las cosas que no sabes.

Correcto. Ahora estaba enteramente enfocada en el mediador, animándole a crearla, animándole a actuar.

—Estoy familiarizada con al menos uno de los espejos de Havelock. Y no puedo concentrarme aquí, no con esa cosa viniendo hacia nosotros. —Y tenía al menos otra razón—. Necesito volver a Orison. Para poder crear una Imagen, una Imagen aproximada, que pueda llevarnos a la fortaleza del Maestro Eremis. Estaba oscuro, no podía ver. Pero recuerdo de todos modos una gran cantidad de detalles. Quizá sean suficientes.

Por un momento, el Maestro Barsonage siguió observándola como si sus ideas fueran inconcebibles, imponderables. Tenía el alma de un escribiente: no le gustaban las decisiones arriesgadas. Justo cuando iba a empezar a gritarles, sin embargo, alzó la cabeza y sonrió, y toda su agresividad desapareció de él.

—¿Por qué no dijiste eso desde un principio?

Se dio la vuelta y se encaminó hacia uno de los carros de la Cofradía, gritándoles a los otros Maestros que se reunieran con él mientras corría.

Terisa estaba a punto de seguirle cuando Geraden la cogió exuberantemente en brazos, la hizo girar en un círculo con los pies en el aire y la respiración jadeante.

—¡Lo sabía! —gritó al cielo azul y al caos y a la bestia como una babosa—. ¡Sabía que no se suponía que debiéramos estar aquí!

Aunque ella no pudo resistir darle un beso, estaba pensando: Déjame en el suelo, idiota, tenemos que *irnos*.

Él la dejó en el suelo. Juntos, corrieron hacia el carro.

Los Maestros estaban desempaquetando un espejo que mostraba un mar sin límites brillando bajo un cálido sol.

—En realidad lo traje movido por un extraño impulso —explicó el Maestro Barsonage mientras los demás Imageros aseguraban de la mejor manera posible el espejo en la húmeda nieve—. Nos sirvió bien cuando os rescatamos de la destrucción del campeón en nuestra sala de reuniones, de modo que pensé que quizá pudiera servirnos de nuevo. Cuando me pediste un espejo, se mostré reluctante a arriesgarlo. Estaba intentando imaginar cómo podía ser usado para ahogar a ese monstruo.

—No lo romperé —prometió Geraden. Estaba ya al lado del espejo, pasando las yemas de sus dedos por el hermoso trabajo de la madera. Pese a las carreras y los gritos de los hombres, las desesperadas órdenes de los oficiales, la rechinante ruina de los dientes del monstruo, no parecía tener ninguna dificultad en concentrarse. A los ojos de Terisa, irradiaba una confianza y una fuerza que hacían que todo fuera

posible.

Nada ocurrió a la Imagen del mar. Las olas avanzaban incansablemente de uno a otro lado del marco; el cielo era de un immaculado azul, no igualado por ningún otro color del mundo excepto la tonalidad del cielo encima del valle.

—¿Listo? —preguntó Terisa por encima del hombro. Sin apartar los ojos del cristal, él extendió la mano hacia ella.

¿Dónde estaban los aposentos de Havelock, los espejos de Havelock? ¿Qué le había pasado al talento de Geraden?

No, se dijo a sí misma, puede hacerlo de este modo, todo está bien. Tenía la habilidad de utilizar los espejos para traslaciones que no tenían nada que ver con sus Imágenes. Así era como había acudido a ella la primera vez, cómo le había mostrado el Puño Cerrado, cómo se había rescatado a sí mismo de Orison. Todo lo que ella tenía que hacer era confiar en él.

Elegir tus riesgos...

Tomó su mano, empezó a avanzar inmediatamente hacia el cristal de modo que él no pudiera vacilar.

Pero estaba conteniendo en aliento cuando la Imagen se abrió para abrazarla como el mar.

Por supuesto, no cayó al mar: Geraden tenía demasiado control sobre su talento; no corría ningún peligro de equivocarse tanto. En vez de ello, se desvaneció como si hubiera parpadeado fuera de la existencia.

Sujetando la mano de él con todas sus fuerzas, notando cómo él tiraba de ella, se evaporó a través de la transición de los espejos, ese instante de eterno caer y flotar entre lugares de existencia; la enorme, redentora y ruinosa oscuridad que sus padres la habían enseñado a conocer y temer y amar encerrándola en el armario.

Cuando salió de la traslación, perdió el equilibrio y cayó al suelo, arrastrando irresistiblemente a Geraden con ella..., rompiendo su breve contacto con el marco del espejo, su única unión con el mundo del valle.

Por alguna extraña razón, cayó sobre una gruesa alfombra.

Una alfombra sintética, que iba de pared a pared a ambos lados de ella.

El Adepto Havelock no tenía ninguna alfombra así en sus aposentos. Nadie tenía ninguna alfombra así en Orison.

A través del alto pelaje vio que estaba rodeada de gente: mujeres con trajes largos, hombres con esmoquin. Algunos de ellos acababan de gritar, otros habían dejado caer vasos llenos de hielo y alcohol sobre la alfombra. Todos estaban inmóviles ahora, sin embargo, mirando fijamente a Geraden y a ella, con sorpresa en sus relamidos rostros.

Hasta que reconoció el ángulo de la sala que conducía a los dormitorios, y la forma de la entrada al comedor y la cocina, no se dio cuenta de que estaba de vuelta

en su antiguo apartamento.

De vuelta en su antiguo mundo.

Riesgos calculados

Geraden estaba medio tendido encima de ella; su peso la mantenía clavada al suelo. Instintivamente, Terisa arqueó la espalda, intentó apartarlo para poder levantarse. No se movió. Contemplando la extraña alfombra, los muebles de cromo y mimbre, los sorprendidos hombres y mujeres en sus inexplicables ropas, Geraden murmuró:

—Cristales y astillas. ¿Qué he hecho?

Terisa pensó que la respuesta era obvia.

La había traído de vuelta a su viejo edificio de apartamentos. Y, durante su ausencia, había pasado el tiempo; habían pasado *meses*. Su padre, nunca proclive a mantener inversiones inútiles, debía haber vendido el apartamento tan pronto como se sintió seguro de que ella no iba a volver. Y los nuevos propietarios lo habían redecorado, por supuesto...

Todos sus espejos habían desaparecido..., cada vínculo concebible con Mordant, cada camino de regreso...

Por otra parte, ¿qué razón imaginable podía haber tenido Geraden para traerla de vuelta *ahí*? ¿Para traerla de vuelta ahí *ahora*? Aquello no era sólo un accidente: era un desastre absoluto.

No había forma de volver.

—Levántate —le urgió, como si su peso la estuviera asfixiando—. Oh, Dios. Oh, mierda. Levántate.

—Llaman a la policía —suplicó una asustada mujer.

—Llaman a seguridad —sugirió alguien.

—¿Quiénes *son*?

Geraden se levantó.

Cuando se puso en pie, la gente con sus vestidos largos y sus esmóquines reculó; algunos retrocedieron varios pasos. Un zapato golpeó un vaso, lo envió rodando por las baldosas del suelo de la cocina. Terisa pudo oír crujir el hielo al ser aplastado bajo unos pies, como si ese ruido fuera más fuerte que las voces.

—Llaman a *seguridad*, he dicho.

—¿Cómo han *entrado*?

—No lo sé. Simplemente aparecieron, eso es todo.

—¿Qué hemos estado *bebiendo*?

El corazón de Terisa latía tan fuerte que tenía problemas en mantener el equilibrio, problemas en conseguir que sus piernas la alzaran del suelo.

—¿Qué he hecho? —repetía suavemente Geraden; estaba abrumado hasta los huesos.

—¿Señorita Morgan?

No, estaba equivocada de nuevo, había saltado una vez más a conclusiones erróneas. El hielo no era más fuerte que las voces: no tuvo ninguna dificultad en oír al Reverendo Thatcher.

Estaba allí, abriéndose paso por entre la apretada gente, un hombre bajo y viejo con un gastado traje. Su pulso latía en sus venas bajo su pálida piel. Avanzó unos pasos hacia ella, luego se detuvo; sus ojos lagrimearon con sorpresa y alivio y azoramiento.

—¿Señorita Morgan?

Su padre estaba inmediatamente detrás del Reverendo Thatcher. Su expresión le daba el aspecto de una sorprendida barracuda.

Terisa le miró con la boca abierta, mientras su pulso se detenía y su corazón se encogía.

Geraden, por favor. Oh, por favor. Sácanos de aquí.

—Señorita Morgan. —El Reverendo Thatcher parecía enfrentarse a ella a través de un velo de lágrimas—. Creímos que estaba muerta. Secuestrada..., perdida... Fui a ver a su padre.

Ella siempre había considerado a su padre despiadadamente atractivo en esmoquin. Su apariencia era un arma que sabía cómo usar. Y esto hacía su furia más brutal; implicaba que nadie tenía derecho a contradecirle.

Salió de entre el rico grupo de personas como si la estuviera persiguiendo.

Terisa deseó echar a correr. Encerrarse en el cuarto de baño. Ocultarse debajo de la cama.

Pero ya no era su dormitorio.

Oh, Geraden.

—Iba a vender su apartamento de todos modos —explicó el Reverendo Thatcher, empujado por una necesidad de justificarse—. Le persuadí de que lo vendiera para beneficencia. Para la misión. Esta noche va a celebrarse la subasta. Para conseguir dinero para la misión.

Sin advertencia previa, Terisa casi perdió su miedo.

¿El Reverendo Thatcher había persuadido a su padre? ¿Había ido a su padre y lo había *persuadido*, se había enfrentado a él? Solitario y digno de lástima como era, el pequeño y viejo hombre tenía que haberse alzado hasta algo parecido al heroísmo para poder enfrentarse de aquel modo a su padre..., y convencerle.

Esta vez, no necesitó la llamada de cuernos para que la ayudaran a ver el cambio en el Reverendo Thatcher, el valor subyacente en su superficial futilidad. Ella y Geraden habían aparecido en medio de su noche de triunfo.

—¿Conoce usted a esos dos?

—¿Quiénes son?

—No me importa. Sáquenlos de aquí.

¿O acaso su padre se había ablandado de algún modo? ¿Se había preocupado por ella lo suficiente como para hacerse vulnerable ante su pérdida?

Aquella idea lo cambiaba todo. Terisa creía en su falta de amor. Era algo fundamental para ella. ¿Podía haber estado equivocada al respecto? ¿Había otra parte en él, una parte que ella no comprendía, una parte que él mismo no veía cuando se miraba al espejo?

Si se preocupaba por ella, ¿cómo podía ella haberlo abandonado?

No. Su padre apartó al Reverendo Thatcher a un lado con tanta fuerza que el viejo trastabilló. Masticando su furia, exigió:

—Terisa Morgan, ¿cómo te *atreves* a ponerme en esta situación?

»Desapareciste sin decirle nada a nadie —escupió—. Abandonaste tu trabajo, tu apartamento, me abandonaste *a mí*, ni siquiera tuviste la simple decencia de pedir permiso, no le dijiste a nadie dónde ibas, y luego apareces de este modo, delante de mis amigos, cuando estoy intentando sacarles un buen precio de este lugar. Vestida *así*. ¿Cómo te *atreves*?

Geraden, *por favor*.

Parecía como si su padre fuera a golpearla.

—Me *avergüenzas*.

Aquello era demasiado. No había cambiado nada. Había hallado profundidades en sí mismo que ningún espejo podía reflejar; pero su padre sólo era lo que parecía ser. El Reverendo Thatcher había ascendido positivamente en su estimación. En vez de retroceder o llorar o suplicar, se enfrentó claramente a su padre.

Pero no le habló. Sólo por un instante, deseó herirle de algún modo, decir o hacer algo que le hiciera pagar por todos los años de malos tratos. Casi inmediatamente, sin embargo, se dio cuenta de que no era necesario. Simplemente no tenerle miedo era suficiente.

—Geraden —dijo con deliberación—, éste es mi antiguo apartamento. Donde me hallaste la primera vez. —No le importó la forma en que temblaba su voz, o lo cerca que estaba de las lágrimas—. Este es mi padre. Éste es el Reverendo Thatcher. Ya te he hablado de ellos.

»Si hay alguna cosa que puedas hacer para sacarnos de aquí, será mejor que la hagas ahora.

—A mí no me importa —repitió una voz estridente—. Yo voy a llamar a seguridad.

—¡No! —protestaron su padre y el Reverendo Thatcher al mismo tiempo.

Sin embargo, Terisa oyó el sonido de un auricular al ser descolgado, unos números al ser marcados...

—¡Alto!

Cuando Geraden se situó delante de ella, pareció más alto de lo que recordaba. O quizá su padre se había vuelto más bajo. La voz de Geraden sonó con autoridad, y todo respecto a él era fuerte; su corazón nunca vacilaba; incluso sus errores tenían asomos de gloria.

—No llame. No se mueva. No haga nada. Nos iremos en un momento.

Todo el mundo se inmovilizó. El hombre que sujetaba el teléfono dejó caer el auricular. Incluso su padre perdió el poder de movimiento. Como sus invitados, los miró, a Geraden y a ella, con la boca entreabierta.

Casualmente, como si no se sintiera frenética por dentro y hubiera olvidado por completo el pánico, Terisa observó a Geraden:

—Creí que habías dicho que no puedes cambiar espejos a distancia.

Él no la miró. No miró a nadie: cerró los ojos, confiando en que su autoridad —o la simple sorpresa— le protegiera mientras se concentraba. Tenía un rostro regio, y cada una de sus líneas prometía fuerza.

Suavemente, murmuró:

—Bueno, tengo que *intentarlo*, ¿no?

Su padre cerró la boca; tragó saliva con dificultad. Gruñendo muy en el fondo de su garganta, dijo:

—Voy a castigarte por esto...

Como si se hallara inmensamente lejos, el Reverendo Thatcher indicó:

—Señor Morgan, esto es absurdo. Ella ha vuelto. Todos pensamos que había muerto, y ahora *ha vuelto*. Deberíamos sentirnos felices.

Antes de que nadie pudiera responder, Geraden alzó y abrió bruscamente los brazos. Sin ninguna razón aceptable excepto su propia urgencia, gritó:

—*¡Havelock, confiamos en ti!*

Luego desapareció.

Alguien dejó escapar un vago chillido. Varios de los invitados de su padre jadearon o retrocedieron. Otros parecieron al borde del desvanecimiento.

De pronto, Terisa sintió deseos de cantar. Oh, era maravilloso, Geraden era maravilloso, y nadie iba a ser capaz de detenerla, nunca de nuevo, jamás volvería a sentir miedo de su padre.

Mientras aún tenía la posibilidad, se volvió hacia el Reverendo Thatcher.

—Puede tener usted su subasta. Haga que le entregue hasta el último centavo que obtenga. Quiero que el dinero sea suyo. Es una buena causa, la mejor. Y es posible que yo no vuelva nunca. Y, si lo hago, ciertamente no viviré aquí.

Tras lo cual, sin transición, se hundió en la rápida e inmensurable zambullida de la traslación.

De nuevo, Geraden había hecho lo correcto.

Como de costumbre, perdió el equilibrio; pero él la sujetó mientras se tambaleaba

fuera del espejo, de modo que no llegó a caer.

El cambio de luz la hizo parpadear: la iluminación eléctrica había desaparecido, reemplazada por unas cuantas lámparas de aceite. Cuando su visión se enfocó, observó que se hallaba en el santuario o mausoleo en que el Adepto Havelock había convertido la habitación donde almacenaba sus espejos.

Donde ella necesitaba estar.

¿Qué celebraba aquí?, se preguntó oblicuamente. ¿Qué lloraba?

Pero no tenía tiempo para perderlo en el Adepto. Geraden la sujetaba fuertemente, como si tuviera intención de no volver a soltarla en su vida.

—¡Cristales y astillas, Terisa! —jadeó, hundiendo su rostro en el pelo de ella—. Lo siento, no sé qué fue mal, gracias a las estrellas Havelock estaba observando sus espejos, yo no pretendí llevarnos *allí*...

La imagen de su apartamento en el espejo que ella y el Adepto habían utilizado se estaba borrando ya.

Besó a Geraden para hacerlo callar.

—No te disculpes. Nos rescataste..., eso es lo que cuenta. —Eso, y la habilidad del Reverendo Thatcher de sacarle dinero a su padre. Y el hecho de que ella ya no tenía miedo. Parte de su ser aún deseaba cantar—. Valió la pena.

»Pero tenemos que apresurarnos. Al Rey Joyse no le queda mucho tiempo.

Él la miró. Por un momento ella pudo ver la característica lucha entre el pesar y la ansia que se libraba en su interior; la desconfianza en sí mismo y la esperanza agarrándose una a otra por la garganta. Casi de inmediato, sin embargo, sonrió, y sus ojos se aclararon, como si la aceptación que halló en ella hiciera cambiar la marea del conflicto.

—Correcto —dijo, como un hombre que no pudiera pensar en ninguna razón para sentirse alarmado por la perspectiva de entrar en la fortaleza del Maestro Eremis—. Empecemos.

Juntos, se volvieron hacia Havelock.

El Adepto no estaba solo. Tenía a Artagel consigo.

Artagel iba vestido para la batalla, y estaba sonriendo.

Al parecer, Havelock había estado limpiando de nuevo la estancia. En una mano blandía un más bien ajado plumero; llevaba puesto un delantal varias tallas demasiado grande para él a fin de proteger su aún immaculado sobretodo. Retorciendo sus rasgos como si deseara aullar, apuntó con su plumero a Terisa y Geraden y exclamó:

—Os *dije* que confiarais en mí.

»¿Todavía no os dais cuenta de que soy yo quien planeó todo esto? Yo lo planeé *todo*. Joyse es el único nombre vivo que hubiera podido *hacerlo*, pero yo lo *planeé*. No importa lo loco que esté, soy el mejor jugador fornicador de brinco de Orison, *sin*

excepción.

»Recordad eso, para variar.

Terisa no pudo resistirse; preguntó:

—¿Quieres decir que sabías que veníamos?

Por una vez, el Adepto fue tolerante con las preguntas.

—Por supuesto que no. Pero consideré la posibilidad. ¿Qué crees que es la planificación?

—Me alegra veros de nuevo a los dos —interrumpió alegremente Artagel—. Supongo que las cosas se han puesto finalmente lo bastante desesperadas como para emplear algo de Imagería drástica. Unos cuantos de los hombres de Cadwal que hemos hecho prisioneros en la sala de baile parecían activamente aterrorizados.

»¿Qué es lo que intentáis hacer?

—Ir a la fortaleza de Eremis, si podemos localizarla —respondió Geraden—. No está en Esmerel. Nyle no está allí. Aquello fue una trampa. Pero Terisa cree que puede hacer una Imagen del lugar al que Eremis la llevó. Si puede, quizá podamos descubrir dónde está y entrar.

—Estupendo. —Enfrentándose directamente a su hermano, Artagel dijo—: Esta vez no vais a libraros de mí tan fácilmente. Sea lo que sea lo que tengáis en mente, necesitaréis un guardaespaldas. Estoy hasta las pelotas —hizo destellar su sonrisa— de permanecer al mando de este inútil montón de piedras.

Geraden empezó a protestar, pero Terisa lo detuvo. Aquélla era otra de sus razones para regresar a Orison. Hacía dos días —¿hacía realmente dos días?—, él había dicho: *Cuando empiece realmente la lucha, será mejor que nos aseguremos de que tenemos a alguien con nosotros que maneje la espada mejor que yo.* Otro de sus «muy intensos sentimientos». En vez de intentar explicarse, sin embargo, dijo:

—Dejemos que haga lo que quiera. No tenemos tiempo de discutir con él.

Como para demostrar lo que decía, se apartó del lado de Geraden y se dirigió hacia el espejo que deseaba, el espejo plano que reflejaba una duna de arena de Cadwal.

—Además —susurró Artagel a Geraden, detrás de Terisa—, Havelock dice que me necesitáis. Él me ha traído aquí abajo. Yo ni siquiera sabía que ibais a volver.

—¿Qué te hace pensar que estás preparado para Gart? —preguntó acaloradamente Geraden—. Ya te ha ganado dos veces. Y aún sigues herido.

Artagel rió quedamente.

—¿Qué te hace pensar que vosotros dos estáis preparados para Eremis y Gilbur y Vagel? Todos vamos a tener que hacer lo que podamos. Y —añadió más sobriamente— puede que no tengáis tiempo para Nyle. Quizá yo pueda ocuparme de él.

Al parecer, Geraden halló aquel argumento difícil de refutar. Como para aliviar una ansiedad personal, cambió de tema.

—¿Cómo va el asedio?

—Ningún problema —respondió Artagel—. Margonal es un enemigo modelo. Ayer me envió una docena de costados de ternera. Una cortesía soberana. Yo le envié un barril del mejor vino del Rey. Nos estamos haciendo amigos. Mientras en Ori-son no cunda el pánico, no soy necesario aquí.

Terisa se instaló delante del espejo que había elegido e intentó relajarse.

Ahora que había asumido su responsabilidad, prometía ser más difícil de lo que se había permitido imaginar. Necesitaba concebir una Imagen de un lugar que nunca había visto, un lugar que conocía sólo por pequeños detalles, casi sensaciones. Y, durante el relativamente corto tiempo que había estado allí, no se había concentrado exactamente en cosas precisas y concretas. Había estado oscuro —oscuro—; el Maestro Eremis la había encadenado a la pared; había hablado con ella, la había amenazado, la había acariciado. El archi-Imagero Vagel la había visitado. Había hallado a Nyle y había hablado con él. Y, durante todo el tiempo, su atención, su talento, habían estado dirigidos hacia otra parte, tanteando en busca de una respuesta a su miedo..., buscando la habitación en la que se hallaba ahora en vez de enseñarse a sí misma a reconocer su prisión.

Podía hacer que el desierto de la Imagen del espejo se fundiera en la oscuridad; eso era fácil. Pero había muchos tipos distintos de oscuridad en el mundo, en muchos lugares distintos. ¿Cómo podía estar segura de que la Imagen que concebía no estaba enterrada dentro del corazón de alguna montaña, o perdida en las profundidades del mar?

La luz: recordaba una débil iluminación ambiental, el ligero brillo de una ventana imperfectamente sellada encima de la cama. Eso era un comienzo. ¿Qué tamaño tenía la cama? ¿De qué estaba hecha? No tenía la menor idea. Pero la cadena... Unos tres metros de ella, lo suficientemente larga como para permitir los ejercicios que Eremis tenía en mente; unida a la pared a la cabecera de la cama. ¿Qué más cosas sabía?

Vagamente, la situación de la puerta.

La distancia entre la argolla que sujetaba su cadena y la de Nyle.

Y podía recordar claramente las características de aquellas dos argollas de hierro. La cadena de Nyle, más corta. Su muñeca en su grillete. El áspero y cálido tejido de su manga...

Espera un momento. Espera un momento.

Las Imágenes se enfocaban en lugares, no en gente. Pero Nyle se hallaba encadenado a la pared; suponía que aún seguía encadenado a la pared. ¿Eso no lo convertía en parte del lugar, un componente esencial de la Imagen que necesitaba?

Si podía recordar cuál era su aspecto...

Eso también era fácil: se parecía a Geraden; un poco más bajo; Geraden algo envejecido o amargado por la decepción y el pesimismo. *Geraden reducido a la*

desesperación por Eremis y Gilbur, no, no debo pensar en eso ahora, no debo distraerme, inspira profundamente, concéntrate. Incluso recordaba las ropas que llevaba Nyle.

Una capa de estambre marrón que lo cubría del cuello a los tobillos, para ocultar la sangre y el cuchillo que Eremis le había dado.

Si unía una Imagen de Nyle encadenado en aquella posición, con aquellas ropas, a aquella distancia de la cama y de su cadena y de la ventana, aproximadamente así de lejos de la puerta..., ¿sería suficiente?

Deseó preguntarle a Geraden, pero sabía que él no conocía la respuesta. Nadie había medido nunca su talento; nadie sabía lo que era *capaz* de hacer. Y sólo había una forma de averiguarlo. Tenía que probarse a sí misma y ver lo que ocurría.

Tenía que hacerse a sí misma lo que el Rey Joyse le había hecho.

Se preguntó dónde habría obtenido él su valor.

Pero no tenía tiempo para las dudas. Geraden y el Adepto y Artagel la observaban en silencio; parecía como si todos hubieran dejado de respirar. Y, allá en el Care de Tor, en el valle de Esmerel, más vidas y esperanzas se perdían a cada momento que ella se retrasaba.

Pieza a pieza, deliberadamente, empezó a construir la Imagen.

Afortunadamente, antes de que cometiera un error, sintió el hormigueo del recuerdo.

Las ropas..., las ropas. Había algo que estaba mal con las ropas de Nyle.

Por supuesto. Nyle no llevaba las ropas que recordaba. Después de que el médico Underwell hubiera sido asesinado, desfigurado, lo habían vestido con las ropas de Nyle. De otro modo nadie hubiera saltado a la conclusión de que el hombre muerto era realmente el hermano de Geraden.

Su pulso latió tan fuerte en su garganta que tuvo problemas para hablar.

—¿Qué ropas llevaba Underwell? ¿Cuándo fue a curar a Nyle?

Los tres hombres tras ella agitaron los pies; oyó claramente sus botas contra el suelo de piedra.

—¿Mi dama? —respondió incómodo Artagel, como si creyera que ella había perdido la cabeza.

—No preguntes —jadeó ella—. Simplemente dímelo. Tengo que concentrarme.

—Si se lo dije a Joyse una vez, se lo dije una docena de veces —observó el Adepto—: no confíes en las mujeres. —Sonaba especialmente feliz—. Tienen el corazón en su galas y el cerebro en sus ingles.

—Tú las has visto —intervino inmediatamente Geraden—. Son una especie de uniforme. Todos los médicos lo llevan. De modo que resulta fácil distinguirlos cuando son necesarios. Una casaca gris. Pantalones de algodón. —Su voz murió; era probable que no tuviera mucha confianza en su habilidad para describir atuendos.

Pero había dicho lo suficiente. Una casaca gris de manga larga y tela áspera; no la capa de estambre que ella recordaba.

Con un acto de voluntad, añadió ese detalle a la Imagen en su mente.

Todo lo que necesitaba, siguió recordándose, todo lo que necesitaba era una aproximación lo más cercana posible. Sus inesperadas habilidades se ocuparían del resto.

Gradualmente, el reflejo del espejo se disolvió de la ardiente luz solar a una casi impenetrable oscuridad.

¿Cómo te atreves a ponerme en esta situación?

Me avergüenzas.

Voy a castigarte...

¡Ja!, bufó reflexivamente. Inténtalo.

Sintió un calambre entre sus omoplatos. Cada músculo de su cuerpo estaba anudado sobre sí mismo. Había demasiados tipos distintos de oscuridad en el mundo, demasiados tipos distintos de dolor.

Estudió la oscura Imagen y dijo:

—Necesito una lámpara.

—¿Para qué? —inquirió Artagel.

Deseó repetir: no preguntes. Debo concentrarme. Esta vez, sin embargo, era importante ser comprendida. Geraden tenía que estar preparado.

—Yo puedo usar un cristal plano. Vosotros no. Voy a trasladarme... ahí. —A una oscuridad que no podía penetrar, pese a mirarla tan fijamente que sus sienes pulsaron—. Con una lámpara. Si no pierdo el control sobre este espejo, podréis ver dónde estoy. Geraden podrá crear otra Imagen. Una Imagen normal.

Mientras ella hablaba, Geraden le trajo una lámpara. Terisa se arriesgó a lanzarle una mirada, se arriesgó a perder su concentración... Estaba tenso y estimulado, lleno de determinación; no podía imaginarle perdiendo el valor. Sin embargo, una sombra de temor oscureció su mirada.

—¿Estás segura? —susurró.

Ella agitó la cabeza.

—Estar seguro es una debilidad. Dejemos eso para Eremis.

Dejemos eso para mi padre.

Sorprendida por la firmeza de sus manos, aceptó la lámpara. Su llama pareció brotar entre ella y el cristal, cambiando el ajuste de su visión, de modo que ahora no pudo ver absolutamente nada.

Una oscuridad casi impenetrable...

Oh, bueno.

Antes de que tuviera tiempo de pensar en más razones por las que podía fracasar, abrió la Imagen y penetró en ella...

...a la desorientadora, interminable, momentánea ausencia entre existencia y existencia.

Cuando golpeó el suelo, casi dejó caer la lámpara.

El calambre en su espalda impidió sus movimientos, no la dejó accionar libremente los brazos. Como resultado de ello, tuvo que luchar por mantener *el* equilibrio, y sus bruscos movimientos casi hicieron resbalar la lámpara entre sus manos.

Se recobró, aferró la lámpara, inspiró jadeante.

Había una puerta frente a ella, una puerta de madera firmemente cerrada, como la entrada de una celda. Su lámpara era la única luz en la estancia; su pequeña llama arrojaba danzantes sombras contra el enmaderado techo, contra las paredes de piedra. Como cualquier otra parte del mundo, la habitación era fría.

Inmediatamente se volvió para mirar a su alrededor, al lugar donde se suponía que debían estar la cama y la ventana y las argollas de hierro..., al lugar donde se suponía que estaba Nyle...

El verlo allí colgando de sus grilletes la llenó de un triunfo tal que estuvo a punto de gritar.

Geraden, apresúrate, lo hice, *¡lo hice!*

No se dio cuenta de que estaba perdiendo su control sobre el espejo en Orison hasta que los detalles del aspecto de Nyle la golpearon brutalmente.

Su rostro era como tiza, no físicamente golpeado, pero sin embargo extraviado y abusado. Sus ojos la miraron, profundos pozos de los que había sido quemada toda inteligencia. Pese a su repentina llegada, permaneció derrumbado contra sus cadenas, incapaz de alzar su peso de los grilletes. Sangre seca encostraba sus muñecas. Un pequeño charco seco marcaba las piedras entre sus pies. El Maestro Gilbur tenía extraños gustos. Nyle parecía un hombre que ha sido usado hasta que la única parte de él que sigue viva es su sentido del horror.

Y ése era el destino que el Maestro Eremis había pensado para ella. Había planeado reducirla a aquella condición, a fin de hacerles tanto daño como fuera posible a ella y a Geraden a la vez.

—¡Oh, Nyle!

¡No, *concéntrate*, no pienses en ello! Con un rápido estreme-cimiento, desvió su atención de vuelta a la sala de los espejos del Adepto Havelock, de vuelta al espejo que la había trasladado hasta allí. *Mantén la Imagen*. Ahora había luz en la prisión de Nyle, mantuvo alzada la lámpara, Geraden podía ver la escena, podía copiarla en un espejo curvo..., si era rápido, si lo hacía antes de que la vacía y muerta mirada de Nyle la hiciera empezar a llorar y a echar espuma por la boca...

Si no terminaba en algún lugar completamente distinto...

Sin advertencia previa, Artagel llegó a la carrera.

Incapaz de anticipar el suelo bajo sus pies tras la caída de la traslación, trastabilló como si tuviera intención de lanzarse contra la puerta. Sus reflejos, sin embargo, lo salvaron de la colisión. Recobró casi de inmediato el equilibrio, giró hacia Terisa y Nyle. El shock y la sorpresa le habían hecho perder la sonrisa.

Cuando vio a Nyle se inmovilizó por unos instantes. Su ansia, su disposición para la batalla, parecieron hacerse pedazos. Luego saltó más allá de ella y empezó a tirar de las cadenas de Nyle como si quisiera arrancarlas de la pared con sus manos desnudas.

Geraden estaba ya allí también.

Terisa no lo vio llegar, no vio cómo emergió de su traslación; sólo lo vio arrojarse contra el camastro como si se hubiera vuelto loco. Tosiendo maldiciones, agarró el camastro y lo estrelló contra la pared, lo martilleó contra la piedra hasta que el marco y las patas se hicieron pedazos del tamaño de mazas.

Con una de las patas en la mano, fue a Artagel y Nyle como si deseara dejarlos a ambos sin sentido con él.

Empujó a Artagel a un lado con el hombro, metió el extremo de la pata en la argolla más cercana, e hizo palanca salvajemente hasta arrancarla de la pared.

La argolla de hierro tintineó como una espada cuando rebotó contra el suelo.

Nyle se derrumbó entre los brazos de Artagel.

Jadeando: «Bastardos, bastardos, bastardos», Geraden atacó la segunda argolla. Dejó oír un fino chillido metálico cuando saltó de la pared.

Él y Artagel se inclinaron sobre Nyle. Tensos sonidos brotaban de entre sus dientes apretados, como si ambos estuvieran llorando.

Terisa pensó por un momento que Nyle estaba inconsciente, demasiado maltratado para comprender lo que estaba ocurriendo. Pero luego, con una voz que los aullidos habían convertido en algo ronco y roto, croó:

—¿Geraden? ¿Artagel? ¿Sois realmente vosotros?

Ferozmente, Geraden susurró:

—Estamos aquí. Estamos aquí. Terisa nos trajo. Tan pronto como puedas ponerte en pie, te trasladaremos de vuelta a Ori-son.

Demasiado tarde, Terisa oyó abrirse la puerta, vio la luz del corredor al otro lado reflejarse sobre ella y los hijos del Domne.

Se volvió, frenética, mientras una voz como la seda decía:

—Si podéis hacer eso, será un milagro. Voy a arrancar vuestros corazones antes de que podáis intentarlo. Según mi experiencia, los hombres muertos hacen pobres Imageros.

Recortado contra la inesperada luz, el hombre no parecía tener rostro ni rasgos. La espada que sostenía en su mano parecía negra y fatal, una hoja hecha de oscuridad.

Terisa lo reconoció de todos modos.

Gart.

Agachados sobre Nyle, Geraden y Artagel eran insignificantes, un lamentable espectáculo, a la sombra de la silueteada fuerza de Gart.

Pese a eso, sin embargo, Artagel dijo lentamente, sin moverse:

—No me digas que Eremis sabía que veníamos. No lo creo.

—No —admitió Gart, tan suave como su hoja—. Sin embargo, incluso las coincidencias conspiran para ayudar a los ganadores. Fui enviado a traer a Nyle a la sala de las Imágenes. El Maestro Eremis consideró que podíais hacer algo desesperado, aunque viéndoos dudo que capte lo desesperados que estáis..., así que deseaba tener preparado a vuestro hermano para utilizarlo contra vosotros.

»Puede que no le guste saber que he acabado con vosotros. Quiere ese placer para él. Pero sólo responderé de vuestras muertes ante el Gran Rey.

—Estoy seguro de que lo harás. —Lentamente, manteniendo sus manos lejos de su espada, Artagel se alzó, dejando a Nyle en brazos de Geraden. La luz de la puerta ardía en las lágrimas de las mejillas de Artagel, desprendía destellos de sus ojos. Su sonrisa de luchador había desaparecido; no parecía quedar lugar para ella—. Sólo olvidas una cosa.

—¿Y qué es? —inquirió maliciosamente el Monomach.

Artagel se encogió de hombros.

—Todavía no estamos muertos.

Tan fuerte como pudo, Terisa arrojó su lámpara contra la cabeza de Gart.

La rapidez del hombre fue abrumadora. Como si hubiera sabido lo que ella iba a hacer, apartó de un golpe la lámpara en su trayectoria hacia su cara con el plano de su espada.

Sin embargo, la lámpara golpeó su hombro. El aceite salpicó su pecho y prendió, brillando sobre su negra armadura de cuero.

En aquel instante, Artagel atacó.

Tan rápidamente que su salto y el extraer su espada parecieron un solo movimiento, alocado, casi frenético, aullando su rabia y su dolor, se lanzó contra el llameante hombre.

Su asalto fue demasiado repentino, demasiado furioso; Gart tuvo problemas en contrarrestarlo. El Monomach del Gran Rey palmeó el fuego de su pecho con una mano, intentando apagarlo antes de que prendiera en su armadura; con la otra, paró torpemente el golpe de la espada de Artagel, consiguiendo apenas bloquearlo y apartarlo de su cabeza.

Con todo su peso puesto tras el golpe, Artagel atacó de nuevo.

Y de nuevo, tan rápido como pudo.

Gart pareció controlar las llamas, como si su contacto fuera suficiente para

extinguirlas. Sin embargo, no podía enfrentarse al ataque de Artagel con una sola mano. Fue empujado hacia atrás, hacia la puerta. Y la puerta era demasiado estrecha para sus golpes. Su espada arrancó astillas de las jambas; el impacto lo frenó, de modo que casi no pudo parar el golpe que Artagel lanzó contra su hombro.

La parada le hizo perder el equilibrio.

Inmediatamente, Artagel alzó un pie y lanzó una terrible patada contra el pecho de Gart.

Gart golpeó contra la otra pared del corredor y retrocedió hacia un lado, luchando por impedirse caer.

Artagel cruzó la puerta tras él, acero contra acero, acero contra piedra, fuera de la vista de los demás, hacia la izquierda.

Aferrando a Nyle, Geraden se puso en pie.

Se tambalearon juntos; Geraden luchaba por sostener a Nyle; Nyle luchaba por mantenerse en pie. Aferrando aún en una mano la pata de la cama que había usado como palanca, Geraden arrastró a su hermano hacia la puerta.

En el corredor, Artagel luchaba por su vida.

Gart se había recuperado; estaba empezando a responder al ataque. Y la furia del primer asalto de Artagel era inútil para la defensa. Como resultado de ello, la naturaleza del combate cambió. Se vio obligado a enfrentarse a la habilidad de Gart con la suya, en vez de con su frenesí.

Todavía seguía impedido por la rigidez de su costado.

Y Gart lo había vencido ya dos veces.

El corredor resonaba con los golpes, se llenaba de chispas. Artagel apenas consiguió impedir que el Monomach regresara a la puerta.

—*Vamos*—urgió Terisa.

Geraden lanzó una blanca y urgente mirada a la espalda de Artagel, luego arrastró a Nyle en dirección opuesta.

Terisa le siguió, empujando a Geraden y Nyle para que fueran más rápidos.

Por entre el clamor del acero, alcanzaron una esquina.

Tan pronto como la giraron, el ruido disminuyó.

Pasaron más puertas: almacenes, celdas, el cuarto de guardia. Terisa pensó que tenían que estar cerca de la estancia donde el Maestro Eremis guardaba sus espejos. A menos que fuera en la otra dirección. ¿Qué era la «sala de las Imágenes»? ¿Dónde estaba?

Geraden se detuvo ante la cuarta puerta. La abrió de golpe: un almacén, al parecer; almohadas y ropa de cama. Más bruscamente de lo que pretendía, empujó a Nyle dentro.

—¡Escóndete!—siseó—. ¡Deja que nosotros luchemos! Todo lo que tienes que hacer es permanecer oculto, para que no puedan amenazarte.

Nyle lanzó a su hermano una mirada de embotada e impotente angustia. Luego trastabilló hacia la oscuridad, y Geraden cerró de golpe la puerta, reteniéndola justo a tiempo para evitar que hiciera ruido.

Pálido y tenso, miró a Terisa.

—Por las estrellas —jadeó—, espero que sepamos lo que estamos haciendo.

Ella aferró su mano y le hizo seguir precipitadamente por el corredor.

Que sepamos lo que estamos haciendo.

Deseo que derrotes al Maestro Eremis.

Artagel no podría resistir mucho tiempo más: sabía aquello. Sin embargo, ella y Geraden seguían aún con vida gracias a él. Y Eremis no sabía que estaban allí. Quizás el Rey Joyse y el Príncipe Kragen hubieran sido ya aplastados. Pero ella había prometido en lo más profundo de su corazón que mataría al Maestro Eremis. Los nombres que habían tratado a Nyle *así* iban a morir.

La pata de la cama en el puño de Geraden parecía demasiado corta, demasiado ligera, para servir de mucho. Sin embargo, la sostenía como un hombre que tenía intención de hallarle algún uso.

Ella necesitaba también un arma; no tenía nada con lo que luchar excepto sus manos desnudas.

No tenía la menor idea de lo grande que podía ser la fortaleza, de cómo encontrar a sus enemigos. Ella y Geraden siguieron corriendo de todos modos, más allá de la valerosa lucha de Artagel, doblando esquinas, recorriendo pasadizos. Geraden ya no parecía respirar afanosamente: se había asentado en un estado de actividad en el que nada podía detenerle. Vio asomos del Domne en él, asomos de Tholden, como si tuviera en él la fuerza de toda su familia. Los pulmones de ella parecían estar desgarrándose, pero no le importaba. Detalles como aquél habían perdido su importancia; los había dejado atrás con su padre.

Entonces el corredor se abrió a un lugar más iluminado; una estancia con muchas ventanas, llena de luz del sol.

Una estancia amplia y redonda, tan grande como la antigua sala de reuniones de la Cofradía en Orison; alta, con su techo en forma de domo rodeado por triforios de modo que la brillante mañana se reflejaba desde todos lados; servida por varias entradas a lo largo de las paredes, como si aquella estancia fuera el centro de la fortaleza, el eje en torno al que giraban todas las actividades del Maestro Eremis; y llena de espejos.

La sala de las Imágenes.

Altos espejos de muchos tipos formaban un amplio círculo en torno al centro de la estancia, meticulosamente separados por unos tres metros, y mirando todos hacia dentro, de modo que podían ser contemplados a la vez —a fin de ser usados en el momento preciso— por los hombres que estaban en medio de todos ellos.

El Maestro Eremis.

El Maestro Gilbur.

El archi-Imagero Vagel.

Terisa tuvo la impresión de que ella y Geraden corrían demasiado ruidosamente, jadeando como motores al máximo. Al parecer, sin embargo, su aproximación fue relativamente silenciosa. Ninguno de los hombres les vio. Eremis y Gilbur y Vagel estaban estudiando un espejo plano que estaba junto a ellos en el centro del círculo.

Aquel espejo mostraba a la gran bestia-babosa mientras penetraba en el valle de Esmerel.

Los montones de rocas que habían bloqueado el avance de la criatura habían desaparecido, devorados; ahora el monstruo se deslizaba sobre su baba hacia el suelo del valle.

Casi directamente bajo las mandíbulas de la bestia cabalgaba el Rey Joyse, con la espada alzada como una bandera. Desde aquella perspectiva, parecía ya al alcance de los enormes y venenosos colmillos. Estaba gritando órdenes o llamadas que no llegaban hasta allí a través del cristal. Pequeño en la distancia, parecía a la vez extravagante y patético, como una veleta danzando al compás de un huracán.

—Haz lo que puedas, Rey Joyse —gruñó el Maestro Gilbur—. Retira a tus hombres. Reagrúpalos si puedes. Entonces será el poder de Festten el que realmente te destruya, antes que el nuestro.

Terisa y Geraden habían frenado su marcha, casi se habían detenido. El se llevó un dedo a los labios, urgiendo silencio; ella asintió. Avanzaron con cautela, detrás de los Imageros, al interior del círculo de espejos.

El primer espejo que vieron por su parte delantera mostraba el costado de una rocosa montaña. La ladera tenía una oscura cicatriz, como si en ella se hubiera producido recientemente un deslizamiento. Aquélla era la fuente de las avalanchas que Eremis había usado contra la Casa del Valle y la grieta de la Cofradía.

Sonriendo como Artagel, Geraden lanzó su desafío a sus enemigos dando un tremendo golpe con la pata de la cama contra el cristal.

El espejo se hizo añicos como un grito; los cristales repiquetearon contra las piedras.

Ante aquel sonido, los tres Imageros giraron en redondo.

Sólo el Maestro Eremis mostró cierta sorpresa. Quizá, secretamente, le gustaran las sorpresas: le ponían a prueba, le proporcionaban nuevas oportunidades de ejercitar sus habilidades. Su expresión cuando vio a Terisa y Geraden tenía un inconfundible parecido a la alegría.

—Sorprendente —murmuró—. No creí que existiera un talento así en todo el mundo.

Al contrario que Eremis, el Maestro Gilbur sólo tenía una reacción a lo

inesperado. Curvado como su espalda, sus rasgos blandieron su ceño fruncido, su negra e inalterable furia. Un poderoso puño se hundió entre sus ropas, extrajo una daga tan larga como el antebrazo de Terisa; la daga con la que había matado al Maestro Quillón. De lo más profundo de su contorsionado pecho brotaron maldiciones como los rugidos de un león en plena caza.

La boca del archi-Imagero colgó abierta, pero no parecía sorprendido tampoco. Parecía más bien hambriento, ávido de algún sangrante alimento que le había sido negado desde hacía demasiado tiempo, insaciablemente destructivo. Su barbilla estaba húmeda de baba, y sus ojos ardían sin llama, como los ojos de un amante perdido en la crueldad.

Antes de que ninguno de los Imageros tuviera tiempo de moverse, Terisa empujó el espejo más cercano a ella hacia atrás. Mientras caía, vio un desolado paisaje lleno de fluyente lava. Luego, la escena se rompió en astillas y ruina.

—Si haces eso de nuevo, mi dama —dijo el Maestro Eremis casi amablemente—, te juro que le arrancaré a Geraden las pelotas y te obligaré a comerlas.

—Inténtalo —respondió Geraden. Saltó hacia el siguiente cristal, lo golpeó con la pata hasta reducirlo a añicos.

Con un rugido, el Maestro Gilbur cargó contra él.

Geraden se protegió detrás de otro espejo, lo empujó. Desgraciadamente, eso lo dejó al descubierto ante el ataque de Gilbur. La daga buscó su corazón.

Se salvó echándose a un lado, resbalando en los fragmentos de cristal, cayendo al suelo en medio de un chapoteo de vidrios.

El Maestro Gilbur saltó tras él, martilleó con su daga. Lo esquivó rodando sobre sí mismo, se puso de nuevo en pie, se deslizó hacia la pared..., justo fuera de su alcance. Había perdido su *maza*; estaba desarmado contra la tremenda fuerza de Gilbur, contra la larga hoja del Imagero.

—¡Quédate quieto y muere, mierda de perro! —jadeó el Maestro Gilbur.

Obligó a Geraden a seguir retrocediendo.

Terisa se enfrentó a solas a Eremis y el archi-Imagero.

Sabía cómo luchar contra ellos: sin pensar en ello, sin planear nada, *lo sabía*. Nunca podría romper los suficientes de sus espejos como para salvar al Rey Joyse. La matarían mucho antes de que consiguiera causar tanto daño. Y no conseguiría nada si cambiaba la imagen que mostraba el peligro contra el Rey. Sin embargo, tenía otros espejos que oponer a Eremis y Vagel, espejos a su disposición que ellos no podían ver. Todo lo que tenía que conseguir era permanecer con vida.

Y concentrarse...

Deseo que confíes en mí.

...concentrarse en el espejo plano en los aposentos de Havelock, el espejo con la Imagen de la duna de arena. Si ponía esta escena, esta habitación, en ese cristal, el

Adepto podría verlo. Podría verlo, si no había caído completamente víctima de su locura. Y entonces podía trasladar tanto a Eremis como a Vagel a Orison.

Confía en mí.

Eremis se volvería loco. Y Vagel estaría en Orison, sin ninguna forma de volver allí. Podría usar uno de los espejos de Havelock para evitar ser capturado, pero dejaría de ser una amenaza.

Todo lo que tenía que hacer era *concentrarse*.

Permaneció inmóvil. Instintivamente, alzó las manos como para mostrarle al Maestro Eremis que ya no era ninguna amenaza para sus espejos.

La forma en que él la miró hizo que su sangre se moviera como barro en sus venas.

Para impedir ser clavado a la pared, Geraden tuvo que retirarse hacia una de las salidas. Al parecer con el deseo de atraer al Maestro Gilbur tras él, se volvió de pronto y echó a correr a toda velocidad corredor abajo.

Astuto pese a su furia, el Maestro Gilbur se detuvo. No había ningún daño que Geraden pudiera hacer en ninguna parte excepto en aquella habitación.

Aferrando su daga, Gilbur regresó al círculo.

A la Imagen en la mente de Terisa.

Ella se mantuvo firme, esperando ahora que Havelock aguardara hasta que el Maestro Gilbur llegara a su alcance, al alcance de la destrucción de Eremis. No quedaba en ella ningún tipo de piedad.

En aquel momento, sintió *el roce de un frío tan suave como una pluma y tan agudo como una hoja de acero deslizarse directamente a través del centro de su abdomen*.

—¡Jee, jee! —cloqueó una voz aguda—. ¡Espérame, Vagel! Ahora vengo.

El Adepto Havelock brotó de la nada como un estallido, a la carrera.

—¡Ya vengo!

¡Oh, *no!*

Era un loco lleno de regocijo. Sus pies parecieron hallar el suelo de piedra sin ninguna posibilidad de dar un mal paso, como si perder la razón le hubiera hecho inmune a todos los demás peligros de la traslación. Su delantal aleteó en torno a sus tobillos mientras corría.

Tan rápido como alegre, se lanzó hacia el archi-Imagero.

Sujetaba con sus dos puños su plumero, como si eso le hiciera poderoso: una espada o un cetro ante el que nadie pudiera oponerse.

Eso sorprendió a Vagel; todo ocurrió demasiado rápidamente como para que tuviera ninguna reacción excepto pánico. Una vez, en el pasado, Havelock le había costado todo excepto su vida: ahora, el loco Adepto deseaba su vida también.

Havelock no pareció darse cuenta de la existencia de nadie más. No vio a Terisa.

No pareció darse cuenta de que el Maestro Eremis había extendido casualmente un pie para hacerle tropezar; iba sólo tras el archi-Imagero. Vagel, sin embargo, había retrocedido por puro instinto; se encaminó hacia una de las salidas con toda la velocidad que podían darle sus viejas piernas.

Cambiando de dirección para seguirle, el Adepto evitó sin darse cuenta el pie de Eremis.

—¡Ya vengo!

Uno en pos del otro, desaparecieron corredor abajo, llevándose consigo la única esperanza de Terisa, su única forma de luchar.

—¡Vómitos de toro y testículos de buey! —jadeó el Maestro Gilbur—. ¿Acaso todos los Imageros que quedan ahora en el mundo son capaces de hacer estas traslaciones imposibles?

—Creo que no —respondió Eremis, sonriendo ferozmente—. Creo que eso fue obra de nuestra dama Terisa. Dudo, sin embargo, que tuviera intención de traer al Adepto aquí. *Su* intención era trasladarnos a nosotros..., a Orison y a la locura. —Furia y alegría ascendieron en él mientras hablaba—. Somos afortunados de que Havelock ya esté loco y sea inaccesible a esas sutilezas.

Escupiendo obscenidades, Gilbur echó a andar hacia Terisa.

—¡No! —restalló de inmediato el Maestro Eremis—. Dama Terisa es mía. Yo me ocuparé de ella.

Gilbur se detuvo, miró a Eremis.

—La destrucción del Rey Joyse —siguió el Maestro Eremis, indiferente y brutal—. Te la dejo. —Hizo un gesto hacia los espejos—. Disfruta de ella tanto como quieras. Para mí, es un mayor placer —exhibió los dientes— *seducir a* una Imagera con sus capacidades sin precedentes que acabar con un simple Rey.

»Cuando Gart regrese con Nyle, utilízalos como creas mejor.

»Mi dama —alzando un largo brazo, señaló hacia un pasadizo detrás de ella—. Por aquí.

Porque no le quedaba otra alternativa, Terisa se volvió e hizo lo que le había sido indicado.

Fuera en el valle, la destrucción del Rey Joyse se estaba desarrollando tal como había sido planeada.

No disponía de ningún arma con la que combatir al monstruo que sus enemigos habían liberado. Terminó de devorar su camino a través de las rocas de la avalancha, y luego penetró en el valle, hambriento de otra presa. La última vez que alguien —¿Eremis?— había trasladado aquella bestia, había sido considerablemente menos destructiva. Y había estado notablemente menos airada. El Maestro Eremis debía haber hallado los medios de ponerla muy furiosa.

¿Qué edad había tenido en el momento de aquella anterior traslación? ¿Quince

años? ¿Diez?

¿Era posible que un muchacho tan joven fuera tan buen Imagero? ¿O tan lleno de malicia?

El Rey Joyse no lo sabía. Y las respuestas no importaban. Lo que importaba era el ejército, sus hombres y los del Príncipe Kragen. Iban a morir de una forma rápida y horrible si no conseguía volver a controlarlos, dominar su pánico. E iban a morir de todos modos, a menos que alguien hallara una defensa contra aquella criatura.

Una cosa después de otra. Morir más tarde era preferible a morir ahora. Durante el intervalo entre el ahora y el después, podía ocurrir cualquier cosa. Alguien podía pensar en una forma de hacerle daño a la bestia. O podía ser golpeada accidentalmente por la catapulta, podía cambiar de dirección. O podía morir de vejez e indigestión.

El ejército tenía que ser salvado *ahora*.

Así que condujo a su montura tan cerca del monstruo como se atrevió; tan cerca que el animal bufó espuma y se estremeció de pies a cabeza; tan cerca que pudo sentir el aliento de la bestia soplar sobre él, pudo oler su intenso y fétido aliento. Y allí alzó la voz como una trompeta contra los roncós gritos y el pánico, los ojos en blanco y el irrazonable terror.

—¡Retirada! ¡Retirada, digo! —Una retirada no era una derrota—. ¡Encontrad a vuestros capitanes! ¡Seguid las órdenes de vuestros capitanes! ¡Esta bestia no puede avanzar más aprisa que vosotros! —No puede silenciarme *a mí*, y yo estoy más cerca de ella que vosotros.

Tras él, la criatura alzó sus mandíbulas y aulló. De alguna forma, el Rey Joyse envió su llamada a través del rugir, exigente como un toque de clarín.

—¡*Debéis retiraros en orden!*

La escena frente a él seguía pareciendo un caos. Los gritos siguieron, llenos de miedo. Pero el Rey Joyse tenía un ojo experimentado: pudo ver cambiar el estado del ejército. Algunos de los capitanes mantuvieron su terreno y gritaron a sus hombres; más y más de ellos empezaron a avanzar por entre el caos hacia sus capitanes. El ejército se convirtió en un augurio a la inversa, una Imagen resolviéndose hacia la coherencia a partir de un girar de fragmentos prescientes.

Luego, unos jinetes avanzaron hacia el Rey, controlando firmemente sus monturas.

El Príncipe Kragen. El Castellano Norge.

Se reunieron casi bajo los dientes de la criatura, refrenaron sus monturas. El caballo de Norge estaba frenético: se agitaba presa del pánico, bufando como loco. Un momento más tarde, sin embargo, consiguió controlarlo.

El Rey Joyse mantuvo alta su espada, en saludo y desafío.

La visión de aquellos tres líderes allí, como si fueran impenetrables a la Imagería

y al horror, pareció tener un impacto palpable. De pronto, el movimiento de los hombres se vio transformado: dejó de ser un caos interrumpido por islas de orden, y se convirtió en un ejército luchando vigorosamente contra su propio desorden.

—¡Bien hecho, mi señor Rey! —jadeó el Pretendiente de Alend—. Pensé que los habíamos perdido.

—¿Y ahora qué? —intervino el Castellano—. ¿Cómo podemos luchar contra esa cosa?

—¡No debemos perderlos de nuevo! —indicó el Rey Joyse—. Mantenedlos en el centro del valle. Haced que no dejen de moverse firmemente. Estamos embotellados en este valle, pero si somos empujados lo suficientemente intentaremos vencer a través del cuello.

Aullando de nuevo, el monstruo se *lanz*ó hacia delante.

En un solo grupo, el Rey Joyse, el Príncipe Kragen y el Castellano recorrieron treinta metros valle arriba, luego se detuvieron de nuevo.

—¡Retirarnos no nos salvará! —exclamó Norge—. ¡No podemos salir por el desfiladero! Festten no hubiera hecho esto si no tuviera preparada alguna emboscada. Tan pronto como lo intentes, estaremos perdidos. —Como si acabara de ocurrírsele de pronto, añadió—: Mi señor Rey.

El Rey contuvo una respuesta sarcástica.

—Entonces no debemos permitir ser empujados demasiado lejos —dijo, con más suavidad de la que sentía. El brillo de sus azules ojos podía ser muy bien urgencia..., o podía ser un loco amor al riesgo—. Envía arqueros a trepar por las paredes, tantos como puedas. Si esa bestia tiene ojos, quizá podamos hacérselos saltar.

El Castellano Norge no perdió tiempo saludando. Clavó las espuelas en su montura y partió a galope tendido.

—Una débil esperanza, mi señor Rey —comentó tensamente el Príncipe Kragen.

—Soy consciente de ello, mi señor Príncipe —se permitió restallar el Rey Joyse. Luego, sin embargo, moderó su tono—. Será bienvenida cualquier sugerencia.

El Príncipe Kragen frunció el ceño a la bestia por encima del hombro.

—Si la Cofradía no puede salvarnos, no podemos ser salvados.

El Rey Joyse asintió lúgubrementemente.

—Entonces, que las estrellas envíen su inspiración al Maestro Barsonage, o todo lo que hemos amado perecerá.

Sus ojos siguieron brillando.

Al cabo de un momento, el Príncipe Kragen se vio arrastrado por el estado de ánimo del Rey y sonrió también.

Observando a su padre y al Pretendiente de Alend desde la distancia del estandarte, las damas Elegia y Myste permanecían de pie como un reflejo la una de la otra, conteniendo a la vez el aliento cuando el monstruo rugía o se movía,

exhalándolo en compartida apreciación de lo que el Rey Joyse y el Príncipe conseguían.

Mientras el ejército dominaba su pánico, Elega murmuró:

—No creí que volviéramos a verle así nunca.

—Yo lo esperaba —respondió suavemente Myste—. No podía soportar el renunciar. Ésa es la diferencia entre nosotras. No puedo vivir sin viejas esperanzas. Tú estás dispuesta a renunciar a ellas a fin de concebir otras nuevas.

Por el momento, Elega no tenía ni idea de si consideraba aquello una observación exacta o no.

—Yo no sería capaz de hacer esto —comentó hoscamente Darsint. Permanecía uno o dos pasos detrás de Myste, al parecer vigilando amenazas en todas direcciones—. No tengo redaños. Luchar es lo que sé hacer. ¿Pero permanecer de este modo para que los hombres no se dejen llevar por el pánico? ¿Convertirme a mí mismo en un blanco? —Parecía estar hablando principalmente para sí mismo; sin embargo, Myste se volvió para escucharle—. Quizá eso fue lo que falló en Pythas —añadió—. No pude confiar en mis hombres.

—Era una situación distinta, en un lugar distinto —dijo Myste—. Hiciste todo lo que cualquier hombre hubiera podido hacer allí.

Darsint miró a Myste de una forma extraña. No pareció hallar ningún consuelo en sus palabras. Elega tuvo la impresión de que, sin quererlo, Myste había agravado lo que fuera que le trastornaba.

—Eso es lo que hace tu gente, ¿verdad? —murmuró, como la canción afligida de un pájaro—. Él lo hace. Los dos lo hacéis. Lo hacéis todo.

—Lo haríamos si pudiéramos —respondió Elega, más en su propio beneficio que para discutir con él—. Desgraciadamente, somos mujeres.

Abajo en el valle, el monstruo avanzó; por unos momentos pareció que tanto el Rey como el Príncipe Kragen iban a ser atrapados por aquellos abrumadores colmillos. Pero cabalaron a tiempo fuera de su alcance, manteniéndose como un baluarte entre la bestia y su ejército, una defensa que no tenía nada que ver con la fuerza física.

—Y, aunque pudiéramos luchar como hombres —prosiguió Elega—, aunque se nos permitiera, no podríamos hacer nada contra esa criatura. Si puede ser detenida, tendrán que hacerlo los Maestros.

El Maestro Barsonage ya la había informado, sin embargo, de que no había ninguna esperanza. A corta distancia de ella, en la ladera, había sido instalado el espejo que había trasladado lejos a Terisa y Geraden, el espejo lleno de océano. Como última medida, intentaría contener a la bestia con un potente chorro de agua. Pero no esperaba mucho éxito. Y ninguno de los demás espejos que le quedaban a la Cofradía podía hacer nada contra una criatura de aquel tamaño.

En cuanto a Terisa y Geraden...

En lo que a ellos se refería, Elega se hubiera sentido feliz de tener esperanzas; pero desconocía *qué* podía esperar. Su falta de confianza en Geraden era de toda la vida, algo difícil de cambiar. Y Terisa no era tampoco una luchadora.

Darsint emitió un incómodo sonido gutural, como si ella, de algún modo, le hubiera ofendido. O asustado.

—No es tarea tuya —le susurró suavemente Myste—. Ya has hecho más de lo que podíamos haberte pedido..., más de lo que la mayoría de nosotros hubiéramos creído posible. Y tu rifle está agotado. Indudablemente, ésa es la razón de que el Maestro Eremis decidiera arriesgar su monstruo.

Aquella observación tampoco consoló mucho al campeón.

Elega observaba tan intensamente a su padre y al Príncipe Kragen, estaba tan exclusivamente enfocada en ellos, que casi no vio lo que estaba a punto de ocurrirles.

Un grito de advertencia llamó su atención un paso atrás, amplió su ángulo de visión. Con un grito que no se oyó emitir, vio los jinetes que entraban en el valle por ambos lados del monstruo, docenas de ellos, centenares; jinetes de pelaje rojo y rostros alienígenas, con cuatro brazos y dos cimitarras, con sus hojas alzadas reclamando sangre; criaturas montadas como las que en una ocasión habían atacado a Terisa y Geraden se desparramaban ahora frente a la bestia-babosa contra el Rey Joyse y el Príncipe.

—¡Padre! —gimió Myste, en la confusión.

Pero ella sólo tenía un hombre al que perder, sólo su padre. Elega iba a perder también al Príncipe Kragen, y entonces la victoria del Gran Rey quedaría asegurada, independientemente de que el ejército volviera a sumirse en el pánico o no. Norge tenía hombres regresando por el valle, volviendo junto al Príncipe y el Rey Joyse, pero estaban demasiado lentos, llegaban demasiado tarde. Por un momento, la visión de Elega se volvió oscura en los bordes. Tuvo la clara impresión de que iba a desmayarse.

Entonces la metalizada mano de Darsint se apoyó en su hombro, le hizo dar la vuelta. No pudo ver su rostro; intentó apartarse, seguir viendo lo que ocurría en el pie del valle. Pero él la retuvo.

—Protégela. —Su voz sonó como un gorjeo—. Puedes hacerlo mejor que cualquier otro de este grupo. ¿Comprendes? La quiero. No puedo permitir que reciba daño.

Más fuertemente de lo que quizá pretendía, empujó a Elega hacia Myste.

Las dos hermanas chocaron, se abrazaron para impedirse la una a la otra caer.

Darsint echó a correr.

Se encaminó hacia el arroyo y lo utilizó como sendero; estaba relativamente despejado; había pocos hombres en la fría agua. El suelo irregular y las rocas sueltas

hacían que sus pies protegidos por la armadura metálica resbalaran y su paso fuera errático, de tal modo que parecía como una máquina dañada corriendo hacia su ruina. Sin embargo, la energía que aún conservaba en su traje era suficiente para proporcionarle velocidad; corría tan rápido como un caballo.

No lo bastante rápido para salvar al Rey Joyse y al Príncipe Kragen, por supuesto. A aquel paso, sin embargo, podía alcanzar el pie del valle a tiempo para ayudar a vengarles.

Desgraciadamente, los hombres de Cadwal de servicio en la última catapulta vieron lo que estaba haciendo. Arrojaron una lluvia de piedras contra él tan pronto como entró en su radio de tiro.

Las piedras partieron hacia el brillante metal; silenciosas entre los gritos y el clamor, golpearon duramente. Pese a su armadura, el campeón cayó de bruces en el murmurante arroyo.

El Rey Joyse y el Príncipe Kragen se volvieron en redondo cuando oyeron el grito que advirtió a Elega. Kragen escupió una maldición a la vista de las criaturas de pelaje rojo. Su odio era vivido, incluso a través del pesado avance del monstruo. Y eran tantas... Él y el Rey Joyse jamás serían capaces de escapar. Y los hombres que el Castellano Norge había enviado ya a su rescate tenían aún demasiado camino que recorrer.

Pero el Rey sonrió, y sus ojos se hicieron más brillantes todavía.

—Como dije —observó, con una voz que sólo el Príncipe Kragen pudo oír—, el Gran Rey está cada vez más desesperado. No se atreve a fracasar. Y los hombres que no se atreven a fracasar jamás pueden tener éxito.

El Príncipe Kragen consideró aquello como una estúpida pieza de filosofía —y gratuita además—, pero no tenía tiempo para esas cosas. No tenía tiempo para lamentar el que estuviera a punto de morir, o el que le hubiera fallado a su padre, o el que nunca pudiera abrazar de nuevo a Elega. Sus manos extrajeron su espada mientras espoleaba su caballo al galope, encaminándose no hacia la imposible seguridad del ejército, demasiado distante para servirle de nada, sino directamente hacia las criaturas más próximas, el frente del ataque.

Por el espacio de dos o tres latidos del corazón, tuvo la posibilidad de sorprenderse y sentirse ligeramente aliviado por el hecho de que el Rey Joyse estaba inmediatamente a su lado, con su espada larga preparada, los ojos brillantes ante la batalla. Luego el Pretendiente de Alend y el Rey de Mordant se estrellaron contra un perverso muro de cimitarras y lucharon, intentando llevarse consigo tantos enemigos como pudieran antes de morir.

Una vez más, Elega estaba concentrada demasiado exclusivamente en su padre y el Príncipe Kragen como para ver a Darsint ponerse de nuevo trabajosamente en pie. Abrazaba fuertemente a Myste; sólo supo que ocurría algo nuevo por la forma en que

reaccionó el cuerpo de Myste.

Tambaleándose pesadamente, Darsint prosiguió arroyo abajo.

No podía correr ahora. Myste había ayudado a curar las heridas de su cuerpo, pero nada en este mundo podía haberla ayudado a reparar los agujeros que los pythianos habían quemado en su armadura, y esos agujeros lo hacían vulnerable. Ahora estaba herido de nuevo, derivaba hacia un lado, se tambaleaba ocasionalmente; la energía dentro de su traje debía haber resultado dañada.

Pero, pese a todo, siguió adelante.

El Príncipe Kragen y el Rey Joyse seguían avanzando también.

De hecho, seguían avanzando con tanta facilidad que el Príncipe sintió una oleada de exultación ante la forma en que sus espadas se alzaban y caían, la forma en que tenían éxito sus golpes, la forma en que avanzaban sus caballos a través del ataque. Las criaturas de pelaje rojo tenían los ojos en lugares equivocados, con bigotes gatunos brotando a todo su alrededor; tenían demasiados brazos, demasiadas cimitarras. Y su odio era palpable en el fragor, un anhelo que los consumía. Sin embargo, eran de carne y hueso: podían ser muertos. Y no eran especialmente hábiles con sus armas; confiaban más en la furia que en la experiencia.

El Príncipe y el Rey Joyse penetraron en el corazón mismo del ataque y siguieron penetrando, siguieron luchando hombro contra hombro, como si entre ellos hubieran descubierto algo indomable.

Era sorprendente, realmente, cuántos cortes eludieron o pararon o desviaron; hasta qué punto sus espadas penetraron en aquellos cuerpos peludos; cómo su loca carga hizo que las monturas de las criaturas dudaran y se apartaran. Y era sorprendente también la forma en que luchaba el Rey. El propio Príncipe Kragen era mucho más joven, y presumiblemente mucho más fuerte. Sin embargo, el Rey Joyse igualaba al Pretendiente de Alend golpe a golpe, agitando y golpeando con su espada como si el peso del acero lo transformara, devolviéndolo a su primera juventud. Ahora su barba estaba salpicada de sangre; los cortes cebraban su cota de malla; una sanguinolenta masa rojiza manchaba sus brazos. Y, sin embargo, mantenía alejado todo peligro contra su compañero por aquel lado.

Durante unos pocos y preciosos minutos, tuvieron éxito contra imprevisibles posibilidades.

Y, mientras tenían éxito, el Príncipe Kragen descubrió que el Rey Joyse tenía finalmente sentido para él. Aunque todo lo demás estuviera perdido, nadie sería nunca capaz de cambiar el hecho de que el Rey de Mordant y el Pretendiente de Alend habían muerto lado a lado en vez de uno a la garganta del otro.

Su éxito tenía que tener un fin. Simplemente dos hombres no podían sobrevivir contra tanto salvajismo montado y asesino. Y, sin embargo, sobrevivieron. El impulso de la batalla cambió bruscamente, y el Príncipe Kragen sintió otro resonante estallido

de alegría cuando se dio cuenta de que él y el Rey Joyse ya no estaban solos.

El Termigan había aparecido en medio de la batalla.

Llevaba consigo a todos sus hombres.

La expresión en su rostro era tan ansiosa como un cuchillo de carnicero; tenía las manos de un matarife. La forma en que masacraba a sus enemigos justificaba cada una de las historias que el Príncipe había oído sobre él. Y sus hombres estaban más allá del pánico. Habían visto Sternwall ser devorado vivo por la Imagería, y nada podía ya asustarles. Durante el primer ataque de la bestia-babosa, habían aguardado con su hosco señor cerca del pie del valle, preparándose para atacar. Su intención primera era golpear al propio monstruo. Sin embargo, las criaturas de pelaje rojo eran un enemigo más a su alcance, y la última fuerza del Termigan se lanzó a la lucha sin vacilar.

El señor y sus hombres mantuvieron al Príncipe Kragen y al Rey Joyse vivos hasta que llegaron los refuerzos de Norge.

Había casi un centenar de aquellas criaturas. El Castellano Norge había enviado menos de la mitad de esa cifra de sus hombres al rescate. El pensamiento de que el Rey Joyse y el Príncipe Kragen estaban ya perdidos había llenado de nuevo el valle de alarma, paralizando una amplia porción del ejército. Y los hombres que saltaron a la llamada de Norge tuvieron que luchar con caballos alocados por el miedo, aterrados por la bestia-babosa y las criaturas alienígenas. En cierto sentido, el Castellano tuvo suerte de poder enviar tanta ayuda como lo hizo a su Rey. En otro sentido, tuvo la desgracia de no poder disponer de las fuerzas suficientes para dar la vuelta a la batalla.

Sin embargo, consiguió un objetivo que nunca había cruzado por su mente: alejó el combate directamente frente al monstruo; lo alejó lo suficiente como para permitirle el paso a Darsint.

En medio del fragor, Darsint avanzó torpemente, apenas capaz de forzar un pie delante del otro. Debía estar sin embargo en mejores condiciones de lo que parecía. Cada criatura que lo atacaba era derribada con un disparo de una de sus pistolas de mano, apuntada y disparada casi negligentemente, como si pudiera realizar aquel tipo de lucha dormido. Cuando fallaba, las cimitarras resonaban contra su armadura sin hacerle la menor mella; parecía no darse cuenta siquiera de que era golpeado. No estaba interesado en simples hojas y caballos.

Su blanco era la bestia-babosa.

Con las armas preparadas, hizo una pausa delante de las enormes fauces abiertas del monstruo. Pero no dudó: quizá tuviera miedo de dudar. En vez de ello, hizo unos ajustes de algún tipo en el interior de su traje.

Antes de que nadie excepto Myste se diera cuenta de lo que pretendía hacer, su traje produjo un estallido de energía que le permitió saltar más allá de los temibles

colmillos, directamente al interior de la garganta de la bestia.

Lo que hacen los hombres con los espejos

Enfrentado a la espada de Gart en el corredor de paredes de piedra, Artagel se dio cuenta de que estaba contemplando la garganta de la muerte.

El Monomach del Gran Rey se había recuperado del fuego de la lámpara y del violento empuje del primer ataque de Artagel; ahora estaba de nuevo equilibrado, y su dominio del acero era perfecto. Parecía hacerse más fuerte momento a momento.

Las linternas que iluminaban el pasadizo hacían que sus ojos brillaran amarillos; relucían como los de un animal. Su nariz en forma de hachuela se enfrentaba a su oponente, como ansiosa de sangre. Las cicatrices en sus mejillas, las marcas de iniciación de su arte, eran pálidas estrías contra la tonalidad bronceada de su piel. Aunque estaba siendo atacado por el mejor espadachín de Mordant, ni siquiera sudaba. Su hoja se movía como algo vivo: tan protectora como un amante, atrapaba y devolvía cualquier golpe dirigido a él, como si quisiera ahorrarle el esfuerzo de defenderse.

Sus dientes brillaban, blancos y malignos, entre sus labios; el odio tensaba toda piedad fuera de sus rasgos. Sin embargo, Artagel estaba seguro de que el aborrecimiento de Gart no tenía nada de personal contra él. No implicaba ningún resentimiento hacia la reputación de Artagel, ninguna envidia de su posición, ningún deseo particular de verlo muerto. En Gart, el anhelo de matar era una característica profesional no teñida por las emociones individuales.

Artagel había oído rumores acerca del entrenamiento al que se sometían los Aprs del Monomach del Gran Rey, las privaciones y peligros impuestos sobre muchachos muy jóvenes para hacer que se sintieran seguros de lo que estaban haciendo, seguros de sí mismos; para endurecer su odio. Eso era lo que daba fuerzas a Gart: su imperturbabilidad; la impersonalidad de su pasión. Su corazón no contenía nada que pudiera confundirle.

Artagel, por su parte, *estaba* sudando.

Sus manos eran resbaladizas por la humedad; bajo su cota de malla, su chaquetilla se pegaba a su piel. Su espada parecía muerta en su mano, y su pecho le dolía con el esfuerzo de manejar la hoja. El envaramiento en su costado se había convertido en una banda de hierro al rojo, agónicamente dolorosa, y ese dolor parecía minar toda la resistencia de sus piernas, la rápida tensión de sus muñecas, la vida de su arma.

Una lluvia de golpes, tan fuertes como de un martillo sobre un yunque, hicieron saltar chispas. Una pausa evaluadora. Otra lluvia.

No había duda al respecto: Gart iba a matarle.

Artagel no se enfrentó a la perspectiva con la misma aprobación con que lo había hecho Lebbick.

No podía permitirse ser vencido, no podía absolutamente permitirse fracasar. Si caía, Gart iría tras Terisa y Geraden. Iría tras Nyle. Todos morirían, y el propio Rey Joyse no tendría ninguna oportunidad...

Pero, cuando pensó en Nyle, cuando recordó lo que le habían hecho a su hermano, su corazón se llenó de oscuridad, y se lanzó contra Gart alocadamente, inexpertamente. Sólo la absoluta furia de su ataque le salvó de una muerte inmediata. La furia era todo lo que aún le mantenía en pie; nada excepto la furia daba fuerzas a sus miembros, aire a sus pulmones, vida a su acero.

Un rápido y cortante dolor lo devolvió a la realidad..., un corte a lo largo del tenso músculo de su hombro izquierdo. Retrocedió del suicidio mientras la sangre brotaba de la herida. Una herida menor; supo eso instintivamente. Sin embargo, *dolía*... Dolía lo suficiente como para restablecer su razón.

No de esta forma. Jamás iba a vencer a Gart de esta forma. La verdad era obvia en la acción sin ningún esfuerzo de la hoja de Gart, la fiera mueca en su rostro; era inconfundible en el destello de sus amarillos ojos.

De hecho, Artagel apenas fue capaz de mantener la punta de la espada de Gart fuera de su pecho mientras se retiraba por el corredor, jadeando en busca de aliento, luchando por recobrar su equilibrio. La hoja del Monomach tejía resplandores y destellos a la luz de las linternas, como si su acero fuera de algún modo milagroso, como un espejo.

De acuerdo. Artagel no podía vencer a Gart de esta forma. En realidad, no podía vencer a Gart de ninguna forma. Pero tenía que prolongar la lucha tanto como le fuera posible, tenía que ganar tiempo. El tiempo era vital. Así que necesitaba alguna otra forma de luchar. Tenía que empezar pensando como Geraden o Terisa, *pero no acerca de Nyle, no, no pienses en Nyle, no cedas a la oscuridad*. Tenía que hacer algo inesperado.

Algo que alterara la impasibilidad de Gart.

En lo más profundo de las entrañas de Artagel, un nudo se soltó, y empezó a sonreír.

Geraden no estaba sonriendo.

Cuando el Maestro Gilbur no le siguió, no se sorprendió. Sólo se sintió decepcionado. No tenía la menor idea de lo que hubiera hecho si el Maestro le hubiera perseguido. Gilbur conocía la fortaleza, después de todo, y Geraden jamás podría esperar vencerle en una prueba de violencia. Pero al menos el jorobado Imagero hubiera estado lejos de los espejos, incapaz por el momento de causarle al Rey Joyse mayor daño.

Esa esperanza había fallado, por supuesto. En vez de atraer al Maestro Gilbur lejos, Geraden lo que había hecho había sido abandonar a Terisa, dejarla para que se enfrentara sola con el Maestro Gilbur y el Maestro Eremis y el archi-Imagero.

Maravilloso. El perfecto clímax para una vida perfecta. Ahora todo lo que tenía que hacer era tropezar con un pelotón de guardias en alguna parte y dejarse matar inútilmente, y la historia de su vida quedaría completa.

Ahora es tu turno, había dicho el Domne. *Haz que nos sintamos orgullosos de ti. Consigue que lo que hemos hecho haya valido la pena.*

Geraden había tenido brillantemente éxito.

No podía impedir pensar de aquel modo. Había sufrido demasiados accidentes; la lógica de los accidentes parecía irrefutable. Sin embargo, era demasiado testarudo para aceptar la derrota. Amaba demasiado a Terisa, y a sus hermanos, y al Rey...

En nombre de la cordura, recuerda llamarme «papá».

Tan pronto como estuvo seguro de que el Maestro Gilbur había renunciado a la persecución, dio la vuelta hacia un pasadizo lateral y empezó a retroceder hacia la sala de las Imágenes.

No familiarizado con la fortaleza, pasó varios enloquecedores momentos buscando su camino. ¿Dónde estaban los guardias? Seguro que el Maestro Eremis tenía guardias, sirvientes del Gran Rey si no del propio Eremis. ¿Por qué no se había tropezado ya con ellos? Al final, sin embargo, alcanzó otra de las entradas a la sala de las Imágenes.

Desde aquella entrada, vio que el Maestro Gilbur era el único que quedaba allí.

Sólo por un momento, mientras el corazón le daba un vuelco en el pecho y un grito pugnaba por brotar de su garganta, pensó: Terisa. ¡Terisa! El Maestro Eremis y Vagel se la han llevado para violarla y torturarla, del mismo modo que han hecho con Nyle, *del mismo modo que han hecho con Nyle*. Tenía que ir tras ella, tenía que encontrarla, ayudarla, no podía permitir absoluta y completamente que la destruyeran.

Al mismo tiempo, desgraciadamente, se dio cuenta de lo que estaba haciendo el Maestro Gilbur.

El Imagero estaba de espaldas a Geraden. Esto era fortuito. Evidentemente, no sabía o no le importaba lo que Geraden pudiera estar haciendo. Estaba arrastrando un espejo desde el centro del anillo de espejos.

El espejo plano que mostraba el valle de Esmerel.

Lo llevaba hacia un espejo que se erguía bajo la directa y clara luz de una de las ventanas. La luz del sol iluminaba vívidamente la Imagen.

La escena que reflejaba el espejo pululaba de cucarachas.

Geraden recordó aquellas criaturas. Casi lo habían matado a él, y a Terisa, y a Artagel. Sin embargo, el horror de aquel recuerdo dio paso a un nuevo desánimo cuando el Maestro Gilbur colocó el cristal plano debajo y delante del otro espejo y retrocedió un paso para considerar sus intenciones.

En el espejo plano, Geraden vio al Rey Joyse y al Príncipe Kragen directamente bajo las amenazadoras mandíbulas de la bestia-babosa.

Estaban enzarzados en una desesperada lucha contra un enorme número de criaturas de pelaje rojizo con demasiados brazos que sujetaban demasiadas cimitarras.

El Rey y el Príncipe Kragen no estaban solos: el Termigan estaba con ellos, y sus hombres. Estaban cubiertos de sangre, y luchaban furiosamente. Sin embargo, no podían esperar sobrevivir contra tantos guerreros alienígenas. Y, si las criaturas de pelaje rojo no terminaban con ellos, la bestia-babosa lo haría.

Y el Maestro Gilbur planeaba trasladar una nueva amenaza al tumulto. Estaba considerando el foco de los espejos de modo que pudiera mover su cristal plano al interior del otro entre las cucarachas y trasladarlas directamente sobre la cabeza del Rey Joyse.

Señor del Demesne. Soberano de Mordant. Y amigo del padre de Geraden.

Recuerda llamarme «papá».

Terisa le necesitaba. Pero tendría que dejarla. Una sola vez, duramente, con ambos puños, se golpeó la frente.

Luego avanzó.

Tragando pánico y amor y pesar, abandonó la entrada y se arrastró hacia el anillo de espejos.

Si Terisa lo hubiera visto entonces, hubiera reconocido el hierro en su rostro, la mirada de desesperación..., y de brutal determinación.

No hizo ruido; pero avanzó rápidamente. Hacia los espejos que él y Terisa habían roto, hacia la pata de la cama que él había dejado caer. Recogiendo la improvisada maza de en medio de un charco de astillas, la arrojó con todas sus fuerzas contra el espejo plano.

Desgraciadamente, sus botas crujieron una advertencia entre las astillas de vidrio; y el Maestro Gilbur la oyó. Con una sorprendente rapidez, el Imagero giró en redondo, alzó su brazo...

...desvió la pata de la cama.

Pasó por encima del marco del espejo y golpeó contra las piedras al otro lado, fuera de su alcance.

—¡Por las pelotas de un perro! —escupió Gilbur. Ya tenía la daga en su puño; su rostro era una crispación de oscuridad—. ¿No abandonas nunca?

Geraden oyó la pata de la cama golpear contra la pared como si aquel sonido fuera el último latido de su corazón. Otro fracaso: su última oportunidad desperdiciada. Ahora no sería capaz de ayudar ni al Rey Joyse ni a Terisa, y ambos estarían perdidos. Y, si no escapaba ahora, su propia muerte sería inevitable. No importaba lo que ocurriera, jamás sería capaz de enfrentarse con éxito al Maestro Gilbur.

Sin embargo, se sentía atraído por el augurio. Éste era su destino, su condenación. En vez de huir, avanzó, al interior del anillo de espejos, hasta que se halló

enteramente rodeado de espejos, todos ellos reflejando escenas de violencia y destrucción contra él.

Allí se detuvo.

—¿Por qué debería abandonar? —preguntó, como si simplemente estuviera dando al otro conversación—. ¿Por qué debería desear hacerte las cosas fáciles?

El Maestro Gilbur gruñó una obscenidad. Con la daga firmemente sujeta, se preparó para cargar.

Inmediatamente, Geraden ladró:

—Si yo fuera tú, no haría eso.

Sorprendido, el Maestro hizo una pausa.

—No tengo ningún otro lugar donde ir —explicó Geraden—. No tengo nada más que esperar. Oh, supongo que podría echar a correr. Podría intentar ocultarme en alguna parte. No parece que tengáis guardias aquí. Podría conseguir permanecer un tiempo con vida. Pero nunca escaparé. Nunca encontraré a Terisa.

»Si avanzas contra mí, simplemente romperé tantos espejos como pueda antes de morir. Ya habéis perdido cuatro. ¿Cuántos más estás dispuesto a arriesgar? ¿No crees que hay posibilidades de que pueda hacerlos pedazos todos?

Evidentemente, el primer impulso de Gilbur fue atacar: eso quedó claro en la forma en que exhibió sus dientes por entre su barba, la forma en que sus nudillos se volvieron blancos sobre la daga. Casi inmediatamente, sin embargo, pareció captar el otro lado de la situación. Alguien iba a venir pronto, y entonces Geraden estaría perdido. Mientras tanto, ¿por qué correr el riesgo de dañar años de intenso trabajo?

En vez de cargar, bajó su hoja.

—Estás equivocado, cachorro —gruñó—. Tenemos guardias. Estarán aquí en un momento.

—Oh, no lo creo así. —Geraden luchó por mantener cualquier asomo de alivio fuera de su voz. Tiempo: eso era todo lo que necesitaba. Un respiro para el Rey Joyse. Una posibilidad para que ocurriera algo—. Estoy seguro de que sí los tenéis, muchos. Pero apostaría a que están todos fuera, protegiendo este lugar por si acaso alguien intenta un ataque por sorpresa. Vigilando el desfiladero. Tú y Eremis y Vagel estáis tan estúpidamente seguros de vosotros mismos que nunca esperasteis ser atacados desde dentro.

Luego, porque deseaba ver hasta qué punto podía aguijonear al Imagero, preguntó:

—¿Dónde está Gart?

Las cejas del Maestro Gilbur se anudaron involuntariamente.

—No mires detrás de ti, muchacho mierda de cerdo. Puede que ya esté aquí. Ha ido a buscar a tu querido hermano Nyle..., el cual, permíteme decírtelo, me ha proporcionado considerable placer durante su visita aquí.

La Imagen del espejo plano mostraba al gran monstruo estremecido en un paroxismo de furia y hambre.

—No lo creo así —repitió Geraden. *Nyle*. Sintió deseos de reír a fin de no hacer nada estúpido, de no volverse loco e intentar atacar al Imagero; pero apenas pudo impedir un gruñido—. Terisa y yo rescatamos ya a *Nyle*. Llegamos antes que él. Si *Gart* no está ya aquí, eso quiere decir que los hombres que trajimos con nosotros se han ocupado de él. —Si *Gart* no está aquí, *Artagel* aún debe seguir con vida, aún debe estar luchando—. O de otro modo el Gran Rey *Festten* tiene planes de los que no os ha hablado. Supongo que habréis observado ya que su reputación hacia la traición es más vieja que tú.

Desgraciadamente, el Maestro *Gilbur* era capaz de reír.

—Puro humo —dijo con una carcajada gutural—. Niebla y luz de luna. —Dio un par de pasos no amenazadores, no hacia Geraden sino hacia un lado, apartándose del espejo plano y las cucarachas—. No habéis rescatado a *Nyle*..., no sabéis dónde *está*. La habitación donde he gozado de él es mantenida a oscuras. Nunca la habéis visto. En consecuencia, no podéis encontrarla ni trasladaros a ella.

»*Gar* se reunirá muy pronto con nosotros.

—Créelo si puedes —respondió Geraden. *Él* lo creía; y el pensamiento hizo que sintiera todos sus músculos tan débiles como agua. Sin embargo, mantuvo su mirada y su voz firmes—. Simplemente dime una cosa. Esas criaturas de pelaje rojo. —Seguían hormigueando en torno al Rey *Joyse* y al Príncipe, agitando salvajemente sus cimitarras. Los hombres del *Termigan* y de *Norge* parecían enormemente abrumados por el número. Y la bestia-babosa—. No las trasladasteis simplemente esta mañana, ¿verdad? ¿Dónde las conseguisteis montadas? ¿Cómo conseguisteis que os sirvieran?

La bestia-babosa había retrocedido, como si quisiera erguirse sobre su cola.

—No, no lo hicimos —concedió maliciosamente el Maestro *Gilbur*—. En eso, al menos, has acertado. Esas cosas... se llaman a sí mismas *callat*. *Eremis* ha trabajado en ellas con una cierta profundidad. Se han convertido en lo que tú considerarías su *guardia personal*. Se requirió una compleja y difícil negociación antes de que aceptara someter a sus *callat* a que apoyaran a *Festten*.

Demasiado tarde, Geraden se dio cuenta de lo que estaba haciendo el Imagero.

En el espejo plano, el monstruo que había parecido retroceder y alzarse sobre su cola se derrumbó como una torre, se estrelló flácido contra el suelo. Sus fauces parecieron fallar por poco al Rey *Joyse* y al Príncipe *Kragen*; algunos de los *callat* fueron atrapados por su peso y aplastados. Pero, a través del cristal, la reverberación del impacto no produjo ningún sonido. Y la bestia no hizo ningún esfuerzo por seguir avanzando, por devorar más presas. Permaneció tendida, inmóvil, con una extraña voluta de humo brotando por entre sus dientes.

El Maestro *Gilbur* llegó junto a uno de los otros espejos del círculo.

Sujetó su marco con su mano libre, empezó a gruñir cosas sin sentido.

Del espejo, como lanzada por una catapulta, brotó una forma negra y flecosa, no más grande que un perro pequeño, con garras como garfios al extremo de sus cuatro miembros y terribles mandíbulas que llenaban la mitad de su cuerpo.

Al Maestro Eremis le gustaban las sorpresas. En cierto sentido, incluso le gustaban las sorpresas desagradables. Alzaban las apuestas, incrementaban el desafío: le permitían mostrar lo que podía hacer. Pero no había nada desagradable en la inesperada llegada de Terisa..., o de Geraden tampoco. El Maestro Gilbur podía ocuparse de Geraden. Y Terisa estaba derrotada.

Había visto la derrota en sus ojos, había visto la luz de la inteligencia y la determinación empezar a palidecer. Finalmente era suya, *suya*, y cada chispa de resistencia que quedara en ella no haría más que incrementar el placer de poseerla.

Mientras la conducía hacia sus aposentos privados, observando desde atrás la forma en que se movían sus caderas dentro de sus poco agraciadas ropas, recordando la dulce forma y curva de sus pechos y la particular sensación sedosa entre sus piernas, pensó que iba a ser más satisfactoria que ninguna otra mujer a la que hubiera destruido nunca.

La muerte de Saddith había sido satisfactoria, por supuesto: hábil, inevitable, y casi infinitamente astuta. Sin embargo, le había faltado el toque personal. No la había destruido él personalmente; sólo había arreglado los acontecimientos de modo que sufriera y muriese. En las desgraciadamente frecuentes ocasiones en las que había considerado necesario hacer el amor con ella, las exigencias de sus planes habían requerido que la tratase con gentileza, casi amablemente, a fin de que ella creyera que podía ayudarla en sus ambiciones sociales. Era lo suficientemente hombre, sin embargo, como para cumplir incluso con sus aburridos gustos en fornicación. Con Terisa no habría límites... Nada inhibiría los extravagantes aromas de dolor y degradación que pensaba extraer de ella.

Se sintió tan satisfecho de sí mismo que apenas pudo refrenar el deseo de danzar mientras la seguía hacia sus aposentos.

Obediente a su voluntad, Terisa entró en sus aposentos y se detuvo en el centro de la enorme estancia donde él tenía su cama, sus instrumentos de diversión y su copia del espejo plano que mostraba cómo progresaban las cosas en el valle de Esmerel.

Allí, el Rey Joyse y el Príncipe Kragen estaban a punto de caer bajo una marea de callat. O se situarían en cualquier momento al alcance del monstruo que se alzaba impresionantemente sobre ellos.

Bien. De hecho, perfecto. Eremis disfrutaría contemplando morir a sus enemigos mientras Terisa gemía y lloraba.

—Quítate la ropa —dijo, gozando con la dureza de su tono—. Me has eludido demasiado tiempo, y la recompensa que exijo ha crecido de modo correspondiente.

—Si se quitaba sus propias ropas, ella misma podría ver hasta qué punto había crecido—. Tu desnudez es la más pequeña de las cosas que me ofrecerá hoy tu espléndido cuerpo.

La luz del sol penetraba por una serie de ventanas a lo largo de la pared, donde ocasionalmente dejaba que permanecieran los hombres para que observaran sus ejercicios. Hoy, por supuesto, todos estaban atareados con la batalla o montando guardia; pero le alegró tener su victoria sólo para sí mismo. Fuera sólo había la áspera ladera de una colina, una libertad que Terisa nunca alcanzaría. Toda la fortaleza era austera, y no había tenido tiempo de procurarse alfombras. Pero el sol calentaba las piedras del suelo, arrojando su resplandor sobre su víctima y el espejo.

Ella no obedeció. Y no prestó ninguna atención a las ventanas; por todo lo que él podía decir, ni siquiera las había observado. En vez de ello, se volvió hacia el cristal, como si éste tuviera más poder sobre ella que ninguna otra cosa.

Por primera vez desde que abandonaron la sala de las Imágenes, vio su rostro.

Quizá no estuviera derrotada después de todo. Algo en ella reflejaba una definida sensación de evaporación, como si se hallara al borde de desaparecer. Su expresión era flácida; sus ojos, vagamente enfocados. Y, sin embargo, también parecía ver algo más en él, algo secreto y maravillosamente tentador. Podía ser una esperanza encubierta; la esperanza, quizá, de que pudiera cambiar la imagen en el espejo (pero por supuesto eso no haría nada para ayudar ni a ella ni al Rey Joyse); o la esperanza de que Eremis le proporcionara estúpidamente la posibilidad de trasladarle lejos de allí (pero para eso tendría que empujarle físicamente hacia el espejo, y él era más fuerte que ella, mucho más fuerte); o la esperanza de que pudiera usar el espejo para escapar ella misma (pero él no tenía intención de darle esa oportunidad).

O quizás estaba alimentando un oculto y desesperado deseo de causarle a él algún daño.

Fuera lo que fuese lo que ocultaba, era exactamente la especia que él anhelaba. Por un momento, la dejó que le desobedeciera simplemente porque no podía decidir si besarla gentilmente o arrancarle las ropas con brutalidad.

Estudiando el espejo, ella preguntó, con un tono bajo y desinteresado:

—¿Dónde conseguiste a esas criaturas? Las que nos atacaron a Geraden y a mí. ¿Cómo conseguiste que te sirvieran?

El Maestro Eremis se sintió feliz de responder.

—Los callat. Fueron un descubrimiento fortuito..., como son fortuitas todas las cosas para los hombres que pueden dominar la vida. Primero fueron descubiertos entre los Imageros de Vagel en Cadwal, pero no se halló ninguna utilidad para ellos. Al parecer, cada facción en Carmag temía que pudieran demostrar ser una fuerza decisiva..., para algún otro. Sin embargo, después de que yo redimiera a Vagel de su tenue exilio entre los Feudos de Alend, él recordó la fórmula y modeló un nuevo

espejo.

»Los callat son realmente una fuerza poderosa, como puedes ver —Eremis gozó echando él mismo una mirada al espejo, aunque la mayor parte de su mente estaba clavada en Terisa—, pero no tan poderosa como temían los de Cadwal. Su número no es lo bastante grande como para formar un ejército.

»Son renegados en su propio mundo. En realidad, se hallan en peligro de exterminación por parte de lo que sólo puedo describir como una raza de marmotas. Marmotas gigantescas. Y los callat son demasiado sedientos de sangre para firmar la paz. Sólo saben luchar o morir.

»Viendo su peligro, trasladé a uno o dos de ellos y empezamos a negociar. A cambio de escapar de sus enemigos —Eremis echó a un lado con un encogimiento de hombros el hecho de que nunca había tenido intención de dejar a los callat con vida, su propósito desde un principio había sido usarlos de una forma que terminara destruyéndolos—, aceptaron servirme.

Lentamente, Terisa asintió. Él se preguntó si comprendía realmente; parecía estar pensando en algo completamente distinto.

—Proceden de un mundo muy diferente al nuestro —dijo ella—. Poseen una historia propia, motivaciones propias. Sin embargo, ¿sigues afirmando que no existían hasta que Vagel modeló su espejo?

Su pregunta arrancó una risita del Maestro. No hizo ningún esfuerzo por ocultar que estaba inexpresablemente complacido consigo mismo.

—Mi dama, ¿diste crédito alguna vez a esa pieza de sofisma?

Ella le miró gravemente, como si deseara oír lo que él tenía que decir..., y no le importara lo que fuera.

Aún riendo, continuó:

—Ningún hombre de una cierta inteligencia, de los cuales hay pocos, debo admitirlo, ha pensado nunca que las Imágenes que vemos en los espejos no existen. Esa postura, con todos los argumentos que la apoyan, nos rué impuesta por el Rey Joyse, por su exigencia de que la Cofradía definiera un uso «correcto» de la Imagería. Puesto que él dio por sentado que si se demostraba que las Imágenes eran reales en sí mismas, *entonces* debían ser tratadas con respeto, consideración..., en pocas palabras, debían ser dejadas tranquilas, no dejó a aquellos que no estaban de acuerdo con él ningún margen excepto afirmar que esas Imágenes no tenían existencia independiente.

»Pero, por supuesto, este dogma central es tan estúpido que ni siquiera puede responderse a él. Del mismo modo podría afirmar que no debemos respirar porque no debemos interferir con el aire, o que no debemos comer porque no debemos interferir con las plantas y el ganado. La verdad es que tenemos el *derecho* a interferir con las Imágenes porque tenemos el *poder* de interferir. Es *necesario* interferir. De otro

modo, el poder no tiene ninguna utilidad, y muere, y la Imagería está perdida.

»Ésa es la ley de la vida. Como cualquier otra cosa que respira y desea y elige, debemos *hacer lo que podemos*.

Eremis se lamió los labios.

—Terisa, he probado tus pechos, y son deliciosos. Debes tener una mente excepcionalmente vacía, si alguna vez has creído que no existes. Te dije que eras irreal solamente para hacer que te resultara tan difícil como fuera posible descubrir tu talento.

Mientras hablaba, la estudió, buscando su secreta reacción, la verdad que ella deseaba ocultar. Sus ojos eran demasiado oscuros, estaban demasiado perdidos; no traicionaban nada. En lo que a ellos se refería, ya se había ido.

Pero su hermosa mandíbula hendida se tensó como si estuviera rechinando los dientes.

Encantado ante esta evidencia de furia, tendió las manos y cerró los puños sobre la poco agraciada blusa de piel. Lamentaba realmente que no hubiera tenido la oportunidad de lavarse el pelo; pero todo lo demás en ella era perfecto. Iba a desgarrarle la blusa y quitársela. Luego, antes de empezar a hacerle daño, le haría cosas a sus pechos que conseguirían que ella suspirara por él pese a sus secretos. Y después la sorprendería con el dolor, como ella lo había sorprendido a él.

Por alguna razón, sin embargo, ella había vuelto el rostro. Ni siquiera estaba lo suficientemente asustada de él como para observar lo que estaba haciendo. En vez de ello, miraba sombríamente hacia el espejo.

Inintencionadamente, él miró también, a tiempo para ver a la bestia-babosa caer desde toda su altura, derrumbarse como un trueno insonoro en el valle y quedar inmóvil. Involuntariamente, contuvo la respiración, aguardando a ver al monstruo moverse de nuevo, aguardando a verlo saltar hacia delante y devorar al Rey Joyse y al arrogante Pretendiente de Alend. Un extraño humo trazó breves volutas por entre sus dientes antes de ser arrastrado por la brisa.

—¡Excrementos de cerdo! —jadeó Eremis. Olvidando a Te-risa, se acercó al espejo, aferró el marco con ambas manos, estudió intensamente la Imagen—. Eso es imposible. Viejo chocho estúpido, eso es *imposible*.

—Interesante —observó Terisa, como si nunca hubiera estado menos interesada en su vida—. Quizá «todas las cosas» no sean tan «fortuitas» como piensas.

Eremis creyó ver que la Imagen del valle empezaba a oscilar en los bordes, creyó ver las paredes laterales y la última catapulta empezar a fundirse...

Aquello también era imposible. No estaba seguro de lo que estaba viendo.

No se entretuvo a asegurarse. Se dio bruscamente la vuelta y golpeó a Terisa con el dorso de su mano, tan fuerte que ella se derrumbó como un muñeco roto. Quedó tendida de costado a la cálida luz del sol, acurrucada sobre sí misma, con el pelo

extendido sobre las piedras del suelo y una mano apretada contra el lugar donde había recibido el golpe; tal vez estuviera llorando.

—Si intentas esto de nuevo —escupió—, si tocas ese cristal con un asomo más de tu talento, te juro que llamaré a Gilbur aquí y dejaré que te viole con esa daga suya.

Quizá no estaba llorando: no emitía ningún sonido. Al cabo de un momento, sin embargo, asintió con la cabeza..., un pequeño y frágil gesto, como una crispación de derrota.

Pese a la inesperada defunción de su monstruo, el Maestro Eremis recuperó su sonrisa.

Artagel también estaba sonriendo, pero por una razón completamente distinta.

Pese a la sangre que resbalaba de su hombro herido, hizo retroceder el ardiente acero y la fuerza del siguiente ataque de Gart. Esa defensa le costó un esfuerzo que pareció desgarrar su herido costado. Dos veces se salvó solamente porque el corredor era demasiado estrecho para una perfecta esgrima, y fue capaz de bloquear la hoja de Gart contra la piedra. Pero al final consiguió desprenderse de su oponente.

Antes de que el Monomach del Gran Rey consiguiera caer de nuevo sobre él, se retiró varios rápidos pasos, luego relajó su postura y dejó caer la punta de su espada.

Gart hizo una pausa para escrutarlo curiosamente.

Intentando no respirar con ansiosos jadeos que traicionaran su debilidad, Artagel preguntó:

—¿Por qué lo haces?

Gart enarcó una ceja; avanzó un paso.

Artagel alzó una mano para detener al Monomach.

—Vas a matarme de todos modos. Tú lo sabes. Puedes permitirte enviarme a la tumba con mi ignorancia satisfecha. ¿Por qué lo haces?

Desconcertado, quizá, por la admisión de su derrota, Gart se detuvo de nuevo.

—¿Por qué hago qué?

Con un esfuerzo que pareció desesperadamente heroico, Artagel intentó reír. Fracaso, por supuesto. De todos modos, consiguió emitir un sonido alegre cuando dijo:

—Servir.

La punta de la hoja de Gart estudió cautelosamente a Artagel mientras el Monomach aguardaba.

—Tú eres el mejor —jadeó Artagel—. El mejor. Diriges y entrenas un cuadro de Aprs que desean ser tan buenos como tú, y algunos de ellos puede que incluso tengan casi tanto talento. Puedes ser una potencia en el mundo. Apostaría a que podrías destronar a Festten en cualquier momento que quisieras. Podrías ser el que decide, en vez de ser el que sirve. ¿Por qué lo haces?

Gart consideró unos instantes la cuestión.

—Así es como soy —pronunció al fin.

—Pero, ¿por qué? —insistió Artagel, luchando por una oportunidad de recuperar su aliento, sus fuerzas—. ¿Qué te da Festten que no puedas obtener en cualquier otro lugar? ¿Qué te proporciona el ser el Monomach del Gran Rey que ya no sea tuyo por derecho? Podrías *elegir a* quien matar. Si yo fuera tú, me sentiría avergonzado por la cantidad de tiempo que has pasado últimamente intentando matar a una mujer. ¿Qué decisión fue ésa? ¿Por qué tuviste que rebajarte de ese modo?

Un gruñido brotó por entre los apretados dientes de Gart.

—Te lo digo, podrías ser *un poder*. ¿Acaso no tienes auto respeto?

El Monomach se lanzó como un tornado contra él en el angosto pasadizo; bruscamente, sin advertencia previa; y lo único que salvó a Artagel fue que no lo pilló por sorpresa. Alzó su espada, paró duramente, intentó responder. Gart deslizó el golpe hacia un lado y atacó de nuevo. Artagel sintió el acero rozar su pelo cuando se agachó; la hoja de Gart resonó contra la pared. Artagel lanzó un tajo a las piernas del Monomach, tan rápidamente que le hizo saltar.

Consiguiendo de alguna forma no tambalearse, no aferrar su desgarrado costado, Artagel se desprendió de nuevo de su enemigo, se retiró por el corredor.

—Eso —dijo Gart, como si nunca hubiera perdido el aliento en su vida— es lo que soy.

—Pero lo importante es que *sirves* —protestó Artagel—. No eres más que un sirviente, un *arma*.

—Escúchame —articuló peligrosamente Gart—. No lo diré de nuevo. *Eso es lo que soy*.

—¿Con *tus* habilidades? —La voz de Artagel ascendió hasta casi un grito—. No lo creo. ¿Te contentas con ser un *sirviente*? ¿Te contentas con ser *usado* como una cosa sin mente, sin orgullo? ¿Acaso no eres un hombre? ¿No sueñas? ¿No tienes ambiciones?

Probablemente era una locura excitar de aquel modo al Monomach; pero a Artagel no le importaba. Por primera vez desde que se había iniciado su confrontación, se estaba divirtiendo.

—No me extraña que seas tan difícil de matar. Dentro de ti, ahí donde cuenta, ya estás muerto.

Como respuesta, Gart hizo girar su hoja con tanta rapidez que el acero se convirtió en algo borroso a la luz de las linternas.

—Oh, tengo sueños, estúpido —raspó—. Tengo sueños.

»Sueño con *sangre*.

Tan ferozmente que nada podía detenerle, se lanzó contra Artagel.

Ahora era Gart el loco, el frenético atacante, manejando su espada como si hubiera perdido el control. Artagel era el que no podía hacer nada excepto parar y

bloquear..., e intentar mantener el equilibrio.

Desgraciadamente, la furia del Monomach sólo hacía que su lucha fuera más desigual. *Él* no estaba herido; *él* no había sido debilitado por una larga convalecencia. Y, en el peor de los casos, nunca había olvidado sus habilidades.

Como por traslación, aparecieron cortes en la cota de malla de Artagel, en sus pantalones. Un roce a lo largo de su frente envió sangre goteando sobre sus ojos. Retrocediendo, casi cayendo, golpeó con la esquina donde el corredor giraba, golpeó tan fuerte que los últimos restos de aire fueron expulsados de sus pulmones.

Apenas se salvó, *apenas*, saliendo de la esquina, girando bruscamente y echando a correr, sus pulmones en fuego, sus ojos llenos de sudor y sangre, ninguna vida en sus piernas, corriendo hasta que ganó el terreno suficiente como para darse de nuevo la vuelta y plantar sus pies y aguardar allí, tambaleante, para enfrentarse a Gart por última vez.

La parte divertida de la lucha había terminado.

Movido por instintos que no sabía que tuviera, Geraden se dejó caer como si hubiera sido golpeado por una maza.

La primera y maligna forma negra falló su blanco; su propio impulso la llevó más allá de él, momentáneamente fuera de alcance. Y la segunda...

Pero el Maestro Gilbur estaba trayendo todo un enjambre de las horribles bestias a la sala de las Imágenes, trasladándolas hacia Geraden con tanta rapidez como podían saltar. Los dientes del Maestro parecían morder el aire, y su rostro ardía, como si estuviera camino del éxtasis.

Todo un mundo de criaturas como aquéllas. Por supuesto. Rabiosas como si ya hubieran devorado todas sus presas naturales. Terisa había hecho pedazos un espejo para terminar un ataque como éste; pero aquel espejo no era el que ahora tenía delante. No, ella había roto el espejo plano que mostraba la intersección fuera de Orison. El espejo original, la fuente de las criaturas, seguía intacto.

Evidentemente.

Saltando hacia un lado, agitando los pies bajo él, tropezando como si nunca fuera capaz de volver a recuperar el equilibrio, Geraden consiguió situarse fuera del flujo directo de las criaturas.

Tres, cinco, nueve de ellas, perdió la cuenta. Deslizándose sobre sus botas como si la luz del sol sobre las piedras fuera hielo, rodeó el borde del espejo que tenía más cerca, se situó detrás de él.

Estaba demasiado frenético para pensar. Y no tenía ninguna posibilidad contra el Maestro Gilbur, de todos modos. Todo lo que sabía era que tenía que hacer tanto daño como pudiera a los enemigos del Rey antes de morir. Gilbur creía claramente que las formas flecosas acabarían con él antes de que pudiera hacer demasiado daño. Sin duda el Maestro tenía razón. Pero cada daño, por pequeño que fuera, podía ayudar.

Cualquier espejo que Geraden pudiera romper podía ser el crucial, el que había dado sentido al augurio de la Cofradía..., el que diera al Rey Joyse una posibilidad contra su funesto destino.

La bestia-babosa había sido muerta. Seguro que cualquier cosa era posible...

Desde detrás, sin saber ni importarle cuál era su Imagen, Geraden sujetó el espejo y lo volcó de espaldas.

Y lo sujetó antes de que golpeará el suelo.

Una inspiración: una revelación inesperada. Como si el mero contacto del marco del espejo hubiera hecho estremecer su cuerpo, todo dentro de su cabeza pareció prender y se convirtió en algo nuevo.

Nada de daños. Si lo único que intentaba hacer era causar daños, Gilbur no tendría ninguna razón para temerle. Estaría muerto dentro de unos pocos momentos.

La *Imagería*, por otra parte...

Las primeras formas negras estaban ya revolviéndose sobre las piedras para lanzarse de nuevo contra él. Y llegaban más, furiosas, ávidas de carne. El Maestro Gilbur hizo girar el espejo a fin de trasladar las criaturas directamente contra Geraden.

Ardiendo con la inspiración, Geraden alzó de nuevo el espejo, y lo abrió justo en el momento en que la criatura más cercana golpeaba el cristal.

Desapareció. Como si la forma no hubiera existido nunca. Traslada a alguna otra parte, no tenía idea de dónde, ni siquiera había tenido oportunidad de mirar la escena que reflejaba el cristal.

Otra y otra, en rápida sucesión: desaparecieron. Las criaturas flecosas no parecían tener mente..., o al menos ningún sentido del peligro. Su hambre abrumaba todos sus demás instintos; quizás estaban muñéndose de hambre en su propio mundo. Se arrojaron por voluntad propia contra el cristal como si fuera la carne de Geraden.

El fuego que ardía en su interior era lo más parecido a la alegría del triunfo.

Cuatro cinco seis...

El Maestro Gilbur aulló algo salvaje y saltó a otro espejo distinto.

Las últimas formas acudieron alocadamente a Geraden, las mandíbulas abiertas como inmensos pozos, y el Maestro Gilbur trajo a toda carrera lobos a la sala de las Imágenes, lobos con espinas a lo largo de sus curvados lomos y una maligna decisión en sus ojos, lobos que eran demasiado grandes para el escudo de Geraden y se verían obligados por su propio tamaño a atacarle por encima o alrededor del espejo; y en aquel momento Geraden cometió el error de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Estaba haciendo algo peor que la traslación de demonios alienígenas a su propio mundo: los estaba trasladando a algún lugar distinto, a algún lugar completamente no preparado contra ellos, completamente inocente. Fuera lo que fuese lo que vivía y se movía en la Imagen que sostenía, estaba siendo atacado ahora por malignas y

enteramente inesperadas criaturas por ninguna razón válida excepto salvar su vida.

No, esto era un error, era un *error*, no tenía derecho a hacerlo. Esas criaturas, y los lobos, y cualquier otra cosa que Gilbur pudiera producir, eran malignas sólo porque habían sido trasladadas, sólo porque se hallaban fuera de lugar. En sus propios mundos, no merecían ser masacradas. Y nadie merecía ser masacrado simplemente porque Geraden estaba desesperado.

Dejando el espejo, se lanzó de costado.

Las últimas formas negras golpearon duramente el cristal y volcaron el espejo hacia atrás. Mientras rebotaban y volvían a alzarse entre los fragmentos para continuar su ataque, dejaron tras una destrozada Imagen de sus compañeras muriendo horriblemente en el ácido de los devoracadáveres.

Un gruñido de caza hizo retemblar el aire; hubo babear de mandíbulas. Geraden echó a correr por el anillo de espejos, intentando mantenerse a la cabeza de las formas flecosas y los lobos.

Extrañas cosas estaban ocurriendo en la Imagen del valle de Esmerel. La bestia-babosa estaba definitivamente muerta, no había ningún error al respecto. Y su muerte alteraba los términos del conflicto. El Gran Rey Festten estaba reuniendo todas sus fuerzas para una carga asesina. En dos oleadas, siete u ocho mil hombres a cada lado del supino monstruo, envió su ejército a atrapar al Rey Joyse mientras éste no tenía escapatoria, mientras las confundidas y menores fuerzas de Alend y Mordant estaban atrapadas entre el desfiladero y un extremo del valle y el tremendo cadáver que bloqueaba el otro.

El Rey Joyse debería haber sido aplastado ya bajo el peso de los callat. Sin embargo, todavía estaba en pie y luchando. El Príncipe Kragen estaba con él, y el Termigan, y el Castellano Norge; pero no eran suficientes para mantenerlo con vida. No, resistía porque la muerte del monstruo había galvanizado su ejército: aquel imposible rescate de una destrucción cierta había transformado el pánico en esperanza y furia. Tan rápido como se lo permitían sus caballos o podían moverlos sus piernas, sus hombres acudieron en apoyo de su Rey; los primeros cientos habían cargado ya entre los callat.

Los hombres de Cadwal aún no habían tenido tiempo de llegar junto a las criaturas de pelaje rojo. Los callat tuvieron que enfrentarse solas a las recuperadas fuerzas del ejército del Rey Joyse.

Geraden se lanzó más allá del cristal plano con las formas negras a sus talones. El Maestro Gilbur parecía tener problemas en encontrar lobos. Había trasladado tres, no, cuatro, a la sala de las Imágenes; pero ahora estaba estudiando la Imagen, moviendo rápidamente su foco, en busca de más predadores. El uso anterior que él y Eremis habían hecho de los lobos debía haber mermado enormemente su población.

Cuatro eran suficientes, por supuesto. Las formas flecosas eran también

suficientes. Geraden no podía mantenerse por delante de ellas, no podía luchar...

No de este modo.

El primer lobo pareció saltar directamente frente a él, en busca de su cabeza. Urgentemente, se arrojó hacia un lado. Sus botas resbalaron bajo su cuerpo; cayó de espaldas, deslizándose debajo del ataque.

El lobo aterrizó entre las criaturas negras.

A éstas no les importaba lo que devoraban; sólo querían comida. Rápidamente, se lanzaron todas sobre el lobo.

De inmediato, su lucha se convirtió en un loco girar como de gruñentes derviches, una loca confusión de garras y colmillos. El lobo era grande, poderoso; las formas clavaban sus garras y sus dientes y se aferraban.

Sin aire en sus pulmones, Geraden permaneció inmóvil.

Como si reconocieran a un mortal enemigo, los otros lobos se apresuraron a ayudar a su compañero.

El Maestro Gilbur escupió maldiciones, luego croó obscenamente cuando localizó más lobos.

Geraden no podía respirar. Apenas podía mover sus miembros. Sin embargo, tenía que actuar ahora, tenía que aferrarse a aquella breve oportunidad. Quizá no tuviera ninguna otra.

El talento era una cosa notable: estaba aprendiendo más y más sobre él, a cada momento. Era un Adepto de algún tipo; podía utilizar los espejos de otra gente. Y se había rescatado a sí mismo y a Terisa de su antiguo apartamento, fuera de un mundo que no poseía Imagería. Todo lo que tenía que hacer era concentrarse, tomar al Maestro Gilbur por sorpresa.

En cierto modo, ayudó el que no pudiera respirar. Casi ayudó el que la lucha entre los lobos y las criaturas flecosas estuviera tan sólo a tres metros de distancia, y que los lobos estuvieran ganando, triturando los huesos de las más pequeñas bestias. Lo extremo de su apuro no dejaba sitio para la duda o la vacilación.

Volvió la cabeza hacia el espejo y estudió la Imagen, la fijó en su mente: un bosque lleno de duras sombras, acuchillado por rayos de luz *aquí y aquí*; matorrales que se tendían hacia arriba; sotobosque de un tipo que nunca antes había visto. Entre latido y latido de su corazón, memorizó la escena.

El Maestro Gilbur estaba encorvado al lado del espejo, aferrando el marco con un puño, canturreándole al cristal. Un fiero éxtasis iluminaba sus rasgos, tan brillantes como fuego, tan ardientes como lava.

Cuando el primero de los nuevos lobos empezó a cruzar el espejo, Geraden cerró los ojos y cambió la Imagen en su mente.

Y la Imagen del espejo cambió.

No supo a qué cambió, y no le importó averiguarlo. Instintivamente, debió haber

seleccionado algún lugar para llenar el espejo: no podía imaginar un espejo vacío. Pero ese detalle carecía de importancia. Lo que importaba era que podía tender su talento, que por sorpresa, si no por fuerza, podía romper el dominio del Maestro Gilbur sobre su cristal.

Funcionó. La Imagen se fundió en el momento en que el lobo estaba aún presa en el prolongado instante de la traslación.

El lobo fue partido por la mitad.

El espejo se hizo añicos.

Gilbur giró para enfrentarse a Geraden. Por un momento, el brutal Imagero jadeó realmente. Luego la rabia contorsionó su rostro, y dejó escapar un rugido que pareció golpear el aire, dejando la batalla de los lobos sin sonido.

Se volvió hacia el siguiente espejo del anillo.

De sus oscuras profundidades extrajo un estallido de luz tan ardiente que abrasó el suelo de piedra; el retumbar de un trueno tan fuerte que estremeció los apretados pulmones de Geraden; un viento tan intenso que pareció martillearle contra el suelo cuando ni siquiera había intentado levantarse, no había intentado moverse.

El Imagero estaba trasladando una tormenta al interior de la estancia.

Utilizándola para azotar y confundir y abrumar a Geraden hasta que el Maestro Gilbur pudiera echarle la mano encima y clavar su daga en su corazón.

Ahora que tenía a Terisa en el suelo, el Maestro Eremis pensó que podía empezar a tomar ventaja de ella. Descubrió, sin embargo, que tenía problemas en apartar su atención del espejo.

Le gustaban las sorpresas: eran pruebas, oportunidades. Sin embargo, la muerte de la bestia-babosa mordisqueaba en su interior. Era un desarrollo no previsto. Por supuesto, la criatura podía haberse derrumbado por un número infinito de razones que no tenían nada que ver con la batalla. Sin embargo, su muerte sugería que había subestimado las capacidades de su enemigo.

Y las fuerzas del Rey Joyse se estaban reagrupando. Esto era perfectamente predecible..., pero frustrante de contemplar. Festten había tomado la decisión correcta: desencadenar un asalto a toda escala mientras los ejércitos de Mordant y Alend se hallaban aún desorganizados. Desgraciadamente, sus hombres estaban demasiado lejos para salvar a los callat. Y el Rey Joyse y el Príncipe Kragen estaban haciendo un trabajo demasiado bueno poniendo en orden sus fuerzas para enfrentarse a la carga de Cadwal.

Pronto la batalla degeneraría en una simple confrontación de acero y decisión.

El Rey Joyse podía perder, por supuesto. Festten lo superaba ampliamente en número. Y Gilbur tenía una impresionante colección de espejos a mano. Sin embargo, el Maestro Eremis no se sentía complacido. Ante la escala de los ejércitos, los recursos que le quedaban a Gilbur eran relativamente menores. Y si la victoria de

Cadwal no era conseguida en último término gracias a la Imagería, el Gran Rey resultaría mucho más difícil de gobernar en el futuro. Confiaría más en sus propias fuerzas que en las de Eremis. Podía empezar a pensar que podía prescindir completamente del Maestro Eremis. Y Gart se hallaba en algún lugar en la fortaleza...

El Maestro estaba preparado para todas esas eventualidades. Sin embargo, no las hallaba especialmente atractivas.

Terisa se puso cuidadosamente en pie, a fin de poder mirar ella también al espejo. Tenía la huella de un creciente hematoma en su mejilla, pero eso sólo la hacía más encantadora. Cuando hubiera sido golpeada lo suficiente, sería intolerablemente hermosa.

El Maestro Eremis consideró golpearla de nuevo. Pero en realidad eso era demasiado burdo. Esperaba algo mejor de sí mismo: más imaginación, mayor sutileza. Y deseaba ver qué iban a hacer sus enemigos.

Deseaba ver qué iba a hacer Gilbur.

Sería algo violento, algo efectivo. Considerando la susceptibilidad de Gilbur a todo tipo de iras, sin embargo, también podía ser algo prematuro. El Maestro Eremis no deseaba ver a Joyse morir demasiado pronto, demasiado fácilmente.

Por el momento, no había peligro de ello. Los callat estaban derrotados: Joyse había podido desprenderse de ellos, con Kragen, Norge y el no anticipado Termigan. Cabalgaron una corta distancia valle arriba, conferenciaron brevemente entre sí, luego empezaron a gritar órdenes que no eran transmitidas por el espejo. Y su ejército pareció reordenarse casi mágicamente en torno a ellos.

No demasiado pronto, Kragen partió a toda velocidad a tomar el mando de la defensa a la derecha del cadáver del monstruo. Norge fue a la izquierda, con el Termigan a su lado. Bien, Joyse era un viejo. Sin duda necesitaba descanso. No parecía descansar, de todos modos. En vez de ello, iba de un lado para otro a lomos de su caballo, organizando a sus hombres.

Por alguna razón, los dividió en tres fuerzas: una para apoyar a Kragen; una para Norge y el Termigan; una para sí.

—No lo comprendo —dijo Terisa con un hilo de voz, en aquel tono impersonal y desinteresado.

El Maestro Eremis tuvo la impresión de que él sí empezaba a comprenderla a ella. Ese tono no indicaba derrota. Era un signo de retirada; no de huida, sino de ocultación, de intenciones encubiertas. Quizá pensara que, si podía ir lo suficientemente lejos en su mente, él no sería capaz de hacerle daño. O quizá se ocultaba de modo que pudiera tomarle por sorpresa.

Un pequeño estremecimiento de anticipación corrió por sus venas, y trasladó ligeramente su peso sobre las yemas de los dedos de los pies.

—¿Has comprendido alguna vez algo? —preguntó con amistoso sarcasmo.

Su burla no pareció alcanzarla. Quizás estaba demasiado distante como para oírla exactamente. En el mismo tono, ella dijo:

—Tienes todos esos espejos planos, pero no los usas muy bien.

Otra sorpresa: una con excitantes posibilidades. ¿Qué era lo que estaba pensando?

—¿No lo hacemos? —preguntó casualmente.

—Tienes ese espejo que muestra la Casa del Valle. —Pese a lo átono, su voz era extrañamente clara—. Hubieras podido secuestrar tú mismo a la Reina Madin. Hubieras podido traerla aquí como rehén. Te hubiera sido de más utilidad que Nyle.

Oh, eso. El Maestro Eremis se sintió levemente decepcionado; había esperado algo un poco más interesante.

—Una idea predecible —comentó ácidamente—, y no precisamente brillante. Si hubiera hecho eso, hubiera renunciado a la cuña que deseaba clavar entre Joyse y Margonal. Hubiera renunciado a los obstáculos que deseaba colocar en tu camino.

»Debo confesar que me siento aún un poco sorprendido de que Margonal te dejara entrar en Orison. Eso no fue una decisión razonable, en vista de las noticias que llevabas. —Hizo una pausa para dejar que Terisa ofreciera voluntariamente una explicación, pero ella no dijo nada. No importaba. Obtendría finalmente todas las respuestas que deseaba de ella—. Estoy seguro —siguió diciendo— que llegué muy cerca de conseguir realmente lo que deseaba con la Reina.

»Si, por otra parte, hubiera seguido tu consejo, y el de Festten, seguramente no hubiera ganado nada. La Reina hubiera estado en mis manos..., y la traslación la hubiera vuelto loca. Dañar a los rehenes es una espada de dos filos. Su locura hubiera podido dolerle a Joyse lo suficiente como para debilitarlo. O hubiera podido encenderle lo suficiente como para olvidarse de ella. Entonces el esfuerzo de atacarla hubiera sido malgastado.

Quedaba la cuestión de lo que le había ocurrido a la Reina. Y la cuestión de cómo Joyse había conseguido reunirse con su ejército, tras su desaparición de Orison. Pero esas respuestas podían esperar también. Pensar en sus propias tácticas trajo una nueva alegría a las ingles del Maestro. La satisfacción que deseaba de Terisa llevaba ya mucho tiempo esperando.

—Pero tienes este espejo ahora —dijo ella, como si no pudiera ver el peligro en sus ojos—. ¿Por qué no simplemente trasladas al Rey Joyse y al Príncipe Kragen? ¿Los vuelves locos? Entonces no podrás perder. Sin ellos, el ejército se derrumbará. Y podrás encerrarles de la misma forma que hiciste con Nyle. Podrás reírte de ellos hasta que mueran.

¡Oh, cómo le complacía! Le hacía reír.

—Haré esto, te lo aseguro —prometió—. En su momento, lo haré, y me dará más placer del que puedes llegar a imaginar.

En el espejo, a lo largo de los costados del monstruo, las fuerzas de Cadwal y Mordant y Alend se encontraron para su última batalla.

—Al principio, por supuesto —explicó Eremis— tuve que ser cauteloso. Tú me enseñaste a respetar tus talentos. Si te hubiera dado la oportunidad, hubieras podido romper mi espejo. Pero ese peligro terminó cuando viniste aquí. Cuando te pusiste tú misma en mi poder.

Inicialmente, la lucha estaba igualada. Las paredes del valle y la gran masa de la bestia-babosa hacían que el terreno fuera angosto, restringía el número de hombres de Cadwal capaces de avanzar juntos. Y los hombres de Joyse luchaban como si estuvieran inspirados. Incluso Kragen y aquel hosco hombre, el Termigan, parecían inspirados. Por un tiempo, al menos, Festten perdió una gran cantidad de hombres y no consiguió nada.

—Ahora sólo aguardo a dejar que esos ejércitos se hagan el uno al otro tanto daño como sea posible. Joyse no puede ganar, pero antes de que muera puede proporcionarle a Festten una victoria tan costosa como cualquier derrota. Eso humillará incluso la arrogancia del Gran Rey. Lo volveré demasiado débil como para que pueda pensar que tiene la posibilidad de ordenarme o rechazarme.

Entonces, inevitablemente, los defensores de la izquierda empezaron a ceder. Norge cayó; desapareció bajo una avalancha de cascotes de Cadwal. Pese a su belicosidad natural, el Termigan se vio obligado a retroceder. Sus hombres intentaron retirarse con algo parecido a un orden, pero los de Cadwal se precipitaron tras ellos, los abrumaron, los dispersaron. Las fuerzas de Festten empezaron a extenderse por el valle.

—Así que dejaré que la batalla prosiga durante un tiempo. Desearé a Joyse todos los éxitos que pueda conseguir. Y luego —Eremis se sentía tan regocijado que deseaba aplaudirse—, en el momento crucial, lo trasladaré lejos de allí, a la locura y a la ruina que merece.

No se sintió particularmente sorprendido de ver que el propio Festten conducía la segunda ola de asalto. El Gran Rey sentía un viejo y abrumador deseo de ver morir a Joyse; hubiera alcanzado el éxtasis si hubiera podido matar a su némesis él personalmente. Eremis consideró, sin embargo, que Festten estaba corriendo un riesgo inútil. El Maestro no tenía intención de permitirle al Gran Rey la satisfacción que anhelaba.

Había algo extraño en la forma en que Terisa contemplaba al Maestro Eremis, algo parecido al hambre. Suavemente, preguntó:

—¿Lo has odiado toda tu vida? ¿Incluso cuando sólo eras un muchacho? ¿La primera vez que trasladaste a ese monstruo? ¿Lo odiabas ya incluso entonces?

—¿Odiarle? —Eremis rió de nuevo—. Terisa, me juzgas mal. Siempre me juzgas mal. —La presión dentro de él subía, subía—. No le odio. No odio a nadie. Sólo

desprecio la debilidad y la estupidez. Cuando joven, cuando modelé el espejo que mostró lo que tú llamas «ese monstruo», lo trasladé simplemente como un experimento. Para averiguar lo que era capaz de hacer. Más tarde me vi obligado a abandonar mi espejo a fin de evitar ser capturado con él, y eso me irritó. Entonces prometí que me vengaría.

»Pero no malgasto mi tiempo —estaba sintiéndose deliciosamente preparado para ella—, te *aseguro* que no malgasto mi tiempo con el odio.

Ella siguió mirándole con aquella curiosa mezcla de ausencia y hambre. Estaba de espaldas a las ventanas y a la luz del sol; quizás era eso lo que hacía que sus ojos parecieran tan oscuros, su belleza tan fatal.

Roncamente, extrayendo las palabras de lo más profundo de su garganta, ella dijo:

—Muéstrame lo que eres *capaz* de hacer.

Adelantó una mano y acarició suavemente con la yema de sus dedos el inconfundible bulto en la parte delantera de su capa.

El se sintió exultar.

Frenéticamente, Artagel luchaba por prolongar su vida, por mantenerse en pie un momento más, sólo uno, luego otro si podía. Era el mejor espadachín en Mordant, ¿no? Seguro que podía mantenerse con vida un momento más, sólo un momento más.

Quizá no. El dolor en su costado se había convertido en un fuego que llenaba sus pulmones, de tal modo que parecía convertir cada afanosa inspiración en una batalla. Su espada seguía girando en sus manos; pero el sudor y la sangre dificultaban su presa sobre ella. Sus piernas habían perdido su flexibilidad; no tenía fuerzas para nada excepto para arrastrar sus botas sobre las piedras. A veces su pesado tambaleo de lado a lado apartaba el sudor y la sangre de sus cejas, aclaraba su visión; la mayor parte del tiempo, sin embargo, tenía problemas para ver.

¿Cómo se había convertido el corredor en algo tan estrecho? No importaba lo que intentara, las paredes coartaban todos sus movimientos.

Gart, por su parte, no parecía experimentar ninguna dificultad. Su breve y loca furia se había desvanecido. De hecho, el ritmo de sus ataques era más lento ahora, más deliberado; más malicioso. Estaba jugando con su oponente. Una alegría amarilla brillaba en sus ojos, y sonreía como si estuviera exultando por dentro.

Vaya forma de morir. No, peor que eso: vaya forma de ser vencido. Artagel era un luchador; había vivido la mayor parte de su vida en las inmediaciones de la muerte. Para él, era algo a la vez tan familiar y tan inimaginable que no podía sentir miedo de ella. Pero ser vencido de aquel modo; completamente, miserablemente...

Oh, Geraden, perdóname.

Si sólo, pensó torpemente, si sólo no hubiera resultado herido la última vez. Si sólo no hubiera pasado tanto tiempo en la cama.

Terisa, perdóname.

Pero era estúpido pensar en cosas como aquéllas. Era estúpido lamentarse: una pérdida de tiempo y energías y vida. Gart le había vencido la última vez también. Y la vez anterior a ésa.

No lamentaré nada.

Se retiró por el pasadizo, pasando por delante de más puertas de las que podía contar; tropezando, apenas manteniéndose en pie. Por pura fuerza de voluntad, mantuvo su espada alzada para que Gart pudiera jugar con ella.

Si alguien piensa que puede hacer algo mejor que esto, dejemos que lo intente.

Ya era suficiente. Tan inseguro sobre sus pies como un borracho, se detuvo; clavó ambas manos en torno a la empapada empuñadura de su arma.

No lamentaré nada.

Casi presa de náuseas en su intento de acumular aire, se lanzó hacia delante e hizo absolutamente todo lo que pudo para hendir con su arma la cabeza de Gart.

Negligentemente, Gart bloqueó el golpe.

Los ojos de Artagel estaban llenos de sangre: no podía ver lo que ocurría. Pero supo por el sonido, por el familiar clang resonante tras su golpe, y por el repentino cambio de equilibrio, que había roto su espada.

Una dentada mitad permanecía entre sus manos; la otra rebotó en el suelo, cantando mecánicamente su fracaso.

—Ahora —susurró Gart, como seda—. Ahora, estúpido.

Involuntariamente, Artagel se derrumbó sobre una rodilla, como si no pudiera seguir en pie sin un arma intacta.

El Monomach del Gran Rey alzó su espada. Entre las estrías de la sangre de Artagel, el acero brilló.

Por alguna razón, una puerta detrás de Gart se abrió.

Nyle salió al pasadizo.

Su aspecto era idéntico a como se sentía Artagel: abusado hasta los huesos; exhausto más allá de todo lo soportable. Pero sujetaba tensamente las cadenas de sus grilletes en sus crispados puños, y lanzó las pesadas anillas al extremo de las cadenas contra la cabeza de Gart.

Los instintos que habían hecho de Gart el Monomach del Gran Rey lo salvaron. Advertido por alguna intuición visceral, algún impalpable temblor en el aire, se echó hacia un lado y empezó a volverse.

Las anillas fallaron su cabeza, cayeron sobre su hombro izquierdo.

Golpearon con la fuerza suficiente como para arrancar aquel brazo de su espada. De todos modos, la mayor parte de la lucha lo había hecho sujetando su arma con una sola mano, pese a lo pesado de la espada. Mientras su brazo izquierdo caía flácido —quizá roto—, su derecho estaba ya en acción, haciendo girar su hoja con la

intención de cortar el cuello de Nyle.

¡Nyle!

En aquel momento, un fragmento de tiempo tan rápido y tan eterno como una traslación, Artagel extrajo las últimas fuerzas de lo más profundo de su corazón y se lanzó hacia delante.

Con todo el ímpetu de su cuerpo, enterró su rota espada en la abertura del sobaco de la armadura de Gart.

Luego, él y Nyle se derrumbaron sobre el cadáver de Gart, como si se hubieran convertido en espíritus familiares al fin.

Tuvo la peculiar convicción de que necesitaba impedir que Gart se levantara de entre los muertos para seguir derramando más sangre. Pareció pasar largo tiempo antes de que recobrara la cordura suficiente como para preguntarse si Nyle estaba aún con vida.

El estallido de la tormenta del Maestro Gilbur pareció bloquear todos los sentidos de Geraden, anular su voluntad. No podía recordar la última vez que había llenado de aire sus pulmones. Por otra parte, el aire no era especialmente importante para él en aquel momento. Un relámpago golpeó las piedras tan cerca de él que casi lo abrasó; pudo sentir el impacto como un hormigueo en todo el suelo. La oscuridad barrió la luz del sol; los truenos intentaron aplastarle.

Bien, la tormenta asustaba a los lobos, los mantenía a raya. Eso era algún consuelo. Y, si seguía ascendiendo en aquel espacio cerrado, empezaría a derribar los espejos.

Al Maestro Gilbur ya no parecía preocuparle lo que podía ocurrirles a sus espejos. Estaba rugiendo como la propia tormenta, y su encorvada espalda se enderezaba para alzar su cabeza tan alto como fuera posible, apuntando sus mandíbulas al techo.

Con un enorme estrépito, todas las ventanas estallaron. De inmediato la presión en torno a Geraden disminuyó, y empezó a respirar de nuevo.

Lástima: la rotura de las ventanas podía salvar los espejos. A menos que el techo se derrumbara.

Había que detener a Gilbur. Geraden tuvo la clara impresión de que el Imagero se había vuelto loco, transportado por el poder. Una tormenta como aquélla, constreñida de aquel modo, podía concebiblemente arrasar todo el edificio.

Geraden lo había hecho una vez. ¿Podía hacerlo de nuevo?

Olvida el trueno que te ensordece, atonta tu mente. Olvida los rayos, ese fuego tan ardiente que puede incinerar hasta tus huesos. Olvida el viento y los lobos y la violencia.

Piensa en los espejos.

Pese a la tormenta, la única arma auténtica de Gilbur era el espejo en sí, un trozo de cristal normal. Tenía un tono particular conseguido a base de mezclar arena y tinte;

una forma particular creada por moldes y rodillos y calor. Su talento lo había hecho lo que era. Su talento lo abría como una ventana entre mundos. Pero Geraden también tenía talento. Podía sentir el espejo, ver su Imagen en su mente como si por la simple intensidad de su percepción, su imaginación, la hiciera real.

No sabía cómo detener la traslación. Pero podía cambiar la Imagen.

No. Gilbur se estaba resistiendo a él. Advertido por lo que le había ocurrido al espejo de los lobos, el Imagero se aferraba hoscamente a su cristal, forzaba la traslación.

No cedas. No te dejes confundir. No importaba cómo se sintiera, aquélla no era una confrontación entre relámpagos y carne, entre truenos y oído, viento y músculos. Esas cosas eran irrelevantes. La lucha era de voluntad y talento. Gilbur podía haber estado loco, exaltado por el odio, pero no tenía experiencia con este tipo de batalla; ninguno de los Maestros había sido entrenado a luchar de aquella forma por el control de sus traslaciones.

Y Geraden se había equivocado tan a menudo en su vida que se había vuelto intolerable. Amaba a demasiadas personas, y esas personas habían sido demasiado dañadas.

En un momento más breve que el latido de su corazón, la imagen cambió.

Cortada a medio paso, la tormenta hizo estallar el cristal y lo redujo a polvo.

Geraden no pudo oír nada: el brusco silencio pareció más pesado que los truenos. Vio al Maestro Gilbur maldecirle, escupir furia apoplética contra él, pero sus maldiciones no hicieron ningún ruido. La pulverización del espejo fue muda. Los lobos desnudaron sus colmillos y sus pechos se agitaron, pero sus gruñidos carecieron de voz.

Mientras Geraden luchaba por ponerse en pie, Gilbur se trasladó a otro espejo.

Por un asombrado instante, Geraden miró con la boca abierta la Imagen y no comprendió. ¿Qué poder veía Gilbur allí? El espejo mostraba un paisaje vacío, nada más: una desolada extensión de terreno llena de grietas, rocas, pero desprovista de nada que respirara o se moviera o pudiera atacar.

Entonces, mientras el Maestro Gilbur apoyaba sus manos en el marco y empezaba a gruñir su concentrado canto como si fuera algo fundamentalmente obscuro, Geraden vio oscilar el suelo en la Imagen.

Las rocas se agitaron y saltaron, alzadas del suelo; los bordes del paisaje vibraron.

Un terremoto.

El espejo de Gilbur mostraba un lugar en un estado de inminente cataclismo, de casi perpetua crisis orogénica..., el tipo de crisis que alzaba y desmoronaba montañas, apartaba a un lado océanos, despedazaba continentes.

Estaba trasladando un terremoto.

—¡No! —gritó Geraden a través del ascendente retumbar tectónico—. ¡No

puedes hacer esto!

—¡Detenme! —respondió aullando el Imagero, prescindiendo de toda autoridad, razón o cordura ante la autodestrucción—. ¡*Detenme*, insignificante bastardo!

La fortaleza se vendría abajo en unos momentos: no había sido construida para resistir un terremoto. Eso terminaría la traslación. Tan pronto como cayera el techo, Gilbur sería aplastado; su espejo sería aplastado.

Pero, en ese lapso de tiempo, todos los demás que estaban dentro del edificio morirían. Terisa y Eremis. Artagel y Gart. Nyle. El propio Geraden. Y el temblor podía desencadenar el derrumbe de las colinas circundantes. La devastación podía extenderse kilómetros antes de desaparecer.

¡*Sí!* Geraden no tuvo ni idea de si gritó aquello en voz alta o no. ¡Te *detendré!* Ignoró el acelerado temblor bajo sus botas, el cada vez más profundo gruñir rocoso en el aire; aceptó el desafío de Gilbur. ¡*No harás eso!*

Con todas las fuerzas que poseía, tomó el control del cristal, detuvo la traslación.

Esta vez, el Maestro Gilbur estaba preparado para él; tenso y poderoso; completamente loco. La virulencia de la voluntad del Imagero para volver a abrir el espejo retembló a través de todo Geraden, lo hizo arder como fuego, lo llenó de náuseas como un veneno. El espejo en sí estaba simplemente bloqueado entre dos talentos opuestos; pero todo lo que Gilbur aportaba a la batalla parecía golpear directamente contra Geraden.

Furias que nunca había sentido, necesidades que nunca había comprendido, anhelos que nunca había imaginado; cosas aborrecibles, cosas destructivas; miedos tan inarticulados y devoradores que deformaban el ser esencial del Maestro.

Hacía muchos años, antes de que el Rey Joyse lo trajera a la Cofradía, Gilbur había sido un Imagero que vivía solo en las colinas de Armigite, interesado únicamente en sus propias investigaciones. Pero había sido atacado; y, en la lucha, el techo de su cueva había caído sobre él, atrapándolo bajo un bloque de piedra. Había permanecido tendido allí durante horas o días hasta que Eremis lo había rescatado.

Durante ese tiempo, había sufrido como un condenado.

Un dolor abrasador en la larga y solitaria oscuridad; un horror a la muerte elevado a agonía por cada terrible miedo que podía imaginar; gritos que nadie oiría nunca, pese a que prosiguieron durante todo el resto de su vida.

Había salido de aquella experiencia mutilado tanto en espíritu como en cuerpo. Lo había convertido en lo que era: un ser hambriento y violento; ansioso de poder; devoto de Eremis. Muchas veces, desde que se unió a la Cofradía, se hubiera vuelto loco si no hubiera sido refrenado por la presencia de Eremis..., o incapacitado por la sospecha de que era Eremis quien lo había atacado originalmente. Ahora arrojó todas aquellas retorcidas necesidades y deseos en su traslación, las arrojó todas contra Geraden.

Hubieran debido ser suficientes para hacer retroceder a Geraden. Pero no lo fueron. De una forma sorprendente e imprevista, estaba preparado para ellas.

Él también se había visto enterrado vivo en una ocasión, bajo los cascotes de la huida de Darsint de Orison. Había saboreado el dolor y el horror, el impotente ahogo. Y ahora, como entonces, las necesidades de otras personas eran más importantes para él que las suyas.

Si la traslación de Gilbur tenía éxito, Terisa y Artagel y Nyle morirían. Todo el mundo en y alrededor de la fortaleza moriría, con toda seguridad. Sin la ayuda que Geraden y Terisa pudieran proporcionar, el Rey Joyse podía morir también, llevándose a Mordant y eventualmente a Alend consigo.

Así que Geraden ignoró la dura angustia que Gilbur envió contra él. Cerró su mente a aquel miedo visceral de temblorosas piedras. Cerró los lobos fuera de su consciencia.

Voluntad contra voluntad, se enfrentó a la locura del Maestro Gilbur y retuvo el espejo, sellando el cristal a la salida de la traslación, manteniendo el terremoto al otro lado.

Ésa hubiera podido ser la oportunidad de Gilbur, Si hubiera soltado entonces el espejo y hubiera usado su daga, hubiera podido matar a Geraden casi sin ningún esfuerzo.

Pero no lo soltó. Quizá no pudiera. O tal vez, en alguna parte en el fondo de su corazón, deseara ser detenido. Fuera cual fuese la razón, se aferró al marco del cristal, se aferró a su traslación, e intentó que su odio fuera más fuerte que la determinación de Geraden.

Al final, no fue su odio lo que le falló: fue su cuerpo. Sin advertencia, mientras se tensaba y hervía, un dolor tan fuerte como la punta de una lanza atravesó el centro de su pecho.

Perdió el color; sus manos se deslizaron del espejo; involuntariamente, las llevó a su corazón. Su mandíbula colgó y sus ojos se abrieron mucho. Buscando un aire que no podía encontrar, cayó de rodillas, como si alguien hubiera retirado el suelo de debajo de sus pies.

Todo su rostro se retorció, como si deseara maldecir a Geraden antes de morir. Pero había perdido su oportunidad. Ya estaba muerto cuando se derrumbó sobre las piedras.

Los lobos hubieran podido matar a Geraden entonces. Estaba demasiado tembloroso para defenderse, demasiado profundamente impresionado. Artagel y Nyle llegaron a tiempo para salvarle, sin embargo. Artagel estaba agotado, por supuesto, apenas era capaz de alzar los brazos; pero tenía la espada de Gart, y esto parecía darle nuevas fuerzas. Y Nyle hacía girar locamente sus cadenas, lo cual hizo que uno o dos de los lobos vacilaran, dándole a Artagel la oportunidad de acabar con ellos.

Los tres hermanos se abrazaron larga y fuertemente antes de partir en busca de Terisa.

—No. —El Maestro Eremis la sujetó por la muñeca y apartó la mano de su cuerpo—. Todavía no. Aún no estoy preparado para confiar en ti. —Pero sí estaba preparado para nacerle cualquier otra cosa—. No he olvidado que una vez me pateaste *ahí*.

Ella siguió mirándole como si él no hubiera dicho nada. La combinación de hambre y ausencia en sus ojos no cambió.

Él se preguntó de nuevo si ella no se habría ocultado en los lugares secretos de su corazón. ¿Era allí donde guardaba su miedo? ¿O todavía quedaban sorpresas en ella?

Estaba dispuesto a cualquier cosa con ella, dispuesto a tomar de ella todo lo que tuviera. Antes de que hubiera terminado con ella, ella le confesaría sus secretos, todos, le entregaría todo de ella, con la esperanza de salvarse. Pero nada la salvaría ya. Iba a tomar de ella todo lo que tenía y dejarla vacía.

Ahora, sin embargo, ella ya no le miraba. Su atención había vuelto al espejo.

Kragen seguía manteniendo su terreno, bloqueando el lado derecho del valle con más éxito del que Eremis había esperado de él; pero la defensa del izquierdo seguía desmoronándose. Las fuerzas de Alend y Mordant parecían disolverse bajo la carga de Cadwal. Apresurándose para aprovechar esta oportunidad, los hombres de Cadwal acumulaban velocidad.

El Gran Rey Festten les seguía, trayendo todos sus refuerzos hacia aquel lado. Dentro de un momento, el propio Festten pasaría más allá de la muerta masa de la bestia-babosa y entraría en el valle a paso de carga.

Tan pronto como el Gran Rey estuvo al alcance, Joyse atacó. Con la tercera porción de su ejército, descendió por el valle como un martillo y golpeó el frente de la carga.

Al mismo tiempo, Kragen abandonó su posición. Dejando tras él sólo a los hombres suficientes para mantener su costado del valle cerrado por un corto tiempo, llevó el resto de sus fuerzas contra la incursión de Cadwal.

Y el Termigan hizo lo mismo desde el otro lado.

Estaba retirándose, sus hombres luchaban por conservar la vida, estaban ya vencidos..., y de pronto se volvieron, y se convirtieron de nuevo en una fuerza coherente, y atacaron. Respaldados por la pared del valle, cargaron contra los hombres de Cadwal cerca del punto de acceso más angosto al valle...

...con tanta violencia, tan inesperadamente, que dejaron a Festten completamente aislado.

Con cuatro o cinco mil de sus hombres aún fuera del valle, fuera de su alcance, el Gran Rey se halló de pronto enfrentado a su viejo enemigo en la batalla.

Por un corto tiempo al menos, las condiciones del combate estuvieron casi

igualadas: el número de componentes de los ejércitos era casi el mismo. Sin embargo, no había nada de igual en la forma en que luchaban los hombres.

Los de Cadwal habían sido tomados por sorpresa, estaban desorganizados; su principal arma, la bestia-babosa, estaba muerta; no podían retirarse. Su consternación resultaba obvia a través del espejo, tan vivida como un grito. Y las fuerzas de Mordant y Alend golpeaban como si supieran que, mientras el Rey Joyse las mandara, nunca podrían ser derrotadas.

No sabían que Joyse estaba ya sentenciado, que Eremis podía trasladarlo a la locura en cualquier momento. Sólo sabían que estaba de nuevo al frente de ellos, y luchaba poderosamente, y que nunca antes lo habían visto perder. Su espíritu parecía arrastrarlos con él, llevarlos a la victoria.

Casi inmediatamente, lo que hubiera debido ser una lucha igualada empezó a parecer una victoria del Rey.

Terisa carraspeó. Suavemente, pero con toda claridad, de modo que cada palabra fuera inconfundible, preguntó:

—¿No oyes el sonido de cuernos?

¿Cuernos?

Eremis la estudió con ojos entrecerrados. No le preocupaba la batalla, ya no; el fuego en él necesitaba otra salida. No importaba lo que ocurriera en el valle, la condenación de Joyse estaba *aquí*; este espejo lo arruinaría. Y si Festten era derrotado primero, tanto mejor. Eremis había terminado con aquella alianza. Ya había servido a sus propósitos.

Pero ella no le estaba mirando a él.

Él deseaba que le mirara. Deseaba ver el miedo en sus ojos.

Apoyó las manos sobre sus hombros y le hizo dar la vuelta.

Ella seguía sin tener miedo. El hambre que había revelado antes había desaparecido. La inexpresividad llenaba su mirada.

No, Terisa, prometió él, no tienes escapatoria de esta forma. No hay ninguna parte de ti tan secreta que yo no pueda encontrarla y hacerle daño.

Para llamar su atención, se soltó la capa y la dejó caer, luego se desabrochó y se bajó los pantalones para que ella pudiera ver el tamaño de su pasión por ella.

Pero los ojos de Terisa siguieron sin mostrar miedo. Miró más allá de él, o a través de él, como si se hubiera vuelto ciega.

La sujetó ferozmente, cerró sus brazos en torno a ella, selló su boca sobre la de ella. Tenía intención de besarla hasta que ella se resistiera..., o se fundiera...

Pero estaba flácida. Todos sus músculos parecían muertos. Sus labios eran fríos, como si la sangre en su corazón se hubiera convertido en hielo.

La aferró brutalmente, tan furioso contra ella por desafiarle que sintió deseos de quebrarla, de castigarla inmediatamente, de una forma absoluta. Era lo bastante

fuerte; podía hacerlo. Aplastando sus antebrazos contra la espina dorsal de ella, intentó hallar el lugar donde ella aún podía sentir dolor.

Un inesperado movimiento captado por el rabillo del ojo llamó su atención.

Terisa volvió la cabeza hacia allá, como si supiera lo que significaba.

Antes de tener tiempo de pensar, Eremis miró también hacia el espejo.

El movimiento era allí; pero no era el movimiento de los ejércitos, no estaba en la Imagen. Era la propia Imagen la que se estaba moviendo, modulando...

Mientras observaba, la escena que reflejaba el espejo se convirtió en una amplia habitación con una cama e instrumentos de diversión; suelos de piedra; luz solar.

En el centro de la escena, frente a Eremis, había de pie un hombre alto y desnudo, con una nariz demasiado grande, pómulos que se inclinaban demasiado hacia sus orejas, una mata de pelo negro demasiado hacia atrás en su cráneo. Pese a su habitual inteligencia y humor, los ojos del hombre estaban muy abiertos, casi desorbitados.

Sus brazos sujetaban a una mujer poco atractivamente vestida. Su cuerpo colgaba flácido contra el de él, como si sus últimas fuerzas hubieran desaparecido.

Sus ojos, en cambio...

Ya no eran inexpresivos. Habían ido hasta tan profundo dentro de ella misma que habían alcanzado un lugar de inesperado poder. La oscuridad parecía derramarse de su mirada como el rebosar de un vacío, un negro vacío que se tendía para arrastrarlo a él.

Se estaba viendo a sí mismo, y a ella; era su propia Imagen haciendo eco en el espejo plano. Tenía una cualidad luminosa, una precisa perfección, que le sorprendió como una revelación, como si fuera todo lo que necesitaba saber.

Muéstrame lo que eres capaz de hacer.

Lo último que sintió antes de que su mente se desvaneciera en la eterna traslación fue una sensación de completo asombro.

26

No más lucha

Terisa pareció colgar flácida durante un tiempo interminable en el helado abrazo del Maestro Eremis.

En un momento determinado, creyó recordar un peculiar temblor bajo sus pies, un temblor en las piedras. De todos modos, desapareció antes de que pudiera identificarlo, y su recuerdo de él era incierto.

Sin embargo, el esfuerzo de intentar pensar la ayudó a volver.

Entonces recordó algo más, algo sobre lo que no podía equivocarse: el sonido de cuernos.

Lo había oído claramente, atravesando su corazón: la música de la caza, la osada llamada de la música; la llamada al riesgo y a la belleza. Pese a que los espejos no podían transmitir el sonido, los cuernos habían llegado hasta ella mientras contemplaba al Rey Joyse cabalgar hacia la batalla; había oído los cuernos del mismo modo que lo había visto luchar. Habían elevado su espíritu...

El recuerdo de su sonido la elevó de nuevo ahora, la devolvió a sí misma.

Ya era tiempo de actuar.

No sabía lo que les había ocurrido a Artagel y Geraden, pero no tenía miedo; todavía no. Gart hubiera detenido a Geraden si hubiera podido. Y el Maestro Gilbur hubiera atacado al Rey Joyse mediante la Imagería si hubiera podido. Puesto que Gilbur no había hecho nada —¿excepto quizás hacer temblar el suelo?—, Geraden y Artagel debían estar vivos. Sin embargo, deseaba verlos, a los tres hermanos. Deseaba sentir los brazos de Geraden a su alrededor y contemplar el rostro de Artagel y averiguar cómo estaba Nyle.

Lanzó una última mirada a su Imagen, para asegurarse. Luego liberó su presa sobre el espejo, para que volviera a su reflejo natural.

Después de eso, empezó a soltarse del abrazo de Eremis.

Estaba tan duro como la piedra, aún erguido y rígido; todo él estaba tenso de ambiciones y anhelos insatisfechos. Como resultado de ello, le resultó difícil soltarse. Sin embargo, puesto que él no podía reaccionar a sus movimientos, no podía retenerla tampoco.

Al cabo de unos momentos estuvo libre.

Él siguió de pie allí como si ella fuera suya para siempre..., como si sólo hubiera vuelto momentáneamente la cabeza de su mejor beso para echar una mirada al espejo antes de consumir su abrazo.

Vagamente, se preguntó si sentiría algún dolor, si le quedaría todavía lo suficiente de sí mismo como para sentir el ultraje o la pérdida. Lo dudaba.

Entonces Geraden y Artagel y Nyle entraron en la habitación.

Pese a su evidente agotamiento, habían acudido todos a luchar por ella. Artagel llevaba su espada dispuesta para el ataque; Nyle hacía girar sus cadenas; el rostro de Geraden estaba lleno de amenazas. Los tres avanzaron para lanzarse contra el Maestro Eremis. Pero, cuando vieron que no se movía, que no podía moverse, y que ella no había sufrido ningún daño, Geraden lanzó un grito de alegría, Artagel parpadeó en alegre sorpresa, y Nyle dejó caer sus cadenas.

Oh, Geraden. Oh, amor. Muda de alivio y contenidos deseos de llorar, ella lo abrazó y lo abrazó mientras Artagel palmeaba estrepitosamente su espalda y Nyle derramaba silenciosas lágrimas.

Ninguno de ellos hizo ninguna pregunta. Todos se sentían lo bastante felices como para aguardar un poco a descubrir lo que había ocurrido.

Por otra parte, después de un momento, todos se dieron cuenta de que tenían los ojos fijos en el espejo.

Hubo que ajustar su foco antes de que pudieran ver al Rey Joyse. Había cabalgado tan hacia abajo en el valle, estaba tan metido entre los hombres de Cadwal, que se hallaba momentáneamente *fuera* del campo de visión. Cuando lo localizaron, sin embargo, vieron casi inmediatamente que podía ganar aquella batalla.

Sus fuerzas y las del Gran Rey todavía parecían bastante igualadas en número. Pero el Termigan y sus hombres seguían bloqueando el lado izquierdo del valle; los soldados del Príncipe Kragen habían sellado el lado derecho. Como resultado de todo ello, el Gran Rey Festten no recibía refuerzos de ninguna clase.

Y necesitaba esos refuerzos. Los hombres de Cadwal simplemente no luchaban ni tan bien ni tan duramente como sus oponentes. El Rey Joyse y el Príncipe les atacaban desde ambos lados, y el Termigan cortaba su retirada, y la pared del valle y el cadáver de la bestia-babosa los encajonaban: no tenían espacio para maniobrar, ninguna avenida por donde escapar. Y los hombres de Alend y Mordant luchaban como si no pudieran ser vencidos.

Ante la vista de aquello el rostro de Artagel se iluminó, y Geraden lanzó un grito de victoria.

—¡Miradle! ¿No os dije que valía la pena servirle? —Al parecer, había olvidado que Nyle podía tener una reacción distinta—. ¿No os lo dije?

Terisa seguía necesitando llorar. Al mismo tiempo, una feroz exultación brotó en ella. Tuvo que esforzarse para conseguir que sus palabras fueran más allá de su garganta.

—Hay algo que quiero hacer.

Incapaz de explicarse, indicó a Geraden y Artagel y Nyle que se apartaran del espejo. Moviéndose de modo que el Maestro Eremis ya no bloqueara su camino. Casi llorando, casi exultando, ajustó el foco de la Imagen hacia la parte superior de la pared, hacia la última catapulta.

La máquina estaba preparada para disparar..., y tanto el Rey Joyse como el Príncipe Kragen parecían hallarse dentro de su alcance.

Lanzando su único golpe en la batalla, Terisa trasladó uno de los puntales del almacén de la catapulta. La madera se hallaba bajo tal presión que cruzó el cristal como un proyectil y se estrelló violentamente contra la pared del fondo.

Sin aquel puntal, toda la máquina saltó en pedazos, que volaron en todas direcciones.

Esta vez, tanto Geraden como Artagel lanzaron gritos de victoria. Pareció que algunos de los hombres en el valle vitoreaban también.

Aquello ayudó; pero Terisa seguía sin poder desanudar su pesar y su alegría. Si seguía donde estaba, con el Maestro Eremis de aquella forma frente a ella, podía ponerse a llorar alocadamente.

—Vámonos —dijo.

Artagel asintió de inmediato y se volvió para sostener a Nyle. Pero Geraden miró al erguido Imagero, y a la capa en el suelo, como si sintiera piedad de él.

—¿No deberíamos cubrirle?

Terisa agitó la cabeza.

—Déjale así. Probablemente es feliz de este modo.

Con sorpresa y alivio, Geraden dejó escapar una carcajada.

Artagel rió también, un largo e intenso aullido de alegría. Incluso Nyle consiguió esbozar una pequeña sonrisa.

De pronto, el nudo dentro de Terisa se soltó, y ella se echó a reír también.

Feliz de este modo. Dispuesta y capaz y llena de sí misma hasta la muerte. Riendo incontroladamente, ella y los hijos del Domne recorrieron todo el camino de vuelta hasta la sala de las Imágenes.

En el centro del dañado círculo de espejos encontraron al Adepto Havelock. Estaba sentado sobre las desnudas piedras, como si hubiera aparecido allí por traslación. Sus ojos estaban extrañamente enfocados, y su rostro mostraba arrugas de pesar; parecía como un hombre que hubiera perdido a un viejo amigo.

Entre sus brazos sostenía al archi-Imagero.

Vagel tenía lo que parecía la rama de un árbol atravesándole el vientre. Estaba cubierto de sangre, evidentemente muerto.

Havelock le estaba cantando suavemente.

—Lo comprendo —canturreaba el viejo Imagero loco, como si estuviera consolando a un niño—. Lo comprendo todo. Todo.

Terisa sintió un renovado deseo de llorar, pero no duró mucho.

El cristal plano mostraba al Rey Joyse empujando contra la presión de los soldados de Cadwal en dirección al Gran Rey Festten. Ya no utilizaba su espada: no parecía necesitarla. Sólo su carga era suficiente para hacer que los de Cadwal

cedieran terreno. Estaban siendo derrotados.

La destrucción de la última catapulta les había golpeado como el anuncio desde la fortaleza de que el Maestro Eremis y el Maestro Gilbur y el archi-Imagero Vagel habían sido vencidos. Y las fuerzas de Mordant y Alend no dieron a las de Cadwal ni espacio ni tiempo para recuperarse. El Gran Rey parecía estar gritando furiosamente, pero no podía conseguir que el muro de hombres que le rodeaba se mantuviera.

—Va a conseguirlo —jadeó alegremente Artagel—. Va a vencer a Festten.

—Con el Príncipe Kragen —dijo Terisa en beneficio de Nyle, señalando la alianza entre Mordant y Alend—. Van a conseguirlo juntos.

Nyle miró como si no pudiera creer en sus ojos.

Por un momento, Terisa pensó que alguien debería hablar con él. Había muchas cosas que él no sabía, muchas cosas que necesitaba oír. Pero no se sentía con ánimos para dar explicaciones; todavía no.

—¿Podemos ir allí? —le preguntó a Geraden—. ¿Al valle?

El único hombre que creía que podía tener el poder de hacerle algún auténtico bien a Nyle era el Rey Joyse.

—No sabemos dónde es desde aquí —respondió pensativamente Geraden—. Y tiene que *haber* guardias en alguna parte alrededor nuestro. Podemos tropezar con ellos, si intentamos salir a pie. —Luego sonrió—. Por supuesto, tenemos abundancia de espejos.

Nyle pareció aprensivo. En un tono de burlón hastío, Artagel dijo:

—No te preocupes. Este asunto de las traslaciones no es nada, una vez te has acostumbrado a él.

Terisa se dio cuenta de que estaba riendo de nuevo. Geraden rió también, y Artagel reprimió una risita.

Terisa temió ser incapaz de dejar de reír si no se marchaban pronto de allí. Las cosas que había soportado y sufrido en los pasados días requerían algún tipo de desahogo. Pero Geraden se puso serio cuando miró al Adepto Havelock. Al cabo de un momento de incertidumbre, se dirigió hacia él.

—Vagel está muerto —dijo cuidadosamente—. Finalmente le venciste. Vamos a reunimos con el Rey Joyse. ¿Quieres venir con nosotros?

Havelock no alzó la cabeza. Brevemente, sin embargo, dejó de canturrear. Con una voz sorprendentemente lúcida, dijo:

—Id delante. Yo me quedaré aquí por un tiempo. Si las cosas van mal en el último minuto, puedo usar estos espejos para ocuparme de Festten. Eso debería garantizar la victoria de Joyse.

Casi inmediatamente, añadió:

—Aunque no necesita que yo le garantice nada.

Suavemente, empezó a canturrear de nuevo.

Geraden se encogió de hombros. Con una expresión pensativa en su rostro, regresó junto a Terisa, Artagel y Nyle.

Cada vez se sentía más familiarizado con su talento, con más práctica. Necesitó sólo unos segundos para tomar uno de los espejos curvos y cambiarlo hasta que su Imagen mostró la ladera de la colina en el valle donde el Rey Joyse había plantado su estandarte..., la ladera desde donde Myste y Elegia, el Maestro Barsonage y la Cofradía observaban la batalla. Cuando estuvo preparado, hizo una solemne inclinación de cabeza a Terisa y sus hermanos, y con un gesto indicó que uno de ellos pasara primero.

La actividad era una especie de desahogo. Terisa se dirigió inmediatamente hacia el espejo.

Antes de entrar en él, sin embargo, clavó sus ojos en la intensa y alegre mirada de Geraden y dijo:

—Si vuelves a equivocarte esta vez, vas a tener que darme una auténtica disculpa. Mientras él aún estaba riendo, aceptó la traslación.

Como siempre, perdió pie cuando terminó el rápido e infinito paso. Trastabilló y cayó de rodillas, muy poco gloriosamente, en el barro de la medio fundida y pisoteada nieve.

Myste y Elegia lanzaron sendas exclamaciones cuando apareció; pero el Maestro Barsonage la alcanzó primero. Ahogándose en solicitud, sorpresa y esperanza hasta el punto de ser incapaz de hablar, la ayudó a ponerse en pie.

Terisa tuvo tiempo de ver el fiero triunfo en los rasgos de Elegia, la vindicación y la triste pérdida en los ojos de Myste. Luego, Nyle y Artagel aparecieron junto a ella y tuvieron que ser ayudados a levantarse del barro.

Inmediatamente, Artagel extrajo la espada de Gart y la tendió hacia lo alto.

—¡La hoja del Monomach del Gran Rey! —gritó.

Los guardias en torno al estandarte empezaron a vitorear.

Con acompañamiento de roncós gritos y fervientes aplausos, apareció Geraden.

Cayó de bruces, como si el barro fuera el suelo de una porqueriza. Esta vez, sin embargo, dama Eremis lo ayudó a ponerse de nuevo en pie; le miró con ojos radiantes. Finalmente había aprendido cómo ignorar sus pequeñas torpezas.

Por alguna razón, el pesar en la sonrisa de él le pareció algo maravilloso a Terisa. Parecía sugerir que había pasado por su experiencia con el corazón entero.

Luego resonaron otros vítores al pie del valle. El Rey Joyse había alcanzado al Gran Rey; había arrancado la espada de Festten de manos de éste, había derribado al tirano de Cadwal fuera de su montura.

Frenéticamente, los hombres del Gran Rey empezaron a rendirse tan pronto como podían.

Tenían buena causa para ello: fuera del valle, sus refuerzos estaban dispersándose.

Quizá la destrucción de la última catapulta había acabado de minar su resolución. O quizás Havelock había efectuado alguna otra traslación para asustarles. Fuera cual fuese la explicación, varios miles de hombres dejaron de intentar abrirse camino hacia el interior del valle y en vez de ello se lanzaron hacia el laberinto de colinas.

Sin refuerzos, la posición de Cadwal se hizo insostenible. Los hombres del Gran Rey se rindieron para salvar sus vidas.

El Rey Joyse había conseguido lo que parecía una victoria imposible.

Los vítores se difundieron por todo el valle, resonando en las paredes hacia el límpido cielo. Bruscamente, el Maestro Barsonage dejó escapar un grito muy poco característico de él, y los Imageros empezaron a felicitarse, alegres, unos a otros. Los ojos de Elegia derramaron lágrimas de felicidad; Artagel blandió la espada de Gart; Geraden abrazó a Terisa hasta que ésta creyó que iba a romperle todas las costillas. Por un momento, las únicas personas infelices en toda la colina fueron Myste, que había perdido a Darsint, y Nyle, que había ayudado a llevar al Rey Joyse al borde de la derrota.

Casi inmediatamente, sin embargo, un inesperado silencio siguió a los gritos al pie del valle. Terisa y Geraden doblaron el cuello para mirar sin soltarse el uno del otro; por un momento, su vista se vio bloqueada por la apretada multitud de hombres.

Fortuitamente, se produjo un claro entre ellos, justo a tiempo para dejarles ver que la bestia-babosa abría sus fauces como si hubiera vuelto a la vida.

Forcejeando poderosamente, el campeón se abrió camino por entre los enormes dientes del monstruo y se tambaleó entre ellos.

Inmediatamente, se arrancó el casco y lo arrojó a un lado. Por unos instantes permaneció de pie, inmóvil, jadeante, como si hubiera estado a punto de sofocarse. Luego pulsó varios botones en los costados de su armadura, y todo el metal pareció doblarse sobre sí mismo y cayó al suelo, dejándole vestido únicamente con lo que podía calificarse como su ropa interior.

—Maldito traje podrido de Dios —jadeó roncamente—. Se acabó el suministro de oxígeno. Como todo lo demás.

—¿Queréis decir —preguntó asombrado Artagel— que realmente dejó que esa cosa lo *devorara*?

Varios de los guardias asintieron.

Los vítores se reanudaron, más fuertes esta vez.

El rostro de Myste pareció encenderse de alegría. Abandonó la colina a la carrera, en dirección a Darsint.

Gradualmente, el tumulto dejó paso a un nuevo tipo de orden. Los hombres de Cadwal que se habían rendido fueron organizados y custodiados, agrupados a un lado. El Gran Rey Festten fue montado en otro caballo, con las manos atadas a la espalda. Había perdido su casco dorado; sin él, parecía mucho más bajo. Entre el Rey

Joyse y el Príncipe Kragen, con el Termigan a su lado, fue conducido valle arriba hasta la colina y el estandarte del Rey.

Terisa nunca había visto al Rey Joyse como un hombre tan merecedor de honores. Sin embargo, no estaba solo en su triunfo. El Príncipe Kragen había ido más allá de sus dudas personales y riesgos, y ahora su expresión era tan firme y realizada como la del Rey. Y el Termigan irradiaba positivamente satisfacción. De hecho, la batalla y su resultado le habían hecho tanto bien que no podía contenerse. Tan pronto como él y sus compañeros alcanzaron la colina, ignoró el protocolo y el sentido común y pasó por delante del Rey Joyse y el Príncipe Kragen.

Condujo su caballo directamente hacia Terisa y Geraden, hizo una cabriola que casi lo derribó de la silla, luego inmovilizó su montura.

—Me disteis un buen consejo —dijo en voz alta, de modo que todo el mundo pudiera oír al señor de Termigan acercarse tanto como era capaz a una disculpa—. Hubiera debido escucharos antes.

Geraden rió de nuevo.

—Escuchaste con el tiempo suficiente, mi señor Termigan.

Los pétreos rasgos del señor casi sonrieron cuando se retiró para dejar hablar al Rey Joyse y al Príncipe Kragen.

El Príncipe no parecía particularmente interesado en hablar. Ya había saltado de su caballo para abrazar a Elegia; estaba demasiado atareado con ella para pensar por el momento en ninguna otra cosa.

Desde su caballo, regiamente, el Rey Joyse miró a Terisa y Geraden, Artagel y Nyle.

—Tenéis una historia —dijo— que estoy ansioso por oír. Por el momento, sin embargo, decidme sólo los resultados. ¿Qué habéis conseguido?

—Mi señor Rey —replicó inmediatamente Artagel—, el Monomach del Gran Rey ha muerto.

—Y el Maestro Gilbur ha muerto también —dijo Geraden.

Un momento más tarde, añadió:

—El Adepto Havelock ha matado al archi-Imagero Vagel.

Terisa carraspeó. Deseaba decir: ¿Qué hay con Nyle? ¿No podéis ver lo que le ha ocurrido? Necesita ayuda.

Pero la azul mirada del Rey estaba fija en ella; el recuerdo del sonido de cuernos prendió en ella. Del mejor modo que pudo, dijo:

—El Maestro Eremis contempló su propia Imagen en un espejo plano. No creo que vuelva a molestarte.

La sonrisa del Rey Joyse era tan brillante y purificadora como la cálida luz del sol y el inefable cielo.

Cuando miró a Nyle, sin embargo, su sonrisa se borró.

Desmontó; avanzó hacia Nyle a grandes zancadas, inflexible como un soberano ante un traidor al que debe castigar.

Luego se detuvo.

En vez de hablar duramente, murmuró:

—Nyle, perdóname.

El rostro de Nyle se crispó, impotente.

—¿Perdonar...? Mi señor Rey, te traicioné.

—¡Sí! —respondió inmediatamente el Rey Joyse—. Me traicionaste..., como me traicionó mi hija Elega..., como me traicionó la Cofradía. Y, puesto que *fui* traicionado, ha sido posible esta victoria. Todo lo que hiciste contra mí lo hiciste por amor y honor. Y, por esa *razón*, todo lo que hiciste formó parte de la salvación de mi reino. Me traicionaste en bien de Mordant, Nyle. Yo te fallé. Fallé en ver tu importancia, tu *valía*, cuando mi estima hubiera repercutido en beneficio tuyo.

»No hubiera podido protegerte de sentirte herido. Pero hubiera podido ayudarte a valorarte más a ti mismo.

Nyle intentó responder; era posible que hubiera un cierto número de cosas que deseaba decir. Pero no pudo controlar sus lágrimas.

Tanto Artagel como Geraden lo rodearon con sus brazos.

El Rey Joyse se volvió para dirigirse a todo el mundo al alcance de su voz.

—Nyle ha sufrido —anunció, en un tono a la vez hosco y exaltado, triste y alegre—. ¿Me oís? No es un traidor. Ha sufrido como sufrió el Perdon, y como sufrió el Tor, y el Castellano Lebbick, porque su amor es fuerte y no comprendió.

Mientras hablaba, su voz fue más y más allá, hasta que alcanzó las paredes y los ejércitos, los hombres de Mordant y Alend y Cadwal por todo el valle.

—Muchos hombres buenos han sufrido y muerto, entre ellos el Maestro Quillón, que sirvió a mis propósitos cuando no podía correr el riesgo de comunicárselos a nadie más, y el Castellano Norge, que sirvió a Orison y Mordant y a todos vosotros con su vida. Y con su dolor han conseguido una victoria que no hubiéramos podido ganar de ningún otro modo.

»¡Recordad que sufrieron por nosotros! ¡Recordad que les debemos la libertad y la victoria y la vida!

»¡Y a vosotros, que habéis luchado como héroes!

»Ahora el mundo es nuestro, y debemos curarlo. Desde este día, convirtámoslo en un lugar de paz.

Cuando terminó, los vítores se prolongaron durante largo tiempo.

Después de curar a los heridos tanto como permitían las circunstancias, y alimentar a los hombres de los tres ejércitos con provisiones trasladadas desde Orison, el Rey Joyse ordenó a todos los capitanes del Gran Rey Festten, además de los suyos y los del Príncipe Kragen, que se reunieran con él mientras escuchaba las

historias que Terisa y Geraden, Artagel y Nyle, tenían que contar. Pidió al Príncipe y a Elega, a Myste y a Darsint, que describieran lo que habían hecho. Contó de nuevo su propia historia, a fin de que sus acciones fueran tan ampliamente comprendidas como fuera posible. Luego hizo regresar a los capitanes de Cadwal junto a sus hombres.

Envió varios centenares de sus guardias a localizar y dominar la fortaleza del Maestro Eremis. Y envió otros jinetes por entre las colinas, a anunciar a todos los hombres de Cadwal escondidos o beligerantes allí la misma amnistía que había ofrecido a los hombres que se habían rendido: regresar a sus hogares o no, unirse *a él* o no, según lo que eligieran, sin temor a ser perseguidos u obligados a nada. El Rey Joyse no temía a nadie y no tenía intención de derramar más sangre.

Luego, la Cofradía empezó a trasladar barriles de cerveza y de vino, y todo el mundo en el valle de Esmerel fue invitado a participar en la celebración del Rey.

Aquella noche no hubo más lucha en el Care de Tor.

Epílogo

Coronando las piezas

Algún tiempo más tarde, mientras la primavera avanzaba hacia el verano, Terisa y Geraden cabalgaron juntos fuera de Orison, hasta el bosquecillo de árboles entre las colinas donde habían sido atacados por primera vez por los callat..., donde los jinetes de su sueño habían aparecido por primera vez ante ella de una forma equivocada, del mismo modo que habían aparecido luego en el lugar equivocado, haciendo cosas equivocadas.

El frío y la nieve tardíos que habían dificultado la marcha a Esmerel habían ocasionado considerables daños a las flores y frutales y verduras primerizas del Demesne y el Care de Tor; pero no había señales de heladas allí. Los árboles tenían un verde intenso y elegante, cubriendo con su suave sombra la larga hierba que crecía entre ellos; y, por entre la hierba, las flores silvestres asomaban como delicadas e inesperadas posibilidades. Una suave brisa agitaba lo suficiente el follaje como para hacer murmurar los árboles, mantener el aire frío; pero no lo suficiente como para alterar la tranquilidad del lugar.

Terisa había traído a Geraden hasta allí porque deseaba oír de nuevo el sonido de los cuernos. Tenía que tomar una decisión, y creía que la intensa música que en una ocasión la había alzado fuera de sí misma en un sueño, abriendo su corazón a él y al Rey Joyse y a Mordant, podría ayudarla ahora.

Ese sueño había sido una extraña clase de augurio, a la vez exacto y engañoso: falso en ambas ocasiones cuando se había realizado, y de alguna forma cierto en su combinación, como si cada ocasión hubiera contribuido con una parte de verdad.

Sin embargo, le hubiera gustado tener otro sueño para que encajara con él, una Imagen reflejada en un espejo hecho de la pura arena de los sueños. Necesitaba un sentido de dirección, un propósito; una indicación que la guiara.

Tenía que decidir si debía quedarse donde estaba, o regresar a su vida anterior.

Geraden estaba siendo estudiadamente, casi lúgubrementemente, neutral. A ella le hubiera gustado oírle pedir que se quedara; eso también hubiera ayudado. Pero él estaba decidido a respetar sus deseos, a no ejercer ninguna presión sobre su decisión. Oh, él deseaba que se quedara; ella lo sabía. Pero también deseaba que ella fuera feliz. Siempre había sido así, atrapado en lo que ella necesitaba o deseaba, dispuesto instintivamente a dejar que ella tomara la iniciativa. Y, cuanto más fuerte se hacía, cuanta más confianza ganaba, menos pedía para sí mismo.

La felicidad de ella no era algo que él pudiera conseguir pidiéndole que subordinara sus deseos a los suyos.

Desgraciadamente, su determinación a dejar que ella alcanzara su propia decisión

no parecía conseguir otra cosa excepto hacer que su decisión fuera aún más difícil de tomar.

Deseaba oír el sonido de los cuernos.

Los árboles tenían una suave música propia, pero no era la llamada que agitaba su espíritu, la potente mezcla de melodía y caza. Las flores silvestres agitaban sus cabezas a la ligera brisa, asintiendo hacia ella como si comprendieran, pero sin revelar nada. Ella pensaba en su vida anterior como en una lucha entre el Reverendo Thatcher y su padre..., una batalla para ayudar a los derrotados y arruinados del mundo contra la rapacidad y la despreocupación, contra los hombres que infligían la miseria en su propio beneficio simplemente porque eran capaces de hacerlo. Y, cuanto más fuerza mostraba el Reverendo Thatcher, más deseaba ella ayudarle.

Había cosas que podía hacer en su antiguo mundo.

Mordant, por su parte, estaba en paz. Y probablemente seguiría así durante largo tiempo.

Le gustaba. No deseaba abandonarlo.

Geraden, ayúdame.

Aunque sabía que él no deseaba responder, preguntó:

—¿Qué debo hacer?

Él había alcanzado un punto donde al parecer hallaba imposible mirarla directamente a los ojos. Escrutando por entre los árboles como si estuviera buscando el lugar donde habían visto los callat por primera vez, un lugar difícil de reconocer en una escena llena de hojas y hierba y flores silvestres, murmuró:

—Tengo la impresión de que Darsint se siente contento de quedarse.

—Puede que no le quede otro remedio —respondió ella, con más aspereza de la que pretendía—. No tiene ninguna forma de volver. Tú puedes devolverlo a la Imagen donde lo encontrasteis, a Pythas..., pero no puedes devolverlo a su gente. Y su traje no tiene ya ningún poder. No podría defenderse.

»Yo no tengo ese problema. Tú puedes enviarme *de vuelta*.

Lúgubrementemente, Geraden asintió.

Sin advertencia previa, la soledad creció dentro de ella, y sus ojos se poblaron de lágrimas. Oh, Geraden, amor, ¿no puedes ayudarme? Suavemente, de modo que él no se diera cuenta de cómo se sentía, preguntó:

—¿Cuáles son mis elecciones?

Él se encogió de hombros.

—Puedo trasladarte a tu casa. Tu padre debe haber vendido ya el apartamento. Tendrás que empezar tu vida de nuevo. —Casi inmediatamente, sin embargo, añadió—: Pero puede que no sea tan malo como eso. Yo puedo visitarte ocasionalmente. Tú puedes visitarme. Sabemos cómo hacerlo.

Su voz se desvaneció entre el rumor de las hojas.

—¿O? —insistió ella.

—O puedes quedarte aquí. —Por un momento más largo mantuvo su rostro vuelto hacia otro lado, se negó a mirarla. Pero luego, como un hombre que no puede evitarlo, se volvió hacia ella—. Puedes quedarte aquí y casarte conmigo.

A través de las lágrimas de Terisa, los ojos de Geraden parecían avergonzados y valientes, accesibles a la alegría o al dolor; turbados, dulces y preciosos. Y cuando la miraba así, ella oía el inconfundible sonido de cuernos.

Así que se casaron en pleno verano, en la gran sala de baile de Orison, el enorme salón que no había sido usado durante años hasta que los Maestros lo convirtieron en un almacén de depósito de suministros durante la marcha a Esmerel.

Como si lamentara el olvido de todos aquellos años sin alegría, el Rey Joyse convirtió la sala de baile en algo festivo para la ocasión: las paredes fueron decoradas con banderas y gallardetes; fragantes juncos fueron tendidos por todo el suelo; el fuego de espléndidos braseros proporcionó al aire una tonalidad dorada, mientras que las llamas en las enormes chimeneas se llevaron consigo la vieja frialdad de las piedras; los músicos ocuparon los balcones, practicando floreos y danzas hasta que cada esquina del lugar pareció cantar y temblar.

Todo aquello fue organizado por dama Torrent. Seguía siendo tímida —los peligros y privaciones que había soportado para ayudar a rescatar a su madre no habían cambiado eso—, pero había descubierto en ella un reflejo de la firme voluntad de su madre, así como las habilidades organizadoras para hacer que la gente y las cosas se unieran en el momento adecuado. Como su hermana Myste, se había convertido rápidamente en amiga de Terisa, y juntas habían pasado muchas horas felices planeando la boda, ante la desolación, el regocijo y el deleite alternativos de Geraden.

Sin embargo, todavía se sentía abrumada por su nuevo estatus: apenas sabía qué hacer con el hecho de que su padre la hubiera proclamado su heredera y sucesora. Sus talentos, declaró el Rey Joyse, eran los que Mordant iba a necesitar más cuando él desapareciera. Públicamente, ella puso objeciones, afirmando que lo único que deseaba era que él viviera eternamente. Privadamente, sin embargo, descubrió que tenía un cierto número de ideas acerca de cómo podían ser gobernados Orison y Mordant.

Pero más impresionante aún que el color y la música y la celebración que produjo Torrent fue la lista de personajes que acudió a la boda.

Naturalmente, presidieron el Rey Joyse y la Reina Madin. De tanto en tanto, se cogían de la mano; y la Reina parecía mirar a Terisa y Geraden como si se estuviera casando a una de sus propias hijas. Según los rumores, sin embargo, su reunión había sido tormentosa durante largo tiempo después del regreso de la Reina a Orison. Se decía que estaba furiosa por la forma en que él la había tratado, su negativa de

compartir sus secretos con ella, de implicarla en sus planes; y todas las protestas y explicaciones de él no habían hecho otra cosa excepto ponerla más furiosa aún. Sólo eran rumores, por supuesto. Era cierto, sin embargo, que el Rey había salido a veces de sus aposentos privados con el aspecto de un hombre que quizá prefiriera cualquier guerra a esta paz.

Sin embargo, en el momento de la boda, ya habían resuelto o aceptado sus diferencias, y habían empezado a gozar de su mutua compañía. Quizá él había ayudado a la reconciliación nombrando a Torrent como su sucesora. Desde sus asientos elevados a un extremo de la sala de baile, sonreían su aprobación sobre toda la asamblea, y el uno al otro, y parecían satisfechos.

El primero entre los invitados —no en rango nominal, pero sí en estatus real— era el Príncipe Kragen, el Gran Regente de Cadwal, y su consorte, dama Elega. Como pareja, eran la base sobre la cual el Rey Joyse y el Monarca de Alend habían edificado su nueva alianza, su nueva paz. En un esfuerzo por asegurar que ninguna nueva tiranía ascendiera al poder en Cadwal, y que los tres reinos fueran mantenidos juntos por lazos de autoridad y familia, así como por los intereses comunes, el hijo del Monarca y la hija del Rey habían sido situados en el antiguo trono de Festten en Carmag.

Ese arreglo había sido idea de Joyse, pero Margonal lo había aceptado inmediatamente. Estaba aprendiendo a comprender la forma en que pensaba su antiguo enemigo. Y tenía ideas propias...

Ciego, cansado, satisfecho —y no deseoso de enfrentarse a los rigores de un segundo viaje a Orison—, el Monarca de Alend había enviado a su nuevo Pretendiente para que ocupara su lugar en la boda: un hombre que ahora podía reclamar precedencia sobre cualquiera en Orison excepto el Rey Joyse y la Reina Madin, debido a su posición como representante y potencial sucesor de Margonal.

El nuevo Pretendiente de Alend era Nyle.

Cuando llegó a la ceremonia, aún parecía perplejo y un poco desconcertado por las circunstancias. Pero cuando Kragen había sido instalado como Gran Regente en Carmag, Margonal había necesitado otro Pretendiente; y el Monarca de Alend había visto en Nyle a un hombre con un recién nacido pero casi feroz instinto hacia la cautela. La cautela, había declarado el Monarca, era la exigencia fundamental para cualquiera que pretendiera gobernar sobre Scarab y los Feudos de Alend. Kragen había demostrado ser demasiado proclive a correr riesgos, y Margonal deseaba reemplazarle con alguien que careciera de esa imperfección.

Nyle había rechazado al principio el honor..., o la responsabilidad. No la merecía, no estaba a la altura. Finalmente, sin embargo, el Rey Joyse lo había enfrentado con una orden real, de modo que se había visto obligado a aceptar.

Los informes que desde entonces había recibido el Rey Joyse del Monarca de

Alend indicaban que Nyle estaba demostrando ser exactamente el Pretendiente que Margonal deseaba, pese a su poca confianza en sí mismo.

Detrás del Pretendiente de Alend, y detrás del Gran Regente y su Consorte, venían el Castellano Darsint y su nueva prometida, dama Myste.

El Rey Joyse y la Reina Madin hubieran combinado alegremente el matrimonio de Darsint y Myste con el de Terisa y Geraden; pero Darsint había rechazado de plano una ceremonia pública. Por otra parte, no había dudado en aceptar el puesto de Castellano.

Las cadenas de mando, la obtención de pertrechos, el movimiento y alojamiento de hombres y animales, la disciplina y defensa: ésas eran cosas que el campeón de la Cofradía entendía hasta la médula de sus huesos. Y su papel en la batalla de Esmerel le había proporcionado una enorme credibilidad personal que le permitió superar los inciertos primeros días mientras aprendía su nuevo trabajo. Además, tenía el consejo y el apoyo de Myste; y pese a (o quizá a causa de) sus «románticas nociones», ella poseía un sentido de ética práctica que atemperaba y guiaba sus instintos autoritarios.

Después del Castellano y su dama, los señores de los Cares estaban dispuestos en orden de precedencia que dependía principalmente del papel que ellos —o sus predecesores— habían representado en la guerra del Rey. Primero venían el Tor, el Perdon y el Termigan; luego, el Fayle y el Domne; finalmente, el Armigite.

El nuevo Tor era uno de los hijos más jóvenes del viejo señor..., de hecho, el único de sus hijos que deseaba la posición. Pero el viejo Perdon había muerto sin hijos; y su viuda había rechazado categóricamente considerar la perspectiva de convertirse en la primera mujer «señor» de un Care en la historia de Mordant como algo más que como una carga cruel.

—Me has hecho perder a mi esposo y mis amigos, mi señor Rey —había protestado secamente—. ¿Quieres privarme ahora también de mi tranquilidad?

Así que el Rey Joyse, con un brillo en sus ojos que ocasionalmente sugería humor, y ocasionalmente malicia, había nombrado a Artagel como el Perdon.

Las protestas de Artagel habían sido considerablemente más enérgicas que las de la viuda del viejo señor; pero el Rey Joyse se había limitado a sonreír e insistir. Y finalmente, exasperado, había restallado:

—Sé razonable, Artagel. No puedes ser el mejor espadachín de Mordant el resto de tu vida. Los años no te dejarán. Y esas cicatrices que llevas nunca serán tan resistentes como la carne y los músculos intactos. Ya es tiempo de que busques alguna otra cosa en que ocuparte.

Así que Artagel había cedido a regañadientes, y su malhumor había ido desapareciendo gradualmente cuando se dio cuenta de que su nueva posición en Scarping hacía posible para él tener un hogar —¿y quizás incluso una familia?— propio al fin.

En cuanto al Termigan, todo el mundo había esperado que se negara a asistir a la boda, no por animosidad, sino simplemente porque estaba demasiado atareado reedificando Sternwall. Sin embargo, no sólo había acudido, sino que lo hizo educadamente. Además, trajo consigo todo un cargamento de vino de Rostrum como regalo de boda: un obsequio que algunas personas consideraron propio de un Rey, y por supuesto demasiado espléndido para unos simples Geraden y Terisa.

El Domne y el Fayle venían a continuación, viejos amigos complacidos con su mutua compañía. Pero de la familia de Geraden nadie más hizo el viaje a Orison: Tholden estaba ocupado con la tarea de disponer y construir un nuevo Houseldon; a Wester no le gustaba viajar; Minick no podía dejar a su tímida esposa; Stead no podía apartarse de sus otras ocupaciones. Nadie había acompañado al Domne excepto Quiss. Directa e indiscutible como siempre, Quiss había dejado bien claro que el viejo señor no podía hacer el viaje sin nadie que se ocupara de él. Una vez llegada a Orison, sin embargo, dejó bien claro también que su auténtica razón de venir había sido ver de nuevo a Terisa y Geraden, y escuchar de sus propios labios todo lo que habían hecho, y proporcionarles el beneficio de sus consejos.

El propio Domne no pareció sentirse obligado a dar ningún consejo. Por otra parte, se mostraba tan orgulloso y feliz que hizo que el rostro de Geraden irradiara y dio a Terisa la impresión de que toda la familia estaba presente en la persona del viejo señor.

El último de los señores era el Armigite, notablemente apagado en sus modales y atuendo, miserable en su aislamiento. Después de la batalla de Esmerel, todo el mundo que hablaba con el Rey Joyse —de hecho, todo el mundo en Orison— tenía su opinión acerca de la forma en que debía ser tratado el Armigite. Entre ellos, el Monarca de Alend había aconsejado clemencia; después de todo, las imprecisas lealtades del Armigite habían permitido que el ejército de Alend alcanzara Orison intacto, con evidentes (aunque no previstos) beneficios tanto para Alend como para Mordant. Como contraste, Darsint había recomendado la decapitación: la traición merecía siempre la muerte. Finalmente, sin embargo, el Rey Joyse se había decidido por el peor de todos los castigos: había decidido no hacer nada; tratar al Armigite como si sus peores ofensas fueran algo tan trivial que ni siquiera valía la pena pensar en ellas.

El Armigite pasó la mayor parte de su tiempo antes y después de las festividades intentando hallar a alguien con quien hablar; pero nadie se mostró dispuesto a ello.

Más abajo y al lado del Rey Joyse se sentaba el Adepto Havelock, en un lugar de honor..., y de discreción también, un lugar desde el que pudiera retirarse fácilmente si era necesario. Desde la batalla de Esmerel, parecía haberse asentado confortablemente en su papel de loco de Orison. No obsesionado ya por la necesidad de lucidez, había sido capaz de relajarse y disfrutar a su extraña manera. Como

resultado, su locura parecía hacerse más benigna, llevándole a menos extremos, permitiéndole más satisfacciones.

Nunca habló de su lucha con el archi-Imagero, nunca contó a nadie cómo había vencido a Vagel. Y nunca explicó por qué lo había arriesgado todo en un combate personal con Vagel, en vez de simplemente trasladar a su viejo enemigo y a Eremis y a Gilbur a Orison, como Terisa había pretendido. Si alguien le formulaba alguna otra pregunta, sin embargo, cualquier tipo de pregunta, a menudo respondía con una completa, clara y absolutamente inapropiada descripción de todo lo que él y el Rey Joyse habían hecho para enfrentarse a la necesidad de Mordant.

Así se desarrolló la celebración, llena de música y discursos ceremoniales, danzas y vino, votos y homenajes. En beneficio de la Cofradía, el Maestro Barsonage rechazó toda ostentación impropia para los Maestros. Para él, sin embargo, reclamó el derecho de officiar como padre de Terisa durante la ceremonia. Feliz y pomposo en una notable túnica roja, acompañó a Terisa a lo largo de todas las formalidades, y pronunció discursos en su honor, y generalmente se comportó como si se sintiera tan orgulloso como el Domne.

Así, la archi-Imagera Terisa de Morgan y el Adepto Geraden de Domne se casaron como la princesa y el héroe de la fábula: espléndidamente (algunos dijeron gloriosamente) rodeados por familia y amigos y honor y respeto, en un mundo que habían ayudado a llevar a la seguridad. Ella renunció a las riquezas de su padre a fin de obtener su propio poder, y el encantamiento que la había dominado desapareció. Y él heredó algo mejor que Cares o reinos, se heredó a sí mismo: su valor y su voluntarioso corazón, que eran su auténtico derecho de nacimiento.

En la ceremonia de matrimonio hicieron un buen número de votos, todos los cuales podían resumirse en una misma cosa: prometieron ayudarse siempre el uno al otro a oír el sonido de los cuernos.



Stephen Reeder Donaldson, hijo de James R. Donaldson, un médico misionero, y Mary Ruth Reeder, especialista en prótesis. Desde los cuatro a los diecisiete años, vivió en la India donde su padre se encargaba del tratamiento a leproso. Donaldson se tituló como *Master of Arts* en Inglés en la universidad de Kent State en 1971.

A menudo se le ha comparado con J. R. R. Tolkien por su magnífica construcción de mundos y culturas, además de su espléndida escenificación de batallas y prodigios. Por otro lado se señalan influencias de William Shakespeare, Mervyn Peake y las óperas de Richard Wagner. Tanto *Las crónicas de Thomas Covenant, el Incrédulo* como *La necesidad de Mordant* hacen uso del paradigma del *otro mundo* ya usado por C.S. Lewis.

Su serie *The Gap Cycle*, no traducida aún al castellano, es una ambiciosa incursión de Donaldson en el género de la ciencia ficción. Como en *Las crónicas de Thomas Covenant*, el autor muestra la debilidad y la crueldad humanas ante situaciones de supervivencia y brutalidad.